MOISÉS

EL VIDENTE DEL SINAÍ



מֹשֶׁה

مُوسَى

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ

HILARIÓN DE MONTE NEBO

MOISÉS

El Vidente del Sinaí

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez

“Orígenes de la Civilización Adámica”
Vida de Abel

“Moisés”
El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”
Los Maestros

“Para Ti”
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mail:
alboradacristiana@elcristoes.net
alboradacristiana@gmail.com

Webs:
http://www.fraternidadcristianauniversal.com
http://www.fraternidadcristianauniversal.net
http://www.elcristoes.net/fcu

Josefa Rosalía Luque Álvarez
Hilarión de Monte Nebo

M O I S É S
El Vidente del Sinaí

ALBORADA CRISTIANA

alboradacristiana@elcristoes.net
alboradacristiana@gmail.com

© Derecho de Autor: Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Ediciones en castellano:
Hugo Jorge Ontivero Campo - Editor
Año 1966
Editorial Kier S.A. - Argentina
Año 1969 - 2000
©Editorial Alborada Cristiana de Colombia Ltda
Año 2002
©Editorial Alborada Cristiana - USA
Año 2004
©Editor Hugo Jorge Ontivero Campo - Alborada Cristiana
Año 2004 - 2006

Ediciones en portugués
Editora Pensamento-Cultrix Ltda. — Sao Paulo, Brasil

Edición Cotejada con los originales de la autora por:
Hugo Jorge Ontivero Campo

Diseño de Tapa: Sabino del Pino Galán
Diseñador Gráfico: Sabino del Pino Galán

I.S.B.N. -10 84-933782-4-0
I.S.B.N. -13 978-84-933782-4-0

Depósito legal:

Impreso en España
Printed in Spain

Índice

Capítulo		
1	El Ave del Paraíso	11
2	J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Semblanza	13
3	J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Biografía	15
4	Preludio	17
5	Lo que el amor ha unido	19
6	Av-Isis-Thimetis	26
7	En el Lago Merik	34
8	Osarsip, el misterioso	45
9	El estudiante	56
10	¿Qué hay más allá?	60
11	Los interrogantes de Osarsip	64
12	El día siguiente	70
13	El rosal misterioso	72
14	¡Fíat Lux!	82
15	Las tres pruebas	88
16	El Superintendente Virrey	103
17	Los rosales florecían	115
18	Cuesta arriba	123
19	La ciudad de oro	139
20	¿Dónde está el faraón?	152
21	Abydos, la ciudad santa	161
22	Los hierofantes de Menfis	172
23	La encrucijada	184
24	Tul de ilusión	191
25	Estrellas y lotos	201
26	Los abrojos del camino	207
27	La soledad de las cumbres	212
28	De la luz a las tinieblas	221
29	El proscrito	235
30	De Menfis al desierto	246
31	La visión del pasado	257
32	La aldea de las palmeras	269
33	En Pozo Durba	278
34	El príncipe pastor	283
35	Cielos y rocas	294
36	Como mueren las rosas	298
37	Moisés descorre el velo	303

Índice

Capítulo

38 La Escuela de Moisés..... 317
39 El Apocalipsis de Moisés..... 323
40 Siete años después..... 334
41 El Gran Sacerdote del desierto..... 339
42 La regente de Mauritania..... 343
43 Alas mágicas..... 351
44 Fredek de Port Ofir..... 357
45 El problema de Thimetis..... 369
46 Treinta Años..... 381
47 El Hierofante Isesi de Sais..... 389
48 Estrella de Sharma..... 494
49 La vuelta al nido..... 498
50 Lo prometido es deuda..... 503
51 Los Archivos de la Luz..... 506
52 Moisés comienza a ver..... 512
53 Las doce columnas del templo..... 524
54 El Santuario mesiánico..... 530
55 El pueblo de Abraham..... 533
56 Las dos potencias..... 542
57 La Escuela a puertas abiertas..... 554
58 Ramsés II..... 578
59 En Menfis..... 588
60 Moisés y los archivos..... 596
61 La Asamblea..... 603
62 Los misterios divinos..... 609
63 La inauguración..... 616
64 Moisés tejía su red..... 619
65 Un pueblo para un ideal..... 630
66 De vuelta al pasado..... 634
67 La montaña de Gondar..... 640
68 De Menfis a Gondar..... 647
69 Las mujeres mosaístas..... 652
70 Narcisos y rosales..... 664
71 El Santuario de Sierra Nevada..... 674
72 Los caballeros Iberianos..... 682
73 La reina-esposa de Ramsés II..... 686
74 El pueblo escogido..... 696

Índice

Capítulo

75	De Ramesés al Sinaí	704
76	El monte de los esplendores	711
77	El dictado supremo	718
78	El rosal tenía espinas	730
79	Egipto sin Moisés	734
80	La hija del cielo	739
81	Moisés creador de pueblos	745
82	Las noches del desierto	748
83	Mahón-Abul de Sela	757
84	En el país de Kush	763
85	Moisés, maestro de almas	771
86	El monte de los genios	782
87	Pozo Durba	792
88	Fidelidad al ideal	797
89	La Escuela de Thimetis	810
90	Otra vez al desierto	816
91	Broche de diamantes	824

“¡Gracias, Señor, porque amanece el día
“Y otra vez resplandeces en el sol!
“¡Por todo cuanto es vida en torno mío
“Te doy gracias, Señor!”

= 1 =

El Ave del Paraíso

a Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez

Descendió un ave del Paraíso llevando en su plumaje el color de la nieve y al desplegarse color del arco iris.

Al posarse en la tierra buscó refugio donde guarecerse de las soledades y tristezas, encontrando un rinconcillo entre riachos y madreselvas.

Sabía que no debía salir al exterior, porque aguiluchos y aves de rapiña tratarían de arrebatarle su plumaje y hasta los gorriones para vestirse con ellos, celosos de sus colores.

Paseando por su pequeño terrenal paraíso observaba por las noches el firmamento tachonado de estrellas y por el día la luz en la naturaleza que se manifestaba con sus mil colores.

En su pequeño corazón ebrio de tanta belleza surgió el canto a la Luz, al Amor, a la Naturaleza.

Sin ella darse cuenta su plumaje era cada vez más puro y más brillante sus colores.

A su canto cristalino acudieron habitantes de la selva.

El ave del Paraíso no veía si eran pequeños o grandes, a todos se daba por igual brindándoles de su canto la armonía.

Algunos sorprendidos de esa sinfonía, se enamoraron de ella e iniciaron el esfuerzo que da el aprendizaje de alcanzar la interior armonía.

Los más, al ver el lugar inhóspito a sus ojos, sin espejos donde reflejarse, vieron los que sus ojos podían ver y sus oídos escuchar: "nada".

Llegó el día en que el ave del Paraíso levantó vuelo y remontó a su cielo formado de mil colores y armonías.

La calandria, quedó ensayando su canto y a él se fueron uniendo aves de otras tierras, a las cuales les había llegado el canto y la armonía del ave del Paraíso.

Con esfuerzo ensayando el canto aprendido tratan de alcanzar la interior armonía para que su canto sea cristalino y a otras aves enseñar el canto y la armonía del ave del Paraíso.

Hugo Jorge Ontivero Campo



Josefa Rosalía Luque Álvarez

= 2 =

SEMBLANZA

de Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
Mamina para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la "Obra de la Fraternidad Cristiana Universal". Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un bruto, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro. Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo
Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.



Josefa Rosalía Luque Álvarez

= 3 =

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba, República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez. Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela "Fraternidad Cristiana Universal" en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el "conocimiento de sí mismo", y la unión íntima con la Divinidad por la meditación conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra, las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presenció al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor Fraterno en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido como no hay otro y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de mas de treinta años de escritura: "Orígenes de la Civilización Adámica", "Moisés", "Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras", "Llave de Oro - Siete Portales".

Pequeñas joyas espirituales: "El Huerto Escondido", "Paráfrasis de la Imitación de Cristo", "Lirios de la Tarde", "Cinerarias".

En la lectura de sus manuscritos, iniciado aproximadamente el año mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella tu corazón encontró lo que ansiaba eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempreviva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptora de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

= 4 =
PRELUDIO

En los arcanos de la Ley Divina suenan como campanadas de bronce las grandes horas que la pequeña alma humana ha vislumbrado en sus delirantes deseos.

Y tal ha sucedido a la Inteligencia, chispa divina, que esto narra desde el radiante plano de los cielos de Dios que llamamos "Archivo de la Eterna Luz".

Y mientras contemplo extático la sublime personalidad de Osarsip el sacerdote de Osiris, de Moisés el Profeta de Israel, no sé qué admirar más porque todo es grande, sublime resplandor vivo del Eterno Invisible.

Su luz interior que le deslumbra y casi le enloquece a Él mismo; la fuerza de su voluntad que nada ni nadie pudo doblegar; la ternura casi infinita cuando una mano de seda ha acertado a tocar una fibra sola de su maravillosa sensibilidad.

Era Moisés la séptima personalidad humana de aquel "Agnus Dei" vislumbrado millares de siglos antes por los Querubes de los mundos más puros y luminosos de los infinitos cielos de Dios.

En remotas edades anteriores a Él, había sido fuego purificador y vara de justicia en el Continente Lemur, de los gigantes con piel purpúrea y ojos renegridos. Fuerte hombre de mar protegió a los indefensos y débiles de las garras de los piratas, agentes vendidos a los poderosos de la tierra. Fue Juno el "Mago de los Mares".

Fue piedad, compasión y misericordia, personificadas en un pastor de corderos y antílopes, para serlo más tarde de los desheredados y deshechos de la vida en el mismo Continente.

Fue el Numú de la Prehistoria que hicieron revivir los Kobdas del antiguo Egipto, como el prototipo perfecto del creador de fraternidades idealistas, educadoras de pueblos y transformadoras de hombres.

Vivió vida de Rey en una noble dinastía Tolteca de la bella Atlántida que tragaron las aguas del mar, y enseñó a la humanidad de su tiempo que un soberano sólo es grande cuando es capaz de amar a sus pueblos mucho más de lo que se ama a sí mismo.

Y se llamó Anfión, a quien las gentes de su época apellidaron el "Rey Santo".

Y más tarde Antulio, el filósofo médico, que sanaba los cuerpos

enfermos y ennoblecía y purificaba las almas llevadas por su enseñanza y por su ejemplo a la senda austera del deber.

Y por último Abel y Krishna en el vasto continente asiático, iluminando siempre esta humanidad con la lámpara eterna de la Sabiduría, la Paz y el Amor.

Y todo esto reunido como en un cofre de diamantes, invulnerable a todos los golpes, a todas las furias, a todas las tempestades: el Moisés confidente de Aelohin, el hombre hecho de bronce y piedra, y cuya alma vibrante de amor y fe pudo imponer Ley Eterna a la humanidad terrestre, como pudo arrancar agua fresca a los peñascos para dar de beber a las criaturas sedientas.

Lector amigo, tal es el personaje que la Luz Eterna nos permite conocer a ti y a mí si vestidos con la blanca túnica de las nupcias místicas y en el alma el deseo vivo de la verdad, nos acercamos a su imborrable archivo, eternamente iluminado y vivo.

Moisés no es un mito, ni su vida es una leyenda.

Es una inteligencia de muy avanzada evolución, un Enviado Divino a la humanidad terrestre, que encarnó en el hijo de una Princesa Real del antiguo Egipto, cuando la Esfinge y las Pirámides ya nada decían de sus remotos orígenes perdidos en la oscura noche de los tiempos que fueron.

Hecho este diseño, especie de preludio para una sinfonía que mi optimismo acerca de los nobles anhelos del lector, me hace esperar que sea deleite a la inteligencia y brisas de paz al corazón.

La Autora

= 5 =
LO QUE EL AMOR HA UNIDO

Atardecía...

En las mansas aguas del Nilo se reflejaban la bruma de oro y los cendales de amatista del esplendoroso crepúsculo vespertino de Egipto.

Una góndola encortinada de amarillo y púrpura bogaba lentamente río arriba hacia el Valle de las Pirámides, único paseo que le estaba permitido a la dama que la ocupaba.

Aparte de dos fuertes remeros, tres personas viajaban en el interior de la pequeña embarcación: Av Isis Thimetis, Princesa Real, hija del Faraón; Amram, joyero israelita de la tribu de Leví, y Enabi, esclava favorita que acompañaba a la princesa desde la cuna.

Su madre, la Reina Ahisa, descansaba en el panteón monumental del Faraón Ra Seti, su abuelo, y tal era el final de aquel breve viaje que con mucha frecuencia realizaba la góndola encortinada de amarillo y púrpura.

El Faraón, su padre, Seti Ramsés, vivía por entonces absorbido en absoluto en las defensas de sus fronteras por las razas guerreras que le rodeaban y muy escasa atención tenía para la hija única de su reina muerta.

De los varios hijos e hijas de sus esposas secundarias ni aun los nombres recordaba. Eran tan poca cosa para un soberano dueño de la mayor parte del mundo civilizado de entonces.

La conquista de más tierras, de más oro y de más esclavos eso sí que debía interesar a un monarca de su altura.

Debía ultimar los tratados que tenía entre manos para evitar una nueva contienda armada y la evitaría exigiendo cuantiosos tributos a los países a quienes otorgaba como un regalo su preciada amistad.

En la próxima primavera debía celebrarse la presentación a su pueblo y a las naciones amigas, de su hija, princesa heredera del venerable trono de Egipto.

Tal era la razón de que el joven joyero Amram, hijo de Eleazar, que de tiempo atrás era joyero de la aristocracia egipcia, tuviera libre acceso hasta la princesa real, para quien trabajaba las joyas que fueron de la Reina Hatasu en cuya gloriosa memoria las llevaría el día de su presentación como heredera del trono de Egipto.

La soledad del corazón en plena juventud y en todas las edades de la vida es pesada de soportar para quienes no llegaron a vislumbrar un ideal que sobrepasa el nivel común de los humanos.

Y así la Princesa Thimetis, sin mucho esfuerzo y sin darse cuenta exacta de ello dejó a su corazoncito de quince primaveras prenderse fuertemente del apuesto y hermoso artista de sus joyas que tenía para ella delicadas muestras de afecto que rayaban en adoración.

El Anciano Eleazar por sus grandes conocimientos tanto de leyes como de medicina, y más aún en el arte de conocer y trabajar las piedras preciosas, había obtenido ciertos privilegios negados a sus hermanos de raza, la mayoría de los cuales sufrían la dura condición de raza inferior destinada a los duros trabajos de los esclavos. Por todo esto parecíale a Thimetis que no era tan grande la distancia que la separaba de Amram, como la veía Enabi su esclava y compañera de excursiones secretas.

La sumisa arabeña sabía bien que estaba jugando su propia vida de llegarse a descubrir que su joven ama, Princesa Real de Egipto, se permitía pasear en góndola con su joyero israelita y aún visitar la humilde casa labrada en un peñasco lindero del Valle de las Pirámides, donde vivía el viejo Eleazar, padre de Amram.

¡Ella, que había nacido y vivía en el lujoso pabellón que fue de su madre en el palacio real de Menfis, entre los dos grandes templos de Osiris y de Isis!

¡Ella, a quien su padre no permitía que tocara con sus pies la tierra porque era heredera de un Rey Dios, y debía caminar llevada sobre los hombros de sus esclavos!

¡Si pudiera el Faraón verla saltar del bote a la arena de la playa y tomada de la mano de Amram correr alegremente a la cabaña de su padre, subir la tosca escalera labrada en la roca misma hasta llegar a la puertecita de la humilde vivienda!...

¡Cielo santo!... ¿Qué haría el Faraón con la esclava que había visto cien veces tamaña iniquidad y no abrió su boca para evitarlo? ¿Qué haría con el joven joyero cuya inaudita audacia lo hacía merecedor de mil penas de muerte si mil veces pudiera morir?

Ignoraba la ingenua esclava que hay alguien más fuerte que los reyes de la tierra que se juzgan inigualables en poderío y facultades. La Eterna Ley de Justicia que es Sabiduría y Amor había decretado en sus arcanos insondables que del puro amor de Amram y de Thimetis debía crear la materia física en que pudiera encarnar su Verbo Luz, su Enviado Divino, su mensajero, portavoz de la Voluntad Soberana. ¿Qué era pues un Rey terrestre ni cien reyes para estorbarlo?

“Lo que Dios ha unido nadie puede separarlo”, decía un viejo axioma conocido por los sabios sacerdotes de Menfis, secretos continuadores de la Sabiduría antigua de los Kobdas prehistóricos que crearon un palacio Santuario y Escuela de la más alta sabiduría, al que llamaban Neghadá y de cuyos principios ya no quedaban sino tradiciones orales que de oído a oído y sólo en lo profundo de las criptas de los templos egipcios se permitían rememorar los más ancianos sacerdotes.

Al antiquísimo principio Kobda que enseñaba: “Todos los seres humanos tenemos el mismo origen y el mismo destino”, los soberanos de la tierra lo habían sustituido por este otro: “Los reyes pontífices somos hijos de Dios y representantes suyos sobre razas y pueblos. Dueños de vidas y haciendas, nuestra voluntad es toda la ley”.

Y los pueblos oscurecidos de ignorancia y de espanto, lo creían y lo soportaban.

Esta breve exposición de las ideas dominantes en aquella lejana época facilitará la comprensión de todos los acontecimientos que la Eterna Luz me va revelando para ti, lector amigo, que tanto anhelas conocer la Verdad.

Las horas y los días pasaban como el correr las perlas de un collar encantado para la princesita enamorada y feliz. Mas, como es el amor más fuerte que la muerte, su corazón padecía cuando su joyero se ausentaba a la cabaña de su padre o se recluía en la cripta que comunicada con las habitaciones del Faraón, encerraba las arcas repletas de joyas antiguas, fabulosa riqueza custodiada por diez fornidos esclavos negros armados de jabalina. A su vista entraba allí el joyero con las manos vacías y le veían salir también con las manos vacías.

Trabajaba de sol a sol y era feliz porque todo era para ella. Y no eran para él las horas y los días como un correr de perlas sino como un día solo de amor y de recuerdos, de imágenes vivas que desfilaban por su mente esbozándole una sola visión:

Thimetis con su cabecita ceñida con la diadema de esmeraldas.

Thimetis con sus brazos levantados saludando al pueblo, y adornados con las ajorcas y brazaletes que él forjaba y pulía para ella.

El cuello de Thimetis cuando su padre le ceñiría el collar de oro cuya filigrana de oro y perlas le cubriría el pecho y los hombros.

Las manitas de Thimetis cubiertas de anillos; sus pequeños pies aprisionados en babuchas de oro y pedrería; la ancha faja de cintas de oro que ceñiría su talle.

¡Oh, Dios de Abraham y de Jacob!... ¿Podía acaso aparecerse en el taller del joyero una imagen más hermosa que aquella?...

Luego se nublaba su frente al recuerdo de que él no era más que un israelita de la tribu de Leví, parte ínfima de un pueblo extranjero en Egipto y esclavizado por los reyes dioses del poderoso país del Nilo.

Y ella era como una estrella lejana que brillaba en su cielo y a la que nunca jamás podría llegar. ¿Acaso pueden caer las estrellas en el camino de los hombres? ¿Acaso la cumbre dorada de sol de la más alta montaña de la tierra puede doblarse a la llanura fangosa por donde ambulan como fantasmas los hombres y las bestias?...

¡Qué insensato delirio de amor era el suyo!

¡Qué estupenda locura encadenaba su vida a esa otra vida tan distante de la suya, como una raposa del águila majestuosa que se cierne en las alturas inaccesibles para el hombre!...

Suaves golpecitos en la puerta secreta que daba a la cámara del Faraón, interrumpieron sus pensamientos. Se acerca y escucha...

– ¡Isis! Apártate porque abro.

Amram da un rápido salto hacia atrás y el cubo de piedra gira sin ruido, y en el negro hueco percibe maravillado la dulce imagen que lleva en su pensamiento y en su corazón.

Sin poderlo remediar cae de rodillas. ¡Es una visión! ¡No puede ser ella!

Pero ella que adivina su pensamiento da un paso adelante y sonriente, le dice:

–Soy yo, tontuelo, ¿no me ves?

– ¡Thimetis!... ¿Cómo has venido?

– ¡Caminando!

– ¿Por qué lo has hecho?

–Porque quise hacerlo.

– ¿Para qué, niña, para qué?

–Para verte. ¿Te enojas porque vine?

– ¡No, mil veces no! Pero juegas tu vida.

–Y ganaré el juego.

– ¡No sabes lo que haces por Jehová bendito!

–Lo sabe tu Jehová, y también lo sé yo. Mi padre no está en el palacio, partió con sus ministros y escoltas a Tanis y no vuelve hasta de aquí a seis días. Sal pronto que Enabi y yo te esperamos en el bote, donde te daré noticia de todo cuanto he resuelto.

Y sin esperar respuesta oprimió un pequeño manubrio en el

muro y el cubo de piedra giró sin ruido, tan rápidamente como se abrió a su llegada.

Amram obedeció la orden y salió como de costumbre entre la guardia de esclavos y con las manos vacías.

Ni Enabi ni los remeros le vieron nunca sentarse a su lado. De pie frente a ella le escuchaba sin hablar mientras no le obligase a responder.

–He resuelto terminar la comedia, Amram ¿me comprendes? Tu padre debe saber quién soy, y que tú y yo nos amamos. Él, que llora siempre a su amada muerta, comprenderá qué cosa es el amor. Tampoco yo sabía lo que es hasta que mi padre te puso delante de mí. Me llegó la noticia de que mi padre, el Rey Dios, recibió de un mago extranjero la noticia de que los dioses mandan que tome una esposa de la ribera opuesta del mar. Y si él con media centena de vida y otra media centena de hijos de tantas mujeres que tiene, aún debe querer otra más, ¿podrá enojarse de que yo, su hija, tenga un amor en mi corazón?... ¿Uno sólo?... ¿No me contestas?...

–Tu real padre no se enojará porque ames, Princesa de Egipto, sino porque tu amor lo pongas en mí que para él soy menos que uno de estos plateados pececillos que asoman del agua por las migas que les arrojas...

–Su ira será tan terrible que nuestras cabezas rodarán desde la torre a la pocilga de sus perros de caza –añadió Enabi, mirando a Amram con azorados ojos.

– ¡No será jamás como lo dices! Lo juro por todos los dioses del viejo Egipto.

"¿Pensáis vosotros que yo permitiré tal cosa?

Amram y Enabi se miraron tristemente y en esa mirada se decían: "Es muy niña, no sabe lo que dice".

Era Thimetis de una candidez infantil ordinariamente. Pero un buen psicólogo hubiera descubierto que a momentos parecía poseer una doble personalidad.

Y cuando esto se realizaba en ella, se erguía, esbelta, como si creciera un palmo, y era su mirada tan fija y tan fuerte que imponía respeto y hasta temor.

Ni Amram ni Enabi estaban dotados de esa facultad extraordinaria que los sabios psicólogos de todos los tiempos han llamado clarividencia. Que si la hubieran poseído, habrían visto que una forma humana, intangible, como hecha de luz dorada se adueñaba de ella haciéndola más grande, más fuerte, más mujer, con una voluntad tan potente que nadie podía vencer.

Y así la vieron en ese instante sentada en la popa de su pequeña embarcación, y callaron.

Ella también se sumió en silencio durante un largo rato. No se oía más ruido que el choque de los remos en el agua y la góndola seguía bogando lentamente sin que nadie pronunciara una palabra.

Al llegar en dirección a los grandes panteones reales tenían a la vista uno de los muelles destinados a bajar sarcófagos y se oyó la voz de Thimetis que mandaba atracar en él. Amram y Enabi descendieron los primeros, y cuando ayudaban a la princesita, ella les dijo:

–En la puerta de la tumba de mi madre, oraremos tú y yo, Amram. Oraremos a Jehová, tu Dios, rogándole que nos enseñe el camino a seguir. Antes de mi presentación como heredera del trono de Egipto, quiero saber lo qué haré y lo qué seré.

–Mientras viva tu padre, el Rey Dios, serás la princesa real única. Muerto él serás la reina Thimetis, como lo fueron otras antes de ti. ¿No sabes acaso, Princesa Real, que ese es tu camino marcado desde que naciste?

– ¡Calla, Enabi!... ¿No sabes que el Dios de Amram es el único Dios Vivo que manda sobre los muertos dioses de Egipto? Él solo sabe los caminos que ha de seguir cada hombre y cada mujer que vive en este mundo.

"El único maestro de mi madre que aún vive, el Anciano sacerdote Amonthep, me dijo un día de éstos: "–Thimetis, Princesa Real de Egipto, si tú respondes a lo que Dios Vivo quiere de ti, serás más grande que todas las reinas de Egipto habidas antes de ti".

"– ¿Y qué es lo que Él quiere? –le pregunté yo. Y él me contestó: "–Pensar en las cosas divinas es orar. Pensar en Dios Vivo es conocerle y amarle. Conociéndole y amándole sabrás lo que Él quiere de ti. ¡Pero calla!, calla siempre lo que piensas y lo que brota de ese pensar, porque muy pocos son los seres de esta tierra capaces de comprender y conocer los caminos del Eterno Invisible en relación a las almas encarnadas en este plano físico... A veces lo que tú quieres no lo quiere Él, y entonces tu porfía te lleva a un abismo. Pero si tienes la capacidad de acertar con lo que Él quiere de ti, tu senda es una suave llanura donde si algún tropiezo se cruza, fácilmente lo salvarás porque tendrás su fuerza y su poder.

"Y los hermosos frutos que recogerás de ese obrar tuyo en acuerdo con la suprema voluntad de Dios Vivo, será la prueba de que andas por tu camino...

“¡Oh, cuán sabio es el maestro Amonthep, único maestro que vive de los que mi madre bebió la sabiduría y la paz!”

Mientras así hablaba Thimetis, y Enabi y Amram escuchaban en silencio, se acercaban al gran monumento sepulcral de sus antepasados, en el Valle de las Reinas. Llegadas ante él, Thimetis con la gravedad de una sacerdotisa poseída por su dios, sacó de su bolso un pote de mármol que contenía una roja tintura indeleble y un pequeño pincel y grabó en jeroglíficos que sólo los sacerdotes conocían, estas palabras: “Lo que Dios Vivo ha unido nadie lo puede separar”

–Ya está hecho –dijo–. Y ahora llévame ante tu padre, Amram.

– ¿Qué harás allí, Princesa de Egipto? –le preguntó él.

–Dios Vivo pondrá las palabras en mi boca. Y tú las aceptarás. Él es quien manda, nosotros obedecemos.

Encontraron al Anciano cociendo su pan en el hornillo, mientras su esclavo cosechaba hortalizas para su comida de la noche.

La doncella modestamente vestida se le acercó sin reparo alguno y arrodillándose humildemente ante él, le dijo así:

–Buen Anciano, padre de Amram, no tengo madre. Mi corazón padece soledad y tristeza. Amo a tu hijo y quiero ser tu hija si me recibes en tu cabaña.

Amram la miraba estupefacto no acertando con lo que aquello significaba. Enabi, muda de asombro, semejaba una pálida estatua de cerámica.

El Anciano se volvió hacia su hijo y viéndole silencioso, como ausente, sordo y ciego a lo que ocurría, le preguntó:

– ¿Has oído, Amram, lo que acaba de decir esta doncella? ¿Qué dices tú?

–Es verdad, padre..., pero como nada tengo para ofrecerle, no me atrevía a decírtelo –contestó confuso, y sus frases salían con enorme dificultad de sus labios que temblaban.

–Si basta tu trabajo para darle pan y es ella feliz en tu cabaña, yo bendeciré vuestra unión; como nuestro padre Abraham bendijo la unión de Rebeca con su hijo Isaac.

Y desenrollando el Anciano el lino blanco de su turbante enlazó las cabezas juveniles, unió asimismo sus manos, y colocando las suyas sobre las frentes inclinadas ante él, pronunció las mismas palabras que Thimetis grabara en el muro del monumento sepulcral de su madre: *“Lo que Dios Vivo ha unido nadie lo puede separar”*.

Abrazó emocionado a ambos jóvenes y les dijo:

–Vivid como Dios manda, el uno para el otro y ambos para Él, y no temáis ni a la vida ni a la muerte porque Jehová es más fuerte y poderoso que un ejército en orden de batalla.

"La mujer seguirá a su marido hasta la muerte y el marido será para ella como el sol, el aire y el agua de manantial". Id, pues, hijos míos, por el mundo con la bendición de Dios Vivo, y la de vuestro Anciano padre que pronto bajará al sepulcro.

Así quedaron unidos, una princesa de Egipto con un joyero israelita de la Tribu de Leví, sin que el poderoso Faraón tuviera la más leve noticia del hecho tan trascendental en la historia de su reinado.

= 6 =
AV ISIS THIMETIS

Tres meses después, los pregoneros reales repartidos por todos los Nomos o Distritos del país anunciaban la presentación de la Princesa Av Isis Thimetis, hija única de la extinta Reina esposa, Epuvia Ahisa y del Faraón Seti Ramsés I, como heredera del trono de Egipto.

A tan grandioso acontecimiento debían enviar sus representantes todos los países amigos del Egipto milenario, glorioso país que difundía el esplendor de su sabiduría, de sus riquezas, de su abundancia por todo el mundo civilizado de entonces.

El numeroso pueblo mauritano, apellidado "*Hijos del Sol*", estaba de fiesta porque Av Isis Thimetis era nieta del Gran Sfaz de Mauritania cuya nobilísima prosapia iba hasta los confines del tiempo y del mar, puesto que, según ellos, descendían de los gloriosos Toltecas, semidioses de la desaparecida Atlántida.

La Reina Epuvia, su madre, era hija del Gran Sfaz de Mauritania, era la mayor de sus hijas y tenía derecho a llevar prendido sobre el corazón el sol de oro y rubíes que todas las princesas reales de su raza llevaban como un símbolo sagrado y a la vez amuleto que le preservaba de enfermedades infecciosas y de muerte trágica. Este derecho de la madre era transferido a su hija y debido a esto fue de Mauritania la primera delegación que llegó. Venía al frente de ella el hijo segundo del Gran Sfaz, un apuesto doncel de veintidós años que mandaba un brillante cuerpo de arqueros de dos centenas de hombres.

En un hermoso cofre de alabastro traía el sol de oro y rubíes para la princesa real de Egipto.

El Faraón quedó encantado de su fuerza y gallardía, y más aún cuando supo de su bravura en los combates y de su destreza en el manejo de todas las armas y en el arte de hacerse amar de aquellos que estaban bajo su mando.

Y enseguida pensó: "He aquí que este cuñado mío, puede ser también mi yerno ya que los dioses no le dieron a mi esposa reina un hijo varón. ¡Qué esposo ideal para mi hija, y qué superintendente para mi reino!"

Cuando fue presentado a la Princesa Thimetis le tocó el turno de quedar encantado al joven príncipe mauritano cuyo nombre era Fredek de Port Ofir.

¡Era tan delicadamente bella la gentil princesita del país del Nilo!

Los pensamientos del Faraón formaron cadena con los del príncipe mauritano, y debía ser esa la primera fuerza que se pusiera frente a la doncella elegida por la Eterna Ley para traer a la vida física al Enviado, Portavoz de sus divinos designios.

El Faraón estaba también encantado de su hija, que en esos tres meses se había transformado de niña en mujer. ¡Y qué mujer!

Razonaba sobre cuestiones de Estado como si le fueran conocidas todas las encrucijadas posibles en ese insondable laberinto que es la organización y gobierno de pueblos.

El Faraón la desconocía y tanta fue su admiración que hizo averiguaciones en los claustros de los templos de Menfis y Tanis, a fin de cerciorarse de que su hija había frecuentado el trato con los más sabios sacerdotes hierofantes de los sagrados recintos.

En verdad recogió allí los datos que deseaba. Su hija desde hacía ese tiempo acudía al aula privada y especial para los que tuvieran la idea de adquirir conocimientos superiores y llegar a la Iniciación que se concedía a muy raros sujetos, ya pasados de los treinta años.

Nada les había dicho sino sólo que deseaba conocer las leyes del universo, y las relaciones de los seres encarnados con los astros y con el mundo invisible.

En verdad que era mucho pedir para una doncella de sólo quince años; pero ellos en general pensaron que los dioses preparaban para el futuro una soberana a la altura de las antiguas matriarcas reinas, que dejaron tan gloriosas tradiciones como educadoras de pueblos a los que colmaron de abundancia, de paz y felicidad.

–En las crónicas del templo –le dijeron–, se encuentra el hecho de que la esposa reina del gran Faraón Soser pidió los conocimientos de la iniciación a los doce años, y fue la gran mujer, Nefertiti,

que compartió con él las grandes obras de misericordia, de elevación moral y educación de los pueblos, conforme a las normas de equidad y justicia que los primeros emigrados, prófugos de Atlántida, trajeron a estas tierras bañadas por el Nilo. Y el caso de la Princesa Thimetis podía ser como aquel.

Ante esta respuesta que no le fue del todo satisfactoria, quiso el Faraón una consulta con el Consejo Supremo, formado por seis hierofantes con la presencia del Pontífice Amonthep, ilustre por sus vastos conocimientos como por la rectitud y honorabilidad de su larga vida que le permitió ser el formador espiritual, intelectual y moral del joven sacerdocio de esa época.

Y el Supremo Consejo hizo llegar al Faraón un documento en jeroglíficos del Templo que decía así:

"Faraón, Rey de Reyes: tu hija, Av Isis Thimetis, está destinada por las grandes potencias invisibles para traer a este mundo un astro radiante que será luz, camino, verdad y vida a la humanidad de todos los tiempos.

"No debes preocuparte de cuándo, ni cómo sucederá. Déjala obrar libremente porque es la Ley Eterna y Divina quien la guía.

"Amón-Ra os guarde para siempre".

"Keferin - Sahurek - Stokio - Sais - Kefer - Nemeth - Amonthep"

Y como una delicada deferencia del Pontífice, le añadía esta posdata: "Faraón: ya sabes que tengo dos sobrinos que en la última luna terminaron sus estudios coronados por la luz de Osiris y gloriosamente iniciados en los grandes misterios del Infinito. Sólo cuentan veintisiete años y pidieron este camino cuando sólo tenían catorce el uno y trece el otro: Ohad y Carmi. Son espíritus gemelos de Thimetis, tu ilustre hija, que Amón-Ra guarde. Esperemos su mandato".

Con tan halagüeñas perspectivas, el Faraón quedó completamente tranquilo y resuelto a dejar libre acción a su heredera en cuanto ella dispusiera de su persona.

La vio tratar afablemente al joven delegado mauritano con el que tuvo conversaciones que dejaron absorto al Faraón.

Thimetis conocía y sabía más de los lejanos antepasados de la raza mauritana, procedentes de los Toltecas de Atlántida, que el mismo enviado Fredek de Port Ofir, que a su vez se asombraba de que la joven princesita tuviera tan vastos conocimientos.

Y cuando le interrogaba – ¿Cómo lo sabes, Grandeza?

–Lo recuerdo –le contestaba con la mayor naturalidad.

Y el joven interpretaba que se refería al recuerdo de estudios que había hecho en los viejos archivos del Templo.

Y pensaba y a veces le decía: –Mucho sabes con sólo quince años.

–No son los años que traen el conocimiento –contestaba ella–. Psiquis tiene también su archivo que deja registrar cuando le place –añadía graciosamente, dejando pensativo a su interlocutor, que ante contestaciones tan enigmáticas comenzó a pensar que la bella princesita era un aprendiz de maga.

Hasta que un día que la encontró en la terraza del palacio colocando farolillos de flores bajo el dosel, para amenizar un pequeño festín que daba a los numerosos hijos de las esclavas y servidores, se detuvo a conversar con ella y ayudarle en su tarea.

– ¿Por qué te fatigas de este modo, Princesa Real de Egipto, cuando tienes tantos servidores que pueden hacerlo? –le dijo, quitándole de la mano tijeras y cintas.

–Increíble me resulta –le contestó ella–, que un príncipe descendiente de los Toltecas de Atlántida se asombre de mi tarea. ¿Por qué llevas en tu nombre Port Ofir como blasón? Port Ofir era un puerto en un golfo de Atlántida donde se levantaba un castillo que fue habitado por el Rey Santo Anfión, cuya esposa hacía estos trabajos que yo hago y otros más grandes y bellos para suavizar la áspera vida de los niños desamparados y huérfanos.

"¿No lo sabes tú, acaso?

–Sé que hubo un gran rey de nuestra raza que fue llamado el Rey Santo, pero ignoraba ese detalle de la esposa y ni aún sé que la tuvo.

– ¡Cómo! Era Odina, la princesa más buena y más bella que hubo bajo el sol que nos alumbra.

"Y también la más fuerte y fiel a su amor, que no pudo ser quebrantado ni manchado por las viles adulaciones del pérfido Alpha-Huari, hermano del Rey, su esposo. En el archivo de vuestros templos deben estar todas estas historias.

Tan perplejo quedó el príncipe mauritano, que llegó al pleno convencimiento de que la Princesa Thimetis era una maga consumada, o por lo menos tenía trato con esos grandes magos que vivos o muertos leían hasta en el vuelo de los pájaros y en el pensamiento de los hombres. Y semiespantado y medroso pensó: "Si adivinara también que quiero casarme con ella, interesado en la promesa de mi padre de anular el mayorazgo de mi hermano y hacerme su heredero si la conquisto".

Y apenas pensó esto, Thimetis dijo con gran naturalidad y como si siguiera el hilo de sus recuerdos.

–Alpha-Huari tuvo un terrible fin a causa de ambicionar los

derechos de su hermano mayor. No sé si sabes esto, príncipe Fredek de Port Ofir.

El aludido la miró espantado y pretextando una cita con el Faraón para esa hora, se despidió rápidamente y no buscó más conversaciones con la princesa de Egipto.

Y llegó la solemne presentación de Thimetis como heredera del trono. Era el mediodía radiante de una primavera exuberante de flores, de pájaros que cantan, de cuanta alegría y belleza puede haber en esta tierra.

La Princesa Real vestida de brocado amarillo y blanco, los colores clásicos de los faraones, y cubierta de joyas de la cabeza a los pies, fue conducida por su padre a la gran terraza delantera del palacio de Menfis.

En la anchurosa explanada que circundada de palmeras, de esfinges y de obeliscos, que se abría entre la orilla del río y los muros mismos del vetusto edificio, esperaba estacionado el pueblo, engalanado con sus trajes de fiesta y agitando al viento oriflamas y banderolas con los colores propios de aquel día:

– ¡Oro y Nieve!... ¡Oro y Nieve! –clamaba el pueblo entusiasmado.

–Es el sol de los cielos y la nieve de las montañas que unen sus resplandores este día de gloria para nuestra Princesa Real –cantaban los vates a compás de cien laúdes y lo repetían los heraldos en todos los tonos. Dos lucidas escoltas rodearon al Faraón y a su hija. La una de doncellas de blancas túnicas de lino coronadas con rosas amarillas. Llevaban canastillas de rosas blancas las unas y amarillas las otras, que arrojaban sobre el pueblo. La otra de gallardos donceles que tañían sus laúdes y sus liras.

Al frente de ellos aparecía Amram como abanderado con el pabellón de seda, oro y blanco, que debía flamear siempre en el palacio de la princesa.

Las delegaciones aparecían también bajo lujosos doseles en la misma terraza, a un lado y otro del Faraón y su hija. Después de ser leída por uno de los ministros la solemne proclama en que la princesa real fue presentada al pueblo, ella se acercó a la balaustrada de mármol cubierta de tapices y de flores para contestar a los aplausos del pueblo que la vitoreaba enloquecido.

Emocionada en extremo, les dijo estas solas palabras:

– ¡Pueblo de Egipto! Pueblo mío. Aunque sólo tengo quince años de vida, siento amor de madre para todos vosotros y si es verdad que tanto me amáis, os pido dos promesas en este día:

"La primera, que nunca jamás os hagáis daño unos a otros ni en la vida, ni en la honra, ni en los bienes.

“La segunda, que en toda dificultad o dolor que os encontréis, vengáis confiadamente a mí, y yo recabaré de vuestro Faraón, Rey de Reyes, vuestro remedio si es posible dároslo. ¿Me lo prometéis?”

Un clamor unánime que resonó como una tempestad subió hacia la princesita, que vio levantarse todos los brazos hacia ella en muchos abrazos delirantes.

Cuando el entusiasmo se acalló un tanto, un heraldo pidió silencio y Thimetis tomando la mano de su padre, mudo de emoción, les dijo:

–Mi venerable padre, nuestro amado Rey, me ha permitido obsequiaros con un amuleto de oro que es mi cabeza con la diadema de la inolvidable Reina Hatasu, mi bisabuela. Esta misma tarde pasaréis en desfile muy ordenado por el portal de mi palacio donde os será entregado juntamente con los regalitos que he dispuesto según vuestras necesidades.

Y abriendo sus brazos enjoyados abrazó emocionada al pueblo que tan ardientemente la aplaudía.

La escolta de doncellas y la de donceles músicos fueron los encargados de cumplir con el pueblo la promesa de Thimetis. La lujosa recepción de la noche para los dignatarios del país y para las delegaciones, ya el lector imaginará las proporciones a que llegó.

Durante ella tuvo lugar un hecho que merece mención por las consecuencias favorables que debía traer para el cumplimiento de los designios divinos sobre Thimetis.

De la Delegación llegada de Siracusa, capital del reino de Sicilia, salió un apuesto jefe militar que presentó al Faraón sus credenciales las cuales le acreditaban como hijo mayor de aquel anciano Rey.

Este Soberano solicitaba del Faraón una doble y fortísima alianza de ayuda mutua en caso de contiendas guerreras que les amenazaban. Esta alianza debía quedar constituida sobre dos enlaces nupciales: el Rey de Sicilia daría al Faraón su hija mayor como esposa, y el Faraón daría la mano de su hija al hijo mayor del Rey, que era quien presentaba las propuestas.

El Faraón que ya conocía la voluntad de hierro de su hija, le contestó:

–Considérome honrado por el ilustre Rey, tu padre, con la primera de tus propuestas, o sea que yo tome por esposa su hija mayor, y la acepto, pues debes saber cuánto admiro a tu noble hermana Gala Vatis.

“En cuanto a la segunda, o sea conceder la mano de mi hija para ti, Príncipe León Bardi, he resuelto dejarle a ella el derecho de elección, reservándome yo, el de aceptar o rechazar el elegido por ella.

“Y en prueba de que acepto la mano de la princesa Gala, aquí tienes mi ofrenda de esponsales para ella. –El Faraón se quitó una gruesa sortija de oro y diamantes que tenía en su dedo meñique y la entregó al príncipe siciliano.

Este se acercó a Thimetis y después de una reverente inclinación ante ella, le dijo:

–Con la venia de vuestro padre, el Faraón, Rey de Reyes, os pido vuestra mano para ser mi esposa cuando vos mandéis.

Sin inmutarse lo más mínimo, Thimetis le preguntó:

– ¿Cuánto tiempo permanecerás, Príncipe León Bardi, en nuestra ciudad de Menfis?

–Todo el tiempo que necesitéis para darme la respuesta, Princesa Real de Egipto.

–No la esperarás largo tiempo, te lo aseguro, Príncipe –y le tendió su mano amiga.

Thimetis había oído que su padre aceptó la mano de Gala Vatis como esposa. Conocía el ansia de su padre por un hijo varón de la que fuera esposa reina.

Y razonó de esta manera: –“Si el Dios Vivo que adoraba mi madre, que adoran los sacerdotes del viejo culto con mi maestro Amonthep, que adora Amram con los sabios de su raza, quiere que yo sea la madre carnal del hijo suyo que ha de venir para ser luz y guía de esta humanidad, dará a mi padre el hijo varón que quiere para sucesor, por medio de esta segunda esposa reina que ha elegido. Esperemos”. –Y no esperó en vano.

Tres meses después, la princesa Gala Vatis cruzaba el mar en una galera empavesada a todo lujo, con numerosa escolta de damas y caballeros, y se desposaba solemnemente con el Faraón Seti Ramsés I.

Y la Princesa Thimetis, en audiencia privada, hablaba así con su padre.

–Mi Rey y Señor que manda sobre Reyes y Señores. Te pido una gracia que no has de negarme en el día feliz de tus bodas con la más bella y graciosa mujer que alumbra el sol de nuestra tierra.

Y el Faraón levantándole de la tarima en que se arrodilló ante él, le dijo:

–Día grande es éste en verdad, hija mía, y si la gracia que pides es honra para ti y para mí, ya la tienes concedida, habla pues.

–Padre, yo quiero consagrar mi vida a los estudios de las ciencias sagradas que estudian los sacerdotes y los hierofantes de nuestros templos. Quiero abrir un aula para las doncellas que sienten este mismo deseo que yo. ¿Por qué hemos de ser ignorantes las mujeres nacidas en las gradas del trono, al cual podemos ayudar a sostener y honrar, haciendo de nuestro pueblo, un pueblo educado en cultura y justicia, para servir de ejemplo y guía a los otros pueblos de la tierra?

"Nuestros dioses tutelares te darán un hijo varón que pueda sucederte en el gobierno de tus pueblos. Mientras él llega, en mi aula se educarán las madres de la generación próxima que dará honra y gloria a tu reinado.

"¿No encuentras justicia en la gracia que te pido?"

– ¡Oh, qué generoso y noble es tu corazón, hija mía! –exclamó el Faraón besando la manita de su hija, que tenía entre las suyas–.

"¿No comprendes que en la gracia que me pides está un renunciamiento al trono y a la corona de Egipto que te pertenece como hija única de mi esposa, tu madre, que duerme en la luz de Osiris?

–Sí, padre, lo sé. Si no hubieras tomado una segunda esposa reina no te hiciera esta súplica, porque sé que soy tu sucesora obligada.

"Pero sé que los dioses tutelares te traerán el hijo varón que pueda sucederte. Y si así no fuera, te prometo solemnemente por Osiris y por Isis, por la gloriosa paz de nuestros antepasados, que estaré dispuesta a sentarme en ese trono si tú lo dejas vacío para recibir la glorificación de Osiris en su reino eterno de luz.

–Bien, hija, hablas como una anciana. Acaso eres la misma Hatasu vuelta a la vida para gloria y felicidad de Egipto. Hágase como lo pides.

–Pido a tu bondad me deje retirar al castillo del Lago Merik que será más propicio para los estudios que deseo comenzar.

"Dame la servidumbre que has tenido a bien asignarme, si es que voluntariamente quieren seguirme a la soledad. No quiero servidores forzados, padre; porque busco vida de paz y tranquilidad.

–Me asombras, hija mía, ¡me asombras! Una Princesa Real recién presentada al pueblo, pide el retiro al castillo del Lago Merik, ¡donde sólo las gaviotas y los antílopes le harán compañía! ¿Y dejas las fiestas de la primavera sobre las aguas doradas del Nilo sagrado?

–No las dejaré, padre, si es tu voluntad que asista a ellas; pero

para el estudio y el Aula a que quiero dedicarme, necesito retiro y soledad no sólo para mí sino para las que estudiarán conmigo.

–Está concedido todo. Tú misma elegirás la corte y servidumbre que ha de acompañarte. Mi administrador pondrá a tu disposición los valores que necesites para tus fines. Las riquezas de tu madre y la dote que yo te he asignado bastan y sobran en mucho para cuanto puedas desear.

"Quiero que me tengas informado sobre todos tus estudios y progresos realizados y de todo cuanto te ocurra.

–Serás complacido, padre. Nuestros dioses tutelares te dan gracias por mi intermedio. –Y Thimetis se arrodilló ante su padre para besar sus pies. Él le puso ambas manos bajo sus labios, y cuando ella se alejaba murmuraba él muy conmovido:

–Esta hija es toda el alma de la grande Néferi de Soser, aunque su cuerpo es pequeño y grácil como un loto del Nilo.

Y su corazón quedó tranquilo porque había obedecido al designio que el Dios Vivo tenía sobre su hija.

Conocida de todos esta resolución del Faraón, fue la respuesta de Thimetis a los que solicitaban su mano.

= 7 =
EN EL LAGO MERIK

El llamado palacio real de Menfis era como una ciudad fortificada dentro del área de otra gran ciudad.

Estaba compuesto de varios edificios independientes unos de otros. La llamada Sala del Trono era el verdadero palacio de gobierno residencia del Faraón, y era un bosque de columnas, de arcos, de camarines y cámaras, de patios poblados de esfinges, obeliscos y fuentes con surtidores. Desde allí podía pasarse, sin salir al exterior, a los Templos de Osiris y de Isis, entre bosques también de columnas, pero en ellas se veían grandes puertas clausuradas y oscuras escaleras que bajaban a criptas más secretas y clausuradas aún. Eran el dominio de los dioses, escenarios sagrados y augustos donde sólo el sacerdocio debía penetrar.

Y entre bosques de palmeras centenarias y graciosos obeliscos de granito rosado de las canteras libias, existía de tiempo atrás el llamado Palacio de la Princesa, que sólo era habitado cuando la hija mayor de un Faraón cumplía la edad de ser presentada al pueblo, o también cuando una princesa extranjera llegaba de su país para celebrar esponsales con el Faraón o con su heredero.

Allí esperaba al futuro esposo y de allí salía para compartir el viejo trono de Egipto.

Cuando Thimetis salió de la presencia de su padre, su corte de doncellas la esperaba en antesala y de allí se dirigió a su palacio donde flameaba el pabellón oro y nieve, con el blasón propio de su dignidad bordada en oro: la diadema de flores de loto usada por todas las princesas reales.

A la entrada a su pequeño y hermoso palacio la esperaba el cortejo de donceles músicos con Amram al frente, tal como ella lo había dispuesto.

Y en las habitaciones más interiores e íntimas, le esperaban el Anciano Eleazar, padre de su esposo, Jacobed, su cuñada, con su chiquitín de sesenta días, su fiel esclava Enabi, y todas las siervas y siervos que habían sido de su madre y que Thimetis quiso conservar a su lado.

¿Quién más la esperaba?

Su Anciano maestro, el sacerdote Amonthep, acompañado de dos hierofantes jóvenes, Ohad y Carmi, sobrinos del Pontífice bajo cuya autoridad estaba todo el sacerdocio y templos egipcios.

– ¡Esta es la recepción del amor para mí! –exclamó ella profundamente conmovida ante una demostración espontánea que no esperaba–.

"Veo que no estoy sola en el camino que comienzo hoy –añadió, quedando como petrificada en el centro del amante círculo que la rodeaba.

–Hija mía –dijo Amonthep–, lo que se siembra eso se recoge y al igual que tu madre, la inolvidable Epuvia Ahisa, comienzas tu vida sembrando rosas y rosas recogerás en tu camino.

Ohad y Carmi se acercaron a ella y en nombre del Pontífice le ofrecieron, entre un cofrecito de seda púrpura, la Rosa de Oro, símbolo del amor divino de Isis para la joven adepta de su escuela de Amor y Sabiduría.

– ¡Oh! ¡La Rosa de Oro de Isis! –exclamó Thimetis–. ¡Aún no hice nada para merecerla! –añadió sin atreverse a recibirla–.

"¡Maestro Amonthep! ¿No me has dicho que es necesario morir por una renunciación a todas las cosas vanas, para merecer la Rosa de Oro de Isis?

–Recíbela sin vacilar, hija mía, porque tú hiciste la renunciación parecida a la muerte –le contestó el Anciano.

– ¿Cuándo?

– ¿No acabas de renunciar el trono de tus mayores y pedir a tu Rey el retiro absoluto al castillo del Lago Merik?

– ¡Sí, es verdad, padre mío! –respondió a media voz la princesa, como pesando todas sus palabras.

–Entonces..., si nuestro Pontífice Pthamer te envía el valioso tesoro que Isis concede a sus elegidos, es porque la diosa lo puso en el secreto de tu corazón.

Thimetis inclinó su frente, dobló una rodilla en tierra y recibió el cofrecillo de seda púrpura con la Rosa de Oro de Isis.

Y estrechando la resplandeciente flor a su pecho, rompió a llorar desconsoladamente.

El Anciano se le acercó.

– ¿Por qué lloras, Thimetis? –le preguntó.

–Es muy grande el secreto de mi corazón y me pesa como una montaña.

–Pero ya no puedes retroceder. Lo que se pide al Rey y el Rey concede es como una estrella caída a tus pies; somos aquí tres hombres del templo para ayudarte a soportar el peso de tu secreto, y por encima de nosotros, Isis y el Pontífice Pthamer, intérprete de las voluntades soberanas.

"Cuando el Dios Vivo pone una carga en nuestros hombros, su potente brazo es quien sostiene el peso, y aún pone alas en nuestra espalda y alegría en nuestro corazón.

"No temas, hija mía, que lo mandado allá arriba, se torna en pan y miel para nuestra boca y alfombra de flores para nuestros pies.

"Sigue sembrando rosas y este viejo te asegura que rosas vas a recoger.

– ¿Sin espinas? –preguntó ella con una dolorosa sonrisa.

–Las rosas son siempre bellas a pesar de sus espinas, Thimetis, recuerda esto en todos tus días.

Uno de los dos hierofantes se acercó a la princesa y preguntó a media voz:

– ¿Es también secreto el estudio a que aspiras, Princesa de Egipto?

–Mi padre lo sabe y lo consiente. ¿Quiénes serán mis maestros?

–Los tres que estamos aquí.

– ¿Dónde deberé acudir?

–Tenemos concedidos dos días a la semana, si mandas a buscarnos. Pero si habilitas el templo del castillo permaneceremos cinco días cada semana.

–Lo haré ¡Oh, sí, lo haré! –exclamó Thimetis–. Mi padre me acaba de prometer todo cuanto necesite para mi debida instalación en el castillo del Lago Merik.

–Esperamos tu aviso, Princesa Real, y quieran los dioses que sea pronto.

–Mi maestro está autorizado para vivir permanentemente en el castillo. ¿Lo sabíais vosotros?

–Lo sabemos.

–Todo marcha a su término, hijos míos, y todo resultará en bien de los que siguen la senda que les fue marcada.

Los tres sacerdotes se inclinaron en reverente saludo a aquella niña pequeñita y grácil como un loto del Nilo; y que no obstante era la preocupación en ese instante del austero y sabio sacerdocio egipcio.

¿Qué habrían anunciado los signos del Zodíaco para esa pequeña mujer de sólo quince años de edad?

¿Qué oráculos dejarían caer a la Tierra las estrellas desde sus lejanas moradas, para que así, se preocupasen por ella los sabios del templo?

¿Habría hablado la muda Esfinge, de un glorioso pasado de Av Isis Thimetis, y de un futuro más glorioso y prometedor aún?

El día en que nació Thimetis, los signos del Zodíaco anunciaron a los astrólogos del Templo que la niña que nacía era una estrella de primera magnitud, que venía ligada a un Sol de Justicia que marcaría a la humanidad un nuevo camino para encontrar la felicidad. Y los videntes del Templo habían visto un hombre luminoso en lo alto de una montaña, con una escritura en láminas de piedra que no supieron descifrar.

En los archivos del Templo de Menfis se encontraban estos relatos.

Los astros habían, pues, hablado a los hombres del Templo, y ellos esperaban grandes realizaciones de esa pequeña mujer que hacía a los quince años una grande renunciación.

Thimetis se despidió del gran mundo en que había vivido los primeros quince años de su vida, asistiendo entre su padre y su madrastra a las resplandecientes fiestas con que celebraba Egipto a la florida primavera.

Las góndolas iluminadas flotando como palacetes fantásticos sobre las ondas del Nilo sagrado; las músicas de cien orquestas puestas a tono por la magia inflexible de un hábil director, las danzarinas traídas de todos los países amigos para exhibir la cálida gracia de sus movimientos y la riqueza de sus vestiduras, los donativos del Faraón para el pueblo que lo aclamaba; el encanto de la flamante esposa y de la bien amada hija que ejercía poderosa sugestión de amor sobre el pueblo, todo, absolutamente,

cooperaba para hacer de las fiestas primaverales de ese año un acontecimiento pocas veces presenciado en la vieja capital Menfis, la histórica, la milenaria, por la que habían desfilado muchas dinastías faraónicas y muchas generaciones de pueblos y razas.

Dos poderosas corrientes de pensamientos y de emociones, agitaban a la joven Princesa Real.

Una ola le traía la pesadumbre de todo aquel esplendor que abandonaba para siempre. Y una especie de tentadora sugestión parecía susurrarle al oído: "¡Cuán pobre de mente eres que abandonas tu alto pedestal de heredera para sumir tu vida entre viejos libracos y viejos sacerdotes a quienes sigue de cerca la tristeza y la muerte!"

Y esa ola pasaba y venía otra que le murmuraba una cadencia diferente: *"¡Feliz de ti, nueva Néferi, nueva Hatasu, que abandonas toda esta negra pavesa que se lleva el viento para abrazarte a lo que siempre vive a lo imperecedero y eterno: el bien a tus semejantes, la iluminación de toda la humanidad, el poblar los cielos infinitos de almas salvadas con la gran Ley traída a este mundo por el Verbo Eterno, Verdad Suprema, Palabra Creadora, encerrado en ti como en un cofre de diamante!"*

Estas dos poderosas corrientes luchaban encarnizadamente en el mundo interno de Thimetis, haciéndola palidecer de espanto unas veces, y llenando sus ojos de jubilosas alegrías, otras.

Ohad y Carmi con algunos Pastóforos del Templo que acompañaban con incensarios de oro, arrojaban el humo perfumado de sus ascuas ardientes consumiendo incienso de Arabia, navegaban al lado de la góndola real y los videntes percibieron claramente las dos fuerzas que luchaban en el mundo interno de la princesa.

Un genio tutelar de ojos celestes que brillaban como estrellas en la oscuridad de la noche, tomaba posición a su espalda y la envolvía en gasas azules y blancas de transparente diafanidad.

Una sombra cenicienta de rojizos resplandores se interponía a momentos, como si brotara del fondo oscuro del río. Y entonces el rostro de Thimetis se tornaba pálido y un escalofrío la estremecía visiblemente. ¡Qué duro tormento fue para ella la fiesta primaveral!

Un viento helado comenzó a soplar inesperadamente del norte, como si el mar hubiera sentido también la angustia de aquel corazón, y el Faraón por medio de sus heraldos dio la orden de volver a la ciudad.

Dos semanas después encontramos, lector amigo, a la Princesa Real Av Isis Thimetis recostada en su diván encortinado de gasas

amarillas y blancas, en su salón dormitorio del castillo del Lago Merik.

Había dado valientemente el gran salto sobre el abismo, que el Eterno Infinito pide a las almas llegadas al sagrado altar de las grandes realizaciones.

Y se sentía poseída de esa calma tranquila, llena de pensamientos, de recuerdos, que a momentos le sonreían visiones de ensueño y a veces una cruel incertidumbre ponía pavor en sus ojos.

Amram, el esposo elegido por ella, había sido ascendido al pesado cargo de Gobernador del Castillo, bajo la única autoridad del sacerdote Amonthep como Censor.

La fiel Enabi era Azafata de las doncellas cortesanas, las esclavas y esclavos habían recibido carta de manumisión y eran servidores con un salario convenido.

El salón de ceremonias fue anexado al Oratorio para formar el Templo bajo la inspiración del Hierofante Membra, notario archivero del Templo de Menfis. Era en miniatura una perfecta imitación del Templo de Isis, anexo al gran palacio real.

La Isis de mármol blanco que su madre había hecho construir con finos mármoles de Italia, fue traída en suntuosa procesión desde las habitaciones de Thimetis hasta el vetusto castillo, que sufrió una grande transformación. El Faraón mandó sus mejores arquitectos con sus cuadrillas de operarios, para que el castillo fuera alojamiento de aquella amada hija, incomprendida por él, pero a quien los sabios del templo consideraban elegida por los dioses para felicidad y grandeza del país.

Este gran amor del Faraón, comenzó a lastimar la susceptibilidad de la esposa reina, y esto dio motivo a que el esposo-rey se le consagrara en absoluto olvidando un tanto a su hija. Más aún cuando en la corte se hizo público que la reina esposa iba a ser madre de un hijo varón, según el anuncio de los astros y de los astrólogos.

El Faraón entró en un delirio de amor por su esposa, tan exagerado, que olvidó todo, hasta la amenaza de contiendas armadas con sus vecinos que tan alerta le tuvieron siempre.

Los festines, que a veces eran orgías, se sucedían sin interrupción y en ella los brindis tan abundantes, que el Faraón salía de una ebriedad y empezaba otra. Estas circunstancias tan especiales y propicias, contribuyeron grandemente para que los designios divinos se cumplieran en Thimetis de la manera más perfecta y feliz que pudiera desearse.

El desposorio secreto de la Princesa sólo era conocido por el Pontífice y algunos Hierofantes y Sacerdotes del viejo culto, como se denominaban ellos mismos en secreto absoluto.

Las grandes verdades divinas al comenzar la dinastía de los Ramsés fueron relegadas a lo más profundo y secreto de las criptas del Templo, en aquella Arca de oro que cubrían las alas de plata de águila con rostro humano.

Allí sólo el Pontífice y su Consejo, de los más adelantados Hierofantes, podían penetrar.

El antiguo monoteísmo heredado de Mizraim de Tanis y de los Kobdas prehistóricos, sólo era un gran recuerdo secreto que vivía como encerrado en tumbas inviolables en lo profundo del corazón de un puñado de almas clarividentes, que preferían la muerte a claudicar de la Eterna Verdad que conocían y amaban.

La dinastía de los Ramsés, si bien engrandeció las ciudades y metrópolis egipcias con los más grandes templos y palacios, con anfiteatros y termas superiores a cuanto se conoció en el mundo de entonces, dejó introducirse la corrupción y el error más grosero, en las formas y modos más degradantes que pueden existir en esta humanidad.

El aumento exagerado de prole llegó a ser el ideal supremo de nobles y plebeyos, y el gran palacio faraónico se llenó de esposas secundarias y de hijos bastardos del Soberano, que les asignó a todos la alta dignidad de Príncipes con dominios sobre determinados distritos del vasto país, y más grave aún, con el derecho de tomar por grado o por fuerza, los bienes y las doncellas que les acomodasen para sus fines.

En aquella época, el sacerdocio había perdido ya la alta autoridad que tuvo sobre la conducta de los soberanos egipcios, a los cuales podía destituir cuando favorecían o propiciaban el error y la corrupción de costumbres. Esta circunstancia era la que ponía una mordaza de hierro a los grandes Hierofantes de Menfis que esperaban la vuelta a los viejos tiempos. Hecha esta explicación, comprenderá el lector porqué el Pontífice y sacerdotes de Menfis estaban en todo del lado de Thimetis, última esperanza de un resurgimiento de las Eternas verdades y grandes leyes que fueron luz y vida para el Egipto milenario.

Pero Thimetis, inconsciente en parte de que su pequeñita persona significaba tanto para la gran causa de la Verdad y de la Justicia, se dejó sumir en una triste añoranza en los primeros días de su reclusión en el solitario castillo.

Ni el amor de Amram, ni la amorosa solicitud de que se veía

rodeada lograban espantar la sombría tristeza que ponía laxitud en sus movimientos y melancolía en sus ojos.

La gran renunciación parecía haber dejado herido su corazón para siempre.

Dudaba. Vacilaba. ¿Su amor para Amram era verdad o ilusión? ¿Podía confiarse a él en absoluto? ¿Era aquel modesto y bello doncel que la miraba con reverencia y adoración, un amor verdadero o un vil interés disfrazado? ¿O una alucinación nacida del trato frecuente y forzado en su calidad de artista de joyas?

Su amor por él parecía esfumarse como un dulce recuerdo en una lejanía cenicienta y opaca que se perdía a la distancia.

Hasta que un día, dolorido él y sospechando la lucha interna de Thimetis, pidió por medio de Enabi, una audiencia a solas con ella.

Cuando le fue concedida, Amram se acercó a ella y doblando una rodilla como cuando estaba en el gran palacio de su padre, le dijo así:

– ¡Señora!, si estás pesarosa del amor que te hizo llamarme esposo, me ausentaré para siempre de tu lado y nunca volverás a sentir la inoportunidad de mi presencia.

Y al levantar ella sus ojos para mirarle, vio a su lado un niñito hermoso que le sonreía tendiéndole los bracitos y diciéndole en una media lengua encantadora: –"*¿Ya no me quieres más, Thimetis? ¿Olvidas la promesa de traerme a tu lado para sembrar juntos los rosales de oro de Isis?"*

Y como al conjuro de estas palabras del niño, le apareció una Isis viva y radiante que la envolvía en un abrazo cálido, tiernísimo, al mismo tiempo que le decía: *–"¡Soy la Madre Eterna de todas las madres de los misioneros de la Verdad venidos a este mundo! ¿Te pesa el haber sido tú elegida para madre de la Luz Divina hecha hombre?"*

– ¡No! –gritó Thimetis sin poderse contener y cayó sin sentido en el diván en que estaba sentada.

Ni Amram, ni Enabi y otras doncellas que acudieron podían comprender lo que le ocurría a la pobre Thimetis.

Ella sola había asistido a esa escena maravillosa del plano espiritual elevado.

Sólo a su Anciano maestro Amonthep confió ella lo que le había ocurrido. Y sólo él pudo comprender la interna y tremenda lucha de aquella adolescente de quince años ante la inmensa carga de la misión para la que fue elegida.

– ¿Quién es ese resplandor vivo, que como una llama azulada

con reflejos de oro me apareció, mientras Amram sollozaba arrodillado ante mí? –preguntaba a su maestro la Princesa Thimetis–.

"¿Quién es ese niñito hermoso que me sonreía tendiéndome los brazos y recordándome promesas que yo no recuerdo haber hecho? –volvía a preguntar toda llena de ansiedad.

–Todo esto vas a saberlo, hija mía, en los estudios que vas a comenzar –le contestaba Amonthep–. Pero deseando que no padezcas sin respuesta, algo te explicaré hoy. No creas que sea un milagro como llamáis ordinariamente a un hecho que no comprendéis.

"El milagro sería el quebrantamiento de las irrevocables leyes divinas. Y el Eterno Poder Creador no trastorna ni corrige sus obras porque todas ellas son perfectas.

"La verdad única es que existen en determinadas regiones o planos del Universo, fuerzas latentes y vivas que obedecen a los pensamientos de seres, capaces por sus conocimientos superiores de ordenar la realización de esos hechos prodigiosos o mejor dicho, extraordinarios. Uno de estos hechos es la visión que se te ha presentado en la forma que sabes.

"La aparición del niñito que te llenó el corazón de amor es el que será un hijo tuyo, único, porque es el enviado de la Eterna Potencia para dar un nuevo impulso a esta humanidad estacionada en la vida de los sentidos físicos, como si tan solo de materia estuviera formado el ser humano.

"El otro gran ser que se llamó *Madre Eterna*, para nosotros es Isis porque con tal nombre nos acercamos a una parte de esa suprema Potencia Creadora y Directriz de los mundos. Otras doctrinas de secretos divinos le dan otros nombres, según su forma de expresión y de lenguaje. Debes saber que en el mundo espiritual no existe el sexo como en los organismos físicos de los mundos carnales.

"Allí ni son hombres ni mujeres, sino Inteligencias. Almas sin cuerpo físico. Si te dijo: *"Soy la madre eterna de todas las madres de los misioneros de la Verdad que vienen a este mundo"*, es por esta razón:

"Todos los Mesías que rigen y gobiernan éste y los demás sistemas planetarios visibles desde la Tierra, fueron sacados de su primitivo estado de "algas marinas con vida y alma conjunta", por el que ellos llaman gran Padre Sirio. Y desde ese primitivo estado les ha seguido en su evolución ascendente durante largas edades, kalpas, ciclos, siglos y años, hasta hacerles llegar con su propio esfuerzo a las esferas de luz de donde ya no se desciende a la carne nunca jamás.

"Son Mesías portadores de la Eterna Ley a los mundos que les son encomendados. Y ese gran Padre Sirio que ellos llaman, no es un hombre. No tiene cuerpo físico. Es sólo una Inteligencia radiante más que un sol y lo mismo puede llamarse padre que madre porque una y otra denominación tienen el mismo significado: engendrar, crear, dar vida.

"A ti, que serás madre de un Enviado Divino, te aparece como una Madre Eterna para protegerte, para inundarte de amor, de todo el amor, la comprensión y la luz que has de necesitar para cumplir tu gloriosa maternidad.

"¿Has comprendido, hija mía, el sublime misterio encerrado en tu misión? ¿Has comprendido el alcance y la magnitud de la renuncia que has hecho de todas las cosas vanas del mundo, para consagrar tu vida a la Luz Divina hecha hombre, que vendrá a la Tierra por tu intermedio?"

Thimetis cayó de rodillas con las manitas juntas sobre el pecho en adoración a esa Suprema Grandeza, que en la pequeñez de su vida de débil criatura humana la tomaba como instrumento de un prodigio semejante; no tenía palabras que pudieran expresar lo que pensaba y sentía.

Amonthep llamó al entristecido Amram que ya preparaba su equipaje para huir de Thimetis, e ir con su Anciano padre a refugiarse en la pobre cabaña de rocas, allá en el Valle de las Pirámides y de las Tumbas Reales.

– ¿Qué haces, Amram? –preguntó el sacerdote.

–Deshago la imprudencia que cometí. ¡Qué loca osadía, señor, la de unir mi pobre vida a la ilustre hija del Faraón, Rey de Reyes!

"¡Estuve loco!... ¡Estuve loco!..."

El buen Anciano le quitó de las manos los cordeles con que ajustaba paquetes y líos, anuncio de una partida definitiva y absoluta.

– ¡Es ahora cuando obras como un desequilibrado mental, te lo aseguro, infeliz muchacho! –díjole el Anciano–. ¿Crees acaso que puedes cambiar a tu antojo los designios del Eterno Infinito, ya le llames Jehová según tu credo, o Atmán, Osiris, Amón-Ra, Agnis, Zeus según el sentir de otros buscadores de la Verdad? ¡Cuán equivocado estás, hijo mío!... ¡Cuán engañado vas!

–Pero entonces..., ¿qué he de hacer? ¿Cómo escapar de este espantoso engranaje de ruedas de molino que me está moliendo el corazón como un grano de trigo? –gritó con indecible desesperación el joven levita, que en verdad veía cerrado todos los caminos.

– ¡Tu puesto está aquí y nada más que aquí! –dijo con firmeza Amonthep–. ¿No estás en casa de la esposa que aceptaste? ¿No

bendijo vuestra unión tu padre, con toda la autoridad que le acuerdan las leyes de los países civilizados?

"¿No la amas acaso? ¿No te ama ella que saltando el abismo social que la separa de ti, estrechó tu mano de compañero y esposo para toda la vida?

"¿Es así como cumples, hombre de la estirpe de Abraham, los compromisos de honor que contraes voluntariamente? Y si amas a otra mujer más que a la tuya, ¡arráncate ese corazón de adúltero porque más te vale vivir sin corazón que llevar en tu pecho una sierpe en vez de corazón!..."

Amram, anonadado por la formidable irradiación de enojo que emanaba como cien flechas de fuego del Anciano sacerdote, sintió que el pavimento se hundía bajo sus pies. Un vértigo de locura y de espanto le sumió en densa oscuridad y cayó como una masa inerte a los pies de Amonthep, que no tuvo tiempo de recogerle en los brazos.

El viejo sacerdote del Templo de Menfis, había comprendido que una perversa inteligencia destructora de las obras de Dios dominaba al joven levita, y luchaba con rabiosa ferocidad para desviarlo de su camino marcado de tiempo lejano por la Ley, y con su libre voluntad y consentimiento. Comprendió, asimismo, el Anciano, que sólo provocando una fuerte reacción en él, podía aún librarlo de la poderosa fuerza negativa que le tenía aherrojado.

Y con dolor de su viejo corazón que mucho le amaba, le habló de tan dura manera.

Se precipitó sobre el cuerpo exánime y bañó su rostro inanimado de llanto.

– ¡Pobrecillo! –exclamaba llorando el dolorido Anciano–. ¿Por qué tu ceguera espiritual me ha forzado a azotarte con un látigo, cuando tenía miel en mis labios y bálsamo de piedad en el corazón?...

Haciéndole aspirar esencias con brebajes reconfortantes le hizo volver en sí, y como se hallaban en la antecámara de la Princesa, la hizo venir; y cuando el enfermo debía despertarse, se encontró solo con ella que velaba su sueño.

Antes de retirarse, Amonthep había pronunciado con solemne acento estas palabras: "Lo que Dios Amor ha unido, nadie puede separarlo".

Cuando Thimetis vio que Amram se incorporaba, le dijo: –Estás enfermo, esposo mío, yo también lo estuve; pero tú y yo nos debemos al cumplimiento de un pacto solemne, y de un deber más grave y solemne aún.

“Por voluntad del Faraón y mía eres Gobernador de este castillo y de cuanto a él ha sido anexado.

“Por voluntad superior se inclinaron nuestras voluntades una a la otra libremente, sin presión y sin violencia. Lo que la suprema Voluntad ordena y nosotros libremente aceptamos, hecho está para siempre.

“¿Te pesa el deber?

–No, Princesa Real de Egipto.

–No me llames nunca jamás con ese nombre cuando nadie nos oye. Para ti no soy Princesa Real de Egipto, sino simplemente Thimetis de Menfis, donde nací, hija de Epuvia Ahisa.

“Es verdad que nuestro matrimonio debe ser un secreto para todos. El misterio nos rodea y nos envuelve. Más fuerte que la muerte es el amor que nos ha unido, y que vivirá en nosotros hasta más allá del sepulcro. ¿Me amas, Amram, como yo te amo?

El joven se arrodilló a sus pies y doblando la frente sobre sus rodillas rompió a llorar a grandes sollozos. Thimetis lloraba también y su llanto mojaba la rubia cabeza de Amram.

Por fin ella se desprendió del cuello un pequeño camafeo de oro con su cabecita coronada de lotos y en el que estaba grabada esta inscripción en jeroglíficos del Templo: “Para siempre”. Y lo prendió sobre el pecho de Amram.

Los ángeles de Dios, testigos únicos de esta escena, debieron entonar el himno sagrado con que en los cielos se celebran las nupcias ordenadas y bendecidas por la Suprema Ley, que dirige la evolución de los Mundos y de las Humanidades.

= 8 =
OSARSIP, EL MISTERIOSO

Al siguiente año de los sucesos que acabo de narrar ocurrió de modo inesperado el fallecimiento del Faraón Seti Ramsés I.

Le había nacido el hijo varón tan ardientemente deseado al que llamaron Amenhepat, y que al morir su padre debía añadir a ese nombre el de Ramsés II.

La celebración de este nacimiento adquirió proporciones tan exageradamente suntuosas y más que esto, tan lúbricas y sensuales que bien pudo calificárselas de orgías y bacanales.

Los más ancianos decían escandalizados: “Nunca se vio cosa semejante en el palacio de nuestros reyes”.

El Faraón y sus grandes magnates, cortesanos y príncipes, en

completa ebriedad danzaban con las bailarinas contratadas por dinero para divertir al pueblo.

Y los excesos de todo orden de tal modo afectaron al soberano que días después fallecía de una congestión cerebral. Siendo el heredero de sólo treinta días de edad, su madre con el Consejo de Ministros se hicieron cargo del gobierno de la nación.

Un riguroso luto se guardó en todo el país durante los setenta días de embalsamamiento del cadáver, pasados los cuales y en grandiosa procesión de antorchas fue conducido el sarcófago de mármol negro con la momia del Faraón, al gran panteón de Seti su padre, en el Valle de las Tumbas Reales.

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos en Menfis, y la nación se entregaba a los mil comentarios, que se comprende bien ante hechos semejantes, el castillo del Lago Merik y la noble dama que lo habitaba fue casi por completo olvidado.

Ella vivía en otro mundo y también con grandes novedades.

Antes de referirlas, el lector me permitirá hacer una ligera explicación.

El Lago Merik, en cuya azulada superficie se reflejaba el castillo con sus graciosas torres y el bosque de obeliscos y palmeras que le rodeaban, era como un afluente del Nilo que lo alimentaba por medio de un ancho canal navegable, abierto exprofeso para formar aquel pintoresco remanso, que la solicitud de la Reina Epuvia Ahisa había poblado sus aguas de garzas, cisnes, gaviotas, y peces de las mejores especies.

La muerte de ella, ocurrida a poco de nacer Thimetis, hacía aparecer al castillo como abandonado y ruinoso.

Le rodeaba el desierto, que equivale a decir que la soledad y silencio absolutos sólo eran interrumpidos por la algazara de las gaviotas, el correteo gracioso y febril de los antílopes, el bogar de los cisnes y de garzas sobre las mansas olas. Era este el paisaje que contemplaba Thimetis al caer de la tarde, desde las terrazas del castillo, o también a veces paseando con sus doncellas por las orillas del lago.

Ella escondía un secreto en lo más secreto y apartado de sus habitaciones particulares.

Secreto sólo conocido por Amram, Amonthep, Enabi y Jacobed, hermana del joven levita.

Era madre feliz del hijo anunciado por los sabios sacerdotes del Templo de Menfis. El niño sólo contaba cincuenta días de vida que pasaba dormido. Más, era difícil continuar guardando el secreto por más tiempo, y se hacía necesario tomar una seria medida.

–Todo lo aceptaré –decía ella–, menos que sea apartado de mí, tan pequeñito como es.

"Dejadme pensar –añadía– que Isis me dirá en sueños lo que he de hacer. ¿No me dijo Ella que es "Madre Eterna" de todas las madres de los Misioneros de la Verdad venidos a este mundo?..."

A la mañana apenas se despertó, dijo a Enabi: –En el sueño de esta noche me dijo Isis lo que debo hacer con mi niño.

– ¡Oh, qué dicha, señora!..., porque unos días más y no podríamos impedir que sean sentidos los lloriqueos de este querubín.

"¿Puedo saberlo?

– ¡Óyeme! Hace un calor casi insoportable, ¿verdad?

– ¡Oh..., mucho!

–Bien, anuncia a mis doncellas que antes del anochecer iremos a bañarnos al lago. Llama a Jacobed, y entre las tres forraremos con piel de antílope la canastilla de los primeros días de Aarón.

"Sólo es madera y mimbre sin lujo alguno, y así conviene para mis fines.

– ¿Qué pensáis, señora, por favor? ¿Vais a ahogar al pequeño?

–No seas tonta. Déjame hablar. ¿No ha dado el nuevo gobierno decreto de muerte a los varoncitos de Israel? Pues bien, mi pequeño es un hijo de Israel condenado a muerte y su madre lo arroja al río para cumplir la orden.

"Yo voy con mis doncellas a bañarme, lo vemos, lo recojo y ya está hecho todo.

"Con la creciente de esta noche el lago está rebosando. Las aguas del canal corren con fuerza. ¿No se puede pensar que la corriente le trajo hasta aquí?

– ¡Sois admirable, señora!... Bien se ve que la Divina Isis os asiste en el sueño.

–Ve a prepararlo todo, pero antes llama a la habitación del maestro y anúnciale que necesito hablarle.

"A Amram le llamaré yo misma. –Dio tres golpes al gong de plata que tenía a su lado, y Enabi salió.

El Anciano sacerdote y Amram se espantaron de la resolución de Thimetis.

¿No sería un peligro de muerte para el niño? ¿Sería aceptada la estratagema como verdadera?

¿No pretendería el gobierno arrebatar el niño por ser de Israel?

A todos estos interrogantes la Princesa contestaba con plena seguridad:

–Cuando Isis me lo ha dicho en sueños, es porque así debo hacerlo. –Y así se hizo.

La canastilla de mimbres, que ya no usaba el pequeño Aarón, fue embreada por fuera y tapizada de piel por dentro. Y cuando las gentes del castillo se preparaban para la comida de la tarde, Amram y Jacobed llevaban un pequeño fardo al cañaveral del canal, y la mansa corriente conduciría la canastilla salvadora a las tranquilas aguas del lago.

Caía la tarde, y Thimetis con sus damas bajaba la escalinata del castillo para tomar su baño.

Grande fue su estupor al no encontrar entre las olas su escondido tesoro. Pero Enabi que había seguido con la mirada a Jacobed y Amram, que iban hacia el cañaveral en que desembocaba el canal en el lago, dijo de pronto:

–Señora, el sol calienta aún mucho aquí. Vamos a las cañas que nos darán sombra.

Una mirada de inteligencia hizo comprender a la joven madre alarmada, lo que su favorita quería indicar.

Las doncellas corrieron hacia allá con el tapiz y cubiertas que Thimetis necesitaría, y una de ellas gritó de inmediato:

– ¡Un niño ahogado! ¡Un niño ahogado!

A los gritos acudió Amram y otros servidores del castillo. Varios hombres entraron al agua y la canastilla prisionera del cañaveral fue llevada ante la Princesa.

Madre al fin, no pudo mantener la serenidad y cayendo de rodillas ante el niño dormido, rompió a llorar a grandes sollozos.

–No está ahogado, señora, no está muerto –le decían–. ¿No veis los colores de su carita que parece una flor de granado?

–Será un hijo de los de mi raza que han sido condenados a muerte –dijo emocionado Amram.

–Pues juro por Isis que éste no morirá –dijo la Princesa levantando al niño dormido–.

"Tendrán que matarme a mí si quieren matar al niño. En presencia de todos vosotros declaro que le adopto como hijo y que defenderé su vida con mi vida.

Amram con su silencio disimulaba su intensa emoción.

–Los Dioses le han salvado de las aguas, y es este un hijo de los Dioses –dijo el Anciano Amonthep.

–Y le llamaré Osarsip –añadió la Princesa–, porque tú lo has dicho, maestro, "salvado de las aguas".

– ¡Es verdad!... ¡Oh, es verdad! –exclamó el Anciano–. Osarsip en nuestro lenguaje del Templo significa eso: "salvado del agua".

"Gran misterio se encierra de seguro en este niño.

“Y si los dioses le conservan la vida, será con un gran designio para bien de este mundo.

Como el pequeño pesara mucho para que Thimetis lo llevara hasta el castillo, se le acercó Amram y le dijo:

–Si no os oponéis, Princesa Real, le llevaré yo hasta subir la escalinata. –Thimetis se lo entregó en silencio. La conmoción de ambos era profunda. Hubieran podido sentirse los latidos del corazón. Más todo se esfumó en el silencio de aquel anochecer. Los mirlos azules de Egipto cantaban entre las palmeras la última canción del día y en el diáfano azul de los cielos reverberaban las primeras estrellas, cuando Av Isis Thimetis, Princesa Real de Egipto, entraba al castillo del Lago Merik con su hijo en los brazos.

Esa noche se brindó por el niño salvado del agua y no faltó algún comentario secreto de que el niño pudiera ser un hijo del gobernador del castillo, que era hebreo de raza aunque egipcio de nacimiento.

Este pensamiento se desvaneció momentos después, cuando el mismo Amram pidió a todo el personal del castillo que en atención a la Princesa que adoptaba al niño como hijo, no divulgaran el hecho hasta pasado un tiempo, lo suficiente para que hiciera olvidar el extraordinario acontecimiento.

En los más secretos archivos del Templo de Menfis, el nacimiento fue anotado tal y conforme a la verdad:

“En el castillo del Lago Merik nació el día diecisiete del mes doce del año, Osarsip, hijo de Av Isis Thimetis. Princesa Real de Egipto, hija de Seti Ramsés I, Rey de Reyes, hijo del Faraón Seti Amón; y de Epuvia Ahisa, hija del Gran Sfaz de Mauritania.

“Su padre es Amram, hijo de Eleazar, de la Tribu de Leví, de la raza de Abraham, con carta privilegio del Faraón para ser considerados nativos de Egipto”.

Y aparecían firmando el acta de nacimiento: Amonthep, sacerdote del Templo de Menfis. Atón Mosis, médico de la Casa Real. Enabi de Gohn, azafata de la Princesa Real. Amram, padre del niño. Jacobed, hermana suya, ama de gobierno del castillo del Lago Merik. Av Isis Thimetis, Princesa Real y madre del niño.

Revisado y comprobado debidamente, Ohad de Sais, notario Mayor: Carmi de Heliópolis, escriba del Templo de Menfis. Pthamer de Tebas, Pontífice del Templo de Menfis”.

La Reina con su doble cargo de Regente-Madre del pequeño heredero, poco o nada se ocupó de lo que podría ocurrir en el Lago Merik.

Nula en absoluto en cuestiones religiosas, tampoco puso atención en lo que ocurría en los templos egipcios de su tiempo, pues toda su capacidad estaba ocupada en los intereses materiales del gobierno, de su hijo y de su familia. De la cual procuró rodearse haciendo venir de Sicilia, maestros de todos los ramos del saber humano para que preparasen una Aula a estilo de la gran Academia de Siracusa, para hacer de su hijo en el futuro, un Faraón que sobrepasara en poder, sabiduría y riquezas a todos los soberanos llamados grandes en el mundo de entonces.

El Consejo de Gobierno había decretado ordenanzas restrictivas para todas las colonias extranjeras residentes en el país, como medida de prudencia para el caso de que un invasor comprase con oro la cooperación en caso de guerra.

Siendo la raza de Israel, los Abrahamitas como más comúnmente les llamaban, los que en mayor número poblaban muchos Nomos o distritos del país, a ellos les afectaron más directamente las medidas de previsión tomadas por el gobierno.

A la hora del nacimiento de Moisés, estas medidas no revestían el carácter duro y cruelmente estricto que tomó años después, cuando Ramsés II empuñó el cetro de su reinado.

La Princesa Thimetis creyó oportuno hacer de ese decreto un medio de ocultar la filiación del niño, con lo cual echaba un velo impenetrable sobre su unión matrimonial con un hombre que no era de su alcurnia, ni aún de su raza.

La cuestión de la sangre "azul" fue siempre la maga negra de todos los llamados "nobles", que tuvieron la audacia de enamorarse de seres que, según el viejo prejuicio, no tenían en sus venas la sangre "azul" que les hacía superiores a todos los seres de la tierra.

Pero..., ya está dicho en las Escrituras sagradas de todos los cultos, y avivado como una llama por el verbo de fuego del Profeta Isaías, tan conocido nuestro:

"Mis pensamientos no son vuestros pensamientos –dice Jehová– *ni mis caminos son vuestros caminos"*.

La Eterna Potencia, Luz, Vida y Conocimiento, no forja la red de oro y diamantes de sus designios divinos basándose en sangre azul, o roja, o negra, o verde, ni en razas, ni en países, ni en grandezas materiales, perecederas y efímeras que nada significan para la evolución de humanidades y de mundos, si no están de acuerdo con las leyes inquebrantables del Universo; templo único en que Ella vive, alienta y palpita por toda la eternidad.

La Eterna Potencia selló con soberana Voluntad el pacto de dos Inteligencias desnudas de materia: Thimetis y Amram, para ser

los instrumentos materiales de la venida del Verbo-Luz al plano terrestre. ¿Qué importaba al Eterno Infinito, Potencia suma de toda vida, que ella fuera hija de un Faraón y él un humilde joyero, un obrero del pueblo de Israel?

"Mis pensamientos no son vuestros pensamientos –dice Jehová– *ni mis caminos son vuestros caminos"*.

Tres años después, el hijo adoptivo de la Princesa Thimetis era reconocido por la Reina Regente y su Consejo de Gobierno como un Príncipe de Egipto, en agradecimiento a la absoluta renuncia de la Princesa Real a sus derechos al trono.

Una segunda gran renuncia de la madre heroica, daba al hijo, Verbo-Luz, todas las facilidades para cumplir ampliamente su divina misión. Heredaba todas las riquezas de su madre adoptiva, gozaba de todas las prerrogativas de su elevada alcurnia, para él no había ninguna puerta cerrada. Lo único que no podía era heredar la corona y trono de Egipto.

Esta renuncia de la Princesa Thimetis fue un absoluto secreto de Estado, que el pueblo ignoró completamente.

La Regente y su Consejo, conocían demasiado el amor del pueblo egipcio para la hija única de la Reina Epuvia Ahisa, providencia viviente de las clases desposeídas, de los extranjeros y de los esclavos.

Al pueblo se le hizo creer que la Princesa por su propia voluntad se consagraba a los estudios del Templo, y a la dirección de una gran Academia de Artes y Ciencias para dotar a la mujer egipcia de bastarse a sí misma.

A más, la Regente y su Gobierno encomendaban a la Princesa Real, la Beneficencia Pública y por tanto era a ella a quien debían acudir los que necesitaran auxilio del Gobierno. Se formó para este fin un Consejo de diez Intendentes, que bajo la dirección de la Princesa Thimetis estarían encargados de la debida Asistencia Pública.

La Regente desplegó todo su genio político, no precisamente en interés del pueblo, sino a fin de mantener a la Princesa y a su hijo ocupados únicamente del bien popular, y no pensaran jamás en el trono y la corona que era lo que a ella le había interesado siempre.

Thimetis, aconsejada por el Pontífice y sus grandes Hierofantes, accedió a todas estas graves designaciones del Gobierno que sucedió a su padre.

La Sabiduría con que la Eterna Ley ordena y encadena los acontecimientos favorables a sus designios divinos, utilizó, digámoslo así, la desmedida ambición de la Regente y su Consejo para que ellos fueran realizados.

Y mientras se tejía esta inmensa red político–social en el país del Nilo, sigamos, lector amigo, al pequeño Osarsip, que inconsciente en su primera infancia de cuanto se movía en los cielos y en la tierra con miras a su persona, pasaba sus días en el ala derecha del castillo, entre los mimos del viejecito Eleazar, el compañerismo infantil de Aarón, doce meses mayor que él, la custodia vigilante de Jacobed y el gran amor de su madre, aunque disimulado por una discreta prudencia que costaba el duro sacrificio de un renunciamiento permanente.

La Luz Eterna, nuestra gran confidente, nos permite hojear ligeramente el álbum blanco con broches de plata que había sobre la mesita de ébano en que Thimetis estudiaba, leía, meditaba y a veces lloraba...

Todo escrito en signos jeroglíficos, tal como lo usaban los hombres de la Corte Real y los hombres del Templo. Traducido decía así, comenzando por su título inicial:

Yo soy

"Yo soy la que nació hija de Reyes y ha huido de la grandeza real.

"Yo soy la que nació en las gradas del más poderoso trono de la tierra, y como una tórtola de las montañas se ha refugiado en el hueco de una peña.

"Yo soy la que el mundo ha llamado "estrella de todos los Reinos de la tierra", y como golondrina asustada se esconde en un viejo torreón al cuidado de su nido de amor.

"Yo soy la que todo lo ha dejado por un amor escondido a todos los ojos, pero vivo y ardiente como una llama en el corazón.

"Yo soy la esposa amada y amante, y separada ante el mundo del esposo que ha elegido.

"Yo soy la madre de un hijo adorable porque es la Luz hecha Hombre, y no he de llamarle *hijo*, ni él debe llamarme *madre*..."

Aquí terminaba la página primera del álbum blanco de la Princesa Thimetis, y terminaba con un borrón de lágrimas, que parecía sangre de un corazón herido, porque la escritura toda estaba hecha con múrice púrpura. Debajo del borrón de llanto, aparece otra escritura con signos gruesos y grandes que dicen:

"Los elegidos para las grandes realizaciones divinas, son el incienso que se quema en el altar sagrado del Ideal. Amonthep".

* * *

Osarsip era tan pequeño, que nada percibía del dolor de aquel corazón de madre que no podía llamarle "hijo".

Las habitaciones de Thimetis comunicaban por un oscuro pasillo con las ocupadas por sus familiares. Y su gabinete de vestir tenía una ojiva enrejada de cobre por donde ella miraba al patio de juegos, donde ambos niños correteaban alegremente.

Aquella rejilla de cobre recibía diariamente los suspiros, las lágrimas y los besos que la amante madre dedicaba a su hijo, el pequeño Osarsip que alguna vez la miraba con sus ojitos asustados y corría a esconderse. Era la Princesa Real..., algo así como el sol que a veces quema y lastima con sus rayos de fuego...

Cuando las sombras de la noche caían como un manto protector sobre todas las cosas, Thimetis atravesaba el oscuro pasillo y llegando como una sombra a la camita de Osarsip se arrodillaba junto a ella, y acercaba su cabeza con toca de seda blanca a la cabecita dormida entre sus rizos castaños y el blanco lino de las ropas en desorden.

Cuando ambos niños, Osarsip y Aarón, cumplieron seis años, debían comenzar los estudios, y entonces Thimetis acortó las distancias; y el aula para los niños fue una sala anexa a su recibidor.

Ella sería la primera maestra y Ohad, Carmi y Amonthep, la secundarían en la tarea.

La conmoción de la madre cada vez que el niño la saludaba doblando una rodilla en tierra y diciéndole: –"Los dioses te guarden, Princesa Real", sólo puede comprenderla otra madre colocada en la misma situación.

Ella le daba a besar su mano, y cuando no había testigos a la vista se permitía besarlo en la frente.

En las graves conversaciones que la Princesa tenía con sus maestros, había llegado a conocer las irrevocables y eternas leyes a que está sometida la chispa divina que llamamos alma humana.

Sabía que las inteligencias o almas llegadas con su esfuerzo a una avanzada evolución, son enviadas a los mundos físicos como misioneros o instructores para impulsar hacia adelante a las humanidades que los habitan. Y como nunca es enviado uno solo, sino en legión, se comprende que el más avanzado de todos ellos es el Jerarca, Jefe o Suprema Autoridad de aquella avanzada heroica y gloriosa.

Sabía también Thimetis que en Egipto había descendido una legión de enviados divinos entre los cuales estaba ella misma, Amram, sus maestros, el pontífice y su consejo de hierofantes, y acaso otros muchos más que a su debido tiempo habían de manifestar su presencia.

Cuando a veces le habían dicho: "fuiste elegida para madre de

la Luz hecha Hombre", creía comprender que en su hijo estaba encarnado esa Luz.

Poco a poco fueron sus maestros desgranando la espiga luminosa que escondía Isis bajo su manto y su silencio impenetrable.

Y cuando ellos comprendieron que Thimetis estaba preparada para saberlo todo, ocurrían dos circunstancias: que Osarsip cumplía sus siete años y que en el gabinete de estudios de la Princesa apareció una tela pintada al óleo representando una Isis del tamaño natural que tenía el velo levantado, que dejaba ver su hermoso rostro extático ante el resplandor de una gran luz venida de un lejano abismo azul. Aquella Isis ya no tenía su dedo sobre los labios en permanente mandato de silencio, sino que sostenía en su diestra una exuberante rosa amarilla, símbolo de la Sabiduría con que obsequiaba a sus elegidos.

En el arcaico Egipto de los Hierofantes sabios, todo era símbolo y misterio.

En las criptas de los Templos, las Ciencias llamadas Ocultas estaban escritas en signos sobre los muros y las columnas. Y los maestros dijeron a la Princesa Real:

–Este lienzo es nuestro regalo porque Osarsip ha cumplido siete años de vida terrestre. Isis ha levantado el velo. Isis ya no nos manda callar con su dedo puesto sobre los labios.

–Y con eso, ¿qué me queréis decir? –preguntaba ella.

–Que ahora podemos decirte todo lo concerniente a tu hijo.

– ¿Más aún de todo cuanto sé y padezco? –interrogaba ella con espanto en sus ojos.

–No hay más padecimientos sino más gloria.

Y el Anciano Amonthep iniciaba su plática de instrucción: –Tu pequeño Osarsip "ha dejado de ser Osarsip" desde ayer a mitad de la noche. No me mires con ese espanto, Princesa Real.

"Tu hijo es tu hijo y nadie puede quitarte la gloria de tu maternidad.

"Te faltaba saber aún este secreto que Isis nos permite revelarte.

"Tu Osarsip es ahora la Luz hecha Hombre. Sabes que fue Juno y Numú en Lemuria. Anfión y Antulio en Atlántida. Abel en los valles del Éufrates y Krishna en el Decán meridional. Hoy es la gloria para nuestro Egipto y las voces del Templo le llamarán Ra-Moses, que significa *"Sol de la Noche"*.

"En la noche tenebrosa que envuelve a esta humanidad, será él como el sol que alumbra todos los caminos.

"No te asombres pues, hija de Epuvia Ahisa, si el niño no corre ni grita, ni juega más. No te asustes de verle sentadito en un

banco de tus jardines, con la mirada perdida a lo lejos y sumido en pensamientos que no puedes adivinar. No es enfermedad sino deslumbramiento. No es fiebre sino anhelos supremos. No es miedo ni enojo, sino el comienzo de interrogantes que hace su Inteligencia a medida de su despertar. Ra-Moses ha entrado en su casa terrestre y trata de orientarse en ella. Si alguna vez lo veis llorar, no te alarmes. Es sólo nostalgia de su cielo. Es la tristeza de un largo destierro. Es la gran soledad del águila soberana que se cierne en alturas a donde ninguna ave puede llegar.

"Le faltará compañía, es verdad, ¡pero que no le falte por piedad, la comprensión de los que le seguimos a distancia!...

"¿Has comprendido el gran secreto que hoy te descubre Isis, la que levanta para ti su velo, y aparta el dedo del silencio en sus labios, y te ofrece la rosa de oro de la iluminación divina?"

– ¡Lo he comprendido, sí! –exclamó con temblorosa voz la Princesa Real, y unió su rostro bañado en llanto a la mano en que tenía la Rosa de Oro la hermosa Isis pintada en el lienzo.

El silencioso llorar le devolvió la calma y quietud interior que el gran secreto había alterado.

Amonthep había salido y poco después volvía trayendo a Osarsip de la mano.

El niño se acercó a la Princesa y se arrodilló ante ella,

–Te quiero de pie –le dijo, levantándole–. Así te veo mejor. ¿Quién te puso esta túnica de lino blanco?

–El maestro Amonthep.

– ¿Por qué?

–Porque dejé de ser niño vestido de colores y ahora soy aspirante a la Sabiduría que es la claridad perfecta.

Thimetis no se pudo contener y estrechó al niño a su corazón. No fue dueña de evitar que dos gruesas lágrimas denunciaran su emoción.

–Si lloras porque dejé de ser niño, no puedo volver atrás, Princesa Real –díjole Osarsip conmovido profundamente.

–Estáis hermoso con tu vestidura blanca, hijo mío, y es la dicha que me hace llorar. Ahora serás alumno del Aula Sagrada, y contigo y Aarón asistiré a las clases.

El niño besó la mano de la Princesa Real y se retiró con Amonthep del gabinete de estudio.

= 9 =
EL ESTUDIANTE

El Pontífice Pthamer consagró a Isis el Templo anexo al castillo del Lago Merik, apenas estuvo debidamente decorado y embellecido con todas las exigencias del arte egipcio tan pródigo en signos.

La techumbre era un cielo azul turquí resplandeciente, un perfecto mapa de astronomía con la elíptica del Zodíaco, las constelaciones que la interceptan y su espléndido sol central labrado en cristal de roca, a través del cual una lámpara de aceite encendida día y noche daba una luz dorada al tranquilo y hermoso recinto.

Por medio de doce columnas repartidas en dos filas, el gran salón de ceremonias había sido dividido en tres naves. De columna a columna, enormes cortinados de Damasco amarillo dividía los recintos en forma que las tres naves o galerías quedaban independientes una de otra.

La del centro era destinada a la oración mental, o trato íntimo con los genios protectores que llamaban "dioses". La de la derecha destinada a Aula Primaria, la de la izquierda era el Aula Superior.

En paneles murales estaban grabados el alfabeto egipcio, el fenicio, el hebreo, el caldeo, el árabe y el griego.

En el pórtico de entrada, aparecía en la techumbre el mapa del mundo conocido entonces, y en las cuatro esquinas, cuatro cuadrados de mármol: uno blanco, otro negro, otro amarillo y otro rojo.

Simbolizaban las cuatro razas humanas conocidas en esa época.

El día de la consagración y habilitación definitiva se había hecho cuando Osarsip cumplía tres años de vida física.

Llevado de la mano por la Princesa Real, había recorrido todo el templo en seguimiento del Pontífice y sus Hierofantes cuando conducían la pequeña arca de oro, destinada a guardar los Libros Sagrados, como llamaban a las más elevadas y secretas enseñanzas, leyes, ordenanzas, crónicas, todo copias del Archivo milenario que se guardaba en el Templo de Menfis.

Osarsip, demasiado pequeño, se había quedado profundamente dormido cuando durante los himnos sagrados fue sentado en un sillón al lado de la Princesa Real.

Toda esta solemnidad no era ya más que un recuerdo sagrado para todos; un gran recuerdo que perduró en la mente de todos por muchísimo tiempo.

Los Hierofantes habían visto a Isis viva y radiante envolviendo a la Princesa y el niño en su gran velo celeste, mientras aparecían en letras de fuego estas palabras: *"Soy la Madre Eterna de todas las madres de los Misioneros Divinos venidos a este mundo"*.

Era la misma visión que años antes, en la hora decisiva del gran salto sobre el abismo le había aparecido a la Princesa Real.

Los que no percibieron la visión habían sentido una fresca brisa perfumada de rosas, que se cernía como hálito divino llenando todo el sagrado recinto. Y los que ignoraban el gran secreto pensaban y decían: "–Los dioses tutelares de Egipto están con la Princesa Real, con el Pontífice Pthamer, con los Hierofantes, con todos los que estamos cobijados por este Templo".

Y desde entonces el castillo, el templo y el lago, fueron considerados como sitio preferido de los genios tutelares, como lugar consagrado y benéfico donde sólo podía tener cabida el bien absoluto.

Comprenderá el lector, cómo Osarsip, que a los siete años tenía una extraordinaria comprensión de todas las cosas, penetró como estudiante al Templo del Lago Merik, plenamente convencido de que se acercaba a los dioses y que toda pureza en su mundo interno y en su físico no sería demasiada para tan grandioso momento de su vida terrestre.

Siete días antes de aquel en que debía entrar como estudiante al templo, se escondía solitario en una glorieta de los jardines en las horas de sol, y en su alcoba particular cuando se acercaba la noche.

El sacerdote Amonthep lloraba de emoción cuando refería al Pontífice y Consejo de Hierofantes las severas observancias de Osarsip en esos días, víspera de su entrada al Templo como estudiante primario.

–No molestaré a las mariposas del jardín porque los dioses me ven –decía al buen Anciano, que a veces buscaba acompañar al niño buscador de soledad.

"No arrojaré piedrecillas a los pajarillos que vienen a dormir entre los pinos porque ellos tienen el derecho de buscar abrigo para dormir.

"No correré entre las plantas echándolas a tierra, ni pisotearé el césped, que tienen como yo el derecho de vivir y de crecer. Los dioses me ven y no serán mis amigos si yo estropeo y maltrato sus obras. ¿No es así, maestro Amonthep?"

–Sí, hijito mío, es así, y los dioses van a tener en ti sus complacencias porque comprendes el Bien y evitas el Mal. Eres un elegido de los dioses. Conserva esa amistad, hijo mío, porque es el único bien de este mundo.

Y llegó el ansiado día de asistir por vez primera a la instrucción de los maestros.

También en esa circunstancia supo Thimetis modelar sus sentimientos afectivos y se presentó a la instrucción matutina llevando consigo a los dos niños: Aarón y Osarsip, vestidos de igual manera, con la túnica plisada de blanco lino. Ambos niños prendidos de las manos de ella penetraron a la severa Aula y ocuparon los tres pupitres delanteros.

Era clase de Cosmogonía dictada por el Hierofante Ohad y trataría sobre la conformación del Universo, en medio del cual la Tierra como una cereza, apenas podía distinguirla un observador que la contemplase desde un punto lejano del infinito espacio azulado. A la mitad de la clase, Aarón quedó profundamente dormido. Y Thimetis nada hizo para despertarlo porque estaba prevenida por Amonthep de que quizá sucedería así. Osarsip se había vuelto como una pequeña estatua de mármol blanco. Con sus ojazos negros fijos en el rostro del instructor, no hizo el más leve movimiento y a veces pensaba Thimetis, que el niño contenía hasta la respiración.

Cuando escuchó que poderosas Inteligencias creaban con la fuerza del pensamiento las grandes nebulosas que se convertirían siglos después en una constelación de globos luminosos o en un universo de mundos, Osarsip sin poderse contener exclamó levantando a lo alto sus bracitos:

– ¡Oh, los dioses, qué grandes y fuertes son que pueden soltar a rodar estrellas y soles, como yo globitos de espuma de jabón!–.

Y se echó a llorar. Volvía a ser niño. Tuvo espanto de tan estupenda grandeza.

– ¿Por qué lloras, hijo mío? –le preguntó a media voz la Princesa.

– ¡Oh, Princesa Real! ¿Cómo podré pretender la amistad de los dioses que hacen estrellas con el pensamiento? ¿Si me veo como un gusano de la tierra, que ni aún puedo hacer otro gusano igual a mí? ¿Qué puedo hacer yo que agrade a los dioses, como dice el maestro Amonthep?

Ohad advirtió el estupor del niño y se acercó a él.

–Los dioses, hijito, cuanto más grandes son más buenos y más sabios –le dijo–. Ellos saben que hoy eres un niño ansioso de saber, de aprender, de conocer, para ser un día grande y fuerte como ellos.

"Todo en el Universo es crecimiento, progreso, culminación, y así como tú creces de estatura, crecerás en inteligencia y comprensión y llegarás a realizar grandes obras como ellos.

"Como es abajo es arriba", dice uno de nuestros principios invariables. A un arbolito que no levanta tres pies del suelo, nadie le pide frutos maduros y dulces, pero sí a un árbol llegado a su perfecto crecimiento. Y todo es así en el Universo, hijo mío.

"Mientras vas viviendo tu infancia nadie te pide grandes esfuerzos mentales o físicos.

"Llegado tú a la edad competente, sin que nadie te lo exija, tú mismo, de tu propia voluntad serás creador de obras más o menos grandes y bellas según hacia dónde se incline esa energía, chispa, o luz interna que todos tenemos como fuerza directriz de toda nuestra vida. ¿Vas comprendiendo, hijo mío?

–Sí, maestro, voy comprendiendo que si mi chispa es limpia y buena, limpias y buenas serán mis obras; y si es mala y sucia mi chispa, sucias y malas serán mis obras. ¿Cómo puedo hacer para conocer si tengo en mí, una chispa buena o mala?

La Princesa y el Hierofante cambiaron una mirada acompañada de una sonrisa disimulada, y Ohad contestó:

–Otro principio invariable tenemos en nuestra ciencia del alma y es este: "Por los frutos se conoce el árbol". Si te dan una hermosa manzana, sabes que procede de un buen manzano. Si te sirven un platillo de cerezas rojas y dulces como la miel, sabes que fueron recogidas de un cerezo de buena estirpe y de lozana exhuberancia. Y no te equivocarás tenlo por seguro.

"Los seres humanos nos parecemos a los árboles. Y así, tú mismo conocerás si tu chispa interna es limpia y buena en las aspiraciones, inclinaciones, gustos y deseos que veas aparecer en ti. Por ejemplo, ¿qué deseas ahora?

–Comprender claramente todo cuanto me estás diciendo, maestro Ohad.

– ¿Qué más? Piénsalo.

–Aprender tanto como tú sabes y como saben todos los maestros del Templo.

– ¿Para qué?... Piénsalo bien.

–Porque me gusta mucho, y porque podré cuando sea mayor enseñarles a otros, como tú me enseñas a mí, maestro Ohad. Por otra cosa también –dijo con timidez y vacilación.

–Dilo sin miedo por que esto es parte de la clase.

–Para dar alegría a la Princesa Real, a mis maestros, a todos cuantos me quieren, y también porque quiero responder a lo que

he comprendido que esperan todos de mí.

– ¿Podemos saber cómo has comprendido que se espera mucho de ti?

– ¡Oh, sí, fácilmente! Oí un día que el Gobernador del Castillo decía al presentarme al abuelo Eleazar: "He aquí el que nuestra raza espera para liberarse". Y cuando me llevaron a visitar con la Princesa Real al Pontífice Pthamer, oí que él decía a los Hierofantes que le acompañaban:

"¡Grande es la Idea Divina y fue encerrada en este trocito de carne!"

"Comprendí que el trocito de carne era yo, porque el Pontífice puso su grande mano sobre mi cabeza".

La Princesa rió alegremente, y Ohad también sonriente, decía al niño acariciándole:

–Eres más despierto de lo que yo pensaba, amiguito mío.

–Yo duermo sólo en mi cama. Fuera de allí estoy siempre despierto.

–Ya lo veo, mi hijito, ya lo veo.

El pequeño Aarón se despertó a las risas de todos. Osarsip le increpó enseguida.

–Te dormiste en la clase. Sólo en la cama se duerme. ¿No sabes tú eso?

Aarón se echó a llorar y la Princesa Real debió intervenir para que la corrección de Osarsip a su amiguito no llegara a mayores consecuencias.

Así terminó la primera clase en el Aula del Templo Escuela del Lago Merik.

= 10 =
¿QUÉ HAY MÁS ALLÁ?

Osarsip llegaba a los doce años y parecía tener quince. –Ya eres más grande que yo –decíale la Princesa Real cuando caminaba junto a ella para asistir diariamente al Aula del Templo.

Aarón era de menor estatura y aunque algunos meses mayor siempre se dejaba guiar en todas las circunstancias de la vida que hacían, conjuntamente con otro alumno que la Princesa Real permitió ingresar a su Aula familiar. Era el hijo mayor del médico de la familia Real, Atón Mosis, de trece años de edad. Su nombre era Hur-Said de Tanis.

Su madre era de raza hebrea, de la Tribu de Leví como Amram

y parienta lejana suya. Su nombre hebreo era Elhisa, contracción de Elhisabet muy usado en la tribu, pero el médico Atón Mosis quiso darle tonalidad egipcia para librarla del menosprecio con que se miraba en general a la numerosa prole de Abraham, y la llamaba Atón Isa. Esta era la madre de Hur-Said.

Eran estos tres niños los alumnos primarios del Aula del Lago Merik.

Y entre ellos se cambiaban interrogantes a diario y después de cada clase. Y era Osarsip el más vehemente en formularlos, asustando a veces a sus compañeros que rarísima vez acertaban con una respuesta satisfactoria.

Aarón y Hur acabaron por esquivarse a la compañía de Osarsip, que les proponía audaces preguntas que ellos calificaban de curiosidad exagerada o precipitada cuando menos.

Y Hur que era de temperamento más reposado, terminaba ásperos diálogos con estas palabras:

–Cálmate, Osarsip, que ya nos lo explicará el maestro en la próxima clase. –Y se escondía rápidamente bajo las cubiertas de su lecho, porque los interrogantes del futuro Legislador y Taumaturgo tenían lugar en la sala dormitorio y en completa oscuridad.

Osarsip continuaba sus interrogantes y nadie le contestaba. Sus dos compañeros dormían y sólo él padecía insomnio.

– ¡Cuán solo y triste me encuentro! –murmuraba en voz quedita que nadie escuchaba–. ¡Oscuridad en esta sala y oscuridad dentro de mí mismo! –Y escondiendo también su afiebrada cabeza bajo los cobertores, lloraba silenciosamente hasta que en el sueño se evaporaban sus penas de adolescente...

¡Pobre Osarsip!... A sus doce años comenzaba la tristeza de las grandes almas que no encontrando a su lado almas iguales sentía muy grande y pesada la carga de su soledad.

Cada lección de los maestros provocaba en él un mundo de inquietudes; y no les era permitido preguntar si el maestro no les indicaba que eran libres de hacerlo.

Y las dudas e inquietudes eran tantas y tan hondas que a él le parecían millares de fierecillas clavadas en su cerebro y en su corazón, hasta el punto de afectar su sistema nervioso de modo alarmante.

La Princesa Real que desde su ojiva de observación no perdía de vista a su hijo, comenzó a darse cuenta de que algo grave le ocurría.

Osarsip perdía el vigor y lozanía de su semblante y hasta su

andar era débil y cansado. Y confiando sus temores al Anciano Amonthep, le pidió que trajera al niño a sus habitaciones para interrogarlo ella misma.

Osarsip se detuvo a la puerta de la sala a la espera de una indicación para entrar. El sacerdote llegaba en pos de él, y a una señal de Thimetis ambos entraron.

El niño siguiendo el ceremonial acostumbrado, dobló una rodilla en tierra hasta que la Princesa le dio a besar su mano.

–Maestro Amonthep –dijo ella–, sentaos y hagamos consulta acerca del estado físico y espiritual de Osarsip, que va perdiendo vigor y lozanía día por día.

–Señora, si no os desagrada, pienso que debes hablar a solas con él, –contestó el Anciano–.

"Quizá sea contigo más expansivo que con sus maestros. Nos resulta difícil hacerle hablar. ¿Digo verdad, Osarsip?...

–Sí, maestro, dices toda verdad. –Y la mirada del niño se perdía en el lejano horizonte dorado del crepúsculo vespertino, que dejaba penetrar por un ventanal sus brumas de amatista y oro. Aquella mirada se esquivaba de encontrar otras miradas.

Diríase que Osarsip temía que sus pensamientos íntimos aparecieran desnudos. ¡Y eran tan atrevidos y audaces! Eran como vertiginosas luciérnagas que se encendían y apagaban en la oscuridad de sus noches de insomnio. Eran como agoreras aves nocturnas que aleteaban chillando en la sombra, dejándole siempre inquietudes y zozobras.

La Princesa Real estuvo de acuerdo con el Anciano, que se retiró dejando solo al niño con ella. Le hizo sentar a su lado, tomó su mano que estaba ardiendo y comenzó el interrogatorio.

– ¡Osarsip!... ¿Estás convencido de lo mucho que mi corazón te ama?

–Sí, señora. Siempre estuve seguro de tu amor para mí. No lo merezco pero sé que lo tengo. Sé que tu amor es mío, pero ignoro porqué me lo das con tanta generosidad.

"Soy un hijo del Nilo que me trajo a tu lado...

La mano de la Princesa Real se posó suavemente sobre los labios del niño que comprendió el mandato de silencio. Miró a la Princesa y vio que dos lágrimas como perlas de cristal pendían de sus pestañas.

– ¡No llores por mí, señora..., que no quise hacerte daño! ¡No me duele ser un huérfano recogido por tu piedad!

"¡Vivo aquí como un príncipe!... ¡No puedo quejarme de nada!...

–Pero no eres dichoso, Osarsip, lo he comprendido bien, –Thimetis ahogó un sollozo con la poderosa fuerza de su voluntad–.

"Y si no puedes quejarte de nada, ¿cómo explicas tu aspecto cansado y doliente, tu vigor y lozanía que huyen de ti? ¿Cómo lo explicas? De continuar así no podrás proseguir los estudios, y te enfermarás y yo quedaré sin el hijo que los dioses me trajeron.

"¿No tienes la suficiente confianza en mí para decirme cuál es la causa de tu tristeza que yo descubro en ti día por día?

– ¡Quiero saber tantas cosas y no puedo saber ninguna! –clamó Osarsip, como en un gemido que se le escapó del alma.

– ¡Yo te las diré todas! –clamó a su vez Thimetis–, si a ese precio he de verte feliz.

–Pero el dedo de Isis puesto sobre los labios, ¿no te mandará callar a ti, señora, como a mis maestros?

Por toda contestación tiró ella del cordón de oro que caía hacia un lado de su diván, que corría y descorría la cortina de púrpura que cubría aquel gran lienzo donde se veía a la diosa con el velo levantado y en sus manos la Rosa de Oro, símbolo de la Luz Divina y de todo Conocimiento.

–Ni para mí, ni para ti, Isis se oculta bajo un velo ni tiene su dedo sobre los labios –dijo la Princesa, y se asombró de ver el éxtasis con que el niño miraba el lienzo y sonreía con una sonrisa de triunfo.

– ¡Así me gusta siempre verla!... Pero en el Aula está escondida y manda callar. ¿Hasta cuándo hemos de callar, señora..., hasta cuándo?...

– ¡Niño mío!... Si comienzas recién la vida y ya preguntas: ¿Hasta cuándo? ¿Qué dejas para el maestro Amonthep, para todos los que te rodean?

– ¿A ellos no les molesta el velo que esconde a Isis ni su dedo sobre los labios?

–No, hijito, no les molesta.

– ¿Me permites, señora, decirte por qué no les molesta?

–Dilo, dilo sin miedo.

–Porque el maestro Amonthep, el Pontífice y todos los maestros del Templo, saben lo que yo no sé, y no me lo dicen porque Isis les manda callar, porque sólo tengo doce años y mi mente es estrecha para comprender, recibir y guardar todo lo grande, inmenso y estupendo que debe haber... ¡Qué hay en todo el abismo de misterio y de sombra que descubro en torno mío!...

La Princesa se sobresaltó de la tremenda exaltación de aquel niño de doce años, que presentía la infinita grandeza del universo

que le rodeaba y se veía envuelto en sombras impenetrables, donde mil interrogantes refulgían en las tinieblas como relámpagos fugitivos que escribieran y borraran: "más allá... más allá".

– ¿Qué hay más allá? –preguntó de pronto Osarsip, como si contestara a su pensamiento tenaz.

–Cálmate, hijo mío, con la solemne promesa que te hago en este día. Desde mañana tus maestros te darán libertad de preguntar y pedir explicación de todo cuanto conturba tu mente y te agita de la manera que veo.

"La confidencia que acabas de hacerme, abre la puerta del santuario cerrado de la Divina Sabiduría, y me haces comprender a mí que los dioses te trajeron a esta vida porque tu vida es necesaria a este mundo que habitamos.

"¡Bendito seas para siempre, Hijo eterno del Eterno Infinito!

Thimetis besó la frente de su hijo y en silencio le acompañó hasta la puerta de la sala.

La emoción del momento era grande, intensa, muda, y el niño que así lo sentía, besó la mano a la Princesa y se retiró a su habitación.

= 11 =
LOS INTERROGANTES DE OSARSIP

Después de una secreta conferencia de la Princesa Real con los tres maestros del Aula, el maestro Amonthep dijo al niño que preparase sus dudas e interrogantes porque en la clase del día siguiente empezarían a darle las explicaciones apropiadas a su capacidad de comprensión.

–Escríbelas en la forma que están en tu mente –le dijo–, y el maestro que está de turno te lo explicará conforme a la verdad que hemos llegado a descubrir y comprender en la actualidad. Pero a esa clase tendrás que asistir solo sin tus dos compañeros.

– ¿Por qué tal deferencia para conmigo? Aarón y Hur tienen más edad que yo y acaso sean más merecedores que yo –dijo el niño con gran extrañeza–. No quisiera tal superioridad sobre ellos que son tan buenos compañeros para mí.

–Perfectamente, hijo mío; pero has de saber que no todos los seres están capacitados para saber todo lo que tú quieres saber.

–Yo sé que Hur tiene las mismas inquietudes que yo, pero como tiene más fuerza de voluntad, se domina y calla, como callaba yo, si no me hubiera presionado la Princesa Real a decirle la verdad.

“Hur es más fuerte que yo en su físico, y sus inquietudes no han hecho palidecer su rostro, ni enflaquecer su cuerpo, ni dar a todo él la apariencia cansada y fatigosa que a mí. Por esta causa la Princesa Real lo descubrió y no pude esconder con mentira lo que ella veía, y que era la verdad.

–Muy bien. Haz como te digo y todo se arreglará.

Esa misma noche, solo en su alcoba, que era a la vez su sala particular de estudio, Osarsip vaciaba al papiro sus grandes interrogantes:

“1. – ¿Qué soy yo, por qué estoy aquí, de dónde he venido y a dónde voy?

“2. – ¿Por qué los antílopes, garzas, cisnes y gaviotas que tanto alegran mi vida, no pueden hablar, ni escribir, ni leer, ni ejecutar piezas de música, ni pintar, ni hacer en fin, nada de lo que yo hago o puedo hacer, si todos ellos viven como yo? Tampoco ríen ni lloran, ¿por qué?

“3. – ¿Por qué tengo yo esta tremenda inquietud y afiebrado deseo de saber, de penetrar todo lo desconocido y misterioso de este mundo que me rodea?

“4. –Estoy colmado y rebosante de todo cuanto necesito: vestiduras, ropas y habitaciones de príncipe, que no las tiene mejor el Faraón-Rey; con una madre adoptiva que lo es más aún que la mejor de las madres por la carne y la sangre. ¿Qué me falta para sentirme feliz en todo el significado de tal palabra?

“5. – ¿Qué son las nubes y qué hacen y hacia dónde van cuando corren y vuelan como enormes águilas blancas que tuvieran prisa desesperada de llegar a un punto fijo?

“6. – ¿Qué es el infinito velo azulado que cubre toda la tierra que alcanzan mis ojos a ver, y que llegada la noche se puebla de focos luminosos que ningún hombre ha podido encender? ¿Es una diosa la luna?

“7. – ¿Por qué el sol se enciende al amanecer tras de los negros cerros del Revenzora, resplandece en el anchuroso azul todo el día y a la tarde se esconde tras de las montañas de Libia? ¿Es un dios de fuego como dicen las gentes?

“Hay muchas otras cosas que quiero saber, pero que aún no puedo organizarlas en mi mente en forma de hacer con claridad las preguntas. Más adelante lo haré, si la Madre Isis me ayuda a mirarme yo mismo muy dentro”.

Cuando al siguiente día los tres maestros y la Princesa Real leyeron las preguntas que había escrito el niño, se asombraron grandemente, y estudiando, discutiendo, y analizando todo lo

concerniente a ellas, resolvieron dar la enseñanza a los tres niños, sabiendo de cierto que si alguno de ellos no era capacitado para comprenderlas, caería en el sueño según costumbre.

Y el Anciano Amonthep decía a sus compañeros:

–Cada una de las preguntas de Osarsip necesita toda una clase para explicarlas. Creo pues que tenemos llena toda la semana.

El maestro que estaba de turno era Carmi y a él le correspondía dar la explicación correspondiente.

La Princesa Real asistió como de costumbre y sentada junto a su hijo sentía que su alma volaba también a su lado por las ignotas regiones que aquella Psiquis, toda luz y fortaleza, recorría con acelerada velocidad.

Al iniciar el maestro Carmi su clase, habló de esta manera:

–En consejo de maestros hemos resuelto pasar a enseñanzas superiores a los que marcan los programas de las aulas comunes.

"Y para esto, dejamos en libertad a los alumnos de hacer las preguntas que sus dudas les sugieran.

"Osarsip ha iniciado las preguntas y cualquiera de vosotros puede interrogar en adelante.

"Pero como se trata de conocimientos que no deben darse sino a muy pocas y determinadas personas, os advierto que cometeréis una grave imprudencia si una vez de salir de este recinto, habláis ante otras personas de lo que en la clase habéis escuchado. Es gravísima la obligación de silencio, porque está en juego nuestra vida, la vuestra y la de la Princesa Real.

"Nuestros grandes Faraones del pasado que algunos fueron Pontífices–Hierofantes del Templo, conocieron y aceptaron las grandes verdades invulnerables y eternas que vosotros vais a saber en vuestra adolescencia.

"Cuando el esposo ha llegado –dicen nuestras viejas Escrituras Sagradas– todos los velos se descorren".

"Pero la ignorancia, el fanatismo y la incomprensión humana en la actualidad es tanta, que los ignorantes y fanáticos decretan pena de muerte para los que saben, conocen, razonan y aceptan lo que la evidencia y la lógica les da como absolutamente verdadero.

"Y ya que tan niños vais a penetrar en la zona de los misterios, un día que sea propicio os conduciré a las más profundas criptas del Templo de Menfis, donde leeréis por vosotros mismos los epitafios escritos en las piedras que cubren las puertas de las hornacinas, en que fueron ocultados los restos mutilados de Pontífices y Sacerdotes del antiguo culto, sacrificados cruelmente por haber enseñado la Verdad.

“Y aquí os vamos a explicar la ciencia divina del Dios Invisible, del Universo y de las almas, que fue la ciencia conocida y explicada por todos esos mártires de la Verdad Eterna, cuyos restos duermen en las criptas, mientras sus almas victoriosas recorren la inmensidad.

“¿Qué os parece que nos corresponde hacer a todos los que en la hora actual alimentamos y sostenemos el mismo ideal?

Osarsip se levantó como al toque de un resorte y con una voz cortante que sorprendió a todos, dijo:

–Nos corresponde callar como callan las tumbas y las momias encerradas en ellas, como calla la esfinge que hasta hoy nadie le arrancó el secreto de su nacimiento... Y juro por ella y la madre Isis, que nadie me arrancará una palabra de lo que oiga yo bajo esta nave sagrada. –Y se sentó tranquilamente en su pupitre.

–Muy bien Osarsip. Te has hecho muy superior a tus años –díjole el maestro.

La Princesa Real cuya emoción era intensa tomó la mano de su hijo y la estrechó en su corazón. Hubiera querido decirle a gritos – ¡Hijo mío! ¡Eres mi dicha, mi honor y mi gloria! ¡Eres la luz que alumbra mi vida y el canto eterno que arrulla mis sueños!

Pero la heroica renuncia a su maternidad ante el mundo selló sus labios como siempre y fue la voz del maestro Carmi que rompió el silencio para preguntar:

–Y vosotros, Aarón y Hur, ¿qué decís a todo cuanto habéis oído?

Hur se puso de pie y repitió el mismo juramento hecho por Osarsip.

Aarón dijo tímidamente:

–Yo soy capaz de callar como Osarsip y Hur, pero si me torturan para obligarme a hablar no estoy cierto de que tendré fuerza para callar.

“Me retiraré de la clase si esta inseguridad me hace indigno de permanecer en ella.

–Tu lealtad y sinceridad te hacen digno de permanecer en esta Aula –dijo el maestro–. Vuestra poca edad os pone a cubierto de toda sospecha en tal sentido. No temáis. Nuestra protectora, la Princesa Real y nosotros cuidaremos de manteneros alejados de los ambientes y las personas en que peligre vuestra integridad.

Sin más explicaciones, Aarón repitió el juramento de Osarsip.

Y el maestro comenzó su clase repitiendo en voz alta la primera pregunta que el alumno grabara en su pergamino: “¿Qué soy yo, por qué estoy aquí, de dónde he venido y a dónde voy?

"Esta pregunta se llevará todo la hora de clase y acaso no baste una sola clase. Oídme pues:

"El ser inteligente que llamamos "el hombre" y que en multitudes forma la especie humana habitante de este planeta, es una renovación gradual y continuada de las múltiples especies de seres orgánicos inferiores y que designamos con el nombre de animales o bestias.

"Cada ser inteligente de la humana especie, puede decir con toda verdad: "Yo soy uno y trino", pues estoy compuesto de tres elementos sabiamente combinados y dispuestos por el Eterno Poder Creador. Primero, mi *inteligencia* que piensa, mi *voluntad* que ama, mi *memoria* que recuerda, son cualidades indelebles del primer elemento de mi ser. Es invisible, indivisible e indestructible, porque surgió como una chispa de luz y fuego del Eterno Poder Creador, invisible, indivisible e indestructible, cualidades que sintetizamos en una sola frase, en una sola palabra, la más grande y formidable que puede pronunciar la voz humana: *¡Eterno!*

"Quedamos pues en que *el primer elemento* que constituye el hombre es también *eterno* como la fuente de donde procede. Este elemento vibra, gira o vuela en el espacio azul infinito que envuelve éste y todos los planetas hasta que es llevado por la eterna ley de evolución a cualquiera de los planetas o mundos destinados a alimentar vidas orgánicas, vegetales primero, animales después, hasta llegar pasadas largas edades, a la especie que llamamos "Humana".

"Al ser introducida la chispa viva en los mundos adecuados, es revestida de los otros dos elementos de que está compuesto "el hombre": *una vestidura de fluidos etéreos gaseosos y magnéticos* primeramente, y éste es *el segundo elemento* de que está compuesto, el hombre.

"Finalmente la Eterna Ley le forma *el tercer elemento* que ha de permitirle la vida manifestada al exterior al cual llamamos *cuerpo físico*, que viene a ser el instrumento de manifestaciones exteriores del principio inteligente, invisible, indivisible e indestructible o sea eterno como la Fuente, Luz, o Fuego que le dio vida.

"Creo pues que está contestada la primera parte de la pregunta: ¿Qué soy yo?

"La segunda parte dice así: "¿Por qué estoy aquí, de dónde he venido, y a dónde voy?"

"De dónde habéis venido ya está dicho en mi explicación anterior: Chispa viva del Eterno Viviente en todo ser vivo que habita los mundos.

"Habéis venido de la Infinita inmensidad de Dios y hacia Él vamos todos, en la infinita sucesión del tiempo. El cuerpo físico nace de una simiente como toda vida, crece, se manifiesta en múltiples formas, buenas, bellas, excelsas, o ruines, innobles, feas y malas, según el grado de comprensión y de progreso alcanzado en el correr de lentas edades. Llega a la juventud, a la edad madura, a la vejez y muere, se disgrega y se hace polvo. Todo lo que es materia sigue este proceso.

"Este es el fin del tercer elemento que constituye "al hombre".

"La destrucción o terminación de la vida material trae como ineludible consecuencia la libertad de los otros dos elementos constitutivos del hombre: La chispa divina o alma que es Inteligencia, Memoria y Voluntad, y su envoltura de fluidos, gaseosos y magnéticos, o fuerza viva intermedia entre el alma y la materia física.

"Debo añadir que el Eterno Poder Creador otorga a sus creaciones inteligentes, una amplísima libertad de acción cuando después de largas edades ha llegado a formar parte de la Especie Humana. Esta libertad es llamada Libre Albedrío, el cual hace al ser inteligente, responsable de sus actos.

"El que obra el bien, más pronto llega a su eterno y divino origen. La chispa vuelve al fuego que la produjo y vuelve agrandada, embellecida y purificada a través de una larga cadena de existencias físicas.

"El que obra mal tarda más tiempo en volver hacia la Eterna Fuerza que le dio vida y rueda a veces de mundo en mundo cada vez más bajo hasta que el intenso padecer le hace abrazar la senda que ha de llevarle a su eterno origen.

"Creo haber contestado la segunda parte de la pregunta hecha: "¿Por qué estoy aquí, de dónde vengo y a dónde voy?"

"La Luz Divina que iluminó a quien hizo esta pregunta, lleve claridad a vuestra mente a fin de que podáis comprender mi lección de este día.

Antes de retirarse del Aula, Osarsip preguntó al maestro:

– ¿Puedo hablar con la Princesa Real y con mis dos compañeros de la enseñanza de este día, maestro Carmi? –Puedes hablar con ellos cuando nadie más os escuche. ¡Cuidado, niños míos, que nos va la vida si mi lección de hoy sale fuera del Aula sagrada!

–Lo tengo muy en cuenta, maestro –contestó el niño, y quedaron quietos en el umbral ante el maestro que cerraba la puerta detrás de ellos hasta el día siguiente.

Aarón había mirado al maestro con ojos de espanto. Hur pensativo había mirado al pavimento. Osarsip había sostenido sereno la mirada del maestro que les recordaba la amenaza de muerte si eran imprudentes al hablar.

Un buen psicólogo observador hubiera podido clasificar con exactitud el carácter y la capacidad mental y espiritual de cada uno de aquellos adolescentes, en esa mirada de un instante fugaz y pasajero.

= 12 =
EL DÍA SIGUIENTE

A la segunda pregunta, referente a que los animales no pronuncian palabras, ni ejecutan música, ni pintan lienzos, ni tampoco ríen o lloran, el maestro explicó que los seres comprendidos en el Reino Animal no tienen en su organismo físico las condiciones necesarias para hablar el lenguaje humano, pero que no carecen de formas diversas de expresión y de sentimiento, según el grado de evolución de cada especie. Y aunque no viertan lágrimas ni en su faz aparezca la risa, demuestran con bastante claridad su dolor o su alegría, y dándoles como ejemplos vivos y claros las observaciones fácilmente hechas en animales domésticos, el maestro Carmi dejó satisfecho al alumno que hizo la pregunta.

La tercera y cuarta quedaron contestadas con ésta explicación:

–La inquietud y constante deseo de saber y penetrar en todo lo desconocido y misterioso que nos rodea, revela claramente que ese espíritu ha conocido en existencias anteriores todas o muchas de las Eternas Leyes y Verdades que rigen el Universo y las inteligencias que lo pueblan. Este despertar del alma se manifiesta prematuramente en las más evolucionadas. Y las hay que padecen tristezas de muerte si no encuentran el modo o posibilidad de saber y descubrir lo que presienten en su íntimo yo.

"Y aunque todo lo posean y todo lo tengan en comodidad y bienes materiales, se sienten desdichados hasta ver satisfecho ese intenso e íntimo deseo".

Y el maestro añadió: –Tal es la explicación que puedo dar a la tercera y cuarta pregunta de este interrogatorio.

Los tres alumnos miraban la lista numerada que aparecía en la gran lámina de madera en que el maestro había escrito las preguntas de Osarsip.

Y cuando el Instructor señalaba la pregunta número 5 referente a lo que son las nubes y hacia donde van, ocurrió lo inesperado.

Osarsip se puso de pie y muy respetuosamente dijo en plena clase:

–Maestro Carmi..., parece que ahora comprendo y sé lo que no comprendía ni sabía cuando escribí todas esas preguntas. Paréceme que la instrucción ya escuchada llenó de claridad mi mente y ahora sé lo que son las nubes, de dónde vienen y a dónde van. Creo que son vapores de las aguas del mar, de los ríos y de todas las aguas que habrá sobre la tierra. Vuelan por los espacios, se evaporan en el aire o se desatan en lluvias sobre las ciudades y los campos.

"Y creo saber que el velo azulado que cubre la tierra no es velo ni manto sino aire, luz, éter, gas, y los focos luminosos que lo pueblan, son esferas, globos, tierras como ésta en que vivimos y que ese Eterno Fuego o Luz generador de chispas que son almas, hizo también esas esferas luminosas que brillan en la noche.

"Y la luna es también una tierra como ésta, que vive más vecina a nosotros y la vemos más grande.

"El Gobernador del Castillo dice que ni la luna ni el sol son dioses. Ese Amón-Ra es una ficción..."

El Maestro Carmi puso el índice sobre sus labios y Osarsip cortó la palabra comenzada.

–Basta, niño mío, por hoy. Vas comprendiendo y descubriendo todo el misterio que nos rodea.

"Pero calla..., calla siempre. No pronuncies fuera de esta Aula lo que acabas de decir.

"Y vosotros, Aarón y Hur, haced como si nunca las hubierais oído.

"Como vuestros maestros y vuestra protectora la Princesa Real, hemos tenido la paciencia de callar, callad también vosotros como las tumbas, como las momias, como la Esfinge.

"No sé si el radiante pasado de nuestro Egipto volverá algún día a resplandecer como en los tiempos viejos. La Suprema Inteligencia Creadora dio su luz a Osarsip a los doce años de edad y por su intermedio a vosotros, Aarón y Hur.

"Amad esa luz más que a vuestra vida. Es como una esposa eterna. Escondedla en el santuario secreto de vuestro íntimo Yo, y no la dejéis ver de las gentes profanadoras de todo lo grande y santo que hay en las creaciones de Dios.

"Vivimos la época de los silencios de muerte. Ya llegará el día de gloria en que hasta las tumbas, las momias, las piedras y la

Esfinge misma hablarán y todo este mundo y otros mundos conocerán la grandeza de nuestro Dios, el que no tuvo principio ni tendrá fin: ¡el Eterno Invisible..., el Eterno Poder, el Eterno Amor que es origen de toda vida..., de toda vida!...

La exaltación del joven Hierofante Carmi fue tan intensa, que lo forzó a dejarse caer en su tarima y envuelto en su manto de lino blanco, la Princesa y los niños le escucharon sollozar.

Thimetis se le acercó maternal.

–Confía y espera, maestro Carmi, que cuantos estamos en este Castillo, morada del Infinito, podremos cantar un día un salmo que termine así: "¡Gloria a Dios en todos los mundos, en todos los cielos y paz en la tierra a los seres de buena voluntad!"

La luz opalina del ocaso que penetraba por el ventanal de occidente envolvió la blanca figura de la Princesa Real en una aureola dorada, asemejándola a la gran sacerdotisa del Templo de Menfis cuando, rodeada de antorchas, pronunciaba su oráculo.

Así terminó la clase de aquel día y Osarsip no tuvo necesidad de hacer nuevas preguntas porque sus maestros le fueron entregando uno tras otros los viejos legajos y rollos de papiro que guardaban en sus archivos secretos.

= 13 =
EL ROSAL MISTERIOSO

Mis amigos lectores no habrán olvidado sin duda al viejecito Eleazar, padre de Amram, ni a Jacobed su hermana que era la Ama de casa, gobernanta de las criadas.

Escuchemos el diálogo entre el Anciano padre y la hija que lo llevaba del brazo a sentarse en su sillón colocado en la terraza a donde daba su habitación.

El Anciano llevaba en la mano un trozo de pergamino arrugado, y sentado ya, lo desdobló ante su hija y le dijo: –Jacobed, hija mía, siéntate aquí unos momentos y aprovechemos esta soledad para una confidencia que creo muy necesaria.

Jacobed se sentó cerca de él.

– ¿De qué se trata padre?

–De tu hermano Amram. Dime, ¿qué se hizo de la doncella tan graciosa y tan buena con quien tu hermano se unió en matrimonio? Escudriño y busco en los rostros de todas las doncellas que vienen a mimarme y en ninguna encuentro aquel rostro de ángel, aquellos ojos oscuros y dulces que daban besos de amor en la

mirada..., en fin, que yo al verla y sentir su cariñosa voz pensaba: ¡Si el Patriarca Jacob viera esta nueva Raquel, se levantaba de la tumba y se la robaba a mi hijo! ¿Qué se hizo de ella?

Jacobed se quedó muda por unos momentos sin saber la respuesta que podía dar.

– ¡Padre!... No sé si puedo decirte lo que quieres saber, ni sé si tú me comprenderás.

–Me parece hija que estoy en mi sano juicio gracias a Jehová que me conserva el buen sentido hasta hoy. ¿Qué misterio tan oscuro encierra mi pregunta que así vacilas en contestar? ¿Es que ha muerto la niña?... ¿O algún príncipe testarudo se la arrebató a mi hijo?

"Casi pensaría esto viendo la tristeza habitual de Amram. ¿No lo has advertido tú?

–No hay nada de eso, padre, puedes estar tranquilo...

– ¿Pero, dónde está la chica que nunca viene a verme? –insistió el Anciano.

Jacobed no recordaba haber pasado un momento más angustioso en su vida. ¿Qué hacer?

–Padre –dijo por fin a media voz–. No hay doncella ninguna...

–Pero ¿Cómo? ¿Acaso no los uní yo mismo en matrimonio? ¿No fue la doncella a mi cabaña muchas veces a llevarme frutas, golosinas y hermosas ropas? ¡Decirme a mí que no hay doncella ninguna!... ¡Tú debes estar loca, hija mía!...

– ¡Oh, Dios de Abraham, y de Jacob! ¡Ayúdame a obrar con acierto! –murmuraba en voz queda la pobre Jacobed, sin atreverse a descubrir el gran secreto.

–Padre, es un secreto grande y pesado de aguantar –decíale la hija, acariciando aquella cabeza cubierta de cabellos blancos.

–Dímelo. Yo lo aguantaré. Sea lo que sea. ¿Para que me sirven los setenta años que tengo sino para aguantar cualquier pesadumbre?

–Padre, te dije que no había la doncella que buscas, porque la esposa de tu hijo Amram es...

– ¿Supongo que no será una leprosa?

–La esposa de tu hijo es la Princesa Real que tenemos aquí en el Castillo...

– ¿Cómo? ¡Oh, pobre hija, te has vuelto loca!

Y el Anciano se tornó pálido, casi tan blanco como la ropa que le cubría. Miraba a Jacobed que le sonreía amorosa y le besaba la mano.

–Ya te dije padre que era un secreto pesado de aguantar. Pero tú me lo arrancaste a toda fuerza... Y ¿ahora?

– ¡Padre Abraham! ¿Qué va a ser de todos nosotros, de todo el pueblo de Israel cuando se descubra tan espantoso delito?

"¡Oh, hija!... ¡Qué desgracia! ¡Qué horrible desgracia!

–Cálmate padre y óyeme. Han pasado ya más de diez años y el secreto no fue descubierto y nuestro Dios ha mandado sus ángeles que nos guarden de todo mal.

"¿No me has dicho tú mismo muchas veces que vivimos como en un paraíso colmado de todo bien? ¿No estabas orgulloso de tu hijo, Gobernador del Castillo, de tu hija, Ama de esta gran casa? ¿No te subes al cielo cada vez que la Princesa Real viene a visitarte con Osarsip, su niño mimado?

El Anciano se tomó la cabeza con ambas manos y miraba a todos lados como si en todas partes viera visiones.

Poco a poco se fue calmando y las ideas fueron ordenándose en su cerebro.

–Pero la doncella, ¿dónde está?

–Es la Princesa Real, padre. Tu hijo no te reveló el secreto en aquel tiempo temiendo que te negaras a bendecir su matrimonio con ella. No temas nada que todo fue arreglado debidamente. La Reina Regente no se ocupa de este asunto, ni en la corte real nadie lo sabe. Además el Pontífice y Sacerdotes del Templo lo han querido así porque dicen, que el hijo venido a ellos, será el libertador de nuestro pueblo y el que impondrá en el mundo a nuestro Dios, anulando para siempre los dioses falsos que adoran los paganos. ¿Entiendes padre?

–Espera hija..., espera que desenrede en mi cabeza todo este ovillo y pueda tragarlo sin que me atragante...

"¡Oh, santo padre Abraham!... ¡Qué cosas se ven en este pícaro mundo!

"Dime..., ¿no es Osarsip el niño hebreo que sacaron del agua?

–Sí, padre, es él.

– ¡Ah!... ¡Ah! Ya voy comprendiendo, sí... ¡Padre Abraham!... Tu luz ha venido a mi vieja cabeza... Fue un cuentecito ingenioso lo del niño sacado del agua.

"¡Oh, que hermoso cuento!

"¡Santo cielo de Jehová! Cuento fue el matrimonio de mi hijo con una doncella del pueblo y cuento también lo del niño sacado del agua. Es natural.

"El primer cuento, trajo el segundo. ¡Claro! Y como ante el mundo no hubo matrimonio, tampoco puede haber el hijo. ¡Claro!... ¡Clarísimo!

"¡Osarsip es el hijo de Amram y de la Princesa Real!

“Osarsip es mi nieto..., ¡mi hermoso nieto! ¡Por eso sus risas y sus diabluras de pequeñito me sabían a pastelillos de miel!... ¡Oh, Jacobed hija mía, tráeme al niño en seguida que quiero hartarme de él, mi precioso, mi cielo!... ¡De haberlo sabido cuando más pequeño, de todo el oro viejo que guardo en mi arca le hubiera hecho zapatitos y correas y cinturones!

“Oh, Jacobed, no te perdono que no me lo dijeras antes. –Y el pobre Anciano en una crisis de nervios, rompió a llorar de tanta dicha, ¡de tanta felicidad al saberlo todo!...

No pensaba que había ascendido a suegro de la Princesa Real ni en que su hijo había subido a las gradas de un trono. Solo pensaba en el hijo de su hijo, en su adorable nieto, hermoso, esbelto, ágil como un cervatillo de la pradera. Y pensaba que sería como aquel José, hijo de Jacob, que hizo un día la grandeza del país del Nilo en el cual dejó imperecedero recuerdo.

Jacobed, mujer sencilla hecha de ternura y de bondad que al quedar viuda tan prematuramente y aún antes de haber nacido Aarón, añoraba intensamente esos goces íntimos de una familia, de un hogar, tuvo una de esas ideas que en la vida social honesta se llama “idea feliz”.

Corrió a decir a su hermano Gobernador del Castillo, cuanto le había ocurrido con su padre, el cual estaba asustadísimo, primeramente del gran secreto y muy dichoso después al saber que Osarsip era su nieto, y que la doncella que él unió en matrimonio con su hijo no había muerto, ni le fue robada por nadie, ni era una leprosa arrojada lejos de la ciudad. ¡Qué era la Princesa Real!... ¡Nada menos que ella!

Jacobed encontró a su hermano en su grande y suntuoso despacho, con dos escribas encargados del pago de salarios a criados y guardias que prestaban servicio en el Castillo.

Cuando pudo hablarle a solas, empezó la confidencia que al comenzar fue un reflejo fidelísimo de cuanto ocurrió entre el Anciano Eleazar y su hija.

Eran Jacobed y Amram dos almas unidas por una afinidad perfecta.

Al faltarle a ella el gran amor de su amado Rubén en el segundo año de su matrimonio, tomó como confidente de todas sus cavilaciones íntimas a su único hermano, Amram. Y éste a su vez tuvo en ella, la mano suave y acariciante, la sombra amiga, generosa y comprensiva que se ponía a tono de todas sus alternativas.

Solo Jacobed pudo ver sin terror y sin alarma el amor de su hermano con la jovencita Princesa Real cuando el idilio pastoril,

juego de niños, había comenzado años atrás en que el joven levita, hábil joyero, fuera llamado al palacio por orden del Faraón.

Con la sencilla inocencia de una joven buena y ajena a toda malicia, le había dicho a su hermano:

–Si tú la amas y ella te ama, ¿qué importa que ella sea princesa? Tú eres un levita que hiciste tu carrera en los claustros de nuestro Templo y puedes llegar al supremo Pontificado.

"José, el que fue Virrey de Egipto. ¿No era hijo de un pastor de ganado?

Y bajo estos conceptos, Jacobed, tres años mayor que su hermano, llegó a ser su consejera y confidente.

Y en este caso, ella expuso al hermano Gobernador del Castillo la idea que había tenido para dar alegría a su Anciano padre:

– ¿Qué te parece, Amram, la idea que he tenido después de la conversación con nuestro padre?

–Veamos –contestó desganadamente Amram, pues hacía algún tiempo que una profunda melancolía empezaba a transformar en taciturno su alegre carácter.

–Están para terminar las fiestas de la primavera. ¿Qué te parece si mañana damos asueto a todas las doncellas y servidumbre del Castillo?

–Si no me dices la razón que tendremos para esto, no sé como hemos de hacerlo –contestó Amram.

–Óyeme. Mi idea es esta: Reunirnos en una comida íntima en nuestro pabellón particular, con la amada Thimetis, con Osarsip, Aarón, nuestro padre, tú y yo. ¡Que alguna vez seamos familia, Amram, por favor! El eterno fingimiento a que nos obliga la odiosa etiqueta palaciega me tiene harta, y ya ves que la he aguantado resignadamente por ti, por Thimetis, por Osarsip, por nuestro padre.

"Pero una vez siquiera hurtemos unas horas a ese horrible rigorismo que casi nos lleva a desconocernos unos a otros... Ahora, padre lo sabe todo.

Amram callaba y su hermoso rostro parecía cubrirse de una sombra cada vez más oscura.

Como el silencio se prolongara, Jacobed observó con extrañeza a su hermano. Vio sus ojos cristalizados de llanto y un suave temblor en sus labios. Amram estaba a punto de romper a llorar.

Toda compadecida le tomó una mano.

– ¡Veo que sufres más que yo, pobre hermano!... ¡Te comprendo tanto! ¿No ves en mi *idea feliz*, el acierto y un ligero alivio a la pena que sufrimos en silencio tú y yo?

–Sí, ¡es verdad, Jacobed!... –contestó por fin Amram cuando logró dominar su emoción–. Pero tu idea no es una solución..., porque no hay solución posible.

–Es cierto, no hay solución completa y definitiva por el momento y acaso por largo tiempo. Pero lo que deseo hacer mañana, podemos tomar la costumbre de hacerlo en todas las fiestas públicas que se organizan en la corte y en que toma parte el pueblo.

–Tu idea es en verdad muy hermosa, pero ella no pasa de ser una mariposa fugitiva surgida de tu amor hacia mí, y de nuestras rancias costumbres hogareñas. Mas..., si pensamos en lo que dirá de esto la Princesa Real, tu idea se vuelve globo de jabón, querida hermana.

– ¡Siempre tú el mismo ceremonioso! ¿Por qué no la llamas Thimetis cuando nadie nos oye? ¿Acaso no es tu esposa por su propia voluntad?

–Sí, Jacobed, sí, todo lo que dices es cierto. Pero tú no has oído como yo al Pontífice Pthamer en pleno Consejo de Hierofantes ante la misma Princesa Real.

– ¡Nunca me dijiste nada! ¿Qué pasó con toda esa gente misteriosa que me da miedo?

–Son todos buenos, Jacobed, y te aseguro que padecen tanto o más que nosotros por el estado de cosas en que vivimos.

"No creas que todos allí dentro son como el Pontífice, como los maestros Amonthep, Ohad, Carmi. ¡Son rigurosos e inflexibles como varas de acero! Y como saben los más viejos, lo que ocurrió muchos años atrás, antes de que tú y yo viniéramos a este mundo...

– ¡Explícate, por favor! ¿Qué es lo que pasó?

–Hubo una tremenda revolución política religiosa en que cayeron muchas cabezas tonsuradas, y cabezas con diademas, cuando el abuelo de Thimetis no había sido presentado al pueblo como heredero de su padre. Los dioses de este pueblo tienen, a lo que parece, rivalidades como los hombres que gobiernan y cada uno quiere derribar a los otros.

"Sólo el pueblo de Israel tiene un solo Dios, el que enciende el Sol y las estrellas y nadie piensa ser mayor que Él.

"No sé qué torbellino se desató entre Atón y Amón-Ra, y centenares de cabezas rodaron bajo el hacha, y el abuelo de Thimetis murió sin poder arreglar las cosas como antes estaban.

"De todo esto resulta que el Pontífice Pthamer y los que le son adictos, se ven obligados a ocultar sus convicciones, sus creencias, su culto íntimo, y vivir en eterno fingimiento y disimulo porque el temor los tiene acobardados.

–Comprendo todo eso, pero, ¿qué relación tiene todo eso con nosotros?

– ¡Oh!... Si Thimetis no fuera Princesa Real... Jacobed, ¡cuán felices seríamos todos los que la amamos y estamos vinculados a ella! ¡A veces, créeme, casi me arrepiento de mi insensato amor!

– ¡Amram..., por favor, no digas esas palabras que suenan como una blasfemia! ¿Qué sería de nosotros si no fuera porque ella lo sacrificó todo a tu amor? ¿Lo has olvidado ya?

"Viviríamos entre la ciénaga del otro lado del Delta devorados por mosquitos y alimañas, y los pulmones deshechos por el aire de pantano que allí se respira.

–No te pongas así, Jacobed; no he pensado nada en contra de ella y sé que todo se lo debemos a ella.

"Lo que quiero decir es que me creo culpable de esta situación, por haberme dejado llevar de este amor insensato y loco; pues juzgo que jamás podré nivelar mi posición con la de ella y deberemos vivir eternamente como separados por un abismo insalvable.

"Y a veces..., ¡no puedo resignarme!..., créeme, Jacobed, y trata de comprenderme. Ni ella puede tratarme como su marido, ni yo puedo llamar hijo, al hijo que Dios me ha dado.

"¿No es horrible todo esto, Jacobed? Dime, ¿no es horrible?

Después de un gran suspiro, Jacobed le contestó:

–Es verdad cuanto dices, pero no me has explicado porqué supones que Thimetis no podrá acceder a que realicemos mi idea feliz.

–Pues, muy claro está: a cambio de la aceptación, por parte de ellos, a nuestro matrimonio, exigen de nosotros toda clase de precauciones para que jamás llegue nadie a descubrirlo.

"A ella y a mí nos han exigido juramento de que nada en nosotros pueda dar indicios del gran secreto, hasta que nuestro hijo tenga de dieciocho a veinte años, según vean ellos si es o no capaz de comprender el hecho y guardar también el más absoluto secreto.

– ¡Y tan terrible que es para nosotros un juramento hecho a Jehová!... Amram, te comprendo, hermano mío. Pero aún comprendiendo todo cuanto has dicho, déjame hablar a solas con Thimetis y estoy segura de que entre ella y yo podremos por lo menos hacer más llevadera esta situación.

Amram, a quien mucho le había consolado la confidencia con su hermana, tomó su lira de ébano y nácar, regalo de la Princesa Real y cantó a media voz su canción favorita:

Jehová ha plantado en mi pecho
Un misterioso rosal
Que a veces viste de blanco
Y otras de púrpura real.
Sus pétalos son de seda,
Su perfume sin igual
Mas..., crueles son las espinas
Del misterioso rosal.

* * *

¡Llevar oculto en el alma
Todo un incendio de amor
Y que ni una chispa asome
De este fuego al exterior!...
Es un sudario de muerto
Es cadena al corazón
Es una venda en los ojos
Es dolor sobre dolor.

* * *

Es libre el ave en los aires
Y su amor canta feliz
Más yo no puedo ante el mundo
Mi santo amor descubrir...

Amram no pudo continuar el canto porque la Princesa Real estaba ante ellos.

El entristecido levita se quedó mirándola con ojos extáticos.

Jacobed se inclinó ante ella en una gran reverencia. Y Thimetis sonriente y afable les decía:

–He resuelto desde ayer ser una espía vuestra a fin de sorprender todo cuanto queréis ocultarme.

"Jacobed, yo escuché toda tu conversación con el abuelo Eleazar y acabo de escuchar tu conversación con Amram.

"Abiné se llevó a las fiestas de la Primavera todas las doncellas y mujeres de la servidumbre. El Mayordomo se llevó los criados y el Guardia Mayor se marchó con todos sus subalternos. ¿No tenías la idea de que por este día y esta noche estemos solos, Jacobed?

"Pues ya lo estamos y por eso me siento aquí a vuestro lado. "¿Dónde celebramos la primera comida en familia?"

Ambos hermanos se habían quedado sin palabra.

Amram se levantó como enajenado y cayó de hinojos ante la

Princesa Real. Se abrazó de ella, apoyó la cabeza sobre aquel corazón que en secreto le amaba y en un llorar silencioso desahogó su atormentado corazón.

Jacobed lloraba también y escondía su llanto. Corrió a buscar a su padre, y a Osarsip y Aarón que paseaban por el jardín. A Hur lo había llevado su padre el día antes, a fin de que pasara con la familia el último día de las fiestas.

Osarsip al llegar quedóse de pie en el dintel de la puerta. No sabía explicarse la escena que veía. La Princesa Real sentada en el sillón dosel del Gobernador del castillo y éste arrodillado ante ella.

El Anciano Eleazar sentado junto a la Princesa, y teniendo entre sus viejas y arrugadas manos la manecita de Thimetis, blanca y suave como un pétalo de magnolia.

El hermoso adolescente miraba sin comprender. La Princesa le sonreía y sus ojos se llenaban de llanto. El Anciano reía y lloraba.

Jacobed reía y lloraba también. Osarsip habituado ya a dominar sus sentimientos y a reprimir todo impulso interior, miraba en silencio, pero la intuición, esa maga celestial que revela secretos y responde sin palabras a los interrogantes mudos, comenzó a diseñar en la mente de Osarsip el gran secreto que nunca se le había dicho.

Y acercándose a pasos muy lentos al emocionado grupo, se arrodilló también ante la Princesa al lado de Amram y tomando una mano de él y otra de ella, las apretó a su pecho y se mordió los labios para no dejar escapar ni un sollozo ni el grito que dijera: ¡Padre! ¡Madre!

¡Lo había comprendido todo! El cielo se abría ante él, que mudo seguía contemplando aquella escena de honda emoción, de llanto silencioso, de inefable dicha, que ninguno podía expresar.

Vivían en el reino de Isis, la diosa del secreto y del silencio, y todos habían aprendido la gran lección: Comprender, sentir y callar.

La primera en hablar fue la Princesa Real que en la actitud y semblante de Osarsip leyó la verdad de lo que el niño sentía y sabía.

Y con infinita ternura le dijo con la temblorosa voz del que contiene el llanto:

–Osarsip, hijo mío. ¿Es verdad que lo has comprendido todo?

Y con la voz también temblorosa, el niño le contestó: –Sí, Princesa Real, lo he comprendido todo.

–Y si lo has comprendido todo, ¿por qué me llamas así? –Amram se había levantado y ella tendía los brazos a su hijo, a quien no abrazaba desde que estaba en la cuna.

Sólo entonces Osarsip rompió a llorar en ahogados sollozos.

El sol del mediodía brillaba en el cenit y el castillo parecía envuelto en una aureola de oro.

Aquella primera reunión de familia no se borró jamás de la mente y del corazón de los personajes que actuaron en ella. En tal día inolvidable, todas las crueles espinas del rosal misterioso cayeron por tierra, y sus pétalos resplandecieron todos con la púrpura real de los amores eternos.

Desde ese día supo Osarsip que no era un hijo del Nilo. Supo quiénes eran sus padres; pero su alma fuerte como templada al rojo aceptó sin quejarse el vivir como si no lo supiera.

–Como vivimos sometidos al gran secreto, tu padre y yo –le dijo Thimetis–, así deberás vivir tú, si hemos de cumplir valerosamente el mandato divino.

"Osarsip, hijo mío, sé que eres fuerte porque sé quién eres, y vas a jurar por la Suprema Potencia Creadora de mundos y de seres, que jamás saldrá de tu boca ni una palabra que descubra el secreto. Nos va en ello la vida a todos los que adoramos al Dios Invisible y Único, Causa Suprema de todo cuanto existe en el Universo.

Todos se pusieron de pie para escuchar el juramento del niño que en ese instante se convertía en hombre. Y sin que le temblara la voz, y unidas sus manos a las de sus padres, Osarsip hizo el juramento solemne que se le pedía.

Lo hizo también el abuelo Eleazar y Aarón sobre las manos de su madre Jacobed.

Y en el gran comedor del Castillo, rebosante de flores y de luces, se celebró al anochecer la primera comida entre seres que envueltos en el halo radiante de un mismo amor, debían vivir ocultándolo hasta que llegase la hora de proclamarlo a la luz del Sol.

= 14 =
¡FÍAT LUX!...

Y la luz se hizo en la mente del meditativo Osarsip.

"¿Quién soy yo?" "¿Por qué el secreto y misterio de mi nacimiento?"

Fueron los dos interrogantes que acudieron desde aquel día a la mente de Osarsip en todas las horas en que se entregaba a la meditación.

Por su padre pertenecía a la raza de Abraham, al pueblo de Israel a quien el Faraón Ramsés I, padre de Thimetis, había hecho donación del Valle de Gesen donde terminaba el anchuroso e inexplorado Delta del Nilo.

Sólo allí podían los israelitas realizar libremente su culto. Allí tenían sus Sinagogas donde se leían y se explicaban los libros de los Profetas y se entregaban al sueño feliz de que les sería enviado un Guía, un Conductor, que les sacara de aquel país de idólatras y les llevara a la tierra prometida por Jehová al Patriarca Abraham, vieja y gloriosa raíz de que había surgido el numeroso y vigoroso pueblo de Israel.

Y desde entonces quiso Osarsip estudiar la historia de aquel extraño pueblo que viviendo siglos entre los egipcios, no había aceptado ni sus costumbres ni su religión.

Y con su padre, despojado de sus galas de Gobernador del castillo del Lago de Merik y el mismo Osarsip vestido como un hijo de labriegos, visitó alguna vez aquel pueblo laborioso y fuerte que trabajaba en las grandes capitales, en las obras públicas donde eran considerados sus hombres como los más resistentes y hábiles obreros en todos los trabajos realizados por ellos.

Supo que el abuelo Eleazar era médico y joyero, que su padre lo era también y que ambos habían llegado al palacio real como joyeros, buscados y sostenidos en tal puesto por el Faraón, padre de la Princesa Real que era su madre.

Supo Osarsip que el Pontífice Pthamer y sus Hierofantes del Consejo y varios sacerdotes notables del Templo de Menfis, adoraban al Dios Invisible y Único adorado por el pueblo de Israel.

Hizo comparaciones entre ese Dios Invisible, Creador de mundos, de soles y estrellas y los dioses de piedra, de plata, de oro, de marfil, adorados por el pueblo egipcio y estas silenciosas comparaciones le fueron llevando suave y lentamente a la Verdad.

Supo por qué la diosa Isis, todo mármol insensible y frío, mandaba callar. Comprendió luego por qué los Hierofantes bajaban a las criptas profundas del Templo con unos muy pocos alumnos a los cuales daban una enseñanza diferente que a los demás, una enseñanza igual a la que a él, Hur y Aarón les habían dado en el aula del castillo donde él había pasado su infancia, donde aún vivía con sus padres a pesar de no poder descubrir que lo eran, por el solemne juramento de silencio que sellaba sus labios desde el memorable día en que descubrió el secreto.

El adolescente se tornaba hombre, día a día, y parecíale que su cerebro y su corazón se blindaban de acero ante una perspectiva ignorada y lejana, pero seca y dura como la muralla de los templos, como las rocas en que se abrían las tumbas, como las pirámides solitarias en el desierto, como la Esfinge de Gizeh inconmovible y muda.

Si meditaba en su habitación particular, se diseñaba de inmediato en su mente con trazos cortantes el mismo pensamiento:

"¿Quién soy yo?" Lo rechazaba y él volvía.

Lo borraba con su potente voluntad y él aparecía de nuevo en su horizonte mental.

Se retiraba a las penumbras del Aula solitaria al anochecer, buscando anular aquel audaz y tenaz pensamiento, y allí, entre las sombras, la soledad y el silencio absolutos, el atrevido interrogante le seguía persiguiendo.

Se juzgó lleno de soberbia que empezaba a contagiarse de la idea hecha carne en los descendientes de la realeza egipcia, de ser raza de dioses y se fustigó a sí mismo con pensamientos abrumadores como éstos:

–"Soy un hijo de padres que rehúsan declararlo a la luz del Sol. Si hubo delito en mi madre por unirse a un plebeyo extranjero, soy el hijo de un delito.

"¡Eso soy y nada más que eso!"

Y creía aquietar su mente con tal conclusión. Pero el audaz interrogante seguía preguntando: *¿Quién soy yo?*

Hasta que una noche calurosa del verano egipcio, se quedó sentado en un banco bajo unas palmeras centenarias cuya sombra ocultaba su persona. Las horas avanzaban trayendo cada vez más calma, más soledad, más silencio.

Las inquietas gacelas habían sosegado sus graciosas correrías y dormían tranquilas en el verde oscuro de la frondosa gramínea de las orillas del lago.

El nutrido gorjear de los pájaros y el arrullo de las tórtolas había enmudecido también.

La majestad imponente del anchuroso azul tachonado de estrellas era también silencio y calma absoluta.

Y el jovencito se quedó dormido.

Y tuvo extraños sueños, en los cuales se vio a sí mismo en más edad de la que entonces tenía. ¡Sólo contaba quince años!

Se vio como un fuerte doncel que el Gobierno enviaba a la matanza de hombres en una guerra de conquista. Y él desobedecía la orden porque a juicio suyo no había razón ni justicia en quitar a otros pueblos las tierras que poseían. Se vio llamado a juicio ante un severo Tribunal que le hubiera condenado a muerte, si la Princesa Real no hubiera hablado en secreto a cada uno de aquellos jueces revelándoles algo que les dejó aterrados. Le absolvían sin objeción alguna y todo quedaba en silencio. Aquellos jueces renunciaban al cargo, porque el uno estaba reumático; al otro se le había muerto la esposa trágicamente; al tercero, cuarto y quinto les habían asaltado bandas de beduinos hambrientos y les retenían como rehenes a cambio de provisiones alimenticias.

Y Osarsip al despertar del sueño bajo las palmeras y a orillas del lago, seguía viendo en su horizonte mental el mismo interrogante.

"¿Quién soy yo?"

Con los puños cerrados se golpeaba el pecho..., levantaba luego ojos y manos al estrellado azul y caía por fin de rodillas y su frente se hundía en la arena.

– ¡Dios, Invisible y Único! –se le oía murmurar–. ¡Tú solo sabes quién soy yo y a qué he venido..., y no me lo quieres decir!...

¡Todo ser viviente es hijo tuyo y hasta las gacelas y las gaviotas saben lo que son y a qué vinieron!..., ¡tan solo yo no puedo saber!

Como si este acto de suprema humillación y entrega, hubiera removido las ocultas fuerzas invisibles que impulsan almas y mueven mundos, una claridad radiante iluminó de pronto a Osarsip y un hermoso Anciano de venerable majestad se diseñó ante él y una voz profunda sin sonido se hizo sentir:

–"Tú eres mi Hijo y te he traído a la Tierra para un designio de la Eterna Ley. Espera y confía".

Y la claridad, el Anciano y la voz desaparecieron en las profundas sombras de la medianoche.

Osarsip quedó en silencio meditando acerca de lo que había visto.

En uno de los rollos de pergamino, que Amonthep le había entregado en secreto, recordaba haber leído algo como esto:

"En una edad perdida en la oscuridad de los tiempos y en una estrella de la Constelación del Can Máximo, una Inteligencia de Luz, llamada Sirio, cuidando un faro a orillas del mar, refrescaba

su cuerpo en las aguas y salió enredada a sus pies una verdosa madeja que parecían sedas listas para un telar.

"Inclinado por naturaleza a la investigación de hierbas, plantas y raíces medicinales y comestibles, aromáticas para extraer perfumes, o fibrosas para tejer esteras o cestos, encontró que aquella madeja blanda y sedosa estaba como entretejida de células vivas que se movían y agrandaban con la luz y el calor del sol. Y sometió la verde madeja a observación durante muchos días, pasados los cuales pudo cerciorarse de que no era cosa muerta sino viva, pues la madeja cambiaba de sitio, buscando siempre recibir la luz del sol.

"Setenta células vivas estaban prendidas de aquel cordón verdoso y húmedo que a veces destilaba menudas gotas de agua. Y el solitario Guarda–Faro quiso saber cómo se desenvolvían y actuaban aquellas diminutas células en tan precarios y primitivos comienzos de vida. Y en el rodar ininterrumpido de las edades y los siglos, aquella Inteligencia luminosa había tenido el valor y la perseverancia de continuar prohijando las menudas células extraídas del mar, y que en edades y siglos habían variado mil veces de forma y de modos de vida.

"Su desinteresado amor a la naturaleza y a cuanto en ella existe le hicieron padre de una legión formada de setenta Inteligencias que la Ley Eterna de la Evolución se encargaba de hacerlas vivir y crecer, nacer y renacer, recorriendo especies a través de los reinos vegetal, animal y humano en tan numerosos siglos y años que nadie podía contar.

"Fue así el gran Padre Sirio de una radiante Legión de Inteligencias luminosas llamadas en futuras edades a guiar humanidades y ser así mismo creadores auxiliares de innumerables principios de vida, cuya existencia escapa a veces a toda percepción".

Y Osarsip resolvió el enigma encerrado en su visión de las orillas del lago, a la sombra de viejas palmeras en una estrellada noche de verano egipcio.

–*Ahora sé quién soy yo* –dijo, exhalando un hondo suspiro que se llevó todas sus inquietudes–. Soy una de aquellas células vivas prendidas a la verdosa madeja que llamamos algas marinas; y el Anciano que me ha visitado es el gran Padre Sirio de los papiros secretos, que el maestro Amonthep puso en mis manos. Por eso me llama su hijo y tiene el derecho de traerme a la Tierra para un designio de la Eterna Ley.

"¿Qué designio es ése? Me dijo: "espera y confía".

"Yo esperaré uno, dos, diez años, todo el tiempo que sea necesario, porque ya sé quién soy, y por qué estoy en esta Tierra, donde

los hombres lo ignoran todo porque no les interesa saber; donde se odian porque no han llegado a conocer las glorias del amor, donde viven para comer, dormir, reír o llorar y luego envejecer y morir sin saber por qué viven, ni por qué deben morir y menos aún qué es el morir.

"¡Oh, mi gran Padre invisible que vives seguramente en algunas de esas radiantes estrellas que resplandecen a lo lejos!... Ahora sé que nunca estoy solo en el mundo, aunque no tuviera padre, ni madre, ni hermanos, ni amigos.

"¡Ahora sé que formo parte de una inmensidad de vida, de fuerza, de extraordinario poder y que no estoy lanzado al vacío como una burbuja de gas, como un mechón de cabello, como un retazo de carne, como un destello de vida que se apaga de un soplo!

"El Padre Sirio tendrá su origen en otro gran Padre que le ha precedido en la eternidad de la Vida Infinita, y ése, en otro, y otro hasta llegar a..., ¿adónde?..., ¿adónde?..."

Osarsip hundió la mirada en las profundidades del infinito azul que le envolvía buscando la respuesta.

La majestad de aquel hondo silencio, la hondura de abismo a que se asomaba su alma al hacer esa pregunta, le sobrecogió de espanto, de pavoroso recogimiento en sí mismo.

Se sintió pequeñito como una de esas luciérnagas cuya tímida luz se encendía y se apagaba en la oscuridad de las praderas silenciosas en las noches de estío y cayendo de hinojos sobre el blando césped, sintió que todas las estrellas le miraban con amor, llamándole *Hijo de Dios*, que el murmullo del viento entre los árboles le llamaba *Hijo de Dios*, que todo lo que vive en toda la tierra y en todas las esferas, le llamaba también *Hijo de Dios*.

Un raudal de llanto que era gozo íntimo, que era contestación amorosa, que era himno de gloria, que era certeza de amor supremo, exponente de luz, de fuerza y de vida, se derramó de sus ojos extáticos en feliz contemplación de la Eterna Verdad que acababa de descubrir.

A los quince años de vida física había descubierto Osarsip, al Dios Invisible y Eterno de los Hierofantes egipcios que eran sus maestros y de la fuerte y sufrida raza de Israel a que pertenecía su padre.

¡Qué poderoso y fuerte sentíase Osarsip con todo aquel conocimiento! El infinito Poder, el claro Conocimiento, el Eterno Creador, era su Padre. Y él, pequeño adolescente egipcio, era "su hijo", algo tan íntimo suyo, que le pertenecía en absoluto, y que derechos y deberes recíprocos les unían para siempre jamás.

– ¡Padre e Hijo!... ¡Hijo y Padre! –repetía, sin cansarse de escucharse a sí mismo repetir palabras tan grandes y solemnes–, ¡más que la vida y más que la muerte!

Pasados algunos días, quiso Osarsip hablar privadamente con sus tres maestros Amonthep, Ohad y Carmi, sin que sus dos compañeros Aarón y Hur estuvieran presentes.

Ante ellos abrió su alma como abría un rollo de pergamino y expuso todo cuanto había pensado y vivido en la inmensa soledad de aquella noche a orillas del lago, bajo la sombra de las palmeras.

Los tres le escucharon sin interrumpirlo. Y los tres pensaron de idéntica manera.

–Osarsip, hijo mío –díjole Amonthep el más anciano de los tres–. Las Superiores Inteligencias que colaboran en la Evolución de las humanidades se han anticipado a nosotros y te descubren secretos que hubiéramos temido nosotros descubrirte antes del tiempo. Si te mantienes sumiso y humilde ante ellas, serán los mejores instructores que la Divina Ley depara a un ser encarnado.

"Déjate guiar por ellas, y cuando alguna duda lastime tu corazón, ven a nosotros y pondremos nuestro rayito de luz entre las luminarias que alumbran tu camino de maestro".

Más meditativo, más solitario, más austero que nunca, Osarsip cambió mucho su vida desde aquel día en que la luz se hizo para él.

Aarón y Hur le preguntaron tímidamente:

– ¿Te hemos disgustado, Osarsip, que pareces huir de nosotros? Apenas te vemos en las horas de clase y no te oímos hablar palabra.

Sonreía tristemente y contestaba:

–Os quiero aún más que antes, pero a medida que pasa el tiempo me voy viendo más insuficiente y pequeño para todo lo grande y bueno que vosotros y yo debemos hacer cuando lleguemos a mayores. Y creo que debemos comenzar a crecer desde ahora. Esta idea me absorbe por completo.

–Dejadle, es un anciano a los quince años –decían sus maestros a sus dos compañeros, y aún a la Princesa Real y al Gobernador del Castillo cuando demostraban extrañeza de la modalidad que observaban en Osarsip.

El Fíat-Lux que resonó en el mundo interno de Osarsip cuando sólo contaba quince años de edad, hizo de él aquel hombre gigante que a través de leyendas y de siglos conocemos con el nombre de Moisés.

¿Quién otro podía haber mantenido viva la fe de seiscientas mil almas durante cuarenta años de vida en el desierto?

= 15 =
LAS TRES PRUEBAS

Dos años más tarde celebraba el castillo del Lago Merik el aniversario diecisiete del nacimiento de Osarsip.

Es decir que la celebración en público se hacía en el día aniversario de aquel en que la Princesa Real le sacaba de las aguas del río. En privado, la celebración hecha por la familia era cincuenta días antes.

–Hijo mío –decíale la Princesa Real una tarde en presencia de Amram–. Has llegado felizmente a los diecisiete años. El día de tu nacimiento lo celebraremos privadamente en familia como lo hacemos desde unos años atrás; pero la celebración pública que a un hijo mío le corresponde, ¿dónde y cómo es tu gusto que lo hagamos?

"La Regente y el Consejo que preparan las fiestas de la coronación del joven Faraón Amenhepat, mi hermano, han pensado en presentarte a ti como Superintendente Virrey de todo el país.

"Por el Pontífice y los Hierofantes compañeros de Aula de mi padre, la Regente y el Consejo saben que ningún ministro hará junto a Amenhepat lo que eres capaz de hacer tú.

"Por desgracia, Amenhepat hasta ahora es un jovenzuelo débil y más bien apocado y pobre de ideas y de palabras. Las pruebas de prudencia, de discreción y de dominio de las multitudes que has dado en la tremenda sublevación en contra de la Regente y su Consejo, te han conquistado en estos dos últimos años la plena confianza del Gobierno.

"Sé por otra parte de tu amor a la soledad, al retiro y al silencio de nuestro parque en torno al lago y no quiero causarte violencia alguna, hijo mío.

"Decide, pues, por ti mismo lo que hemos de hacer.

–Lo pensaré madre si me das tiempo hasta el tercer día a contar desde hoy –contestó el joven Osarsip, cuya estatura sobrepasaba en mucho la de su padre. Era, pues, un joven alto, fuerte, gallardo, y de una belleza varonil muy notable.

Todas las madres de la alta nobleza le codiciaban para una alianza nupcial con sus hijas. Y aun se permitían decir en secreto, muy secreto: "Éste debía ser coronado Faraón y no ese endeble de Amenhepat que se dobla con el viento. Ya se ve que es hijo de la extranjera".

Osarsip ignoraba en absoluto estos díceres porque a él sólo una cosa le importaba de veras: sus estudios y el cultivo de su mundo interior.

Cuando las bravas sublevaciones que casi costaron la vida a la Regente y a su Consejo, Osarsip, al lado de su madre la Princesa Real, fue la barrera de bronce y piedra que contuvo las masas enfurecidas al aparecer el primer decreto que ponía en condiciones de esclavos a todos los extranjeros que habitaban el país, quedando exceptuados tan sólo aquellos que pagaran un fuerte tributo en oro, en plata, o en ganados y en frutos de la tierra.

Mientras pasan los tres días pedidos por el joven para dar la contestación, creo conveniente hacer al lector algunas confidencias referentes a nuestro protagonista.

El lector recordará al joven Hur-Said compañero de aula primaria de Osarsip. Al lado suyo había sido herido en un costado por un puñal que le penetró entre dos costillas. Su padre el médico de la Real-Casa Atón Mosis con el auxilio de otros médicos pudo salvarle la vida. Osarsip le visitaba todas las tardes después de las clases.

El médico tenía una hija de trece años, preciosa criatura que parecía haber robado sus bellezas al arrebol de las mañanas primaverales, sus místicos silencios a la noche de luna, y el purísimo candor de los blancos lotos que se reflejaban tímidamente en las tranquilas ondas del río sagrado.

Se llamaba Merik o Myriam según se pronunciara en lengua egipcia o siria.

Y en torno al lecho de herido del joven Hur, Osarsip y Merik se encontraban diariamente. Está por demás decir que el padre y la madre de la doncella pensaron más de una vez sin decirlo naturalmente, que el hijo de la Princesa Real sería como el príncipe azul para su hija, si el amor llegara a unir algún día sus corazones.

¡Los dos eran tan bellos y gentiles, tan dotados de las más nobles y hermosas cualidades que pueden hacer la dicha de un hogar bien constituido!

En el silencio más discreto y prudente de estos padres, el pensamiento quedaba enclaustrado como una momia en un sarcófago. Nada salía al exterior.

Pero en el corazoncito tierno y dulce de la pequeña Merik, ocupó un rinconcillo la imagen hermosa de Osarsip. El rinconcillo se fue ensanchando poco a poco hasta convertirse en pedestal, luego en altar adornado de flores, más tarde en tabernáculo alumbrado de muchos cirios y por fin en un templo perfumado

de incienso, donde su almita de trece años de vida física, entraba de rodillas, con las manitas juntas y los ojos extáticos... ¡Era el amor en la pureza virginal cantada por los poetas, y exaltado en poemas musicales por los más grandes maestros de la armonía de las cuerdas!

Ni los más puros arcángeles de los cielos de Dios hubieran podido encontrar ni un solo punto oscuro en aquel amor celestial.

Y Osarsip, ¿qué hacía en aquel altar, en aquel sagrado templo que una niña de trece años había levantado para él en su corazón sin dobleces y sin conocimiento de la vida?

Lo había comprendido todo y se dejaba amar sin amar.

El inocente amor de la niña se irradiaba hasta él como el perfume suave de los lirios. Y él se dejaba acariciar con ese perfume.

La luz de los cirios de ese altar interior llegaba tibia y suavísima a la amplia frente de Osarsip que a veces se permitía pensar: "¡Cuán suave y dulce es la tibieza del amor cuando viene desde una alma que no fue manchada por el mal! ¡Cuán inocente y pura es el alma de Merik!"

Hur-Said estaba curado y fuerte, y las visitas de Osarsip se terminaron con una ausencia completa.

Los tres días pedidos por Osarsip a su madre habían pasado y él contestó así:

– ¡Madre! –le dijo–, no me creo capaz de aceptar o negarme a los deseos de la Regente y del Gobierno. Y para asegurarme del acierto que deseo tener, el Pontífice y los Hierofantes probarán, según se lo aconseje la prudencia, mi capacidad para ello.

"Lo que ellos resuelvan respecto a mí, eso será lo que yo haga".

Tal respuesta del hijo, dejó tranquila en absoluto a la madre.

Osarsip fue llamado por el Notario Mayor, el Hierofante Membra, en nombre del Pontífice, para que al siguiente día, antes de ponerse el sol, tratara de encontrarse en el Templo de Isis en Menfis.

El joven estudiante se despidió de sus padres, sabiendo que esta forma de llamada podía significar una reclusión de algún tiempo, durante el cual no pudiera dar ni recibir noticia alguna del exterior.

– ¡Que el Dios de nuestros Patriarcas sea contigo! –le había dicho al despedirlo su padre.

– ¡Que Isis la Madre Eterna de todas las madres de los Misioneros divinos te abra todas las puertas y no quede nada oculto para ti! –le había dicho su madre al darle el beso de despedida.

Para ellos que veían la luz del cielo en los ojos del hijo amado, quedó el castillo como cubierto de sombras.

La góndola de la Princesa Real encortinada de amarillo y blanco y con su tripulación vestida de gala, conducía por el canal al príncipe Osarsip que no aceptó llevar consigo criados de servicio como era costumbre en tales casos.

–Quiero estar solo conmigo mismo en la Casa donde la Divina Sabiduría se hace oír de quienes le buscan –había contestado el joven cuando sus padres quisieron darle servidumbre para todos los días que permaneciera en el Templo.

Para que el lector pueda ponerse a tono con los padres carnales de Osarsip en esta circunstancia, escuchemos la conversación que ambos sostienen a las altas horas de esa misma noche y cuando nadie podía escucharles:

– ¡Cuán peligrosa y arriesgada es la situación de nuestro hijo, Thimetis! –decíale Amram a su esposa secreta–. ¡Temo no verle más!

– ¡Cómo!... Hijo de Abraham, de Isaac y de Jacob, ¿es esa la fe que tú tienes en el Dios Invisible que me enseñaste a amar, y que cuidó de tan prodigiosa manera a esos grandes hombres de tu raza?

"La maravillosa vida de José, hijo de Jacob, llegado a Egipto como un esclavo comprado a dinero, y ascendido a poco andar a segundo lugar al lado del Faraón, ¿no te lleva a pensar que también nuestro Osarsip es un protegido del Dios Invisible?

"Nuestras dos vidas unidas a la suya, son un encadenamiento maravilloso de estupendos prodigios.

"¿Quién no había de pensar que muerto mi padre y con una extranjera ambiciosa sobre el trono de Egipto, fuera yo anulada y proscrita para siempre de la Corte Real?

"¿Quién podía esperar que un niño recogido de las aguas del Nilo, a quien llamo por adopción hijo mío, pudiera llegar a donde ha llegado Osarsip?

"¿Quién podía esperar que la Regente con todos los derechos del Faraón-Rey a quien ha representado en la menor edad de su hijo, pudiera necesitar de mí, de mi hijo adoptivo, de ti Amram y hasta de mis damas de honor, porque no puede confiar en las suyas?

"¿Qué crees tú que significa todo esto sino la clara manifestación del Poder Divino de nuestro Dios Invisible, eternamente vivo y vigilante de sus criaturas amadas?

"Así me lo explica mi maestro Amonthep porque así lo oye él de la boca sabia del Pontífice y sus Hierofantes más ancianos".

Amram que encantado escuchaba el discurso vibrante de amor y de fe de su adorable Thimetis, exhaló un gran suspiro y

sentándose ante ella en un pequeño taburete a fin de hacer más íntima la confidencia, le habló de esta manera:

– ¡Cuán dichoso me haces, amada mía, hablando de esta manera! No te veo como una egipcia, ni como una hebrea, sino como una de aquellas mujeres que los pueblos llaman diosas porque no pueden pensar que sean de carne, sangre y huesos como las demás.

"¿No te recuerda todo esto el archivo secreto de tu madre, Epuvia Ahisa, descendiente de los Reyes Atlantes? ¿No te recuerda aquella Princesa Odina que llevada de un lejano país, fue a desposarse con el último de los Reyes Toltecas, Anfión de Orozuma? Tu fe me recuerda su fe. Y el amor tuyo que salva todos los abismos se parece también a su amor.

"Me haces subir a un cielo de luz, de gloria, de bien y de amor, y quisiera estar allí siempre y a tu lado.

"Pero..., santa y pura esposa mía, debo decirte con pena que las cosas de la tierra, polvo y tierra son y que de las maldades y miserias terrestres, nuestro Dios Invisible extrae el bien para sus criaturas amadas.

"¿No hemos leído en tus archivos secretos que de los prófugos de Atlántida surgió una gran escuela filosófica que tenía leyes y admirables principios con que hicieron buena y feliz la humanidad de su tiempo?

"¿No decían sus principios que "Todo se torna en bien de los servidores de Dios"?

"¿No decían también: "Extrae del fondo de las cosas, lo mejor que hay en ellas"?

"Justamente, esposa mía, es eso lo que está haciendo con nosotros el Dios Invisible de todos los que sabemos la Verdad. De la maldad y egoísmo humano saca Él nuestro bien y nuestra paz.

"Hay muchas cosas que tú ignoras porque los que te amamos hemos querido dejártelas ignorar.

"Tú ignoras que uno de los motivos de las tremendas sublevaciones pasadas, fue que la Regente es madre de un bastardo, engendrado y nacido dos años después del fallecimiento de tu padre. Este hecho salió a relucir cuando sus ministros la hicieron firmar el decreto que ponía en condición de esclavos a todos los extranjeros que no pudieran pagar el bárbaro tributo, exigido para tener derechos de ciudadanos.

"Ella es una extranjera que el pueblo aceptó por amor a tu padre. El bastardo que traía a la Corte y que declaraba príncipe con

derechos al trono si fallecía el primogénito hizo subir de tono la indignación popular. Créeme, Thimetis, que si ella no se hubiera visto amenazada de verse arrastrada por las calles, y el palacio asaltado por la multitud enfurecida, no hubiera pedido tu auxilio, ni el de nuestro hijo, ni menos el mío ya que pertenezco a Israel que ella desprecia hasta lo sumo.

"Disimuladamente ha ido entrando a la Corte y al Gobierno elementos de su país, pero colmados de oro por ella, pagan los tributos exigidos y son ciudadanos del país.

"¿Comprendes ahora, princesita mía, por qué busca poner a nuestro hijo al lado de su hijo? Para que lo guarde y la guarde a ella de todas las furias populares.

"¿Sabes lo que temo para nuestro hijo? Un puñal asesino pagado por los favoritos de la Regente a quienes la rectitud de nuestro hijo les pondrá al descubierto en muchas circunstancias.

Thimetis pensó unos momentos. Y luego con absoluta confianza dijo:

–Jamás ocurrirá tal cosa. Estoy bien segura de ello. La Madre Eterna de todas las madres de los Misioneros Divinos venidos a esta tierra me ha dicho que nuestro hijo, cansado ya de vivir una larga vida, subirá a una montaña muy alta, a descansar en la unión con el Eterno Invisible; y su ancianidad no le permitirá bajar y allí morirá en la soledad con la sola compañía de un hijo que no será de su sangre.

– ¡Oh!... –clamó Amram en un gemido–. ¿Por qué ha de morir así, solo y abandonado de todos, si él ha venido para ser el salvador de nuestra raza oprimida?

– ¡Amram!... La ingratitud en esta tierra finge olvidar a los grandes que hacen sombra a los miserables que les envidian. Y sólo cuando el sepulcro los ha tragado les agitan palmas y les cantan himnos porque entonces se avergüenzan de haber sido tan miserables. ¿No habías tú observado que esto es así?

–Quisiera saber dónde lo has observado tú que has vivido menos que yo.

–En el Archivo secreto de mi madre, he aprendido muchas cosas que ella sabía por los antiquísimos libros, escritos por un solitario de la Montaña Santa que se llamó Athaulfo y que vino a Mauritania cuando murió el último de los Reyes Toltecas y ocurrió la subida de las aguas.

"Nuestro Osarsip está vinculado a un gran designio divino y ningún puñal podrá acabar con su vida.

– ¡Que nuestro Dios haga cumplir tus palabras bendita esposa

mía! –le contestó Amram y la íntima confidencia secreta quedó terminada.

* * *

Osarsip desembarcó en el amplio muelle de mármol frente al Templo de Isis y llegó hasta sus puertas de cobre y jaspe acompañado de dos lanceros de la escolta enviados por su madre.

El sol de ocaso se escondía detrás de las montañas de Libia, y la larga avenida de obeliscos y de esfinges, que se extendía desde el muelle hasta el Templo, proyectaban anchas franjas de sombra en el blanco pavimento de mármol.

Un silencio profundo lo envolvía todo, y los pasos graves de los tres hombres resonaban como martillazos sobre el yunque.

La puerta del Templo estaba entreabierta. Osarsip la empujó y entró.

Nadie había allí para recibirle. Hizo una señal a los dos lanceros que dando media vuelta tornaron a la embarcación. La góndola soltó amarras y emprendió el regreso al castillo del Lago Merik. La Princesa Real había ordenado acompañar al príncipe hasta verle entrar en el Templo. La orden había sido cumplida. Osarsip quedaba internado en el Gran Templo de Menfis.

Un pastóforo con el capuchón echado sobre el rostro cerró la enorme puerta y desapareció sin pronunciar una palabra.

Osarsip había entrado algunas veces al Templo acompañando a su madre que era recibida bajo el palio real sostenido en alto por doce pastóforos cubiertos con blancas capas de brocado que resplandecían a la luz de cien antorchas. La gran orquesta sagrada del Templo le daba la bienvenida con melodías y cantar de himnos.

Osarsip pensó si se habría adelantado a la hora oportuna al ver que ni siquiera un criado encendedor de cirios salía a recibirle.

Una oscuridad bastante pronunciada sólo era interceptada por la débil claridad de la lamparilla que pendía de la techumbre frente a la gran estatua de Isis cubierta del velo y con su dedo índice sobre los labios.

Osarsip se detuvo un largo rato ante ella.

Y su pensamiento como una llama rugiente tejía y destejía ideas que no asomaban a sus labios cerrados y mudos. –"He sido llamado por su Pontífice y su Consejo y nadie viene a mi encuentro.

"Me recibes tú, Madre Isis, con tu rostro velado y tu signo de imperturbable silencio.

"Aquí eres de mármol y estás como los hombres han querido

hacerte. ¿Por qué debe impresionarme un trozo de mármol arrancado de una cantera para amedrentar a los ignorantes?

"Eres muda representación de una gran Inteligencia que resplandece y vive en una lejana estrella del mundo sideral.

"¡Oh, si fuera yo digno de que tú me hablases como hablan los dioses sin ruido de palabras, como el huracán en la selva, como el rayo en el trueno, como el caer de la lluvia en los campos resecos!..."

Los ojos de Osarsip se cristalizaron de llanto y su pecho se levantó porque el corazón palpitaba con fuerza.

Y en su mente resplandeció como una luz difusa esta idea: "Eres mi hijo y lleno la soledad en que las criaturas te dejan".

Osarsip se estremeció levemente. Cerró los ojos para evitar que asomaran dos lágrimas y permaneció firme de pie hasta que la emoción intensa se desvaneció en el silencio.

Y empezó a caminar lentamente por las grandes naves del templo solitario y sumergido en sombras que se hacían cada vez más densas.

Al enfrentar un arco entre dos columnas donde la cortina estaba descorrida vio un cirio encendido sobre un altar y sobre el altar un almohadón de púrpura real bordado de oro en el cual se asentaba una corona de Faraón con esta inscripción al pie:

"Esta Tiara triple, usada por los grandes Faraones del pasado Soser, Kefrén y Amenhemet, ceñirá la cabeza de Osarsip-Ra-Moses, hijo de la Princesa Real Av Isis Thimetis al cumplir los dieciocho años de edad".

Osarsip se detuvo estupefacto. Leyó dos veces la inscripción en jeroglíficos del Templo que muy pocos sabían descifrar y continuó andando a través de las sombrías naves del Templo desierto.

Mientras andaba, su pensamiento hilvanaba ideas mudas, pero vivas..., muy vivas.

–"¡Qué disparate! ¿Cómo han podido pensar los hombres del Templo, que yo encadene mi divina libertad de hombre que piensa y siente a una corona de oro y brillantes que me haga esclavo de leyes tejidas por los hombres?

"¿No valen mil veces más las vidas humanas que se troncharían por disputar esa corona que nada significa para la dicha que yo ambiciono?

"La Psiquis que guardo en mí, es grandemente ambiciosa y no hay en la tierra ni en el mar, tesoros que puedan satisfacerla".

Y continuó recorriendo las naves del Templo ya sumido en completa oscuridad. Por una entrada lateral, vislumbró una luz muy débil como de un cirio pronto a extinguirse y lentamente se

encaminó hacia allí, pensando o deseando encontrar alguna solución a esta inquietante soledad con que le recibían los mismos que le habían llamado y a los que él había querido someter su voluntad mediante una consulta cuya respuesta esperaba.

Era aquel recinto uno de los camarines usados por las vírgenes del Templo para cambiar sus ropas, en las que exigían para las diversas ceremonias en que debían actuar.

Sobre un canapé estaba una de ellas, dormida, a medio vestir. La miró unos momentos y vio que respiraba normalmente.

Luego no era muerta sino dormida. Profundamente dormida. ¿Cómo la habían dejado allí?

La noche era fría y aquella jovencita estaba con ropas muy ligeras y a medio vestir. Debía helarse de frío.

Osarsip miró en varias direcciones y vio una gran manta de piel sobre el tapizado del pavimento. Levantó la manta muy silenciosamente y con gran cuidado cubrió a la durmiente de la cabeza a los pies.

Dio media vuelta hacia el recinto del Templo pensando en buscar la salida.

Vio con asombro que la nave central estaba iluminada, y allá lejos al frente, el Pontífice y los ancianos Hierofantes le esperaban en sus severos y altos sitiales.

–Creí que no era digno aún de ser recibido por vosotros –dijo Osarsip haciendo una gran reverencia–. Que nuestro Dios Invisible os guarde.

–Que Él sea también contigo, Príncipe Real de Egipto –le contestó el Pontífice. Y le hizo sentar frente a él–. ¿Te ha sido penosa tan larga espera, hijo mío?

–No, Santidad. He esperado con gusto porque recibí lecciones muy buenas.

En el Consejo del Templo, a más del Pontífice y del Notario Mayor, había un Escriba o Cronista, un Inquisidor, un Penitenciario, un Archivero, un Rector de Ceremonias, un Ordenador de Liturgia y dos Comisarios encargados de hacer cumplir lo ordenado por el Consejo.

El Inquisidor, su nombre lo indica, debía haber averiguado con exactitud todo cuanto concernía a la vida pública o íntima del sujeto sometido a prueba, ya esta fuera voluntariamente pedida por él mismo, o impuesta por determinada circunstancia.

En tiempos anteriores, este Tribunal del Templo formaba parte del Gobierno del Faraón como un poderoso auxiliar del Soberano, que nada ordenaba por sí solo sino con el concurso inmediato del

Tribunal del Templo, por el cual, Gobierno y pueblo tenía en gran respeto y veneración.

Pero como todas las instituciones humanas, este Tribunal fue perdiendo prestigio y autoridad con el tiempo y debido a grandes errores cometidos por él mismo.

Los seres humanos, ya ocupen altas o modestas posiciones, son falibles o sea capaces de equivocarse, de errar, ya conscientes o inconscientes; ya con malicia o de buena fe. Entre cometer errores por incapacidad, o cometerlos por refinada maldad, hay una gran diferencia para ese juez interno que llamamos conciencia. Pero para los pueblos o sea para el exterior, el resultado es el mismo: la pérdida absoluta de la fe y la confianza

Algo así ocurría en el Egipto de aquel tiempo, a pesar de que el Tribunal de entonces se esforzaba grandemente en reconquistar el respeto y prestigio de los viejos tiempos.

El Faraón Seti, abuelo de Thimetis, había logrado rehacer, digámoslo así, algo de lo creado por los hombres y mujeres de elevado temple espiritual y moral de épocas anteriores, como Soser, Kefrén, Sahuré, Isesi, Amenhemet, Senkaré y Amenhemet II de la XII dinastía cuya admirable previsión defensiva para su pueblo le llevó a la construcción inigualable de la famosa ciudad subterránea llamada "El Laberinto".

Hecha esta explicación, el lector comprenderá que el Tribunal, ante el cual estaba sentado el joven Osarsip, era de sanas y nobles intenciones y solo aceptaba realizar tales pruebas por voluntaria petición del interesado y no tenía otro alcance que la seguridad para el solicitante de que era capaz de cargar con las graves responsabilidades que las circunstancias le exigían.

La Suprema Potencia forjadora de mundos y Madre Eterna de las almas que encarnadas o en estado espiritual los habitan, tiene prodigiosas combinaciones, siempre encaminadas a impulsar las humanidades a su evolución y perfeccionamiento, quiere decir a su completa y eterna felicidad.

Y una de estas maravillosas combinaciones era sin duda la que ocurría cuando Osarsip actuaba como hombre en este plano físico.

Quiero decir que el Tribunal que sometía a prueba al noble hijo de la Princesa Real estaba compuesto en su mayor parte por los seres que más amaron y ayudaron a Anfión de Orozuma, el último de los Reyes Toltecas.

El Pontífice Pthamer era la reencarnación del Rey-Atlante, Atho-Fana, padre de aquella Odina esposa de Anfión, el Rey Santo.

En el Notario Mayor, el Hierofante Membra, estaba reencarnado el Rey de Otlana, Senegaldo padre de Anfión el Rey Santo. El Inquisidor y el Penitenciario fueron en la Montaña Santa, faro y luz de la desaparecida Atlántida, dos grandes sensitivos que en aquella lejana edad fueron los primeros en descubrir quién era la personalidad espiritual del hijo primogénito que les había nacido a los esposos Senegaldo y Wilfrida, reyes, que fueron luego del vasto y hermoso país de Otlana.

Nuestros lectores de "Cumbres y Llanuras" conocen la historia del Rey Anfión de Orozuma en la desaparecida Atlántida y nada en estas combinaciones de la Eterna Ley les causará asombro ni estupefacción.

Para los buscadores de la Verdad, las edades, los siglos, el tiempo se esfuma como un soplo del viento y solo queda en pie, invulnerable y eterna, bien simbolizada por la vetusta esfinge egipcia, el alma humana recorriendo edades y siglos con vestiduras carnales diferentes, siguiendo impávida la senda comenzada quizá como un musgo de ruinas milenarias, pero con aspiraciones a una gloriosa inmortalidad.

Y todo el Consejo estaba formado por Inteligencias que en la época de Anfión fueron algo tan suyo, como son los amigos verdaderos y leales a un ser extraordinario venido al plano terrestre como un maestro de almas y libertador de oprimidos.

Tal era el Tribunal que juzgaba sobre las capacidades intelectuales, espirituales y morales de Osarsip-Ra-Moses, hijo de Thimetis Princesa Real de Egipto.

Y si las almas adelantadas recuerdan aunque vagamente su remoto pasado, el lector adivinará los pensamientos y las emociones que cruzaban, iban y venían, por el horizonte mental de aquel austero grupo de hombres ante el hermoso jovencito que tan humildemente esperaba que ellos dictaminaran sobre su capacidad y responsabilidad para las grandes actividades que las circunstancias le exigían.

Los Archivos secretos del Gran Templo de Menfis conservaban escrituras de muchos millares de siglos y los ancianos Hierofantes eran obligados por Ley del Templo a leerlos por lo menos dos veces en su vida, si habían de llegar a ocupar uno de aquellos altos sitiales de ébano y de plata en que estaban sentados.

Es lógica suponer que los recuerdos como un desgranar de estrellas, caerían en sus mentes haciéndoles ver en aquel joven, casi adolescente, al Capitán de un barco, bravo luchador contra piratas para arrebatarles las vidas de indefensas criaturas humanas,

destinadas a ser consumidas sus carnes como los becerros y los cerdos. Como en todos los tiempos, vivían también en la lejana prehistoria los explotadores de los vicios y las pasiones humanas. Y los bandoleros de tierra y los piratas de mar explotaban la espantosa gula de los potentados para quienes las tiernas carnes de niños, varones o mujeres, era un "manjar de dioses" según el decir de la época. Y Juno fue el bravo marino salvador de niños destinados a la hoguera del festín.

Recordarían a Numú, el príncipe-pastor que renunció a las grandezas humanas para consagrar su vida a los desheredados, a los desposeídos y miserables arrojados en masa de la populosa Mirt-ain-Mari como deshechos de la misma humanidad que había explotado sus energías y sus vidas.

Recordarían seguramente a Anfión de Orozuma, el último de los Reyes Toltecas, que como soberano del País de Otlana, y esposo de la Princesa Odina, hija de los Reyes del País de Dyaus, impuso por convicción su propio sentir a través de leyes inspiradas en la más alta justicia y conocimiento de la vida y de los hombres.

Antulio, filósofo, médico Atlante y maestro de la humanidad de su tiempo; Abel, glorioso coronamiento de los Kobdas prehistóricos que desde sus Santuarios del Nilo y del Éufrates, extendieron la red sedeña de su gran civilización por tres Continentes.

Y como un sol que se levantaba en el lejano Oriente, Krishna, el Príncipe de la Paz, que de la más espantosa anarquía y usurpación, hizo brotar el magnífico rosal de la paz al enorme precio de su propia vida.

Todos estos grandes recuerdos desfilaron por las mentes de aquellos austeros Hierofantes como sublimes episodios de un poema soñado por dioses y no vivido por hombres.

Y el suave silencio de un sueño divino del cual no se quiere despertar, continuaba en la nave central del gran Templo de Isis, mientras el hijo de la Princesa Thimetis esperaba tranquilo el fallo del Tribunal.

Por fin, él pensó: "¿Por qué callará por tanto tiempo el Tribunal?".

Y el Inquisidor que era un sensitivo extra-sensible dijo al punto:

– ¡Ra-Moses!... no te asombre nuestro silencio. Los grandes recuerdos del pasado relacionados con tu eterna vida nos refieren historias tan maravillosas que ni la más viva imaginación pudiera relatar. Por eso no temas ni al fracaso ni a la muerte.

"Doy esta respuesta al pensamiento de Ra-Moses que está preguntándose a sí mismo *por qué callamos tanto tiempo*.

–Ilustre Inquisidor –dijo el joven– Veo que lees con gran facilidad los pensamientos humanos. Si ese don que tienes fuera transmisible, te rogaría me dieras siquiera una cuarta parte.

–La Ley Divina te lo dará el doble cuando sea la hora –añadió el Pontífice.

Todo aquel maravilloso desfile de recuerdos forjó un ambiente de tan intensa emoción que de aquellos ojos cansados corría incontenible el llanto.

El silencio se prolongaba y Osarsip, sereno, impasible, esperaba sin acertar con lo que se elaboraba a favor o en contra suya en aquel círculo de mentes plenas de sabiduría, de conocimiento de la vida y de los hombres.

Por fin el Pontífice, dominada su emoción, habló:

–No te interrogamos, Príncipe Real de Egipto, lo que has pensado y has hecho desde que pisaste el umbral del Templo porque lo sabemos todo. Que hable el Inquisidor.

El aludido abrió una cartera con hojas de pergamino y leyó lo que el joven pensó al entrar y ante la estatua de Isis. Era exacto. Eran sus pensamientos vaciados al pergamino con extraordinaria exactitud.

– ¿Es verdad que pensaste eso; Príncipe Osarsip? –preguntó la voz solemne del Pontífice.

–Sí, Santidad. Es verdad lo he pensado así.

– ¿Podemos saber por qué pensaste así ante esa estatua de la diosa que impresiona y sobrecoge el ánimo de todos los que la miran?

–Pensé así porque creo que esa es la verdad. Es un trozo de finísimo mármol arrancado a una cantera. Es la obra de uno o varios hombres que la hicieron según mandato de otros hombres o por propio gusto y voluntad de ellos.

"En la profunda intimidad de mi yo, no puedo impresionarme y menos rendir adoración o culto a un trozo de piedra, al que solo puedo conceder un sincero elogio por la perfecta imitación de un ser vivo que impone silencio en cuestiones que la humanidad debe ignorar para no desatar su odio contra los que han descubierto una verdad que ella no es capaz de comprender.

– ¿Y la comprendes tú, Príncipe de Egipto?

–La comprendo, la acepto y me abrazo a ella porque la Verdad es Dios mismo. Isis no es la representación de un hombre o de una mujer. Es la imagen imperfecta y pálida de una Inteligencia luminosa, que en larga carrera evolutiva a través de edades y de siglos ha llegado a la cumbre del Conocimiento y del Amor, que

la hicieron capaz de impulsar el crecimiento de informes células vivas hasta hacer de ellas Inteligencias como ella misma.

"Una de esas informes células vivas soy yo que lucho por acercarme a ese Padre y Madre a quien debo lo que soy. En Egipto la llaman Isis; en Atlántida le llaman Zeus; en el Irán, Ahura Mazda; en el Decán, Shiva, y aquí vosotros hombres de la Verdad le llamáis Padre Sirio que vive y reina en una estrella luminosa de la Constelación que los astrónomos terrestres llaman *Can Máximo* por su configuración y dimensiones".

Osarsip calló, y todo fue silencio en torno suyo.

El Notario Mayor trabajaba inclinado sobre su carpeta. Los dos escribas hacían correr el punzón sobre sus telas enceradas o libretos preparados de antemano.

Y el Inquisidor, a una muda señal del Pontífice, continuó leyendo lo que Osarsip había pensado ante el pedestal que sostenía la antigua corona triple llamada Tiara, usada por grandes Faraones de un remoto pasado y que ceñiría la cabeza de Osarsip.

– ¿Es verdad, Príncipe Real de Egipto, que has pensado eso? –preguntó el Pontífice.

–Si, Santidad. Lo he pensado. Y confieso que mi pensamiento fue doliente como una queja de que vosotros, llenos de saber y de luz hubieseis pensado que en mi cerebro y en mi corazón pudiera nacer el deseo de verme bajo esa mitra de oro, esclavo de las leyes absurdas de hombres inconscientes.

"¿Quién puede renunciar sin dolor a la divina libertad de hombre que razona y piensa para quedar convertido en un trozo de carne, sujeto a las mil arbitrarias formas de vida a que le obligan hombres que viven huyendo de la Verdad?"

Osarsip calló y de nuevo el silencio se hizo en torno suyo. El Inquisidor leyó lo que el joven había pensado y hecho en el camarín de vestir donde dormía una de las vírgenes del Templo.

Y sin esperar la pregunta del Pontífice, Osarsip habló de inmediato:

–Pensé con lástima que esa infeliz criatura no tendría madre, ni lecho, ni hogar, por cuanto el sueño le había rendido al terminar las ceremonias. La supuse helada de frío y la cubrí con una manta encontrada allí cerca. Pensé buscar la salida para volverme al castillo en la creencia que el Tribunal no podría atenderme hoy.

– ¿Y por qué no os marchasteis? –preguntó el Pontífice.

–Viéndoos aquí reunidos, pensé que me esperabais. Y aquí vine. Y aquí estoy.

“Decidme os ruego con toda verdad si creéis que puedo hacer algo bueno complaciendo el deseo de la Regente y su Gobierno.

El Pontífice y todos con él se pusieron de pie.

–Osarsip-Ra-Moses –dijo el Anciano–. Creemos firmemente que cumples con la Idea Divina si aceptas los cargos que te imponen, porque significan una senda que abre la Eterna Ley a esta porción de humanidad para impulsarla a nueva evolución volviendo al antiguo camino abandonado.

“¡Infeliz Egipto si rechaza la oportunidad que le brinda el Infinito Poder por intermedio tuyo!”

–Está bien, Santidad. Pienso que acaso no saldré triunfante ni con vida de la empresa. Pero no temo ni al fracaso ni a la muerte. ¿No dicen las Sagradas Escrituras de los Kobdas de Abel, que: *“La muerte por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del Amor”*?

Ante semejante contestación de un jovenzuelo de diecisiete años aquellos Ancianos no pudieron contener la emoción.

El Anciano Pontífice se abrazó de aquel adolescente imberbe aún y lloró sobre su pecho, estremecido.

– ¡Ra-Moses!, hijo de Sirio, no desmientes tu abolengo espiritual. Contempla feliz la legión que te acompaña.

Los sensitivos habían caído en profunda hipnosis, y la nave del Templo, radiante de azulada claridad dejó ver la transparente multitud formada por la Legión Siriana que desde el espacio infinito asistía al triunfo espiritual de Osarsip.

Una hora después alrededor de una mesa cubierta de lino blanco, los Ancianos del Tribunal ofrecían al joven hijo de la Princesa Thimetis lo más grande y bello que era de ritual ofrecer a un elegido por la Divinidad para una gran misión en medio de la humanidad: las blancas hostias de flor de harina en una fuente de oro, y el vino sagrado que en pequeños vasos de plata bebían todos en conjunto y en un reverente silencio.

–Este es el símbolo perfecto de la comunión de tu alma con la nuestra –dijo con solemnidad el Pontífice–. Equivale a un juramento inviolable por el cual nos obligamos a secundarte en todo cuanto emprendas y hagas en esta vida tuya.

Todos le abrazaron enseguida, y la góndola del Templo encortinada de púrpura violeta condujo al Príncipe Osarsip de nuevo al castillo del Lago Merik.

Era pasada la media noche y la luna menguante como una góndola de oro surcaba serena la infinita inmensidad azul.

= 16 =
EL SUPERINTENDENTE VIRREY

El Gobernador del castillo del Lago Merik había encontrado el medio de estar al tanto de la hora y día en que más o menos podían esperar o no esperar al hijo que se había internado en el Templo. El Anciano Amonthep en su paternal solicitud para la Princesa Real pudo averiguar que el jovencito no sería retenido en el Templo en atención a su amante madre, ya tan hondamente sacrificada en su más íntimo sentimiento.

Y de esta manera entre el Anciano Maestro y el joven Gobernador tenían todo dispuesto para recibirle en tal forma que dejara en dulce y amorosa tranquilidad el corazón de su madre.

Desde que ella le despidió aquella tarde, se había recluido en su habitación y descorrida la cortina de púrpura que cubría el lienzo de la imagen de Isis con el velo levantado y ofreciéndole la rosa de oro de la Luz Divina, estuvo contemplando la bella imagen, representación de aquella otra impalpable y etérea que la había hablado palabras sin sonido en un día de angustias, y le había dicho: *"Soy la Madre Eterna de todas las madres de los misioneros divinos venidos a esta tierra"*.

Dulces lágrimas corrían de sus ojos mientras sus labios murmuraban así:

– ¡Madre Isis! ¡Cúmpleme tu palabra y devuélveme mi hijo esta misma noche! –Y confiada y serena, oraba y esperaba.

En el gran silencio que reinaba en el viejo castillo, muchos pensamientos velaban.

Como un cometa fugitivo había corrido la noticia extraordinaria y nunca vista ni oída: –Osarsip ha sido llamado por el Pontífice y fue conducido al Templo de Isis en Menfis. –Todo el personal ignoraba en absoluto los motivos de tan inusitado acontecimiento.

La reclusión de la Princesa Real era interpretada como un triste augurio de algo funesto referente al joven.

Y ese susurro inquieto que es como un secreto a voces corría por los corredores, pasillos y patios formando un ambiente de inquietud y de alarma en todos los habitantes de la suntuosa mansión.

Aarón y Hur pensativos y silenciosos no encontraban sitio que les acomodara para sus expansiones habituales. Los tres Maestros encerrados en su pabellón anexo al Templo-Aula, no se dejaban ver.

Las siluetas de los guardias silenciosos se percibían como inmóviles sombras a la luz mortecina de la luna que bajaba lentamente del cenit a mirarse en el terso espejo del lago, dormido también, como las gacelas, los ciervos, las garzas y las tórtolas.

La noche fue avanzando y Osarsip no volvía.

El gong de cobre resonó en la galería del comedor llamando a la cena y todos acudieron al llamado, el Gobernador como siempre presidía la comida, la Ama Jacobed, la Azafata Enabi con todas las doncellas, Aarón, Hur y el Jefe de los Guardias.

En la mesa de los tres estudiantes había un lugar vacío. En la mesa central, ocupada de ordinario por la Princesa Real, el Gobernador, el Jefe de Guardias y los tres Sacerdotes Maestros, sólo estaban el Gobernador y el Jefe de Guardias; había pues cuatro lugares vacíos.

La comida por demás silenciosa fue un exponente de secretas alarmas aunque no ocurrió incidente ninguno.

Y en todas las mentes aleteaba silencioso también este único pensamiento: "La presencia de Osarsip llenaba toda esta casa. Su ausencia la torna vacía". Y los que ignoraban el secreto misterio de esa grande vida humana se preguntaban sin hablar: "¿Quién es en verdad ese jovencito alrededor del cual diríase que gira, palpita y vive cuanto es vida, luz y alegría en este castillo?"

A la hora segunda de la noche el toque de queda hizo más hondo el silencio y todas las luminarias fueron apagadas. Pero en las habitaciones de la Princesa Real resplandecía luz aunque muy velada a causa de las cortinas corridas.

La luna se escondía a momentos entre encrespadas nubes color de perla y el lejano resplandor de las estrellas apenas permitía percibir como negros bultos silenciosos, las estatuas, los obeliscos, las esfinges y los guardias. Todo callaba y dormía, cuando muy a lo lejos, el oído atento de Thimetis asomada a su balcón, percibió el choque de unos remos en el agua del canal.

Lo había percibido Amram, que paseaba por la terraza delantera del castillo mientras veía también como un retazo de luz la blanca toca de la Princesa inmóvil tras de sus rejas.

Y el Anciano Amonthep con Ohad y Carmi, escuchaban sin hablar, ocultos en la sombra de la torre del Templo, el acompasado castigar de los remos sobre el agua del canal.

La inquietud general apresó también el ánimo de Aarón y de Hur, y sin darse aviso uno al otro, se encontraron en aquel banco sombreado de palmeras donde tuvo lugar tiempo atrás la iluminación de Osarsip.

También ellos escuchaban y esperaban como si un secreto aviso corriera de una mente a otra llevándoles la misma esperanza: "Osarsip vendrá esta noche". Una poderosa corriente de pensamiento venía desde el gran Templo de Menfis, enviada por los dos grandes sensitivos, el Inquisidor y el Penitenciario que percibían la dolorosa inquietud de los habitantes del castillo.

Una llamada de las más altas autoridades en aquel tiempo, significaba a veces una desaparición inexplicada, la reclusión perpetua o la muerte, que todo venía a ser igual.

La Princesa Real y los tres maestros eran los más inquietos y apesadumbrados porque sólo ellos conocían las rebeldías internas, íntimas, del joven que iba ante el Tribunal conceptuado como el más rígido y severo de aquel tiempo. Y aunque ellos conocían el grande amor del Pontífice y sus Hierofantes al hijo de Thimetis, temían que Osarsip, incapaz de fingimiento ni simulación, se manifestara en completo desacuerdo con las escabrosidades de la política engañosa de todos los tiempos y de casi todos los mandatarios. Y en tal caso –pensaban–, el Consejo resolverá darle por incapaz del desempeño de las altas funciones que le asignan; y lo hará así para salvarle de otras mil terribles consecuencias que podrían sobrevenir.

Aquellos dos sensitivos del Consejo tenían un extraordinario cultivo de la fuerza mental, y con ella realizaban un secreto apostolado de justicia, de bien y de ayuda mutua.

Por eso todos esperaban.

Y cuando la góndola del Templo ancló en el muelle, varias antorchas alumbraron el desembarco de Osarsip que cubierto con la gran capa blanca de los Hierofantes, aparecía de mayor estatura.

La sencillez de Aarón fue la primera en romper el silencio:

– ¡Cuánto creciste en una noche, Osarsip!...

El abrazo de la Princesa Real a su hijo, cortó los asombros de Aarón y de todos.

Osarsip volvía con mayor estatura según la apariencia y también con más gravedad en su continente y mayores preocupaciones y responsabilidades.

A pesar de haber adquirido gran dominio de sus sentimientos íntimos, no pudo ocultar por completo la emoción que le causó el ver que acompañaban a su madre, en la ansiosa espera, no sólo al Gobernador del castillo sino a sus maestros y a sus jóvenes compañeros de Aula.

La luna menguante se había ausentado por completo, y un

suave resplandor rosado apenas perceptible se diseñaba detrás de la Cordillera del Revenzora confundiéndose con las húmedas nieblas de las aguas cenagosas del Delta.

Estaba ya cercano el amanecer.

–El crepúsculo vespertino te vio salir de aquí, hijo mío, y las rosas del amanecer te dan la bienvenida –le dijo la Princesa cuando todos echaron a andar subiendo la espaciosa rampa que llegaba hasta los muros del castillo.

–Más aún que las rosas del amanecer, todo vuestro amor aquí reunido, fortalece mi esperanza en los días futuros –fue la respuesta del joven a las dulces palabras de su madre.

Aarón y Hur fueron admitidos en el Consejo familiar que se realizó allí mismo.

El Jefe de Guardias, casado en segundas nupcias con Jacobed desde dos años atrás, y Enabi hermana del segundo Jefe de Guardias, asistían también a aquella recepción de bienvenida con que el castillo del Lago Merik recibía a aquel jovencito Osarsip que había de llegar un día a asombrar al mundo con su extraordinaria grandeza espiritual y moral como Legislador y Guía de la Humanidad Terrestre.

Tres días después los heraldos reales anunciaban a todo el país la coronación de Amenhepat, hijo primogénito de la reina Gala de Siracusa y del Faraón Ramsés I que vivía en la inmortalidad de Osiris.

Y como tal acontecimiento, la Regente y su Consejo sabían bien que sería mal recibido por la gran mayoría del pueblo, el anuncio de los heraldos tenía un hábil añadido: “Conjuntamente con la coronación del joven Faraón, será exaltado al alto puesto de Superintendente-Virrey, Osarsip de Menfis, hijo adoptivo de la Princesa Real Av Isis Thimetis”.

El nombre tan amado del pueblo egipcio: Thimetis, hija de la Reina Epuvia Ahisa; el nombre de Osarsip, su hijo, que a tantos condenados a muerte había salvado en las tremendas sublevaciones pasadas, eran mucho más que una coraza para la Regente y su hijo; eran un fortísimo pararrayos en que se desvanecerían como espuma todas las furias populares.

Pero la Princesa Real y su hijo serían los inmolados, los sacrificados por la salvación de millares y millares de seres.

La experiencia de todos los tiempos nos dice en el lenguaje de las realidades más dolorosas, que todos los Salvadores salen al final crucificados.

Es verdad que en todos ellos se hizo carne este grande y sublime

pensamiento: “El sacrificio por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del amor”.

* * *

¿Cómo sucedió el prodigio de que Osarsip tan enamorado de la soledad, el silencio y el estudio, se resolviera aceptar aquel nombramiento que le arrojaba de improviso en medio de la vorágine que es la vida pública de Jefe y Mandatario en todos los tiempos? Estoy seguro que mis lectores hacen esta pregunta.

“Soy como un pájaro arrancado al nido y arrojado a la tempestad –escribía Osarsip en su álbum de intimidades–.

“Soy como un cordero arrebatado a su madre y a su redil y arrojado sin piedad a una oscura selva poblada de fieras.

“Soy como un pedrusco arrancado a pico de una cantera y echado a rodar por las pendientes llenas de precipicios...“¿Quién me salvará de ellos, antes de que haya podido ser yo salvador de otros?”

Abrumado por tan sombríos pensamientos, Osarsip, solitario en su alcoba, dejó a un lado el tizón de escribir y apoyó su cabeza cansada en el respaldo del sillón.

Había pasado noche de insomnio y sin querer se quedó dormido. Osarsip en unión del Consejo habían celebrado comunión de almas con las blancas hostias de flor de harina y el vino sagrado. Era un inviolable juramento, de unificación perfecta en el pensamiento, en el amor y en las obras, y ninguno de ellos lo quebrantaría jamás.

Pthamer el Anciano Pontífice y todos los Hierofantes del Consejo seguían a Osarsip con el pensamiento fijo de que fuera él un perfecto instrumento de los designios divinos, en esa hora de la humanidad como lo había sido en épocas anteriores.

Una Inteligencia Superior de la llamada *Legión Siriana* se presentó a la siguiente noche de haber regresado la góndola del Templo que llevó al jovencito hacia el Castillo del Lago Merik.

En una cripta del Templo de Menfis, se hallaba reunido el Consejo deliberando sobre los grandes acontecimientos que se desarrollarían envolviendo en ellos a Osarsip que ni lo buscó ni lo deseó jamás. La preocupación de los Ancianos se intensificaba más y más con los avisos que les llegaban a diario de la Corte y del pueblo.

El firme antagonismo entre el gobierno y el pueblo hacía por demás difícil la situación para Osarsip, inexperto e incapaz de simulaciones ni engaños de ninguna especie.

Lo conocían muy bien.

Osarsip era un espejo dispuesto siempre a reflejar una sola figura: la verdad, aunque fuera en contra de él mismo.

–Oremos al Dios Único, Eterno Invisible –dijo el Pontífice–, para que nuestro hermano tenga a su disposición toda la fuerza espiritual necesaria para cumplir la Divina Voluntad.

Y aquellos diez Ancianos cubiertos con sus grandes capas blancas, se quitaron el tocado púrpura que les cubría la desnuda cabeza y entraron en el gran silencio de la unión con la Divinidad.

En aquel recinto, cerrado a todo otro ser que no fueran ellos mismos, no había imagen ninguna sino tan solo dos grandes cirios de cera virgen, a un lado y otro de un pilón de mármol blanco rebosante de agua cristalina. Sobre sus bordes había diez pequeños pebeteros de plata con ascuas encendidas donde cada uno arrojaba tres bolillas de incienso puro de Arabia.

Al pie del pilón podía verse una gran tinaja de barro cocido y reluciente llena de tierra en la que una hermosa mata de lotos hacía brillar la blancura de sus flores inmaculadas.

En jeroglíficos grabados en oro en una lámina de mármol negro incrustada en el muro frontal a mayor altura que los cirios se veían estas frases:

"Agua, Fuego, Luz y Tierra, todo es Dios sobre este mundo". A poco de comenzar la concentración mental, el Pontífice tiró de un cordón de seda que pendía sobre su cabeza, y muy a lo lejos se sintió la melodía de liras que vibraban suavísimamente.

Desde el alto Coro de la Orquesta sagrada del Templo, los Pastóforos músicos acompañaban la oración de los Hierofantes reunidos en la llamada "Cripta de la Muerte".

Tal nombre se debía a que los consagrados a la vida espiritual superior, tenían la idea de que para llegar el alma encarnada a una verdadera unión con los mundos o planos espirituales elevados, era necesario morir a todas las ruindades, bajezas y miserias en que viven ordinariamente la gran mayoría de los seres de esta Tierra. Según ellos, eran cinco los grandes pecados o manchas o llagas que impedían al alma encarnada la unión verdadera con la Divinidad:

La Avaricia - La Lujuria - La Envidia - La Ira - La Hipocresía.

Le llamaban la *Estrella Negra*. Tenía también cinco rayos como la Estrella de la Luz Divina, pero era muy negra y traía consigo el penoso adormecimiento del alma en las tinieblas por largísimo tiempo.

Tales eran los conceptos sostenidos por los maestros de almas del Egipto milenario.

Hecha esta explicación que he creído necesaria, acompañemos también, lector amigo, la concentración de los Hierofantes, al amparo de la Luz Eterna que a través de largos milenios de años nos permite mirar por un resquicio el secreto escenario.

La luminosa Inteligencia de la Legión Siriana llamada "Aelohin" -*Ola de Energía Divina*-, se presentó a los Hierofantes, entre las suaves melodías de la música sagrada, las espirales de incienso, los efluvios del agua vitalizada de amor y de fe, y el aroma inconfundible de los lotos del Nilo.

Para hermanarse más con ellos por la semejanza, sin duda, la aparición celestial estaba cubierta de capa blanca transparente y luminosa como si estuviera tejida con resplandores de las múltiples lunas de la Constelación de Sirio. Aelohin no llevaba el tocado de púrpura ni tenía la cabeza desnuda, sino revestida de abundante cabellera, blanca también como su capa y como la luz que envolvía toda su figura.

–*"No lloréis por Osarsip* –les dijo con la voz sin ruido con que hablan las Inteligencias desencarnadas–.

"Él será un triunfador.

"Será el gran sacrificado de la hora presente; pero de su holocausto de toda una larga vida, surgirá de nuevo la senda de la Verdad, de la Justicia y del Amor para esta humanidad hasta la hora final.

"De entre sus hermanos sirianos, fui designado para Auxiliar inmediato y permanente de Osarsip en esta jornada terrestre.

"Sed vosotros auxiliares míos en su ayuda y defensa.

"Prometedme tocando vuestras manos el agua de la fuente"

Los diez Ancianos sumergieron la diestra en el agua bendecida por el amor y la fe de aquellos seres entregados durante años de vida austera, al servicio de Dios y de la Humanidad terrestre en medio de la cual vivían. La impalpable y etérea visión, sumergió también su mano, retazo de luz en el agua del pilón, que dibujó arabescos como filigrana de diamantes y todo desapareció en el silencio y la penumbra de la cripta.

Cuando tres días después los heraldos reales anunciaban a Egipto y los países vecinos y amigos que tendría un nuevo Faraón respaldado por el hijo de la Princesa Real Thimetis, hija de Epuvia Ahisa, el Consejo del Templo unido a la Princesa Real y a todos los habitantes del castillo del Lago Merik había tomado todas las medidas que creyó necesarias y prudentes para secundar

la actuación de Osarsip a la altura a que lo habían subido sin él buscarlo ni pedirlo.

Mientras esto ocurría en el profundo secreto de la *Cripta de la Muerte*, Osarsip velaba en su alcoba particular y escribía sus tristes y desolados pensamientos en el álbum de sus intimidades, tan secretas y silenciosa como todo lo que acabamos de ver entre los Hierofantes del gran Templo de Menfis.

La celestial aparición de Aelohin a los Ancianos reunidos, la había presenciado Osarsip durante el sueño, y al despertarse y recordarla, sintió una conmoción profunda que le hizo llorar lágrimas de consuelo y esperanza.

Era fuerte, pero cuando nadie podía verle daba libre curso a su llanto.

También el Nilo, fuerte, grande y sereno, tenía torrentes y algunas veces se desbordaba inundando la llanura.

* * *

Diez días después se celebraba en Menfis la coronación del joven Faraón Amenhepat y conjuntamente la proclamación del Superintendente Virrey el príncipe Osarsip, hijo de la Princesa Real Av Isis Thimetis. Ella, con su Consejo que era el Ministerio de Beneficencia Pública, se había encargado de dotar a la población humilde de la gran capital, de todo lo necesario para que pudiera presentarse dignamente en tan grandiosa solemnidad.

Mis lectores deben saber que el pueblo obrero de Egipto, en aquel tiempo, no llevaba vestidos sobre el cuerpo, sino un escaso refajo de tela burda ajustado a la cintura por un cinturón de cuero, o sea lo indispensable para cubrir la desnudez de los hombres. Mientras que las mujeres se envolvían en un trozo de lienzo grueso que les cubría desde los hombros hasta la rodilla y lo apretaban a la cintura con un cordón de cáñamo.

Ya puede figurarse el lector, el júbilo del pueblo de ambos sexos con el don maravilloso que el Ministerio de Beneficencia les hacía en honra y gloria del soberano que ascendía al trono de sus mayores.

Y los vivas a la Princesa Real resonaban por calles y plazas causando serios rasguños al corazón de la Regente, tan poco simpática al pueblo. Y ésta en la soledad y secreto de su habitación, desahogaba sus contenidas furias prometiéndose tomar muy justas represalias cuando Amenhepat empuñara el cetro que le hacía Rey-Dios sobre su pueblo. En Sicilia, su país natal, se habían extendido

secretamente las *Ciencias Ocultas*, nombre con el cual se encubría la verdadera Magia Negra tan maligna y dañina como lo ha sido y lo es en todos los países en que tuvieron el poco acierto de permitirle la entrada.

Siracusa, su brillante capital, llamada "Arca de Sabiduría" por sus numerosas Escuelas, Academias y Centros de Enseñanza, de todos los ramos del saber humano de aquel tiempo, no se apercibió de la entrada clandestina y disimulada de la *huésped negra* que le llegaba como repugnante leprosa, de países lejanos en decadencia, que no le brindaban ya el abundante lucro a que estaba habituada.

Y así ocurrió que una agrupación de magos negros residentes en Siracusa, se trasladaron a Menfis en calidad de comerciantes de seda y prometiéndose muy buenos negocios con la Regente, que a su grande afición al lujo, se añadía el hecho de hallarse tan mal vista del pueblo. Sobre todo esta última circunstancia era la más propicia para la *huésped negra* que con sus grandes poderes ayudaría a la Regente y a su hijo a ser en verdad Reyes-Dioses para aquel pueblo rebelde.

La fingida Casa de comerciantes en seda se estableció en Menfis con el nombre de "La Abeja de Oro" y aparentaban ser una familia compuesta de cuatro hermanos ya maduros en edad, con sus correspondientes esposas. Desde luego se comprende que ni ellos eran hermanos, ni ellas eran esposas.

La casa se inauguró en los días en que los heraldos anunciaban la coronación y lo hicieron tan hábilmente que ofrecieron a la Reina Madre un manto real de seda púrpura, preciosamente adornado con abejas de oro.

Desde ese momento la ganaron en tal forma que la más joven de las cuatro magas, de bello aspecto exterior, fue introducida al gran Palacio Real como modista peinadora de la Reina.

Y así, los hábiles magos negros de la "Abeja de Oro" fueron tornándose, poco a poco, en gobernantes y tutores de aquella mujer cargada de despecho, de envidias y malevolencia en contra de los que habían conquistado todo el amor del pueblo egipcio y países vecinos, que ella no fue capaz de conquistar.

De esto vino más tarde, el huracán de contradicciones, de maldades y hasta de crímenes, que formaron una larga cadena de dolorosas luchas y tropiezos puestos malignamente ante Osarsip y su madre para arrebatarles el amor reverente del pueblo.

"Yo soy la madre eterna de todas las madres de los misioneros divinos venidos a este mundo" –le repetía la Isis viva a la

Princesa Real en sus largas meditaciones solitarias–. *"Yo estoy contigo* –añadía– *y nada temas para el hijo que has dado a esta humanidad".*

–"Yo soy Aelohin, tu hermano gemelo y he de acompañarte al triunfo aún con tantos escollos y precipicios" –decía la luminosa Inteligencia de la Legión Siriana a Osarsip, cuando en la Cripta del Templo oraba con los Hierofantes por el triunfo de la Justicia, de la Verdad y del Amor.

* * *

La coronación de Amenhepat revistió los esplendores más exorbitantes. Cuanto de grandiosidad, lujo y derroche puede ostentarse en ceremoniales y festines humanos, estuvo allí representado. El lector lo imaginará sin necesidad de una descripción detallada. Los países amigos enviaron brillantes delegaciones, por la innegable conveniencia de estrechar vínculos con el nuevo Gobierno, en el cual la presencia del hijo de la Princesa Real, era una garantía de nobleza, de justicia y de leales amistades.

Numidia había estado en preparación de grandes fuerzas militares por si se ponía en vigencia el nocivo decreto de esclavitud para los extranjeros.

Una abundante colonia de númidas establecida desde años atrás en Heliópolis, en la ribera oriental del Nilo, consideraba al país como su segunda patria, y el oneroso decreto echaba por tierra la prosperidad adquirida por largos años de esfuerzos y sacrificios.

Y lo dicho de Numidia podía también aplicarse a la Arabia, Libia, Mauritania, Palestina y Fenicia. Y aun las numerosas tribus de raza negra del país de Kush, se unían al descontento general provocado por el decreto de esclavitud para los extranjeros.

El Superintendente-Virrey del joven Faraón era el hijo de la noble y amada Thimetis, que desde sus quince años se había mostrado como una amorosa madre del pueblo egipcio en general, sin hacer distinción alguna en sus beneficios entre los nativos y los extranjeros que con sus trabajos engrandecían al país.

Todo Egipto y los países vecinos esperaban con inusitada ansiedad.

Cuando pasó la semana de la celebración y cada cual volvió a sus trabajos habituales, la Princesa Real y el Gobernador del castillo del Lago Merik, con numerosa escolta de lanceros, arqueros y guardias, acompañaron al joven Superintendente a tomar posesión de su cargo. El joven Faraón Amenhepat ocupaba el enorme trono

de su padre. Su endeble y minúscula persona parecía encogerse más en aquel inmenso trono milenario.

Bajo un dosel lateral estaba la Reina Madre y junto a ella, Thimetis Princesa Real.

Osarsip se acercó acompañado por el Gobernador del Castillo y el Hierofante Membra, Notario Mayor del Templo de Menfis, en representación del Pontífice y su Consejo.

Se disponía a doblar una rodilla ante el soberano, pero éste se levantó prontamente y lo estrechó en sus brazos. No lo dejó sentar en el sillón de su izquierda, sino que haciéndose a un lado en el amplio trono, lo obligó a sentarse con él.

–Si no me miras como a un hermano, Osarsip, no podré ser feliz en el trono de mi padre –le dijo con un acento de ternura sincera y leal.

–Si es tal como dices ¡Oh, Rey! cuenta con que este súbdito tuyo se esforzará cuanto pueda por complacer tu deseo.

A una señal de la Reina Madre, el Maestro de Ceremonias se acercó al trono llevando sobre un almohadón de seda púrpura un magnífico collar de oro y esmeraldas, joya antigua que había usado un hermano menor de la Reina Hatasu que fue el primer Superintendente de su reinado. Y Amenhepat lo puso en el cuello de Osarsip, diciéndole: –Es la señal de mi alianza contigo, Osarsip, y mientras la lleves puesta, a ningún otro hombre daré más amor y confianza que los que hoy deposito en ti.

– ¡Gracias, Faraón-Rey, ilustre hijo del padre de mi madre! Todos cuantos están aquí presentes son testigos de tus nobles palabras y de la promesa solemne que hago a mi Soberano y a todo el país, de no omitir sacrificio alguno para servirles como lo merecen –contestó emocionado Osarsip.

La Reina Madre aparecía tranquila en su pomposa majestad. La Princesa Real con gran disimulo secaba sus lágrimas. ¡Temía tanto por el porvenir de su hijo, para quien toda aquella grandeza y fastuosidad le parecía simulación y engaño! Adivinándolo, el Hierofante Membra que estaba a su lado le decía en voz baja:

–No temas nada Princesa Real, que tu hijo trae consigo la fuerza de toda la Legión Siriana, y los gusanillos de la tierra nada podrán contra él.

–Benditas quiero que sean tus palabras, maestro bueno –contestó ella, también a media voz, mientras la Reina, el Faraón y Osarsip, sentados los tres en el gran trono, departían amistosamente.

La Reina Madre estaba espléndidamente hermosa con su dorada cabellera recogida en un tocado de filigrana de oro cuajada

de perlas y semienvuelta en el gran manto de púrpura bordado con lotos de nácar y plata. Devoraba con sus vivos ojos grises a Osarsip, cuya gallarda y esbelta figura parecía entusiasmarla en extremo.

De pronto, un gentil hombre de la guardia anunció al médico real Atón Mosis con sus hijos, y dado el consentimiento imprescindible, fueron conducidos a la real presencia.

El médico real con sus hijos, Hur y Merik, habían sido invitados por la Reina para la ceremonia, pero un incidente callejero les había demorado a su pesar. Todo el contorno alrededor del gran palacio se hallaba atestado de público que deseaba demostrar su adhesión a la Princesa Real y a su hijo, y gran esfuerzo les había costado abrirse paso hasta el salón del trono.

La hábil Reina Madre conocía la honda amistad que unía al médico y su familia con la Princesa Real y su hijo, y entraba en su programa político esta estudiada complacencia. La infeliz extranjera sentíase tan poco amada del pueblo, que buscaba aquella pequeña porción de corazones nobles y buenos que curasen su amor propio tan profundamente herido. La pequeña Merik, toda blanca como un manojo de lirios en un jarrón de nácar, miraba a Osarsip con sus grandes ojos inundados de llanto, y nosotros, lector amigo, tenemos la lente de la Luz Divina para leer en su pensamiento de inocente enamorada: "–¡Cuán bello está Osarsip! ...¡pero qué lejos y alto está el altar a que ha subido!..." Y creo que en el subconsciente de su alma pura y buena, debió esbozarse su templo interior vacío y su altar sin flores ni cirios... ¡Todo apagado!

La voz de la Reina Madre cortó sus pensamientos.

–Ven aquí, pequeña tortolilla –le dijo cariñosamente–, que desde hoy te quiero en el palacio todos los días, para que ocupes un lugar que quedó vacío entre mis damas de honor. Tú serás la más joven de todas y también la más hermosa. ¿Te gustará ser mi muñequita?

La niña se arrodilló humildemente a sus pies y se echó a llorar.

La Princesa Real que la trataba con alguna intimidad intervino para calmarla.

Muy luego se sirvió en el interior del Palacio Real una suntuosa cena en honor del flamante Superintendente-Virrey que ocupaba desde ese instante el segundo lugar después del Faraón.

Así subió Ra-Moses a la montaña santa del sacrificio a que lo llamaba la Eterna Ley que gobierna los Mundos y las Almas encarnadas en ellos.

= 17 =
LOS ROSALES FLORECÍAN

"Cuando florecen los rosales, las espinas se maduran", era un decir muy común entre la buena sociedad egipcia. Y analizado el adagio con la lente de las realidades resulta bastante exacta.

El rosal endurece sus espinas para defensa de su radiante y codiciada floración.

Y comparando el rosal con la vida humana, observamos que podemos asegurar lo mismo.

Cuando florece en obras bellas y buenas el rosal de una vida de grandes esfuerzos hacia el Ideal superior que vislumbra a distancia el alma del justo, pronto aparecen agudas y crueles las espinas de la malevolencia azuzada por las envidias, los descontentos, los comentarios malignos, las interpretaciones equivocadas.

Todo lo cual forma un rumor siniestro como el revuelo de una bandada de cuervos sobre el redil donde descansa la majada...

Tres fecundos años de incesante labor, demostraron al mundo civilizado de entonces que el hijo de la Princesa Thimetis, tenía en verdad sangre de Faraones, o sea sangre de dioses.

Nos cuentan las historias y tradiciones de aquellos tiempos, que para la ignorancia y fanatismo popular los Faraones eran hijos de los dioses, y, asimismo, lo eran por herencia todos sus descendientes.

Y así, alrededor de nuestro protagonista se formaron numerosas leyendas, epopeyas, melodramas y poemas en los cuales había algo de realidad y mucho de invención, como ocurre siempre con los hombres o mujeres que se destacan de las multitudes.

Y en el caso actual, la misión que he aceptado con entusiasmo y amor, es la de separar lo falso de lo verdadero para que aparezca nítida y pura, la vida, la obra, la séptima personalidad encarnada del Hombre-Luz enviado por la Eterna Ley como Instructor y Guía de la Humanidad terrestre.

Veamos pues, qué hizo Osarsip en los tres primeros años de su actuación junto al trono de los Faraones.

Siendo el que era, ya supondrá el lector en qué forma iniciaría sus tareas. Recordará el lector, que dentro del vasto recinto circunvalado de muralla que rodeaba el Palacio Real de Menfis, se encontraban entre bosques de palmeras, de esfinges y de obeliscos, dos grandes Templos y a más el palacio llamado "de la Princesa",

que fue ocupado por Thimetis y su servidumbre hasta su traslado definitivo al castillo del Lago Merik.

Por insinuación del Pontífice y su Consejo y con la aceptación del joven Faraón y su madre, esa sería la residencia del Superintendente durante los días que destinara a las tareas que le exigía su cargo.

Tal disposición la tomó la Reina Madre y el hijo-Rey la aceptó de inmediato, habituado como estaba a obedecer las decisiones maternas.

El Palacio de la Princesa era en efecto propiedad de Thimetis, pues que fue construido y ornamentado muchos años antes como el magnífico regalo de esponsales que el Faraón Seti, padre de Ramsés I, hizo a la Princesa Real Epuvia Ahisa cuando fue traída desde la lejana Mauritania para desposarse con su heredero. Era pues herencia de dicha Reina a su única hija Av Isis Thimetis. Y el Faraón, su padre, lo había confirmado al documentar la cuantiosa dote que fijó a su hija el día de su proclamación como heredera.

Había permanecido cerrado este Palacio desde que la reina Gala lo ocupó durante el breve tiempo de espera a sus bodas con el Faraón.

La Princesa Real volvía a tomar posesión de su casa porque no le sufría el corazón la separación de su hijo. Amram, el Gobernador del Castillo, pasaba a ser Gobernador del Palacio de la Princesa, mientras el Jefe de Guardias, con Aarón y Jacobed como ama de casa, continuaban en el amado castillo del Lago Merik tan lleno de dulces recuerdos para el alma de Thimetis.

Nefru, el segundo Jefe de Guardias y su hermana la Azafata Enabi, acompañaban a la familia en su traslado temporal a la fastuosa Menfis, residencia real en ese tiempo.

Osarsip quiso tener a su lado como Notario Mayor a Hur, amigo y compañero de Aula, como recordará el lector.

Y pienso que éste se preguntará a sí mismo de qué modo y por qué surgieron y se maduraron las espinas del rosal de Osarsip, cuando tan bien rodeado y defendido estaba con la proximidad de aquellos que le amaban con sincera lealtad.

Hemos sostenido antes que en los mundos de escasa evolución como la Tierra, los redentores, los salvadores, los verdaderos misioneros de la Verdad son de ordinario sacrificados no siempre en cuanto a su vida física, pero sin excepción, lo son en su personalidad como portavoces de un ideal superior. No es pues de extrañar que a nuestro protagonista le ocurriera de igual modo.

El médico Atón Mosis que le había visto nacer y que le amaba como a su propio hijo le decía:

–Tu vida en medio de la Corte Real es para ti como una selva poblada de fieras. Irás por una senda y te saldrá de improviso un león hambriento: un aspirante a potentado, buscando tu autoridad para realizar un pingüe negocio, que, sin esfuerzo alguno, le transforme en un poderoso magnate. Echarás a andar por otro camino y te saldrá al paso una pantera con piel de gacela: una cortesana que te deseará para sí o para su hija, y con lazos de flores y de seda te irá llevando sin que tú lo adviertas a sus jardines encantados de donde nunca sale un hombre sin un remordimiento en su conciencia y una o muchas manchas en sus vestiduras.

Estas juiciosas advertencias le ocuparon una noche de meditación al joven superintendente. A la mañana siguiente y después de mucho pensar, tomó Osarsip su álbum de intimidades para escribir en él sus propias reflexiones.

Se sintió transportado con su pensamiento al templo de Isis donde ya lo hemos visto otra vez; y allí, en aquella misma cripta parecíale ver al penitenciario que le esperaba. Osarsip comenzó a escribir. Su escritura no era suya. Era otra voluntad la que le hacía escribir.

Nunca le había ocurrido tal cosa. Era éste un fenómeno desconocido para él.

Y escribía así:

"No te sea alarma mi presencia espiritual, hijo de Thimetis. Soy Didufri, el Penitenciario del Templo. Si sabes que el espíritu humano puede actuar separado de su materia cuando la Ley se lo permite, no debes asombrarte de mi presencia a tu lado. Óyeme: La Reina y el Gobierno en general no tienen plena confianza en los Ancianos del Templo. No menciono al Faraón porque hasta hoy sólo lleva la corona y el cetro, pero no el mando en el país.

"Debido a todo esto, no es conveniente que te vean comunicarte con el Templo repetidas veces. Y la Ley Divina, poderosa y sabia tiene este medio de comunicarnos sin que nadie lo aperciba. Unas veces yo, y otras el Inquisidor, usaremos de este medio para ayudarte a salvar los precipicios y grandes barreras y tropiezos que han de aparecer en tu camino.

"Hoy solo te aviso que dos miembros del Consejo Real tienen puesta la vista y el deseo en las grandes minas de cobre del Monte Sinaí y en el oro y plata de las canteras de Libia. Piensan proponerte que decretes la entrega de cereales del país a cambio de todo lo que ambicionan. Esto traería el hambre sobre Egipto y provocaría sublevaciones del pueblo".

"Quedas avisado. Dios Eterno te guarde".

Osarsip dio un gran suspiro, tan grande y hondo, que pareció descargar en él todo un mundo que llevara sobre su corazón.

–No he comenzado aún a cumplir mis deberes y ya me siento abrumado por el peso –murmuró tristemente–. ¡Dios Invisible y Eterno, adorado por mis padres y por mis maestros! ¡Tú que eres la Potencia Suma, la Fortaleza Inconmovible!... ¡Dame, te ruego, todo cuanto me falta para ser lo que tú quieres que sea!

Hizo esta exclamación desde el fondo de su alma atormentada por mil incertidumbres y a poco rato salió de su habitación y se encaminó al gran Palacio, llevando en sí mismo toda la serena fortaleza que había reclamado al Eterno Poder Invisible.

En el gran salón-despacho le esperaba la Reina Madre con el Guardasellos y el Notario Mayor. Luego de recibir la reverencia del joven, la Reina habló la primera.

–Te hice llamar una hora antes de que el Faraón se presente, a fin de imponerte del estado en que se encuentra la administración y todo cuanto concierne al bienestar del país. El Faraón, que es tu tío, pero de tu misma edad, no tiene la fortaleza ni la energía de que los dioses te dotaron a ti. Y siendo así, nos vemos obligados algunas veces, a no revelarle las cosas tales como son para no causarle impresiones demasiado fuertes que puedan perjudicar su salud. Más adelante, quizás, adquiera la capacidad de saberlo todo sin padecer menoscabo alguno.

"Aquí tienes el Guardasellos y el Notario Mayor que han sido mis grandes auxiliares durante los años de la Regencia. Estoy segura que con ellos llevarás al país al más alto progreso y bienestar, en tal forma que el nombre de Ramsés II eclipse a todos los reyes de la tierra, tal es mi esperanza".

Osarsip se inclinó profundamente en reverente aceptación silenciosa de las palabras de la Reina. Los dos ministros lo hicieron igualmente.

La Reina se retiró por una puerta interior donde dos guardias levantaron la pesada cortina para dejarla pasar.

Osarsip se dio cuenta de que todas las puertas estaban igualmente guardadas.

El Guardasellos y el Notario comenzaron a sacar de la nutrida estantería: papiros, vitelas y tablillas, que fueron llenando las mesas que las había enormes.

–Todo esto –dijo el Notario– son solicitudes, propuestas y promociones..., y aquello –señaló otra mesa– son sentencias o absoluciones según marque la balanza de la justicia.

Osarsip miró hacia una y otra de las mesas. Aún no había pronunciado ni una sola palabra.

–Empecemos por las sentencias –dijo– porque aquellos que esperan una sentencia deben sufrir horrores de incertidumbre. Y si nosotros estuviéramos en su lugar, desearíamos pronta solución.

Y se sentó delante de aquella mesa. El Notario y el Guardasellos lo hicieron también.

Osarsip comenzó a leer por sí mismo las causas criminales que pesaban sobre aquellos nombres señalados con un asterisco negro los unos, y rojo los otros. Sabía bien lo que aquello significaba.

El asterisco rojo quería decir que el sujeto dueño de ese nombre debía, según la costumbre hecha ley, sufrir la pena de ser azotado hasta derramar sangre, y sufrir, además, la amputación de una oreja. El asterisco negro indicaba la pena de muerte por decapitación y ser arrojado el cadáver al muladar para servir de alimento a las fieras.

Siguió leyendo, las causas databan de los días borrascosos en que el pueblo se levantó airado contra el decreto de la esclavitud, para todos los extranjeros residentes en el país, a excepción de los que pagaran el impuesto fijado por el gobierno. Entre los delincuentes había, sirios, árabes, fenicios, nubios, etíopes, cretenses, griegos, libios y mauritanos. Estaban acusados de haber pedido a gritos la persona de la Regente para arrastrarla por las calles como también a los dignatarios de su Consejo.

La Princesa Real y su hijo habían conseguido aplacar la ira popular con la promesa de obtener del gobierno la anulación del decreto y esta promesa fue cumplida. Pero los más exaltados habían sido apresados y esperaban la sentencia.

En la otra mesa que aparecía cargada de pergaminos y tablillas, había también argumentaciones no fáciles de dejar sin buena respuesta.

Había solicitudes y propuestas de los representantes de todos aquellos países cuyos súbditos habían caído en desgracia ante el gobierno Egipcio.

Todas estas argumentaciones atacaban al decreto causante de estos disturbios y ponían en evidencia el desacierto de sus autores, teniendo en vista los años de prosperidad, de paz y de engrandecimiento del país con la cooperación de los extranjeros que no solamente habían aportado su esfuerzo de trabajadores sino también sus conocimientos en cuanto a las industrias, artes y ciencias, aparte de los capitales y negocios que habían realizado en beneficio del país.

Y, finalmente, aducían el hecho de que la Regente era extranjera y lo eran casi todos los dignatarios y damas que formaban la Corte Real por entonces, elegidos por la Regente entre sus familiares y amigos de su tierra natal.

Osarsip leyó en alta voz todas estas argumentaciones cuyo buen sentido y lógica aplastante no admitía atenuación alguna. Después miró en silencio a los dos ministros, que comprendieron el interrogante que había en esa mirada, dijeron a una voz:

–Yo fui nombrado después de la sublevación. Soy egipcio de nacimiento.

–Me alegro de que así sea –dijo Osarsip–, porque de no ser así tendríais vosotros mucha parte en las funestas consecuencias que trajo ese decreto.

–Los que firmaron el decreto fueron apartados del Consejo y huyeron secretamente a Siracusa, su país natal –manifestó el Guardasellos.

–Naturalmente –añadió el Notario Mayor–, porque si no lo hubieran hecho así el pueblo los habría linchado.

–Tú sabes lo demás, Príncipe Real. A la Reina Madre la salvasteis de igual suerte tu noble Madre y tú.

Después de un breve silencio, que más parecía una profunda meditación, habló de nuevo el Superintendente Virrey: –Yo no puedo firmar estas sentencias, ni autorizar en forma alguna la ejecución, porque de haber estado yo en el lugar de todos esos acusados, hubiera obrado lo mismo. ¿No lo hubierais hecho vosotros también? ¿Cuál es el hombre que no se resiste, con todas sus fuerzas, a ser condenado a esclavitud, sin haber hecho nada para merecer tan miserable condición?

–Sí, es verdad, ¡absolutamente verdad! –expresó el Notario– pero la Reina delira por ver castigados a sus enemigos.

–Cien mil enemigos más se levantarán contra ella si se ejecutan estas sentencias –expresó con firmeza Osarsip–. Detrás de todos estos acusados están los países a que pertenecen y, ¿entonces?...

–Tendremos que afrontar con todos ellos sin duda alguna –afirmó el Guardasellos.

–Esperadme aquí, que iré a solicitar audiencia al Faraón y a la Reina Madre –dijo Osarsip, y salió por el largo corredor que atravesaba el gran patio de la Sala de Armas, donde en su infancia había asistido algunas veces a los ejercicios de disparar la flecha, en que ensayaban a todos los niños de la nobleza egipcia.

La Reina informaba al joven Faraón sobre el mismo asunto

que se trataba en el despacho del Superintendente. Y Osarsip fue recibido de inmediato.

Les expuso el caso tal cómo él lo comprendía y como en realidad era. Y añadió muy serenamente:

–No puedo firmar esas sentencias y menos hacerles ejecutar porque atraería sobre nuestro país, una coalición de todos los países que se ven afectados en sus súbditos residentes aquí. Y acaso tomarían represalias en los compatriotas nuestros residentes en esos países. ¿Os parece conveniente a Egipto la enemistad, no sólo de nuestro pueblo sino de todos los que serían afectados por nuestra decisión? ¿No os parece en cambio que un generoso indulto, o por lo menos atenuación de la pena, atraería a vuestras augustas personas y a todo el país, las grandes compensaciones de la buena amistad?

–Yo estoy de acuerdo contigo, Osarsip, y así lo acabo de exponer a la reina. No quiero empezar mi gobierno cortando cabezas. ¡No lo quiero!

–Pero yo he sido tan agraviada..., tan ofendida, que no concibo cómo la esposa de un Faraón y madre de otro Faraón pueda aguantarlo sin tomar una venganza que asombre al mundo entero.

– ¡Lo comprendo! ¡Oh, reina, lo comprendo!... Pero si tan graves fueron las ofensas de la ira popular, dobles las serán si se ejecutan esas sentencias, y nos veremos arrastrados todos en la espantosa vorágine. La calma que ahora veis, es una expectativa animada por la esperanza de que mi madre y yo interpongamos nuestra influencia ante vuestra Realeza; pero, ¿qué sucederá cuando esa esperanza se haya desvanecido? Se levantará un motín cien veces más terrible que el anterior.

–Y la Princesa Real y tú que tan amados sois del pueblo, ¿no podéis doblegarlo y obligarlo a aceptar humildemente el castigo que merecen los criminales, autores de la sublevación? –preguntó la Reina tratando de herir el amor propio de Osarsip.

–Señora, ¡noble Reina de Egipto! Debes saber que el pueblo ama a la Princesa Real no por su nombre ni por su alcurnia, sino por todo el bien que de ella ha recibido y recibe aún. El amor de los pueblos tiene en sí gran parte de egoísmo. Ama por el bien que recibe. Y si hoy, que por vuestra real voluntad, el hijo de la Princesa Real forma parte de vuestro gobierno, se ejecutan cerca de mil sentencias de muerte las unas, y de flagelación y mutilación las otras, ¿qué pensáis que será del amor popular para la Princesa y su hijo? Si ese amor fue la coraza que defendió vuestras vidas, llegado este caso, no la tendríais, y, ¿entonces?...

El Faraón le cortó la palabra.

–Mi madre es hoy la Reina Madre; pero el Faraón soy yo. He dicho que no quiero iniciar mi gobierno cortando cabezas. ¡Osarsip!... Eres mi Superintendente Virrey. Anuncia en mi nombre el indulto general a todos los sentenciados por el motín pasado.

"Y cuando el notario lo tenga escrito en el Libro Blanco tráelo tú mismo y lo firmaré.

La Reina exhaló un grito y cayó desvanecida bajo su baldaquín de púrpura.

Osarsip se apresuró a levantarla y dio los toques de llamada a las damas de turno que acudieron de inmediato. Una hora después el pueblo aclamaba en la gran plaza delantera del Palacio Real, al Faraón Ramsés II, al Superintendente-Virrey y a la Princesa Real Av Isis Thimetis.

A tan alto grado llegó el entusiasmo popular, que el joven Faraón se vio obligado a salir a la terraza que daba sobre la plaza, en que bullía la multitud. Le acompañaban Osarsip y la Princesa Real. Por amor a ellos, el nombre de la Reina Madre no fue pronunciado siquiera. Era cuanto se podía pedir y esperar de un pueblo que había sido tan agraviado por ella.

Y Osarsip pensó:

"¡Cuánta verdad encierra el proverbio eterno de los seguidores de la doctrina de Anek-Atón: "El amor salva todos los abismos"!

El sol desaparecía entre los vivos resplandores del ocaso egipcio cuando Osarsip pudo dejar el gran Palacio y volver a su apartado recinto hogareño, que su noble madre llenaba de amor, de esperanza y de fe.

Había sido necesario calmar a la Reina Madre, con reflexiones que sólo la fuerza de persuasión que tenía como don divino la Princesa Real, podía dominar la tremenda excitación que aquella sufría.

Se veía desplazada, en absoluto, de todo cuanto formara el ideal más grande de su vida y le era imposible aceptar el fracaso sin poder desahogar su furia en todos aquellos que a su juicio lo habían causado.

Había creído que aquel pueblo pasivo que desde la muerte del Faraón venía soportando penosas cargas, aumentadas día a día y humillaciones de varias formas, continuaría igualmente doblando la espalda en silencio, sin protesta alguna, cual mansa majada que sólo aspira a morder el césped y dejarse encerrar en el redil. La generosa y noble renuncia a la corona y al trono que hiciera años atrás la Princesa Real, era incomprensible para ella y la calificaba

de insensata locura propia de una chiquilla. Tal locura le había sido altamente favorable a ella, y en tal concepto se lo agradecía. Más, cuando llegó el momento de hacer comparaciones entre lo que ella, como Regente muchos años y como Reina Madre entonces, había recibido, y lo que la Princesa Real recibía de su pueblo y de los países amigos, comprendió que aquella joven mujer que lo dejó todo había conquistado todo, y ella que en su desmedido orgullo y ambición había pasado por encima de todo derecho, de toda justicia, de toda lógica, no tenía nada más que su furia impotente y un vacío y descontento tal, que la hacía desear la muerte.

Y mientras Thimetis y Osarsip visitaban a la Reina Madre después de la ovación popular, allá en el gran Templo de Isis el Consejo de los Hierofantes, reunidos en meditación colaboraba con ellos mediante el poderoso aporte mental que domina las tempestades en los corazones, como las furias del mar y la violencia de los huracanes.

= 18 =
CUESTA ARRIBA

¡Cuán árida se presenta a veces la subida a las cumbres a que llama la Eterna Ley a determinados seres! Y no por prerrogativas, ni privilegios, ni preferencias. Es la santa y divina libertad del alma, consciente de los grandes deberes que le incumbe cumplir.

¡Cuán majestuosa y grande es la fuerza de la conciencia en las almas llegadas a una elevada evolución!

Osarsip meditaba en el silencio de su habitación particular, en unos días de tranquilo descanso buscado en el castillo del Lago Merik a donde volvía con sus familiares, después de solucionados los más graves problemas del país.

Era una tibia noche sin claridades de luna pero con un cielo tan profusamente iluminado de estrellas, que permitía ver claramente la alta silueta del joven cuando bajaba la escalera que desde la terraza conducía hasta las orillas del lago.

Las doncellas, en las habitaciones de la Princesa Real, ejecutaban melodías y danzas clásicas, imitando las alegorías fantásticas creadas por poetas de aquel tiempo en honor de las grandes reinas-matriarcas del remoto pasado.

Y resonaban los nombres de una *hija del sol* que prendió en los pliegues de su velo azul, el alma hechizada de un poderoso príncipe de las tierras altas donde nace el Nilo.

Y tan fuerte llegó a ser el hechizo que aquel príncipe abandonó riquezas, pueblo y país, y transformado en un blanco ánade volaba en torno a las torres del templo de la diosa hasta conseguir que ella le dejara vivir entre los lirios de su jardín encantado.

Las melodías y las danzas tomaban tonalidades de epopeya que celebraban hazañas heroicas de una Matriarca-reina de los países de las nieves eternas, que vestida de doncel guerrero, salvaba su país y su pueblo de caer en las garras salvajes de razas invasoras.

A estas veladas de la Princesa Real podían concurrir los moradores del Castillo y algunos escasos visitantes íntimos que acudían de vez en cuando a visitarla.

Y fue así que, cuando Osarsip paseaba solitario por las orillas del lago, sintió que unos remos castigaban con fuerza en el agua del canal. La luz de las antorchas iluminó el pabellón de la pequeña embarcación, y Osarsip vio los colores de Atón Mosis, el médico real.

Su corazón palpitó de alegría porque era de seguro su gran amigo Hur que tanto le comprendía y le amaba.

Y se acercó al muelle para recibirlo. Era él en efecto, que venía con su padre y su hermanita Merik.

Pero con sorpresa advirtió que no traían consigo paz ni alegría, sino por el contrario zozobra, inquietud y ansiedad. Tanto es así, que de inmediato le preguntó:

– ¿Qué os pasa? Parecéis intranquilos.

–A hablar con la Princesa Real y contigo es que llegamos aquí –contestó el médico.

Hur se tomó del brazo de su amigo y la niña de la mano de su padre, y caminaron en silencio hacia el Castillo que como un gran monumento blanquecino sobresalía sobre la oscura sombra de las palmeras y las acacias que le rodeaban

Osarsip le llevó a la salita de estudio para no interrumpir con noticias desagradables la alegre velada de su madre con sus damas.

El médico expuso la penosa situación que empezaba a temer para su hija Merik a quien la Reina Madre obligaba a entretener a su segundo hijo Albek, que por grandes antagonismos con su hermano mayor se mantenía apartado en las habitaciones que le estaban destinadas. Se decía que era algo enfermizo, quizá para disimular el verdadero motivo de su retraimiento.

–Y mi niña, aquí presente –añadió Atón Mosis–, se me queja de falta de respeto hacia ella por parte del joven príncipe. Fue

necesario simular que tiene una afección al pecho para obtener el permiso de retirarla a mi casa. –Osarsip escuchaba en silencio–.

"Quería pedir a la Princesa Real que me socorra en esta difícil situación, albergando aquí a Merik en calidad de atacada del pulmón que necesita este buen aire y buena tranquilidad para recuperarse. La niña, como la ves, esta perfectamente sana, y su palidez sólo se debe a las malas impresiones sufridas. Te aseguro que en las actuales situaciones, no encuentro otro medio de salvarla del peligro que la amenaza. Y he pensado que tan solo la Princesa Real y tú podéis ayudarme.

–Lo has pensado bien, Atón Mosis. Los genios benéficos que sirven al Eterno Invisible te dieron sin duda esa inspiración –les contestó Osarsip, en cuyo rostro siempre sereno, el médico advirtió un relámpago de sobresalto.

– ¿Verdad que habías temido algo de esto, Osarsip? –tornó a preguntar el médico.

–Sí, es verdad, desde que la Reina Madre la pidió para formar entre sus damas he temido esto mismo que sucede.

– ¿Crees posible que la Princesa, tu madre, me otorgue este inmenso servicio?

–No lo pongas en duda, ni por un momento. ¿Te agradará, Merik, cambiar el lujo y fastuosidad de la corte por el retiro y quietud de la vida junto a mi madre?

Osarsip suavizó su voz cuanto pudo al acercarse a la entristecida adolescente y hacerle esta pregunta.

La pobrecita, que debía haber soportado a toda fuerza el ahogo que una íntima angustia le producía, se echó a llorar desconsoladamente. Su padre intervino y Osarsip sintiéndose culpable, le decía suavemente:

–Te hice daño, Merik, porque soy muy torpe para consolar. Perdóname y no llores más, que mi madre y yo haremos cuanto podamos para que aquí lo pases bien.

El joven Hur, que era todo una revelación de energía y de fuerza, demostraba una indignación silenciosa, que cuando estalla es como una tempestad.

Pero por fortuna no llegó a estallar, porque la velada había terminado en el salón de la princesa, las damas se retiraban, y ella quedaba sola.

Los visitantes se encaminaron hacia allá.

Cuando la niña vio la blanca figura de Thimetis, de pie, en el centro de la gran sala, corrió hacia ella sin tener en cuenta las

enojosas leyes de la etiqueta, y echándose de rodillas a sus pies, se abrazó de sus rodillas y un nuevo acceso de llanto la acometió.

– ¿Qué te ocurre, pobre niña, que vienes a mí como una tórtola herida? –le preguntó la Princesa acariciándola, mientras la levantaba suavemente.

–Ya hablaremos, señora, si me permites unos momentos hablar sin testigos –contestó Atón Mosis, sin aceptar aún, la invitación a sentarse que ella les hacía.

Thimetis pasó con él a un gabinete contiguo y lo que hablaron la Princesa Real y el médico real quedó entre ellos dos.

El hecho ocurrido era el siguiente: el joven Faraón Amenhepat se había prendado de la pequeña Merik y cuando la Reina Madre hizo que la niña jugara a las damas y a diversos juegos por el estilo, con su hijo Albek, éste a su vez se encariñó con ella, y en tal estado de cosas los dos hermanos resultaron rivales.

La ventaja, naturalmente, debía llevarla el Faraón, pero Merik no gustaba de ninguno de los dos.

Y en un momento en que ambos disputaban duramente por ella, el Faraón dio un feroz puntapié a su hermano que cayó al suelo gimiendo por el dolor.

Asustada, la niña había escapado por los jardines y se había refugiado en el Templo detrás de la gran estatua de Isis, donde el pastóforo guardián la había encontrado dormida, cuando iba a cerrar las puertas. Enterado uno de los Comisarios del Templo, la llevó él mismo a casa de su padre porque ya anochecía.

La Princesa Real, escuchó el relato del médico, en profundo silencio. Luego habló así:

–Buen padre, Atón Mosis, ya sabes que puedo darte este nombre como se lo doy igualmente a mi maestro Amonthep. Voy a revelarte un secreto que no te hubiera dicho a no haber llegado este caso. Osarsip ama a tu hija y piensa desposarse con ella, cuando crea llegado el momento oportuno. Creo que para librarla de las alocadas pretensiones de los príncipes reales, debemos celebrar esponsales de Osarsip con tu hija, si ambos están de acuerdo. Estando Osarsip de por medio, nadie se atreverá con ella. Ya sabes, Atón Mosis, cómo mi hijo se ha impuesto en el Gran Palacio y en el pueblo.

Conmovido en extremo el médico por la gran noticia que la princesa le daba, dobló una rodilla en tierra y le besó ambas manos.

–Dicen verdad los hombres sagrados del Templo, que eres tú la consolación de todas las angustias de nuestras vidas. Que el Dios Único te colme de dones.

Y llamaron a Osarsip primeramente. Impuesto de lo que ocurría, aceptó la insinuación de su madre, y trajo él mismo a Merik para que su padre la enterase de lo proyectado.

La niña, para quien Osarsip era el primero y gran amor de su corta vida, miró con asustados ojos a la Princesa Real, a Osarsip, a su padre, y bajó los ojos al pavimento sin contestar palabra.

Entonces el joven se acercó a ella, le tomó una mano, y serenamente le preguntó:

– ¿Me quieres lo bastante, Merik, como para aceptarme de compañero para toda la vida?

Ya próxima a llorar, la pequeña apretó a su pecho la noble mano que estrechaba la suya; lo miró muy hondo y no contestó nada. Se había anudado un sollozo a su garganta y nada podía decir.

Todos comprendieron lo que aquella escena muda significaba.

–Mañana a mediodía celebramos los esponsales de Osarsip y Merik –dijo en alta voz la Princesa Real, acercándose a los jóvenes y besando tiernamente a los dos.

El Anciano médico secó disimuladamente dos lágrimas que, furtivas, se le habían escapado, y los cuatro pasaron de nuevo al salón donde esperaban los demás.

Fueron llamados los tres sacerdotes maestros del Aula, el Gobernador del Castillo, el Jefe de Guardias y su esposa Jacobed, Enabi y su hermano y las más antiguas damas de la Princesa Real, que anunció a todos la gran noticia: la celebración de los esponsales al mediodía siguiente.

El entusiasmo de Hur fue delirante.

–Ahora soy en verdad tu hermano –le decía a Osarsip abrazándole.

La Princesa hablaba a media voz con Amram y ambos miraban como en éxtasis a Osarsip que sacaba rosas amarillas de un gran jarrón que adornaba el salón, y las prendía en forma de diadema en la oscura cabeza poblada de bucles de la pequeña Merik cuya risa infantil resonaba como gorjeo de pájaros.

–Nunca vi tan dichoso a nuestro hijo, Amram. ¿Le viste sonreír alguna vez? –preguntaba Thimetis.

–Creo que es ésta la primera vez –contestaba el Gobernador.

– ¡Cuánto temor sufre mi corazón por estos momentos de dicha suprema que veo en él!...

– ¡No seas pesimista, esposa mía!

–Los misioneros divinos jamás andan por un camino de rosas. Que la Madre Isis arranque todas las espinas del rosal que brota esta noche para nuestro hijo, Amram. ¡Que así lo haga!

– ¡Que así sea! –contestó él, uniéndose al grupo bullicioso y feliz que formaban todos en el gran salón.

"El amor es más fuerte que la muerte, y más poderoso que un ejército ordenado para la batalla", cantaba en su poema idílico el rey sabio.

En perfecto acuerdo con esa frase milenaria, le añadimos que el verdadero amor sabe dar grandiosas solemnidades aun a las más tiernas escenas familiares. Y tal ocurrió a los esponsales de Osarsip y de Merik que sólo fueron presenciados por sus familiares íntimos, por los tres sacerdotes maestros y las damas de la Princesa Real.

Prometidos el uno al otro con todas las formalidades acostumbradas, dos días después la Princesa Real, Osarsip y Atón Mosis, se presentaban en el Gran Palacio de Menfis y pedían audiencia al Faraón, que la concedió de inmediato. Cumplían la costumbre, ya hecha ley para los príncipes y nobles de más elevada jerarquía, de dar aviso al soberano cuando se concertaba una alianza futura.

Fue la Princesa Real quien hizo el acostumbrado anuncio.

–Había pensado desposarla yo, pero si mi real sobrino se me anticipó no estoy desconforme –contestó muy sereno el joven Faraón–. ¿Cuándo se realizará la boda?

–No hay plazo fijado, mi noble hermano –dijo Thimetis– y si algo tienes que observar será un honor para ellos el complacerte.

–Osarsip debe hacer una campaña de gran importancia para el país en este mismo año, lo cual le tendrá ausente por un tiempo que no puedo precisar su duración. En tal caso la boda será a su regreso.

Aunque la Princesa y Atón Mosis sospecharon un subterfugio del Faraón, no pusieron reparo alguno cuando Osarsip contestó con grande tranquilidad:

–Muy bien, señor, será como lo dices. ¿Puedo saber qué campaña es la que he de realizar y cuándo? Asuntos graves estamos resolviendo al presente y antes de partir he de verlos resueltos –observó el joven Superintendente.

–Ya lo sé –contestó el Faraón–. En veinte días podrás resolverlos todos y después de esa fecha será la partida. Negocios con Siria y el país de Azur son más urgentes aún.

Pasado un breve rato de conversaciones sin importancia, la Princesa Real pasó a los salones ocupados por la reina madre y sus damas. Osarsip y Atón Mosis se dirigieron al pabellón lateral del Templo de Isis, donde habitaba el Pontífice y los Hierofantes de su Consejo.

La Princesa Real fue recibida de inmediato por la Reina, que estaba en extremo nerviosa y desconsolada.

–Vienes con admirable oportunidad, Thimetis, amada hija del que fue mi gran Esposo Rey. –Y el abrazo que dio a la hija de Ramsés I, decía bien claro del grave disgusto que la viuda sufría.

– ¿Qué os pasa augusta señora? –preguntó Thimetis asombrada.

–Lo más terrible que puede pasar. Tu hermano, el Faraón, ha encerrado en sus habitaciones a mi hijo Albek, con dos guardias armados a la puerta y a mi primo Balduino, Príncipe de Córcega, le ha mandado salir de Menfis y del país en el término de veinticuatro horas. ¿No es éste un atropello indigno de un Faraón? –Y la Reina Madre rompió a llorar a grandes sollozos que estremecían todo su cuerpo.

Se susurraba a media voz por los ámbitos del Gran Palacio que el Príncipe Balduino sostenía amistad íntima con la Reina. A poco de morir el Faraón su esposo, el hermoso y gentil príncipe de Córcega pasaba cada año una temporada en Menfis, hospedado en el Palacio Real. Y las personas que lo sabían relacionaban esta amistad con la venida al mundo fuera de hora del hijo segundo de la Reina. Algunas imaginaciones audaces y atrevidas se entretenían en tejer un romance entre ella y él, antes del desposorio con el Faraón, a lo cual había sido obligada por conveniencia de Estados, según la vieja costumbre en todas las Cortes reales del mundo, y aún no faltó quien pensara que la muerte de Ramsés I podría no haber sido natural sino provocada, en procura de una viudez prematura para la joven y hermosa Gala.

Todos estos disimulados rumores habían ido acumulando un odio sordo en el alma del joven Amenhepat, que ahogó en forzado silencio durante su minoría de edad, pero viéndose en el trono con todos los poderes de Gobernador obraba según creía que debía hacerlo.

Respetaba a su madre, pero no a Balduino ni al jovencillo Albek.

Tal era el estado de cosas cuando Osarsip se había incorporado al Gobierno de Egipto.

La Princesa Real, Thimetis, no desconocía estos desagradables rumores, pero en su retiro del Lago Merik, podía aparecer como que todo lo ignoraba.

Y mientras ella se esforzaba en tranquilizar a la Reina Madre, Osarsip y Atón Mosis consultaban con el Consejo del Templo la situación planteada al Superintendente Virrey.

La íntima comunión de almas entre el Consejo del Templo y

Osarsip, que el lector ya conoce, de tal manera había refundido en uno solo el pensar y el sentir de todos ellos, que ambos visitantes encontraron que el Pontífice y los Hierofantes conocían aún más claramente que ellos toda aquella madeja de hilos blancos y negros.

Y el Pontífice habló así:

–Osarsip, hijo mío, y tu mí amado Atón Mosis: nada puede vencer al amor verdadero, más fuerte que la muerte y más poderoso que un ejército ordenado para la batalla. Osarsip tiene en nosotros una indestructible muralla de amor. La tiene igualmente en su morada del Lago Merik. La tiene también en la gran mayoría del pueblo. ¿Qué pensáis que puede hacer la mala voluntad, si la hay, de tres o cuatro seres aunque uno sea Faraón, otro Reina Madre, el tercero Príncipe de Córcega, y el cuarto hijo ilegal, sin más derecho que al amor de la mujer que le trajo a la vida?

"No temáis nada, absolutamente nada. Osarsip, hijo mío, tú estás doblemente guardado por nuestro amor y por el amor de tus padres, más fuerte acaso que el nuestro.

"¿Sabes a dónde es la misión que te dan?

–A Siria y a las orillas del gran río que baja del Norte (Éufrates). Parece que hay amenaza de conflicto con el Rey de Azur. No estoy del todo enterado.

Poco después la Princesa Real salía del Gran Palacio y se reunía con su hijo y Atón Mosis, que les llevó de nuevo al castillo del Lago Merik.

Con la suavidad acostumbrada, Thimetis había conseguido que la Reina Madre le cediera a la pequeña Merik para retenerla en el Castillo a su lado. Resentida profundamente como estaba la Reina en contra de su hijo el Faraón, aceptó con alegría que Osarsip se desposara con ella. Sentía el placer de vengarse así de las injurias injustas, según ella, que el Faraón había hecho a ella, a Balduino y a su hijo Albek.

–Te cedo a Merik con loca alegría. Guárdala bien porque es larga la garra del Faraón. Te confieso que yo la quería para mi pobre Albek que no tiene alegría ninguna en su vida –había dicho la Reina al terminar la visita de la Princesa Real.

Muchas inquietudes causaban a Thimetis las misiones encomendadas a su hijo. Y mientras navegaba en la popa de su góndola entre su hijo y Atón Mosis, su amor tejía una red de fuertes hilos de bronce para proteger el amor de su hijo y también la vida de su hijo.

–Seré como aquella joven Matriarca-reina de los países del

hielo que refieren los archivos secretos de mi madre. Seré otra Walkiria y salvaré a este nuevo Abel que el cielo ha puesto a mi lado para alumbrar a este mundo con la claridad divina de mensajero de Dios.

La encontramos de nuevo en su habitación acompañada de Amram, al cual acaba de informar su decisión de acompañar a su hijo en su viaje al Medio Oriente.

– ¿Crees tú que esta decisión mía pueda desagradar al Faraón? –preguntaba Thimetis a su esposo, que firmaba órdenes de pago a todo el personal de guardia y servicio del castillo del Lago Merik.

–No lo creo –contestaba él–, tu generosa renuncia a tus derechos como hija única de la Esposa Reina, te ha dado la absoluta independencia de que gozas. Lo escrito y firmado por tu padre, escrito y firmado está. Nada te está vedado sino tan solo aspirar a reconquistar lo que fue solemnemente renunciado por ti: el trono y la corona de Egipto. Es grandiosa la conquista de tu libertad, mi Princesa Real, y de esa conquista feliz participo yo ampliamente.

–Es verdad, Amram, pero aún en medio de esta libertad, yo siento que tengo una cadena.

– ¿Cuál? Yo no la veo.

–Yo la veo y la siento: nuestro hijo. Él no es libre desde que se ha visto forzado a ocupar el puesto que le ha sido designado sin buscarlo ni quererlo. Él está encadenado a graves deberes, y su cadena también nos ata a nosotros. ¿Vendrás conmigo, si acompaño a mi hijo en su viaje al Medio Oriente?

–Si tú lo quieres. ¿Por qué no?

–Pienso llevar conmigo a Merik, a Enabi y dos de las doncellas más jovencitas. Osarsip lleva consigo a Hur y a Aarón como secretarios privados. De seguro el Faraón le dará notarios de su confianza. ¿Es igual que el mío, tu pensar y tu sentir, Amram?

–Perfectamente igual. Todavía estoy por ver algo que tú resuelvas y con lo que yo no esté de acuerdo.

–Lo cual hace nuestra dicha y armonía perfecta que jamás fue alterada por un desacuerdo. ¡Qué hermoso es el amor cuando es así de inconmovible, perseverante y sincero!

Las miradas de ambos se encontraron un instante y había en ellas la plena confirmación de las palabras que la Princesa Real acababa de pronunciar.

El joven Faraón que solo contaba treinta días de vida física cuando murió su padre, no recordaba de él, naturalmente, nada, pero rendía culto a su memoria y su recuerdo le era permanente.

Amaba con delirio todo cuanto había sido de su uso personal y sentía gran entusiasmo oyendo las anécdotas de su vida y el relato exagerado que adulones ministros, le hacían para granjearse su voluntad y su confianza. Por esto mismo, la Princesa Real le era muy querida. Su padre la había amado tanto, y Amenhepat gozaba en ver y releer cuantos documentos había firmado su padre favorables a Thimetis, antes y después de su presentación al pueblo como su heredera legal.

No la comprendía, es verdad, en su heroico renunciamiento ni en la vida sin ambiciones que ella hacía, pero la amaba porque su padre la había amado. En cuanto a Osarsip, en verdad no existía afinidad entre ellos, porque en sus vidas había gran diferencia.

Osarsip era austero, leal, sincero, incapaz de fingimiento y simulaciones. Sin ambiciones de poderío y de riqueza, con nada se le podía comprar.

Esto molestaba al joven Faraón. A los hombres revestidos de omnímodo poder, les agrada sobremanera habérselas con sujetos que sólo se dejan comprar por un alto precio. Valoran al hombre por el precio que les ha costado conquistarlo.

Amenhepat estaba bien convencido de que por el momento necesitaba de Osarsip, y esto le humillaba. Reconocía a su pesar que el hijo adoptivo de la Princesa Real era superior a él bajo todos conceptos. Y esto le humillaba más todavía.

Deseaba vivamente una circunstancia, una causa, un motivo de ineludible importancia, de irresistible atracción que pusiera a Osarsip en la situación de humillarse a pedirle un favor.

Pero esa circunstancia, causa o motivo no llegaba nunca.

Un día, le hizo llamar a sus habitaciones particulares y le recibió solo, sin testigo alguno y con gran cuidado de que nadie pudiera enterarse de lo que pasara entre ambos.

–Osarsip, mi flamante Superintendente Virrey –le dijo afectuosamente– te he llamado porque quiero tener una confidencia íntima contigo.

–Estoy a su disposición, señor...

–Haz el favor de no llamarme así, cuando estamos solos. Hermano de tu madre, soy tu tío y tú eres mi sobrino, pero los dioses me hicieron venir al mundo el mismo año que tú. Somos dos jovenzuelos a quienes seguramente nos pesa demasiado la grandeza divina que cargamos como una montaña.

Osarsip escuchaba en silencio.

–Tú sabes bien que un Faraón no tiene ni puede tener amigos.

"Súbditos sumisos a la fuerza. Servidores fieles por necesidad.

Esclavos a millares que sólo trabajan con el látigo a la vista. Tú sabes y ves todo esto; ¿no es verdad?

–Así es, desgraciadamente, noble Amenhepat. En este mundo es así, porque los hombres lo quieren así –contestóle Osarsip, y de nuevo guardó silencio.

–Pues yo no quiero que sea así, y no lo será –dijo con cierta energía el Faraón –por eso te he llamado. Quiero que seas tú mi único amigo, mi confidente y compañero, algo así como *otro yo* al lado mío, ¿aceptas?

– ¡Oh, Faraón! Mucha honra será esa para mí, y a decir verdad, no acierto a comprender como has podido tener una idea semejante.

– ¡Estoy harto de soledad!... ¡Harto! Esa es la palabra. Mi corazón es un escarabajo disecado entre un cofre de oro, que acaso nació muerto porque nunca sintió más que el frío de la soledad, de la adulación, la mentira, el fingimiento y el miedo. Yo quiero mucho a tu madre, ya lo sabes, pero jamás podré tener con ella las expansiones de la juventud que puedo tener en tu compañía.

"Tú sabes que aquí en Menfis, con el severo control del alto clero que tiene ojos de lince para observar la vida del Faraón, se vive como momia andante con ojos que ven y oídos que oyen y nada más. Yo quiero vivir la vida, reír, divertirme un poco. Sólo cuento diecisiete años como tú, y aunque en nuestro país esa es la mayoría de edad de un hombre, no obstante hay momentos en que hasta su soberano quiere olvidar que lo es y vivir la vida de todos los hombres a los pocos años que tú y yo tenemos. Estoy enterado de que en la actualidad, Tebas brinda a sus habitantes una vida más razonable que la de Menfis. ¿Me acompañarías durante una semana de vida en Tebas?

– ¿Será pública la estadía que propones, Amenhepat?

– ¡No!, de ninguna manera. ¿No ves que en tal caso me seguiría el control sacerdotal, ministerial y maternal? –Y Amenhepat sonreía picarescamente.

–Sí, lo comprendo. ¿Y entonces?...

–Nuestra estadía allí será privada en absoluto. Un incógnito cerrado como una tumba.

–Mi vida ha sido tan ocupada y tan simple que nunca pensé nada semejante –contestó Osarsip–. Los estudios me absorbieron tanto que no tuve tiempo de pensar otra cosa.

–No obstante, has pensado en el amor y has celebrado esponsales con la más graciosa doncella de nuestra tierra, ¿eh, Osarsip? ¿Cómo fue eso?

El rostro del joven cambió como si se hubiera quitado una máscara.

–Eso es un libro cerrado, Faraón, y no tengo voluntad de que sea abierto por nadie –contestó con tal vibración de solemne gravedad, que bien a su pesar su interlocutor dio vuelta la página.

– ¡Bien, bien, muchacho! Me gusta como eres. Vamos a nuestro asunto.

"Con que me acompañarás a Tebas por una semana, sin servidumbre ni escolta, sin collares ni brazaletes, como dos humildes estudiantes que se toman una semana de alegres vacaciones. ¿Estamos?

–Antes desearía saber si tienes algún inconveniente en que lo sepa mi madre. Nunca le oculté nada y no quisiera causarle pena. Si le pido secreto, estoy seguro de que lo guarda.

–Yo sé que ella ha seguido la ruta que tiempo atrás marcó Anek-Atón y aunque la brava revolución promovida por el clero obligó a tu bisabuelo Seti a borrar con sangre toda innovación, ella siente en su espíritu la necesidad de ser santa como el *Faraón hacedor de santos*, y acaso se escandalice de que tú y yo vayamos de incógnito por una semana a Tebas. ¿No temes tú eso? Ella simpatiza, según creo, con la raza de Israel, puesto que tiene al frente del castillo del Lago Merik un gobernador israelita de raza. Para los buenos israelitas es una abominación ir de vacaciones a Sidón o a Babilonia. Tal puede ser para ella que tú y yo vayamos por una semana a Tebas y de incógnito.

–Te diré algo, Amenhepat, si me crees que lo digo sin presunción ni petulancia.

–Te creo incapaz de simulación y de fingimiento. Di lo que piensas.

–Pienso que si fueras con otros jóvenes, ella temería por ti, pero siendo yo quien te acompaña quedará tranquila en absoluto. Nadie ha podido engañarla nunca y ella conoce bien mi modo de pensar, de sentir y de obrar.

"¿Y qué dirás a la Reina Madre? Aunque eres dueño de tu vida, no creo justo darle inquietudes.

–Tienes razón, diré que me tomo una semana de descanso contigo, y así pensará que voy al Lago Merik.

Convenido esto, dos días después avanzaba por los parques solitarios del Gran Palacio un modesto estudiante con su túnica y capilla parda y un bolso al hombro.

Apenas clareaba el amanecer cuando el Faraón abría la puerta llamada *de los esclavos* y salía a la solitaria calleja donde sólo

transitaban mendigos y perrillos hambrientos a la espera de mendrugos y desperdicios caídos al descuido de los carros de provisiones.

A la terminación de la callejuela se le reunía otro estudiante vestido con igual indumentaria, y en compañía de un chicuelo, que tenía por la brida dos caballos pequeños y de buena estampa.

Amenhepat y Osarsip montaron gallardamente y emprendieron la marcha, camino al sur siguiendo la costa del Nilo. Nadie podía extrañarse de los madrugadores paseantes, dado que era muy común el hecho de que estudiantes de las escuelas de Menfis buscaran alegres vacaciones en la populosa y espléndida Tebas, la ciudad de las cien pilastras doradas que celebraban en vibrantes poemas, los vates de aquel tiempo.

Antes de llegar a Tebas debían pernoctar en Abydos, la venerable abuela de las grandes ciudades del Nilo; la viejísima Abydos que parecía vivir abrumada por la gran montaña de sus recuerdos. Las grandezas pretéritas, los pasados esplendores entre los que brillaban, como estrellas de primera magnitud, los nombres de Soser, Neferka, Hatasu o Unas, Mikerino, Anubis...

Osarsip sabía de memoria todos estos nombres y muchos otros más. El sagrado archivo de las edades que había concentrado en Menfis las crónicas milenarias que comenzaban con los primeros prófugos venidos de la Atlántida, sumergida bajo las aguas del mar, le había entregado sin mezquindad todos sus secretos, sus planos, sus croquis, que desconocidos artistas de la piedra habían ido plasmando en bloques de granito, de basalto o de mármol rosado, de las canteras libias en la larga cadena de siglos, de años que no se podían contar...

Con sus tres maestros de la primera juventud había visitado a la antiquísima Abydos, y sus pirámides ruinosas semienterradas en la arena, le habían demostrado en las borrosas escrituras de sus piedras rotas, la verdad de cuanto el gran archivo secreto le había descubierto en el gran templo de Menfis.

Y a medida que se acercaba a la venerable Abydos cercada por el desierto, Osarsip iba sintiéndose como sumergido también en pensamientos profundos, en añoranzas y evocaciones que parecían llenarle el alma de una dulce melancolía.

En las aldeas y villorrios por donde iban pasando, Amenhepat chanceaba como un chicuelo con los pastores de antílopes y de cabras, con los pescadores adormilados en sus barquichuelos, con las muchachas lavanderas de la orilla del río.

Y Osarsip se enredaba en largas conversaciones con algún viejo

sacerdote del grado primero que vivía entre los polvorientos altares y oscuras criptas de templos ya casi olvidados. Era el médico, escriba y consultor de la aldea. Y todo él era como un archivo de historietas, relatos y remembranzas.

Allí hablaban las piedras en el mudo lenguaje de jeroglíficos que los siglos no pudieron borrar, y hablaba también el Anciano sacerdote, cuya memoria octogenaria era guardiana fidelísima de las tradiciones orales que iban pasando de uno a otro, de todos los que antes de él habían sido guardadores y celadores del triste templo abandonado.

– ¡Cuán extraña juventud es la tuya, mi querido Superintendente Virrey! –decíale Amenhepat cuando al caer la tarde se reunían en alguna de las modestas posadas que había en el lugar–.

"Yo me entretengo con los seres de carne y hueso, con los vivos que ríen, charlan y juegan, y tú, en cambio, te diviertes con las piedras, con las ruinas y con un cansado viejo que sólo habla de los muertos. ¿Cómo explicas esto, Osarsip? ¿Me quieres decir cómo hermanas tu gallardía, tu energía, tu belleza física, tu atracción personal, con esta forma de vivir entre ruinas, que meten frío en el cuerpo, y escuchando horas enteras a un vejestorio de siglo y medio que más parece una momia escapada del sarcófago? ¡En verdad que no te comprendo!

Osarsip sonreía afable como un patriarca que escuchara pacientemente las insípidas preguntas de un parvulito vivaz.

– ¿Qué quieres, Faraón? He nacido con la vejez inyectada hasta en la médula y no puedo ser de otra manera que como soy. Tú te diviertes según tu gusto. Yo lo hago según el mío. Ambos nos sentimos libres. Tú no me encadenas a mí ni yo a ti. ¿No es ésta una perfecta amistad?

– ¡No del todo!... Algo falta para ser perfecto –arguyó el Faraón.

–Pero nada le falta para ser fiel, leal y firme. Yo lo creo así.

– ¡Vamos a cuentas claras! Quisiera saber: ¿qué dirás tú, si sabes que estoy enamorado de una pastorcita inquieta como un cervatillo y grácil como una palmera que abre al viento sus primeros abanicos?

– ¿Qué quieres que diga, Amenhepat, si andas por el camino que recorren todos los hombres de tus años, y aun los que doblan tu edad?

–Pero es el caso que en cada posada que nos dio alojamiento, se me ha prendido una imagen en las telillas del corazón. Como me aventajas en estatura y en gallardía, ciertos ojos se clavan

primero en ti, y cuando inútilmente te llaman se vuelven hacia mí, implorando piedad y correspondencia.

"Te confieso que me enrabio contra ti primeramente, y luego resignado a ser tu segundón, me dejo vencer y convencer. ¿Qué dices a esto?

–Nada, Faraón, ¡nada! Eres libre, perfectamente libre. Me has buscado para compañero de vacaciones, no para guardián, ni preceptor, ni consejero. ¿No cumplo con el deber que tu confianza en mí, me ha impuesto?

– ¡Vamos, vamos!... ¡Qué hombre invulnerable eres tú, Osarsip! Eres como una serpiente de agua, que resbalas y te escabulles sin que ninguna mano te pueda apresar. No puedo quererte, ni puedo odiarte...

– ¡Amenhepat!... Y si no puedes quererme, ¿por qué te empeñas en tenerme a tu lado, en tu gobierno, en tus negocios, en tus proyectos y hasta en tus vacaciones?

–Porque quiero comprenderte y conocerte, y tú no te dejas comprender ni conocer. Porque quiero ser como tú, estar a tu mismo nivel, sentir y pensar como tú piensas y sientes, ¡y no sé si son los dioses que me lo impiden o eres tú que me rechazas!

– ¡Faraón!..., no rompas la amistad que has querido iniciar tú mismo con este súbdito tuyo. ¿Por qué te alteras así por cosas que ni tú ni yo, podemos hacer de distinta manera de lo que son? Tú eres Amenhepat. Yo soy Osarsip. Y como son diferentes nuestros nombres, lo somos nosotros también. ¿Crees tú en la eternidad de la Psiquis humana?

–Así lo enseñan los hombres del Templo, y creo que ellos saben lo que dicen.

–Cuando en una familia hay muchos hijos, ¿por qué los mayores hablan, caminan, corren, juegan, estudian, y el más chiquitín yace quietito en su cuna y apenas acierta a gemir, a llorar y a exprimir el seno de su madre cuando se lo da?

–Eso está claro como el agua: porque no tiene la edad suficiente para hacer como sus hermanos.

– ¿No será que tu Psiquis es menor de edad que la mía, y que cuando llegue a la edad competente podrá alcanzarme y aún superarme en todo orden de facultades y cualidades?

– ¡Oh!... Esa es la filosofía de aquel Faraón llamado el Santo y que el clero de Amón-Ra sacó de en medio porque arruinaba la grandeza de los Templos. ¡Cuidado, Osarsip! ¡Que si te vas por esos senderos, puede que pierdas todo y hasta la vida!

–No temas por mí, Faraón, porque mi senda es muy clara y

sencilla: La Verdad, la Justicia, el Bien... Además..., no temo "la muerte"..., antes..., casi la espero con igual confianza que a un amigo que de cierto sabe que llegará, o como el colegial espera las vacaciones.

– ¿Vacaciones? ¿La momia en el sarcófago está de vacaciones?

–No la momia, pero sí la Psiquis que va y viene como golondrina eterna que ama viajar y cambiar de clima.

– ¿De modo que la vida no tiene para ti ningún atractivo? ¡En verdad que naciste viejo, Osarsip! Yo amo la vida y quiero vivirla así, como los dioses me la dieron: sobre un trono y viendo un gran pueblo que es mío y al cual...

–Puedes hacer muy feliz conduciéndolo por la senda del Bien, de la Justicia y de la Verdad. ¡Oh, Faraón, estás colosal!

–Es que yo no iba a decir eso que tú has dicho, sino algo muy diferente.

–Pero te ruego, Amenhepat, que no lo digas porque me vienen a la mente recuerdos muy dolorosos y terribles que echarían barro, sangre y muerte, en estas vacaciones que tú mismo has deseado para gozar de paz y alegría. ¿Has olvidado los sucesos ocurridos en los años de la Regencia?

– ¡Tienes razón, Osarsip! ¡Tú tienes siempre razón! Mi padre fue grande, noble y fuerte, y su memoria es amada a mi corazón. Pero reconozco que fue el error de su vida, la Esposa Reina venida del otro lado del mar. Los de la piel blanca y los ojos azules traen veneno de muerte para nosotros. Por eso recelo de la Reina Madre aunque sea mi madre.

–Ella no hizo nada contra ti.

– ¡Lo hizo y mucho! El pueblo no me ama por causa de ella.

–Pero tú puedes conquistar el amor de tu pueblo, Faraón, y te aseguro que has empezado a conquistarlo.

–Tú lo has conquistado y por eso estás en el lugar que estás. ¿No lo sabes acaso?

–Y tú debes saber que yo no lo he conquistado para mí sino para él mismo, y para ti que estás al frente. ¿Para qué podría querer yo el amor del pueblo? Me bastaba y me sobraba la dichosa vida en la soledad feliz del Lago Merik en aquella exuberante naturaleza, llena de las bellezas de Dios... Mis maestros, el archivo lleno de pergaminos, mi madre que es un ánfora de miel y de sabiduría, mis compañeros de aula..., en fin, que el universo es infinito, Amenhepat, y me siento feliz, grande y fuerte, si puedo llegar a conocerlo tal como es.

–Estoy oyéndote, Osarsip, y estoy pensando dos cosas muy opuestas una a la otra: mi Superintendente Virrey es un loco o es un dios hecho carne como Osiris, como Horus, como el Orfeo de los griegos o el Brahma del sol naciente. ¿Qué eres al fin?

–Tu compañero de vacaciones, por el momento y nada más.

– ¿Nada más, has dicho?

–Tu Superintendente Virrey para ayudarte a hacer la grandeza de Egipto y la felicidad de tus pueblos por el camino de la Verdad, de la Justicia y del Bien. ¿Qué más quieres que sea? ¿No te basta todo eso?

– ¡Sí, hombre, sí! Pero no es esa la cuestión, sino que tú me resultas un enigma que no se deja descubrir ni aunque lo partan en pedazos.

Suerte fue para Osarsip que el posadero dio golpecitos a la puerta llamando a los dos estudiantes a pasar al modesto comedor, porque era llegada la hora de la cena. Pero Amenhepat era tenaz y dijo a media voz:

–Queda pendiente lo del enigma, y no creas que se me olvida.

–Cada cosa a su tiempo –contestó Osarsip y ya estaban llegando al recinto donde un buen fuego, unas marmitas que humeaban y una mesa con blanco mantel indicaba que era el humilde comedor de la posada en que un Faraón de Egipto y un Superintendente Virrey debían satisfacer su juvenil apetito.

= 19 =
LA CIUDAD DE ORO

¡Tebas!... ¿Quién no la oyó mencionar?

“Tebas ciudad dorada
Donde los dioses callan
Y estremecen los timbales
Y danzan las odaliscas
Entre músicas y risas...”

Así decía el cantar de los vates populares en las noches resplandecientes de oro y luz en la celebrada Tebas, la de las cien pilastras doradas y cien obeliscos de mármol y cobre.

Nuestros dos estudiantes llegaban de Menfis, la austera y grave matrona nacida entre la Esfinge y las Pirámides que le transmitieron su solemne majestad.

"Menfis, la ciudad sagrada
Donde las piedras hablan
Y los dioses inmortales
Con amor tienden sus alas
Y van llevando a los hombres
A otra patria muy lejana."

Amenhepat y Osarsip desmontaron a unas doscientas brazas de la magnífica Tebas para sólo sentir largo rato el deslumbramiento que les producía la luz del sol poniente, cayendo sobre el cobre bruñido de las mil agujas doradas de pilones y obeliscos de la esplendorosa ciudad, gloria de la dinastía Thotmes.

–Yo estuve aquí cuando tenía cuatro años –dijo Osarsip, después de un largo silencio de muda contemplación.

–Y yo estuve cuando habitaba el seno de mi madre –añadió Amenhepat–, lo cual significa que ni tú ni yo conocíamos a Tebas.

– ¿Qué dices? ¿Entramos?

–A eso hemos venido –contestó el Faraón.

– ¿No temes que entre semejante lujo y esplendor, nos tomen por dos mendigos que vienen a robar para matar el hambre?

El Faraón se miró su modesto traje ya polvoriento en el camino, y miró a Osarsip igualmente empolvado.

– ¡Casi tienes razón! ¿Qué hacemos?

–Volver por donde hemos venido.

–Eso es cobardía, que no está bien en mí y menos aún en ti. Entraremos por la puerta de los labriegos.

Esta idea les fue sugerida al ver allá a lo lejos, que por una balaustrada de piedra desaparecían hombres con herramientas de labranza y con grandes bolsos al hombro. Y hacia allá se encaminaron.

–Vosotros no sois labradores –les dijo el guardián.

–En efecto –contestó Osarsip–, somos estudiantes de Menfis que deseamos gozar de nuestras vacaciones en Tebas.

–Los estudiantes entran por la puerta tercera de las galerías de Serapeum y habéis pasado por delante de ella.

–Nuestros trajes están muy polvorientos –añadió Amenhepat.

–No mira eso el guardián. Id sin temor. Llamad donde dice: "Puerta de los Escribas".

Por fin nuestros personajes, se vieron dentro de aquel paraíso encantado. Unos pajecillos negros, vestidos de mil colores pero con muy escasas ropas, fueron sus introductores.

–Queremos una posada –indicaron.

Y en el acto un pajecillo fino y ágil como un mono de la selva, les condujo por entre esfinges de mármol y obeliscos llenos de grabados, arcos, columnas y jardines interminables, que hacían de aquel inmenso espacio abierto algo semejante a un circo de vastas proporciones y sobre el cual se abrían innumerables puertas de casas de venta, de estudio, de pintura, de música, de diversiones y de comida. Algunas eran destinadas a pasar allí la noche.

Cuando nuestros viajeros encontraron lo que les acomodaba mejor, se dejaron caer exhaustos sobre divanes que apenas se levantaban un codo del suelo. Hubieran deseado vivamente cerrar los ojos y no abrirlos hasta el día siguiente pero no tardaron en presentarse dos jovencitas muy pintadas, y escasamente vestidas que acercándose a cada uno de ellos, les trataban de amos y les preguntaban lo que deseaban servirse.

–Buen baño, buena comida, buen lecho –contestó secamente el Faraón.

Las muchachitas salieron volando y a poco volvieron acompañadas de dos muchachotes fornidos que traían dos camillas blancas y perfumadas.

En ellas tendieron a los viajeros ya despojados de sus ropas polvorientas y en menos tiempo del que se tarda en describirlo, estuvieron en las piscinas de barro.

Bañarlos y vestirlos como a pequeños parvulitos y con admirable rapidez, todo respiraba allí comodidad, molicie y exagerada atención. Del baño pasaron al comedor, donde cada cual elegía aquello que sus ojos le hacían desear, pues todos los manjares, frutas y confituras estaban a la vista.

Cuando satisfechos en cuanto deseaban se vieron de nuevo en la alcoba dormitorio, se creyeron ya libres de intervenciones extrañas. Pero no fue así. Tebas era una matrona muy previsora y amorosa. Gustaba de hacer felices a todos cuanto llegaban a ella.

Como un enjambre de sílfides penetraron de pronto una media docena de chiquillas, no mayores de doce a catorce años, vestidas de mariposas, cuyos transparentes ropajes estaban cuajados de foquitos de luz de múltiples colores; y con flautas, tamboriles y cascabeles, armaban tan descomunal algarabía de danzas, música y risas, que los dos muchachos se quedaron estupefactos.

El joven Faraón se sentó en su diván para contemplar mejor el inesperado espectáculo. Osarsip se sentó también y sacó de su bolso de viajero el grueso álbum de sus intimidades, y haciendo

un supremo esfuerzo mental para aislarse entre el movimiento y el bullicio, comenzó a escribir:

"Si la Eterna Ley me ha puesto en un mundo de locura y de vértigo, de sinrazones e injusticias, yo debo esforzarme en ser más prudente y sensato, más sereno y tranquilo, más razonador y más justo. Y así colaboraré con la Eterna Potencia a mantener el necesario equilibrio de todas las fuerzas que pesan y mueven lo que es vivo y lo que es inerte: así colaboraré a la paz y bienestar de mis semejantes.

"La especie humana de esta tierra se diferencia muy poco de la especie animal que sólo sabe de comer, beber, dormir y procrear. A esas cuatro manifestaciones de vida queda reducida toda su actuación. El instinto les manda, les guía, les mueve.

"Yo, con más conocimiento y más luz interior, consideraré secundarias esas cuatro manifestaciones de vida. Son accesorias, son auxiliares de la vida. La vida verdadera es otra. Es la que ama sin esperar ni pedir nada al amor. Es la que busca ponerse a tono con el pensar, sentir y obrar de los dioses tutelares de los pueblos y de los individuos.

"Es la que se niega a sí misma todo lo que está fuera de la órbita de la razón y de la justicia. Es la que puede decir NO a lo que no debe ser, y decir SÍ a lo que está en perfecto acuerdo con la belleza, la armonía y la serenidad de lo que es razonable, justo y bueno. Si quiero vivir esta Verdadera vida, no seguiré el camino por donde van los que no piensan, ni razonan, ni saben quiénes son, ni de dónde vinieron, ni a dónde van.

"Si ninguno en torno mío abre ese camino, lo abriré yo aunque deba remover montañas, aunque deba desviar el curso de los ríos, aunque deba dar saltos formidables sobre el abismo..., ¡y aunque deba morir despedazado!

"El que sabe que cuanto le rodea perece, es fugaz y pasajero, no prende el corazón en ello sino que busca lo que vive Siempre, lo que es bello Siempre, lo que es dulce Siempre. ¿Dónde está Eso que es siempre de la misma manera? El que lo busca con amor lo encuentra. El que lo pide lo recibe. El que sin cesar lo llama, lo encuentra que le estaba esperando en el camino.

"¡Oh, Padre y Madre Eternos!

"¡No quiero andar como los que andan a oscuras! ¡No quiero vivir en la locura y el vértigo de la sinrazón y la injusticia! Quiero vivir en el perfecto equilibrio que has marcado con fuego en mi yo íntimo, donde veo lo que es bueno; y lo que es malo; lo justo y lo injusto, lo bello y lo horrible.

"¡Oh, Padre y Madre Eternos..., si me hicisteis a semejanza tuya, no quiero deformar tu divina imagen, no quiero mancharme, no quiero afearme! ¡Que tu divina imagen en mí, viva eternamente esplendorosa y bella, tal como la quiere tu Divina Idea!

Y se dejó absorber por el éxtasis entre los efluvios del cielo de los Amadores...

Cuando Osarsip cerró su álbum y levantó la cabeza se encontró en completa soledad.

El ruidoso enjambre de las pintadas sílfides transparentes había desaparecido y Amenhepat con ellas, sin que se hubiera percibido. ¡Tan absorto estaba en lo que su alma dolorida vaciaba en las páginas de su álbum de intimidades! ¡Había subido al Paraíso de los Dioses tutelares por unos momentos y de nuevo bajaba al infierno de este mundo de incomprensiones, de fatuidades, de loca soberbia y de míseras vanidades!

Su amargura fue tanta, que escondiendo su cabeza en los almohadones de su diván, lloró con el desconsuelo de un niño, que de un jardín de juegos silenciosos hubiera bajado de pronto a una pocilga de bestias. ¡Osarsip era fuerte y lloraba!

Era el Superintendente Virrey de Egipto que aplacaba al pueblo enfurecido con una palabra afable, con una dulce promesa, y entonces ¡lloraba!...

Los que conocen estos cambios de improviso, estos descensos de los cielos de amor y de luz a los oscuros valles terrestres, comprenderán la amargura de Osarsip y sus angustiosos sollozos que no hizo nada por evitar.

¡Estaba solo!... Completamente solo en la populosa y magnífica Tebas, donde todo era risa, danzas, música y alegres cantares. Toda aquella tremenda algarabía le llegaba como ecos lejanos que a momentos semejaban el cantar de muchas voces; el gorjeo de millares de pájaros o el silbido del viento azotando los pinares.

¡También había rumores de tempestad en su corazón! Olas torrentosas de rebeldía interior sentía agitarse en lo más profundo de su yo íntimo; y antes de que la borrasca se desatara abiertamente, Osarsip abrió de nuevo su álbum y volvió a escribir:

"¡Eterna Madre que cobijas con amor a los hijos tuyos a quienes has brindado tu rosa de oro!... ¡Acuérdate que en un suspiro tuyo me bajaste a esta tierra de las angustias de muerte hace diecisiete largos años!... ¡Apenas he comenzado mi tarea y ya me harté de esta vida!...

"Madre Isis, tu rosa de oro es sabiduría divina y ella me dice

que las criaturas terrestres son en su gran mayoría, pequeñuelos díscolos, traviesos, desvergonzados e impúdicos que arrojan piedras, lodo, inmundicias al peregrino extranjero que avanza entre ellos con sus vestidos limpios y su cabeza coronada de olivo.

"¡Madre Isis!... ¡Que mis oídos no escuchen sus bacanales! ¡Que mis ojos sean ciegos para sus festines! ¡Que no sienta el golpe de las piedras que me arrojen, ni llegue a mi corazón el dardo envenenado de sus tentaciones! ¡Madre Eterna!... ¡Que tu amor y tu paz sean mi escudo y mi coraza para toda esta vida!

Leyó y releyó esta escritura con los ojos cristalizados de llanto, y una grande y serena paz invadió su espíritu.

Con su álbum abierto, apretado al pecho, se tendió en el diván y se quedó profundamente dormido.

Cuando el sol del amanecer penetraba por un ventanal, Osarsip dejaba el lecho, encerraba el álbum en su bolso de viajero y salía del Serapeum por la *Puerta de los Escribas*.

Al salir preguntó al Guardia la dirección que debía tomar para encontrar el Templo.

–Si caminas una milla por esta misma vereda, te encontrarás con Luxor, que es el barrio más viejo y ruinoso que puedes encontrar. Allí hay sacerdotes viejos como el Templo que te darán cuantas noticias quieras de lo que sucedió muchos siglos atrás, porque ellos son tan viejos que saben de dónde viene el Nilo y cuándo nació.

Le fastidió a Osarsip la burla risueña que apareció en la faz del Guardia, pero le agradeció la noticia y siguió andando.

De pronto recordó a Amenhepat y estuvo a punto de volver sus pasos atrás. Más, luego pensó:

–Porque quiso librarse de mi compañía, se alejó sin avisarme. Libre es él y libre soy yo.

Y siguió caminando tranquilamente.

La bruma de oro y amatista del sol naciente, y la fresca brisa que venía del río, reanimaron su espíritu que con el descanso del sueño tranquilo de esa noche, estaba dispuesto para una reacción favorable. Había silencio y soledad en la vasta ciudad de los Thotmes, porque la voluptuosa sultana del Nilo descansaba de las ruidosas orgías nocturnas.

Y Osarsip se sintió más benigno en sus juicios respecto de ella. Chicuelos vendedores de frutas, de hogazas y confituras le invitaron a satisfacer su apetito, y a la vez le ampliaron las noticias que sobre la antigua y ruinosa Luxor le había dado el Guardia de la Puerta de los Escribas. Por ellos supo que todos los Faraones

y princesas de la dinastía Thotmes estaban allí representados en estatuas de oro, de plata, de marfil, sobre pedestales de finísimos mármoles, y en la austera penumbra de capillas encortinadas de damasco púrpura que las polillas habían convertido en finos enrejados.

También le enojó a Osarsip la atrevida burla con que hablaban los chicuelos de las cortinas del Templo de Luxor.

Un Anciano sacerdote sentado en un ancho zócalo de la gran puerta de entrada, contemplaba como en éxtasis la belleza del sol naciente, y al ver a Osarsip ante él, le señaló en silencio la espléndida alborada que teñía el oriente de vivos resplandores que parecían llamas de fuego abriéndose paso entre un rosal encarnado.

La sensibilidad del joven percibió la suavísima ola de devoción y de amor que brotaba de aquel Anciano y como un niño sumiso se sentó confiadamente a su lado y sin hablar palabra.

La muda contemplación del Anciano sacerdote continuó un largo rato.

–Siento que amas como yo la hermosura de Ra cuando aparece en el Oriente –dijo a media voz, como si no quisiera romper con voces agudas, la suavidad de aquel delicioso momento.

–Es verdad, buen Anciano; la amo y la admiro como creo debe amarse todo lo que es bello y bueno –contestó el joven.

–Tú no eres tebano, ¿verdad?

–No, señor. Vine ayer desde Menfis, a conocer las grandezas que se dicen de Tebas, donde estuve cuando era muy chiquitín.

– ¡Y dejas los esplendores para venir a las ruinas! ¡Ya veo, ya veo que eres un jovenzuelo de cuerpo, con el alma vieja..., muy vieja!

– ¡Puede ser!... Amo la sabiduría de los Ancianos. Me entusiasma saber de los tiempos pasados y soñar con un porvenir mejor que el presente.

– ¿Te enoja el presente?

– ¡Mucho!... Hasta el punto que algunas veces quiero huir de esta vida. Y sé que debo aceptar y vivir esta vida.

–Te es áspera y pesada la vida, a causa de que en ella no encuentras las satisfacciones que deseas. Y además chocan contra ti todas las formas de vivir, de pensar y de sentir que ves en todo el mundo que te rodea. ¿No es así?

–La Sabiduría habla por tu boca, buen Anciano, y siento en este momento que los dioses tutelares me han traído a este viejo Luxor como se lleva a un niño de la mano hacia su patria y su hogar.

–Si por mí te habla la Sabiduría, por ti me habla a mí la Verdad,

la Sinceridad y la Fe en el Supremo Ideal, que sólo conocemos y seguimos los que somos muy Ancianos de espíritu, venidos acaso de otros mundos de evolución avanzada y de radiante claridad, por lo cual las nebulosas, las sombras y oscuridades del plano terrestre nos llenan el corazón de amargura.

–Y ahora, hijo mío, permite que te llame así, es conveniente que tú y yo sepamos: ¿quiénes somos, qué buscamos, qué sabemos y qué nos falta por saber? El divino Ra que se levanta en Oriente será testigo de nuestras confidencias.

–Tú mandas, noble Anciano, y yo escucho y obedezco –contestóle Osarsip.

–Bien, óyeme pues, que algo hay en mí que me manda a decirte cuanto vas a oír. Yo soy Neferkeré de Sais y recibí la educación primera en el gran Templo de On, que hoy está tan ruinoso y olvidado como éste, porque la soberbia y vanidad de los potentados es la misma en todas partes y en todos los tiempos. Cada gran Faraón quiere crear su gloriosa inmortalidad, no por sus buenas obras y elevado sentir, sino por las grandezas que el oro acumulado y los esclavos comprados, le permiten hacer. Y así surgen entre nuestros desiertos, monumentos y templos que sólo nos hablan en sus mármoles milenarios de la grandeza y gloria de su hacedor. Y los pueblos inconscientes y perpetuamente niños, van aceptando lo nuevo y dejando en olvido las obras y creaciones que en otra hora lejana, otro gran señor, hizo y creó para satisfacción de su orgullo y para perpetuar su grandeza y su recuerdo en las edades futuras. No quieren ser olvidados, pero ellos cubren con ceniza de muerte y de olvido lo que fue grande antes de ellos.

"Para no morir de hambre en el olvidado Templo de On, fuimos trasladados a Tanis y de allí a este de Luxor, que como ves sufre hoy el olvido y la muerte de todo cuanto es materia en esta Tierra. Pero como ahora soy tan viejo, y noventa y seis años pasaron sobre mí, ya no me voy a ninguna parte y aquí espero mi hora final.

"Bendigo al Eterno Invisible porque quiso ponerte en mi camino para tener yo un heredero a quien dejar como rica herencia todo el caudal de conocimientos que mi larga vida me ha permitido acumular".

Los ojos del Anciano se llenaron de lágrimas y ahogó un sollozo en su garganta. Osarsip se apercibió de ello y conmovido profundamente, cayó de hinojos a sus pies y besándole las manos temblorosas y enflaquecidas, le decía:

–No llores, padre bueno, porque yo seré tu hijo y te llevaré a mi lado para llenar de dicha tus días postreros.

–No, hijo mío, déjame morir aquí. Soy un musgo pegado a estas piedras, a estas bóvedas silenciosas, a estas oscuras criptas llenas de recuerdos, de ecos, de himnos que sólo yo escucho en la pavorosa soledad de mis días y de mis noches... –gruesas lágrimas corrían por el rostro rugoso del Anciano, y Osarsip sentía acabarse su resistencia de aguantar aquella tremenda irradiación de dolor.

–Padre bueno –le dijo con la voz que temblaba–, no aguanto más el dolor de verte así padecer. Déjame conducirte a mi casa de Menfis, donde una madre amorosa será otra hija para ti que cuidará de tus años postreros y hará dichosos tus últimos días.

–Descansa, descansa, que ya no te haré sufrir más. He de confiarte muchas cosas y tú has de prometerme que todo cuanto recibas de mí lo utilizarás en beneficio de nuestros semejantes que lo ignoran todo y lo pisotean y destruyen todo. Y es por eso que la Ley tiene ya designados los que serán en el futuro distribuidores de su sabiduría, concedida a toda la humanidad aun cuando ella no quiere saber nada que no sea la absoluta satisfacción de sus sentidos. Déjame manifestarte lo que fui, lo que soy y lo que seré. ¿Has oído por ventura hablar de un Faraón que fue llamado el "Santo hacedor de santos"?

–Sí, Anek, el apóstol del Dios Único, Eterno Viviente y Eterno Invisible. Mi madre desciende por línea materna de discípulos de ese Faraón, maestro de la Verdad.

El Anciano levantó al cielo los brazos y los cansados ojos en muda exclamación de amorosa devoción...

–Mi viejo corazón no se había equivocado contigo. Tú eres y serás el que destina la Ley para cumplir sus eternas voluntades. ¡Oh, Divino Ra!... ¡Brilla jubiloso sobre esta tierra donde vive el hombre portavoz de la Verdad Eterna!

"Soy Neferkeré, nieto de aquel Faraón justo que quiso establecer sobre la tierra la Verdad, la Luz y el Amor del Dios Único, principio, fin y causa de todo cuanto es vida en el Universo. Y fue sacrificado por los ignorantes, por los inconscientes, por los ambiciosos, egoístas y soberbios, incapaces de amor para todos y estúpidamente enamorados de sí mismos. Para salvarme la vida, un fiel servidor de mi padre me llevó a la entonces ya desierta y decadente Sais, donde seguramente nadie buscaría al último descendiente del Rey Justo para quitarle la vida y que ni un vestigio ni prolongación quedara del que quiso revelar la Verdad a los hombres.

"Sus seguidores, discípulos y amigos, fueron asesinados en masa. Por suerte era yo un chiquitín y no vi los carros de cuerpos

descabezados que arrojados al muladar fueron cubiertos de betún y azufre, y devorados por las llamas de un incendio que duró doce días.

"La Divina Ley me salvó de morir con ellos para que yo esperase tu llegada y pudieras ser el heredero y continuador de Anek-Atón, el precursor de la Verdad Eterna que los hombres del poder se empeñan en desconocer y en destruir.

"¿Dónde está el hombre que puede destruir a la Verdad? ¿Dónde está el hombre que puede apagar la Luz? ¿Dónde está el hombre que pueda matar al Amor?

"Hijo mío: ¡La Verdad, la Luz y el Amor son Dios mismo, Infinito y Eterno dando vida al Universo entero!

"¿Qué es la criatura humana ante Él? ¡Menos que una raposa, menos que una hormiga, menos que una larva!..."

La indignación hacía temblar la voz del Anciano, cuya excitación le producía una grande fatiga.

–No sufras así, padre, por lo inevitable y que pertenece al pasado. Tú tienes la Sabiduría, yo el anhelo de saber. Entre ambos encendamos la Luz en las tinieblas y descubramos la Verdad a los hombres aunque nos lleven también al sacrificio y a la muerte. Otros quedarán detrás de nosotros para encender de nuevo la luz, y repetir de nuevo el canto de la Verdad.

El Anciano sacerdote apoyado en el brazo de Osarsip, le condujo al interior del Templo, le bajó a la oscuridad de la Cripta, y allí en completa soledad le fue refiriendo cuanto él sabía del más remoto pasado; le abrió escondrijos en los muros donde viejos papiros, pieles curtidas en blanco, láminas de madera, de cobre, de arcilla, escondían como inapreciable tesoro, la inmensa cadena de grandes almas y de grandes hechos que los hombres del poder habían condenado a una eterna desaparición de la faz de la tierra.

–La Luz Divina tiene caminos que desconocen los hombres –continuó diciendo el Anciano sacerdote de Sais, mientras iba sacando de los archivos ocultos entre los muros de la cripta los desconocidos secretos de un pasado remoto.

En el Templo de Menfis, Osarsip conoció la existencia y la actuación de Anfión y sus Profetas Blancos en la desaparecida Atlántida, como también la del filósofo y médico Antulio, en el mismo continente. Y creía haber conocido mucho.

Pero en el viejo y ruinoso templo de Luxor llegó a la convicción de que aquello era sólo una parte del largo pasaje de la humanidad por los valles terrestres.

En papiros, en grabados, en trozos de cuero curtido, en cortezas

de árbol, en placas de arcilla, de cobre y en telas enceradas, el hijo de la Princesa Thimetis conoció la existencia de las civilizaciones Lemures y los tremendos cataclismos de mil volcanes vomitando fuego en la tierra y en el mar, hasta hundir en la inmensidad del Mar Sereno la mayor parte de aquel continente. Conoció las vidas heroicas de Juno y de Numú, y el itinerario seguido por sus adeptos dispersos hacia los cuatro puntos cardinales. Y cuando los vestigios de todo aquello quedaban sin continuidad entre el viejo arcón de mármol en que estuvieron durante siglos, Osarsip levantó su mirada interrogante hacia el Anciano sacerdote y por fin preguntó:

– ¿Y qué se hizo de toda aquella inmensa labor de Juno y de Numú? ¿Podéis decírmelo, padre bueno?

–Este otro arcón de mármol te contestará, hijo mío, si quieres tomarte el trabajo de revisarlo –le contestó el Anciano destapando el cofre polvoriento que tenían a la vista.

Y Osarsip leyó: –*Escrituras del Patriarca Aldis*.

Y contó ochenta rollos de papiro encerrados en tubos de cobre y escritos en los antiguos signos usados en la época de los primeros Faraones conocidos por la historia.

Era la copia fiel del antiquísimo relato de los orígenes de la nueva civilización comenzada por cuatro prófugos atlantes que huyendo de las arbitrariedades de un soberano, más aún que de las aguas voraces que devoraban aquel continente, se refugiaban en tierras desiertas que la Ley Divina, providencia viviente de todas sus criaturas, les fue presentando a través de las múltiples circunstancias y variables aspectos que tiene la vida en todos los mundos, destinados para habitación de humanidades revestidas de organismos carnales.

Osarsip, que a los diecisiete años se veía colocado al frente de un poderoso país, bebió con ansia suprema la "Ley de la Gran Alianza de Naciones Unidas", creada por aquel Bohindra genial, bien llamado el *Mago del Amor y de la Paz*, porque supo y fue capaz de anular en sí mismo todo egoísmo y toda ambición para sólo pensar en el bien de sus semejantes. Y la Eterna Ley le dio como premio extraordinario y muy pocas veces visto en esta tierra, el florecimiento de la paz, la abundancia y la dicha de los pueblos de tres continentes: África, Asia y Europa.

Los lectores de este relato han bebido como Osarsip, el agua pura de la Verdad prehistórica encerrada en las "Escrituras del Patriarca Aldis" que han sido ya editadas bajo el título de "Orígenes de la civilización adámica". Y así les será fácil comprender

al Moisés Legislador, al Moisés Conductor de pueblos, Moisés Taumaturgo y Profeta que ve en el lejano porvenir, no sólo para el pueblo de Israel como piensan en general, sino para toda la humanidad que siglos después de él habitaría este planeta.

Fue, pues, en Tebas y en Luxor donde tuvo lugar el segundo despertar del Espíritu Luz, del Mesías Instructor de este mundo, a la divina claridad que un ignorado sacerdote de Sais, guardián del Templo ruinoso de Luxor, irradió para él descubriéndole el remoto pasado que los hombres del poder mantenían desconocido y oculto entre los muros de un templo en ruinas. ¡Oh! ¡Los hombres del poder que pretenden derechos sobre el pensamiento y la conciencia de los pueblos!... ¿Hasta cuándo serán ellos los que apaguen todas las lámparas, los que sequen todos los manantiales, los que acallen todas las armonías y destruyan todos los jardines en flor?...

Allí supo Osarsip que el faraón Anek-Atón había sido una reencarnación del Patriarca Mizraim de Tanis, fundador de la raza egipcia y conductor de la antigua sabiduría de los Profetas Blancos que secundaron la obra idealista de Anfión y de Antulio en Atlántida, dormida entonces bajo las aguas del mar.

Allí supo que Bohindra, hijo suyo con el nombre de Abel-Atón, continuó su obra sublime de paz y de amor, hasta que la serpiente dañina de la ambición y el egoísmo cegó esa vida por el veneno y levantó a su hermano Tutankamón, que se prestó a servir de instrumento a los planes de un sacerdocio envilecido por la ambición, y secundado por los mercaderes de carne humana viva que se enriquecían con la compraventa de esclavos y con la conquista y rapiña de países y de pueblos por medio de tremendas guerras que sembraban desolación y muerte por donde pasaban como huracanes de sangre y fuego.

Allí conoció Osarsip a la gran Fraternidad Kobda de la Prehistoria y ascendió con Abel, a la más alta y penosa cumbre de las inmolaciones del alma, en ese altar de fuego divino que purifica y diviniza como el ardiente crisol purifica el oro.

Y cayendo de rodillas al pie de una columna de las muchas que sostenían en pie aquella cripta milenaria, rompió a llorar a grandes sollozos. El Anciano sacerdote comprendió que aquella tremenda crisis de llanto respondía a una suprema exaltación del espíritu causada por la ascensión momentánea a un plano superior cuyas intensas vibraciones de amor, el alma encarnada no podía resistirla y casi perdía la vida en un éxtasis de amor divino.

¡Cuán poca cosa es el tiempo para el alma humana de eterna

vida, que a través de varios milenios de años percibe el dolor de un holocausto heroico, de un renunciamiento muy hondo y siente a la vez, la aureola del amor excelso y divino con que el Eterno, Padre Invisible, lo compensa y lo premia!

–Padre bueno –dijo el joven cuando pudo serenarse y hablar–, ¿me darás estos rollos de papiro para que sea yo el continuador de la guardia que tú ejerces sobre ellos?

–Sí, hijo mío, porque para eso te ha traído aquí la Ley Divina. Está escrito en el destino de Amenhepat que reconstruirá este viejo Templo y el de Karnak, el de Tanis y el de Sais, porque una ansia loca de fama y de grandeza, de gloria y de renombre se despertará en él, justamente para que no perezcan en el olvido de las arenas del desierto, lo que costó esfuerzos y vidas a los hombres del pasado.

"Los dioses familiares cuidan amorosamente de las obras creadas por ellos, y así, cuando Amenhepat realice estas obras, encontraría todos estos viejos relatos que no está iluminado para comprender. Eres tú quien debe guardarlos para darlos por gotas a la humanidad, como un divino elixir que sólo a gotas pueden asimilar los hombres.

"Y tal será la misión y apostolado tuyo durante toda una larga vida de sacrificios inenarrables".

Osarsip pensó en la imposibilidad que significaría para él transportar en su bolso ese cargamento de rollos encerrados en tubos de cobre, y sin que Amenhepat se apercibiera de ello.

Pero el Anciano Neferkeré, era la reencarnación de aquel viejo rey Etchebea de la Prehistoria, que había oído la palabra de Abel y le dijo:

–Con esta larga vida mía de enormes sacrificios y dolores he borrado en parte mis errores de aquel tiempo, y he podido arrodillarme ante ti, nuevo Abel para decirte:

"Si mi fidelidad en guardar estos tesoros tuyos, puede saldar mis infidelidades pasadas, bendice a este Anciano amigo, y haz que la Eterna Ley de Justicia quede satisfecha para siempre".

Osarsip abrazó llorando al humilde Anciano, héroe desconocido e ignorado de una gloriosa cruzada de amor y de fe, cuya larga vida debía terminar entonces, después de haber cumplido escrupulosamente el mandato de la Ley Divina.

Puso al lado de Osarsip un hombre fiel que le había servido de criado durante veinte años, para que le acompañara a Menfis, conduciendo en dos arcas de piel de búfalo todas las antiguas escrituras que entregaba al hijo de la Princesa Thimetis, y con

destino a ser entregadas a Membra, Notario Mayor del Templo de Menfis, que debía sustituir a Pthamer en el Pontificado tres años después.

Dos días pasaron después de estas escenas. El Anciano sacerdote Neferkeré libertó su espíritu de la vieja materia que le encadenaba a la tierra, y tuvo Osarsip la satisfacción de recibir su última mirada de adiós, su postrer aliento de vida, y después cremar su cadáver como él se lo había pedido, y esparcir sus cenizas sobre las aguas del Nilo.

Entonces recordó Osarsip a su compañero de vacaciones. ¿Qué había sido de él? Su corazón le reprochaba haberle descuidado, bien es verdad que Amenhepat fue quien se separó primero de él.

Con el alma entristecida por la desaparición del Anciano amigo, tomó el camino de la gran capital acompañado del fiel Numbik, que durante veinte años sirvió al sacerdote Neferkeré y que entonces se entregaba confiadamente al joven Osarsip, bien seguro de que su antiguo amo sabía a quién le entregaba. Y llevando del cabestro a un robusto asno color ceniza, emprendieron ambos a pie el embaldosado camino flanqueado de esfinges, obeliscos y palmeras que conducía de las ruinas de Luxor a la dorada y resplandeciente Tebas.

= 20 =
¿DÓNDE ESTÁ EL FARAÓN?

Apenas llegado Osarsip a su posada en Tebas, aseguró las dos arcas con los papiros, dejó a Numbik al cuidado de ellas, y se lanzó a la búsqueda de Amenhepat del cual estuvo separado durante cinco días. ¿Que había sido de él?

Indagó a todos los criados y porteros de la posada y al Guardia de la Puerta de los Escribas, y éste le informó que lo vio salir con un grupo de sílfides danzarinas el día de su llegada y no le vio regresar.

A base de tomar innumerables informaciones llegó a orientarse regularmente en aquel inconmensurable laberinto establecido con riguroso esmero, a fin de hacer posible el orden en tan complicado escenario como resultaba la populosa ciudad, con las mil y mil actividades a que vivían entregados sus habitantes.

Los músicos, danzarinas, cantantes y toda la numerosa legión de gentes dedicadas a divertir al pueblo, tenían una puerta especial de entrada y salida de la ciudad. Y Osarsip fue informado de que

acaso allí podría obtener noticias del amigo que siguió al grupo de danzarinas que prestaban servicio en la posada.

En efecto, el Guardia de aquella puerta confirmó haber visto entrar un joven vestido con traje estudiantil el día y la hora que Osarsip indicaba. Un pajecillo grácil y ligero como si fuera movido por un resorte y sólo vestido con una faldita plisada azul y roja, se encargó de guiarle hasta un pórtico encortinado de azules colgaduras y donde se percibían intensos perfumes. Todo allí respiraba molicie, fatuidad, halagos, satisfacción.

Para Osarsip que había pasado cinco días con un sacerdote octogenario en las criptas de un templo olvidado entre las ruinas de Luxor, el contraste no podía ser mayor.

Su alma se condolió profundamente al imaginar lo que habría sido del joven Faraón abandonado a sus solas fuerzas en aquel lugar.

Se culpaba a sí mismo por haberle descuidado tan completamente. De pronto y al correr un grueso cortinado le vio aparecer vestido como un Apolo griego, con un sol dorado ceñido a la frente, una brevísima túnica amarilla oro con flecos de campanillas, que formaban armoniosa algarabía de sonidos a cada paso que daba. Era todo él, un resplandor vivo de oro bruñido, de la cabeza a los pies.

Una alegre carcajada se escapó de él cuando vio a Osarsip tan austero en su traje estudiantil, y su faz dolorida aún por la muerte del gran amigo que había llenado de grandeza sus días en Luxor.

– ¡Osarsip!... –le dijo abrazándole afectuosamente–. ¡Qué poca suerte has tenido! Estás peor aún que cuando vinimos. En cambio yo... ¡Ya lo ves! He ascendido muchos escalones de un salto, y he llegado a ser el divino Apolo que recibe el homenaje de las Musas cuando me rodean pidiéndome favor y gracia. ¿No me tienes envidia?

Osarsip hizo un supremo esfuerzo sobre sí mismo, para no demostrar el desagrado y el asco que le causaba ver al soberano del poderoso país del Nilo convertido en un payaso infeliz y dichoso de haber llegado a tan ruin y despreciable situación.

Se acercó a él y le dijo al oído:

–Acuérdate que eres el Soberano de Egipto y que te expones a un tremendo castigo de los dioses porque profanas tu dignidad y pisoteas a la patria.

– ¡Por favor, Osarsip! ¡Toda mi vida estuve encadenado! ¡Déjame hacer todas las locuras imaginables hasta que llegue el día de volver a Menfis!...

“¡Vete, vete!... Ya sabes dónde estoy. Nadie sabe aquí lo que soy. No padezcas por mí, Osarsip, que yo soy completamente feliz entre este loco mundo que me rodea. Estoy curado de mis amores a hurtadillas, porque aquí me hartaron de amor a pleno sol y a pleno día. Cuando vuelva a Menfis, ya lo verás, seré el Faraón más grave y solemne que haya tenido Egipto, desde que el Nilo corre en sus playas.

–Eres libre absolutamente libre de obrar como quieras, pero me permito recordarte que eres jefe de un numeroso pueblo que vive pendiente de ti y lo espera todo de ti.

“¡Por favor, Amenhepat!... ¡No defraudes las esperanzas de tu pueblo y no defraudes la esperanza mía que he llegado a quererte como un hermano!

Osarsip pronunció estas palabras con el alma asomando a sus ojos y el corazón palpitando en ellas, y sin esperar respuesta dio media vuelta y salió del recinto, que no estaba a tono con la austera gravedad en que había vivido desde su primera infancia.

Amenhepat se quedó plantado en aquel sitio como si una extraña fuerza lo hubiera paralizado.

–Este Osarsip –pensó–, tiene cosas capaces de hacer saltar a una momia. A veces pienso que es un loco y otras que es un sabio. Y me quiere bien; eso es fuera de duda.

Un sujeto clarividente hubiera visto la irradiación de Osarsip como una nube dorada y fresca que envolvía al joven Faraón hasta cubrirlo por completo de la cabeza a los pies. Quería olvidarlo para sumirse nuevamente en el medio ambiente de alegre locura en que pasó todos esos días, y no podía conseguir borrar su recuerdo. Se tiró sobre un diván y a poco se quedó dormido. Y su espíritu desprendido de la materia, se mantuvo perplejo unos momentos. El pensamiento fuerte y tenaz de Osarsip le atraía hacia él, y formaba lucha con los pensamientos inquietos, aviesos y algunos ruines del elemento frívolo y alocado que le rodeaba.

Su indecisión era bien marcada. Pero hubo una circunstancia especial que inclinó la balanza. Vio que una de las danzarinas le había reconocido en su verdadera personalidad, porque era hija de una antigua dama del cortejo de su madre, que la apartó de su lado por haber descubierto en ella ambiciones desmedidas de interés y de lucro. Y la muchacha comenzaba a divulgar su descubrimiento entre sus íntimos, en los cuales nacía a su vez, la mala idea de sacar provecho del personaje que se ocultaba con la modesta indumentaria de un joven estudiante en vacaciones. Amenhepat, en espíritu, veía su peligrosa situación, pues

comprendió que hasta se planeaba un secuestro para exigir un fuerte rescate.

Y vio el pensamiento de Osarsip que, como un hilo de acero y de fuego, le llegaba desde la posada en el austero pabellón del Patio de los Escribas. Su cuerpo dormido saltó del diván y corrió como un loco hacia la sala guardarropa donde dejó su traje de estudiante el día de su llegada. Encontró que le habían sustraído una letra de cambio que debía hacer efectiva con un banquero de Tebas y un bolsillo de seda con los últimos anillos de oro que le quedaban para pagar los gastos hechos en esos días.

(*La moneda usada entonces por las gentes de fortuna, eran anillos de oro o plata de una medida especial).

Y entonces pensó en Osarsip y en que sólo de él podía esperar salvación.

Con vacilantes pasos caminaba hacia la sala Administración sin saber cómo salir del paso, pues le habían robado y no podía cubrir el gasto exagerado que había hecho.

Su asombro llegó al estupor cuando encontró a Osarsip que le esperaba allí. Se abrazó de él como un chiquillo asustado, o como un náufrago que ve a su alcance un madero flotante en la corriente.

– ¿Has venido por mí? –le preguntó ansioso.

–Justamente, Amenhepat; he venido por ti. Me vino de pronto el pensamiento de que si tú eres el Faraón, yo soy tu Superintendente Virrey, y que es mi deber sacarte del antro de placer y locuras en que te has sumido, creyendo, quizá, que esas pintadas mariposas buscan tan solo tu sonrisa y tus miradas. Pensé que podías ser robado y acaso reconocido en lo que eres y así ponerte en situaciones que de hacerse públicas, quedaría en muy mal lugar el Faraón de Egipto. O sales de aquí ahora mismo conmigo, o yo dejo de ser lo que tú has querido que sea a tu lado.

"No puedo ser tu segundo con honra, si tú no sabes ser el primero con la dignidad y honor que corresponde a lo que eres. ¡Vamos!

Y lo tomó del brazo como a un chicuelo que no sabe lo que hace.

Amenhepat se dejó llevar sin decir una palabra. Nadie apareció a estorbarles el paso, quizá porque a esa hora de la mañana todos dormían o porque la fuerza espiritual del gran hijo de la Princesa Thimetis, anulaba los elementos negativos que siempre están alerta para impedir el avance de los buscadores de la Verdad y la Justicia.

Al encargado de las caballerizas pidió sus caballos, y sin dar razón de lo que hacía, salieron de la ciudad al camino de regreso. Pero antes de emprender la marcha se sentaron sobre una esfinge a la sombra de las palmeras.

– ¿Adónde vamos? –preguntó Amenhepat, que anonadado en absoluto por lo ocurrido parecía haber perdido la voluntad de disponer de su propia persona.

–A donde no haya peligro para ti, Amenhepat. Parecería increíble que las más vulgares cosas de la vida tuvieran tal poder para trastornar el juicio de un gobernante de pueblos. ¿No has pensado que yo soy responsable hasta cierto punto, de ti y de todo lo que te concierne?

–En verdad, comprendo que he obrado como un chicuelo alocado; pero no me tomes rencor, Osarsip, y sigue a mi lado, que, aunque a veces me parece que te odio, juro por los dioses que estoy convencido de que sólo en ti puedo tener plena confianza.

"¿Qué hay en ti, dime, que a pesar de reconocer que vas por un camino contrario al mío, sé de cierto que jamás harás nada que pueda hacerme daño ni en un cabello de mi cabeza?

–Lo que para ti es enigmático, para mí es muy claro. En tu fuero interno sabes que amo el deber como lo más grande y fuerte que hay en el alma humana. Y como el deber de todo hombre bien nacido es no defraudar la confianza depositada en él, estás así bien seguro de que todo cuanto yo haga en relación contigo es para tu bien.

–Es verdad, es verdad; y además... ¿Sabes Osarsip que tengo una sospecha?

–Lo ignoro. Tú dirás.

–Sospecho que tú no eres, como se dice, tan solo un hijo adoptivo de la Princesa Real.

– ¿Qué crees que soy entonces?... –preguntó Osarsip, y ambos se miraron firmemente al fondo de los ojos.

–Creo que eres un hijo de su sangre y de su carne..., y creo también que tú lo sabes. Tienes los mismos ojos de ella..., su misma mirada, su misma firmeza en el obrar. ¿Estoy en lo cierto?

Osarsip se puso intensamente pálido.

Luego levantó suavemente su mano y atravesó el dedo índice sobre sus labios.

Era la forma en que los Hierofantes y la alta nobleza egipcia indicaban que un solemne juramento le impedía hablar. ¡Era el silencio de Isis! ¡Era el silencio de la Esfinge!

Antes que faltar a él..., ¡la muerte!

– ¡He comprendido! –exclamó Amenhepat y abrazó a Osarsip con una emoción indescriptible. Sintió el amor y lo irradió sobre él.

Y cuando se hubo calmado continuó razonando y traduciendo en palabras todo cuanto le sugería su imaginación, exaltada por el descubrimiento que creía haber hecho respecto a su flamante Superintendente Virrey:

–Según la teoría de nuestros Hierofantes, los dioses encarnan en los hijos de los Faraones y los Reyes.

"Tu madre, la Princesa Real, es hija de un dios encarnado, mi padre Ramsés I y de Epuvia Ahisa, hija primogénita del Gran Sfaz de Mauritania, otro dios encarnado. Tu madre, la Princesa Real, no quiso tomar esposo, renunció al trono y al mundo y pidió el permiso de consagrarse al estudio de las Ciencias Sagradas y al retiro de los Templos donde los dioses se ponen en íntima comunicación con sus escogidos de la Tierra.

"Según eso, ¿no podemos pensar que Amón Ra la ha desposado, o acaso Osiris, Horus y que se engendró en ella un hijo dios, y ese hijo eres tú?..."

(*Advertimos al lector que todos los argumentos del Faraón son según el concepto y principios que los maestros egipcios dejaban circular entre el vulgo incapaz de asimilar la Verdad, que es otra).

Osarsip continuaba sumido en su impenetrable silencio y miraba a Amenhepat, con esa mirada perdida en un lejano horizonte invisible a toda vista, pero que debía existir quien sabe en qué mundos y en qué planos... El joven Faraón seguía su monólogo que indudablemente satisfacía sus profundos interrogantes respecto de Osarsip y de su madre, la Princesa Real.

–Por eso eres como eres, pues no vas a negar que eres un hombre del todo diferente de los demás. Tienes diecisiete años igual que yo y permaneces como una piedra ante los halagos y seducciones propias de la vida a nuestra edad.

"Y más aún, te vas a buscar tus diversiones, tus satisfacciones, en los Templos, en las criptas oscuras y silenciosas donde se me ocurre que circulan fantasmas de hierofantes adustos y el aliento amedrentador de los dioses que castigan las malas acciones de los hombres. ¿Qué atractivo, dime, encuentras en esos viejos papiros desgastados por los siglos, y en romperte la cabeza en comparar los signos de antes con los de hoy, para hacer traducciones de leyendas más viejas que el Nilo y más inútiles que las pirámides mudas y carcomidas que se levantan en todo nuestro desierto?

"¿No es mejor y más propio de nuestra edad, divertirnos con el canto, la música, las danzas, la vida, en fin, y no la muerte que parece haberse introducido hasta en la médula de tus huesos?..."

Como el silencio de Osarsip continuase, Amenhepat le puso la mano en el hombro y con la suave voz de un niño que ruega, le dijo:

– ¡Por favor, Osarsip! Háblame y sé confidente conmigo como yo lo soy contigo. Es verdad y reconozco que una gran distancia me separa de ti; pero tú que estás arriba puedes inclinarte hacia abajo, en tanto que yo no puedo subir hasta ti. ¿No has comprendido esto?

Esta humilde y suave actitud hizo vibrar la cuerda sensible en la austeridad de Osarsip y volviendo su rostro hacia su interlocutor, le dijo:

–Estoy satisfecho de que hayas comprendido que soy por naturaleza algo semejante a un bloque de piedra. Las piedras..., ya lo ves, lo mismo están quietas y mudas en sus canteras, como en los muros de una tumba, como en los templos, como en los palacios.

"Esta roca en forma de esfinge en que estamos sentados cumple su misión aguantándonos. Yo creo que soy como ella, y aguanto lo mismo tus impertinencias de joven inexperto que las alocadas revueltas del pueblo y las necias especulaciones políticas o financieras del Consejo Ministerial que me has dado.

– ¡Pobre Osarsip!..., por este camino veo que vas derecho a ser la víctima de todas las aberraciones humanas. Estás empeñado en cambiar la faz de este mundo en que vivimos. Pero si Amón-Ra que con su fuego divino abraza a todo el mundo no puede hacerlo diferente de lo que es, ¿lo podrás tú aun siendo un dios encarnado, hijo de una esposa de dioses?

– ¡No subas tan alto querido Faraón! Que eso de dios encarnado es un problema que no estamos llamados a resolver por el momento. Yo quisiera en cambio, tratar estos asuntos por otros caminos más accesibles a la comprensión humana. ¿No te cansarás de escucharme?

–Por los dioses, ¡Osarsip! ¿Cómo he de cansarme si estoy deseando que me hables?

–Bien, óyeme. Según la Divina Sabiduría enseñada en estricto secreto en los templos, a los aspirantes al sacerdocio y también a los faraones cuando pasan los veinte años, la Psiquis o alma humana surge como una chispa de un Divino Fuego Invisible y Eterno que tiene en Sí mismo todos los poderes, fuerzas y energías

creadoras de mundos, estrellas y soles. Se engrandece, progresa, cambia mil veces de formas de vida, ya incrustada en una piedra que se hace diamante; en un musgo que se adhiere a las ruinas, a las tumbas, a los caminos; en una semilla que se hace flor o fruto, en un germen que se torna en pajarillo que vuela por los aires, o en pez que corre y brilla entre las aguas de los ríos o del mar; hasta que después de un largo peregrinaje de edades y de siglos, se alberga en un seno materno y nace un ser humano como tú y como yo. Ese hombre o mujer nace una, dos, cien y mil veces hasta conseguir una perfección que le hace semejante al poderoso y eterno Fuego Invisible del que surgió como una chispa.

"¿No se transforma un carbón de piedra en diamante que brilla como estrella, en largos siglos de revolverse en el seno de las montañas aguantando el embate de las olas bravías, y el ardor de los fuegos volcánicos?

"¡Todo es transformación y cambio incesante en el Universo, Amenhepat, y lo que hoy es piedra, en el futuro es árbol, flor, pájaro, gacela, o león hasta llegar al Reino Humano con inteligencia y razón, con voluntad y memoria, con capacidad de comprender el bien y el mal, y sobre todo con la capacidad de amar con ese amor que hace al hombre semejante a Dios!..."

– ¡Osarsip!... ¡Eso quiso imponer y enseñar Anek-Atón, el Faraón llamado "Santo hacedor de Santos", y fue hundido bajo la tierra como un murciélago bajo una piedra, y toda su descendencia exterminada como una plaga de langostas dañinas que matan toda vida en la faz de la tierra!... ¡Cuán peligroso es este camino, Osarsip, y puede traerte la ruina más completa que aplasta a un hombre!

–Tú eres el Faraón, jefe de un gobierno y de un pueblo que aplastó como un murciélago al que quiso enseñar la Eterna Verdad a los pueblos. Y por tanto puedes aplastarme también a mí, que te he manifestado la gran doctrina secreta para satisfacer tu inquietud por saber qué fuerza es la que me hace diferente de los demás.

"¿Pero qué sacarías con eso? Aplastándome a mí, ¿matarías a la Eterna Verdad o podrías cambiarla en lo más mínimo de su eterna vida indestructible?

"Esa Eterna Verdad es más fuerte que todos los poderes y fuerzas humanas, y sólo el loco orgullo y soberbia de los hombres les puede hacer concebir el pensamiento de que matando a un hombre matan una Idea que es manifestación de una parte de la Infinita Sabiduría Divina.

“¡Amenhepat!... Quizá te he dicho más de lo que permite el juramento que hice a mis maestros que tuve en el castillo del Lago Merik. Pero el Eterno Infinito sabe que en el fondo de mi alma hay algo que me dice que tú puedes ser un Faraón justo, sabio, guía y faro de tu pueblo...

– ¡Quiero serlo, Osarsip!... Lo seré si tú me acompañas siempre. ¡Seré como Soser, como Anek-Atón, como Amenhemet, y como tú!... Ahora sabes donde estoy: en el pórtico de la Sabiduría Divina conducido por ti.

“Vamos a Abydos donde dos Faraones santos y mártires quisieron hacer la dicha de Egipto y los hombres no la quisieron. Tú serás como el José de Israel, primer gran Virrey que tuvo Egipto..., y que lo colmó de abundancia y de paz; y tú serás...

– ¡El último, Amenhepat! –le interrumpió Osarsip– porque si haces lo que dices, los hombres te sacrificarán a ti y a mí para continuar en la negra pocilga del error, la mentira y el vicio, únicas aguas que busca beber.

–Vamos a Abydos –repitió el Faraón–, donde algún viejo sacerdote me iniciará en los ocultos misterios que tú sabes y que te han hecho como eres.

Ambos montaron de nuevo y se encaminaron a la vieja ciudad de los recuerdos donde la sangre de muchos mártires había humedecido las arenas y las losas de las criptas, que mudas perpetuamente, nada revelaban de todo el dolor y la muerte que habían presenciado.

Numbik, el criado fiel, herencia del Anciano Neferkeré, con los papiros que llevaba sobre el lomo de un asno llevado del cabestro, les seguía a cierta distancia y pensaba:

–Mi amo no habría dejado a dos chicuelos estudiantes las cosas santas de los dioses que él guardaba.

“Deben ser estos grandes personajes que se ocultan, saben los dioses por qué.

“¡Amo mío, Neferkeré, que habitas la gloria de Osiris! ¡Tú me mandaste seguirle!... ¡Tú estás obligado a salvarme!...

–Numbik –gritó Osarsip–. Apresura el paso de tus asnos para que lleguemos a Abydos antes de que cierre la noche.

– ¡Sí, mi amo! –contestó sobresaltado el buen hombre, que creyó verse descubierto en sus secretos pensamientos.

= 21 =
ABYDOS, LA CIUDAD SANTA

El dolor, crisol purificador de las almas humanas, lo es también de las ciudades y de los montes o desiertos que les rodean.

Cuando un alma fue sometida a durísimas pruebas, que casi siempre son consecuencia de errores cometidos conscientes o inconscientemente, se ve forzada a pensar, a razonar, y quizá el dolor la obliga a levantar la mirada al infinito espacio azul, tras de cuya inmensidad cree percibir ese algo grande, fuerte e invisible, en que todos pensamos cuando el dolor nos estruja el corazón con sus garras ardientes...

Y las ciudades, aldeas o desiertos habitados por seres duramente azotados por el dolor, aparecen plenas de vibraciones de sacrificios, de inmolaciones, de nobles renunciamientos, lo cual forma en torno de ellos un halo misterioso de recogimiento y santidad.

Y todo esto fue percibido por ambos estudiantes viajeros cuando traspasaron la enorme puerta de mármoles ennegrecidos por el tiempo y de chapas de cobre que los siglos habían enmohecido.

Y Osarsip, Amenhepat y Numbik entraron silenciosos y pensativos.

Ningún portero hacía guardia en la puerta. Ningún viandante transitaba por las calles.

La tarde caía lentamente, y las sombras del anochecer luchaban con los últimos resplandores del moribundo sol poniente.

– ¡Me invade el pánico, Osarsip! –exclamó por fin Amenhepat, mientras al paso lento de sus caballos iban deslizándose sin ruido por un gran espacio abierto, en el cual se veían como oscuros montículos, algunas pirámides rotas, obeliscos tirados a tierra como gigantes insepultos que el tiempo tornaba en piedra...

Aquello había sido, sin duda, la gran plaza llamada de las Caravanas, que en la mayoría de las antiguas ciudades era el refugio y albergue de los que buscando seguridad hacían los viajes largos en conjunto.

Osarsip, con el alma absorbida por grandes y graves pensamientos, ni aun escuchó la exclamación de su compañero, y continuó la marcha en silencio.

– ¿Adónde vamos? –preguntó algo inquieto, el joven Faraón.

Osarsip sin detener la marcha, sacó de su bolsillo un pequeño

croquis grabado en un trocito de piel de cordero blanca como un papel.

–Tengo aquí demarcada la dirección –dijo–. Me la dio el sacerdote Neferkeré, allí vamos y allí estaremos en seguridad.

Y fueron penetrando a la silenciosa ciudad de Anek-Atón, gloria en otros siglos del antiguo Egipto y de su Sacerdocio iluminado por la luz de la Divina Sabiduría.

Sólo encontraban silenciosas mujeres que volvían a sus casas cargadas con cántaros de agua que habían recogido en el estanque público. Otras con grandes canastas de ropa que habían lavado en el Nilo; algunos viejos pescadores, que amarrados sus botes, volvían con los cestos de la pesca que habían conseguido. Nada que revelara alegría, prosperidad, ni riqueza.

– ¡Vientos de muerte pasaron por esta tierra! –exclamó Amenhepat.

– ¡El egoísmo y la inconsciencia humana son en verdad, vientos de muerte! –contestó con amargura Osarsip.

– ¡Para muchos, es esta una ciudad maldita, Osarsip! Tú que tanto sabes, dime, ¿qué es la maldición de los dioses y por qué la arrojan cuando les place?

–No son los dioses... ¡Son los hombres ignorantes y malos! ¿Podemos pensar que las Inteligencias Superiores que llamamos dioses se enrabian y maldicen como los esclavos haraganes cuando los azotan? ¡No, hombre, no! Es absurdo pensar tal cosa.

–Voy viendo que todo en el mundo es como un viento de muerte. Tú me haces pensar así y creo que tienes razón. ¿Sabes tú lo que fue de Anek, el Faraón Santo, hacedor de Santos, según el decir de las gentes que lo mencionan en secreto?

Moisés lo miró con una mirada inquisidora que Amenhepat interpretó enseguida.

–No me juzgues falso ni traidor, Osarsip. Todas las preguntas que te hago es por la necesidad que siento de conocer la verdad. Y sé que sólo de ti puede llegarme la verdad sin falsificaciones intencionadas.

–Gran honra me haces, Faraón, con tus palabras. No estoy al tanto de los sucesos de ese tiempo, pero lo que he recogido de algunas tradiciones me hacen suponer que no murió de muerte natural sino causada por drogas maléficas que le consumieron la vida lentamente.

"Se cree, según esas tradiciones, que el Pontífice Pthamer es descendiente del más fiel Notario y amigo suyo.

– ¿Sabes si él sigue las doctrinas de Anek?

– ¿Quién puede penetrar en el mundo interno del Pontífice Pthamer? ¡Cualquiera averigua lo que él piensa! Es noble y bondadoso en extremo, pero nada deja traslucir de su pensar y sentir en cuanto a esto. Es impenetrable.

– ¡Y tú te vas pareciendo a él, Osarsip! ¿No te parece que eres injusto conmigo?

– ¡Amenhepat!... Me has elevado al rango de tu segundo en Egipto y yo he aceptado colaborar contigo en la inmensa carga de gobernar y cuidar de un vasto país. Ni tú ni yo debemos, según creo, provocar separatismos y divisiones en el sentir y pensar de los que hoy viven en paz. Si removemos injusticias cometidas tiempo atrás, los descendientes de los que fueron víctimas, levantarían polvaredas de odio contra los descendientes de los victimarios. Y otra vez arde el fuego de la discordia. ¿Quién sale ganando nada?...

– ¡Es verdad! Del odio no sale nada más que destrucción y muerte. ¿Por qué tendré que reconocer que siempre tienes tú la razón y no yo? ¡Contéstame!

– ¡Oh, Faraón!... Yo tengo un alma muy vieja..., seguramente largas y fuertes experiencias sufridas me hicieron como soy.

"¡Tú debes ser un espíritu más joven al cual le falta tener las duras experiencias que yo he tenido! ¡Eso es todo y nada más que eso!

Osarsip volvió a examinar el croquis y luego leyó a media voz:

–Doblar a Oriente llegando al obelisco de piedra negra.

"Allí lo tenemos –dijo–. Apura el paso, Numbik, que aquí debemos torcer el camino.

A poco andar llegaron al viejo portalón de una casa que en sus buenos tiempos debió ser hermosa. Estaba anexa a un Templo pequeño, consagrado a Horus, el gran hijo de Osiris y de Isis, según el credo egipcio de aquella época. En el pórtico aparecía en alto relieve sobre el muro frontal, la sagrada trinidad egipcia: Osiris, Isis y Horus pequeño, tomado de las manos por sus divinos progenitores.

–Esta posesión ha pertenecido al último descendiente de Anek-Atón, el sacerdote Neferkeré, muerto hace apenas cuatro días –dijo Osarsip desmontando de su caballo. Penetremos confiadamente en ella, porque su dueño me ha dado escritura de donación a tu hermana y madre mía, la Princesa Real.

– ¡Bien, bien! Entremos pues a una casa nuestra aunque sea una ruina. Por lo menos en ella no nos asaltará el temor de ser

asesinados –contestó casi con alegría el joven Faraón–. ¿Quién vive aquí? –preguntó.

–Dos criados que fueron de Neferkeré, con un hijo y una hija que tejen persianas de juncos y alfombras de esparto y cáñamo. Este anciano matrimonio sabe mucho de la gloria de Abydos y acaso de Anek, si te interesa saber.

"Ya ves que confío en tu nobleza de Faraón, hermano de Thimetis, Princesa Real de Egipto.

– ¡Gracias Osarsip!... Te juro por los dioses que no defraudaré tu confianza ni olvidaré jamás cuanto has hecho y haces por mí.

"Y aunque los Ministros y mi madre, quieran que te mande a la compra de barcos en los talleres fenicios, creo que no podré pasarme sin ti. Te aseguro que no puedo confiar en ninguno de ellos. Tú que eres de tan larga vista, ¿qué piensas de esto?"

–Pienso en verdad, que a la Reina Madre y a tus Ministros, les molesta un tanto mi presencia en el gobierno, por más que todos ellos la quisieron porque necesitaban un pararrayos frente al pueblo.

– ¡Justo!... Eso mismo he pensado yo, aunque no quería decírtelo. Y quieren alejarte de mi lado y del país por un medio honroso al parecer, pero horriblemente mal intencionado en el fondo. ¿Cuál será el verdadero móvil de todo esto?

–Si me prometes no tomar ninguna medida violenta, yo te lo puedo decir.

– ¡Oh!..., ¿con que lo sabías y callabas?

–Ya te lo explicaré todo aquí dentro. Entremos.

El hijo del anciano matrimonio salió a recibirles y Osarsip presentó las recomendaciones que por escrito le diera el Anciano sacerdote del Templo de Luxor.

Un coro de gemidos y llantos de la familia puso al descubierto la íntima unión con el Anciano y el dolor de haberle perdido.

Osarsip les consoló como pudo y les pidió hospitalidad por esa noche.

–Aquí manda nuestro amo que os hospedemos en la que fue su habitación cada vez que venía –dijo la anciana, que los fue haciendo pasar por una larga galería llena de caballetes con fardos de la materia prima necesaria a sus tejidos.

Cuando ambos jóvenes se encontraron en la sala biblioteca del Anciano sacerdote, Osarsip dijo a su compañero de viaje. –No sé si te desagradará, Amenhepat, enterarte aquí de cosas que quizá no habías pensado ni te interesen.

– ¿Te interesan a ti?

– ¡Mucho!... Nada es más interesante para mí que conocer la verdad de todo cuando está ligado a la humanidad, a la patria y al ideal que sustento.

–Entonces cuenta conque también será de gran interés para mí...

– ¡Bien! Comencemos a desenterrar verdades y recuerdos –dijo Osarsip.

Y sacando de su bolso unas tenacillas y oxidadas llaves, fue abriendo unas puertitas inadvertidas en el ensamble de viejas maderas, que cubrían hasta la mitad el muro frontal de la habitación. Eran cinco puertitas, y abiertas dejaban ver pequeñas arquitas de cuero, prolijamente repujado y con fuertes cierres de plata.

– ¡Por los dioses! –exclamó el Faraón–. Aquí debe haber más oro que el que guardan las minas de Kush.

–Creo que te equivocas, Faraón. Aquí no debe haber más que escrituras, recuerdos, injusticias y dolores. En suma, la Verdad, que a veces es bien amarga.

Y la primera arquita estaba sobre la mesa. En la tapa aparecía grabada en jeroglíficos esta inscripción:

α δ ★ 1

Osarsip lo leyó mentalmente sin pronunciar palabra y lo comprendió así: *Memorias del hombre que encontró a Dios Único*.

En el interior se encontraba un fajo de documentos comprobatorios de las epístolas, mensajes, ordenanzas y decretos que falsos amigos, grandemente favorecidos por el autor, habíanse cruzado como una red tenebrosa en la cual habíanle envuelto hasta llevarle al oprobio y a la muerte.

– ¡Esto es la vida del hombre justo que sólo busca obrar el bien sobre la tierra! –murmuró sin haber leído los documentos, y solo al ver la inscripción de la faja que los envolvía: *Documentos comprobatorios de las intrigas calumniosas tejidas para perderme*.

Otra arquita ostentaba en la tapa un grabado muy singular: Siete aves marinas en vuelo, pintadas con tinte azul. Y debajo de ellas decía: *Los Ánades*.

Eran los relatos que los marinos tripulantes del barco de Juno habían dejado escritos, y dirigidos a los caudillos y príncipes aliados del "Mago de las tormentas", explicándoles los hechos ocurridos para llevar a la muerte al gran marino salvador de niños.

En el fondo de la arquilla se veían unas plaquetas de oro con un nombre grabado en ellas.

Para Osarsip, que conocía por Amonthep las viejas Escrituras del Templo de On, trasladadas por su madre al templo del Lago

Merik, y que últimamente había conocido las Escrituras del Patriarca Aldis, conservados en tubos de cobre en el olvidado Archivo del antiguo Templo de Luxor, resultaba fácilmente comprensibles los hallazgos que iba haciendo en las arquillas del Templo de Abydos.

Pero Amenhepat se fastidiaba de los hallazgos tan insípidos y pobres según él. Se animó un tanto cuando en el fondo de la arquilla vio brillar las gruesas plaquetas de oro puro.

– ¡Por fin! –dijo–. Algo aparece aquí que nos compensa del tiempo perdido. –Y se entregó de lleno a examinar las placas y sentir el peso de ellas en su mano.

La tercera arquita fue sacada de la hornacina que la ocultaba y en su tapa solo aparecían grabados diez cirios de color del cobre, y cuyas llamitas ostentaban un color rojo vivo. Y debajo de ellos, el dibujo de un libro cerrado con un corderito echado sobre él.

– ¡Oh! ¡El divino cordero de Numú! –exclamó gozoso Osarsip–. ¡Y las diez llamas vivas que dejó tras de sí!... Dentro había una buena cantidad de láminas de marfil unidas con una cadenilla de oro en la que estaban engarzados diminutos rubíes. En ellas aparecía escrita, *La Ley de la Gran Alianza de Naciones Unidas y La Ley de la Fraternidad Kobda*.

En el fondo de la arquilla brillaba algo semejante a una diadema de lotos de nácar con hojas formadas por una filigrana de esmeraldas.

– ¡Oh! –exclamó el joven Faraón–. Esto comienza a ponerse interesante.

Y se colocó la diadema graciosamente, mientras Osarsip examinaba con gran cuidado las hojas de marfil que componían el maravilloso libro guardador de las geniales ideas de Bohindra, para hacer feliz y buena a la humanidad terrestre.

– ¡Oh, Bohindra...Bohindra!... ¡Cuántos Bohindra debería haber hoy sobre la tierra, para enseñar a los hombres el divino secreto de ser buenos y felices!

– ¡No sueñes, Osarsip..., no sueñes! ¡Para los hombres no hay nada mejor que el látigo y la espada! ¿No lo estás viendo acaso?

"Tú y yo somos jóvenes y estamos en plenas vacaciones que dentro de poquísimos días van a terminar. No evoquemos tragedias de otros tiempos y aprovechemos lo poco de bueno que nos brinda la casualidad. ¿Te parece bien que tome yo esta diadema como botín de guerra?

Osarsip no pudo menos que sonreírse de la infantil salida de Amenhepat.

– ¿Y tú eres el Faraón de Egipto, el país que hasta hoy ha merecido la fama de ser el maestro educador del mundo? ¡De rodillas debíamos abrir estas arcas y examinar lo que ellas guardan, y tú lo tomas así como un pueril juego de chiquillos! ¡Faraón, por favor!

– ¡No te irrites contra mí, Osarsip, y se tolerante con mis últimas jugarretas de joven! Piensa que acaso dentro de tres días estaré de nuevo convertido en un hombre de piedra, mudo como la Esfinge.

Ante esta advertencia, la severidad de Osarsip se suavizaba.

La cuarta y quinta arquillas pesaban mucho y algo mayores que las tres anteriores, costó grande esfuerzo el sacarlas de las hornacinas que las escondían. La sorpresa de ambos jóvenes fue notoria cuando consiguieron levantar la pesada tapa. Encerraba una gruesa diadema de oro con un enorme rubí en el centro de una estrella de cinco puntas, labrada en nácar.

La envolvía una ancha cinta de lino con esta inscripción en lengua atlante, que era casi igual al antiguo lenguaje jeroglífico de los Templos de On, de Menfis, de Karnak y de Luxor:

"Esta diadema la usó en su coronación el último rey Tolteca, Anfión de Orozuma, y la usó también Anek-Atón que la confió antes de morir al secreto de la cripta de este Templo que guardaría su momia y sus memorias".

Entre un estuche de ónix reforzado de plata bruñida, estaba una pluma de cisne, de las que usaban los reyes para firmar, y adherida a ella este grabado sobre una cinta de marfil:

"Me usó Anfión Rey y Anek Faraón, y jamás firmé una sentencia de muerte".

La pluma hablaba a través de los siglos y Osarsip que la tenía en sus manos, emocionado profundamente, se inclinó sobre ella y la besó con reverencia íntima...

Cuando levantó la cabeza, Amenhepat le dijo:

– ¡Lloras, Osarsip!..., y es la primera vez que veo lágrimas en tus ojos. No comprendo como es que tan hondamente te impresionan estas arcaicas cosas de un pasado que el mundo apenas recuerda.

–El mundo sólo vive el presente, porque lo ignora todo, Amenhepat, ¡todo! Pero el que ahonda un poco en los viejos anales de esta humanidad, de la que tú y yo formamos parte, revive el pasado y vislumbra el porvenir.

"Lo de ayer, revive hoy y volverá a vivir en el futuro. Y lo que hoy duerme bajo el mar o en el fondo de las criptas de templos

sepultados en la arena, saldrá a la luz del sol, y otros continentes y otras metrópolis bajarán al fondo del océano, para que laven sus aguas la sangre de tantos mártires derramada por la furia salvaje de los malvados y los ignorantes.

–Este ambiente empieza a oler a tragedia, Osarsip... ¡No te pongas así, por favor!... Abre la última arquilla y salgamos por fin de aquí, que me estoy temiendo una momificación en vida.

Esta encerraba las plaquetas de oro que llevaban sobre el pecho los reyes toltecas, a los que imitaron los Faraones cuyo advenimiento comenzó a la desaparición de los Kobdas y su Gran Santuario de Neghadá. Eran setenta y siete plaquetas en las que estaban grabados los nombres de setenta y siete Reyes Toltecas, el último de los cuales era Anfión de Orozuma.

En un pequeño libreto de piel de cordero curtida en blanco, aparecía un escrito de veinte hojas, hecho en signos que a primera vista no podían ser leídos. Sólo al final aparecía claro esta firma: un ánade en vuelo y seguidamente, Askersa.

–Esto es sencillamente endiablado –dijo el joven Faraón–, y lo único que mis ojos ven es que todo aquí es oro de buena ley. ¿Qué te parece que hagamos con estos valiosos tesoros?

–Dejarlos donde están, que en ninguna parte están más seguros –comentó Osarsip–. Todo es tuyo, puesto que están en tus dominios, pero como por hoy no los necesitas, creo razonable dejarlos aquí de donde los puedes tomar cuando creas que te son necesarios.

"Si algo vale para ti mi pensar y mi sentir, te ruego, Amenhepat, que nada de esto sea empleado para subvenir gastos de guerras. Sería ofender la memoria de los santos hombres que los trajeron a Egipto para librarlos de la profanación de invasores que establecieron su trono entre las hogueras y la sangre de las víctimas sacrificadas a sus dioses. ¡Las hordas del bárbaro Aztekalán!

–Te lo juro por mi padre muerto y por tu madre viva que entre tú y yo quedará para siempre este secreto. Soy un jovenzuelo inexperto, y quizá alocado, pero no soy tan miserable y vil que traspase la voluntad de los inmortales que viven en el Reino de Osiris.

–Te lo agradezco en nombre de ellos, Faraón, y que ellos te sean propicios.

Encerraron las arquillas donde las habían encontrado y sólo guardó Osarsip en su bolso de viajero los grabados, para estudiarlos tranquilamente cuando estuviera en el castillo del Lago Merik, junto a su madre y sus tres maestros, para quienes el hallazgo debía significar mucho más que un tesoro material.

–Te he acompañado con gusto en tus correrías por el *pasado* –dijo el Faraón–, y creo que es llegado el momento de que hablemos del *presente*, según me lo prometiste al llegar.

– ¡El presente!... Es costoso sacrificio saltar de las altas cumbres a donde subieron los hombres del pasado, a la cenagosa llanura en que nos debatimos en el presente. Pero te lo prometí, es verdad, y estoy a tus órdenes.

–Mi pregunta era ésta: ¿Qué motivo piensas tú que impulsa a mi madre y a los Ministros para pretender alejarte del país a tan larga distancia y por tanto tiempo?

Osarsip pensó unos momentos y luego contestó:

–Tú sabes que una hermana de tu madre está casada con el heredero del soberano de Creta, y que el Rey de Licia, tiene como yerno a un hermano de tu madre.

–Sí, es verdad. Hace tres años estuvieron a visitarla, y es continua la correspondencia epistolar que sostienen.

–Bien. Entre la hermana casada con el heredero de Creta, y el hermano esposo de la heredera de Licia, proyectan un levantamiento conjunto para echar por tierra a los viejos soberanos que tardan demasiado en terminar sus días. Y solicitan de Egipto un simulacro de invasión bajo un pretexto buscado con habilidad. Con la oposición tuya no cuentan, porque creerán fácil hacerte callar, pero cuentan de cierto con la oposición mía y de mi madre, que aunque renunció al trono y a la corona de Egipto, no ha renunciado al amor de su pueblo, que a una palabra suya...

– ¡Oh, ya, ya! Y quieren alejarte a larga distancia para tener libertad de acción... Pues no será, lo juro por Amón-Ra y por todos los dioses buenos y malos del Universo. –Con un gran golpe de puño sobre la mesa en que se apoyaba, el joven Faraón refrendó su juramento–.

"Y tú lo callabas, ¿eh? –añadió suavizando su voz y su actitud.

–Lo callaba hasta el momento en que tu Ministro de Finanzas me insinuara la conveniencia de exigir a los gobiernos de Creta y de Licia la explotación de las minas de hierro y de cobre a cambio de nuestros cereales, según los convenios hechos hace casi tres años.

– ¡Ahora comprendo muchas otras cosas!... –exclamó pensativo el Faraón–. ¿Qué fue del viejo capataz de minas que desapareció con su hijo a su regreso de Creta? ¿Qué se hizo del mensajero enviado a Licia, que llegó a Menfis una noche y no amaneció en su casa al día siguiente?... ¿Lo sabes tú, Osarsip?

– ¡Oh, Amenhepat!... Si empiezas a remover así la ciénaga, acaso

va a salir tanta podredumbre que tú y yo moriremos ahogados. Tres años atrás, ambos teníamos catorce años, y ni tú gobernabas el país, ni era yo tu Superintendente Virrey. No somos pues responsables de lo que ocurrió hace tres años.

–Es verdad; pero tú dices que el pasado da luz sobre el presente y alumbra el porvenir, y este cercano pasado de solo tres años puede darnos luz para hoy y para mañana.

"Recuerdo haber oído una conversación del capataz Dugana con el Escriba Mayor sobre las minas de Creta y de Licia, en la cual el viejo minero decía que aquellas minas habían sido muy explotadas y que la plata y el cobre que aún quedaba no llegaba ni a la mitad de nuestros cereales comprometidos. No supe nada más, pero por lo que me has dicho, veo que el convenio se hizo.

"Luego, había otro fin oculto detrás del convenio ese. ¿Cuál podía ser ese fin, sino favorecer las pretensiones alevosas de los hermanos de mi madre para provocar una gran revuelta que obligue a abdicar a los viejos reyes? ¡Maldición sobre la sangre que lleva mi madre en sus venas y que es también la que yo tengo en las mías! –gritó Amenhepat, dominado por una furia terrible, que no alteró la impasible calma de Osarsip.

– ¿No te decía yo que no removieras la ciénaga porque la podredumbre subiría a la superficie?... ¡Vamos!... Tranquilízate y que este conocimiento adquirido nos sirva a ti y a mí para obrar con justicia cuando llegue el momento.

–Prométeme por la luz de Osiris y por el amor de Isis..., por la vida de tu madre que no te alejarás de mi lado por ningún pretexto y que apoyarás lo que pienso hacer.

–No me alejaré de Egipto y te apoyaré en todo cuanto piensas hacer si en todo ello hay justicia y rectitud. Te lo juro por la luz de Osiris y el amor de Isis.

– ¡Anularé esos convenios de injusticia y de crimen! Un enviado mío irá con plenos poderes ante los reyes de Creta y de Licia, y toda esa infamia quedará borrada.

–Tendrás que asegurarte muy bien de la lealtad de ese enviado, que deberá ser invulnerable ante todas las compensaciones que se le ofrezcan. ¿Puedes contar con un sujeto de ese temple?

Amenhepat guardó un silencio casi pavoroso, de vacilación y de duda.

– ¡No tengo a ninguno!... ¡Es horror y vergüenza decir que el Faraón de Egipto no cuenta con un servidor invulnerable a la miserable compra con oro!... ¡Osarsip!... ¿No es desesperante esta situación?

–Es aleccionadora, Faraón, no desesperante. ¿Me permites darte una idea?

–Habla hombre, habla antes que me vuelva loco.

–Oye pues: El Notario Mayor del Templo, Membra, es un sabio, es un diplomático y es un justo en toda la extensión de la palabra. Él desempeñará a la perfección la misión delicada que quieres confiar. Pero creo que no debe ir solo. Le vendrá muy bien el médico real Atón Mosis y una pequeña escolta de cuatro o cinco hombres de armas que obedezcan a nuestro fiel Numbik, éste que ahora gobierna nuestros asnillos de carga...

– ¡Vaya un jefe de escolta!... –dijo entre serio y risa el Faraón.

–No mires el presente, Amenhepat, ¡sino el pasado! Numbik ha salvado la vida al Anciano guardián de estos tesoros, en tres ocasiones. El mismo sacerdote Neferkeré me lo ha dicho en su lecho de muerte, hace no más de cuatro días, y lo hizo para recomendármelo como un raro ejemplar de lealtad al amo, de los poquísimos que hoy pueden encontrarse.

"No te ofrezco hombres de la casa de mi madre para no comprometerla como colaboradora en estos arreglos; pero te aseguro que mi criado los encontrará y acaso también el médico real, que lo sé rodeado de elementos honrados a toda prueba.

–Eres mi Superintendente Virrey y quedas encargado de arreglar este asunto con el Notario Mayor Membra, con el médico real y con tu fiel Numbik. Y dime, ¿por qué pones al buen médico al lado de Membra?

–Me obligas a decirte algo que deseaba callar para no hacerte sufrir más.

–Habla por favor, que lo amargo hace bien a la salud.

–La Reina Madre hace mucho uso de alquimistas y de magos. Unos vienen y otros van, y el médico real ha comprobado que algunos de sus pacientes murieron por el veneno que se ignora quien lo aplicó. Eran Escribas de palacio y tenían secretos comprometedores.

Amenhepat se oprimió la cabeza con ambas manos y Osarsip vio luego que caían gruesas lágrimas sobre la mesa en que aquel estaba apoyado.

–La presencia de Atón Mosis al lado del Notario Membra –continuó diciendo Osarsip–, sería una medida de prevención, dado que el médico real está especializado en el conocimiento de todas las drogas maléficas y de todos sus efectos. Y nos ahorraríamos un posible disgusto.

–Está bien, Osarsip, está bien. Quedas pues encargado de todo este asunto.

"Así que lleguemos a Menfis, hablaré con el Consejo y acaso los de por cesantes a todos ellos... Pero quedará siempre ella como un fantasma de horror porque es mi madre y no puedo mandarla cesar de ser mi madre... ¡Sólo la muerte!... "El que a hierro mata a hierro muere" dice la ley de los árabes y de los hebreos. Y en este caso...

– ¡Por favor, Faraón!..., no pierdas el juicio ni te embarques en un esquife de piratas. Con altura y prudencia, con dignidad de hombres bien nacidos, podemos salvar todos los escollos.

Al día siguiente, Amenhepat, Osarsip y el criado Numbik, se despedían de los ancianos guardianes de la casa del sacerdote Neferkeré que la dejó como donación a la Princesa Real con fines de beneficencia, y se alejaban de Abydos la ciudad de los recuerdos y de las glorias del Egipto pretérito de Soser el Justo y de Anek-Atón, el *Santo hacedor de santos*.

= 22 =
LOS HIEROFANTES DE MENFIS

Compañeros y aliados del alma iluminada de Osarsip, los Hierofantes del Gran Templo de Menfis celebraban semanalmente una asamblea secreta en que estudiaban a fondo las posibilidades y los escollos que el futuro Legislador Taumaturgo encontraba en su camino, hacia las grandes realizaciones para las cuales había tomado la materia física: *La Religión con un Dios Único Universal*.

La humanidad terrestre se ahogaba en una turbia inundación de errores y de fanatismos. Todas las pasiones humanas tenían su dios tutelar, que auspiciaba, que autorizaba y aún glorificaba las más abominables supersticiones.

El alto clero egipcio formado tan solo por veintiún Hierofantes, comprendía bien todo el mal que arrastraba a la humanidad a un abismo, tal como había ocurrido siglos antes en las viejas civilizaciones Lemuriana, Atlante y Sumeriana.

Se habían desposado con la Verdad y permanecían fieles a ella en el secreto de su corazón y en el silencio de las criptas, porque se sabían impotentes para contener la tremenda marejada de decadencia moral y espiritual que iba hundiendo a la humanidad.

Los clarividentes habían percibido en sus meditaciones la

íntima voz de un compañero y aliado que había traspasado el umbral de la vida física y les llegaba clara y nítida desde la orilla lejana...

–*"¡Pthamer, hermano mío!...* –decía esa voz–. *Soy Neferkeré, el último descendiente del Faraón que tanto amaste. Estoy libre en la inmensidad infinita del Único, y te acompaño desde aquí en la eterna fidelidad a la Suprema Verdad que él quiso enseñar a los hombres, pero ellos no lo quisieron".*

El aviso extraterrestre había llegado, pero faltaba la comprobación que les llegó con Osarsip pocos días después.

–Yo le he asistido hasta su último momento –afirmaba el hijo de Thimetis, en secreta asamblea con el Pontífice Pthamer y sus Hierofantes reunidos en la cripta del gran Templo de Menfis.

Todo cuanto el lector conoce de lo realizado por Osarsip referente al Anciano sacerdote desaparecido, lo conocieron en aquella asamblea, solicitada por el joven para este fin.

Allí se estudiaron y descifraron todas las Escrituras que él traía de su laboriosa andanza por las tierras del sur.

El Anciano Pontífice se conmovió intensamente cuando tuvo en sus manos el manuscrito que decía: "Memorias del hombre que encontró a Dios Único".

Sacó de su pupitre un libro de sus apuntes y llamando a su lado a Osarsip, le dijo:

– ¿Ves esto? Léelo en alta voz.

Osarsip leyó:

–"Yo, Stenefer, Notario del Faraón Anek-Atón I, declaro haberle visto escribir la historia de su vida que llamó "Memorias del hombre que encontró a Dios Único". Y declaro asimismo haber escuchado de su boca que dejaría sus tesoros, recuerdos del pasado, en sitios secretos de su casa anexa al Templo de la Sagrada Trinidad: *Osiris - Isis - Horus*; los cuales quedaban al cuidado del guardador de su último descendiente, la niña Merit Atón, salvada milagrosamente de sus enemigos, que envenenaron toda su familia".

–Esta criatura –añadió el Pontífice–, fue la madre de Neferkeré que acaba de morir. Y el Anciano que hoy guarda el Templo y la casa es el hijo de aquel guardador fiel de la niña y de los tesoros de su señor. ¡Osarsip! Aún quedan en medio de esta infeliz humanidad, almas grandes en la Fe, en la Esperanza y en el Amor de Anek-Atón, continuador valeroso del ideal sublime traído a estas tierras de Egipto por los discípulos de Anfión, de Antulio y de Abel.

"¡Bendito seas tú, iluminado hijo de Thimetis, la elegida del Dios Único para traer de nuevo a la vida física, a Anfión, a Antulio y a Abel! –Un silencio reverente siguió a estas palabras del emocionado Anciano que dominándose pudo aún añadir–:

"El Supremo Poder me ha concedido ver la luz de este día en que por intermedio tuyo me llega el conocimiento y las pruebas de la verdad encerrada en esta declaración de Stenefer, el Notario fiel del Faraón Anek-Atón I que encendió la luz para preparar tus caminos.

"¡Adelante Osarsip, que la Verdad Divina como una estrella resplandece en tu horizonte!

Membra, el Notario Mayor del Templo, tomó la carpeta con todas las Escrituras traídas por Osarsip, y se comenzó la tarea de descifrarlas, haciendo todas las comparaciones con los datos conservados por la tradición.

La *Ley de los Kobdas* y la *Ley de la Gran Alianza de Naciones Unidas*, les eran casi familiares, podemos decir, pues cada uno de los Hierofantes tenía copia de ellas, tomada de las "Escrituras del Patriarca Aldis".

Se dedicaron a descifrar y estudiar las "Memorias del hombre que encontró a Dios Único" y que comenzaba así:

–Vengo de una tierra que hoy duerme sueño de muchos siglos bajo las aguas de dos mares que se unieron al desaparecer la grande Isla que los dividía: Atlántida, bendita y gloriosa un día cuando el Dios Único, autor de mundos y seres, la vio caminar con su Ley de Amor Universal; ¡y desventurada y maldita cuando ella borró con sangre de crimen y lodo de vicios esa Ley Eterna y Santa que es Vida, Paz y Felicidad, para los mundos, los pueblos, la familia y los individuos!

"Mi ciudad natal se nombraba Diosol y mi nombre de nacimiento era Ánade de Askersa, del país de Zeus.

"Mis progenitores seguían las doctrinas de la Ermita del Cerro de los Pinares, en la que unos hombres sabios y piadosos llamados Profetas Blancos por el color de sus vestiduras, vivían consagrados al estudio de la Naturaleza y a hacer todo bien posible a los seres humanos que se acercaban a ellos. El cultivo de la tierra les proveía el sustento de la vida. Yo formé entre aquellos solitarios y enseñé a quienes encontré en mi camino lo que a mí me fue enseñado, por lo cual me vi duramente perseguido por los gobernantes de la gran ciudad, que habían clausurado la Escuela de la Montaña Santa y dispersado a los solitarios por la muerte o por la cárcel vitalicia.

"Yo, el más joven de todos ellos, fui ayudado a escapar del calabozo, y prófugo hacia las tierras altas con tres discípulos de la Escuela; llegué al país llamado Mauritania, traspasé a lomo de asno las grandes montañas, orillé las grandes aguas que inundaron la llanura por la abertura de la Cordillera, hasta llegar después de un largísimo viaje a las aguas dulces de un riacho cristalino que corría por un valle de palmeras gigantes y palmeras enanas".

Membra el Notario hizo aclaración a estas últimas palabras:

–Estas aguas dulces y este riacho –dijo–, no puede ser otro que nuestro Nilo de hoy que corre en un valle de palmeras gigantes y palmeras enanas como el narrador llama a lo que nosotros llamamos papiro.

Todos estuvieron de acuerdo y la lectura continuó así:

–Encontré una pequeña colonia de prófugos, también atlantes, a los que se les habían unido algunos venidos de los países de eternos hielos, regiones polares del Norte casi inhabitables. De unos y otros escuché relatos, crónicas, tradiciones, en que vi claramente el designio divino de unirnos en esta tierra, que por entonces llamaban País de Kemi, siglos después Shior o en la actualidad Egipto".

"Los del Norte conservaban la tradición de un extraordinario arcángel, profeta o genio que llamaban Jima, que había descendido a la tierra en un rayo del sol de amanecer, al cual el Eterno Invisible había enviado a reunir los pocos hombres valientes de la tierra para formar una raza de elegidos. Su culto era, pues, el fuego, que según ellos emanaba del mismo sol de donde había venido su Profeta. De modo que para encenderlo esperaban el sol ardiente del mediodía y poniendo a su reflejo un bien pulido trozo de cristal de roca, lo acercaban a una hoja reseca de palmera y aquel reflejo solar la hacía arder. En ese instante cantaban su plegaria del amanecer:

"¡Oh, Agni, sagrada llama purificadora que duermes en la hoja marchita y en el leño seco, y subes en lenguas brillantes sobre el ara santa! ¡Tú eres el espíritu del sacrificio, el vuelo ansioso de la plegaria, la chispa celestial encendida en todos los seres y en todas las cosas vivas y muertas de este mundo! ¡Enciéndete en el corazón de todos los hombres que habitan la tierra y haz a todos buenos, nobles y valientes, porque en ti está el alma glorificada del Sol!"

"El Espíritu Luz que dirige la evolución de este mundo tomó materia carnal en Atlántida cuando hacía ciclo y medio, o sea 37.500 años que existía humanidad consciente en el planeta. Fue

Anfión, llamado el Rey Santo. Era el país de Otlana y su capital se nombraba Orozuma. En esa gloriosa y martirizada vida suya, le acompañé en su obra civilizadora y educadora de pueblos con la fundación de una Escuela en que la Ciencia de Dios y de las Almas, unida a las ciencias y artes humanas, formaría sociedades, pueblos y familias de una evolución perfecta.

"Hijo de padres que adoraban a Dios Único, Creador y Sostenedor de mundos y de seres, el joven Anfión fue lo que fueron sus antepasados, los nobles y gloriosos Toltecas que hicieron la grandeza del Continente Atlante. Su padre fue Senegaldo de Otlana, trigésimo octavo rey de la gloriosa dinastía de los Athaulfos. Obtuvo del Eterno Dueño de almas y vidas, en premio a la rectitud de la suya, un hijo como no habría dos en la tierra, y fue Anfión Athaulfo, la corona y la gloria de su padre. Senegaldo Rey me había donado un cerro en sus dominios que era llamado Cerro de los Pinares, por los enormes pinos que crecían en sus laderas. (*El mismo que siglos atrás habitaban los Ermitaños).

"Yo era un joven sin familia, porque piratas de la otra orilla del mar del Sur, asesinaron a mis padres y desbastaron mi casa y mis haberes.

"La Ley del Dios Único me llevó a los dominios de un justo, y Senegaldo Rey que oyó mi confidencia tuvo confianza en mi honestidad y me dijo:

"–Paréceme que eres tú, el que el Eterno Señor de los Mundos me ha prometido en el sueño para que yo haga de mis pueblos, muchedumbres honorables y buenas que traigan a la vida legiones de ángeles suyos que hagan de este mundo un paraíso de dicha, de abundancia y de paz. Sobre el Cerro de los Pinares construiremos un Templo, Escuela y Refugio, donde tú, con aquellos que sientan el mismo impulso educador que tú, se consagren a educar a la juventud de estos países en la fe, esperanza y amor de un Dios, Padre, Autor y Causa de toda vida, el que provee a todas nuestras necesidades sin exigir de nosotros nada más que la voluntad de colaborar con Él, según nuestras fuerzas, para crear humanidades responsables y conscientes del deber de cada uno para aspirar al derecho de todos a participar del bienestar general.

"La Escuela Templo fue construida por Senegaldo Athaulfo de Otlana, y fui yo, por su voluntad, el primer Regente de ella con el título de Patriarca de la "Montaña Santa", según se llamó desde entonces el Cerro de los Pinares.

"Senegaldo Rey, llevaba catorce años de matrimonio y no tenía hijos, que mucho los deseaba para tener continuadores de su fe y

de su obra. –La dinastía de los Athaulfos se extinguirá conmigo –decía con honda pena–, si el Eterno Señor de los Mundos no me concede un hijo continuador de nuestra fe y de nuestra vida, –y yo, hombre de igual edad que la suya, le decía:

"–Dios es nuestro Padre, y no porque falte para ti su amor es que no te da hijos, sino porque Él quiere, ¡oh, Rey!, que tengas empezada tu tarea educadora de pueblos, para darte el hijo que continúe tu obra.

"Se lo dije para consolarle y a la vez darle la luz de una esperanza, pero salió tal como le dije, por lo cual me tomó grande confianza creyéndome un iluminado de Dios que hacía anuncios en su nombre. El hijo deseado llegó al cumplirse un año de haber dicho aquellas palabras. Y fue Anfión Athaulfo, que colmó y sobrepasó en mucho el sueño y la esperanza de su padre.

"Cuando el amado rey Senegaldo tuvo la convicción de que la esperanza de un hijo era una realidad, corrió a la Montaña Santa con la fausta noticia:

"–Sphano-San, mi amigo profeta –me dijo en un íntimo abrazo–, tu anuncio se cumple, de aquí a tres lunas seré un padre feliz. Mi Padre Dios sabe que deseo un hijo varón que me sustituya en el gobierno de estos pueblos. Pero si en su Voluntad Soberana ha decretado la venida de una hija, lo mismo la recibo con amor porque será la primera mujer que gobierne pueblos. Será también una Athaulfo y sabrá ser justo como todos sus antepasados".

"–Será un hijo –me atreví a decirle, no sé porqué–, y será tan noble, justo y bueno que cuando nuestro Padre Dios te llame a su Reino Celestial, partirás sin pena porque dejarás otro tú al frente de tus pueblos. El júbilo de Senegaldo Rey llegó al máximo con estas palabras de su solitario amigo de la Montaña Santa, que con sólo seis compañeros de ideal y de vocación, trabajaba en la tierra como labriego, en el bosque como pastor de ovejas, en la Escuela como maestro de niños huérfanos, y en el Santuario como cirio de propiciación pidiendo a Dios nuestro Eterno Padre más obreros para sus campos, más niños para educar, más dolores para consolar..., más enfermedades del alma para curar.

"Y las lunas pasaron y llegó el hijo esperado en el plenilunio del mes primero del invierno, cuando la nieve blanqueaba como el velo de las vírgenes en las copas de nuestros pinares, en la torre de nuestros observatorios y en los vetustos torreones del palacio de Senegaldo Rey.

"Las cumbres de los cerros eran blancas también, y todo vestía de blanco a la llegada del príncipe heredero de los Athaulfos, la más

antigua y gloriosa de las dinastías reinantes en el Continente.

"Genios de la Concordia", llamaban en todos los países amigos a los soberanos de Otlana que tenían en su escudo heráldico una vid que se enredaba en el grueso tronco de un olivo centenario y alrededor esta inscripción: "Concordia, Madre de Paz y Abundancia"; fue llamado Anfión Athaulfo, como el primer rey fundador de la dinastía.

"Todo el Continente recibió con júbilo la llegada del primer hijo de los soberanos de Otlana; porque los catorce años que en vano esperaron sucesión, hubo temor y zozobra si Senegaldo moría sin dejar heredero, porque un hermanastro suyo vagaba por el Continente anunciando palabras de magos negros, que predecían una cercana muerte de Senegaldo a causa de un terrible accidente y que él sería el sucesor por derecho indiscutible.

"*El hombre propone y Dios dispone*, decía el rey, cuya inquebrantable fe en el Poder Divino y en la Sabiduría de la Ley, le hacía esperar un continuador fiel a la Fe y a la Obra civilizadora de la dinastía que ya era casi milenaria.

"Vida de paz y de sosiego fue la mía en la Montaña Santa, porque aún el más penoso trabajo hecho con amor, se convierte en delicia para el cuerpo y gloriosa alegría al espíritu.

"Senegaldo Rey y yo, éramos como dos hermanos que hubiéramos nacido bajo el mismo techo y una misma madre hubiera arrullado nuestro sueño.

"Muchas madres habían ofrecido con voto solemne sus hijos al servicio de Dios, si concedía un sucesor a los reyes de Otlana porque grande era el temor de los pueblos si Aztekalán era exaltado y fundaba una dinastía propia, diferente en la fe y costumbres que magos del Lejano Oriente le habían inyectado hasta la médula de los huesos.

"Y debido al feliz nacimiento de Anfión Athaulfo de Otlana, nuestra Montaña Santa se llenó a desbordar de nobles y apuestos jovenzuelos que pedían servir a Dios, Padre amoroso de los hombres, en cumplimiento al voto de sus madres".

"Y mis solitarios y yo les recibíamos con amor y antes de darle nuestro blanco sayal les hacíamos comprender que no eran atados con cadena, sino libres de estar con nosotros en íntima convivencia porque el voto de servir a Dios podían también cumplirlo en el Santuario del hogar y la familia, si hacían con su fe y sus obras un templo sagrado de su propia casa.

"Noble y bueno fue de niño, de joven y de hombre. Y cuando su padre pasó al reino de nuestro Dios y Señor, Anfión fue un fiel

continuador suyo y unido a su hora a la gran compañera elegida, la princesa Odina heredera de los reyes de Dyaus, cumplió inmensamente el alcance civilizador de las obras de su padre. Tres eran los países donde llegó más directamente su influencia: Theos-Kandia, país de su madre; Dyaus, país de su esposa, y Otlana, país de su nacimiento.

"Nuestra Escuela construyó nuevas aulas para la abundante juventud que acudió a ellas de esos tres países y otros del continente.

"Mas..., en este mundo ninguna dicha es de larga duración, y tristeza de muerte es a mi alma decir que sólo un cuarto de siglo duró la venturosa paz del rey santo. La ambición prendió como un incendio fatal en el corazón de su hermano y vino la división que corroe y destruye.

"Millares de vidas humanas se hubieran sacrificado si Anfión Rey no lo hubiera evitado con su heroico renunciamiento.

"Evitó la pérdida de vidas, pero no la división y el odio de los rebeldes hacia los fieles; y el odio es como la gangrena que corre y corre envenenándolo todo, corrompiéndolo todo..., destruyendo todo.

"En medio de la ruda tormenta, mi Dios Padre me llamó a su reino y perdí de vista las playas terrestres por un largo tiempo. Seguramente la Bondad Divina quiso ahorrarme el ver destruida gran parte de la obra de Senegaldo, de Anfión y mía, y fui llevado a estudiar posibilidades en un futuro cercano y en otro paraje de la tierra, donde debía trabajar por largo tiempo.

* * *

"Vidas humildes, sin sucesos importantes, con dolores y alegrías, con luchas y victorias en lo profundo de mi mundo interno o en medio de los seres que me rodeaban, se deslizaron unas en pos de otras, y de ellas no conservan mi yo íntimo recuerdos vivos, como para hacer relato de ello. Sólo sé que las tierras occidentales de Atlántida, habían desaparecido ya bajo las aguas, según referían las tradiciones y viejos relatos conservados en los archivos de los templos.

"Además..., quien me impulsa a escribir, quiere que sólo mencione mis vidas relacionadas a las épocas en que el Espíritu Luz descendió a la Tierra. Son sus vidas y no las mías, las que pueden traer luz, vida y amor a los que me lean".

"Pasan los siglos como las llamas de un vasto incendio borrándolo

todo, dejando solo, mudos y ruinosos vestigios de lo que existió..., de lo que fue..., de lo que tuvo belleza y vida en lejanos días ya perdidos en esa noche misteriosa y oscura que llamamos el pasado".

"Y la populosa Manh-Ethel de hoy ha oscurecido la gloria de Diosol, ya en decadencia como una anciana decrépita, semiolvidada y oculta entre olivares y encinas que van muriendo de viejas, y murallones resquebrajados y pirámides rotas y templos ruinosos y desiertos, donde chillan los murciélagos y se cobijan los buitres de la noche.

"Mas yo, por mi propia voluntad he venido a esta vida en esta antigua ciudad de Diosol, donde sé que viví otras vidas y donde encontré progenitores capaces de orientarme hacia el camino de la verdad y de la luz.

"Y en la parte más derruida de la vieja ciudad existe un Torreón ennegrecido por el tiempo, donde la hiedra y el musgo va cubriendo piedras, losas, columnatas y enrejadas ojivas. Cuando penetro cauteloso por entre sus escombros, algo muy hondo revive en mi yo íntimo; y en mi mente torno a verme yo mismo en lo que fui en este trágico lugar: un presidiario por causa de mis ideales, y me llamaban *Ochoseis*.

"Oh, las vidas..., se suceden como las noches y los días en un eterno rodaje hasta que la divina Psiquis ve crecer sus alas y emblanquecer sus vestiduras.

"En la resplandeciente Manh-Ethel estaba la residencia de los soberanos que gobernaban aquel país. Era el decimocuarto rey de la dinastía Talpakén que era una rama de la raza Tolteca, que estaba extendida en todos los países del Continente.

"La magnífica ciudad lo absorbía todo y hasta el recuerdo de mi amada Diosol, convertida entonces en una pobre aldea de labriegos y pastores de cabras que les daban apenas para sustentar sus vidas.

"Un fiero terremoto acabó con ella, y como empezaron rumores de nuevas convulsiones y maremotos, me uní a unos emigrantes que proyectaban dirigirse a ultramar, a tierras altas de cordilleras formidables, donde abundaban las minas y escaseaban los brazos que las explotaran.

"Ya no vivían mis padres y nada me ataba ya a los humeantes escombros de lo que fue Diosol. Más, me decidió a que emigrara, los misteriosos sueños que empezaron a poblar mis noches de leyendas o historietas que me referían seres desconocidos, que en el sueño me demostraban grande amistad y simpatía.

"Tú naciste a la vida carnal aquí, porque aquí estaban los

padres que habías elegido. Ellos viven en Dios, Padre Universal, y velan por ti. Tu ley te marca otras tierras y otros campos de labranza, porque eres una abeja de la Eterna colmena que labora la miel de la Verdad Divina para toda la humanidad terrestre.

"Yo era aficionado a escribir todos mis pensamientos, proyectos y sueños, y a veces mis escritos me brotaban del alma, como un canto, como una composición musical, y durante la travesía escribí uno de esos pensamientos rimados:

"¡Oh, Eterno Invisible!
"Soy Tú Mismo
"Y si eterno me has forjado
"Rico soy de tus verdades
"Inmortal como mi Padre
"Soy tu hijo, Tú lo sabes".

"Las primeras letras de cada una de estas líneas de signos formaron un nombre que nunca vi, y que brotó al acaso: "***OSIRIS***".

"Y cuando mis ojos vieron el inmenso desierto de arena que rodeaba el oasis adonde llegué, me dije a mí mismo: "Entierra bajo esta inmensa sabana de arenas tu nombre que recuerda abolengos y riquezas, porque hoy eres un paria sin patria, sin familia y sin nombre". Ánade de Askersa quedó sepultado en la arena. Y me llamaron todos como había querido: Osiris.

"Y hoy que escribo estos relatos en la séptima vida realizada en esta tierra que hoy considero patria mía, me encuentro con la grande novedad de que aquel infeliz paria que yo llamé Osiris, había sido elevado, por la ignorancia y la superstición, a la categoría de dios protector del hombre mortal que recoge a los justos para hacerles feliz en su Reino, ajeno a este mundo, y a los malvados los deja en abandono sujetos a mil calamidades.

"Escuché en silencio tradiciones y leyendas sobre el pasado, y así supe que este arenal fue un mar que se desbordó al Valle Hondo[1], cuando se abrieron las Columnas de Hércules[2] en el primer hundimiento de Atlántida y la Sierra Grande[3] del Valle Hondo se descuartizó en fracciones quedando como costa brava del nuevo Mar.

[1]Actual Mar Mediterráneo. [2]Actual Gibraltar. [3]Las Sierras del Sur de España.

"Había trabado amistad con algunos de la Tribu que como prófugos siguieron a un Patriarca Kermes y a un joven Profeta Mizraim, que habían llegado a esta tierra muchos años atrás. Y

señalándome el enorme cubo de piedra gris que se alzaba junto al mar me decían: "Los que viven allí son magos vestidos de azul y curan todas las enfermedades mediante un corderillo que su Dios lleva entre los brazos". (*Alude a la primera construcción de piedra hecha por los primeros fundadores de la Fraternidad Kobda).

"Potemis se llamaba mi primer amigo del oasis y era tataranieto del Patriarca Kermes, cuya memoria era reverenciada como un genio tutelar de la tribu. Por él supe la espantosa tragedia de la tierra hundida de donde ellos procedían y conocí el gran misterio de la sucesión de vidas para todo ser humano y no humano.

"Lo cual permite –me decía mi nuevo amigo–, volver a vivir en un cuerpo físico y repetidas veces hasta que el alma adquiere la grandeza, fuerza y poder, a que fue destinada por la Eterna Potencia Creadora".

"Y siguiendo ellos esta teoría, que llamaban *Gran Misterio*, aseguraban que el Patriarca Kermes y el Profeta Mizraim, fundadores de su pueblo y de su raza, habían vuelto ya a la vida y estaban, muy jovenzuelos aún, entre los buenos magos de vestido azul que eran maestros, médicos y sacerdotes, que predicaban la hermandad de todos los hombres bajo el amparo del Padre Eterno, dueño y señor de este y de todos los mundos.

"Ellos trabajan, estudian y oran. Nosotros trabajamos y creamos hijos que engrandecen la raza y los más adelantados van a engrosar las filas de esos obreros del pensamiento, de la verdad, la justicia, y el amor de los unos para los otros.

"Una fuerte alianza unió a Potemis conmigo y nos prometimos que el primero en morir, avisaría al que quedase en la tierra, cuándo y dónde volvería a la vida en la carne. Murió él primeramente. Ya pasadas veinte lunas de gran soledad de alma que sufrí, tuve el aviso en el sueño de que tomaría la materia física de una doncella, sobrina suya, que repudiaba la vida por la muerte del hombre amado. "Es uno de los grandes misterios que enseñan allá en el cubo de piedra", y tú debes guardarlo en el fondo de tu corazón, me decía. También yo conocía ese misterio que aprendí de los maestros de raza tolteca, que a su vez, lo habían recibido como secreto legado de un peregrino llegado de las nieves eternas.

"Dos días después del aviso, la doncella cayó enferma y todos creían que iba a morir por la pena de su amado muerto. Yo consolaba a su madre y le prometía en nombre del Dios Padre Universal que viviría.

"–Si tu palabra se cumple –me decía–, te la daré como esposa aunque seas tantas lunas mayor que ella.

"La doncella recobró su salud y demostrando olvido del amado muerto me cobró grande afecto y su madre me la dio como esposa. Yo la acepté sabiendo el gran secreto y a las diez lunas me hicieron Patriarca de la Tribu, que era ya muy numerosa.

"Fue entonces que hice amistad con los solitarios de la casa de piedra, porque debía seguir la costumbre establecida de años atrás.

"El Patriarca recién elegido debía ir a ofrecer sus servicios a aquellos hombres que desinteresadamente eran médicos, maestros y protectores de todo aquel que los necesitaba.

"–Tu, que eres el gran amigo de nuestro hermano Potemis que nos dio tres hijos que están aquí con nosotros, nos darás también otros tantos porque necesitamos muchos obreros, servidores de Dios, Padre Nuestro y de toda la humanidad, hija suya.

"Y como Patriarca de este pueblo es tu deber realizar uniones como la realizada por ti, para que vengan los ángeles del cielo a poblar este país destinado por su soberana voluntad a ser Heraldo de la Verdad, del Bien y del Amor que hará felices a los hombres".

"Nos vinieron dos hijos varones y tres mujeres, y apenas llegaban a las diez primaveras, entraban a la Escuela de los Solitarios donde aprendían todo el saber de ellos y toda la belleza que puede caber en un ser humano.

"Dos de mis hijas, Merik y Enek fueron las que los maestros eligieron como regentes de una Escuela Templo para mujeres; fueron las fundadoras y las llamaron Matriarcas. La hija tercera, fue esposa de un biznieto del profeta Mizraim, que llevaba el mismo nombre que su abuelo y los ancianos decían que era tan semejante con él, como una gota de agua con otra.

"Siéndome conocido el gran misterio de las vidas sucesivas, he pensado. ¿No será acaso él mismo que volvió valientemente a vivir en la pesadumbre y el dolor de la carne mortal?

"¡Oh, dolor de agonía que es la vida en la carne!...

"Hoy mismo que escribo estas líneas que podrán dar tenue luz en las tinieblas a los que tengan menos claridad que yo, tengo el dolor del convencimiento de que estoy envenenado por un familiar mío, ansioso de ocupar este lugar de torturas...

"Vuelvo a pensar en lo que actualmente soy: Anek-Atón, Faraón de Egipto, por derecho de herencia de mi padre, Amenhotep III que Dios Eterno, Único Soberano de los Mundos, tiene en su Reino.

"De aquí a trece lunas moriré, según el concepto de mi médico. El veneno que me han suministrado me permitirá vivir ese tiempo. Ni temo la muerte, ni deseo continuación de mi vida carnal..."

A una señal del Pontífice, el Notario Membra dejó el cartapacio con visibles muestras de emoción y de cansancio.

–Por hoy basta. Continuaremos en la próxima reunión.

"¡Osarsip, hijo mío! –dijo el Pontífice–, has hecho un descubrimiento que trae una hermosa claridad para la historia que buscamos ávidamente los amadores de la verdad.

–Vos lo decís, Santidad, y yo me alegro infinitamente de prestar servicio a la verdad.

Y se retiró silencioso y meditativo a tomar la góndola del pabellón amarillo y blanco, que le esperaba en el muelle del canal, que le llevaría al castillo del Lago Merik donde le esperaban sus padres.

= 23 =
LA ENCRUCIJADA

Sólo diez días descansó Osarsip en la placidez de cielo, esparcida como un perfume en el castillo del Lago Merik y en el gran parque que le rodeaba.

– ¡Madre! –decíale a la Princesa Real–, yo tengo un paraíso y es tu casa, es tu morada. ¿No será que tienes en tu corazón, todo un cielo en el que haces entrar a todos los que te rodean?

Ella sonreía feliz como sólo sonreía cuando tenía a su lado al hijo de su único amor.

–Este cielo viene contigo, hijo mío, porque cuando estás ausente, no hay cielo ninguno en el castillo. Mi Osarsip, ¡no te figuras hasta qué punto lo llenas todo con tu presencia!

Era Osarsip silencioso y reconcentrado en sí mismo, pero sólo con su madre se permitía expansiones de su alma, que no tenía con nadie.

En esos diez días de estadía tranquila en el castillo del Lago Merik, el futuro Legislador de la Humanidad Terrestre, vació su alma plena de sueños grandiosos y sublimes en el alma de su madre, que aún comprendiéndolo mucho le decía:

–Nuestros libros secretos nos enseñan que las almas adelantadas pueden tomar posesión de seres encarnados por tiempo indeterminado o definitivamente, si no hay resistencia, ni daño alguno para la Inteligencia habitante de esa materia. A la Luz de

esta Ley, me ha venido el pensamiento de que el Bohindra de la Fraternidad Kobda debe tomar posesión de ti en esos momentos en que sueñas hacer de este mundo un inmenso jardín de paz y de amor.

"Él pudo realizarlo porque muchas circunstancias favorables lo ayudaron en aquel tiempo, circunstancias que no existen en la hora actual en que los pueblos se han dividido en centenares de pequeños reinos y estados, en los que cada soberano hace de su voluntad una ley que impone por la fuerza a su pueblo, y hasta quiere imponerla a otros pueblos.

"Si conseguimos elevar a nuestro país a la altura espiritual a que levantó Bohindra a tres Continentes, debemos agradecerlo a la Divina Bondad, hijo mío, y no dejarnos mecer por la dulce ilusión de cambiar a este mundo, en el mundo que sueña tu deseo".

Este diálogo entre la madre y el hijo, fue interrumpido por un mensajero del Faraón, que llamaba a Osarsip con urgencia.

Amram, que andaba siempre por las grandes avenidas del parque, entre la cuadrilla de hortelanos y jardineros, fue quien primero acudió al llamado del mensajero del Faraón que se anunciaba, según costumbre, con tres sonoras clarinadas en el muelle del canal.

La tablilla que aquel mensajero presentó a Osarsip, sólo decía: *Ven ahora mismo. Te necesito urgente*. Interrogado el mensajero real, por Amram y la Princesa Thimetis, sólo pudo decir:

–Llegaron mensajeros de ultramar. ¡Hay alarma en Palacio!

El alma de Thimetis se elevó muy alto.

– ¡Madre Isis!... –pensó muy hondo, y fue su pensamiento como una flecha de oro que atravesó los cielos–. ¡Madre Isis!, ¡me has prometido protección, larga vida para grandes obras que hará mi hijo!... Espero siempre el cumplimiento de tus palabras.

Una ola dulcísima de paz, de infinito amor la inundó, y volviéndose a su esposo y a su hijo que se acercaban a ella, les dijo:

– ¡Nada pasará! Todo se resolverá bien. Amram, por favor, acompáñale a Menfis, a fin de que me traigas las buenas noticias.

Momentos después, Osarsip y su padre embarcaron en la Góndola Real que corrió velozmente por el canal.

El joven Faraón se paseaba nervioso por la terraza hacia donde se abría la puerta de su habitación privada.

Amram quedó en el despacho de su hijo, mientras él subió corriendo la escalera.

Tenía orden de suprimir toda etiqueta cuando el Faraón estaba

solo y en su habitación particular, por lo cual se enfrentó con él de inmediato.

– ¿Qué pasa, Amenhepat? ¡Estás cadavérico!...

– ¡La primera encrucijada, Osarsip, y oscura como boca de infierno!

Y penetró a su habitación seguido por el sereno Superintendente que irradiaba una paz absoluta. Cerradas las puertas y corridas las cortinas, el Faraón habló.

– ¡Contienda armada por los cuatro costados!... ¿Qué me dices, Osarsip?

–Explícame más claro, ¿quiénes son nuestros enemigos?

–El más cercano y más temible: Mermayú, Rey de Libia. Protesta bravamente porque súbditos míos han traspasado la frontera, y abierto sus tiendas al pie de la montaña Roja, y explotan sus buenos mármoles sin permiso previo, ni convenio oficial ninguno. Están todos en prisión y pide urgentes explicaciones. Si no se le contesta en el término de tres días los ahorca a todos, y son ciento ochenta y siete, entre los que están como capataces, un hijo y un hermano de nuestro gran Ingeniero Ned-Enek.

– ¿Cómo es que ellos están allá? ¿Cómo es que Ned ha permitido tal cosa? –preguntó Osarsip.

–Es lo que debemos averiguar después, ahora no tenemos tiempo sino de obrar.

–Dame una escolta y voy allá tan velozmente como puedan correr los caballos.

– ¡De ninguna manera! Tú no puedes salir de aquí. ¡Hay guerra con Creta, guerra con Licia!... ¡Guerra con Siria! ¡Por los dioses que se abre el abismo y nos traga!

–Cálmate, Faraón, que los lamentos no arreglan nada. Dentro de un breve rato ven a tu despacho que yo iré con algo arreglado.

Sin esperar más, Osarsip salió, y Amenhepat, hundido en su sillón, oprimió con ambas manos su enloquecida cabeza. La entereza y serenidad de aquél contribuyó eficazmente a calmarle, y cuando se sintió más sereno acudió a la gran sala que llamaban de *Audiencias*.

Encontró que no estaba solo. Guardias con la espada desnuda custodiaban a tres hombres que permanecían de pie en un rincón.

Sentado ante una gran mesa frente al sillón real, estaba Osarsip haciendo correr hojas de pergamino, y tablillas escritas y telas enceradas escritas también.

–Ya está todo puesto en claro, Faraón –dijo el Superintendente Virrey, apenas vio al Faraón sentado–. Estos tres hombres que veis aquí, traídos por vuestros guardias, os darán el informe de todo.

–Prefiero que me lo des tú –dijo secamente el Faraón.

–Lo hago enseguida: Acaba de salir Numbik con una escolta hacia Libia a dónde llegará al amanecer pasado mañana. En un pergamino con mi firma y vuestro sello damos las debidas explicaciones al Rey Mermayú.

"La expedición de mineros ha sido mandada con falsa documentación para provocar el conflicto. Pedimos al Rey que fije él mismo la indemnización que crea justa si ha sido perjudicado. Los mineros regresarán con Numbik sin demora alguna.

"Estos tres hombres que veis aquí, Faraón, son los que llegaron anoche a nuestro puerto. Son los mensajeros de los familiares de vuestra madre, de Creta y Licia, pidiendo urgente envío de tropas a los dos países.

"Declaran haber sido pagados para este peligroso mensaje; pero creían en un convenio secreto con vuestro Gobierno. Y para su resguardo, aquí está el conforme vuestro refrendado con vuestro sello real, que les fue entregado antes de embarcar en sus respectivos países.

Osarsip extendió sobre la mesa el documento indicado. El Faraón contempló en silencio un largo rato aquel pergamino. El documento decía: "Enviaré tropas de invasión tan luego de recibir vuestro aviso. Conforme". Aparecía el sello y rúbrica con que el Faraón legalizaba sus edictos y mandatos.

–También yo he sido burlado –dijo con ira reconcentrada–. Hará unos cuarenta días la Reina Madre pidió mi consentimiento para que mi hermano celebre esponsales con una nieta del Rey de Siria, y este sello y este "Conforme", fue estampado por mí mismo en ese documento. Observo que la escritura fue borrada y escrita en su lugar esta otra.

"Es una burla criminal bien hecha, pero he de cobrármela con la vida de sus autores.

"Guárdala en lugar seguro, y retén a estos hombres incomunicados hasta que yo lo determine. –El Faraón devolvió el documento a Osarsip. A una indicación de éste, los Guardias se llevaron a los tres mensajeros que de seguro no contaban vivir muy largo tiempo.

El Faraón y su Superintendente Virrey quedaron solos en la gran sala de Audiencias.

Toda la serenidad del joven Soberano cayó por tierra. Y comenzó a mesarse los cabellos y estrujar sus ropas dominado por una crisis de nervios. Osarsip corrió el cerrojo a todas las puertas y se acercó al Faraón que dejaba de serlo para convertirse en un jovenzuelo rabioso, que se veía vencido por una negra fuerza que desde su nacimiento le tenía sujeto.

– ¡Mataré a mi madre! Porque es ella la causa de todas las intrigas que me enloquecen.

– ¡Cálmate, por favor, Amenhepat, que todo lo arreglaremos entre mi madre y yo, si podemos contar con tu serenidad! –Y como hace un buen padre con un niño desesperado y rebelde, lo hacía Osarsip con el Soberano del más poderoso país en aquella época.

– ¡Mataré a mi madre!..., ¡mataré a mi madre!... –seguía gritando enloquecido–. ¡Maldita la hora en que mi padre se unió a ella para darme una vida deshonrada por sus falsedades y sus crímenes!... ¡Padre, padre!, si en tu sepulcro resuena mi voz, vomita una maldición contra ella y que sea tragada por el abismo...

Unos discretos golpecitos a la puerta interior de la sala se dejaron oír débilmente.

Osarsip los esperaba y abrió rápidamente. La Princesa Real toda envuelta en pesados velos penetró como un fantasma.

Sólo ella tenía la fuerza y el secreto de calmar al joven Faraón en sus momentos de loco furor. ¿Cómo había llegado ella?

Cuando Osarsip comenzó a remover aquel oscuro laberinto de falsedades e intrigas, previó cuál sería el final de aquella tragicomedia, y envió a su padre en busca de la Princesa Real, que no sería ni la primera ni la última vez que fuera necesaria su presencia para que el joven Faraón no terminara con la vida de su madre.

– ¡Amenhe... Amenhe, mi niño querido! –susurraba Thimetis al oído del joven, mientras le ordenaba el cabello y las ropas como una tierna madre a un niño enfermo y dolorido.

Lo llamaba con el nombre usado en la niñez y con toda la suavidad de que solo ella era capaz.

–Nuestro Osarsip –continuó–, arreglará todas las cosas como debe ser. No alteres la paz de nuestro padre, que en el reino de Osiris no puede comprender las ruindades que nos rodean en este mundo.

El joven Faraón se abrazó con loca desesperación de la Princesa Real y sus sollozos parecían romper su pecho, como un huracán de furia y de dolor que de pronto se hubiera desatado.

Osarsip había desaparecido de la sala, que poco a poco se fue

cubriendo con la penumbra del atardecer, al mismo tiempo que las furias del Faraón empezaban a calmar.

Veamos en qué forma desenredó Osarsip la madeja. Comprendió que había llegado el momento de obrar con serenidad y energía con la Reina Madre, autora única de todos los trastornos que durante la Regencia y después, venían sucediéndose en el país, al cual, en unión con sus ambiciosos familiares, terminaría por llevar a un desastre irremediable.

En consecuencia, ordenó al Jefe de la Guardia Real clausurar por fuera todas las puertas del ala derecha del gran Palacio, que era la parte ocupada por la Reina Madre y su servidumbre.

Esta medida se realizó de inmediato, luego de cerciorarse el Jefe de la Guardia, de que sólo la Reina y su servidumbre estaban adentro.

La Princesa Real que conocía todos los detalles de la gran casa, había puesto en conocimiento de su hijo los corredores secretos y pasillos entre muros que existían, y esto desde el momento que fue proclamado Superintendente Virrey. Debía resguardarlo de todas las tentativas de asesinato que temía de los ambiciosos cargados de envidia y demás viles sentimientos que fermentan en los palacios reales, cuando hay en las cortes seres como era la Reina Madre y los elementos de que ella gustaba rodearse. Desde ese instante nadie podría entrar ni salir de aquella parte del Palacio sin consentimiento del Jefe de la Guardia Real, que notificó a la azorada gran señora de la orden del Faraón.

Ni gritos ni maldiciones, ni llantos conmovieron la fibra de acero del adusto militar que también estaba harto de aquella vida de infierno, que la augusta dama obligaba a vivir a todos los habitantes de la suntuosa y enorme mansión real.

Con el plano del vastísimo edificio en la mano, el Jefe de la Guardia con un nutrido grupo de cerrajeros fue aplicando gruesos barrotes de hierro a puertas, ventanales y corredores secretos y no secretos, y por fin colocando en su llavero de oro la llave de la única puerta que quedaba sin clausurar y ante la cual dejó cuatro guardianes de toda su confianza, con la consigna de no dejar pasar ni a las golondrinas que buscaban el refugio de las cornisas. A las furibundas protestas y gritos de la Reina Madre, el militar sólo había contestado:

– ¡Señora!... Aún podéis bendecir a los dioses que a este precio conserváis vuestra vida. El Faraón quiere vuestra muerte y el Superintendente Virrey os salva de este modo la vida. –Dicho esto cerró por fuera la gran puerta en la que ella había hecho poner su

monograma en grandes letras de oro y piedras preciosas. No las verían ya sus ojos porque aquello significaba prisión perpetua.

Sus damas se arrojaban a sus pies llorando desesperadamente.

Todas eran cómplices de las intrigas reales mediante las cuales cosechaban cuantiosa fortuna. La gran dama había enriquecido durante su Regencia a todos los que se prestaron a secundarla en sus audaces intrigas.

El Faraón confiscó los palacios y casas de recreo que ella había regalado a sus damas y favoritos, y se incautó de fincas y valores pertenecientes a la Reina y a su hijo menor. Este, que tenía ya su pabellón aparte en el gran Palacio, quedó libre de la clausura, pero también estaba impedido de ver y hablar a su madre.

Ya era llegada la noche cuando Osarsip se presentó de nuevo al Faraón.

Antes de abrir la puerta, Osarsip escuchó la voz de su madre que leía para Amenhepat los más bellos pasajes de la vida de Anfión Athaulfo de Otlana, llamado el Rey Santo. Y oía también la voz tranquila del Faraón que hacía este comentario: – ¡Como esa dichosa paz hubiera querido tener en esta vida mía!... ¡Oh! ¿Por qué los dioses me hicieron nacer tan desventurado?

– ¡Faraón!... –dijo Osarsip entrando–. Estamos viendo nacer la paz y la dicha para ti. Ten un poco más de paciencia y la verás llegar como una hada benéfica para ti. –Los ojos del Faraón interrogaban–. Todo va bien –se apresuró a responder Osarsip–. Arreglarlo todo sin derramamiento de sangre, creo que es un magnífico arreglo.

"A nadie se le ahorca, a nadie se decapita, ni azota, pero se obliga a doblar la cabeza a quienes la levantaban más de lo conveniente.

"¿No crees que es lo justo?"

–Hay un decir muy vulgar entre los beduinos del desierto –dijo muy tranquilo el Faraón–, y es así: "Si a la víbora cobra no le cortas la cabeza, tarde o temprano morirás por su veneno". ¡Eh, Osarsip!, ¿qué dices a esto?

–Mira, Amenhepat. Es esta la primera encrucijada que se me ha presentado en el camino donde tú me has puesto. Permíteme probar de pasarla sin sangre y sin muertes. Si nos da resultado, bendita sea la Luz y la Fuerza Divina que nos ha asistido. Si falla, te devuelvo el nombramiento glorioso que me diste y huyo al desierto a vivir entre los beduinos y los parias, porque me valdrá más ser un beduino y un paria que vivir entre las gentes que se llaman honradas.

La Princesa Real en un transporte de amor, a los que ella era siempre dispuesta abrazó al hijo y al hermano, y unidas estrechamente las tres cabezas decía con la voz temblando de emoción:

– ¡Gracias, madre Isis, porque has hecho brillar sobre esta casa y este país tu radiante estrella de paz que es silencio y melodía para las almas que te invocan y te ruegan!

Con la destitución y destierro de los ministros cómplices de la Reina Madre, y el envío de mensajeros fieles a los Gobiernos que falsamente informados, amenazaban con guerras sin fundamento alguno, quedaron definitivamente anuladas las ambiciosas intrigas con que ella y sus familiares traían en continua agitación al tranquilo país del Nilo, donde los Kobdas de la prehistoria habían dado abundancia y felicidad a todos sus habitantes.

= 24 =
TUL DE ILUSIÓN

El Notario Mayor Membra había embarcado en rápido velero y con buena escolta como Embajador del Faraón ante los Soberanos de Creta y de Licia. Le acompañaba también el Médico Real Atón Mosis, según resolución conjunta del Sacro Consejo y del Faraón, que había elegido como nuevos Concejales a su hermana la Princesa Thimetis; al Capitán General de sus ejércitos, Ned-Enek; al Ingeniero Director de Obras Públicas, Seti-Kef; y al Capitán General de la Escuadra, Neme-Amón.

Se los había insinuado la Princesa Real, y el Faraón confiaba en ella plenamente. El Gobierno y el pueblo habían entrado a un período de paz y de absoluta tranquilidad.

El Faraón, con su Ingeniero Director de Obras Públicas, se dedicó de lleno a los grandes proyectos que años más tarde le absorbieron por completo su vida.

Osarsip, que no obstante de ser fuerte de espíritu y de cuerpo, sentía como un gran cansancio interior, se retiró al castillo del Lago Merik, bien seguro de que el Embajador Membra desvanecería todas las alarmas que agitaran a los Gobiernos amigos de Egipto.

Hablando en sentido figurado podemos pensar y decir que los ángeles de Dios deshojaron madreselvas de paz y suavidad infinita en el corazón de Osarsip, cansado –como se cansan también los grandes y fuertes en esta tierra– después de haber soñado con nobles y bellos ideales, y verse obligado a palpar y vivir las amargas realidades de la vida en la materia.

El Superintendente Virrey había pasado tan penosos días mientras ponía toda su voluntad en solucionar los graves problemas, mencionados a la ligera para no fatigar al lector, volvía al suave nido materno con el alma ensombrecida de tristeza y preguntándose mentalmente a sí mismo:

–*"¿Deberá transcurrir en esta forma toda mi vida?"*

En la góndola del pabellón amarillo y blanco, que le conducía por el canal en un sereno anochecer, semitendido, Osarsip, en un canapé y con las cortinillas descorridas contemplaba con doliente mirada la estrella vespertina, la radiante Venus, y creía sentir que el eco lejano de una voz amada le llegaba plena de esperanza, de fe, de optimismo, a su pobre alma dolorida que no podía responder en igual tono. Sus fuerzas internas parecían haberle abandonado, después de la inflexible severidad que debió usar para poner término a las gravísimas inquietudes que venía sufriendo el país desde varios años atrás.

Su pensamiento flotaba indeciso como un pájaro cansado de volar sobre mares helados y desiertos estériles y resecos, sin encontrar un árbol hospitalario donde posar el pie. Se sentía agotado, entristecido, moralmente casi muerto. Recordaba viejos pasajes leídos y releídos en arcaicas escrituras que rememoraban vidas y hechos de otros hombres idealistas y soñadores, que en lejanas edades habían vivido y luchado por hacer a esta humanidad terrestre, digna moradora y dueña de la estrella terrestre, tan dotada por el supremo poder de imponderables bellezas. Y pensaba casi con aversión y horror: –*"No merece esta humanidad el don Divino de una morada planetaria semejante. Nunca la ha merecido, por eso el fuego de cien volcanes consumió como estopa a la Lemuria, por eso los mares embravecidos tragaron a la Atlántida.*

"Que tuvieron a Juno y Numú y los sacrificaron; a Anfión y Antulio, y los sacrificaron; a Abel y Krishna y los sacrificaron también... ¿Qué fuerzas tremendas vendrán sobre ella a causa de tantos grandes idealistas sacrificados por esta humanidad?

"Los que por un rayo de luz hemos llegado a comprender la Eterna Ley de la solidaridad y del amor, ¡no podemos dominar a la gran bestia que atropella con todo, que lo pisotea todo, que lo embarra todo!... ¡Y no pudiendo hacerlo también con el sol y las estrellas que pueblan los espacios infinitos, los embadurna con sus miserias, haciéndolos dioses protectores de lujurias, de crímenes y de vicios!

"¡Santo Cielo! ¡Esta es la humanidad entre la cual vivo! ¿Es

una fuerza ciega que me ha traído en medio de los hombres o eres tú, Poder Divino, para que abra un oasis en el estéril desierto, donde encuentren refugio los que te sienten y te aman?"

Cuando el corazón de Osarsip iba a estallar como una bomba en alta presión, una gaviota cansada cayó a sus pies y su cuerpecito de blancas plumas, palpitaba con un ritmo casi imperceptible. Una pareja de cuervos negros pasó rozando las velas de la embarcación. La infeliz gaviota no encontró mas medio de salvación que la góndola que flotaba sobre el canal, casi llegando al castillo del Lago Merik.

Osarsip la levantó rápidamente y la cobijó con amor en su seno:
–Como fuiste tú en medio de esos cuervos que deseaban devorarte –le decía–, así soy yo en medio de los hombres. En mis manos encontrasteis refugio y amparo. ¿En quién lo encontraré yo?

Sonó sordamente el ancla cayendo al fondo del canal y la góndola fue amarrada en el pequeño muelle donde el gran farol de múltiples colores arrojaba sus irisados rayos de luz sobre las aguas tranquilas y el parque lleno de rumores.

Osarsip desembarcó a tiempo que la Princesa Real con la jovencita Merik se acercaban a recibirlo.

– ¡Hijo mío! –decía la dulce voz maternal–. Paseábamos por aquí esperándote.

–Salvé yo esta gaviota de los cuervos que la perseguían, y vosotras me salváis a mí –contestó Osarsip, haciendo grandes esfuerzos para cambiar su estado interior que bien se reflejaba en su semblante.

– ¡Te salvamos! ¿De quién?

–De mis propios pensamientos, madre. A veces tiene la vida espejismos horribles que hacen vacilar al más fuerte.

–Es verdad, hijo mío, y bien has hecho en correr hacia el nido paterno que es para ti suave como plumón de seda. ¿No es verdad, Merik, que tú encuentras este nido, dulce y suave para ti?

– ¡Oh, sí! En ninguna parte me encuentro más a gusto que aquí –y al decirlo la bella adolescente se apretaba a la Princesa Real, como si quisiera convencer a todos que era ella quien llenaba de suaves encantos aquella solitaria morada.

El tibio anochecer a orillas del lago, ejerció de inmediato su potente influjo en el alma dolorida del joven, que seguido por su madre y la niña, continuó andando en muda contemplación de cuanta belleza le rodeaba.

– ¿Quieres quedar aquí o entramos al castillo? –interrogó Thimetis–. Pronto servirán la cena.

–Me quedaré aquí unos momentos –dijo, dejándose caer en uno de los grandes bancos de mármol que había a la sombra de las palmeras–. Acaso es este el mismo lugar en que hace años fui iluminado.

–Y quieres iluminarte nuevamente –díjole su madre acariciándole la cabeza–. Bien, quédate, yo debo ir allá adentro a ordenar algunas cosas. Quédate con él, Merik, porque tanto como la pobre gaviota, mi Osarsip necesita consuelo y compañía. –Y se alejó hacia la casa. La niña quedó de pie junto al banco, mientras cubría con su chal a la temblorosa avecilla a la que daba el calor de su pecho.

–Siéntate –le dijo Osarsip–, que hay lugar de sobra para los tres.

– ¿Cuentas también a la gaviota? Ella no ocupa ningún lugar en el banco, pues se cobija entre mis brazos.

–Todos los seres que viven necesitan algo suave y tierno como un regazo materno para no perecer en momentos determinados. Todos los seres, aun los más fuertes somos como esa pobrecilla gaviota, cuando los huracanes de la vida nos azotan con su furia infernal.

"También tú estás con el alma lastimada, Merik. Pareciera que ella se queja. ¿Estoy en lo cierto?

–Sí, Osarsip. Estás en lo cierto.

– ¿Puedo saber por qué?

–No puede ser de otra manera. En mi casa hay angustia y zozobra desde hace tiempo. Pocos son los días de alegría que yo he tenido en mi vida. Ya sabes que mi padre está más vinculado al Gran Palacio que a su hogar, y de allí se recogen tantas penurias como espigas en un trigal maduro.

–Tan niña que eres, y ya sabes tanto del dolor de la vida. Nunca lo hubiera yo creído.

–También tú eres muy joven, y estás como un viejo soldado recién venido de la guerra. Ya se ve que vienes del Gran Palacio. Así llegaba siempre mi padre a casa. Y mi pobre madre que sufre neuralgias, al verlo siempre así... Figúrate lo que es aquel hogar. Ahora está más tranquila al irse mi padre con el venerable Notario Mayor. Madre descansa y tiene además a la Mangrave que vino a pasar el invierno con nosotros.

– ¡Claro! La Mangrave hace con ella, como tú con la gaviota asustada. ¡Oh!, las madres son hechas para consolar.

–La Tierra es mala y oscura, Osarsip. Cuando miro al cielo azul y las estrellas, quisiera escapar hacia cualquiera de ellas. Nos

enseñan que en muchas hay vida dichosa, ¿no podríamos dejar esta Tierra y partir hacia allá?

Este interrogante de la niña entristecida tocó una fibra herida en el corazón de Osarsip, que volviéndose rápidamente hacia ella, le dijo:

– ¿También tú, con tan pocos años, reniegas de esta Tierra? Óyeme bien, Merik, que lo que voy a decirte es muy importante: la Tierra en que vivimos es en medio del Universo una estrella, como las que vemos resplandecer a lo lejos. Te aseguro que los seres que las habitan contemplan de lejos a nuestra Tierra de igual modo que lo hacemos nosotros. Y, quién sabe, acaso pensarán también como tú acabas de manifestarlo, que sería mejor vivir en esta estrella lejana. ¿Comprendes? Con esto quiero decirte que esta Tierra está llena a desbordar de luz, de alegría, de bellezas indescriptibles. La oscuridad, la tristeza, el dolor, la fealdad, la negrura, la tiniebla, no está en la Tierra sino en el alma de los seres que la habitamos.

Los grandes ojos oscuros de Merik buscaron los de Osarsip, con ese asombro natural del que escucha algo que no esperaba.

– ¡Oh! –exclamó–, todos se quejan de lo mala que es esta Tierra en que vivimos, y la llaman *Infierno lleno de víboras y demonios*, y viven suspirando por las estrellas, moradas de los dioses.

–Las víboras y los demonios las engendran y las dan a luz los seres humanos que vivimos en la Tierra y que no somos dignos de habitarla. La Suprema Potencia, Dios, nos hace nacer en ella para vivir felices, cumpliendo el mandato de su Ley: "El Amor de los unos para los otros". El ser humano en vez de gastar el tiempo y la vida en llenar la Tierra de flores y de frutos, en vez de utilizar, para la dicha de todos, el agua de sus torrentes, ríos, mares y lagos; la piedra de sus montañas, la madera de sus bosques, las inmensas riquezas y tesoros que guardan sus entrañas, la explota y acapara el más fuerte para sí mismo, y arma espantosas disputas para acaparar más y más, sin importarle nada dejar hambrientos y desnudos a los que como él han sido traídos por la Suprema Potencia, como habitante de la Tierra. ¿Comprendes esto, Merik?

"En vez de flores y frutos para todos, la llenan de dolor, de angustia, de miseria, de hambre, para los que no pudieron o no quisieron explotar y acaparar lo que Dios-Padre dio para todos con infinita largueza y generosidad.

"Es tul de ilusión, Merik, tul de ilusión la idea de que esta Tierra es fría, nebulosa y oscura. Es hermosa y bellísima en todos los múltiples aspectos que el Eterno Creador le ha dado, al igual

que a todos esos radiantes globos que vemos brillar en el espacio infinito.

"La tiniebla la hacemos los humanos con el loco desenfreno de nuestras pasiones; con el egoísmo criminal y hambriento de nuestro bien personal que es el dolor y la miseria para los demás.

"¡Oh, Merik!..., querida niña inocente, y asustada como esa gaviota que cobijas entre tus brazos. ¡La Tierra es bella, es una estrella que brilla también en el espacio azul, es bella con sus montañas que se enlazan con las nubes, con los bosques que nos brindan su sombra, con sus lagos y sus ríos que nos dan su frescura, con sus flores y sus frutos, con sus pájaros que cantan, las bestias de las selvas que nos dan cuanto poseen..., y hasta los más pequeños insectos, Merik, hasta ellos!... ¡Las mariposas nos dan sus colores imitación de las corolas en que se esconden, los cocuyos sus luces fugitivas..., las abejas la miel dorada de sus colmenas! ¡Oh, Merik!... ¡Mira como yo las bellezas de esta Tierra y que yo vea otros ojos junto a los míos que no se dejen cubrir con el frío tul de ilusión de los *horrores de infierno de nuestra Madre Tierra*!..."

La campana sonora del castillo llamando a la comida de la noche cortó el diálogo vibrante de Osarsip con la inocente niña que tenía a su lado, asombrada de oír afirmaciones tan hondas que no esperaba escuchar.

La Princesa Real y el Gobernador del castillo del Lago Merik sentíanse desbordante de júbilo porque el amado hijo había vencido y solucionado favorablemente los gravísimos problemas que amenazaron la tranquilidad del país. Y aunque lamentaban que hubiera sido puesta en evidencia la culpabilidad de la Reina Madre, valoraban como un glorioso triunfo que en las soluciones de Osarsip no hubieran tenido parte, ni las torturas físicas, ni sangre, ni muertes, lo cual era mucho decir en aquellos tiempos.

De acuerdo con todo el personal del castillo se organizó una velada musical esa misma noche, celebrando tan feliz acontecimiento.

El Anciano sacerdote Amonthep con sus compañeros Ohad y Carmi, darían a la velada la parte seria que agradara a Osarsip, leyendo y comentando fragmentos de antiguas escrituras sagradas, que relataban vidas heroicas de noble grandeza realizadas siglos atrás, cuando los primeros emigrados Atlantes fundaron la raza egipcia y dejaron como recuerdo de su paso por aquella tierra las grandes pirámides y la Esfinge de Gizeh.

Un sobrino del sacerdote Amonthep, con Aarón y Hur, formaban un admirable trío de instrumentos de cuerda. El primero, o sea Layo, tocaba la lira; Aarón, la cítara, y Hur, el laúd; el sacerdote Ohad era el maestro de clavicordio y director de la pequeña orquesta que acompañaba en el oratorio del castillo las meditaciones de la Princesa Real.

–Procuremos todos dar alegría a nuestro Osarsip, que siempre es taciturno –había dicho la Princesa a todos los que en una forma o en otra actuaban en aquella velada de homenaje a él.

– ¿Y yo qué puedo hacer si no tengo capacidad para nada? –le había preguntado Merik.

– ¡Oh, mi niña querida! Tú recogerás todas las rosas blancas y todos los junquillos y lotos de las orillas del lago y adornarás el salón como sea tu gusto.

Osarsip vio a la niña que a la luz de la luna y de los faroles multicolores que iluminaban los senderos del parque, recogía flores y llenaba una y otra cesta. Se acercó para ayudarla y hacerle compañía.

–Te ayudaré, Merik, y así aparto los pensamientos perturbadores.

–Acepto tu compañía y tu ayuda en mi trabajo, pero, por favor, no me hables de cosas tan hondas y graves porque no creo llegado para mí el tiempo. Todavía quiero reír y jugar con las gacelas del parque y los chiquitines de los hortelanos.

–Tienes razón, Merik..., toda la razón. Para ti seré un jovenzuelo alegre como tú. Desde que nos separamos esta tarde estoy pensando cosas muy bellas y muy buenas. Las aguas de este lago y los rumores del bosque tienen magia de amor y de alegría, Merik, y cuando estoy aquí me siento un chicuelo hasta capaz de hacer una travesura. Por ejemplo... ¡ésta! –y Osarsip, que mientras recogía las flores las iba entretejiendo como una guirnalda, dejó en un banco la gran cesta ya desbordante, y colocó la guirnalda de rosas blancas en la cabeza de la niña que no tuvo tiempo de evitarlo, y dijo con gran sumisión:

– ¡Vaya!... Esto es algo mejor que tus discursos terribles en contra de todos los seres humanos... ¡Gracias, Osarsip!

"Me has coronado de rosas. Llevarlas en la cesta o llevarlas en mi cabeza, todo es igual.

–Pero éstas son para ti, especialmente para ti. ¿No aceptas con alegría mi regalo?

– ¡Mucho, sí, mucho! Pero comprenderás que no puedo entrar al salón así; disfrazada.

– ¿Cómo disfrazada? Las vírgenes de todos los templos se coronan de rosas para realizar los cultos y cantar los himnos.

–Pero yo no he de realizar ningún culto ni cantar ningún himno.

–Eso lo dices tú, pero no lo he dicho yo, que desde que llegué hoy al castillo estoy pensando cosas muy bellas. ¿No te he dicho que el lago y el bosque tienen magia de amor y de alegría?

– ¡Ah!... ¡Ya, ya!... ¿Y esta corona de rosas es el resultado de esa magia que dices?

–Justamente, Merik. Es el comienzo de los resultados de esa divina magia.

– ¿Es el comienzo, dices? ¿Luego piensas en que sigan y sigan los resultados?

–Naturalmente, Merik. ¿Cómo quieres que termine tan pronto? Yo hago y haré todas las cosas en grande y muy bien hechas. No me agradan las medianías, ni las medias tintas. Todo en la Creación del Eterno Infinito me habla de grandes bellezas..., de imponentes y supremas bellezas. Las ruindades, las pequeñeces, las fealdades y negruras me asquean, Merik, me dan náuseas y me ponen hosco y taciturno. ¡Si quiero estar alegre y ser bueno, he de ver todo bello, noble, grande..., sublime!

–Paréceme, Osarsip, que eres un poco soberbio y presuntuoso. Ante ti, no podrá presentarse jamás un mendigo harapiento y menos un leproso todo deshecho... Entonces, ¿no conoces tú, la piedad?

– ¡Merik, por favor! Hoy no quiero nada triste, ni feo, ni doloroso. Toda esta última temporada la he pasado viendo el dolor y la miseria humana. Sólo en Luxor y Abydos encontré sublimidad y belleza... Lo demás... ¡Oh, niña querida!, por hoy borremos lo pasado.

"Hoy estamos tú y yo, recogiendo flores... ¿De acuerdo?"

–Sí, sí, de acuerdo.

–Bien, óyeme: ahora cuando lleguemos al castillo, me dejarás las cestas de flores, yo me entenderé con la dama de turno y entre ella y yo arreglaremos el salón

–No, no, de ninguna manera. Tú eres el obsequiado, Osarsip, ¿cómo permitirá la Princesa Real que trepes escaleras y cuelgues guirnaldas? Tengo que ser yo con las damas jóvenes.

– ¿No te dejarás vestir con ellas como yo quiero?

– ¡Aja!... ¿Desde cuándo aprendiste a ocuparte en adornos de mujeres?

–Desde hoy solamente.

– ¿Por qué desde hoy?

– ¿No te dije ya que hoy quiero ser un chicuelo alegre y travieso? ¿Lo olvidaste, Merik?

– ¡Ah, sí!... Los resultados, los resultados de la magia esa del lago y del bosque... Me había olvidado, ¿y también eso de vestirme como tú quieres es uno de los resultados?

– ¡Ni más, ni menos! ¿Observaste alguna vez el gran tapiz griego del salón de la Princesa Real?

– ¡Oh! ¡Es lo más hermoso que hay!

– ¿Recuerdas las vestiduras de las doncellas que van en procesión al Templo de Delfos? Envueltas en largos velos, coronadas de rosas, llevando pebeteros que arrojan el humo perfumado del incienso de Arabia que se quema en las ascuas ardientes.

– ¡Oh, sí!... ¡Las contemplo con amor y quisiera ser una de ellas!

– ¿Sí?... Pues lo serás esta noche porque yo lo quiero.

– ¿Y las damas jóvenes se vestirán también así?

–Eso..., veremos si ellas lo quieren.

–Y deben querer, porque de lo contrario, ¿qué procesión haría yo sola?...

– ¡Oh, mi niña tontuela!... Déjame a mí. Yo hablaré con ellas y lo arreglaré todo. Tú eres la más pequeña de todas ellas y por tanto debes dejar que los mayores que tú, dispongan las cosas como lo crean más conveniente. ¿Estamos de acuerdo?

–Sí, Osarsip, haz como tú quieras. La Princesa quiere para ti toda la alegría esta noche y no he de ser yo la que se oponga. Vamos, que ya en las cestas no caben más. –Y ambos se encaminaron rápidamente al castillo.

Los grandes y los fuertes también se tornan como niños cuando los ángeles de Dios deshojan madreselvas de paz en sus corazones, en otra hora abrumados por el espanto y el horror de las miserias de la vida.

Y así, el flamante y grave Superintendente Virrey de Egipto refrescaba su corazón entre la inocencia de la bella criatura que recogía flores, el dulce y puro amor de su madre, la belleza de cuanto le rodeaba y la irradiación de amor en que le envolvían todos los habitantes del castillo del Lago Merik.

Osarsip era, esa noche, un gallardo joven de diecisiete primaveras y nada más.

Cuando llegó la hora de comenzar la velada, la Princesa Real y Amram, Gobernador del castillo, el Anciano Amonthep y sus dos compañeros, el Jefe de la Guardia y demás personajes de la casa, ocuparon sus puestos en el gran salón.

Osarsip, que era el obsequiado, no aparecía.

De pronto dos pajecillos abrieron el cortinado de una puerta interior y apareció el joven, con la resplandeciente indumentaria de Príncipe de Egipto y Superintendente Virrey, llevando de la mano a la pequeña Merik envuelta en una nube de tul de ilusión, coronada de rosas blancas y seguida de una fila de doncellas también coronadas de rosas y cubiertas de blancos velos.

Los pebeteros que llevaban hacían ondular sus espirales de humo perfumado y el trío de músicos llenaba el salón con la melodía divina de sus cuerdas.

Para todos fue aquello un número del programa, imitación de las fiestas griegas del Templo de Delfos, una copia del gran tapiz adorno del salón. Pero la copia del tapiz se tornó en hermosa realidad cuando Osarsip se llegó ante el sillón de la Princesa Real, y oyeron la voz de él, clara y sonora, que decía:

– ¡Princesa Real de Egipto! Dignaos consagrar mis esponsales con esta doncella elegida por mi corazón para compañera de toda mi vida.

Ambos se arrodillaron ante la Princesa Thimetis, que de su asombro pasó a la emoción más profunda, y entre lágrimas y besos unió las dos cabezas sobre su pecho, mientras la orquesta echaba a vuelo todos sus arpegios, y las campanas del castillo tocaban a fiesta, y los clarines de la Guardia exhalaban sus dianas triunfales...

Cuando la consagración de esponsales terminó, reanimada la Princesa Real dijo:

– ¿Con que todos fueron cómplices de este gran acontecimiento que sólo yo ignoraba?

– ¡No, madre!... Nadie fue cómplice, porque todos creían que esto era sólo una imitación de ese tapiz griego preferido tuyo. Y en tal sentido todos han colaborado.

"Pero la verdad la sabía yo solo. ¿Me perdonas?

La dulce madre abrazó de nuevo a su hijo, y entre risas y lágrimas le decía:

–Todo lo que tú haces es extraordinario y está bien hecho. De ti sólo puedo esperar cosas grandes y bellas.

"¡Que Dios te bendiga, hijo mío, y contigo a la que ha elegido tu corazón!".

La inocente Merik que no salía de su asombro, dijo por fin:

– ¿Este tul de ilusión en que me han envuelto, verdad que no te enoja como aquel otro de tu rabioso discurso de esta tarde?

–No, Merik. Este no es tul de ilusión, sino una realidad hermosa

que puede ser contemplada a través de un tul de ilusión. –Al decirlo así, levantó Osarsip el velo que cubría el rostro de la niña y ambos se miraron al fondo del alma–. ¡Sí, Merik!... ¡Es una hermosa realidad!...

¡Alma grande y fuerte de Moisés, Profeta y Ungido de Dios! ¡Soñaste con tiernas suavidades de amor, cuando tu Ley era adusta y árida como el pavoroso Sinaí de tus años maduros!...

= 25 =
ESTRELLAS Y LOTOS

La Ley Divina siempre generosa con los que lo son con Ella, y aun con los que no lo son, se desbordó en hermosas concesiones durante la segunda mitad del año diecisiete, y casi todo el dieciocho de su vida. Todo el país era un mar tranquilo cubierto por un cielo azul sereno que hacía florecer la paz y la dicha en los seres, y la abundancia en los campos de dorados trigales y en los huertos de frutos y de flores.

El alma grande y pura de Osarsip florecía también entre el amor de sus padres y de todos cuantos le rodeaban.

Si pasaba por las avenidas de las grandes ciudades, sólo veía simpatía y amor en todos los ojos, y a veces le llegaba el rumor de un decir como este entre los transeúntes:

–Los dioses bendigan a nuestro amado Virrey que nos trae paz y abundancia.

Mas, Osarsip, espíritu viejo cargado de conocimientos y de experiencias pensaba:– *"¡Cuán dulce y buena es la paz y la dicha con que el Eterno Infinito llena mis días!... La beberé con ansias sin desperdiciar ni una gota, porque es tesoro de amor divino que poco ha de durar ya que en medio de esta humanidad abunda el egoísmo que ocupa nueve partes y deja una sola para el amor".*

La Embajada del Notario Membra a los países que creían inevitable una contienda armada le ocuparía seis o siete lunas, acaso un año.

El conflicto con Siria se refería al anulamiento de la ordenanza póstuma del Faraón Ramsés I, padre de Amenhepat, coronado con el nombre de Ramsés II por voluntad paterna.

Aun antes de nacer el hijo que le daba la reina Gala, el Faraón firmó una alianza con el Rey de Siria que acababa de anunciar el nacimiento de una tercera hija mujer, primogénita de la Princesa Daría con quien se había unido en terceras nupcias. Esta alianza

constaba de varios puntos muy importantes para ambos soberanos. Uno de los puntos; era: "...que si el hijo que esperaba el Faraón era un varón, se uniría en matrimonio con la recién nacida princesita, con la cual celebraría esponsales a los diez años".

Los esponsales se habían celebrado sin que los futuros esposos se hubieran visto nunca. Eso no tenía importancia entre las gentes de sangre azul.

La reina Gala que deseaba casar a su hijo con la hija mayor de un hermano suyo, fue demorando de año en año el cumplimiento de aquel antiguo compromiso.

Y Amenhepat no se interesó poco ni mucho en ese asunto. Ni lo tuvo en cuenta jamás. El conflicto vino porque la Reina Madre envió un documento de los fraguados por ella, anunciando que el joven Faraón no estaba dispuesto a cumplir un compromiso paterno hecho antes de su nacimiento y ofreciendo en reemplazo a su hermano, el segundo hijo de su madre.

El Rey de Siria lo tomó como una burla que le infamaba y su cólera no tuvo límites.

El lector pensará, acaso: "¿Cómo se las arregló el Superintendente Virrey de Egipto para ordenar este delicado y a la vez descabellado asunto?"

–Amenhepat –le dijo al Faraón, en el momento oportuno–, si estás dispuesto a cumplir el compromiso de tu padre, no hay guerra con Siria.

–Cumpliré el compromiso firmado por mi padre –fue la contestación.

–En tal caso es necesario que el Notario Membra anule, por tu mandato, lo que hizo tu madre durante la Regencia.

El Faraón, por toda respuesta, tomó su anillo de sellar sus órdenes y lo plantó con furia sobre un pergamino.

–Escribe aquí la anulación de cuanto hizo la Regente durante su gobierno y manda copias a los gobiernos que se sienten agraviados por ella.

De esta manera, el Superintendente Virrey había arreglado todos los conflictos, y debido a esto, descansaba en la dulce paz hogareña, entre el amor de sus padres y el encanto que le producía la compañía de la inocente hija del Médico Real Atón Mosis.

Anochecía. Sobre el espejo del lago se reflejaba el azul serenísimo del cielo, poblado de radiantes estrellas, mientras emergían desde el fondo de las aguas los blancos lotos como alitas de palomas que temblaban rizando las olas.

– ¡Cuán bello es, Merik, todo cuanto ha puesto Dios-Padre

sobre esta Tierra! –exclamaba así Osarsip, paseando por la orilla del lago, llevando a la niña de la mano. Era ella pequeñita y grácil, como un junquillo. Su cabecita de oscuros bucles no alcanzaba ni al hombro de Osarsip, tan alto y esbelto como una joven palmera del desierto.

–Si te gusta podemos recoger lotos, pero a las estrellas que se miran en el agua no las podemos recoger –respondía ella graciosamente.

–Ni a las estrellas ni a los lotos me gusta apartarlos de donde están.

"¿No es más bello contemplar al querido lago sembrado de estrellas y de lotos? ¡Oh, Merik!, ningún pintor sería capaz de copiar una belleza semejante.

–Y yo pienso que nadie más que tú, observa este detalle, Osarsip. Eres en todo diferente a los demás.

"Tantas veces vine con las damas y los pajes por aquí, y ninguno vio que el lago aparecía bordado de estrellas y de lotos. ¡Y es verdad! ¡Ahora lo veo maravilloso! ¿Será que lo miro a través de los ojos tuyos?

–Quisiera, niña mía, que todo lo mirases a través de los ojos míos.

– ¿Por qué?

–Porque entonces entre tú y yo existiría una armonía perfecta. Seríamos como dos laúdes templados al mismo tono.

– ¿Quieres decir que no reñiríamos nunca?

–Justamente. Seríamos como un símbolo del amor perfecto. El Dios-Padre de todos los mundos así lo quiere y así será en un día acaso muy lejano en esta Tierra y en todos los planetas habitados por humanidades como ésta.

– ¿Qué debo hacer para mirar todas las cosas a través de los ojos tuyos?

–Nada más que amarme como yo te amo. Cuando dos almas se quieren de verdad, sin nada de egoísmo, sin nada de interés, cuando hay nobleza en ellas, se produce el milagro, el prodigio.

"¡Porque el amor verdadero en esta Tierra es un prodigio! Merik, es un milagro que contemplan con asombro los ángeles de Dios. Y Dios mismo, si puedo decirlo, mira complacido el verdadero amor floreciendo en dos almas gemelas.

– ¿Cuándo son gemelas las almas?

–Se conoce que dos almas son gemelas cuando en todo piensan de la misma manera; cuando tienen los mismos gustos, idénticos anhelos, y cada una de ellas sólo es dichosa cuando complace a

la otra, hasta en las más pequeñas cosas de la vida diaria. Es la perfección del amor, Merik, tal como lo quiere Dios, Padre Universal de todas las almas. Y en ellas se despierta entonces una gran voluntad de sacrificarse por aquella otra alma igual a ella misma y a la que ama tan profundamente.

– ¿Y sabes tú cuál es el alma gemela tuya? –al preguntar así la niña miraba a Osarsip llena de curiosidad, porque su respuesta le interesaba grandemente.

Y él, con esa serena calma que le hacía asemejarse a un hombre maduro, le contestaba:

–Hasta ahora pensaba si sería mi madre, por lo mucho que nos asemejamos en todos los aspectos de nuestro mundo interno. Mas ahora, observándote a ti, que te vas descubriendo ante mí, y voy encontrando muchos puntos de contacto, pienso en una vieja escritura que encontré en la cripta de un templo de Abydos.

– ¡Oh! ¡Cuántas cosas sabes, Osarsip! Pienso que también yo puedo saberlas si tienes voluntad de enseñármelas.

–Sí, Merik, puedes saberlas. Esa escritura dice que almas gemelas son las que tienen un mismo origen, un mismo principio de vida, de igual modo que se llaman gemelos a los seres nacidos al mismo tiempo de una misma madre.

"Cuenta esa escritura que en época muy lejana, y en un sistema planetario de gran esplendor y de más avanzada evolución que éste, una Inteligencia encarnada en uno de aquellos radiantes planetas, se paseaba a la orilla de un mar. Y una ola arrastró a la playa, por donde paseaba, una hermosa cabellera verde plateado que llamó su atención. Al acercarse a examinarla, como tenía vastos conocimientos en las ciencias naturales, y era además un eterno enamorado de las bellezas de la naturaleza, comprendió que en aquellas algas marinas estaban prendidas muchas células vivas y quiso saber el modo y forma en que ellas podían desarrollarse.

"Hay curiosidades santas, excelsas, Merik, que pueden conducir al hombre hasta el templo augusto de la verdadera sabiduría, como hay curiosidades bajas y malas que pueden arrastrar a un ser a los negros abismos del vicio y hasta del crimen. Ya lo dice el viejísimo axioma de las más antiguas escuelas de conocimiento divino: "*La curiosidad por lo bajo, hunde en el fango. La curiosidad por lo alto sube hasta las estrellas*".

"Así, el paseante de la orilla del mar se llevó a su casa la verde madeja plateada que llamó su atención. Examinada a través de una poderosa lente, pudo contar setenta células vivas, y la dejó en un estanque de su huerto. De aquellas aguas serenas emergían lotos

y junquillos, y de seguro contemplaría con amor, en su estanque, como nosotros este lago poblado de estrellas y de lotos.

"Aquellas células se hicieron como ampollas y luego pequeñas larvas, que desprendidas de la madeja verdosa se arrastraban por las piedras de la orilla.

"Tal fue el lejano origen de setenta vidas que respondieron con agradecido amor al hombre inteligente y bueno, que por su santa curiosidad acerca de la madeja de algas colaboró a la más rápida evolución de aquellos menuditos principios de vida. Después de largas edades y de mil transformaciones llegaron a seres con Inteligencia y capacidad de razonar, de sentir y de amar. Esas setenta vidas son almas gemelas. ¿Has comprendido, Merik?

–Tal como me lo explicas, es tan claro como el agua de este lago, y pienso que también yo podré ser alma gemela con otras que ignoro y desconozco, ¿no puede ser así?

–Puede y es así.

–Y, ¿dónde están mis gemelas, Osarsip? ¿Dónde están? Me parece justo saberlo.

–No corras tanto mi querida niña. El tiempo, la observación, el estudio de las leyes divinas, la meditación, te irá descorriendo los velos que ocultan todas las grandezas, dones y leyes de nuestro Padre Dios. Ten por cierto que Él nos da todo lo que somos capaces de comprender y asimilar, de igual manera que una madre va dando a su niño los alimentos que a la medida de su crecimiento va necesitando.

–Lo que no comprendo es cómo Dios Padre, puede prestar atención hasta a los pequeños seres, cuando tiene todo el Universo para gobernar. ¿Cómo puede ocuparse de mí, por ejemplo, y pensar en lo que quiero y me es necesario, cuando este mundo y todos los mundos reclaman su atención?

–Querida niña, te veo entrando en honduras donde por ti sola no podrás andar, ¿cuál es el ser humano encarnado en esta Tierra, que podría comprender lo que es nuestro Padre Dios? ¿Has oído mencionar, en secreto, a tu padre, el nombre sagrado Atón? –la niña miró con asombro a Osarsip.

– ¡Sí!, –dijo– lo he oído muchas veces cuando ora a solas en su despacho. Y como él vio que busco ponerme a su lado porque quiero saber también orar, le he oído llamar desesperadamente, a veces: "¡Atón... Atón, que tu fuerza venga a mí, que tu luz venga a mí!".

–Y, ¿qué pensaste oyéndolo?

–Comprendí que era alguien fuerte, grande y sabio, que acaso

mi padre veía entre las nubes doradas del ocaso, porque miraba hacia allá por la ventana abierta. Comprendí, también, que era algo muy oculto que nadie debía saber, porque me dijo cuando advirtió mi presencia: "–No menciones jamás que has oído a tu padre invocar a Atón, porque me llevarías a la muerte. Los que pensamos como yo pienso y vivimos como yo vivo, hija mía, llamamos con tal nombre al Supremo Creador de todo cuando existe. Pero no es hora aún, de que la humanidad lo comprenda, y está decretada pena de muerte para el que mencione ese nombre. Y yo prometí a mi padre que ni aún con mi madre lo hablaría.

– ¿Por qué lo has hablado conmigo?

–Porque acabas de pronunciar ese nombre y he pensado que tú piensas y vives como mi padre. ¿Hice mal acaso?

–No, Merik, no has hecho mal, por el contrario, esto me abre más las puertas de tu almita. Y me permitirá muy hermosas confidencias contigo sobre estos temas que sólo en la íntima confianza de los que amamos es posible tener. ¿Ves esta luz que se mira en todas las cosas, lo mismo en estas flores que nos brindan sus colores, que en las aguas azules de este lago, en las brillantes hojas de estas palmeras, en las losas que vamos pisando, en las montañas que vemos a lo lejos, en los tejados de palacio, templos y chozas?

–La veo, sí, la veo, Osarsip.

–Bien. Esa eterna fuerza y poder que llamamos Padre-Dios es como esta luz que se refleja en todo, que lo ve, lo siente, lo toca y penetra todo. La Eterna Luz nos ve a ti y a mí pasear por la orilla de este lago y recoge nuestra conversación y hasta nuestros pensamientos.

"Siendo esto, así, ¿no es miserable y triste ignorancia el pensar y creer que esas burdas estatuas de oro o de mármol hechas por los hombres a golpe de cincel y de martillo, o en los ardores de una fragua, pueden sentir los ruegos de los hombres, recibir sus homenajes, pedir sacrificios y dar castigos como un amo a sus esclavos?

–Osarsip..., dime la verdad: ¿está el Padre-Dios en el sol?

–Sí, lo mismo que en estas rosas que el vientecillo de la tarde hace temblar. Lo mismo que en estos lotos que bordan de blanco las aguas azules de este lago. Lo mismo que en esa radiante estrella que acaba de aparecer entre los abanicos de las palmeras y que en este instante se refleja en el lago; ¿la ves?

"Pareciera que podemos tocarla si sumergimos las manos en el agua.

–Me parece, Osarsip, que voy comprendiendo... Pero de pronto

se me oscurece algo, aquí, dentro de mí y no puedo avanzar más.

–No tratemos de avanzar, querida niña, por hoy. Todo tiene su hora y su momento preciso. Conformémonos con sentir, amar y bendecir a esa Suprema Potencia que sostiene y gobierna en perfecto equilibrio el Universo todo.

"Aprendamos a encontrarle en todo cuanto existe, y de modo especial en nuestros semejantes, en tal forma que seamos incapaces de hacerles daño ninguno ni aún con el pensamiento.

"¿No es hermoso, Merik, dime, no es hermoso ser reflejos del Padre-Dios para todos los seres, como las estrellas y los lotos se reflejan en el lago embelleciéndolo de luz y color?

"Como estrellas y lotos seremos tú y yo, si somos capaces de amarnos y de amar a toda la humanidad como Dios-Padre ama a todas sus creaciones.

Los jóvenes paseantes llegaban ante el castillo iluminado, y sentían ya en el Oratorio los primeros acordes de la pequeña orquesta que templaba los instrumentos para la oración de la tarde.

= 26 =
LOS ABROJOS DEL CAMINO

Los días de serena placidez pasaban ligeros y fugaces dejando en el alma resplandores de gloria, resonancias divinas como si millares de liras llenaran los aires de inefables armonías.

El tiempo transcurrido entre los diecisiete y diecinueve años de la vida de Osarsip, podemos decir que fue como un desbordamiento del Amor y la Bondad Divinas, para retemplar y blindar de fortaleza, energía y poder, su espíritu, que en los años futuros debería afrontar tan formidable lucha con todas las fuerzas del mal desatadas para estorbar su camino.

La presencia de su madre fue para él como un nimbo de claridad y de ternura difícil de encontrar en otras madres en relación con un hijo excepcional.

El amor y la comprensión de Amram, su padre, fue como una fuerza pasiva y silenciosa, pero real y palpable. El artista de las joyas de las arcas reales, apreciaba en su justo valor esta otra preciosa alhaja que el Dios de sus padres, como él decía, puso en su camino en la persona de este hijo a quien no podía reconocer en público, ante todo el mundo, pero a quien amaba y admiraba casi con adoración.

– ¡Qué grande es nuestro hijo, Thimetis! –decía Amram a su

esposa en sus confidencias íntimas–. Cuando leo nuestras escrituras más antiguas, las premoniciones de nuestros Profetas en que promete el Señor grandes cosas a Israel, se me ocurre pensar que acaso sea nuestro hijo el destinado para realizarlas. ¿Dónde se ha visto, dime, que un jovenzuelo de diecisiete años sea capaz de dar lecciones a los Reyes, y conducir un pueblo por los senderos de la equidad, la paz y la justicia?

–En tu raza ya los hubo –le contestaba ella–. No podemos olvidar al joven José, hijo de Jacob, que habiendo venido a Egipto como un esclavo comprado por mercaderes a sus propios hermanos llegó a ser Virrey de Egipto y dio lecciones al Faraón, y felicidad y paz al pueblo que le amó con delirio.

– ¡Es verdad!..., y créeme que a veces me siento tan dentro del corazón de su padre, y me figuro que amo a Osarsip tanto como Jacob amó a José, y que este amor a veces me causa heridas en la conciencia, pues llego a temer la idolatría en mí.

"En este país donde se adora a tantos dioses a los cuales atribuyen estupendos valores, yo pregunto: ¿cuál de ellos hace lo que nuestro hijo en breve tiempo, y con una certera visual que pasma?

– ¿Piensas, acaso, que Osarsip es un dios encarnado? –preguntó la Princesa dejando a un lado la labor que tenía en sus manos, dispuesta sin duda a prestar toda su atención a la conversación iniciada.

–Según el alcance y significado que demos a esa frase: *"Un dios encarnado"* –contestóle Amram, absorbido en ideas muy hondas.

–La Sabiduría Divina que de tiempo en tiempo ha iluminado a los clarividentes de tu raza –decía Thimetis–, ha hecho anuncios de un Libertador, de un guía o Conductor. No sabemos si esos anuncios se refieren a toda la humanidad o en particular a la raza de Israel.

"¿Qué piensa el abuelo a este respecto?

– ¡Oh, mi padre! Está viejecito y su mente es como una mariposa vagabunda que no se fija largo tiempo en ninguna cosa grave y seria. A más, está muy agotado y lo olvida todo. Duerme siempre. Ya ves que rara vez puedes visitarlo. A propósito, ¿recuerdas que nuestro médico, Atón Mosis, sólo le daba quince lunas de vida? Ya está llegando esa fecha, y por eso le visito varias veces al día. Osarsip le visita también, aunque sea para verlo dormido.

–Yo haré lo mismo, Amram. Vamos. Acompáñame a verlo aunque esté dormido.

Y ambos atravesaron el largo corredor que les separaba de

las habitaciones ocupadas por el Anciano y su hija Jacobed. Ella estaba con algunas de las damas en el taller de los telares, entregadas a sus labores de aguja. Les acompañó a ver a su padre, al cual miraron desde la puerta, tendido en el lecho.

–Duerme como siempre a esta hora –dijo Jacobed. Pero Amram y la Princesa se acercaron al lecho. Su absoluta inmovilidad les alarmó. Amram le tomó la mano, le palpó la frente; luego se acercó a su rostro y luego miró a su esposa con una mirada que hablaba... Thimetis se arrodilló junto al lecho y puso su mano sobre el pecho del Anciano.

–Creo que ya no vive tu padre, Amram. Me apena que se fuera sin darnos su bendición y su adiós. Este pecho está mudo, no hay latido. No hay vida. Pero está tibio aún. Un momento antes le habríamos alcanzado.

"¡Cuánto sentirá Osarsip no haberle despedido como era su deseo! ¡Se amaban tanto ellos dos! Los ángeles del Señor le habrán recibido gozosos porque fue su vida la vida de un justo.

La noticia corrió por el castillo con extraordinaria rapidez, y pocos momentos después rodeaban el blanco lecho: Osarsip, Jacobed, las damas de la Princesa, los tres sacerdotes y la mayoría de los moradores del castillo.

Osarsip se acercó al lecho y le tomó ambas manos.

– ¡Abuelo Eleazar! –dijo con una energía y temblor en la voz que impuso silencio y pavor a todos–. Si nuestro Padre-Dios te lo permite pedimos tu bendición y tu despedida, que no puedes rehusar para un viaje tan largo –y sosteniendo con fuerza aquellas lacias y enflaquecidas manos le hizo sentar en el lecho.

El Anciano abrió los ojos, giró la mirada en derredor suyo, la detuvo con amor en su hijo y Thimetis, y dijo con una voz apagada: – ¡Cuántos abrojos en tu camino, niño mío! –Y su blanca cabeza cayó sobre la mano de Osarsip que retenía las suyas. A él había dirigido las últimas palabras. El joven se arrodilló junto al lecho y descansó la cabeza sobre aquélla otra, que no se levantaría más.

Los que estaban presentes pensaron en un prodigio de resurgimiento a la vida y miraban con estupor a Osarsip que continuaba en la misma posición.

–Le está volviendo a la vida –decían.

–Es un elegido del Eterno Infinito.

–No le vuelve a la vida –dijo el Anciano Amonthep–, sino que le ayuda a entrar en ésa otra forma de vida a que hemos de llegar todos. Y yo, antes que todos vosotros, porque soy el más

anciano que queda, después que el abuelo Eleazar ha partido de este mundo.

La muerte del *"Abuelo"* como todos le llamaban fue el comienzo de los duros abrojales que debía ser en adelante la vida de Osarsip. El año diecinueve de su vida, fue un continuado abrir y cerrar sepulcros, y aunque Osarsip sabía lo que todos sabemos, que la muerte no es en verdad una desgracia, pero sí una separación dolorosa, no pudo evitar que una nube cenicienta y pesada le obligara a doblar su altiva cabeza para decir en la soledad de sus meditaciones: –Padre-Dios, que eres el Amor y la Bondad, dame la fortaleza necesaria para cumplir tus mandatos aunque me quede solo en el mundo.

Y solo en el mundo se fue quedando, cuando dos lunas después seguía al abuelo Eleazar, el Anciano maestro Amonthep, y más luego el Pontífice Pthamer que fue sustituido por el Notario Mayor Membra. Éste quiso a su lado como Notario a los maestros Ohad y Carmi, que tuvieron que dejar el castillo para permanecer internados en el Templo de Menfis.

Cuando Osarsip se acercaba a los veinte años de vida, un síncope cardíaco le llevó a su padre, que era para él una fuerza pasiva y silenciosa, pero fiel y constante.

Con una serenidad que asombraba a todos, decía a su madre y a la pequeña Merik:

–Me quedáis solo vosotras dos en este camino mío, que no sólo veo lleno de abrojos, sino también de sepulcros y de tristes recuerdos.

El lector pensará, quizá, que la de Osarsip no podía llamarse soledad puesto que era amado de todos y aún admirado de todos.

Pero hay diferencia entre el amor de todos y el amor de aquellos pocos que nos comprenden y comparten con nosotros el pensar y el sentir.

Porque éste es el único amor que nos da compañía, fortaleza, consuelo y alegrías en la vida.

El amor de las muchedumbres satisface hasta cierto punto y de diversas maneras.

El amor que es también comprensión, confianza plena, igual sentir y pensar nos ayuda a vivir nuestra vida como la Eterna Ley nos manda vivirla.

Por eso, a Osarsip le oyeron decir su madre y la pequeña Merik: –Si vosotras me faltáis, no sé cómo podré vivir.

A la muerte de Atón Mosis, su esposa quiso volver con su familia, originaria de Argólide, en la antigua Grecia, y se llevó consigo

a Hur, su hijo mayor, dejando a Merik con la Princesa Real por haber celebrado esponsales con su hijo Osarsip.

–Me destrozan mi orquesta –decía tristemente Thimetis, cuando el joven Hur se despedía de ella y compañeros del castillo.

–No será por mucho tiempo, Alteza Real –contestaba él–. Acompaño a mi madre y la dejo entre los suyos bien instalada, ¿cómo podría yo abandonar a vos y a Osarsip? ¡Ni en sueños os pase tal cosa por la mente!

–Pensaba que fueras tú el Gobernador del castillo en reemplazo del que ha entrado en el reino de la paz.

La Princesa Real no pudo evitar la onda emoción que hizo temblar su voz ante aquel recuerdo. El hombre que fue su primer amor, el intenso y puro amor de los quince años, la había dejado a recorrer sola el penoso camino de la vida.

– ¡No, sola no! –se decía ella a sí misma cuando ese doloroso pensamiento estremecía su corazón y llenaba de llanto sus ojos–, ¡sola no, porque tengo a mi hijo, tengo a Merik, a Hur, a Layo, a Enabi y, sobre todo, tengo dentro de mí y alrededor mío ese algo múltiple, que es amor, fortaleza y luz..., que lo es todo a pesar de ser invisible y que sus voces no tienen sonido!

Pasada la borrasca de emociones ocasionadas por tan dolorosas separaciones, la vida en el castillo del Lago Merik fue normalizándose bajo la vigilante tutela del primer Jefe de Guardias, hermano de Enabi, nombrado Gobernador del Castillo, en reemplazo del inolvidable Amram.

El joven Layo que tocaba la lira y a la vez era un artista en el clavicordio, reemplazaría al maestro Ohad, que por mandato del nuevo Pontífice quedaba internado en el Templo de Menfis.

Hur, Aarón y Layo*, debían ser con el tiempo los tres pilares de roca en que se apoyara Osarsip, desde el momento en que abandonara su nombre egipcio para tomar el que le acompañaría en su larga vida de tremenda lucha y de glorioso triunfo imperecedero: MOISÉS.

*Las escrituras que conocemos son de origen israelitas, y siendo Layo de raza griega fue dejado en olvido por los primeros cronistas.

= 27 =
LA SOLEDAD DE LAS CUMBRES

¡Cuán pavorosa es la soledad de las cumbres! Y Osarsip había empezado a treparlas, mas como tenía corazón de carne y sólo contaba diecinueve años, nada puede extrañarnos que padeciera tristeza infinita y angustias de muerte al cumplir el deber de intervenir en el embalsamamiento de tantos muertos queridos, y de darles la honrosa sepultura que su propio corazón pedía, y la costumbre le ordenaba.

La llamada "Casa de la Muerte" era triste hospedaje de cuatro muertos queridos, que debiendo ser sometidos a los minuciosos procedimientos exigidos por la momificación, permanecían por lo menos noventa días en las salas de aquel enorme edificio, destinado a embalsamar los cadáveres de la aristocracia egipcia.

Y ocurrió lo inesperado, o sea que no alcanzaba a salir uno de ellos de aquel fúnebre lugar cuando debía llevarse otro, y otro, y otro más.

Osarsip, como un genio enlutado, aparecía y desaparecía, organizaba y presidía funerales, lo ordenaba todo, lo vigilaba todo, a fin de que los despojos mortales de los seres tan amados de su corazón, fueran tratados con el respeto que su amor reclamaba para ellos. Los embalsamadores profesionales, que debido a la costumbre habían perdido en absoluto, escrúpulo y delicadeza para tratar aquellos cuerpos sin vida, no siendo vigilados de cerca, se sentían matarifes descuartizando reses.

Cuando vio en las urnas de cristal el corazón de su padre, de Amonthep, del Abuelo Eleazar, del médico Atón Mosis, no pudo más... Se estremeció como en un doloroso espasmo, y se apoyó en una columna de la cripta para no caer. Los cuerpos abiertos por el pecho dejaban ver el interior vacío como una caja que se iba llenando de algodón empapado en esencias desinfectantes y conservadoras. Pero Osarsip se mantuvo de pie, pálido como todos aquellos muertos.

Su alma grande y fuerte, en una poderosa reacción se levantaba de nuevo y continuaba subiendo la cumbre..., esas cumbres de dolor en que el alma se torna en estrella radiante, que sólo vive para dar claridad en torno suyo.

Comprendía bien que no debía llevar dolores a su madre ni a la pequeña Merik, que tan hondamente habían sufrido, la una

con la muerte de aquel primer amor de su juventud, y la otra con la de su padre, cuya desaparición abría un profundo abismo en su vida.

Cuando volvía al castillo del Lago Merik y se encerraba en su habitación, corridas cortinas y cerrojos, el dolor contenido se desataba en su mundo interno como una tempestad tremenda.

En aquella fuerte naturaleza, de una vehemencia no común, todo era grande, intenso, extraordinario.

Se gestaba el hombre del futuro, se vislumbraba el férreo conductor de un numeroso pueblo, en éxodo gigantesco, a través del páramo desierto.

Cuando un mar de llanto silencioso había agotado sus energías físicas y una apacible laxitud aflojaba todas las fibras de su ser, se tendía en su diván de reposo y dormía.

En el sueño, sus grandes alianzas de lo infinito alimentaban su espíritu con mieles de eternidad, con supremas bellezas, y Osarsip volvía a la vida renovado, con el optimismo y la esperanza floreciendo en sus ojos y sonriendo en sus labios. Era de nuevo la estrella radiante alumbrando todo en derredor suyo, era de nuevo la fuente clara y serena en que podían calmar la sed los cansados viajeros de la vida. Era de nuevo el firme apoyo de todos los caminantes amenazados de caer.

– ¡Qué grande y fuerte eres en el dolor, hijo mío! –decíale su madre cuando se acercaba a ella sereno y sonriente, como un dichoso paseante por los jardines en flor.

–Ojalá lo fuera como necesito serlo para mis años futuros –contestábale él.

– ¿Presientes grandes males en tu porvenir? ¿No sabemos acaso que nuestro Padre Invisible y Eterno es también Amor?

–Sí, madre, lo sabemos y así es. Pero desde que mi alma se despertó a la conciencia de lo que somos ante Él y para Él, y de lo que debemos ser si nos reconocemos como hijos suyos, como creación emanada de Él mismo, hay dentro de mí yo íntimo, allí muy dentro donde nadie penetra y ni yo mismo alcanzo a comprender, hay algo como un grabado eterno, como una convicción o certeza de que tengo que dar realidad a pensamientos grandes que no son míos y cuya fuente de origen desconozco en absoluto. Y unido a este sentir profundo viene la idea de que para esas realizaciones deberé vencer las más tremendas dificultades que puedan presentarse en el camino de un hombre viviente en esta Tierra.

"¿A qué se debe esto? No lo sé. Mejor que nadie, conoces, madre, cómo se ha desenvuelto mi vida a tu lado, bien que con

circunstancias no comunes a todos los niños nacidos en esta Tierra. Yo, uno de tantos, ¿por qué esta inquietud interna y esta idea vaga de que tendré que realizar algo grande, estupendo, y no sé lo qué es?"

Luego de pensar en silencio unos instantes la Princesa Real le contestó así:

–Eso es lo que los hombres sabios de las antiguas escuelas de Divina Sabiduría han llamado "presentimiento" o "visiones mentales", que vienen a ser como un vago y confuso recuerdo de pactos y alianzas hechas por el espíritu antes de bajar a un plano físico o tomar materia.

"Los maestros que te han educado y observado desde niño, estuvieron todos de acuerdo en que eres un espíritu de largas edades, y originario de un mundo muy evolucionado. Ellos, como es lógico, suponen que has venido a este mundo de escasa evolución con un designio superior, que no alcanzamos aún a ver con claridad. Cuando el Faraón tuvo la idea de elevarte a la altura de su segundo, en que te puso a los diecisiete años, tus maestros me decían:

–Princesa Real, ya empieza el camino extraordinario de tu hijo, ¿qué vendrá después?

"En verdad, para mí no fue tan extraordinario porque Amenhepat ha sido casi como otro hijo mío, y tú como un hermano suyo. Desconfiado por naturaleza y descontento de su madre, desde que fue capaz de apreciar la situación que le rodeaba, se volcó todo a ti y a mí, con plena confianza.

"Ahora me confías esa interna certidumbre, que sientes en tu íntimo yo, que unida a todo lo que he oído de tus maestros y he visto yo misma, dan en verdad motivo para que pienses en algo superior, que por Divina Voluntad debes realizar.

"Esperemos, hijo mío, en que si es Idea Divina, el Eterno Poder y Sabiduría estarán en ti para realizar cuanto sea su voluntad.

"Él obrará en ti y por intermedio tuyo lo que sea su Eterna Idea.

"Ahora vivamos coronados de paz y de amor, pensando en que dentro de cuatro lunas cumplirás veinte años de vida en la Tierra. ¿No sería justo celebrarlo con tu matrimonio, hijo mío?

"Más de un año largo de haber celebrado esponsales ha pasado, y ni tú ni Merik han cambiado en sus sentimientos. La pobre niña casi puede considerarse huérfana, ateniéndonos a la noticia traída de Grecia por su hermano Hur, de que su madre queda allá definitivamente.

"Créeme que para mí sería una hermosa tranquilidad la celebración de vuestras bodas. ¿Acaso sé yo, si mi vida será mucho más larga que la de tu padre?"

–Tienes mucha razón..., muchísima razón. Mas yo cavilo y pienso: ¿Puedo en justicia unir esa hermosa vida que empieza, a la mía que preveo tan azarosa y llena de abismos desconocidos, pero presentidos profundamente?

– ¡Oh!... ¡Osarsip! Esa pregunta debías haberla hecho antes de celebrar esponsales. Ahora...

–Ahora es tarde, sí, madre, ya lo sé, es tarde. Tú sabes cómo yo venía atormentado hasta el máximo de cuanta maldad y miseria cabe en las almas humanas que se enredan como serpientes en torno mío. Llegué a tu lado como aquella gaviota moribunda que cayó a mis pies y junto a ti encontré a la inocencia con su blancura de loto, en la niña que tenías contigo... Entre tanta ruindad y bajeza como acababa de palpar era yo como un náufrago que se ahoga..., y el alma de Merik asomándose a sus ojos, y su vocecita que sale tímida de sus labios, todo en ella se me apareció como la visión de un angelito amigo que me tendía la mano para curar mi pobre alma herida de muerte. ¿Comprendes, madre? Me así de ella con locuras de amor, de infinita ternura y la paz volvió a mi corazón...

–Todo eso lo comprendo, hijo mío, y no veas reproche en mis palabras, pero creo que tu honor de hombre sostenedor de un gran Ideal, te obliga en este caso tanto como una Ley. Si en tu camino futuro se abren abismos ante ti, ella y yo estaremos a tu lado para salvarlos.

Osarsip tomó la mano de su madre y la besó emocionado, y le decía:

–Gracias, madre. Todo será como tú lo deseas.

Pasaron breves días de paz y serenidad. La Princesa Real había alargado mucho sus meditaciones solitarias. Diríase que ya no le bastaba la oración de la tarde en conjunto con sus familiares y damas.

A solas con la Divinidad deshojaba una por una las siemprevivas de sus recuerdos en los que creía encontrar presagios, anuncios mudos de lo que vendría en el futuro de su hijo..., de ese gran hijo venido a sus brazos con la indeleble marca de los grandes mártires de un Ideal Superior. Y su corazón de madre se estremecía de espanto. Por eso alargaba sus meditaciones. Necesitaba valor, fortaleza, claridad, para seguir la senda sin tropezar. ¡Oh, qué gran soledad!

Ya no estaba Amram a su lado para sostenerla en sus vacilaciones.

Ya no tenía al maestro Amonthep su báculo fuerte de la juventud...

* * *

Un mensajero llegó de Menfis con el alarmante aviso de que la Reina Madre se había envenenado.

Osarsip con su madre corrieron al lado del Faraón.

Lo encontraron sereno, duro, seco como un viejo árbol por donde no corre ni una gota de savia.

– ¡Justicia de los dioses! –dijo cuando Thimetis y Osarsip llegaron hasta él.

–Sentimos mucho, hermano mío, lo que ha ocurrido. Estamos a tu lado mi hijo y yo...

– ¡Justicia de los dioses!, –volvió a repetir Amenhepat–. Aunque nos duela, esto era necesario para el bien del país y la paz de mi corazón.

–Mejor hubiera sido que ella entrara por la senda de la equidad y la justicia.

–Pero no ha entrado ni aún al morir.

"Me maldice a mí que soy su hijo, a ti que eres la hija del que la hizo Reina, a Osarsip que ha devuelto la paz a nuestro país... ¡Oh, hermana mía! Ese era un demonio encarnado y mi padre tuvo el desacierto de compartir el trono con ella. Lo que siento es que haya sido mi madre..."

–Basta, Amenhepat, de amargas quejas –díjole suavemente Osarsip, de pie a su lado y poniéndole familiarmente la mano en el hombro–. Si tú vas por la senda de la equidad y la justicia como hombre y como Soberano de un pueblo, ninguna maldición podrá llegarte.

"Pero es necesario que arranques el odio y el rencor de tu corazón.

"¿Quieres que me encargue de conducir el cadáver a la "Casa de la Muerte" y de todo lo que concierne a sus honras fúnebres?"

El joven Faraón lo miró espantado.

– ¿Pero quieres que ese aborto del infierno reciba honores fúnebres como un ser bien nacido? ¡No!..., ¡y mil veces no!

"Lo que quiero y mando es que sea pintada con brea para que no sea reconocida y que los esclavos encargados de cremar las basuras del muladar la hagan desaparecer en la hoguera común.

¿Qué inmortalidad ha de esperar un demonio encarnado? Obra de justicia es hacerla desaparecer...

La Princesa Real miró a su hijo, y su mirada decía: "–Será inútil que insistas más".

Osarsip se dirigió a la puerta.

– ¡Mi Superintendente Virrey! –gritó el Faraón–. No olvides que vas hacer cumplir una orden mía. Y quiero ser obedecido.

–Está bien, Faraón. Serás obedecido.

Osarsip desapareció y quedó la dulce Thimetis como una madreselva de infinita piedad, tratando de calmar la furia de su hermano-Rey.

No habló más palabra alguna, pero su pensamiento era una llama viva que buscaba el alma de Amenhepat, y quería envolverla en un blanco sudario de olvido que le hiciera libre del odio y del rencor.

¿Qué hizo Osarsip al salir de la presencia del Faraón, con el alma abrumada por el real mandato que fue inspirado por el rencor y el odio más tremendo en contra de su madre?

Se encerró unos momentos en su despacho particular. En aquel momento se sintió más solo que nunca. Aquietada su alma pensó con serenidad: "¿No podía esperarse redención para el desventurado ser que acababa de añadir a los crímenes de su vida el de su propia trágica muerte? El cumplimiento del mandato del Faraón sólo significaba infamar con máximo desprecio su cadáver según las costumbres del país, mas no aumentaba ni disminuía la culpabilidad del espíritu que es señor de sí mismo por su libre albedrío.

"El mandato del Faraón era neutro para ese espíritu que viendo fracasada todas sus criminales ambiciones, se había sin duda sumergido en las tinieblas de la locura".

De estas cavilaciones le sacaron unos suaves golpecitos a la puerta.

Cuando abrió encontró a sus dos maestros de la infancia, Ohad y Carmi, que entraron rápidamente tras él.

–Tus angustias han llegado al Consejo del Templo –le dijo Carmi–, y el Pontífice nos envía a tranquilizarte.

"Sabemos que estás encargado de cuanto concierne a la muerte de la Reina Madre.

–Sí, es verdad, y ¿vosotros lo habéis conocido por vía espiritual?

–Justamente y al llegar aquí lo hemos comprobado. El pueblo lo ignora todo y conviene que lo siga ignorando.

–Es verdad. ¿A qué arrojar más lodo sobre ese infeliz espíritu? Si no es demasiado pedir, os ruego venir conmigo. –Y Osarsip les enseñó la gran llave de oro, que la Reina misma había hecho forjar para su pabellón particular.

Los tres se encaminaron hacia allá. Cruzar de una ala a la otra del gran palacio, era como encaminarse a otro barrio y en el camino dialogaban en voz muy baja.

– ¿Qué se ha dispuesto referente a las damas?

–Que permanezcan enclaustradas y también los pajes y esclavas.

– ¿Es resolución del Faraón?

–No. Es resolución mía. Si ha de ser guardado el secreto de lo ocurrido, no puede quedar en libertad la gente que la rodeaba. Ahora sabremos a qué atenernos.

Cuando la gran puerta dorada fue abierta, los tres recibieron una sensación pesada y desagradable que parecía querer ahogarlos. Pero en silencio atravesaron el inmenso pórtico lleno de estatuas y de plantas exóticas.

Era un silencio absoluto y casi les pareció aquello un grandioso panteón sepulcral.

En la cámara Real, la Reina Madre, tendida en su lecho encortinado de púrpura y oro, yacía sin vida y con el rostro de color violeta subido.

Hacia un lado del gran lecho, la camarera, como un montoncito de tela azul, toda encogida, estaba muerta y también con el rostro amoratado.

Fueron recorriendo las habitaciones de las damas, de las camareras, de los pajes, de los servidores y esclavos, y todos estaban muertos y con el rostro igualmente color morado subido.

Había claros vestigios de que se había celebrado un festín de los acostumbrados por la Reina cuando era libre y cuando se vio cautiva. Y seguramente en el vino les había envenenado a todos, acaso para que nadie pudiera saber lo que había ocurrido en ese pabellón desde que fue clausurado.

El mayordomo, el cocinero y algunos sirvientes habían muerto sentados o caídos junto a sus respectivas mesas, que aparecían con restos de manjares.

Osarsip y sus maestros se quedaron paralizados de espanto.

La Reina dominada por una furia terrible había acabado con todos. Y en un trozo de pergamino que encontraron en su mesa tocador, leyeron estas palabras: “Esto es el comienzo de mi venganza. Sólo siento no haber podido matar a todo el pueblo de Egipto que

maldigo desde el fondo del alma. Y como sé que seguiré viviendo, mi venganza continuará hasta que no quede ninguno de los causantes de mi desgracia sin haber recibido un castigo terrible. La diosa Seckmeth, del exterminio y de la muerte, ha sido y es mi diosa favorita. Gala de Siracusa".

Osarsip leía y releía aquel espantoso testamento de la funesta Reina que fuera esposa real de Ramsés I, Faraón de Egipto.

–Nuestros clarividentes –dijo Carmi–, han visto la noche pasada una tremenda lucha entre Ramsés I y su desventurada esposa, porque en el plano astral que envuelve la Tierra, hay también odios y luchas tremendas entre los seres que se amaron o se odiaron en la Tierra, y que siguen con iguales sentimientos en ultratumba.

–Mi madre, la Princesa Real –dijo Osarsip–, dice que su padre no era malo aunque sí muy severo. Ella reconoce que su lado flaco era la ambición de riquezas, y que debido a eso cometió el error de casarse con la princesa Gala que le traía en dote las minas de Córcega y Cerdeña. Jamás debió creerla dotada de tan malas y ruines condiciones morales como ha resultado ser.

– ¿Qué hacemos con toda esta miseria humana? –preguntaba Ohad, después de algunos paréntesis en sus cavilaciones.

–La orden del Faraón implica la desaparición sin dejar rastros –contestó Osarsip.

–Estamos para ayudarte, di tú lo que debemos hacer –advirtió Carmi.

–Esperar que cierre bien la noche y sacar los cadáveres por el corredor que baja a la cripta que tiene salida fuera de las murallas.

– ¿Y una vez allí?

–Cumplir la orden del Faraón: cremarlos, y que ni aun las cenizas vayan al Nilo, que acaso sería envenenar las aguas.

–En efecto, desconocemos qué clase de veneno ha usado esta mujer.

Cerraron de nuevo la gran puerta y volvieron al despacho del Faraón, donde encontraron a la Princesa Real aplicando compresas de fuertes esencias aromáticas a la frente y al pecho del Faraón, atacado de unos espasmos que lo retorcían como un harapo entre las garras de una fiera.

–Déjanos este lugar, madre, que esta tarea no es para ti. –Y al decirlo, Osarsip llevó a su madre al otro extremo de la vasta sala donde se abría una puerta que daba a los jardines. Más muerta que viva, Thimetis se dejó caer en un diván y cubriéndose con su gran velo de viuda, oró y lloró en silencio.

El Faraón continuaba sacudiéndose violentamente como si luchara desesperado por libertarse de algo que le amarraba haciéndole indecible daño.

Después cayó en un gran sopor e inmovilidad completa. Sólo se percibía su agitada respiración.

Ambos sacerdotes quedaron de guardia al lado del Faraón, y Osarsip salió con su madre al muelle donde había quedado anclada la góndola del castillo.

Antes de salir, Osarsip dijo a sus compañeros en tan fúnebres tareas:

–Volveré a la hora convenida, esperadme aquí.

El trayecto hasta el castillo lo hicieron madre e hijo sin pronunciar una palabra.

La pequeña escolta y los remeros estaban cerca y podían oírles.

Cuando pasada la medianoche todo era silencio y oscuridad alrededor y dentro del palacio, el Superintendente Virrey de Egipto y los flamantes Notarios del gran Templo de Menfis, vestidos como los peones limpiadores de los establos, sacaban por la puerta que del subsuelo daba a la playa, cuarenta y ocho sacos o bolsas, que si algún transeúnte les viera pensaría que contenían las basuras y desperdicios de los establos del Faraón.

Las bolsas embadurnadas de brea, pronto formaron una hoguera inmensa que despedía negras columnas de humo que el viento de la noche llevaba a larga distancia.

Y los tres peones armados de largas horquillas de hierro empujaban vigorosamente hacia las llamas voraces los sacos de basuras de los establos del Faraón. Cuando las llamas se apagaron y solo quedaba un montón de cenizas, agotados por el calor y la fatiga se dejaron caer sobre la arena tibia aún, por el humo y las llamas que acababan de extinguirse.

–Ni una brizna de hierba crece en este lugar –decía Carmi, observando la amarillenta arena a su derredor.

–Precisamente por eso encendí la hoguera aquí –contestaba Osarsip–. Hubiera sido un agravio para el musgo y las pajillas el roce con tan espantosa miseria humana. –Y con una voz sorda y cargada de amargos presentimientos, añadió: –Presiento que esta noche comienza mi camino de vagabundo y paria en esta Tierra en que he nacido.

–Lo que escribiste en los cielos, escrito está. Sólo el Eterno Invisible lo sabe –contestó Ohad.

–De sacrificios y de amor está tejida la corona de los elegidos –añadió Carmi.

– ¿Me crees un elegido? ¿De quién?

–De la Eterna Potencia a la que te has ofrecido para realizaciones grandes que todos ignoramos.

Los tres volvieron pasos atrás hasta la escondida puertecita que del oscuro corredor llegaba al subsuelo del Gran Palacio dormido en quietud profunda, sin haberse apercibido nadie de la horrible tragedia que tres seres humanos acababan de desempeñar.

= 28 =
DE LA LUZ A LAS TINIEBLAS

El Faraón continuaba dormido profundamente y el médico que velaba junto al diván aseguraba que en toda la noche no se había despertado.

Osarsip con sus dos compañeros de tragedia, optaron por descansar hasta la llegada del nuevo día.

El sol estaba ya muy alto cuando se despertaron, y el Faraón continuaba dormido.

–Esto ya no es un sueño normal –observó Ohad, acercándose–. Osarsip: Debes resolver qué se hace en este caso. El Faraón lleva más de veinte horas dormido.

El médico que había sustituido a Atón Mosis, padre de Merik, era hermano del Pontífice Membra, y se llamaba Nerember. Intervino de inmediato en la conversación.

–En efecto –dijo–, este sueño no es normal. Duerme como duermen los hipnotizados que sólo se despiertan obedeciendo al mandato mental del hipnotizador. Antes de llegar yo aquí, ¿qué pasó?

–Tuvo una horrible crisis nerviosa con violentos espasmos y gritos confusos –contestóle Osarsip–. Parecía como una lucha contra una fuerza mayor que la suya, y pude entender que arrojaba a alguien: "¡Fuera!... ¡Fuera de aquí!", gritaba. Estábamos a su lado mi madre y yo que no hacíamos sino mirarlo y pensar que se aquietara. No pensamos ni por un momento que tales palabras fueran dirigidas a nosotros.

El médico quedó pensativo y guardó silencio. De pronto saliendo de sus cavilaciones, dijo:

–Llamad, por favor, al Templo y si es posible que vengan los dos sensitivos del Alto Consejo.

Carmi salió por la gran puerta abierta hacia la galería cubierta que unía el Gran Palacio con el Templo de Menfis.

No tardaron mucho en aparecer el Pontífice Membra con los dos sujetos sensitivos clarividentes que habían sido escrupulosamente probados desde muchos años. Tenían ambos la facultad altamente desarrollada de percibir los pensamientos de los demás, y de ver cuánto pasaba en el plano o esfera astral de la Tierra.

Esto sin necesidad de una preparación previa. Para percibir personajes y escenas de planos elevados, sí que les era necesaria una concentración profunda y absoluta en silencio, en derredor.

Todos se colocaron en torno al diván en que dormía el Faraón.

Una fuerza invisible tremenda, empujó tan violentamente a los dos sensitivos que hubieran caído al pavimento si no fueran sostenidos a tiempo por Osarsip y Carmi que estaban a su lado.

Cuando se repusieron el más anciano preguntó a su compañero de visión:

– ¿Has visto claramente?

–He visto y he comprendido todo.

–También yo. ¿Podemos dar el detalle de lo que hemos percibido? –preguntó el Anciano al Pontífice que parecía sumido en profunda meditación.

–Yo no soy clarividente, pero intuyo lo que vosotros estáis viendo. Hablad y veamos si mi intuición es certera.

–Dos Inteligencias tenebrosas que dominaron a la Reina Madre durante toda su vida, la han despertado violentamente de la turbación en que estaba y la han amarrado al cuerpo del Faraón, haciéndolo caer en la pesadísima turbación en que ella está.

–Yo veo exactamente igual –observó el más joven–, y pienso que sólo una fuerza mental muy poderosa podría volver al Faraón a su estado normal.

– ¡Que la Eterna Potencia nos conceda esa fuerza a todos los aquí reunidos! –dijo el Pontífice con voz clara y solemne actitud. Se hizo un profundo silencio.

De pronto el joven Faraón dio un salto formidable, y quedó en pie con los ojos desmesuradamente abiertos, llenos de espanto, gritando como enloquecido: –¡Vete maldita!... ¡No eres mi madre ni soy tu hijo!... ¡Aborto del infierno! ¡Vete! –Y se cubrió los ojos con ambas manos para no ver aquello que le causaba horror.

La fuerza mental de quienes le rodeaban le fue calmando poco a poco hasta que se dejó caer sin aliento sobre el diván, y sus violentos sollozos resonaban sordamente en la inmensa Sala de Audiencias.

Osarsip con ambos clarividentes pasaron a un gabinete contiguo,

y el Pontífice, Ohad y Carmi quedaron junto al Faraón. Cuando se serenó completamente, Membra le habló así:

–Amenhepat, hijo mío –le dijo con su voz conmovida y plena de ternura–, si fui como un hermano de tu padre, debo ser como él mismo lo hubiera sido para ti en tales circunstancias como esta. Duras lecciones nos da la vida misma a los que venimos a este mundo con el encargo de conducir pueblos que son almas, mentes, inteligencias dotadas de libre albedrío para obrar el bien o el mal. ¿Te das cuenta exacta de lo que ha pasado en ti, Amenhepat?...

El joven Faraón miró al Pontífice y su mirada interrogaba, quiso hablar y no pudo. No encontraba las frases que deseaba pronunciar. Miraba las murallas..., se mordía las manos..., buscaba, buscaba y no encontraba.

–Habla, hijo mío –le dijo Membra rodeándole con su brazo la espalda–. Has de cuenta que soy tu padre.

Ohad y Carmi lo envolvían con toda la fuerza amorosa del pensamiento. Por fin, Amenhepat, dijo con voz apagada y profundamente triste:

–Estoy vencido. Estoy pisoteado, humillado..., indefenso. Los dioses me han abandonado a las furias de las tinieblas. Mi madre me dio sangre de víboras y soy también una víbora. No puedo ser más que una culebra venenosa para todos.

"Huid..., huid de mí vosotros, hombres del Templo. ¿No me veis convertido en un monstruo?...

–Estás en un error, ¡hijo mío!..., son malignas visiones que fuerzas negativas tejen ante ti para desesperarte. Tienes en ti la sangre de Seti, tu abuelo; de Ramsés, tu padre; y ellos fueron padres de su pueblo, y dieron paz y vestidura a millares de seres.

–Pero repitieron muchas veces la palabra que mata: *"Caiga la muerte sobre ti, criatura desdichada maldita de los dioses"*. (*Tal era la frase con que los Faraones daban la pena de muerte).

–El Eterno Poder juzga a los que gobiernan pueblos y dirigen almas –dijo solemnemente el Pontífice.

Y mientras con serenas reflexiones fortalecidas por el pensamiento de sus súbditos, Membra fue obteniendo que el Faraón volviera a su estado normal. Osarsip con ambos sensitivos en el gabinete contiguo, desentrañaban como de un oscuro abismo lo que pasaba en el plano astral alrededor de Amenhepat.

El uno decía:

–Las perversas Inteligencias que dominaron a la madre quieren encarnarla en el cuerpo joven y sano del Faraón, y por tal medio traer a Egipto las más bajas y ruines teorías que vuelvan

la humanidad a lo que fue en la época de los Wormidas* de la Lemuria.

(*Fue la raza maligna y feroz, que causó la decadencia en Lemuria, hasta que fue sumergida).

"Como lo están haciendo en Asiria y en otras regiones del Planeta. Sabemos que de tiempo en tiempo, esas malignas Inteligencias logran apoderarse de los sujetos nacidos en las gradas de los tronos, para mediante su poder de obsesión realizar sus fatales designios.

"De tal medio se valieron en edades pasadas para destruir las grandes Escuelas de Divina Sabiduría de los Profetas Blancos, los Flámenes y los Kobdas, produciendo las épocas de grandes decadencias en las civilizaciones humanas que pasaron.

–Es toda la verdad –añadía el compañero–. Entre los Hicsos, los Aztecas y los Asirios, sabemos que están los restos dispersos de las razas Wormidas de la Lemuria, que aún no han sido apartados por la Eterna Potencia a mundos inferiores.

"El incomprendido Anek-Atón fue en nuestro Egipto la barrera infranqueable que impidió la entrada a esa corriente fatal que corrompe almas y destruye civilizaciones.

"Es verdad que murió agotado por tan tremenda lucha, y los humanos le creyeron un fracaso, un vencido, porque su doctrina y su ideal fue arrancado del pueblo con amenazas de muerte, pero quedó vivo y triunfante en los Templos donde las mentes adelantadas lo asimilaron y llevaron hacia los cuatro puntos cardinales.

"Y hoy..., es necesario que reconozcamos, Osarsip, que eres tú el elegido para hacer brillar de nuevo la Luz Divina en medio de este mundo. El alto sacerdocio de Sais, de Heliópolis y de Tebas, siguen la estela que parte de Menfis, y que es la que dejó Anek-Atón bajo los velos del más impenetrable secreto y silencio de Isis, símbolo del Alma Madre que engendra y gobierna los mundos.

–El tiempo lo dirá –contestó Osarsip, meditabundo–, porque en la hora actual veo ante mí varios caminos y en todos ellos enormes dificultades.

"¿Qué hacemos con el Faraón?"

–Orar y trabajar mental y materialmente para libertarlo de la funesta acción que ejercen las Inteligencias que vencieron a su madre hasta llevarla al desastroso fin que ha tenido.

"Por el momento no hay otro medio. Nuestro Padre-Dios hará lo que nosotros no podemos –afirmó el más joven de los clarividentes.

Poco tiempo después de estos acontecimientos, el Faraón

dispuso que el Superintendente Virrey se encargara con preferencia de la severa vigilancia de las fronteras, fortaleciendo las Guarniciones con nuevos Fortines y Destacamentos de arqueros, y que le dejase a él y sus concejales la administración y gobierno interno del país.

Y a su hermana, la Princesa Real, la designó autoridad suprema de la educación religiosa y social de Egipto, para lo cual cada Templo grande o pequeño debía abrir un aula con tal fin. Y esto, en todas las ciudades importantes y hasta en los pueblos más lejanos.

–Pareciera –decía Thimetis a su hijo–, que el Faraón busca alejarnos de su lado.

–En buena hora –contestaba Osarsip–, porque se ha vuelto tan huraño y de mal carácter que no es nada agradable permanecer cerca de él.

Debido a esta nueva disposición, Osarsip pasaba su vida viajando en continua vigilancia de las fortalezas y fortines que custodiaban la frontera. Y su madre vivía envuelta en una red de atenciones, encargos, noticias que de todas las ciudades y pueblos le llegaban sobre las creaciones de escuelas y las necesidades que ellas tenían.

Estas largas ausencias del Superintendente Virrey dieron por consecuencia el acercamiento al Faraón de personajes que se habían mantenido un tanto alejados del justiciero Virrey, al que en secreto llamaban *"Ojos de Águila"*, aquellos que no estaban en completo acuerdo con él en cuanto a las formas de gobierno y modo de encarar las grandes cuestiones que se debaten siempre en la administración y marcha de un gran país.

El Superintendente Virrey había cortado en seco y por completo todo aquello que favorecía en exceso a los unos en grave perjuicio de la gran mayoría. La siempre debatida cuestión de los esclavos y los amos, de los siervos y los señores; de los grandes negociados que son riquezas de origen clandestino para unos, y que dejan enorme déficit en el erario del Estado, que acaba por cubrirlo con privaciones y sacrificios del pueblo... Todo había sido debidamente reglamentado por el Superintendente Virrey, que no transigía en forma alguna con nada que no fuera lo estrictamente justo.

Los mal intencionados mantenían hacia él disimulada aversión, y en sus secretas charlas de política y de finanzas lo apellidaban la *"Esfinge de Gizeh"*. Y lo veían duro como esa enorme mole de piedra inconmovible entre las arenas del desierto.

Y como no faltó quien lo viera realizar paseos solitarios en las

noches de luna, hacia una u otra de las grandes pirámides próximas a Menfis y a la Esfinge, monstruosamente grande y solitaria, rodeada además por tradiciones pavorosas y ultraterrenas, Osarsip se había conquistado el secreto calificativo de "Super-Mago" que munido de ocultos poderes, lo subyugaba todo a su voluntad.

Es así cómo la ignorancia unida a la malicia humana va formando poco a poco esos ambientes dudosos, complejos, donde nadie acierta a definir lo que hay de verdad en el sinuoso laberinto.

El Superintendente Virrey, consciente de sus grandes responsabilidades, no se cuidaba ni poco ni mucho de averiguar si gustaba o no gustaba su manera de obrar como segundo Jefe, Administrador de un gran pueblo. Sabía que obraba con justicia y eso le bastaba.

En uno de los viajes de Osarsip, debía acompañar a la Princesa Dami, hija del Rey de Siria, que la había prometido a Ramsés I para esposa de Ramsés II, cuando ambos tuvieran la edad competente.

Debido a las intrigas de la reina Gala, ya conocidas del lector, esa fecha había pasado y era urgente que el Faraón de Egipto diera cumplimiento a lo pactado.

El Rey Arihok de Siria tenía su residencia en Sidón, que por entonces era capital de sus vastos dominios. Cuando Osarsip desembarcó en ese puerto, el Rey mismo con numerosa escolta salió a recibirle.

El joven hijo de Thimetis Princesa Real, deslumbró al Rey Sirio con su vigorosa belleza varonil, realzada con el esplendor de su vestidura y condecoraciones de Príncipe Real y Virrey de Egipto, y creyó que el Faraón en persona acudía a celebrar en su propio palacio las bodas con su hija. No era eso en verdad lo acostumbrado en tales casos, pero como estuvo a punto de estallar una guerra por falta de cumplimiento a pactos anteriores, no era fuera de lugar esta gran concesión de parte del Soberano de Egipto.

El Rey sirio se desbordó en reverencias y homenajes en el momento en que Osarsip descendía del gran navío iluminado de antorchas y empavesado a toda gala que anclaba al anochecer en el gran puerto de Sidón.

Cuando Osarsip se inclinó ante Arihok y le entregó su credencial, el Rey muy asombrado, le dijo:

– ¿No sois el Faraón, mi futuro yerno?

–Solo soy el Superintendente-Virrey de Egipto enviado por mi Soberano para conducir a Menfis a la que será su esposa reina –contestóle Osarsip.

El silencio del Rey le hizo comprender que no fue de su agrado la respuesta, pero no podía darle otra, y se quedó absolutamente tranquilo como todo el que cumple su deber y dice la verdad. Ni aún se detuvo a pensar en que el Rey sirio hubiera sufrido una desilusión.

Más tarde, cuando tuvieron lugar las aclaraciones conducentes a estrechar más los vínculos de ambos países y comprendiendo el Rey la capacidad del Virrey de Egipto, y que era el que había puesto en orden las relaciones del país con todos los países vecinos, soltó esta frase reveladora en extremo para Osarsip:

–En confianza y aquí entre nosotros, joven amigo..., vos deberías ser el Faraón de Egipto.

– ¿Por qué?

–Porque la Princesa Real, vuestra madre, ha sabido hacer de vos un gran gobernante de pueblos.

–Gracias en nombre de mi madre. Mas en cuanto a mí, digo, ¡oh! Rey, que apenas he comenzado a conocer y comprender a los Reyes y a los pueblos, después de haberme comprendido y conocido yo mismo.

"Es bastante difícil pero creo haberlo logrado en una décima parte.

El Rey Arihok de Siria le miró, asombrado de la contestación a la que iba a responder. Pero Osarsip no le dio tiempo, pues no creyó prudente seguir el giro que había tomado la conversación.

–Me permito rogaros que me presentéis a vuestra hija, mi futura Soberana, y me deis a la vez vuestro permiso para entregarle los presentes de mi soberano el Faraón.

Osarsip sacó de un bolsillo interior de su capa de pieles de leopardo, un precioso cofrecillo de marfil con incrustaciones de oro y rubíes. Lo abrió ante el Rey.

El cofrecillo, que por sí mismo era una joya de valor, encerraba un collar que era una finísima filigrana de oro que en cada nudillo tenía engarzado un brillante.

–Esto es una riqueza fabulosa –exclamó el Rey–. El Faraón se muestra sobremanera espléndido.

–Es grandemente generoso y noble, por lo cual me anticipo en mis augurios de felicidad para la que será su Esposa Reina, y para vos, oh, Rey, que le disteis este camino.

El Rey agradeció con gran satisfacción el elogio y desapareció tras de un cortinado. Osarsip aprovechó su ausencia para hacer una señal al Jefe y Oficiales de su escolta que le esperaban en antesala, pues debía entregar en su presencia la ofrenda del Faraón.

Cuando el Rey Arihok volvió a presentarse traía de la mano a su joven hija, la princesa Dami, cubierta de un riquísimo velo amarillo oro que le arrastraba hacia atrás en una larga cola sostenida por seis jovencitas vistosamente ataviadas. El Rey levantó el velo, y Osarsip se inclinó ante ella presentándole la ofrenda del Faraón. La joven se quedó absorta mirándole sin tender la mano para recibirla.

–Recibe, hija mía, el regalo que te envía el Faraón.

La visible turbación de la joven fue interpretada en forma distinta de la realidad. Mas, todo quedó sumergido como en cofre cerrado, en el corazón de la doncella favorecida con tan valioso regalo.

Y aquel corazón, decía sin palabras: "–¡Si el mensajero hubiera sido el Faraón!... ¿Cómo será el otro?"

Osarsip, ultrasensible a los pensamientos relacionados con él, percibió el pensamiento de la vehemente princesita Siria, y apenas el Rey colocó a su hija el valioso collar y manifestó su agradecimiento, el Superintendente Virrey se despidió anunciando que esperaba la indicación del día elegido para la partida.

La jovencita fue de inmediato a la cámara de su madre, la Reina Daría, y ésta encontró que su hija venía entristecida, no obstante de ver que lucía en su pecho un collar como nunca lo había tenido.

– ¿Te desagrada acaso el regalo del Faraón?

–No, madre –le contestaba–. Lo único que me causa pena es que el enviado del Faraón vale para mí, mil veces más que el regalo de un desconocido...

– ¡Pero aquél es el Faraón, hija mía!... ¡El más grande y poderoso Rey del mundo!... ¿Cómo dices esas palabras?

– ¿No me tienes aconsejado decir siempre la verdad, como las más nobles Reinas de Persia? Pues la verdad está en las palabras que dije.

–Hay verdades que tú y yo debemos hacer morir en el fondo del corazón, que tal es la vida para las que nacimos en las gradas de un trono. No se hable más de esto. ¿Cuándo será la partida?

–El Rey, mi padre, lo indicará.

–El Rey y yo estamos de acuerdo en dejarte libertad para elegir entre las damas de palacio, las que deberán acompañarte. Dedícate a eso, hija mía, y no pienses nada más.

Doce días después, el gran navío egipcio desplegaba sus velas, hacía flamear los pabellones egipcio y sirio, y arrancaba del puerto de Sidón rumbo al sur, entre los acordes de la música y clamoreo del pueblo que desde la costa despedía a la Princesa

Dami y vitoreaba al Faraón de Egipto, representado por el hijo de Thimetis, la Princesa Real de los países del Nilo.

Osarsip, como dueño de casa en el lujoso navío, estaba obligado a hacer los honores habituales en tales casos para con su regia huésped. Así, era de su deber conducirla a la mesa a las horas de la comida y acompañarla en ella, y cuando la joven princesa quisiera subir a cubierta o bajar en los puertos en que hicieran escala. Ella por su parte se había apercibido que el Príncipe de Egipto hojeaba de continuo grandes legajos de papiros, que confrontaba con mapas, y hacía luego anotaciones.

Le producía curiosidad aquel joven tan grave y austero que jamás se permitía una broma y al cual no vio nunca reír. Afable y suave en su trato, pero alegre y vivaz, nunca. Parecía estudiar siempre, investigar siempre, y cuando abandonaba los librazos de papiros, se hundía en silenciosas meditaciones. Con sus jóvenes damas, la princesita Siria dialogaba:

–Debe tener mucha tristeza –decía.

–O tendrá tragedias de amor –añadía alguna de sus compañeras.

–O una novia muerta –decía otra.

–O un amor imposible –indicaba una tercera.

Y todas ellas se equivocaban. Osarsip pensaba siempre en que su vida del momento era un compás de espera, pasado el cual sonaría en los espacios la atronadora sinfonía cuyas vibraciones sentía, quizá, desde la adolescencia. Pensaba en que estaba viviendo un paréntesis, quizá demasiado largo, y que después del cual leería en el libro de sus destinos lo que le aguardaba más allá de esa vigorosa juventud, entre las peripecias palaciegas, las deliberaciones de gobierno, y las dulces ternuras hogareñas... Su madre, ¡oh!, la estrella benéfica y radiante de su vida, que ocupaba tan gran lugar en ella.

La pequeña Merik, el loto blanco prendido como una perla en el manto de Thimetis, bajo cuya tutela vivía, hasta que él de regreso a Menfis se desposara con ella. Entonces, una ligera sonrisa jugaba un instante en el hermoso y grave semblante de Osarsip.

A la princesita Dami no le escapaba ninguno de estos detalles, por lo cual la Azafata de sus jóvenes damas la llamaba suavemente al orden.

– ¡Niña, no observéis tanto al Príncipe de Egipto que si llega a darse cuenta, pensará, acaso, muy mal de vos!

–¿Cuando vos teníais la edad mía, no gustabais de mirar lo bello? –le preguntaba ella.

–Sí que me gustaba, hija, pero yo no era hija de Reyes, ni estaba destinada a ser la Esposa Reina del Faraón de Egipto.

– ¡Va! Siempre venimos a lo mismo. ¡Qué bueno sería haber nacido aldeana y pastora, y poder hacer lo que me viene en gana!

–Las aldeanas andan descalzas y cargan leña –añadía una de las compañeras.

–Y las pastoras limpian los rediles y huelen a ovejas –añadía otra.

– ¡Callad todas que habláis muy mal! Cuando podíais entreteneros con vuestras cítaras y laúdes que suenan mucho mejor que esas inútiles charlas. –A las palabras de la Dama Mayor seguía el trinar de laúdes y las dulces canciones sirias que mucho tenían de arrullo de tórtolas y rumor de aguas mansas.

El gran navío egipcio, el Reina Epuvia, se deslizaba majestuosamente en alta mar y cuando se hallaba a la altura del puerto de Tiro, la magnífica Tiro de entonces, llamada Gloria de Hamurabi, Osarsip llamó discretamente a la puerta del saloncito, llamado "El Recreo", donde la Princesa con sus damas se divertía con la música y las danzas; averiguaba si la Princesa Dami deseaba visitar la ciudad o prefería permanecer en el barco.

–Con un acompañante como vos, Príncipe de Egipto –contestó ella–, pienso que no tendré peligro alguno al visitar la ciudad de donde me han llevado los más bellos adornos y joyas que he conocido antes de recibir el collar del Faraón.

–Muy bien –contestó Osarsip–, tened la bondad de prepararos, que cuando el Reina Epuvia eche anclas, vendré a buscaros.

– ¡Príncipe! –llamó Dami–, si no os soy molesta, os rogaría me hagáis participar de vuestras lecturas, que deben ser muy interesantes. Os veo siempre absorbido en legajos de escrituras. Yo también soy ansiosa de conocimiento.

–Me alegro de saberlo, Princesa Dami, y puesto que lo deseáis, alguna de las veladas del viaje podremos dedicar a lo que vos llamáis "mis lecturas".

–Por mí, todas las veladas consagraría a escucharos leer vuestros grandes libros.

–Convenido si es de vuestro agrado. Hasta luego y con vuestro permiso.

El joven desapareció tras el cortinado que cubría la puerta.

– ¡Santo cielo! –exclamó una de las doncellas–. Todo lo que tiene de hermoso este Príncipe de Egipto se pierde detrás de su esquiva gravedad. Parece un capitán de lanceros.

–No se le ve una sonrisa ni por casualidad –añadió otra. La

Azafata había seguido a la Princesa a su camarote particular, que de no ser así, esta charla de las doncellas no habría tenido lugar.

El "Reina Epuvia" echaba anclas frente al puerto de Tiro, y tendía una planchada cubierta de un rico tapiz de Persia, para que la futura esposa del Faraón descendiera a visitar la ciudad.

El Superintendente Virrey, encargado de su guardia y custodia, se presentó con toda su indumentaria de tal, y la condujo, seguida de sus damas, hasta la escalinata del puerto donde una nutrida concurrencia esperaba al gran navío que conducía a la hija de su Rey.

El lector, habilísimo para imaginar cuanto cabe suponer tras de los rápidos diseños que hago, para que sea debidamente comprendida la personalidad de nuestro personaje central, ya habrá esbozado nítidamente, como en un cuadro vivo, todo cuanto nacía y crecía y se agrandaba en el corazón de la Princesa Siria, referente a su gentil y respetuoso conductor.

Las picarescas damitas jóvenes de su corte cuchicheaban discretamente entre sí:

–Se ha enamorado del mensajero del Faraón –decía una.

–Si el viaje se prolonga mucho, ni las migajas del festín quedarán para el Faraón –añadía otra.

–Yo haría lo mismo –argüía otra–. ¡Miren que mandar un mensajero semejante!

–En el país de las momias, ¿no habrá algún viejo con cara de sepulturero para venir a buscar la novia del Faraón?

–Apuesto a que nuestra Princesa lo conquista...

–Acepto la apuesta. Un abanico de marfil y plumas. ¡Te juego a que no!

– ¡Va, va! Recién estamos en Tiro. ¡Voy por la Princesa!...

– ¡Y yo por el Príncipe!... ¿No estás viendo que él es como un obelisco de mármol? Ni un cabello se le mueve, y eso que luce una cabellera...

– ¡Pero ella está enamorada, y es tan graciosa y tan bella! –La charla femenina seguía por este estilo mientras el cortejo avanzaba por la planchada con una lentitud majestuosa de procesión sagrada.

– ¿Iniciamos las veladas, Príncipe de Egipto? –preguntaba con su vocecita de alondra la Princesa Dami a Osarsip, que de regreso de la visita a la ciudad de Tiro, la conducía a sus habitaciones particulares en el Reina Epuvia anclado en el puerto.

–Cuando vos lo mandéis –contestaba el interrogado.

–Si sois tan gentil yo lo quiero esta noche.

–Bien. En el salón-comedor después de la cena. Asistirá vuestra Dama Mayor, y si lo desean vuestras damas jóvenes. Acaso también ellas sienten iguales deseos de saber que vos, Princesa.

–Ellas se hastiarán, se aburrirán. Sólo entienden de música y de danzas.

–Como vos lo queráis, Princesa. Hasta luego y con vuestro permiso. –El Príncipe hizo la habitual reverencia y se retiró así que una doncella levantó la cortina del camarín de la Princesa.

La doncella que en la apuesta iba por el Príncipe, decía al oído de su compañera:

– ¡Que te gano el abanico de marfil y plumas!

La opositora abría grandes los ojos y se mordía el labio inferior:

– ¡Aún no te veo refrescarte con él! Deja que empiecen las veladas y entonces me dirás...

– ¡Chitón! que viene la Azafata.

Cuando algunas horas después los criados dejaban libre de vajilla y manjares el comedor, se iniciaban las veladas con Osarsip sentado junto a un gran candelabro donde ardían cirios de cera perfumada, y la Princesa Dami con su Azafata y las dos damitas jóvenes que habían hecho la apuesta del abanico de marfil y plumas.

–Este libraco –decía Osarsip–, son unas antiquísimas escrituras que relatan la vida de un Rey atlante de la raza Tolteca y de la dinastía de los Athaulfos, que se llamó Anfión de Orozuma, apellidado el Rey Santo. Leeré el pasaje que relata el viaje en que le fue conducida la Princesa que debía ser su Esposa, por la similitud que existe entre dicho pasaje, y la situación nuestra actual, Princesa, en que me veo altamente honrado conduciendo a la que será Esposa de mi Soberano. (*Esta antigua escritura era una de las que el Sacerdote Neferkeré legó a Osarsip, cuando se encontraron en el templo de Luxor, proveniente según el donante, de los emigrados atlantes cuando aquel continente quedo sumergido en el mar).

Osarsip eligió sin duda ese pasaje para impulsar a la Princesa Dami a mirarse en el límpido espejo de la Princesa Odina de Dyaus, en cuya acrisolada dignidad se estrellaron los atrevidos galanteos de su conductor Alpha-Huari, hermano del Rey Anfión de Orozuma.

Dos semanas más navegó el Reina Epuvia hasta anclar en el puerto de Said, donde el Faraón con gran escolta esperaba a la

novia en un velero pequeño que seguía viaje por el Nilo hasta el Gran Palacio en Menfis, situado sobre la costa misma del río.

La nerviosidad de la Princesa Dami era bien notoria para quienes la habían acompañado en el largo viaje. Aunque la presencia del Faraón no era desagradable para nadie, a ella lo fue en extremo por la sencilla razón de que el sentimiento despertado por Osarsip se había intensificado más de lo conveniente. Las veladas en el comedor del navío no dieron el resultado que esperaba una de las damitas de la apuesta, que resignada a su mala suerte decía con mucha gracia:

–En verdad, veo claro que no me refrescaré con el abanico de marfil y pluma. Tú ganaste. El Príncipe no pasó de ser un complaciente lector.

–Ahora tendremos que aguantar la tragedia de una rebelión de ella a un amor que se le impone.

–No lo creas... Ella acabará por someterse a lo que debe ser. En Tiro sería siempre una segunda de su hermano, el heredero. Aquí será la primera, la Esposa Reina. ¿Te parece poco ser Reina de Egipto?...

Alrededor de este mismo tema, tenía Osarsip otro diálogo con el Faraón a bordo del Cisne Real, engalanado a todo lujo y que les llevaría a Tebas donde Amenhepat había mandado disponer en el antiguo palacio real, un pabellón especial para la futura esposa.

–No he querido que ella habite bajo el mismo techo que ha presenciado tan espantosas tragedias –explicaba a Osarsip.

–Muy bien pensado, Faraón. Más de una vez he pensado lo mismo durante el viaje. Si no dispones otra cosa, el Gran Palacio de Menfis puede ser ocupado por las numerosas oficinas necesarias a la Administración Pública, y que ahora están diseminadas en varios edificios.

–De modo que ahora seguimos viaje a Tebas. Si quieres, puedes quedar en Menfis.

–Gracias, Faraón. Debo ver a mi madre y no quiero tardar un día más.

–A propósito... Quizá la Princesa Real está resentida conmigo.

– ¿Cómo? ¿Por qué ha de ser?

–Verás. Vino a visitarme dos veces y no la he recibido.

– ¿Qué pasó? Es un poco extraño.

–Desde la horrible tragedia que sabes y que no quiero nombrar, creo que estoy medio enfermo o medio loco. Tengo momentos de plena tranquilidad y absoluta confianza en todos los que me rodean y me sirven. Pero vienen ráfagas fatales, en que una cólera sorda

me invade y si no estoy alerta comprendo que sería muy capaz de matar a cualquiera.

Osarsip no se inmutó pero quedó silencioso y pensativo. Recordaba los alarmantes presagios que hiciera el Pontífice Membra y los clarividentes del Consejo del Templo, mientras veían tan de cerca la horrible crisis de convulsiones, desmayo, pérdida del conocimiento, letargo hipnótico, etc., que tuvo el Faraón luego de muerta la reina Gala.

–"Le vemos en gran peligro de sufrir una obsesión de la entidad que acaba de dejar la materia. Y el odio y rencor que él le guarda, hace posible tal funesta dominación".

Estas palabras había pronunciado el Pontífice luego de una secreta conversación con ambos clarividentes que pensaban de igual manera.

Osarsip recordó esto pero mantuvo absoluta serenidad.

–Eso pasará, Amenhepat, en el nuevo escenario en que vas a actuar. Yo hablaré con mi madre que es mucho más consciente de lo que crees, y ella comprenderá muy bien el estado de ánimo en que tú te has encontrado todo este tiempo. Créeme, sólo por complacer tu deseo me encargué de la honrosa misión de conducir desde Siria a la que será tu Esposa y Reina de Egipto. Por mí, no hubiera querido alejarme de tu lado. Hay muchos que pudieran desempeñar mejor que yo, la alta misión que me encargaste a mí. En cambio lo que yo podía ser para ti en las circunstancias en que estabas..., tan reservadas y secretas. En fin, ya pasó y creo que todo volverá a su normalidad.

– ¡Los dioses te oigan!... ¿Qué me adelantas de la esposa que me has traído?

–Que merece ser tu compañera en el trono de Egipto. Es una gran dama.

–Hubo un momento, te aseguro, que pensé haber obrado erradamente enviándote a conducirla. Debía haber mandado al Capitán General del Ejército con el Notario Mayor del Templo... –al decirlo, el Faraón clavó en Osarsip una mirada llena de malicia.

Osarsip le sostuvo tranquilamente la mirada, aunque a su sensibilidad llegó viva la sutil ráfaga de desconfianza o sospecha indigna y casi ofensiva que creyó descubrir en las palabras y en la mirada del Faraón.

–Hubieras hecho maravillosamente bien, Faraón –contestó–. Ya sabes que mi temperamento esquivo y algo rudo, no hace de mí la persona más indicada para hacerse agradable a una joven

Princesa, habituada sin duda a esos primorosos homenajes y finísimas atenciones que los hombres recios como yo, no somos capaces de hacer. Pero te aseguro que hice cuanto pude por hacerme digno de ti que me habías dispensado ese honor. No sé si fui capaz de contentarla. Si no lo he conseguido perdóname tú, y que me perdone ella también.

– ¡Oh! Ella está encantadísima de mi mensajero... Con que hasta temo que me has suplantado a mí.

– ¡Bromeas, Faraón!... ¡Ni por asomo! ¡Cualquiera suplanta al soberano de Egipto en el corazón de una joven que desde niña se oye llamar Esposa Reina del Faraón!

"Su madre me refirió que la joven no tenía otro sueño que el de realizar este viaje al país del Nilo.

"Tenía en su habitación, vuestro retrato al óleo a vuestros doce años, y los mapas y croquis de nuestras grandes ciudades y de nuestro hermoso río bordeado de palmeras, y con blancas velas flotando sobre sus olas.

La serenidad de Osarsip al darle esta habilísima respuesta hizo cambiar la mirada del Faraón, que se tornó confiada y suave como en aquellas vacaciones de estudiantes, en que fue Osarsip el hermano y fiel custodio que le salvó de los mil tropiezos a que le exponían sus incautos devaneos juveniles.

= 29 =
EL PROSCRITO

Es evidente la existencia de esa fuerza invisible, pero que existe real y verdadera, llamada fuerza negativa, o sea el Mal en abierta y eterna lucha en contra del Bien.

En el Mal vive el odio. En el Bien vive y reina el Amor.

El Mal es engendro, fruto de Inteligencias pervertidas y conscientes del mal que hacen y quieren continuar haciendo para satisfacer ruines deseos, locas ambiciones, o realizar criminales venganzas elaboradas mentalmente desde largo tiempo.

El Bien es engendramiento, fruto y creación de Inteligencias iluminadas por la Verdad Divina, que es Luz, Conocimiento, Amor y Armonía perfecta. Es Dios viviendo en ellas.

Lector amigo: si meditas y analizas hebra por hebra, hilo por hilo, estas breves líneas que acabas de leer, podrás comprender fácilmente la transformación que se obró en Amenhepat, el joven Faraón de Egipto, que se ha conocido con el nombre de Ramsés II.

Su infeliz madre, la reina Gala, al dejar la materia por el veneno con que acabó también con toda su servidumbre, en el plano astral fue unida naturalmente a las numerosas legiones de inteligencias desviadas del sendero de la equidad, la rectitud, la justicia, lo que vale decir que, por lógica, quedó amarrada por esa fuerza negativa tremenda, pero invisible a los seres vivientes en la Tierra. Murió envenenado su cuerpo y envenenada su alma por el odio más profundo en contra de su propio hijo y de todos los que estaban con él. En primer lugar el Superintendente-Virrey y su madre la Princesa Real.

Osarsip y Thimetis eran dos nombres aborrecibles para ella, y culpables, según su criterio, de no haber podido dominar a su antojo a su hijo que tan incapaz y débil fue ante ella durante su primera juventud.

Se sentía viva y fuerte para vengarse de cuantos la habían estorbado en su camino y llevado a su tremendo fracaso.

En el plano astral, inmediato al plano físico, todas las actividades se asemejan hasta la exactitud a las que se realizan en nuestro plano físico, y también se fraguan alianzas estupendas, no sólo contra un individuo en particular sino en contra de instituciones, de gobiernos, de pueblos, de ciudades.

Nunca, es verdad, triunfa en definitiva el Mal sobre el Bien, pero sí lo retarda en su glorioso camino hacia la Luz, la Verdad y el Amor perfecto. Crea dificultades, levanta obstáculos, interpone barreras que parecen insalvables, con todo lo cual produce grandes martirios, dolores, cansancios a todos aquellos que constituidos por Ley Divina en apóstoles del Eterno Ideal, se esfuerzan y luchan con denodado afán por llevar a cabo la Obra a la cual están consagrados.

Osarsip y Thimetis se encontraban frente a frente a ese aluvión de fuerzas negativas, empeñadas en estorbarles su camino hacia el alto y noble fin a que habían sido designados.

Y el instrumento elegido para triturarles y vencerles era el mismo hijo de Gala de Siracusa que así realizaba su venganza sobre las tres víctimas elegidas: Amenhepat, Osarsip y Thimetis.

Dominado por terrible obsesión, el Faraón se llenó de celo contra Osarsip a causa del aprecio que observó en su esposa para el Superintendente-Virrey. Sin que ella fuera culpable de la más mínima incorrección, la apartó bruscamente de la vida social, en tal forma que casi fue una clausura absoluta en las dependencias del Palacio Dorado de Tebas, que desde su coronación le fue destinado.

Desolada en extremo, la Princesa Dami pidió socorro a la

Princesa Real, hermana mayor de su esposo, al Superintendente-Virrey, tan amado de su pueblo, pero sorprendido el mensajero pagó con su vida el haberse prestado a serlo.

Osarsip y su madre estaban asimismo amenazados de muerte.

Membra, el Pontífice, llamó a Osarsip a su despacho particular.

–Tengo noticia cierta –le dijo–, de que el Faraón quiere la muerte de tu madre y el destierro para ti. Quedas avisado, hijo mío. La aspereza de tu camino ha comenzado.

"No pierdas el valor, que el Eterno Poder te asiste, y tus amigos del Templo son tus aliados para siempre. No lo olvides".

Al abandonar el despacho del Pontífice le esperaban en antesala sus dos maestros de la infancia: Ohad y Carmi, y luego de los saludos de práctica, este último le dijo:

–Vuelve de inmediato al Castillo porque antes de ponerse el sol irá el nuevo Médico Real que es a la vez Jefe Supremo de la "Casa de la Vida" (nombre que daban a la Clínica que en las grandes ciudades existían para la asistencia pública), llevando un ramo de rosas rojas de Persia como homenaje a la Princesa Real en el aniversario de su nacimiento. Las flores han sido envenenadas y causan la muerte en el término de tres días.

–Pero, ¿es posible que ese hombre sea un criminal? –interrogó Osarsip que no podía creer lo que oía.

–Hace algún tiempo que nuestros clarividentes vienen observando sus experiencias de magia negra. Y como al atender al Faraón en sus crisis epilépticas ha descubierto su intención de hacer desaparecer a tu madre por el veneno y a ti por el destierro, se ha brindado a complacerle y eligen esta fecha que bien disimula el crimen.

–El aviso que acaba de darme el Pontífice, ¿obedece también a lo percibido por los clarividentes?

–No –contestaron ambos a la vez–. Mientras tú estabas en su despacho nosotros hacíamos la meditación del ocaso y fue allí que nuestros clarividentes vieron lo del ramo de rosas de Persia.

–El aviso del Pontífice debe tener origen en las informaciones que tiene la Dama Mayor de la Reina, que es viuda de un hermano de Membra. Ella lo tiene informado de todo cuanto se mueve en la Casa Dorada de Tebas.

"La Reina, que mucho ama a tu madre y a ti, envía a su Dama Mayor a traer mensajes al Pontífice cuando algo grave ocurre y que puede remediarse.

Numbik, el fiel criado que heredó Osarsip del Anciano sacerdote Neferkeré, le esperaba en el atrio exterior del templo.

– ¡Amo mío! –le dijo lleno de angustia–. Si no hacemos volar nuestra góndola, llegamos tarde al castillo.

Andando ambos a largos pasos hacia el muelle, Osarsip le preguntó:

– ¿Qué quieres decir con eso?

–Antes de ponerse el sol quieren matar a vuestra madre.

– ¡Cielos!... ¿También tú estás en la tragedia? –preguntó Osarsip indignado.

–Una esclava de la Dama Mayor de la Reina me lo acaba de decir por orden de su ama. Me lo dijo llorando. ¡Cuánto aman todos a tu madre, amo mío!

Y ya imaginará el lector que la góndola del pabellón dorado corría sobre las olas del canal con una velocidad de ánade perseguido por una bandada de negros buitres.

Cuando desembarcaron en el muellecito de mármol del Castillo, vieron a lo lejos en la avenida central de las acacias florecidas a la Princesa Real, que paseaba lentamente seguida a cierta distancia por dos damas y el mayor de sus pajes.

Osarsip se dirigió hacia ella.

–Madre –le dijo después de besar su mano–. Antes de ponerse el sol vendrá de Tebas el Médico Real como embajador de tu hermano, el Faraón.

– ¿De veras? Entonces quiere decir que no ha olvidado esta fecha y quiere borrar hoy sus extrañas frialdades para conmigo –contestó sonriente Thimetis.

–Quiere celebrar tu aniversario con tu muerte.

– ¿Cómo?... ¡No digas eso, hijo mío, por favor! Amenhepat está lleno de cosas raras desde la muerte de su madre, pero nunca llegará a ser criminal. Es más enfermo que malo.

Osarsip informó detalladamente a su madre cuanto le habían dicho en el Templo, el Pontífice y sus dos maestros, Ohad y Carmi. Más el aviso de última hora que la esclava de la Dama Mayor de la Reina le dio a Numbik en el atrio exterior del templo.

Ella se quedó pensativa.

Recordó las enseñanzas que escuchó en su juventud, de su inolvidable maestro Amonthep:

"–Es más frecuente de lo que generalmente se cree el fenómeno de la posesión momentánea o permanente que toma una Inteligencia desencarnada de un ser vivo en la materia, con fines buenos o malos según que aquella Inteligencia sea un heraldo del odio o del Amor; del error o de la Verdad; de la Luz Divina o de las tinieblas del mal".

Después de haber revivido en Thimetis este recuerdo, habló reposadamente mientras se apoyaba en el brazo de su hijo para continuar su paseo:

–Todo esto que me revelas, de ser cierto, me lleva a la conclusión de que en el Faraón ha ocurrido algo terrible: la obsesión ejercida quizá por su propia madre con fines de venganza, porque Amenhepat por sí mismo no es capaz de maldad ni de crimen.

"Lo tengo observado desde niño y lo conozco bien. ¡Pobre infeliz hermano mío!... ¡Cuán gravísimo error cometió mi padre uniéndose a esa mujer!

"Pero..., esa espantosa dominación de una entidad invisible sobre un vivo en la materia, sólo es posible cuando éste abre sus puertas internas por una deficiencia moral grave. ¿Qué deficiencia ha podido ser ésta en el Faraón? ¿Lo sabes tú, hijo mío?

– ¡Sí, madre, lo sé!

–Nunca me lo dijiste, ¿qué es, Osarsip?

–Desde que traje de Siria a la Princesa Dami, los celos vienen trabajando en la mente del Faraón. La supone enamorada de mí y la mantiene relegada a su dependencia particular en la Casa Dorada de Tebas, sin permitirle vida social ninguna. Ella te envió un mensajero pidiéndote auxilio, pero antes de que llegara aquí fue detenido en el camino y en la lucha para no entregar la epístola que traía, el infeliz perdió la vida y la epístola fue a las manos del Faraón.

–Aunque ignoraba yo todo esto, desde antes de morir tu padre venía asaltándome un vago temor a causa de un sueño que él tuvo relacionado con todo cuanto acabas de referirme, y reforzado con tu sueño de hace dos años, cuando el Faraón te anunció su pensamiento de enviarte a traerle su prometida esposa desde Siria. ¿Lo recuerdas?

–Sí, madre. Lo tengo escrito en mi Diario. Soñé que el maestro Amonthep me decía: "–Se acerca el día en que el Faraón ordenará la muerte de tu madre y el destierro tuyo".

– ¡Oh, mi maestro Amonthep que vela por la madre y por el hijo! ¡El cielo de luz que te dio la Madre Isis es la compensación a tu admirable fidelidad!

Terminaba de hacer esta amorosa evocación la Princesa Real cuando ya cercanos al muelle, vieron una de las góndolas reales anclar en él. Los guardianes del muelle presentaron armas ante el personaje que desembarcaba, que era el Médico Real con un gran ramo de rosas rojas de Persia, hábilmente encerrado en un globo de cristal amarillo oro, como el color del pabellón de la

Princesa Real. Ella y Osarsip detuvieron sus pasos y él le dijo a media voz:

–Ya llegó lo que fue anunciado.

Thimetis se tornó blanca como la toca que cubría su cabeza, pero no se movió. Osarsip cerró los ojos, se irguió cuanto pudo como el que hace un supremo esfuerzo muy interno, y cuando el Médico Real se encontraba a diez pasos, le gritó con toda su fuerza extendiendo hacia él su diestra que temblaba:

– ¡Detente y no des un paso más!

Aquel hombre cayó de espaldas sobre el enlosado de piedra que cubría el pavimento de la avenida central del parque, y no hizo el más leve movimiento.

Los hombres de su escolta que le vieron caer le levantaron rápidamente, y las miradas de terror que dirigieron al Superintendente Virrey decían claramente:

–Le has matado.

Vieron a Osarsip desgajar la rama de un árbol y con ella empujar el ramo de rosas hacia la fosa en que se quemaban diariamente las hojas secas que arrancaban los vientos del otoño.

– ¡Hijo mío! –clamó la Princesa Real, con suprema angustia–. ¡Es el comienzo de tu destierro, huye!...

– ¡Aún no, madre! –y Osarsip con un poderoso silbato llamó a todo el Cuerpo de Guardias para que apresaran la góndola Real impidiéndole su regreso a Tebas–. ¡Aún soy Superintendente Virrey, y sin una orden escrita del Faraón retirando el poder que él mismo me dio, las Fuerzas de tierra y de mar deben obedecerme!

"La Suprema Divinidad es también Justicia, madre mía, y ella estará siempre conmigo" –diciéndolo así, condujo a la Princesa Real a sus habitaciones.

Antes de llegar a la escalinata de la entrada del Castillo encontraron a Merik, toda alarmada y llorosa, pues las doncellas que habían acompañado en el paseo a Thimetis llevaron al castillo la alarmante noticia.

La jovencita se abrazó de ella mientras mirando con espanto a Osarsip, le decía:

– ¡Tú mataste ese hombre!... ¿Por qué lo hiciste, Osarsip, y trajiste el horror a este paraíso de paz y de amor que la madre Isis me dio como refugio de mi orfandad?

–Seguirá para ti siendo un paraíso, no sufras así ni te alarmes, que esto no significa nada. Id ambas allá arriba al oratorio a llamar a los ángeles del cielo para que arrojen flores de paz sobre la Tierra.

Las vio subir la escalinata y luego se acercó a los hombres de la góndola real, que desarmados y rodeados por toda la guardia del castillo esperaban órdenes.

La escolta que acompañaba al Médico Real estaba compuesta de seis guardias del Palacio Dorado de Tebas. Osarsip se dirigió a ellos.

– ¿Cuál es aquí el jefe de la escolta? –preguntó con una calma y serenidad que asombró a todos.

Se presentó de inmediato un adusto militar de brillante uniforme y cubierto el pecho de condecoraciones.

–Soy yo –dijo–. A tus órdenes Superintendente-Virrey.

El marcado acento extranjero en que pronunció estas palabras llamó la atención de Osarsip.

Su mirada de lince, la intuición, la luz superior, todo junto acudió de inmediato a la mente de Osarsip que le dijo sin inmutarse:

–Ignoraba Príncipe León Bardi vuestra presencia en Egipto. Y estoy seguro de que ignorabais la misión que traía el Médico Real ante mi madre.

–El Faraón honraba a la Princesa Real en este día con una embajada especial, y vos habéis visto un enemigo en el embajador enviado. Creo que os corresponde solucionar este conflicto. El Médico Real está casi muerto. ¿Qué hiciste con él, Superintendente-Virrey de Egipto?

–Le impedí matar a mi madre. Pero él no morirá, no temáis. No está rodeado de lealtad el Faraón en Tebas, y yo estaba avisado de que un mensajero suyo vendría trayendo la muerte a mi madre, en un ramo de rosas envenenadas.

El adusto militar demostraba una mal contenida nerviosidad.

–Venid conmigo y lo comprobaréis –dijo Osarsip–. Que vengan los hombres de la escolta si temes deslealtad de mi parte.

Algunos de la escolta bajaron y algunos de la Guardia del Castillo les siguieron cuando Osarsip y el militar se encaminaron a la fosa.

El ramo de rosas había caído entre las piedras que la bordeaban. Roto el globo de cristal por la caída violenta, dejaba ver el púrpura sangre de aquellas hermosas flores que llevaban la muerte.

–No os acerquéis ni un paso más, y observadlas un momento.

Era aquél un lugar nada agradable, desde luego, pues estaba frecuentado por los roedores que se alimentan de los desperdicios de comestibles, por aves de rapiña, y más que todo por los insectos que viven en la putrefacción.

Un ratoncillo con sus crías fueron las primeras víctimas del hermoso ramo de rosas rojas de Persia, que pronto se vio rodeado de insectos, pájaros y lagartijas muertas.

No era necesario tocar las flores para morir. Bastaba acercarse a los pies de ellas.

Cuando Osarsip vio que dos gaviotas se llegaban a picotear la gramilla, que crecía entre las piedras, dio un rápido paso y las espantó a volar.

– ¡Fuego, fuego! –gritó a sus guardias–. Que la muerte segará aquí toda vida.

Como ya supondrá el lector, los testigos de aquella escena ya se habían puesto a mayor distancia y estaban espantados de lo que veían.

–Príncipe León Bardi –dijo Osarsip–, creo que estaréis convencido de que no fue digna de vuestra realeza la misión que habéis venido a desempeñar ante mi madre. Ignoro si en vuestro país se hará uso de estos medios para hacer desaparecer a los que estorban, pero si el Faraón quisiera que mi madre y yo dejemos libre el sitio, es más humano ordenar el destierro que la muerte.

–Vine de mi tierra a vengar la muerte de mi hermana Gala Vatis, y eres tú la víctima elegida. ¡Defendeos!... –gritó con furia, sacando de su cinturón un afilado puñal que envió como una flecha al pecho de Osarsip. Este dio un salto rápido hacia un lado, y toda la Guardia se lanzó sobre el Príncipe extranjero aprisionándolo hasta dejarlo inmovilizado.

El lector recordará al Príncipe León Bardi venido de Siracusa a la proclamación de la Princesa Thimetis como Princesa heredera de Egipto. Recordará, asimismo, que él pidió la mano de ella, que no le fue concedida, y desde entonces el príncipe siciliano le guardó un secreto rencor porque la negativa dejaba insatisfecha su más grande ambición: subir al milenario trono de los Faraones, por un enlace nupcial con la heredera. Los bravísimos acontecimientos que en el transcurso del tiempo fueron sucediendo y que tuvieron trágico fin, que el lector conoce, de tal manera avivaron la llama del odio, que al conocer la muerte de su hermana, luego de la reclusión a que fue sometida, llegó a Egipto decidido a vengarse, consiguiendo el destierro de Osarsip y la reclusión perpetua o la muerte de su madre, la Princesa Real.

Dominado el Faraón por esa extraña furia que le acometía a momentos y días determinados, León Bardi había aprovechado uno de esos días, y ayudado por fuerzas negativas tremendas

aunque invisibles había obtenido el consentimiento para obrar en la forma que lo hacía.

Acaso el Faraón reaccionaría cambiando su pensamiento, pero si esto sucedía, ya estaría todo hecho, y lo hecho, hecho está, se decía el príncipe siciliano.

Pero la Eterna Potencia que guarda a sus elegidos para la realización de sus grandes designios, disponía de muy diversa manera los acontecimientos que debían suceder.

Un hijo del Gran Sfaz de Mauritania estudiaba en el Templo de Menfis desde hacía varios años y pronto sería uno de los hierofantes de más prestigio en el Sacro Colegio.

El Pontífice Membra, que era un iluminado en cuanto a lo porvenir, mantenía frecuente correspondencia con el Soberano de Mauritania, que era hermano de la Reina Epuvia, madre de Thimetis, y había obtenido de él amplios poderes para defender a Thimetis del odio y las intrigas de la reina Gala. Era, pues, el Pontífice Membra como un representante del Gran Sfaz de Mauritania, y en su residencia particular tenía instalada una oficina donde los residentes mauritanos solucionaban todos sus problemas.

Tal estado de cosas estaba aceptado por el gobierno egipcio desde años atrás.

Cuando ocurrió la tragedia del ramo de rosas envenenadas, y estando aún la góndola real en el muelle del castillo del Lago Merik, llegó una comisión de veinte ciudadanos mauritanos, al frente de la cual estaba el hijo del Gran Sfaz.

¿Qué asunto tan grave les traía al anochecer a la tranquila morada de la Princesa Real?

Luego de una larga y muy secreta confidencia con ella y con su hijo, salió Thimetis toda cubierta con su gran capa color de oro llevando de la mano a la pequeña Merik. El hijo del Gran Sfaz las hizo embarcar en el velero con pabellón mauritano, y en pos de ellas, embarcó él y los veinte ciudadanos mauritanos que con él habían venido. Osarsip revestido con todos los ornamentos de su alta jerarquía, ordenó a la Guardia del Castillo dejar libre a la góndola Real y a cuantos habían venido en ella. Y hecho esto trepó a la carrera por la planchada del barco mauritano que levó anclas y corrió por el canal con la velocidad que le daban sus cuarenta robustos remeros.

La Princesa Real y su hijo, el ex–Superintendente-Virrey de Egipto, estaban desde ese momento bajo el pabellón mauritano y nadie podía atentar contra sus vidas sin producir una contienda armada.

Eran huéspedes de honor en la austera mansión particular del Pontífice Membra, representante en Egipto del poderoso país de los *Hijos del Sol*. Al mismo tiempo se había despachado mensajeros por tierra y mensajero por mar hacia el lejano país donde un hermano de la Reina Epuvia, madre de Thimetis, gobernaba el país con la justicia y equidad que siempre resplandeció en los reyes descendientes de los gloriosos Toltecas de la Atlántida.

Entre los sabios hierofantes del Templo de Menfis, Thimetis y Osarsip esbozaron el extenso y radiante programa de sus vidas consagradas a un Ideal superior: "La elevación moral y espiritual de la humanidad que les rodeaba".

Durante muchos días, meditó Osarsip su nueva situación, no creada ni buscada por él, sino venida a él por voluntad ajena a la suya.

Y en las viejas escrituras del Archivo del Templo había leído esto: *"Cuando acontecimientos ajenos a tu voluntad llegan hasta ti, estudia, medita, reflexiona y pide la luz divina que llegará a ti, señalándote el camino que debes seguir".*

–Madre –dijo un día a la Princesa Real–. Debo emprender un viaje lejos del país. Hay algo dentro de mí mismo que me lo aconseja y que creo conveniente para asegurar tu tranquilidad y cumplir con algo que yo deberé realizar. No veo claro lo que es, pero sé que tengo que hacerlo.

"¿Tendrías inconveniente en darme epístola recomendatoria para nuestro pariente, el sacerdote Jetro, desterrado por tu padre a las montañas de Madián?"

La angustia más viva se pintó en el hermoso rostro de Thimetis.

– ¡Está eso tan lejos, hijo mío!... ¿Cuándo te volveré a ver?

–A nuestro tío Jetro le mandó tu padre salir del país. Acaso Amenhepat me ordenará a mí otro lugar más apartado y mortífero que ese. Me destierro yo mismo a donde su garra no puede alcanzarme y donde tendré a mi lado la sabiduría de aquel buen Anciano, y el calor de su corazón.

Thimetis inclinó su cabeza tocada de blanco y dos lágrimas suyas cayeron sobre las manos de Osarsip cruzadas sobre su regazo.

–Sí, hijo mío, vete. La Madre Isis te lleva cubierto con su velo. El Eterno Invisible guía tus pasos. Él está en ti y tú en Él. Yo te bendigo y mi pensamiento te sigue. Vete.

–Dejo en Egipto el nombre que tú me diste al nacer: Osarsip, y tomo el que me dio la Sabiduría en mis noches luminosas de la

Iniciación en la Cripta Sagrada donde se desposa el Eterno con el alma que le busca: *Ra-Moses*.

– ¡Ra-Moses! –repitió Thimetis como electrizada por una visión lejana y resplandeciente–. ¡Allá en el Monte! ¿Qué monte será ese que vieron los hombres del Templo cuando ese nombre brilló en la oscuridad de la Cripta?

–El tiempo lo dirá, madre. ¿Cómo podemos descifrar los misterios divinos encerrados en la pesada carne que nos envuelve?...

Moisés no podía alejarse de la tierra que le vio nacer sin hacer una última visita a un viejísimo Templo casi abandonado y ruinoso que a la margen oriental del Nilo y en un suburbio de Heliópolis aún continuaba su milenaria vida de piedra cargada con los recuerdos de pasados esplendores.

Era el Templo de On que había sido aula en que bebiera la Luz de la Verdad Divina el Faraón Anek-Atón, y el Anciano Sacerdote que encontró en el Templo de Luxor, Neferkeré, le había dicho que en su cripta secreta se encontraban las escrituras más antiguas que guardaba Egipto. El maestro de su madre, Amonthep, se lo había confirmado también; pero las numerosas y complicadas tareas a que le había tenido atado su alto cargo en el Gobierno del Faraón, le habían impedido consagrarse a investigaciones idealistas de tal importancia.

Mas, ahora que ya no era nada en el país de los Faraones, mientras esperaba la salida de la caravana de Madián, bien podía entregarse con toda tranquilidad a dar a su espíritu asqueado de las cosas vanas y fugaces, el agua clara de la Sabiduría Divina que hizo de Anek-Atón, el Faraón único que tuvo el valor de decir a todo Egipto y al mundo entero que los dioses venerados por las criaturas terrestres no eran más que chispas de luz lanzadas a la vida de los mundos por el Eterno Invisible y único dueño de mundos, seres, cosas, al que llamaba Athon en lengua Tolteca, que significa altura.

La despedida de la madre y de la prometida esposa adolescente, fue dura y cruel para el corazón de Moisés que presentía una indeterminada duración. Él era un desterrado sin orden escrita, pero deseada, pensada y resuelta, a la que él se anticipaba a realizarla impulsado por su propia dignidad.

Su madre y Merik no tenían la resistencia física necesaria para atravesar los desiertos de Shur y de Zin, con todos los horrores que podían sobrevenir, tempestades de arena, la fuerza de arrastre de los vientos, los ardores del sol que traían la fermentación de los alimentos mucho antes de ser digeridos, lo cual producía

hemorragias intestinales que terminaban con la muerte, asaltos de piratas que raptaban las mujeres jóvenes para venderlas como esclavas, y los mil incidentes que son posibles y comunes en largos viajes por desiertos inhabitados y peñascosos.

Y aún con la casi certeza de una separación definitiva, lo aceptó y lo decidió su voluntad de acero, la íntima persuasión de su Yo superior de que allá muy lejos..., en la soledad de los desiertos desconocidos encontraría claramente esbozada su vida futura.

–Antes de partir, mañana al amanecer, os veré de nuevo –les dijo en el oratorio privado del Pontífice Membra, donde las dejaba alojadas. Mas sintió que le faltaba el valor..., que ellas padecerían y le harían padecer más, y partió en la oscuridad de la noche para que nadie se apercibiera, a esperar extramuros de Menfis la salida de la caravana.

= 30 =
DE MENFIS AL DESIERTO

Los Hierofantes reunidos en la Cripta Sagrada, habían puesto sus manos sobre la cabeza inclinada de Moisés en una suprema bendición de amor, y sus pensamientos como en divino licor de fuego santo, le produjeron esa especie de embriaguez de los grandes místicos que en su intensidad suele asemejarse a veces a la locura, al vértigo, al delirio.

Y esa embriaguez delirante le llevaba, como a una rama desgajada, el huracán del desierto, sin otro pensamiento que un futuro desconocido, ignorado..., perdido entre oscuras sombras... ¿Qué habría más allá?

De tanto en tanto el recuerdo de la madre dolorida por su heroico renunciamiento, aligeraba los latidos de su corazón, y ráfagas de un dolor de agonía le estremecía en todo su ser.

Moisés cerraba entonces los ojos y detenía el andar de su camello que casi llegaba a plantarse en el camino, hasta que la voz de alguno de los esclavos conductores de las bestias le hacía oír su voz:
– ¡Vamos, amito, que ya nos empujan los que vienen detrás!...

Pasados los primeros días de viaje, creyó Moisés reconocer la voz del esclavo que andaba cerca de él, y cuando por centésima vez, oyó la frase: – ¡Vamos, amito, vamos!... –se volvió bruscamente hacia el que la había pronunciado, y levantándole el capuchón con que se protegían del viento y del sol, le miró fijamente.

– ¡Numbik! –gritó, con esa voz que es asombro, enojo, dolor,

alegría...–. ¿No te entregó Hur la carta de manumisión firmada primeramente por tu viejo amo Neferkeré y luego por mí?... ¿Cómo es que has desobedecido mi orden de quedar en el castillo del Lago Merik?

– ¡Amo!... Tu nobleza me hizo un hombre libre y porque me hiciste libre he querido seguir tu camino y aquí estoy. ¿Hice mal?

– ¿Y mi madre?... Yo no necesito un guardián, pero ella sí.

–Es ella y mi libertad quienes me han mandado seguirte, amo...

Moisés acalló su voz, pero no acalló la voz más fuerte de su propio corazón que recibió como vientecillos de alas de seda el efluvio suavísimo de los grandes amores que le seguían, como el resplandor de estrellas lejanas que alumbrarían siempre el camino incierto que fuerzas desconocidas abrían ante él: su madre, su prometida esposa, sus maestros, sus jóvenes amigos...

Y Moisés pronunció entonces las mismas palabras que muchos siglos atrás dijera Abel, el joven Kobda visitante del Santuario de Neghadá, al meditar en el campo de labranza la gratitud de Nipo que se negaba a separarse de los Kobdas del Nilo: "Nipo es una perla perdida en el rastrojo": Pero con la diferencia única de que esta vez tornó a decir: – ¡Numbik!... Eres una perla perdida entre las arenas del desierto. Si hemos de llamar Atón al Dios del Amor, que Atón te bendiga. (*Relato en la obra "Orígenes de la Civilización Adámica").

Y Moisés continuó andando seguido de cerca por el amor del criado fiel, sintiéndose menos solo en la inmensa anchura del desierto desolado y seco.

De Menfis a Pithon, nuestro viajero había sido como un sujeto sonámbulo en pleno trance, o sea que lo había hecho sin razonamiento de ninguna especie, sin aceptar pensamiento alguno que no fuere éste: "Correr, correr, andar lejos, muy lejos, al último rincón del mundo donde nada me recuerde el pasado..., lo que fui..., lo que soy..., lo que he dejado detrás de mí.

Pero al trasponer la frontera de la tierra natal tuvo lugar el descubrimiento del antiguo criado, y entonces todo volvió a revivir como si una mano de mago hubiera encendido la vieja lámpara votiva, en el templo abandonado...

La sombra amada del castillo del Lago Merik... La imagen augusta de su madre, la bien amada figurita de Merik, la dulce niña de sus primeros sueños de joven, volvían a surgir entre esplendores de amanecer en su horizonte nebuloso e incierto... ¡Todo quedaba atrás!

¡Todo lo había dejado, pensando que acaso no lo recobraría nunca! Y su corazón de carne se estremecía en una suprema angustia. Pero su camello continuaba avanzando indiferente como su amo, a la curiosa investigación de los habitantes de las poblaciones que atravesaban.

En Pithon alguien había susurrado que en esa caravana viajaba de incógnito un alto personaje de la corte. Pero nadie se figuró que el Superintendente-Virrey, el bien amado hijo de la Princesa Real, abandonaba su elevado puesto y huía al desierto como un criminal perseguido por la justicia.

De haberlo sabido, el pueblo todo se habría levantado en masa para defenderlo. Sólo habían visto en él, actos y obras de una acrisolada honradez, de una probidad y justicia que casi llegaba a lo exagerado.

¿Por qué había de huir él, que era como el sol iluminándolo todo, como el Nilo que daba la abundancia a todos?...

No hubieran podido comprenderlo nunca. ¿Cómo podría comprender la oruga prendida a las raíces que le dan vida que el hortelano arranque el arbolillo, lave sus raíces y lo trasplante a otro lugar?

Cuando la caravana se detuvo a las puertas de Ectham, dijo Moisés a Numbik:

–Debo entregar una epístola dirigida al Faraón, y que deberá llevar en la cubierta el sello del Etnarca, que representa aquí la autoridad suprema del Néguev.

"Deja nuestras bestias a uno de los camelleros y entrarás conmigo a la ciudad.

Ectham era por entonces la Ciudad-Puerto y Fortaleza de la vasta región del Néguev, y marcaba la frontera de ese país que los Lagos Amargos separaban de Egipto, cuya ciudad fronteriza era Pithon. El Etnarca tenía como primera esposa a una princesa egipcia, hija de una esposa secundaria de Ramsés I, padre de Thimetis, Princesa Real de Egipto. Era pues, una hermanastra de ella y ambas habían mantenido buenas relaciones.

El Etnarca había hecho estudios en el Aula del Templo de On, que era la ciudad natal del Pontífice Membra, y habían sido condiscípulos y también habían mantenido a distancia cordiales relaciones.

Tanto la Princesa Real como el Pontífice Membra no olvidaron tan importante detalle tratándose de facilitar a Moisés la dura vida de su voluntario destierro.

Desde la primera Ciudad-Fortaleza y ya fuera del dominio del

Faraón, pudo dirigirle su epístola de renuncia y despedida concebida en estos términos:

"Los dioses de Egipto os guarden, Faraón, y haya paz y abundancia en vuestro reinado.

"Con la libertad adquirida por todo hombre que obra justicia, decidí abandonar el país de vuestro dominio por considerar que mis servicios no son ya necesarios ni a vuestra persona, ni tampoco al país.

"Agradecido a las deferencias y amistad concedida por vos, Faraón, a mi persona y a mi familia os envío mi despedida que es también renuncia inmutable.

Osarsip de Menfis"

Ya comprenderá el lector que el Etnarca del Néguev y su esposa acogieron con benevolencia y simpatía a Moisés, cuya actuación como Superintendente-Virrey había sido grandemente benéfica para todos los países vecinos, y no podían explicarse la resolución que había tomado abandonando tan glorioso camino. Y cuando amistosamente hablaron de esto en su presencia, él contestaba:

–Yo vengo del Templo de Menfis y a la entrada está Isis velada y con el índice sobre los labios indicando silencio...

–Comprendido –decía el Etnarca, que en su primera juventud había sido estudiante en el aula de un Templo egipcio.

Complaciente, si no contento, selló la cubierta de la renuncia de Moisés y la colocó entre el epistolario que debía ser enviado a Tebas a la brevedad posible.

– ¿Ahora?... –preguntaba tristemente el Etnarca Aradem–. ¿Adónde vas niño grande de veinte años?

–Tú lo dices, Etnarca, niño grande de veinte años, debes saber lo qué hago y a dónde voy. Soy tu súbdito. Voy a Madián.

"Muy cercano al puerto Abú está la aldea que ha tomado el nombre del pozo que le da el agua, Durba, donde los pocos habitantes son pastores de ovejas, cabras y antílopes. Gentes sosegadas y mansas como las bestias que guardan. Tengo allí un pariente de mi madre, desterrado como yo desde hace largos años.

"Allí será el término de mi viaje.

– ¡Oh, Jetro!... ¡Un gran hombre! Es lamentable ver que los gobernantes de pueblos destierran de su lado a los que valen y quedan rodeados de los cuervos que les comen las entrañas.

– ¿Conocías a Jetro? Me alegra saberlo.

– ¿Quién no le conoce en todo el Néguev? Es el juez, el médico, el maestro y el sacerdote que resuelve pacíficamente todas las cuestiones. Hace muchos años que gobierno este país, y jamás recibí un

reclamo por los actos, soluciones y consejos de tu pariente Jetro. Y siempre me he dicho: tiene la sangre de Epuvia, de los *Hijos del Sol*. ¿No se apellidan así los mauritanos?

–Justamente. Jetro es el segundo de los hermanos de mi abuela, la Reina Epuvia.

–Y se te parece en las inconcebibles resoluciones que toman para sí mismos.

– ¿Por qué lo dices, Etnarca?

–Porque siendo su hermano Gran Sfaz de Mauritania, ¿no estaría mil veces mejor en su tierra que entre los peñascales desiertos de Madián? ¿No estabas tú mejor entre los esplendores reales de Menfis y de Tebas, que entre las majadas de ovejas y de cabras de la mísera aldea de Pozo Durba?

–Más de una vez hemos hablado esto mismo con mi madre, y ambos hemos estado de acuerdo en iguales pensamientos.

"¡Etnarca!... Alumno del Templo de On donde se hilaba muy fino el hilo de oro para las redes de Psiquis, no debes ser ajeno a los vuelos atrevidos y audaces que Ella emprende empujada por tremendas fuerzas desconocidas de todos y a veces hasta de Ella misma. ¿Qué buscará allí, Jetro? ¿Qué buscaré yo?

"El tiempo lo dirá, Etnarca, y lo dirá tan alto que todo el mundo se enterará del secreto que acaso será inamovible y eterno como las Pirámides y la Esfinge de los Valles del Nilo.

–Puede que tengas razón, niño grande de veinte años... Jetro es grande en su retiro y su silencio, y cumple un mandato de Atón, el Dios Invisible de la paz y del amor... Tú llevas el mismo camino que él. Ignoro lo que harás pero sé de cierto que será algo estupendamente grande y bueno... Llevas en los ojos la luz de los elegidos.

"¡Vete, que el Eterno Invisible te guía!..."

Vistiendo la oscura túnica y capuchón de los peregrinos, Moisés se alejó hacia el sur, al lento andar de la caravana, sin volver la cabeza atrás.

La primera jornada terminaba en Ectham, último poblado antes de entrar en el desolado desierto de Shin, tendido como un movedizo mar de amarillentas arenas a todo lo largo del gran golfo con que se anuncia el Mar Rojo, magnífico espejo abierto entre arenales resecos y serranías abruptas y peñascosas.

El panorama que se presenta a la vista del viajero que por vez primera le contempla, es para amedrentar y sobrecoger el alma de espanto, de zozobras, de incertidumbre.

En Ectham debía pasar la caravana dos días y dos noches

contratando los asnos de carga para toda la provisión de la travesía del desierto y para las poblaciones de Mara, Elimo, Dhopas, Alhus, Raphidín y Parán.

Entre las gentes viajeras se desconocían e ignoraban por completo unos a otros. Y nuestro excelso viajero sólo era conocido como *"el peregrino y su criado"*, cuyas voces no habían oído nunca.

Alguien había murmurado:

– ¿Serán mudos esos dos hombres?

El lector y yo sabemos que no les faltaba la hermosa facultad de la voz y la palabra. Mas, era tan grande, tan inmenso el salto sobre el abismo que daba Moisés a sus veinte años, que la tremenda sensación de soledad, de abandono, de eterna ausencia, y de eterno adiós a todo lo que había sido su vida, le sumió como en un letargo de pasiva y fría indiferencia que el fiel Numbik no podía romper, ni dominar, y se limitaba a respetar con absoluta sumisión.

Habituado además a los largos silencios contemplativos de su amo anterior, el sacerdote Neferkeré, no se extrañaba mayormente y sólo se permitía pensar:

"Este nuevo amo comienza el silencio de Isis demasiado pronto".

Pero llegados a Shur, el alma de Moisés, arpa con cuerdas de acero, había reaccionado ya y a poco de desmontarse de su camello, dijo afablemente a su criado:

–Busca un buen sitio para abrir la tienda porque pasaremos aquí dos días y dos noches.

Numbik muy práctico en esta clase de trabajos enclavó la tienda adherida a un gran peñasco que le protegía de los vientos del sur, y le permitía la vista a las bravías aguas del golfo a donde acudían a beber animales de toda especie, grandes aves marinas, y merodeaban también esquifes de beduinos nómades y cazadores targui en procura de animales de buena piel. Todo esto distraería la profunda tristeza de su amo.

Pero Moisés ya no era tristeza lo que sufría. Un gran interrogante lo absorbía todo sin darle tiempo de pensar en nada que no fuera él: "¿Qué haré al término del viaje? ¿Por qué camino tanto? ¿Por qué no he quedado tranquilo en una cabaña de Ectham con la amable protección del Etnarca?"

Sumido en estas persistentes interrogaciones, Moisés trepó al enorme peñasco que daba apoyo y sombra a su tienda, mientras su criado preparaba la cena, la primera comida en pleno desierto.

Radiante luna en creciente resplandecía en el profundo abismo azul, reflejado en las aguas del golfo con toda la profusa ornamentación de estrellas lejanas que en silencio seguían la eterna marcha marcada por sus órbitas.

Moisés, en muda contemplación, rememoró antiquísimas escrituras encontradas en el Templo de On; en que aparecía el relato de unos misioneros vestidos de túnica azulada que en la cámara de un barco de pasajeros cantaban ante unos niños inválidos un himno que se llamaba *"La Danza de las Estrellas"*.

Como un recuerdo trae otro y en la soledad las ideas se enlazan unas a otras como los eslabones de una larga cadena, recordó a un joven pastor, Bohindra, que prófugo y perseguido por un rey poderoso huyó de la tierra natal hacia ultramar, a desconocidos parajes, y años más tarde, sin buscarlo y sin quererlo fue Rey de los países del Nilo, y después Soberano y árbitro de los pueblos de tres continentes.

¿Soñaría acaso su alma dolorida y deshecha bajo el oprobio de injusta sentencia, con que la Eterna Potencia le llevaba a un destino determinado que él ignoraba en absoluto?

Rememoró a un ermitaño solitario que en el lejano país de Ethea vivió más de cincuenta años en una caverna domesticando renos y sembrando cereales y hortalizas, esperando la llegada de un arcángel del Séptimo Cielo que debía bajar en vuelo audaz a la Tierra, para curar la lepra de la humanidad. ¡Oh!..., las arcaicas escrituras de los templos egipcios en ruinas, relataban hechos y esbozaban semblanzas y vidas de hombres y mujeres que no parecían ser de igual pasta que los seres terrestres, que los vientos de la vida les llevaban de un país a otro, de un continente a otro continente a través de mares inmensos; como hojas que arrastra el vendaval o como pájaros errantes sin bosque nativo ni árbol en que posarse, ni rama en qué colgar su nido..., y ellos habían sido fieles a destinos ignorados, ni presentidos siquiera, ¿por qué no podría serlo él también, sintiendo que una indomable fuerza lo arrancó del hogar, de la patria llena de grandezas y de los brazos amantes de la madre..., de un riente crepúsculo de amor que nacía como el sol entre el rosedal de la aurora?...

Moisés se dejó caer sobre un saliente de la montaña, se cubrió el rostro con ambas manos y un ahogado sollozar como tempestad lejana se entremezcló al rumor de las olas del golfo, donde se deslizaban serenos los negros cisnes de arqueado cuello y las garzas color de perlas.

Fue ésta la última debilidad de Moisés, como un inmenso ánade

volando audazmente por encima de un palacio en ruinas, se irguió de pronto y no descendiendo lentamente montaña abajo, sino de un formidable salto, se puso ante el fuego que ardía a la puerta de su tienda y dijo serenamente a su criado.

–Numbik..., los aires del golfo me han puesto hambriento. Dame de comer.

– ¡Oh! ¡Gracias a los dioses, amo, que os hacen volver a la vida! Aquí tenéis codornices guisadas con lentejas y el pan recién sacado del hornillo.

Moisés estaba como en un día de fiesta. ¡Lo había vencido todo, había saltado por encima de todo..., hasta por sobre su propio corazón! Se había vencido a sí mismo y parecía dispuesto a celebrar jubiloso su magnífica victoria.

La maravillosa sensación que experimentaba en ese instante Moisés, la conocen todas las almas que la Eterna Ley llama a una vida superior, y más aún las elegidas para desempeñar una embajada de los cielos ante la humanidad de la Tierra.

Los embajadores divinos conocen bien, lo que cuesta este formidable salto sobre el abismo. Los desgarramientos interiores tan dolorosos y tan hondos, los adioses supremos a cuanto se ama, las ausencias eternas como tumbas que se abren devorando deseos, ilusiones como cuadros vivos, y se cierran luego para no abrirse jamás.

Moisés celebraba la primera gran victoria de su vida cuando sólo contaba veinte años de edad.

La Eterna Potencia, que es Amor y es Justicia, jamás se deja vencer en generosidad. Y si una criatura humana, sumergida en las brumas densas de la materia ha sido capaz de una renunciación semejante, ¿qué hará la Eterna Ley con ella y para ella como divina compensación a una entrega tan absoluta?

El cielo se desbordó sobre Moisés esa noche, cuando el silencio propio del cansancio y del sueño envolvió el campamento de los viajeros en aquel escondido valle, entre una oscura muralla de cerros que recortaban sus siluetas sobre el azul de los cielos, iluminados por la luna en creciente.

Numbik dormía en lo interior de la tienda, y Moisés sentado a la puerta sobre una piel de león miraba las llamas de la hoguera que se debilitaban poco a poco, dando lugar a que se percibiera más suave y misteriosa la claridad blanca de la luna y las lejanas estrellas que parecían mirar al solitario meditabundo.

Muchos de los viajeros pernoctaban en la población, que aunque no era más que una aldea grande, Ectham les ofrecería mejores

comodidades que una tienda entre peñascos y pajonales en pleno desierto.

Pero Moisés necesitaba huir de las gentes, que entre ellas pudiera ser reconocido ya que durante su actuación en el gobierno se había mostrado a inmensas muchedumbres en los actos públicos a que lo obligaba su posición. Sólo habían quedado en el campamento los guardianes de las bestias, el centinela que estaba de turno y Numbik, que envuelto en una gruesa manta, descansaba entre blandas pajas, pero no dormía. Recordaba las últimas palabras de la Princesa Real, que llorando le recomendaba a su hijo: "–Si él vela, tú vela con él. Si él duerme, duerme tú al lado suyo. Te confío la vida de mi hijo, mi único amor en este mundo" –y repitiendo suavemente estas palabras, Numbik extendía su brazo y palpaba el arco y las flechas, su alfanje árabe y una pequeña hacha arrojadiza, todas sus armas que de antemano había colocado al alcance de sus manos. Miraba luego la silueta de Moisés a través de la cortina de la puerta, que dejó descorrida para observación al exterior. Ni un lagarto se le acercaría sin que el fiel criado dejara de descubrirlo.

Es la fidelidad una virtud tan rara y escasa en la humanidad de que formamos parte, que cuando encontramos un ser dotado de ella, nos parece digno de ser colocado sobre un pedestal mucho más alto y glorioso que todos los pedestales en que coloca la humanidad a los que llama sus héroes, triunfadores en los campos de batalla y en acciones bélicas de las más grandiosas conquistas.

A la fina sensibilidad de Moisés debió llegarle la vibración de la inquietud que sufría Numbik, viéndole solo y fuera de la tienda, porque de pronto le dijo en alta voz:

– ¿No duermes, Numbik?

–No me viene el sueño, amo, parece estar reñido conmigo.

–No está reñido contigo, sino que tú le rechazas porque quieres acompañarme despierto. ¿Di si esto es o no verdad?

El criado se incorporó en el lecho y contestó:

–Sí, mi amo, es la verdad. Vos adiviná is siempre la verdad, y perdonadme, pero no me es posible olvidar las palabras de vuestra madre, la Princesa Real: "Si él vela, tú vela con él. Si él duerme, duerme tú al lado suyo"...

–Y tú la obedeces. Bien, muy bien. Pero como yo estoy de verdad reñido con el sueño, te invito a venir a mi lado mientras dura nuestro fuego, y sigue la Luna iluminando el agreste paisaje.

Numbik sin dejar la manta que le envolvía se sentó junto a Moisés que de inmediato le preguntó:

– ¿A qué edad entraste al servicio del buen Anciano Neferkeré?

–Cuando tenía seis años, mi padre quedó viudo, y como era él y mi madre quienes cuidaban de aquel hombre santo desde que fueron asesinados sus padres por los bandoleros que asaltaron el Templo de Sais, a la muerte de mi padre quedé yo al lado suyo, donde vos me habéis encontrado con treinta años cumplidos.

– ¿Veinticuatro años estuviste con él?

–Así es.

–Llevas ya tres años conmigo.

–Y si es vuestro gusto, estaré con vos hasta que me trague el sepulcro.

– ¿No deseas el amor de una doncella y formar un hogar feliz?

–No he pensado en ello, amo. Pareciera que eso está muy fuera de mí.

– ¿Por qué?

–Porque para mí lo primero y más importante es velar y cuidar la persona de quien me tiene a su lado como un servidor y guardián. No me siento capaz de obligar a ninguna mujer a que acepte este deber mío. Y a más: si luego vienen hijos, ¿cómo podré andar con la mujer y los chiquillos a cuestas en seguimiento del amo?

–En cuanto a eso tienes razón, pero ni el sacerdote Neferkeré ni yo nos podríamos permitir el feroz egoísmo de estorbar tu derecho a la felicidad que puede ser para ti el hogar y la familia.

–Él me habló en igual sentido cuando cumplí a su lado veinte años. No sé si adivinó que yo tenía conversaciones amistosas con la hija de un guerrero berberisco, que iba de un país a otro contratado para guerrear con el amo que mejor pagara.

“Hubo lucha entre ella y yo porque le decía: “No estoy contento de que vivas de la matanza que hace tu padre en cada campaña guerrera en que se alista. O te apartas de tu familia o te apartas de mí. “¿De qué vives tú?”, –me preguntó ella. Mi amo, el sacerdote Neferkeré, me da cuanto necesito y soy como un hijo suyo, le contesté.

“– ¿Y cuando él sea una momia encerrada en una cueva, qué harás tú?”

“–Trabajaré en lo que se me presente, menos en matar hombres –le respondí.

“–Las guerras traen riquezas. Mi padre tiene una arquilla con oro y lindas joyas y cuando tenga bastante comprará un Jardín de Placer en Tebas, que dicen que es como el mismo paraíso de los dioses, –me refirió ella ingenuamente y acaso, sin saber lo que decía.

“Yo no he pensado nunca en ser rico, le dije, y si tanto te entusiasman las riquezas debes alejarte de mí que nada puedo prometerte. Así terminó nuestra amistad y no he vuelto a encontrarla nunca más”.

–No son como ella todas las doncellas de Egipto –le dijo Moisés–, y veré complacido, que elijas una honesta y buena, y celebres esponsales con ella.

– ¿Os estorba mi compañía, amo? Si así fuera, me volveré a Menfis al lado de vuestra madre, y si ella me lo permite, allí moriré. –La voz temblaba casi como un sollozo en la garganta del criado cuando decía tales palabras.

–No, Numbik, de modo ninguno, pero me preocupa verte seguir mi vida incierta y errabunda. Yo soy un proscrito, un prófugo desterrado acaso para toda la vida. ¿Puedo en justicia, encadenarte a mi ignorado destino?

–Me encadeno yo mismo, amo, y no vos.

–¿Y por qué has de encadenarte a mí?

–No sabría decirlo... Paréceme que abandonaros sería arrancarme la vida... –y al decirlo, el fiel Numbik dobló su cabeza sobre los pies de Moisés y rompió a sollozar como un niño castigado duramente.

– ¡Numbik!... ¡Numbik!... ¿De qué mundo vienes, ángel caído a la Tierra como una estrella a un pantano? ¿Cómo has de estorbarme si eres una luz en mi senda?

“¡Vamos! Levántate y calienta tu vino con dátiles, que tu confidencia me ha helado hasta la médula de los huesos.

Al oír tales palabras, el corazón fiel de Numbik se ensanchó como una flor al calor del sol y pronto la marmita de cobre estaba en el trípode sobre el fuego que ardía de nuevo en rojiza llamarada.

Sin pretenderlo y sin buscarlo, Moisés había puesto al descubierto el alma de su fiel criado. Aquella grande alma cargada con la redención de un mundo se aquietaba dulcemente en una placidez de cielo al contacto de este amor desinteresado y silencioso, que nada buscaba ni pedía, sino seguirle sin jamás preguntarle:

– ¿Adónde vamos?...

El sol del amanecer sorprendió a la caravana penetrando al gran desierto de Ectham, que se prolonga doce días de lenta marcha entre resecos arenales hasta Maraba y Elimo, aldeas formadas en torno a profundos pozos de aguas dulces que vertientes subterráneas alimentan perpetuamente dando vida entre tanta desolación a las palmeras centenarias, que sombrean las escasas viviendas

existentes en lo que fue siglo atrás, florecientes poblaciones.

Moisés, conocedor de viejas escrituras del pasado prehistórico, rememoraba las actividades de Beni-Abad, el fundador de la raza árabe, que hizo conocer la paz, la abundancia, la suavidad de la convivencia fraterna entre los hombres, cuando la gran Fraternidad Kobda gobernaba los países que riega el Nilo.

= 31 =
LA VISIÓN DEL PASADO

Tres días llevaban nuestros viajeros de avanzar entre un arenal reseco y tan inmenso que sólo percibían la vasta llanura amarillenta uniéndose en una oscura línea al azulado espacio ilimitado también. ¡Cuán pequeña se siente la criatura humana rodeada y envuelta por tan vasta inmensidad!

Y al amanecer del cuarto día de vida en el desierto, Moisés comenzó a sentirse diferente de lo que antes era.

Su vida presente se esfumaba como entre una nebulosa que se iba oscureciendo lentamente hasta olvidarse casi por completo.

Y volvía hacia él un pasado remoto que iba adquiriendo hora por hora una vida real, con imágenes claras y bien definidas, como las que se ven en sueño y que al despertar aún creemos que existen, que viven..., que son.

–Pero yo estoy despierto –decía él con su pensamiento–. Yo no duermo. Voy andando sobre la mansa bestia que me conduce. No sueño... ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que me pasa?

Entonces llamaba a Numbik y dialogaba con él de cosas triviales, buscando distraerse y espantar así las visiones que tan vivas, acudían a su mente.

– ¿Qué ves tú en este ilimitado desierto que atravesamos?

–Llevo tres días deseando ver un árbol, una mata de hierba..., amo, y ya perdí la esperanza de ver algo más que este inmenso campo de arenas. Viene una lomada, después el bajo, luego otra duna y nada más que este mar de arenas amarillas y secas, que suben, bajan, vuelven a subir... ¡Y pensar que doce o catorce días hemos de pasar así!

– ¿No vienen a tu mente otras ideas, otras imágenes, como recuerdos de escenas vivas?

–No, amo... Nada más, cuando me acosa el hambre empiezo a ver los buenos manjares que vuestra tía Jacobed nos hace preparar allá en el castillo del Lago Merik y entonces...

Una inesperada risa de Moisés cortó la palabra de Numbik que se volvió hacia él inundado de alegría.

– ¡Oh! –exclamó el fiel criado–. ¡Cuán bueno es ver la risa en vuestro rostro, que es un aviso de que ríe también el corazón!

– ¡Vaya! ¡Vaya! Te anticipo que desde ahora verás mi risa con más frecuencia. La travesía del desierto va acallando mis recuerdos próximos y despertando otros de muy remota lejanía.

Sin incidentes dignos de mención continuó la monótona andanza hasta que un día el cuerno avisador del Guía, hizo oír este anuncio:

–Maraba a media milla, donde pernocta la caravana.

– ¡Gracias a los dioses, amo, porque el hambre empezaba a atormentarme!

–Y volvían las visiones de nuestra cocina del Lago Merik, ¿eh, Numbik?

– ¡Sí, amo, volvían!

–Creo que Maraba te dará bien de comer –añadió jovialmente Moisés.

–Lo haga así la Madre Isis, porque este desierto nos va consumiendo.

–Tú exageras, Numbik. El desierto tiene bellezas y suavidades si sabemos encontrarlas. El desierto me dice a mí muchas cosas porque sé mucho del remoto pasado de estos caminos que vamos andando.

– ¡Oh, mi amo, cuánta semejanza encuentro en vos con mi antiguo amo, el sacerdote Neferkeré, que Osiris, bendito sea, se llevó a su reino! ¡Siempre hablaba del pasado y poco o nada del presente!

–Es que el pasado es como un venerable anciano y el presente como un niño que comienza la vida. ¿Cuál te parece que sabe más de todas las cosas: el viejo o el niño?

–Claro está, amo, el viejo sabe más.

– ¿Has observado esos montículos de arenas y ramas secas que de tanto en tanto encontramos?

– ¡Oh, sí, y cuántos hemos visto a lo largo del camino!

–Pues sabe que en las viejas escrituras que encontré en la cripta del templo llamado de Seti I en Abydos, el Faraón Anek-Atón dice que hizo remover muchos de estos montículos que se han formado sobre templos o pirámides con criptas que son tumbas y a la vez Archivos, donde los antepasados estudiosos, sabios, filósofos, dejaron ocultos sus descubrimientos, sus experiencias, las tradiciones o crónicas recogidas allí por otros antepasados de ellos.

– ¿Vos, amo, quisierais sin duda excavarlos también a medida que los vamos encontrando?

–No. Tengo la certeza de que cuanto ha vivido oculto bajo esos amontonamientos de arenas y zarzales secos, he de encontrarlo en la pobre aldea del Pozo Durba, término de este viaje. El sacerdote Jetro, tío de mi madre, ha recorrido todos estos parajes, y el desierto que tan áspero y malo te parece fue pródigo con él, y le descubrió todos los secretos milenarios que guardaba. Él ha vivido y vive feliz con lo que le dio el pasado, descubierto en las vastas soledades que siglos atrás fueron escenario de dramas, de epopeyas que el hombre de hoy ignora en absoluto.

–Amo, ya veo la cresta de palmeras de Maraba, lo cual significa descanso y comida. Gracias sean dadas a la Madre Isis que ve nuestra necesidad.

Una hora después estaban ante una cadena de grandes peñascos que formaban muralla natural alrededor de lo que fue varios milenios de años atrás la grandiosa Maraba, ciudad real, metrópoli de los dominios de piedra que fueron de Beni-Abad el glorioso y justo fundador de la raza árabe, cuando la gran Fraternidad Kobda dirigía la corriente civilizadora de tres continentes.

El camello de Moisés se había arrodillado para que descendiera, pero él no lo advertía, abismado mirando el mísero conjunto de casas que asomaban por entre los peñascos y las palmeras que daban sombra a la fuente de dulces aguas.

– ¡Maraba! ¡Maraba!... –exclamaba, mientras su mente iba desgranando las perlas blancas y negras del recuerdo–. Los Hierofantes del Templo de Menfis dicen que en mí está encarnado Abel, hijo de Adamú y Evana. Él viajó por este mar en cuyas orillas me encuentro. Su barco debió hacer escala en Maraba, residencia obligada del Gran Marab de entonces, Elimo-Abad, segundo hijo de Beni-Abad.

"¡Oh, la eterna vida del alma humana! ¡Chispa ingente y viva, imperceptible a nuestros ojos de carne, pero eternamente viva, sufriente y atormentada a través de los siglos y de las edades!

– ¡Amo!..., que hemos llegado y el camello se queja porque tiene sed y olfatea el agua –decíale Numbik.

Moisés dio un gran suspiro y bajó. El águila poderosa flotaba en las cumbres, y las pequeñas cosas de la vida física le hacían bajar a las arenas de la llanura.

Mientras el criado levantaba la tienda y preparaba la comida, Moisés examinaba los grandes peñascos que circundaban el

caserío esperando encontrar una huella, un vestigio, de lo que todo aquello fue en el lejano pasado.

Algunos viajeros que le observaban hacían comentarios entre sí:

–El peregrino mudo busca piedras finas o vetas de oro en los peñascos.

–Errado anda –decía otro–. Si algo hubiera, los nativos, de seguro, no lo dejan para los viajeros.

A Moisés le llegaron estos pensamientos y quiso demostrarles que ni era mudo ni buscaba tesoros materiales entre los peñascos de Maraba.

–Amigos –les dijo afablemente–. Si vosotros habéis hecho varias veces este viaje, conoceréis las tradiciones que los viejos rumorean acerca de este villorrio.

Disimulando la impresión de verse contestados a sus pensamientos, aquellos viajeros se le acercaron, y uno de ellos dijo:

– ¡Oh, sí, señor viajero! Mi abuelo decía que oyó contar grandes cosas de Mara, y en primer lugar que antiguamente la llamaban Maraba porque era la residencia del soberano al que llamaban Gran Marab.

–Yo que soy viajante, comprador de especies aromáticas para las ciudades del Delta, he oído muchas cosas de estas poblaciones costaneras del Mar Rojo. Si son verdaderas o fábulas, no puedo asegurarlo.

"Se dice que estos lugares están poblados de genios justicieros y terribles, que hacen morir de repente a todo el que tiene mala entraña y abriga dañinas intenciones para los demás. Debido a esto, muy pocos quedan a vivir permanentemente aquí.

– ¿Quiere decir que los malvados huyen? –preguntó Moisés–. Tanto mejor, pues sólo quedan los hombres de bien.

–Sí, es así –añadió el otro viajero–, por eso el único inconmovible en estos lugares es el maestro Jetro porque sólo piensa en hacer a sus semejantes todo el bien que puede hacer un hombre a todos los que se cruzan por su camino. A mí me enseñó no sólo a leer y escribir, sino a ser un negociante honrado. Él reside en Pozo Durba, a medio día de Parán.

"El maestro Jetro sí que sabe todo lo que hay que saber de estos lugares y de todos los lugares de este mundo. Es la sabiduría hecha hombre de carne y hueso.

–Me satisface mucho saberlo –contestó Moisés–, porque yo voy hacia él. Es hermano de mi abuela materna y espero aprender a su lado todo cuanto debo saber.

El asombro de aquellos viajeros apareció vivamente ante Moisés.

Lo miraron en silencio como a un ser casi maravilloso, y después uno de ellos dijo:

–Razón había para que vos guardaras tanto silencio, que pensamos si seríais mudo. El maestro Jetro mezquina tanto sus palabras, que cuando se le endilga un discurso, él sólo dice. "Está bien. Que la paz sea contigo". Nadie le arranca una palabra más. Pero sin hablar, resuelve todos los problemas.

– ¡Cuánto os aburriréis a su lado, señor viajero, con tan pocos años como debéis tener! Es insustituible el maestro Jetro como médico, como juez, como escriba, como hombre de consulta que lo sabe todo. Pero vivir junto a él debe ser como casarse un hombre con una momia.

Moisés sonrió ante esa afirmación y luego dijo:

–Yo espero hacerle hablar...

–Claro está, si sois su sobrino, y hará mucho que no os ve...

–Como que no me vio nunca. Yo he venido al mundo cuando él estaba ya en Parán.

– ¡Santo Osiris inmortal! ¡Maravillas nunca vistas! ¡No le conocéis, ni él os conoce y venís a vivir junto a él!... Debéis ser de otra raza que no es de este mundo.

– ¡Y allá junto a Parán, a la vista del monte de los genios que matan!... –exclamó el otro con espanto– ¡Joven..., creo que no sabes lo que haces!

–Por lo que puede ser, yo vengo por aquí una vez al año. Si en algo os puedo servir, por esta misma fecha estaré aquí el año que viene.

–Gracias, amigo –contestó sonriendo Moisés–. Creo que me encontraré bien al lado de mi tío. Debo parecerme a él en mis gustos.

Esta conversación fue interrumpida por Numbik que se acercó a su amo para indicarle que la tienda estaba lista y la comida le esperaba.

Aquellos viajeros entraron a la población y Moisés a su tienda, satisfecho de haber escuchado que "Jetro sabía cuanto puede saber un hombre de estos lugares y de todos los lugares del mundo".

–Es la compañía que necesito para llenar todos los vacíos de mi archivo particular –murmuró, dejándose caer en la piel de león que cubría el pavimento de su tienda.

Le acicateaba el ansia de descubrimientos del pasado en aquellos áridos parajes conocidos a través de viejas escrituras. Sacando de su bolso de piel de foca, que era su archivo de viajero, viejos legajos y carpetas de pergamino, buscó lo que correspondía al país de Arab en la prehistoria.

En el cartapacio señalado con este epígrafe: *"Archivo del sacerdote Neferkeré"*, Moisés había reunido los viejos manuscritos que el Anciano le entregara y que provenían del Templo llamado de Seti I, que fue quien lo hizo reconstruir en Abydos, sobre las grandiosas ruinas que existían desde la época de Anek-Atón, el Faraón Justo como le llamaban, y que fue su ilustre fundador. El lector recordará la visita que hizo Osarsip, de diecisiete años, a ese sagrado recinto abandonado entonces, y sólo custodiado por un anciano matrimonio, siervos que habían sido de Neferkeré.

En uno de los cartapacios se encontraba un amplio grabado: *"El Árbol Genealógico del Faraón Anek-Atón"*, y unido a él un extenso relato que era historia y descripción de lo que en la prehistoria se conoció como país de Arab. La antigua y populosa Maraba, ciudad real, habitación del Gran Marab, ocupaba varias páginas mencionando nombres de sus caudillos y gobernantes, que más se habían distinguido por las construcciones hechas, por la extensión de los campos que sembraron, por el número de fieras que exterminaron.

La gloriosa dinastía de Beni-Abad, el fundador de la raza árabe, se había perpetuado durante muchos siglos, y en una ramilla muy apartada del tronco aparecía el nombre de Isesi-Abad, en la XI generación de los descendientes de Diza-Abad, hijo primogénito del ilustre fundador,

Este Isesi-Abad había llegado a Faraón de Egipto, y fue abuelo y bisabuelo, respectivamente de los faraones Anek-Atón y Tutmés IV, que descubrió la Esfinge enterrada en las arenas del desierto desde largos siglos, cuando mandó abrir uno de los primeros canales del Shior (Nilo) para regar los campos.

El viejísimo manuscrito glorificaba a la esplendorosa Maraba, ante la cual se encontraba Moisés casi desconsolado por el pobrísimo aspecto de la mísera aldea que ella ofrecía.

– ¡A esto se reducen las glorias y grandezas de ciudades, países y hombres! Más, ¿será posible que el tiempo, destructor inexorable, no haya dejado una huella, un vestigio siquiera de aquel glorioso pasado?

"¡Oh Kobdas de la prehistoria que civilizasteis tres continentes!... ¿No me será dado encontrar entre estos peñascos inmensos, entre estas serranías pavorosas, un rastro siquiera de vuestros pasos que tan bellas obras dieron a estos parajes casi desiertos hoy?"

Numbik, en silencio, colocó ante Moisés un pequeño arcón de cuero que contenía comestibles, lo cubrió con un mantelito blanco,

y sobre él la fuente de plata que le diera la Princesa Real para que sirviera la comida a su amo.

– ¡Amo, por favor, haced de cuenta que es la Princesa, vuestra madre, quien os ofrece esta vianda, y no la despreciéis!

Moisés volvió a la realidad de la vida y miró a su criado, luego a la fuente que brillaba de limpia y en ella un hermoso pez asado, entre un lecho de aceitunas y rodajas de huevos cocidos.

–El manjar preferido de mi madre –dijo Moisés–. Gracias, Numbik. Estamos en perfecto acuerdo. Tú te encargas de alimentar mi cuerpo, y el pasado alimenta mi espíritu.

– ¿Os ha de alimentar el pasado, cuando sólo puede traeros la certeza de haber existido y de no ser ya más que escombros y recuerdos?

– ¡Oh, Numbik!... Te vuelves también filósofo, y no despreciable por cierto. ¿De dónde sacaste la hondura de ésos pensamientos?

– ¡Oh, amito mío! También entre las marmitas y el fueguito del hogar se piensan cosas buenas y grandes.

–Ya lo veo, Numbik, ya lo veo, y en este momento se me ocurre pensar que tú sabes muchas cosas..., quizá mucho más de lo que yo sé. Acaso el buen Anciano Neferkeré te confió secretos importantes antes de confiármelos a mí.

–Es verdad, amo. Él sabía grandes cosas del pasado y del futuro. Era un elegido de los dioses. (*En esta frase debemos ver la intervención directa de las Inteligencias Superiores, que los egipcios llamaban dioses).

"Osiris le hablaba en las meditaciones largas del anochecer. Anubis y Horus le dictaban muchas escrituras que él guardaba celosamente en lugares secretos de los templos en que fue Guardián. Un día el dios Anubis le dijo que excavara en un sitio determinado fuera de los muros de la ciudad de Dendera, edificada utilizando las grandiosas ruinas de la antiquísima Tentira, cuyas dimensiones eran mucho más extensas que la nueva ciudad.

– ¿Sabes qué descubrió?

–Yo, entonces, tenía sólo trece años y no prestaba mucha atención a esas cosas que no comprendía, pero supe que encontraron entre unas ruinas, una cripta y unos cofres de piedra, llenos de viejas escrituras y de diversos objetos, como símbolos sagrados que usaron sacerdotes de antiquísimas religiones.

Moisés comía distraídamente como un autómata, pues los relatos de su criado le interesaban mucho más que el pescado con aceitunas que le habían servido en una fuente de plata, en el silencio del anochecer en pleno desierto.

– ¿No recuerdas nada respecto a esos símbolos? –preguntó, luego de un silencio que el criado empleó en añadir nuevos troncos al fuego que se extinguía.

–Creo que eran escudos como camafeos recordatorios de algo que debió ser muy grande, por el júbilo y alborozo que el hallazgo causó al buen sacerdote Neferkeré. Si los muertos viven, amo..., él escuchará que digo la verdad. Algunos eran de cobre, otros de plata, y algunos de oro. Unos eran como idolillos representando un hombre joven que tenía un corderito en brazos, otras como estrellas, con sólo cinco puntas, en vez de las seis u ocho que comúnmente tienen, y otras en forma de cruz con un círculo envolviendo la unión de los dos travesaños. El amo me mandó frotarlas con cenizas de la hoguera hasta que quedaron muy resplandecientes.

– ¿Y después?, sigue tu relato, que me interesa grandemente, Numbik.

–Poco antes de llegar vos, amito, hasta él, y cuando estábamos en el Templo de Luxor donde le encontrasteis, me dijo que cuando él hubiese muerto me marchara a Abydos, a la casa aquella anexa al viejo templo que llaman Seti I, y permaneciera con el matrimonio guardián hasta que llegara una persona que debía venir.

"Ahora creo que esa persona que esperaba erais vos, amito. El santo viejecito temía morir antes de vuestra llegada. ¡Sean benditos los dioses que os trajeron a tiempo!

Moisés guardó un largo silencio. ¿Qué onda meditación fue la suya en aquella inmensa soledad, viendo la llama que consumía los leños, sin más testigo que el humilde criado, silencioso también, porque la irradiación de aquella poderosa mente auscultando el Supremo Designio que le llevaba a lo desconocido, ponía una vibración solemne y casi pavorosa en el ambiente que le rodeaba?

Por fin habló así:

– ¡Qué grande y hermoso es tu espíritu, Numbik, en tu fidelidad, en tus palabras empapadas de veracidad, de lealtad, donde no se encuentra el engaño por ninguna parte!

"Todo lo que acabas de referirme lo sabía, ya por el mismo Neferkeré, ya por el vistazo a la ligera que pude hacer a todo cuanto él me entregó. Las cosas ordinarias de la vida en la posición que yo ocupaba, me han impedido, hasta hoy, un estudio serio de todo ese tesoro de antigua sabiduría que viene encerrado en mis maletas de cuero de foca, que tú mismo has cargado sobre las bestias que nos conducen. Por eso, Numbik, he sido conducido a estas inmensas soledades. Voy viendo fuerte la mano del gran

Dios Invisible de Anek-Atón, que me arrastra como un jirón de sí mismo al desierto para encontrarme con Él, que no habla entre las muchedumbres y el ruidoso vocerío de los mundanos negocios, que absorben y hasta enloquecen a los hombres, sino en las vastas soledades donde la pobre Psiquis no encuentra una brizna de paja de que prenderse...

"¡Oh, infeliz Psiquis, incauta mariposilla que debes ser obligada a llegar por la fuerza a lo que será la dichosa terminación y fin de tus jornadas terrestres!"

Absorto el amo y absorto el criado en el sutil y elevado ambiente creado, no advirtieron que el fresco viento del sur llevaba chispas de fuego a los resecos breñales y arbustos que les rodeaban hasta que una gran llamarada empezó a extenderse en torno a ellos. El centinela del solitario campamento que vio de lejos el resplandor del incendio llegó jadeante, despavorido, pensando que los viajeros dormían y se incendiaba la tienda.

– ¡No es nada buen hombre!... –le dijo Moisés poniéndose en pie rápidamente.

Sentíase poseído de esa intensa y poderosa fuerza que empezó a desarrollarse en él desde muy temprano en su vida, y de igual manera que con el mago de las rosas envenenadas, extendió sus brazos sobre las llamas que corrían como alas de fuego, y las llamas se apagaron súbitamente.

El centinela se quedó plantado como un poste delante de él, mirándole con azorados ojos. Numbik miraba también asombrado, y para calmar el sobresalto del centinela, le dijo al oído:

–Es un profeta amado de los dioses, y le dan poder sobre todas las cosas.

El centinela le contestó también al oído:

–Mi padre está inclinado al vino y al juego y ha entrado en Maraba, donde sé de cierto que dejará todo cuanto ganamos en este penoso viaje. Si tu profeta lo pudiera impedir.

Las llamas se habían apagado y Moisés entraba en la tienda. Numbik y el centinela como atolondrados parecían esperar...

Un hombre salía de entre las sombras de los peñascos que rodeaban el humilde caserío.

– ¡Es mi padre! –dijo casi en un grito el joven centinela–. Tu profeta le ha mandado venir. –Y encarándose rápidamente con aquel sujeto que salía meditabundo y cabizbajo, le dijo–. ¿Por qué vuelves tan pronto, padre?

– ¿Te molesta que haya vuelto? Mira, me pasó algo raro. Me disponía a jugar y a beber un buen vaso de vino cuando me vino el

recuerdo de que hoy hace dos años que murió tu madre. Y no sé si fue ilusión, o que el desierto me trastorna el seso, pero me parece que la vi rogándome volver a tu lado. ¿Te pasó algo, acaso?

Numbik dio al centinela una mirada que hablaba, y éste dio a su padre la contestación que debía dar:

–Sí, hubo un principio de incendio y a no ser por estos viajeros me hubiera visto apurado para apagarlo.

El discreto Numbik para terminar tranquilamente el episodio intervino de inmediato:

–Si queréis celebrar conmigo el feliz suceso os ruego compartir mi modesta cena. El amo se ha retirado a la tienda porque tiene más sueño que apetito. Y mis manjares han quedado sobre el mantel.

–La buena amistad se anuda con pan y vino –contestó alegremente el viejo–, y ya que tú lo quieres, amigo, sea. –Los tres rodearon la pequeña mesa preparada para Moisés, que poseído de una somnolencia extraña, muy semejante al agotamiento que sigue a un gran esfuerzo, se había tirado sobre su lecho y dormitaba soñando que un arcángel radiante ponía en su diestra un punzón de fuego y le decía: *"–¡Escribe!"*

Cuando más tarde se despertó, la luna como una pincelada de luz amarillenta entraba por la mirilla de la tienda y encendiendo su lamparilla de aceite, escribió su primera inspiración en el destierro:

LA VOZ DEL DESIERTO

Mudas las arenas y las rocas mudas
Esperan que el simún las haga temblar,
Es así que esperan las almas humanas
Un soplo de fuego para despertar.

Por nada se turba del silencio augusto
La gran majestad
Que todo lo absorbe como una ola inmensa
De serenidad.

Silencio de abismos, vacíos profundos...
Aquí arenas mudas, arriba el azul,
Sin aves que canten ni fieras que rugen
Así es el inmenso desierto de Shur.

Si hay algo que vive, mi yo le interroga
¿Es esto la nada que espera un Creador?
¿Es esto el vacío que aguarda en silencio
De invisibles genios la fecundación?

¿Soy átomo errante de vida lejana
O un grito potente..., un solemne Fíat,
Un millar de alas que cruzan batidas
Por el huracán?

¿Es acaso efecto del insomnio mío?
¿Es la magia augusta de la soledad?
¡Más hondo el silencio!...
¡Más grande el vacío!...
¡Y por fin escucho la voz de Jehová!

Es el desierto el amigo
Que te conduce hasta Mí
Y allá pasado el desierto
La gloria del Sinaí.

Moisés arrojó el punzón y salió de la tienda como un sonámbulo.

Miró hacia todas las direcciones y no vio ser viviente en torno suyo.

La Luna se había escondido tras de lejanas montañas y ni un rumor de vida se dejaba sentir.

Su criado dormía profundamente y silenciosa sombra se extendía como un amplísimo manto de tinieblas, que sólo dejaban percibir levemente la cadena escarpada y desigual de los inmensos peñascos que hacían muralla al mezquino villorrio.

– ¡Tinieblas!... ¡Silencio!... ¡Soledad!... –murmuró como en un susurro la voz de Moisés–. ¡Poder Supremo! ¡Energía Eterna!... ¡Dios invisible de Abraham, de Jacob, de Anek-Atón! ¡Perdido entre arenales desiertos y peñascales informes, mi yo íntimo te evoca, te llama, en el supremo clamor de la más amarga desesperación!... Si es verdad que existes y das vida a cuanto vive y vigilas las vidas humanas, ¿qué es la vida mía para Ti? ¿Qué hago yo en este mundo, qué soy en medio de los hombres, y ellos qué son para mí?

Un gran resplandor azulado surgió de las tinieblas como un relámpago en una negra tormenta y, deslumbrado, Moisés se

tambaleó como un ebrio y cayó de rodillas entre un atolondramiento que casi era locura.

El azulado resplandor fue tomando forma y esa forma semejante a la humana tenía ojos de infinita dulzura que le miraban, y unos labios que se abrían suavemente para decirle:

"–Moisés, no me tomes por el Dios Invisible de Abraham, de Jacob, de Anek-Atón, que has evocado, porque no soy más que un enviado suyo para consolar la angustia de tu corazón. Él existe, vive eternamente y eternamente vigila sobre toda vida y en todos los mundos que ruedan como perlas de fuego en la infinita inmensidad azul. ¿No te vigilará a ti, elegido por Él para el cumplimiento de un designio suyo sobre esta humanidad que te rodea?"

– ¿Quién eres tú que me hablas? –pensó Moisés, que no conseguía articular ni una palabra, según era grande su estupor.

–Soy Aelohin, tu hermano, y obedezco el mandato divino de guiar tus pasos de hoy en adelante, y transmitirte la soberana Voluntad del que es Dueño y Señor de todos los mundos y de todas las vidas. No te creas nunca solo porque setenta hermanos somos contigo en esta jornada gloriosa y heroica que estás viviendo. Divina Fortaleza te acompaña y nunca serás vencido por ningún poder en este mundo.

La visión desapareció tan súbitamente como había llegado, y Moisés dobló su cabeza sobre la arena, y lloró silenciosamente como se llora cuando una grande angustia nos estruja el corazón y sin esperar consuelo ni alivio alguno, nos sentimos inundados de fuerza y de amor, más grande que todas las fuerzas y amores de este mundo.

– ¡Esto es Dios!... ¡Esto es Dios!... –repetía Moisés cuando pudo hablar, y entró a su tienda a buscar su lecho para descansar. Y cual si toda la claridad divina se hubiera desbordado sobre él, fue su sueño una historia perfectamente continuada que comenzaba en el más remoto pasado y terminaba allí..., ante la muralla de peñascos que rodeaba el humilde villorrio de Mara, perdido en el desierto de Shur.

Se vio a sí mismo en la lejana existencia de Juno, el experto marino que surcaba sin miedo mares bravíos en noche de tempestad salvando víctimas del feroz egoísmo humano.

Se vio en el pastor Numú, convertido en príncipe heredero de vastos dominios, también salvando vidas humanas del egoísmo de los poderosos de la Tierra, opresores de pueblos indefensos y embrutecidos por la ignominia y la ignorancia.

En Anfión, el Rey Santo, en Port Ofir en el Cerro de los Pinares; en Antulio en el peñascal de pórfido convertido en refugio de abandonados; en Abel, misionero del mundo civilizado de entonces; en Krishna pacificando el lejano Oriente agobiado por todas las esclavitudes.

– ¡Majestad Suprema!... ¡Señor de todos los mundos!... Si todo eso fui yo mismo, un guijarro desprendido de un peñasco..., una larva arrastrándose en las piedras..., ¿qué no serás Tú que has encendido en el espacio soles y estrellas, y los haces rodar en danza gigantesca por siglos y edades incontables?...

"¡Si tu fuerza es mi fuerza; si tu poder es mi poder; si tu claridad es la luz que me alumbra..., yo seré para este mundo lo que Tú quieres que yo sea!"

Moisés en el sueño habló a gritos y Numbik se despertó azorado, creyendo que su amo deliraba poseído por la fiebre, y él le dijo:

–Vuelve a tu lecho, Numbik, y duerme tranquilo que no deliro ni tengo fiebre.

"La Madre Isis ha descorrido el velo y ahora sé quién soy, y por qué estoy en este mundo".

= 32 =
LA ALDEA DE LAS PALMERAS

Como una hada maravillosa deshojaba la aurora sus rosas encarnadas y sus rosas de oro cuando la caravana se ponía de nuevo en movimiento, dejando a Mara dormida en la apacible quietud de todo lo que vive sin conocimiento de un pasado de esplendor y sin la más remota esperanza de grandezas futuras.

Moisés, que era el único que conocía lo que fue el esplendoroso pasado de Mara, salía de ella con su mente sobrecargada de grandes pensamientos.

Tenía ante sí otro tramo del desierto que allí tomaba el nombre de Desierto de Shin, cuya travesía le llevaría tres largos días con sus noches. Mas, él no pensaba en el desierto ni veía las lomadas y las dunas de pesada arena que iban atravesando una tras otra, porque rememoraba las tragedias de otra hora muy lejana y los personajes que actuaron en ellas, pintados tan a lo vivo en las viejas Escrituras que los escribas de Beni-Abad habían dejado en rollos de piel de oveja curtida al blanco. El Anciano sacerdote Neferkeré las había heredado de un antepasado hierofante del Templo de On, en Heliópolis, entonces ya ruinoso y abandonado.

–Camino en tierras conocidas a través de esas Escrituras y a través de... –Moisés dejaba en suspenso su pensamiento sin atreverse a repetir la gran verdad. ¡Era tan grande, tan estupendo el misterio de la eterna vida de la psiquis humana!...

En la visión de aquella noche se había visto él mismo en sus lejanas jornadas terrestres y sentía pavor de recordárselo nuevamente.

Y continuaba así su interrumpido pensamiento: "...A través de mí mismo si es una realidad que está encarnado en mí, aquel Abel, hijo de Adamú y Evana".

Fueron para Moisés tres días de largas meditaciones, pasados los cuales la bocina del Guía hizo sentir su poderosa voz: –Está a la vista la "Aldea de las Palmeras".

Así llamaban entonces a la antigua ciudad de Elimo, nombre dado por Beni-Abad a la segunda ciudad de sus dominios, y rememorando el nombre de su segundo hijo que fue también su sucesor cuando el primogénito Diza, torció el rumbo de su vida y extravió sus caminos.

Al contrario de Maraba, Elimo tenía un aspecto feliz y riente, pues, si no conservaba su inmenso caserío de blanca piedra, conservaba sí sus encantos naturales, su inmenso bosque de palmeras y sus profundos remansos de agua dulce. Al verlos, Moisés pensó y aún se lo dijo con entusiasmo a Numbik:

–Seguramente estas hermosas palmeras no son las que vio Abel, sino nietas o bisnietas de aquéllas. Las que vio el hijo de Evana se habrán convertido en polvo muchas veces entre la arena, y estos claros remansos de agua en que se refleja el azul de los cielos son seguramente retazos del río Thorbes, que iba a vaciar sus aguas al golfo de Agaba. (*Golfo de Adén).

"¡Oh! ¡El tiempo, las edades, los siglos, Numbik, que todo lo destruyen o lo transforman!

"Tiene algo de semejanza con la gran Ley de la Evolución que también transforma y cambia al alma humana de eterna vida como Dios".

La caravana hizo alto apenas pasado el mediodía, y mientras Numbik abría y enclavaba la tienda y preparaba la comida, Moisés, armado de un cartapacio de sus grabados en cuero, se encaminaba hacia los remansos y parecía querer medirlos con sus ojos y con sus pasos. Contó doce lagos guarnecidos de juncales y de caña-flor, separados unos de otros por montículos de arena, guijarros y zarzales silvestres, y que en línea directa con marcadas curvas seguían rumbo hacia el gran golfo de Agaba, tal como él lo había supuesto.

La caminata que hizo fue larga y sólo pensó en volver cuando vio que Numbik corría tras él porque la tienda le esperaba ya bien dispuesta y la comida se pasaba de punto.

– ¡Oh, mi fiel Numbik! ¡Cuánta paciencia debes tener con este amo, loco de ensueños, que la Madre Isis te ha dado!

–La tengo, amo, y contento estoy de tenerla –le contestaba el criado, jadeante por la carrera.

– ¿Sabes lo que acabo de descubrir?

– ¡Algo del pasado! ¡Ese pasado que os hace olvidar el presente, amo, y mi guiso de carnero con lentejas se enfría en la marmita!

–Vamos andando, Numbik, pero óyeme. Cada uno de estos tres primeros lagos tiene alrededor setenta palmeras, y los otros tienen unos veinte, otros treinta, cuarenta o cincuenta. ¿Qué significará esto?

"Estas Escrituras dicen que Beni-Abad había plantado de doble filas de palmeras a ambas orillas del río Thorbes, desde Elimo hasta el golfo de Agaba, que en aquel entonces se llamaba Turbión por sus aguas cenagosas. ¿Qué habrá en esos montículos que han interrumpido la corriente de agua y han secado las palmeras que existían a todo lo largo del riacho aquel?"

– ¡Qué hemos de saber eso, amo! Con vuestro permiso corro adelante por temor de que este vientecillo vuele fuego y tengamos otro incendio como aquél. –El afanoso Numbik se echó a correr como un gamo perseguido por chacales, haciendo pensar al gran soñador que aquel humilde criado estaba a tono con la vida terrestre llena de pequeñas cosas. Conocíase como un visionario eterno, que volaba siempre muy lejos de los cortos pasos que su materia daba sobre la tierra.

Cuando terminó la comida salió de nuevo con su cartapacio de grabados en cuero y se dirigió hacia los lagos. Los primeros estaban invadidos por los esclavos conductores de las bestias a las que abrevaban abundantemente. Y deseando encontrarse en soledad siguió caminando hasta que se vio solo a orillas de las mansas aguas en que reflejaban las palmeras sus verdes abanicos.

Se sentó en uno de aquellos montículos que dividían un lago de otro y buscó en su cartapacio de escrituras lo referente a las obras que Beni-Abad o sus descendientes realizaron en aquellos parajes de sus dominios.

Acicateaba su curiosidad el hecho de encontrar transformado en lagos más o menos de igual tamaño, lo que en remotas épocas fue un riacho de regular correntada.

Por fin encontró la solución del problema. La Escritura refería

que un hijo de Elimo-Abad, aconsejado por el Audumbla de su Consejo de Gobierno, quien le anunció que una gran sequía disminuiría enormemente la afluencia de agua a todos los ríos de la región, lo cual amenazaba todas las plantaciones y sembrados, produciendo, lógicamente, pérdida de las cosechas, y escasez y hambre para los pueblos. (*El Audumbla era un clarividente).

Aquel caudillo, nieto del gran Beni-Abad, había mandado hacer doce represas de agua, cortando el río mediante diques de piedra, con grandes compuertas que se abrían luego de haber desbordado el río, regando todos los campos sembrados mediante canales conductores de las aguas, tal como los Kobdas de la Paz hicieron en el Éufrates.

El correr de los siglos y las avalanchas de resaca y arena habían formado los grandes montículos conque estaban divididos los lagos, unos de otros.

El Sol declinaba hacia el ocaso y Moisés seguía caminando y pensando en lo que guardarían aquellos lugares, tan variados en su aspecto exterior: lagos, juncales, palmeras y peñascos enormes cortando atrevidamente el risueño valle en que se asentaba el villorrio que no otra era la antigua capital Elimo.

De pronto vio que un hombre salía de entre el peñascal con un cántaro y se acercaba al lago a recoger agua. Moisés se le acercó sin temor alguno y le habló:

–Soy un viajero de la caravana recién llegada, y me place encontrar un vecino de Elimo con quien hablar.

El hombre lo miró afablemente, pero le hizo comprender que no entendía sus palabras.

Recordó que el Etnarca de Heliópolis le había advertido que en las poblaciones del desierto se hablaba el dialecto berberisco que a él no le era desconocido porque en los mercados y ferias de Menfis y de Tebas lo hablaban la mayoría de los vendedores.

Unos momentos después, el hijo de la Princesa Real de Egipto y el Guardián del humilde cementerio de Elimo se entendían admirablemente, como si fueran viejos amigos.

– ¿Dónde está el cementerio? –le preguntó Moisés, que no veía alrededor nada que se asemejara a sepulturas.

–Está detrás de esta montaña –le contestó, y le invitó a visitar su cabaña, que era una gruta de rocas a pocos pasos de allí.

Tenía su mujer que padecía un reuma crónico y una nietita ciega que tocaba la guzla.

–Todo es dolor aquí –dijo el buen hombre–, pero tenemos en abundancia la paz de nuestros vecinos: los muertos.

–Tenéis un tesoro, os lo aseguro –le dijo Moisés, saludando a las dos mujeres–. Yo vengo del gran mundo, donde hay de todo, menos la paz. ¿Y de qué vives?

–Hay buena pesca en los lagos, y además tengo mi huerto.

"En los días de feria llevo a mi nietita al pueblo y los mercaderes le hacen regalitos si con la guzla les atrae compradores. Nos basta todo eso para vivir. Además, los deudos de los muertos siempre nos hacen donativos y éstos son extras porque aquí muere poca gente.

Moisés meditaba y hacía comparaciones.

Él había nacido junto a las gradas de un trono, hijo de una Princesa Real heredera de uno de los más ricos y grandes países del mundo. En sus pocos años había padecido inmensamente inquietudes dolorosas en el alma y grandes fatigas en su cuerpo. Entonces, sólo era un proscrito, un desterrado, que vio en peligro su propia vida en la patria lejana donde quedaba su madre entristecida y aquel naciente amor que fue la primera y única dulzura de su vida.

Su corazón de carne quería quejarse de lo que a todas luces parecía una injusticia. Pero su mente, su Yo Superior, sintió una voz sin ruido en lo más hondo de sí mismo, que le decía:

"–Tú has venido a este mundo a enseñar a los hombres a vivir como Dios quiere y debes conocer cómo se soportan todos los dolores y cómo se vencen todos los obstáculos".

– ¡Aelohin! –dijo Moisés, sin pensar que tenía testigos ante sí.

– ¿Qué habéis dicho? –preguntó el Guardián asombrado–. Con esa palabra evocan los viejos de esta tierra al dios que amansa las tormentas y manda en la lluvia y en los vientos. Está también grabado en el sepulcro grande.

– ¿Podrías hacérmelo ver?

–Si queréis caminar unos pasos más; venid.

Dando la vuelta por detrás de la gruta, se veía un claro entre dos grandes peñascos paralelos y era esa la entrada al cementerio, donde lo primero que aparecía era un gran pilón, labrado en un peñasco rojizo. En un hermoso relieve se veía, en lo alto, un rostro humano, con dos grandes alas abiertas y debajo esta inscripción: *"Aelohin te guarde".*

– ¿Sabes a quién pertenece este sepulcro? –preguntó Moisés, acercándose al monumento que demostraba claramente la antigüedad que tenía.

–Como ves, amo, aquí todo es tan viejo, que los que viven poco

o nada saben del remoto pasado. El Guardián que me precedió, murió de viejo hace catorce años, y él oyó algunas tradiciones o cuentos de su antecesor, que también murió de pura vejez. Yo le oí contar que éste, que todos aquí llaman "el sepulcro grande", guarda los restos de toda una dinastía de caudillos o reyes de una época tan lejana que casi se ha perdido toda noticia de ellos.

–Me interesa mucho conocer esos cuentos o tradiciones, si no te molesta mi deseo.

–Como en todas partes y en todos los tiempos, hubo lo bueno y lo malo, porque donde andamos los seres de carne y hueso, ocurre siempre así.

"Dicen que allá abajo, donde el Nilo se junta con el mar, hubo un gran templo habitado por magos de buena ley que hicieron a los pueblos toda suerte de beneficios. Entre ellos estaba el hombre que pobló estos desiertos de piedra y los limpió de fieras, que aquí abundan tanto como los guijarros y las arenas. Ese hombre, cuando puso todo en orden, dejó a su hijo mayor al frente de las numerosas tribus que le obedecían. El heredero perdió la cabeza con el poder, y destrozó cuanto pudo lo realizado por su padre, que al saberlo, salió de aquel gran Templo, destituyó a su mal hijo, y le castigó duramente, amarrándole en cadena en el "Monte de los Genios", por no sé cuánto tiempo. Puso al frente de estos pueblos a su segundo hijo, que se llamaba como este villorrio: Elimo, y se volvió al Templo con los magos, entre los que murió al poco tiempo. Se dice que en este sepulcro se guarda la urna funeraria del gran hombre que amó tanto estas tierras, y las ama aún.

"Esto es lo que yo he oído al guardián anterior a mí, y es de suponer que algo, por lo menos, debe haber de verdad. Para hacer un sepulcro así, tan alto y grande, más que todas las casas que se ven en Elimo, es porque también sería alto y grande el que lo iba a ocupar.

"Ya veis, en toda esta región no se ve otra construcción que se le parezca.

– ¿Nadie la abre jamás?

–En los catorce años que vivo aquí, jamás se acercó nadie al "sepulcro grande", como no sea para descansar en las gradas, los que llevan cargando un muerto en angarillas. Además, ¿quién ha de pensar en abrir esa mole de granito que es como un trozo de montaña labrado a hierro y martillo?

–Dime, ¿sabes algo del sacerdote Jetro, que vive en el Valle Raquel, junto al Pozo Durba?

– ¡Oh, sí!... ¿Quién es el que no sabe de él, por toda esta región?

Es un sabio, un profeta que conoce el porvenir. Él me anunció un día que llegaría a mi cabaña un hombre que me curaría el reuma de mi mujer y la ceguera de mi nieta. Por eso vivo tranquilo, esperando ese día, que de cierto sé que llegará.

–Grande es tu fe, buen hombre y el buen Dios te premiará.

– ¡El buen Dios!... ¿Quién es y dónde está, amo, si aquí no hay templo donde él viva?

–Es el Eterno Invisible que nuestros ojos no ven pero que habita en el corazón de todo hombre que obra justicia y siente el amor.

– ¡Así mismo dice el maestro Jetro!

–Y yo, que soy su sobrino, te lo digo también.

– ¿Cómo? Pero, ¿dices verdad?

–Amigo, yo no miento nunca. Vengo de Menfis, en tierra de Egipto, y al visitar a vuestro Etnarca, en Heliópolis, me dio autorizaciones escritas para las investigaciones que me interesa hacer. Hasta me ha entregado un bolsillo de oro para que mi tío Jetro haga reconstruir las cabañas a los que perdieron las suyas en el hundimiento que hubo en Raphidín.

– ¡Oh, buen amo!..., entonces sois un gran personaje. Algo había sospechado por todo vuestro aspecto y, sobre todo, por esas manos que en nada se parecen a las mías.

"Si en algo os puedo servir, amo, aquí estoy, y dirás al maestro Jetro que el Guardián del cementerio de Elimo está esperando su promesa.

–Ve a tu cabaña y verás que ya fue realizada.

– ¿Que dices?

–Que tu mujer y tu nieta están curadas.

– ¡Genio bueno del sepulcro grande! –gritó, como enloquecido, el buen hombre y corrió a su choza al otro lado de la montaña.

Entonces, Moisés subió las tres gradas de la plataforma en que se asentaba el ciclópeo monumento y sacando de su pecho un libreto de anotaciones, leyó ésta: "Junto a los lagos de Elimo, en el desierto, se encuentra entre dos desfiladeros el sepulcro que guarda los muertos de la dinastía que fundó el Kobda Beni-Abad. Yo, Neferkeré, no pude llegar a visitarlo y abrirlo con la llave que me entregó el Pontífice del Templo de On, que me dijo ser un descendiente suyo.

"Que el que espero, que debe llegar hasta mí como me fue anunciado, haga lo que yo no pude hacer en cumplimiento de la última voluntad de mi gran maestro Amonthep. Quien ama la Verdad, la busca; y el Eterno Invisible es la Verdad. Entrego el croquis juntamente con la llave".

Moisés observó el croquis y su pensamiento hizo esta evocación.

–"¡Espíritu inmortal de Beni-Abad! ¡Si es Justicia de Dios que yo abra tu sepulcro, guía mi mano al lugar de la cerradura!" –Cerró los ojos y levantó su diestra armada de la llave de cobre que le fue entregada por Neferkeré. Su mano tocó una moldura del basamento, y la llave, que sólo era un fuerte punzón, penetró sin dificultad, produciendo un ruido sordo como el arrastrar una losa pesada. Abrió los ojos y vio un ventanal redondo como la mirilla de una puerta, por donde podía verse hacia dentro al alcance de la mano el aro terminal de una cadena. Tiró con fuerza de ella y un bloque de piedra se abrió lo bastante para dar paso a un hombre pequeño; Moisés era alto y debió doblarse para entrar.

La oscuridad completa y el fuerte olor a humedad lo detuvieron un momento, indeciso. Encendió la antorcha de algodón encerado que todo viajero llevaba siempre consigo, y dio un paso adelante.

–Más que un sepulcro, esto parece un Templo –dijo, mirando a un lado y otro.

Era una vasta sala cuyas murallas en círculo cerrado la hacían aparecer como una rotonda sin ninguna abertura, más que la pequeña puerta de entrada...

En el muro del frente, Moisés vio una lámina de piedra colocada horizontalmente sobre dos columnas de granito formando como una mesa y sobre ella un gran libro cerrado.

Un poco más alto, un cuadrado de brillante basalto negro bruñido en que aparecía al centro, una estrella de cinco puntas, de blanca piedra caliza.

Luego descubrió a la escasa claridad de su menuda antorcha de algodón encerado, una lámina de basalto negro en el pavimento y en el mismo sitio en que estaba parado ante aquella mesa. El polvo que la cubría, no permitía ver el grabado que la intuición le hizo descubrir: "Dinastía Beni-Abad"; y debajo de este nombre, este epitalamio:

"Fue el padre del país de Arab y de la raza que lo puebla".

–Ocho mil años han pasado, por lo menos, sobre todo esto que mis ojos ven –murmuró Moisés.

Luego trató de examinar el gran libro que estaba sobre la mesa.

Apartando el polvo vio que las tapas eran de plata repujada y con hermosos engarces de rubíes, la piedra preferida de los arabeños. Abriéndolo lentamente, como aquel que teme cometer

una profanación, leyó en la primera página de amarillento papiro, esta dedicatoria: *"Al grande y amado Beni-Abad en el día de sus bodas de oro con la Fraternidad Kobda. Bohindra"*.

Hoja por hoja examinó aquella viejísima escritura que no era desconocida para él. En el gran archivo del Templo de Menfis los hierofantes del Consejo Supremo le habían hecho leer las escrituras del Patriarca Aldis, donde aparecían: *"La Ley de la Gran Alianza de Naciones Unidas; el Himno a la luz del día; la Danza de las estrellas"*, y las evocaciones a los cuatro elementos primordiales de la Naturaleza: el aire, el agua, el fuego y la tierra, con que acostumbraban unirse a las grandes fuerzas del Cosmos al abrir un Santuario nuevo. (*Estas escrituras están relatadas en la obra "Orígenes de la Civilización Adámica").

– ¡Cuán hermosa es la Verdad que me sale al encuentro en todas las andanzas de mi vida! –exclamó el joven hijo de la Princesa Thimetis, que lo había traído a la vida y lo había educado para buscador infatigable de la Verdad. Y exclamó –: ¡Gracias te doy Verdad Suprema, Verdad Eterna, Verdad Infinita, que así te das a una criatura humana que te busca con amor y con fe!

Moisés, absorto en absoluto, con ese sentimiento de adoración, no vio al Guardián del cementerio que había vuelto y le contemplaba azorado como el que ve una visión de ultratumba. El buen hombre estaba de rodillas a la puerta, y cuando vio que había sido descubierto, exclamó:

– ¡Amo!... ¡Señor mío! Sólo vos erais digno de abrir la sagrada sepultura del Genio bueno del sepulcro grande. ¡Ahora sí creo que andan los dioses en la tierra y acaso seréis vos, Señor, uno de ellos! –y el hombre dobló su cabeza al suelo y tocó el pavimento con su frente.

–Levántate, buen hombre, que Dios es el Eterno Invisible, y yo soy una criatura humana como tú, y como todos los que andamos por la tierra. Y en prueba de ello, te haré depositario de la llave y del secreto de abrir esta puerta, a fin de que una vez cada semana entres tú aquí y hagas limpieza de este sagrado lugar. Pero..., silencio absoluto, ¿eh? Ni tu mujer ni tu hija deben saberlo. Habéis recibido el beneficio de su curación, y el Genio Bueno del sepulcro grande es lo único que te pide en recompensa.

El pobre Guardián, que temblaba todo entero de pavor y de miedo, juraba por todos los genios buenos del mundo, que sería mudo como todas las tumbas que les rodeaban.

Después de enseñarle cómo se abría y cerraba la puerta, le dijo que: "Doblaría el jornal que recibía por guardar la entrada

al cementerio, si le prometía cuidar con esmero la sepultura templo del "Genio Bueno del sepulcro grande", al cual llamarás en adelante Patriarca Beni-Abad, porque ese fue su nombre cuando creó y organizó este país".

Le entregó un pequeño bolso con rodelas de oro, especie de anillos, que era la moneda egipcia de ese tiempo.

–Esto para que enciendas fuego y quemes incienso en este panteón, cada vez que vengas a visitarlo –le dijo al Guardián que, arrodillándose para recibirle, le respondía:

–Sí, amo bueno, le tendré limpio como un ánfora de plata, y así lo veréis cada vez que vengáis a este lugar. Encenderé esa lámpara apagada y encenderé, también, los cirios, en gratitud al Genio Bueno, que trajo el bien y la paz a mi cabaña, porque vos vinisteis hacia mí.

Aquellos tres humildes seres ignorados y desconocidos hasta entonces, fueron como cirios siempre encendidos para el solitario y errante hijo de la Princesa Thimetis, al cual siguieron ,años más tarde, cuando pasó por ese mismo lugar, camino al Monte Sinaí, llevando tras de sí al numeroso pueblo de Israel.

= 33 =
EN POZO DURBA

En las aldeas de Dhopas, Alhus y Raphidín, la caravana que conducía a Moisés, apenas se detuvo pocas horas para descargar mercancías y dar de beber a las bestias. Los guías forzaban la marcha porque veían la amenaza del fiero simún, que levanta nubes de arena ardiente cegando a las bestias y a los hombres.

Por fin apareció, a lo lejos, el oscuro torreón de la Fortaleza de Parán, término del largo y penoso viaje que llevó al hijo de la Princesa Thimetis a su destierro, por tiempo indeterminado.

La caravana hizo alto en la gran plazoleta, a las puertas de la vetusta ciudad, último baluarte de la civilización de entonces. Después, los fragorosos peñascales y negras gargantas, vecinas del Monte Sinaí, lugar de horror y de espanto para los escasos pobladores de aquella región desolada.

A poca distancia y hacia occidente, se hallaba Pozo Durba, donde Jetro de Mauritania, viejo sacerdote del culto de Atón, veía deslizarse sus días desde hacía más de treinta años.

Al igual que Moisés, se había desterrado él mismo en los últimos años del reinado del Faraón Seti, abuelo de Thimetis, para evitarle

al viejo Rey el dolor de condenarle a destierro perpetuo, por sus ideas en desacuerdo con el culto idólatra de los dioses múltiples, aceptado como costumbre y como ley, que el justo Anek-Atón no pudo arrancar de los países del Nilo.

Con tal decisión, Jetro no hizo más que obedecer el designio Divino que, como a Gaudes en la gruta del país de Ethea*, le destinaba a esperar en aquel destierro la llegada del Hombre Luz que realizaba una nueva visita a la humanidad terrestre.

*Se refiere al monje dakthylo que habitó la gruta, esperando el advenimiento del Mesías de la Tierra, en su quinta jornada terrestre. Relatado en la Obra "Orígenes de la Civilización Adámica".

Como un punto oscuro en el horizonte, se veía desde la atalaya del Torreón el bosque de palmeras que sombreaba el oasis llamado Pozo Durba, y sin detenerse, Moisés, más que para tomar su equipaje, continuó andando por el camino bordeado de abrojos y cardales silvestres.

A poco andar encontraron pastores que guiaban sus ovejas hacia sus rediles, y Numbik explicaba que tales encuentros eran augurios de buena acogida.

–Yo bien sé que seremos bien recibidos, aunque no hubiera habido tales encuentros –respondíale Moisés.

El oasis estaba solitario y el sol, que se escondía detrás de las colinas lejanas, dejaba un ambiente tibio y un dorado resplandor, que envolvía el paisaje como en una bruma de oro pálido.

– ¿Sabes, Numbik, que estoy fatigado?

–Es la fatiga del viajero que llega a su destino, amo. Si aún nos faltaran millas, no vendría la fatiga. Este oasis está hecho para el descanso. Mirad aquel banco y el ancho brocal de la fuente. Sentaos, pues, mientras yo doy de beber a las bestias.

Moisés se sentó en silencio, porque le preocupaba no ver hacia ningún lado la vivienda de su tío Jetro y la noche se acercaba; sentía que ya le faltaban fuerzas para continuar andando. Se había figurado que el Anciano vivía en el oasis.

Esperaba que el criado terminara con las bestias para abrir la tienda, ya dispuesto a esperar al día siguiente para continuar la marcha.

El vientecillo de la tarde le trajo sonido de voces y de alegres risas.

– ¿Oyes, Numbik?

–Sí, amo. O son risas de mujeres o son las diosas del agua que van a asomarse para vernos la cara.

De pronto, y como aparición brotada de atrás de una verde

colina que se levantaba a corta distancia, vieron tres jovencitas que con un cántaro al hombro venían a la fuente.

Antes que ellas, llegaron dos pastores a hacer beber sus majadas.

–Esperad que esas jóvenes llenen sus cántaros –les dijo Moisés.

Mas, como ellos no le hicieron caso ninguno, tomó rápidamente el mástil de la tienda y espantó a las ovejas, que echaron a huir.

Sin decir palabra, tomó los tres cántaros y los llenó. Las doncellas, asustadas por los gritos rabiosos de los pastores, recogían sus cántaros y se alejaron precipitadamente, pensando que se trabarían en lucha los pastores con el extranjero.

– ¡Padre! –dijeron alarmadas a Jetro–, en el pozo hay un extranjero que ha reñido a los pastores y ellos lo van a apedrear. Les asustó las ovejas para que nos dejaran sacar el agua y ellos se pusieron furiosos.

Jetro, que era el pacificador de todas las contiendas, marchó enseguida hacia la fuente. Llegó jadeante pensando acaso que llegaría demasiado tarde, y encontró al extranjero y su criado que ayudaban a los pastores a volver las ovejas a la fuente.

–Señor viajero, os doy las gracias por el servicio que hicisteis a mis hijas, y como la noche se acerca y no hay por aquí más vivienda que la mía, os ruego me hagáis la honra de venir a mi casa.

Moisés comprendió que aquel Anciano era su tío. Algo había en él que lo asemejaba a su madre.

– ¿No sois vos el sacerdote Jetro?

–El mismo y estoy a vuestras órdenes.

– ¡Gracias!... Yo soy Moisés, el hijo de la Princesa Thimetis, vuestra sobrina.

Apenas había terminado esta frase y ya estaba el Anciano abrazado a Moisés. La emoción no permitía salida a las palabras. Ambos se esforzaban por aparecer serenos.

Pasados unos momentos, el Anciano habló primero:

– ¿Por qué viniste, hijo mío, a enterrar tu juventud en estos parajes desolados?...

–Por lo mismo que habéis venido vos, tío Jetro.

– ¡La muerte estaba junto a mí en Tanis, en Menfis, en Tebas, en Karnak... en Luxor!...

–También se acercaba a mí de un día a otro, y como sé que la Ley me manda vivir para algo que ignoro, es que he venido aquí buscando la conservación de esta vida mía.

Los pastores y las majadas les cercaban por todas partes, y Jetro insinuó a Moisés:

–Vamos a mi casa, que desde hoy es también tu casa, hijo mío, y espero hacerte menos áspera la vida que has elegido.

"¿Son tuyos estos camellos y los asnos de la carga, o son de la caravana?

–Son míos. Numbik –dijo a su criado–, entre los tres podemos bien llevar las bestias del cabestro. Éste es mi tío, con quien hemos de vivir en adelante.

El criado le hizo una reverencia. El Anciano, hablando el lenguaje de los Templos, preguntó:

– ¿Es un esclavo tuyo?

–Es un hombre libre, que libremente me ha seguido.

–Hay criados que debieran haber nacido reyes, y reyes que debieran limpiar las caballerizas –contestó Jetro con una voz cargada de dolorosa indignación. Cambiando de tono continuó –En mi casa no hay criados y vivimos felices en perfecta paz.

– ¿Me queréis decir con eso que este criado mío no puede permanecer allí?

– ¡No, hijo mío, no! De ninguna manera. Quiero decirte que si él ha de permanecer a tu lado, será como otro hijo de mi familia, si tú no lo tomas a mal.

Moisés guardó silencio y su pensamiento decía: "– ¡Cuán grande cosa para el alma humana el vivir lejos de las corrupciones del mundo que se arrastra junto a los tronos!"

–En estas soledades –dijo el Anciano–, nos visita la Luz Divina que nos dice a grandes voces: tu alma es igual que la de tu criado. ¿Por qué tú dormirás en el estrado y él en el suelo? ¿Por qué tú comerás tu pan sentado a la mesa y él con la escudilla sobre la tierra?

–Habéis contestado a mi pensamiento, tío Jetro. Gracias os doy por esta primera lección y espero que reciba muchas otras.

–Sí, hijo mío. Las palabras de la Escritura se cumplen. *En la soledad sabrás de Dios y lo que Él quiere de ti*. Y no yo, sino Él mismo será quien te dé las lecciones que debes saber.

La cabaña del sacerdote se hallaba en una plataforma de la colina que la escondía, y unos enormes terebintos caían sobre su techumbre, como verde cabellera que le daban sombra y frescura.

Una fuerte cerca de piedra la circundaba impidiendo percibir la presencia de sus moradores. Pero se oían voces femeninas que hablaban, reían y cantaban.

–Hay mucha alegría en vuestra casa, tío Jetro. ¿Tenéis una familia numerosa?

–Tengo siete hijas, que cada una vale por dos –contestó el Anciano, al mismo tiempo que abría el gran portalón de troncos. Mientras entraban los hombres y las bestias, Moisés pudo ver una joven que tendía al sol, ropa recientemente lavada. Otra estaba sentada al telar y tejía con gran rapidez un cobertor a rayas, de bellos coloridos; una tercera sacaba del horno multitud de panes dorados; otra removía en las marmitas colgadas en la hoguera, y varias más entraban a un cobertizo de cañas, grandes cestas con frutas que secaban al sol y las preservaban del rocío de las noches.

–Venid todos aquí, a recibir el don de Dios –díjoles el Anciano, y las siete jóvenes les rodearon–.

"Aquí tenéis a mi sobrino Moisés, que hasta hace pocos meses era el Superintendente Virrey del más rico país de la Tierra.

Las doncellas hicieron todas a la vez una gran reverencia silenciosa.

–No soy ya un Príncipe –díjoles Moisés–, sino solamente el sobrino de vuestro padre, que viene a pedirle un lugar en su cabaña. Espero que acierte a merecer su amor y su confianza, como también vuestra aceptación.

–Mi corazón te recibe como a un hijo muy deseado –contestó el Anciano, y mirando al grupo de sus doncellas parecía decirles: "Hablad vosotras". La mirada debió tener tan poderosa vibración, que todas ellas rodearon a Moisés y una en pos de otra, dejaron un beso en su frente.

El alma desolada de Moisés, perseguido, humillado y proscrito, se conmovió de tal manera por la inesperada manifestación de ternura, que no pudo impedir que en sus ojos asomaran lágrimas contenidas, y la más pequeña de todas ellas aún le dijo:

–Vamos a quererte como a un hermano de verdad.

–Es nuestro hermano verdadero –añadió el Anciano Jetro, que también había sentido la profunda emoción de Moisés.

A poco rato y allí mismo, bajo el emparrado que sombreaba el amplio patio de la cabaña, una de las jovencitas disponía la mesa cubierta de blanco mantel, mientras otra acercaba los bancos en que debían sentarse los diez comensales de esa noche. También Numbik tenía un sitio en la humilde mesa en que un hermano del Gran Sfaz de Mauritania y el hijo de la Princesa Real de Egipto tendrían la primera cena en conjunto, a la tenue luz de aquel crepúsculo de púrpura vivo en que se hundía el sol al anochecer.

Tal fue el comienzo del destierro de Moisés más allá del desierto de Shin, en el oasis de Pozo Durba.

= 34 =
EL PRÍNCIPE PASTOR

La jubilosa algazara de las doncellas, que Jetro llamaba "mis hijas", era algo muy fuera de lo que el mustio viajero había esperado.

El saber ellas que era un príncipe, hijo de la Princesa Real, hermana del Faraón de Egipto, fue como si el lucero de la mañana hubiera caído en el patio de la cabaña. Nunca habían visto un príncipe, y era de oír los interminables comentarios que entre ellas hacían.

Registraban afanosamente los viejos arcones de Jetro, buscando algo digno de tal personaje, para adornar la habitación que su padre le había designado. Era el recibidor o sala de audiencia del Anciano sacerdote de Atón, que es decir, la mejor habitación de la casa, con vistas al Golfo Grande por occidente y el remanso de las aguas dulces por el oriente, o sea hacia el sitio del horizonte por donde el sol asomaba cada mañana. Estaba comunicado con el Oratorio y la alcoba particular del Anciano, que les había dado amplias facultades para utilizar todo cuanto él guardaba en sus arcas, como tristes recuerdos de lo que fuera su mansión en la suntuosa Tanis, y más tarde en la flamante Amarna, capital y sede del reinado de Anek-Atón, el Rey Justo, como no tuvo otro el Egipto legendario.

Hasta sacaron a la luz un tapiz de grandes dimensiones, regalo de la Reina Epuvia a su hermano, en que tejidas con mil hebras de finísimas sedas aparecían la Reina joven, sentada con su hijita Thimetis de tres años en sus rodillas, entretenida en arrojar granos de trigo a las gaviotas y garzas que las rodeaban. Todo les parecía poco para ornamentar la habitación en que debía vivir aquel príncipe tan gentil como austero y grave, y al cual no se atrevían casi a dirigirle la palabra.

Los tablones de cedro que cubrían por dentro los bloques de piedra caliza con que estaba construida la cabaña, relucían con la fuerte refriega de cera derretida en jugo de terebinto.

Los cortinados del baldaquino, de brocado de Fenicia, color de oro que usó el hierofante Jetro cuando era Notario Mayor en el Templo de On en Heliópolis, cubrieron el lecho en que el príncipe debía reposar.

Las piezas de blanco lino, de gasas bordadas de plata, las alfombras de Persia que el Anciano guardaba para cuando pudiera

volver a su último refugio en Egipto, el Templo de Abydos, todo fue sacado a la luz de aquel ocaso de púrpura, mientras el tío y el sobrino dialogaban secretamente a puerta cerrada en el Oratorio, donde Jetro durante un largo cuarto de siglo había vaciado todas sus tristezas, incertidumbres y zozobras de desterrado.

Por constituirse ángel guardián de su hermana Epuvia, proclamada heredera al trono de Egipto a los quince años, se desterró voluntariamente de aquella Mauritania, último retazo dejado a flote por las aguas destructoras de la hermosa Atlántida.

Para no obligar al suegro de su hermana, al Faraón Seti I, a condenarle a muerte como mandaba la ley firmada un siglo antes por Tutankamón en contra de todos los adoradores del Dios Único, se desterró, también voluntariamente, a las soledades pavorosas de los desiertos peñascales de la Arabia de piedra.

Dos amargos destierros pesaban sobre su vida y estrujaban su corazón, y a veces se preguntaba a sí mismo, en sus largas meditaciones solitarias, ¿por qué y para qué lo había hecho? ¿Qué objeto tan magnífico tendría su pobre vida para defenderla a costa de tan largos y penosos sacrificios?

–Ahora sé el por qué –decía, con llanto en los ojos, el iluminado Anciano, estrechando las manos de su joven sobrino y apretándolas a su pecho como algo tan íntimo y sagrado, que sólo junto a su corazón podía guardar–. Debía preparar el camino y esperarte a ti que has tardado en llegar, pero al fin viniste, Atón Moses, el hombre único que harás lo que yo no pude, aunque hice cuanto puede hacer un hombre por realizarlo: la adoración del Dios Único, Eterno Invisible y Eterno Creador de todas las cosas. El veneno acabó con la vida de Anek-Atón, y el hacha y el puñal segaron después tantas cabezas como espigas de trigo crecen en las riberas del Nilo.

–Yo sabía que en ti estaba encerrado aquel hombre clarividente que fue llamado el Faraón Justo, y por eso quise venir a tu lado. El Etnarca de Heliópolis quiso detenerme en su palacio fortaleza, y te aseguro, tío, que la tentación era fuerte y estuvo a punto de vencerme, pero el Pontífice Membra, en el sueño me dijo: *"Acuérdate que más allá del desierto te espera el Faraón Justo, que si fracasó dos siglos atrás, hoy espera el triunfo, la Rosa de Oro de Isis que recogerá de tus manos"*.

– ¿Eso te dijo?... ¡Oh, bendito Membra, que aprendió a leer el futuro en los rayos del sol de amanecer y en las estrellas lejanas que escriben con hebras de luz los destinos humanos! ¡Lo recuerdo bien! Yo había recibido la tercera Iniciación y él hacía las pruebas

de la primera y meditando sobre una confidencia íntima, que él me había hecho, tuve la iluminación de lo que él llegaría a ser en el correr del tiempo. Y le dije: –Por el valor y perseverancia que hay en ti, para las pruebas, el Eterno Amor te reserva un galardón: tendrás en tus brazos el *Ave del Paraíso*, cuando sea llegada la hora.

–En el lenguaje esotérico del Templo se llama *Ave del Paraíso* al Avatar Divino –dijo Moisés–, y no tengo noticia de que haya venido. Membra ya llegó a los setenta años.

–Tiempo al tiempo, hijo mío. Dios es el dueño de la Vida, de la Energía y manda sobre la muerte. –Y el viejo sacerdote se encerró un momento en sí mismo, tal como si de pronto hubiera descubierto que hablaba demasiado. Comprendió que Moisés ignoraba su personalidad espiritual y pensaba que si el Pontífice Membra no se lo había descubierto, menos debía descubrirlo él.

–Yo sé que a tu lado puedo aprender muchas cosas –dijo pensativo Moisés–, si tienes voluntad de enseñarme. Yo comienzo la vida y aunque tuve buenos maestros desde la niñez, no podían, ni debían enseñarme más de lo que mi poca edad permitía saber.

"Cuando fui llamado a ser el segundo en el gobierno del Faraón, todos se unieron a mi madre para prepararme a llevar con justicia y dignidad la carga que significaba aquel puesto. Al renunciarlo, como lo hice, me encontré con una escasa ciencia espiritual, y esto es, tío, lo que vengo a pedirte a ti. En medio siglo de soledad en estos desiertos comprendo bien que un alma como la tuya habrá buscado y encontrado en el Infinito lo que no podían darte los maestros de la tierra.

–Tú dirás lo que deseas saber, conocer y comprender. Todo cuanto la Luz Eterna me ha dado, te lo daré a ti. Y cuando ya nada tenga para darte, será llegada la hora de que tú me des a mí.

"Ahora irás a descansar, hijo mío, que el viaje fue largo y penoso. Lo hice yo a los veintiocho años, y al llegar a Elimo estuve una semana tirado en un jergón en el pavimento del Templo que llaman del *Buen Genio*..."

–Lo he visitado, estuve allí... Y el Guardián del cementerio me habló mucho de vos, tío.

–El padre de él fue quien me recibió a mí y murió en mis brazos. El hijo que te ha recibido a ti era un adolescente en aquel tiempo.

"Te acompaño a la que será tu habitación, que ya mis hijas habrán dispuesto. Largos días tenemos desde mañana para dialogar sobre tu vida en relación con Dios.

Salieron al gran patio como una plazoleta circundada de palmeras y sicomoros. La noche había tendido ya su manto de sombras.

Un dorado resplandor salía por entre los pliegues de un cortinado transparente, graciosamente recogido con una guirnalda de flores.

Sonriendo Jetro, en silencio se dirigió, seguido de Moisés, a esa habitación.

–Príncipe de Egipto –dijo, inclinándose la mayor de las hijas de Jetro–, perdonad la mezquina ofrenda que os hacemos de esta morada, no digna de vuestra grandeza, pero sí ofrecida con todo el amor de nuestro corazón. –Las siete se inclinaron ante el joven, disponiéndose a retirarse.

– ¡Esperad un momento, por favor! Yo no soy un Príncipe para vosotras, sino el sobrino de vuestro padre a quien he pedido alojamiento en vuestra cabaña.

Pero ellas se alejaban sin atreverse a mirarle. Jetro intervino.

– ¡Esperad, no os vayáis! –le dijo–. Mi sobrino no debe saber vuestros nombres..., esos nombres que yo os he dado cuando habéis querido que yo sea vuestro padre. –Volviéndose a Moisés, le decía–. Les he dado como nombre, bellezas de la naturaleza y de la vida.

"Nombraos todas por el orden en que habéis nacido para mí.

–Albarosa –dijo la mayor, indicando seguidamente el nombre de las demás–. Madreselva, la segunda; Alhucema, la tercera; Siempreviva, la cuarta; Rosa-Té, la quinta; Clavelina, la sexta, y Soledad, la séptima.

– ¡Oh, qué bellos nombres!... –exclamó Moisés–. Si para todo lo tuyo eres así, tío Jetro, desde ya me estoy prometiendo hermosas sorpresas...

– ¡Puede que sí, hijo, puede ser!

Moisés quedó por fin solo en su habitación. Miró todo detenidamente. Aquel ambiente parecíale un majestuoso y bello conjunto de antigüedades.

Parecíale estar en la gran sala dormitorio de su bisabuelo el Faraón Seti I, que se conservaba intacta en Tanis, y que el ansia de reformas de su abuelo Ramsés I, había respetado sin tocar en ninguno de sus detalles. Estaba habituado a grandes riquezas y fastuosidades. Nada de esto le asombraba. Pero sí le conmovía, hasta lo más hondo del alma, el amor que aquellas hijas del desierto habían vaciado hasta en el menor detalle de aquella ornamentación.

El divino elixir de amor se fue como infiltrando suavemente en su ser. Entonces pensó en su madre..., en su dulce y querida madre que había dejado a tan enorme distancia. Acaso lloraría su ausencia en ese instante.

Pensó en la pequeña Merik, con quien había celebrado tan solemnes esponsales, en aquella alborada de amor que les alumbró a entrambos en el castillo del Lago Merik, cuando aún no se diseñaban en su horizonte las oscuras tragedias que llegaron después... Y sintiendo que una grande ola de amargura le inundaba hasta casi ahogarle, se arrojó como a morir al lecho y lloró en silencio..., ¡tan en silencio!, porque no llegara su angustia al Anciano Jetro que dormía en la habitación contigua.

"¿Por qué no quedó en Heliópolis a donde pudo haber llevado a su madre y a la pequeña Merik, para dar a su pobre corazón de carne la dulce satisfacción de tenerlas a su lado en el destierro?... ¿Por qué?...

"¡Las había condenado cruelmente a su ausencia por tiempo indeterminado! ¿Fue miedo al Faraón? ¿Fue horror al ambiente de locura y de crimen que se extendía en la corte en que había vivido, y de donde acababa de salir? ¿Fue movimiento interno de su propio Yo, consciente de algo futuro que le estaba destinado?"

Pasada la medianoche le invadió el sueño y tal como se había tirado sobre el lecho se encontró a la mañana, cuando un radiante sol penetraba por la ventana del Oriente.

Sentíase inmensamente cansado y sin fuerzas para levantarse.

Vio, entonces, acercarse en puntillas a su lecho, un gracioso negrito vestido de lienzo blanco el cual le miraba con grande interés y curiosidad.

Cuando percibió que estaba despierto salió rápidamente, sin el más leve ruido porque andaba descalzo, y volvió luego con una cestilla de panecillos calientes, un tazón de leche espumosa y un vaso de miel.

–Buenos días tengáis, Grandeza –dijo el negrito acercándose al lecho–. El Padre Sol os saluda, y mi padre os envía el desayuno que tomaréis en el lecho porque estáis muy fatigado. Así os lo manda decir él.

–En verdad, amiguito, me siento muy cansado –le contestó Moisés–. Déjame todo sobre la mesa y da las gracias a mi tío, al cual dirás que iré en seguida junto a él.

–Todos están en el huerto recogiendo hortalizas; yo solo estoy aquí.

–Bien, bien, gracias, espérame y me guiarás al huerto para ayudarles en la tarea.

– ¿Vos, señor Príncipe? ¡No!..., el amo no lo consiente, y me reñirá si os llevo. Quedad aquí, os ruego. Aquí tenéis el lavabo lleno de agua perfumada de romero y alhucema.

Moisés le interrumpió con una sonora carcajada.

– ¿Has pensado que soy una dama de la Corte para hacerme el tocado? Anda, llama a Numbik, que se habrá dormido tanto como yo.

–No, señor Príncipe, que él anda segando hierba para las bestias.

–Me resultas muy simpático. ¿Cómo te llamas?

–Azabache, para servir al señor Príncipe.

–Muy bien, Azabache, vas a hacerme un favor.

–Sí, señor Príncipe...

–Nada de señor Príncipe. Yo me llamo Moisés, y soy el sobrino del Patriarca Jetro, nada más. ¿Has oído?

–Sí, señor... Moisés...

–Y cuidado con decir a los pastores y otras gentes de aquí, eso del señor Príncipe. Ahora, llama a Numbik.

A poco rato estaba el criado en la puerta de la habitación. Cuando vio la suntuosa decoración, quedó atónito.

– ¡Amo! –exclamó–. ¡Os tratan aquí como lo que sois! ¡Cuánto me alegro!

– ¿Estás conforme de vivir aquí? –le preguntó.

–Donde vos estáis, amo, allí estoy bien yo.

– ¿Dónde has dormido esta noche?

–En muy buena cama y en una alcoba que está sobre el establo. Desde allí vigilo nuestras bestias y veo también vuestra ventana que da al Golfo Grande.

– ¿Hay otros criados aquí? Quiero saberlo porque no debemos ser una carga para esta casa. A pesar de todo esto que ves, mi tío carece de fortuna. Quiero que te encargues de averiguar, con discreción, lo que sea necesario hacer para que nuestra presencia aquí sea un descanso y no una carga.

–Podéis descansar en mí, os lo aseguro, amo.

–Muy bien. Ahora déjame solo. Después iré a reunirme contigo.

Se dedicó a abrir sus maletas de viaje que contenían las unas las ropas que su madre había juzgado necesarias para la nueva vida que había elegido; las otras, la abundante colección de escrituras, cartapacios, y rollos de pergamino en blanco, y libros de telas

enceradas para grabados especiales, etcétera, con los utensilios necesarios para escribir.

Una tercera maleta, la más fuerte provista por dentro, bajo la cubierta de piel de búfalo, de una espesa redecilla de cobre, encerraba los valores en oro, plata, y piedras preciosas que ella había querido darle a fin de que pudiera proveerse de todo lo necesario.

Allí encontró escrito de puño y letra de su madre una larga lista-inventario de cuanto ella poseía por herencia de la Reina Epuvia, su madre, y por su título de Princesa Real, heredera de su padre el Faraón Ramsés I. Moisés quedó estupefacto.

Nunca se había ocupado de averiguar acerca de los bienes de su madre, y jamás pensó en que era dueña de tan fabulosa fortuna.

Minas de oro, plata y diamantes en Mauritania, donde tenía un vasto dominio, cuyas rentas eran administradas por el Consejo de Finanzas del Gran Sfaz, y acumuladas año por año hasta que la Princesa Thimetis lo reclamase.

Encontró en un rico estuche de nácar su gran collar y diadema de Príncipe Real, y allí mismo una carterita de marfil que encerraba un documento doblado muchas veces y atado con una cinta color de oro, en cuya atadura y sobre una gran plancheta de lacre se veía el sello de la Princesa Real: el águila en vuelo hacia el sol naciente.

Con emoción profunda lo besó como si fuera la frente de su madre, y lo rompió. Aquel documento era una carta-testamento. Decía así:

"Hijo del alma, único amor mío: Por si me llega la muerte en ausencia tuya, tienes en tu poder cuanto necesitas para reclamar lo que te pertenece en absoluto.

"Todo cuanto queda relatado en el inventario adjunto, es mi legado para ti. El original de mi testamento está en el Consejo del Templo de Menfis bajo custodia del Pontífice Membra y sus Concejales, y una copia fue enviada al Gran Sfaz de Mauritania, hermano de mi madre.

"Te adjunto copia de los recibos de registro firmados por todos ellos. Los originales de estos los conservo yo en mi caja de seguridad, que sólo tú y yo sabemos donde está en este Castillo.

"Hijo mío, amado sobre todas las cosas. Aunque en sueños recibí aviso de que volveré a verte, tu ausencia me es terriblemente dolorosa. Y así mismo lo es para tu prometida Merik. Debes pensar en ella como en mí, y ambas esperaremos día a día tus noticias. La bendición de tu madre y nuestros amores todos, te acompañan. Thimetis".

Absorbido por esta lectura que le emocionaba hondamente, no sintió el regreso de los moradores de la casa, no obstante la algazara alegre de las muchachas cargadas con cestas de hortalizas y de frutas.

El tío Jetro se acercó a la puerta.

–Moisés, hijo mío, ven a celebrar el triunfo de tu tío labrador.

–Voy, voy –contestó despertando de la hondura de sus pensamientos. Apenas le vieron, las doncellas quedaron quietas y graves, lo cual hizo reír a Moisés que les dijo:

– ¿Tanto os parezco a un fantasma que así os asustáis de mi?

El silencio y sonrisas forzadas fue la respuesta. El Anciano intervino:

–No es susto, hijo, sino respeto y admiración. No te das cuenta lo que significa para ellas tener como huésped nada menos que al Príncipe Real de Egipto.

– ¡Es que ahora no lo soy más, tío Jetro, y creo que no hay motivo para hacer revivir lo que está muerto y bien muerto!

–Eso lo crees tú, hijo mío, porque olvidas que la criatura humana es muy limitada en sus poderes y de ordinario no sabe lo que hará ni lo que será al día que sigue al presente. Pero como no es éste un momento oportuno para tan honda filosofía, te repito la invitación de celebrar con todos nosotros el triunfo de tu tío como labrador. –Tomándolo por la mano lo llevó a la rústica mesa que bajo el emparrado frente a la casa sostenía todo lo producido por la tierra fértil que el buen Anciano cultivaba desde su llegada a Pozo Durba–. Dime si has visto en las orillas del Nilo, olivas tan grandes como éstas, ni higos y melocotones como el puño de un hombre fuerte. ¡Mira la hortaliza! ¿Puede un hombre desear más para su vida, que toda esta belleza que le da la tierra con tanta generosidad?

–En verdad que me asombra todo esto, y veo que estaba yo muy equivocado en cuanto a lo que es el Madián de rocas.

En ese momento se abrió en la cerca de piedra, una enorme puerta de troncos, y dio salida a dos de las muchachas que traían cántaros de leche. Aquella puerta era del redil, y Moisés vio ovejas y cabras que se echaban tranquilamente debajo de grandes cobertizos de juncos y hojas de palmeras.

– ¡Cómo! –dijo–, ¿tenéis también rebaños?

–Lo suficiente para sacar lana para nuestro abrigo, y alimento para nuestras vidas –le contestó Jetro.

– ¿Tenéis pastores que les cuidan?

–Tengo siete pastorcillas que valen como veinte. Ya lo veis.

El Anciano sonreía a las dos muchachas que llegaban cargadas con los cántaros de leche.

– ¡Oh, tío Jetro!... Esto me avergüenza a mí –dijo Moisés y se apresuró a tomar los cantarillos–. Desde ahora seremos Numbik y yo los pastores si tenéis la paciencia de enseñarnos el arte de cuidar ovejas y cabras. –Y fue desde ese día Moisés, Príncipe de Egipto, el pastor-guardián de los rebaños de Jetro.

A través de innumerables siglos se repetía el mismo hecho y en el mismo ser.

En la velada de esa noche, y a la que asistían todos los habitantes de la casa, Moisés leía en alta voz uno de los más bellos pasajes de las viejas Escrituras que dejaron los Kobdas de la Prehistoria: la vida de Numú el pastor, elegido esposo de Vesperina, primera heredera de un vasto reino en la desaparecida Lemuria.

Jetro escuchaba y sonreía enigmáticamente. Por fin dijo:

– ¡Admirables coincidencias de nuestras vidas eternas! ¡Numú de pastor subió a Príncipe Real! ¡Moisés de Príncipe Real desciende a pastor! ¡Oh, los vaivenes de la vida!

–Yo no lo veo como un descenso tío Jetro, sino como una continuación.

–Dices bien, hijo mío. El Numú lemuriano guió a todo un pueblo esclavizado y maltrecho por la soberbia y egoísmo de los hombres, y Moisés... ¿Sabemos acaso lo que vendrá para Moisés en el futuro? ¡Vidas hay que son una cadena de saltos sobre el abismo, subida a las cumbres y descenso a la llanura! No sé porqué me imagino que tal será la vida del hijo de la Princesa Real de Egipto.

–Pienso que todos los seres debemos saltar abismos en esta Tierra, puesto que es ella mundo de pruebas, de experiencias difíciles, de tempestades horrendas. El primer salto sobre un abismo creo que lo he dado ya. Mas no sé si deberé dar otro y otros más –y Moisés al decirlo dejó perderse su mirada al lejano horizonte como si en él quisiera leer el futuro que le aguardaba.

* * *

La llegada de agentes de los soberanos de la Siria Norte, cargados de oro y de promesas halagadoras, con el fin de reunir hombres jóvenes y fuertes para una campaña de nuevas conquistas, despertó el entusiasmo de fortuna en pastores y labriegos de toda Madián.

Los pastores de Jetro no quedaron libres de tal sugestión. Con un breve y seco aviso de “nos marchamos”, se despidieron del

hombre justo que les hiciera de padre, maestro y protector, en todos los días buenos y malos que les había correspondido pasar en sus oscuras vidas.

El buen Anciano aun habituado a las alternativas de la vida y a la voluble voluntad de las criaturas sintió que su corazón se entristecía hasta el ansia de morir.

Así le encontró Moisés al amanecer del día ciento cuarenta de su residencia en Pozo Durba, sentado bajo el emparrado, bajo profunda soledad y absoluto silencio.

Nada más al verle, Moisés comprendió que algo muy hondo se agitaba en él.

– ¿Otro salto sobre el abismo, tío Jetro? –fue su saludo este interrogante.

– ¡Sí, hijo, otro salto sobre el abismo, y aún me faltarán tantos! ¿Qué otra cosa es la vida sino un continuado saltar abismos?

– ¿Puedo saber de qué se trata?

–Se me van para siempre todos los hombres que se hicieron hombres a mi lado, a la sombra de mi pobre vida.

Un sollozo fuertemente reprimido quebró su voz que calló, y sus ojos que lloraban miraron el camino a lo lejos, donde aún flotaba el polvo que levantaron los viajeros.

–Y ¿por qué se van? –volvió a preguntar Moisés, y sus palabras tenían vibraciones de indignación y de reproche.

–Es justo, muy justo, hijo, que se inclinen hacia donde resplandece más el sol y los horizontes son amplios, casi como un mar sin riberas.

"Los hombres que en la tierra han atesorado oro y poder, tienen más fuerza de atracción que un simple maestro de vida honesta que sólo puede darles parte de su fe inquebrantable en la Divina Providencia, cuya Eterna Ley de Amor a sus criaturas le dio en su larga vida todas las seguridades.

"Pero a esta Divina Providencia los ojos de carne no la ven; y el oro ofrecido por los hombres del poder y de la fuerza es bien visible y palpable para ellos".

Moisés quedó pensativo. Se sentó al lado de Jetro y esperó. ¿Qué esperaba? La Luz..., esa Divina Luz que alumbra todas las oscuridades, todas las incertidumbres y zozobras que tan frecuentemente afecta con mayor intensidad a las almas sensitivas.

Cuando sintió que su alma desbordaba de claridad, de fe, de optimismo y de fuerza creadora, se acercó más al Anciano y tomando su mano le habló así, como un inspirado:

–Tío Jetro, ¡óyeme! Este salto sobre un abismo lo damos tú y yo.

Es mi futuro lo que está en juego en todo esto que te ocurre. Es mi camino que se diseña claro en este momento. Es el Numú de los Kobdas de la Prehistoria que continúa la obra redentora de almas que comenzó en aquella hora lejana y que las turbias corrientes de este mundo le impidieron realizar a la perfección entonces. Lo que Numú dejó incompleto lo terminará Moisés.

"Hay muchos siglos por medio.

"Mas eso no tiene mayor importancia ante la majestad inamovible de la Eternidad.

"Eterna es la Ley y eterna la Eterna Potencia dueña de los mundos. Eterna es el Alma humana.

"¿Qué son ante tantas grandezas eternas todos estos hombres que se van y te dejan? Tu obra para con ellos y tu vida toda, ha conquistado lo que vale inmensamente más que todas las criaturas que habitan la Tierra: el Poder de Dios es tuyo, la Paz de Dios es tuya, el Amor de Dios es tuyo también.

"Yo seré el pastor de tus rebaños, el labrador de tus campos, el picapedrero de tus peñascos, el hortelano de tu huerto hogareño. ¿No sales ganando en el cambio?"

Al decirlo con el corazón en los labios, Moisés estrechaba más y más la mano de su tío.

La conmoción interna fue tan grande que el fuerte Anciano no pudo más, y doblando su emblanquecida cabeza sobre el pecho de Moisés lloró silenciosamente.

Fue el momento culminante que selló para siempre la alianza de Jetro con Moisés, que comenzada en la vida lejana de Numú, continuaba en la de Moisés con marcados contornos de diamante que no debían debilitarse jamás.

Desde ese instante, con Numbik y Azabache como piedras fundamentales, comenzó Moisés su nueva vida, a la cual se reunieron todos los adolescentes huérfanos de los padres que corrieron en pos del oro y las promesas de los Agentes que por mandato de soberanos del Norte recolectaban hombres para sus campañas guerreras de conquista y de ambición.

= 35 =
CIELOS Y ROCAS

Al siguiente día, al amanecer y sin avisar a nadie, Moisés se encaminaba hacia las montañas entre cuyas quebradas profundas y pavorosos laberintos se albergaban los rebaños de ovejas, cabras y antílopes que eran la vida de Jetro y su numerosa familia.

¿Qué sabría el Príncipe de Egipto, el hijo de Thimetis heredera de un Faraón, de rebaños semisalvajes ocultos entre las rocas? Pero él quería ser pastor y lo sería a despecho de todos los imposibles.

Sentíase revestido de una extraordinaria fuerza creadora, organizadora. Sentíase un vencedor aunque ignoraba el porqué.

El espíritu encarnado cuando comienza a subir las cumbres, va recogiendo experiencias, certezas, convicciones gestadas durante el sueño en íntima colaboración con las grandes Inteligencias que protegen su encarnación, y aunque borrado el recuerdo en vigilia, todo lo elaborado en el sueño persiste vivo y latente en el alma que lo ha recibido y aceptado como algo que le pertenece para toda esa vida.

Aelohin, su Guía, y demás compañeros de su alianza eterna lo habían blindado como de acero y diamante, y Moisés se desconocía a sí mismo.

Y su pensamiento decía: –"Soy un pastor. Expuesto a todos los elementos de la Naturaleza, yo les venceré. No temo a nada, ni a nadie. Jetro me ha brindado la ternura de su corazón y el abrigo de su hogar".

"Se ve en el abandono de sus protegidos, y yo le salvaré del abandono, de la miseria y la soledad a que le condena la ingratitud de los hombres".

Sin más reflexión, vio un senderillo que subía a la montaña y echó a correr por él con la exuberante alegría de un chicuelo campesino que sube a un pino a descolgar un nido.

Cuando con regular esfuerzo llegó a la cumbre, se quedó extasiado contemplando el grandioso espectáculo.

La alborada tejía y descorría sus cortinados de amatista y oro preparando la aparición del sol, ese magnífico sol del oriente que calcina las arenas en los desiertos y quema el musgo sobre las piedras, y madura prematuramente los trigales y las viñas.

Vio los rebaños del tío Jetro que como manchas blancas que,

incrustadas entre los vericuetos de las rocas, parecían formar parte de ellas mismas.

Y como había subido la montaña a carrera, corriendo también descendió a encontrarse con ellos.

No se detuvo a pensar que los perros guardianes le desconocieran, ni que las bestias asustadas huyeran, ni que nadie habría allí para indicarle hacia donde debía conducir aquella multitud de animales que no conocía ni le conocían.

Sentía en sí mismo la fuerza del vencedor. ¿Por qué? ¡Oh!, las grandes actividades que realizan las almas de avanzada evolución, durante las que han llamado *"horas perdidas del sueño"*.

Los pastores de Jetro habían sido diecinueve y él estaba solo. ¿Cómo se arreglaría?

Los antílopes eran numerosos. Las cabras y sus inquietos hijuelos formaban muchedumbre. Las majadas de ovejas..., como las arenas de las playas.

Moisés, alto, fuerte, erguido, de pie, con el cayado que tomó al salir parecía un retazo de blanco mármol que resaltaba en el oscuro fondo de la montaña.

De pronto sintió allá arriba, en la cumbre, charloteo de palabras y de risas. Saliendo de su abstracción vio a Numbik que descendía corriendo, seguido de Azabache y de un alegre grupo de adolescentes que, cayado en mano, acudían a conducir los rebaños.

Creyó Moisés salir de casa sin que nadie se apercibiera, porque olvidó por un momento que a su lado tenía una oscura y humilde vida que la Eterna Ley, madre vigilante de sus grandes hijos, habíale dado como un farolillo insustituible, para evitarle tropiezos en los áridos y oscuros caminos que había de seguir en cumplimiento de su misión.

Como él era grande y fuerte para las creaciones, Numbik lo era para secundar con eficiencia a aquel genio organizador y creador en todas sus empresas.

Las impresiones del tío Jetro y sus hijas cuando se apercibieron de la desaparición del huésped ilustre, de su criado y de Azabache, y pocas horas después veían los rebaños en los bebederos de Pozo Durba tan hábilmente conducidos por los noveles pastores, el lector lo puede imaginar fácilmente.

El buen Anciano reía y lloraba, murmurando bajito para que nadie le oyera: –¡Es el Príncipe Real de Egipto..., joven retoño de dos poderosos reyes..., el de Mauritania y el de Egipto!... ¡Dios de todos los dioses!, ¡y es hoy humilde pastor de los rebaños de Jetro

el proscrito, el abandonado..., el olvidado sacerdote Jetro que sólo encontró amparo entre los peñascales de Madián!

A Moisés, que miraba beber a los rebaños, le llegó este pensamiento y acercándose al Anciano le puso la mano al hombro y con ternura de hijo, le decía:

–Así compensa la Divina Ley a sus fieles en cumplirla, tío Jetro. Ya lo ves, tus rebaños no tuvieron tropiezo, ni tienes tú entorpecimiento alguno en tu vida.

–Así es, hijo, porque tú estás en mi casa. Dios te trajo hasta mí, porque empezaba a precisar más luz en mi oscura vida de desterrado. ¡Qué grande, poderoso y bueno es el Dios Invisible y Eterno que adoramos!...

Desde aquel instante fue Moisés parte de la montaña, y la montaña se entró en él, digámoslo así, se hizo carne en su carne, sangre en su sangre, vida en su vida que ha sido y será el asombro de todos los tiempos, hasta llegar a la era del celebérrimo Miguel Ángel, que supo y pudo crear un Moisés de piedra: una copia que reflejara palpitante y vivo el genio del original.

* * *

Llegó a pensar que aquellas inmensas moles de piedra guardaban secretos que él debía descubrir.

Una tarde cuando los jovencitos pastores, bajo la tutela de Numbik, se llevaron los rebaños a sus rediles, Moisés quedó solo en un sombrío valle flanqueado por altísimos cerros. Quiso quedar solo como sepultado vivo entre las rocas.

–*Quiero romper el silencio de las piedras* –dijo con potente voz–. Dios Infinito Poder Eterno me ha dado a la piedra, y la piedra hecha montaña me ha sido dada por Él. La montaña glorifica y manifiesta la omnipotente grandeza de su Creador, y yo que pienso, siento y amo, ¿no debo ser un exponente de su excelsa majestad? Y estos pensamientos lo sumergieron en una meditación, honda, profunda.

El sol moría en el ocaso y la noche comenzaba a tender sus velos grisáceos, violeta casi negros, y Moisés inmóvil, sentado sobre un peñasco esperaba.

¡El silencio de las piedras no se rompía! Pero él era más fuerte que la roca muda de los cerros que le rodeaba.

De pronto un extraño estremecimiento o temblor de dentro y de fuera de sí mismo le sacudió poderosamente, y un claro desfile de ideas, pensamientos, voces escuchó en lo más hondo de su

propio Yo: *"El soberano Poder de la Suprema Potencia da voz al corazón de carne que palpita vigoroso o se paraliza para siempre; enciende o apaga la lamparilla interior que piensa, siente y ama, que discierne lo bueno y lo malo, que libremente toma lo que quiere y rechaza lo que no quiere; que puede cooperar a la Vida Universal como puede cooperar a la destrucción Universal".*

"¡Esta voz!... ¡Esta voz! –Pudo decir en entrecortadas frases el solitario que sentía en sí mismo aquella poderosa actividad interna que hacía temblar su materia y hasta parecíale estremecerse el peñón en que estaba sentado.

–*"¿No deseabas romper el silencio de las piedras?* –Continuó la voz interior ya con suavidades de ala de raso que se agita en el espacio–. *No es la piedra que te habla, sino Aelohin, tu hermano, el mensajero enviado por la Divina Majestad que te trajo a las montañas para que se transmita a tu endeble naturaleza de hombre la dura resistencia de la roca a quien no conmueve ni la fuerza de todos los huracanes, ni las avalanchas de arena arrastrada por el simún, ni los fuegos de cien volcanes que hierven en su interior.*

"¡Moisés! ¡Moisés!... ¡el adolescente y bello Osarsip que era ornamento en los Templos de Menfis y de Tebas!... ¡La Majestad Divina te quiere como una montaña de piedra, que resista a todos los embates de la vida que debes vivir, en tal forma que ni el tiempo pueda destruir tu vida hasta que hayas salvado el último precipicio de la cuesta hirsuta y árida que debes trepar!"

La voz calló y al momento se levantó ante el vidente la clara visión de un altísimo monte fragoroso y aterrador, horadado de negros huecos y horrendos precipicios. Como si aquel monte tuviera un eje interno, giraba ante el vidente para que él lo conociera en todos sus aspectos.

Un escalofrío de espanto le sacudió por un momento, y un sudor de agonía resbaló como agua helada por su cuerpo humedeciendo su blanca túnica de lino.

– *¿Subes?* –escuchó de nuevo la voz suave y dulce como una melodía.

– ¡Sí!, –gritó Moisés–. ¡Subo! –Y se despertó de la extática ensoñación, encontrándose de pie sobre el peñasco en que horas antes se había sentado.

Numbik estaba sentado en la arena a sus pies y lloraba silenciosamente.

– ¡Numbik!..., ¿por qué viniste?

–Porque es muy entrada la noche, y las fieras que devoran las ovejas lo harán así mismo con vos, señor...

– ¿Y qué?... ¿Se perdería mucho acaso?...

– ¡Oh, señor, amo mío!... ¿Y el pobre Numbik no es nada para vos?...

– ¡Oh, sí, amigo mío!... Tu lealtad vale más que un mundo... Si a nadie le hago falta..., me necesitas tú...

– ¡Señor! Vuestra madre..., vuestra prometida esposa..., vuestros amigos...

–Soy un proscrito..., un desterrado. Soy hijo de las piedras y ellas me darán la vida y cubrirán mi cuerpo muerto.

–Señor, amo mío, hacen daño esas palabras –y la voz temblorosa se quebró en un sollozo.

Moisés no lo oyó porque cayó exánime entre los brazos de su criado que le sostuvo con supremo esfuerzo porque aquel cuerpo pesaba mucho.

–Me pesa como un trozo de montaña –murmuraba el dolorido Numbik, que no podía comprender a su amo ni aún con todo el esfuerzo que hacía su mente. ¡Era tan extraordinario en todo!

"No ha comido desde el mediodía y ya es avanzada la noche –seguía murmurando el fiel servidor mientras hacía beber a su amo sorbos pequeños de vino con miel.

Era el primer ensayo de la vida de piedra que Moisés buscaba para sí mismo. Muchos años debía vivir hermanado con las rocas de la montaña antes de adquirir la extraordinaria fortaleza que ha sido siempre el asombro y admiración de la humanidad terrestre.

= 36 =
COMO MUEREN LAS ROSAS

Tal como en los seres orgánicos sucede con los inorgánicos. La llamada muerte pone fin a toda vida, ya sea vegetal, animal o humana. Pero observamos que hay innumerables modos y formas de morir en todos los Reinos de la Naturaleza.

Las rosas para morir derraman como lluvia silenciosa sus pétalos blancos, encarnados, rojos o color de oro. Dan ellas su precioso don, todo cuanto tienen hasta el último momento de su vida fugaz, y muertas ya, aún queda en su derredor la tierra que les alimentó sembrada de pétalos viviendo unas horas más que la rosa-madre que les soltó a volar antes de morir...

Y es la muerte de las rosas la viva imagen de lo que debe ser y es la muerte de las criaturas llegadas a un grado superior de evolución. Dejan tras de sí como rastro luminoso sus obras grandes

o pequeñas que a veces se prolongan en todos aquellos que les rodearon en forma de afectos o consecuencias emanadas de aquella fuente divina o raíz secular que ya es reguero de agua clara y fresca, capaz de saciar al sediento, o retoño exuberante que el tiempo hace producir flores y frutos que alimentan los ideales y las almas que las sustentan.

Dejemos por unas horas a Moisés ensayando a ser hombre de piedra entre las piedras y volvamos a la orilla del Nilo donde otras personas vinculadas a esa gran vida humana, merecen nuestra atención.

Thimetis, la heroica madre que unió a sus grandes renunciamientos de la primera juventud, el más sublime y heroico de todos: ¡el renunciamiento a la amada presencia de su hijo del cual se había despedido por tiempo indeterminado o acaso para siempre! Y ella con su corazón solitario, tuvo el valor de continuar su vida consagrada a los recuerdos...

La pequeña Merik, prometida esposa de Moisés, le esperaba siempre, y sentada por las tardes en aquel banco que él llamaba *de la iluminación*, leía una y otra vez el libro manuscrito por él mismo relatando las vidas lejanas de grandes idealistas del pasado; hombres y mujeres que todo lo habían consagrado al bien de sus semejantes sin detenerse ni ante los mayores sacrificios.

Hur, Aarón y Layo, los amantes y amados compañeros de estudios, de juegos, de excursiones, de todo cuanto había formado su adolescencia y su juventud.

En los claustros sagrados del Templo, el Pontífice Membra, Ohad y Carmi, los Concejales clarividentes..., todos estos personajes vivían recordando al amado ausente, al que huyó valerosamente del mundo y sus efímeras promesas para ir en busca de una soledad que él juzgaba compañera vitalicia...

Esperaban ansiosamente el regreso de la caravana que le llevó, y cuando ésta llegó encontraron estas líneas en un pergamino enrollado entre un tubo de cobre:

"Madre amada y buena; prometida esposa en un día feliz; maestros y amigos del mundo que he dejado, quiero que sepáis para vuestra tranquilidad que vivo en absoluta conformidad en el hogar del tío Jetro que me ha recibido con amor de padre. Las montañas son mi horizonte, mi mundo, entre ellas espero ser también una roca inconmovible a todos los vientos y tempestades. Que sean vuestros pensamientos las alas que me impulsen hacia la cumbre de todos los renunciamientos y de todas las glorias.

"Vuestro siempre. Moisés".

Era ésta una breve epístola, pero grande en su contenido, reflejo exacto de lo que pensaba y sentía el gran Espíritu, misionero por séptima vez, en esta Tierra de sus heroicas inmolaciones.

Las lágrimas y los besos de la madre y de la novia destiñeron aquellos grabados, que los austeros hierofantes recogieron de ellas, y colocaron extendido y clavado en el pupitre que ocupara el amado ausente en medio de ellos, en el sagrado recinto. Era el cable conductor del pensar, el sentir y el vibrar de Moisés que a tan enorme distancia sentían fuertemente unido a ellos.

En días determinados concurría la Princesa Real al Templo y ocupaba aquel lugar que la ausencia de su hijo dejara vacío. Y cuando esto ocurría en la austera Menfis del Egipto de entonces, sentíase Moisés invadido de un misterioso sueño que le obligaba a recogerse en su alcoba y a veces a tenderse en su lecho.

Sólo su tío Jetro conocía el secreto, y conociéndolo calmaba las alarmas de Numbik y de sus hijas que temían una enfermedad en aquel sueño del atardecer.

El alma de Moisés como un blanco pájaro en vuelo devoraba el espacio que le separaba de aquellos que le llamaban con el pensamiento, y en la penumbra de la cripta de las meditaciones, los clarividentes le veían de pie, erguido, firme como un obelisco de blanco mármol a la derecha del altar, donde ardía el candelabro de siete cirios ante el arca de oro guardadora de los libros secretos del Templo.

–Ven aquí, niño, a beber el amor en los viejos corazones que tanto te aman –decíale el Anciano Pontífice con la voz temblorosa de emoción. Y entonces se veía al cuerpo astral del gran proscrito deslizarse suavemente y caer de rodillas a los pies del Anciano.

Su heroica madre sentía su presencia y sollozaba ahogadamente hasta que la hipnosis la adormecía y por su boca hablaba el amado hijo ausente.

Entre otras cosas les anunció que el Faraón establecía definitivamente su sede en Tebas, a la cual consagraría sus esfuerzos y su voluntad para hacerla gran capital de todo el Egipto, dejando empobrecida y despoblada Menfis, despojados de sus riquezas y privilegios los templos, y sin sostén ni protección alguna sus sacerdotes.

En previsión de tales acontecimientos les aconsejaba trasladar el arca de los Libros Sagrados a la ciudad subterránea de Amenhemet III, cuya entrada secreta era conocida del Concejo que lo transmitía verbalmente el Pontífice a la hora de la muerte al que debía sucederle en el cargo.

Lo decía por boca de su madre que ignoraba en absoluto que en la cripta del Templo del Lago Merik, donde ella acudía a orar y a llorar, se encontraba la entrada secreta a los subterráneos de un Faraón desaparecido algunos siglos atrás.

Thimetis se despertó de la hipnosis feliz de haber sentido en todo su ser la amada presencia de su hijo.

Y como en su mente se borraba todo recuerdo de lo que ella misma en la hipnosis había dicho, exigía con ansiedad que le fuera comunicado todo.

La góndola del Lago Merik comenzó periódicas excursiones del Templo de Menfis al Lago, trasladando secretamente todo cuanto debía ser resguardado de la profanación y curiosidad de los inconscientes.

* * *

Mientras ocurría todo esto, la dulce e inocente Merik continuaba sus diarias visitas al banco *"de la iluminación"*, donde escribía en su diario tal como se lo pidiera Moisés antes de partir. Ya le había añadido el encargo de remitirle el libreto íntegro en el primer viaje de la caravana. Era su alma esposa y le pertenecía. Era la Vestha de Juno, la Vesperina de Numú, la Odina de Anfión y había venido para hacerle amar la vida.

En sueño había recibido el anuncio de que no se uniría con ella en el plano físico porque debido a una anormalidad del corazón, la niña debía dejar la materia en la primera juventud.

Cuando Moisés recibió tal anuncio pensó correr a Menfis, desposarse con ella y llevarla a su destierro; pero Aelohin, su Guía íntimo, le habló en su solitaria meditación entre las rocas: –*"Quieto Moisés, entre las montañas que has elegido como horizonte único de tu vida. Tu viaje sería inútil pues antes de que llegaras a Menfis la niña habría partido"*. –Un amargo llanto silencioso comenzó a correr por el rostro de Moisés–.

"Anota en tu libro de intimidades –continuó la voz de lo invisible–, *este segundo renunciamiento que haces en el altar augusto de la Ley Divina. Cuando hayas llegado a siete, cierra el libro con triple sello de lacre, y entonces vuelve a Egipto, a la vieja y silenciosa Menfis donde escucharás la voz Divina anunciándote el mensaje supremo que será tu gloria y tu martirio"*.

Sintió su tío Jetro el sollozar angustioso de Moisés y acudió a saber lo que ocurría. Tan fuerte y sereno le conocía, que un sollozar tan angustioso le parecía algo inaudito en él.

Cuando conoció la causa, el asombro, el estupor, la pena, también le conmovió intensamente y guardó un rato de silencio.

–Hijo mío, querido hijo de mi amada Thimetis. El camino que elegiste en esta gran vida tuya es una cuesta escarpada y penosa de subir. La consumación del amor humano no cabe en tu ley de esta hora. Tampoco tuvo cabida en la mía. Almas hay en la eternidad de Dios que deben subir solas y desnudas de humanos afectos a la alta cumbre a donde llegarán para recibir el mandato divino.

Moisés había reaccionado y con serena calma levantó de la mesa su frente abatida unos momentos antes, y con una extraña luz en la mirada que llamó la atención del Anciano, que le dijo así:

–Una antiquísima Escritura proveniente de un Flamen prehistórico, que fue un Audumbla de Numú, el Príncipe Pastor, dice que por cada renunciamiento hecho generosamente por un escogido del Altísimo aparece una estrella sobre su frente. En ti, observo dos, hijo mío, y recién comienzas tu vida.

"¿Cuántas tendrás al terminar?

– ¡Siete!... Siete veces he de ver estrujarse este corazón de carne, que mi soberbia ha querido convertir en piedra, y la Ley me ofrece la humillación de saberle forjado de endeble y mísera carne. Renunciar las grandezas en que nací fue un rasguño en el corazón... ¡Pero, esto, tío!...

La voz de Moisés se quebró en su garganta y guardó silencio.

–Yo la amaba como a una blanca flor perfumada que encontré en mi camino. Debía hacerla mi compañera de toda la vida. Celebré esponsales dos años atrás en espera de la edad competente porque la amé siendo niña...

"No habré merecido tal felicidad. La seguiré amando en el recuerdo..., en el rayo de la luna que bese mi frente, en la alondra que cante en el rosal de mi ventana..., en el viento fresco de las tardes cuando me entrego al Infinito...

"¡Oh, tío Jetro!... Acaso vos conocéis mejor que yo la belleza casi divina del amor que no tiene su consumación en la tierra.

–Es verdad, hijo mío..., es toda la verdad. –Y no se habló más del asunto.

Las grandes almas son como un gran sepulcro para esconder cuanto por ellas pasa para no volver.

Cuando poco tiempo después llegó la caravana que venía desde Menfis, trajo a Moisés el amado libreto con tapas de nácar, en que la niña amada por él, había escrito todas sus impresiones y sentimientos desde el día en que se dijeron adiós.

Cuando Moisés hubo recorrido con avidez cuanto de ella le

refería su madre y encontraba en el *"Diario"*, dijo a media voz y conteniendo un sollozo: –Murió como mueren las rosas dejando tras sí el dulce aroma de una existencia toda de amor.

–Era una de las setenta almas gemelas –sintió la voz de Aelohin– *y su breve existencia se debía al mandato de tu propia Ley, a fin de que no se manchara tu adolescencia y tu juventud con los ruines y torpes amores propios de la edad y de la época en que apareció tu vida en la tierra.*

"Ella se desvaneció en un suspiro –continuó la voz–. *Se durmió y soñó y vio en su sueño todo cuanto la Eterna Potencia realizará por ti. Y dijo al despertar: "–Yo estaré a su lado en el éxtasis del Sinaí". Y estrechando las manos de tu madre que velaba a su lado, se durmió de nuevo y no despertó más. Tu madre cubrió de blancas rosas su lecho porque vio en ella otra rosa blanca que se deshojaba en tu camino".*

= 37 =
MOISÉS DESCORRE EL VELO

Una semana después él meditaba al atardecer sentado sobre un peñasco, mientras los rebaños iban recogiéndose en sus respectivos rediles. De pronto sintió una suavísima vibración de amor que le hacía llorar. Y en lo profundo de su alma percibió claramente una voz sin ruido que le decía:

–"*Tu pensamiento y tu amor me ha llamado Rosa Blanca, y muy complacida por ello, te digo hoy: trae todos los días uno de tus libros en blanco, porque yo a esta misma hora cumpliré el mandato de nuestra Ley, que nos manda ser: yo tu transmisor y tú mi receptor".*

"Aún ignoro lo que el Eterno Poder quiere de ti y de mí, porque los secretos de Él se descubren a las almas cuando ellas han pronunciado la gran palabra que abre las puertas al manantial divino, ansioso de desbordarse sobre los elegidos para recibirlo: "Soy tuyo Señor, para siempre. Hágase en mí tu Voluntad Soberana". Es hoy nuestro gran día, Moisés. Digámoslas unidos como en un desposorio eterno".

Moisés se prosternó sobre las piedras y estremecido de amor, de estupor, de dicha suprema, repitió en alta voz la frase sublime que le unía para siempre en alianza de amor y de fe a su Dios, como una gota de agua que se arroja en el mar.

Así, sumergido en la eterna grandeza divina, Moisés descorrió

el velo que ocultaba lo que debía ser su primera Obra que él llamó: *"Libro de Los Principios"*, y posteriormente fue llamado *"El Génesis"*, y sería su alma esposa quien lo dictare desde el insondable Infinito.

Desde ese día, cuando salía a la montaña a vigilar cómo los zagales guiaban al redil los rebaños, llevó consigo un libro en blanco obedeciendo el mandato de la voz. Pero Moisés retornaba a la cabaña de su tío Jetro sin escribir una línea.

Como él pensara: "–Mi Rosa Blanca guarda el secreto. Se volvió muda..., ¿olvidó su promesa acaso?"

La voz íntima contestó a este pensamiento: –*"Tu mente es un espejo que los artífices divinos deben pulir hasta elevarlo a claridad de sol. Tú percibirás lo que esa claridad me permita percibir y esbozar en tu mente que lo copiará con absoluta fidelidad. Espera..."*

– ¿Cuánto tiempo he de esperar? –preguntó el pensamiento del joven solitario.

–"No te preocupes del tiempo que pasa como el viento. En los ámbitos ilimitados de la Creación Universal será tu pensamiento una poderosa lente a través de la cual verás la gestación y el nacimiento de todo cuanto cruza, como vértigo eterno por la Potencia Suprema que ninguna mente encarnada llegará a comprender jamás.

"Espera, Moisés, espera".

"Tras de una larga esperanza la respuesta Divina llega".

Las meditaciones de Moisés, solitario en las áridas montañas de Madián, se prolongaban hasta el caer de la noche, todas las tardes sin faltar una sola.

Numbik, su fiel criado, se acercaba a buscarlo temeroso de que las fieras que merodeaban por las escabrosas soledades lo sorprendiera abismado en sus pensamientos. Hasta que un día, él se dio cuenta del sufrimiento que causaba a aquel ser que tanto le amaba, y volviendo en sí de su profunda concentración, le dijo:

– ¿Qué haces allí, Numbik?

–Espero que termines de pensar, señor, para acompañarte a regresar a casa. El amo Jetro padece por ti, señor..., ¡y es un anciano!

–Tienes razón, amigo mío. Ya no padeceréis más, ni tu ni él. Regresaré a casa cuando aparezca la primera estrella. Y cuando el fanal de amatista, aparecía en el vivo azul de los cielos, Moisés descendía de la montaña como un sonámbulo, como un ebrio de Ideal Divino, de belleza suprema, de infinita grandeza, que

harían de él, el más excelso clarividente nacido en el mundo de entonces.

Para retenerlo más a su lado, el Anciano tío inició sus "veladas de invierno", que después se continuaron sin interrupción en la primavera, el estío y el otoño subsiguientes, y no se interrumpieron más.

¡Tenían tanto que descubrir, estudiar y recordar, el tío y el sobrino, registrando sus respectivos archivos cargados de estupendos secretos!

–Hijo mío –dijo el Anciano a Moisés, cuando sentado bajo el emparrado esperaba su regreso una tarde–. Si es de tu gusto, agradecería mucho que me leyeras las Escrituras que conservo de los Archivos del Templo de On y de Sais, donde hice mis estudios primeros en mi juventud, y donde en la edad madura fui Archivero durante veintitrés años. Mis cansados ojos no pueden ya darme esa satisfacción. Como pienso y veo claro que tú serás el mejor heredero que mi archivo pueda tener, bueno es abrirlo junto contigo antes de que me llegue la hora de partir de este mundo.

Fue este el origen de los profundos conocimientos astrológicos, metafísicos, históricos y religiosos que hicieron del joven hijo de la Princesa Thimetis, el sabio más esclarecido de la época.

La habitación del Anciano Jetro era toda ella un inmenso archivo. Grandes armarios de cedro cubrían los cuatro muros dejando libres sólo el ventanal que daba al Golfo y las dos puertas, una hacia la pequeña alcoba y la otra al emparrado que sombreaba el patio.

En la parte superior de cada armario, aparecía en grandes letras el anuncio de su contenido:

Archivo del Templo de Tanis
Archivo del Templo de Sais
Archivo del Templo de Luxor
Archivo del Templo de On
Archivo secreto

– ¿Por qué es secreto? –preguntaba Moisés. –No lo es para ti, hijo mío. Allí guardo los escritos de nuestro Rey-Mártir: Anek-Atón.

"Debiera llamarse *Archivo de los Mártires*, pero tuve temor de que aún en este destierro me sorprendiera una delación, y ya soy viejo, hijo mío, para exponerme a arrastrar cadenas y morir en un calabozo –y el Anciano abriendo las puertas de los armarios, decía–: Todo esto que ves son vidas de pueblos, de ciudades, de razas, de dinastías. Es muerte y es vida. Es justicia y es crimen.

“Es odio y es amor. Es esplendor y es miseria, en fin, hijo mío, todo esto es vida humana.

“Es el pasado inmenso, desconocido, olvidado.

“Yo quiero vivirlo de nuevo junto a ti, a través de tu voz armoniosa y dulce como la voz de tu madre.

–Yo poseo el Archivo del Templo de Abydos, de Luxor y de Amarna que fueron heredados y conservados por el sacerdote Neferkeré, otro justo desterrado como tú –dijo Moisés.

–El mundo destierra, pisotea y desprecia a los justos porque ellos son un contraste con el crimen y la vileza en que se solazan.

“¿Oíste acaso, decir de un justo que no fuera perseguido, pisoteado y muerto?”

“Hubo un héroe del mar que se llamó Juno, en las Tierras de Fuego (Continente Lemur) y su vida que fue de lucha con los piratas lemures, bandoleros del mar, murió ahogado en su mismo barco salvador de vidas humanas. Un príncipe aliado y discípulo suyo estableció la Alianza de Navegantes de Juno, continuadores de la obra salvadora de aquel héroe del mar. Después de gastar sus vidas en salvar otras vidas, todos morían de igual manera que su héroe prototipo y fundador.

–Algo conozco de eso –dijo Moisés–, que relata un Patriarca de origen Atlante que venido a estas tierras vendido como esclavo por los piratas del Mar Grande, tuvo la suerte de ser comprado por los sacerdotes Kobdas, como se llamaban los afiliados a una antiquísima Escuela de Divina Sabiduría que existió en la embocadura del Nilo. Hay deducciones de que los Templos de Hermópolis fueron construidos con los bloques de granito de la Ciudad Santa de esa Escuela prehistórica cuyos regentes se denominaron Kobdas, frase traducción de estos signos –y el punzón de Moisés los trazó sobre una hoja de su libreto de anotaciones. El Anciano miró la escritura y dijo:

–Justo. Son los signos de las viejas escrituras cuyo origen va más allá, mucho más allá de Mizraim y Hermes Trismegisto. Tú y yo somos dos proscritos del mundo de los vivos, ¿por qué y con qué fin? Yo lo vengo preguntando en mis meditaciones desde que tú llegaste a mí, y la respuesta me llegó por fin.

“En tu Archivo y el mío tenemos todo el pasado de la humanidad terrestre en nuestras manos.

“Sobre las ruinas de ese inmenso pasado, ambos debemos crear una humanidad nueva, una nueva civilización. No sé si mejor o peor que las que existieron en las muertas edades que tenemos

mudas y quietas en nuestros Archivos, pero sé de cierto que debemos crearla. Mejor dicho, la crearás tú y yo no seré más que el viejo lego conductor del farolillo que alumbre los oscuros antros que deberás remover y sacudir todo el polvo, telarañas y resaca amontonados por los siglos.

"¡Qué gigantesca obra será la tuya, Moisés, hijo de Thimetis, y qué inmensa legión de auxiliares invisibles y encarnados pondrá la Eterna Potencia a tu disposición para que te sea posible realizarla!... ¡Oh, niño grande de veinte años!... Mi pastorcillo novel que hoy vigila mis rebaños, y será mañana forjador de una humanidad nueva..., ¡de una nueva civilización en el planeta Tierra!

"¡Creía yo inútil mi vida y quería dejarla; pero hoy la quiero!... ¡Oh, sí, quiero vivir largos años aún encendiendo día y noche el farolillo que te alumbre el camino, peregrino eterno del Poder Invisible que te hizo caer en este mundo como un cable de hierro para marcar de nuevo el camino que la iniquidad humana ha borrado para su mal!

"¿No lo comprendes y lo sientes tú de igual manera que yo?

Moisés sumergido en la profunda hondonada de múltiples pensamientos, tardó en contestar a la pregunta del Anciano, y cuando lo hizo su voz sonaba cansada..., lejana, casi apagada.

–Acaso será como tú lo sientes, tío Jetro..., pero también es verdad que no siento en mi Yo íntimo ni la fuerza, ni la capacidad de ser lo que tú piensas. Podrá ser que ambos seamos los heraldos de alguien mucho más grande y fuerte que vendrá en pos de nosotros.

"En algunas de las viejas escrituras que conozco, tengo visto los grandes trabajos de preparación realizados en los elevados planos del Infinito y en el plano físico, desde siglos antes de la venida a esta Tierra de una Inteligencia superior que ha de transformar por un poderoso impulso de evolución, una humanidad primitiva cuando ha sonado la hora de adelantar un paso en la senda de su vida eterna.

–Justamente. Caminas en tierra firme. Así que hayamos examinado algunas antiquísimas Escrituras, que tengo escogidas de antemano, podrás ver que los trabajos de preparación están hechos desde hace varios siglos antes de hoy. Las mismas Inteligencias que alumbraron los pasos de la humanidad en Lemuria, en Atlántida, en Sumeria y demás países del Éufrates y el Ponto Euxino, se asentaron como golondrinas viajeras en Hermópolis, en Sais, en On, en Heliópolis, en Amarna y Menfis, en Karnak y en Abydos, en Luxor y en Tebas.

"Por lo menos en una cadena de siete siglos, no se ha interrumpido la llegada de grandes Inteligencias a las tierras que riega el Nilo, donde todas ellas han consagrado sus vidas al cultivo mental y moral de todos los seres capaces de ser cultivados.

"Contra viento y marea, sufriendo tremendas persecuciones, ocultándose de gobernantes inconscientes, han preparado almas capaces de asimilar verdades eternas, desconocidas de la humanidad.

"¿No lo dicen, acaso, esos enormes monumentos de que están sembrados estos desiertos, las pirámides, los templos, la Esfinge?... ¿No son todos ellos Templos-Escuelas donde bajo la ficción de que eran tumbas reales, se daban enseñanzas secretas de las ciencias llamadas ocultas: la astrología, la metafísica, la teología, la magia, etcétera?

"Anek-Atón, nuestro Rey-Mártir, fue el primero que tuvo el valor de manifestar al mundo lo que oculto se había mantenido hasta entonces..., y los bárbaros, inconscientes, ahogaron en sangre a cuantos se lanzaron en pos del Ideal vislumbrado apenas.

"Todo esto y mucho más, que encontrarás en esta cadena de siete siglos, ha sido preparación de almas para la llegada del creador de una humanidad nueva. ¡Y no lo dudes!... Ese creador serás tú, Moisés, hijo de Thimetis.

"Hace un cuarto de siglo que tuve en el sueño y en vigilia, avisos de que había entrado a la esfera astral de la Tierra la Inteligencia que tomaría materia carnal, para transformar esta humanidad. Ignoré todo este tiempo dónde detendría su vuelo esta Ave del Paraíso.

"Pero apenas te vi, Moisés, algo muy hondo en mí dijo que eras tú el designado por la Eterna Ley. Sé y comprendo que lo dudes. ¡Tiempo al tiempo! Registremos ahora los Archivos. –Jetro abrió el armario que tenía esta indicación: *"Archivo del Templo de On"*. Extrajo de una alacena un rollo de papiro, en cuya cubierta se leía, en caracteres arameos: *"Patriarca Adulik"*–. Este es el documento más antiguo contenido en estos Archivos –explicó el Anciano, abriendo ante Moisés el carcomido y amarillento papiro–. ¿Conoces los signos que usaron los hierofantes del primer Templo de On?

–Los conozco, tío Jetro, porque tuve marcada inclinación a estudiar la más remota antigüedad.

–Eres tan viejo, Moisés, que has querido encontrar en esta vida las huellas de tu pasado. Léeme, entonces, esta Escritura del Patriarca Adulik.

Moisés comenzó la lectura:

–*“Memorias de un desterrado*.

“Yo, Adulik, siervo del Eterno Invisible, nací en Atlántida, en el país de Poseidonia, en la ciudad puerto de Miramar, situada junto al pilón que marca el límite con el país de Zeus.

“Mi madre era una de las damas de la Reina Deodina, esposa del Rey Eskobardo, y era mi padre Escriba de palacio. Por todo esto tuve la suerte de ser internado en un buen Instituto de altos conocimientos, regenteado por unos Anacoretas que bajaban diariamente de sus ermitas en la colina de Los Pinares, para dar enseñanza a la juventud de Miramar. Estos Anacoretas eran llamados Profetas Blancos, por su vestidura, y estaban instalados en varias ciudades del continente.

“Tres veces por año venía como visitante de honor el Atlas, o Superior Mayor de todos esos Profetas, y cuando ocurría que alguno de los alumnos quería ser también un Anacoreta, el Atlas lo llevaba a la Escuela Mayor, que estaba en Manh-Ethel, grandiosa capital del país de Zeus.

“Cuando llegué a los dieciséis años murió mi madre, y tomaron esposos mis dos hermanas mayores, y eran ellos marinos del Mar del Sur que las llevaron a Atakales en el país de Mauritania. Mi padre y yo quedábamos únicos de familia, y tan entristecidos y anonadados, que él me dijo un día: –Gran tristeza me aprisiona de ver nuestra casa desierta, y he concebido una idea, que si es de tu gusto, la realizaremos.

“–Sí, padre –le dije–, porque también yo estoy atormentado de la tristeza amarga de la soledad.

“–He pensado –continuó él–, que tus maestros viven tan pobremente en sus ermitas de la colina, que podrían aceptar ocupar nuestra casa tan grande y llena de comodidades. Esas grutas deben ser heladas en el invierno y carecen de toda comodidad.

“Yo, que mucho quería a los maestros, abracé a mi padre, ebrio de gozo, y le dije: –Padre, el Altísimo te dio esa inspiración que tan dichosa hará a mi madre en el reino de Luz en que vive. Cuando a veces íbamos ella y yo a visitar a los Anacoretas, sentía gran pena de verles sentados sobre trozos de piedra y comer en mesa que es un tronco de árbol partido por la mitad.

“Sin esperar un día más, subimos a la colina, y luego de luchar un rato para convencerles, bajamos con los cinco solitarios que no eran viejos, sino hombres jóvenes y fuertes. El mayor tendría, a lo sumo, cuatro décadas de edad, y era el Guardián que cuidaba de todos. Se llamaba Ahmes, y los otros cuatro: Erosi, Binuter, Ibrino y Shametik.

"Tenían dos asnos y sobre ellos cargaron lo poco que tenían de ropas, utensilios, y sobre todo unos librazos de papiros y de telas enceradas, y cueros de animales, que los asnos apenas podían andar.

"No tuvimos dificultades en nuestra convivencia juntos, porque ni nosotros queríamos ser amos, ni ellos tampoco. Y así, en una reunión, de común acuerdo, se dispuso que quedaran en casa dos criadas antiguas, madre e hija, con sus maridos, que eran los hortelanos encargados de los establos.

"Mi padre quiso que el Guardián eligiera las habitaciones que ellos debían ocupar y el Guardián quiso que mi padre lo dispusiera todo. En tal emergencia, me nombraron a mí, como era el menor de todos, para que yo dispusiera. La gran alcoba de mis padres fue sala de Oración. La biblioteca, sala de estudio. Luego el recibidor, las alcobas y el comedor al centro, cerrando el patio primero y dividiéndolo de la cocina, despensa, baños y otras dependencias.

"La primera vez que el Atlas de la Gran Escuela de Manh-Ethel, vino a visitar el Instituto de nuestra ciudad, lo trajimos a hospedarse en nuestra casa por todos los días que permaneciera en la ciudad. Este acontecimiento fue el que decidió el camino de mi vida en adelante.

"Conocer yo al Atlas, y quedar prendido de él como un abrojo en su vestido, fue todo un momento solo.

"No era ya el Anciano que yo conocía desde que ingresé al Instituto, sino un joven hermoso que tenía luz en sus ojos y miel de amor en su boca. Todos reían de verme extático mirándole, como si mis ojos se hubieran enclavado en su rostro, hasta que él mismo, sintiendo sin duda la mirada mía fija en él con tanta imprudencia, se me acercó sonriendo y acariciando mi cabeza decía:

"– ¿Te asustas de mí, pequeño?

"Era yo muy menudo de cuerpo y parecía de menos edad de la que tenía. Fui en extremo un tonto y me eché a llorar sin motivo ninguno. Pero esto fue causa de que el Atlas me abrazara con gran cariño, y secando mi llanto, besaba mi frente y me apretaba contra su corazón. Era el gran Antulio de años después, que llenó con su nombre, con su ciencia y con sus obras, todo el continente.

"Dijo a mi padre que yo tenía condiciones para seguir altos estudios, y encargó a los Anacoretas que me preparasen para ser un aspirante a Maestro.

"Para que yo quedase contento cuando él se fuera, me prometió que si era buen estudiante y mi padre lo permitía, me llevaría a su Gran Escuela de Manh-Ethel, cuando estuviera preparado para ingresar en ella.

“Cuando pasados diecisiete días, el Atlas se fue de casa, me pareció que quedaba vacía y que todo era triste y sombrío sin él.

“Por las noches lloraba yo en mi alcoba, y tanta fue la tristeza que me invadió que empecé a languidecer, a la vez que estudiaba desesperadamente, a fin de irme cuanto antes con el Atlas, en la primera vez que él volviera.

“Los solitarios y mi padre se apercibieron de ello, y temiendo una enfermedad, el Guardián dijo a mi padre que me llevara a Manh-Ethel a visitar al Atlas, el cual era Médico y con él verían lo que convenía hacer.

“Lo que convino hacer fue, que yo comenzara la primera prueba de aspirante, porque me negaba a volver a Miramar. Y como tampoco mi padre quería separarse de mí, quedó también en la Gran Escuela en calidad de Ecónomo Administrador, sustituyendo al Anciano que lo había sido y que cayó en cama vencido por el reuma que lo atormentó siempre.

“Recuerdo que fue el día más feliz de mi vida aquel en que mi padre me dijo: –Está bien. Tú quieres quedar aquí prendido del Atlas, y yo me quedo prendido de ti. Eres lo único que me ha dejado la vida, y no puedo apartarme de ti mientras yo viva.

“Ambos quedamos allí para toda la vida... Digo mentira cuando digo así, porque años más tarde, cuando murió mi padre, y el Atlas fue envenenado por los sacerdotes, me vi obligado a desterrarme de aquella ciudad con todos los compañeros para no sufrir la suerte del Maestro. Él nos había pedido a todos formal promesa de continuar su obra, que era la enseñanza a los pueblos que nos abrieran sus puertas, y ninguno pensó jamás faltar a la palabra dada.

“Siendo yo el más pequeño de los aspirantes, los maestros me tomaron mucho afecto, y más aún, la venerable madre del Atlas, que se alojaba en un apartamento del gran edificio.

“La fatal sentencia que tronchó tan cruelmente aquella hermosa vida tuvo por fundamento una horrible calumnia, que el tribunal fraguó, engañando a una doncella que concurría a las aulas en calidad de alumna externa.

“Consiguieron que ella firmara una declaración falsa como falso fueron los testigos pagados para refrendar la declaración que ella firmó. Obraron tan inicuamente, que sus discípulos no tuvimos tiempo de hacer defensa ninguna, y yo, en la desesperación de que el Maestro hubiera muerto infamado por una vil mentira fraguada con toda malicia para perderlo, me presenté a su madre, que lloraba inconsolable, y le dije: –No podemos

devolverle la vida, pero a lo menos devolvámosle ante el mundo la honra que corresponde al justo, al sabio, al maestro que fue el ejemplo de rectitud y nobleza, descubriendo la vil calumnia con que le llevaron a la muerte.

"–Es justo –me dijo ella–, pero, ¿cómo quieres hacerlo si te costará también la vida?

"–No me importa perder la vida, que no sería perderla, sino glorificarla.

"Disfrazado de vendedor de baratijas y perfumes pude llegar hasta la verja de la casa en que tenían recluida a la muchacha, para que no descubriera el engaño.

"La infeliz ignoraba todo el daño que había hecho a su Maestro, que la levantó de una precaria posición dándole altos conocimientos y buena educación, con miras a fundar una Escuela de Maestras, aptas para educar a la juventud femenina de aquel tiempo.

"Como había firmado engañada la declaración adversa al Maestro, firmó la que hicimos los discípulos que aún no habíamos huido, resguardados por nuestros disfraces. Éramos cuatro: Audino, Thylo, Dorki y yo".

En un trozo de piel de cordero curtido al blanco, Moisés encontró la escritura escrita en caracteres que no podía traducir. Su tío Jetro le dijo:

–Busca el papiro siguiente, que allí está la traducción al idioma sagrado que podrás leer.

Moisés dio vuelta la hoja, y leyó:

–"Yo, Iris Leda de Chañaral, alumna externa de la Gran Escuela, declaro haber firmado una acusación falsa en contra del Maestro Director, Antulio de Manh-Ethel, para lo cual fui engañada por el Escriba Mayor del Templo de Zeus, quien me dijo que recogía firmas para pedir que el Maestro fuera proclamado Pontífice Rey. Lo juro ante el Altísimo Dios del Maestro Antulio, ante su augusta madre que está aquí presente con cuatro maestros de la Gran Escuela: Adulik de Miramar, Audino de Lucerna, Thylo de Anáhuac y Dorki de Askersa. Es justicia.

"Día catorce de la segunda luna de estío del año un mil novecientos noventa y cuatro de Manh-Ethel".

Moisés continuó leyendo:

–"Después que la muchacha hubo firmado, la madre Walkiria, que lloraba en silencio, le dijo tomándole la mano diestra: –Con esta mano causaste la muerte de mi hijo, tu Maestro. Tu declaración firmada por esta mano, confirmó la sentencia de muerte. Merecías

que el verdugo la cortara y la diera a los perros como se hace a los ladrones. Has robado la honra y la vida a mi hijo, que era mi honra y mi vida. Mas yo te perdono por Él y te bendigo por Él.

"La infeliz muchacha, que había ido palideciendo poco a poco, cayó al pavimento sin sentido, acometida de una crisis angustiosa que trastornó su sistema nervioso.

"Como Thylo era Médico, la ayudó a volver en sí, y la sacamos de aquel lugar para conducirla adonde ella dio señas.

"Audino, Dorki y yo salimos esa misma noche de la ciudad, acompañando a la madre Walkiria a su casa de campo, en Cerro de Oro, donde permanecimos hasta orientarnos en el camino a seguir.

"Thylo se nos reunió luego, y nos dijo que Iris falleció diez días después de un ataque cerebral.

"El príncipe Hilkar, secretario del Maestro, lo había sepultado en el panteón de su familia, y renunciando sus derechos en favor de su hermano segundo, había huido a ultramar. La Gran Escuela clausurada, los alumnos dispersos, fugitivos los unos, vueltos a sus hogares los otros, fue todo esto lo único que llegó a nosotros de toda la grandeza, la gloria y el bien que tuvimos junto al gran hombre cuya vida fue el bien, la paz y el amor.

"Cuando tres años después empezaron a desbordar las aguas del mar, según estaba anunciado desde años antes, los cuatro compañeros siguiendo siempre a la solitaria madre del Maestro, nos embarcamos en un navío que hacía viajes al país de Casitérida, y en las altas tierras de Ascuzay (*Escocia de hoy), compramos un solar de tierra con un vetusto castillo, que fue nuestro hogar común durante los once años que permanecimos allí.

"Los escasos habitantes de este país eran, en su mayoría, aventureros escapados de la justicia de los países del Este, y ellos creyeron que nosotros lo éramos también, y querían asociarnos a sus correrías por tierra y por mar, a la búsqueda de mercancías valiosas y riquezas que decían existir en otros pueblos, o en los navíos que naufragaban, de continuo, en las aguas bravías del Mar del Norte.

"Nuestro castillo había sido construido como para desafiar las furias del mar, porque formaba parte del peñón que le servía de base, y en que fueron abiertas las cuevas o grutas de la planta baja destinadas a los establos, bodega y leñera. La subida de las aguas inundó las cuevas de nuestra morada, y desde lo alto del mirador presenciamos, aterrados, el hundimiento de nuestro país a la opuesta orilla del Gran Canal.

"¡Justicia de la Ley Eterna! –gritamos todos, cuando no vimos más la luz del faro del cabo Costanera, ni los famosos obeliscos de Manh-Ethel, que decían ser las construcciones de más altura que existían en el Continente.

"Nuestra madre Walkiria cayó enferma del espanto que aquel tremendo drama del mar, de la tierra y de los hombres, causó a su espíritu, tan atormentado ya por las angustias soportadas años atrás; apenas la vimos recobrada, vendimos nuestra casa a unos pastores de ciervos, únicos seres amigos que tuvimos, y nos lanzamos al mar en la dirección que nuestro Maestro nos había anunciado que un día tendríamos que llegar.

"–Más allá de Tajamar –nos había dicho–, está el país de Shior, donde otros hermanos proscritos comienzan la siembra de nuestro Ideal. Esperadme allá, que nos encontraremos de nuevo con otras vestiduras de carne.

"Parte del país de Zeus y más de la mitad de Mauritania se abrió en espantoso cataclismo del mar y flotando como un barco a la deriva, encalló en tierras del Este, donde ha quedado firme al parecer.

"Allí quedó prisionero el navío que nos conducía, y nuestro capitán, desorientado por las transformaciones de las vías marítimas antiguas, no acertaba con el lugar en que podía anclar con seguridad.

"El Maestro velaba por su madre y por nosotros, y pudimos desembarcar en la Mauritania fugitiva de las olas, que fue apartada del Continente madre, quién sabe porqué secreta ley que desconocemos los hombres.

"Fuimos traídos como de milagro sobre la mar traidora –nos decían los mauritanos, que como moluscos pegados a las rocas, aún vivían en sus casas que eran escombros bajo los cuales muchos habían perecido.

"En Poseidonia, Zeus y Mauritania se habló siempre la misma lengua, lo cual fue para nosotros un feliz augurio. Podíamos, acaso, considerarnos como habitantes de un mismo país, desmembrado como un pedrusco de las tierras de Atlántida, hundida gran parte en el mar.

"Nos agrupamos todos al pie de un gran cerro, donde un hermoso lago, sembrado de palmeras y vecino de una verde pradera, nos prometía una vida menos azarosa.

"¿Cómo llamaríamos nuestra aldea? ¿Cómo llamaríamos al gigantesco cerro que nos guardaba la espalda?

"Luego de un largo rebuscamiento, nuestra madre dijo:

¡Tiene esta tierra mucho sol, y es tan hermosa la luz del sol!

"Llamémosla Solana. Y a este cerro protector lo llamaremos Atlas, como era para nosotros nuestro gran Atlas, que nos sigue en nuestra penosa peregrinación. Seis años después murió nuestra madre, ángel tutelar de nuestras vidas azotadas por tan rudos padecimientos.

"Hicimos, para sepultarla, una pirámide de piedra, toscamente labrada; y en el arcón, en que ella guardaba sus ropas, colocamos el amado cuerpo muerto, que tanto nos había acompañado en nuestro camino al destierro. Dos años después, nosotros cuatro seguimos viaje al Este, hasta encontrar el país de Shior, regularmente poblado y de una fertilidad maravillosa.

"Como llevábamos sobre el pecho prendida una estrella de plata de cinco puntas, los primeros habitantes que encontramos nos recibieron con gran júbilo.

"–Somos hermanos –nos decían–, y de la misma raza, porque nuestros antepasados vinieron también fugitivos huyendo de la catástrofe que sumergió en el mar los países de occidente de aquella maravillosa Atlántida que sólo conocemos por las escrituras que ellos dejaron. Esta ciudad se llama Anfiona, y la gobiernan tres Sphano-San: I, II y III.

"El primero es un maestro que enseña al pueblo; el segundo un juez que hace guardar el orden; y el tercero, un terapeuta que cura todas las enfermedades. Cuando muere un Sphano-San, el pueblo elige entre los hombres más capaces y justos el que debe sustituirle y vivimos en paz".

(*Aquí había una interrupción, o sea un espacio vacío sin inscripción alguna. Luego continuaba).

"No sé si es enfermedad o principio de demencia, o claridad de mi Maestro, lo que pasa por mí como un vértigo maravilloso.

"Cuando al caer las sombras primeras de la noche me recojo en mi pequeña alcoba para ponerme en unión con la invisible Divinidad, tal como nos lo enseñó el Maestro, comienza un desfile de acontecimientos, de imágenes, de cosas sucedidas quién sabe en qué lugar de la Tierra. Conseguí mantenerme en serenidad, comprendiendo que había llegado la hora tan anunciada por el Maestro, de que un día se manifestarían en nuestro yo íntimo facultades que hasta entonces desconocíamos y las cuales nos harían dueño de ver, saber y comprender la infinita majestad de la Potencia Creadora y Conservadora de los mundos, los seres y cuanto tiene vida en el vasto Universo.

"Mis compañeros, Audino y Dorki, sintieron más o menos lo

mismo que yo y los tres nos dimos de lleno a una vida de silencioso recogimiento, como si hubiéramos perdido la capacidad de comentar, dialogar y vaciarnos al mundo exterior, como apóstoles de una doctrina que debíamos enseñar a los demás.

"Un día Thylo nos dijo: –Si vosotros no lo lleváis a mal, yo quiero caminar un poco más y siento ansias que me queman como el fuego de buscar y encontrar al Notario Hilkar que conoció más que ninguno los secretos de la sabiduría del Maestro. Paréceme que en el sueño Hilkar me hubiera dicho: "–Encontré mi camino en la Hélade, sobre el mar de las Cien Islas, donde el Maestro vio un día aquella visión maravillosa de un mundo en ruinas, que sus discípulos transformaban en jardines resplandecientes de flores y de frutos".

"–Ya sabes –le dije yo–, que nuestro Maestro nos decía que cuando él partiera de nuestro lado, todos nos dispersaríamos por los caminos hacia donde nos sentíamos empujados, ya por los acontecimientos, o por un impulso interior muy poderoso. Si no te sientes quieto y sosegado en este lugar acaso será indicio de que debes buscar otro, y si es así el Maestro mismo te presentará la oportunidad de satisfacer tus anhelos.

"En efecto, se le presentó en un velero que llegó a las bocas del Nilo desde las Casitéridas, y venía en busca de las pieles que los nativos de Shior, guardaban de año en año para este barco mercante que las compraba y seguía viaje hasta Ethea, costeaba la Mar Nueva (*tal nombre se dio al Mediterráneo que por la abertura de la cordillera de Gibraltar se había formado recientemente), hasta la cordillera Tauro, que le daba sus abundantes minerales y llegaba finalmente a Hélade, punto final de su viaje.

"Thylo nos dio el abrazo de adiós y partió para no volver. A los cuatro años murió sin haber encontrado al maestro Hilkar, pero como era de Ley que se encontrasen, se orientó después en estado libre, y se encontró con el Notario cuando trataba de fundar una Escuela, en cuyos pobrísimos principios fue nuestro hermano uno de los cinco huérfanos desamparados con que el Maestro formó la Escuela Iniciática cuyos sacerdotes fueron llamados Dakthylos.

"Así va la Eterna Ley llevando sus apóstoles como buena simiente que va germinando lentísimamente en las almas preparadas para recibirla y hacerla producir flores y frutos de fe, sabiduría y amor.

"Entretanto, los tres que permanecimos en el país de Shior, nos consagramos los primeros años a enseñar a los nativos a cultivar la tierra, a criar ganado y manejar los telares.

"Cada seis lunas venían desde el Acantilado (*así fue llamado entonces lo que años después se transformó en el puerto de Neghadá, y después Alejandría), dos terapeutas a curar a los enfermos y enseñar una doctrina de adoración a Dios, y ayuda de unos a otros, y tan grande fue nuestro amor hacia ellos y de ellos a nosotros, que Audino y yo fuimos con ellos hasta las bocas del Nilo; y Dorki quedó en Anfiona al frente de la Aldea y Escuela que allí quedaba fundada. Aquellos solitarios eran diez, se llamaban Kobdas, vestían túnica azulada, tenían niños huérfanos, ancianos desamparados y todo ser sufriente y perseguido encontraba amparo en la Cabaña del Carrizal, como llamaban todos a la casona de barro y paja que ellos se habían construido entre los juncales del delta del gran río de aquella tierra.

"Nos unimos de todo corazón con aquellos hermanos porque su ideal era idéntico al que habíamos bebido del alma grande y luminosa de nuestro Maestro Antulio.

"¡Gracias mil, Maestro amado sobre todas las cosas, por habernos conducido al lugar de nuestro descanso!"

El rollo último se cerró de nuevo entre las manos de Moisés cuando era pasada la medianoche y la luna llena estaba en el cenit.

Jetro, que escuchaba, y Moisés, que leía, guardaron un largo silencio porque ambos meditaban la misma cosa: la sabiduría y perseverancia con que la Ley Divina va conduciendo los acontecimientos y los seres obedientes a su inspiración hacia el lugar y momento en que deben formar las filas gloriosas de sus escogidos para cumplir sus eternos designios.

= 38 =
LA ESCUELA DE MOISÉS

Noche tras noche, durante más de un año, ambos hierofantes desterrados, leyeron lo más importante que guardaban sus archivos; el inmenso Archivo del Anciano Jetro, y el más reducido transportado por Moisés desde el castillo del Lago Merik.

Sus hermanos, idealistas del pasado, les parecieron: ¡gigantes, héroes, semidioses!

Lo que habían realizado, lo que habían sufrido, parecíales inaudito; un sueño grandioso, fantástico, casi llegando a lo inverosímil, y era una realidad probada y comprobada.

El Archivo de Moisés contenía "Las Escrituras del Patriarca Aldis", en las que se relataba detalladamente lo que fue la gran

civilización de los Kobdas en los países del Nilo, del Éufrates, en el Ponto, en fin, en las tierras llamadas de los Cinco Mares, la obra educadora de los Dakthylos de Antulio, que hicieron del Ática prehistórica un glorioso Ateneo de Ciencia, Arte y Belleza, llevadas a la máxima altura a que puede llegar en la humanidad terrestre.

Luego de un largo silencio meditativo, levantó Moisés su frente pensativa, y habló como en un sentido clamor:

– ¡Tío Jetro!..., y nosotros, ¿qué hacemos? Cuidar majadas de rebaños y sembrar hortalizas y cereales es algo, pero muy insignificante y pequeño comparado con todo esto que hemos visto y conocido en un año largo de veladas no interrumpidas.

– ¡Eso mismo vengo pensando, hijo mío, desde que comenzamos a desdoblar estos rollos amarillentos y carcomidos, y aún antes, en mis largas noches solitarias lo he pensado también! ¡Busqué tantas veces oportunidades que me fallaron otras tantas veces!

"Y ahora que los años se han amontonado sobre mi pobre vida...

–No es pobre tu vida, tío Jetro, sino rica en merecimientos y fecunda en los hechos. La recolección de este grandioso Archivo es una obra colosal. La mitad de tu vida la has gastado en este enorme trabajo.

–Es verdad, hijo. He gastado mis años mejores y mi herencia paterna en toda esta colección de rollos de papiro que hemos revisado; pero aún es poco si lo comparamos con lo que hicieron todos los que nos han precedido en el largo camino de nuestro Ideal eterno.

Siguiendo este tema, el tío y el sobrino casi llegaron al amanecer. Más no fue tiempo perdido, porque de allí surgió la creación de una nueva Escuela de conocimientos humanos y divinos, que bien pudo llamarse Escuela de elevada sabiduría.

–Tenemos que construir una gran sala de estudios, y luego buscar los alumnos –dijo Moisés–. ¿Dónde los encontraremos?

–De los barrancos brotarán, hijo mío, si es de Ley que abramos esa Escuela –afirmó el Anciano con tal fuerza de convicción, que Moisés le miró asombrado pensando que deliraba.

Veíase sumergido entre montañas y desiertos. ¿Quién podría desterrarse voluntariamente en aquellos desolados parajes cuando las grandes ciudades de todas las latitudes ofrecían los encantos de una vida cómoda y placentera?

– ¡Moisés!..., ¡hijo de Thimetis! No te asombres de lo que voy a decirte. Entre mis hijas de adopción hay cuatro hijas bastardas de

princesas y nobles del gran Egipto y de otros países; y otras dos, huérfanas de un hierofante condenado a muerte por tu abuelo, Ramsés I. Algunas de ellas, ya traían primeros estudios hechos, y todas están dotadas de una inteligencia no común, porque son espíritus viejos de evolución. Además..., y éste es un grave secreto que sólo a ti puedo confiar, guardo ocultos a toda vista humana a dos muchachos sirios, condenados a muerte por un crimen cometido por el mismo que les condenó a morir para ocultar su culpabilidad.

"Ahí tenemos ocho alumnos que harán buena carrera en nuestra Escuela de Sabiduría. ¡Oh, Moisés, hijo mío! ¡Hay diamantes perdidos entre las arenas, y perlas escondidas entre la hojarasca seca arrastrada por los vientos!

–Todo esto me reconforta el alma, tío Jetro, y aviva la débil llamita de mi esperanza. Bien. Los alumnos están. Pongamos mano a la sala que será el aula, piedra nos sobra para construirla sólidamente.

–También tenemos el aula que parece haber estado esperándote desde largo tiempo.

– ¡Cómo! ¿Dónde?

–Ven y lo verás.

El Anciano se levantó y Moisés le siguió. Pasó a su alcoba y medio oculto por los grandes cortinados de su lecho, Moisés vio un pequeño armario o guardarropas, que abierto permitía ver el comienzo de una escalera que bajaba al subsuelo.

El Anciano tomó un candelabro y comenzó a descender, y Moisés detrás de él. Era, pues, una cripta bastante espaciosa, como las usadas en los Templos y en la mayoría de las casas de propietarios pudientes.

En los Templos eran lugares destinados a ritos especiales y reservados. En las casas particulares, las criptas eran destinadas a guardar las riquezas y documentos de valor, pertenecientes a los dueños que así los resguardaban de una posible intervención de extraños y de ladrones. Aquella sala tenía estrados en todos sus cuatro muros y una mesa al centro, donde el Anciano dejó el candelabro.

–Excelente aula para nuestra Escuela –dijo Moisés, con visible satisfacción. En el muro, frente a la entrada, vio Moisés una bruñida lámina de mármol, en que aparecía la imagen de un joven Rey, pues ostentaba en su frente una hermosa corona real.

–Es el último Rey Tolteca, de la dinastía de los Athaulfos –explicó el Anciano, con marcada emoción.

– ¡Anfión, el Rey Santo de Otlana! –exclamó Moisés–. Lo hemos conocido en sus obras por los relatos de vuestro Archivo, tío, pero no esperaba conocerle en un retrato de su persona. ¿Cómo lo habéis conseguido?

–El oro lo consigue todo, hijo mío, pero más que por el oro, las cosas grandes se consiguen por la soberana voluntad de la Ley, que entrega a veces a sus adeptos, inesperados tesoros en compensación a sus sacrificios. Ahora verás lo que Anfión de Otlana oculta detrás de él. –El Anciano hizo correr la lámina de mármol por el riel en que aparecía encuadrada, y Moisés vio una pequeña puerta de paso a otra cámara–. Allí duermen tranquilos los dos jóvenes condenados a muerte, siendo inocentes –dijo el Anciano, acercando el candelabro para que Moisés mirase al interior.

Moisés vio un dormitorio improvisado, utilizando como lechos el estrado en ambos ángulos de la habitación, y unos biombos de caña y piel de antílope ocultaban discretamente a los tranquilos durmientes.

–Ya eres dueño de todos los secretos de tu viejo tío –díjole el Anciano, satisfecho y sonriente, al ver el gran asombro que Moisés no cuidó de ocultar.

– ¡Eres grande y noble de verdad, tío Jetro! Cada obra tuya es una magnífica explosión de amor –dijo por fin, absorbido en hondos pensamientos–. Mas yo quisiera saber cómo te has enterado de las tragedias tremendas que sufrían todos estos seres amparados por tu piedad.

–Cuando el ser obra justicia, las fuerzas del Bien le acompañan, y como aún quedan almas nobles en torno a los grandes de la Tierra, no me ha sido imposible encontrar colaboradores en mi obra silenciosa de protección a los desamparados.

"Mi siete hijas, que para mí son un tesoro, estorbaban a quienes les trajeron a la vida, y estos muchachos iban a ser ahorcados por el delito de un magnate que, urdiendo una trama hábil, hizo caer sobre ellos todas las apariencias.

"En mi larga vida he conquistado muchas amistades buenas que conociendo mi vocación, diré, de proteger a los desamparados, me han hecho llegar como encomiendas preciosas para mí, estas criaturas que consigo hacer felices a mi lado, al par que hago mi propia felicidad.

– ¡Tío Jetro!... ¡Yo soy también un desamparado y los ángeles de Dios me trajeron junto a ti!

El joven hijo de la Princesa Real de Egipto se abrazó, casi

llorando, del noble Anciano que, siendo un proscrito, un desterrado de la sociedad humana, aún tenía el poder de amparar a los desamparados.

* * *

Pocos días después se inauguraba la Escuela, no con ocho alumnos como habían creído Moisés y Jetro, sino con dieciocho, porque entre los jóvenes pastores de los rebaños encontraron diez que tenían aspiraciones y capacidades para un buen cultivo intelectual, moral y espiritual.

Los dos muchachos de la cripta que sólo salían de su encierro por las noches cuando todos dormían, aparentaron llegar montados en asnos al amanecer de un buen día, cuando se iniciaban los preparativos para la apertura de la Escuela. Decían venir de Dhopas, llamados por Jetro, para trabajos de escribanía.

Ambos eran aprendices de Escribas, de agradable presencia, de quince años de edad, aunque su estatura representaba veinte.

De este modo quedaba a cubierto el secreto que había en sus vidas.

Sus nombres eran Josué y Caleb. Llevaban siete meses de no ver la luz del sol, sino a través de un ventanillo enrejado, abierto junto al techo de la alcoba, que daba al occidente por el cual podían ver escasamente el ocaso.

El lector comprenderá bien la jubilosa acogida que ambos hicieron al anuncio que les hizo su protector, de que inauguraba para ellos una Escuela.

Eran primos hermanos entre sí, y ambos padecían el mismo dolor, pues habiéndoles hecho pasar por muertos para salvarles la vida, no podían regresar al seno de sus familias mientras viviera el poderoso caudillo que les condenó a morir.

Cuando Jetro y Moisés examinaban a todos sus alumnos en los primeros días de preparación, a fin de conocer a fondo las capacidades de cada uno, dialogaban entre sí:

–Tío Jetro –decía Moisés–, estoy comprobando que la Divina Ley parece gustar de que todas las almas, sobre las cuales forja designios determinados, den grandes saltos salvando abismos para llegar a colocarse en el sitio en que deben actuar.

–Así es, hijo mío, y sabía yo, muy bien, que todos estos hijos adoptivos míos son del número de esos seres. Por eso, esperaba mi viejo corazón un acontecimiento, un rasgarse los cielos en mi horizonte, que me permitiera ver porqué y para qué la Eterna Ley

traía a mi lado estas almas en las que yo adivinaba un nacimiento de alas, que crecían y crecían.

"El acontecimiento llegó contigo, Moisés, y el cielo abrió un resquicio, a poco de tu llegada, y yo vi...

– ¿Qué visteis, si lo puedo saber?

–Que una obra de bien surgiría en torno tuyo, porque almas como la tuya no están inactivas nunca. Ellas parecen llevar en sí mismas el germen de grandes creaciones. Cuando me dijiste aquel día: "Yo seré el pastor de tus rebaños", pensé de inmediato: "No ha de ser para pastor de ovejas que la Ley te trae a esta soledad". Nada te dije, entonces, porque no debía anticipar acontecimientos. El día y la hora de las grandes realizaciones, sólo el Divino Poder puede fijarlo.

–Una duda me aparece, tío, y voy a exponértela, porque pienso que entre nosotros dos no debe haber nada que no sea claro como la luz del sol.

–Veamos tu duda.

– ¿Por qué razón contamos para la Escuela seis de tus hijas, y no las siete?

–Porque la sexta que me llegó, y que se llama Clavelina, es sordomuda. ¿No te diste cuenta?

–En verdad, que no, tío. ¿Nada podemos hacer por ella?

–Es muy inteligente y aunque no oye nada ni habla nada, comprende todo y se da cuenta perfecta de cuanto ocurre a su vista.

"Sólo hace tres años que está aquí y yo gasto una hora cada día para un trabajo mental en beneficio de ella. Hasta hoy he conseguido mucho, porque ha cambiado completamente el carácter huraño y esquivo que tenía; tanto, que ni tú te has apercibido de su defecto.

"Rosa-Té, que es como una madrecita amorosa, ha tenido la habilidad de hacerla comprender que con alegría se puede vivir mejor, aun siendo sordomuda. Con señas mudas, pero elocuentes, le ha hecho comprender y aprender los diversos y variados trabajos que todas ellas hacen y, siendo muy dócil, se entrega con alegría a hacer lo que ve hacer a las demás. En mis largas meditaciones he pedido y preguntado al Invisible por ella, y la respuesta me ha llegado: *"Espera y confía, que todo llega a su tiempo"*. Yo espero tranquilo y confiado.

– ¿No sufrirá ella viendo a sus hermanas asistir a la Escuela y que a ella le sea negado? –preguntó Moisés.

–Tengo hablado esto mismo con Rosa-Té, que me asegura la posibilidad de hacerle comprender. Pensamos dejarle libre la

entrada, a fin de evitar en ella ideas no convenientes. Veremos lo que sucede.

–En cuanto a nuestros muchachos pastores, como ya te lo dije, encuentro en diez de ellos bastante capacidad de comprensión y aceptación de los pocos conocimientos que he podido exponerles, en mis conversaciones con ellos, desde que vienen con nosotros. No sé si los familiares, madres y hermanos nos traerían contradicciones.

– ¡No, no, hijo mío, eso no! Sin asomo de vanidad te lo digo: para toda esta gente de las cercanías, el tío Jetro es como un agente de los poderes invisibles y visibles para el bien de todos.

"Es ésta la compensación que Dios da a quien no hace daño nunca a nadie. Te aseguro, sin miedo a equivocarme, que todas las madres y abuelos de los muchachos estarán tejiendo redes de ilusión y verán ya a sus hijos engrandecidos y ricos, hechos Maestros, grandes hombres, porque nuestra Escuela hará prodigios a granel... No tengas por eso ningún temor.

La Escuela empezó en la Cabaña del Patriarca Jetro con una lección de entrada, que dio Moisés a todos los alumnos y con la presencia del Anciano:

"¿Qué es el ser humano? ¿De dónde viene y hacia dónde va?"

= 39 =
EL APOCALIPSIS DE MOISÉS

El original fue escrito por Moisés en el estilo jeroglífico usado en los antiguos Templos Egipcios, como asimismo *"El Libro de los Principios"*, comúnmente llamado *"Génesis"*, y casi todos sus Cantos, Salmos y Profecías. Fueron conservados, en severa custodia, por los Ancianos del Gran Santuario de Moab de la Fraternidad Esenia, que sólo permitieron sacar copias a personas de su absoluta confianza. Estas copias fueron declaradas apócrifas, siglos después, y sustituidas por el Pentateuco que conocemos y atribuido a Moisés.

Retrocedamos, lector amigo, por veinticuatro horas. Retirados al Oratorio a la segunda hora de la noche víspera de la inauguración de la Escuela, el futuro profesor dijo a su tío:

–En mis estudios de niño, de adolescente y de hombre que he realizado en el castillo del Lago Merik junto a mis padres, y luego en los Templos de On y de Menfis, he podido comprobar el poder y la fuerza que va unida al pensamiento elevado hacia la Divinidad.

Aquí no tenemos un Consejo de Hierofantes capaces de derribar montañas con la fuerza mental adquirida en años de perseverantes ejercicios, pero creo que el noble deseo que nos anima, tío Jetro, suplirá cuanto falta a nuestro alrededor.

– ¿Qué quieres insinuarme con eso?

–Quisiera conseguir de la Eterna Potencia Invisible dos cosas que me faltan: la convicción de que fui traído a la vida material para realizar *algo* en beneficio de mis semejantes. Esa es la primera.

"La segunda es si la apertura de nuestra Escuela es el comienzo de ese *algo* que presiento, sin saber porqué, desde que he llegado a esta soledad.

–Justamente, Moisés, hijo mío, y es en la meditación donde el Supremo Poder responde a todos nuestros interrogantes y nuestras dudas.

"Créeme, que en todos los años que tengo he recibido pocas respuestas, pero todas ellas se han cumplido de prodigiosa manera.

– ¿Por qué es prodigiosa?

–Ya lo verás. Mientras mi vida se deslizó en la opulencia de las Cortes Reales, mi Yo interno dormía y nada me inquietaba. Mas un buen día me vino este pensamiento: "¿Será toda mi vida tan invariable y plácida como al presente?"

"Tal pensamiento comenzó a martillar tenazmente en mi fuero interno. Yo estudiaba Astronomía y Humanidades en el Templo de Zeus, pero sentía una vaga inquietud que me molestaba a momentos durante las clases hasta que el maestro lo advirtió y me reconvino por ello. Viéndome impotente y humillado, pensé en la Suprema Potencia con el ansia del que no encuentra un recurso eficaz en sí mismo. Tan hondo y profundo pensé, que allá en mi íntimo Yo apareció esta idea: *"No estás en tu sitio en Mauritania. Tu lugar está muy lejos de aquí"*. ¿Quién lo dijo? ¿Por qué lo dijo? ¿Adónde podía yo ir, si estaba en el palacio de mi padre que era el Gran Sfaz y nada me faltaba?

"Fue esa la primera respuesta de la Eterna Sabiduría para este insignificante pedrusco de los caminos de la vida.

"Sesenta días después el Faraón Seti, bisabuelo tuyo, pedía la mano de mi hermana Epuvia para su hijo primogénito. Al siguiente año, venía yo en el cortejo que mi padre le dio, y con orden de quedar junto a mi hermana hasta que se realizara la boda. Antes de esa fecha, murió mi padre repentinamente, y yo preferí quedar al lado de Epuvia, que mucho me amaba, a volver junto a mi hermano mayor que nunca tuvo afinidad conmigo a

causa de nuestros diversos modos de pensar y de vivir.

"No siendo yo hombre de armas, tu abuelo quiso que siguiera estudios en los Templos de Sais y de On, y parece que tenía pretensiones de que el hermano de la Princesa Real de su Corte llegara al Pontificado. Mis maestros seguían en secreto las doctrinas de Anek-Atón, que tan furiosa revuelta había causado tiempo atrás. Alguien los traicionó y algunos de ellos, por salvar la vida, renegaron de su fe; otros huyeron y algunos fueron condenados a prisión perpetua; otros a ser decapitados. En mi meditación de esa noche, volví a sentir como aquella primera vez, allá, muy dentro de mi Yo íntimo, esta idea: *"Tú no morirás, sino que irás a un lugar solitario muy lejos de aquí"*.

"Al día siguiente llorando mi pobre hermana me dijo: "–He pedido gracia para ti, y el Faraón quiere que salgas cuanto antes del país para evitar de verse obligado a usar contigo la severidad de la Ley.

"Así empezó mi peregrinaje hasta llegar a donde tú me has encontrado. Ha sido el destierro y la soledad el paraíso de mi vida, porque los cielos de Dios se han desbordado sobre mí hasta llegar a decirme poco antes de tu llegada: "–Encuentras que mucho has recibido cuando aún no llegaste al final. Espera un poco más y verás bajo tu techo la gloria de Dios.

–Veo que mi ruta se asemeja a la tuya, tío Jetro, y acaso por eso mismo nos ha unido la Eterna Ley.

Una potente ola de emoción les inundó al instante de silencio y absoluta quietud, y ambos comprendieron que grandes presencias invisibles se acercaban sin ruido pero llenas de inefable amor y ambos se entregaron a una profunda meditación.

Avezados a esos vuelos gigantescos y audaces de las almas evolucionadas, no sintieron el tiempo que transcurría sumergido ambos en la intensa corriente de amor que les iba llevando suavemente hacia planos de infinita claridad.

Ambos percibieron la presencia de tres seres frente a ellos. Les reconocieron. Aquel viejo sacerdote, maestro de la niñez de Moisés, Amonthep; el Anciano Neferkeré que encontró solitario en los pórticos del Templo de Luxor, y el Pontífice Pthamer, fallecido tres años antes, estaban ante ellos y les señalaban hacia un punto de la azulada inmensidad.

Un oscuro mar tempestuoso, bajo un cielo sombrío en que cien relámpagos se entrecruzaban cual látigos de fuego, apareció instantáneamente como si manos de mago hubieran descorrido un inmenso telón.

Un navío color ceniza luchaba desesperadamente por acercarse a una costa negra y pavorosa, un áspero acantilado cuya elevada silueta se destacaba de entre las olas embravecidas. De vez en cuando la siniestra claridad de los relámpagos alumbraba al bravo marino que hacía prodigios de fuerza y habilidad para evitar un violento choque del buque contra las rocas de la costa. Cuando lo hubo conseguido y sus marineros auxiliares soltaron el ancla, él levantó por tres veces una antorcha y a poco aparecieron hombres y mujeres angustiadas, todos llevando niños de pocos años que los marineros recibían como si fueran corderillos contratados de antemano. Algunas de las mujeres se embarcaban también, otras se despedían llorando de los hijos que el buque tragaba apresuradamente. Se apagaba la antorcha, se levantaba el ancla, y el buque continuaba su lucha tenaz con las olas bravías en aquella noche de tempestad.

Ambos clarividentes comprendieron la escena astral que los tres Ancianos de la primera visión les hacían contemplar, y uno de ellos dijo: "–La Eterna Ley sacó a Juno del tranquilo hogar en que nació y le llevó hasta el puente de mando de un navío porque él quiso ser salvador de los niños que devoraba la gula insaciable de los poderosos señores de Lemuria".

La Luz Divina de aquella meditación hizo a Moisés encontrarse él mismo en Juno, el marino que luchaba con la tempestad. Comprendió también que algunos de los niños salvados por él los tenía de nuevo junto a sí, en Caleb y Josué, y algunos de los jovenzuelos pastores que serían alumnos de la Escuela que inauguraban en la Cabaña al día siguiente.

El pincel mago de la Eterna Luz continuó diseñando aquella noche memorable una en pos de otra, la vida de Numú, el príncipe pastor de Mirt-Ain-Mari; la de Anfión el Rey Santo de Otlana; la de Antulio de Manh-Ethel; la de Abel entre los Kobdas; la de Krishna en el Decán, y vio que en todas ellas había sido conducido prodigiosamente de un lugar a otro saltando abismos, tejiendo sacrificios y renunciamientos, como redes de acero que le estrujaban el corazón hasta llegar a lo que la Eterna Potencia pedía y quería de él.

Cuando lo había visto y comprendido todo y su espíritu estaba anonadado ante la inmensidad del dolor sufrido en tan largas edades, aparecieron de nuevo los tres amigos eternos que lo habían llevado a la comprensión y a la luz.

– ¿Qué me falta por hacer, ahora, que no lo haya hecho antes? –les preguntó con inaudita vehemencia y con una voz que temblaba y casi lloraba.

Los tres amigos del espacio hablaron, pero sus voces sonaban como una sola: *"–La humanidad ha olvidado lo que hiciste y enseñaste en el pasado, y hoy quiere el Eterno Invisible que escribas con fuego en la piedra, la Ley que Él grabó con su amor en los corazones humanos, y ellos la borraron de sí mismos, la pisotearon y la olvidaron".*

– ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo lo haré? –volvió a interrogar el vidente.

"–Él es el dueño del tiempo y sabe el día y la hora –contestó la voz triple–. *Tú sigue el camino empezado, que es el único tuyo por toda la Eternidad".*

La celestial claridad desapareció. Los cirios consumidos se habían apagado. Jetro en su sillón aparecía sumergido como en un desmayo. Moisés temblaba de frío, y por la cortina del ventanal entreabierto se filtraba la suave luz del amanecer.

Moisés no pudo entregarse al descanso, aunque el haber pasado toda la noche en vigilia le había producido agotamiento y desgaste de energía.

Quería desmenuzar como en menudas hebras su ensoñación o visión de aquella noche que él conceptuaba la más extraordinaria de su vida.

Sus estudios le habían enseñado muchas cosas de ese otro mundo inmenso de los seres sin la carne terrenal, pero lo acaecido esa noche en el Oratorio de su tío sobrepasaba el límite de sus conocimientos extraterrestres.

Quería retener hasta el menor detalle de todas aquellas jornadas de su propio Yo en lejanas edades, que aunque algo conocía por las Escrituras del Patriarca Aldis y otras de distintos cronistas y épocas, lo que le fue presentado vívidamente como si lo viera suceder de nuevo, era algo tan estupendo que merecía toda dedicación.

–Es algo tan estupendamente grande –decía a media voz–, que debo grabarla en el sistema sagrado de los templos en tal forma que tan solo hierofantes adeptos del más alto grado puedan comprenderlo. ¿Qué hombre revestido de carne podría asimilar lo que me ha sido dado ver y saber en esta noche pasada?

Con una resolución y decidida actitud que sólo en él era posible, sentose ante su mesa escritorio y tomando el primer libro en blanco que le vino a la mano, grabó en la primera página con gruesos signos jeroglíficos:

"Lo que yo vi"

"Sentado en el Oratorio y el tío Jetro a mi lado, nos entregamos ambos a profunda meditación tratando de conocer la Voluntad

Divina para encauzar en acuerdo a Ella todos los actos de nuestras vidas.

"Me sentí como llevado sin violencia y sin esfuerzo hacia un lugar de indecible paz, de inefable amor, de una claridad como de muchos soles y que no causaba deslumbramiento sino gozo infinito. Comprendí que quienes me llevaban eran mis tres maestros de la niñez y primera juventud: Amonthep, Pthamer y Neferkeré; cuya presencia espiritual se me hizo visible al comenzar la meditación.

"Vi un esforzado marino en lucha tremenda con el mar embravecido, cuyas olas sacudían su embarcación que parecía próxima a zozobrar. Quería atracar en la costa y las olas le batían impetuosamente como millares de monstruos del mar, que quisieran devorar el barco y su capitán. Cuando pudo por fin dominar la furia del mar, sus marineros aparecieron a las maniobras de anclar y amarrar el barco, que era enorme y fuerte como galera hecha para la guerra.

"A la luz de la antorcha que el Capitán encendió, vi claramente su rostro y toda su persona. Si yo hubiera tenido un hermano habría dicho que era él por su parecido a mi fisonomía, aunque su persona era mucho más grande y fornida que yo. Vi que a las señales de la antorcha acudieron al acantilado oscuro y pavoroso, muchos hombres y mujeres con niños de dos a seis años, según me pareció, que entregaban a los marineros, en silencio, como si hubiera entre ellos un convenio anticipado. Las madres lloraban y besaban a sus hijuelos, mientras el Capitán les repetía palabras de paz y de confianza, a la vez que les entregaba petaquillas de cuero en que yo comprendí que había algo importante y de valor por las muestras de agradecimiento que todos ellos manifestaban. Los maestros que me habían conducido hasta allí aparecieron de nuevo y me dijeron en una sola voz: "*–Es Juno, a quien llamaron en Lemuria el "Mago de las Tormentas", porque cuando el mar estaba enfurecido, los piratas invadían las aldeas de la costa para robar los niños, que vendían a gran precio a los poderosos señores que hacían de ellos el plato exquisito en sus festines. Cuarenta y siete años vivió Juno, y esa fue su tarea desde los veintidós años hasta que, coaligados príncipes y piratas, consiguieron hundir su barco en que pereció él, su esposa ciega, Vestha, y los más viejos de sus marineros, salvándose algunos jóvenes socorridos por los pescadores de la costa. Fue esa tu primera vida misionera en medio de la humanidad terrestre que es tu herencia eterna, aceptada por tu libre voluntad.*

“Mas, no se detuvo aquí el pincel mago que diseñaba visiones con prodigiosa destreza y claridad.

“Apareció una inmensa ciudad toda de piedra de grandes bloques rojos, grises, negros, verdosos, amarillentos, tales como vemos en las canteras cordilleranas de nuestra tierra.

“En una de aquellas casas enormes como montañas cortadas a pico, un ventanal que bordaba la hiedra formando marco a una bellísima jovencita vestida de azul y cofia blanca, mirando distraídamente el pasaje de escuadrones de lanceros que parecían llegar de una campaña.

“Cuando el último escuadrón dejó vacío el lugar, vi un joven pastor con un corderillo en un brazo, y en el otro su cayado, que apresuraba el paso porque el animalito arrojaba sangre de la boca.

“La jovencita del ventanal se inclinó hacia él, y le llamó confiadamente como a un amigo conocido: –Ven, –le dijo–, que mi padre tiene un regalo para ti.

“Aquella gran casa era el palacio del Rey, y la niña era su hija.

“El pastor se detuvo y la joven le hizo entrar por el postigo del gran portalón de la entrada.

“Tomó el corderillo y lo dio a una esclava para curarlo. Al joven pastor lo condujo a la habitación guardarropa. Descolgó un lujoso traje de los usados por los príncipes de la casa y le mandó vestirse con uno de ellos para presentarse al Rey que debía hablarle. Grande era la confusión del pastor que no sabía cómo había de colocarse aquella pesada y rica vestidura, y como si fueran llamados aparecieron dos pajes que lo engalanaron rápidamente dejándolo convertido en un gallardo príncipe real, porque aquel pastor tenía un rostro agraciado y gallarda presencia.

“Los pajes le llevaron ante el Rey que detrás de una reja dorada estaba con su hija esperando al visitante.

“El pastor se acercó a la reja y aleccionado por los pajes se inclinó en una profunda reverencia, y la niña dijo a su padre: –Este es, Rey, el esposo que he elegido para mí.

“El cuadro se borró ante mi vista, y vi luego al pastor y la niña en una gruta entre grandes montañas. Una multitud doliente, enferma, haraposa, les rodeaban y ellos dos curaban sus llagas, calmaban sus llantos, les daban de comer, les vestían de limpio, les amparaban del frío en grandes cuevas con hogueras encendidas, con lechos de pieles, con cobertores de lana.

“Mis tres maestros aparecían de nuevo y una sola voz me decía:

"–Es el Príncipe pastor, es Numú y su esposa Vesperina que hacen de la humanidad doliente la porción escogida que responderá un día al ideal supremo de fraternidad y de amor que tú y ella sembráis en los mundos que os fueron confiados".

"En ese preciso instante vi en el pastor mi propia persona, y en la niña vestida de azul, a la pequeña Merik, que ya no vivía en la Tierra y con quien yo celebré esponsales, allá en el castillo del Lago Merik, cuatro años hacía.

"No pude soportar más aquella visión y cubriendo mi rostro con ambas manos traté de aquietar mi corazón que latía violentamente.

"Cuando me descubrí busqué una mirada alentadora del tío Jetro, pero sus ojos estaban cerrados y todo él parecía una estatua de marfil formando un solo cuerpo con su enorme sillón de nogal enfundado en blanco lienzo. Me sentí solo con todo lo extraterrestre que me rodeaba. Cerré también mis ojos y me crucé de brazos como quien se entrega rendido y sumiso a ese oculto poder soberano, ante el cual me sentía como un menudo pececillo flotando en aguas desconocidas.

"Sentí que gruesas lágrimas rodaban de mis ojos cerrados y escuché como a lo lejos mi propia voz que susurraba: –"¡Señor!... ¡Dios Infinito Dueño de todo lo creado!... ¡Hágase tu Voluntad en este y en todos los mundos!" –Una paz suavísima me invadió de inmediato y luego una ternura confiada de quien se sabe protegido y amado. Y otra vez los tres maestros de la niñez sin cuerpo de carne, estaban ante mí entre un nimbo de luz que me permitía percibir hasta el más pequeño detalle de sus personas. Los tres hablaron en una sola voz: *"–No temas nada, Moisés, que los maestros que guiaron tu niñez y primera juventud cumplen hoy el mandato Divino de acelerar el reconocimiento de ti mismo a fin de que sabiendo el que fuiste en tu pasado, aceptes sin violencia y sin negaciones el presente que ha comenzado en estos parajes calificados de lugar de tu destierro, y es el sitio de la gloriosa apoteosis de tu vida actual*".

"No bien extinguida la voz, no les vi porque un nuevo escenario apareció en el lugar en que ellos estuvieron. Una ciudad populosa, con enormes torreones de piedra color turquesa y mansiones de estructura piramidal y de una inmensidad espantable, aparecían entre bosques de pinos y de palmeras. Largas filas de lanceros, numeroso pueblo, un pórtico majestuoso y por fin un vasto recinto muy blanco, encortinado profusamente de un vivísimo azul..., y allá al frente, un joven Rey descendía de su trono, entregaba

cetro, collar y corona, a unos Ancianos de angustiada fisonomía, y desaparecía silenciosamente hacia el interior, luego de bendecir a dos guardias que doblando una rodilla en tierra, besaban sus manos, y levantaban después el cortinado para que el Rey pasara. Yo sentí en ese instante el dolor de los Ancianos que recibían los atributos reales, y de los dos guardias bendecidos por el Rey.

"Todo aquel grandioso escenario desapareció como al impulso de un soplo mágico que lo hubiera destejido y desecho súbitamente. La voz de mis tres maestros allí presentes se me hizo oír de nuevo: *"–Acabas de ver la renuncia noble y heroica de Anfión, Rey de Otlana y Theos-Kandia, o sea tú mismo, a fin de evitar una guerra de exterminio entre los dos países hermanos, promovida por la soberbia y ambición de Alpha-Huari, su hermano menor, que dos años atrás luchaba por conseguir la sublevación de los países que gobernaron sus padres. A veces los grandes hechos se repiten a través de las edades, y tal como en aquella hora la renuncia de Anfión Rey, no fue el triunfo de Alpha-Huari, sino su derrota, de igual modo tu renuncia de Superintendente Virrey de Egipto en la hora presente, es otra nueva derrota para el Faraón"*.

"Como yo pensara sin hablar que no veía derrota alguna en el Faraón por mi renuncia, la voz triple de mis maestros contestó a ese pensamiento: *"–Hoy no puedes ver tu victoria sobre el Faraón y su espantosa derrota* (*referencia a la reina Gala y su hijo bastardo), *pero la verás cuando hayan pasado veinte años más. Busca en las Escrituras del Patriarca Abydos que tenéis en vuestros Archivos y encontrarás con detalles la obra de Anfión Rey de Otlana y Theos-Kandia en la desaparecida Atlántida. Más grande aún será la tuya no siendo Rey sino sólo un Mensajero del Eterno Dios Invisible"*.

"La voz se apagó de nuevo y otro escenario apareció ante mí: Era una esplendorosa ciudad, tan magnífica y grandiosa como no he visto otra con mis ojos de carne, y un joven Maestro, filósofo o profeta, hablaba ante una apiñada multitud de gente joven, varones y mujeres.

"Era el inmenso pórtico de la "Casa de la Vida" como llamamos en Egipto a un gran Sanatorio donde se estudia Medicina, y donde los médicos cirujanos hacen toda clase de operaciones, y es también aula donde sabios profesores dan lecciones a los que aspiran a la ciencia de curar las enfermedades humanas.

"Mas, no era una clase de Terapéutica lo que aquel hombre daba a la multitud sino una enseñanza filosófica y moral, una lección de

vida pura para vivir con salud y con alegría, para formar una sociedad noble, digna, honorable y justa, capaz de servir de ejemplo y modelo a todos los pueblos de la tierra.

"Como en éxtasis escuché a aquel Maestro y pensé de inmediato: "Yo pienso como él, y si algún día la Divina Ley me coloca ante una cátedra para enseñar a las multitudes hablaré de igual modo que él lo hace". Recuerdo bien esta frase repetida varias veces: *"La vida ordenada y pura, o sea sin excesos y sin abusos, es claridad en la mente y salud en el cuerpo"*.

"Le vi luego en el gran Templo de Zeus ante un auditorio sacerdotal contestando a preguntas que le hacían sacerdotes de alta jerarquía a juzgar por sus vestiduras de púrpura y brocado, y tiaras y mitras que resplandecían de oro y pedrería. Oí que le decían: –Has enseñado en tu escuela que el alma va y vuelve en repetidas existencias carnales, después de haber recorrido todas las formas de vida desde la piedra, la hierba, el insecto, el ave, y la bestia, en inmensas edades. ¿Te desdices de tan tremenda aberración con que enloqueces a la juventud?

"–No, porque es la Verdad.

"–Mira que estás jugando la vida. Enseñas que la muerte no existe, pero de seguir por el camino que vas existirá para ti. –Tales palabras fueron pronunciadas por el que parecía ser Pontífice, o Sacerdote Máximo de aquel tribunal.

"Entonces escuché una clarinada y otra y otra más, seguidas de aclamaciones y aplausos a alguien que llegaba. La gran puerta de oro y cristal se abrió de par en par, y una sonora voz dijo: –Un heraldo real con un edicto de nuestro Rey Faselehon.

"El tribunal se puso de pie menos el Sacerdote Máximo.

"El Heraldo rompió los sellos y cintas de un blanco papiro y leyó: –Gloria y alabanza a Zeus que nos da aire, luz y vida. Por estas letras ordeno y mando que no se cause molestia alguna a mi médico y maestro de mis hijos, Antulio de Manh-Ethel, y que sea al instante acompañado hasta su Escuela por quien lleva este mensaje. Yo, Faselehon, Rey de Zeus y de Mauritania.

"Cuatro apuestos lanceros rodearon al Maestro Antulio, y el Heraldo le ofreció el brazo, y le sacó del gran templo de Zeus.

"Todo se llenó de oscuridad, de silencio, de pavor. Me latía violentamente el corazón, pues sentía como si fuera yo mismo quien se hallaba entre dos poderosas fuerzas que se encontraban frente a frente: el poder sacerdotal y el poder real.

"Pensé en los Archivos que me entregó el sacerdote Neferkeré, descendiente de Anek-Atón, que también se vio de frente ante

el poder sacerdotal de su tiempo, y murió poco tiempo después envenenado".

"–También yo he asistido a tu radiante Apocalipsis, Moisés –dijo el tío Jetro despertando de lo que yo creía un tranquilo dormir.

"Como yo lo mirase asombrado, él continuó: –Sí, hijo mío. Es mi hora de gloria. El hacerte compañía y ser un testigo ocular de tu vida en el desierto, es para mí la gloria con que nuestro Padre Eterno corona mi azarosa vida.

"¿Qué más puedo pedir como terminación de ella?...

"–Puesto que lo has visto, tío, dime ¿qué piensas de todo cuanto ha ocurrido esta noche aquí? –le pregunté después del silencio que siguió a las afirmaciones de él.

"–Tú dormías aún en la inconsciencia, como nos ocurre a todos al comenzar la existencia carnal, hasta que algo extraordinario nos despierta a la realidad. Así, pienso, hijo mío, que la Eterna Potencia ha enviado Heraldos junto a ti que descorriendo velos encubridores de misterios divinos, quedes enterado por fin de quién eres y por qué estás en la carne sobre esta tierra.

"Todo tiene su hora fijada en lo infinito del espacio y del tiempo, y cuando esa hora llega... ¡Oh! Hijo de Thimetis, el Eterno Poder usa de medios que ignoramos los humanos cuando ha sonado la hora de que se cumplan en los mundos sus voluntades soberanas.

"En mis viejos archivos que irás conociendo cada día, hay mucho de lo que tú y yo hemos contemplado esta noche con vida real, como sucediendo de nuevo.

"Te aseguro que hay gran diferencia entre saberlo a través de borrosos signos de Escrituras arcaicas, que verlo vivir en los elevados y purísimos planos en que la Luz Divina conserva cuanto acontece en todos los mundos del Universo.

"En las criptas sagradas de los Templos de Sais y de On, pude ver pasajes de las vidas planetarias de nuestro gran Padre Sirio, Jerarca de este Universo de mundos al que pertenece nuestro Sistema Solar. ¡Oh!, ¡mi niño grande de veintitrés años terrestres, que son como una hora en la Eternidad!

"¡Tengo el presentimiento de que tendrás una larga vida, acaso más fecunda que todas en manifestaciones estupendas de las grandezas de Dios!

"Yo escuchaba en silencio la disertación de mi tío Jetro, aunque en mi íntimo Yo no había la absoluta convicción de cuanto él decía con tan plena certeza.

"–Tío Jetro –dije por fin–. Acompáñame a pedir al Eterno Invisible la capacidad de conocer, de comprender y de ser lo que Él quiere de mí.

"–Así lo hago y lo haré, hijo mío, que para eso te ha traído Él hasta mi humilde morada".

= 40 =
SIETE AÑOS DESPUÉS

Nuestro protagonista había llegado a los treinta años de edad y en los siete años transcurridos, había sido su vida de una actividad vertiginosa.

El recinto subterráneo que ya conoce el lector y que era llamado: la "Cripta del Rey Anfión", se había transformado en un Templo Escuela de Divina Sabiduría, donde los dos hierofantes desterrados de los grandes Templos vecinos a las pirámides del Nilo, crearon un sacerdocio apostólico, o sea dispuesto a todas las abnegaciones y renunciamientos heroicos de los auténticos misioneros de un Ideal Superior.

La que fuera tanto tiempo alcoba de los dos jovencitos reclusos, Caleb y Josué, había sido dispuesta y consagrada única y exclusivamente para esperar la presencia de las elevadas Inteligencias desencarnadas que quisieran dar instrucciones especiales, a los que sintieran la necesidad y el anhelo de una más íntima comunión espiritual con ellas.

Plenamente conscientes, Jetro y Moisés, de la severa clausura necesaria en los Santuarios dedicados a manifestaciones extraterrestres de orden elevado, en aquel recinto cuya única entrada la guardaba la gran lámina de mármol en que estaba grabado en alto relieve la imagen del Rey Anfión de Otlana, no entraban sino ellos dos al principio, hasta que tres años después fueron dando entrada a aquellos de sus alumnos en quienes vieron manifiestas condiciones y facultades espirituales muy a tono con lo que pensaban, sentían y querían sus maestros.

En los tres años primeros los alumnos respondieron unos más, otros menos, a la enseñanza de las Ciencias y Letras humanas que se les dieron. Pero a los conocimientos de orden espiritual, o sea la Ciencia Divina de Dios y de las Almas, respondieron todos con tan decidida consagración, que Jetro y Moisés quedaron asombrados.

–Pareciera –decían dialogando ambos–, que hubieran sido traídos a nuestro lado expresamente para este fin.

Durante los tres años en que sólo entraban al Santuario, Jetro y Moisés, eran los visitantes más frecuentes aquellos tres personajes espirituales de la noche inolvidable, que Moisés llamó su Apocalipsis, o sea: Pthamer, Neferkeré y Amonthep, como si fueran ellos los guardianes y custodios de aquel recinto sagrado.

Pero de tanto en tanto se manifestaban otras Inteligencias de evolución avanzada para anudar de nuevo viejas alianzas de edades pretéritas. Una noche se les manifestó un Flamen que en los días de Krishna, el Príncipe de la Paz en el Decán, había sido Hermano Mayor en las *Torres del Silencio*. Llegándose a ellos les dijo con clara voz, que escuchó también el Anciano Jetro:

– ¡Krishna y Ugrasena!, desterrados y proscritos otra vez por el egoísmo de los hombres, el gran Padre Sirio me envía a vosotros con sus dones divinos de consuelo, esperanza y amor, que necesitáis en la hora presente, más ardua y penosa que aquella otra ya olvidada. Vuestro viejo hermano el Flamen Nagasena, que perseguido y proscrito en aquella hora, como vosotros en la presente, estuve refugiado en una gruta de Ganda Madana, donde aún está mi materia formando parte de la roca misma que la cobijó un día. Y soy enviado a deciros que en los alumnos varones que escuchan vuestra enseñanza están los Flámenes que huyeron de las Torres del Silencio cuando los invasores tártaros amenazaron derrumbarlas.

"La Eterna Ley les trajo a vosotros porque la hora es propicia para que ellos sean a tu lado, nuevo Krishna, tus apóstoles misioneros, compañeros en las fatigas y en las glorias de esta jornada, la más larga y ruda de cuantas has vivido.

"Nacidos y criados en la salvaje aspereza del desierto y las montañas, nada pedirán a la civilización caduca y voluptuosa, que como una luz fatua resplandece en las grandes capitales hasta que los vientos de la vida la apaguen y venga sobre ellas la oscuridad y silencio de las tumbas.

"Mi revelación de hoy os hará comprender lo que debéis hacer con ellos en esta hora de su vida espiritual. Otras edades, siglos y horas pasarán, y esta antigua alianza tornará a despertar las almas que volverán a unirse en renovadas misiones redentoras siguiendo tus pasos.

"Pensamiento de Dios hecho hombre, Idea Divina vibrando en una mente encarnada, Amor Eterno encendido en un corazón humano. Dos últimas gloriosas jornadas te faltan aún para penetrar en la Divinidad, sumergirte en ella y ser uno con el Gran Todo Universal.

"Son lamparillas que tú mismo has encendido. ¿Las dejarás apagarse a tu lado?..."

Moisés comprendió el sentido oculto de las revelaciones del Flamen Nagasena, que en espíritu se le manifestaba, y fuertemente iluminado por una claridad superior en ese instante, le contestó:

–Los hijos venusianos que me dio en lejanas edades mi Esposa Eterna, me han seguido desde el principio y me seguirán hasta el fin.

"Tu revelación me ha hecho comprender que nunca estoy solo en este mundo. ¡Que Dios te bendiga!"

La visión se esfumó como la niebla que se esparce en una ráfaga de viento.

Jetro y Moisés quedaron sumidos en profundo silencio durante un largo espacio de tiempo.

Ambos deshilaban fibra por fibra las voces, palabras y pensamientos que habían cruzado como estrías de luz en su horizonte mental. El Anciano habló por fin:

– ¿Has comprendido tú, hijo mío, lo mismo que he comprendido yo?

– ¡Tío Jetro!... Cuando se enciende una luz en las tinieblas todos los que no están ciegos, la ven de la misma manera. Creo por tanto que ambos hemos visto con igual claridad la revelación del Flamen Nagasena.

"He comprendido que todos los que están a nuestro lado en esta hora, lo estuvieron también antes y lo estarán en el futuro.

"Son almas que nos pertenecen. Es la porción de humanidad colaboradora en nuestras obras. También Numbik y Azabache son perlas de nuestro collar. ¿Sabes, tío Jetro, que he sorprendido a ambos escuchando tus clases de moral con una dedicación tan completa que estuve tentado de decirles: Entrad y ocupad un banco, que hay sitio también para vosotros dos?

– ¿Por qué no lo hiciste, Moisés, si aquí eres tú quien lleva las directivas?

–Quise decírtelo antes. Yo sostengo que los jóvenes no podemos ni debemos ponernos por encima de la experiencia de los Ancianos.

"Espiritualmente eres tú tan Anciano como yo, pero es verdad que la materia física en mundos nuevos, trae consigo espejismos engañosos para quienes tienen pocos años en medio de ella. De ahí que quien pasa la juventud sin tropiezo puede considerarse un gran favorecido de la Providencia.

“Volviendo a nuestros alumnos y teniendo en cuenta la revelación del Flamen Nagasena, me ha venido esta sugerencia, no sé si de mí mismo o de una entidad amiga: tomar examen a todos ellos y ordenarlos en grados, como se ha hecho siempre en las Aulas de todos los Templos y con todos los alumnos aun cuando fueran de la alta nobleza y aunque fueran los faraones.

–Muy bien pensado, hijo mío, y si estás de acuerdo les avisaremos en la clase de mañana y les daremos siete días de plazo para que se preparen convenientemente.

A mitad de la semana de preparación ocurrió la llegada de la caravana que periódicamente venía desde el mundo civilizado y lejano.

El fiel Numbik que acompañado por Azabache, ya un jovenzuelo vigoroso y vivaz, habían ido a compras a Parán, regresaron con tres asnos cargados de fardos y cuatro viajeros inesperados: Ohad y Carmi, los sacerdotes maestros de la primera juventud de Moisés; Hur y Layo sus compañeros de estudios.

A los diez años de su destierro abrazaba Moisés a aquellos seres tan amados de su corazón. Pasados los primeros momentos de intensa emoción, su primera pregunta fue esta:

– ¿Por qué habéis dejado sola a mi madre? ¿Acaso un peligro de muerte?

–No te alarmes, Moisés, que no hay nada de eso. Déjanos tomar aliento y ya te lo diremos todo. –Al decir así, Ohad, que era el de más edad, se dejó caer sobre el primer banco rústico que encontró en la cabaña.

Hur y Layo apenas podían articular palabra. ¡Tan honda era la emoción de encontrarse de nuevo con Moisés a quien tanto habían amado!

El Anciano Jetro lloraba y reía.

Sus siete hijas formaban un asombrado grupo que se mantenía a distancia. La llegada de gentes del lejano mundo civilizado, era algo extraordinario en el desierto.

¿Qué había pasado?

Una cruel epidemia había aniquilado casi toda la familia real de Mauritania. El Gran Sfaz de aquel lejano país, su esposa y sus hijos habían caído víctimas del flagelo. Sólo quedaban con vida, una nietita de diez años y su hermanito de seis.

Los Ancianos del Consejo habían pedido auxilio a la Princesa Real de Egipto, que como hija de la Reina Epuvia, hermana del Gran Sfaz, era quien podía ser Regente hasta la mayor edad de los pequeños y legítimos herederos.

La Princesa Thimetis con una numerosa escolta había acudido al apremiante llamado.

Los diez años de la ausencia de su hijo, ella los había pasado en absoluto retiro en la Fortaleza Embajada de Mauritania en Menfis, y sólo de incógnito pasaba breves temporadas en su castillo del Lago Merik, sin ser tenida en cuenta para nada por el Faraón y su corte, y sin que tampoco ella lo pretendiera en ninguna forma.

Todos se apercibieron de que la faz de Moisés se tornó pálida y contraída ante estos relatos, y en su fuero interno se grabó como a sangre y fuego este pensamiento: *"Fui yo el causante de todo este dolor de mi madre"*.

El hierofante Carmi que tenía la facultad de percibir los pensamientos profundos de los seres, lo leyó claramente.

–No lo pienses así, Moisés, hijo mío –le dijo en el acto–.

"Tu noble madre con luz superior sabe a la perfección porqué estás tú en este lugar, qué fuerza te ha traído y qué obra debes realizar. Queda pues tranquilo y en paz. Es ella misma quien ha obtenido del Pontífice Membra la aceptación de nuestra venida hacia aquí.

–El Eterno Invisible se nos manifiesta a cada paso –añadió el Anciano Jetro–, pues le vemos claramente en sus obras y en los acontecimientos de cada día; y así, vosotros sabéis que según las invariables leyes y ordenanzas de orden espiritual, para abrir una Escuela de Conocimiento Superior y Divino, se necesitan por lo menos seis Inteligencias encarnadas, que con el Consultor, Guía Celestial Invisible, formen los siete rayos de Luz Divina, bóveda y coronación del Templo Espiritual a formarse. La llegada de estos cuatro hermanos forma el número exacto.

"¿Podíamos esperar una prueba más clara de la complacencia de la Eterna Ley para con nuestros deseos?"

–Es verdad..., toda verdad –contestaron los recién llegados.

Sólo Moisés callaba. ¡Su pensamiento estaba muy lejos!... Acompañaba a su madre en su largo viaje a Mauritania y se culpaba a sí mismo de no ser su amparo y su sostén en la penosa jornada.

Hubo un momento en que pasó como un relámpago por su mente la idea de emprender el viaje, no al regreso de la caravana sino sólo con Numbik, atravesar el Mar Rojo, los mil vericuetos de la montaña de Etiopía, la vasta desolación de los campos de Nubia, los desiertos montañosos de Libia para alcanzar a su madre en su largo viaje a Mauritania. Y como subyugado por una visión lejana se puso de pie y dio un paso adelante.

El hierofante Carmi que leyó su pensamiento le cerró el paso.

– ¿A dónde vas, Moisés, hijo de Thimetis?

–Hacia ella voy, pues la veo sola atravesando el desierto.

–Aquiétate, Moisés, te lo ruego. Tu madre no va sola, que lleva una escolta de doscientos lanceros mandados por el príncipe Fredek de Port Ofir, que la amó antes de nacer tú, y por amor a ella vino a Menfis y se puso al frente de la Embajada de Mauritania sólo para defenderla, cuando supo tu destierro de la Corte y del país.

"Ella va bien guardada, y sabe que tu deber está aquí.

Moisés, como saliendo de un sueño, dio un gran suspiro y se dejó caer en la butaca abandonada.

– ¡Ya pasó! –dijo–. Fue un mal pensamiento que la carne y la sangre engendraron para torcer mi camino.

El Anciano Jetro le abrazó llorando.

–Es otro de los renunciamientos exigidos por la austeridad de tu Ley, Moisés, hijo mío. ¡Cuán rápidamente vas subiendo a la cumbre!

El hierofante Ohad entregó a Moisés un fajo de papiros envueltos en una cinta de lino con el sello del Pontífice del gran Templo de Menfis.

Hur le entregó a su vez las llaves de las bolsas de piel de foca que la Princesa Thimetis enviaba a su hijo.

Todo esto hizo desaparecer la ola de tristeza, de ansiedad angustiosa que se había adueñado del ambiente.

Una alegre cordialidad se estableció de pronto y comenzaron las confidencias, las noticias y todo cuanto cabe en el encuentro de almas compañeras que después de diez años de separación vuelven a reunirse en un oasis del penoso y árido desierto de la vida.

= 41 =
EL GRAN SACERDOTE DEL DESIERTO

Pasaron breves días, los absolutamente necesarios para que Jetro, con sus hijas y Moisés dispusieran el alojamiento conveniente para los cuatro viajeros recién llegados. Moisés buscando disminuir las complicaciones que pudieran tener los dueños de casa, hizo instalar en su gran alcoba a sus dos compañeros Hur y Layo.

El buen tío Jetro imitó la acción de su sobrino, y Ohad y Carmi compartieron la espaciosa alcoba del Anciano que muy complacido les decía:

–Esto será hasta que seamos capaces de construir su propio nido a cada una de estas golondrinas del Señor.

Cuando en el orden material estuvo todo arreglado, pensaron en organizar la vida espiritual conforme a los superiores ideales que todos sustentaban.

Para esto realizaron la primera "reunión de los seis" que la Eterna Ley había unido en la cabaña del Patriarca Jetro, en la pobrísima aldea Pozo Durba, en lo más solitario del anchuroso desierto vecino del Sinaí.

La reunión se hizo en aquella cámara secreta, cuya entrada era la piedra corrediza en que aparecía grabado en alto relieve un retrato del Rey Anfión Athaulfo de Otlana.

No bien terminada la evocación en que la lira de Layo y el laúd de Hur habían atraído una serenísima paz con la melodía ejecutada, cayó en hipnosis el sacerdote Carmi poseído por la fuerte y purísima Inteligencia conocida con el nombre de Aelohin, que desde esa hora se puso al frente, digámoslo así, de la gran obra que realizaría Moisés en todo el curso de su larga vida. Y les habló así:

"–Hermanos de este Templo de Dios: ¡Cuanta honra es para mí, ser el número siete de este Consejo de voluntades y de inteligencias reunidas para poner los cimientos de una grandiosa obra de evolución humana!

"Somos aquí siete sacerdotes, o sea siete elegidos y consagrados por la Eterna Ley para hacer el Bien a las almas encarnadas en el planeta Tierra, que tal es el significado como sabéis de esa gran palabra: ¡Sacerdote!

"Y como está entre los Siete, el Instructor y Guía de esta humanidad, él debe ser el Sacerdote Máximo que nos dé las directivas a seguir desde hoy en adelante".

Apenas pronunciadas estas palabras, dos vivos rayos de luz aparecieron en la frente de Moisés, convirtiendo como en blancura de nieve la media luz de aquella cámara secreta.

Jetro, Carmi, Ohad, Hur y Layo, se pusieron de pie y sus túnicas de blanco lino refulgían como tornasoles de nácar a la viva claridad del halo de luz que envolvía a Moisés, el cual anonadado y en extremo conmovido, no acertaba a moverse ni pronunciar una palabra.

Los cinco Hermanos que estaban de pie, pronunciaron el solemne voto o juramento de ley en casos como éste: –"Ante el Eterno Dios Invisible, dueño de los Mundos y de la Vida, hacemos voto solemne de fidelidad, de confianza y de amor al compañero

y hermano designado por la Ley para guiar esta humanidad a sus eternos destinos".

Moisés reaccionó de pronto y poniéndose de pie, pronunció a su vez el voto solemne:

–"Ante el Eterno Dios Invisible, dueño de los Mundos y de la Vida, hago voto solemne de fidelidad, confianza y amor a los compañeros y hermanos designados por la Ley para secundarme en la obra que debo realizar en beneficio de esta humanidad". –Y abrazó con profunda emoción a sus compañeros.

En tan solemne y glorioso momento desaparecieron a la vista de todos ellos, los muros de la cámara secreta y aquello se convirtió como en un luminoso campo abierto, inundado de una suave claridad azul como viva luz de luna llena en una explanada cubierta de nieve.

Deslizándose allí, como mecidos por suavísimas brisas, los Mesías o Inteligencias gemelas del Avatar Divino encarnado, que pronunciaban también el solemne voto de fidelidad, confianza y amor al que debía ser héroe de aquella jornada heroica, mientras suaves armonías que no eran de la Tierra se cernían en el ambiente saturado de paz, de dicha y de infinito amor.

Ninguno de los presentes pudo medir el tiempo que transcurrió hasta que toda aquella magnificencia de los cielos fue esfumándose como diluida en las sombras, como absorbida por el silencio...

En esa primera reunión resolvieron que aquella cámara secreta sería en adelante Sala del Consejo, Templo de oración y sagrado lugar de Consagración, de todos los que en adelante quisieran formar fila entre los ya consagrados al servicio de Dios y de la humanidad.

La pilastra de piedra para el agua vitalizada sería colocada al centro del recinto, y en la muralla frente a la entrada, sería construido un pequeño pedestal sosteniendo una ara de mármol blanco en que se colocase el candelabro de siete cirios y un incensario para quemar incienso.

En lo alto de la muralla debía colocarse la lámina de negro basalto con el grabado usual en todos los sitios consagrados a la Divinidad y con el signo jeroglífico acostumbrado para significar a Dios, Eterno Invisible: un gran círculo blanco con la estrella de cinco puntas en un azul vivo al centro.

El Consejo Supremo de la Escuela Iniciática del Desierto quedaba fundado en la forma exigida, para desempeñar su elevada misión en adelante.

Josué y Caleb, más cinco jovenzuelos elegidos entre los diecinueve pastores, serían el fundamento de la Escuela Iniciática de Moisés. Les veían ansiosos de conocimientos, y que aún vigilando los rebaños, que les habían encomendado, repasaban una y cien veces las lecciones escuchadas en los últimos días.

Para facilitarles esto, Josué y Caleb, que como aprendices de Escriba, eran prácticos en escritura, copiaban las lecciones de los maestros y las repartían a los compañeros.

Todo este gran esfuerzo y dedicación entusiasmaba a Moisés, en el cual empezaba a nacer y crecer la certidumbre de que la Eterna Potencia extraería aun de las piedras y arenas del desierto, los seres que serían aptos para colaborar en la obra que él debía realizar.

En asambleas del Consejo se nombraron a Ohad y Carmi, Hierofantes del séptimo grado, para maestros de los aspirantes de la Iniciación.

Las materias primordiales eran la Astronomía, la Astrología, el Magnetismo, la Quiromancia, el Hipnotismo y la Teología o Ciencia de Dios y de las Almas.

Las clases de Historia, Ciencias Naturales, Lenguaje, Geografía, etc., fueron encomendadas a Hur y Layo, y eran para todos los alumnos en general, para las hijas de Jetro y ni aún Azabache quedó excluido de ellas. Igualmente la Moral, a cargo del Anciano Jetro, era a puertas abiertas para todos y aún comenzaron a asistir los familiares de los jóvenes pastores convertidos en estudiantes.

El Sacerdote Máximo, como es lógico, podría presenciar las clases cuando fuera de su agrado.

Diariamente, al caer la noche, los seis sacerdotes debían reunirse en la cámara secreta de las meditaciones íntimas.

–Nosotros somos también alumnos de una Escuela Divina –decía el tío Jetro–, y si hemos de ser buenos maestros, necesitamos doble enseñanza. Enseñar a la humana criatura a ponerse a tono con la Eterna Potencia, es obra de gigantes, y yo, por lo menos, me veo como un pigmeo.

–Creo que todos podemos decir lo mismo –afirmó Ohad–, pero el Amor al Ideal Divino pone alas al espíritu, y espero que la Divina Bondad haga crecer las nuestras tanto como nos sea necesario, para cumplir sus eternos designios.

Tal quedó establecido para la Escuela Iniciática de Moisés.

= 42 =
LA REGENTE DE MAURITANIA

A pesar de su alta investidura y de sus propios esfuerzos, no lograba Moisés aquietar su mundo interior, y el recuerdo de su madre atravesando desiertos y montañas le producía una penosa inquietud. Las palabras que escuchó decir a Carmi le martillaban también en la mente: "Lleva una escolta de doscientos lanceros mandados por el príncipe Fredek de Port Ofir que la amó antes de nacer tú, y por amor a ella vino a Menfis y se puso al frente de la Embajada de Mauritania, sólo para defenderla cuando supo tu destierro de la Corte y del país".

Nunca tuvo conocimiento de que el príncipe Fredek hubiese amado años atrás a su madre. En visitas de cortesía que algunas veces hizo a la Corte de Menfis, vio en efecto, delicadas finezas de él para la Princesa Real que era su prima, y vio también que ella y Amram, su esposo, le demostraban simpatía y cordialidad.

–"Él es hermano del Sfaz –pensaba Moisés–, ¿por qué no es el Regente, y obligan a mi madre a serlo cuando sólo es una prima?... ¿No será esta una nueva emboscada del Faraón para alejarla de Egipto?..."

Tres días pasó Moisés absorbido por tal pensamiento sin poder anularlo o borrarlo de su mente aunque hizo grandes esfuerzos para conseguirlo.

Pero en la meditación del día tercero al anochecer, la Divina Ley permitió que le llegara la respuesta en la emotiva escena que ha conservado la Eterna Luz en su Archivo, de donde la copio con toda la fidelidad posible.

Humillado Moisés en extremo, por su incapacidad para aquietar su mundo interior, empezaba a dar cabida a pensamientos de duda acerca de los anuncios recibidos anteriormente.

Dialogaba consigo mismo en profundo silencio, en la semioscuridad de la cripta, rodeado por sus cinco compañeros del Consejo.

–Estoy destinado a guiar almas, educar muchedumbres, a ser conductor de pueblos y me veo como un ente cualquiera, incapaz de dominar inoportunos pensamientos, y mantener sereno mi mundo interior... ¡Es un engaño burdo..., es un fantasma de grandeza que debo alejar de mí si quiero librarme de caer al abismo de la vanagloria y la soberbia!

Fue transportado en espíritu al último oasis existente en el camino que recorría la Princesa Real, dormida tranquilamente en la tienda que para ella y su Azafata Enabi, se había levantado. Vio que había guardias alrededor de la tienda, y que el marido de Enabi, Gobernador del castillo del Lago Merik, era el Jefe de los Guardias.

Vio al príncipe Fredek que velaba en su tienda particular y hacía comparaciones entre dos grandes libros con tapas de cobre y broches de plata en cuyas cubiertas decía, el uno: "Ley de Anek-Atón, Faraón de Egipto".

"Ley de Anfión Athaulfo de Orozuma, Rey de Otlana y Theos-Kandia".

El observador las encontraba iguales entre sí, pero muy diferentes de un tercer libro, algo estropeado como de un descuidado uso, que decía:

"Ley de Ateneas, Gran Sfaz de Mauritania, descendiente del Patriarca Thoth".

Escuchó que Fredek de Port Ofir, daba un golpe sobre este último libro, y decía disgustado:

– ¡Verdad, verdad, lo que dice Thimetis! Este Ateneas, ha sido el fraguador de la actual Ley de Mauritania, tan diferente de aquella primera traída por los antepasados que vinieron en lejana época a nuestra tierra del sol. Thoth fue en verdad el primer civilizador de Tierra Negra, pero, que este Ateneas sea su descendiente, es bien dudoso, y aunque lo sea su obra de adulterador de la gran ley de los Reyes Toltecas, no dice nada bueno en su favor. ¡Esperemos y confiemos! El Dios de Anfión, de Anek-Atón y de Thoth, hará de Thimetis el instrumento de su voluntad.

Moisés volvió en sí de su transporte, y volvió tranquilo y feliz porque tuvo la certeza de que su madre iba a la lejana Mauritania en cumplimiento de un gran designio divino: el de volver la humanidad habitante de aquel país a la Ley de los Profetas Blancos.

Dos días después los viajeros llegaban a Tierras de Mauritania, después de los largos y pesados días del paso del Sahara, si bien los oasis de Augila, Jofra y Choilf, habían atemperado la tremenda fatiga del rudo pasaje entre arenas ardientes y peñascales pavorosos.

La Princesa Real temiendo las tormentas del mar, que tan bravías solían desatarse a la entrada al Golfo Grande, eligió realizar el viaje por tierra, y esto la obligaba a suprimir toda queja aunque el cansancio la sumiera en un abatimiento desolador. Al pie del Gran Atlas, el más elevado Cerro de aquella Cordillera,

resplandecía engalanada la ciudad Fazsol, por entonces sede del gobierno Mauritano.

Fue al llegar, que recién descubrió Thimetis que el príncipe Fredek de Port Ofir era jefe de una brillante Legión de compañeros y amigos que se llamaban Iberianos, y cuyos ideales eran reflejo y copia de los creados y sostenidos por la Fraternidad Kobda de la prehistoria. Se vio rodeada de una doble columna de hombres jóvenes en su mayoría, vestidos de túnica y capa azul, y en la cabeza un turbante púrpura violeta con una estrella de plata de cinco puntas como broche de adorno.

– ¿Es éste parte del ejército mauritano? –preguntó Thimetis a Fredek cuando se acercó a bajarla de su carroza viva.

–Es el ejército mío, Princesa Real, que acude a recibiros como se merece la alta investidura con que tomáis posesión del país de vuestra madre.

Su asombro fue mayor cuando oyó que una nutrida banda musical ejecutaba una extraña música acompañando el cantar melancólico de un himno, cuya letra era la despedida de la tarde al sol del ocaso.

–Es el himno de la tarde que despide al sol..., lo cantaban los Kobdas de la prehistoria al apagarse el sol en el ocaso –exclamó la Princesa asombrada.

– ¡Es el himno del atardecer! –afirmó Fredek–. Los Iberianos contamos con vuestra colaboración para volver a ese pasado glorioso de los Toltecas atlantes, que trajeron a nuestra Tierra Negra la luz de los Profetas Blancos de Anfión y de Antulio, que resplandeció después en las riberas del Nilo y en las praderas del Éufrates esperando la llegada de Abel...

– ¡Pero todo eso es nuestro, absolutamente nuestro..., y también en Mauritania lo teníais vosotros! –exclamó Thimetis con el asombro del que hace un descubrimiento inesperado.

–No toda Mauritania, Princesa, sino los Iberianos solamente, y muy en el silencio antes de este momento.

–Luego, ¡sois vosotros los que me traéis aquí como Regente en vuestro país!

–Así es, Princesa Real. Los Iberianos saldremos por fin de la sombra para proclamar a la luz del sol, y a la vista de todos los países civilizados del mundo, la Verdad, la Justicia que hace a los hombres justos, grandes y buenos.

El himno coreado por la multitud había terminado y el pueblo agitaba banderas y arrojaba flores al numeroso y lucido grupo formado por los Iberianos en torno a la Princesa Real de Egipto,

venida desde su tierra lejana a regir los destinos de Mauritania, próxima a caer en la anarquía y el caos por falta de una prudente y sabia orientación.

La alborozada multitud y los caballeros de capa azul se abrieron como una avenida y apareció una carroza escoltada por lanceros, en la cual venían los herederos de los soberanos fallecidos en la epidemia: una niña de diez años y un niñito de seis años.

Fredek acudió el primero a bajarles y los condujo hacia la Princesa, conmovida en extremo al verles tan pequeños, tan tímidos que casi lloraban.

–Yo no esperaba nietos –dijo–, y he aquí que la Ley Divina me entrega estos dos que son en verdad preciosos. –Abrazó enternecida a los niños que parecían querer devorarla con los ojos–.

"Tú eres Néfart y tú, Eldaina. ¿Acerté? –y al decirlo acariciaba con tierno amor a los dos niños.

–Sí, pero a mí me llaman Nef, y a ella, Elda, y así nos roban la mitad –arguyó el varoncito algo descontento.

–Comienzan las acusaciones, Princesa, ya lo veis –decía Fredek–. ¿Qué no tendréis que oír más adelante?

–Todo es cariño, queridito; y no lo tomes en otra forma –dijo Thimetis–, pero si os desagrada ya trataremos de ponernos de acuerdo en todas las cosas.

La Princesa y Fredek subieron a la carroza con los niños, y escoltados a paso lento por los Iberianos, los lanceros y la multitud, se encaminaron a la Ciudad Real, engalanada de palmas, de antorchas y gallardetes para recibir al ilustre huésped.

Los vivas a la Princesa Real, a la hija de Epuvia, al príncipe Fredek que había realizado tan maravillosa conquista, formaban como el rumor de una tempestad. La cuadriga de caballos blancos que arrastraba la pesada carroza empezaba a encabritarse, como espantados de la multitud alborozada que les estrechaba, lo cual obligó a Thimetis a ponerse de pie para pedir calma y serenidad.

Al ver el pueblo aquella figurita envuelta en velos blancos y oro, cayeron de rodillas gritando a todo pulmón: –¡La reina Epuvia vuelve a Mauritania abandonada! ¡Que Dios Sol la haga vivir eternamente entre nosotros!

Fredek saltó de la carroza y él con sus Iberianos consiguieron por fin abrir camino entre la multitud para que Thimetis, agotada por el cansancio del largo viaje, pudiera llegar a la morada que le habían dispuesto.

Pero ella, antes quiso entrar al Templo Oratorio de la familia

real, donde su madre Epuvia había orado y llorado muchas veces en su adolescencia y primera juventud, como se lo había referido la vieja aya que la acompañó a Egipto cuando fue a desposarse con el heredero del Faraón.

Cuál no sería su asombro cuando la pesada cortina de entrada fue descorrida y salieron a recibirla dos Hierofantes del Consejo sacerdotal del Templo de Menfis: Artafet y Amonthip, ambos hermanastros del Pontífice Membra y profesores ilustres en el Aula Sagrada del Templo, donde recibían la Iniciación los extranjeros de noble alcurnia que lo pedían.

– ¿Cómo estáis aquí? –exclamó al verlos.

–Hace tres días hemos desembarcado, Princesa Real, para tener la satisfacción de recibiros y compartir vuestra obra social, moral y espiritual que la Eterna Ley os ha encomendado. ¿Nos aceptáis como colaboradores?

– ¡Desde luego!... ¡Sólo mi gran padre, el Pontífice Membra, podía darme tan hermoso don! –y les tendió su mano que ellos besaron doblando una rodilla en tierra.

Habían hecho el viaje por mar que era más rápido que por tierra. Por ellos supo Thimetis que su gran hijo, desterrado en Madián, se había manifestado en transporte espiritual dos días antes que su madre fuera llamada a la Regencia de Mauritania, y en plena concentración de todos los hierofantes les había anunciado que su madre tendría que ir a un lejano país en cumplimiento de una misión, y les pedía que colaborasen con ella. El Pontífice se lo había prometido y por eso estaban ellos allí.

Sólo unos pocos días bastaron a Thimetis para conocer, medir y comprender el alcance de su misión en el país de su madre, y el campo de acción en que debía actuar.

Llamó enseguida al Consejo que acompañó a su tío Néfart, el Gran Sfaz desaparecido, y oyó en confidencia privada a cada uno de los Consejeros, y esto, teniendo detrás del cortinado que respaldaba su sitial a su Consejo particular, formado por los dos hierofantes venidos de Menfis, el Jefe de su Guardia, y el príncipe Fredek de Port Ofir, que tantas pruebas de fiel devoción le había dado.

Esta era la "Escolta Silenciosa", acostumbrada por los enviados extraordinarios como Interventores a un lugar y ambiente desconocido. Thimetis tuvo la lucidez necesaria para comprender que de los siete Consejeros de su tío, sólo tres habían sido fieles a él, y conscientes de sus grandes deberes y responsabilidad ante la Ley y ante el pueblo que dirigían.

De los cuatro restantes, unos habían utilizado su alta posición en beneficio propio, otros habían entregado fuentes productoras del país a potentados nativos o extranjeros mediante fuertes remuneraciones que no aparecían como recibidas por la Tesorería Real.

El príncipe Fredek en calidad de Notario, que atento escuchaba en silencio fue tomando nota de cuanta declaración escuchaba.

Los antiguos consejeros en presencia de aquella mujercita pequeña y de tan suave y débil apariencia, ni remotamente pensaron que ella los había descubierto por completo.

Se instaló de inmediato un tribunal de Justicia que pusiera en claro el destino que se había dado a aquellos inmensos valores. Y de la prolija investigación resultó que los cuatro Consejeros, defraudadores de los bienes del Estado, presentaron sus renuncias y sin infamarles públicamente se les obligó a reintegrarlos al Tesoro Real.

El Tribunal de Justicia, precedido por el príncipe Fredek y acompañado por cuatro de sus más capaces Iberianos, quedó por voluntad expresa de la Princesa Real como Institución permanente de su gobierno como Regente.

La segunda medida que ella tomó fue la reforma religiosa y moral en el nuevo campo de acción en que se encontraba. Eran los Iberianos una esforzada Legión de caballeros, cuyo Ideal era la justicia en el obrar y la defensa de los débiles e indefensos ante el predominio de los prepotentes y poderosos caudillos acaparadores de cuanto valor existe en el país.

En el viejo archivo de los antepasados, Fredek había encontrado fragmentos de las Escrituras del Patriarca Aldis, y tomó la personalidad de Iber, el joven soberano que puso orden y justicia en los países de Ethea y Nairi, de las orillas del Éufrates, como tipo modelo para la agrupación que formaba con sus numerosos amigos. De ahí el nombre que adoptaron: Iberianos.

Era pues una especie de brigada religiosa y militar. Tenía aspectos de Escuela de Ciencias filosóficas y espirituales, y de Legión Defensora de los derechos del pueblo, oprimido y maltratado como en todos los tiempos y en todos los países.

Esta numerosa agrupación fue la base fundamental en que la Regente levantó el grandioso monumento con que soñaba: la elevación moral, social y espiritual del país natal de su madre.

Adoraban como a su dios supremo al sol en sus tres fases diarias, al aparecer en la alborada, al cenit del medio día y al ocaso. Los mauritanos se llamaban a sí mismo *hijos del Sol*, y la Regente quiso saber la causa y origen de tal filiación.

En una de sus largas noches de insomnio en que meditaba sobre la ardua misión aceptada, se le presentó en transporte espiritual el hijo desterrado en Madián, y serenada del asombro que le causara el inesperado prodigio, escuchó que le decía así:

– ¡Madre!..., venerada madre mía, no puedo abandonarte sola a la inmensa tarea que has tomado. Nuestros caminos se asemejan, ambos somos reconstructores por mandato divino, pero nada hay que se oponga a que seamos también aliados para ayudarnos mutuamente. Empiezo, pues, a ayudarte. ¿Quieres saber la causa y origen del culto solar del pueblo de Mauritania?

– ¡Sí, hijo mío!... Necesito y quiero saberlo.

–Bien, en el entrepiso del Arcón de oro que está sobre el altar del Sol, está un rollo de papiro antiquísimo que un Kobda fugitivo, cuando ocurrió la invasión de Neghadá, trajo a este país que era posesión de los *Hijos del Sol* prehistóricos. Ese Kobda conocía cual era la Verdad, pero no pudo imponerla, y cuando lo eligieron Sfaz, les dejó en el error porque solo pudo conseguir que suprimieran los sacrificios humanos y que las Vírgenes Doloras se consagraran a socorrer y remediar los dolores humanos. En esa antigua escritura aparece el relato de "Solania": la gran Matriarca Kobda de Corta Agua, que fue llamada después "Hija del Sol" y declarada Genio Tutelar de este país. Fredek de Port Ofir conoce ese relato, que son fragmentos de las "Escrituras del Patriarca Aldis", y porque la conoce ha creado la Legión de sus Iberianos, que tienen por modelo y genio protector al joven soberano de Ethea y Nairi, Iber, hijo de Shiva.

"Madre, Yo, Moisés, tu hijo, soy por Ley Divina tu aliado, y esta alianza debe ser sagrada y eterna para ambos si cumplimos el mandato divino de intermediarios entre el Eterno Invisible y esta humanidad de que formamos parte".

Thimetis quiso abrazar a su hijo, pero abrazó el vacío porque la visión era intangible. Sintióse envuelta en sus efluvios suavísimos cuando los brazos etéreos la estrecharon a un pecho que no era de carne. Quedó desvanecida por unos momentos por causa de la impresión. Después lloró..., lloró un largo rato a su gran hijo ausente en aquellos penosos días en que tan pesada carga llevaba sobre sus hombros.

Pasados tres días que Thimetis dedicó a ordenar todo lo referente a la educación de los dos niños herederos del Reino, tarea en la cual la secundaron eficazmente ambos hierofantes y el príncipe Fredek, quiso tener con los tres una confidencia de otro carácter.

Cuando les tuvo en su presencia habló así:

–Vuestra actitud como compañeros y colaboradores me han robado el corazón en verdad, por vuestra sinceridad y clara comprensión de la Eterna Ley, que define horizontes y marca rutas a las almas y a los pueblos formados por Ella en nuestro plano físico.

"Así como juntos hemos constituido la Escuela en que deben formarse mis dos sobrinos, gobernantes futuros de este país, os pido que juntos también levantemos el Santuario Escuela donde hagamos conocer la Verdad Divina y Eterna, tal como la conocemos nosotros y como tratamos de vivirla con la mayor perfección y firmeza que nos permite nuestro grado de evolución, y las fuerzas mentales y físicas que hemos adquirido.

– ¿Queréis pues la creación de una Escuela Iniciática como la de Menfis? –preguntó el hierofante Artafet que era el de más edad.

–Justamente. Tal es mi deseo si puedo contar con vosotros tres –contestó la Princesa.

–Conmigo, en absoluto, estoy a vuestras órdenes, Princesa Real –dijo Fredek al instante.

–También yo lo estoy en absoluto –añadió Amonthip–, pero pienso que antes debemos asegurarnos los elementos que han de formar esa Escuela. Si vuestro ilustre tío, el Gran Sfaz desaparecido, dejó a este pueblo en el error, ¿no será que es un adversario invencible?

–Lo es en efecto –contestó Fredek–, pero creo poder anticiparos noticias que harán más firme en todos la esperanza de mejores días: en mi Legión de Iberianos tengo seis sujetos que responden plenamente a la sugerencia y deseo de la Princesa Real. Hasta hoy nos hemos limitado a estudiar y tratar de comprender la sublime doctrina que vino de Atlántida con los Profetas Blancos de Anfión y de Antulio; y que en Egipto y la Potamis floreció con Bohindra, con Abel, con Adamú y Evana, con Hilkar de Talpakén y sus Dakthylos del Ática, con todos esos grandes educadores de pueblos que hoy conocemos como los Kobdas prehistóricos. ¿No podremos hacer en pequeño lo que ellos hicieron en tres Continentes y durante más de un milenio de años?

–Algo de todo cuanto manifestáis, había adivinado en vos, Príncipe –dijo Thimetis– y celebro que abráis tan halagadores horizontes para el futuro.

Por este orden de sugerencias, de opiniones, proyectos y esperanza, se continuó la confidencia durante la mitad de aquella noche que podemos llamar de consultas. De todo esto resultó que los cuatro personajes de esta escena, en completo acuerdo,

dejaron establecidas las bases de una Escuela Iniciática a estilo de la del Templo de Menfis, en la cual sería Sacerdote Máximo el hierofante Artafet, y Concejales la Princesa Real y el hierofante Amonthip. El príncipe Fredek sólo aceptó ser Notario, y sugirió la idea de que sus seis compañeros colaborasen como Pastóforos, celadores, bibliotecarios o instructores de los primeros discípulos que llegasen.

El Aula Sagrada funcionaría en el Oratorio del palacio residencia del Príncipe, inmediato al palacio Real y con el cual tenía una galería secreta de comunicación.

La actuación de la regente de Mauritania comenzaba a florecer con magnífica exuberancia.

= 43 =
ALAS MÁGICAS

Moisés desterrado y silencioso, no era un Moisés inactivo y pesimista.

Sus fuerzas mentales y físicas habían crecido y desarrollado al cien por cien.

Sus compañeros de soledad, de tareas y de estudios, vivían de sorpresas y de asombros. Jamás vieron otro caso igual. Le veían levantarse cansado, agotado y que un breve paseo al aire libre bajo la arboleda, entre las plantas florecidas o a la orilla del Golfo, recuperaba la animación, las energías, las fuerzas, y volvía a ser el hombre gigante, físico y mental.

Jetro, Ohad y Carmi estudiaban a través de él, y comprendieron claramente lo que ocurría en el mundo interno de Moisés.

Comprendieron que aquel gran espíritu gastaba todas las horas de libertad durante el sueño en trabajos intensos, difíciles, quién sabe en qué regiones, en qué países y de qué especie eran tales trabajos.

¡Qué grande veían ellos a aquel joven a quien doblaban en edad física, pero que acaso les doblaba a ellos en edad espiritual! Apenas había llegado Moisés a los treinta años.

La maravillosa Maga Celeste, la Luz Eterna, nos descubrirá el secreto de los cansancios de Moisés al amanecer, y de las extraordinarias fuerzas y energías que en él veían poco después.

En un trozo de blanco lino enmarcado en madera de cedro, él mismo había dibujado un símil de la Constelación de Sirio, no completa sino diseñadas solamente el Sol central, Sirio y setenta

estrellas en rededor. En la azulada nebulosa que envolvía el conjunto se veían innumerables puntos que daban idea del nutrido cortejo de satélites y asteroides de la magnífica constelación. Cada una de las setenta estrellas tenía escrito un nombre: los nombres de los Setenta Mesías, que el gran Padre Sirio vio nacer de unas algas marinas y las acompañó en su crecimiento hasta verles refulgir como estrellas en la inmensidad infinita. Este croquis sideral estaba colocado sobre el pupitre de las meditaciones de Moisés en su alcoba particular. Para los profanos era sencillamente un símil de la Constelación llamada Can Mayor, pero para Moisés era el bosquejo permanente y vivo de su vida eterna, de su origen y de su destino eterno, eterno también, a través de las edades y de múltiples existencias físicas.

Una breve evocación intensa momentos antes de entregarse al sueño le unían íntimamente con aquel gran ser, que llamaba su Padre Sirio, y con sus sesenta y nueve hermanos gemelos de origen y de evolución, y todos ellos, por intermedio de Aelohin su Guía íntimo, le conducían durante el sueño a todos aquellos parajes en que hubiera un gran trabajo que realizar ya fuera en este planeta, ya entre otros mundos y otras humanidades, donde estaban encarnados algunos de sus hermanos gemelos.

Esto nos diseña con trazos gloriosos el magnífico cuadro de la solidaridad que reina entre las Inteligencias llegadas a un alto grado de evolución.

Por aquella época, el Ática prehistórica, ennoblecida y cultivada por los Dakthylos de Antulio, se encontraba en una tremenda decadencia espiritual y moral; igualmente la Tracia ordenada y reorganizada por la Gran Alianza de los Kobdas de Abel.

¿Cómo podía permanecer indiferente el gran Espíritu Luz, encarnado en Moisés, a tanta desolación en aquellas tierras amadas donde en otras épocas se deslizaron sus pasos de peregrino eterno, y resplandecía su Ideal Divino, como un sol que se levantaba glorioso en el cenit?

Era como un águila blanca de incansables alas, y mientras su materia descansaba en profundo sueño, en la cabaña del Patriarca Jetro, en su destierro de Madián, su grande espíritu vigilaba desde las cumbres nevadas del monte Kaukaión, desde las cúpulas y torres de los grandes templos de Zeus, de Cronos y Urano, donde había resonado antes la voz musical de Orfeo, el Bohindra semidivino de la prehistoria ya lejana. El Espíritu Luz dialogaba consigo mismo: –"Soy yo el Regente, Guía y Maestro de la humanidad de este planeta. Mi gran Padre Sirio me los ha dado en herencia

eterna, obedeciendo también Él a esa Ley inmutable emanada del Eterno Invisible y de la cual nadie puede eximirse. Y en tan espantosa marejada de corrupción, de ignorancia y desbordada locura, ¡yo, pobre de mí! encerrado en un cuerpo de carne, me siento impotente para luchar y vencer…"

Apenas pensaba tales palabras estaba ante él, Aelohin, su Guía.

– ¡Tú, impotente! –le dijo con fina ironía–. No sabes lo que dices. La residencia en la carne en seres de tu evolución es tan solo un medio más eficaz para dominar y salvar las más grandes aberraciones humanas. Ahora la Eterna Potencia te manda el sueño. ¡Duerme! –y el índice del Guía, como una batuta de oro fino abrillantado le señalaba el lecho. Moisés obedeció dócilmente.

Era el comienzo de la noche y el fiel Numbik no se retiraba nunca al descanso sin dar una última mirada a la alcoba del amo, como seguía llamándole a pesar de la indicación en contra que él le hiciera. Le vio dormido sin quitarse la túnica y las sandalias, muellemente tendido en su lecho como quien se recuesta en descanso. Conocedor de lo que era aquel gran ser al que la Ley le había unido, sin hacer el menor ruido, le corrió las cortinas, abrió el ventanal sobre el Golfo, corrió el cerrojo de la puerta y se tendió sobre el esparto del pavimento en el más lejano ángulo de la gran alcoba, desde donde podía observar el lecho cubierto del durmiente.

Ni el más ligero rumor de vida se sentía alrededor, pues los laboriosos moradores de la cabaña de Jetro buscaban el descanso de las faenas del día, apenas cerraba la noche.

El doble vigoroso y radiante de Moisés, desprendido de la materia y acompañado de su Guía Aelohin, tendió el vuelo a través de la sabana inmensa del Sahara, hasta posarse sobre la torre almenada del Palacio Real de Faz Sol, donde Thimetis examinaba y ordenaba documentos que formaban pilón sobre su gran mesa escritorio, estaba sola y el doble de Moisés la envolvió en un grande abrazo.

Su gran amor filial significaba la única manifestación de que era él un hombre con un corazón de carne; digámoslo en término vulgar: era la única debilidad humana de Moisés.

El doble etéreo se hizo visible a Thimetis que dio libre curso a su llanto de emoción y de amor. Aquellos ojos que no eran de carne la miraban con profundo amor. Cuando la intensidad de la emoción fue aquietada, él habló así:

–Madre…, los aliados se buscan, se llaman y se encuentran.

Así lo manda la Ley y por eso estoy a tu lado. La obra a realizar es inmensa y unidos en perfecto acuerdo diluiremos la turbia marejada del mal, como deshace el viento las espumas del mar en las arenas de la costa.

"Al mismo tiempo que ordenamos juntos la Mauritania de tu Regencia, reorganizaremos la Tracia y la Grecia, heridas de muerte por una anarquía atroz, causadas por la lucha de religiones y de cultos donde cada cual quiere imponer sus pasiones y sus caprichos, como ley que someta las voluntades y las conciencias.

El pensamiento de Thimetis expresaba sin hablar, esta pregunta:

– ¿Cómo podré hacerlo yo estando a tan larga distancia de esos países?

Él contestó de inmediato: –Desde aquí mismo lo puedes hacer en igual forma que lo hago yo, estando mi materia dormida en Madián. En la vigilia de tus laboriosos días organizas y siembras en la Mauritania de tu madre, y en la libertad del sueño organizamos y sembramos en otros campos del Eterno Padre, que también fueron campos nuestros en un día lejano. Duerme, madre, que Aelohin nos espera y nos guía.

El doble astral de Moisés levantó a su madre del sillón en que estaba y la condujo al lecho.

Sin quitarse el velo ni ropa se tendió ella en su gran diván de reposo y bien pronto vio el vidente que aquel espíritu se desprendía de su cuerpo y se prendía con fuerza de su mano.

Aelohin les esperaba en la torrecilla del observatorio, con Layo, Hur y Carmi, desdoblados también y prontos a emprender vuelo.

Era como un radiante grupo de estrellas que corrían por el éter azul. Atravesar el Mar Grande dormido en quietud silenciosa abrillantado por la claridad de la luna, fue cosa de pocos minutos. Contemplaron con horror las nocturnas orgías trágicas, desde los montes de Tracia y de Grecia, donde se levantaban los templos del culto solar, semiabandonados porque las muchedumbres eran arrastradas por el vértigo de corrupción y de crimen representado por los cultos de la Kali Yuga, procedente de la India lejana, empujada también por la pendiente resbaladiza de la decadencia moral en que de tiempo en tiempo cae fatalmente la humanidad.

El pensamiento de Moisés exhaló una queja:

– ¡Padre mío! ¿Por qué me has hundido en este abismo de inmundicia y de maldad?

El pensamiento de Aelohin contestó en seguida:

–Cuando la lámpara parpadea próxima a extinguirse, es la hora cierta en que necesita nuevo aceite.

Moisés se abrazó de él y tuvo la debilidad de sollozar sobre el pecho de Aelohin unos instantes..., luego se desprendió vibrante como un arpa recién templada y dando un firme paso adelante, dijo:

– ¡Vamos! –y se lanzó en rápido vuelo hacia las nebulosas rojas, negras, nauseabundas en que vivían felices aquellas porciones de humanidad que llenaban de horrores esos países en que siglos atrás, él mismo y los suyos habían sembrado rosas de amor, narcisos de gloria y madreselva de paz.

¿Qué harían los invisibles viajeros siderales en aquel espantoso abismo de miserias humanas?

La Maga de los Cielos la Luz Eterna nos lo dirá, lector amigo, descorriendo suavemente sus velos como Ella se permite hacerlo para los pequeños amigos que humildemente lo piden con amor y con fe.

La luz nos revela el secreto.

Una terrible lucha religiosa dividía en dos bandos que se odiaban a muerte, las grandes porciones de humanidad que habitaban la Tracia y la Hélade: los creyentes del culto solar con dioses masculinos, y los del culto lunar patrocinados por diosas femeninas. Los primeros tenían sus Pontífices y sacerdotes austeros, sabios de largos estudios y profundos conocimientos en todas las ciencias físicas, naturales y suprafísicas o Ciencias Ocultas, según se las denominaba entonces, y estos pedían a sus adeptos una vida de alta moral, equitativa y justa en todos los órdenes de la existencia.

Los adeptos del culto lunar, lo eran por afinidad con todas las corrupciones venidas desde el lejano Oriente, en la decadencia tremenda producida por el torcido rumbo que se dio a los principios de Krishna, el Príncipe de la paz.

El lujo desenfrenado de la mujer y su ambición de dominio en todos los campos y actividades humanas, pero más especialmente en el campo religioso, creó una legión fatal de sacerdotisas y adivinas que luego se convirtieron en bacantes y magas de tan baja categoría que inducían de nuevo a los sacrificios humanos, eligiendo las víctimas que inmolaban a Molok y Astarté entre los niños y adolescentes de los adeptos al Culto Solar. Era pues una lucha a muerte y la ferocidad de las sacerdotisas, magas y adivinas era a la verdad diabólica.

Las orgías de lujuria y de crimen, sobrepasaban a todo lo más repugnante y salvaje que pueda imaginarse. Las muchedumbres

llenaban esos templos y sus grandes plazas eran incapaces de contenerlas.

Los grandes Templos de las Ciencias, de la Justicia, y del Deber consagrados a Zeus, el Dios Invisible, iban quedando vacíos porque la humanidad no quería la Luz sino las Tinieblas.

¿Qué harían pues los invisibles viajeros siderales? –vuelvo a repetir–, ¿qué harían en aquel espantoso abismo de miseria humana? ¿Huir espantados, asqueados y medrosos? ¡No! Sus alas eran blancas y fuertes. Sus pensamientos dardos de fuego santo y purificador.

Una Legión de Espíritus de Justicia: *Heraldos y Potenciales*, obedientes a Aelohin se presentaron de improviso y desataron un viento huracanado que arrancaba árboles, hacía temblar murallas, torreones y apagaba luminarias. Pusieron en actividad toda la energía eléctrica del éter y de la atmósfera, y una espantosa tempestad de relámpagos y truenos sembró el pánico en las multitudes que en todos aquellos antros y no templos, se entregaban al vértigo de todas las depravaciones con que rendían culto a sus divinidades.

Toda una noche duró el azote de los viajeros invisibles sobre las iniquidades humanas en la Tracia de Tamiris, y de los Anfictiones, y en la Grecia inmortal de Orfeo y de Dionisio.

Árboles tronchados, murallas resquebrajadas, torres derrumbadas, altares y templos incendiados por sus mismas luminarias, encortinados que ardían, toda una tragedia de horror y espanto, dejó memoria para largo tiempo, sin que aquellas multitudes azotadas pudieran pensar ni remotamente que seres humanos en estado de sueño lo habían realizado con tan inflexible potencialidad.

Los menos relajados entre aquellas muchedumbres, recibieron el impacto del pensamiento ultra poderoso de los Invisibles, y el terror, el miedo, el instinto de conservación las empujó hacia los pórticos de los grandes Santuarios olvidados, que silenciosos y escondidos entre altas montañas, parecían esperar a los dolientes pródigos que llegaban en romería interminable.

La Verdad, oculta en las grandes almas de sus misioneros, se asemeja a esos remansos y aguadas claras sin rumores y sin murmullos que encontramos a veces entre altas y escabrosas montañas. Los Pontífices, hierofantes y sacerdotes de los grandes Santuarios de la Verdad y la Sabiduría les recibían con inmensa piedad, les curaban de sus terrores en el alma, y de sus desgarraduras en el cuerpo. Eran los leprosos que arrojaban las sociedades

humanas y que la infinita Bondad del Padre Universal, recogía para curarles y purificarles.

¡Tal es el proceso repetido mil veces en el correr de las edades y de los siglos! La Eterna Ley de la Evolución no tiene prisa porque sabe que triunfa siempre teniendo la eternidad por delante y el invencible poderío del Supremo Legislador.

Muchos de los pródigos agradecidos, al amparo desinteresado y piadoso de los Santuarios de la Verdad, perseveraban en la nueva vida de rectitud y cumplimiento del deber; otros olvidaban la horrible tragedia y el oportuno amparo que les cobijó, y volvían paso atrás buscando las ciénagas abandonadas en momento de irreparable dolor.

Para los seres de escasa evolución es costosa la subida a un plano de vida en que la Justicia, la Moral y la Rectitud en todos los momentos de la vida, significan una cadena que los ata, impidiéndoles la libre complacencia de sus ambiciones y deseos.

Los sacerdotes del Dios Invisible les abrían con pena los claustros protectores, sabiendo de cierto que aquellos infelices seres corrían a su propia desgracia y perdición.

–Si el Eterno Poder –decían ellos–, dio libertad a sus criaturas para obrar el bien o el mal. ¿Quiénes somos nosotros para imponerles por la fuerza nuestra ley?

– ¡Que Zeus te bendiga! –les decían–, y no olvides esta puerta que un día de dolor se abrió para ti.

= 44 =
FREDEK DE PORT OFIR

Cumplida la gran tarea, Moisés y sus compañeros de excursiones siderales, se despertaban a la vida física con un cansancio que les hacía penoso dejar el lecho. Vagos recuerdos en que coincidían unos con otros, les permitía reconstruir, con más o menos perfección, la obra realizada, y refortalecía en todos ellos la convicción de ser instrumentos del Amor Eterno para impulsar las almas a su progreso espiritual y moral, o sea el fiel cumplimiento de la Ley Divina.

Pero Thimetis, la Regente de Mauritania, que sola en la Real alcoba no tenía a su lado compañeros con quien hilvanar recuerdos y comentarios, escribía una detallada epístola a su hijo y despachaba un mensajero, un Iberiano de la escogida Legión del príncipe Fredek, que escoltado por prácticos del desierto, lo

atravesaban de tanto en tanto para llevar el mensaje de amor de la madre amante al gran hijo desterrado en Madián.

Con nueva energía y constante dedicación, continuaba ella revisando legajos de reales ordenanzas, decretos, donaciones, obras grandes o pequeñas a construir, convenios y tratados con los países vecinos. ¡Cielos! ¡Qué obra estupendamente grande la que aquella débil mujer debía realizar sola, entre seres que conocía apenas aunque fuera ese el país originario de su madre, muerta cuando ella gemía en la cuna!

Su cabecita tocada de blancas gasas se doblaba entre sus manos, pensativa, casi acobardada y abatida por el peso enorme que había aceptado en cumplimiento de un deber y en memoria de su madre.

En ese breve silencio le pareció haber sentido en lo más hondo de sí misma una voz lejana, muy lejana, que se asemejaba a una ensoñación en vigilia: –No estás sola, hija mía, que te acompaña mi primo hermano, sobrino bastardo del Gran Sfaz, que yo amparé al nacer, para que no lo ahogara su desesperada madre.

Thimetis levantaba su cabeza como a un misterioso llamado interior.

A la puerta vio al príncipe Fredek que esperaba el permiso de entrar, sin haberse permitido interrumpir la meditación que adivinaba; él vio un interrogante en los ojos de ella, que en su pensamiento más íntimo unía la voz lejana sentida en sí misma y la inesperada presencia de Fredek en su puerta.

–Princesa Real, vuestra mirada me pregunta, según creo, por qué estoy aquí en este momento.

–Sí, es verdad, me he sorprendido porque me abrumaba en este momento mi soledad ante todo esto que veis aquí –y ponía ella su diestra sobre la gran pila de documentos que tenía sobre la mesa–. Pasad sin etiqueta, príncipe Fredek, que estáis en vuestra casa más propiamente que yo.

–Creo que por el momento, ambos estamos en casa, que fue la casa paterna de vuestra madre. Me sentí como llamado por un pensamiento íntimo a venir a ofreceros mi compañía. ¿Hice mal obedeciendo?

–No, de ninguna manera. Si coincidimos en el gran Ideal de Verdad que tenemos, debemos coincidir en cuanto emana de él. Así estamos ciertos de que alas invisibles se agitan en torno nuestro, y voces íntimas nos traen la solución de los grandes problemas de nuestras vidas –y ella añadía–. Por favor, revisad todo esto y

haced de modo que el Consejo y yo demos cumplimiento a lo que sea justo cumplir.

–Si confiáis plenamente en mí permitidme llevar todo esto a la Sala del Consejo, donde estoy siempre en mi calidad de Notario de la Regencia. No es justo que yo interrumpa vuestras meditaciones en vuestro pabellón particular.

–Tenéis mucha razón. Llevadlo todo y en cuanto lo tengáis ordenado y listo, nos reuniremos todo el Consejo y resolveremos lo que sea justo.

–El mensajero a Madián salió hoy, apenas clareaba el día. Mañana al anochecer toma en el Golfo Grande, el buque correo que en seis días le lleva al Nilo, donde vuestros guardias del Castillo le dan escolta hasta Madián. ¿Os parece bien?

–Demasiado bien. Gracias, Príncipe, por vuestra solicitud para con la desterrada. –Thimetis casi lloraba.

–No os califiquéis así, por favor, Princesa Real. Estáis en la casa de vuestra madre, donde habéis venido a ser como la estrella polar para el navegante en plena tempestad. ¿Si pudierais comprender cuanto espera el país de vuestra presencia como Regente de Mauritania?

–Feliz sería yo en mi triste soledad si pudiera hacer de esas esperanzas una realidad. Más, en este momento, no tengo fe en mí misma.

–Son depresiones momentáneas, creedme, Real Señora. Almas como la vuestra no pueden permanecer largo tiempo en tal estado, sean cuales sean los vientos que las azoten.

"Si no es inoportuno el momento, tengo algunas confidencias importantes que haceros, seguro de que vos encontraréis la solución".

Thimetis se reanimó visiblemente. Presintió el dolor en alguien que esperaba de ella el oportuno auxilio.

–Hablad –le dijo–, que para solucionar todo cuanto tenga solución es que estoy aquí. De creer que no podía hacer nada en beneficio del país de mi madre, no hubiera venido. ¿Quién sufre?, ¿quién padece?, ¿quién se queja?

–Los que perdieron hace años su libertad y viven sin la luz del sol.

–De ellos debías haberme hablado apenas pisé esta tierra, príncipe Fredek. ¿No marca nuestro Ideal: amar al prójimo como a nosotros mismos?

"La pena de muerte existe aquí como en todos los países del mundo. Muy escasos son los calabozos, porque todo hombre o

mujer que disgusta al gran amo, muere sin defensa alguna. Y tal sucede en todos los países, bien lo sabéis. ¿Cómo es que aquí hay calabozos de largos años?

–Os lo diré; la madre de vuestra madre, la Reina Hetelva, que era una rama del árbol genealógico de un rey atlante, conservaba viejos manuscritos de himnos, de cantos, poemas y tragedias de aquellas tierras que tragó el mar. Y en ellas aparecían varias nobles mujeres de su raza que consiguieron anular la pena de muerte, sustituyéndola por una reclusión más o menos duradera. La Princesa Epuvia antes de ser desposada por el Faraón, consiguió del Sfaz, su padre, hacer aquí lo mismo. Mi hermano que le sucedió no quiso anular el mandato paterno.

"Pero esa obediencia filial es cruelmente dura para quien soporta largos años sus consecuencias.

–Me figuro que no habrá inconveniente alguno en que yo visite los calabozos...

–Hay el inconveniente de mi ruego, noble señora. Padeceríais demasiado. Vos sola podéis aliviar a esos infelices, y si me permites una sugerencia, os diría que es más conveniente que me autoricéis a llevar los cautivos a la Sala de Armas, para que los veáis de cerca y resolváis lo que os dicte vuestro sentir y pensar. Aunque no hay riesgo ninguno para vuestra persona, os haremos escolta los diez Jefes de mis Iberianos y yo, si es de vuestro agrado.

– ¿No hay aquí un Tribunal de Justicia establecido para estos casos?

–Lo hubo, Princesa Real, pero el Gran Sfaz lo disolvió por incompetencia probada con hechos. La muerte lo sorprendió antes de sustituirlo con otro.

–Es este un problema que reclama solución inmediata. Si podéis disponed todo lo necesario, y dentro de una hora me acompañaréis a la Sala de Armas.

"Creo que tenemos tiempo antes del medio día.

* * *

Habían transcurrido quince años desde los dramas terribles ocurridos en Menfis cuando ella al lado de su gran hijo y de su esposo Amram, habían logrado que la equidad y justicia calmara la rebelión del pueblo por las injustas arbitrariedades de la reina Gala.

El éxito había coronado sus esfuerzos. Pero ahora estaba sola en un ambiente extraño, en presencia de un grupo de seres que

la justicia humana había recluido en calabozos por tiempo indeterminado.

Distraídamente abrió un viejo libro de amarillentos pergaminos buscando acallar pensamientos dolorosos y pesimistas.

Un señalador azul indicaba el comienzo de un relato: "Los presidios quedaron vacíos".

– ¡Justo!..., –dijo Thimetis–. Es lo que necesito saber, y si Anfión y Odina dejaron vacíos los presidios me enseñarán la forma de hacerlo yo también, aunque no tengo al lado mis dos grandes amores: Amram y Moisés.

Fredek la miró con una mirada tal, que ella le dijo:

–Llenáis, es verdad, gran parte de ese vacío...

– ¡Imposible, señora!... Es un vacío demasiado grande y vuestro servidor es solo un pajarillo que ha dejado apenas el nido. ¡Si la Majestad Divina me pusiera en contacto con un Arcángel de luz que me enseñara a batir las alas!...

–Vos conocéis como yo el poder de la Divina Psiquis, hija del cielo, y sabéis lo que puede y hasta dónde llega el pensar de ella. ¿Me acompañarías a tener una meditación privada con nuestros dos hierofantes, Artafet y Amonthip?

–Con el mayor gusto, señora, ¿cuándo?

–Esta noche, para merecer los dones divinos que en ella nos quiera conceder la Suprema Inteligencia, y nos brinde la oportunidad de realizar obras de amor que nos pongan a tono con Ella Misma.

–Vuelvo en seguida –añadió el Príncipe y salió.

Thimetis abrió las cortinas de su alcoba, entró y las cerró tras sí. Su pensamiento subió muy alto.

– ¡Madre Isis!..., me dijiste en un día lejano ya, que eres la madre de todas las madres de los misioneros divinos. Yo quiero serlo de todas las almas sufrientes que crucen por mi camino.

"Soy pequeña y débil, tú lo ves, y no tengo a mi lado el gran hijo que me diste como fuerza y apoyo en mi debilidad. Sin Ti y sin él, ¿cómo podré guiar, salvar, encaminar otras almas, todo un pueblo numeroso y fuerte que lo espera todo de una débil mujer?...

En el fondo de sí misma, Thimetis sintió la respuesta a su plegaria: "*Yo lo veo todo. Yo lo sé todo. Yo lo puedo todo. Espera y confía*".

Había sentido esa gran voz sin sonido que conocen todos los que saben de internos coloquios con la Eterna Potencia, y cayendo de hinojos en la penumbra de su alcoba con el alma rebosando

de amor, hubiera pasado quien sabe cuanto tiempo, si dos discretas palmadas en su inmediato despacho no la hubieran vuelto al mundo material.

Al salir se encontró con Fredek y el Conserje Mayor de las prisiones, a donde se encaminaron de inmediato. Thimetis no pensaba sino en la voz íntima que había sentido y se abandonaba a ese impulso sereno y firme del que se sabe guiado y respaldado por un gran poder superior a todos los poderes de la tierra.

Fredek, en cambio, temblaba, ¿por qué? Sentíase culpable de no haber pensado con eficacia y valor en la solución del problema que él mismo le traía a la Regente. Le avergonzaba que hubiera sido necesario que su madre, (*Epuvia Ahisa, madre adoptiva), muerta muchos años atrás, le apareciera en el sueño pidiéndole compasión para el único ser que supo el secreto de su nacimiento, y que estaba enclaustrado en uno de aquellos calabozos.

– ¡Mi gran pecado de egoísmo!... –pensó–, ¡que en cien vidas consecutivas no acabaré de expiar! ¡He cuidado de aliviar la reclusión de ese ser que posee el secreto de la ignominia de mi nacimiento, pero jamás tuve el valor de procurar su libertad, pues me dominó el temor de que descubriera lo que mi amor propio quería tener oculto para siempre! ¡Mi horrible pecado de egoísmo!... ¡Y esta santa mujer va a descubrirlo!... ¡Yo mismo la pongo en el camino de descubrirlo!... –su lucha fue tal que hubo un momento en que se detuvo en su andar al lado de Thimetis.

– ¿Qué os pasa, Príncipe, que os ponéis pálido y detenéis vuestros pasos? –le preguntó, algo inquieta de aquella actitud.

–Nada, nada. Sufro mareos y escalofríos cuando me acosan pensamientos importunos. Ya pasó. ¡Vamos! Será la hora de la justicia...

Aunque la Princesa no comprendía las palabras entrecortadas de su acompañante, la intuición unida a la voz íntima que sintiera en lo hondo de sí misma le llevó suavemente a coordinar las ideas. Y pensó: –"Mi acompañante debe temer que en estas prisiones descubra yo un terrible secreto. ¡Madre Isis, Madre Epuvia! Sed ambas mis ángeles de misericordia y de prudencia para obrar conforme a la Voluntad Divina".

Estaban ante la gran puerta que llamaban *La Reclusa*. El Conserje abrió, y Thimetis vio una gran plazoleta sombreada de acacias, alrededor de la cual se abrían los arcos bajos de gruesos pilares de una galería toda de piedra. No era alegre el ambiente, pero tampoco era pavoroso.

Vio que cada puerta estaba separada de la que se abría a su

lado, por lo que comprendió que los recluidos allí no se veían ni se hablaban con el vecino.

– ¿Cuántos cautivos están aquí? –preguntó por fin al Conserje.

–Pocos quedan ya, Princesa Regente. Algunos han fallecido y otros obtuvieron la libertad a cambio de dejarse conducir a países lejanos e ignorados aquí por completo.

– ¿Son delincuentes peligrosos? –volvió a preguntar Thimetis, mirando también a Fredek que no daba señales de vida.

–No, señora Regente..., los que han quedado..., creo que es porque poseen secretos o doctrinas que no convienen sean reveladas a las gentes, y se les retiene aquí para que guarden eterno silencio.

"Hay aquí sacerdotes y profetas a los que tengo orden de traerles continuamente utensilios para Escribas.

El alma de Thimetis iba penetrando cautelosa en aquellos misterios para los cuales no sentía la ayuda de la intuición.

– ¡Príncipe Fredek!... Creo que habéis sido el actor principal que ha actuado para traerme a Mauritania. ¿Cómo debo interpretar vuestra actitud de este momento? –preguntó amablemente la Princesa.

El aludido pareció despertar de un sueño. Tan absorbido estaba en sus pensamientos.

– ¡Perdonad, Princesa Real!... Solo vos podéis comprender lo que pasa por mi mundo interno. Y os suplico que vuestro piadoso corazón lo sea tanto para los recluidos aquí como para mí que sufro tanto como ellos en este momento.

Estas palabras fueron pronunciadas a media voz mientras el Conserje abría una tras otra las puertas de la verja que cerraba cada arco de la galería o claustro de piedra.

La Princesa comprendió que Fredek las ocultaba hasta del Conserje. Y sin temor penetró a la primera puerta abierta ante ella. Fredek y el Conserje quedaron en la galería de entrada.

El recluso era un Anciano octogenario que estaba absorbido en hacer cartas astrológicas de los reyes, caudillos y héroes de tiempos pasados.

Al ver entrar a Thimetis, se puso de pie y con la mirada interrogaba en silencio.

–Soy la Regente, y creo un deber informarme de la vida de los recluidos en estos pabellones.

– ¡La Regente!... ¿Hay Regente en Mauritania? ¿Por qué?

– ¿Ignoráis el fallecimiento del Gran Sfaz? ¿Es posible? –Thimetis se volvió hacia el Conserje, como en una muda interrogación.

– ¡Señora!... Había prohibición estricta de dar aquí ninguna información, ni hablar nada con los reclusos.

El Anciano recluso ofreció a Thimetis su único asiento y él se sentó en su pequeño diván allí cercano.

–Antes de interrogaros, buen Anciano, seré yo la que hable. El Gobierno de este país que fue cuna natal de mi madre, la Reina Epuvia Ahisa de Mauritania...

– ¡Princesa Real de Egipto! –exclamó el Anciano emocionado en extremo–. Eres casi mi hija. Tuve la honra de ser maestro de vuestra madre y de vuestra tía Adhari, y os tuve en mis brazos de pequeñita...

–Celebro el vínculo de gratitud y de amor que hay entre nosotros. La Madre Isis quiere sin duda que yo os pague hoy la deuda de ayer.

–Ninguna deuda, Princesa. Creo que he cumplido con mi deber, y eso es el Eterno Invisible quien lo paga.

–Por la querida memoria de las dos amadas personas que habéis nombrado, os ruego me digáis los motivos de vuestra reclusión en este lugar, y en primer término, quién sois.

–Soy Isesi de Sais, sacerdote del Templo de On, que no sé si existe o está en ruinas. Hermano por mi madre de vuestro ilustre abuelo Mernefté, que fue Faraón de Egipto con el nombre de Seti I, me desterró él mismo a este país, para salvar mi cabeza que deseaban cortar enemigos poderosos de la familia. Odios y venganzas que han hecho víctimas en todos los tiempos, Princesa. No me toméis pues como un delincuente sino como un proscrito refugiado bajo el amparo de los Soberanos de Mauritania. Si revisáis el Archivo Secreto del Gran Sfaz, allí aparece mi reclusión y los motivos de ella.

El asombro y emoción de Thimetis, la dejó muda por unos momentos, y cuando pudo reaccionar habló así:

–Si queréis vuestra libertad, yo os la puedo dar y os la doy desde este momento. Y si la libertad os resulta peligrosa para vuestra vida, cuento con la honorable Legión de Iberianos para protegeros a vos y a todos los injustamente perseguidos por las injusticias humanas.

–Vuestras mismas palabras me las dijo un día, en este mismo lugar, el Gran Sfaz desaparecido recientemente. Pero, ¿qué es a mis años la libertad? ¿Para qué puedo quererla?

"A más..., creo que sería traer alarmas inútiles a todos aquellos que se saben vinculados a secretos graves que guardo en el sepulcro de mi corazón.

"Creo, Princesa, que los que estamos enclaustrados aquí, la mayoría os diría como os digo yo. La libertad no traería bien ninguno ni para nosotros mismos ni para terceros.

– ¿Puedo saber hasta qué altura subisteis en la Sabiduría Divina de los Templos Egipcios? –preguntó Thimetis.

–Yo era Guardián del Archivo Sagrado en el Pontificado de Sahuré, que de On pasó a Menfis cuando su templo fue consagrado como el Mayor. Había llegado al séptimo escalón, y todos los misterios Mayores y Menores me habían sido develados por los Maestros que ahora están en los Reinos de la Luz Eterna.

"La historia de los semidioses que iluminaron los pueblos del pasado, y la historia de países y continentes ya desaparecidos, viven en mi mundo interno y en mi archivo particular. Conozco todas las profecías hechas siglos atrás y que ignoro si estos ojos de carne verán su cumplimiento. Una sola cosa me falta por saber, señora Regente, de todas las que mi yo íntimo anhela conocer y es ésta: En el Archivo del Templo de On estaba guardada esta Profecía del Pontífice Rey Hemoteph de la VIII Dinastía: "Cuando el Mar de las Cañas, (*Mar Rojo), recoja sus aguas dejando al descubierto sus acantilados, costaneras y los Lagos Salados, (*canal de Suez), se tornen en pantanos próximos al secadío, se levantará en Egipto un *Genio Gigante* que marcará rumbos nuevos a la humanidad de este planeta, con la Ley de los Mundos sabios. Es el retorno de Antulio de Manh-Ethel".

"Lo único que me ha interesado saber en mi clausura, es si el Mar Rojo sigue recogiendo sus aguas, y si los Lagos Salados se han convertido en pantano.

"Siendo así que esto se ha realizado ya, deduzco que el *Genio Gigante* prometido por Hemoteph está ya en las riberas del Nilo. ¿Sabéis por ventura algo referente a esto, ilustre hija de los Faraones de Egipto?

Thimetis guardó unos momentos de silencio. En los Archivos del Templo de Menfis se encontraba esa Profecía, y sus maestros le habían dicho que se refería a su hijo Moisés. Vacilaba en decirlo al Anciano Isesi de Sais. La voz íntima que siempre solucionaba sus perplejidades, le dijo: –"Díselo que Isesi de Sais es el mismo profeta, Pontífice y Rey Hemoteph de la VIII Dinastía. Fue además el Pharahome Adonai en los esplendores de Neghadá, a los veinte años de la personalidad de Abel, hijo de Adamú y Evana".

Sin saber cómo ni por qué, la Princesa Regente exhaló un gran suspiro como una queja arrancada del alma y cayó de hinojos ante el Anciano recluso que la miraba asombrado.

– ¿Qué hacéis, Princesa Real de Egipto? –preguntó tendiéndole sus manos para levantarla.

– ¡Os veo tan grande en vuestro renunciamiento y más aún en lo que fuisteis en edades pasadas!

El Anciano había levantado a Thimetis, mientras le decía:

– ¿Qué sabéis buena niña de edades pasadas si eres a mi lado una jovenzuela?

–He nacido y vivido en los claustros sagrados de Menfis, donde se han recogido los grandes archivos de los templos de On; y la Madre Isis me ha descubierto muchos secretos.

"¡Patriarca Adonai!... ¿Sabéis que aquel dulce Abel, tan amado de vuestro corazón esta de nuevo en la tierra, desterrado de Egipto como vos, y tiene ya treinta años de edad?

– ¡Cielos!... ¡Treinta años en la tierra y yo lo ignoraba!

"¡Bendita sea tu boca que me anuncia lo que he deseado saber durante toda mi vida! ¿Tan indigno seré de las cosas divinas que así el cielo me las oculta?

–Todo llega a su tiempo, maestro Isesi..., Adonai de la prehistoria. Recibid os ruego la libertad y yo puedo daros al *Genio Gigante*, para que le tengáis como propiedad vuestra..., como un hijo al que amáis por encima de todas las cosas.

– ¿De veras?... ¡Vos, Princesa Real!... ¿Quién sois vos?

– ¡Soy la madre del *Genio Gigante* de vuestra profecía!

– ¡Estáis separada de él!..., ¿así le habéis dejado para venir aquí? ¿Qué habéis hecho, señora?..., ¿que habéis hecho?... ¡Madre de Antulio, el *Genio Gigante*!

–Escuchadme, por favor. Es una historia de renunciamiento y de dolor como todo lo que acontece a los Ungidos divinos para una gran misión. Thimetis refirió lo más brevemente que pudo la historia de Moisés, su hijo, y el motivo de su destierro.

El Anciano pareció que recibía una inyección de vitalidad y energía. Se irguió con rapidez y dando grandes pasos en la habitación, accionaba con sus manos nerviosas, y gesticulaba murmurando frases incomprensibles para Thimetis, hasta que pasados unos momentos se plantó ante ella, y le dijo en forma que no admitía réplica:

– ¡Yo iré hacia él aunque esté en los confines del mundo! ¿Dónde está, dónde le dejaste, madre venturosa del Hijo del Cielo?

–Calmaos buen Anciano, que todos vuestros anhelos serán colmados si la Divina Bondad os da fuerzas para llegar hasta él. Está en Madián, en una pobrísima aldea denominada *Pozo Durba*, en la cabaña del Hierofante Jetro, hermanastro del Gran Sfaz que

fue mi abuelo materno, y que el Faraón Seti, mi abuelo paterno, desterró como a vos para salvarle de morir.

– ¡Todo, todo me une a él!... ¡Desterrado como yo, ha merecido recibir bajo su techo al Genio Divino que la humanidad desconoce y rechaza!...

De todo esto y otros comentarios que allí se hicieron resultó que el Anciano recluso siguió a la Princesa Regente al palacio real de su residencia, donde permaneció hasta diez días después en que acompañado de hombres prácticos para largos viajes, se encaminó al Golfo Grande donde se embarcó para el Puerto de Pelusio sobre la costa oriental de los Lagos Salados, ya próximos al secadío según la Profecía del Profeta Rey Hemoteph de la VIII Dinastía.

Era el camino más corto para encontrarse con el *Genio Gigante* del viejísimo anuncio.

Pero antes tuvo el príncipe Fredek de Port Ofir una larga confidencia con él. De hinojos ante el venerable Anciano le pidió perdón por haberle mezquinado su amistad y su amor hasta el punto de no haberse hecho conocer de él, porque su amor propio le impedía confesarle: "–Yo soy el hijo bastardo del Gran Sfaz y de su cuñada Adhari, que murió reclusa en ese mismo torreón". Temía comentar el terrible secreto aun con el único que lo conocía.

Por esta contestación, el noble Anciano le estrechó entre sus brazos y con gran emoción le dijo:

–Yo seguía tus pasos, hijo mío, desde la cuna hasta hoy, y desde estas terrazas de *La Reclusa*, te bendecía en nombre de Adhari, mi hija del alma; te veía crecer, correr y jugar de niño, triunfar en los torneos y ejercicios militares y en los deportes acostumbrados, que tú conoces mejor que yo. Comprendí la causa de tu alejamiento y jamás quise causarte la violencia de mi presencia y mi recuerdo. Preferí ser ignorado y olvidado de ti. Si te hubiera visto descarriado en el camino me hubiera hecho sentir para llamarte a la reflexión y al bien, pero gracias al Eterno Invisible, te sabía en el camino de la rectitud y mantuve absoluto silencio. Tu secreto queda contigo, hijo mío, porque de estos labios que te hablan no salió jamás. Eres único dueño de él. –Emocionado en extremo, el joven Príncipe le abrazó nuevamente y en silencio le prendió sobre el pecho la estrella de oro con siete rubíes que era el distintivo destinado al *Regidor Supremo de los Iberianos*.

–Lo habíamos destinado para ponerlo sobre el pecho de aquel que eligiéramos el día que la Regente y su Consejo nos reconocieron

como Institución legal del país. Nadie lo merece más que vos y con acuerdo de ella lo hemos resuelto así.

–Pero, hijo mío, yo me voy a Madián, y no creo que mis años me permitan volver –replicó el Anciano.

–No importa. Como me seguiste de niño y de hombre sin hablarme jamás, me seguirás a distancia y a más, iré yo junto al *Genio Gigante* de tu profecía aunque no sea más que para beber de esa fuente divina de luz y de sabiduría.

"La correspondencia será frecuente entre Mauritania y Madián, entre la grande Faz Sol y la humilde aldea de Pozo Durba. Hay de por medio una madre amantísima: la Princesa Real de Egipto; y dos hijos que no saben olvidar: Moisés, Ungido de Dios, y este innoble hijo vuestro que nunca tuvo el valor de acercarse a vuestro corazón.

–Pero lo has tenido hoy, y el presente iluminado borra para siempre el ayer de oscuridad.

Fredek y muchos de sus compañeros acompañaron al Anciano hasta el Golfo Grande y quisieron verle cubierto con la gran capa azul usada por los Iberianos.

La emocionante despedida al hacerse a la vela el navío que le llevaba, pudo parecer un símil de aquel pasaje prehistórico del Pharahome Adonai despidiéndose de Abel en el viejo muelle de piedra del Santuario de Neghadá. Esta vez el viajero que partía era el Anciano, y quedaba el joven sobre el muelle de piedra, agitando el pañuelo como alas de pájaro ansioso de volar en seguimiento del que partía.

Ambas escenas estaban cambiadas por algunos milenios de años, y los personajes estaban cambiados de sitio: Adonai iba en busca de Abel, mientras Fredek quedaba solo con su secreto y sus pensamientos en el país del Sol.

¡Grandeza divina del alma humana eterna como Dios! Los siglos se suceden y corren como hojarasca que se lleva el viento, y ella sigue viviendo como una estrella que jamás apagará su luz.

= 45 =
EL PROBLEMA DE THIMETIS

Dos días antes de que el Anciano Isesi de Sais emprendiera viaje a Madián, la Regente de Mauritania en su oratorio particular y a puertas cerradas, meditaba y lloraba.

Se reprochaba un gran pecado de omisión. Y su dolorosa meditación era ésta:

–"He tenido valor para atravesar el desierto de Sahara y llegar hasta aquí, compadecida de dos niños huérfanos de mi tío, el Gran Sfaz de Mauritania, y no tuve el valor de llegar a Madián a acompañar a mi único hijo en la inmensa soledad de su destierro. ¿Qué fuerza me detuvo? ¿Qué pensamiento ofuscó mi mente en aquellos momentos? ¿Fue acaso el temor de lo desconocido? ¿Qué lazo, qué vínculo, qué cadena me ataba a Menfis que obré de tan inusitada manera para con ese gran hijo que es todo cuanto tengo en mi vida?"

Tales pensamientos se clavaron en el alma de Thimetis como dardos de fuego que le quemaban el corazón.

Y su meditación como un gemido del alma continuaba:

–Hasta este Anciano octogenario se lanza sin temor hacia allá, y yo: ¡su madre! ¡Estoy aquí, sentada en el trono de Mauritania, patria de mi madre, que no necesita de mí, y consiento que él sufra, luche y carezca de todo en el destierro como un paria sin patria, sin familia, sin hogar!... ¡Cielos!... ¿Qué hice?

"¡Madre Isis! Si eres la Madre de todas las madres de los Ungidos Divinos, ¿cómo me has permitido hacer tamaña iniquidad?... –Y un doloroso sollozar intercalaba paréntesis a la meditación de la Regente de Mauritania.

Y cuando el dolor de la madre llegaba al límite de un profundo desfallecimiento sintió el aliento divino de una presencia intangible que envolviéndola en ternura y consolación le decía:

– ¡Madre! El renunciamiento absoluto a los lazos de la carne y de la sangre es el precio que a veces impone la ley a las grandes conquistas del espíritu. –El doble astral de Moisés, su gran hijo, estaba visible ante ella.

"Tú haces una obra grande en este país –continuó la visión–, y las Inteligencias Tutelares de esta raza descendiente de los Toltecas atlantes, están contigo para que en el breve término de diez lunas quede terminada tu tarea y vuelvas a Menfis, donde

nos encontraremos, tú y yo, para juntos emprender la gran obra, que la Eterna Ley pide a tu hijo en la hora actual".

La envolvió nuevamente en sus brazos intangibles y se esfumó como un perfume que se esparce en el ambiente.

Si a los comienzos de su meditación, Thimetis había llorado de angustia, al terminarla lloraba de felicidad.

El amor de su hijo la había inundado de paz y de consolación.

Todo un rosal de esperanza y de suprema dicha floreció de nuevo en su corazón.

¿Cómo se realizaría todo lo que él le anunciaba? ¿Qué prodigio, qué fuerzas, qué acontecimientos debían venir para que todo aquello fuera posible y en tan breve tiempo?

– ¡Madre Isis!... –exclamó por fin la Princesa Real de Egipto, para terminar su meditación–, en los eternos laboratorios se obran tan estupendos prodigios para los hijos fieles que se entregan sin reservas a las voluntades supremas. Entrégame, Madre Isis, los designios de esa Eterna Potencia de que eres mensajera y conviérteme en una hebra de luz que esboce en lo infinito estas solas palabras: *Sea hecha en mí la Voluntad de Dios*.

Desde esa hora la actividad de la Regente fue el asombro de todos. Dejaba el lecho al amanecer y no descansaba hasta muy entrada la noche, y a esa hora pedía reunirse con el Consejo o a solas con el Anciano Isesi antes de emprender su viaje.

Con él enviaba larga epístola para el Pontífice Membra, y para el Gobernador del Castillo del Lago Merik, a los cuales anunciaba su regreso dentro de las diez lunas que la aparición de su hijo le había anunciado. Pero del regreso de él al Nilo nada les decía, obedeciendo a una interna intuición de que él desearía que su presencia fuera ignorada.

En la minuciosa visita al Torreón de los moradores de *La Reclusa*, la Regente hizo descubrimientos muy importantes y muy inesperados.

El Profeta Isesi era uno de ellos. El segundo era un hombre al cual todos los servidores del Torreón llamaban el sordomudo, porque jamás hablaba ni a nadie escuchaba. Escribía un billete si necesitaba algo, y también debían escribirle si querían indicarle algo.

Su aspecto físico era de un hombre fuerte, de gallarda presencia, atrayente en extremo y que representaba una edad más o menos de sesenta años. En la edad juvenil debió ser espléndidamente hermoso y gentil.

Era como un privilegiado en *La Reclusa*, pues tenía un pabelloncito aparte para él con su vestuario baño y su comedor.

Un solo criado, de más edad que él, estaba encargado de servirlo y cuidar de sus habitaciones y sus ropas, como también de llevarle los alimentos a las horas de costumbre.

Y cuando Thimetis se presentó a visitarlo, el criado le hizo llegar un billete que decía:

"Su Alteza Real, Regente del país, viene a visitarlo en cumplimiento de su deber". Y el recluido escribió al pie de esas líneas: "Estoy a sus órdenes".

La Princesa entró.

Fredek y el Conserje quedaban siempre de acompañantes en el pórtico de la entrada.

El recluso ignoraba si Su Alteza Real y Regente anunciado era un hombre o una mujer, y así esperó sentado en su sillón ante la mesa escritorio.

Thimetis había sido prevenida por el viejo criado, de que ese recluso debía ser un personaje de elevada alcurnia, a juzgar por los privilegios que se le concedían, y por el aspecto, tipo y modales de gran señor. Quién era y por qué estaba allí, nadie podía decirlo, porque el Gran Sfaz se llevó el secreto a la tumba. El lector podrá figurarse que estos informes no eran nada tranquilizadores para la Princesa Real.

– ¡Madre Isis!... Acuérdate de tus palabras *"Soy la madre de todas las madres de los Ungidos Divinos venidos a este mundo"* –pensó en silencio, y como si esta muda plegaria le hubiera infundido valor y confianza, con su velo color de oro echado sobre el rostro, llegó a la puerta de la habitación.

Se disponía a dar palmadas llamando, cuando vio que el recluso se ponía de pie apresuradamente y hacía una gran reverencia muda ante ella.

Esta actitud la hizo levantar su velo y dejar al descubierto su rostro bondadoso y bello, iluminado por aquellos ojos llenos de luz y de inteligencia.

– ¡Cielos!... ¿Qué es lo que veo? –exclamó espantado aquel hombre llamado el sordomudo–. ¡Epuvia Ahisa!... –Y de nuevo cayó en su sillón y hundió la cabeza entre los papiros y libracos que tenía sobre la mesa.

Thimetis quedó quieta a dos pasos de él. ¿Qué significaba aquello? La intuición muy desarrollada en ella empezó su trabajo de inmediato.

Epuvia Ahisa era el nombre de su madre muerta. Aquel hombre la había nombrado con tal expresión de asombro, de éxtasis, de locura, que ella adivinó que era un enamorado de su madre y que

ni aún muerta podía olvidarla. Se llenó de compasión y de amor hacia aquel ser que había amado de tal modo a su madre, y perdió todo el temor que sintiera antes de llegar a visitarlo.

–Epuvia Ahisa era el nombre de mi madre –le dijo–. ¿Por qué la nombráis si ella no está ya en este mundo? Yo soy su hija, su única hija y creo que puedo hacer esta pregunta.

El dolorido caballero levantó su cabeza y Thimetis vio en su rostro lágrimas que brillaban como diamantes.

– ¡Señora!... Vos debíais haber sido mi hija..., mi única hija. El corazón y el alma de Epuvia fueron míos, ¡sólo míos!, pero los hombres prefieren un trono para sus hijas antes que su felicidad. Y la persona adorable de Epuvia Ahisa fue entregada como una joya al Faraón de Egipto, Rey de Reyes de muchos países dominados por él.

– ¿Y estáis aquí recluido sólo por haber amado a mi madre? –preguntó ingenuamente Thimetis.

– ¡Sólo por eso!..., pero con la añadidura de que yo, Príncipe soberano de Bética, seguía la escolta que la conducía y con mi gran escolta de lanceros quería apoderarme de ella antes de su llegada a Menfis. Vuestra madre no quiso amor manchado de sangre y en la postrera entrevista, me pidió que renunciara a su persona a cambio de su amor que sería siempre mío..., ¡siempre mío!...

"Me anunció que dejaría pronto su cuerpo físico para estar siempre a mi lado. Me entregué voluntariamente al Gran Sfaz aunque le hicieron creer que me apresaron cuando me disponía a raptarla. Epuvia Ahisa para renunciar a mí, exigió a su padre la promesa jurada de no hacer daño a mi persona, aunque tuviera que retenerme cautivo todo el tiempo que quisiera...

–Os interrumpo, Príncipe, porque me asombra en extremo este relato. Si el Gran Sfaz murió cuando yo tenía sólo un año y a poco murió mi madre, ¿cómo es que no recobrasteis la libertad?

–Ya os lo diré, Princesa Real de Egipto. Mi madre fue una druidesa de la Galia y de ella bebí el secreto misterio de la inmortalidad del alma, hija del Gran Hessus, que la ha dotado de todas las fuerzas y poderes que Él tiene. Y los Druidas dicen que *las almas que se aman no sufren la ausencia, no saben de olvido, ni tienen adiós*. Yo tengo el alma y la sangre de los Druidas, y aquí donde conocí y amé a Epuvia Ahisa, aquí recibo sus visitas, sus dictados, sus promesas y el imperecedero amor de su gloriosa inmortalidad. ¡Y hoy me cabe la gloria inesperada de recibir también la visita de la hija que debió ser mía!

–Y si yo quiero vuestra libertad, ¿la aceptaréis Príncipe de Bética?

– ¡Si vos lo queréis, sea! Pero si me permitís, impondría una condición...

– ¿Cual es ella?

–Que en memoria del recíproco amor que existió y que existe aún entre vuestra madre y yo, me consideréis como vuestro padre, aun cuando no podáis concederme el amor de hija que sería mi gloria y mi dicha.

Thimetis tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abrir sus brazos y estrechar aquel hombre en quien resplandecía como una estrella inmóvil aquel amor de la juventud. ¡Y la amada era su madre muerta!

Se limitó a tenderle ambas manos, que él recibió entre las suyas y las llevó a sus labios, mientras escuchaba que ella decía a media voz y casi como un gemido:

–Si tanto amáis a mi madre, que sólo es un recuerdo para vos, Príncipe de Bética, ¿cómo podría yo negaros mi amor de hija que tanto anheláis?

–Si tan generosa sois para mí, accederéis a no llamarme Príncipe, sino solo Arfasol que es mi nombre.

–Concedido, si vos me llamáis también por mi nombre: Thimetis; cuando no haya testigos. El secreto que me habéis confiado debe quedar entre nosotros. ¿No lo creéis vos así?

–En completo acuerdo, Thimetis, mi estrella de la tarde. ¿Y ahora?...

–Sois el segundo que saco de la Reclusa.

Y tomándole confiadamente de la mano, se dirigió con él a la puerta.

– ¿Otro más en libertad, Señora Regente? –preguntó alegremente el Conserje.

–Sí, otro más, y espero que me sea posible libertar a todos.

– ¡Bendita sea la hora en que llegasteis a Mauritania! –exclamó Fredek, saludando con una ligera inclinación de cabeza a aquel caballero que le era desconocido.

La Regente hizo las presentaciones habituales y añadió refiriéndose a Fredek:

–Este joven es casi mi hermano, por la dedicación y cuidado con que me ha traído desde Menfis aquí. Una gran similitud encuentro entre vosotros dos; por lo cual espero que os una pronto una leal amistad. Príncipe Fredek, ruego que os encarguéis de ubicar al Príncipe de Bética en una habitación de nuestro pabellón en el

Palacio, y por mi parte os digo a ambos, que tenéis libre entrada a mi saloncito de lectura cuando queráis platicar conmigo.

Ambos le dieron las gracias y la acompañaron hasta sus habitaciones.

Cuando ella se vio sola en la salita de lectura, que fue de su madre, se entregó de lleno a ese complejo mundo de los pensamientos que bullen a borbotones como olas arremolinadas en torno a una hélice en movimiento.

Las graves revelaciones del hombre que acababa de poner en libertad, agitaban extremadamente su mundo interior y ella luchaba por volver a su quietud habitual.

A Fredek lo sabía enamorado de ella, y su discreta prudencia trataba de transformar ese amor en una grande y leal amistad. Comprendía que le era necesario como un buen compañero de ideales. ¡Qué baluarte sería para ella y para su hijo en el incierto futuro que preveía!

El príncipe Arfasol era un ferviente enamorado de su madre muerta y se prendía a ella como de un recuerdo vivo de la amada ausente.

¿Qué haría ella con estos dos nobles y excelentes hombres que sin buscarlo puso la Ley en su camino?

Sumida en esta meditación, en que los interrogantes se sucedían con rapidez, sintió la conocida Voz interna que todas las almas de meditación sienten en los momentos de incertidumbre y oscuridad.

–"Ambos significan para ti una valiosa conquista" –decía la Voz íntima que hablaba sin sonido de palabras, pero que resplandecía como si en su interior estuvieran grabadas con luz de estrellas.

– ¡Madre Isis!, –exclamó a media voz cubriéndose el rostro con ambas manos para aislarse más de cuanto la rodeaba–. Sólo Tú puedes guiarme en el escabroso camino de la vida mía.

Una dulce serenidad inundó su espíritu haciéndole comprender que la protección divina estaba en ella. Todo un mundo de presencias invisibles se hicieron sentir de la solitaria mujer que tan cargada se veía de responsabilidades que no podía ni debía eludir.

El alma humana, la divina Psiquis, tiene a su disposición una luz potente, una misteriosa antorcha que Inteligencias Superiores encienden para ella cuando ella la pide y de verdad la busca y la quiere.

Eso es lo que llamamos Meditación.

Y la misteriosa antorcha encendida para Thimetis, le hacía

ver que al llegar las diez lunas anunciadas, ella, acompañada de aquellos dos hombres, se encontraría con su hijo en su castillo del Lago Merik, convertido en Residencia de Verano de la Embajada de Mauritania.

Esta transformación nominal la había hecho el Pontífice Membra avisado por Moisés que en ese plazo llegaría a Menfis, y sabiendo que Thimetis volvería también.

Aunque el Faraón no había demostrado en todos los años transcurridos, aversión ni resentimiento en contra de Moisés y de su madre, quiso el Pontífice asegurar la tranquilidad de ellos y de la gran Misión Salvadora que la Eterna Potencia les tenía designada para esa hora de la humanidad terrestre.

La antorcha radiante continuaba iluminando la meditación de Thimetis:

"Voluntariamente acepté la Regencia de Mauritania, ¿cómo podré alejarme de aquí por tiempo indeterminado?"

Tal era el interrogante que constituía un problema de muy difícil solución para la Princesa Real de Egipto que tuvo siempre por norma en su vida el cumplimiento de la palabra dada.

La voz interna e íntima que le aconsejaba siempre, se hizo sentir en las profundidades de su mundo interior: –"Yo te daré la solución si continúas tus visitas a la Reclusa, donde te esperan otros secretos que te serán de gran utilidad descubrir".

Y a la mañana siguiente y a primera hora, mandó mensaje al Conserje anunciándole que esa tarde le esperase a la puerta del mencionado establecimiento.

Sin saber ella misma porqué, no llamó a Fredek para acompañarla sino a los Hierofantes que el Pontífice Membra le había enviado como auxiliares en su difícil y complicada tarea: Artafet y Amonthip.

La solución que la voz íntima le había prometido en la meditación, debía ser algo muy grande y trascendente.

Así lo presentía y así se preparaba para recibirla.

* * *

Del gran pórtico de entrada al Torreón denominado *La Reclusa*, partían dos corredores exactamente iguales en su construcción. Gruesas columnas de piedras donde se enredaba la hiedra y anidaban las golondrinas, y todo poblado de silencios y de sombras, donde sólo el eco de los pasos y el tintineo de las llaves del Conserje se podía escuchar una o dos veces cada día.

–El corredor de la derecha ya lo tengo visitado y solté a volar las aves allí cautivas –decía Thimetis a sus acompañantes–. Conserje –añadió, alzando la voz–, me has dicho que en esta galería hay mujeres recluidas.

–Sí, Alteza Real, pero con ellas sólo el Gran Sfaz se entendió y eso a lo sumo una o dos veces por año. Nadie las ve ni las habla y todo cuanto piden y necesitan se les manda por el torno giratorio y ellas lo piden por un billetito escrito. Así lo hacía el Anciano Sfaz Padre, y así lo continuó haciendo su hijo... ¡Oh!..., hay penas graves para quien se atreva a...

–No importa –interrumpió la Regente–. Yo estoy aquí investida de la autoridad del Gran Sfaz que era hermano de mi madre y es mi voluntad hablar con ellas. Abre las puertas.

–Vos lo mandáis y yo obedezco.

Y el Conserje llamó con la campana a la ventana del torno giratorio, que pasados unos momentos comenzó a girar. Entonces el Conserje entregó a Thimetis una gruesa llave y en silencio le indicó la gran puerta de entrada que desde la muerte del Sfaz nadie había abierto.

Con gran serenidad ella entró la primera y tras ella los dos Hierofantes que la acompañaban.

Una Anciana de hermoso aspecto, toda blanca desde los cabellos que coronaban su frente hasta las chinelas de sus pies, se presentó a la vista de los visitantes. Sus ojos negros se clavaron fijos en la Princesa Real que se acercaba lentamente hacia ella, como queriendo evitarle una sorpresa desagradable.

– ¡Sueño, sueño!... –murmuró a media voz la reclusa, dejando caer a sus pies el huso, la rueca, el vellón de lana que hilaba.

–Señora –exclamó la Princesa–, no quisiera que mi visita fuera inoportuna, sino por el contrario, deseo traeros todo lo bueno que guarda mi corazón para los mauritanos compatriotas de mi madre.

– ¡Oh!..., no me había equivocado. ¡Vos sois la hija de la Reina Epuvia Ahisa que dejó su país para desposarse con el Faraón Ramsés I de Egipto!

–Justamente, habéis acertado. La epidemia que acabó con la vida de mi tío, el Gran Sfaz, me obligó a aceptar la Regencia que el Consejo quiso darme hasta que pueda arreglarse esta situación. El heredero es aún tan pequeño que en vez de gobernar, debe ser gobernado.

–Si no desdeñáis tomar asiento en la celda de una reclusa, sentaos, os ruego, Princesa Real.

–Con mucho placer, señora, pues siento mucho agrado en vuestra compañía.

Thimetis se sentó en el canapé más cercano a la Anciana que demostraba una profunda melancolía. Sus dos acompañantes permanecían en el pasillo de entrada en prudente espera de un aviso.

– ¿Deseáis salir de esta reclusión? –preguntó amablemente la Regente.

–Nada espero del mundo a esta hora de mi vida. Nada hay más allá de esa puerta que esté ligado a mí por amistad o afectos, de que me ha privado un aciago destino. ¿Para qué podría yo desear mi salida de aquí?

– ¿Tan sola sois en este mundo que no tenéis ni un solo vínculo familiar?, estáis como una prisionera sin delito alguno, porque vos no sois..., no podéis ser, ni habéis sido una delincuente. Yo lo siento y lo creo así. Si pudierais confiar en mí y decirme con toda franqueza cuál es la causa o motivo que os retiene en *La Reclusa*. Acaso un secreto de Estado os puso incomunicada con el mundo..., pero sin culpabilidad de vuestra parte.

–No quisiera lastimar vuestro corazón, noble hija de Epuvia Ahisa, revelando mi secreto.

–Hablad sin temor. No me lastimará la verdad tanto como me hace daño un ser en eterno cautiverio.

–Bien. Vos lo queréis. Relevadme del juramento de silencio hecho a la luz del Padre Sol y ante el Gran Sfaz, que a ese precio me dejó con vida.

Conociendo Thimetis la reverente devoción al Sol en aquel país, abrió el ventanal por donde entraba el sol de la tarde y con solemnidad de una sacerdotisa le dijo:

–A la luz del radiante sol de la tarde y evocando el espíritu del Gran Sfaz os digo: anulo vuestro juramento y quedáis libre de hablar ante mí que represento al Sfaz desaparecido.

La reclusa se puso también de pie y con una voz que temblaba con un sollozo contenido, dijo:

–Yo soy Adhari, la menor de los hermanos de la reina Hetelva, vuestra abuela, y me encuentro en *La Reclusa* para ocultar el delito del Gran Sfaz, su marido, que valiéndose de un mago hipnotizador, me hizo madre sin yo saberlo. Madre sin esposo, sin el hijo, sin la honra que es el tesoro de toda mujer bien nacida, bien me estaba el encierro en *La Reclusa*. ¡Ya está dicho todo, Princesa Real de Egipto, hija de Epuvia Ahisa!... Si al menos me fuera dado recobrar el hijo de aquel delito de infidelidad de un marido rey contra una

esposa como mi llorada hermana Hetelva, tendría quizá algo de amor a la vida y resignación a vivirla..., ¡pero!...

Y la desconsolada Anciana se cubrió el rostro con ambas manos y una tempestad de sollozos la agitaban convulsivamente.

Los acompañantes de la Regente se acercaron a la puerta, más ella les hizo señal de esperar sin hacerse visibles a la reclusa.

En la mente de Thimetis apareció un rayo de luz. Recordó aquella voz íntima que le hizo sentir su propia madre, que, sin ruido de palabras, le decía: –"Hija mía, no estás sola, que tienes la fiel compañía de mi hermano que yo salvé de que su madre desesperada le ahogara apenas nacido".

Y en ese mismo momento había aparecido en la puerta Fredek de Port Ofir. ¿No sería el hijo que la cautiva lloraba perdido, para siempre?

Y no bien Thimetis se hacía este interrogante, otra vez sentía la respuesta íntima, sin ruido de palabras de su madre, muerta para el plano físico, pero eternamente viva en el Reino de Dios:

–"Sí, hija mía, es él y el unir esa madre a su hijo es uno de los motivos porque has venido al país donde yo nací. Por mi ley, era yo quien debía realizar esta obra, pero fui débil y cobarde para enfrentarme a la recia voluntad paterna y nunca dije una palabra para descubrir el secreto que hasta mi madre ignoró. Ella vive de nuevo, aquí mismo, en la pequeña Elda que tú acaricias con tanto amor. Haz, hija mía, lo que no hizo tu madre, y me darás con ello una eternidad de consuelo y paz".

El lector imaginará lo que fue para Thimetis esta revelación.

Dio un paso hacia aquella Anciana dolorida y abrazándola tiernamente le dijo a media voz y al oído:

–Por la querida memoria de mi madre muerta os juro que os uniré a ese hijo que creéis perdido y que ha sido el fiel guardián de mi persona desde Menfis hasta aquí.

La reclusa exhaló un quejido como si hubiera penetrado un puñal en su corazón y quedó desvanecida entre los brazos de la Regente que le dejó caer en el sillón, pensando que sus propias palabras le habían herido de muerte.

Pocos momentos después, la Anciana Adhari fue trasladada en una angarilla al pabellón habitación de Thimetis, en el gran Palacio Real que era de verdad una fortaleza inexpugnable, toda piedra, como eran las construcciones de aquella época y en aquel país.

Y la Princesa Real se vio abocada a un nuevo problema, en su incansable afán de enderezar todo lo que en su concepto estaba

torcido y fuera de orden, en el país que era la tierra natal de toda su parentela materna.

Llamó enseguida a Fredek y le anunció que debía comunicarle algo de gran importancia.

–Bien, Señora. Ya os escucho –le contestó él.

–Tanto el dolor como la dicha causan emociones profundas. Y la Ley me hace portadora para vos de una felicidad que jamás hubierais esperado.

El Príncipe reflejó en la mirada con que envolvió a Thimetis este pensamiento que vivía en su yo íntimo como una llama que nunca se apaga: "La única felicidad que mi corazón desea, sé bien que no la tendré jamás". Sólo dijo con gran tranquilidad:

–De vos, Señora, solo pueden venir bellezas y verdades. Hablad.

–En alguna de nuestras conversaciones creo que os oí decir que vuestra madre murió cuando aún estabais en la cuna.

–Es una verdad que la tengo aprendida desde que fui capaz de comprender. Me supe huérfano y solo desde mis primeros años, que sólo vuestra noble madre se encargó de hacer menos amargo. Más tarde vuestro hermano, el Gran Sfaz recientemente desaparecido, me elevó a la dignidad de Príncipe de Port Ofir cuando ella fue coronada como Esposa Reina de Egipto, y me envió como embajador extraordinario cuando fuisteis presentada al pueblo de Egipto y a todas las naciones amigas, como heredera al trono de vuestro país. El secreto de mi origen y nacimiento jamás pude descubrirlo, porque vuestra madre me hizo jurar ante el Sol Naciente que nunca trataría de averiguarlo. Recibí del Sfaz el benévolo tratamiento de un hermano mayor o un segundo hermano, y nunca me he quejado. ¿Qué hay pues de nuevo para mí?

–Que vuestra madre vive y es una venerable Anciana que guardo aquí en mi pabellón como una joya encontrada inesperadamente en mi camino. Si vos no la queréis, la quiero yo para mí porque es hermana de la madre de mi madre.

–Que sea para los dos, Princesa, y así tendré algún mayor derecho a vuestra amistad y a vuestro afecto.

–Aun antes ya lo teníais, príncipe Fredek, pero ahora mucho más, pues somos casi hermanos. –Y Thimetis le tendió sus manos que él estrechó efusivamente al tiempo que decía:

–Presentadme a mi madre desconocida si es que ella desea verme.

–Venid conmigo –le dijo, y pasaron al interior del pabellón.

En la sala vestuario de la Regente, se encontraba la Anciana

Adhari recostada en un diván, en un estado de visible laxitud extrema después de la fuerte conmoción que había sufrido al saber que vivía aquel hijo perdido para siempre.

Parecía dormida o muerta según la blanca palidez de su faz. Thimetis se arrodilló ante el diván para quedar a la altura de la enferma y le dijo a media voz:

–Adhari..., tenéis dos hijos en vez de uno que creías perdido. ¿Nos recibís en vuestro corazón a los dos? Ahora soy yo la que no tiene madre.

Y Thimetis dobló su cabeza sobre el pecho de la Anciana.

Fredek se arrodillo también en ese instante y la Anciana los miró a través del llanto cristalizado en sus ojos.

–Sólo Epuvia, tu madre, conoció mi secreto y ella te ha buscado a ti para curar la herida de mi corazón.

Aquellos ojos cansados y llorosos se fijaron en Fredek y se cerraron de nuevo. Un temblor convulsivo sacudía a la pobre enferma ante aquel gentil caballero que le decían ser su hijo, y que ella no vio nunca pues lo retiraron de su lado apenas nacido. Sus labios temblaban como los de un niño que contiene el llanto, hasta que Fredek emocionado también, dobló su cabeza sobre aquella cabeza de blancos cabellos mientras decía a media voz:

– ¡Madre!... Nunca es tarde para amar al hijo que nunca supo que vivías...

Pasaron los días, y Thimetis supo a través de las revelaciones de Adhari, que el Gran Sfaz, padre de su hijo, vivió atormentado por el temor que se descubriese el secreto, porque en Mauritania era un delito que merecía la muerte en la horca, todo hombre que hiciera lo que él hizo con la hermana menor de su esposa, a los doce años de edad.

Supo, asimismo, que Fredek nació en *La Reclusa*, donde ella fue enclaustrada no bien sintió que sería madre, y más tarde, cuando dio a luz, el médico y la enfermera que la atendieron sufrieron igual destino y fallecieron en el encierro, sin haberles sido permitido el hablar ni una sola palabra con persona alguna del exterior.

–Quien únicamente lo supo fue Epuvia, tu madre –añadió la Anciana–, pero a ella se le hizo creer que yo había muerto cuando nació mi hijo.

–No alcanzo a explicarme cómo pudo saberlo mi madre y aún menos que sabiéndolo no diera un paso por llegar a una solución –decía Thimetis.

– ¿Qué solución podría realizar con una muerta? Adolescente como era, se limitaría a dar al infeliz huérfano el cariño que le

faltaba, según la voz íntima que me refieres haber sentido en tus horas de meditación.

–Paz a los muertos, tía Adhari, ya vivan en los planos de luz o en abismos de tinieblas –exclamó Thimetis, cubriéndose el rostro con ambas manos, como si quisiera aislarse en absoluto del escenario de los recuerdos a donde había llegado llevada por acontecimientos pasados y dolorosos.

Y mientras ella se entregaba con toda su voluntad a la misión de ordenar y renovar cuanto encontraba fuera de orden o de ley, volvamos, lector amigo, a las soledades de Madián, a la humilde aldea de Pozo Durba, donde vuela en rondas cada vez más amplias el águila blanca con ensueños de cumbres lejanas y altas, presentidas en sus horas de meditación, pero no buscadas cuando caminaba como hombre por los arenales terrestres.

Volvamos con Moisés, el Gran Sacerdote del Desierto.

= 46 =
TREINTA AÑOS

Con sólo veinte años llegó Moisés a Madián y habían transcurrido diez más.

¡Cuántas circunstancias y acontecimientos había presenciado en aquellos diez años que lo hacían un hombre con treinta años de vida material!

En los cuatro últimos años, habían tomado esposo seis de las hijas de Jetro, quedando sólo Clavelina, la que diez años antes era sordomuda, y que había sido curada por fuerzas mentales puestas en actividad por los Hierofantes, cuando entregados al Infinito en la meditación se convertían en trasmisores de todo lo grande y bueno que emana la Eterna Potencia Invisible.

Las colinas que rodeaban la cabaña del Patriarca Jetro se habían poblado de blancas casitas de piedra que eran los nidos de sus tórtolas amorosas, que ni aun desposadas querían alejarse del viejo árbol que les dio sombra en el desamparo de la orfandad.

Clavelina como ama de casa, y Numbik y Azabache como sus auxiliares, mantenían el fuego y la luz del hogar donde reinaba en todo momento la serena paz que florece entre el orden y la armonía perfecta.

Y ocurrieron acontecimientos inesperados en el año treinta de la vida de Moisés.

En la última caravana recientemente llegada, les apareció como

un mensajero celestial el Anciano patriarca Isesi que el lector vio a la Regente de Mauritania sacar de *La Reclusa*.

Llegaba acompañado de un práctico del desierto y de uno de los guardias del castillo del Lago Merik. Con él llegaba también todo el amor de la madre para el hijo excelso.

La Escuela Iniciática de Pozo Durba estaba de fiesta con la llegada de tan ilustre personaje, que era todo un archivo de los conocimientos de la más antigua ciencia oculta de los templos de On y de Sais. Moisés no le había conocido personalmente pero sí de nombre, y Jetro había sido compañero de estudios y de iniciación.

En la misma fecha realizaron las pruebas y en la misma noche ocurrió para ambos la "muerte y resurrección de Osiris", como el lenguaje de los Templos llamaba al desdoblamiento consciente provocado por los Hierofantes maestros, a los que salían triunfantes de todas las pruebas y observancias a que eran sometidos los que pedían la Iniciación en los Grandes Misterios de Dios, de los mundos y del alma humana.

Y por las escarpas del mar Rojo llegaba un mes después una desconsolada jovencita con las vestiduras desgarradas y el alma estrujada de angustia.

Por su notable belleza física había sido raptada del hogar por los piratas del Mar Rojo para celebrar los cultos nefastos que realizaban en un plenilunio de otoño en homenaje a sus héroes muertos. Era Séfora, nombre que ha pasado a la historia como perteneciente a la joven que fue esposa de Moisés.

Y lo fue, en efecto, el hecho ocurrió como voy a referirlo.

Aproximándose el primer plenilunio de otoño, los piratas del mar Rojo raptaron un jovenzuelo, nieto del rey de los árabes, para ofrecerlo en sacrificio a sus dioses. Elegían siempre un joven hermoso de noble estirpe, que fuera, según su fanático pensar, digna ofrenda para Molok, su dios supremo sanguinario y feroz que les exigía sacrificios humanos una vez por año. La vida de un bello doncel de noble estirpe, y la virginidad de una hermosa doncella adolescente era la ofrenda de los piratas a su dios. En el bárbaro ritual entraba la costumbre hecha ley de no quitar la vida a la doncella, sino dejarla en la desierta orilla del mar para que al subir la marea fuera sumergida por las olas sin dejar rastro de lo ocurrido.

Pero Séfora era hija de un marino de los que hacían continuos viajes por el mar Rojo llevando mercancías a las poblaciones costeras y a nado se libró de las aguas y vagó varios días por el desierto

hasta llegar a Pozo Durba, donde ella sabía que el Patriarca Jetro la ampararía en su desgracia.

El Anciano meditaba en un sereno anochecer a la puerta de su cabaña y llegó hasta él la adolescente que se dejó caer a sus pies como una gacela herida de muerte.

–Tened piedad de mí –le dijo entre sollozos–, porque los piratas asaltaron mi casa, mataron mi madre y yo quedé sola en el mundo.

–Sí, hija mía, yo tengo piedad de ti y todos los que sufren tienen lugar en mi morada –díjole el Anciano y llamó a Clavelina para que alimentara y vistiera convenientemente a la infeliz niña que apenas podía andar, tal era el cansancio y la debilidad que todo su aspecto demostraba.

Cumplidos estos primeros deberes de la hospitalidad, Clavelina hizo recostar a su huésped en su alcoba.

–Conviene ahora que descanses –le dijo y se sentó a su lado, buscando romper su retraimiento y obstinado silencio–. Ahora nos haremos muy amigas y empezarás por decirme cómo te llamas.

–Mi padre que es marino me llamaba Estrella... –Y la niña rompió a llorar desconsoladamente y Clavelina se abrazó a ella prodigándole ternuras y cariños.

Cuando la vio calmada inició de nuevo la confidencia.

–Es un hermoso nombre y aquí mi padre tiene gusto grande en llamarnos con nombres de las bellezas que Dios ha puesto en este mundo. Le gustará mucho ese nombre tuyo: Estrella.

–Ya no soy más Estrella... –murmuró la niña con amargura.

– ¿Por qué? ¡Eres tan joven y tan bella! Puedes bien llamarte Estrella.

–En mi casa hay una esclava que se llama Séfora del país de Kush, donde significa algo despreciable..., sin ningún valor. Y ese nombre quiero tener de hoy en adelante.

–Como tú quieras, pero aquí no serás despreciable ni falta de valor. Aquí todos nos consideramos como hermanos y formamos una familia

–Ya lo sé, ya lo sé, y por eso en mi desgracia corrí enloquecida hacia aquí.

Pasaron los días y las semanas, y pudo verse a la jovencita recién llegada que se había recuperado en su físico, pero no curada de su amarga tristeza.

Era en todo un dócil auxiliar de Clavelina en las faenas domésticas, hábil en el hilado y el telar en que la veía pasar horas en el más profundo silencio.

–Hija mía –le dijo un día el Anciano Jetro–, si no estás a gusto aquí y deseas ser conducida a otra parte, dímelo con toda franqueza y te haré llevar a donde creas estar mejor.

–No, Patriarca, de ningún modo. Si vine a vuestra morada es sabiendo que sólo aquí puedo estar. Pero si os doy molestia me iré...

– ¡No, hija mía!... Es que yo quisiera verte contenta en compañía nuestra, y te veo triste y desconsolada...

–Perdonadme..., he sufrido mucho y los recuerdos me hacen padecer. Ya me olvidaré...

Este breve diálogo lo oyó Moisés que podaba un nogalito nuevo en ese instante, al cual consagraba sus momentos libres porque lo sabía enfermo y próximo a secarse.

–Es otra plantita enferma la nueva hija tuya, tío Jetro –le dijo cuando la jovencita se había retirado y no podía oírlo–. ¿Cuándo es la boda de Clavelina? –preguntó enseguida.

–Cuando Caleb termine la cabaña que está construyendo al pie de aquel cerro –le contestó–. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque me vino de pronto la idea de tomar yo como esposa a Séfora y que sustituya ella a Clavelina en sus tareas de ama de casa. ¿Lo encuentras mal?

–No, hijo, de ninguna manera. Veo que hasta en eso se asemeja tu vida a la mía. Igual que tú, tomé como esposa a la primera refugiada que llegó aquí, cuando yo estaba solo con dos pastores. La pobrecita estaba enferma de los pulmones y sólo me vivió tres años. No se curó de su mal físico, pero vivió dichosa y murió feliz. Era la madre de Azabache.

– ¿Pero es tu hijo Azabache?...

–No. Su madre llegó con el niño recién nacido. Era ella hija de un Scheiff berberisco, hermosa niña de catorce años, y como a ésta que ha llegado aquí, los piratas del mar Rojo la entregaron a un cautivo árabe que iban a sacrificar a su dios según lo acostumbran en sus ritos religiosos bárbaros. Azabache es pues, todo un arabeño, como lo ves, nieto nada menos que del rey del país de Arab, donde todos tienen morena la piel. Su madre era blanca y de ella tiene sus bellos ojos y la nobleza de su corazón. Era ella del país de Moab.

–Entonces, tío Jetro, ya estás en mi secreto... La recién llegada será madre; y tal es la causa de su amarga tristeza.

–Lo había sospechado. Y tú, ¿cómo lo has descubierto?

–Una voz íntima me lo dijo cuando tú hablabas con ella hace unos momentos.

"Y de ahí me vino la idea de pedírtela como esposa sin saber que tú habías hecho lo mismo allá en tu lejana juventud. Es grande honra para mí, tío Jetro, que mi vida se asemeje a la tuya. Te ruego pues arreglar mi unión con tu pupila, que si ella está de acuerdo puede realizarse al mismo tiempo que Clavelina se une a Caleb. Así no tendrá Séfora la amargura de que su hijo o hija venga a la vida sin un padre que le dé su nombre.

– ¡Moisés!..., hijo de la Princesa Real de Egipto..., unido a una pobrecita ultrajada por la barbarie humana.

– ¡Jetro de Mauritania!... ¡Hijo del Gran Sfaz y hermano de la Reina Epuvia de Egipto, unido a una pobrecita ultrajada por la barbarie humana! –repitió Moisés con solemne acento–. ¿No es igual lo que hizo el joven Jetro con lo que hace Moisés?

– ¡Sí, hijo mío, sí!... Nuestras vidas se parecen como dos arroyuelos nacidos de una misma vertiente... La Ley Divina se hace ver en toda su grandeza en el encuentro de nuestras almas.

Dos semanas después, dos bodas se celebrarían en la Cabaña del tío Jetro. Moisés el gran sacerdote del Desierto tomaba por esposa a Séfora de Sharma; y Caleb, hijo de Jephone, a Clavelina de Madián.

* * *

Una semana antes de la boda, Moisés pidió a su tío que en el pórtico del templo le fuera presentada por él su hija Séfora como futura esposa si ella lo aceptaba. Y esta escena la Luz eterna nos la muestra así:

–Séfora, hija mía, ven conmigo al pórtico de nuestro Templo que según acostumbramos tal es el sitio donde resolvemos los asuntos de importancia.

La jovencita lo miró con asombro y con temor. Un presentimiento agudo la alarmó. Su secreto...

–No tengas ningún temor –le dijo el Anciano–, que todo será para tu bien.

Y ella lo siguió dócilmente.

En uno de los grandes bancos de piedra vieron sentado a Moisés, que se puso de pie al verlos llegar.

–Séfora, hija mía, nuestro Gran Sacerdote, mi sobrino Moisés, quiere tener aquí una confidencia contigo. Te dejo pues con él, mientras yo penetro al Templo a orar porque se cumpla en vosotros la voluntad de Dios.

Moisés y Séfora quedaron solos. La dolorida adolescente hubiera

deseado que el pavimento se abriera y la tragara porque la presencia de aquel gran hombre la espantaba.

Por Clavelina sabía qué personaje había sido y era aquel en la fastuosa Corte de Egipto, el más grande y glorioso país de ese tiempo. Seguramente la fulminaría como una oruga con un formidable anatema. Su faz se había vuelto blanca como un trozo de papel y no levantaba sus ojos del piso.

–Séfora, por favor, no tengas miedo de mí y ven a sentarte a mi lado que debo hablarte.

– ¡Señor!... ¡Alteza Real!... –y cayó de rodillas ante Moisés.

– ¡No! Así no, Séfora... Yo no soy para ti ni un señor ni una Alteza Real. –Y al decirlo Moisés la levantó y la hizo sentar a su lado–.

"¿Sabes que de aquí a diez días celebramos las bodas de Caleb con Clavelina?

–Así me lo ha dicho ella –contestó a media voz la muchacha.

–También yo quisiera celebrar las mías contigo, Séfora, si tú aceptas mi compañía para toda tu vida.

Un grito ahogado se escapó de los labios de Séfora al mismo tiempo que se levantó del banco, dispuesta a huir.

–No huyas de mí, niña, que no quiero hacerte mal alguno –dijo Moisés tomándole de la mano para retenerla–.

"¿Es que te soy tan desagradable que te espanta así la petición mía?

Viéndose impedida de huir, Séfora rompió a llorar a grandes sollozos. Moisés esperó pacientemente que tornara la calma y cuando la vio más serena siguió la confidencia:

–Desearía que me contestaras la pregunta que te hice y que te causó tan desconsolado llanto. ¿Crees que no llegarás nunca a amarme o es que ya tienes ocupado tu corazón con otro amor?

La suavidad y respeto con que se veía tratada fue aquietándola poco a poco y por fin contestó:

–Yo había dicho a Clavelina que no dejara solo al Padre Jetro, porque yo no estaré aquí mucho tiempo.

–Creí que eras huérfana, sin hogar y sin familia... ¿Eres esperada por un familiar?, ¿dónde?

–No me espera nadie... Trabajaré como sierva en..., alguna parte.

–De modo que prefieres la servidumbre a ser esposa única de un hombre honrado que te ofrece amparo, amistad, compañerismo.

–Sois un Príncipe Real, señor y yo soy..., ¡una infeliz!... ¡Por favor!... –gritó en un tremendo lamento–, no me forcéis a decir lo que debe morir junto conmigo.

–Séfora, óyeme y no quieras más huir de mí que por Ley Divina quiero ser tu salvador. No es para mí un secreto lo que te pasa y porque lo sé es que te lo digo. Antes que nadie se aperciba de lo que llamas tu secreto, yo te doy el nombre de esposa para convertirme en padre del hijo que viene y que tú quieres eliminar de la vida, inconsciente del mal que te haces y que le haces... Tu hijo será mi hijo y nadie sabrá que fuiste ultrajada por los piratas fanáticos de Molok como lo fueron tantas doncellas antes que tú.

La pobre niña dobló su cabecita dolorida y otro aluvión de llanto fue su única respuesta.

– ¡Pobre víctima de la ignorancia y la crueldad humana!... Aún puedes bendecir a Dios que en el hogar bendito del Patriarca Jetro has encontrado a su sobrino que tiene la dicha de borrar tu deshonra y evitar el crimen, Séfora... ¿Me aceptas por compañero y esposo para toda la vida? –Y al hacer tal pregunta tendió Moisés sus manos hacia la niña que seguía llorando silenciosamente.

–Bien sabes que no lo merezco, pero si vos, Señor, así lo queréis... Sea.

Moisés estrechó entre las suyas la mano temblorosa y tímida de aquella nueva víctima de la ignorancia y crueldades humanas.

En este momento el recuerdo esbozó una visión mental en la mente de Moisés: en medio de sus grandezas pasadas la gloria de sus esponsales con Merik en el suntuoso palacio de su madre en la placidez serena del Lago Merik.

– ¡Oh!, ¡la vida...!, ¡la vida! –exclamó en un grito que parecía un gemido. – ¡Qué abismos y qué cumbres decreta la Ley Eterna para los que elige como *misioneros de la Verdad y del Amor*!

¿Es la Ley Eterna quien los decreta o es la ignorancia, el egoísmo y la soberbia humana quien las realiza en estupendas combinaciones que atrasan a veces en siglos las obras de Dios?

Este pensamiento surge de inmediato en la mente del observador y relator de estos hechos que la Luz Divina conserva marcados en sus Archivos eternos.

La formidable exclamación de Moisés le llegó al Patriarca Jetro que oraba en el Santuario y salió a compartir con él la grandeza del holocausto consumado.

– ¡Hijo, de nuevo veo en ti al místico Abel de la prehistoria en el heroico renunciamiento y al glorioso Krishna del Lejano Oriente cargando culpas ajenas! –exclamó el Anciano–.

"Y paréceme que oigo resonar de nuevo el canto de los mundos de luz: *Agnus Dei quitoles pecata mundi*. Con un soberano brochazo de tu amor borras los pecados de los hombres.

–Ya está concertada mi unión con esta niña, tío Jetro –fue la respuesta de Moisés.

–Bien, hijo mío. Serán dos los desposorios que bendecirá el Señor en nuestro humilde Santuario de aquí a diez días.

–Y pasados otros diez emprenderé el proyectado viaje a Menfis donde mi madre llegará, creo, de aquí a tres lunas y espero que la elegida esposa me hará el honor de acompañarme.

Y Moisés miró sonriente a la adolescente que aún tenía de la mano.

La indefinible mirada de angustia de la niña hacia aquellos dos hombres que ante ella aparecían tan grandes, el lector lo puede imaginar.

–Mi madre te amará como a una hija siendo tú mi esposa. Tu hijo que adopto debe nacer donde yo nací.

"No yo, tío Jetro, sino los ángeles de Dios extienden velos sobre la inocencia ultrajada.

– ¡Y qué grande en sus obras será el hijo de tal acto de amor heroico!

¿Tuvo acaso el Anciano la visión premonitoria de lo que fue Essen, creador de los esenios, precursores, maestros y cronistas de Yhasua de Nazareth, fundador del Cristianismo quince siglos después?

En los infinitos laboratorios de la Creación Universal existen tan variadas y estupendas fuerzas, corrientes y vibraciones que nada resulta imposible para la Eterna Potencia Creadora cuando encuentra inteligencias preparadas para sus grandes manifestaciones y realizaciones.

Diez días después, el Anciano Patriarca Jetro, con sus blancas vestiduras sacerdotales, bendecía la unión nupcial del Gran Sacerdote del Desierto, Moisés de Menfis, hijo de la Princesa Real de Egipto, con Séfora de Sharma, y de Caleb con Clavelina de Madián.

Actuaron como testigos de la solemne consagración nupcial el Anciano Sacerdote Isesi y los Maestros Ohad y Carmi, instructores de la niñez de Moisés.

= 47 =
EL HIEROFANTE ISESI DE SAIS

En el gran Templo de On, había sido Archivero durante veinticinco años y su constante laboriosidad le había dado tiempo a sacar copias de lo que para él era de mayor interés. En aquel enorme Archivo de edades inmensamente lejanas, se encontró con hermosos fragmentos de las existencias terrestres del *Genio Gigante*, como en aquel archivo se llamaba al Guía Instructor del planeta Tierra.

Uno de los que más le interesó fue el que relataba pasajes de la intensa vida espiritual que realizó el Profeta Antulio de Manh-Ethel, Patriarca de la "Montaña Santa" en la desaparecida Atlántida.

Su inesperado encuentro con Moisés en la aldea de Pozo Durba, hizo revivir en él todo aquel pasado radiante y glorioso del *Genio Gigante* que de nuevo en los valles terrestres debía marcar rumbos a la humanidad.

Y después de observarle en silencio muchos días, le pidió una confidencia íntima de orden espiritual. Y ésta fue toda una revelación para el joven Gran Sacerdote de la Escuela Iniciática del Desierto.

En sus breves treinta años no podían caber los vastos conocimientos de sucesos ocurridos en esa brumosa lejanía que llamamos Prehistoria.

Pasajes breves de sus existencias anteriores en Lemuria y Atlántida, en relatos que fueron dejando los Archiveros anteriores durante siglos de pacientes recopilaciones, las había conocido en el Archivo de Menfis o en el que guardaba su madre en el Oratorio del castillo del Lago Merik.

Mas, en cuanto a investigaciones espirituales supra físicas realizadas por él mismo en épocas prehistóricas, le eran ajenas en absoluto.

Escuchando la confidencia del Anciano Hierofante Isesi con el joven Pontífice del Desierto, Moisés, podremos aprender, lector amigo, algo más de lo que hasta este momento nos ha revelado la Luz Eterna al ir levantando poco a poco el velo que esconde sus estupendos secretos.

–Moisés, nieto de Epuvia Ahisa, mi amada hija del alma, debes saber que ella me tenía prometido este momento solemne y bien esperado de mi larga vida.

–En espíritu tenía relaciones contigo, según eso, Patriarca Isesi.

–Justamente. Sus manifestaciones han sido frecuentes y sólo han cesado cuando ella tomó de nuevo la materia física. Observo bien, hijo mío, que tu vida actual va tomando la semejanza a la del gran Maestro Antulio, que seguramente tú debes conocer.

Y el Anciano esperó la contestación de Moisés.

–En efecto conozco algo, igualmente que la de Anfión de Orozuma. Y a este propósito recuerdo que estando un día en presencia del Pontífice Membra le vi absorbido en la observación de un viejísimo rollo de papiro del Archivo traído del Templo de On y cuyo título era: *Apocalipsis del Profeta Antulio de Manh-Ethel*. ¿Puedo conocer todo esto?, recuerdo que le pregunté. Más adelante, hijo mío, me contestó. Tienes que vivir hoy, añadió, con la cabeza y los pies bien fijos en la tierra, antes de tender el vuelo a las regiones donde nunca se esconde el sol. Era yo entonces Superintendente Virrey y en verdad mi vida era un vértigo, un remolino de actividades en cumplimiento del cargo que había aceptado.

–Bien. Ese *más adelante* que dijo el Pontífice Membra creo que ha llegado para ti y me cabe la honra de ser yo, a mis ochenta años, el portavoz que te los haga conocer. Yo tengo en mi archivo particular el *Apocalipsis del Profeta Antulio* y si es de tu gusto los estudiaremos en las reuniones de tu Consejo actual o cuando tú lo creas más conveniente.

Y en siete noches consecutivas, reunidos en Consejo los Hierofantes de la Escuela Iniciática de Pozo Durba, el Patriarca Isesi dio lectura al papiro que relataba las exploraciones siderales del Maestro Antulio en diversos planos y mundos de la infinita inmensidad.

Escuchémosle amigo lector en la imponente soledad del desierto:

–Copia tercera del Apocalipsis del Maestro Antulio, cuyo original se conserva en el Archivo secreto del templo de On y fue escrito en lengua tolteca por su discípulo íntimo y notario Hilkar de Talpakén:

"*El Hombre*: cuando los Fuegos Magnos, supremos señores de este Universo, comprendieron que avanzaba la primera edad o época glacial para este globo en formación dieron las órdenes de comenzar los ensayos para formar los ectoplasmas que pudieran luego adaptarse sin nuevas dificultades al cuerpo astral y etérico de los espíritus que debían formar las primitivas razas humanas en el planeta.

"Las épocas invertidas en tales ensayos no pueden precisarse con exactitud, pero la lógica misma permite suponer que fueron extremadamente largas, dado el principio fundamental de que la Naturaleza no procede a saltos sino con una lenta y constante transformación hacia la perfección.

"A miles los *Ioms o Espíritus obreros de la Forma* en los campos del Infinito realizaron ensayos, tomando elementos constitutivos de las especies animales que por entonces habitaban este planeta.

"Los hipopótamos, mamut, jirafas, cebras, monos gigantes, ciervos, rangíferos y jabalíes de la segunda época glacial, les sirvieron para formar con parte de su materia orgánica los primeros ectoplasmas que habían de adaptar a los cuerpos astrales que albergarían a los espíritus de la primitiva humanidad terrestre. Dichos espíritus fueron escogidos entre los retardados de otros globos que habían dado ya un paso más en la carrera infinita del progreso eterno.

"Tal es la causa de la enorme diferencia que aún hoy día, puede notarse entre una y otra de las varias razas de la especie humana.

"Los seres humanos que se adaptaron al ectoplasma formado de la materia orgánica de la especie animal que denominaremos jabalí, debían diferir naturalmente de la adaptada a la materia orgánica de los ciervos, de los monos o de cualquiera de las otras especies utilizadas como materia prima.

"Lo cual no fue jamás un obstáculo para que la especie animal originaria siguiera existiendo en sus aspectos propios. De la misma manera que muchas especies vegetales continúan viviendo y fructificando de acuerdo a su primera conformación, aun cuando el horticultor haya utilizado tallos y raíces para injertar en ese tronco otra especie vegetal con flores y frutas diferentes.

"Estas diferencias de aspectos exteriores de una raza a otras hubieran desaparecido al correr de los milenios y de los siglos, si la ignorancia y egoísmo humano no hubiera luchado con la feroz insistencia que lo ha hecho para evitar el cruzamiento de las razas humanas. El orgullo y fanatismo hacía creer a los hombres primitivos que su raza era superior a las otras y se castigaba con pena de muerte al que mezclaba su sangre con la de otra raza, y este espantoso error que aún hoy perdura en muchos pueblos es la causa de que aún subsisten esas diferencias, cuyo origen acabamos de mencionar.

"Para tales diferencias es necesario asimismo tener en cuenta los ambientes, los climas, las circunstancias especiales en que cada raza se desarrolla y se desenvuelve.

"Hecho este preliminar pasemos a explicar lo que es el Hombre encarnado en el Planeta Tierra.

"En la infinita escala de los seres orgánicos que viven en el planeta, el Hombre es lo más perfecto a que ha llegado la Naturaleza en sus constantes y magníficas creaciones. Por todas sus condiciones está colocado inmediatamente más arriba de todos los seres vivientes en el plano físico y más abajo de los espíritus denominados Legiones del Reino, o Ángeles Guardianes por su inmediata actuación entre el plano físico y el plano espiritual.

"Con un pie en el umbral del Templo Angélico, con el otro en la pradera en que pastorean las bestias, el Hombre es un cántaro de barro dentro del cual existe compleja mezcolanza, una infinidad de bellezas con una infinidad de malezas.

"El Hombre, pues, fue así conformado por la Eterna Ley: Materia densa o cuerpo físico; Cuerpo Mental o intermediario; Principio espiritual o Ego, que es el Yo propiamente dicho.

"La *Materia densa o cuerpo físico* está envuelto de una aura o irradiación de materia astral en cuya constitución participan los cuatro primordiales elementos del globo terrestre: aire, fuego, agua y tierra. Posee también el Fluido vital o fuego circulatorio, que recorre vertiginosamente todo el cuerpo físico y que es el aura propia de la sangre, de color rosado, más vivo o más pálido según la sangre sea más o menos pura. El cuerpo físico tiene además la irradiación o aura particular del cerebro y de la médula espinal prolongación del cerebro, a la cual se le denomina: Fluido etéreo nervioso. Todo esto pertenece al cuerpo físico del Hombre.

"Paso a detallar el *Cuerpo Mental o Intermediario*: es una emanación directa del Ego o Yo Superior, como si dijéramos su voluntad o conciencia que desciende al plano físico a buscar la unión con la materia orgánica para realizar la vida que se propone. Este Cuerpo Mental o Intermediario está sujeto a muchas variaciones según las actividades que despliega, según los ambientes en que su materia física actúa, y según la orientación que se le imprime. Si la unión con la materia, la gestación o el nacimiento ocurren bajo una influencia astral decadente o mala, este Cuerpo Mental o Intermediario se verá fuertemente impulsado a apartarse del Ego o Yo Superior, cuya influencia benéfica sobre él se debilita paulatinamente y se identifica más con la materia física que llega a dominarle casi por completo con los instintos propios de la naturaleza animal, viciosamente desarrollados por la influencia astral antes dicha, y acaso en conjunción con una mala tara hereditaria. En tal caso tenemos al hombre vicioso, malo, al

hombre bestia, abrumado de todas las bajezas y ruindades de la más grosera materialidad.

"La vida física del hombre no comienza pues, el día de su nacimiento, sino el día en que se realiza la unión del Cuerpo Mental Intermediario con el Cuerpo Mental de la que va ser su madre; secreto y profundo himeneo que le ata a entrambos para toda esa vida, y a veces para muchas vidas según las afinidades de los espíritus actores en ese grandioso drama de la vida física. Más que el momento del nacimiento, es el comienzo de la gestación el que marca de verdad o diseña el camino a cada hombre que entra a la vida física, (*en la Escuela del Maestro Antulio, no se contaban los años de un ser por el día de su nacimiento sino por el día de su concepción; y se preparaba con secreta y profunda enseñanza a los desposados, para que su entrada a la sala nupcial estuviese rodeada de todas las circunstancias espirituales, astrales y físicas, necesarias a la más hermosa y feliz entrada de la chispa divina al Santuario en que había de actuar en los planos de la vida material como hombre encarnado).

"El Cuerpo Mental o Intermediario varía y cambia constantemente a cada pensamiento, a cada deseo, a cada emoción. Y de aquí viene el que los videntes le vean de tan diversas maneras, causándoles grandes perplejidades y a veces culpándose de haber sido víctimas de engaños y equivocaciones. El mismo Cuerpo Mental toma formas y colores diferentes según le anima una emoción de amor puro, de esperanza justa y recta, de anhelos nobles y elevados, o por el contrario de bajos deseos, de aversiones, de odios, de venganza o de crímenes.

"Este Cuerpo Mental o Intermediario desempeña también las funciones de transmisor al plano físico de las ideas, pensamientos, proyectos u órdenes que el Ego o Yo superior percibe de las Inteligencias Superiores aunque éstas residan en los planos más elevados del Infinito. Y para que esta percepción se realice es indispensable que el Cuerpo Mental o Intermediario se mantenga ajeno, lo más posible a toda ruindad y bajeza, a las emociones pasionales violentas, a los ambientes de intriga, de aversión o de crimen.

"El *Ego o Yo Superior* a cuyo estudio llegamos es el más simple de los componentes del ser humano.

"Nace de la Energía Eterna que arroja de sí constantemente y a millares, pequeños focos luminosos con inteligencia propia y con parte de la potencialidad creadora de quien le dio la vida. Algo así como nuestro sol que arroja incesantemente rayos

luminosos sin que se disminuya ni agote su caudal. El pequeño foco luminoso destinado a ser el Ego de un ser humano, apenas surgido de la Eterna Energía, comienza a acumular en torno suyo sustancia cósmica sutilísima, que le forma su aura propia o como si dijéramos su envoltura. Y así que ha conseguido formarse esta vestidura fluídica, debe procurarse encarnaciones en el planeta que le haya sido designado por la Inteligencia Superior que prohíja cada creación múltiple de la Eterna Energía.

"Como una pequeña luciérnaga que se enciende y se apaga, el Ego emite rayitos luminosos en todas direcciones, más débiles al principio, más fuertes y rápidos después, tal como si sondeara el infinito abismo buscando los medios conducentes a su engrandecimiento. Esos rayos luminosos que son Inteligencia, Voluntad y Amor, son encauzados por Inteligencias encargadas por la Eterna Ley de ayuda mutua, para dirigir las encarnaciones en los globos que entran en condición de recibir humanidades en estado primitivo.

"Tal es la definición del Hombre encarnado sobre la Tierra.

* * *

"*Legión de Guardianes*: forman la primera pléyade gloriosa y feliz del Reino de la Luz y del Amor.

"Son Inteligencias de una evolución avanzada y que por su naturaleza propia pueden actuar con mayor facilidad en el plano físico ya individualmente o en colectividades.

"Son los más numerosos y los que más cooperación directa prestan a las Inteligencias encarnadas, o sea al hombre.

"Toda obra de bien y de justicia está auspiciada y defendida por estas entidades de gran pureza aunque no perfectas, las cuales encarnan con bastante frecuencia en la humanidad terrestre y se les puede reconocer en varias cualidades, siendo la más notoria la firmeza para rechazar el engaño, y en general toda bajeza y ruindad.

"Todo ser humano que encarna con misiones de importancia tiene uno o varios de estos guardianes encargados de cooperar e inducirle hacia el cumplimiento de sus compromisos como espíritu.

"A veces toman formas y se hacen visibles, y hasta obran a veces casi como encarnados cuando causas justas así lo reclaman.

"Ellos forman esa fuerza inteligente y oculta que llaman a veces Providencia que acude en el momento preciso de salvar una necesidad cuando es verdaderamente imprescindible.

"Son los depositarios del secreto que envuelve el comienzo y

la terminación de las vidas físicas, o sea que ellos saben cuándo y dónde debe empezar una vida física, y dónde y cuándo ha de terminar. Pero como es Ley que no todos los seres terrestres son capaces de poseer tales secretos, estas elevadas Inteligencias los guardan con rigurosa severidad. Son ellas las que guardan el *Gran Libro de la Vida y de la Muerte*, y sólo por causas graves y justas les es permitido revelar a determinados seres cosas que atañen a los secretos que la Eterna Verdad les confía.

"La Legión de Guardianes está formada por entidades originarias de diversos mundos adelantados y cuyas humanidades tienen una evolución superior a nuestra Tierra, por ejemplo Venus, Júpiter, Alfa, Arco de Oro, Acuamundis y de la mayoría de los grandes planetas.

"Cuando encarnan en mundos inferiores como la Tierra, hacen de ordinario una vida breve, salvo algunos casos en que una causa poderosa les obliga a prolongarla. Muy pocas veces un ser de estos permanece encarnado más de cincuenta años.

"Están repartidos en siete grandes divisiones cada una de las cuales obedece a uno de entre ellos de mayor evolución que les imparte las órdenes que les son transmitidas por los Heraldos de la Jerarquía inmediata superior que a su tiempo describiremos. Cada una de estas divisiones lleva el nombre de uno de los siete colores en que se descompone la luz astral: amarillo, azul, escarlata, verde, violeta, turquí, rosado.

"Sus principales características son el amor desinteresado y puro, la suavidad y la dulzura unidas a una grande firmeza y perseverancia cuando se han abrazado a una causa justa y buena. Toda belleza les encanta y toda bajeza les repugna y asquea por que les entorpece en los trabajos espirituales aceptados como misión.

"Son invulnerables a las bajas pasiones carnales y casi nunca ocupan posiciones elevadas de riqueza y poder entre los hombres.

"Muchos de ellos encarnan en los mundos inferiores cuando se acerca el advenimiento del Instructor del Planeta para allanarle los caminos y prepararle ambiente.

"En las épocas en que florecen civilizaciones de gran adelanto espiritual encarnan en proporción de uno cada dos mil en los parajes de la Tierra donde se realizan obras de justicia y de fraternidad.

"Los excesos de sensualidad que unen a la mayoría de los matrimonios, forman la barrera que impide a estas entidades encarnar en mayor número.

"Y en las épocas de decadencia de las civilizaciones, sucede que pasan hasta dos siglos o más sin que les sea posible tomar materia en el plano físico. (*Esta verdad fue la que el Maestro Antulio quiso inyectar en el alma de la juventud de su tiempo cuando en sus grandes discursos les hablaba del manto de lino con que los donceles y las vírgenes debían cubrirse para esperar al amor).

"Son también estas entidades las que se constituyen en Guías de las colectividades o agrupaciones grandes o pequeñas que se constituyen con fines de progreso espiritual; y Guías también de los países, ciudades o pueblos donde hay marcada tendencia a los estudios espirituales elevados.

"Son ellas las inspiradoras inmediatas del hombre cuya evolución le permite establecer contacto mental con estas entidades, que cuando consiguen afinidad con los encarnados llegan a tener muy delicadas solicitudes y ternezas, sintiendo íntima complacencia en los acercamientos de espíritu a espíritu. (*Es por esto, que se encierra una profunda Verdad en la atrevida afirmación del gran Maestro Antulio: *"¡Hombre, vaso de tierra con alma de Dios!... ¿Has pensado que tienes el poder de atraer las grandezas del Infinito sobre tu vida terrestre?*).

"Estas entidades pueden llegar a identificarse y unirse tanto a las Inteligencias encarnadas que pueden comunicarse como amigos que se encuentren en una misma habitación. (*Estas Legiones están diseminadas en siete sistemas Estelares de mayor o menor dimensión que nuestro sistema solar).

"Son finalmente como los porteros del mundo espiritual que abren las puertas de cristal y oro del Reino de Dios para hacer llegar de arriba abajo y de abajo hacia arriba los dones divinos de los cielos superiores; y las plegarias, los anhelos puros y santas esperanzas de los que caminan por la tierra buscando con la mente a la Divinidad.

* * *

"*Muralla de Diamantes*: Arcángeles, es la Jerarquía de Inteligencias que sigue inmediata a la Legión de Guardianes.

"Su misión y aptitudes propias están bien sintetizadas en su nombre: *Muralla de Diamantes*. La Justicia y el Poder son en ellos tan inexpugnables, que nada ni nadie les cambia su ruta cuando con pleno convencimiento han aceptado llevar a cabo la realización de una obra.

"Están subdivididas y catalogadas como sigue, según sus facultades y actuación: Vigías, Potenciales, Heraldos, Columnas, Aquilones, Flechas, Rayos de Fuego. Son siete categorías dirigidas por siete Jerarcas que obedecen las órdenes de uno de ellos cuando su avanzada evolución le subió a la altura de los Mesías.

"Los clarividentes de nuestra Tierra les ven casi siempre vestidos de túnica color plata y azul, rojo y oro, con alas luminosas y purpúreas, y con dos largas llamas de luz amarilla semejante a espadas que brotan de sus manos.

"Los sensitivos perciben su acercamiento como un suave calor acompañado de gran energía.

"Manejan corrientes magnéticas y electro radiantes poderosísimas. Pueden desintegrar en pocos momentos cuerpos inanimados o animados, y dispersar como polvo sus moléculas y átomos. Pueden mover y trasladar seres y cosas a cortas y largas distancias.

"Ellos forman como su nombre lo indica, la muralla defensiva de la humanidad en estado de progreso, para que las corrientes de la destrucción no le invadan mientras no han llegado a su decadencia o decrepitud.

"Son los Agentes poderosos de la Ley Eterna para la formación de la vestidura etérea y astral que los Egos hacen descender al plano físico para animar cada vida o encarnación. Sin poner obstáculos al libre albedrío de las Inteligencias encarnadas o por encarnar, juzgan sobre el *debe* y el *haber* de cada vida y marcan las rutas por donde cada Ego ha de encauzar sus encarnaciones, lo mismo que vigilan para la más severa equidad y justicia en las pruebas en que ha de desarrollar su personalidad cada Inteligencia encarnada. Puede decirse que son también los que forman, controlan y rigen las atmósferas en sus múltiples y variadísimas formas, corrientes y aspectos. Pueden desatar espantosas tempestades como detenerlas súbitamente, siendo ésta la causa de que las escuelas de Conocimiento Superior les hayan dado el nombre de Señores de los Elementos. Las residencias habituales de estas elevadas Inteligencias están ubicadas en siete universos, más allá de los niveles de nuestro sistema solar.

"Bajan de vez en cuando al plano astral terrestre y pueden tomar la forma humana a voluntad cuando lo exige así el mejor cumplimiento de sus decisiones.

"Son ellos los artistas escultores que forjan las auras protectoras de los grandes Mesías cuando deciden tomar materia en planos físicos, y son los que protegen la subida, a través de atmósferas densas o sutiles, de las Inteligencias adelantadas

cuando desprendidas por el sueño, por la hipnosis o por el éxtasis, buscan el contacto espiritual con alguna de las grandes entidades que dirigen las evoluciones humanas y a las cuales denominamos Mesías o Instructores.

"Su naturaleza les impide encarnar como los hombres terrestres, y si han de permanecer durante un lapso en este plano físico, se procuran y buscan una materia y medio ambiente adecuado, y la toman a la manera de posesión medianímica consciente, de ordinario entre los siete y los doce años de edad del niño o niña, y dejan el cuerpo al término de su cometido por una desencarnación súbita, o a veces dando lugar a que posea de nuevo esa materia la misma Inteligencia que la animó en los primeros años.

"Son los autores de hundimientos de montañas, de continentes y de todas las grandes catástrofes y movimientos sísmicos que transforman la superficie de las esferas que ruedan en el infinito azul.

"Juntamente con la Legión de Guardianes descrita anteriormente, la Muralla de Diamantes forman la inmensa pléyade de las Inteligencias que gobiernan los millares de planos físicos en que realizan su evolución todas las humanidades encarnadas.

"Las regiones de paz y de dicha habitadas por estas inmensas pléyades de inteligencias adelantadas las defino así:

Más allá de la atmósfera y del éter que envuelve a la Tierra, se abren los pórticos del primer cielo como incontables arco iris estampados a fuego en el purísimo azul, con la Legión de Guardianes flotando como en sutilísimos cortinados de gasas luminosas que son a la vez como celajes de aurora y nimbos plateados de luna llena, discurren y piensan en los millares de seres encarnados y de obras que están bajo su protección y las realizan. Los unos, como incansables mensajeros bajan y suben que tal es su misión entre la tierra y el primer cielo. Los otros, en cambio, atentos a todo pensamiento que les viene del cielo superior, son como poderosos reflectores para hacer llegar el pensamiento divino aun a través de la pesada atmósfera de nuestro plano físico.

"Al escalar altura hasta el Segundo Cielo, habitación de la Muralla de Diamantes, fue tal el anonadamiento de mi ser que durante diez días permaneció mi organismo físico inmovilizado, muda mi lengua, cerrados mis oídos y ciegos mis ojos.

"Pasado ese tiempo puedo referir la magnificencia abrumadora de aquella visión: Siete avenidas circulares y concéntricas de inmensos árboles luminosos que se mueven como en un suave vaivén gigantesco producen una inmensa resonancia armoniosa

y dulcísima, dando al espectador la impresión de que cada hoja, cada flor de aquellos árboles de luz de múltiples colores, emite sonidos musicales como de millares de liras pulsadas por manos invisibles, y por entre aquellas radiantes avenidas de árboles, van y vienen, suben y bajan en grupos, en parejas, en tríos, los hermosísimos seres que forman la Muralla de Diamantes, o sea la segunda pléyade de Inteligencias protectoras de los mundos físicos habitados por seres encarnados.

"En este Cielo se guarda y custodia el gran "Libro de las Edades" que pasaron, de las civilizaciones muertas y de todas las vidas sucesivas de los hombres.

"A las puertas de este Cielo debe llamar el explorador espiritual que quiere referir a los hombres de su mundo propio, la verdad de los hechos que pasaron desde que la vida comenzó a palpitar en él.

"El gran "Libro de las Edades", de inmensas proporciones, se abre al mandato mental de siete Inteligencias de aquel Segundo Cielo; cada página es como un escenario gigantesco, como una planicie luminosa donde el espectador va viendo realizarse los hechos.

"Y auxiliado en su ardua tarea por Inteligencias del Cielo anterior por donde forzosamente ha debido pasar, va acumulando en su cuerpo mental todo cuanto oye y ve, hasta que ha llenado su ánfora y entonces desciende nuevamente a la atmósfera de su mundo físico, para vaciar en el cuerpo mental de un compañero encarnado, un sensitivo que le fue deparado por la Eterna Ley, como instrumento para la difusión de las verdades eternas entre las humanidades que han llegado a la capacidad necesaria para asimilarlas.

* * *

"Auxiliado por grandes aliados invisibles pude escalar en las alas sutiles del éxtasis, hasta el tercer Cielo, residencia de dos grandes pléyades de Inteligencias gloriosas que en las Escuelas de Superior Conocimiento están conocidas con los nombres de *Esplendores* y *Victorias*. Los primeros forman el principio masculino y los segundos el principio femenino.

"Me encontré con siete inmensos lagos de forma oval y cuyas aguas intensamente luminosas producían una suave resonancia al agitarse en tenues oleajes. La resonancia iba subiendo de tono y centuplicando la inefable belleza de sus armonías hasta que al

venir sobre los siete lagos una marea gigantesca los convirtió en un océano de olas luminosas y resonantes. Y de entre aquella esplendorosa marea surgían con natural suavidad centenares y miles de seres bellísimos de un esplendor tal que no podría precisar si eran ellos que iluminaban las aguas maravillosas o las aguas les prestaban a ellos sus radiantes coloridos.

"Aquellos seres con la luz hecha forma, cual si fueran estrellas y soles con formas humanas sutilísimas. Y pude comprender que tomaban con sus manos sustancias cósmicas de la ola gigantesca en que flotaban y como por arte mágico se iba formando y desgranando de sus manos que parecían tejer infinidad de tipos de flores maravillosas, de doradas libélulas, de infantillos preciosísimos a todos los cuales les soplaban con suave aliento echándolos a flotar por el éter purísimo que envolvía aquel divino panorama ultra terrestre. Son animados de vida temporal por el impulso generador del Amor Eterno y se derraman por los infinitos planos donde se elabora el progreso de los seres como prototipos, y materia prima para los cuerpos astrales de las flores, de los animalitos y de los seres humanos.

"Y como todo es allí rápido como el relámpago, porque es el pensamiento hecho forma, vi llegar como en un nivel superior a la ola en que flotaba aquella primera legión, otra numerosa pléyade de seres igualmente bellos y radiantes, pero de dimensiones más pequeñas cual si fueran adolescentes comparados con jóvenes en edad viril. Coronados de laureles que brillaban como esmeraldas a la luz del sol, emitían de sí mismos sonidos musicales tan divinos, tan potentes, que la ola inmensa vibraba, palpitaba, parecía estremecerse, absorbiendo aquella sinfonía colosal con la cual ninguna armonía de la tierra es comparable. "–*Son los señores del sonido, del color y de la forma* –dijo un pensamiento que era como una voz a mis oídos–. *"Son los Esplendores y las Victorias, cuyas nupcias eternas son eternamente creadoras"*.

"Vi a la inmensa ola luminosa y viva que se recogía sobre sí misma y con rapidez de vértigo se alejaba entre abismos de luz y de calor, para retornar luego con los mismos aspectos cual si fuera la inmensa palpitación de vida, de luz y de energía del insondable Infinito.

"Volví al plano físico donde pasé muchos días absorbido completamente por el recuerdo de lo que había visto y oído. La oscuridad de la tierra me daba la impresión de una sombría tumba, y sus ásperos sonidos como gritos de furias y crujir de cadenas que se rompen.

"Comprendí que el Amor Eterno me había besado en la frente; que la Luz Divina me había mecido en su regazo, y la Eterna Armonía de las Esferas había arrullado mi sueño unos instantes.

* * *

"*Los Egos*: Cuando el Gran Atmán, el Supremo, el Absoluto, tuvo a bien mandar que me fueran abiertas las puertas del Cuarto, Quinto y Sexto Cielo, me preparé durante siete días con varias horas diarias de silencio, de quietud, de olvido de todas las criaturas y de todas las cosas; y cuando sentí que mi mundo interior se hallaba como sumido en la serena calma de esa completa soledad, me recogí en mi recinto de oración y clamé con mi pensamiento: *"¡Padre Universal! ¡Soy chispa emanada de Ti y pido llegar hasta Ti!"*. Una formidable oleada de Amor Divino me sumergió en las luminosas aguas del éxtasis y esta diminuta chispa vio algo más de la grandeza divina. Sentidme transportado a una región serenísima inundada de tenues claridades de amanecer tropical. Desde inconmensurable altura bajaba delante de mí un cortinado transparente de un celeste brillantísimo cual si fuera tejido con hebras de luz de las estrellas. Y de sus múltiples pliegues y repliegues surgieron como a la voz de un mandato silencioso, siete adolescentes de aquellos que yo viera en el tercer cielo, coronados de brillantes laureles. Comprendí que era el elemento femenino quien guarda la entrada a este callado lugar de gloria y de paz. Al suave contacto de sus manitas como lirios de luz, el inmenso cortinado se abría suavemente al mismo tiempo que en el fondo de mí yo resonaba sin sonido estas frases: "*–Pasad sin miedo, y cuando hayáis transpuesto los siete velos que amurallan este recinto veréis lo que venís buscando*". Y otras manitas de lirios de luz abrían con suavidad infinita otro velo de color oro pálido, y luego otro teñido de brillante amatista; y otro más de verde mar, y los tres finales de un blanco brillantísimo como hechos de luz de luna saturada de un suavísimo calor que era a la vez energía y vitalidad. Me sentí lleno de fuerza y de vida, y avancé ya solo y resueltamente. Mi estupor y asombro estuvo a punto de inmovilizarme y terminar con mi vida, pues al abrirse el último velo me encontré conmigo mismo. Yo era el que entraba y yo era quién salía a recibirme. Sí, era Yo, pero pude apreciar que aquel Yo que me recibía era incomparablemente más bello que yo que llegaba. Me encontraba, pues, ante mi propio Ego, mi Yo Superior, el padre de todas mis vidas en una larga cadena de siglos. No sé precisar el

tiempo que estuvimos contemplándonos uno al otro, ni soy capaz de analizar a fondo mis sentimientos.

"Sólo sé que de los ojos luminosos de Él corrían dos hilos de lágrimas que resplandecían como diamantes de primera agua, al mismo tiempo que corrían también de mis ojos lágrimas sin brillo alguno pero que me llenaban de una íntima e inefable felicidad. "*–Eres mi hijo por toda la eternidad, y porque durante dos ciclos de evolución has obedecido dócilmente mis mandatos es que la Ley te permite confundirte conmigo en un estrecho abrazo del que ya no podrás apartarte jamás porque venciste el engaño y la ilusión*" –comprendí que me decía sin hablar, y me envolvió en sus brazos cuyo roce era tan suave como el ondular de un velo de tul, o como las brisas de las tardes en nuestros jardines en flor.

"*–Yo soy tú y tú eres Yo mismo* –continuó diciendo, y como él adivinase que iba arrojarme ante Él para darle las gracias me tomó las manos y dijo–. *Tanto te debo yo a ti como tú a mí. Yo me he engrandecido a costa de tus obediencias y de tus sacrificios. Si tú no hubieras respondido al impulso de mi voluntad, yo permanecería aun como esos millares de globos luminosos que allí veis*". –Y en ese mismo instante vi como una selva de globos luminosos de forma oval que parecían suspendidos por hilos invisibles de una altura que no podía precisar, y de los cuales partían hacia abajo cintas de blanca luz más anchas las unas, más estrechas las otras, algunas como un hilillo apenas perceptible. "*–Son* –dijo–, l*os Egos durmientes de los millares de seres humanos de millares de mundos, cuyas personalidades físicas no les responden aún como ellos quisieran*". Y avanzando a través de aquella selva de globos luminosos y palpitantes de energía contenida, llegamos a otros pórticos igualmente velados de cortinas maravillosas, pues exhalaban a la vez perfume, luz y armonía. Por sí solas se agitaron abriéndose en dos y pude ver otra selva de globos radiantes que se agitaban como al impulso de una fuerte corriente y comenzaba en ellos a delinearse delicadas formas semejantes a la humana. "*–Son los Egos de los hombres que empiezan a redimirse"* –dijo mi guía–. *"Y ahora verás mi palacio encantado que será tu heredad eterna cuando hayas terminado de engrandecerte y engrandecerme*" –y nuevos velos tejidos de luces de iris, de cendales de aurora, se abrieron ante mí dándome el divino y sublime espectáculo de una muchedumbre de seres transparentes y luminosos como mi guía que nos sonreían afablemente. "*–Estos son los que nacieron del mismo aliento divino de donde Yo surgí en un día que se pierde ya en la eternidad del Absoluto. Algunos de ellos*

recibieron antes que Yo la visita de su Yo, lejano en los mundos de dolor y de la prueba donde se conquista lo que tú posees en esta hora de tus peregrinaciones. Aquí, puedes detenerte más tiempo porque es la morada de tu Padre, tu propia casa. Observa todo cuanto te rodea y mi pensamiento te contestará". Como a mi mente acudieran en inusitado tropel los interrogantes unos en pos de otros, mi Ego continuó–. "*Te maravilla y asombra en grado sumo sentirte vivir y a la vez verme vivir, y que tú y yo somos uno solo en una dualidad maravillosa. Con los poderes dados por la Energía Eterna a toda chispa emanada de Ella, yo me asomé a las fuentes de la Vida y me reflejé en ellas. Tú eres la imagen aparecida en la linfa cristalina, Yo soy la realidad. Tú te inclinas sobre la orilla de un lago, y apareces tú mismo reflejado en las aguas; la del lago es tu imagen, la realidad eres tú. Este símil comparativo te ayuda a comprender la gran Verdad*".

"Pensé en todos aquellos radiantes seres llenos de vida irradiando una superabundancia de energía, que casi me eran tangibles las vibraciones luminosas que emitían. Comprendí que habían sido globos de luz como los otros y que la evolución les había transformado en soles de potente radiación y con formas humanas. Y mi Ego contestó a mi pensar: "*–Te asombra de ver que las vibraciones de luz de todos ellos son como un huracán de estrellas lanzadas al vacío en un desbordamiento incontenible, y lo comparas con mi quietud y amorosa calma de estos momentos. Ellos tienen a sus hijos, a su Yo, encarnado, en globos muy lejanos, oscuros, penosos y atrasados como tu Tierra, donde milenios de siglos andados pacientemente te han dado esta compensación. Y vibran, piensan y aman así porque viven sintiendo sus llamadas angustiosas, sus desfallecimientos terribles, sus martirios, sus ansiedades, sus sacrificios. Cada uno de esos hijos es un Instructor de Humanidades, un Redentor, un Salvador como tú en aquella estrella lejana a donde fuiste por mi voluntad. Así pensaba, amaba y vibraba Yo, cuando en la personalidad de Juno flotabas sobre los mares salvando a las víctimas de la avaricia humana; cuando Numú levantaba de la postración y de la esclavitud a las muchedumbres de Lemuria; cuando Anfión se desvelaba por las almas encarnadas en Atlántida. Cuando ahora que eres Antulio tornes de nuevo al plano terrestre, vibraré como ellos, amaré como ellos y más que muchos de ellos porque la unión tuya y mía ha entrado hoy en una etapa nueva de vida más íntima, de absoluta consagración, toda vez que vencidos los afectos de las criaturas por una absoluta y generosa renuncia, no existe ya*

nada que te separe de Mí. Mira". –Y como una luz que entra en otra luz, me vi dentro de Él o Él dentro de mí sólo por un instante quizá, pero fue lo bastante para que yo comprendiera cómo se obra el maravilloso refundirse de cada alma con la Divinidad, cuando llega la hora de volver como llama viva al Gran Todo Universal.

"El infinito deleite de aquel instante la palabra humana no alcanza a describirlo, Me sentí infinitamente amado pero con un amor tan soberano y grande que cada molécula de mi ser era como un raudal de infinito amor. Debí caer en el olvido de mí mismo, en un sopor, en una inconsciencia y al volver a ver como antes viera, mi Ego se deslizó ante mí y yo en pos de Él hasta llegar a una inmensa nube resplandeciente que parecía cerrarnos el paso. De pronto vi un punto más luminoso que fue ensanchándose como un círculo o abertura esférica lo bastante para dar paso a nuestras miradas. *"–Hasta aquí me permite llegar mi ley de esta hora* –dijo mi guía–, *pero no me niega mirar más allá, comprender y sentir".* –Mi Ego se revistió de un tal resplandor vivísimo que yo desaparecía entre aquel llameante luminar. Y comprendí estas palabras–: *"El Séptimo Cielo donde moran las Arpas Vivas, Mesías que pertenecieron a la falange de los Amadores, a donde yo pertenezco y de donde recibo la Luz, el Amor y la Energía. Mira".* –Yo miré y comprendí que estaba como anulado, como refundido entre el resplandor, la energía y la vida de mi Yo superior, mi Ego, cuya fuerza radiante parecía absorberme y disolverme en él mismo. Comprendí que era como una gota de agua que se diluía en un océano de aguas luminosas y transparentes; que era yo como imperceptible sonido en un desbordamiento de armonía Divina.

"Y comprendí también que esta superabundancia de fuerza, luz, energía y vida que de tan notable manera aumentaba la potencialidad en mi Ego, venía hacia Él por aquel ventanal circular al que estaba asomado y le llegaba desde un radiante sol rosado como tejido de resplandor de amatistas y el cual tenía forma humana bien definida, con una cabeza maravillosamente bella, con su cabello color oro pálido, ojos azules profundos y suaves como dos luceros de amoroso y tiernísimo mirar.

"Y mi Ego absorbido por aquella mirada de supremo amor, absorto y compenetrado por aquella maravillosa energía, pareció suspender toda vibración y quedar como sin pensamiento alguno, mas mi íntima unión con Él me hizo comprender que aquel gran Ser que nos miraba, nos amaba intensamente y nos bendecía con infinita ternura, era el Mesías bajo cuya protección y amoroso amparo, mi Ego había realizado su evolución desde los comienzos

de su tarea de millares de siglos. Era Sirio, el que le había acogido desde sus primeros ensayos de vida en las más ínfimas especies, el que le había visto como un verde musgo sobre la piedra de la sepultura que guardaba sus restos de hombre mortal, el que le había prohijado en su pasaje en vidas múltiples, a través de los reinos vegetal, animal y humano, hasta verle convertido en una llama viva de la Eterna Luz.

"*–Porque Yo no puedo ya ir hacia Ti, el Amor Eterno te trae hasta Mí*" –dijo sin palabras aquel extraordinario sol rosado que pensaba, amaba y emitía de sí mismo poderosas olas de Energía Viva–. "*Unos breves pasos más y vivirás conmigo en este Séptimo Cielo que es la consagración definitiva para todo el que se ha superado a sí mismo y ha sido capaz de amar por encima de todas las cosas*"; –le vi más cerca del ventanal circular, ya casi podíamos tocarle y cediendo quizá a nuestro intenso y potentísimo anhelo posó sus manos de luz rosada sobre nuestras cabezas y cual si todas sus vibraciones fuera una música divina comprendí que Él era un himno vivo que nos cantaba: *Que el Amor Eterno sea tu herencia porque has amado sobre todas las cosas*".

"Apartó sus manos de nosotros y la tendió en otra dirección. A ese influjo se abrió otro canal circular en aquellos muros formados como de nubes resplandecientes: –"*Lo que veis allí* –dijo con su poderoso pensamiento que nos penetraba por completo–, *son los ante pórticos del Infinito, del Absoluto, del Gran Todo Universal hacia donde caminamos sin podernos ya detener. Esos radiantes seres que os parecen soles de oro azul que sostienen rayos reverberantes que son cadenas de luz color de fuego, son las Antorchas Eternas que marcan los caminos a los millares de globos siderales que forman los Siete Universos, a uno de los cuales está encadenado vuestro pequeño Sistema Solar, en cuyas órbitas rueda como diminuta avellana vuestra Tierra.*

"Y son ellos los que encauzan la evolución de las humanidades que los habitan. Esas poderosas redes de hilos de fuego que dirigen y sostienen, desciende de la parte superior de este Séptimo Cielo morada de los Siete Fuegos Magnos, que son la Energía Creadora y Conservadora de los Siete Universos a que vos y Yo pertenecemos. Son ellos la cúspide gloriosa y radiante de la montaña eterna de la evolución que todos hemos de subir. Más allá de Ellos..., ya no hay más que la Eterna Luz, la Eterna Energía, el Eterno Amor en que desde toda la Eternidad han ido refundiéndose todas las Inteligencias creadas, después de haber recorrido iguales caminos desde los más tenebrosos comienzos

en la vorágine del caos hasta lo más radiante y excelso de la Divina Claridad".

"A las poderosas vibraciones de tales pensamientos de aquel soberano Ser, se abrieron como rasgaduras, en sutiles cortinados de un blanco de nieve abrillantado por inmensas hogueras, y pude percibir nítidamente a través de aquellas rasgaduras o resquicios, siete inmensos soles color de oro vivo, al lado de los cuales nuestro pobre sol parece menos que una lamparilla de aceite. Aquellos soles de oro vivo tenían formas humanas de una perfección y belleza indescriptible. Como tendidos en reposo sobre siete montículos formados como de millares de estrellas o flores de luz dorada, sostenían los hilos de los Siete Universos de su pertenencia, mientras departían y transmitían sus pensamientos a sus inmediatos inferiores, las Antorchas Eternas, que son los primeros ejecutores de aquellos soberanos pensamientos.

"Quizá nuestra pequeñez no resistió la presencia aunque lejana y puramente visual de aquellas soberanas Inteligencias, o que la hora permitida por la Eterna Ley había terminado, es lo cierto que tuve la sensación de ser envuelto con mi Ego en algo así como una blanda y tibia nubecilla de luz amarillenta y suavísima, entre la cual me pareció descender lentamente al mismo tiempo que una dulcísima melodía que parecía surgir de la nube misma, semejaba al dulce arrullo de un ensueño en una cuna de plumas y encajes blandamente mecida por la mano amorosa de una madre. Me desperté de nuevo a la oscura vida del plano físico terrestre, entre el gemir de tres de mis más íntimos discípulos a quienes el frío de mi materia les parecía ya el frío de la muerte. Sus primeras palabras: "–Maestro grande y bueno no te vayas y nos dejes solos", me produjeron un profundo sentimiento de humillación, que ellos no eran capaces de apreciar.

"– ¿Acaso es un gran mal que muera una hormiga? –les dije, absorto aún en mi insignificancia y nulidad comparada con lo que la Divina Bondad me había permitido comprender, sentir y vivir en el breve espacio de tiempo que media entre la caída de la tarde y la aparición de Venus en el espacio azul.

* * *

"*Llave de Oro*: llamo a la voluntad del ser Inteligente que quiere escalar las cumbres del desarrollo espiritual.

"La naturaleza misma que impulsa a la transformación y al progreso, lleva al ser casi instintivamente y en semiinconsciencia

por las fases de sus primeros grados de su desenvolvimiento intelectual o sea hasta el punto de discernir lo bueno de lo malo, lo mejor de lo peor, lo conveniente para sí mismo y lo que le es perjudicial. Hasta aquí es la evolución que llamo "*Sendero en campo abierto*", o sea para todo ser que ha pasado ya del Reino Animal al Reino Humano. Esos senderos convergen todos a un mismo punto, al silencioso huerto cerrado, el "*Huerto de los Enigmas*" como lo designa la Ciencia Espiritual conocida hasta hoy, a cuya puerta suele permanecer el alma humana años y siglos si no tiene la llave de oro de una decidida y valerosa voluntad.

"Ignora el alma humana qué hay detrás del muro infranqueable que cierra a todas las miradas aquel silencioso "*Huerto de los Enigmas*", y muchas veces prefiere entretenerse en los panoramas exteriores, praderas florecidas, lagos de cristal en que se reflejan los cielos, pájaros y flores que nacen y mueren, bestias que pacen por el césped, fieras que rugen cerca o lejos, hombres que se disputan el dominio de todo lo existente, haciendo de aquella vida una búsqueda inquieta de algo que les es necesario para su dicha y que no lo encuentran en parte alguna. Apenas si se aperciben que de tanto en tanto las puertas de bronce se abren, y unos pocos y a veces uno sólo penetra en el cerrado huerto que de nuevo cierra sus puertas tras de él.

"¿Por qué entran? ¿Qué buscan allí? ¿Son desequilibrados? ¿Son locos?... ¿Son despojos humanos que se sepultan vivos? Nada de eso. Son Inteligencias llegadas a ese grado de conciencia en que las cosas visibles han dejado ya de interesarles. Los placeres de los sentidos y todas las sensaciones propias del mundo de los deseos, dejaron de tener encantos para ellos y habiéndose forjado en duro crisol la *llave de oro,* que es a la vez Conocimiento y Amor penetran valientemente al *Huerto Cerrado* donde ignoran lo que encuentran, pero que una íntima voz, venida desde lo más profundo de su mundo interior, le asegura que allí está su dicha y su paz. Nadie sale a recibirle. Silencio y más silencio.

"Multitud de senderillos serpentean en todas direcciones como cintas que subiendo lentamente fueran bordando jeroglíficos en las verdes colinas.

"Y al fondo de aquel panorama hecho todo de silencio y de quietud, la blanca y austera silueta de un Santuario que como un recorte de marfil se destaca sobre un cielo de zafiro y amatista. ¿Cuál de aquellos senderos le llevará más pronto al templo de marfil?... Porque es indudable que todos ellos deben de conducir allí. El viajero cavila, piensa, solloza y gime en aquella soledad.

"Durante su travesía por los Senderos en campo abierto sintió muchas veces llamaradas de amor hacia grandes seres que le aparecían como gigantes comparados con su pequeñez. Era un filósofo, un orador, un gran músico, un poeta inspirado, un afamado pintor, un filántropo enamorado de la humanidad, un apóstol que empujaba a las muchedumbres a buscar su progreso y su bienestar.

"Piensa con amor en alguno de ellos el que más profundamente vive en el mundo de sus recuerdos. Y a medida que intensifica su pensamiento, de su corazón fluye como una hebra de luz, el anhelo, el ruego, el amor del que necesita auxilio, protección, ayuda. Y en la luminosa lejanía plena de calma y serenidad, ve diseñarse la silueta transparente y sutil del gran ser de avanzada Inteligencia en la cual pensó tan honda y sentidamente. Y ve que se acerca como un astro que siguiera una órbita marcada de antemano. Y se acerca más a medida que intensifica su clamoroso anhelo. Y cree sentir que le dice: – *¡Soy el que amas y porque me amas vengo a ti!*

"Va a postrarse para ofrendarle su adoración. Y siente otra vez la íntima voz sin ruido: *–No soy Dios, sino una emanación de Dios sobre ti. No soy Yo mismo en toda la realidad de mi actual existencia en planos muy más arriba del éter que te envuelve. Soy tan solo una imagen astral creada por tu amor y vivificada por mi amor que responde a tu amor. Soy pues una creación tuya y mía que perdurará tanto tiempo en tu mundo mental y emotivo como perdure tu amor hacia mí y tu anhelo de engrandecerte y purificarte siguiendo mis huellas. Mi personalidad real la verás algún día, pero eso será cuando hayas corrido tanto hacia arriba que puedas ensayar vuelos a la Morada que la Eterna Ley me ha dado por habitación. Ahora óyeme y elige tu camino:*

"La finalidad suprema de toda criatura es llegar hasta el Creador.

"La Ciencia es un resplandor de su infinita Sabiduría y por medio de ella puedes acercarte a Él, si aciertas a encontrar entre las sombras de penosas investigaciones las huellas radiantes de la Divinidad.

"Las Artes son reflejos de la Eterna Belleza lanzados a la inmensidad a la cual puedes llegar siguiendo aquellos resplandores.

"La filantropía o amor a tus semejantes es el sendero más corto pero es también el más doloroso.

"Podrás avanzar por uno durante un tiempo. Podrás avanzar

por otro durante edades más o menos largas. Podrás caer muchas veces agobiado por la fatiga o acobardado por las dificultades. Y caído y semisepultado en el lodo del camino puedes permanecer mucho tiempo. Lo único que no puedes es volverte atrás. La Llave de Oro que te abrió la puerta del Huerto Cerrado no abre más de adentro para afuera. Elige pues".

"Y el viajero lleno de confianza en la imagen viva y radiante que lleva en su mundo interior dice: –Quiero hacer como Vos hicisteis.

"Y en ese instante la imagen se le desvanece como un celaje de oro y rubí que el viento desmenuza en diminutas hebras. Entonces ve desenvolverse en él un nuevo misterio: siente que se ha convertido en dos hombres en vez de uno. Uno es el que permanece dentro del *Huerto Cerrado* para beber el agua clara de las fuentes divinas; y otro el que se debate entre las multitudes para enseñarle a forjarse también la *Llave de Oro* que le dé acceso al *Huerto Cerrado* de sus delicias. Su Ego, su Yo Superior, se ha despertado plenamente a la conciencia del poder y de la grandeza a que está destinado y ha tendido hacia su hijo terrestre, su Yo Inferior, no ya un hilo de luz que apenas mantiene la unión, sino un poderoso brazo de fuego divino que sea capaz de mantenerle en suspenso, con la mente sumergida en el éter dorado del *Huerto de los Enigmas*, y con sus ojos recorriendo los Senderos de campo abierto para sentir las ansiedades, dolores, extravíos y desviaciones de la inconsciente muchedumbre a cuya redención ha querido consagrar la mitad de sí mismo.

"El hombre comienza entonces su vida semejante a las estrellas que encontrándose a gran altura siguiendo sin desviación sus órbitas marcadas a fuego en los abismos siderales, alumbran no obstante las vidas de los hombres e imprimen sus influencias astrales poderosas en el desenvolvimiento de las humanidades en general y de los individuos en particular, y esto sin que la mayoría de ellos sospeche siquiera que aquellos lejanos puntos de luz son cooperadores de la Eterna Ley en la obra estupenda de la Evolución y de la perfecta Armonía Universal así en las más pequeñas como en las más excelsas creaciones.

"Los astros y las almas se asemejan en sus comienzos como chispas de luz emanadas de la Eterna Energía en permanente actividad, se asemejan en su crecimiento, en su plenitud, en sus largas vidas de solidaridad con los grandes y pequeños globos de cada Sistema. Mas asombra pensar que las almas tienen una superioridad mucho más excelsa que los astros más radiantes. Vidas

milenarias de inmensas edades viven las esferas que ruedan en el espacio azul pero llegan un día a la decrepitud, su luz se apaga como un ser que muere, se desintegra en moléculas que vuelan en el éter hasta que las grandes Inteligencias creadoras las arrastran en una nueva vorágine de corrientes poderosísimas para sumarlas a una nueva nebulosa que acaban de diseñar como un croquis gigantesco en los abismos aún vacíos del insondable Infinito.

"Son, pues, las almas llegadas a su plenitud más perfecta, que crean las nebulosas, universos de astros. Pero los astros no crean almas, de las cuales son simples moradas temporales para su eterno camino hasta refundirse en la Divinidad.

"Son los globos las moradas físicas de las almas encarnadas. ¿Quién más apreciable y amado ante el Supremo Creador, la morada o sus habitantes?"

"Abisma dolorosamente el pensar en el infinito valor del alma del hombre, emanación excelsa de Dios, y el descuido, abandono y hasta desprecio en que la mayoría de los humanos tiene relegada esa chispa divina, cuyo glorioso y eterno destino son muy pocos los que han llegado a comprender.

"Llegado el espíritu del hombre al *Huerto Cerrado* de los Conocimientos Superiores comienza su vida de estrella que alumbra a los caminantes.

"Pero es el espíritu del hombre una estrella con capacidad de pensar y amar, con capacidad de elevarse por su voluntad a infinitas alturas como que es el Eterno, el Altísimo, el Absoluto, su fin supremo y único.

"¡Pensar y amar!"

"He ahí las dos excelsas cualidades que hacen el espíritu del hombre superior a las estrellas. He ahí las dos alas poderosas que le ha dado el Eterno para elevarse hasta Él.

"Hombre que puedes pensar y que puedes amar, ¡retazo viviente del Eterno Pensamiento y del Amor Eterno!"

"¿Cómo es posible, dime, que seas capaz de arrastrar entre el lodo del camino a la blanca desposada del Infinito que la espera desde toda la Eternidad en el palacio encantado de la Luz que no se apaga, del Amor que nunca muere?"

"¡Y acicateado por tales meditaciones, el viajero del *Huerto Cerrado* busca de nuevo, llama, solloza y gime temeroso de caer vencido en la oscuridad de los senderos tan largos!... La Ley de la solidaridad universal recoge sus ansias profundas y es entonces cuando se fortifican, se estrechan, se engrandecen las alianzas eternas entre almas que se encuentran en los mismos caminos,

unificados por las mismas ansiedades, hermanadas por idénticos dolores.

"Y al igual que las conjunciones de los astros en los abismos siderales producen acontecimientos favorables a la evolución de los globos sobre los cuales ejercen influencia más o menos poderosas; los encuentros o alianzas de almas hermanas en los planos físicos o espirituales, repercuten en las almas que les son afines y con las cuales deben reunirse un día para realizar obras favorables a la redención de humanidades.

"Hacia donde quiera que el investigador dirige sus miradas se encuentra con la Eterna e indestructible Ley de la Solidaridad Universal.

"Y cuanto más subamos por la escala infinita de los seres inteligentes, más grandiosas y sublimes manifestaciones encontraremos de estas alianzas eternas que enlazan las almas en un consorcio divino, en un desposorio místico generador de obras magníficas que a veces toman los contornos de lo estupendo y maravilloso, según sea el grado de evolución de los espíritus que así se han encontrado.

"Desde lo más alto de los planos, moradas de las Inteligencias Superiores que ya casi se confunden con la soberana Esencia Divina, hasta lo más mísero y oscuro de los planos físicos, encontramos esta eterna Ley de la Solidaridad Universal bien que en menos grado y a veces oscurecido por las tinieblas del egoísmo en humanidades atrasadas y primitivas.

"He llegado por bondad del Altísimo a contemplar por un momento los Siete Fuegos Magnos del Séptimo Plano, Guías Supremos de los Siete Universos de que forma parte nuestra cadena de mundos, y les he visto como reposando sobre montículos de estrellas doradas, sosteniendo sin esfuerzo inmensos lazos de fuego vivo chispeante de luz y de energía.

"Y he comprendido que aquellos lazos son verdaderos torrentes de energía y de vitalidad que, por intermedio de ellos, derrama la Esencia Divina sobre aquellos Siete Universos. Y los montículos de doradas estrellas son una enorme acumulación de fuerza radiante y viva, de una sensibilidad tan sutil y delicada que cambia de lugar, de forma y color al más suave pensamiento de aquellas Inteligencias Soberanas, en las cuales van a repercutir todas las vibraciones de las Inteligencias que habitan los Planos precedentes, incluso los Egos más avanzados, cuyos pensamientos tienen acceso a estas radiantes Inteligencias cercanas a la Divinidad. El proceso descendente de esas inmensas olas de energía viva desde

la altura de los Fuegos Magnos hacia los Planos precedentes, se realiza mediante la fuerza del pensamiento que sube esta escala infinita en busca de la Luz y la Energía que es Vida y Amor.

"He visto el panorama retrospectivo que se me ha presentado en mi lejana personalidad de Anfión, Rey de Orozuma, en un país atlante, en los trágicos y terribles momentos en que se desataba como una vorágine de sangre y de odios la guerra a muerte, provocada por la ambición del hermano segundo de Anfión para adueñarse de aquel vasto país. He visto subir como una flecha de oro el clamor del Rey ante la dura alternativa de entregarse a la muerte o salvar a su pueblo. He visto ese pensamiento hecho forma producir grandes ondas de luz vibratorias en mi Ego llegado entonces al nivel superior del quinto plano. He visto a mi Ego vivificar aun más ese pensamiento hecho forma y darle un mayor impulso hacia los planos superiores. Y un torrente inmenso de doradas estrellas, palpitantes y vivas, desbordarse en descenso, bien que perdiendo luz y fuerza al llegar a las tenebrosas corrientes del plano físico inferior.

"La contemplación de este proceso desarrollado en el mundo espiritual, partiendo del clamoroso pensamiento del alma de un hombre encarnado, en angustiosa demanda de auxilio a la Divinidad, me ha llevado a la persuasión de que el tesoro infinito de la fuerza cósmica o esencia divina, está a disposición de la Inteligencia humana cuando ésta quiere obtenerla como justa compensación al esfuerzo realizado para ponerse en contacto con ella. He comprendido hasta qué punto se cumple en los planos elevados del mundo espiritual, la ley grandiosa de la solidaridad universal entre las Inteligencias que tienen alianzas eternas entre sí, por afinidades, por afectos profundos, que siglo a siglo se engrandecen mientras avanzan por los caminos eternos. Vi a Odina, el alma gemela de Anfión, dar con su pensamiento hecho una llama viva, la voz de llamada a los setenta Mesías compañeros de evolución, y éstos reclamar de sus Guías, soles ya del Séptimo Plano, la solución del problema que atormentaba el alma de su hermano cautivo, allá en lo profundo de la hondonada terrestre.

"Fue claramente manifiesto a mi espíritu que si Anfión hubiera clamado por su salvación personal exclusivamente, acaso su pensamiento no hubiera pasado del primer o segundo Plano, donde los Guardianes de su afinidad le habrían enviado fuerza conforme a su ley de esa hora. Mas como su clamor abrazaba a todo un vasto país de muchos miles de seres que caerían bajo el látigo del opresor, y serían arrastrados a la degeneración y

al vicio, adquirió una fuerza estupenda que bajó desde lo más alto hasta el plano físico mediante la intervención de las Inteligencias del Tercer Plano llamado "*Muralla de Diamantes*", los cuales produjeron el hundimiento de una cadena de montañas, interceptando así el paso de las feroces hordas de invasores a quienes el hermano de Anfión había vendido la dependencia de su país a cambio de ser coronado rey. Vi cómo el espanto obró en el alma de este desdichado ambicioso y de todos sus adeptos el prodigio de una iluminación interior bastante clara a favor de la cual comprendieron su error, y arrepentidos y confusos se presentaron ante el angustiado Rey, diciéndole: –"Grandeza, hemos pecado y el Altísimo nos perdonará si tú nos perdonas". Y Anfión entristecido hasta el fondo del alma por la inconsciencia de los que tanto amaba, dijo a su hermano: –Ahora que has comprendido hasta qué punto vela la Justicia Divina sobre el que anda por su Ley, serás Rey de Orozuma para continuar mi obra en este país que el Altísimo nos ha dado en heredad para conducirlo por los senderos del bien, de la paz y de la dicha". Vi cómo Anfión en sus postreros años y después de su abdicación en favor de su hermano, se consagró a la fundación de una Escuela de Ciencia Espiritual, con unos pocos adeptos, y que fue el comienzo de aquella vasta organización denominada "Los Profetas Blancos", que en la raza Tolteca llegó a los más grandiosos desarrollos que se han conocido en el hermoso continente Atlante".

"Y hoy que piso como Antulio esta misma tierra atlante, me veo yo mismo con la corona de mirtos y la túnica nívea de los Profetas Blancos de los antiguos Toltecas de Orozuma".

"La Luz Divina se desborda como un raudal sobre el alma del hombre cuando recorridos pacientemente los senderos dolorosos y pesados del *Huerto Cerrado*, llega a penetrar en el místico Santuario de Marfil, donde todos los ruidos se apagan, donde, señor de todo su mundo interior, ha hecho ya las generosas renuncias que la Ley exige al alma en esa hora solemne de sus nupcias eternas con la Divinidad. Y es entonces que el alma llega a comprender al Gran Todo Universal".

"¿Qué hay más allá de los Siete Fuegos Magnos moradores del plano superior del Séptimo Cielo?"

"Hay un inmenso círculo de luz vivísima, como un anillo inconmensurable del cual penden por maravillosa atracción, una infinita cadena de mundos distribuidos de siete en siete universos, con sus Fuegos Magnos Supremos, exactamente igual que lo que viera en mi primera ascensión a los planos superiores. ¿Cuántas veces

vi siete universos en derredor del inmenso anillo de luz, cuyas proporciones ninguna mente humana puede medir ni comprender? No lo sé. Hombre mortal en esta pequeña y mísera Tierra no puedo saberlo. Sí he presentido que en el centro de ese anillo de luz, cuyos vivos resplandores no lo resiste el alma ni aún en el éxtasis más completo, está latente y viva la Energía Divina cual si fuera el Gran Corazón de aquella inconmensurable e infinita inmensidad. Y aún creo comprender algo más, y es que todo el infinito espacio circundado por el gran anillo de luz vivísima que deslumbra y anonada, es en verdad el corazón y cerebro, perdonad la frase, única que el lenguaje humano me ofrece para expresar lo que deseo, o sea el Pensamiento Creador y la Energía que fluye como desbordado torrente desde aquel Centro Único, Supremo y Eterno, hasta los más diminutos e imperceptibles átomos vivos, es parecido en todos los globos de todos los universos. La comprensión de esta Verdad que he llamado Corazón y Cerebro del Infinito, deja comprender también la frase conocida y vulgar, pero llena de profunda sabiduría: "Dios lo sabe todo, lo ve todo, lo siente todo. ¿Acaso no repercute en nuestro cerebro, centro de nuestro sistema nervioso hasta el más ligero rasguño de nuestra piel o la sensación al arrancar un cabello?"

"¿Acaso no repercute en nuestro corazón, centro de la circulación de la sangre, la más pequeña alteración en la más insignificante vena, en el vaso más diminuto por donde corre el rojo elemento al cual está unida la vida del hombre sobre la Tierra?"

"Luego es una gran verdad que el Infinito, el Supremo, el Alma Universal, sabe, ve y siente las vibraciones de amor, de dolor y de la dicha de todo lo que vive, partículas imperceptibles, células infinitamente pequeñas, que no otra cosa somos en el Infinito Seno del Gran Todo Universal".

"Llegada el alma humana a esta sublime comprensión de Dios y de Sí misma, no puede ya caber en ella el más pequeño sentimiento de egoísmo, ni de desaliento, ni de temor, y menos aún pensamientos que no sean sino un reflejo de la Luz Divina que le inunda hasta desbordar.

"Entonces es cuando el Yo Superior, el Ego, ha llegado a su plena lucidez, y puede servir de transmisor de la Sabiduría y del Amor Divino hacia el plano en que actúa la materia.

"Es entonces cuando el alma del hombre abraza las grandes inmolaciones mesiánicas en beneficio de la humanidad que ha aceptado para redimir".

"Es entonces cuando el alma se torna en arpa viva que pulsa el

Eterno Artista Divino para llenar de armonía y de paz, consuelo y esperanza a todos los seres capaces de sentirla y apreciarla".

"Es entonces cuando el alma humana adquiere la soberana facultad de hacer suyas propias las facultades divinas o sea despertar amor y simpatía en los seres, e irradiar de sí mismo la porción más o menos grande de Divinidad que ella ha sido capaz de asimilar y refundir en sí mismo, y esto debido a una gran purificación y a un casi infinito anhelo de acercarse y refundirse en Dios.

"Ha llegado, pues, el viajero al Templo de Marfil, y su Yo Superior, su Ego divinizado por la gran perfección adquirida en las innumerables personalidades que lanzó a los planos físicos de prueba y purificación, llega a comprender, sentir y actuar en la órbita radiante de la Idea Madre que forja los grandes planos divinos para la evolución de los mundos y de las humanidades que los habitan.

* * *

"Estancias tenebrosas –Globos en formación antes de la vida orgánica –Globos con principio de vida vegetal animal –Ciénaga de los Dragones –Globos en una edad glacial –Mundo de Monstruos.

"La dicha suprema como el más espantoso delito son creaciones del alma del hombre que en el largo correr de sus caminos eternos va labrando su propio destino. Y conquista suya son las radiantes moradas de luz, como las estancias tenebrosas cargadas de espantos y de dolor.

"Mi Yo Superior me hizo sentir un día su voz íntima profunda para decirme: *–"Has sentido las vibraciones de siete planos de dicha perdurable y eterna. Eso es lo que tienes por delante en tu eterno camino. Mira ahora lo que has dejado atrás en la brumosa lejanía de un pasado que casi se pierde ya en la sombra de viejas edades".*

"Y apenas esfumada esta voz, me vi como envuelto en una densa niebla gris oscura que parecía apretarse a mí mismo formándome un pesado vestido, y al mismo tiempo percibí la sensación de bajar como suspendido por un lazo invisible. Una penosa fatiga me acometía de más en más produciéndome angustias terribles y una sensación de inmensa soledad que me inundaba de tristeza y amargura, tan sutil y profunda que parecía un dardo que fuera hundiéndose lentamente en mi propio corazón.

"¡Amor Eterno!... ¡Amor Inefable, Bondad Suprema! –clamé

desde lo más hondo de mi ser–. Si es posible líbrame de esta espantosa prueba que si os amo es por Vos mismo, mas no por temor de vuestra Justicia Eterna. Y mi Yo Superior me hizo sentir la Voluntad Divina: *–No temas porque la Ley Eterna te asiste.*

"–Bondad Divina, volví a clamar, a Vos me entrego ahora y para toda la Eternidad. Noté al instante que este completo abandono en la Divinidad me fortaleció y aquietó de tal manera que me pareció quedar insensibilizado para los grandes dolores que debía ver muy de cerca.

"Estaba completamente cercado de tinieblas pero tan densas y pesadas que parecían estar hechas de nubarrones de polvo negro que con dificultad se abría a mi paso como si fuera algo pegajoso y adherente. De tanto en tanto una débil hebra de luz que parecía salir de mi frente rompía apenas aquellas tinieblas y me permitía ver un rostro humano lívido que una horrible mueca de dolor hacía comprender su angustia indecible. Comprendí que aquel desventurado no me veía, y tras él y a su diestra y a su siniestra vi ambular, o rodar o flotar, no sé cómo decirlo, otros muchos seres que al igual que el primero demostraban un horrible padecer.

"Vi el inaudito esfuerzo que hacían por apartar de sí mismos la pesada tiniebla que parecía abatirles hasta caer desfallecidos.

"Me llené de tan honda conmiseración que sin poderlo remediar grité, pensé, clamé: – ¡Amor Eterno, Bondad Eterna, ten piedad de estos desventurados! Estos profundos clamores míos, por el grande amor y piedad que los animaba tuvieron algún poder sobre aquellas espantosas tinieblas, y se formó en torno mío una aurora luminosa que me hizo visible para los habitantes de aquella siniestra morada. Y un vendaval de gritos se escuchó: "¡Vete de aquí, no insultes nuestra desgracia!... ¡Danos luz o márchate!... ¡Quiero agua!... ¡Tengo hambre!... ¡Tengo sed!... ¡Me ahogo en este mar de betún!... ¡Sácame de aquí si puedes!... ¿Por qué has venido?... ¿Quién eres?...

"Todo ese aluvión de preguntas escuché al mismo momento que se hizo esa tenue claridad en torno mío. Y paréceme que esa misma claridad me hizo comprender que eran los habitantes de aquella estancia los que producían las tinieblas como si fueran una irradiación de sí mismos.

"Estaban cada uno de ellos completamente envueltos en tinieblas, era un sudario de espesa y oscura sombra que se movía hacia donde ellos se movían. Comprendí que entre aquellas tenebrosas inteligencias, había también graduaciones y que la mayoría eran de cierto adelanto intelectual, pero que habían actuado en los planos

físicos negando la existencia del mundo espiritual y persiguiendo de muerte a los enviados divinos para enseñar la verdad a los hombres encarnados. Muchos de ellos habían sido gobernantes de pueblos, que llevaron al más completo embrutecimiento, clausurando santuarios y escuelas, y convirtiendo todo recinto de enseñanza y fraternidad en lugar de corrupción y de vicio.

"La mayoría de ellos apagaron conscientemente la Luz Divina del Conocimiento de la Verdad Eterna para muchas Inteligencias, y las tinieblas que crearon para los demás en los planos físicos, los ahogaban a ellos mismos en el mundo espiritual, que por egoísmo y por mezquinos intereses habían negado.

"Era esta Estancia un globo en sus primeras edades cuando los elementos en formación se debaten furiosamente disputándose el dominio de aquel nuevo escenario físico, deshabitado aún y donde la vida animal no era todavía posible. Tan solo aquellas Inteligencias sombrías, sin más cuerpo que su doble tenebroso, rodaban enloquecidas cual si fueran también oleadas de las aguas cenagosas, o penachos del negro humo, o pesados vapores de multitud de cráteres en que se escapaba a intervalos el fuego interno del globo, que seguía el milenario proceso de enfriamiento paulatino a través de inmensas edades.

"Era aquella Morada un satélite de la cuarta estrella de la Constelación de la pequeña Osa, y la interna Voz que me guiaba me hizo comprender que en cada Sistema Planetario de los que forman la cadena de mundos, hay innumerables de estos globos que en el largo proceso de preparación para llegar a albergar en ellos la vida física, sirven de residencia a las Inteligencias que ante la Ley Eterna han pecado apagando a sabiendas la luz de la Verdad Divina para innumerables almas.

"Presintiendo en lo más hondo de mi mismo que iba a ser llamado de nuevo al plano físico, donde dormía inerte mi materia, hice una honda invocación a la Piedad Divina del Alma Madre de todos los seres y de todas las cosas en favor de los desventurados tenebrosos por los cuales sentí inmensa conmiseración. Volvió a irradiarse un tenue rayo de luz a cuya claridad vi dos rostros inundados de llanto que levantaban hacia mí sus ojos y sus manos en demanda de socorro.

"¡Señor Soberano de los Mundos!..., clamé en un grito de suprema angustia, ¡dame éstos que claman por ti, o me quedo con ellos sepultado en esta tiniebla!...El Amor realizó el prodigio. Un fuerte y claro raudal de luz bajó desde mi Yo Superior al cual vi que me miraba complacido, al mismo tiempo que como un relámpago

suave me trajo sus ideas: –*"La Ley te los da, son tuyos"*. Abracé fuertemente aquellos dos seres que lloraban y sentí la sensación de que era subido con extraordinaria rapidez. Perdí la conciencia y me encontré en mi alcoba, tendido en mi lecho asistido por dos de mis discípulos que acercaban cubetas con ascuas encendidas para darme calor, pues todo mi cuerpo estaba helado de frío".

"Uno de aquellos discípulos tenía grandemente desarrollada la clarividencia y me dijo al verme despierto y sereno:

–"Maestro, bajasteis solo a los abismos de dolor y habéis vuelto acompañado.

"– ¿De quién? –pregunté asombrado.

"–De dos espíritus doloridos que lloran amargamente y que yacen tirados como pingajos al pie de vuestro lecho.

"Entonces se despertó en mí el recuerdo de todo cuanto había visto, y lloré también amargamente con el recuerdo de aquellos desventurados.

"Mi discípulo clarividente aconsejado por mí, continuó viéndoles y ordenándoles mentalmente lo que habían de hacer para redimirse. Hasta que veinte lunas después encarnaron juntos nuevamente, y nacieron mellizas dos niñas en el matrimonio que cultivaba el huerto de nuestra Escuela.

"Seis días después como sintiera nuevamente el apremio de mi Yo íntimo, me dispuse a realizar otra excursión espiritual a los mundos de dolor, y después de intensas invocaciones a mis grandes alianzas espirituales de vidas anteriores, me entregué confiadamente a la Voluntad Divina diciéndole desde lo más íntimo de mi ser: –"Bondad Suprema, Alma Madre de todos los seres, llevadme a donde queráis". Y con un sentimiento de suave abandono en el Eterno Amor mis sentidos físicos dejaron de percibir absolutamente todo lo que incumbe a sus dominios, y otra vez suspendido sobre el abismo, sentidme como sumergido en un vapor tibio, pero tan sólido y espeso que me quedó adherido a mi doble astral, dándome la sensación que se percibe cuando ponemos sobre nuestro cuerpo un vestido calentado al fuego. Era de un color de tierra negra con tintes verdosos.

"No sé si bajaba pero sé que me deslizaba con rapidez vertiginosa hacia un determinado lugar. Pude comprender que me acercaba al astro de los anillos (*Saturno), y que el término de mi viaje era el sexto planeta de los que rodean a este planeta. Aguas hirvientes y de áridas rocas sin vida, envuelto, todo ello, en humo de azufre que vomitan innumerables cráteres de volcanes en permanente actividad, fue el primer panorama que recibí.

"Lengua de fuego azulado del azufre que ardía en grandes piras, arroyos de lava hirviente que corría a precipitarse en la ciénaga que tomaba tintes rojizos por el resplandor de las llamas, espantoso tronar de piedras arrojadas con furia por los volcanes, y que rodaban montaña abajo como monstruos enloquecidos, era bastante para sobrecoger el ánimo de terror y espanto. Era como una noche de cruel estío en zona tropical, pero sin luz de luna ni resplandor de estrellas. Una sofocante atmósfera de azufre ardiente me envolvía y empezaba ya a sentir angustias horribles y no acertaba a pedir auxilio.

"De pronto esa íntima y clara Voz que me había guiado la vez anterior se dejó oír en lo más hondo de mi ser: –*"No temas, el Alma Universal está contigo"*. En ese preciso instante la pesada vestidura negra y verdosa parecía tornarse en un gris amarillento que irradiaba de sí misma una pequeña claridad acompañada de frescura.

"Entonces percibí una enorme cantidad de almas cuyo doble parecía estar formado de retazos de la negra ciénaga hirviente y del rojo vivo de las llamas que arrojaban los volcanes. Comprendí que percibían todo el horror de aquel panorama, pues huían enloquecidos a la vista de las enormes piedras ardientes que como lluvia de fuego arrojaban en todas direcciones los cráteres abiertos en cada pico de aquellas áridas montañas. Huían de las piedras de fuego y caían en la ciénaga hirviente o en las lavas enrojecidas, o en las piras de azufre que a intervalos estallaba en una estruendosa vorágine de llamas azuladas y de negra humareda.

"Mi alma estaba encogida de horror y de espanto, pues llegué a comprender que aquellos seres habían sido los ejecutores de los sacrificios humanos prescritos por casi todos los cultos religiosos de los pasados tiempos. Casi todos vestían ropajes sacerdotales y conservaban insignias reveladoras de las jerarquías a que pertenecieron. Comprendí también que la autosugestión unida al recuerdo de todos los crímenes y atrocidades que habían cometido con sus víctimas, le mantenían en la creencia de que el fuego de los volcanes y la ciénaga hirviente eran las mismas hogueras encendidas por ellos para quemar a los infelices elegidos para ser sacrificados a los dioses. Y de allí nacía entre ellos una lucha espantosa para arrojarse a las llamas unos a otros.

"Y así vi que unos arrojaban a otros a los cráteres ardientes en medio de un vocerío iracundo y maldiciente. Pude notar asimismo que aquellos infelices creían ver en las rocas, en las llamas, o en la ciénaga los rostros de sus víctimas, pues sentí que aullaban en

medio de su furor: –"Aún vives, maldito, después de tantos días que te arroje a las llamas". Al mismo tiempo que arrojaban piedras hacia un lugar donde yo no veía a nadie.

"¡Bondad Divina, Eterno Amor que diste vida un día a todos estos seres!... ¿Dónde estás que no te percibo por ninguna parte en este lugar?

"¿Puedes Amor Divino, Sabiduría Inefable, olvidar acaso que todas éstas son chispas emanadas de tu propio seno? Una intensa ola de piedad y de angustia invadió mi espíritu y cayendo de rodillas sobre una dura roca cubrí mi rostro con mis manos y comencé a llorar amargamente. Parecióme que mis sollozos profundos resonaban como un eco en una cavidad oscura abierta como una gruta en la misma montaña. Acudí a saber quién sollozaba junto a mí o si en verdad era sólo el eco de mi angustioso llorar.

"– ¡Ay de mí!..., ¡ay de mí!..., ¿quién nos amparará en esta desolación?...

"¡Yo! –dije decididamente, sin pensar que yo no era nadie entre aquellos horrores. Y no bien lo había dicho que tenía ya cinco seres, dos más, tres más, fuertemente prendidos de mi vestidura, produciéndome un peso enorme que me impedía andar, y hasta entorpecían todos mis movimientos. ¡Alma Madre, Bondad Eterna que conoces mi pequeñez y miseria! ¡Sálvame juntamente con ellos porque me sufre el corazón volver al oasis de paz que tu bondad me ha dado y dejar a estos hijos tuyos sumergidos en los horrores de este espantoso lugar! ¡Sálvalos, Señor, que yo cargo con ellos hasta su completa redención!

"Y ellos prendidos a mi vestidura seguían clamando: – ¡"Ten piedad de nosotros que ya hemos padecido tanto en este espantoso abismo de lodo y fuego, que hasta los que fueron nuestras víctimas se han compadecido y nos han perdonado!..."

"Vi otra vez el claro resplandor de mi Ego que me decía: –*"Vuelve a tu morada terrestre cargado con las flores de Dios para tus sacrificios y tu grandeza futura"*.

"Extendí ambas manos hacia aquellos seres que imploraban y perdí la conciencia de todo cuanto ocurría en torno mío.

"Desperté sumido en profunda tristeza y vi a cuatro de los míos que lloraban silenciosamente.

"–No aumentéis mi dolor con vuestras lágrimas –les dije–, ¿por qué lloráis?

"Hilkar, que era el mayor, me contestó: –"Porque vos, Maestro, no queríais volver a vuestra materia dejando a los diez de la caverna, ¿no lo recordáis?

“Hice un esfuerzo mental y volví a ver la dolorosa escena. Quince horas había pasado en inconsciente delirio hasta que mis buenos y valientes discípulos con la ayuda de nuestras alianzas espirituales habían conseguido aligerar el lastre, perdonad la frase, que pesaba sobre aquellos desventurados, para hacerlos penetrar en la corriente evolutiva en que nos encontrábamos.

“Pasar de un plano a otro no es como trasponer el umbral de una habitación y entrar en otra. Se necesitan corrientes de amor tan poderosas que hagan de un acto de arrepentimiento una entrega absoluta a la Divina Voluntad. Bajo la bóveda psíquica de nuestra Escuela tuvieron cabida también aquellos seres desnudos de merecimientos, pero decididos a conquistarlos por sacrificios heroicos durante siglos y siglos.

“Encarnaron los diez casi de inmediato y con poca diferencia unos de otros, entre los esclavos de guerra que habían traído al país uno de los hijos del fastuoso soberano del reino de Manh-Ethel. Poco a poco las familias de nuestros amigos les fueron rescatando y nunca más les perdí de vista.

“La Eterna Ley me los había dado y yo debía ayudarles hasta su completa redención.

“Muchas noches pasaron sin que encontrase en mi espíritu el valor necesario para realizar otro viaje a las Estancias de dolor, pero un sereno anochecer de otoño en que platicábamos con dos de mis más íntimos discípulos, uno de ellos me dijo: “–Maestro, si la Ley permitiera que os acompañáramos, ¿no os sentiríais más fortalecido?

“–Probad vos de seguirme y que vuestro compañero quede aquí de vigía –le respondí.

“El sueño hipnótico nos invadió poco a poco y perdimos de vista este plano físico. Mis estudios de astronomía y de metafísica me permitían discernir con regular claridad sobre los mundos que teníamos a la vista, y acaso mis excursiones anteriores habían facilitado la rápida comprensión de los diversos planos, atmósferas y éter por donde íbamos pasando”.

“Parecía que un hilo fluídico dorado tendido desde lo infinito nos llevara suspendidos sobre el vacío. Tilkaré, mi discípulo, se hallaba grandemente amedrentado pues era su primera excursión de ésta índole y se había prendido fuertemente de mi brazo izquierdo. Yo comprendí que aún no habíamos salido de nuestro Sistema Solar y que nos encaminábamos en dirección del enorme Jovia (*Júpiter), en uno de cuyos satélites nos detuvimos.

“El inmenso astro vecino parecía envolvernos en su tibia atmósfera

dorada y ejercía en nosotros una fuerte atracción. No obstante el hilo fluídico que nos conducía nos hizo pasar cerca de él y suavemente nos deslizó hacia un globito pequeño, todo hecho de montañas y valles cubiertos de vegetación rojiza y en parte verde claro, bastante agradable visto a la ligera.

"Pero estacionados, ya, allí, lo agradable se tornaba en repugnante y hasta espantoso.

"La vegetación era como un cortinado tendido sobre un lecho color verde espumoso todo salpicado como de piedrecillas fosforescentes y que a intervalos arrojaban pequeños reflejos luminosos. Pudimos comprobar que eran los ojos de horribles seres semejantes a nuestros cocodrilos que miraban con espantosa fijeza sin cambiar de dirección ni moverse absolutamente. De pronto un gran sacudimiento en el cenagoso lecho, de donde surgía algo así como un trozo de montaña movediza, y de esa montaña un enorme brazo negruzco y verde como si fuera parte de la asquerosa ciénaga. Habíamos tomado por trozo de montaña un enorme monstruo y aquel brazo inmenso como el tronco de un pino secular era el cuello que terminaba en una roja abertura sin dientes, pero dotada sin duda de una fuerza espantosa, pues con increíble rapidez devoró algunas docenas de los feos animalejos de ojillos fosforescentes. El monstruo no tenía ojos pero corría por la ciénaga a fuerza de estirarse y recogerse con un impulso tan poderoso que con dificultad le seguíamos hasta que llegó al pie de un montículo donde apoyó parte de su cuerpo, dejando al descubierto y fuera de la ciénaga un vientre color ceniza con manchas rojas que lo hacía aparecer como manchado de sangre.

"Un sol dorado tirando a rojo daba calor y luz al horripilante paisaje. De pronto se nos dio claridad para ver unas sombras, especie de fantasmas color ceniza con rayos irregulares color rojo sangre que vagaban por entre la maleza que cubría aquel montículo. No se le veían rostros, ni manos, ni pies; nada más que una silueta humana cubierta con el manto de oscura ceniza rayado de rojo. Nuestra sensibilidad percibió una onda de intensa tristeza, de cruel y desesperante pesimismo.

"Aquellas sombras vagaban mudas, con pesado andar como si arrastraran un peso enorme. Mi compañero y yo hicimos una ferviente invocación a la Suprema Bondad, rogándole nos permitiera aliviar el horrible sufrimiento que fácilmente se adivinaba en aquellos, relegados a la categoría de bultos de ceniza manchada de sangre que se movían sin rumbo fijo.

"Comprendimos que percibieron la presencia del horrible

monstruo tendido al pie del montículo, porque torcieron de dirección de improviso y con un marcado movimiento de espanto al ver aquel enorme cuello negro y tortuoso, y aquella roja bocaza que se abría buscando algo para devorar. En tal momento el pesado andar de las sombras casi se tornó en fuga hacia lo alto del montículo donde algunas se dejaron caer inermes como agobiadas de inmensa fatiga. Subimos en pos de ellas y continuamos nuestras fervientes invocaciones al Eterno Amor, Padre y Dueño de aquellas sombras mudas, como lo es de todo cuanto alienta y vive.

"Una suave claridad azulada nos envolvió a ambos lo cual nos hizo visibles para aquellos desventurados.

"– ¡Apartaos de este lugar maldito! –nos gritó una de aquellas sombras–, porque caerá sobre vosotros el manto de ceniza que nos ahoga.

"– ¡No, no! –gritaban otras–, ¡que se queden, que se queden y que los cubra también la maldita ceniza caliente que nos abraza y nos ciega! Venid que mi capa alcanza también. –He hizo un movimiento de acercarse a nosotros para cubrirnos. Pero la Ley que es para las Inteligencias desencarnadas más severa y rígida que para los encarnados, les impidió avanzar pues se apagó la azulada luz que nos hacía visibles a ellos, y les oímos vociferar: "¡Loco, estúpido, les hiciste desaparecer, maldito seas por no haber comprendido que ellos nos traían algún alivio!"

"Por lo que cada cual decía pudimos comprender que el que habló primero aconsejándonos huir de aquel lugar, era algo más adelantado que los otros, entre los cuales había una variada graduación en su penosa inferioridad. Este ser nos volvió a ver y con dolorosa voz, en que se adivinaba el sollozo contenido, nos dijo: "Bien comprendo que vosotros estudiáis la Divina Sabiduría y habéis venido a conocer las consecuencias que trae el vicio a los que a él se entregan y más a los que arrastran consigo a muchos otros.

"– ¿Cómo podéis vernos sepultados bajo esa capa de espeso fluido? –le pregunté.

"–Tu luz esclarece mis cenizas –me contestó–. ¿Quiénes sois?"

"–Dos almas encarnadas, que desprendidas de la materia física han venido para consolaros.

"A estas palabras mías aquel bulto de ceniza exhaló un hondo clamor que resonó como un ¡ay!, vibrante y prolongado, y muchos ecos le respondieron en aquel laberinto de montañas agrestes y silenciosas.

“Y tras de esos ecos que yo había oído vinieron otros tantos bultos de ceniza que exhalaban gemidos tan lastimeros que partían el corazón.

“–Casi todos somos mujeres de lupanares que arrastramos a innumerables jóvenes de ambos sexos a los antros de lujuria y de crimen. Exhibiendo nuestros cuerpos desnudos excitábamos los bajos instintos de los hombres que se tornaban en vampiros para cuanta doncella pura se ponía a su alcance. Envueltas ahora de cenizas y sangre hemos visto ya centenares de veces oscurecerse el gran sol, y no sabemos cuánto tiempo hace que estamos aquí, en nuestro sepulcro ambulante de ceniza.

“–Si me fuera dado volver a la Tierra –decía otro de aquellos seres–, vestiría un oscuro sayal, y diría a todos los que quisieran y los que no quisieran oírme, cuánto pasa en esta tumba de ceniza, y cuán terribles consecuencias se arrastran por siglos y siglos cuando se ha servido de provocación y de incentivo a la lujuria y el crimen.

“Un inmenso coro de gemidos nos sobrecogía el alma de angustia.

“Mi alma se desbordó de piedad y conmiseración, y llorando junto con ellos, clamé en una suprema invocación:

“– ¡Amor Eterno que has dado vida a estos seres!..., acuérdate que son tuyos por toda la eternidad y que sus lágrimas de arrepentimiento sean el agua que los lave y les purifique. ¡Dámelos, Señor, y yo haré de ellas con tu divino favor una fuente de aguas claras en que se refleja tu inefable Belleza!”

“Mi compañero entre amargos sollozos repetía como un eco lejano mis palabras y se apretaba más fuerte de mi brazo izquierdo.

“Una tenue claridad venida desde lo alto tornó en un gris claro la capa de ceniza de unas tres decenas de aquellas sombras, y pude ver aunque confusamente sus rostros, como si aquella luz hubiera tenido el poder de hacer más tenue la pesada envoltura que las cubría. Y lo más maravilloso fue que en ese preciso momento dejamos de percibir a todos los otros bultos que en varios centenares poblaban aquel montículo. Fue como si la misteriosa y apacible claridad hubiera puesto una barrera entre estas tres decenas que estaban sin duda en una graduación más adelantada por tener ya conciencia de haber obrado mal, y los otros que aún no acertaban sino a blasfemar y maldecir su suerte.

“Aquellas tres decenas de seres que habían dado entrada en sí mismo al arrepentimiento, seguían clamando piedad a medida que iban cerrándose en círculo en torno de nosotros. Una inmensa

claridad cayó entonces como un gran manto blanco sobre mí, y la voz de mi Ego resonó como una música en lo profundo de mi ser:
–*"El Supremo Amor te da este manto blanco de su Piedad para que cobijes debajo de él, a los que tu amor arranca del sepulcro de ceniza.*

"Vi que aquellos seres se tornaban como niños adolescentes, casi desnudos y sólo envueltos en sus cabellos, se cobijaron bajo el inmenso manto blanco y sentí la sensación de correr de nuevo hacia la Tierra.

"Cuando desperté era cerca la medianoche y a mi compañero casi le costó la vida esta larga excursión espiritual, llena de tan fuertes emociones que quedó en un estado de profundo agotamiento.

"La alarma por nuestra tardanza en volver a la materia había atraído a casi todos mis discípulos, a mi dulce madre que formaba parte de nuestra Escuela de Estudios Superiores, y a dos de los Ancianos que fueron mis iniciadores en los conocimientos supra físicos.

"Los clarividentes vieron momentos antes de nuestro despertar, que un gran manto blanco parecía bajar de la techumbre en nuestro recinto de oración, y que de él salíamos mi acompañante y yo, seguidas por un grupo numeroso de seres al parecer adolescentes que trataban de cubrir su desnudez con los pliegues del manto color de nieve. Mi relato coincidía con dicha clarividencia y un grandioso himno de acción de gracias a la Divina Bondad fue la terminación de aquella velada.

"Mis discípulos, mi madre y los dos Ancianos, pidieron a la Eterna Ley el derecho de amparar a aquellos seres cuando les llegara la hora de tomar materia en nuestro plano físico. Entre las quince a veinte lunas subsiguientes tuvimos aviso espiritual de que encarnaban nuevamente entre familias de pastores y labriegos de los campos vecinos de la gran ciudad. Todos en hogares de ínfima posición y en circunstancias dolorosas y terribles que hacía aún más angustiosa su entrada a la vida física.

"Algunos habían nacido en los establos de las bestias, y dejados ocultos entre los fardos del heno guardado para el ganado, porque siendo la mayoría mujercitas, no era agradable su llegada a hogares cargados de miseria y donde todos deseaban hombres para el rudo trabajo a que estaban obligados.

"Muchas de estas criaturas habrían perecido al nacer, a no haber sido la oportuna intervención de mi madre que juntamente con las madres y hermanos de mis discípulos se tornaron en

providencia amorosa y tierna para quienes con tan poco agrado eran recibidos".

* * *

"Diez días pasaron, en que mi espíritu buscaba en el silencio y en medio de las plácidas bellezas de la naturaleza la quietud y nueva energía para continuar mis viajes de investigación espiritual, a que me obligaba el grado a que había llegado en la empinada cuesta de mi progreso eterno. Había elegido al comenzar mi desarrollo, el camino del Amor Misericordioso, y por él debía avanzar hasta el final de mi eterna jornada.

"Cuando llegaba al final de estos diez días de espera, en un sereno atardecer en que yo había pedido melodías de laúd a mis discípulos encargados de la música de invocación, en nuestro Sagrado Recinto, sentados en la más alta terraza del Santuario, tuve la más dulce e inesperada visita. Mi alma gemela, la tierna Odina de Anfión, que se hallaba encarnada en Venus, como yo en el planeta Tierra, se desprendió del éter sonrosado que nos envolvía cual si hubiera sido un retazo de los celajes de ópalo y amatista que teñían la atmósfera en aquella magnífica puesta de sol.

"– ¡Amor mío, entre mis grandes amores! –me dijo con su voz que parecía brotar de la cascada de armonías que de sus laúdes arrancaban mis compañeros.

"–Tú sabes –prosiguió–, que mi camino eterno es igual que el tuyo y que los lirios blancos de mi ánfora desbordante de piadosa ternura son hermanos de tu rosal rojo de amor misericordioso. La Eterna Ley nos permite visitar unidos los mundos de dolor para formar las humanidades que han de seguir nuestra enseñanza en los siglos venideros, con las almas que arranquemos del abismo.

"–Hágase como lo dices y que se cumpla en nosotros la Voluntad del Altísimo –le contesté.

"–Cuando vuestra luna llena aparezca sobre aquella colina vendré a buscarte en este mismo lugar.

"–Te espero –le respondí con mi pensamiento vibrando fuertemente en una poderosa corriente de amor y de compasión.

"La visión desapareció dejándome en el alma como un dolor anticipado de todos los grandes dolores que Ella y yo debíamos encontrar en los abismos siderales.

"Mis discípulos que desarrollaban también sus grandes facultades espirituales, habían presenciado aquella divina aparición,

y quisieron darle a nuestra mística cita de amor misericordioso la más conmovedora solemnidad. Se había hecho de aquella terraza silenciosa y apartada, como un jardín de lirios blancos y de rosas rojas, y al centro mi canapé de junco donde debía esperar el sueño hipnótico que me libertara de la materia. El perfume suavísimo de las flores, preciosas criaturas de Dios, las melodías de los laúdes, deshojadas como vibraciones de amor de otras criaturas de Dios para el viajero que iba a emprender otra nueva jornada, de tal modo me arrebataron como en poderoso éxtasis, que con increíble facilidad abandoné la materia y me encontré en lo alto de la colina a que Odina había hecho referencia la tarde de su aparición. Allí me esperaba acompañada de otros seres luminosos que cantaban un himno divino a los desposados del amor misericordioso, nos envolvía entre ambos el amor en la más radiante y sublime de sus formas: los laúdes de mis discípulos vibrando pulsados por el amor más desinteresado y puro, y en lo alto de la colina otras almas que cantaban al Amor Misericordioso que redime y que salva.

"–Este camino lo hice ya otra vez –me dijo Ella–. Y por eso me ofrezco para guía. –Y tomando mi diestra nos lanzamos a la inmensidad infinita.

"Salimos de nuestro Sistema Solar y nos internamos en una apiñada agrupación de astros pequeños que brillaban como piedrecillas preciosas en un manto de azul turquí.

"Era el principio de la *Nebulosa Grande* (*Vía Láctea), y mi compañera designó un pequeño globo verde pálido y en él detuvimos nuestro vuelo espiritual.

"–Aquí viven cautivos desde largos siglos una infinidad de seres muy inteligentes, y cuyas facultades mentales tuvieron en los planos físicos un buen desarrollo. Saben dirigir su pensamiento y manejar diversas corrientes de fuerzas latentes y vivas, depositadas en distintos globos de todos los universos. Pero de todos esos poderes se aprovecharon egoístamente en beneficio propio y aquí han encontrado las consecuencias de su mal pensar.

Esto lo manifestó mi compañera deslizándose a mi lado por encima de una grisácea montaña cortada en profundos y negros desfiladeros, observé que aquellas enormes rocas aparecían como bordadas profusamente de piedras preciosas: El verde vivo de las esmeraldas, el azul de los zafiros y los sangrientos rubíes, como incrustadas todas ellas en prolongadas vetas, como cordones de oro, a la vez que innumerables diamantes chispeaban como estrellitas que se reflejaban en el fondo azul oscuro de las aguas".

"Mi compañera captó mi pensamiento y me dijo: –Por la cuarta parte de los tesoros de que ves bordada esta montaña, una mitad de vuestra humanidad mataría a la otra unidad, ¿no es verdad? No obstante aquí no representan valor ninguno.

"La luz plateada de un astro cercano iluminó de pronto el paisaje agreste y sombrío. Un intrincado laberinto de peladas rocas veíamos por todas partes. Y como si la luz de aquel astro fuera una señal convenida o un mandato ineludible, comenzaron a cruzar en todas direcciones y como salidas de los oscuros antros de la montaña, una numerosa caravana de seres con sus espaldas agobiadas y vestidos como de andrajos, o la mayoría casi desnudos. Observé que tenían un aspecto siniestro y rabioso en tal extremo, algunos, que se desgarraban el pecho o el vientre con las uñas de sus manos crispadas.

"–Estate atento a lo que te dirá mi pensamiento –dijo mi compañera–, porque es tan pesada la corriente astral y la atmósfera de este lugar, que a veces puede ser interrumpido nuestro diálogo mental.

"– ¿Cómo es que arrojan sangre de las heridas que se producen asimismos, si no tienen cuerpo físico? –pregunté yo que por primera vez visitaba aquel extraño lugar.

"–La mayor parte de los horrores que aquí veremos son puras creaciones de las mentes enloquecidas de estos desventurados. Y así al desgarrarse el pecho y el vientre donde reside en ellos los centros de percepción astral y fluídica, ellos piensan y creen que arrojan sangre y en ella parte de los dolores acerbos que sufren, pues sus centros de percepción fluídica reciben como por reflejo todos los dolores que con sus artes de magia y con sus perversos pensamientos causaron a sus víctimas, a las cuales están viendo permanentemente. La Justicia de la Eterna Ley hace caer sobre ellos todo el dolor y el daño causado.

"A causa de haber ejercido las artes del mal pensar estos seres se han atraído tan enormes corrientes de fuerzas y Energías vivas que aunque en lo infinito son, como sabes, neutras en absoluto, al contacto de los malvados pensamientos se han convertido en fuerzas de igual perversidad que sus manipuladores, con el agravante de que aquí es contra sí mismos, en que ellas hartan su furia. Y este tormento constituye la mayor desesperación de estos infelices, pues ven a sus víctimas de otras horas dichosas y hasta burlonas y rientes, y que las fuerzas envenenadas se tornan hacia quien las mandó con rabioso furor.

"¡Que la Divina Sabiduría nos permita ver todo el horror de

este cuadro! –exclamó mi compañera, cuando la aglomeración de seres se hizo más densa.

"–Sea como lo dices, hermana mía.

"Se inició como una danza de fieras rabiosas que se daban zarpazos y mordiscos los unos a los otros, buscando defenderse de las malignas fuerzas que les acometían.

"Estas fuerzas creadas por sus malignos pensamientos tomaban las más horribles formas, pero la mayoría eran culebras, dragoncillos, murciélagos y buitres. Estaban animados de tan espantoso furor contra sus mismos amos o creadores que si hubieran sido cuerpos de carne, no habría quedado de todos ellos, sino piltrafas sangrientas de carne muerta. Y como a tres brazos más altos que todo este horrible cuadro, pudimos ver otra creación de los mismos desventurados seres: Las que habían sido sus víctimas, que reían a carcajadas con actitudes y gesto de burla y mofa, que exasperaba aún más a los otros. Estas víctimas que formaban en realidad, en aquel lugar, y acaso ni reían ni se burlaban, eran puro efecto de lo que aquellos pobres seres pensaban.

"–Mi corazón no resiste más este espantoso dolor, dije a mi compañera. Pidamos juntos al Eterno Amor que cual una brisa benéfica se lleve estas corrientes o las transforme en otras. ¿Acaso no será posible la redención para estos desventurados?

"–Tus rosas rojas y mis lirios blancos son quienes deben transformarlas, que para esto hemos venido –me contestó.

"Y levantando a los cielos infinitos nuestras cuatro manos unidas clamamos al Supremo, al Inefable, al que llena con su grandeza todos los universos:

"–¡Creador Eterno!... ¡Bondad Infinita!... ¡Mirad estos dos instrumentos de tu amor misericordioso que te ofrendan sus fuerzas, sus vidas, sus energías y sus voluntades para apagar las iras tremendas de estas corrientes, puestas en movimiento por el mal pensar de criaturas tuyas que desviaron tus creaciones y tus designios! ¡Que la paz, el consuelo y la esperanza les permitan transformar las corrientes de sus pensamientos!

"Ambos sentimos la poderosa vibración de nuestro Ego, que nos absorbió como en un éxtasis sereno y radiante. Cuando salimos de este sublime estado, todo el paisaje se había aquietado. Nada de furias ni de horripilantes creaciones de pensamientos mal dirigidos. Tendidos en las rocas como extenuados de fatiga aparecían los infelices harapientos que no daban señales de vida".

"Una súbita claridad nos envolvió de pronto.

"–Es la hora de la piedad y del amor –dijo Ella–. Avancemos.

"Unidos de la mano llegamos a las rocas donde yacían tendidos, sin movimiento, los desventurados que así habían jugado, para su mal, con la gran fuerza que es el pensamiento.

"– ¡Despertad y levantaos, hermanos, que la Bondad Divina os visita en esta hora! –dijimos, al mismo tiempo que rompíamos con palmadas de nuestras manos la corriente aún densa que les envolvía. Sin incorporarse abrieron los ojos llenos de estupor. No creían lo que veían.

"– ¡Habéis matado los dragones, los escorpiones, todos los malignos monstruos que nos atormentaban!..., ¡habéis matado las culebras! ¿Quiénes sois? –todas estas palabras llenas de asombro salían de aquellas mentes en que empezaba a penetrar la claridad divina.

"– ¡Hijos del Altísimo, que nos manda para redimiros si vosotros lo queréis!

"– ¡Sacadnos, sacadnos de este lugar y seremos vuestros fieles esclavos por toda la eternidad!

"– ¡Esclavos no! –dije yo con energía–. ¡Discípulos sí y por los siglos de los siglos!

"– ¡Que sea como lo habéis dicho, y os bendeciremos por los siglos de los siglos!

"Pudimos notar que sólo una tercera parte de los confinados en aquel paraje, podían vernos y percibir nuestros pensamientos. Sobre los demás había caído como una gran nube de oscuro color y de una densidad que no podíamos penetrar.

"– ¡Allí deben quedar tantos! –dije con inmensa amargura.

"–No te quejes compañero de la eternidad –dijo Odina, con dulce voz, como para aliviar la amargura que adivinaba en mí–. Ahora la Eterna Ley nos da éstos que ya entraron en la corriente que les permite ser redimidos. En otra visita, acaso, salvaremos las demás. Vamos, que ya es la hora.

"Nos unimos por las manos y ambos pensamos al unísono: "Amor Misericordioso, dejad que estos hijos tuyos rehagan su camino al amparo de la Ley Eterna". ¡Venid!, que os llevamos a una vida nueva.

"De nuestras manos unidas por el amor misericordioso salieron tantos lazos fluídicos de viva luz, como eran los seres que la Ley nos daba. Y eran setenta lazos como cintas de plata que se tendieron de nuestras manos hacia ellos. Y tornamos a la colina de la cita mística del amor, donde otra vez las almas compañeras de Odina cantaban el himno a los desposados del Amor Misericordioso:

“Luz y gloria a las almas que avanzan
“Coronadas de rosas de paz.
“Desposadas eternas llevando
“Por los mundos la eterna piedad.

“Son estrellas, hermanas gemelas,
“Que juntas nacieron de un beso de Dios
“Y van por los mundos como mensajeros
“De luz y esperanza, de paz y de amor.

“Son lámparas vivas que el amor enciende
“En llamas que irradian un tibio calor
“Que alienta a las almas heladas de frío
“Y alumbra sus noches de siglos de horror.

“Son arpas que vibran a idéntico tono
“Y ensayan unidas un mismo cantar
“Son luces del iris del Amor Eterno
“Y tienen un nombre: se llaman Piedad.

“Labriegos Divinos que pasan los siglos
“Sembrando rosales de Amor y de Paz.
“Esposos eternos: las almas dolientes
“Son vuestra corona, son vuestra heredad.

“¡Esposos eternos más fuerte que el tiempo
“Que miráis los siglos cual foco veloz.
“Las almas que se aman no tienen ausencia
“¡Ni sufren olvido ni saben de adiós!

“La luna llena como una virgen silenciosa velada de blanco, tendía su luz de nácar sobre la verde colina, a los pies de la cual veíamos, ambos, las torrecillas de nuestra Escuela cuyos azules enlozados resplandecían como plata bruñida a la claridad lunar.

“–Allí duerme en serena quietud la urna que esconde tu luz –díjome Odina con una voz suavísima, que parecía irradiar un dejo de tristeza infinita–. Y allí –añadió, señalando a Venus que resplandecía como una hermosa amatista–, duerme la mía guardada por los que me aman. Dentro de pocos momentos abriremos nuestros ojos de carne a la vida física y recordaremos como un sueño divino y con pinceladas de sombra y chispazos de luz, esta excursión interplanetaria que nuestra Ley nos ha permitido como

una compensación a sacrificios y dolores que ya tenemos casi olvidados.

"– ¡Odina! –le dije–, cuando estés en tu reino donde ha empezado a florecer el amor, acuérdate del desterrado en un mundo sombreado todavía de egoísmo y de miseria..., acuérdate que yo padezco el hondo dolor de la incomprensión humana, el desamor de los amados, el abandono de los que busco y llamo, el desprecio de los poderosos, y la ingratitud de los humildes. Acuérdate que yo derramo mi ánfora de agua clara, que pisotean y enturbian las bestezuelas inconscientes, acuérdate que enciendo mi lámpara de viajero eterno y la furia de los vendavales terrestres la apaga, dejándome muchas veces a oscuras. Acuérdate que mi corazón es un beso lleno de amor, y que las miserias de las criaturas lo hace siempre rebasar de hiel. Acuérdate que soy ave de una bandada de setenta hermanos, y que en mi calabozo terrestre me encuentro solo entre un puñado de discípulos, niños aún, que todo lo esperan de mí.

"¡Hermana mía!..., esposa mía..., ¡amor mío de todos los siglos!..., ¡vivo muriendo a veces de inmensa soledad!..., ¡ayúdame a vivir de Amor, de Esperanza y de Fe!

"–El Alma Madre quiere que sea como tú lo quieres –me contestó ella con sus ojos de topacio, brillantes de emoción–. Yo soy para ti la ternura del Alma Madre simbolizada en mis lirios eternos.

"¡Antulio! Nunca más estaremos unidos en el plano terrestre porque este amor sólo puede vivir en estos horizontes, pero vivirá eternamente como una lámpara eterna, en los cielos infinitos y sobre los mundos que nos fueron deparados en tutela y heredad. Para ti y para mí ya no existe más el tiempo ni la distancia, ni la ingratitud, ni el olvido, porque somos el beso de Dios.

"Su brazos fluídicos, de luz blanca y rosada, me envolvieron como en una onda de suave ternura, mientras volvían a resonar las palabras finales del himno a los desposados del Amor Misericordioso:

"¡Las almas que se aman no tienen ausencia,
"¡Ni sufren olvido ni saben de adiós!

"Me desperté entre los lirios blancos y las rosas rojas, tendido en mi canapé de junco en aquella terraza apartada y silenciosa, iluminada por la blanca claridad de la luna.

"Mi madre, discípulos y los dos Ancianos, habían vigilado mi materia. Los clarividentes habían visto mi descenso al lado de

Odina, sobre la colina de la cita y habían percibido mis quejas amargas de soledad, de incomprensión y de abandono. Los hallé profundamente entristecidos por no ser ellos capaces de consolarme. Y yo que sentía el vacío profundo de lo que había tenido y que había dejado, quién sabe para cuánto tiempo, me vi forzado a consolarles a ellos y a reconocer que me había quejado injustamente. ¿Acaso no me rodeaban ellos del más tierno amor? ¿No eran mis compañeros inseparables?... ¡Oh, sí!... ¡Ellos eran todo eso! ¡Pero Odina era la ternura de Dios, la Paz de Dios, el Beso de Dios sobre mi alma de desterrado!

"¡Había sido yo, injusto! ¡Sí, injusto! Si las criaturas que me amaban en la Tierra hubieran sido como mi alma gemela, ¿a qué habría venido yo a la Tierra, si ya tenían luz y agua en abundancia?

"En cuanto a las almas que nos habían seguido desde el profundo abismo de sus dolores, yo las había perdido de vista al descender en la colina de la mística cita de amor. Pero los sensitivos de nuestra Escuela habían recibido mensajes de que habían sido introducidos en el plano astral terrestre, donde nuestros amigos invisibles irían despojándoles poco a poco del pesado lastre que aún traían, a fin de predisponerles para una nueva encarnación en el Plano físico.

"Cuarenta lunas tardaron en encarnar los primeros en familias que seguían ya nuestra doctrina espiritual, en las filas donde se asimilaban los fundamentos principales: la supervivencia del alma humana, la idea del bien y del mal, el amor fraterno, la adoración al Alma Madre o Creador Eterno de todo cuanto vive.

"Setenta lunas después encarnaron los otros con sólo diferencia de pocos días. Sólo seis de ellos nacieron en familias hostiles a nuestro ideal, impelidos sin duda por fuerzas contrarias que se empeñaban otra vez en torcer sus caminos, pero la Piedad Eterna que había comenzado para ellos los hizo desencarnar de pocas lunas de edad y volvieran a tomar materia entre los creyentes del Dios Único y de las Verdades Eternas.

"Así terminó aquella laboriosa excursión interplanetaria, una de las más inolvidables de mi carrera espiritual de entonces.

"A costa de grandes esfuerzos logré consolarme y fortificarme de la sensación de helado vacío que había quedado en mí, a causa de la tierna y dulcísima presencia de mi alma gemela de quien me veía separado nuevamente. Sereno ya y dando gracias al Altísimo por el bien que me había concedido, en medio de mi destierro me preparé a una nueva excursión espiritual; pero habiendo

comprobado que causaba sufrimientos a mis discípulos, con las consiguientes inquietudes de una larga espera junto a mi lecho, determiné ensayar a bastarme a mí mismo. Pedí auxilio a todas mis alianzas espirituales desencarnadas y me entregué al Eterno Amor o a la Divina Sabiduría que más y mejor que yo conocía los caminos que me correspondía seguir.

"– ¡Llévame Alma Madre, con tu soplo divino hacia donde quieras que vaya!

"Un blanco rayo de luna penetraba a hurtadillas a través de las enredaderas que sombreaban los ventanales abiertos y una brisa suavísima perfumada de flores, me acariciaba con sin igual dulzura. Un ruiseñor que anidaba allí cerca, como un trovador nocturno comenzó a cantarle a su compañera cautiva en el nido, donde blancos huevecillos esperaban el día de que el calor materno les tornara en pajarillos. La oportunidad de esta deliciosa melodía ofrecida por un pequeño ser inferior..., me llenó de tiernos recuerdos, me absorbí en tan sutiles bellezas que sin darme cuenta fui entrando en el sueño hipnótico y me vi de pronto sobre la misma colina de la cita del Amor Misericordioso.

"La colina estaba solitaria y sus hermosos pinares interceptando la claridad de la luna, parecía poblarla de fantasmas sombríos y silenciosos.

"–No está Ella... –pensé con un dejo de tristeza mirando el sitio preciso en que la encontré la vez anterior y donde tuvo lugar nuestra tiernísima despedida. Ella debía sentir mi pensamiento porque una ola de inmenso amor me invadió de pronto, haciéndome derramar lágrimas de infinita dulzura. Me abandoné a la inefable Bondad Divina y una poderosa ráfaga de energía me impulsó hacia la inmensidad de los espacios.

"No pude apreciar el tiempo que duró este inmenso vuelo solitario, pero debió ser largo y penoso, según era la fatiga que comenzaba a sentir. Por fin, una secreta intuición me anunció que llegaba, y de pronto vi, ante mí, como un ramillete de siete globos pequeños..., comparados con los grandes planetas que había dejado atrás en mi vuelo. Comprendí que tenía ante mí, el grupo de estrellas conocido en nuestra Escuela por los Siete Corderitos y me detuve en la más cercana a mí.

"Un sol cercano llenaba de luz y de calor el paisaje de montañas y de exuberante vegetación. El reino vegetal estaba representado por inmensos árboles semejantes a nuestras encinas y a nuestros cocoteros. Y al reino animal con muy escasas variedades, dejando notar a primera vista unos monos gigantes de oscuro color, que

se divertían pescando en un gran remanso que dormía en serena quietud en un vallecito entre inmensas colinas. Otros arrancaban los frutos de aquellos grandes árboles y otros daban caza a unos pequeños animalejos que andaban a saltos entre las breñas.

"Vi, pues, de una ojeada toda su vida: comían, vivían, dormían, armaban entre sí grandes contiendas a pedradas y mordiscos, de la cual resultaban muertos y heridos, o sea verdugos y víctimas.

"–Tal como sucede en mi Tierra –pensé yo–. Y eso que allí hay seres humanos, luego: ¿A qué habré venido yo a este lugar si aquí no hay seres inteligentes desencarnados a quienes salvar?

"Y como si la Eterna Ley quisiera responder a mi interrogación, se levantó de pronto el doble astral de un gran mono que dormía cerca de mí. Le llamó, desde luego, la atención mi personalidad que emanaba una claridad tenue a causa de la fuerte luz solar. Aquel doble parecía más un hombre que un mono.

"Era gigantesco y oscuro como un humano de la raza negra, venida de la antigua Lemuria en las emigraciones promovidas por el hundimiento del continente en el mar Sereno. Comprendí que tenía inteligencia bastante desarrollada, aunque su aspecto en general denotaba torpeza y embrutecimiento. Con sus miradas de asombro me preguntaba quién era yo, y qué hacía en aquel lugar. Tuve la intuición de señalar con mi diestra el sol que nos alumbraba, dándole a entender que era un mensajero de lo Alto.

"Desde el fondo del alma clamaba yo a la Sabiduría Divina, que me hiciera comprender algo más sobre ese extraño ser, que tanto se asemejaba a lo humano, y que yo le había visto salir del cuerpazo negro de un mono. ¿Qué enigma encerraba aquella visión?

"¡Alma Madre, ten piedad de mi ignorancia y de mi pequeñez! –pensé intensamente–. ¡Y dame tu Luz Divina para comprender el misterio de lo que veo!

"La Luz Divina no se hizo esperar mucho tiempo.

"Noté que la mirada de aquel ser se tornaba más suave y más expresiva; le vi mirar con repugnancia y con desprecio aquel negro cuerpazo que dormía a sus pies; le vi levantar las manos crispadas y adiviné la intención que tenía de estrangular a su propio cuerpo dormido.

"Con un rápido pensamiento de energía le mandé detenerse y vi que sus manos caían lánguidas a lo largo de su cuerpo, lo cual me hizo comprender que me obedecía.

"Luego vi que perdía fuerzas y cayó semitendido al suelo y casi a mis pies, me arrodillé junto a él, le tomé aquellas grandes manos y noté lo pesado de la sustancia constitutiva del cuerpo astral, le

acaricié la cabeza, hasta que se acercó tanto a mí que casi le tenía yo sobre mi pecho. Comenzó a sollozar como un ser humano, y el cuerpazo negro, dormido, se agitaba también con igual ritmo.

"De pronto vi que su pensamiento adquiría claridad y nitidez, y aunque con cautela y con trabajo, pude comprender lo que aquel ser quería decirme: "–Yo no soy un mono, ni éstos que están aquí, conmigo, son tampoco monos. Éramos de los negros salvajes de la tierra que tragó el mar. Habíamos matado, para comerlos, a todos los chicuelos de las aldeas y pueblos cercanos a nuestra selva. Éramos los Takis, (*entendí algo así como caudillos), de las tribus, y mandamos matar a los blancos de la luna que nos daban su pan, sus frutas, sus ganados y sus vestiduras. Todos éstos que aquí ves somos Takis de aquellas grandes tribus, que se fueron con los blancos de la luna a los que seguimos persiguiendo porque eran sabrosos y tiernos sus cachorros. El mar nos tragó juntamente con nuestra tierra y nos hemos despertado aquí, en cuerpos asquerosos de otra raza que no es la nuestra.

"Yo noté que en mi cerebro parecía formarse un eco espantoso y tremendo, parecíame que me era conocido este pavoroso enigma, que yo poseía este secreto, pero era ésta una idea vaga que a pesar mío se escapaba de mi mente, antes de que tomara contornos definidos. Con un enérgico pensamiento ordené al pesado doble de aquel ser tan inferior que tornase a su cuerpo, y rápidamente volvió a su materia y se despertó. Comprendí que había dejado de verme porque buscaba afanoso hacia todos lados.

"–Recuerda su sueño –pensé yo; y me concentré en una profunda y fuerte invocación a mis compañeros Aelohin, Okmaya y Orión, tres grandes Inteligencias que entre los Setenta estaban unidos a mí, por lazos de una fuerte afinidad. Durante largo tiempo habíamos realizado investigaciones interplanetarias, los cuatro unidos, en una época en que nos encontrábamos libres de la materia. Acudió solamente Aelohin, uno de los tres que yo había llamado.

"–Alcemos vuelo de esta atmósfera tan pesada de este globo– me dijo–, la mente de un encarnado siente las anormalidades que sientes tú. El pavoroso enigma que te preocupa, lo hemos estudiado y resuelto muchas veces en nuestras correrías interplanetarias. Piensa por un momento en el proceso evolutivo ordinario que sigue la Eterna Ley, cuando es llegada la hora de introducir el Reino Humano en un globo nuevo, cuyas condiciones están aptas para ello. Tú y yo hemos encauzado este proceso en varios satélites del gran Sistema de Sirio.

"A estas palabras de mi compañero, una gran claridad se hizo en mi mente y me asombré de que el hecho de estar yo encarnado en un planeta inferior y con la añadidura de ser visitante de otro globo aún más inferior, entorpeciera de tal modo mi claridad mental".

"– ¿De qué te maravillas? –interrogó Aelohin–. Estando dos veces cubierto de pesados mantos fluídicos, ¿quieres ver la luz con nítida claridad?

"Nunca comprendí como entonces, el inmenso sacrificio que significa para el espíritu ya despierto en la Luz y en el Amor, el aceptar la redención de humanidades atrasadas. Mi compañero comprendió ese momento de debilidad mía y abrazándome como lo haría un hermano fuerte a un debilitado por una larga enfermedad, me decía: "–Valor y fortaleza, hermano mío, que muy pronto llegarás a la cima de la pendiente que vas trepando con un mundo sobre tus hombros. Sólo te falta seis años de destierro y de nuevo tendrás tu bien ganado descanso por largo tiempo.

"– ¿Crees que en ese globo, donde me has encontrado de visita, puedo salvar a algunos de esos infelices relegados a tan espantosa condición? –le dije.

"–Por el momento, no –me contestó–. Y si tu Ley te ha traído a ese lugar es para despertar tu recuerdo de esa Verdad, y que puedes llevarla a la Tierra que es tu heredad de esta hora. Tu misión te obliga a dar a tu planeta, que has elegido para tu sacrificio, el máximun de conocimientos referentes a los grandes enigmas de lo Infinito. Por eso mismo te sientes forzado interiormente a realizar estas excursiones. Bien has comprendido ya, al esclarecerse tu mente, que esos seres relegados a ese pequeño globo que acabas de visitar, eran espíritus vampiros, que estaban ya para ser abandonados por sus Egos, en vista de que llevan más de un ciclo de vida planetaria sin dar un paso en su progreso eterno.

"Esas siete estrellitas que vosotros llamáis en la Tierra "Corderillos" y que son un desprendimiento de una gran nebulosa en formación, forman por sí solas un pequeño Sistema que está todo él habitado por seres como los que acabas de ver. Esa nebulosa fue creación de nuestro Padre Sirio con sus ciento diez espíritus compañeros, y como esos siete globos llegaron primero a consolidarse y tomar condiciones de vida en épocas de largos siglos, sus creadores les separaron del resto de la nebulosa, para acelerar su evolución.

"Es Justicia y es Bondad Divina que a esos seres entregados al más horrible vampirismo, se les permita un nuevo ensayo de evolución, antes de ser apartados de sus Egos y reducidos a la

desintegración. Proceden ellos no de la Lemuria, como tú piensas, sino del otro continente desaparecido en el ciclo anterior a Lemuria, tragado también por el mar Sereno del Sur. Son de Pascuant Chialdis y fueron los hechiceros, sacerdotes y magos de los primitivos cultos de aquel continente.

"Bien sabes que la hechicería y la magia negra es el camino por donde más fácilmente se llega al vampirismo. Se habitúan los seres a vivir dominando y esclavizando las inteligencias y las voluntades, con fines de engrandecimiento propio, y en general para pasar sus vidas gozando del esfuerzo y de las facultades de sus víctimas.

"Tú sabes que en un ciclo caben muy bien una centena de existencias consecutivas. Cien vidas planetarias tiranizando conciencias, inteligencias y vidas, viviendo nada más que del dolor y de la vida de los demás, bien merecen una vida oscura y disciplinaria, como la que ahora llevan, y felices ellos si responden a esa Justicia y Bondad Divina, que les permite reconciliarse con sus Egos, si cooperan por ese medio a que el Reino Animal de esos globos haga su paso al Reino Humano, que es lo que realizan ellos en ese globo, donde, durante otro ciclo más el Reino Humano ya estaría en la faz de evolución en que estaba el continente hundido cuando ellos lo habitaban.

"– ¡Justicia de Dios y Bondad de Dios, qué grande eres en tus arcanos infinitos!...

"– ¡Antulio!... –me dijo Aelohin, abrazándome con inmensa ternura, para despedirse–. Vuelve a tu nido terrestre y deja tal como están a los infelices moradores de los *Siete Corderillos*, porque allí no puede aún obrar prodigios el Amor Misericordioso que elegiste como glorioso camino. ¡Paso a la Justicia de la Eterna Ley!

"Ambos unimos nuestras frentes inclinadas en reverente actitud, y entristecido hasta lo sumo, pero reconfortado con la radiante confidencia, me separé de Aelohin y me desperté en la Tierra.

"Aunque yo nada había anunciado, algunos de mis discípulos, que antes de entregarse al sueño, acostumbraban a enviarme un pensamiento de adhesión y de amor, a fin de mantener la estrecha vinculación con su Maestro, observaron que yo no respondía a su pensamiento y los clarividentes vieron mi materia abandonada. Éstos, que eran seis, sin avisarme previamente, se encontraron en la oscura columnata que, de sus reposos, conducía al recinto de oración, del cual se podía pasar libremente a mi cuarto de reposo con sólo levantar una cortina ligera. Como el tiempo era templado me fue necesario el calor artificial para provocar una

reacción. Constituyeron una fuerte cadena magnética, elevada a lo más sutil y puro de que era capaz su amor al Maestro y a la filosofía enseñada por él, y mi despertar al plano físico les encontró así: con las manos unidas y los pensamientos empapados en raudales de Divinidad. En todos aquellos semblantes jóvenes y bellos había un sereno correr de llanto silencioso, y el mayor de ellos, Hilkar, que tenía por eso algún privilegio sobre los demás, fue el primero en transmitirme la queja que estaba a flor de labios en todos: – ¡Maestro..., os fuisteis solo y sin avisarnos! ¿Es que no queréis ya que os acompañemos en vuestros grandes trabajos espirituales?

"– ¡Mis amigos! –les dije incorporándome–. Pensé que alguna vez era justo que llevase yo solo la carga, porque si siempre he de tener auxiliares, cómo podré medir mis fuerzas propias. Pero si así os lastima el corazón mi silencio, os prometo que no ocurrirá otra vez. Esto me ha servido para comprobar que soy débil todavía, y que me fatiga mucho el realizar estas excursiones solo, y debiendo además tener el cuidado de mi materia.

"Y les referí cuanto había visto en mi viaje espiritual.

"En varios días subsiguientes de meditación solitaria acabé por consolarme de no haber podido salvar a ninguno de los confinados en los "Siete Corderillos".

"¡Qué enorme mal era esclavizar las voluntades, maniatar el pensamiento y tiranizar las conciencias dotadas por la Eterna Ley del don sublime del Libre Albedrío, del libre razonamiento y de la libre voluntad de seguir y amar el Bien, una vez conocido! ¡Qué enorme mal era aquella triple dominación, que esa Ley exigía un largo ciclo de vidas físicas en organismos de una raza preparatoria de la Humana, de la que habían sido vampiros y no compañeros!

"Con inauditos esfuerzos y dolores de todo un ciclo de vidas, se reconciliarán aquellos desventurados con la Eterna Justicia que les exigía introducir el Reino Humano, en toda la plenitud de sus facultades en aquellos globos nuevos.

"Siendo destinados a esa severa disciplina, en compensación de las porciones de humanidad conciente que habían retardado en su progreso y atrofiado en sus facultades mentales.

"Mis discípulos comprendieron la magnitud de aquella expiación digna de la Soberana Majestad del Altísimo, a quien habían ultrajado en sus criaturas y en las más nobles y sagradas de sus facultades superiores. Y así me pidieron que una vez cada luna hiciéramos una excursión hacia aquellos siete pequeños mundos, a

fin de apresurar el despertar de aquellos seres al arrepentimiento y a la comprensión.

"Mis discípulos íntimos eran cuarenta, pero sólo seis de ellos habían desarrollado bien sus grandes facultades, los otros estaban en distintas graduaciones en sus ensayos.

"Tomé, pues, la medida de que esos seis, mi madre y yo, formaríamos un núcleo secreto dedicado a colaborar conmigo en las excursiones de auxilio a los confinados de los Siete Corderillos.

"Esta medida tomada tan oportunamente tuvo el poder de consolarme de no haber salvado a ninguno de los cautivos del globo que terminaba de visitar.

"Quiero dejar grabadas en este papiro los nombres de aquellos discípulos tan valientes y decididos a cooperar a la redención de aquellos espíritus, para que al correr de los siglos puedan reconocerse cuando la Ley les haga encontrarse en lo infinito del espacio y del tiempo: Hilkar, Kelianto, Tilkaré, Banadio y Manadin, mi madre y yo completamos el pequeño núcleo de los viajeros interplanetarios.

"Sé que muchos de aquellos seres serán atraídos para encarnar en la Tierra, cuando haya terminado la expiación que deben cumplir, porque se verán ligados a nosotros fuertemente.

"Y ojalá tengamos la clara conciencia de no atraerles movidos por una piedad prematura, porque no estando perfectamente curados del mal que allí les llevó, reincidirían seguramente, viéndose de nuevo al contacto de una humanidad débil todavía y sin los conocimientos y la conciencia necesaria para no aceptar de nuevo sus imposiciones tiránicas y destructoras.

"Que esto lo tengan muy en cuenta los continuadores de nuestra Escuela cuando yo haya partido a la inmensidad infinita.

"Desde aquel momento pareció robustecerse la gran *Alianza de los Setenta*, como llamábamos en nuestra Escuela a la falange de Inteligencias afines en evolución y conocimiento, a la cual yo pertenecía desde tres etapas anteriores. La cuarta estaba terminando y nos encontraba a los Setenta diseminados, como Guías o Instructores de doscientos planetas principales con sus respectivos cortejos de satélites y asteroides, en esta inmensa cadena de mundos en que nuestro Padre Sirio había realizado su glorioso camino juntamente con nosotros, auxiliares suyos, y de donde él en la plenitud de su progreso eterno había llegado a ser una de aquellas Antorchas Vivas, transmisoras de la Idea Eterna emitida por Siete Fuegos Magnos, cúspide gloriosa de luz en la infinita escala de los seres pensantes.

"Encarnados, los unos con misiones de elevación moral de humanidades; los otros con misiones de apostolado científico o de difusión de principios básicos de la Verdad Eterna; y otros encarnados también, para producir la transformación continental en ciertos globos, cuyo progreso estaba retardado por las fuerzas contrarias al desenvolvimiento natural y justo de las humanidades que los habitaban; sólo diez de ellos se encontraban libres de las pesadas ataduras que pone la materia aún a las grandes almas.

"Entre los diez estaban Aelohin, Okmaya y Orión, los tres hermanos de alianza, que después de Venusina o Vesper (*Odina), tenían más completa afinidad conmigo.

"Con ellos tres al frente como Conductores Guías, imprimimos a nuestra Escuela de Divina Sabiduría la paz radiante y sublime que le faltaba, para realizar prácticamente la gran Ley de la Solidaridad Universal: la protección y ayuda interplanetaria para con porciones de almas encarnadas en mundos expiatorios o desencarnadas habitando moradas de tinieblas, a donde era necesario también llevar como antorcha de tres llamas: la Fe, la Esperanza y el Amor.

"El hundimiento de las dos terceras partes del continente Atlante, sepultando bajo las aguas a los países dominados por las grandes escuelas de Magia Negra, que llegaron para su mal a los más tremendos poderes ocultos a que se puede llegar en este planeta, cooperaba a nuestro anhelo facilitando el resurgimiento de corrientes puras y sutiles en las distintas capas atmosféricas y etéreas conque debíamos contar para nuestras correrías de misioneros interplanetarios del Amor Misericordioso.

"Tres veces cada diez días, mis tres Hermanos de Alianza acudían a nuestro recinto de invocación a la Divinidad, para darnos los más amplios detalles de cuanto nos era necesario saber para realizar en conjunto las exploraciones que deseábamos.

"Nueve lunas duró esta delicada enseñanza preparatoria hasta que una noche, presentes mi tres hermanos de Alianza, por la hipnosis de mi madre, de Hilkar y de Tilkaré, nos dieron en medio de conmovedoras disertaciones, el título y nombre mil veces glorioso de *Misioneros del Amor Misericordioso* en los mundos que a los Setenta estaban encomendados.

"Mas para llegar a esto, qué austera disciplina mental, emocional y física fue necesario imponernos a nosotros mismos, que aunque animados de los más santos anhelos, estábamos revestidos de materia densa a la cual debíamos someter a una escrupulosa depuración.

"Fue en este momento que nuestra Escuela, (*que más adelante se llamó Antuliana), adquirió los aspectos luminosos de Templo de Sabiduría, donde los estudios de Filosofía, de Astronomía, Astrología, Ciencias Naturales y Medicina, dieron el más alto vuelo a que podían llegar por entonces los conocimientos superiores del hombre.

"Fue entonces que se me dio el poder de dar entrada a mis compañeros al Templo Secreto de los Siete Portales, que es cuando el alma conquista su emancipación de toda atadura que pueda entorpecerle su amplia libertad, como Inteligencia afiliada a una falange redentora de humanidad.

"Es el Otoño y comienzo de Invierno, la época más propicia para efectuar esta clase de excursiones espirituales. La naturaleza física se adormece en una relativa quietud y más cuando los seres conscientes cooperan con método, que el buen sentido y la lógica aconsejan.

"Fijamos, pues, nuestra primera excursión para el cuarto día de otoño, que coincidía con el primero de luna menguante. Durante los tres días anteriores de preparación nos depuramos nuestras urnas materiales, mediante una alimentación exclusiva de frutas, hortalizas frescas, aceites, pan y agua en que vertíamos esencias de azahares.

"Un gran silencio sólo interrumpido por las melodías de los laúdes místicos, propias de la invocación; una absoluta consagración a lo bueno, bello y puro, que nos brinda la madre naturaleza si sabemos ponernos a tono con ella; una unión permanente a las grandes Inteligencias Guías de los buscadores de la Verdad y de la Luz, y con un sereno y confiado abandono en el seno del Amor Eterno, he ahí la depuración espiritual realizada en aquellos tres días solemnes antes de emprender el vuelo.

"Y en la noche del día tercero, tendidos en ocho canapés de junco, abiertos sobre la más apartada terraza de nuestra escuela, protegidos por un transparente cortinado, tejido de blanco hilo, evocamos al Alma Madre de todo cuanto palpita en la vida, y el Alma Madre nos absorbió como en un soplo suave de su aliento soberano, y caímos en el sueño hipnótico sin dificultad alguna.

"Nos encontramos, mi madre, Hilkar y yo, sobre la colina aquella de la cita mística con Odina, mi alma esposa de siglos; faltaban cinco de los compañeros. Comprendimos sus dificultades de novicios y les invocamos fuertemente con nuestro pensamiento de amor. Llegaron juntos Tilkaré y Aladio y nos dieron la noticia de que los tres restantes, o sea: Kelianto, Banadio y Manadin, se

veían estorbados por una nubecilla de espíritus ligeros, especie de duendecitos repugnantes que les habían salido al paso apenas se habían desprendido de sus urnas materiales. Sufrían los tres de debilidad en la vigilancia de sus sentidos de la vista y del oído, y por la vista y el oído le habían penetrado en la mente imágenes perturbadoras que les levantaban a veces borrascas internas duras de apaciguar. No eran más que entidades elementales, ondinas del agua o sílfides del aire, a quienes habían dado consistencia sus propios pensamientos por haber cedido a la curiosidad de mirar, desde nuestras terrazas, las danzas de los coros de libélulas que en los grandes lagos iluminados de la ciudad, se realizaban en las primeras horas de la noche, durante el baño de las princesas reales.

"El retiro y quietud de tres días no habían sido bastantes para borrar de sus mentes aquellas visiones perturbadoras. Comprendí ante la Luz Divina que les ayudaría a corregirles de aquella debilidad, una lección práctica, y corté el hilo de nuestro pensamiento de ayuda hacia ellos, al mismo tiempo que les mandé despertar.

"Los cinco que estábamos libres, hicimos una ferviente invocación a la Divinidad, de pronto nos envolvió un suave resplandor, de en medio del cual salió esta voz:

"–Yo abro los caminos de Dios".

"–Es *Orión* –dije yo, pues reconocí su frase, lema de millares de siglos. Apenas yo pensé esto, su figura, como un recorte de oro bruñido, se destacó sobre el azul de los cielos.

"– ¡Hermano mío! –le dije–, has venido a tiempo, pues me encontraba desorientado por la claudicación de los otros.

"–No han claudicado –me contestó–. Es sólo una debilidad propia de espíritus que no se someten con valor a la disciplina mental indispensable a esta clase de trabajos. La experiencia de esta noche, les hará más cautelosos. Y ahora viéndose despiertos los tres, lloran amargamente por no haber podido seguirte. ¡Vamos!

"– ¿Hacia dónde? –pregunté yo.

"–Yo abro los caminos de Dios –me contestó extendiendo sus brazos de luz hacia los cuatro puntos cardinales–. El Amor Misericordioso te abre las puertas de las moradas del dolor. Les reconocerás en la inmensidad por las vibraciones pesadas de una atmósfera gris oscura, salpicada de lucecillas rojizas como ojos de insectos que se encienden y se apagan. Penetra en ellas sin temor, que tus hermanos de alianza estamos contigo.

"Su luz dorada nos envolvió como un dulcísimo abrazo, y se

esfumó como un sol que se diluye en los celajes del atardecer. Flotábamos aún sobre la colina de la cita y la energía de nuestro pensamiento nos llevó con vertiginosa rapidez hacia un inmenso globo dorado, cuya corte de cuatro lunas enormes, me hizo comprender que nos hallábamos próximo a nuestro vecino: Jovia (*Júpiter). Pasamos tan próximo a él que percibimos la suave sutilidad de su atmósfera, que aparece ante el investigador espiritual como una delicadísima red de hilos de oro, tendidos en todas direcciones, y que parecían perderse en lo infinito.

"Esta elevada humanidad de pensadores, de clarividentes, maestros de la telepatía, tiene tendidas en torno a su planeta, esta mística red de oro y seda que vibra ante nosotros como una melodía de dulzura indescriptible.

"– ¿La oís? –pregunté a mis compañeros. Unos la oíamos con mayor intensidad que otros, y la Ley Eterna fue tan generosa para nosotros, que nos permitió captar las ondas de algunos mensajes telepáticos de seres encarnados en aquel inmenso planeta, y dirigidos a un encarnado en nuestra pobrecilla Tierra: "–¡Hijo querido!... –decía aquel mensaje como un canto de amor lejano–. Toma tu barca, sigue por el mar Atlante, veinte días hacia donde sale el sol, y encontrarás una pequeña isla que fue cúspide de la más alta montaña del hundido continente. Allí viven, aún, dos Ancianos solitarios, los últimos vástagos de la dinastía que fue del Santo Rey Anfión, que guardan con sus vidas grandes tesoros, que te serán útiles para la obra que realizan en medio de esa humanidad".

"No pudimos captar la respuesta, pero tuvimos la intuición de que el mensaje fue recibido y poco tiempo después tuvimos en el plano físico la más amplia comprobación. El mensaje era enviado por un sabio príncipe desencarnado hacía doscientas lunas, de las últimas familias descendientes de los antiguos Toltecas, que la grandeza del Rey Anfión había envuelto en una aureola imposible de borrar. Iba dirigido dicho mensaje al mayor de sus hijos que continuaba los estudios y la obra filantrópica de su padre, aunque en pequeña escala por escasez de recursos. Catorce lunas después se presentaba en nuestra Escuela un hombre de edad madura solicitando concurrir a nuestras Aulas, a lo cual había sido impulsado, también, por otro mensaje telepático de su padre, que le indicaba la conveniencia de unirse a nosotros tanto para llegar a un buen desarrollo espiritual como para dar formas prácticas a la obra de beneficio público que realizaba en privado, y aunque casi me doblaba en edad, fue un discípulo dócil, como un niño que se deja

guiar sin poner dificultades. Se llamaba Sisardo de Ophekuan, y grabo aquí su nombre con tierno cariño.

"La sutil y pura atmósfera que envuelve a nuestro gran vecino Jovia, nos retenía como si hubiéramos caído en una delicada red de hilos de seda, de una suavidad indescriptible. Nos acercamos tanto a su plano físico que pudimos ver sus montañas de rocas rosadas como teñidas de amatista y de ámbar; sus lagos y ríos con tinte de igual color y a veces con reflejos azulados y verdosos causados, seguramente, por los variados matices que irradian sus cuatro enormes lunas que aparecen por turnos y a distintas horas.

"Las ciudades flotantes, sobre el agua cuya corriente les lleva a diferentes países, según sean los trabajos a que se dedican los individuos de aquella humanidad, entregada en su gran mayoría a las investigaciones científicas de todo orden, con lo cual han conseguido eliminar casi por completo las causas de los dolores humanos. Claramente se comprende que la gran evolución de los seres pensantes ha apartado del éter y atmósferas jovianas todos los elementos perjudiciales a las vidas orgánicas y a las vidas inorgánicas, conforme tal, que allí no existen plagas destructoras de plantaciones, ni de ganados; pues que todos los que son del reino animal cuya vida perjudica a la humanidad ha sido ya eliminado. Es allí el ser pensante un verdadero rey en sus dominios, pues su grado de evolución le dio poder sobre los seres y las cosas que le rodean. Absortos estábamos en la dulce placidez de aquella atmósfera, como brisa perfumada de flores, cuando nos vimos de pronto envueltos en una nube azulada y brillante que casi nos deslumbraba. Mas, al acercarse a nosotros tomó formas bien definidas y yo reconocí a mi Hermano de Alianza, Okmaya, que parecía salir a mi encuentro.

"– ¿Tú, aquí?... –nos dijimos a la vez con nuestro pensamiento.

"–Sigo mis viajes interplanetarios, para cumplir el mandato del Amor Misericordioso –dije yo, el primero.

"–Y yo –dijo él–, obedezco el mandato de mi Ley que me ha dado la misión de terminar la depuración de esta humanidad ya tan adelantada.

"–Estos son mis aliados de la Tierra –dije señalando a mis compañeros de viaje.

"–Lo he comprendido ya –me contestó–. Y temo que lo que vais a observar esta vez, sea demasiado fuerte para ellos.

"–Son valerosos y decididos.

"–Entonces probad de seguirme.

"Me tomó de la diestra y como una flecha descendimos más en la atmósfera del gran planeta.

"Ya casi tocábamos el plano físico que llegamos a percibir claramente, aunque era, ya, de noche. Flotábamos sobre una cordillera de peladas rocas grises, en las que se veían enormes cavernas, cuyas bocas negras daban la impresión de enormes monstruos con las fauces abiertas.

"Nuestro Guía se detuvo un momento, y vi su pensamiento que decía: "–Ya estoy aquí. ¡Venid!". –Y al punto salieron no sé de donde, siete seres de fuerte irradiación azul, y de cuyas manos partían como dardos de un rojo vivo y hermoso, que lanzaba menudas chispas de luz.

"–Estos son mis obreros más fuertes –dijo mi Guía–. Porque es llegada la hora en que obre la Justicia Divina, para la depuración final de este planeta que entrará en breve a ser una de las moradas del Reino de Dios. Quedaos quietos sobre este montículo, y observad serenos cuanto aparezca ante vuestra mente.

"*¡Es la Hora!* –dijo con solemne gravedad dirigiéndose a los que había llamado sus obreros–. ¡Tomad de mí cuanto necesitáis, y afuera con ellos! –Los siete espíritus de brillante azul le rodearon, y con aquellos dardos rojos de sus manos, cual si fueran caños absorbentes, recibían a torrentes de un fluido que parecía fuego vivo, que irradiaban los brazos abiertos y el cuerpo de Okmaya, que había tomado el aspecto de una hoguera de vivísimo resplandor. Duró esto sólo unos segundos, y los siete seres de los dardos bajaron a las cavernas. A poco vimos comenzar a salir una cadena de seres maniatados, tan negros en su asquerosa desnudez y con un aspecto tan horriblemente feo que no encuentro nada apropiado para hacer una comparación.

"Pudimos contar veinte veces cien de aquellos monstruosos espectros que debieron ser humanos en un tiempo.

"Okmaya vio la interrogación en mi mirada y dijo: "–Este es el juicio final de los rebeldes eternos a la Bondad Divina. Es la última depuración de este planeta, y serán conducidos a la luna más lejana de las cuatro que veis.

"Los siete espíritus de los dardos rojos les conducían como a prisioneros rabiosos, que pugnaban por libertarse, aunque sin conseguirlo.

"–Venid y veréis el juicio final de los rebeldes de la grandeza de Dios.

"Perdimos de vista a los prisioneros y llegamos, mucho antes que ellos, al satélite que se nos había indicado. Allí no había más

que peladas rocas llenas de cráteres de volcanes ardientes. No había vida en ninguna parte, ni una brizna de hierba ni un insecto, ni una larva..., nada, nada.

"Aquello era de una aridez espantable. Como una catarata de negro humo y de lodo hirviente llegaron los negros espectros, cuya negrura y fealdad formaban contraste con la brillantez azul de sus conductores y los dardos rojos que parecían servir de barreras de fuego en sus manos.

"–Aquí se realizará el más formidable proceso de Justicia Divina, que se puede imaginar. ¡Firmes! –dijo Okmaya a sus compañeros. Y éstos unieron la punta de sus dardos rojos, a la manera de cúpula sobre el negro e informe montón, formado por los espectros.

"– ¡Gran Atmán! ¡Supremo Señor de cuanto vive y palpita, que se cumpla tu Justicia Soberana en estos seres, tal y como ellos mismos la han querido! –Y el fuerte espíritu de Okmaya extendió sus brazos de luz, como abarcando el horizonte. Entonces presencia mi Inteligencia algo que por lo espantoso, se hace casi imposible definirlo.

"Cada uno de aquellos espectros apareció como suspendido, sobre el vacío, por un delgado hilo blanco que se perdía en lo infinito. Y los siete espíritus azules cortaron con sus dardos de fuego aquellos débiles hilillos blancos. Los espectros en medio de horribles contorsiones caían sobre las áridas rocas, y se debatían con furia unos contra los otros. Pero los dardos de fuego, de las manos tendidas de los obreros de Okmaya, les iban alcanzando de uno a uno, y quedaban convertidos en nubecillas de cenizas negras.

"– ¡Vientos del Infinito! –dijo Okmaya–. ¡Dispersad en este globo sin vida estas oscuras cenizas, para que vuelvan al Reino Mineral de donde salieron un día! Sólo aquí donde no hay señales aún de vidas orgánicas, pueden recomenzar su carrera eterna los que despreciaron tu Majestad Soberana.

"Un vendaval de fuego y lava ardiente arrojadas desde lo profundo de los volcanes, en perpetua ebullición, pasó como ola fatídica, llevándose en sus corrientes ígneas aquellas pobres y negras cenizas, de lo que habían sido cuerpos astrales de seres con inteligencia, con vida, con voluntad y libre albedrío.

"Cuando desapareció de nuestra vista la espantosa escena, busqué a mis compañeros y los encontré detrás de mí, sentados con languidez sobre las rocas, siguiendo con los ojos espantados las corrientes de lava ardiente en que se habían diluido aquellas cenizas. Mi madre lloraba con una suprema angustia".

"– ¡No puedo más, mi hijo!... ¡No puedo más!

"– ¡Volvamos! –dijo Okmaya, reuniendo en torno suyo a sus siete obreros, cuyo aspecto impasible, sereno, rígido, les asemejaba a hermosas estatuas de zafiro, con sus dardos de rojo fuego y sus ojos como diamantes que arrojaban luz.

"–Tu madre es un espíritu demasiado sutil para presenciar esta tremenda Justicia del Gran Atmán. Tú mismo estás agotado y tus discípulos más que tú.

"Yo pasé mi brazo alrededor del dorso de su brazo para fortalecerla, y emprendimos el regreso siguiendo a Okmaya y sus siete compañeros. Ellos penetraron en la atmósfera del planeta Jovia, y mi hermano de alianza siguió acompañándonos hasta la colina de la mística cita del Amor Misericordioso. Al sentirnos de nuevo en la atmósfera terrestre donde yacían en quietud nuestras materias, sentimos la sensación del que llega a su casa, así sea ésta pobre, ruinosa y triste".

"–Aquí, en este sereno oasis de vuestra Tierra –dijo nuestro Guía–, tendremos una breve confidencia que no era posible en otros ambientes y entre las rudas vibraciones de lo que hemos debido realizar.

"Y todos nos sentamos sobre aquella hermosa colina tapizada de verde césped e iluminada por la luz pálida de la luna menguante.

"– ¡Hermano mío! –dije a Okmaya–. Admiro tu fortaleza de la que yo no soy capaz. ¡Qué tremenda es la Justicia Divina cuando cae sobre seres que pisotearon su infinita Bondad!

"–En efecto –me respondió él–. ¿Sabes lo que son cincuenta mil años de pisotear sin interrupción la Majestad Divina? ¿Sabes los millares de espantosos crímenes y de víctimas que esos seres han ido haciendo uno después de otros en el largo correr de todos esos siglos? ¿Sabes que durante un largo ciclo se les obligó a la encarnación en cuerpos de monos gigantes, como último medio de redención y aún allí encontraron el modo de ejercer su sed de crimen y maldad, matando a millares a sus compañeros de raza, para beberle la sangre en sus entrañas calientes y vivas todavía?

"–Esto es horrible... entre lo más horrible que he conocido –exclamé lleno de espanto y de pavor–. ¿Y sus Egos?

"–Sienten el dolor de una madre que pierde a su hijo, pero como no han llegado a un desarrollo ni aún mediano de su conciencia íntima, no pueden valorar ni justipreciar cabalmente el fracaso de las personalidades que lanzaron a los planos físicos. A más,

este corte supremo dado por la Eterna Ley les hace sentir dolor y descanso a la vez, como, por ejemplo, una madre que ve morir a un hijo loco de nacimiento, cuya vida ha sido una serie de desastres para todos. Al recoger hacia sí mismo el hilo fluídico, por donde baja la corriente de Inteligencia hacia el ser que está encarnado, los Egos se concentran por un tiempo más o menos largo, como una crisálida entre su capullo de luz, hasta que el poderoso instinto propio de ellos de manifestarse nuevamente en vidas físicas, les obliga a desplegar y extender sus alas buscando el medio ambiente para nuevos ensayos, que con las experiencias adquiridas, desde luego, tienen más probabilidad de éxito.

"El Libre Albedrío comienza en la chispa divina o Ego, o Yo Superior, en el momento en que se ha despertado en él, esa potente fuerza que le obliga a manifestarse en la vida física, y sucede que animados del deseo de un progreso más rápido, al llegar en sus vidas al Reino Vegetal eligen con preferencia las grandes y fuertes especies de larga vida, y en parajes a resguardo de la destrucción que le puede venir de los Reinos más elevados. Les repugna grandemente el verse sumergidos con demasiada frecuencia en los que llamamos alma múltiple que, como saben, la hay en los comienzos de los reinos inferiores a lo humano; gozan adquirir más rápida individualización en la larga vida de una encina, que en la vida efímera de una pequeñita plantita que nace y muere cada primavera. A veces puede ser y a veces no, porque hasta en el Reino Vegetal hay tipos que viven a costa de los demás, que destruyen con sus raíces tendidas bajo la tierra, a largas distancias, las vidas vegetales de toda su vecindad. Esas grandes y fuertes trepadoras que matan árboles estrangulando sus tallos, son otros tipos de vidas físicas dañinas, y son un mal comienzo en los ensayos primeros que realizan los Egos. Lo propio sucede al entrar en el Reino Animal, con la preferencia por las fuertes especies que viven devorando a las pequeñas.

"Es por eso muy sabio el viejo adagio de que: "No llega más pronto el que corre más sino el que más prudentemente camina".

"¡Antulio! ¡Hermano mío de tantos siglos!... ¡Cuánto hemos ganado los Setenta siendo por largas edades pequeños césped, margaritas y violetas sobre la losa sepulcral de nuestro Padre Sirio, que si hubiéramos comenzado siendo altos pinares o cedros parasitarios! Después, dorada piara de conejillos abrigados en la ruina de su sepulcro hecho escombro, después golondrinas cobijadas entre los torreones vetustos de los que fueron Santuarios de su sabia enseñanza, y finalmente ovejillas que, en el monte, les

seguíamos a pastar por las praderas cuando en una nueva vida suya nos hacía de pastor...

"¡De todos sus hijos de la eternidad, sólo Setenta fuimos salvos!... ¡Sólo setenta!...En tu vida física de Anfión, tú dejaste en piedra todo esto, pero ni aún las piedras resisten a la formidable acción de los siglos. Por eso te lo recuerdo en este dulce momento de remembranzas del pasado.

"– ¿Y acaso –dije yo, movido por una secreta intuición–, no habrá entre esos terribles espectros, que la Justicia Divina ha reducido a moléculas de cenizas, algunos de los que fueron nuestros hermanos de nacimiento, en las lejanas edades de nuestros comienzos de vida?

"Okmaya se inclinó hacia mí y me estrechó sobre su corazón, del cual partía una fuerte vibración de dolor.

"Mis discípulos y yo comenzamos a sollozar silenciosamente, embargados por una profunda pena. Okmaya, más fuerte, por pertenecer a la falange de la Justicia, ahogó en lo más hondo de sí mismo su angustia, y dando un gran suspiro se puso de pie mientras me decía: –"¿Te llegó mi pensamiento, Antulio, mi hermano de siglos? Más de la mitad de esos seres llevados a la disgregación fueron hermanos nuestros, dependiente como nosotros de nuestro Padre Sirio, que por la Eterna Ley del Libre Albedrío no pudo estorbarles de rodar hasta el abismo. Y ahora vuelve a tu nido terrestre, y enseña a la humanidad, que es tu campo de labor, lo que es Justicia Divina para los que pisotean y desprecian su Bondad infinita y su inefable Amor".

"Irradió de nuevo un gran nimbo de luz azulada que nos envolvió a todos, como un dulce beso de despedida y se esfumó entre las suaves claridades de aquella luna menguante sobre la mística colina del Amor Misericordioso.

"Mis compañeros y yo nos quedamos como absorbidos por una ola poderosa de silencio y de quietud. Comprendí que aquella sensación ayudaba a ponernos a tono para poder tomar de nuevo nuestras urnas materiales, sin choques y sin violencia. Nuestras mentes percibían, desde allí, las torrecillas de nuestro santuario, que emergían como blancos guardianes por encima de la espesa arboleda que lo rodeaba. Percibirlas y estar allí fue todo uno. Hilkar y yo nos despertamos primero, y unos después de otros fueron despertándose los demás. Encontramos a los tres que no pudieron seguirnos, velando nuestro cuerpo.

"–No estéis así desconsolados –les dije– que para otra vez estaréis más fuertes y mejor preparados. El desaliento no es propio de

los buscadores de la Verdad. Y no existe el fracaso para los que caminan con sinceridad y firmeza hacia un gran Ideal.

"Preparad vuestros papiros, para que después de tomar juntos el refrigerio matutino, hagáis de notarios de cuanto tenemos que dictaros. Mi pobre madre se vio obligada a guardar reposo en el lecho tres días consecutivos, pues su materia se vio afectada por las tremendas impresiones que sufrió su espíritu. Nosotros, todos, tuvimos también que tomar descanso en los estudios hasta poder volver a la serenidad mental que nos era necesario. Y dimos una tregua a nuestras incursiones interplanetarias hasta la segunda luna menguante de aquel otoño inolvidable, cuyo triste caer de hojas y mortecinos resplandores de sol parecía formar contraste con la magnífica floración de nuestros conocimientos superiores, que progresaban paulatinamente.

"En nuestras asambleas espirituales íntimas fue introducido Sisardo de Ophekuan, cuya facultad telepática llegó a un alto grado de desarrollo.

"Mis tres hermanos de alianza, Orión, Okmaya y Aelohin, se nos manifestaban con frecuencia para hacer las indicaciones oportunas a nuestra preparación para nuevas excursiones.

"Mientras tanto, yo continuaba atendiendo a los numerosos oyentes del aula pública, para quienes la enseñanza era muy limitada, adaptándola a la capacidad espiritual de la mayoría.

"Fue por este tiempo que el poder del Estado, arrogándose derechos que no le correspondían, dictó una ordenanza rigurosa de que todo hombre llegado a la edad viril estaba obligado a tomar esposa, como medida de sanear las costumbres y propender al aumento de los nacimientos que habían mermado un cuarenta por ciento, debido a la corrupción reinante.

"Yo, por descender de familia sacerdotal de las más antiguas y veneradas de aquellos tiempos, quedaba fuera de esta obligación si así era mi voluntad. Hilkar, descendiente de príncipes reales, tampoco sería obligado si no lo quería, pero los demás caían bajo la prescripción que no admitía ninguna excusa. Daban un plazo de veinticinco lunas para el cumplimiento de tal edicto.

"Mis discípulos se atormentaron grandemente con la decisión gubernativa, pero la Divina Sabiduría sugirió la idea que podía subsanar, en parte, la dificultad.

"En aquella época de tan espantosa corrupción de costumbres, ¿dónde encontrar doncellas puras, a quienes unir sus vidas mis compañeros de Escuela?

"Entonces tuve la idea feliz de fundar con los tesoros aportados

por Sisardo de Ophekuan y con mi madre al frente, una escuela femenina para adolescentes y niñas buscadas entre las praderas de la lejana Orozuma y Otlana, que por estar encerradas en una muralla natural de inmensas montañas, se sabía que podían encontrarse en las familias de labriegos y pastores, doncellas que aún desconocían la corrupción y los vicios de las grandes ciudades pertenecientes a Manh-Ethel.

"Mi madre, acompañada de dos ancianos servidores, fue en busca de aquellas perlas escondidas entre los rastrojos y las majadas; y tornó con veintisiete adolescentes y catorce niñas como fundadoras de la Escuela-pensionado, donde se les daría la más elevada educación y cultivo intelectual, que por entonces se acostumbraba para las hijas de familias aristócratas y pudientes.

"Entre aquellas adolescentes llegó Iris, cuyos padres cardadores de lana, se vinieron con ella a continuar su oficio en la gran capital.

"De esta manera fue salvada la dificultad para mis discípulos, que al finalizar los dos años dados de plazo por la ley, eligieron esposas entre las veintisiete adolescentes educadas en el pensionado que regenteaba mi madre.

"Antes de llegar la segunda luna menguante de aquel otoño se desató una espantosa guerra entre Manh-Ethel y los países limítrofes: Cerro Negro, Valle de Oro y May-Olandia. Hacía ya años que los cuatro países venían disputándose una enorme montaña de hierro, cobre, otros metales y piedras preciosas, que en realidad a ninguno de los cuatro países pertenecía, pues aquello que aparecía como montaña, los más ancianos del país recordaban haber oído a sus abuelos que allí existió una populosa ciudad, que fue completamente sepultada en el fondo de la tierra por un enorme bólido que había caído del espacio azul.

"Los sacerdotes de Zeus por sus augures en hipnosis habían recibido escritura de inteligencias amigas, anunciando la destrucción de aquella gran ciudad por un misterioso fuego del cielo. Y pocos años después había ocurrido el hecho, que anticipadamente quedaba explicado así: De un sistema solar vecino al nuestro, y de un sol llegado a decrepitud hacía innumerables siglos, se había roto en pedazos como una enorme granada, y uno de ellos que pesaba muchos millones de cubas (*medida comparable al metro cúbico de nuestro tiempo), cayó sobre la gran ciudad sin dejar de ella ni el más ligero vestigio sobre la tierra.

"Este enorme bólido era, en verdad, un tesoro fabuloso que permaneció ignorado por mucho tiempo, debido sin duda, al

pánico que causó su caída, pues toda aquella hermosa comarca que habían sido campos fértiles en torno a la gran capital, fueron abandonados por sus habitantes.

"El secreto científico llegó a conocimiento de los soberanos de aquellos países, por la avaricia de un sacerdote del templo de Zeus, que prometió a uno de los reyes, hacerle dueño de un gran tesoro si le elevaba a la categoría de Gran Sacerdote, puesto tan honorífico que casi sobrepasaba a los reyes.

"El tesoro era el bólido aquél, que aparecía como una montaña común, pues al hundirse en la tierra había levantado en torno grandes nubes de tierra sobre la cual había seguido creciendo vegetación. La ambición de aquel hombre, puso en descubierto la escritura que se había conservado entre los papiros sagrados del templo, la cual decía así: "La vasta ciudad Oromaya será sepultada de aquí a treinta lunas, por un monte de hierro, cobre y piedras preciosas, que mandará Zeus desde el cielo azul". Como dicha ciudad había sido capital de los cuatro países que hasta entonces formaron uno solo, de ahí nacía la contienda armada, pues cada cual quería para sí la montaña mágica.

"He debido hablar de este asunto, al parecer tan ajeno a los temas que venía desarrollando, porque esta guerra que llegó a los mayores accesos de furor y de crueles matanzas, entorpeció nuestros trabajos espirituales, de tal manera que fuimos aconsejados por nuestros aliados espirituales de suspender los viajes interplanetarios que, como es natural, se realizaban contando con la más grande quietud y sosiego para las urnas materiales que dejábamos en reposo.

"Los ejércitos en lucha invadían, unos a otros, las ciudades y plazas del adversario, arrojaban catapultas destructoras, hachones embreados ardiendo en llamaradas, millares de dardos y flechas envenenadas desde los halcones de la muerte, que soltaban a vuelo como aves siniestras sembradoras del espanto y de la muerte, sobre los pueblos enloquecidos de odios y de furor.

"Algunas de las torres de nuestro Santuario fueron derrumbadas por las catapultas, y nos vimos obligados a habitar las cavernas de granito sobre las cuales habíase edificado siglos hacía nuestra escuela, que anteriormente fuera templo de Dyaus; durante dieciocho lunas vivimos en las tenebrosas cavernas sólo alumbradas por cirios y antorchas, de noche y de día. Pero, como nuestras alianzas espirituales sentían como suyo propio nuestras angustias, no nos vimos jamás abandonados. Y aquellas negras cavernas, las que consagramos a recinto de invocación, se vieron muchas

veces iluminadas por las radiantes apariciones de aquellos amigos eternos para quienes no existe, ni la distancia ni el tiempo y que no conocen el olvido, y que nunca dicen adiós.

"Allí tuvimos casi a diario, las radiantes visitas de mis compañeros de alianza: Aelohin, Okmaya y Orión; tuvimos a Odina y a varios más, que realizaban encarnaciones mesiánicas en Vhega, Arco de Oro, Acuamundis, Marte, y en el Sol Verde del Sistema Tricolor, nuestro vecino.

"Y cuando nuestros dolores y sacrificios llegaron a lo sumo, por causa de la espantosa contienda armada, tuvimos la visita espiritual de nuestro Padre Sirio, que desde las alturas inaccesibles a que la Eterna Ley lo había subido encontró el medio de hacernos llegar la flecha de oro de su pensamiento de amor.

"En verdad que el Amor salva todos los abismos, y el amor inmenso de los que durante largas edades nos amaron, pudo vencer las negras tinieblas de los odios, los rencores, y las pasiones humanas desatados como espantoso huracán, para venir a consolar y animar las almas abatidas de sus compañeros de siglos.

"Cada visita de aquellas fue un admirable tratado de Divina Sabiduría, en forma de completar los conocimientos que habíamos empezado en nuestros viajes interplanetarios, y que el furioso estruendo de la guerra nos impedía continuar. Entonces, pudimos comprobar hasta la evidencia que cuando un pequeño núcleo de seres, buscan la Verdad Divina y el Soberano Amor con verdadero anhelo de encontrarlos, y se pone a tono con ello, no hay fuerza inferior y grosera que pueda estorbarlo.

"Aelohin inició esta era de gloriosas visitas en la negrura de las cavernas. Fue una tarde, en que estábamos reunidos alrededor de una fuente natural, formada en el centro de la gran caverna, que era recinto de oración. Aquella fuente se había formado por una filtración de la roca, pues estaba ubicada justamente debajo de una caída de agua que existía arriba, en la parte de montaña adosada a uno de los muros del viejo templo de Dyaus.

"Nuestras lágrimas silenciosas, nuestras hondas angustias, nuestro pensar continuo, habían sin duda vitalizado las aguas de aquella fuente, pues llegaron a tornarse saludables para los menesterosos atacados de crisis histérica, demencia repentinas, fiebres malignas, delirium tremen, enloquecedores y mortíferos. Enfermedades y males a millares producidos por el terror y crueldad de la lucha, encontraron el alivio y la curación en las aguas de aquella fuente que desde entonces fueron consideradas milagrosas.

"En aquellos días de dolor y de tinieblas se desarrolló en todos,

éramos diez con mi madre, la clarividencia en forma tal que fueron horas de gloria, de amor y de dulzura infinita. Fue una tarde que, en el más completo silencio y en una honda evocación, pedíamos la Luz Divina para todas aquellas mentes enloquecidas de odios y de furor, cuando de pronto el agua de la fuente se iluminó de un dorado resplandor, como si el sol antes de ocultarse, hubiera arrojado sobre ella una explosión de su rubia luz de atardecer. La luz fue haciéndose más y más intensa hasta poder compararse a un sol que hubiese bajado sobre las aguas. Mi madre cayó en hipnosis, y por ella nos habló Aelohin: –"Soy una ola de la Energía Divina que al tomar contacto con las aguas de esta fuente, producirá una inundación de vigor y fortaleza en vuestros espíritus abatidos por la tempestad del odio y de las pasiones humanas. Sólo diez de los Setenta hemos quedado libres de las ligaduras de la materia en planos físicos, y estos diez repartimos nuestro tiempo en alentar y consolar a los amados cautivos. Ahora mismo vengo de vuestro vecino Escarlata (*Marte), donde nuestro hermano Gedulá padece inmensamente más que tú, en esta tierra, debido a que los habitantes de aquel globo son, en su gran mayoría, las razas guerreras y sanguinarias que fueron apartadas de Pólux y Régulo, cuando estos planetas estuvieron en condiciones de ser habitados por una humanidad más adelantada. Había allí diseminados, aún en el plano astral de aquellos planetas, una infinidad de espíritus parásitos o vampiros que sembraban la discordia y el odio en aquellas humanidades, produciendo insoportables dolores a los justos sembradores de la paz y del amor. Y haciendo honor a mi nombre símbolo: *Ola de Energía Divina*, he debido dirigir desde lo alto la conducción de esos seres a los dos satélites que cortejan a Marte, para cooperar así al éxito de la misión mesiánica de nuestro hermano.

"– ¿Y les habéis reducido a ceniza para que recomiencen su carrera de siglos? –pregunté yo recordando el espantoso proceso que vi realizar a Okmaya.

"– ¡Aún no! Porque para estos, la Eterna Ley sigue un proceso más lento aún, debido a que sus Egos están más desarrollados y por sí mismos cortan el hilo fluídico transmisor de la Divina Inteligencia que baja hacia ellos, y lo recogen lentamente hacia sí mismo.

"–Es más benigna la Ley –dije yo, creyendo comprenderlo así.

"–O más severa acaso, según desde el punto de vista que se mire el asunto –contestó él–.

"No sé qué cosa sea más terrible, si los dardos de fuego de las

falanges justicieras, o el irse disgregando por partes aquellos horribles cadáveres astrales, dando al observador espiritual el cuadro espeluznante y terrorífico de ver brazos, piernas, cabezas, vísceras de materia astral separadas del resto del fantasma, y seguir aún agitándose en contorsiones de vida que lucha por prolongarse. En esa espantosa lucha acabo de dejarles para venir hacia este oasis del amor divino, que eso es, Antulio, esta caverna que cobija a quienes sufren, esperan y aman como vosotros. Donde quiera que vibre un amor como el vuestro hay claridades de aurora, agua fresca de manantiales y praderas florecidas que iluminan los astros del Eterno.

"– ¿Estos pueblos –pregunté yo–, que se destrozan de tan espantosa forma, por la posesión de una montaña de hierro, cobre y piedras preciosas, no pueden ser contenidos por el Poder Divino que encadena los vientos y las tempestades?

"– ¡Oh, no, Antulio, hermano mío! Porque entre las vidas que se cortan por la guerra están dos categorías de espíritus, que por Ley Eterna deben cambiar la ruta de su evolución: Los semi-vampiros, que aún pueden esperar redención, tomando cuerpo en especies de monos gigantes y otras formas parecidas, en globos de preparación para introducir el reino humano; y los vampiros que deben ser abandonados por sus Egos en esa luna que os alumbra y que tan brillante y hermosa aparece a la distancia. Bien sabes que la encarnación física de un Mesías produce grandes cambios en la humanidad que habita ese planeta; y aunque aparece abatido en el fondo de una caverna, la Eterna Ley vela para que no sea estéril ni una sola de tus lágrimas, ni uno solo de tus sacrificios. Si tantos espíritus de gran fuerza contraria volvieran a tomar materia en esta Tierra, ¿qué será de la doctrina de Antulio a la vuelta de pocos años?

"–Dime, Aelohin. ¿Son muchos los desventurados seres que desde esta Tierra deben ser conducidos a nuestra Luna, para sufrir la disgregación?

"–Son menos que los que había en Marte, procedente de Pólux y Régulo. Ya sabes que nuestro Hermano Gedulá es un espíritu fuertísimo, capaz, y con todo se ve a veces profundamente conmovido en su íntimo yo por las terroríficas venganzas que bajo el aspecto de justicia realizan los poderosos de Marte, llamado, con cierta razón, por los antiguos astrólogos el Guerrero Rojo de los Cielos. Allí los seres débiles espiritual y físicamente, no permanecen mucho tiempo porque se les elimina enseguida, no por medio del asesinato violento sino sometiéndoles a las durísimas

pruebas de resistencia, de fuerza, de audacia, en que la mayoría son allí ejemplares que dejan muy atrás a los más fuertes de esta Tierra, y naturalmente dejan la vida física en esas pruebas. Las razas más guerreras que han venido a este planeta, han sido en su mayoría espíritus originarios de Marte, pues que allí se mira con gran simpatía a la Tierra, que es para ellos la estrella vespertina; como Venus es para la Tierra. Por avisos espirituales se sabe, allí, que la humanidad terrestre es inferior a la de Marte bajo el punto de vista de los marcianos, para quienes no hay más grandeza que la que proporciona la fuerza, la destreza, el coraje y la audacia, en todo lo que sea lucha de unos contra los otros. Y a veces en legión emigran a este planeta para tomar posiciones ventajosas entre esta humanidad, a la que consideran débil y apocada. Estas legiones guerreras de Marte, vienen por Justicia Divina, cuando la humanidad terrestre más adelantada en los conocimientos superiores y en el sentimiento del amor fraterno ha olvidado los principios de su Ley, y se ha entregado a vicios y corrupciones que por su grado de evolución ya le están vedados.

"–Pero, nuestro hermano Gedulá encarnado allí, ¿qué doctrina enseña si no puede hablar a la humanidad del amor, la fraternidad, de la tolerancia, de la suavidad de costumbres? ¿Qué Dios adoran los marcianos si no adoran al Dios Amor? –pregunté yo a mi hermano Aelohin.

"–El Instructor Mesías de aquella humanidad, si quiere ser oído, debe ponerse a tono con lo que ella es capaz de comprender y asimilar. Y así busca hacerles progresar basado en los principios del Poder de la Justicia, de la Energía y de la Eternidad de Dios.

"Allí no existen las dinastías hereditarias, son Soberanos y Jefes de pueblos los que han salido vencedores en las terribles pruebas de destreza, de valor, de audacia, de resistencia y de justicia. Allí no se comprenden la compasión ni la caridad, y nadie tampoco la espera sino que cada cual se esfuerza hasta lo indecible en bastarse a sí mismo, y cuando se ven ya por completo agotados, los pocos que no mueren en guerras o luchas, se quitan la vida estoicamente, porque interpretan que es justicia terminar con una vida inútil. Y su creencia religiosa en un Dios fuerte, poderoso y justiciero, les hace pensar en que al morir entraran directamente a ser soldados ilustres en las legiones aladas y gloriosas de ese Dios, que ellos sólo comprenden como el máximum de la fuerza, del poder y de la justicia.

"Diríase que la configuración física de aquel planeta coopera a los mirajes de aquella humanidad. Marte es planeta de poca

agua. No hay océanos abiertos como en éste y otros globos del vasto Universo. Sus pequeños mares mediterráneos mantienen una corriente de pensamientos y de ideales homogéneos, como si el apretamiento en que viven unas razas junto a las otras, las contagiara del mismo modo de sentir y pensar. Y siendo sus puntos de mira convergentes todos hacia la grandeza emanada de poderes adquiridos por la fuerza, por la audacia, el coraje y la destreza chocan de continuo una raza contra otra, y paréceles tiempo perdido el que pasan sin luchar y sin conquistar.

"– ¡Qué mal me encontraría yo, si hubiera de ser instructor de aquella humanidad!... –exclamé apesadumbrado, por el mal estado espiritual que en mi sentir, se encontraban los marcianos, y por reconocerme poca cosa ante la enorme carga de llevar sobre los hombros una humanidad semejante.

"–Pues, por eso no te encuentras allí –me contestó Aelohin–. La humanidad terrestre sigue los caminos que ha seguido la de Venus, la de Alpha, la de Cástor y Pólux, y sobre todo la de Vhega, esa blanca novia del azul infinito, cuyo radiante velo de desposada, bordado de rosas blancas, queda tendido en pos de ella hasta inconmensurable distancia, en esa inmensa nebulosa de dieciocho millones de soles (*alusiva a la Vía Láctea). En el reino del Eterno hay infinitas moradas y cada uno ocupamos aquellas en que debemos estar.

"En ese inconmensurable organismo que llamamos Universo, así los más grandes seres como los más insignificantes, ocupan el lugar que le corresponde con una precisión matemática. Solo están, a veces, fuera de centro y de Ley los pensamientos y actos del ser Inteligente, por la Ley del Libre Albedrío.

"–Dime, Aelohin, ya que de Marte vienes, ¿no hay allí un sitio apropiado para que yo pueda visitar a nuestro hermano Gedulá, para recabar de él la fuerza y la energía que me faltan y darle en cambio el amor y la ternura que me sobran?.

"– ¡Oh, sí, Antulio, hermano mío! Tu materia es mucho más sutil que la que él ha debido tomar para actuar entre aquella humanidad, toda fuerza, severidad y rigidez. Pero debes usar ciertas precauciones. Por ejemplo, antes de penetrar en la atmósfera densa y rojiza de Marte, evoca fuertemente a Gedulá, y él con sus discípulos íntimos saldría a recibirte para abrirte una senda apropiada a tu irradiación y sensibilidad. De lo contrario podría traerte consecuencias graves, en detrimento de tu cuerpo mental y de tu cuerpo físico.

"En el centro de uno de los mares mediterráneos de Marte,

existe una gran isla desierta y solitaria, la que está destinada para pasar sus días finales los que por su falta de fuerza física y de fuerza moral, no pueden ser útiles a nadie, y no tienen tampoco el valor de abrirse el pecho de una cuchillada. En aquella isla, despreciable refugio de los inútiles, según el sentir de los marcianos, ha abierto su escuela mística nuestro hermano Gedulá, que habiendo encarnado en una mediana posición social se ha elevado bastante sobre aquella humanidad, por sus geniales obras de arquitectura, como matemático y químico admirable. Sólo sus discípulos saben que es el Mesías Instructor de aquella humanidad, que sólo aprecian en él su gran talento, sus atrevidas construcciones, sus soluciones de problemas que otras mentalidades no han podido resolver, y sus combinaciones químicas, con una de las cuales purificó en pocas horas, una montaña de metales y piedras preciosas, cuyo trabajo de separar tierras y riscos que los cubrían, hubiera llevado muchos años y muchas vidas humanas.

"A raíz de este hecho se reunieron los más poderosos monarcas y le dijeron que pidiera lo que más deseara en recompensa a sus grandes servicios. Y con asombro de todos pidió la posesión de aquella isla solitaria, perdida en el centro de un mar mediterráneo, y muy alejada de todas las costas. Y se la concedieron, suponiendo que algo estupendo y grandioso sacaría su talento de aquel despreciable lugar. Sus discípulos con sus familiares forman allí como una colonia, donde grandes plantaciones les proporcionan lo necesario para el sustento material. Pequeños bajeles le ponen en contacto con aquella humanidad, hacia la cual acude con mucha frecuencia para transmitir sus conocimientos donde son solicitados. Allí tiene él su Santuario-Escuela de Conocimientos Superiores y allí te recibirá. Y los infelices refugiados en la isla te harán recordar acaso la humanidad terrestre, donde se protege a medias a los azotados por una naturaleza adversa.

"¡Antulio, hermano mío de siglos, la dulzura de tu oasis me retiene más de lo conveniente! ¡La inefable dulzura de tu amor ha refrescado y dulcificado mi ser! ¡Dulce mago del Amor Misericordioso, que avanzas por tu camino eterno sembrando rosas y lirios de amor y de paz!... ¡De miel y de acíbar está lleno tu cáliz! ¡De rosa y de lágrimas está entretejida tu vestidura nupcial! ¡Mago de la compasión y de la piedad, paréceme ver en seguimiento tuyo a toda una humanidad de mártires, sembradores de rosas blancas, de piadosa ternura, y de rosas rojas de amor misericordioso!

"Mi madre desapareció en ese instante entre la dorada claridad

emanada de Aelohin, que rozando las aguas de la fuente, nos envolvió en suaves efluvios reconfortantes y vigorosos, y se esfumó en la tenue claridad que derramaban nuestros cirios encendidos.

"Una serena quietud, en medio del más profundo silencio, nos permitió volver del éxtasis en que habíamos estado sumidos, mientras escuchábamos a Aelohin. Y mi madre, más sensible y más sutil, que más íntimamente había sentido la poderosa vibración de nuestro hermano se retiró a su cámara privada, por encontrarse incapaz de soportar sin desequilibrios nerviosos las rudas vibraciones de las palabras humanas.

"La inundación de dicha espiritual que vertían sobre nosotros nuestros hermanos de evolución, no debía hacernos olvidar los angustiosos momentos porque estaba pasando la humanidad terrestre a la que pertenecíamos, y fue así que todos mis discípulos que eran en total siete veintenas, nos lanzamos a las calles y plazas de la gran ciudad donde un coro de gemidos y de gritos lastimeros nos iba indicando el lugar donde yacían los heridos. Caían a montones, por efecto de los dardos, arrojados desde largas distancias, o por los derrumbamientos de edificios alcanzados por las catapultas, o abrazados por las teas incendiarias, y por numerosos medios de sembrar el dolor y la muerte que habían inventado los guerreros por la sola posesión de aquella montaña de metales preciosos.

"El corazón parecía desgarrarse en pedazos a la vista de tantos dolores. Hombres, mujeres y niños, mutilados y deshechos y con vida aún, nos obligaba a buscarles refugios en las grandes cavernas bajo los templos existentes en la capital, y aún en las cuevas de los circos anfiteatros, donde se encerraban las bestias destinadas a luchar y morir, para divertir a aquellos pueblos ebrios de ferocidad. Y con nuestras almas cargadas de dolor, de compasión y de espanto, volvíamos a nuestro retiro los íntimos y a sus hogares los demás.

"En la fuente de nuestra caverna, que Aelohin había vitalizado con olas de Divina Energía, buscábamos la depuración física y astral de los pesados efluvios que al contacto con la doliente humanidad terrestre nos hacía pesado y sofocante el aire para respirar.

"Por mucho que nos esforzamos, no fuimos todos capaces de apartar de la mente los horrores que habíamos presenciado y por lo tanto no fue posible formar una bóveda psíquica adecuada para que llegaran a nuestro plano físico Inteligencias superiores. A nuestra invocación acudió, por la hipnosis de Tilkaré, el que había

sido Guardián Mayor del Santuario en que yo fuera consagrado Maestro de Ciencia Espiritual, desencarnado pocos años hacía. Por un gran afecto hacia mí, fue designado por el Gran Consejo para vestirme con el manto de lino, poner en mi diestra el cayado de olivo, y cubrirme con el palio, las tres grandes ceremonias usadas para que un discípulo sea escuchado como Maestro en las Escuelas de Divina Sabiduría.

"Yo le llamaba *mi padre*, porque lo fue en verdad espiritualmente y hasta en el orden material puedo decir que reemplazó al autor de mis días, desencarnado en mi infancia.

"–Porque quiero seguir mereciendo la gloria de que me llames padre, vengo a ti en estos tremendos días de angustia y de perturbación –dijo apenas el sensitivo entró en hipnosis.

"Nuestra facultad clarividente nos permitió verlo con nitidez; nos extraño no verle cubierto como de costumbre con el manto de lino, y que en vez del cayado de olivo con que se nos aparecía, estaba cubierto con una túnica azul vivo y brillante, y en la diestra una luminosa vara color rojo brillante, como si fuera un hierro enrojecido al fuego. La luz azul de su túnica y la roja luz de su bastón de fuego, formaban un hermoso resplandor rojo y azul, que iluminó con luz de iris.

"–Bienvenido, padre mío –díjele apenas le reconocí–, pero vienes de tan diferente indumentaria de lo habitual, que presiento alguna grave alteración.

"–Las circunstancias –dijo–, obligan a los desencarnados a cambiar de vestiduras fluídicas, como los encarnados cambiáis de traje a veces, según los sitios y las personas que vais a encontrar. ¿No reconoces en mi indumentaria algo que te recuerde a tu gran hermano Okmaya?.

"– ¡Cierto! –exclamé, mirándolo con fijeza–. Es la túnica azul y el dardo de fuego rojo de los obreros de Okmaya.

"–Para ayudarte en esta hora difícil de tu misión divina –dijo–, pedí a Okmaya un sitio entre sus legiones, y desde este momento soy tu Guardián inmediato, y la sombra viva que te seguirá a todas partes. Desde que se ha desatado esta desastrosa guerra provocada por perversos seres que quieren aplastar tu obra, eres el blanco de las invisibles flechas de las legiones del mal. Guardad pues, en sitio seguro todo cuanto tenéis escrito para la humanidad del futuro, pues que perder los tesoros de Sabiduría que habéis recibido es mayor mal que perder la vida física.

"Esta bárbara contienda como no se recuerda otra en el continente –continuó diciendo Felar, que así era su nombre–, se debe

en sus orígenes..., ¡no podéis suponer a qué fuerzas espantosas puestas en acción!..., esa montaña por la cual se despedazan y se matan, está allí desde hace tres centurias.

"– ¿Cómo es que antes no se le ocurrió a los hombres encontrar en ella el alto valor que ahora le encuentran?

"–Ya se explicó que era un bólido caído desde el espacio, restos de un viejo sol apagado y deshecho. Cuando ese astro llegó a la decrepitud, toda vida orgánica se agotó en él, pero quedaron aferrados como moluscos en las peñas una resaca de espíritus parásitos, perezosos eternos incapaces de ningún esfuerzo para elevarse a mejor situación. Y la Energía Eterna al arrojar en pedazos ese globo, a quien ya la fuerza de atracción no podía mantenerle en la órbita de su Sistema, obligaba también a esos parásitos a buscarse ubicación en los planetas de vigorosa actividad. Aferrados a ese bólido enorme como una montaña, yacían esos desventurados seres, que en largo viaje astral atravesaron el espacio como una exhalación, cayendo los unos en este paraje de la Tierra, otros en Marte, otros en Mercurio y en Urano, pues que por la ubicación del astro deshecho era nuestro Sistema el que debía recibir sus escombros.

"Mientras la montaña del bólido ha estado ignorada y desconocida, esas dormidas inteligencias adheridas a él no se han dado a conocer para nada, y sólo pululaban como murciélagos en las ruinas, alrededor del bólido, resto del viejo planeta que fue su última habitación estelar. Y eran sus fuertes efluvios los que apartaban a los pobladores que a veces buscaban establecerse en esas inmediaciones. Mas sucedió que uno de los monarcas de los países en cuestión fue aconsejado por un augur mal intencionado, de comenzar las excavaciones, y eso fue lo bastante para que esa Legión de espíritus parásitos fueran tomados como elementos de discordia por las fuerzas del mal, para producir esta tremenda hecatombe. Como esos seres han tomado para su mal, el camino que termina en la disgregación, se dejan arrastrar por la corriente que los lleva más fácilmente; y un asunto que podía ser solucionado pacíficamente poseyendo la montaña por partes iguales los cuatro países que la disputan, se traban en una espantosa contienda armada en la que todos salen perjudicados por igual.

"Mas, Okmaya, tu gran hermano, vela por tu misión y por ti, y sus Legiones azules con dardos rojos han sido tendidas en torno a la montaña que ha encendido los odios y avaricias de los hombres. Okmaya me manda para avisarte, Antulio, hijo mío, que os apartéis de esta ciudad hacia la campiña que se abre al oriente,

para libraros de la fuerte sacudida que un movimiento sísmico va a causar en la montaña de la tragedia. En esas tierras, ya removidas por la caída del enorme bólido que penetrara tan profundamente en la superficie del planeta, los obreros de Okmaya han producido una enorme grieta con prolongación hasta el mar, y antes de la próxima luna la montaña de los tesoros se hundirá bajo las aguas, arrastrando en la catástrofe parte de los países que la rodean.

"Antes de que llegara el plazo fatal avisamos secretamente a todos aquellos a quienes creíamos capaces de comprendernos, y sin llamar mayormente la atención nos pusimos a cubierto de la catástrofe anunciada, que se retardó unos días más de la fecha fijada.

"Cuando tornamos, una parte de nuestra Escuela estaba convertida en escombros, y tuvimos que relegarnos a la parte que había sido propiamente templo de los antiquísimos cultos de Dyaus. Esto nos obligó a realizar grandes trabajos mentales para la depuración fluídica del ambiente, sobre todo en las enormes bóvedas sepulcros de las antiguas dinastías sacerdotales, donde espíritus fanáticos adheridos a sus cadáveres momificados continuaban realizando sus ritos, con gran asombro de los que eran clarividentes. Eran muchas centenas de sacerdotes, augures y pitonisas, que fluídicamente se habían formado de cuanto tuvieron en el plano físico, para realizar las ceremonias de su culto, lleno de pomposidad: las vestiduras sacerdotales, los vasos de las libaciones, las fuentes de las ofrendas, las resinas de las plantas sagradas que quemaban en grandes incensarios llenos de fuego, las blancas aves a quienes despojaban de las alas y colas para tejer con ellas el manto del Gran Sacerdote, y hasta las doncellas de cabellos de oro que cortaban a ras, en ofrenda a Dyaus, cuya enorme estatua estaba oculta por un cortinado transparente todo tejido con los cabellos de las vírgenes, que le habían sido consagradas.

"Para quienes observamos espiritualmente toda esa actividad fluídica, tan viva y tangible, al parecer con seres y cosas formados de materia astral por los formidables pensamientos de aquella casta sacerdotal, que había pasado largos siglos cultivando la fuerza mental llevada hasta los más grandes poderes, parecíanos imposible dar fin a todo ese mundo de fuerzas y actividades que con la mayor naturalidad se desenvolvían, tal cual hubieran podido hacerlo en la vida física.

"Nuestras concentraciones se veían a diario interrumpidas pues no bien penetrábamos al recinto de invocación y abríamos nuestra mente al mundo espiritual, de inmediato se nos presentaba todo aquel escenario fluídico que no conseguíamos dominar.

"Fue necesario que mi hermano Okmaya, con sus Legionarios Azules, se presentaran tres veces consecutivas para dominar aquel ciego fanatismo religioso, que retenía esa multitud de espíritus estacionados en sus ritos y ceremonias autómatas sin buscar para nada su progreso espiritual. Pudimos comprender que no eran malos sino inconscientes de lo que es de verdad el adelanto del alma y sus destinos eternos. Okmaya desbarató y deshizo con rapidez maravillosa todas aquellas creaciones fluídicas de materia astral, que veíamos deshilacharse y disgregarse como en delgadas hebras, en jirones, en partículas que al final formaban como pequeños remolinos de nieblas grisáceas. Y por fin quedaron los espíritus desnudos, azorados, como temblorosos de frío, desposeídos de todo aquel fantástico esplendor. Y los obreros de Okmaya les fueron sacando en pequeños grupos y llevándoles dentro del plano físico hacia los hogares que estaban en condiciones de recibir espíritus en nuevas encarnaciones. Y los dejaban al cuidado de las Inteligencias que en cada hogar preparan y protegen la encarnación de las almas en una nueva forma material.

"Mas había muchos de entre ellos, que no estaban preparados para una nueva encarnación, a causa de que el excesivo fanatismo religioso, de puras fórmulas, les habían retardado enormemente el momento de darle cuentas a su Ego o Yo Superior de su actuación en la última vida, que es lo que llamamos el despertar de la conciencia a la verdadera vida del espíritu desencarnado, y todos éstos fueron llevados al plano que, en nuestras escuelas de conocimientos superiores, llamamos de *Los Espejos*, que es donde el alma ve claramente reflejados sus actos, uno por uno, desde que comenzó hasta que terminó su última vida.

"Allí es el tomarse cuentas a sí mismo, allí es el valorar sus obras buenas y malas, después de lo cual viene la predisposición para una nueva encarnación física.

"En estas grandes obras de redención de las almas y de ayuda recíproca a los Guías de las Humanidades, gastan sus siglos de vida en el mundo espiritual las grandes Inteligencias. Auxiliadas éstas por Legiones de discípulos, que en los planos astrales o etéreos de cada planeta continúan a las órdenes de los que fueron sus Maestros o Guías, mientras formaron parte de humanidades encarnadas.

"Así quedó despejado nuestro Santuario espiritual, en cuyas gruesas murallas de piedra dormían en quietud la infinidad de momias, cuyas existencia sólo se percibía al exterior por los grabados

que existían en las losas sepulcrales, que cubrimos con amplios cortinados de seda azul, a fin de que ni el recuerdo de ellas pudiera perturbar nuestra quietud mental.

"Nuestra bóveda psíquica fue formándose lentamente y al sexto día tuvimos la visita espiritual de Vhega, uno de los Setenta, Mesías del mundo de su nombre y que en aquel tiempo se hallaba libre en el mundo espiritual. Su hermoso nombre-símbolo: *Luz de Vida*, era una magnífica promesa hecha realidad para el hermano prisionero en la materia, y en una hora tan aciaga como la que yo estaba pasando en mi cuarta vida mesiánica.

"Es Vhega o Belya, sinónimo de hermosa, que ha hecho su evolución casi siempre en encarnaciones femeninas, y por los caminos de abnegaciones y sacrificios de amores supremos de maternidades heroicas. Y al llegar al Reino Mesiánico o Mundo de los Mesías formó entre las gloriosas falanges denominadas: *Desposados Eternos*, aquellos espíritus femeninos que aparecen como hermosos adolescentes, que van y vienen sobre la inconmensurable ola de Energía Divina, de que ya hice mención al describir los habitantes de los mundos superiores. Aquellos que tomaban sustancia viva de la ola en que eternamente flotan, y daban formas bellísimas de flores, aves, libélulas y preciosos infantillos, que lanzan hacia los mundos físicos como prototipos de seres que formarán entre los encarnados en los mundos, reinos y especies que les corresponden. Son asimismo los que custodian las moradas destinadas a los Egos, como bien lo recordará quien haya meditado mis anteriores descripciones y relatos.

"Conocido quien es Vhega, se puede apreciar mejor la esplendorosa radiación de su visita en nuestro recinto espiritual.

"El suave perfume de las flores de otoño, las melodías tiernísimas de los laúdes y la tenue claridad de un dorado atardecer, se unían a nuestro intenso anhelo de escalar los mundos espirituales para beber luz, raudales de vida divina y de infinito amor. Tan suavemente caímos en el éxtasis más puro y excelso que las manos de los ejecutantes quedaron quietas como tórtolas dormidas sobre las cuerdas, y hasta el respirar se apagó en la onda profunda y sutil del gran silencio que espera... Algo semejante a una inmensa lámpara blanca como formada de copos de nieve y rayos de luna, se dibujó en nuestras mentes. Y cuando la visión fue tomando formas bien definidas se presentó en nuestro horizonte mental una adolescente bellísima, pero una belleza radiante, ideal, con transparencias de gasas blancas que al ondular suavemente producían una brisa acariciante y melodiosa, pues parecía que toda

Ella cantaba..., que toda Ella era una estrofa divina, o la nota más delicada del más delicado canto de amor.

"Una especie de deslumbramiento nos absorbió a todos como si hasta el latir del corazón se hubiera suspendido, para dar lugar en nosotros a la unión íntima con aquel retazo de divinidad, que nos envolvía en sus esplendores indescriptibles. Y envolviendo por completo, en las blancuras de sus gasas nevadas, el cuerpo de mi madre ya en hipnosis nos habló así:

"– ¡Antulio, alma esposa de Odina, que lloras y gimes en la Tierra, lejos de los grandes amores que fueron tu luz y tu gloria!... Una hermana gemela de tu radiante compañera de siglos, te trae el mensaje divino de los cielos superiores donde vibra tu Ego, como el inmenso corazón amante que hace girar todas tus vidas en torno al Sol Supremo del Eterno Amor.

"¡Peregrino de siglos por los oscuros y doloridos caminos del Amor Misericordioso!, cada alma caída es como un desgarramiento de ti mismo, que va dejando jirones de tu propia vitalidad en cada ser elevado por tu esfuerzo y por tu amor hasta el pórtico sagrado de la inteligencia humana.

"En esta gloriosa etapa de tu vida eterna, la Majestad Divina ha dado libre curso a sus inimitables leyes, y has tenido en torno tuyo cuanto era necesario para que dieras a la humanidad, que es tu herencia paterna, el máximum de luz, de conocimientos y de sabiduría, adaptables a las mentalidades del plano terrestre. Numerosas doctrinas y religiones y filosofías surgirán en la humanidad futura de esta vida tuya, sobre la cual se desbordó el vaso de la Divina Sabiduría. ¡Felices de aquellos que beban el agua clara, tal como brotara de tu alma de iluminado!

"¡Felices de aquellos que la derramen en otros corazones, en igual estado de pureza que ellos la bebieron!

"Divino ensueño fuera éste, en almas como la tuya llegadas al mesianismo, mas no debe caber en ti tal ilusión, conociendo la escasa evolución de la humanidad que has aceptado como campo de labor, y cuyas marcadas tendencias a materializar lo que es inmaterial, a rebajar a nivel de los sentidos físicos lo que está destinado tan solo a los elevados dominios de la mente... Tiende tu vista a los lejanos continentes que albergarán las civilizaciones del futuro, cuando éste, que recibió tu materia física, haya desaparecido bajo las aguas del mar.

"En unos verás que el Principio Eterno de que los seres encarnados en sus urnas materiales, en que se guarda vida tras vida la chispa divina e inmortal, se engendrará un día la espantosa

aberración de que lo Absoluto, lo Infinito, la Eterna Energía, Dios, baja a la tierra al conjuro de palabras mágicas pronunciadas por un insignificante mortal, para ser encerrado en un panecillo sagrado, que en vasos de oro bruñido se guarda en urnas de plata y piedras preciosas.

"En otros continentes verán que tus principios de abnegación, de sacrificios, y de renunciamientos, para dar paz, luz y amor a la humanidad, serán interpretados en el sentido material, grosero y hasta delictuoso de las torturas físicas, de derramamiento de sangre, como medio de aplacar los enojos de un Dios iracundo y vengador, de la extenuación del cuerpo físico al que atormentan con todas clases de excesos inutilizándolo para los grandes deberes de la solidaridad, del trabajo y de la perpetuación de la especie.

"De los planos superiores que has visitado, como de los mundos inferiores que han sobrecogido tu alma de angustia, surgirán en el futuro tan espantosos sofismas que cuando tornes a la Tierra en otra vida tuya, te asombrarás grandemente de tantas aberraciones y deberás ocuparte en limpiar y desbrozar tus plantas desfiguradas, tus arroyitos cristalinos, cargados de lodo, tus lámparas magníficas oscurecidas por recias capas de resina y humo.

"No obstante, bendice a Dios, Antulio, hermano mío de siglos, que esta madre por la que te hablo y estos discípulos que hoy te rodean serán los guardianes de la Verdad Eterna que por mandato Divino entregas a la Humanidad de la hora presente. Y de ellos a otros se irá transmitiendo, de oído a oído, de alma a alma, y será eternamente una chispa viva guardada en la urna eterna e inmortal de las pocas almas de firmeza y de lealtad para ti, que preferirán morir en muchas vidas, mártires de su alianza contigo, para mantener encendida tu luz a través de todos los siglos que han de venir...

"¡Antulio, hermano querido, engendrado como yo a la inmortalidad y al amor por nuestro Padre Sirio, sólo ochenta lunas ha de durar aún tu doloroso destierro! Sabio serás con la Sabiduría de Dios, si la empleas a fortificar la Eterna Verdad en los que te han de seguir, y guardarla en forma que cuando de nuevo tornes a otra vida física encuentres aún tu lámpara encendida, y agua clara en tu fuente para que otro nuevo sacrificio tuyo no se vea malogrado por el embrutecimiento absoluto de las almas, por falta de luz que les alumbre y de agua clara que les apague la sed.

"¡Paz y Amor sobre ti y los que te rodean, Antulio!... ¡Verbo de Dios hecho hombre, Luz de Dios hecha carne! ¡Reflejo del esplendor Divino convertido en un hombre que ora, que piensa, que sufre y que ama!"

"Un hondo silencio siguió a estas palabras, un roce suavísimo sobre nuestras frentes levantadas a los cielos infinitos... Era el beso fluídico de Vhega que nos dejaba en él, la divina vibración de su paz, de su dulzura y de su amor.

"Como por secreta intuición o por la íntima voz de mi Yo Superior, comprendí que mi dulce hermana Vhega había dejado abierto el camino para algo más grande y sutil, de lo que hasta entonces había yo recibido de los elevados mundos del amor y de la luz. ¿Qué sería ello? No lo sabía precisar, pero yo esperaba.

"Invité, pues, a mi madre, a mis dos Ancianos maestros que lo habían sido juntamente con Felar, y a mis jóvenes discípulos, para realizar una profunda concentración de diez días consecutivos. La guerra había terminado con el hundimiento de la montaña del tesoro, y aunque los sobrevivientes se veían cargados de dolor, heridos y enfermos muchos de ellos, para nosotros había renacido la calma, lo cual nos permitía continuar nuestros trabajos espirituales y materiales.

"Los tesoros aportados por Sisardo de Ophekuan estaban destinados al sostén de las doncellas del pensionado, de que ya hice mención, y al socorro de los ancianos desvalidos, de los huérfanos y de los enfermos sin familia. Nosotros vivíamos de nuestro trabajo manual que realizábamos en conjunto o separadamente, según se nos proporcionara el caso. En nuestro taller trabajábamos en arcilla, en tallados finos, en madera, en grabados de metales, en preparación de grandes folios en telas enceradas y tablillas para toda clase de escrituras.

"Las manufacturas del junco y de diversas fibras vegetales, era el ramo de trabajo manual con que la mayoría de mis discípulos se ganaba el sustento. Era así nuestra ley y no podíamos faltar a ella. Nuestra concentración fue de tal naturaleza que nuestro taller parecía de sordomudos, pues los trabajos se hacían en silencio completo, y terminada la labor cada cual se retiraba a su morada particular, buscando la serenidad y quietud mental que nos era necesaria. A la salida y puesta del sol nos reunimos en el recinto de oración, aromatizado con la cera virgen que se quemaba en los cirios, y con las resinas de olor que ardían en nuestros pebeteros.

"La música sagrada que sólo se usaba para las grandes invocaciones

iba creando una onda sutil de divinas armonías en torno nuestro.

"Nuestro alimento se reducía a hortalizas en aceite, pan y frutas. Baños diarios purificaban nuestra urna material y continuados actos de arrepentimiento de nuestras imperfecciones purificaban nuestro espíritu. Cuando amaneció el décimo día, la nevada había sido más profusa que las anteriores; Diríase que había caído sobre nuestro huerto un gran velo de desposada.

"Más hondo nuestro silencio, más profundo nuestro interno sentir, nos fue necesario dejar el trabajo manual porque era tan intensa la ola de Amor Divino que nos envolvía que nos obstaculizaba los movimientos bruscos y el seguir con la mente las diversas operaciones propias de cada trabajo. Y al llegar el atardecer del décimo día la cítara de mi madre fue la primera en llamar a la invocación. Ese día sustituimos las túnicas color de trigo maduro y nos cubrimos todos con el manto de lino, pues mis discípulos habían llegado al portal correspondiente. ¿Por qué todo esto? Mis discípulos pensaban: "–El Maestro sabe por qué lo ha querido así". Y yo en verdad no sabía nada, pero mi alma esperaba con una suprema ansiedad.

"Algo inmenso y sublime parecía desbordarse de sí mismo, y un incontenible anhelo que me llevaba en momentos a pensar que ya no era yo un ser de esta Tierra. Bien se comprenderá, pues, que al comenzar la invocación, todo el mundo exterior desapareció para nosotros, y nuestro mundo mental y emotivo se abrió como una flor de fuego ante el Amor Eterno que nos absorbía. Fue aquel un éxtasis como no he sentido ni visto otro en mi vida. Los laúdes habían callado pero otras armonías les habían reemplazado: eran las níveas vestiduras flotantes de Vhega y sus compañeras, que como un cortejo de blancas lámparas vivas flotaban ante nosotros, tejiendo con sus manos luminosas, algo así como un radiante túnel, cuyo comienzo veíamos junto a nosotros, pero cuyo final se perdía en un lejano abismo de luz multicolor.

"El túnel parecía ensancharse más y más, y las melodías intensificar sus sonidos en una suavidad incomparable. Tan intensa se hizo la explosión de luz que dejamos de ver a las tiernas adolescentes creadoras de aquel radiante sendero, y de pronto, algo así como un gran astro color rosado vivo estuvo ante nosotros, y cuya presencia de tal manera nos sobrecogió que caímos de rodillas y doblamos en profunda onda consternación nuestras cabezas.

"Sentí como dos alas suaves que me obligaban a alzarme y entonces vi que aquel astro rosado de tan soberana radiación, tenía un rostro bellísimo coronado de cabellos que eran hebras de luz

dorada, unos ojos azules profundos y dulces que me miraban, mientras dos manos acariciantes se posaban sobre mi cabeza.

"– ¡Soy Yo, hijo de mi amor de siglos! –dijo una onda y serena voz que parecía resonar dentro de mi propio ser–. ¿Creías acaso que llegado a la madurez de tu vida espiritual, tu padre habría de abandonarte a tus propias fuerzas, como los padres materiales abandonan a los que engendraron? Las creaciones del Alma absorbida por el Amor Eterno son eternas como Él. Las alianzas consagradas por el Amor Divino son también Divinas como Él. ¡Tierno musguillo de mis lozas sepulcrales, perfumada violeta de los huertos de mi Santuario, tórtola amorosa de mis torrecillas, golondrina juguetona en mis ventanas, corderillo de mis praderas, y un día hijo de mi propio corazón! ¿Quién me apartará de ti, si la Eterna Ley te envolvió con los pliegues de mi manto, y te hizo como una hebra de mis cabellos, como un resplandor de mi mirada, como un latido de mi propio corazón?

"Realizada esta cuarta encarnación mesiánica, en conjunciones astrales las más favorables que dar se puedan en la historia milenaria de las manifestaciones de Inteligencias Superiores en planos físicos, la Eterna Ley ha podido desbordar sus grandezas infinitas sobre ti, envuelto en la pesada materia de tu planeta de adopción.

"¡Antulio, hijo mío, bebe con ansia suprema, porque no siempre en tus vidas futuras sobre la tierra se desbordarán así los cielos infinitos, para inundarte de luz, de sabiduría y de amor!

"Sesenta hijos, mártires como tú, se encuentran diseminados en los mundos de este Universo, pero no todos tienen en esta hora las circunstancias favorables que tú, para ser posible este abrazo eterno entre el Padre glorificado por la Ley, y el hijo cautivo también por su Ley.

"La hora culminante de tu sacrificio se acerca. Tus hermanos de alianza y yo te contemplamos a distancia; los ángeles de Dios preparan tu triunfo y escriben en los anales de la Luz la enseñanza con que marcas orientaciones a la humanidad futura. ¡Valor, Antulio, hijo amado desde largas edades!... Habrá momentos en que verás que todo lo creado por ti se hunde en un abismo de ignorancia, de maldad, de egoísmo y de miseria. ¡Tú mismo creerás que te hundes con las ruinas de todo cuanto creó en afectos, tu corazón de hombre, tu alma de Mesías, tu luz de Verbo de Dios!... ¡Mas nada temas, porque en Ley fue creado por ti, y sostenido por ti y enseñado por ti, la Ley le conservará y le salvará aunque sea abriendo las entrañas de los montes, para ocultar en ellas

lo que debe vivir hasta la consumación de los siglos! Y con los soberanos poderes de la Energía Eterna que hace rodar millares de millones de mundos en el espacio azul, te digo en esta hora de mi acercamiento a ti: "¡Antulio, hijo amado desde largas edades, yo te bendigo y mi bendición es como el sello imperecedero que pongo a tus obras de Mesías que ninguna fuerza podrá destruir porque está en ellas la eternidad de Dios!

"Yo me había abrazado tiernamente del cuerpo radiante y sutil de mi padre Sirio, y como diluido en su amor, en su irradiación soberana, perdí la noción de mi propia existencia y sólo recuerdo haber percibido el rosado resplandor de un sol que se alejaba, mientras yo, bañado por mi suavísimo llanto, seguía escuchando sus palabras, como si el eco las repitiera en lo más profundo de mi ser. Aelohin, mi hermano de alianza, se presentó de inmediato ante mí con una tierna solicitud.

"Diríase que buscaba llenar en parte el inmenso vacío dejado en torno mío por la gran Inteligencia que se iba. Así lo pensé y así lo dijo:

"–Son para el alma extática demasiado duro esos cambios que se producen. La presencia y la ausencia, he ahí dos circunstancias tan profundamente opuestas que pueden producir, tanto la una como la otra, estados de amor o de dolor de una intensidad tan formidable capaz de causar desequilibrio en la psiquis del individuo. Y más aún, cuando se actúa como tú desde un plano tan inferior como la Tierra. Serénate –me dijo, al mismo tiempo que con sus efluvios trataba de confortar a mis compañeros, cuyos dobles parecían estar en más agotamiento que yo. Me dieron la impresión de un anonadamiento profundo. Cuando todos estuvimos en perfecto uso del dominio de nuestras facultades, Aelohin se lanzó como en un rápido vuelo, atravesando el éter y atmósfera terrestre, y todos nosotros nos encontramos en nuestras urnas materiales, que en la serena quietud de nuestro sagrado recinto, nos esperaban sumisas y silenciosas.

"–Pobre materia mía –pensé con lástima y con amor–, no me respondes mal por ahora, a todos mis anhelos.

"Aelohin encarnó de inmediato por la hipnosis de Hilkar y nos anunció en breves palabras que para la próxima luna podíamos continuar nuestros viajes interplanetarios, para completar los estudios sobre las Inteligencias desencarnadas y sobre las consecuencias de su bien o mal obrar. Nos aconsejó descanso mental durante el tiempo de espera; y paseos al aire libre por las orillas de los grandes ríos, por las praderas y campiñas vecinas a la gran

capital. Obedeciendo a su consejo, nos confundimos por unos días con los junqueros, los hortelanos y los pastores de la comarca. Mi madre, con sus pupilas y las esposas de mis discípulos, acudieron algunas veces a hacernos compañía, preparar nuestras comidas y recoger hierbas medicinales. Agradecidos por mis consejos para aliviarse sus dolencias físicas o trastornos familiares, nos colmaron de regalos en tal forma que nos fue necesario alquilar unos cuantos jumentos para transportar a nuestra morada los grandes fardos de juncos, cestas de frutas y sacos de legumbres, recién recolectadas. Los pastores nos obsequiaron con gacelas y corderillos que nos vimos obligados a aceptar para no causarles pesar con un rechazo, y hasta dos madres esclavas vendieron a mi madre sus hijitas esclavas, que de no haber encontrado esa oportunidad de rescate, debían ir a formar parte de un lupanar y circo a la vez, del que era propietario su amo. Éste, grandemente satisfecho del precio pagado por mi madre, trató de venderle más, pues dijo tener en su rebaño humano, unas cuantas decenas de aquellas lagartijas, según las llamó.

"La indignación ahogó la voz en mi garganta. Hilkar y Sisardo que lo comprendieron y que eran los únicos que disponían de cuantiosos bienes de fortuna, apartaron a aquel hombre para tratar con él.

"Nuestro regreso fue, pues, acompañado de aquel doliente cortejo, pero para no llamar la atención a nuestra entrada a la ciudad, cada uno de mis discípulos, sus esposas y mi madre, tomaron una porción de ellas para entrar a distintas horas y por diferentes puertas. Eran treinta y seis niñas y veintinueve varones, con los cuales se formó la primera colonia o Cofradía, como más tarde se le llamó.

"Mi hermano de alianza, Okmaya, acudió por medio de la hipnosis en la primera invocación a la Divinidad, que realizamos después del descanso que nos fuera aconsejado.

"–Habéis conocido –dijo–, los caminos de las Inteligencias desencarnadas según sus obras, desde lo más bajo y terrible, hasta lo más elevado y sublime que puede comprender la mente humana terrestre. Y todo esto en estrellas, planetas y satélites lejanos.

"La Eterna Ley os concede ahora, explorar espiritualmente la esfera astral de la Tierra, que es vuestra actual morada. Es una especie de nebulosa esférica y transparente de muchas millas de espesor, formada de sustancia viva, bajo los aspectos de gaseosa y etérica, pero muy sutil. Entre sus numerosas capas concéntricas, la primera es la propia atmósfera terrestre, cuyas propiedades y

elementos constitutivos son ya conocidas, a más, vuestra exploración será espiritual y no física. ¡Preparaos, pues, a seguirme, que yo os esperaré sobre la torre mayor de este Santuario!

"Tilkaré se despertó y en seguida pasamos a la sala contigua, donde teníamos siempre dispuesto nuestros canapés de junco, donde los muros, completamente cerrados al exterior, no tenían más puerta de acceso que por el Santuario, inaccesible para todos los profanos desde la puesta del sol.

"No pudimos desprendernos todos al mismo tiempo, debiendo esperarnos unos a otros, hasta encontrarnos todos al lado de Okmaya en el lugar de la cita.

"–Preparaos para ser fuertes –nos dijo nuestro Guía–, porque encontraremos terribles manifestaciones de la Justicia Divina.

"Pasamos cortando en tangente la atmósfera terrestre, abundantemente poblada de Inteligencias recién desencarnadas las unas, y de poco tiempo las más. Casi todas ignorando haber dejado la materia, y por tanto padeciendo indecibles angustias al verse en un lugar extraño, sin encontrar sus familiares y conocidos, y sin poder darse cuenta de cómo, ni por qué se encuentran en tal estado. Esta categoría de Inteligencias forman, la gran mayoría, en esta región, y son las que menos padecen, pues casi todas son más ignorantes que perversas, salidas no mucho tiempo hace de la escala inmediata inferior.

"En unos grandes abismos o pozos, o inmensos túneles como socavados en la misma masa atmosférica, pudimos ver a los que en verdad sufren torturas horribles, producidas por la visión terrorífica y pavorosa de cuantos crímenes y maldades cometieron en su vida física, con el agravante de que se ven ellos mismos sometidos a las torturas a que condenaron a otros. En estas regiones van a parar casi todos los potentados de la Tierra, que con los grandes medios que les proporcionó el poder y las riquezas, hicieron víctimas a las infelices masas populares, que aplastaron con la inmensa maquina de hierro de su poderío brutal. Y a estos infelices seres, les ocurre un fenómeno que les vuelve locos de desesperación y de furor.

"Y Okmaya nos hizo observar un caso de éstos por vía de estudio. Era un soberano que había sido del país de May-Olandia, y que llevaba, ya, dos centenares de lunas desencarnado. Había hecho arrojar a las fieras, en sus grandes circos, para celebrar las fiestas aniversario de una conquista guerrera, a todos los enfermos, los mutilados y los cautivos de guerra, los esclavos viejos, los niños decrépitos o endebles, y las mujeres que ya no podían ser madres,

pareciéndole que había realizado un espléndido trabajo de depuración en sus dominios, bajo la teoría muy sabia, según él, de que no debían gozar de los bienes de la vida los que no servían para nada.

"Había sido aquello una feroz carnicería de seres humanos, reducidos a piltrafas de carne entre los dientes y las garras de las fieras sangrientas y rabiosas. El autor de tan nefanda obra se veía ordenando la matanza, presenciando la espantosa tragedia desde un trono levantado al efecto, y se veía a la vez en cada una de sus víctimas despedazadas por las fieras. Todas aquellas víctimas tenían su propio cuerpo, su mismo rostro, eran él mismo, es decir, así él lo veía. Y su yo que mandaba matar, al verse el mismo bajando al circo para ser devorado, mandaba suspender la matanza, pero nadie le obedecía. Y el infeliz se retorcía loco de angustia viendo su propio ser en cada una de aquellas personas despedazadas y muertas.

"– ¿Cuánto tiempo ha de padecer este infeliz tan espantosa tortura? –interrogué a Okmaya por saber si en algo podríamos aliviarle.

"–Hijo del Amor Misericordioso –me contestó–, ya veo tu compasión desbordándose de tu vaso de alabastro. La Ley te concede remediarla. Piensa que él te vea en el centro del circo, y que se disgreguen las fuerzas vivas que formaron las terribles visiones.

"Yo obedecí a Okmaya, y me vi yo mismo entre las fieras y las víctimas despedazadas y vivas aún. Mentalmente mandé disgregarse aquellas fuerzas y se fueron esfumando lentamente como que se fueran borrando del escenario o lienzo en que estuvieron plasmadas. Quedó solo junto a mí el infeliz delincuente, mirándome con ojos de asombro y de dolor.

"Yo también le miraba en silencio, pero rogando al Amor Misericordioso que tuviera piedad de él. Por fin se arrojó a mis pies sollozando y diciéndome: "–Si eres el Dios de May-Olandia, que has espantado mis malignas visiones, sácame de este lugar y no cometeré más iniquidades en mi vida.

"Comprendí el pensamiento de Okmaya que estaba cerca de mí y conforme a ello fue mi respuesta: –La Bondad Divina te libra de las terribles imágenes que te atormentaron, debido a que tu mente no podía percibir sino lo que fue creación tuya, durante tantos años como duró tu vida física. Has dicho "sácame de este lugar y no cometeré más iniquidades en mi vida". Si persistes en ese pensamiento, tú mismo te sales del antro en que tus crímenes te habían sumergido. Ya ves que no estás en el circo y no ves las fieras, ni los seres humanos despedazados por ellas. Has salido

del lugar de tus tormentos. Mas, ahora debes probar con hechos que mereces esta Bondad del Altísimo.

"– ¡Mándame, Señor, y te obedeceré! –me dijo sumisamente el delincuente. El pensamiento de Okmaya me llegó de nuevo:

"–Mira hacia el plano físico, mira esa verde planicie, hacia el este de la que fue tu gran ciudad, teatro de todas tus iniquidades. Está allí el cementerio de los humildes, de los esclavos, de todas las víctimas de tu injusticia y de tu crueldad.

"El fuerte pensamiento de Okmaya abrió, como se abre una cortina, la atmósfera densa, y aquella Inteligencia perturbada por sus recientes terrores, contempló las consecuencias de sus enormes delitos: Algunas jóvenes madres desesperadas por el espantoso fin dado a sus hijitos enfermos o lisiados se habían arrojado desde lo alto de un precipicio y yacían sus espíritus adheridos a sus cadáveres, que las aves de rapiña iban destrozando poco a poco. Otras se habían enloquecido y corrían como fantasmas furiosos por los cementerios, donde en una fosa común se habían enterrado en montón los huesos sangrientos de las víctimas del circo.

"Madres ancianas que habían escapado a la trágica muerte por alguna circunstancia particular, agotaban sus últimos días en un llanto continuado porque habían visto diezmada su familia y arrasado su hogar por la voluntad de hierro del déspota soberano. Vio su fastuoso mausoleo reducido a escombros por las catapultas de las turbas enfurecidas, y su regio cadáver cubierto de púrpura arrastrado hasta un muladar entre las maldiciones del populacho, que desahogaba su furor dándole puntapiés y ensartándole en horcones con los cuales le arrojaban de un lado para otro. Vio sus hijos amarrados en oscuros calabozos de su propio palacio, sus hijas ultrajadas por las turbas de esclavos rabiosos, y vendidas luego como esclavas al igual que sus esposas, y por fin vio a su propia madre arrojarse desde la torre más alta del castillo, para no ver el espantoso fin de su raza y de su dinastía.

"Aquel pobre ser estaba anonadado, y cuando terminó el desfile trágico, le dije estas solas palabras: – ¡He ahí tu obra! ¿Comprendes la Justicia de Dios?.

"Estremecido por los sollozos se arrojó ante mí, con el rostro pegado a mis pies, diciéndome: –Si eres el Dios de May-Olandia, dime qué he de hacer para remediar tanto mal.

"Okmaya puso al manifiesto, el lugar en que se encontraba la multitud de almas que dejaron la vida física entre las fauces de las fieras. Todas yacían en la profunda turbación propia de las muertes violentas, y entre el terror y el espanto.

"Y captando yo el pensamiento de Okmaya, dije al arrepentido:

"–Tu tarea será despertar de su doloroso letargo a toda esta multitud, cuyas vidas cortaste antes del tiempo marcado por la Ley. Te constituirás en siervo de tus víctimas y cuando las hayas despertado a todas y de todas hayas obtenido el perdón, el Altísimo Señor de las almas te concederá el volver a la vida física, juntamente con todas esas almas a las cuales harás tanto bien en adelante, como daño le causaste en el pasado.

"Es el único precio a que puedes comprar tu paz y felicidad futura.

"Aquel pobre ser quedó espantado en el primer momento, al ver la muchedumbre de almas que dormían entre brumas y nieblas casi impenetrables.

"Parecía un inmenso campamento de durmientes, cuyos cuerpos astrales conservaban aún vivos, los vestigios y rastros de la horrible carnicería que les causó la muerte.

"– ¡Vete! –le dije, señalándole con mi brazo extendido hacia los durmientes–. ¡Vete con ellos y que Dios sea contigo para cumplir tu tarea! –Inclinó su frente abrumado por el dolor y comenzó a andar hacia dónde le indicaba mi mano. Entonces dejó de verme, pero yo le vi llorar amargamente, arrodillado entre aquel laberinto de almas turbadas en profundo letargo, ninguna de las cuales daba señales de oírle, ni de verle, ni de sentirle siquiera.

"Okmaya y mis compañeros habían presenciado toda la escena, aunque sin hacerse visibles del infeliz Rey de May-Olandia, cuyo fastuoso poderío del plano físico, quedaba reducido a tan míseras condiciones.

"– ¿Cuánto tiempo crees que tardará ese ser en cumplir la tarea que le has impuesto? –me preguntó Okmaya cuando salimos de aquella región.

"– ¡Unas treinta lunas, acaso! –contesté yo–. ¡Son tantas!

"– ¿Treinta lunas has dicho?... Estás encarnado y eso te impide distinguir las medidas del mundo espiritual. ¡Treinta mil lunas, acaso, no les bastarán a ese ser para despertar a esa multitud de espíritus turbados! Cuando haya conseguido despertarles a todos, ni May-Olandia, ni el continente Atlante estarán ya a la vista del sol, sino debajo de las aguas del mar.

"Y dirigiéndose a Hilkar, mi discípulo, le dijo: "–Acaso te corresponde a ti, guardador de la enseñanza de Antulio, encontrarte con esa multitud, recién despierta en el lejano continente, a donde irás con tu tesoro divino, cuando este hermano mío haya conquistado su lugar en la morada del amor y de la luz, donde pronto ha de volver.

(*Este anuncio fue cumplido varios siglos después, cuando aquel Rey de Ática se vio destronado, y llevó su hija y sus tesoros a los Dakthylos del Monte de las Abejas; para hacer con ellos la felicidad de los humildes esclavos y obreros, en los que estaban encarnados las almas que despertara el Rey de May-Olandia encarnado en aquel otro Rey del Ática, que así expiaba sus pasados delitos, derramando paz y abundancia en los que habían sido víctimas siglos atrás. Relatado en la obra "Orígenes de la Civilización Adámica", de la misma escritora).

"Continuamos avanzando por entre la niebla sutilísima, que hemos llamado *esfera astral de la Tierra*, cuyas vastas proporciones en lo que a longitud y profundidad se refiere, no podría decir en una medida exacta, sólo sé que ella termina donde comienzan las esferas astrales de los planetas vecinos, razón ésta que les permite pasar a los espíritus de una esfera a otra, cuando la Legión de Guardianes que son los superiores inmediatos, lo creen conveniente por razones de Ley, como ya se verá.

"En un gran vuelo nos condujo Okmaya a una distancia que me pareció extremadamente larga, aunque siempre dentro de la niebla sutil ya conocida. Pero tan rápido era nuestro pasaje, la velocidad del pensamiento de nuestro Guía, que nada concreto pudimos percibir; así, hasta que él se detuvo en una especie de arco, de circunvalación o frontera demarcada como por un muro de nubes azuladas y transparentes. Y al decir: muro, quiero que comprendáis que no se trata de una materia sólida como muralla del plano físico, pues en estas regiones todo está formado de sustancias gaseosas y etéreas, fuerzas vivas también, obedientes al mandato mental de las Inteligencias Superiores.

"–Ahora, observad bien –nos dijo Okmaya–, cuánto aquí va a ocurrir en vuestra presencia.

"Comprendí que él esperaba un aviso del otro lado de la muralla de sustancia azulada.

"De pronto, vimos formarse en ella como un vertiginoso remolino, pasado el cual quedó abierto como un gran ventanal o puerta de forma oval, a través de la cual se veía una niebla sutil de un rosado vivo hermosísimo. Y enseguida vimos un ser, vestido de una túnica blanca que tenía en su diestra un cirio blanco, cuya luz se encendía y se apagaba a un ritmo siempre igual, como esas luciérnagas que se encienden y apagan en nuestras noches terrestres. Una serena calma se notaba a primera vista en aquel ser, sin que pudiese el espectador, asegurar si era serenidad de dicha o de resignación, porque ambos sentimientos parecían

confundirse en él. Se colocó en el borde mismo de la gran puerta de forma oval. A pocos instantes apareció una doble fila de seres vestidos de túnica de un rojo desteñido, salpicadas de unas manchas casi negras, que tomaban forma cambiante de dragoncillos, de moscardones, de grillos o lagartijas. Esta doble fila de seres, irradiaban de sí mismos una profunda tristeza. Mudos, silenciosos, con los ojos bajos, parecían no percibir nada de cuanto les rodeaba. De tanto en tanto aparecía otro de los de túnica y cirio blanco, que demostraban realizar el trabajo de conducirles y alumbrarles el camino, que acaso para ellos sería desconocido y oscuro. Y cuando hubieran pasado la gran puerta unas diez veintenas, quedaron en el borde mismo del gran ventanal los diez de los cirios blancos, o sea a razón de uno por cada veintena. Comprendí que fuertes pensamientos de llamada sacudían fuertemente la nube azulada, en cuyo borde nos encontrábamos, y al momento aparecieron junto a nosotros, otros diez seres de túnicas y cirios blancos, de una imperturbable serenidad, igual que aquéllas.

Y Okmaya apremiado por mi pensamiento se expresó así: "Son los Cirios de la Piedad, guardianes voluntarios, que la Eterna Ley permite para consolar en sus largas expiaciones a las almas que no pueden encarnar en planos físicos, hasta tanto hayan borrado por trabajos y esfuerzos realizados desde la esfera astral, las consecuencias más graves de sus errores en perjuicio de sus semejantes.

"Esas diez veintenas de seres son los proscriptos de vuestra vecina Venus, que provistos de una gran potencialidad de amor, son enviados a la esfera astral de la Tierra, donde deberán encarnar para ser receptores en el futuro de las poderosas corrientes de amor, que han de venir en la próxima encarnación tuya, amado hermano Antulio. Aún tienen mucho lastre para depurar, y están ya fuera de Ley en Venus, pero para vuestra Tierra significan una falange adelantada pues son ya capaces de grandes corrientes de amor.

"–Según eso –dije yo–, tardarán muchos siglos en tomar materia, pues si deben venir cuando yo vuelva..., y aún no me he ido...

"–Claro está –me contestó–. Éstos son los residuos de las inmensas falanges de delincuentes pasionales, que han ido quedando rezagados en Venus de muy remotas civilizaciones. Son tan formidables allí las corrientes de amor, que en los seres de poca evolución se manifestaban en los aspectos pasionales más

ardientes e impetuosos, que los llevaron a una larga cadena de los delitos llamados de amor pasional.

"Y no teniendo allí, papel ninguno que desempeñar en sus condiciones actuales, la Ley los destierra por un ciclo o varios ciclos, hasta que su purificación les permite volver a su morada de origen, cuya humanidad actual no puede ser unificada con estos seres.

"– ¿Quiere decir que se les asigna la Tierra como morada expiatoria?

"– ¡Justamente! Y también como escenario apropiado para ensayar una etapa de progreso entre civilizaciones que están muy atrás, aún, en sus facultades emotivas, por lo cual pueden servirles de impulsores poderosos hacia los amores pasionales intensos que son las primeras escalas por donde las almas suben al Divino Amor. De estos seres surgirán en un futuro muy lejano los grandes sensitivos del amor, los heroicos mártires del amor, ya se les llame madres, que dan la vida por sus hijos, ya se les llame esposas o esposos, o hermanos o amigos, que llegan al sacrificio por amor a sus amados.

"¡Antulio, hermano querido..., así como éstos, vinieron de Venus en un día muy lejano la mayor parte de los grandes amadores, que prepararon en la Tierra los caminos para esta venida tuya!

"– ¡Pobres mártires míos! –exclamé yo, en un supremo arranque de angustia y de amor por ellos, aún cargados con el fardo de delitos cometidos por exceso de amor. ¡Era ya mucho sufrir el largo destierro para encender fuego de amor entre las escarchas cenagosas de este Planeta Tierra!

"Y sin poderme contener me acerqué a ellos y les hablé así: "¡Soy vuestro Hermano Mayor en el planeta, que os recibe como huéspedes y donde encontraréis, acaso, una dolorosa hospitalidad de los que en adelante serán vuestros compañeros de morada! Mas no temáis, ni os consideréis extranjeros en esta Tierra, porque yo tengo para vosotros ternuras de amigo, de hermano, de padre. Y vosotros, *Cirios de Piedad* que les acompañáis, ¡sed los tutores en mi nombre de todos estos tristes delincuentes del amor!

"Ellos lloraban, y yo lloraba con ellos, alguno más valiente y más dolorido que los otros, se atrevió a decir, señalando hacia atrás el camino dejado muy lejos en la esfera astral de rosadas neblinas transparentes: "–Allí queda ella, por toda una cadena de siglos que no puedo contar..." –y se echó a llorar amargamente.

–Yo le atraje hacia mí con indecible amor, mientras le preguntaba:

– ¿Quién es ella?"

"–Aquella por quien me olvidé de todo, y lo perdí todo.

"–Ten paz –le dije– que en la eternidad de Dios, nada se pierde de lo que grandemente se ama. (*este ser fue la enamorada Zurima de la época de Abel).

"A esa escena todos comenzaron a llorar. Y yo acariciándoles con el pensamiento, con la mirada, con las palabras, les decía: "– ¡Bien comprendo que todos vosotros, sois arrancados a un gran amor, y que todos dejáis seres que os son íntimamente queridos! ¡Y si bien la Ley no me permite haceros dar un paso atrás, puedo sí daros de mi amor tanto como allí dejáis! ¡Bendigamos esta hora en que la Ley me ha permitido ser yo mismo quien os recibe en la esfera astral de la Tierra, que es mi heredad, porque así, podré mejor velar vuestro enorme sacrificio capaz por sí solo de lavar todos vuestros pecados!

"Y tomándolos uno a uno de ambos lados del rostro, les miré profundamente a los ojos, como para no olvidarles jamás. Y les vi como diluirse juntamente con los diez Cirios de Piedad, en la inmensa niebla azulada que yo había dejado atrás. No sé el tiempo que estuve siguiéndoles con la mirada, mientras les consolaba con mi pensamiento. Cuando volví la vista hacia el rosado portalón por donde habían llegado, tuve la más hermosa de las sorpresas. Entre los Diez Cirios de Piedad venusianos estaba Odina, la dulcísimo hada buena de mi eterna vida.

"– ¿Así te entristece el regalo que te envío? –me preguntó sonriente, apoyando sus manecitas, como lirios de luz, sobre mis hombros.

"–No me entristece el regalo –le dije–, sino el dolor que ellos padecen. ¿No te causa dolor también a ti?"

"–No, Antulio, amado mío, porque yo revestida y hecha carne, por así decirlo, con el amor, propio de mi morada habitual, estoy más unida y compenetrada de los que aquí quedan que de los que se van.

"Los que quedan en *mi casa* son las víctimas doloridas hasta lo sumo de los que van a tu casa, y yo por Ley, siento más el dolor de éstas que el de aquéllas. Tú sí que sentirás mucho dolor y les amarás inmensamente porque ellos serán los grandes amadores tuyos en tu próxima llegada a la Tierra.

"– ¿Y estos seres que llamáis Cirio de Piedad, están siempre en este papel pasivo y quieto de conductores de desterrados? –le pregunté.

"– ¿Y me preguntas eso? ¿Has olvidado ya, que ese mismo papel hemos desempeñado tú y yo, mucho tiempo en Sirio, como

ensayo para nuestros grandes sacrificios e inmolaciones como conductores de un mundo? Piensa un poco... –Apenas lo dijo ella, poniéndome su mano en la frente, que ya me estaba viendo vestido con la túnica blanca y el cirio encendido en la diestra, conduciendo juntamente con Odina una inmensa muchedumbre de seres entristecidos que salían de la esfera astral de Sirio, y entraban en la esfera astral del planeta más inmediato en la misma constelación. Y me vi con ella en los planos astrales, aun los más inferiores y densos del planeta Sirio, con mi túnica blanca y el cirio encendido sacando de los abismos del dolor a los que ya arrepentidos y conscientes de sus delitos, pedían misericordia y la oportunidad de una nueva encarnación para reparar las consecuencias de sus extravíos.

"Comprendí cuán largas edades habíamos necesitado para aprender a sacrificarnos y amar como debe amar un conductor de humanidades.

"–Cuando sólo éramos Cirios de Piedad –dijo ella–, alumbrábamos juntos los caminitos ocultos de una porción de seres que buscaban redimirse. Entonces éramos aún niños, ahora hemos llegado a mayores, y cada uno llevamos un mundo sobre los hombros. Día llegará en que sostendremos, con un hilo dorado pendiente de nuestra diestra, un Universo de mundos... Y aún nos seguiremos amando.

"– ¡Nos seguiremos amando!... –repetí yo, como si fuera el eco de su mismo pensamiento, sentí el suave rozamiento de sus brazos de luz en torno de mi cuello, algo así como un pétalo de lirio cayó sobre mi frente. Comprendí que era su beso de despedida, quise retenerla con mis manos extendidas, pero el gran portalón se había cerrado y en un rápido vuelo atravesamos de nuevo la niebla azulada y yo desperté en la alcoba aquella, vecina del Santuario, donde todos mis compañeros habían llegado antes que yo.

"Cada excursión espiritual de éstas era seguida durante muchos días de interminables comentarios, anotaciones, hipótesis, que a veces llegaban a los más fantásticos y sublimes vuelos de nuestra imaginación, que buscaba ampliar los vastos horizontes que vislumbraba el alma extática ante tanta grandeza. Y nunca realizábamos una nueva excursión sin dejar perfectamente anotada la anterior, y con el control aprobatorio de las Inteligencias Superiores que nos habían servido de Guía. No estaba, pues, en que nosotros hubiéramos creído ver tal o cual cosa, en ésta o en la otra forma, sino que nos era necesario que los Guías que nos

habían acompañado, dijeran: "–Lo que habéis visto, es toda la verdad de lo que ocurre en las moradas que habéis visitado.

"Okmaya, que se presentó por la hipnosis de nuestros sensitivos, para dar su control a las últimas anotaciones, antes de grabarlas en los papiros destinados al archivo, nos dio hermosas ampliaciones sobre lo que habíamos visto en la última excursión por la esfera astral de la Tierra. Quisimos conocer a fondo la clase de evolución de los Cirios de la Piedad, y mi hermano de alianza habló así:

"Hay seres que por su procedencia desde los comienzos de su evolución tienen el sentimiento de la compasión en un grado tan predominante en ellos que sin violencia y casi sin advertirlo realizan sus etapas primeras en un encadenamiento de estos actos pequeños o grandes de conmiseración para sus inferiores o iguales. Y de tal modo se forma hábito en ellos que llega a ser como una fuerza que les va llevando en tal sentido. Es desde luego una de las más bellas formas de evolución, pues aparte del merecimiento que tales almas conquistan para sí mismas, arrastran a muchas almas hacia el camino real del Amor Universal. Todos seguimos con más facilidad a quien nos compadece y nos ama, que a quien nos muestra severidad y nos castiga.

"Pero es ésta una forma de evolución voluntaria porque los Cirios de Piedad pertenecen a alguna de las grandes falanges de Inteligencias avanzadas, que habéis conocido ya al recorrer las moradas de luz y de gloria perdurable. O son Guardianes, o son Esplendores, o Victorias, o Arpas Vivas. Podían al desencarnar haber ido a ocupar su lugar entre aquellas gloriosas falanges, formando parte del grandioso concierto de Inteligencias Creadoras y Gobernadoras de estrellas y de soles. Están en su derecho de hacerlo si han llegado a la evolución necesariamente exigida por la Ley, pero prefieren quedar en las esferas astrales de los globos en que han actuado, sólo impulsados por su amor compasivo hacia los millares de almas en sufrimiento y con el fin de abreviarles el tiempo de sus expiaciones.

"Es por eso que en todos los mundos habitados por humanidades, se tienen gran respeto y un grande amor a los Cirios de Piedad. Buscan además, ellos, otra cosa al quedarse en las esferas astrales de los mundos que habitaban, y es la posibilidad de tomar materia en cualquier momento, en que juzgan que su actuación como encarnados es necesario en tal o cual paraje del globo en que prestan su servicio. Y esto no podrían realizarlo con igual facilidad, si hubieran tomado ubicación en los globos de superior evolución donde reside de ordinario la Jerarquía espiritual a que pertenecen.

“Sucede, a veces, por ejemplo, que está encarnado en la Tierra un ser de evolución avanzada que ha traído una misión espiritual de gran importancia, y este ser se ve en grave riesgo de fracasar por el abatimiento y decepción que le produce la incomprensión e ignorancia de quienes les rodean, o de la humanidad en general.

“Entonces encarnan cerca de él, uno de estos Cirios de Piedad, a veces por pocos años a veces por más, hasta que ha pasado el peligro y el espíritu misionero ha tomado la fuerza y la decisión necesaria para no fracasar en su cometido. Casi siempre de los Cirios de Piedad surgen los grandes Mesías del Amor Misericordioso, y son las Inteligencias elevadas que con mayor facilidad pueden manifestarse por los sensitivos en los momentos de invocación a la Divinidad, y son ellos, asimismo, los que atan los hilos fluídicos necesarios para que los Mesías puedan hacer sentir a los encarnados la vibración de Amor, de Consuelo y de Esperanza, a las porciones de humanidad que claman por ellos con amor ferviente y desinteresado.

“Tal fue la explicación de Okmaya sobre los Cirios de Piedad. A mi pregunta de si eran numerosos en cada globo me respondió que: –No, sino al contrario, muy pocos, y aunque no tienen un número fijo no pasan ordinariamente de dos a tres decenas. Se los atrae, como a todos, por afinidad, por eso alrededor tuyo, amado hermano Antulio, ellos andan con mucha frecuencia, pues toda alma de tendencia misericordiosa y tierna, es muy frecuentemente punto de reunión de los Cirios de Piedad.

“Todas estas experiencias abrieron a nuestras Inteligencias tan vastos y radiantes horizontes que, con infantil entusiasmo, mis discípulos solían decir en nuestras deliciosas veladas íntimas: “–Somos ya dueños de los grandes secretos del Infinito. ¿Quién podrá arrancarnos jamás el inestimable tesoro de la Verdad Eterna que poseemos, guardado en el cofre íntimo de nuestro yo?

“–Nadie puede arrancarnos aquello que la Voluntad Divina nos ha hecho depositarios –contestábales yo, absorbido como ellos en las eternas grandezas del Infinito–.

“Pero, ¡hay de nosotros si no somos depositarios fieles y dejamos que el egoísmo disfrazado de conveniencia nos lleve a ocultar la Verdad, bajo nubes de polvo y humo, para que la ignorancia haga de esta humanidad un rebaño dócil a las imposiciones arbitrarias de diversas ideologías, creadas por los hombres con fines de utilitarismo interesado!

“Desde esta hora nos propusimos establecer contactos espirituales íntimos con los Cirios de Piedad, que desplegaban grandes

actividades en la esfera astral de la Tierra, con los fines de secundarles desde el plano físico, en la gran tarea de cooperar de modo eficiente a la redención de las almas.

"Uno de ellos acudió una tarde a nuestra evocación, y nos hizo hermosas revelaciones de lo que era su vida en las azuladas neblinas de la esfera astral del planeta.

"–Somos –dijo–, los mensajeros de la Ley Divina para hacer llegar el pensamiento de amor de las grandes Inteligencias que tienen a su cargo la redención de las humanidades.

"Toda obra de piedad, de misericordia, de amor recíproco, entra en el radio de nuestras actividades. Los grandes clarividentes del pasado nos llamaron *Flores de Consuelo y Esperanza* porque tal es nuestra verdadera misión. Actualmente somos sólo dos decenas, pero están para desencarnar otros diez que aun viven en la materia; tres entre los últimos Profetas Blancos de la antigua Escuela, fundada por el Rey Anfión de Orozuma; otros tres viven entre la civilización Sumeriana, en la región llamada de los Cinco Mares; y los otros cuatro entre los Flámenes, últimos restos de la Escuela fundada por Juno, en la perdida Lemuria, y que hoy residen en una isla olvidada en el Mar Sereno del Sur.

"Todos ellos son niños o adolescentes entre seis y quince años de vida física, que les fue necesario tomar, para ayudar a espíritus misioneros encarnados en esos parajes. Cuando ellos vengan al plano espiritual seremos tres decenas de Cirios de Piedad, para consolar a las almas que padecen en la Tierra y en su esfera astral.

"–Bien –le dije yo–, mientras ellos llegan a vosotros, les reemplazaremos mis discípulos y yo en cuanto podamos. ¿Qué debemos hacer?

"– ¿Y me lo preguntas a mí?... ¡Tú, que eres Instructor de esta humanidad! Tú no puedes ya ser un Cirio de Piedad, porque la Ley te hizo lámpara viva de la Eterna Luz. Tu madre y tus discípulos, sí que pueden ensayar a serlo desde este mismo momento.

"–Bien –díjele–, decidme lo que debemos hacer.

"–Para ello debo ponerles al corriente de todos nuestros trabajos. Escuchadme que os explicaré: Como somos tan pocos en la actualidad, nos buscamos por afinidad seres encarnados para centuplicar así, nuestra capacidad de hacer el bien. Pero aun así tropezamos con grandes dificultades, debido a la pesadez de las corrientes astrales del plano físico, que casi siempre nos impiden acercarnos para manifestaciones como las que realizo en este momento. Con vosotros puedo realizarla sin dificultad, porque tu presencia aquí, y la pureza mental de tus compañeros ha hecho tan

diáfano y sutil vuestro ambiente, que aparece todo este contorno como un inmenso globo etéreo y radiante, al cual no pueden penetrar las corrientes de pensamientos groseros y delictuosos que infectan el plano físico en general.

"Nuestra tarea es a la vez en la esfera astral y en el plano físico inferior. Nuestros sitios preferidos aquí, son los cementerios, los templos, los presidios y los hospicios de enfermos en general. En las necrópolis arrancamos de los cadáveres, las almas en turbación cuando son seres de cierto adelanto, y que solo se encuentran aún adheridas a su materia, porque una muerte súbita les impide despertarse a la realidad de su nueva vida. Acudimos a los Templos para recoger las quejas de angustia, que los seres llevan a los altares de sus ídolos, cargados a veces de oro y piedras preciosas, pero desde luego incapaces de sentir las quejas de sus devotos. A través de los pensamientos de dolor, comprendemos si aquellos padecimientos pueden y deben ser remediados, y en caso afirmativo buscamos las combinaciones conducentes a aliviarles sus dolores, y a ponerles en camino de mejoramiento.

"Si sus angustias son consecuencias de delitos o errores graves, les hacemos llegar este pensamiento:

"–Si te arrepientes de tus delitos, y con buenas obras reparas el mal causado, te aliviarás". A veces algunos son sensitivos, y ven u oyen figurándose que es el Dios de madera o piedra que les ha escuchado, y corren a ejecutar nuestras inspiraciones.

"A los presidios acudimos por si algún inocente ha sido recluido en esos antros de espanto y horror. Si su condena es para toda la vida y vemos que su capacidad y progreso haría de él un gran elemento para el bien en estado libre, buscamos un ser de evolución primitiva, que desencarnado vive en estado de turbación buscando de nuevo la materia; durante el sueño del presidiario inocente, le hacemos tomar al ser inferior aquella materia que para él es elemento de progreso, mientras para el otro era causa de una gran pérdida de tiempo. Así deshacemos, a veces, con el favor divino los errores humanos, cuando coinciden circunstancias especiales que nos permitan realizarlo; los encarnados que ignoran estos trabajos realizados por nosotros en la esfera astral, van de error en error, al hacer estudios y afirmaciones a base de un cimiento de arcilla.

"Una trasmigración espiritual de este orden, hemos realizado en estos últimos días, el tribunal que condenó al inocente cediendo al oro ofrecido, trata de justificar su delito, al ver que el presidiario

es en efecto un ser de bajos instintos, capaz de haber cometido el delito de que se le acusó. Y se hunden en un laberinto sin salida, ya que habiendo tenido evidencia de que era un justo a quien condenaban, al cabo de muy poco tiempo comprueban con hechos que era un ser de embrionaria mentalidad y de muy baja moral.

"Otros afirman que lo ha embrutecido el dolor de verse reducido injustamente a la condición de un vulgar presidiario, por delitos comunes, sin contar con el principio espiritual y las fuerzas superiores que actúan cuando la Divina Ley lo permite. Unos y otros caen en el error.

"Últimamente en el gran templo de Zeus, en la otra ribera del Avendana, una infeliz mujer de vida honesta y laboriosa, madre de cinco hijas mujeres jóvenes y tres varoncitos pequeños, fue encontrada por un Cirio de Piedad llorando amargamente en el templo silencioso, postrada ante la estatua de su dios. Llevaba entre sus ropas una daga para cortarse la garganta, allí mismo, como un sacrificio voluntario de su vida, para implorar del dios la salvación de sus hijos. Recogiendo su pensamiento, el Cirio de Piedad comprendió toda la tragedia. Hizo uso de toda la fuerza mental acumulada, ordinariamente, en torno a las estatuas adoradas por las almas creyentes de ese culto, con lo cual pudo construir una vaga forma astral luminosa, lo bastante para ser vista por la desolada mujer, al mismo tiempo que le hizo penetrar en su cuerpo mental este pensamiento:

"–Con tu sacrificio no conseguirás nada. Espera que hoy mismo tendrás remedio a tu mal.

"Creyéndose atendida por la estatua del dios de su fe, corre a su casa y encuentra a su marido caído en tierra, con un desmayo parecido a la muerte; y ella explica al médico llamado, de la siguiente manera: "–Mi marido no era un justo, a la verdad, pero a pesar de sus defectos hemos vivido en paz hasta que fue llamado a trabajar en las tumbas del antiguo cementerio, de los augures de Mabarí, en Cerro Negro, y ha vuelto de allí tan cambiado que no parece el mismo. Maltrata bárbaramente a mis tres varoncitos y persigue con malos fines, como una bestia desbocada, a mis cinco niñas mujeres, que hasta quieren ya, huir del hogar. Si le hago una advertencia de protesta, toma el látigo y me azota como a un mulo encabritado, desesperada fui al templo de Zeus a ofrecerle mi vida en sacrificio para salvar a mis hijas. He visto la claridad de Zeus que escuchó mi ruego y me prometió el remedio. Llego y encuentro a mi marido medio muerto caído en tierra.

"El médico, si es conocedor de las fuerzas y medios de que las

Inteligencias Superiores se valen para realizar una obra de Bien y de Justicia, comprenderá, acaso, el hecho, pero si no lo es, lo interpretará solamente desde el punto de vista de las leyes fisiológicas, que le llevan a acumular una serie de argumentos científicos, basados sobre un principio equivocado.

"Los Cirios de Piedad que conocemos las fuerzas buenas y malas, que se debaten como marejadas en pugna en la esfera astral del planeta, descubrimos de inmediato los fenómenos que dichas fuerzas producen. Ordinariamente, en los antiguos cementerios o panteones funerarios que han servido para una larga generación y durante siglos de sepultura, a seres que pertenecieron a agrupaciones dedicadas a trabajos mentales de orden inferior, son muy frecuentes los casos de vampirismo más o menos fuertes o persistentes, según el grado de atraso moral de los encarnados que se pongan a su alcance, y según las circunstancias especiales que se presenten. El sujeto en cuestión había tenido un altercado violento con uno de los miembros de la agrupación dueña de las tumbas, y como el obrero se le había insolentado, le arrojó una feroz maldición, en la circunstancia que entre varios obreros abrían una urna funeraria por equivocación, creyéndola ya ocupada sólo por restos muy antiguos que podían ser vaciados al osario común, y encontraron en cambio un cadáver que se mantenía sin comenzar el proceso de descomposición. Circunstancia ésta debida a la costumbre de la agrupación de lavar los cadáveres por dentro y por fuera con líquidos aromáticos y alcoholizados; y debido también al hecho de que el espíritu que animó ese cadáver tenía una voluntad extraordinariamente fuerte de continuar existiendo en el plano físico.

"Estos son los casos de vampirismo, no muy frecuentes, pero reales, sobre todo en parajes en que se practican las artes ocultas y siniestras de la magia negra.

"Tal era el verdadero fondo del drama que se desenvolvía en el hogar de la dolorida mujer, devota de Zeus. El facultativo no comprendió este fenómeno, y aplicó drogas que ningún resultado dieron. Los Cirios de Piedad realizamos el trabajo de arrancar al espíritu vampiro del cuerpo que había usurpado y usado durante dos lunas consecutivas, mientras su verdadero dueño yacía sumido en profundo letargo en la esfera astral inmediata a las tumbas, donde ocurrió el hecho inicial de la tragedia. Para realizar el trabajo nos sirvieron como auxiliares en la materia, dos de las hijas mujeres y la madre, que eran seres de cierta evolución y unidas por larga alianza con el que fue su padre.

"En los hospicios de enfermos en general, hay casi siempre uno de nosotros para recibir a los que desencarnan, cuyas condiciones espirituales y morales nos permitan sacarles de inmediato de esa pesada atmósfera de horror y angustia que envuelve esos lugares, facilitándoles al iniciar su nueva vida un ambiente propicio para facilitar su lucidez, y que no pierdan años de tiempo en un sufrimiento innecesario y estéril.

"Tal es –dijo el Cirio de Piedad que nos visitaba–, nuestra labor en la esfera astral de la Tierra, en cuanto a los ambientes sobrecargados de angustioso dolor y a veces de grandes maldades.

"Entre ambientes y seres más elevados moral y espiritualmente realizamos otra clase de labor, más sutil, más bella, si se quiere en sus aspectos profundamente emotivos y sentimentales.

"Buscamos y provocamos los encuentros de almas que por alianzas y misión debieran aparecer juntas en el escenario de la vida física, y que por inconsciencia y error de los encarnados, nacieron muy lejos unas de otras, a veces hasta en distintos países y hasta en distintos continentes. ¡Cuántas difíciles combinaciones debemos tejer y destejer en torno de ellos, hasta conducirles unos junto a los otros!...

"Poemas grandiosos de amor, de heroísmo y de fe realizadas por tales uniones, son las divinas compensaciones que recogemos los Cirios de Piedad por nuestra labor oculta y desconocida de los mismos que reciben, como lluvia de flores los beneficios de esa labor.

(*Los cantos líricos de los grandes poetas. Los maravillosos desbordamientos de armonía de los grandes músicos. Los poemas silenciosos del claroscuro, de la luz, de la sombra, vaciados del pincel a los lienzos de los magos del color y de la forma, son reflejos de los Cirios de Piedad que vacían, como flores de una ánfora eterna, las bellezas de que les hiciera dueños su voluntario renunciamiento a la radiante felicidad de su cielo propio, a favor de los que sufren en las esferas astrales de los planetas de poca evolución).

"Es verdad que hemos renunciado voluntariamente a siglos de inefable dicha en las esferas superiores, que nuestro esfuerzo nos había conquistado, pero tenemos la ventaja de realizar con la rapidez de un vuelo gigante, la ruta que de otro modo haríamos en una larga cadena de ciclos de ascensión. Cuando la Eterna Ley nos llama porque sonó la hora de tomar otro camino, nos encontramos con tan asombroso caudal de merecimientos, que nos maravilla a nosotros mismos, atreviéndonos a interrogar a la Ley: –Pero,

¿por qué todo esto?... ¿Cuándo y cómo lo hemos conquistado? Y el Eterno Amor nos responde con el canto triunfal de sus Arpas Vivas del Séptimo Cielo:

"–Sois bienaventurados porque habéis amado por encima de todas las cosas. Los mundos os pertenecen. Sois señores de vosotros mismos. Elegid vuestra morada pues sois lámparas vivas de la Eterna Sabiduría. Sois el Pensamiento de Dios individualizado en una personalidad. Sois el Amor de Dios concentrado en el ánfora de vuestro Yo individual. Sois el Verbo de Dios que podéis llevar como esencia propia. Vuestra es la elección.

"Pero aún entonces el Cirio de Piedad renuncia a esos derechos conquistados y pide a la Eterna Ley que le señale su camino a seguir. Entonces emerge de entre la apiñada multitud de nebulosas, de estrellas y de soles, como una flor de luz en los abismos siderales la que ha de ser su morada, su heredad, su campo de labor para las edades futuras. Ya es un Ungido. Ya está consagrado Mesías de una humanidad, a la cual queda ligado desde aquel momento, hasta que llegue a refundirse en el Gran Todo Universal.

"Ya sabéis lo que somos los Cirios de Piedad, y la forma en que realizamos nuestra evolución.

"– ¡Gracias! –díjele yo–, por los grandes conocimientos que tu confidencia aporta al tesoro de sabiduría que guardamos para la humanidad futura.

"Un momento de silencio profundo, suavísimo como una melodía sin sonido, se extendió en nuestro recinto. Una blanca claridad inundó la penumbra y todos pudimos ver una veintena de Cirios de Piedad que acudían, sin duda, a un llamado del que había sido nuestro confidente. Y los veinte dijeron con su pensamiento: "–Estáis enamorados de los Cirios de Piedad porque el Mesías aquí presente fue un Cirio de Piedad, en las remotas edades, y porque vosotros, todos, siguiendo sus huellas lo seréis asimismo en el lejano futuro. Los que fuisteis, los que somos, los que seréis, somos todos una sola vibración del Amor Misericordioso en la Infinita Eternidad de Dios".

"La hermosa visión desapareció en la penumbra violeta del sagrado recinto, dejándonos en el fondo del alma la inefable dulzura del que ha bebido una ánfora de miel, cuya divina suavidad no puede olvidarse nunca, aunque rueden por encima de nosotros los siglos, como polvareda de átomos luminosos arrastrados por el viento.

"–Este es –dije yo, a mis compañeros–, el inconmensurable mar del Amor Divino que nos inunda en un instante, que los Cirios

de Piedad derraman en la esfera astral de la Tierra. ¡Y son sólo veinte espíritus que transportan esa inmensidad! ¿Qué hará una legión de ellos?

"Aunque nuestra concentración mental era todos los días al anochecer, nuestras alianzas espirituales sólo acudían a platicar con nosotros los días que encontraban propicios. Así fue que cuando aún estábamos con el alma rebosando mieles de la última visita de los Cirios de Piedad, se nos presentó Aelohin, por la hipnosis de mi madre, e invitó a transportarnos espiritualmente a contemplar el panorama grandioso que presentan al observador estudioso, las esferas astrales de los millones de estrellas llamadas de primera magnitud, que son las moradas habituales o Cielos, como yo les he llamado en mis relatos de las grandes Legiones de Inteligencias purificadas, y que por tanto no están, ya, sujetas a vidas de expiación.

"Nos ayudó a abandonar con plena seguridad nuestros cuerpos físicos, y poco después flotábamos por el espacio infinito, tres de mis compañeros y yo, quedando los demás al cuidado del recinto, ya que sus estados físicos no les permitían realizar esta experiencia. Algunos por exceso de trabajo material, y mi madre por una molesta afección al pecho, debieron renunciar a esta magnífica exploración sideral. Aquella noche la Bondad Divina me permitió comprender claramente, la grandeza infinita de la Creación Universal y la Eterna Ley de Solidaridad que reina absoluta, así entre los grandes globos, centros radiantes de energía y de luz, como en los más insignificantes y diminutos.

"Comprendí que cada Sistema es como un haz de cirios de distinta potencialidad cada uno, y que cada cual, como impulsado por una oculta fuerza busca de reunir su esfera astral con la esfera astral de los globos de más o menos iguales condiciones, en la inmensa cadena de las edades que habrán recorrido para llegar a lo que son.

"Las grandes estrellas fijas y los inmensos soles centros de sistemas, extienden igualmente hasta distancias inmedibles y fantásticas las nieblas radiantes de sus esferas astrales, hasta reunirse en los abismos siderales con los globos de su misma evolución.

"Yo pensé entonces: –Los astros se buscan, se besan, se aman en el infinito seno del Gran Todo Universal. Y este inmenso y divino consorcio de atracción, de unificación, de marcha armónica del camino en conjunto, me dio a comprender el secreto profundo de la Eterna Armonía, como base y cimiento de toda obra grande o pequeña.

"Y volví a pensar: –La soledad no existe, el vacío no existe. ¡La Grandeza infinita del Absoluto lo llena todo, lo puebla todo, y todo lo anima, lo vivifica y lo rejuvenece constantemente!

"Ese beso eterno de los mundos, unos con otros, siguiendo la ley Eterna de la Afinidad, según el grado de su evolución, no estorba ni obstaculiza en forma alguna que todos los millares de millones de estrellas, soles, planetas y satélites, realicen la misma unificación con los de su propia edad y categoría.

"Y por tercera vez interrumpí la magnífica contemplación para pensar: –Los millones de astros que pueblan los abismos siderales son como niños obedientes a la Eterna Ley, y uniendo en el infinito azul sus nieblas radiantes, se confunden como en un solo mar infinito de luz... Tan solo la hormiguita humana de los mundos atrasados, se siente capaz de rebelarse contra la Eterna Armonía de las Esferas, para gritar insolente: ¡Esto es tuyo y esto es mío!... ¡Ésta es mi frontera..., ésta es mi casa..., éste es el límite de mi dominio..., éste es mi país! ¡Lo mío es mío y lo tuyo es también mío!...

"¡Oh, enorme aberración de la hormiguita humana que aún se arrastra sobre la tierra devorando el grano que otro ha producido!... ¡Y me lleno de fatiga, de cansancio, y de honda pena al comprender la infinita pequeñez del hombre que tiene a veces la audacia inaudita de rebelarse ante la grandeza de las leyes de Dios!

"En esta excursión me fue dado abarcar en una vista de conjunto la inmensidad sin límite de la Creación Universal.

"Y si variada hasta lo infinito es también la escala evolutiva de los globos, que le sirven de morada habitual, las bellezas que la Naturaleza ha puesto en nuestra modesta y pequeña Tierra, son un reflejo muy tenue y mezquino de la magnificencia de los astros de primera magnitud, moradas de las inmensas legiones de Inteligencias adelantadas. La vista del conjunto me hizo comprender con nítida claridad, el orden y divina armonía de los mundos avanzados, mucho más de lo que comprendiera en aquella excursión a la constelación de Sirio, donde fui puesto ante mi Ego, y envuelto en el aura suavísima de amor de mi gran Guía desde los comienzos de mi evolución.

"Entonces me fue dado vislumbrar las moradas de los grandes espíritus que gobiernan un ramillete de siete universos, a uno de los cuales pertenece, como ya dije, nuestro pequeño Sistema Solar. Más al abarcar, ahora, todo el inmenso conjunto quedeme como anonadado, como si mi capacidad mental se disolviera en pequeños átomos de polvo y se tornara en nada.

"Aelohin, mi hermano, captó la onda de aniquilamiento de mí mismo que me anonadaba, y me dijo sacudiéndome:

"–Somos como átomos en la infinita inmensidad, pero somos átomos emanados de la potencialidad Divina, que nos ama como a creaciones propias, suyas. Amándole y dejándonos amar es como estamos en nuestro justo lugar.

"Estas palabras me volvieron a la conciencia de mi yo individual, de mi yo pensante; y una suavísima ola de amor divino me embargó completamente. Me vi como un átomo inteligente, capaz de pensar y de amar. Me abandoné a este gran pensamiento, y fue entonces cuando se desbordó sobre mí la claridad divina, absorbiéndome en el infinito mar de la Esencia Eterna.

"Comprendí que las Inteligencias de más avanzada pureza, son muchísimo más sensibles al amor desinteresado y puro que les llega como perfume de flores lejanas, de los millares de seres que los amaron y les aman a través de inmensas edades. Ese amor es como una ola suavísima de luz multicolor que va y que viene manteniendo en eterna unión a los pequeños amadores con el grande ser amado. Y esto me dio la clave profunda y secreta del valor inmenso de la oración de amor elevada a los grandes seres que nos precedieron en los eternos caminos de Dios. Es aquí donde mejor se cumple la sugestiva y sublime frase que, en nuestros mezquinos conceptos terrestres, apenas si podemos darle el gran significado que tiene: *"Lo que Dios ha unido nadie lo puede separar"*.

"Comprendí asimismo, en aquel magnífico miraje de conjunto, el proceso que sigue la Ley con los globos siderales llegados al máximum de su evolución. Se habla de soles que se apagan, que llegan a la decrepitud, y se disgregan como un cuerpo muerto; pero en el plano físico terrestre no habíamos comprendido el alcance de estas figuras. Los globos astrales siguen un proceso parecido al de las almas, que a medida que se purifican, van dejando como jirones de vestimenta que ya no necesitan, la cual disgregada en moléculas va a formar parte de nebulosas nuevas, de nuevos cuerpos siderales.

"Ni un átomo de materia se pierde en la creación universal porque cada átomo es una porción de Energía Viva. Y así como a los seres, la Eterna Ley les va despojando lentamente de la materia más densa, a través de una larga evolución, del mismo modo los globos siderales cuando su materia se disgrega queda su esfera astral radiante, que es la que sirve de morada a las Inteligencias avanzadas que la eligieron por habitación. Llegado un globo a esta evolución, naturalmente no puede ser ya visible, como un globo de

materia densa, mediante ningún lente o aparato material fabricado por los encarnados para sondear el espacio azul.

"Los aerolitos, que se precipitan a veces a través de los abismos y caen en los globos materiales, pueden ser y son, a veces, esos jirones de materia densa de un globo que va dejando su vestidura al convertirse en una inmensa esfera astral de purísima luz.

"Al contemplar esta suprema verdad, volví a pensar: "Las estrellas, los soles y las almas, se parecen y caminan juntas por los eternos caminos de Dios. Globo evolucionado corresponde como habitación al alma purificada. Globo atrasado, es necesariamente habitación de almas de poca evolución. Sólo para los sublimes y heroicos Cirios de Piedad son asequibles las más pesadas esferas astrales, porque ellos han pedido para sí, el sobrehumano poder de amar por encima de todas las cosas.

"Me fue dado, asimismo, la clara comprensión del gran anillo fulgurante que circunvala un inmensurable abismo de luz, que vibra intensamente, cual si fuera un continuado relampagueo en aquel inmenso bosque de iris que se cruzaban y entrelazaban formando bóvedas, cúpulas, avenidas, torreones flotantes, que tan pronto semejan olas interminables de una marea radiante o torrentes de luz que se desbordan, o imponderables fuerzas vivas que pugnan por derramarse, por darse, por difundirse, por correr en carrera de vértigo hacia todo lo que palpita y vive en la creación universal. Y vi pendiente de aquel inmenso anillo fulgurante una infinidad de gruesos lazos de luz, que en grupos de siete, se abrían en todas direcciones, para llevar vida, energía y amor a los universos correspondientes.

"Aelohin recibió mi pensamiento, que me parecía hundirse, eliminarse y morir, en aquel infinito mar de luz, de amor y de vida.

"–Allí están –me dijo Aelohin–, refundidas como en una sola e infinita claridad, vida y energía, las millares de Inteligencias que a fuerza de purificadas ya no son más que una sola vibración de vida y de amor por toda la eternidad.

"De allí se alimentan y viven todos los mundos, todos los seres, todas las cosas. Allí no hay ya individualidades que piensan y aman por separado. Allí es un pensamiento solo, una sola vibración, un solo amor supremo, infinito y eterno, *¡Eso es Dios!*

"Un completo anonadamiento invadió todo mi ser. Creíme aniquilado y disuelto como una nubecilla de humo que se desvanece de un soplo. Perdí la conciencia de existir, el concepto de mi individualidad desapareció por completo. Cuando volví en mí

estaba en mi alcoba, sobre el canapé de junco, donde todos los que me amaban hacían esfuerzos para provocar una reacción en mi materia, por medio de calor artificial. Me desperté, sin poder decir ni pensar otra cosa que estas palabras, que lo decían todo: *"– ¡Eso es Dios!... ¡Eso es Dios!"*

"Durante toda una luna estuve como entre la vida y la muerte, y fue necesario rodearme de cuidados como a un niño que recién comienza la vida. Jugo de uvas y pequeños sorbos de miel era el solo alimento que mi materia pudo recibir durante todo ese tiempo. El don divino de comprenderlo todo había casi absorbido mi vida como en un suspiro que se esfuma en el éter. Como la postrera vibración de una melodía que se duerme entre los dedos y la cuerda que la produce, como la gota de agua que resbala de una roca a lo profundo del mar... *¡Dios!... ¡Dios!... ¡Dios!*

"Aún tardará mucho tiempo mi pequeñez en recobrarse a sí misma porque Vos, Grandeza Infinita, la habéis absorbido por completo: *¡Eso es Dios, y Dios es la Vida, la Energía, la Luz y el Amor!*

= 48 =
ESTRELLA DE SHARMA

Lector amigo: Tú y yo hemos tratado de conocer a Osarsip, Príncipe egipcio, hijo de Thimetis, heredera del Faraón Ramsés I. Hemos observado y estudiado también a Atón Moses en su vida de estudio, de meditación, de absoluta entrega al Supremo Ideal que presintió desde la niñez. En los fuertes, en los grandes seres, en los genios, hay también otra faz, igualmente bella, sublime, casi divina, que de ordinario pasa inadvertida de la humanidad. Es aquel rinconcito del alma donde parpadea como lamparita escondida en un sagrario: *el sentimiento*, ese perfume suavísimo y divino que puede ser alegría y tristeza, ansiedad y quietud, felicidad y desdicha, éxtasis de gloria o desesperado pesimismo según sean los variables movimientos lentos o fugaces de las mudables y movedizas olas que agitan nuestro mundo interior. Quiere decir que trataremos de conocer a Moisés en la intimidad.

El sol de la tarde resplandecía como un enorme topacio prendido en el raso azul del espacio, cuando el modesto festín de las bodas llegó al final, y desposados y concurrentes se dispersaron llevándose todo el recuerdo tierno y suave, propio del acontecimiento que los había reunido.

Séfora se dirigió de inmediato a la alcoba que compartió con Clavelina desde su llegada a la cabaña del Patriarca Jetro y dejando en el estrado su manto de desposada, rompió a llorar desesperadamente.

Así la encontró Moisés cuando luego de un discreto llamado a la puerta, penetró en la habitación.

– ¿Puedo saber, Estrella, la causa de tu llorar? –preguntó con toda la suavidad y ternura que apareció del rinconcito aquel y que desbordaba, a veces, a través de la dura corteza de severidad que había creado en él la aspereza misma de la vida.

Al oírse llamar *Estrella*, la pobre niña se sobresaltó en extremo y creyó por un momento ver a su padre ante ella como un severo juez que le pediría cuenta de sus actos.

Miró a Moisés con espantados ojos y cayendo al suelo en humilde postración, susurró más que habló:

– ¡Soy inocente! Perdón para el horror de esta vida mía y si podéis olvidad hasta de que existo.

–Yo no vengo a ti como juez, querida niña, convéncete de eso, sino como un amigo, como un hermano, y si quieres como un padre que toma sobre sus hombros todo el peso y responsabilidad de la situación que te atormenta. ¿Acaso no lo habría hecho así el autor de tus días, si en vez de huir de él lo hubieras tomado como confidente? Vamos, levanta esa frente del suelo que una leal esposa mira de frente al compañero que la ha elegido.

Y el gran Moisés, con fuerza y genio para gobernar y conducir pueblos, levantó suavemente a la niña como si hubiera levantado una pequeña gacela herida y moribunda.

–Tenemos mucho que hablar y que preparar –continuó–, ya que de aquí a seis días pasará la caravana que nos llevará al Nilo, es decir, al amado hogar donde me espera mi madre. ¿No te causa alegría pensar en todo esto?

–Sí, señor, sí..., como vos lo queráis.

–Para ti no soy: Señor. Estrella... Soy tu compañero, tu esposo... ¿No puedes confiar en mí? ¿No puedes quererme un poquito, lo suficiente para no tenerme ese miedo pánico que estoy viendo en tus ojos?

Moisés tomó una de aquellas pálidas manitas que aún estaban mojadas de lágrimas, como para acortar un tanto la enorme distancia que separaba de él aquel tímido corazoncito enfermo incurable.

– ¡Alteza Real! –murmuró la niña–. Vuestra madre maldecirá el momento en que habéis unido vuestra noble vida a la mía.

–O la bendecirá mil veces. ¿Qué sabes tú, mi tortolita asustada, de lo que guarda mi madre en el cofre de oro de su corazón? Óyeme bien: esta tarde a la luz radiante de este sol de oro que nos alumbra haremos un pacto, una alianza, tú y yo. ¿Sabes tú lo qué es un pacto, un compromiso eterno, que dure más aún que nuestras vidas?

La niña lo miró asustada y le contestó:

– ¡Sí, Alteza Real!... ¡Sí, Señor, lo comprendo bien y lo sé, pero no sé si puedo hacerlo!... ¡No me obligues, Señor! ¡Soy una infeliz y despreciable criatura!

–Calla y escúchame. Este pacto es inquebrantable, este compromiso eterno consistirá, óyeme bien, en que nunca jamás mencionaremos lo que llamas tu desgracia, tu secreto. Es eso un pasado muerto que hoy sepultamos tú y yo bajo una tumba de piedra. Prométeme que harás cuanto puedas para olvidarlo en absoluto. Tu vida comienza hoy. Yo lo quiero así, y si soy Alteza Real como te empeñas en llamarme y si soy para ti un señor, y si te doblo en edad y puedo ser tu padre, yo ordeno que sea así. Tal es nuestro pacto, ¿lo aceptas? ¿Eres capaz de prometerlo ante este sol de oro que nos envuelve en su luz a través de este ventanal?

La pobre niña tembló como una ramilla agitada por el viento ante la mirada fija de Moisés que más que la luz solar, la envolvía, sacudiéndola fuertemente.

– ¡Alteza Real! ¡Sí, Señor!... ¡Vos lo ordenáis y lo queréis así!... ¡Sois mi dueño y yo vuestra esclava para toda la vida! Así será... Lo quiero como vos lo queréis.

Y la dolorida criatura se desvaneció en una crisis de nervios bien propia de la situación. Cuando se despertó vio que estaba recostada en un hermoso lecho encortinado de azul en la misma alcoba que compartió con Clavelina y tenía sentada a su lado una joven que hilaba un vellón de blanca lana. Se sonrió y se apresuró a decirle:

–Soy la hija del mayordomo de la Granja de nuestro padre el patriarca Jetro, y el Gran Sacerdote, vuestro esposo, me ha elegido para doncella vuestra. ¿Me aceptáis?...

Conteniendo un sollozo, Estrella le tendió su mano en silencio y la doncella la estrechó en las suyas en silencio también. La esposa del Gran Sacerdote de la Escuela Iniciática del Desierto aceptaba la doncella que él había elegido para su servicio íntimo.

Esta jovencita, hija de un pastor, se llamaba Jazmín y estaba prometida como esposa a Numbik, que sólo entonces quiso aceptar compañera, porque según él decía: “Seremos dos para

servir a perpetuidad al Amo que me dio el inolvidable Sacerdote Neferkeré".

–Diez años hace que llegué a este mismo oasis y me senté sobre este mismo brocal del pozo y en el fondo de las aguas vi reflejada la faz sonrosada y fresca de un joven de veinte años –decía Moisés, que con un lucido cortejo de maestros, de discípulos y de amigos, esperaba en el oasis de Pozo Durba que el Kabir de la caravana terminase de aparejar el camello en que viajarían Estrella y Jazmín, su doncella. Numbik ya tenía por las bridas aquéllos que estaban destinados para ellos dos.

El Patriarca Isesi con Jetro, Ohad y Carmi, Hur y Layo, quedaban constituidos en Consejo de Gobierno para todo asunto concerniente a la Escuela Iniciática del Desierto.

–Recibiréis noticias mías en cada caravana que venga de Egipto y esperaré las vuestras cuando ellas regresen –expresaba el viajero tratando de inyectar en los que dejaba la confianza y el optimismo, que aparecían muy apagados por la prolongada ausencia que presentían.

A las hijas de Jetro ya casadas, recomendaba insistentemente el cuidado para los dos Ancianos que eran dos *libros vivos* del gran Archivo que pensaba construir a su regreso. Y ellas con honda emoción le prometían constituirse amas de casa, por turno de semana en semana, hasta verle regresar a ocupar de nuevo su sitial de Gran Sacerdote del Desierto.

Y como todo llega y pasa en este mundo, llegó el momento de la partida en la que no hubo adioses entristecidos ni gemidos angustiosos porque en la Escuela de Moisés, todo era vencimiento, renunciación, altruismo, dominio del yo íntimo y, por encima de todo, una florida esperanza, como una primavera eterna.

"– ¡Hasta pronto!" "– ¡Hasta siempre!" "– ¡Hasta luego!"..., fueron las frases finales que se escucharon entre el grupo numeroso que formaba Moisés con todos aquellos que le amaban. En Estrella o Séfora iba operándose un cambio que era notorio para todos aunque sólo Moisés y Jetro conocían a fondo lo que ocurría.

Lo que era bien claro para todos que aquel matrimonio no era más que un cactus rojo como los que florecían entre los peñascales de Madián. Era una divina flor de sacrificio voluntario de Moisés en beneficio de la desamparada niña, cuya angustiosa orfandad no era un secreto para nadie. A más, de todas las protegidas del Patriarca Jetro, ella era la única que había llegado adolescente, pues las otras le llegaron traídas como un fardito de carne por algún servidor, agente suyo en diversas ciudades. Llegaron pequeñitas de pocos

meses, y nada recordaban de su pasado y menos de su origen.

En cambio Estrella guardaba muchos secretos, conocía el dolor angustioso de haber perdido todo lo que se ama en la vida: familia, posición, patria, honra y casi la vida misma.

Todos cuantos rodeaban a Moisés, casi podrían escribir la historia íntima de la pobre niña que en su absoluto silencio nada salía al exterior. ¿Sería, acaso, una niña salvada prodigiosamente de la muerte entre las olas del mar Rojo, que era el ya conocido epílogo de todas las doncellas sacrificadas a Molok por sus fanáticos adoradores? Este interrogante se lo hacían los que habitaban cercanos al Patriarca Jetro. La severa disciplina que el amor al prójimo había inspirado a ese gran servidor de Dios y de la humanidad, impedía todo comentario sobre el particular. Si el Anciano callaba, todos debían callar. *Él era la Ley*. Y todos obedecían la Ley. ¡Qué inmensa y poderosa es la fuerza que irradia toda alma revestida de esa invulnerable coraza, o vestidura tejida con inauditos esfuerzos que llamamos Evolución!

Por eso Jetro había impuesto su Ley. Su vida reflejada en todos los actos y en todos los momentos había hecho de él el Hombre Ley. Y su Ley regía en el Desierto de Madián.

Y todo el desierto era el templo de Jetro. Fue el instrumento de la Eterna Ley para crear el ambiente en que triunfara la misión de Moisés. Por eso bajaron al Sinaí los esplendores del cielo.

Sólo en aquel templo de Jetro, podía recibir Moisés la Ley del Sinaí.

= 49 =
LA VUELTA AL NIDO

El viejo castillo del Lago Merik se rejuvenecía. En la torre del Templo el pabellón amarillo y blanco parecía resplandecer con el sol del mediodía, cuando la Princesa Thimetis a bordo de un velero de la embajada de Mauritania desembarcaba en el muelle de su solitario castillo. Se apoyaba en el brazo del Príncipe de Bética, mientras Fredek de Port Ofir desembarcaba con su madre Adhari. Eran las tres importantes conquistas que había hecho en la tierra natal de su madre, donde había permanecido como Regente durante seis largos y laboriosos años. Había convenido con el Consejo Mauritano tomarse un descanso por tiempo no determinado, pero dispuesta a volver si la patria de su madre la necesitaba nuevamente. Habíanse creado alianzas demasiado

fuertes en aquella tierra de los *Hijos del Sol* y su alma, misionera del Ideal Eterno, jamás podría olvidar las obras redentoras comenzadas con tanta esperanza de un éxito final.

Thimetis vio con pena ondular el pabellón mauritano en el mástil del muelle y que dos guardias con el uniforme de la Embajada le daban la bienvenida, circunstancia que le recordaba ser ella como una proscrita en su tierra natal, en la casa de sus mayores. Cuando se disponía a subir la escalinata de la entrada al castillo apareció el Embajador y el Notario Mayor del Templo de Menfis enviados por el Pontífice Membra para recibirla en su nombre. En sus habitaciones particulares la esperaba la tierna recepción de familia presidida por la fiel Jacobed con Aarón su hijo, su esposa Myriam o María y dos nietecitos que le ofrecían una canastilla de rosas blancas y amarillas con un lazo de cinta en que se leía:

"Bienvenida la Reina de esta casa".

Thimetis rompió a llorar. Y entonces le tocó el turno de intervenir a Jacobed, que también lloraba de emoción y de dicha al abrazar nuevamente a la Princesa Real, a quien debía tan inmensa deuda de gratitud y de amor.

La anciana Adhari lloraba con ellas recordando la única visita hecha, en aquel mismo lugar, a su sobrina Epuvia, cuando Thimetis llegaba a la vida hacía cuarenta y siete años.

El Príncipe de Bética, ajeno a tan emotiva escena, miraba extático un gran lienzo enmarcado en ébano y nácar que representaba a la reina Epuvia en su traje de coronación. A su vez, el príncipe Fredek miraba y recordaba ante el lienzo compañero de aquél, y que era la imagen de la Princesa Real, el día ya lejano de su presentación al pueblo como heredera del trono de Egipto. Entonces él había soñado con un amor que aún estaba vivo y ardiente en su mundo interno y que el fracaso y el tiempo no habían podido apagar...

El silencio imponente y solemne de todos estos recuerdos, formaron un ambiente de suprema nostalgia y de honda melancolía. Un grande anhelo insatisfecho, pero no muerto, había cruzado como un fantasma efímero y fugaz, que sus mismos creadores se esforzaron en apartar.

El recuerdo toma a veces formas definidas haciendo sentir al alma intensidades que son vértigo y tormento...

–Vuestro hijo, Alteza Real, llegará de aquí a tres días si la caravana no tiene ningún tropiezo en su marcha –dijo, de pronto, el Notario Mayor para cortar de un golpe el hilo de tristeza que se había formado. Fue lo bastante.

Diríase que el pensamiento unido de todos hacia el ausente que se acercaba, trajo como el batir de alas gigantescas que desmenuzaran el velo gris de tristes recordaciones.

–Sólo por amor a él he tenido la fuerza de realizar este largo viaje –contestó la Princesa dejándose caer en aquel gran sitial de sus largas meditaciones–. Estoy de nuevo en este nido de mis amores que no quisiera abandonar otra vez.

El día terminó con el suntuoso festín que Aarón como gobernador del castillo ofrecía a la ilustre señora de aquella mansión.

Y tres días después recibía ella en sus brazos al hijo excelso que había permanecido ausente durante diez largos años.

–Te vi partir jovenzuelo de veinte años y se me presenta aquí un hombre bien cargado con la madurez de la vida y de todas las responsabilidades que tu grande alma ha querido aceptar –decía aquella madre enamorada, contemplando a su hijo, no envejecido, pero sí convertido ya en el gran hombre que llegaría a ser.

–Yo en cambio, te encuentro, madre, tan joven y tan hermosa como te vi la última vez. Aquí tienes otra hija más, mi esposa, Estrella de Sharma.

Ambas se miraron un instante y fue tan honda su mirada, que las unió para siempre en un afecto tan comprensivo y leal como pocas veces puede encontrarse en seres que nunca se habían visto. La jovencita iba a arrodillarse para besar la mano de la augusta dama que era la madre del hombre más noble que había conocido en su breve vida, pero ella se le anticipó estrechándola con inefable amor, mientras continuaba mirándola como si quisiera recordar.

– ¡Pero eres una niña apenas salida de la infancia! –decía Thimetis–. ¡Y tan preciosa como una muñeca de marfil! ¡Moisés, hijo mío, has tenido un gusto exquisito! –Y preguntó–: ¿De qué cielo hiciste venir esta niña para compañera tuya?

–Ya te lo contaré luego –contestó sonriente Moisés–. ¿Te será fácil amar a mi madre? –preguntó a Estrella que aún no había hablado ni una palabra.

Ella miró a los dos y arrodillándose súbitamente, se abrazó a la Princesa Real y se echó a llorar a grandes sollozos. Como Thimetis se esforzara en consolarla creyendo que su llorar era de angustia, la joven habló por fin:

–Mi llorar es de felicidad, Alteza Real, porque nunca pensé que los dioses me dieran una madre como vos.

–Hija mía, los caminos de Dios están llenos de sorpresas y así espero que tu unión con mi hijo, nos traiga muchas felices

compensaciones a cuantos sacrificios y renunciamientos tenemos hechos él y yo.

Tomó a ambos por las manos y colocada en medio de ellos se encaminó al pequeño Templo, para ofrendar su agradecimiento a la Divinidad que le permitía abrazar de nuevo a su hijo y a la esposa de su hijo.

Tanta fe y amor, tan suprema exaltación de esperanza y de dicha hacía vibrar aquellas tres almas fuertemente unidas, que el recinto sagrado se pobló de presencias invisibles purísimas y sutiles transformándolo en resplandeciente escenario nunca visto por ellos. Grandes nubes de nácar con estrías de oro sobre un cielo de raso azul se acercaban como si fueran a envolverlos, hasta que pudieron percibir claramente innumerables rostros humanos de notable belleza. Y a medida que las grandes nubes se acercaban iban diseñándose las formas de los cuerpos transparentes, en relieves magníficos que brotaran de las nubes mismas. Y entre esas formas humanas vivas se encontraron ellos tres, que tomados por las manos se apartaron de la multitud en medio de la cual estaban y que se fue perdiendo de vista hasta desaparecer por completo. Quedaban los tres solos sobre una elevada colina cubierta de césped y salpicada de flores. Y los tres deliberaron:

– ¿Bajamos? –preguntó uno de los tres mirando con gran atención hacia abajo, al profundo valle ennegrecido de sombras que apenas dejaban percibir oscuros bultos moviéndose en confusa mezcla de cosas indefinibles.

– ¡Yo no! ¡Tengo miedo! –dijo uno.

– ¡Es tan densa la oscuridad! –añadió otro.

–Hemos venido para bajar y bajaremos –dijo el que parecía guiar a los otros. Y colocándose en medio de sus compañeros, les tomó de las manos y se deslizaron hasta perderse en la densa oscuridad.

Las nubes de nácar con estrías de oro aparecieron de nuevo y las mil formas humanas hermosas y sonrientes estampadas en ellas y cantando a coro melodías suavísimas en que se destacaban estas palabras:

“Agnus Dei triunfador”
“Agnus Dei salvador”
“Agnus Dei es amor”.

Los tres videntes se reconocieron en los tres seres que bajaban de la colina al oscuro y profundo valle.

En aquel que tenía miedo y horror de bajar, se reconoció a

Estrella. Thimetis se vio a sí misma en el que percibía tan densa oscuridad. Y Moisés en el que les animaba a realizar el penoso descenso.

Pero la visión continuaba en escenarios múltiples y variados. En el oscuro valle se perdían de vista. Los encuentros eran breves en lo alto de la colina cubierta de césped y de flores, y las separaciones largas y llenas de escabrosas encrucijadas. Hasta que por fin la verde colina les escuchó decir:

–Estamos unidos para siempre.

– ¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Hemos visto hundirse tres Continentes y desaparecer en ellos diez civilizaciones. Las edades no podríamos contarlas porque vivimos la eternidad.

– ¿Y ahora, qué hacemos?

La contestación apareció en el acto. La verde colina y el profundo valle se habían transformado por obra de los siglos y de espantosas convulsiones volcánicas y movimientos sísmicos en inmensos peñascales desiertos, cuyas cimas ostentaban cabelleras de llamas rojizas en algunos, negra humareda en otros, y sólo uno, más alto y gigantesco que los demás, tenía por respaldo un cielo azul con nubes de oro y nácar que más hacían resaltar la pavorosa negrura del peñasco.

Y el ser que parecía guiar a los otros se soltó de sus manos y echó a correr hacia allí.

Los dos que quedaban se interrogaron con la mirada y tomándose de la mano corrieron también en seguimiento del que corría escalando ya el oscuro promontorio.

Cuando todo pasó, Moisés rompió el profundo silencio:

–Seréis vosotras dos las abejas laboriosas que llenaréis mi copa de miel cuando la vida la haga desbordar de acíbar y hiel.

– ¡Así lo quiero! –exclamó Thimetis–. ¿Por qué lo afirmas con tanta certidumbre, hijo mío?

– ¡Porque al término del esplendor que acabamos de ver, he visto a Merik en su traje de esponsales que yo quise vestirle el día aquel imborrable en mi memoria, en que tú bendecías con indecible amor nuestra promesa eterna! Ella se constituye en guía instructor de Estrella para llenar el vacío que dejó a nuestro lado su partida.

– ¡Bienvenidas sean tus rosas de amor! –Y el hijo y la madre envolvieron en amoroso recuerdo aquel ser que los seguía amando desde el espacio infinito.

La pobrecilla Estrella se sentía anonadada..., casi desaparecida

de la tierra y de la vida. Si grande había visto a Moisés a través de lo realizado para con ella, ahora lo veía como uno de esos Dioses que en el mar o en la tierra veneraban los hombres. Y lo veía así por el límpido cristal que era para ella su madre, y por cuanto desconocido esplendor y gloria espiritual acababa de contemplar. ¿En qué mundo se encontraba su insignificante pequeñez? ¿Quién era Moisés, el hombre que la había levantado del abismo de horror y abandono a que la arrojaron otros hombres?

Aunque estos interrogantes quedaron sin respuesta, comprendió Estrella que una vida nueva, un horizonte nuevo aparecía en ese instante. Fue el comienzo bien definido de su evolución que tan altos relieves debía tener más adelante...

= 50 =
LO PROMETIDO ES DEUDA

Lo que se promete constituye una deuda. Y las deudas deben pagarse, según el pensar y el sentir de todo ser que razona conforme a la Ley Divina que es la única absolutamente justa e igual para todos. Con estos conceptos y fundamentos comenzó la Princesa Thimetis la instrucción moral, espiritual y social de Estrella, la esposa de su hijo Moisés.

Y la comenzó así porque a pocos días de la llegada, se vio forzada a responder a todos los interrogantes de su nuera, que después de la manifestación espiritual presenciada por ella, quiso comprender todo cuanto había pasado ante ella aquel día en el Oratorio Templo de su nuevo hogar.

Y la suave y dulce maestra decía a su discípula:

–Estrella, hija mía, al ser consagrada esposa de un hombre, como mi hijo Moisés, has entrado como a un templo, tomada de la mano de un Arcángel. Y los Arcángeles son Inteligencias purísimas, habitantes de cielos desconocidos en la tierra, pero que existen realmente con toda la fuerza y poder de la Verdad, como existe todo cuanto perciben, ven y palpan nuestros sentidos físicos.

"Aún no me es dado conocer qué Ley es la tuya, pero la intuición y la lógica me aseguran que te será pedido y hasta casi exigido el cumplimiento de promesas que seguramente habrás hecho mucho antes de venir a esta vida que tienes. Y lo que se promete es una deuda que todo ser con dignidad y honra debe pagar, si quiere evitar tropiezos, caídas, golpes y dolores en lo infinitamente largo de la vida eterna.

– ¿Vida eterna habéis dicho, Princesa Real? –preguntó tímidamente la joven.

– ¡Olvídate, hija mía, de la Princesa Real, hazme el favor. Soy tu madre, la madre de Moisés, tu esposo, para toda tu vida! ¿Acaso no estás convencida de esto? ¿O es que no puedes aún quererme como a tu propia madre que te trajo a la vida?

Por toda respuesta, tomó Estrella las manos de Thimetis y arrodillándose a sus pies, dobló su cabecita tocada de blanco velo, sobre las rodillas de aquella hermosa y dulce mujer que le parecía una diosa, y a la que oía llamarla hija con indecible ternura. Y en su cándida sencillez, pensó y no habló: "–No sé..., ni puedo saber a cuál de los dos amo más, al hijo o a su madre. ¡Son ambos tan grandes y buenos!"

A Thimetis, sensitiva en extremo, acaso le llegó este pensamiento porque rompiendo el silencio dijo como distraída:

–Psiquis iluminada por Atón, ofrenda amor a quien le brinda amor..., ese amor que es piedad, que es claridad, que es sabiduría y conocimiento, que es salvación para todos los abismos del camino eterno.

La joven levantó la frente y así de rodillas aún, preguntó:

– ¿Qué es Atón, madre, y qué es Psiquis?

La Princesa sonrió complacida al ver que la niña había recogido sus palabras.

–*Atón* es la Suprema Potencia, la Fuerza Creadora de cuanto existe, la Eterna Luz en que vivimos, el aire que respiramos, la Vida, en fin, que palpita y se manifiesta alrededor nuestro y en nosotros mismos. Y *Psiquis* es lo que vive en ti mismo y se manifiesta en la comprensión, en el pensar y sentir, en amar y sufrir, en querer y no querer...

– ¡Y también en odiar! –exclamó la joven con acento reconcentrado y firme.

– ¿Guardas en tu corazón un odio para alguien? –preguntó suavísimamente la Princesa, acariciando aquella cabeza humillada que se erguía de pronto.

–Sí, madre..., mas en vuestra presencia todo cambia, todo se muda y se evapora como el humo de pajas encendidas...

– ¿No te ha hecho comprender, mi hijo, lo qué es el odio y cuánto mal trae a quien lo alimenta en sí mismo?

Como Estrella guardó silencio, Thimetis meditó, pensó, y su mente lúcida y habituada a captar la onda de los pensamientos emitidos cerca o lejos, comprendió que la joven esposa de su hijo guardaba un amargo secreto en su corazón. Más no quiso entrar

en aquel *huerto cerrado* sin el beneplácito de su dueña y cambió de tema en el acto.

–Para que entres de verdad en el camino a que has llegado al desposarte con mi hijo, haremos lecturas de pasajes hermosos referidos en muchas de nuestras Escrituras Sagradas, y referentes a grandes mujeres del pasado a quienes debemos seguir porque su camino es también nuestro camino.

–Ninguna será más grande que vos, madre... Yo sé cuánto hicisteis en Mauritania, y también antes de ir como Regente a aquel lejano país.

– ¿Y quién te lo dijo? ¡No sería Moisés, seguramente!...

–No, madre. Él piensa que no soy aún capaz de comprender cosas grandes. Me lo refirió Clavelina, una de las hijas del Patriarca Jetro, vuestro tío. Él también es grande y bueno como vos y como Moisés... Parecéis dioses caminando sobre nubes y estrellas...

– ¡No tanto, hija mía!... En este mundo nuevo, envuelto aún en las sombras de tanta ignorancia y tan fiero egoísmo, los seres que adquirieron conocimiento porque la Luz Divina descorrió para ellos su velo, aparecen como extraordinariamente grandes, diferentes en todo, de los demás seres que conviven con ellos sin comprenderles.

"Tú los admiras según veo, pero en general el mundo les juzga erróneamente y los califica a veces hasta de audaces aventureros que pretenden volver el mundo al revés. Sólo cuando el sepulcro devoró esas grandes y hermosas vidas humanas, comprende el mundo que aquellos seres fueron una luz en las tinieblas, un remanso de agua clara en los resecos desiertos del egoísmo donde el menudo césped puede subsistir.

"En mundos nuevos como éste, tales grandezas significan dolor, soledad, sacrificios y vencimientos tan inmensos que a momentos esas almas se sienten agotadas, marchitas como flores sin agua; casi apagadas como cirios próximos a consumirse, hasta que la Divina Ley les inyecta nuevas energías, nueva vitalidad. La esplendorosa visión del Ideal Eterno tras del cual han corrido durante muchas vidas se las presenta por milésima vez en toda su realidad grandiosa y eterna, y esas grandes almas tienden otra vez sus alas y de nuevo se echan a volar llevando consigo a los que llegaron a la capacidad de comprenderlos, escucharles y seguirles.

"Tal es nuestro Moisés, hija mía, y ojalá, encuentre él, en ti, toda la comprensión, adhesión y firmeza, que él necesitará más adelante para llegar con menos fatiga a la cumbre a que la Eterna Ley ha de exigirle subir...

– ¡Madre!... ¿Me enseñarás a comprenderle, a sentirle, a seguirle en esas andanzas que me figuro más largas y penosas que el venir desde Madián hasta aquí?

– ¡Sí, hijita!... Yo te enseñaré y seremos dos golondrinas incansables en seguimiento de ese blanco ánade que aún no ha comenzado a volar...

La llegada de la doncella Jazmín, con una canastilla de frutas, interrumpió la dulce enseñanza que aquella admirable madre hacía a la que sería fiel compañera del *Genio Gigante*, venido a la tierra en esa hora de su larga vida planetaria.

Mas, me permitirás lector amigo, que desde la altura de este glorioso encuentro de almas que debían caminar juntas, retroceda a otros detalles terrestres y familiares que harán comprender mejor los caminos futuros de Moisés, en cumplimiento de lo que era su misión en esa hora de la Humanidad: grabar en pergaminos, en códigos, en piedra y más aún, en las mentalidades humanas, la *Ley Natural* que la Eterna Potencia Creadora había ya grabado en cada chispa que emanaba de Sí mismo y soltaba a volar por todos los mundos del vasto Universo.

= 51 =
LOS ARCHIVOS DE LA LUZ

Antes de entrar a tierras de Egipto, Moisés había tenido una entrevista con el Etnarca representante de la autoridad suprema del vasto Néguev, que residía en Ectham como lo recordará el lector. Lo hizo para comunicarle que salía de sus dominios y volvía a Egipto.

Escucharemos este diálogo:

–Esto significa, Etnarca, que necesito una vez más de tu buena voluntad. Ignoro en qué concepto me tiene el Faraón; si me considera su pariente, su amigo o su enemigo. Y como quiero tranquilidad y quietud interior mientras permanezca al lado de mi madre, te ruego que me des un salvoconducto para entrar a mi país en forma de no verme molestado como un sujeto cuya presencia es desagradable.

– ¡Moisés! Eres mi sobrino político, puesto que mi esposa es hermana de tu augusta madre. No solamente he de darte salvoconducto sino un nombramiento oficial de Ministro Plenipotenciario del Néguev y representante particular mío, para resolver todas las negociaciones de mi gobierno con el gobierno egipcio. En la

semana pasada falleció el enviado especial para tratar de un intercambio propuesto por el gobierno egipcio, consistente en caballos de nuestra Arabia por cereales de vuestro Egipto. Nadie mejor que tú para ocupar este lugar por todo el tiempo que permanezcas en la tierra natal. Te anticipo que no es mucho lo que tendrás que hacer. ¿Estás de acuerdo?

– ¿No causará esto mayor aversión del Faraón contra mi madre y contra mí? –preguntó Moisés.

– ¡Hombre!... Cuando en diez años, no se ha dignado el hacer la más ligera manifestación de teneros en cuenta, no creo que esto haga mayor el distanciamiento e indiferencia con que os trata. Además, me consta que el Faraón tiene miedo de nosotros y ha propuesto este negocio buscando un acercamiento.

–Bien, si lo crees así, Etnarca, acepto agradecido este ofrecimiento.

Acto seguido el Etnarca llamó un escriba y el nombramiento fue redactado, sellado y firmado por el Etnarca y los tres Concejales que en el Néguev representaban al Rey de los árabes.

He aquí que Moisés el proscrito, el desterrado y olvidado Moisés, entraría a su país como Ministro y Enviado especial del Soberano de Arabia.

Una vez más, la invisible mano de la Ley Divina se extendía sobre Moisés para hacerle grande, fuerte, invencible.

– ¿Viajas solo? –preguntó el Etnarca.

–No. Me acompaña mi esposa, su camarera y mi criado de confianza, casado con ella.

–Llevarás una escolta de mi Guardia montada que es decir siete alfanjes bravos y listos como mastines de caza.

– ¡Oh, Etnarca!..., es demasiado. Con el nombramiento basta.

–Yo sé lo que hago, Moisés, hijo de Thimetis. Ese pariente tuyo tiene garra, yo lo conozco bien. No es ya aquel Amenhepat debilucho y miedoso de los quince años. Tiene treinta años y a veces le toman furias y comete desatinos. En tus diez años de destierro han cambiado muchas cosas.

–Debe ser como tú dices, Etnarca, no lo pongo en duda. ¿Crees que debo hospedarme en la Embajada de Arabia?

–Como residencia oficial, sí, pero quedas libre de ir donde quieras, y pasar días y horas donde te de la gana sin molestias.

–El tío Jetro, que tiene amigos íntimos en todas partes, sostiene correspondencia con el Gran Sacerdote de la Sinagoga principal de Gesen, el país concedido a la raza de Israel. Y mi tío vive condolido por lo que padecen, pues la mayoría del pueblo quedó

como esclavizado a pesar de que fueron anulados los decretos de la época de la Regencia. Ya sabes que los grandes potentados terratenientes hacen con su oro todo cuanto quieren a despecho de leyes y ordenanzas. Y dices bien que en mis diez años de destierro han cambiado las cosas...

–No ha habido ni hay un Superintendente Virrey aliado con la Justicia –le interrumpió el Etnarca, aludiendo a la actuación recta y justiciera de Moisés en su época de administración pública.

Mientras esta entrevista de Moisés con el Etnarca, su esposa, la princesa Therebí, había llevado a sus habitaciones a Estrella y a su camarera, y obsequiaba a la esposa de Moisés con todo cuanto le sugería su amor a Thimetis que era para ella la más querida de sus hermanas.

Y por fin y poco antes de que la caravana diera el aviso de partida, Therebí escribió a su hermana una sentida epístola, escrita en los signos jeroglíficos usados por los nobles y sacerdotes, aparecía la escritura toda llena de cirios ardiendo con que ellos significaban afectos intensos, permanentes, sin variación ni cambios en ninguna forma.

Traducida literalmente decía así:

"Thimetis, amada Thimetis, sabes bien que entre mis pocos grandes amores está mi amor hacia ti que vives en mi corazón desde niña, porque en mi orfandad sin amor, fue el amor tuyo mi pan, mi vino, mi agua clara. Tú lo sabes bien y creo es llegada la hora en que mi amor florezca para ti, como sólo florecen los grandes amores que en el alma viven como la rosa inmortal de Isis. Así es mi amor, Thimetis, de grande, puro y santo como el amor que tú me diste y que fue mi estrella guía hasta que me uní por amor a este príncipe árabe al cual contagiaste tu amor, para que me lo brindara desde mis bodas hasta hoy, sin cambios ni mudanzas. ¿Por qué no me permites devolverte amor por amor? Quiero decir que si sufres mucho sin el amor de tu gran hijo, te vengas aquí para perder el miedo al desierto, nuestro vecino, y poco a poco te vas acercando hacia Madián donde él se empeña en residir. Mi amor te allanará todos los caminos porque comprendo que vives en orfandad, sin amor como yo en los años primeros de mi vida, hasta que tu amor me hizo revivir de esta otra vida florecida de amor, de esperanza, de alegría. Tengo cinco amores más: tres hijitas y dos hijos. Los conocerás y ellos ansían conocerte porque te aman desde la cuna.

"Anímate y ven, amor mío, que mi amor te espera y mis *cinco amores* serán tuyos porque el amor de mi marido es tal para ti, para

Moisés y tu tío Jetro, que ha resuelto que sea tu hijo el maestro de nuestros hijos. ¿Vale la pena de que hagas el sacrificio de venir? Los desiertos de Arabia son también amor cuando hay amor en el alma.

"Mi amor te envuelve toda en un abrazo y muchos abrazos. "Tuya siempre en amor, esperanza y fe. *Therebí*".

Ahora veamos porqué al frente de este capítulo aparece este título: *"Los Archivos de la Luz"*.

La lectura de la epístola escrita por su hermanastra Therebí, despertó una serie de pensamientos que acaso dormían sueños de siglos en el subconsciente de la Princesa Thimetis.

Tiene la Eterna Ley, aptitudes y capacidades de Maga Divina de primer orden y tan admirablemente maneja los millones y millones de hilos invisibles con que se anudan las almas unas a otras en el interminable correr de los siglos, que llegan épocas, años y días en que esos hilos se acercan, se cruzan, se enredan unos con otros hasta formar una red en la cual todos los nudillos se ajustan y responden a un pensamiento, a una idea que se ha gestado muy más arriba y más lejos de ellos, pero que existe en realidad y verdad, como existimos todos en el Infinito ilimitado; y desconocido por las humanidades de mundos nuevos que viven en desesperados y desesperantes ensayos de sistemas, de teorías, de sugerencias, de hipótesis que van sucediéndose como los siglos y como las olas del mar hasta que algún ser más audaz y lúcido en la percepción de las inspiraciones superiores, se decide a llevar al terreno práctico lo que aparece a las muchedumbres como loca alucinación.

Tal es de ordinario lo que sucede en los mundos de aprendizaje y de prueba durante repetidos ciclos hasta que llega la hora impostergable de trasponer el límite.

Y entonces..., ¡oh, entonces!..., viene el derrumbe de muchos dogmas de la ciencia y muchos dogmas de las religiones, y lo que se había promulgado y mil veces ordenado, como irrefutable y eterno, queda reducido a una espuma de jabón, a una voluta de humo que se desvanece por sí sola sin viento alguno que la agite y sacuda.

Moisés fue en su hora lo que fue en la hora de Juno, el audaz y atrevido marino que en la desconocida prehistoria, cuando ardían los volcanes de la *Tierra quemada*, aquella Kremuria y después Lemuria, que a algunos de los habitantes de la Tierra suena como un mito o cuento de hadas, apareció al frente de esta humanidad para hacerle sentir la Eterna y real existencia de algo y de alguien que tiene derecho, la fuerza y el poder, de promulgar leyes físicas,

metafísicas, morales y espirituales, a mundos y humanidades creadas, formadas y desarrolladas en crecimiento constante y perpetuo por su Eterna Potencia Creadora, Conservadora y Dueña Absoluta y Única de su Creación Universal.

Tal fue la misión de Moisés en su hora, que él cumplió fielísimamente como en todas sus Vidas Mesiánicas.

Los que no sufrimos la triste y lamentable ceguera del fanatismo científico o religioso, lamentamos grandemente lo que hizo la ignorancia y la inconsciencia humana con la sabiduría divina que iluminó a este superhombre, que traía a los hombres la Idea Divina, el Pensamiento de Dios, la Voluntad de Dios.

Vemos en su Apocalipsis, que cuando sintió que las fuerzas físicas no le respondían ya a las invencibles energías de su Espíritu, subió a la gruta del Monte Nebo donde acostumbraba tener la comunión con la Divinidad y tuvo allí su postrera visión premonitoria de que su gran Obra sería falseada y adulterada, y sus escritos declarados apócrifos por los que se autorizan a sí mismos a ser conductores, legisladores y guías de humanidades, cumpliéndose así el axioma del Maestro Nazareno: *"Son ciegos que guían a otros ciegos y juntos caen al abismo"*.

Y lleno de santa y justa indignación pronunció Moisés sus finales palabras:

"–El pueblo de Israel que recibió mi legado es de dura cerviz y la Ley le esparcirá como polvo hacia todos los vientos de la Tierra. Más..., otro *Yo* vendrá un día y por última vez a esta Tierra y entonces..., ¡ay de aquellos que no le escuchen y le sigan porque no habrá remisión posible en inmensas edades!"

Entonces, no dijo como su otro *Yo* al morir: *"– ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!"* Tuvo el valor y el dolor de ver en el lejano futuro este tremendo final de ciclo en que dos terceras partes de esta humanidad serían apartadas de la grey de Cristo por su dura cerviz y negación completa de la Divina Ley.

Todas estas reflexiones, imágenes o ideas, las percibieron la madre y el hijo al mismo tiempo, hora y momento en que terminó Thimetis la lectura de la epístola de su hermana.

– ¡Moisés, hijo mío!... He pensado cosas terribles cuando he terminado de leer la epístola de mi hermana –decía la madre.

–Acabo de pensarla también yo –decía él– con el añadido que yo sabía que tú lo habías pensado.

– ¿Me explicarás qué significa todo esto? Moisés..., tú debes saberlo.

–Sí, madre... Creo que lo sé. Estrella, mi esposa, que hoy ignora todo, fue en lejana edad un gran amor de mi hermano Aelohin, mi guía íntimo, y la puso a mi lado como instrumento que ata y anuda los hilos de las vidas y los hechos buenos y malos realizados en edades pretéritas y futuras por individuos, pueblos y países que en esta vida mía colaboren en mi obra o sean tropezadero que la estorben... ¡Madre!..., tú eres la primera de mis aliados. Escribamos por separado cada cual lo que ha visto, oído, sentido o comprendido, y si ambas escrituras concuerdan tengamos por cierto que sucederá.

–Pero..., ¿sabe Therebí algo de ti y de mí?... –preguntó de nuevo Thimetis.

–Sabe que soy tu hijo y que el niño de la canastilla sacada del Nilo fue una leyenda, creada y tejida por el amor, que se esconde a veces del brutal egoísmo y lubricidad humanas, para poder llegar a ponerse a tono con la Idea Divina, para que los caminos de Dios se abran en medio de la humanidad..., la infeliz *leprosa ciega* que se resiste a curarse y más aún a ver.

– ¡Madre Isis! –exclamó la asombrada Princesa Real–. Me pusiste en las gradas de un trono secular y bajo las naves de templos también seculares y veo que aún la Luz Divina no desvaneció para mí todas las tinieblas...

"¿Quién es Therebí..., la menor de mis hermanastras que tanto me quiere?

"¿Quién es Estrella, la inesperada esposa de mi hijo que así me traen visiones para mi bien o para mi mal?

– ¡Madre!... El tío Jetro fue aquel Isaac, que Abraham iba a sacrificar creyendo que el Altísimo se lo ordenaba, y fue por ese hijo que llegó al viejo Patriarca la promesa eterna de que sería la raíz de una porción de humanidad en medio de la cual encarnaría por dos veces su Verbo Eterno, su Pensamiento, su Idea, la Verdad.

"Therebí fue salvada de la muerte al nacer por el tío Jetro, conocedor del espíritu que venía en ella. Estrella es una hija adoptiva del tío Jetro que en el sueño atrajo a su lado porque conoce qué espíritu viene en ella.

"Y el tío Jetro tiene grabado a fuego sobre mármol este pensamiento que sostiene y sostendrá como una verdad eterna en todas las vidas de maestro, profeta y guía de almas que realizará en su larga carrera evolutiva, a través de las edades y de los siglos: "Seres todos de esta Tierra, con vosotros habla la Voz Eterna y dice: *Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos*.

– ¡Cielos!... ¡Qué grandes cosas me estás diciendo, hijo mío, y qué pequeña soy yo para saberlas!...

La madre y el hijo doblaron la cabeza sobre el pecho y la meditación de las humildes almas que piden la luz para conocer los caminos de Dios hizo de aquel recinto, sala de lectura de la Princesa Real, un magnífico Templo espiritual en que la Presencia Divina descorrió sus velos y ellos vieron la larga cadena que les ataba a esta Tierra y a esta humanidad.

Cuando todo pasó, la madre con los ojos cristalizados en llanto se acercó a su hijo y le tomó ambas manos.

– ¡Hijo mío!... ¡Cuánto nos falta por andar en este largo camino! ¡No sé si tengo valor!...

– ¡Lo tendrás madre y yo lo tendré también! ¿Acaso podemos ni pensar en negar complacencia al Eterno Dueño?

= 52 =
MOISÉS COMIENZA A VER

¿Qué ve Moisés en su horizonte mental?... ¿Qué idea le persigue con insistencia en sus meditaciones? ¿Por qué antes de volver a Egipto no las tenía y ahora le golpean el cerebro como si un liviano martillito de plata diera golpes periódicos..., intermitentes..., como caer de una gota de agua sobre pergamino en blanco?

Y esta idea tenaz le trajo un recuerdo. Tenía en sus bolsos de viajero una epístola del tío Jetro para el Patriarca del pueblo de Israel.

Ya la tenía olvidada.

–Madre –dijo a la Princesa Real–, debo ir cuanto antes a Gesen y si te agradaría visitar a los hermanos de mi padre, podríamos ir juntos y llevar también a Estrella...

–Pero, ¿sabe ella que tu padre era de Israel?

–Ella sabe y está contenta de saberlo porque su madre es de Israel y sabe también que hay en Gesen un escriba anciano, hermano de su madre.

– ¡Oh, los caminos de la Ley qué suaves y amorosos son!... Iremos, hijo, iremos. Desde mi llegada de Mauritania sólo una vez les he visitado, pues ya sabes que tengo que cuidarme mucho de no ser observada, para no dar ningún motivo de disgusto al Gobierno. Mi hermano el Faraón tiene espías por todos los rincones del país.

"De seguro que ya conoce tu llegada a Menfis.

–No lo dudo. Y sabrá que tu cuñado, el Etnarca del Néguev, me ha dado en encargo un negocio con él, y me ha dado una lucida escolta como encargado especial de sus negocios. Y sabrá también por añadidura que vengo casado con una hermosa joven, lo cual es altamente benéfico para terminar con sus disparatados celos.

–Me olvidaba, hijo mío, de ponerte al tanto de algo que ya te conviene saber. Tuvo Amenhepat la gentileza de enviarme una hermosa diadema de Princesa Real junto con la invitación de pasar a Tebas en visita oficial, añadiendo que me enviará el velero particular de la Reina para que me lleve. ¿Qué me dices a esto?

–Nada, madre, porque a mis treinta años conozco la vida humana y a los hombres como no los conocía a los veinte cuando me separé de ti.

– ¡Oh, Moisés!..., mi corazón adivina que has sufrido lo indecible en estos diez años que han transcurrido.

–Más que sufrido, he aprendido, madre, créeme. Todo un libro de experiencias podría escribir y te asombrarías de que tu Osarsip adolescente ha sido transformado por obra y gracia de la Ley Divina en un psicólogo agudo y audaz, capaz de sorprender secretos a los impenetrables abismos del alma humana.

–Entonces, hijo mío, podrás ser un auxiliar eficaz para tu madre, a quien la Ley Divina ha colocado en un monte donde no todo es reflejo de aurora sobre rosales en flor...

* * *

A la mañana siguiente, dos mujeres, cubiertas de toca y mantos, acompañadas de un médico israelita, bogaban por los canales del Delta hacia Gesen, llevando bolsos y cestas de socorro para enfermos que iban a visitar. Con cuatro fuertes remeros, la góndola volaba sobre las aguas tranquilas sin que los cañaverales y juncales gigantescos entorpecieran en forma alguna la matutina navegación. El lector habrá descubierto en los navegantes a la Princesa Real con su nuera, y a Moisés, Fredek de Port Ofir y el Príncipe de Bética, que se habían convertido en celosos guardianes de la heroica mujer que no reconocía inconvenientes cuando se trataba de ayudar a Moisés.

Unas horas antes un mensajero del castillo del Lago Merik había dado el aviso en Gesen, por lo cual los cuñados de la Princesa la esperaban en el muelle con sus esposas y sus hijos.

Una visita de Thimetis era para el sufrido pueblo de Israel como la aparición de la luna llena rasgando las oscuras nubes de una

noche de tormenta. Pero la consigna de no exteriorizar sus sentimientos, obligaba al sumiso pueblo a guardar todo su entusiasmo hasta verse reunido en las plazoletas del Templo, que cercadas de altas murallas de cañaverales y plátanos nada dejaban traslucir al mundo egipcio que les rodeaba.

Y allí, el Gran Sacerdote Ismael con el Consejo de setenta Ancianos recibía a Thimetis y llevándola al humilde Templo que no igualaba por cierto al que siglos después construiría Salomón, cantaban el salmo con que Abraham glorificó a Jehová por sus promesas eternas.

Pero esta vez la Princesa no venía sola, sino acompañada de tres Príncipes Reales: Moisés, su hijo; Fredek, hijo del Gran Sfaz de Mauritania, y Arfasol, Príncipe soberano de Bética.

Tres grandes ramas de la familia humana de aquel tiempo, se hallaron reunidas en los barrizales de Gesen. Las frecuentes mareas que hacían desbordar los lagos salados, producían inundaciones y graves inconvenientes al infeliz pueblo israelita que desde los tiempos de la reina Gala, veía hacerse día a día más penosa su vida.

Antes de la muerte de Amram, habíale costeado la Princesa Real la construcción e inauguración de la *Casa de la Vida*, como si dijéramos hoy un Sanatorio para hospedaje de todos los enfermos que no podían ser atendidos en sus hogares. Y había construido también escuelas en cada una de las pocas Sinagogas permitidas por los Intendentes, pero sin que nadie se enterara que era ella quien lo hacía, a excepción del Anciano Patriarca Ismael que era siempre el humilde solicitante de los favores.

Conservaba la doctrina y severos principios de los primitivos patriarcas de la raza: Abraham, su fundador, Isaac y Jacob, sus sucesores, que eran como una lejana reminiscencia de los Kobdas y Dakthylos prehistóricos.

El abuelo de Ismael, astrólogo, químico y médico de fama, había sido Notario del Consejo de Anek-Atón, el Faraón llamado *Santo hacedor de Santos*, y fue una reencarnación del Kobda Héberi de la época de Abel; de Abdulin de Miramar, de los íntimos discípulos de Antulio, y de Vasiehta, el Anciano Flamen ciego y santo, Patriarca de las Torres del Silencio, que inició a Krishna en la alta escuela de las Verdades ocultas a los inconscientes. Descendiente de tan elevada prosapia espiritual, el Patriarca Ismael era digno amigo y confidente de Jetro, en cuya epístola confiada a Moisés le participaba sus grandes descubrimientos de orden espiritual.

Conviene que el lector la lea conmigo, ya traducida, pues había sido escrita en el sistema jeroglífico del Templo y conociéndola se comprenderá más perfectamente la extraordinaria superioridad de Moisés, legislador y guía del pueblo de Israel, intermediario entre él y toda la humanidad:

"Hermano y amigo de los siglos, Rubén de Abinoan, sea la paz en tu alma y la salud en tu cuerpo.

"Prometido te fue en mi anterior, que te participaría todas las verdades que me han sido manifestadas y los descubrimientos hechos, de lo que el Altísimo quiere y piensa relacionado con la evolución de las almas elegidas para el cumplimiento de su eterna idea en este planeta.

"Tus percepciones concuerdan con las mías que son como sigue:

"Moisés y su madre son las bases y cimiento de un gran paso que dará esta humanidad hacia lo divino y eterno. Y | | | - | | | | | |, (*777, es el significado de esos palillos), uno al lado del otro marcan la suma de las almas que serán sus colaboradores en las tareas que han de llegar a su hora. Y entre esa suma estamos tú y yo colocados en primera fila y a más con la incomparable honra de tener a nuestro lado a los más fieles compañeros de Anfión, de Antulio, de Abel y de Krishna.

"¡Oh, hermano Rubén!... Si en esta gloriosa etapa no llegamos a estrellas de primera magnitud por la evolución conquistada, será que nuestras infelices almas son aún reptiles que se arrastran por las ciénagas donde se incuban lombrices y larvas.

"La Ley Divina me cumplió, ya, tu anuncio de que vendría a mi lado un viejo compañero de estudios y de iniciación, nuestro hermano Isesi, que hoy comparte conmigo la dirección de la Escuela Iniciática que fundó Moisés hace varios años.

"No sé el tiempo que él quedará en Egipto. Sea el que sea, no dudo que ambos lo aprovecharéis afanosamente en beneficio de nuestros grandes ideales de liberación humana. Si Moisés te da a leer su álbum de intimidades espirituales que son un grandioso y magnífico Apocalipsis, ya quedas bien informado de lo que hemos hecho en los diez años de su permanencia en estos desiertos.

"¿Cuándo llegarás tú hasta mis viejos brazos? ¿Nos veremos aún con nuestros ojos de carne? Quiéralo así el Eterno Dueño de las almas y es cuanto desea tu viejo amigo y hermano del alma. *Jetro de Mauritania*."

La lectura de esta epístola y la presencia de tan ilustres huéspedes fue para el buen Patriarca Ismael, su Consejo y el

pueblo una festividad extraordinaria a la cual por aclamación le llamaron Pascua de Gloria, fecha que más tarde y aún siglos después fue utilizada para realizar las más notables obras, resoluciones o conquistas que Israel obtuvo en el correr de los tiempos.

En tal fecha se efectuó la salida de Egipto de todo el pueblo en masa, aunque es doloroso decir que en adelante fueron esas Pascuas muy diferentes de la primera *Pascua de Gloria,* en la cual todo fue de una elevada espiritualidad y de un alto concepto de la armonía, paz y fraternidad que hace la felicidad de los pueblos.

En tal día, Thimetis y sus acompañantes se desbordaron en su amor generoso, compasivo y noble sobre todos los dolores del pueblo de Abraham, Isaac y Jacob.

Los que tenían deudas las vieron pagadas. Los enfermos fueron curados, los esclavos que sufrían mal trato fueron libertos y los hogares más desposeídos provistos de cuanto es necesario para la vida.

El pueblo de Israel se regía entonces por lo que llamaba *"Ley de los Patriarcas",* y había sido creada por Abraham, que vivió su larga vida bajo la inspiración y leyes de los Kobdas, entre los cuales su hermana mayor, Vhada, era Matriarca de un Santuario de mujeres en el País de Galaad. (*La parte de Palestina que se llamó Siria y Galilea).

Esta *"Ley de los Patriarcas",* era muy concisa y breve, limitándose al precepto magnífico de:

"No harás a tus semejantes lo que no quieras que se haga contigo".

"Harás a tus semejantes todo lo que quieras que se haga contigo en igualdad de circunstancia".

"No rendirás adoración a dioses que piden sacrificios de vidas y cosas materiales sino sólo al Altísimo Dios Invisible y Eterno, Creador y Conservador de cuanto vive en el Universo, y que sólo pide el cumplimiento de esta Ley, que ya fue grabada por Él en cada alma humana que viene a encarnar en este mundo".

"A los desobedientes a esta Ley los recluirás en lugar seguro apartados de los demás hasta que aprendan a vivir sin hacer daño ni perjuicio voluntarios a sus semejantes".

"Serás misericordioso con los débiles, con los enfermos, con las viudas, con los huérfanos y sobre todo con los que carecen de lo necesario para sostener la vida".

"Serás celoso cumplidor de todos tus compromisos y palabra

dada, y verás en tu esposa la compañera de tu vida, y en tus hijos, hijos de Dios encomendados a ti, igual que lo son tus servidores".

"No cerrarás tu casa a los viajeros, tendrás piedad generosa para con todos y jamás tomarás venganza de quien recibiste agravio".

"Dios es la Suprema Justicia y la hace en defensa y resguardo de sus siervos fieles a su Ley".

"Sea el Altísimo, Dios, Señor y dueño de los mundos, bendecido y glorificado por todos los seres del Universo".

* * *

Si es de tu satisfacción, lector amigo, has comparación entre la elevada y pura *"Ley de los Patriarcas"* que observaba el pueblo de Israel acorde con la Ley de Anek-Atón, el Faraón Santo del antiguo Egipto, y de acuerdo también con las leyes de la Civilización prehistórica de los Kobdas, Dakthylos, Profetas Blancos y Flámenes, cuyas grandes Escuelas hicieron florecer los países que en aquellas lejanas edades emergían del seno de los mares inmensos. Has comparación, decía, con el catafalco de leyes y ordenanzas groseras, materialistas y hasta reñidas con la moral y el buen sentido, que se ha pretendido hacer pasar como *Ley de Moisés*, y cuando lo hayas hecho y reflexionado, me dirás si se puede aceptar como *creación de Moisés* lo que no puede en justicia y lógica, ser atribuido a ningún hombre de bien.

¿Quién fue el audaz violador de la Ley Divina grabada en toda alma por la Suprema Potencia, y precioso original de las leyes dictadas por los primeros Patriarcas y Maestros de almas de las Escuelas civilizadoras que he mencionado?

¿De dónde partieron tan audaces y fatales deformaciones y adulteraciones que han precipitado a la humanidad en el abismo de injusticias, crímenes y corrupciones, en que se debate en las edades modernas, llegando hoy a tan bajo nivel y grado de degeneración que nos aterra y espanta a los que tenemos aún rastros, huellas, reminiscencias de pundonor, de dignidad y de vergüenza, hoy desaparecidas por completo en la gran mayoría de esta humanidad?

Volvamos la hoja, lector amigo, porque de seguir este camino, acaso llegaríamos a engendrar en la escasa humanidad consciente, pensamientos demasiado deprimentes y pesimistas para los que

aún esperan ver purificada y engrandecida la *herencia del Cristo*, por la cual se sacrificó tantas veces y a la que aún ama con su gran Corazón de Hijo de Dios.

* * *

Cuando estuvieron solos Thimetis y Moisés con el Patriarca Ismael comenzaron de inmediato las intimidades espirituales. El Anciano, ahogado de angustia y zozobras, y con el peso de setenta y siete años, sentía verdadera necesidad de confiar a otras almas fuertes y fieles sus grandes temores respecto del futuro de ese pueblo, hijo de Abraham.

Las antiguas profecías marcaban ya la fecha de su cumplimiento:

"Cuando el Mar Bermejo recoja sus aguas y sus acantilados queden a la vista y los Lagos Salados queden próximos al secadío, será el momento en que el *Genio Gigante*, el Arcángel de la doble vista marchará al frente de mi pueblo hacia la Tierra Santa, prometida a mí por el Altísimo Señor de todo cuanto vive en todos los mundos. Os lo anuncia por permisión divina vuestro padre Abraham".

El tiempo era pues llegado.

El mismo Faraón Anek-Atón había dejado escrito varios relatos de profecías recibidas por él y una de ellas decía: "Cuando llegue la hora de que el Santo, el Ungido, viva de nuevo en esta Tierra yo estaré en las riberas del Nilo donde seré como un hermano nacido de la misma madre y tengo ya el pacto hecho con quien será mi progenitor que será curador de males y solo vivirá el tiempo necesario para ponerme en el camino que debe ser mi camino. Me conoceréis por las tres letras de mi nombre: H U R.

"Vuestro hermano en la esperanza y el amor a la Verdad. *Hilkar, discípulo del Maestro Antulio*".

El Anciano Ismael tenía ya las comprobaciones de que estas profecías eran cumplidas. El médico Atón Mosis descendiente directo de un Concejal de Anek-Atón, tenía un hijo de ese nombre el cual se había iniciado en las Aulas de Sabiduría Divina y juntamente con el hijo de la Princesa Thimetis, la elegida de Isis para las grandes realizaciones que los jerarcas de los cielos proyectaban en ese tiempo.

Todo esto hablaba el Anciano Patriarca en la íntima confidencia con Moisés y Thimetis.

–Esta epístola de Jetro –decía–, parece decirme claramente

que vosotros dos, madre e hijo, estaréis en el gran secreto de Dios. ¿No podéis confiar en este viejo corazón mío que no tardará en enmudecer para siempre?

"¿Me dejaréis morir sin haber visto con mis ojos de carne al Hijo del Altísimo destinado a cumplir sus eternos designios?"

Thimetis miró a Moisés y lo vio dormido, blanco todo él como hecho de nieve, alrededor del cual empezaba a formarse un resplandor dorado con estrías de púrpura viva y en su frente dos rayos de luz que herían la vista.

Y en silencio lo señaló al Anciano Patriarca, que inclinada su frente sobre el pecho en abatida meditación no lo había advertido.

–Ahí lo tenéis –le dijo a media voz.

El Anciano fue presa de pavoroso aturdimiento y cayó de hinojos, pegó su frente al pavimento a los pies de Moisés que continuaba inmóvil y con los ojos cerrados.

– ¡Maestro Antulio!... ¡Señor de todos los santos que te siguieron y te esperan!... ¡Bendita la hora en que estos ojos ven y este corazón palpita cerca de ti! –exclamó el Anciano Patriarca devorando con sus ojos aquel ser que no parecía de carne sino de nieve hecha luz.

Poco a poco aquella extraordinaria manifestación de fuerzas radiantes fue evaporándose hasta quedar el joven Moisés de treinta años, vestido como un modesto médico de pueblo y despierto a la vida de todos los días en el plano físico terrestre.

–Moisés, hijo de Dios, he comprendido por fin que tú serás quien salve al pueblo de Abraham, de Isaac y de Jacob, de la esclavitud material y de la esclavitud de espíritu en que está a punto de caer. Vivimos entre idólatras cuya vida de corrupción y de vicio sobrepasa toda medida; Anek-Atón fue muerto y con él sus leyes y sus discípulos, los continuadores de la obra que él inició. Volver todo el Egipto al sueño dorado del Faraón Santo, no es obra que podamos realizar por ahora. Salvemos por lo menos al pueblo de Abraham con los que quieran acompañarnos del Egipto fundado por los fugitivos de Atlántida, los que dejaron en las Pirámides y en la Esfinge el recuerdo imperecedero de que eran poseedores del Conocimiento de Dios en relación con el alma humana, eterna como Él Mismo.

–El Eterno Omnipotente sea con nosotros para que así lo hagamos si tal es su Voluntad Soberana –contestó Moisés–. Y tú, madre, ¿qué dices a esto?

–Isis es la madre de todas las madres de los elegidos del Poder Eterno para las grandes realizaciones. Y será Ella quien me disponga

para secundarte en lo que la Divina Ley quiera ordenarte.

Dispusieron entre los tres convocar a los Setenta del gran Consejo, y si ellos estaban de acuerdo, consultar la voluntad y la capacidad del pueblo.

Siete días tardaron en todas estas diligencias, secundados eficazmente por Fredek de Port Ofir, Arfasol, y la joven Estrella que se abrió amplio campo amigo entre las mujeres israelitas.

Y aunque hubo muchos tímidos ante la magnitud de la empresa y los penosos sacrificios que significaría la emigración de todo un numeroso pueblo, hasta llegar a las praderas del Jordán de las profecías del Patriarca Abraham, se resolvió por gran mayoría realizar la estupenda jornada.

Los setenta fieles al Patriarca Ismael se lanzaron a la tarea de convencer y preparar primeramente a todos los jefes de familia; Moisés, Fredek y Arfasol, se encargaron de los hombres más jóvenes. La Princesa Real con Estrella, lo hicieron con las madres y las doncellas.

La víspera del séptimo día, el pueblo fue convocado en las plazoletas del templo, y el Patriarca Ismael y los Setenta rogaron a Moisés que él hiciera la exposición clara de que las profecías estaban cumplidas, que la hora había llegado de que el pueblo de Israel respondiera a la elección divina.

En este momento, un joven, estudiante de las Escrituras antiguas, salió de entre la multitud y subiendo las gradas de la tarima desde la cual hablaba Moisés, le dijo así:

–Hay una profecía que promete la aparición de un *Genio Gigante* deparado por el Eterno Poder, para guiar a Israel hasta las praderas del Jordán prometidas a nuestro padre Abraham. ¿Dónde está ese ser extraordinario que significa la única garantía de éxito para lanzar a todo un numeroso pueblo a una jornada semejante?

Se hizo un gran silencio de expectativa porque los estudiosos del pueblo se hacían a sí mismos esa pregunta mental.

En ese momento apareció sobre la tarima la Princesa Real cubierta con su gran velo dorado de sacerdotisa del Templo de Isis, y Moisés convertido como en una llamarada de fuego cual si fuera un gigantesco varón hecho de ascuas ardientes, y el índice de la Princesa le señalaba ante el pueblo que poseído de fervoroso entusiasmo cayó de rodillas, adorando al Eterno Poder que tan claramente manifestaba su soberana Voluntad.

–Es mi hijo –clamó la Princesa–, y así como él a los diecisiete años os salvó de ser todos vosotros esclavos de Egipto, os conducirá en adelante a cumplir la Voluntad Divina, si sois dóciles a su voz.

La radiante manifestación se diluyó suavemente en el éter y Thimetis llamó al joven que hizo la gran pregunta, que causó tan estupendo prodigio, y lo interrogó sobre su familia y sus estudios. De esto resultó que era un compañero de estudios de Hur y estaba para unirse en matrimonio con la menor de las hijas de Abinoan, hermano de Amram, el fallecido esposo de Thimetis, una encantadora jovencita muy querida de la Princesa por la pulcritud de sus modales y de su vida toda consagrada a la austeridad propia de los más nobles hogares israelitas.

El joven que hizo la pregunta se llamaba Henok y descendía por línea recta del hijo primogénito de Rubén, el hijo mayor del Patriarca Jacob, y toda esa Tribu tuvieron la costumbre de llamar Henok al primogénito de cada familia porque tal nombre tuvo el hijo primero de Rubén.

Este joven Henok casado poco después con una prima de Moisés de nombre Esther, hija de Abinoan, hermano de Amram, fue el mejor escriba y cronista de toda la gran epopeya del pueblo de Israel siguiendo a Moisés a través de los desiertos.

Hago tan detallada aclaración para facilitar el juicio lógico y recto del lector que, sabedor de que el mejor Escriba y Cronista del gran viaje del pueblo de Israel guiado por Moisés, era un familiar íntimo suyo, estudioso, compañero de Hur, educados en las Aulas de los Templos, conocedores del sistema jeroglífico acostumbrado por ellos, no podía de ningún modo ser autor de los relatos que conocemos y que hacen de la gloriosa epopeya, una espantosa tragedia de matanzas, latrocinios y pillaje ordenado por el austero Hombre Luz que recibió extático la Ley del Sinaí o sea una síntesis completa de lo que llamamos *hermandad humana, fraternidad humana*. La Ley del Sinaí bien pudiera llamarse *Código del Amor Fraterno*, porque cada uno de sus preceptos es un rayo del sol eternamente fecundo del Amor Divino, dando vida a cuanto existe en el vasto Universo.

Y aún antes de que el pueblo saliera de su alborozado asombro, el Patriarca Ismael hizo la presentación del príncipe de Port Ofir, del Príncipe de Bética y de Estrella, esposa del Ungido Divino, como íntimos colaboradores de él para guiar a Israel a sus gloriosos destinos. Y habló al pueblo en esta forma:

–La Mauritania de los *Hijos del Sol* está con nosotros; la Bética de la orilla del Mar, está con nosotros; la Princesa Real, hija de cien Faraones, madre espiritual de su pueblo, está con nosotros, y sobre todo está con nosotros la poderosa Legión de los Arcángeles Guías de humanidades para conducirnos a la tierra prometida a

nuestro padre Abraham. ¿Responderéis vosotros a la elección divina?...

Un gran clamor como de vendaval entre una selva de pinos se levantó de todo el pueblo congregado en la plaza.

– ¡Sí, sí, sí!... ¡Iremos a donde nos lleve el Elegido de Jehová para engrandecer a su pueblo!...

"¡Princesa Real, madre nuestra! ¡Donde vayáis vos iremos nosotros!..."

Y clamores tales como estos continuaron oyéndose por un largo rato.

Las mujeres pugnaban por llegar hasta ella y cuando lo hubieron conseguido, la levantaron en alto haciendo silla de manos con sus robustos brazos las más fuertes mujeres de Israel y la pasearon por toda la plaza, para que todas las mujeres del sufrido pueblo besaran sus manos y tocaran sus pies aprisionados en babuchas de cabritilla blanca bordada de hilos de plata.

¡Y era que no había allí una mujer que no hubiera recibido un don espiritual o material de la dulce y valiente mujer que todo lo daba sin pedir nada a cambio de lo que daba!...

–Y, *¿quién era esa mujer?* –preguntará el lector con ansiosa curiosidad.

Su prosapia espiritual venía de largas edades atrás.

Cuando los padres de Anfión el Rey Santo en Atlántida debían celebrar esponsales a los doce años de edad, ella fue la Institutriz y Gobernanta que los preparó durante veinte lunas para el grande acontecimiento. Era hermana del joven filósofo Sphano-San, que después fue Patriarca de la Montaña Santa, ese Gran Santuario Escuela donde se formaron tantos maestros de almas, que más tarde se esparcieron hacia los cuatro puntos cardinales cuando les fue anunciado que ese Continente sería tragado por las aguas del mar.

Cuando Sphano-San fue elegido patriarca de los Profetas Blancos, entre ambos hermanos fundaron el Santuario Escuela para mujeres y fue ella (Thimetis) designada *Matriarca Fundadora*.

Su nombre en aquella hora era Adelfina de Anáhuac.

Cuando se acercó la hora de que el Guía de esta humanidad volviera a tomar materia en este planeta, ella se incorporó a los que debían preparar el nido al blanco ánade que volvía, y eligió el papel de madre de su madre y así formó aquella Walkiria de Cerro de Oro que fue madre del gran filósofo mártir, y continuó siéndolo de sus discípulos íntimos a los que alimentó, cuidó y sostuvo para que ninguno torciera o abandonara el camino abierto por su

gran hijo, vencidos acaso por los padecimientos del destierro y la expatriación a que les obligó la dura persecución sufrida a raíz de la muerte del Maestro.

En otra de sus jornadas terrestres colaboró en primera fila con los fugitivos fundadores de lo que fue siglos después la Gran Fraternidad Kobda, escuela de sabiduría y de amor fraterno en medio de la cual apareció Abel rodeado de tantas y tantas estrellas de primera magnitud.

A través del feliz conjunto de tan favorables circunstancias, Moisés vio con claridad meridiana la misión que le correspondía realizar en esa hora y con ese pueblo, al que estaba vinculado espiritualmente por alianzas de almas y físicamente porque su padre perteneció a la raza de Abraham.

De todo esto surgió la fundación de una agrupación mixta o sea compuesta de los más activos y capaces entre los hombres y las mujeres del pueblo de Israel, con el fin de tomar anotaciones referente al estado de cada familia y cada individuo. La Princesa Real y sus acompañantes se comprometían a pagar el rescate de los que fueran esclavos, o saldar las deudas que tuvieran y a proporcionar todo lo necesario para comenzar la preparación del gran éxodo de todo el pueblo de Abraham, hacia las tierras que debían ser la patria del pueblo creado por él al amparo de su fe, de su esperanza en la protección divina y de su consagración absoluta al ideal de justicia y amor que modeló su vida.

Cada hogar, cada familia, se convirtió en taller de fabricación de ropas, de calzado, de bolsos, maletas y arcones, de aparejos para carpas o tiendas, de colchonetas, jergones, acolchados, de alfombras, y según la capacidad financiera de cada familia, y de cada individuo era también el acopio de cereales, carnes saladas, legumbres, frutas secas, aceite, vino, miel y velones de cera y hasta torzadas de algodón o cáñamo engrasado para dar luz en la oscuridad de la noche en el desierto.

Y todo en el más impenetrable silencio, en tal forma que nada se trasluciera del grandioso proyecto que sólo la mente de Moisés pudo concebir y su extraordinaria fuerza de voluntad realizar.

El pueblo de Abraham no conoció nunca época más dichosa que aquella. Todo aquel numeroso pueblo pensaba, quería y sentía, a tono con su gran Guía dirigente, por lo cual la fraternidad, la armonía, la ayuda mutua sobrepasó a todo lo que se pudiera desear.

Todo era amor, simpatía, cordialidad, esperanzas, como rosales en flor...

= 53 =
LAS DOCE COLUMNAS DEL TEMPLO

Moisés y sus acompañantes volvieron a Menfis al décimo día de su permanencia en los barrizales de Gesen.

Y siempre de incógnito pasaron de las Embajadas de Mauritania y del Néguev, donde residían, al amado retiro del castillo del Lago Merik.

Sólo allí, la madre y el hijo, podían sentirse en su propio ambiente, en el nido suave y seguro, sobrecargado de dulces recuerdos en que ambos habían pasado los mejores días de su vida en la tierra que les vio nacer.

Les acompañaban Fredek de Port Ofir, Arfasol de Bética y Estrella de Sharma, en aquel salón que el lector conoce, donde celebró Moisés sus solemnes esponsales bendecidos por sus padres y florecientes de esperanzas y de amor. La muerte prematura de Merik, la adolescente novia, había desmenuzado en polvo y humo aquellos ensueños celestiales...

Y apenas Moisés entró, apareció vivo el recuerdo, como si una mano de mago hubiera encendido de pronto una lámpara de oro abrillantada por el sol.

Y la adorable imagen de Merik, flotaba frente a él con una gran corona de rosas blancas que tenían muchas espinas... Moisés cayó de rodillas, con sus brazos tendidos hacia la dulce aparición que él veía... Su rostro aparecía tan blanco como las rosas. La Princesa su madre se acercó y le cubrió con su mano los ojos extáticos...

–No la mires más, hijo mío. Ella es del cielo y nosotros andamos aún en la tierra. Cuando la Ley nos permita romper todos los vínculos que nos atan a este mundo, iremos junto a ella para no separarnos más.

La reacción apareció de inmediato y el *Genio Gigante* se irguió de nuevo como un coloso, que fuera acometido de un vértigo momentáneo transformado en serena calma por su voluntad de hierro.

Estrella estaba como anonadada, quietecita en un rincón. Fredek y Arfasol aparecían preguntando con la mirada. La joven esposa se acercó a la Princesa y al oído le hizo la pregunta:

–Madre, ¿qué vio Moisés?

– ¡Cosas del cielo, hija mía!... Un Arcángel de luz quería coronarle de rosas con muchas espinas y para aceptarla cayó de rodillas

sobre el pavimento... No te alarmes y hazte a la idea de que has unido tu vida a un Arcángel del séptimo cielo, revestido de carne y caminando por nuestra tierra.

Oída por todos esta respuesta, la normalidad se hizo pronto y Moisés habló el primero:

–Aprovechemos el tiempo que no es mucho el que tenemos y la tarea es muy larga... Hay mensajeros de Tebas –añadió, y se sentó junto al sitial que acababa de ocupar su madre.

Cuando los cinco estuvieron reunidos en círculo cerrado, la Princesa habló así:

–Somos los cinco rayos de la Estrella de Luz Divina que ilumina a todos los que pedimos y necesitamos esa Luz, para disipar las tinieblas de que nos rodea la materia que revestimos.

"Somos la porción más íntima de la Legión de almas aliadas del Ungido Divino, para esta hora solemne de nuestra evolución. Unamos nuestro pensamiento a los aliados ausentes: el Patriarca Jetro, Isesi, Ohad, Carmi, Hur, Layo y el Pontífice Membra..."

En este momento, levantó Numbik la cortina de una puerta interior y el Anciano venerable aparecía como una figura de marfil..., todo blanco desde la toca sacerdotal de Iniciado hasta las babuchas de lana que encerraban sus pies.

–Aquí está el número doce –dijo el Pontífice–, y celebro no haberos hecho esperar un minuto más.

Thimetis se levantó de su sillón y besando la mano al Anciano le invitó a ocuparlo, y ella se sentó a su lado.

El Anciano Membra abrió la puerta a la Divina comunicación espiritual con estas palabras:

–Que sea nuestro pensamiento conjunto el que llame a la Divinidad para ser iluminados y fortalecidos con su Luz y con su Amor.

Las palabras enmudecieron para que hablara el pensamiento.

Y comenzó la evocación.

El sol escondía sus rayos entre gasas de púrpura y de oro, y allá muy lejos, pasado el desierto, en la cabaña de Jetro en el Santuario Escuela de Pozo Durba los *aliados ausentes* tomaban su puesto, y luego de repetir iguales palabras, enmudecían las voces humanas y hablaba el pensamiento.

Y los doce espíritus encarnados que habían pactado antes de encarnar, establecer sobre la Tierra la Idea Divina que fuera sepultada ya por seis veces, a la muerte de Juno, Numú, Anfión, Antulio, Abel y Krishna; la Idea Divina que en la hora de Anek-Atón ahogaron en sangre los poderosos ciegos de Egipto, sería

encendida de nuevo sobre la faz del planeta, y esta vez con perfiles de imborrable y eterna fuerza que ningún vendaval humano pudiera apagar.

Seis de los aliados se encontraban más allá de los desiertos, en una mísera aldea ignorada del mundo y otros seis en el solitario castillo del Lago Merik, también olvidado del mundo, porque una mujer que despreció al mundo, lo había elegido como refugio y descanso de su espíritu que buscaba a Dios en la soledad y el retiro. ¿No lo había dicho Él por la voz de su Profeta?: *"No en el torbellino de las muchedumbres sino en la soledad, escucharás mi voz que hablará a vuestro corazón"*, y los seis aliados de Pozo Durba y los seis del castillo del Lago Merik recibieron el mismo día y a la misma hora el mensaje divino transmitido por Aelohin, aliado también a la misión de Moisés:

–*"Hermanos que unidos estamos por el Eterno y Divino Ideal, unidos también en el pensar, sentir y querer, el tiempo ha llegado de comenzar la obra salvadora de la humanidad. Ella ha olvidado que existe la Eterna Potencia Creadora y la ha sustituido con ídolos que patrocinan todas las iniquidades y depravaciones a que le incitan sus bajos instintos y la maligna influencia de inteligencias tenebrosas que pugnan con rabia feroz por hundir de nuevo en el caos de sus tinieblas a los que fueron liberados en los cataclismos de Atlántida.*

"El Dios Amor, amado y sentido por Abraham, Isaac y Jacob, vive como una luz perenne en el pueblo creado por ellos y al que destina la Eterna Idea para simiente de nueva siembra de la Verdad en la humanidad de este planeta.

"No sin sacrificios conseguiremos el triunfo. ¡Moisés! ¡Acabas de ver en las manos etéreas de tu "alma esposa" que ella te ofrece una corona de rosas blancas con muchas espinas! ¡Visión exacta de lo que será vuestra vida en el camino elegido! En esta tremenda jornada, acaso la más difícil de vuestro eterno vivir, debéis probar con los hechos que sois los Flámenes de Juno y de Numú, los Profetas Blancos de Anfión, los Dakthylos de Antulio y los Kobdas de Abel.

"No sois, pues, novicios en los renunciamientos, inmolaciones y holocaustos. Y si tanto hicisteis en pasadas edades que forman collar de triple vuelta en vuestro corazón, ¿vacilaréis ante otros más que formarán vestidura a vuestra personalidad?"

Todos se pusieron de pie con la diestra levantada en alto que era la expresión exterior del voto solemne de aceptación que hacían en ese instante.

Y Aelohin continuó: *"La Eterna Potencia Creadora os constituye heraldos de su Ley que ha de marcar el camino inamovible de los mundos purificados, a esta humanidad de que habéis querido formar parte en perseverante colaboración a su evolución definitiva. Tres mil quinientos años tenéis para conseguirlo. El Poder Divino está en vosotros. La Luz y el Amor están en vosotros... Nuestra Legión de Arcángeles caminamos a vuestro lado.*

"¡Adelante por la Verdad, la Justicia y el Amor!"

La voz celestial se perdió en el gran silencio de la meditación profunda en que todos los presentes estaban sumergidos.

¡El templo de Moisés estaba pues construido y terminado con doce columnas firmes de pórfido y de mármol, y una cúpula resplandeciente formada de pensamientos unidos y de promesas eternas!

Terminada la meditación el Anciano Membra habló el primero:

–Hermanos –dijo conmovido en extremo–, paréceme sentir que la Divina Ley exige de mí el renunciamiento a mi cargo. Mas, decidme, os ruego, ¿cómo he de unir esta sugerencia que juzgo de origen divino con la ley de los Templos y ordenanzas creadas y sostenidas durante siglos por el sacerdote egipcio? El Pontificado sólo termina con la muerte.

–También nosotros lo habíamos pensado –dijeron Moisés y Thimetis al mismo tiempo.

Luego de un momento de silencio, Membra mismo añadió con una seguridad que pareció haberle llegado en ese momento.

–Puedo morir con la *muerte de Osiris*. La tuve con éxito en los días ya lejanos de mi iniciación y aunque tengo hoy el doble de años la Divina Voluntad es más fuerte que los años.

–Debemos pensar en la Casa de la Muerte –dijo Moisés–. ¿Cómo se eluden los setenta días de embalsamamiento?

–Puedo ordenar en mi testamento no ser embalsamado.

– ¿Y si no fuera obedecida la orden interpretando haber sido dada por gran modestia de vuestra parte? –volvió a sugerir Moisés–. Porque también creo que cabe esta observación.

–Justamente, hijo mío, y te agradece mi corazón tu afán de tomar las medidas de precaución para hacer vivir más largo tiempo a este viejo amigo tuyo...–Membra, al hablar así le temblaba la voz.

–Es que por nada quisiera sufrir un fracaso al comenzar mi tarea..., un fracaso que rompería mis alas antes de haber emprendido el vuelo... ¡que me falte el primero de los doce!

– ¡Es que el primero eres tú!...

– ¡Muy bien dicho, Santidad! –exclamó Thimetis–. El Guión es Él, y no lo comprende. Paréceme que falta uno para los doce que debemos caminar siguiendo al *Guión*.

"¿Quién es el que falta?

–Creo que soy yo –dijo la voz sonora y vibrante de Aarón, levantando la cortina de la puerta–. Y no sé cómo no habíais vosotros pensado en mí, ni tampoco yo lo había pensado. De pronto sentí el impulso de venir hacia vosotros tal como si una voz me hubiera dicho: "Allí te esperan. Vete que es la hora"... Y aquí estoy.

Todos se miraron asombrados.

–La Divinidad está en medio de nosotros –dijo solemnemente el Anciano Pontífice–. Adoremos a la Eterna Potencia que así vigila nuestros pasos y fortalece nuestras vacilaciones.

Todos cayeron de hinojos y según la costumbre tocaron con la frente el pavimento.

Pasado este emocionante momento y ya ocupando cada uno su sitio, habló de nuevo Membra:

–Según lo convenido creo que alguno de vosotros debéis encargaros de arreglar mi muerte aparente, en forma que el clero y el gobierno me den por muerto. ¿Quién se encargará de este difícil asunto?

–Yo, Santidad, me encargaré de haceros morir para el mundo, pero vivir para la obra de Moisés –contestó con gran serenidad la Princesa Thimetis–. Os ruego hacer hoy mismo el testamento nombrándome ejecutora de vuestras disposiciones póstumas.

– ¡Cuanto me place, hija querida, que seáis vos quien me de la muerte que hace tanto tiempo deseo! Y después tomaré el nombre de tu suegro y todos me llamaréis el abuelo Eleazar, que al hacerme este pectoral de oro con doce brillantes me hizo esta profecía. –El Anciano sacó de un bolsillo interior una fina petaquita de plata en que guardaba sus intimidades y de allí extrajo un pergamino pequeño, doblado en cuatro, escrito en signos jeroglíficos que traducido decía así:

"El joyero Eleazar de la tribu israelita de Leví, me hizo hoy esta profecía: *Al entregaros esta joya que lleva el símbolo del Eterno Invisible, que es Luz, Poder y Amor, os veo como Gran Sacerdote de un templo ambulante en un vasto desierto y llevando el mismo nombre con que yo soy conocido en este mundo: Eleazar".*

"Han pasado de esto treinta y seis años. Moisés aún no había nacido, ni vos Princesa Thimetis habías sido proclamada heredera del trono de Egipto. Este pectoral con la Estrella de cinco puntas no

era para mí sino para el Pontífice Pthamer del cual yo era Notario Mayor. Al morir, él me lo dio como un recuerdo suyo que yo he conservado hasta hoy. ¿Qué decís vosotros a este relato mío?

–Que fue una clarividencia premonitoria de mi abuelo Eleazar –dijo Moisés–, y que se cumple a los treinta y seis años de haberse producido, pues desde que llegasteis, Santidad, a este recinto, estoy pensando que sois el designado por la Eterna Ley para ser el primer gran Sacerdote de Israel cuando salga de la esclavitud para poseer las tierras prometidas al Patriarca Abraham.

Tres lunas pasaron y en ellas, los designados como las *"Doce columnas del Templo"* y el pueblo dirigido por ellos continuaron haciendo los preparativos para la gran jornada que aún ignoraban cuándo y cómo debían realizar.

La Princesa Thimetis por su parte, cumplió, como ella sabía cumplir, su importante papel de Albacea primera del Pontífice, cuyo fallecimiento por ataque cerebral fue debidamente diagnosticado por el Médico del Templo. Este acontecimiento fue anunciado al Faraón y al pueblo por el Notario Mayor, el Hierofante Príncipe Nef Atón, hermanastro de Ramsés I, padre de Thimetis.

El testamento ológrafo del muerto ordenaba no ser embalsamado y dejaba a voluntad y criterio de ambos Albaceas, la Princesa Thimetis y el Notario Mayor, ya mencionado, el cumplimiento del mismo.

Las grandes campanas de la Torre Mayor y las banderas violetas que la enlutaban eran demasiado elocuente anuncio del suceso, que hizo desfilar al pueblo por el pórtico del templo donde se exhibía el gran túmulo, cubierto de brocado violeta bordado de estrellas de oro.

El lector comprenderá que en el sarcófago de palo santo cubierto de brocado no había más que una momia de cera y a más, ¿quién podría atreverse a dudar de la verdad y menos levantar la tapa de plata bruñida y manto de brocado con estrellas de oro, si doce Pastóforos del Templo apoyados en lanzas velaron por tres días el sagrado cadáver?

El Faraón envió desde Tebas la escolta real llevando un medallón de oro y brillantes con la imagen del dios Osiris y el "*Libro de los Muertos*" con tapas de plata, para ser colocados sobre el pecho del cadáver. La escolta llevaba también la orden de acompañar la procesión que condujera el sarcófago a la "Cripta de la Muerte", donde ordenaba el testamento del inhumado.

El duelo estaba presidido por la Princesa Thimetis y el Notario

Mayor. ¿Quién podía dudar de que el Pontífice Membra estuviera muerto y bien muerto? Y la Princesa que recibía todas las condolencias, se limitaba a decir: –"El Pontífice ha muerto para el mundo pero vive en el Reino de Isis y nos bendice con amor a todos los que le hemos amado".

Y decía plena verdad.

Mientras tanto, Membra que en secreta ceremonia, llamada entre ellos Renunciamiento Solemne, habíase despojado de su nombre y de su vestidura pontifical, estudiaba y oraba en el pequeño Templo del castillo del Lago Merik, a la vez que abría su álbum-diario que empezaba así:

–"Yo, Eleazar de Ismalia, sacerdote y siervo del Invisible, comienzo este diario en su Nombre haciendo ante Él, voto solemne de escribir en estas páginas la verdad absoluta de cuanto ocurra ante mí, de hoy en adelante hasta el día de mi muerte".

Moisés y Thimetis que volvían en ese instante de Menfis donde se habían concluido las fúnebres ceremonias, se presentaron ante el solitario sacerdote.

–Llegáis a punto cuando mi mente y mi corazón os llamaba –les dijo–. Firmad aquí, pues seréis los únicos testigos de mi voto solemne ante el Altísimo.

Ambos leyeron y ambos firmaron en silencio.

Luego un gran abrazo mudo, con los ojos cristalizados de llanto y un nudo en la garganta dio término a la escena, que unió para siempre con un lazo indestructible a los tres seres en quienes descansaba la más grande obra de la Eterna Potencia para este planeta: la designación de un pueblo como depositario de la Ley Divina que marcara eternos rumbos a esta humanidad.

= 54 =
EL SANTUARIO MESIÁNICO

Después de todo lo acontecido, Moisés y Membra, que desde ahora llamaremos con su nuevo nombre, Eleazar, se entregaron por completo a la más perfecta ordenación de su mundo interno.

Mas, para su perfecta quietud mental, Moisés solicitó del Faraón una audiencia privada a los fines de tratar el negocio que le encomendara el Etnarca, para dentro de ocho días, con el pretexto de tomarse un descanso del largo viaje y algunos cuidados particulares que debía a su madre y a su esposa.

Concedido amablemente por el Faraón, complacido de tenerlo

nuevamente a su lado, Moisés penetró con suma tranquilidad a su Huerto Cerrado. Eleazar le acompañó hasta el dintel de la puerta y allí le dejó solo porque comprendía bien que sus hermanos de evolución con la irradiación ultra poderosa del gran Padre Sirio convertido ya en un Fuego Magno, eran quienes debían acompañar al hermano desterrado en cumplimiento de la más ardua de sus heroicas jornadas.

Y en su meditación, que duró tres horas, vio con maravillosa claridad lo que había dejado en su plano habitual y lo que debía realizar en la jornada presente:

"Un inmenso velo oro y azul se descorrió dejando al descubierto un escenario nunca imaginado, ni soñado, ni visto por él.

"Una gran pirámide que resplandecía como espejos al sol se levantaba casi hasta perderse de vista en un plano de tan diáfana claridad, que le permitía percibir la irradiación de su propio cuerpo astral como una nube de niebla color pálido azul.

"Vio que setenta torres de transparente cristal rojo vivo rodeaban la gran pirámide y de pie sobre cada una, un Guardián que con sus dos enormes alas abiertas, tocaba el extremo de las iguales alas del Guardián de la torre vecina. Y pensó: "–Esto es una muralla viva de alas que tiemblan agitadas por la poderosa energía que vibra en ellas".

"Nadie contestó a su pensamiento que apareció grabado en el ambiente.

"Un silencio solemne de paz y armonía perfecta le llenaba el alma de infinita dicha. Sin saber el tiempo que pasó en la deliciosa contemplación, vio de pronto que algo más arriba y como sostenidos por repisas que formaran parte de la pirámide misma, se encontraban Siete Guardianes también alados, en cada lado de la pirámide, formando con sus alas abiertas igual muralla que los setenta primeros.

"En seguida él pensó: "–Siete, cuatro veces repetido forman *veintiocho*".

"Este pensamiento apareció también grabado en el aire como el anterior.

"Continuaron apareciendo murallas vivas con alas que temblaban de fuerza y poderosa energía.

"Otra muralla más alta estaba formada por tres seres alados en cada lado de la gran pirámide. Y Moisés pensó: "–Tres repetido cuatro veces forman *doce*".

"Y este pensamiento suyo también apareció grabado en el ambiente.

"Más arriba vio algo diferente: *Siete* seres como formados con luz dorada pero sin alas, unidas sus manos por una ancha banda de gasa luminosa, envolvían la pirámide. De la banda de gasa emanaba una suave armonía de invisibles instrumentos, como si ella misma fuera tejida de cuerdas musicales.

"La pirámide disminuía sus dimensiones cuanto más ganaba en altura. Por eso, más arriba vio el vidente *Cinco* seres vivos también unidos por bandas de gasa luminosa que emanaba armonías".

"Y por fin, de pie sobre los vértices de un triángulo que sobresalía en lo alto de la pirámide como un gran soporte de cristalino topacio, otros *Tres* seres unidos por los extremos de grandes mantos de gasa resplandeciente con que aparecían cubiertos desde la cabeza a los pies. Sus mantos que ondulaban vertiginosamente como si un viento invisible les agitara, envolvían la parte superior de la gran pirámide.

"– ¡Cielos!... ¿Qué veo? –clamó el vidente en el máximo del asombro... Porque se vio él mismo, de pie en lo más alto de la pirámide así custodiada y guardada por todos aquellos seres cuya potente vibración de amor, de pureza, de excelsa grandeza, hacía comprender sin duda alguna la gran superioridad que había en todos ellos.

"¡Estaba anonadado!

"Se veía él mismo, colocado allí en lo más alto sin haber sentido la subida.

"Miró hacia abajo y vio todo cuanto había ido viendo surgir poco a poco y que entonces lo veía desde arriba y en un solo momento. Miró luego hacia arriba y a sus lados y que entre una nube de llamas de suave calor y de infinita dulzura, el Padre Sirio le tendía sus brazos de luz y le decía:

–"Porque eres mi hijo desterrado en áspera y dura misión he querido hacerte ver lo que has dejado en tu patria verdadera y única, para abrazarte al sacrificio por la salvación de la humanidad que has creado tú mismo, en la larga cadena de todas tus vidas en la carne. Vas a darle la Ley Eterna, que la Suprema Potencia decreta para todos los mundos en que llegaron las humanidades a la evolución necesaria.

"¡Bienaventurados quienes la obedezcan y, ay de los reacios que la escarnezcan o la ultrajen!"

"En el abrazo divino del padre y el hijo, volvió Moisés al plano terrestre y se encontró de rodillas con el rostro bañado en llanto".

= 55 =
EL PUEBLO DE ABRAHAM

No era por cierto Moisés, de los que aceptan sin análisis y razonamiento, ninguna imposición, venga de donde venga. Y en sus meditaciones solitarias clamaba así su alma llena de ansiedad:

– ¡Suprema Inteligencia Creadora!... ¡Haz que yo vea!... ¡Yo quiero ver, saber, comprender! –Y su mente, inundada de Luz Divina, penetró como una sonda en el infinito piélago de la Eterna Idea. Y este pensamiento acudió a su evocación–:

"Debo conocer a fondo qué es el pueblo de Abraham.

Le conocía solamente a través de su abuelo Eleazar y de su padre Amram. Pero la gran rectitud y nobleza de ellos no podía pensar que fueran cualidades de todo un numeroso pueblo. Su madre hacía desbordar su piadoso amor sobre aquel pueblo a que perteneció el amor humano que floreció en su primera juventud. Más todo eso no era causa bastante para que la Eterna Potencia quisiera hacerle depositario de su Ley soberana y única para toda la humanidad.

Y el gran filósofo, sociólogo y psicólogo de alto vuelo, se sintió como una águila solitaria que volando sobre un ilimitado espacio desconocido, buscase el más alto pico de una montaña o el más alto pinar donde posar su planta para observar a su satisfacción.

Al siguiente día muy de mañana, vistió la más modesta túnica, tomó uno de los botes usados por los servidores del castillo, empuñó los remos y por el Canal se dirigió a Menfis. Desde allí podía tomar cualquiera de los barquitos a vela que correteaban a través del boscoso Delta del Nilo y llegar a Gesen, donde únicamente podría averiguar a fondo qué era el pueblo de Abraham.

Se presentó al Anciano sacerdote Ismael que difícilmente le reconoció.

– ¡Pero Moisés, hijo de Thimetis, la escogida, la amada de Dios, la que trajo al mundo el ave del paraíso anunciado por nuestros Profetas!... ¿Cómo vienes así?

–De incógnito, padre santo, como debe venir el buscador de la perla escondida que quiere encontrarla por sí mismo sin esperarla de nadie.

–Y, ¿qué perla es esa tan valiosa que andas buscando?

–La Verdad, padre bueno, la Verdad que vengo a saber de ti

porque eres el único que debe conocerla y guardarla como se guarda la corona del Rey.

–Veamos qué verdad es esa.

–Creo que pensaréis como yo, o sea que, a juzgar por todo lo que viene ocurriendo y que es de tu conocimiento, la Eterna Potencia me designa Guía conductor del pueblo de Abraham. Y..., ¿qué es padre bueno el pueblo de Abraham? ¿Me lo podéis hacer conocer a fondo como seguramente lo conoces tú?

–Ya sabía yo que vendrías a pedirme esto; más no creí que vinieras tan pronto y menos que lo hicieras en esta forma.

– ¿Me esperabas en el velero de gala de la Princesa Real, con toda la indumentaria de Príncipe de Egipto?

–Justamente..., y aún con escolta y heraldos que te anunciaran con vibrantes clarinadas.

– ¡Oh, padre!..., la Verdad es una divinidad esquiva que desconfía de los oropeles brillantes y gusta darse a los que llevan túnica parda y polvo en las sandalias. ¿No es así?

–Sí, hijo mío, Moisés querido, es así. La Luz Divina será conmigo para hacerte conocer a fondo al pueblo de Abraham.

Y el Anciano sacerdote Ismael buscó y sacó de su gran alacena-biblioteca un pesado librazo de tapas de piel de foca y broches de cobre.

–Ábrelo tú mismo y por ti mismo descubre lo que es el pueblo de Abraham.

Y Moisés leyó: *"Orígenes del pueblo de Abraham"*.

"Cuando los mares del planeta Tierra en pavorosa coalición desbordaron sus aguas inundándolo todo, encalló en las montañas de Ararat en el país de Manh, (*que hoy es Armenia), un palacio flotante que era una embarcación como nunca fue vista por nuestros antepasados. Venía de occidente escoltada por una gran flota marítima que fueron diezmando las olas bravías de los cinco mares unidos para dar muerte a toda la humanidad.

"El desconocido soberano y cuantos le acompañaban debieron venir huyendo de la invasión de las aguas porque aquellos países de ensueño y de riquezas incalculables fueron anegados y sepultados para siempre en el fondo del mar. Lo llamaban Padre Noé y murió al poco tiempo de encallar su buque palacio. Sus herederos eran tres: Sem Heber, Kan Efor y Jafet Uran. Entre ellos se repartieron todas las riquezas de aquel desventurado soberano.

"Sem, el mayor, se apartó hacia el sur a las praderas regadas por el Éufrates y el Ildekel porque gustaba de los campos sembrados y poblados de ganados, majadas de ovejas, camellos y bueyes. Tomó

esposa en la familia de un Rey de los Samoyedos, que vencido por los invasores Sardos que se adueñaron del Ática Prehistórica, desbastando por el incendio y el pillaje su gran capital Hisarlik, se encontraba refugiada entre las ruinas de Calach, capital que fuera de la desaparecida Sumeria.

"Eligió Sem a la hija menor del Rey Samoyedo porque la encontró descalza vadeando un arroyuelo. Volvía de llevar socorros a una pobre mujer que sola con dos criaturas, en una choza, no podía ganar el sustento. Y la hermosa y gentil princesa Eufemia, le dejó el bolso de provisiones y hasta las calzas de fina piel de antílope con que cubría sus pies.

"Sem, que con dos criados buscaba su majada extraviada, se prendó de ella y el Rey su padre se la dio como esposa tres lunas después.

"De esta esposa tuvo Sem su hijo primogénito a quien llamó Arfasak, como su abuelo el Rey Samoyedo, que quiso hacer de este primer nieto varón el sucesor suyo, heredero de su nombre y de sus títulos nobiliarios.

"Esta es la raíz y tronco del Árbol Genealógico de Abraham.

"De Arfasak nació Shale; de Shale nació Héberi; de Héberi vino Faleg; de éste nació Reng; de Reng nació Sarug y de Sarug pasó la descendencia al sexo femenino porque una reina fatal diezmó la juventud masculina, y la línea directa se conservó por las hijas mujeres descendientes del Rey Samoyedo Arfasak. Fueron veinte generaciones hasta llegar a Nácar y Thare, abuelo y padre de Abraham nacido en Calach, ruinosa capital de la antigua Sumeria y que, ya mayor en edad y casado con Sara, su prima, fueron a levantar las tiendas en Urcaldia cerca al Delta del río Éufrates, llevando criados y rebaños que los padres de ambos les dieron en dote el día de sus bodas.

"La invasión de las aguas salobres de los mares desbordados y putrefactos con la enorme cantidad de cadáveres de hombres y animales, arruinó ciudades y campos en toda la vasta región Sumeriana, convertida por tal causa en inmenso cementerio, campo de muerte cubierto de esqueletos y podredumbre.

"Debido a estas gravísimas causas cuyas consecuencias permanecieron larguísimo tiempo, epidemias y plagas habían afectado a todos los reinos de la Naturaleza humana, animal y vegetal. Los valles se habían convertido en mares; los mares en desiertos; las ciudades en ruinas cubiertas de arena, de cadáveres, resacas y escombros.

"Las emigraciones de los Samoyedos, los Agafirsos y Roxolanos

del norte poblaron las regiones menos desvastadas por las aguas putrefactas y venenosas.

"La vida se tornó en extremo difícil en aquellos siglos y hasta las familias reales soportaron miseria y desolación. Los reyes se hicieron pastores, labriegos, leñadores, picapedreros y mineros. Ciudades, hombres, familias y tribus ambulantes formaron aldeas de tiendas que cambiaron de sitio de tiempo en tiempo a la busca de facilidades para la vida.

"Todo esto causó la mezcla de dinastías, de razas, la confusión de lenguajes, de religiones, costumbres y leyes. Llegados los años de Abraham a cuatro decenas y media viéndose rodeado de tal decadencia moral, social y aún material, emprendió larga emigración hacia occidente buscando campos despoblados donde plantaría sus tiendas y, a la vez, el noble y honrado modo de vivir aprendido de sus mayores.

"Los Samoyedos descendían en línea directa de Samoy, uno de los solitarios llamados Profetas Blancos. Enviado por su Escuela Santuario en busca de Escrituras dejadas por unos fugitivos en una gruta del Istmo Cortahielos que unía Tierrelada con Poseidonia, no pudo regresar a su país natal porque el desbordamiento de las aguas partió el Istmo, y Tierrelada quedó separada del Continente Atlante por un ancho brazo del Mar del Norte. Con seis niños abandonados había formado una pequeña familia pues eran cuatro varones y dos mujeres de diez a catorce años de edad.

"Los años, después los siglos, habían formado una raza, un pueblo, que conservaban grandes rasgos de la educación moral y espiritual que el gran solitario había dado a sus primeros discípulos. A las dos mujeres las había unido en matrimonio con los mayores de los cuatro adolescentes, que encontró guarecidos en las grutas de las pocas serranías que no fueron sumergidas por las aguas.

"El mismo Samoy había encarnado entre ellos nueve veces y pudo ver con satisfacción su pueblo, la raza formada por él.

"Eufemia, la esposa de Sem, que fue con él raíz y tronco de la raza de Abraham según queda dicho, no aceptaba las esposas múltiples, y por largo tiempo se conservó tal modo de vivir en las primeras familias, descendientes de ellos, que se fueron formando.

"El tiempo, las pasiones y debilidades humanas, todo lo transforman y degeneran. Y si algo bueno y justo se conserva por más largo tiempo, es debido a que los mismos creadores de una raza o pueblo, encarnan repetidas veces entre ellos, a los fines de que

esas razas o pueblos perseveren en los principios fundamentales sobre los cuales fueron constituidos.

"Abraham era un retoño del inmenso árbol genealógico formado por el atlante otlanés Sem, con la hija de un Rey Samoyedo, y era también el mismo Samoy reencarnado por novena vez para continuar la senda que le fue abierta allá muy lejos y hacía ya varios siglos, cuando fugitivo y solo en una gruta de Tierrelada sacudida por los mares desbordados consolaba a seis niños hambrientos y doloridos por el abandono en que habían quedado.

"En la divina lucidez de sus meditaciones, que eran siempre extáticos desdoblamientos en que le aparecía el pasado con todos sus abismos y todos sus esplendores, Abraham veía que aquella Eufemia, princesa samoyeda, era la misma Sara que tenía a su lado como una estrella caída de los cielos de Dios sobre su tienda.

"Mas, no tenía un hijo de aquella gran mujer que era su esposa. En su oración pedía que le fuera concedido tal don para que surgiera una raza de ángeles sobre la tierra.

"Y la Eterna Ley le concedió a Isaac y este hijo fue como la piedra fundamento de la numerosa descendencia de Abraham siervo de Dios. De mil maneras fue probada su fe, su abnegación, su paciencia, su inquebrantable honradez. Mas ninguna circunstancia adversa tuvo la fuerza de apartarle del camino que eligió en su primera juventud.

"El Arcángel de las Anunciaciones le designó el hogar donde debía buscar la esposa para su hijo cuando éste llegó a la edad competente. Y Rebeca apareció en el escenario como por una maravillosa casualidad. Dos vigorosos retoños aparecieron en la primera rama del Árbol genealógico de Abraham: Esaú y Jacob. Este último fue padre de doce hijos que fueron los jefes de las Doce Tribus que formaron a través de largos siglos el numeroso pueblo llamado de Israel, cuando su verdadero nombre debiera ser: Pueblo de Abraham. El siervo de Dios trajo en verdad muchos ángeles a la tierra, pero la humanidad no persevera largo tiempo en la equidad y la justicia. Pareciera que se cansa y hastía de la vida de santidad. En la segunda generación ya hubo rasgos y hechos sobrecargados de falsía, de envidia, de malevolencia y engaño.

"En la tercera y cuarta generación hubo algunos delitos graves y muchas desviaciones de menor gravedad, no obstante de vivir entre ellos, reencarnado, el gran hombre justo y ecuánime que dio origen a su raza.

"Como profeta, como augur, como hombre de consejo, levantó

siempre su voz en contra de toda contravención a la breve ley en que el pueblo se formó desde sus horas primeras.

"La Eterna Ley se encargó siempre de afirmar con algunas de sus estupendas manifestaciones físicas, las advertencias o correcciones que el fundador de la raza, reencarnado en medio de ella, daba a su pueblo que nacido en tan noble y purísima cuna, con altos designios divinos, así olvidaba su pasado para enlodarse en un presente de tan contrarias ideas y costumbres de aquellos de su lejano origen.

"Sólo una luz fue permanente en el pueblo de Abraham: la *Unidad Divina* que absorbió siempre, por completo, la fe, la esperanza y la voluntad de ese pueblo bien amado de Dios, a quien Abraham había suplicado tanto el don de poblar con ángeles la tierra que le dio vida.

"El Eterno Invisible, el Dios de Abraham, sea sobre quien esto escriba para quienes acierten a tener este escrito en sus manos. *Nachor de Betel. Biznieto del Patriarca Abraham*".

(*Este ser que en estado espiritual dictó la Escritura, había sido hijo de un hijo de José, el que fue Virrey de Egipto en los años de Jacob, un descendiente directo del Patriarca Abraham.

El dictado fue recibido por un sensitivo o profeta como entonces se decía, de la quinta generación de Abraham, época en que parte del pueblo comenzaba a apartarse del camino de su fundador y a tomar muchas de las costumbres y prácticas del Egipto de esa época).

Cuando Moisés terminó esta lectura levantó sus ojos hacia el Anciano Ismael y estas fueron sus primeras palabras:

–Por el Dios de Abraham y por él mismo, prometo que seré el conductor de su pueblo hasta hacer de él lo que fue el anhelo de toda su larga vida. El esfuerzo y consagración de mi parte será absoluta y completa. Si algo falla será por la dura cerviz de quienes no comprenden lo que significa una elección divina para designios futuros desconocidos de los hombres.

–Hazlo como lo dices, hijo mío, y que el Dios de Abraham sea contigo para llevar a cabo la grande y difícil empresa.

Dos semanas pasaron y Moisés no volvía al castillo del Lago Merik. Le absorbió en absoluto el estudio del pueblo que la Eterna Ley le entregaba para dirigir al cumplimiento de un designio que aún no alcanzaba a percibir por completo.

Conocía, por la Escritura que leyó, los orígenes nobles, elevados y sanos de ese pueblo, pero también dicha escritura dejaba comprender que él se había apartado del camino de la Ley. ¿De qué forma, modo y por qué causa? También eso debía saberlo. Por

intermedio del Anciano sacerdote Ismael, llamó a los octogenarios, a los que pisaban ya los umbrales de la centena, a fin de conocer detalles de la vida de ese pueblo. Y así supo que hubo rebeldías en el tiempo de la regencia y esas rebeldías, que estuvieron a punto de provocar guerras con los países vecinos, fueron en su mayor parte iniciadas por sujetos del pueblo de Abraham que se resistía bravamente a ser reducido a esclavitud.

Moisés juzgó que esas rebeldías eran favorables a los descendientes de Abraham porque aunque nacido y crecido en épocas de tremendas aberraciones humanas, la esclavitud del hombre era, en su sentir, la más denigrante y atentatoria contra la dignidad humana acordada por Dios, como el más hermoso tesoro brindado a la inteligencia, a la razón, al libre albedrío de que había dotado al ser que era coronamiento de sus creaciones orgánicas.

Mas..., pronto llegó a descubrir que parte de ese pueblo se entregaba, de tiempo en tiempo, a rendir culto a los dioses que los egipcios adoraban, que había talleres en que hijos de Abraham se dedicaban a esculpir figuras de dioses en oro, plata, madera o arcilla, que eran pagadas a alto precio por los hombres de los templos o por fanáticos adoradores egipcios o extranjeros, comprendió bien lo que significaría dirigir un numeroso pueblo en quien hubiese la lepra de la idolatría, y más aún realizada por avaricia y dinero que por sentimiento y convicción.

Volvió al castillo del Lago Merik, no tan optimista como había salido dos semanas atrás.

–Vuelves entristecido, hijo mío, –le dijo su madre apenas lo vio–. Más, si ves lo que de los cielos te ha enviado nuestra Madre Isis, volverá el gozo a tu corazón. –Y así diciendo le tomó de la mano y le condujo a la habitación que él ocupó de niño y que entonces era habitación de Estrella. Una cuna encortinada de gasa y en ella un hermoso niñito dormido. Tras de las pesadas cortinas de la alcoba dormía también la madre que en la semana anterior había dado a luz al pequeño querubín, que Thimetis creía hijo de su hijo.

–Me has hecho abuela, hijo mío, y con ello me has dado una dicha que no esperaba en la tierra.

Moisés contempló un rato al pequeñito que le llamaría padre y pensó con dolor en el que era su padre, la pobre víctima del fanatismo inconsciente y malvado, de quienes buscaban la justificación y la amistad de lo infinito sacrificando honras y vidas. A su evocación intensa y amorosa, aquel ser le apareció en el acto, como si ya de antes hubiera estado velando la cuna.

–Es mi hijo –dijo sin palabras la aparición–. Soy dueño de esa materia, pero no del alma que la anima, y que es más tuya que mía. Es la misma esencia espiritual que animó al padre de tu único amor humano, Profeta del Altísimo, es el alma de Atón Mosis el médico que te vio nacer y que amparó a tu augusta madre en aquellos días difíciles y lejanos.

– ¿Cómo quieres que le llame? –acertó a preguntar Moisés cuando la emoción le permitió hablar.

–Si me lo permites, quisiera llamarle con mi nombre: Essen. Será tu más grande amigo y seguirá tus caminos de sacrificio y de gloria durante su vida y más allá del sepulcro. Él será el ángel guardián de ese pueblo sin que los encarnados lo sepan, el que después de ti, atraerá para él todos los bienes que la Eterna Justicia dará al pueblo de Abraham, ahora por ti, después por Essen, continuador tuyo con tan grande fidelidad que mantendrá tu lámpara encendida hasta que de nuevo vuelvas a pisar los valles terrestres.

"Moisés, tu alma gemela, tu esposa eterna lo ha elegido para ti y es ella quien te envía este don".

– ¡Merik! ¡Mi novia eterna! ¡Mi desposada invisible para todos, pero siempre presente en mi corazón de hombre, que se convirtió en cenizas heladas al faltarle tu aliento para encender las ascuas!

Un suavísimo perfume de lirios se esparció en el ambiente, y Thimetis, que se había adormecido, sentada junto a la cuna, se despertó llena de gozo celestial.

– ¡Moisés, hijo mío!..., ¿sabes quién velaba esta cuna?

–Dímelo, madre, que casi lo adivino.

–Es Merik quien te manda este don. La he visto tan suave y bella como era en su breve vida de quince años. Con ella estaba una corte de seres coronados de rosas y con una vara alta, como un cayado de pastor, en la diestra, y florecidas de unas flores blancas tan frescas y relucientes como nuestros lirios de las montañas cuando están bañados de rocío... Aún siento su perfume... ¿No lo sientes también tú?...

–Hasta aquí me llega, madre, esa ola maravillosa. –Dijo la suave voz de Estrella que apartando la cortina asomó su rostro desde la alcoba.

– ¡Hija! ¿Dejas ya el lecho? –Preguntó Thimetis llegándose hasta ella.

–Sentí la presencia de Moisés y quise ver cómo recibía a mi hijo. Me siento tan bien y tan dichosa de ver tu dicha y la suya, que no pude resistir el impulso de acercarme a vosotros.

– ¡Oh, madre feliz de un ser que llega a la vida con el sello divino de servidor de Dios!... –exclamó Moisés, tomando la mano que su esposa le tendía y acercándola a la cuna del niño dormido...

Tal fue la entrada a la vida terrestre de Essen, hijo adoptivo de Moisés y fundador de la Fraternidad Esenia que suavizó los años maduros del *Genio Gigante,* según le llamaban antiguas Escrituras, y continuaron sus caminos de paz, sabiduría y amor hasta su nueva venida, la final, en la personalidad augusta de Yhasua de Nazareth.

Las edades y los siglos, por duros y tempestuosos que sean, no pueden impedir estos encadenamientos de hechos y de vidas consagradas y escogidas por la Eterna Ley, para impulsar las humanidades a los elevados destinos a que debe llevarlos la inmutable ley de Evolución.

El mismo día y a la misma hora, el gran Sacerdote del pueblo de Israel allá en Gesen, y en Pozo Durba del lejano Madián, el Patriarca Jetro, percibían la misma visión que alumbró a Moisés. Y ambos la escribían en el álbum de sus intimidades espirituales en esta forma:

"Está ya encarnado el hijo adoptivo de Moisés que le he visto en esta visión, y la corte que rodea a su alma esposa está formada por todos los Profetas que vendrán a la Escuela fundada por Essen, para enseñar y proteger al pueblo de Abraham, en medio del cual realizará, en edades futuras, la gloriosa epopeya de su Vida Mesiánica postrera en medio de esta humanidad".

En la primera caravana que salió de Pozo Durba y atravesó el desierto, venía la epístola del Patriarca Jetro anunciando a Moisés que a través de tan inmensas distancias, la Eterna Luz, maga divina de los cielos, vertía sobre la tierra sus claridades soberanas que marcan rutas, abren caminos y forjan héroes y santos cuando ha llegado la hora de realizar creaciones imperecederas.

= 56 =
LAS DOS POTENCIAS

Tranquilo ya su espíritu con el conocimiento de los orígenes del pueblo de Abraham que había adquirido, Moisés pensó en cumplir la misión de orden financiera que le encomendara el príncipe gobernante del Néguev. Y siendo que la Princesa Thimetis debía también dar las gracias al Faraón por su importante obsequio, se trasladaron ambos en su velero engalanado de cortinados y pabellón oro y nieve, río arriba, pero no con el corazón tan sosegado y apacible como fuera su deseo.

¿Cómo recibiría el Faraón a Moisés? Habiendo recibido el aviso, Amenhepat salió a recibirlos al gran muelle frente al suntuoso palacio, y acompañado de tan numerosa escolta a toda gala, que los visitantes pudieran interpretar de dos maneras: manifestación de fuerza defensiva o exteriorización de afecto y homenaje.

El abrazo que dio a la Princesa fue el de un hijo a la madre por largo tiempo ausente.

En cuanto a Moisés, el Faraón se hubiera limitado a estrechar su mano, pero Moisés llegó a él con los brazos abiertos y Amenhepat volvió a ser aquel jovenzuelo compañero de vacaciones en Tebas, y se dejó estrechar por él.

En el silencio de las emociones hondas se ahogaron las palabras, y los ojos brillantes de lágrimas contenidas fueron elocuentes en extremo.

–Te felicito, hermana, por tu regencia en Mauritania y sólo lamento que tengas que volver allá por cuanto te reclama tanto ese pueblo.

–Gracias, hermano, pero tengo esperanzas de conformarlo sin volver.

–Y a ti, Osarsip, no te felicito sino que lamento hayas perdido entre desiertos y peñascos el sereno valor del gobernante ecuánime y justo.

–Me permito decirte, Faraón, que el desierto y los peñascos aleccionan al hombre en cuanto a conocerse a sí mismo, corregir deficiencias y capacitarse para ser útil en la vida de relación.

– ¿Puedo interpretar esas palabras como idea de permanecer en Egipto?

–Creo que sí, Faraón. Si no es otra tu voluntad, estoy en la tierra que me vio nacer.

–Tantas veces lo he deseado que estuve a punto de llamarte a mi lado. ¿Habrías venido?

–Sí, Faraón, habría venido sabiendo que me necesitabas. Es hermoso y es justo acudir a quien necesita de nuestros servicios. Yo lo he creído siempre así.

En este breve diálogo, mientras caminaban hacia la gran entrada del palacio, podrá darse cuenta el lector de las disposiciones de ánimo en que el soberano se encontraba respecto de sus visitantes.

En el gran salón del trono les esperaba la Reina con sus tres niños, dos varones y una mujer, y toda su corte de damas. Moisés le hizo una gran reverencia besando su mano y Thimetis la estrechó a su corazón en un sincero y maternal abrazo. El primogénito de nueve años, la niña de siete, y el más pequeño de cuatro años, fueron presentados a los visitantes con estas palabras del Faraón.

–Aquí tenéis mis conquistas. ¿No son valiosas más que el oro y los brillantes?

– ¡Desde luego, Faraón! ¿Quién puede comparar el oro y los brillantes con estas estrellitas que el Eterno deja caer sobre nuestras vidas terrestres?

– ¿No cayó ninguna estrellita de estas en tu senda, Osarsip?... –Y el Faraón miraba a Moisés con picaresca sonrisa.

– ¡Sí, Faraón!... La Ley Eterna me dio una esposa y un hijito que he querido verle nacer en Egipto, que sólo cuenta cincuenta y siete días.

– ¡Oh! Ésta sí que es noticia grande y hermosa. ¿Y puedo saber quién fue la elegida?

–La hija menor de tu gran pariente, el Patriarca Jetro, que es un astro de luz perenne en el Desierto y en la Arabia. ¿Te conforma?

– ¡Así, así! Las hijas de tío Jetro son, casi siempre, retoños bastardas de reinas y princesas olvidadizas de su deber.

–Mi Estrella no es hija de reinas ni de princesas sino que viene del hogar de un marino de la Bética que en sus viajes a la tierra del Sol, la Mauritania de mi abuela, pescó su estrella y abrió su tienda bajo las acacias de Bética. La barbarie humana la dejó sola en el mundo, y ya sabes que el tío Jetro es el padre obligado de todos los huérfanos de este mundo.

La Reina, silenciosa, escuchaba y una ligera sombra de melancolía se extendió por su hermoso rostro.

La Princesa Real que lo advirtió se inclinó hacia ella y le dijo casi al oído:

–Mientras ellos hablan de sus cosas, hablemos nosotras de las nuestras.

–Sí, es mejor. El Faraón tiene a veces frases tan duras que temo llegue a ofender a tu hijo.

–No te preocupes, que mi Osarsip es buen piloto en todos los mares. He sabido que el Rey, tu padre, está enfermo y reclama tu presencia. ¿Irás a verle?

–Aún no lo sé. El Faraón esperaba vuestra visita para resolverlo...

– ¿Qué relación puede tener una cosa con la otra?... No comprendo.

– ¿Por qué no llevas, Reina mía, a la Princesa Real a tu pabellón particular? Estarías allí mucho mejor que entre la aridez de nuestras conversaciones de compra y venta, del debe y el haber. –Esto lo sugirió de pronto el Faraón cuando creía llegado el momento de plantear el asunto encargado por el Hartat del Néguev.

La Reina no se hizo repetir la indicación y muy agradecida de la concesión, salió llevando del brazo a Thimetis, mientras el aya se llevaba los niños y las damas seguían en pos de las dos augustas señoras.

Apenas ellas salieron dijo el Faraón:

–Habrás comprendido que con la presencia de tan numerosos testigos de vista y de oído, los soberanos de pueblos no podemos hablar.

–Sí, claro está, lo he comprendido. ¿Tienes órdenes secretas que darme?

–Te contesto con otra pregunta: ¿te consideras ciudadano de Egipto y súbdito mío?

–Creo que eres tú, Faraón, quien debe decir si soy un ciudadano egipcio o un infeliz paria expulsado de su patria como un reptil venenoso.

–Nos separamos de veinte años, cuando podíamos llamarnos Osarsip y Amenhepat recíprocamente. Ahora tenemos ya treinta años y somos casados y padre de una familia. ¿Qué hice yo en la ausencia tuya y qué has hecho tú, lejos de mí?

– ¡Faraón!... Lo que hiciste tú lo ignoro por completo, pero sin duda alguna de que obraste conforme al dirigente de un gran país. Más lo que yo hice, bien poca cosa ante el mundo, fue un completo renunciamiento a cuanto los hombres consideran su dicha suprema, para consagrarme en absoluto al progreso espiritual y moral de mi propia psiquis, y de todos los que se crucen en mi camino. Para esto he fundado una Escuela de Ciencias, Artes y Cultura,

interior y externa, en forma de que los alumnos que allí se formen sean seres capaces de enseñar, encauzar y dirigir a otros en un futuro ya cercano, o lejano, según el Eterno Invisible lo disponga. He querido ser como un continuador del Patriarca Jetro, aunque con la certeza de no llegar a la altura que él ha llegado.

–Y, ¿qué altura crees que es ésa?, ¡pobre viejo!, que sin ningún amor a sí mismo, se lanzó tras de las quimeras del visionario Anek, y allí quedó vegetando en el desierto como un lagarto al sol... Pienso, Osarsip, que para llegar a algo, un hombre debe amarse a sí mismo, lo bastante para salvar todas las barreras que se opongan a este supremo anhelo de toda alma destinada a la inmortalidad. ¿Acaso no te crees tú destinado a ser inmortal?

–Sí, Faraón, y porque así lo creo, dejo a un lado del camino lo perecedero y fugaz para prenderme como la raíz a la tierra a lo que es imperecedero y eterno.

– ¡Está bien, hombre de piedra! Pero debes convenir que la inmortalidad la podemos hacer con obras y no con sueños que se desvanecen al despertar.

"Yo he creado ciudades, he reedificado templos, he construido otros; circos, termas, palacios, casas de la vida donde no las había, y sobre todo una gran Escuela de Esgrima y artes de la guerra, con mil becas por trimestre para formar un ejército que sobrepase a los que tienen todos los países del mundo. ¿No es esto crear una inmortalidad digna de un hijo de los dioses?

– ¡Efectivamente, Faraón! Creo que has realizado obras de acuerdo con tu ideal y muy en consonancia con tu situación. Añado que todo ser humano es como un Libro vivo, en cuyas páginas nuestro Yo interno va escribiendo sus realizaciones buenas o malas, según los ideales que sustenta y su propio libre albedrío.

"Mis obras en estos diez años no pueden en forma alguna compararse con las tuyas que aparecen inmensas a la vista de todo este mundo. Las mías son invisibles, sin forma, sin nombre, conocidas nada más que por quien las ha recibido y por mí que las he hecho. Las tuyas te atraen grandeza, renombre, gloria, fama. Las mías no me traen más que la íntima y secreta satisfacción de haber podido realizarlas...

–Comprendido, Osarsip, comprendido. ¡Anek..., todo Anek! Si es verdad que las almas reencarnan, tú eres la reencarnación de aquel Faraón soñador y visionario, que tuvo la desgracia de atraerse la muerte para sí mismo y para millares de seres que soñaron despiertos como él.

"¿Sabes que las calles de Amarna, de Abydos, de Tentira y los

caminos adyacentes fueron ríos de sangre y escenarios de horrendas matanzas? ¿Podemos decir que hizo obra justa, ese incauto soñador de imposibles?

– ¡Faraón!... ¿Si una vandálica horda de piratas, armada de catapultas invade tus ciudades y destruye tus obras, deberemos culparte a ti que las hiciste o a los bárbaros que las reducen a escombros?...

El Faraón quedó pensativo y silencioso por un largo espacio de tiempo y Moisés guardó silencio como él. Por fin salió de su mutismo, y con cierto desaliento y cansancio, dijo el Faraón:

–Mis razonamientos siempre fueron vencidos por los tuyos. ¿Por qué será que la razón y la lógica están siempre de parte tuya?

–Mucha honra es para mí, Faraón, mas no creas que en todos los terrenos salga yo vencedor. He aprendido a perder y pierdo con serenidad. También es esta una de mis obras invisibles, sin forma y sin nombre que he podido realizar entre el desierto y los peñascos.

– ¡Serenidad en la derrota!, ¡en el fracaso!, ¡en la renuncia de todo!... ¡En la miseria, en la ruina!, ¡por los dioses, Osarsip, que en verdad pareces de piedra! –exclamó el Faraón, dominado de una exaltación muy cercana al despecho y a la ira.

–Te ruego no exasperarte por causa mía, Faraón. No me lo perdonaría nunca, pues no he venido a desagradarte sino a pasar unos momentos de placidez en tu compañía, y a la vez cumplir el encargo del Etnarca del Néguev.

–Casi lo tenía olvidado, te aseguro.

–Pues yo lo pensaba en este momento. Él puede enviarte a la frontera cuatro mil caballos por el momento. Tus administradores verán cuál es la equivalencia en cereales, según sea el costo actual de todas las cosas.

–Todo eso ya está hecho, Osarsip, y si es tu gusto, al final les daremos el visto bueno. Por ahora consagrémonos a nosotros mismos. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer en Egipto? ¿Un año, dos, tres o diez?

–Permaneceré el tiempo que tarde en conseguir de tu generosidad, piedad o justicia para los que carecen de ellas, quizá sin tu conocimiento.

– ¿Pero hay alguien que no esté a su gusto y placer en Egipto? –preguntó el Faraón con inusitada vehemencia.

– ¡Oh, Faraón!... En tan grande y rico país se comprende muy bien que abunden los abusos de los fuertes sobre los débiles.

–Y, ¿quiénes son a tu parecer los fuertes y quiénes los débiles?

–Como en todas las tierras y en todas las épocas, Faraón, son fuertes los potentados por el oro y por la posición conquistada cerca a los poderes reinantes. Piensa un momento en los que gozan de todos los bienes que les traen su fortuna y su amistad contigo; y luego piensa también en los que tratados como raza inferior, viven la vida de los esclavos y de los parias aceptados por lástima en extranjera tierra...

–Los beduinos..., ¡los jacobos, o israelitas! ¡Por favor, Osarsip! ¿Tanto bajaste del nivel que has llegado a pensar en ellos? ¡Jamás lo hubiera creído si no lo oyera de tus propios labios!

– ¡Eso me han enseñado también el desierto y los peñascos y entre los cuales he meditado diez años, Faraón! No hay justicia ni una mediana equidad en favorecer con extremada largueza a los unos y a tirar de la cuerda casi hasta romperla, atada al cuello de otros.

– ¿Y quiénes son los que se están ahorcando en Egipto, me lo quieres decir? ¡Los jacobos descendientes de los cerdos!...

–Ellos y otras tribus extranjeras que han quedado y son como la resaca del Nilo. Si tú no los quieres ni hay para el país ventaja alguna en su presencia, sería justo dejarlos marchar a buscar su vida por otras tierras, otros aires, otros horizontes. Además no son descendientes de cerdos sino de una cruza de la raza Atlante con la de los Samoyedos del Norte. Tal es el origen de la raza de Abraham que un ilustre antepasado, un Faraón de Dinastía ya desaparecida recibió como un don de los dioses. Vienen desde Sem, lugarteniente de Nohepastro y de Eufemia hija de Forkan III, rey de los Samoyedos ya desterrados de Hisarlik, su patria original.

– ¡Bah..., bah!... Tus viejas historias suenan a cuentos sin realidad probada. ¡Todavía me vas a salir con la noticia de que sabes quiénes edificaron las viejas pirámides y la monstruosa esfinge!

–Y puedo decírtelo, Faraón, porque en verdad lo sé, y las viejas Escrituras recogidas en los archivos de Templos egipcios y de tumbas egipcias, y firmados por egipcios de la vieja nobleza faraónica, cuando tú y yo solo estaríamos en el pensamiento divino si es que se había dignado pensar en chispas de luz indefinidas...

– ¿Y, qué escrituras son esas que te han dado tan bellas noticias y de las que solo tú has tenido conocimiento?

–También las hubieras conocido, Faraón, si hubieras querido. El viejo templo de On, hoy en ruinas, tuvo por Archivero al Hierofante Isesi de Mauritania, durante veinticinco años. Mi madre

en su Regencia de aquel país lo sacó de *La Reclusa* donde yacía secuestrado por orden superior. Le habían permitido conservar su Archivo particular y demás pertenencias, y el Hierofante Isesi está en el desierto con el Patriarca Jetro, con quien fueron compañeros de estudio y de iniciación. Por eso he dicho que el desierto y los peñascos descubren muchos secretos y enseñan grandes verdades.

"Creo que convendrás conmigo que no todas las grandes almas son destinadas al trono.

–Sí, es verdad. Quizás tengas razón. Hay quien afirma que Egipto tuvo un glorioso y radiante pasado, y voy viendo que tú andas en todo esto. ¿Qué te parece si formáramos en Tebas una Escuela de altos conocimientos donde fueras tú el Pontífice Máximo?

– ¡Oh, no, Faraón!... Tiene Egipto en sus claustros sagrados, ilustres sabios que fueron mis maestros, y jamás podría yo ocupar tal lugar sin cometer una grave injusticia. Como un simple colaborador a tu gran idea, yo me consideraría altamente honrado, y desde ya me permito insinuarte que hagas realidad esa idea. Tú puedes hacerlo.

– ¡Lo haré, Osarsip, de una sola manera! ¡Te lo prometo por la memoria de mi ilustre padre que tanto amó a tu madre!... Y por ellos dos quiero hacerlo...

–Mucho me place tu resolución, y aunque entre los hombres no encuentres mayores entusiasmos y menos aún palmas de gloria y loas de aplauso, te recuerdo que desde los reinos de Osiris, te llegarán grandes compensaciones. Este mundo necesita soberanos que así se preocupen de la alta cultura de sus pueblos...

–Está bien cuanto dices, pero no te has preocupado de averiguar cuál sea la única manera o forma que me impulsaría a realizar la idea que demuestras interesarte tanto.

– ¡Oh, Faraón!..., ¡no olvides que eres hijo y nieto de Faraones!... ¿Desde cuándo es permitido a un sujeto cualquiera pedir explicación de sus pensamientos y resoluciones a un soberano de tal altura? No lo creí prudente, ni siquiera razonable. Tú dirás lo que es tu voluntad que yo conozca.

–Bien. Ya que tan en cuenta tienes la etiqueta palaciega, te diré sin que me lo preguntes, que la única manera en que yo crearía esa Escuela, cumbre de Ciencia Divina y Humana, sería contando contigo como Hierofante Máximo para dirigirla. Si aceptas, la Escuela será una realidad. Si no aceptas, quedo liberado de la promesa hecha a la memoria de mi ilustre padre que tanto amó a tu madre.

Y el Faraón dio a Moisés una mirada que tenía visos de un desafío, pues se figuró que lo había enredado en una red de acero de la que no podría escapar con facilidad.

Moisés lo comprendió de inmediato pero había llegado la hora en que la Ley le había colocado entre los invencibles, los invulnerables e inamovibles, donde Ella, Eterna Potencia, coloca a los que jamás retiran su mano del arado que abrió el surco, ni vuelven la cabeza atrás en el camino emprendido, ni acortan el paso en su viaje para contemplar un jardín florecido...

Y después de un corto silencio le contestó:

–También yo, Faraón, repito tus mismas palabras: Sólo de una manera me sería posible complacer tu deseo de que sea yo el Director de esa gran Escuela.

– ¿Cuál es esa manera, señor Osarsip peñasco? ¡Oh, quisiera que fueras hombre y no pedernal, te lo aseguro!...

– ¡No te incomodes, Faraón!... La vida me ha hecho tal como soy: piedra, peñasco, pedernal, guijarro que lastima los pies, arista que hace sangrar las manos... ¿Tendrías inconveniente en que la Escuela proyectada, abriera sus puertas y diera entrada libre a todo el que tuviera condiciones para aprovechar la enseñanza, y poner su vida toda a tono con ella? Ésa sería mi única manera de poder complacer tu deseo.

–Tienes a Anek hasta la médula de tus huesos. En la gran Escuela Templo de Abydos entraron hasta los esclavos traídos con dogal al cuello desde la Galia y la lejana Ascuzay, como prisionero de guerra...

–Naturalmente, Faraón, como si Egipto fuera invadido y vencido, y tus hijos esclavizados, ¿por qué no podrían entrar ellos a una Escuela Superior de Ciencia Divina y Humana?

– ¡Siempre tu razonamiento echa a tierra mis ideas buenas o malas! ¡Siempre tienes razón, Osarsip! Dime por fin toda la verdad. Te conjuro por mi padre y por tu madre a que me digas la verdad: ¿Eres un hijo de los dioses o un hijo de los hombres?

–La Princesa Real de Egipto, hija de tu padre Ramsés I y de Epuvia Ahisa, hija del Gran Sfaz de Mauritania, es la única mujer que me ha llamado hijo. Es cuanto puedo decirte Faraón.

– ¡Merecías un trono, Osarsip, pero como no puedo dártelo, te doy un Templo Escuela donde seas un Pontífice Rey!

"¿Dónde lo quieres? ¿En Menfis, en Tebas, en la antigua Abydos?

–En el viejo templo de On, si tú no te opones, pero sin pontificado ni reinado que no me harían diferentes de lo que soy. Sólo pido puertas abiertas y entrada libre para los que sean capaces de

comprender la enseñanza y adaptar su vida en absoluto a ella. Las razas y posiciones sociales no entran en mis programas de cultura superior de las inteligencias. Si mis modos de ver no menoscaban los tuyos, Faraón...

–El tiempo lo dirá. Probemos y aún espero hacerte grande a mi altura...

– ¡Empeño vano a mi parecer, Faraón!... Así y todo quiero colaborar en la realización de tu gran idea porque considero un deber ineludible el colaborar en toda obra justa, bella y buena para nuestros semejantes.

"Hacer hombres justos y buenos, mujeres honestas y puras, a esta juventud que sale recién a la vida, es una bellísima obra Faraón y muy digna de un Soberano, que tuvo por antepasados lejanos a grandes creadores de civilizaciones de Continentes... Thoth, Hermes, Mizraim, Soser están reclamándote imitación...

–No te entusiasmes tanto, Osarsip, sin saber si soy o no capaz de realizar todo lo que voy viendo que cabe en tus sueños...

– ¡El amor es más fuerte que la muerte! ¡Y el amor salva todos los abismos!

–Vuelve la pesadilla de Anek-Atón. ¡Vas a morir en tu ley!

–Eso no lo dudes, Faraón. ¡Los peñascos del desierto y yo nos parecemos!

–En efecto; y como estoy convencido de que tienes fibra de triunfador, quiero tenerte a mi lado para que triunfemos juntos. Dime, ¿no te ilusiona hacer a Egipto el más glorioso país del mundo?

–Esa fue la pesadilla de Anek-Atón según tu propia expresión, Faraón, pero como este mundo no ha vislumbrado aún lo que en verdad podría merecer el nombre de *glorioso*, Anek murió envenenado, asesinados en masa todos sus adeptos y envenenado también el hijo que subió al trono, con igual pesadilla que su padre. En cambio, triunfó Tutankamón, que dobló la frente al yugo de los juicios humanos, que hoy por hoy son muy diferentes de los pensamientos y los juicios de la Eterna Ley.

– ¿Cuándo puede llamarse grande y glorioso un país según tu criterio?

–Cuando gobernantes y pueblos han llegado a la capacidad de obrar con equidad y justicia en todos los actos y momentos de la vida.

– ¿Pero, crees que eso es de posible realización en el mundo?

–En edades muy remotas fue posible, Faraón, según lo refieren viejísimas escrituras con hechos y pruebas que no podemos desmentir; pero tal estado glorioso y feliz no fue de perpetua

duración; porque esta humanidad es aún fruta verde y necesita madurar después de haber sufrido frecuentes podas y dolorosos cortes, tal como los árboles de tus huertos y jardines.

– ¿Quieres que ensayemos con nuestro Egipto milenario?

– ¡Sí, Faraón! Ensayemos tú y yo a ser justos y buenos, y luego pidamos a todo Egipto que lo sea también.

– ¿Qué justicia y qué bondad debo poner en práctica yo antes que nadie?

– ¿Crees obrar con justicia con los extranjeros que viven en el país?

–Vuelves a los beduinos y los negros del país de Kush. A los berberiscos que comen hasta carne de tigres y panteras, y venden las pieles a la nobleza espuria del Indostán.

– ¡Sí, Faraón, vuelvo por todos los esclavizados y pisoteados de éste y de todos los países del mundo!

– ¡Pero, hombre!... ¿Quieres hacer de las bestias, ángeles del paraíso?

– ¡Faraón!... Los que han levantado todas las ciudades, templos y monumentos que embellecen tus ciudades, no son bestias. Son hombres que piensan y aman, que tienen esposas e hijos que padecen hambre, desnudez, frío, miseria, porque el medio salario que les da tu ley no alcanza a cubrir sus necesidades. Si se les exige trabajo doble que a los ciudadanos egipcios, qué razón hay para obligarles a conformarse con medio salario como compensación a doble trabajo.

"Y si vas a decirme que no satisfacen tus aspiraciones, ¿por qué les retienes en el país?

–Quieres al parecer encargarte de limpiar Egipto de tanta basura indeseable... ¡Triste tarea la tuya Osarsip! ¿Y qué saldrás ganando con ello?

– ¿No hablábamos hace un momento de países grandes y gloriosos? Transformar en una humanidad culta lo que es basura a tu juicio, creo que es el único medio de llegar a conseguir un país grande y de verdad glorioso.

– ¡Oh!... ¡Voy comprendiendo, Osarsip, tu sueño! Quieres la alta Escuela de Ciencia humana y divina a puertas abiertas, para transformar en hombres y mujeres cultos a toda esa confusa mezcla de parias, beduinos y sucios jacobos que afean nuestras ciudades...

"¡Hombre audaz y valiente eres cuando te abocas a un trabajo semejante! Hazlo, Osarsip, aunque lástima tengo de ti porque así te condenas tú mismo a morir sacrificado.

–*"La muerte por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del Amor"*, decían los sabios filósofos de la prehistoria que hicieron la civilización de tres Continentes.

–Mis razones no te convencen, pero los hechos te convencerán. Mañana mismo será creada tu Escuela. Te doy mi palabra de Faraón. Con tus puertas abiertas eso será a poco andar una caverna poblada de cuervos, hienas y tigres que te devoraran trocito a trozo si mi garra de león no te defiende a tiempo... ¡Eres bueno y llegaste a los treinta años sin conocer la mala entraña de los hombres! En estos diez años de tu ausencia yo les he conocido bien y..., perdona mi egoísmo, por eso he pensado en ti no menos que un millón de veces.

–Gracias, Faraón, aunque no creo merecer tan grandes elogios de tu parte. ¿Puedo yo elegir a los Maestros de la Escuela?

–Todo cuanto se refiere a ella debes hacerlo tú. Yo sólo quiero para mí el ser espectador de tu obra...

Un edecán se presentó a la puerta jadeante, desesperado. – ¡Señor!..., perdón si os interrumpo... ¡Su Grandeza Príncipe Real cayó del columpio grande y la Reina está como muerta!

– ¡Vamos allá! –dijo el Faraón, levantándose apresuradamente seguido por Moisés. La escena que apareció a la vista de ambos no podía ser más desoladora.

El niño tendido en el suelo, echando sangre de la boca y la nariz, estaba inmóvil mientras la Princesa Thimetis arrodillada a su lado se esforzaba en contener la hemorragia.

La Reina, desmayada sobre un diván, era socorrida por sus damas, sin dar señales de vida ni ella ni su pequeño hijo.

Moisés levantó a su madre, y alzó al pequeño, colocándolo de pie entre sus rodillas y su pecho. La hemorragia se contuvo de inmediato y el niño que aún no recobraba por completo el conocimiento, decía a media voz:

– ¡Padre!, ¿me castigarás por la travesura?

Sintiéndose tan amorosamente abrazado por Moisés creía que era el Faraón quien le tenía entre los brazos.

–No temas, no habrá castigo, pero guarda silencio y piensa que quieres ser curado.

El niño cerró los ojos y pareció que dormía.

–Conviene que te tranquilices, Faraón –le dijo Moisés, viéndole el rostro blanco como un papel y con el ceño de los grandes accesos de cólera.

–Ahora me dirás quiénes deben pagar en justicia, el estado de la Reina, del príncipe casi muerto, y el gran disgusto que yo he sufrido.

–Lo que estás pensando, Faraón, es lo que no debes hacer si quieres que este accidente pase dentro de pocos momentos. –Y la mirada de Moisés, cargada de toda la fuerza magnética que pudo imprimirla envolvió al Faraón como un velo de frescura, de serenidad y de calma.

Con su pensamiento ya había decretado en un instante la muerte por decapitación de la Aya Mayor, y de los pajes y criados que cuidaban de los niños.

Se acercó a Moisés que sostenía aún entre sus rodillas y su pecho al niño, y le preguntó:

– ¿Sabías tú lo que yo pensaba hacer?

–Sí, Faraón. Estabas a punto de ordenar que fueran decapitados en el acto, los que son encargados de vigilar a los niños.

– ¡Es verdad! Y creo que es justicia para que esto no suceda otra vez.

–Mira: tu esposa ya se incorpora y pronto estará bien. Y este niño, antes de ponerse el sol te buscará para que le refieras una aventura. ¿Serías más dichoso y más grande cortando media docenas de vidas en un instante?

–Pero, entonces, ¿qué es para ti un Rey, soberano de un gran pueblo?

–Un representante del Dios Invisible y Omnipotente, para gobernar y cuidar de sus pueblos.

–La Reina ya está bien –dijo acercándose la Princesa Real–, y el niño creo que no corre ningún peligro. El gran susto ya pasó. ¿Verdad Ramesés que no tienes ya ningún dolor? –preguntaba ella al niño acariciándole amorosamente.

– ¿Me castigará el Faraón?

–No, hijito, pero no repitas lo que hiciste hoy –le contestó ella, tomándolo de los brazos de Moisés para acercarlo a su padre–.

"Amplio perdón para todos reclama esta vieja hermana tuya, Amenhepat –añadió Thimetis, buscando suavizar el ambiente que aún estaba pesado y tenso.

–Porque estabais vosotros dos aquí, que de no ser así...

–El sol está muy alto y por eso es adorable y benéfico para todos...

– ¿Has comprendido, Faraón, el jeroglífico de mi madre?

–Tu madre y tú vivís en otros mundos que no son la tierra, y estoy temiendo ser arrastrado por vosotros al igual que un satélite por su órbita marcada.

Unos momentos después, la real familia reunida alrededor de una suntuosa mesa espléndidamente servida, celebraron la terminación

feliz del accidente, y el Faraón y Moisés continuaban el interrumpido diálogo, del cual quedaban bien manifiestas las dos grandes fuerzas que eran, dos poderosas montañas colocadas una frente a la otra como en permanente desafío: la una material, espiritual la otra.

El Faraón Ramsés II de Egipto y Moisés el Vidente del Sinaí.

= 57 =
LA ESCUELA A PUERTAS ABIERTAS

Al siguiente día de los acontecimientos referidos y apenas se levantaba el sol en su lecho de gasas purpurinas, entró Numbik apresuradamente a la alcoba de Moisés:

– ¡Señor, mi amo bueno! ¡Un inusitado suceso nunca visto en la tierra!... El Faraón acaba de llegar...

–No puede ser.

–Sí, mi amo. Ha venido en su carro color de fuego con unos grandes caballotes que piafan y transpiran por todos los poros..., ¿lo veis?, llama por vos, señor, y nadie lo puede contener.

Moisés se envolvió en su pesado manto blanco y salió a tiempo que Amenhepat ya subía la escalera que conducía a la terraza delantera del castillo.

– ¡Oh, Faraón! ¿Qué ocurre? Tu hijo o la Reina quizá...

– ¡Que Reina ni que hijo, Osarsip! ¿No te di mi palabra de Faraón que hoy crearía tu escuela a puertas abiertas? He venido a toda carrera y mis negros árabes han corrido como el viento. Ya lo ves: dos horas de sol y ya estoy aquí.

Moisés en su asombro no sabía qué contestar.

– ¡Oh, Faraón! Nunca creí que yo mereciera un esfuerzo semejante de tu parte.

–Yo soy así. O hago de inmediato lo prometido o no lo hago nunca.

Y grandemente fatigado por la carrera, se dejó caer sobre el primer banco de piedra que vio en el gran pórtico. Moisés permanecía de pie.

–Siéntate hombre, aquí cerca, que tenemos muchas cosas por arreglar. ¿Sabes que no dormí anoche pensando en tu Escuela a puertas abiertas?

–No creía que te preocupase tanto, Faraón... Tantas cosas tienes en que pensar.

–El Templo de On está en ruinas y tardaríamos mucho en poner

allí una sola aula. He pensado algo mucho más conveniente.

–Veamos.

– ¿Has visto ya Ramesés?

–Aún no he salido hasta esa distancia, pero sé que es la más espléndida de todas las ciudades creadas por ti.

–Le puse el nombre de mi heredero porque todo está allí dispuesto para forjar un Príncipe Real, tal como yo pienso que debe ser mi sucesor.

"Ramesés es la cabecera de la cadena de Fortines que voy tendiendo desde las bocas del Nilo hasta los flancos del Revenzora. ¿Te enteraste ya?

–No, Faraón, de eso no hablé con nadie.

–Pues yo pienso que en lo que será un día "Sala de Audiencias", funcione tu Escuela a puertas abiertas. En verdad que tienes fibra de domador de potros y amansador de fieras, y quién sabe si los dioses te han destinado para limpiar de salvajes las ciénagas de nuestro Delta, y de lobos y aves de rapiña las cuevas de nuestros montes.

"En mi carro cabemos los dos, y la escolta nos sigue al lado. ¿Me acompañas?"

–Con todo agrado, Faraón, si me permites unos momentos en vestirme como para ir a tu lado.

Y mientras Moisés vestía la túnica corta y demás accesorios propios del caso, Thimetis y Estrella rendían homenaje al Faraón, que quiso conocer al hijo de Osarsip, como él decía, y al que apenas miró dijo a su madre: –Si tú eres Estrella, tu hijo será un sol, pero no de conquistas guerreras sino tal como su padre, alumbrador de abismos y de honduras..., navegante audaz en contra de las corrientes...

Estrella le miraba casi con pavor y Thimetis poniéndole la mano en el hombro, le decía:

– ¡Hermano!... ¿Te volviste profeta?

–Todos tenemos algo de eso en momentos dados, y al ver a este angelito que parece un narciso recién cortado, se me ha ocurrido que no será ni más ni menos que un visionario idealista como su padre.

–Y como su abuela –añadió la Princesa Real en tono de broma.

–Pero en Mauritania hiciste una obra digna de Faraones, ¿crees que no lo sé todo?

–Nada hice a escondidas y me alegro que hayas quedado satisfecho de mí. Recibo tus palabras como si las dijera nuestro padre.

Moisés salió de pronto, transformado en su vestuario, que era muy semejante al que llevaba el Faraón y el que mirándole de arriba abajo, le dijo:

–De nuevo te veo como mi Superintendente Virrey.

–Eso quedó ya muy atrás. Si dijeras tu Auxiliar en la educación de tus pueblos te acercarías más a la realidad. ¡Vamos!

– ¡Hermosas y santas damas! Con vuestro permiso, nos vamos a Ramesés y acaso no veréis nuestros rostros pasada una semana. –Y diciéndolo así, el Faraón saltó a su carro y detrás de él, Moisés.

Y Numbik con la flamante librea de la Princesa Real y montado en un brioso alazán se plantó junto al carro y decía a Moisés:

–No verás mal que os acompañe, amo, para tranquilidad de vuestra madre.

–Sí, hombre, sí –decía el Faraón–. Tú eres la cabeza de su escolta y con la cabeza basta por ahora.

Moisés estaba asombrado del buen humor del Faraón. Y en un momento en que la Luz Divina se intensificó en su mente, comprendió que los enemigos invisibles de su misión le tendían un nuevo lazo.

Y una voz muy íntima y como si le llegara desde muy lejos le decía:

–El que entró en la intimidad con nosotros, rompió todos los vínculos con el mundo. No quieras anudar nuevamente lo que ya fue roto, ¡para siempre!... ¡Para siempre!

– ¿Qué piensas Osarsip que no hablas? ¿Estás pesaroso de verte a mi lado en mi carro? Mira que están firmes las bridas en mis manos, y soy también un poco domador de potros.

–Ya lo veo Faraón, ya lo veo. Y admiro la fuerza y destreza que has adquirido para gobernar estos caballos, que no son por cierto los asnillos de aquellos estudiantes que fueron a Tebas a pasar vacaciones.

– ¿Qué quieres? Entonces éramos polluelos de diecisiete años, y hoy tenemos ya treinta. Pero aún tenemos la vida toda por delante y podemos hacer grandes cosas. Yo como Faraón y tú como...

–Como educador de tus pueblos, Faraón –le interrumpió Moisés para evitar que repitiera lo que veía ya esbozado en su pensamiento.

Cuando se acercaban a Gizeh, quiso el Faraón detenerse para que viera Moisés, de paso, la Casa de la Vida (*un sanatorio público), que había hecho construir y que había inaugurado el año anterior.

–De referencia conozco esto –dijo Moisés–. Lástima grande

que tu buena y noble intención de favorecer a los que carecen de medios de curación, se ha transformado en un regular comercio de médicos, enfermeros y administradores.

– ¡Cómo! ¿Lo sabes tú y lo ignoro yo? ¡No puede ser!

– ¡Es lógico, Faraón! Se ocultan de ti los que lo hacen, pero no se ocultan de los que miran de un plano más bajo que el tuyo. Además..., Tebas es muy alejada de aquí...

– ¿Y en qué consiste ese comercio?

–Consiste en despachar sin atención ninguna al desposeído de todo, y atender mediante dones grandes o pequeños a los que algo tienen para dar. Hay quien paga con trabajo de meses y aún de años la curación de un familiar querido, un hijo, acaso el padre o madre cuya vida se quiere conservar.

–Y tú que recién has llegado, te enteras de todo, y yo, soberano de Egipto, lo he ignorado hasta ahora.

Y el Faraón frunció el ceño, en tal forma enfurecido que imprimió un latigazo a los caballos del carro que echaron a correr a todo escape, sin que los soldados de la escolta los pudieran contener.

Eran jóvenes de la nobleza cuya bella presencia hacía en verdad honor al Soberano, pero no eran capaces de contener aquella pareja de potros asustados. Numbik, que estaba forjado como su amo entre peñascos en el desierto, fue quien sujetó a las bestias y volvió el carro sin destrozo alguno a la plazoleta, frente a la Casa de la Vida donde los dos viajeros esperaban.

–Te dije que tú eras la cabeza de la escolta de tu amo, y que por ahora la cabeza bastaba. ¿Dije o no dije verdad?

El humilde Numbik se inclinó hasta casi tocar con su cabeza la tierra y así permaneció un rato, hasta que el Faraón lo mandó alzarse. Tal era el ceremonial usado, y que a veces tanto extremaba la medida, que algunos se tendían en el suelo cuando el Faraón los hablaba.

–Estos dos potros y este carro te los regalaré así que termine este viaje, para que conduzcas a tu amo cada vez que él quiera salir. Por los dioses que te has ganado este don, y el hijo de mi padre nunca fue mezquino en el pago.

Otra inclinación reverente de Numbik, pero mudo, sin pronunciar ni una sola palabra.

– ¿Es mudo tu criado, Osarsip?

–No, Faraón –contestó Moisés, mientras observaba con gran interés a los que entraban y salían de la Casa de la Vida–. No es mudo, pero fue educado por un sacerdote del antiguo culto, y aprendió de él el valor del silencio que obra sin palabras...

– ¡Ah! ¡Tus jeroglíficos, Osarsip, qué bien los sabes emplear! ¿Quiere decir que tu criado sabe callar cuando la cólera enloquece a quien le puede cortar la cabeza?

–Justamente, Faraón. –Y la cólera y el disgusto se esfumaron en la risa que causó a todos el chiste trágico del soberano.

–Si no te opones, Faraón, antes de ver la radiante Ramesés, quisiera que visitáramos la ruinosa On y su Templo que no veo desde hace diez años.

– ¡Siempre el pasado es más deseable para ti que el presente! No cambias nada de como eras hace diez años.

–Es difícil cambiar cuando se tienen ideales y convicciones más fuertes que el tiempo y que la muerte.

"Faraón debes estar cansado de las bridas, si me permites seré yo quien las lleve...

–Bien, hombre, bien, hazte ver como conductor de bestias de servicio antes que te encargues de las indómitas que te arrastrarán.

Y Moisés se encargó de dirigir los briosos caballos del carro, mientras el Faraón descansaba en el taburete auxiliar y continuaba el diálogo.

–Has hablado de convicciones y de ideales más fuertes que el tiempo y que la muerte. Dime, Osarsip, ¿qué es lo que sueñas y qué persigues con tanto afán? No te interesan cetros, coronas, ni tronos, ¿qué es, dime, lo que andas buscando?

–Quiero serte franco y leal como compruebo que lo eres tú para mí. Te ruego no enfadarte si difiero mucho de ti.

–Te lo prometo por mi honor.

–Estudiando el pasado he llegado a la convicción de que si algunos soberanos, antepasados tuyos, no tuvieron éxito en las innovaciones que quisieron imponer, y aún fueron víctimas del furor popular y sacerdotal, fue, en mi concepto, porque lo hicieron sin haber preparado el campo para tal siembra.

"Yo no quiero ni pienso pregonar un ideal sin antes preparar el pueblo que ha de seguirlo. Quiero crear un pueblo, una porción de humanidad para mi ideal.

– ¿Y con tal fin quieres una escuela a puertas abiertas? Voy comprendiendo por fin tus sueños que no son tan vanos, ni irrealizables como pudiera pensarse. Quieres formar un pueblo para tu ideal. ¡Y quieres formarlo de la resaca y escoria de todas las razas de la tierra!

–Sí, Faraón, porque entra en mis convicciones indestructibles, la verdad de que en todas las razas de este mundo, viven y palpitan y son chispas emanadas de la Eterna Potencia Creadora, que encierran

en sí, parte de las infinitas cualidades de la fuente original. Todas las gotas de agua de un manantial son agua de manantial iguales entre sí. Todas las chispas de un incendio en un pinar, son fuegos de viejos pinos ardientes. ¿No es así, Faraón?

–Es así, Osarsip. Tu idea es grandiosa. ¡Es un sueño digno de los dioses! Mas, no es seguro que salgas con vida de la encrucijada en que enredarás tu vida. Te rozarás con hombres y mujeres que tendrán garras de tigres y veneno de cobras. Los tigres ya lo sabes, devoran a los hombres y las cobras los envenenan suavemente. ¿Has pensado en todo esto, Osarsip?

– ¡Oh!..., muchas veces, Faraón. Mas yo te repito otra y otra vez: *¡La muerte por un ideal de redención humana es la suprema consagración del amor!*

–Siempre el hombre peñasco. ¡Eres una montaña de granito, Osarsip, que ni cien faraones te pueden derribar! ¿Por qué los dioses no te ponen a mi lado para hacer de Egipto el paraíso y la gloria de este mundo?

–Estoy a tu lado, Faraón, guiando los caballos de tu carro color del fuego, y sólo falta que tú quieras hacer de Egipto el espejo en que se mire la humanidad, purificada y limpia.

– ¡Lo quiero, Osarsip! ¿No sabes ya que lo quiero?

–Con los hechos, Faraón, no con solo palabras.

– ¿Tu escuela a puertas abiertas no es un hecho?

–Sí. Es sólo un ladrillo del edificio..., y, ¿cuántos ladrillos se necesitan para construir sólo un acueducto?

– ¿Diez millones de ladrillos?..., ¿cien millones?..., ¿cien mil millones?...

–No puedo precisar cuántos, pero..., probemos de que todo esto sea realidad y la Eterna Potencia por medio del tiempo nos lo dirá.

Y pasada Lihsi con su columnata de kioscos provistos de golosinas, frutas y manjares de toda especie, donde tomaron abundante refrigerio, llegaron por fin a la vetusta y pobre ciudad de On, con su viejo templo color de tierra, donde se enredaba la hiedra en columnas y torres, y los murciélagos y cornejas chillaban bajo sus naves y anidaban en sus criptas.

Y aquí, perdió Moisés toda su valentía. Saltó del carro y cayendo de rodillas en el pavimento resquebrajado del pórtico, frío y pavoroso como una tumba, rompió en sollozos que enrojecieron de llanto los ojos de cuantos presenciaron la escena.

–Amo, amo bueno, ¿qué os pasa? –se atrevió a decirle Numbik arrodillándose junto a él.

– ¡Déjale!... –ordenó el Faraón–. Él siente aquí el clamor de los dioses que ni tú con tu lealtad, ni yo con mi realeza, podremos percibir aunque corramos con un carro de cien caballos. –Y enjugando lágrimas furtivas, el Faraón se acercó a Moisés y como un padre que trata de consolar a un hijo pequeño, le dijo a media voz:

–Ten calma y serenidad, Osarsip, que yo te prometo por la memoria de mi padre y por la santidad de tu madre, que hoy mismo ordenaré la reconstrucción de este Templo donde te hablan los dioses y donde haré que los escuchen todos los hombres, mujeres y niños de este país.

Y abrazando la cabeza de Moisés arrodillado y sollozante, repetía con temblorosa voz:

– ¡Lo juro por los dioses..., lo juro por la momia de mi padre..., lo juro por el alma santa de tu madre!

– ¡Gracias, Faraón, gracias! Perdonad todos, mi desvalida actitud, pero vi y oí tantas estupendas cosas que mi corazón de carne no supo ni pudo resistirlas.

¿Qué había visto y oído Moisés al poner sus pies en los umbrales del viejo Templo de On? Una blanca legión de hierofantes, los grandes Iniciados de muchas generaciones de sacrificados y de santos, le recibían como al esperado de innumerables años y siglos. Las naves oscuras y ruinosas, tejidas de telarañas y musgos, se habían transformado en pórticos, naves de columna de radiante luz amatista y oro, donde resonaban arpas invisibles y notas suavísimas de cantares no escuchados nunca por él. Los Flámenes de Juno y de Numú, los Profetas Blancos de Anfión y de Antulio, los Kobdas de Abel..., toda una inmensa legión de Patriarcas y de justos le daban la más amorosa bienvenida, y los unos le llamaban padre, otros le decían hijo, maestro, guía, patriarca, pastor...

– *¡Cuanto has tardado en llegar!*

Tal era la frase que oía, mezclado a trinos de laúdes y de arpas, a cantares desconocidos, a rumor de flores que caían como una lluvia sobre su cabeza y más aún en su corazón.

¡El amor venció por fin la heroica fortaleza del hombre montaña de granito, según la frase del Faraón!

Los jovencitos de la brillante escolta que ignoraban en absoluto lo que sentía y veía Moisés, decían en secreto:

–Este hijo de la Princesa Real debe estudiar para Profeta, y a esa gente les hablan los dioses de tan terrible manera a veces, que quedan los hombres como muertos.

–Pero pareciome oír –decía uno–, que el Faraón juraba y volvía a jurar que haría no sé qué cosa.

–Algo grave debe amenazar al país, y créeme que estoy deseando encontrarme de nuevo entre las fuertes paredes de nuestro flamante cuartel de Tebas.

–Aquí las cornejas chillan y eso es de mal agüero –añadía otro.

–Vigilad los caballos del carro –dijo el Faraón a la escolta–, que nosotros entramos al Templo.

Los jóvenes se miraron y sus miradas hablaban, aunque sus labios estaban herméticamente cerrados.

–Tú que eres cabeza de escolta puedes seguirnos, que acaso te necesitemos para defendernos de las cornejas y abrirnos paso entre los escombros. –Y Numbik recibió tales palabras del Faraón, como si el mismo genio o dios de aquellas ruinas le hubiera mandado entrar.

Aquella escogida pléyade que esperaba a Moisés y le daba tan amorosa bienvenida, no podía dejar de influir en el Faraón, que tan dispuesto estaba para convertir en realidades los hermosos sueños del gran visionario.

Y fue así, que Ramsés II sintió que unos escalofríos comenzaban a helar su cuerpo que tan vigoroso y cálido se sentía momentos antes, sobre su carro color de fuego.

– ¡Osarsip! –díjole a media voz–, me parece que no estamos solos aquí. Ven aquí, cabeza de escolta: ¿Te invade a ti también el frío en la sangre?

El criado se arrodilló para contestar.

–El Templo de Abydos y el de Luxor son tan viejos como éste, señor, y yo he vivido desde niño allí. Estoy acostumbrado, señor, a las ruinas.

–Y, ¿por qué has vivido allí, pudiendo vivir a campo abierto, con aire y sol?

–Desde los seis años he vivido sirviendo al Anciano sacerdote Neferkeré...

– ¡Oh, ya, ya! Eres un pichón de búho y las ruinas no te asustan.

Moisés caminaba lentamente por la nave central, parecía no estar en este mundo.

– ¡Osarsip! –gritó de pronto el Soberano–. O yo me estoy volviendo loco, o andan gentes entre estas columnas que los esconden.

Moisés volvió en sí.

–En estos sitios sagrados, Faraón, donde tantos justos han orado, llorado y vivido largos años de dolores y sacrificios, deben quedar pendientes como cortinados invisibles, sus pensamientos,

anhelos y sueños, esbozados a veces en plegarias mudas, porque el sentir y el pensar no tienen voz ni producen eco.

"Es muy cierto lo que has dicho a mi criado, que aquí los dioses hablan.

– ¿Qué dicen, Osarsip? Tú que vives entre ellos, y acaso eres hijo de uno de ellos debes saber lo que dicen.

–Dicen siempre lo mismo, que obremos con justicia, que busquemos la verdad, que amemos el bien y que hagamos con todos nuestros semejantes como queremos que ellos lo hagan con nosotros. Les oyeron Mikerino, Mizraim, Thoth, Soser y otros. Les oyó Anek y tan fuerte los oyó que se lanzó sin control ni freno hacia el gran ideal sin haber preparado el campo para recibir la semilla.

"Por eso quiero la Escuela a puertas abiertas, para que la semilla que yo arroje en mi campo, germine, crezca y de fruto al ciento por uno sin que sea perdido ni un solo grano.

–Yo te ayudaré, Osarsip, porque he comprendido que tu sueño es grande y más, aún, que el vasto horizonte que nos rodea.

–El Soberano de un país, no puede cargar con la responsabilidad de una obra idealista que está en desacuerdo con el pensar y el sentir de su país. ¿Por qué murió envenenado Anek-Atón, y degollados en masa todos sus adeptos? ¿No me has dicho tú mismo que las calles de Abydos y de Amarna fueron ríos de sangre?

– ¿Quieres decir entonces que mi voluntad es nula ante la voluntad del país? ¿Yo, Faraón de Egipto con todos los poderes y derechos de tal, no puedo ordenar a mis súbditos que se sometan a mi voluntad?

–Si tu voluntad es abiertamente contraria a lo que el país y el mundo todo ha creído, sostenido y admitido como verdadero y justo durante siglos, no te será fácil, Faraón, conseguir el sometimiento sin grandes luchas.

"En la soledad del desierto he meditado mucho sobre estos asuntos y creo que la única forma de dar realidad y vida a una idea, es preparando una porción de humanidad para aceptarla. Allá en Pozo Durba, pleno desierto rodeado de altas montañas, el Patriarca Jetro y yo, hemos formado ya una Escuela, con poquísimos alumnos, ni aun llegan a cincuenta; pero esos pocos son columnas firmes para la idea que sustento.

– ¡Oh! Aquí centuplicarás el número, Osarsip, yo te lo aseguro. Y, ¿qué dirías tú, si yo me alistase como el alumno número uno de tu escuela? ¿No crees que eso arrastraría al pueblo tras de mí?

–Es eso..., casi un desafío al *qué dirán* de todo el mundo, Faraón.

¿Cómo transformarás en roja la sangre azul de la realeza? ¿Cómo convencerás al país y al mundo que las momias tan prolijamente preparadas y guardadas seguirán siendo palos secos, piedras, muertas y mudas para siempre, mientras la Psiquis ha tomado otros cuerpos y vivido otras vidas, cerca o lejos, y que el que fue rey, vive como esclavo o mendigo? ¿Cómo harás para que los potentados cargados de oro y de vicios, tengan piedad de los que nada tienen y partan con ellos sus tesoros? ¿Cómo harás para que los beduinos, los negros del país de Kush, los ladrilleros y esclavos se sienten a la mesa cuando comen, y se tiendan en lechos cuando duermen?

El Faraón había escuchado pacientemente los graves interrogantes de Moisés, dio un gran suspiro y mirando la hornacina resquebrajada del altar de Osiris, invocó al Dios con estas palabras:

– ¡Oh, divino Osiris, que guardas en tu reino a mi padre! ¿No puedes ayudarme a comprender a este hombre diferente a todos los hombres?

– ¿Y, qué me dirás, Faraón, si te digo que Osiris no puede oírte, porque está en mi Escuela de Pozo Durba, encarnado nuevamente en Hur, el hijo del médico de tu padre, Atón Mosis?

– ¿Qué?... ¿Estás loco, Osarsip?

– ¿Has visto, Faraón, que no es tan fácil aceptar ideas diferentes de las que tuvimos durante toda la vida y quizá en muchas vidas?

"Descifremos si te parece este grabado que aparece en este fragmento de loza, en el basamento del altar de Osiris que tú has invocado.

El Faraón prestó gran atención. Era el grabado de un faraón muerto que aparecía tendido en su sarcófago, con la frente ceñida por la tiara triple, símbolo de sus tres soberanías: del bajo Egipto, del alto Egipto y la soberanía divina, como hijo de los dioses. De su pecho escapaba un pájaro alado. Era Psiquis libertada. El pajarillo daba un salto y aparecía posado en el hombro de un labriego que araba el campo. Daba otro vuelo y se lo veía sobre la cabeza de un médico a la cabecera de un enfermo, en una sala de la "Casa de la Vida". En un tercero, cuarto y quinto vuelo aparecía como un maestro de esgrima, como capitán de un pelotón de soldados, como piloto de un gran barco que luchaba con las olas embravecidas. La loza rota en pedazos no permitía continuar viendo los sucesivos vuelos del pajarillo libre.

– ¿Qué significa esto, Osarsip, y quién es este Faraón muerto?

–Seguramente será el que hizo construir este Templo que data de la VII Dinastía, o sea muchos siglos antes de ahora, puesto que estamos viendo las ruinas del Templo de On. El significado de este grabado es la libertad del alma del Faraón, y las vidas sucesivas que tuvo hasta conseguir entrar al reino de Osiris, o sea la felicidad y la paz.

"Ya ves, pues, que el que mandó construir este Templo, que según la tradición y una vieja Escritura fue Beth-Emis de Gadeiros, descendiente de un Rey atlante, conocía este ideal, esta doctrina ya secreta de las múltiples vidas terrestres de la Psiquis humana.

"¿Comprendes por qué me agrada visitar las viejas ruinas de Templos abandonados? En las lozas rotas que aún quedan en muros, columnas y altares, resplandece como lámpara eterna la antigua sabiduría de los que, muchos siglos antes de nosotros, ya conocían lo que la humanidad actual ha olvidado en absoluto.

"¿Se podrá sostener, Faraón, que fue justicia envenenar a Anek y degollar en masa a todos sus seguidores porque él quiso encender de nuevo la vieja lámpara, que la ignorancia o la malicia habían apagado?

– ¡No, nunca!... Jamás pude condenar a Anek-Atón, aunque lo llamé soñador y visionario. Soñó que los hombres eran buenos; y no pensó que el egoísmo, la soberbia y la ambición engendran asesinos, piratas y forajidos aunque lleven corona real o toca de hierofantes y de iniciados.

–Creo que quedarás convencido que tú, como Faraón, no puedes cargar con la responsabilidad de ideas nuevas, en un país no preparado para recibirlas.

Este diálogo fue interrumpido por un murmullo de voces que se oía hacia lo más interior del viejo Templo en ruinas.

–Ahora sí que es cierto que no estamos solos, Osarsip.

Numbik que les seguía a cierta distancia, se adelantó rápidamente a averiguar lo que había detrás de aquella selva de columnas.

–Son viejecitos que almuerzan, señor...

–Serán mendigos refugiados aquí. Veamos quiénes son –sugirió Moisés caminando hacia adentro, seguido del criado. El Faraón les siguió a distancia contemplando el edificio, todo con gran interés.

Eran tres Ancianos sacerdotes y dos criados también ancianos que los servían. La pobre comida de su almuerzo consistía en pan negro de centeno y lechugas silvestres, acompañadas de aceitunas y unos cuantos peces asados, de los que abundaban en los lagos y arroyuelos del Delta.

Moisés recordó vivamente su encuentro con el Anciano sacerdote Neferkeré, años atrás, y una interna conmoción detuvo su andar y su palabra. Por la capucha que les cubría la cabeza y la vieja túnica blanca que vestían, comprendió que tres eran sacerdotes. Y se acercó a interrogarlos en el preciso momento en que el Faraón aparecía con una gran llave que hacía girar en sus manos.

– ¡La llave!..., ¡la llave!... –gritó, levantándose, uno de los tres Ancianos–. ¿Cómo tomaste esa llave?

–Es el Faraón, amigos –díjoles Moisés, tratando de evitar un altercado.

– ¡El Faraón!... –susurraron los Ancianos, cayendo de rodillas en el pavimento más muertos que vivos, por tan extraordinario acontecimiento.

– ¡Qué los dioses le coronen de gloria, de poder y de dicha!... –exclamó uno de los tres Ancianos.

– ¿Qué pasará, dioses de Egipto, que tal grandeza entra en nuestras ruinas? –añadió otro.

–Pasará que tendrás que decirme: qué es lo que guarda esta llave que encontré colgada de un candelabro.

–Sí, señor, vuestros siervos os lo dirán si queréis saberlo. Es la llave de la cripta donde se conservan las Escrituras del Templo y la momia del último Pontífice que murió diez años después de vuestro ilustre abuelo Seti, que los dioses guardan en su Reino de gloria y de paz.

– ¡Osarsip!... Aquí hay comestible para ti que andas siempre a la pesca de antigüedades. –Y le dio la pesada llave, al tiempo que les decía–: Este joven es el hijo de mi hermana, la Princesa Real Thimetis, que vosotros acaso conoceréis.

–Sí, señor, por ella vivimos aún con buena salud. Es como nuestra madre Isis, con el dedo en los labios guarda silencio.

–Y yo quiero ser como Amón Ra, y os mando levantar y recibir este don.

Y el Faraón dejó sobre la mesa un bolsillo con los anillos de oro, que era la moneda usada en aquel tiempo.

Los pobres ancianitos pasaban de los ochenta abriles, y dos de ellos ya llegaban casi a los noventa, y solo vivían de la piadosa generosidad de Thimetis y del Pontífice Membra, estuvieron a punto de echarse a llorar y comenzaron las loas y elogios en alta escala de los antepasados del Faraón, que ellos habían conocido y recordaban muy bien.

Entre los tres levantaron varios árboles genealógicos de los abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, no sólo del actual Faraón,

sino de Ramsés I, de Seti, de Neferka, de la Reina Néferi, Dufrini, Athara, Céfira y Hatasu, abuela y bisabuelas paternas y maternas, hasta que el más anciano de los tres sacerdotes dijo que el más antiguo árbol genealógico de la Reina Hatasu, la hacía descender en línea recta del Faraón Senkaré, que reinó treinta años, y una de sus esposas de la otra orilla del Mar Grande, la Princesa Gileni, hija del Príncipe de Mileto, era viuda y tenía un hijo que tuvo amor secreto con Athara, la única hija de Senkaré, la cual antes de morir confesó la verdad a su padre.

De ese amor secreto que Senkaré bendijo en el lecho de muerte de su hija, quedó el fundador de la VIII dinastía, Didufri, conocido como Escriba Sagrado del Templo de On, construido por el Faraón Senkaré.

El Faraón que escuchaba atento el relato, dijo de pronto:

–No comprendo por qué fue octava dinastía, si él, Didufri, era un nieto de Senkaré.

–Perdón, señor, –arguyó el Anciano cuyo nombre era Déferi de Tanis–, habéis olvidado que los Escribas Sagrados no pueden ser faraones, les está vedado el trono y para serlo deben pasar diez años expatriados o en reclusión y luego cambiar de nombre y de dinastía, y tomó el nombre de Neferkeré. Ése es el tronco del árbol donde la incomparable Hatasu, de santa memoria, resplandece como una estrella.

–Acabas de contarnos una bonita historia, mas, dime buen viejecito; ¿cómo me pruebas que todo eso sea verdadero?

– ¡Oh, señor! Si éste, vuestro servidor, no tuviera pruebas no hubiera hablado así en vuestra presencia. La mentira al Faraón es castigada por los dioses.

"En la cripta que se abre con la llave encontrada por vos, señor, están muchas antiguas historias. Allí está la historia de Senkaré y todo cuanto acabo de referiros.

–Senkaré –dijo por fin, Moisés, saliendo de su silencio–, fue el Faraón que tuvo el Primer Superintendente Virrey, aquel jovencito extranjero que había sido vendido a mercaderes egipcios por sus propios hermanos.

– ¿Cuál, el que descifró el sueño de las vacas gordas y flacas?

–El mismo, Faraón.

–Si no tenéis el seso reblandecido por los años –dijo el Faraón al Anciano Déferi el que tenía noventa y dos años–, creo que has dicho que la Reina Hatasu, bisabuela de mi padre, descendía del Faraón Senkaré.

–Sí, señor, lo he dicho y puedo probarlo con las Escrituras firmadas

por los tres más notables Escribas sagrados de este Templo: tres Hierofantes: Akad de Ahuar, Tribón de Euskadi y Cléber de Sais, que fueron también Archiveros muchísimos años.

"Y hay también una profecía hermosa, señor, del mismísimo Patriarca Fundador de este Templo, que dice más o menos así: *"Cuando las siete potencias divinas traigan a la vida de la carne al Señor de este mundo, un joven Faraón hará revivir este Templo que estará próximo al derrumbe, y por eso será recordado su nombre hasta el final de los tiempos y su memoria será bendecida y su historia contada por escrituras que nunca serán borradas.*

"Señor –dijo arrodillándose ante el Faraón, el viejecito sacerdote–. ¿No seréis vos ese joven Faraón de esta antiquísima profecía?

El Faraón miró a Moisés como interrogándole. Y éste se acercó al viejecito y le levantó del pavimento.

–El tiempo lo dirá buen Anciano. El Faraón es un gran constructor de grandes obras, y puede muy bien ser el que tú dices.

El Faraón estaba pensativo, pero después de un breve silencio, dijo:

–Aunque más no sea que por hacer felices los últimos años de estos simpáticos Ancianos, que tan lindas cosas me han hecho oír, seré yo el reconstructor de este Templo. ¿Qué opinas, Osarsip?

–Que esta vez has dicho la más grande palabra que puedes decir en toda tu vida, Faraón.

"Mi madre y yo, el Patriarca Jetro y su compañero de estudios y de iniciación el Patriarca Isesi, conocemos algunas Escrituras de este antiguo Templo, que es el abuelo, digámoslo así, de todos los más antiguos Templos de Egipto. Ni los de Karnak y de Luxor, ni el de Dendera con su celebérrimo zodíaco, ni el de Abydos con su tabla milenaria, pueden compararse en antigüedad con el Templo de On. Es hermano de la gran Pirámide y de la Esfinge, Faraón, y forma con ellos el gran triángulo sagrado que encierra toda la historia de esta humanidad, desde que era un globo de fuego reventado en mil volcanes hasta la hora presente en que apenas si ha llegado a la cuarta jornada de su largo camino.

– ¡Bien, bien! ¡El Templo de On será reconstruido, y vosotros tres podéis decir bien alto que habéis tenido una gran parte en mi resolución! –dijo el Faraón a los tres Ancianos–.

"¿Tenéis empeño en continuar viviendo aquí? Mañana mismo vendrán aquí cien jornaleros y esto será inaguantable.

Los tres Ancianos se miraban y sonreían, como si despertaran

después de un hermoso sueño. Y ninguno acertaba a contestar. Por fin intervino Moisés.

–Si no dispones otra cosa, Faraón, podíamos llevarlos al castillo del Lago Merik. Será una bendición de Isis para mi madre. Y allí estarán ellos mejor que en ninguna parte.

–Ven acá..., cabeza de escolta, no sé cómo te llamas.

– ¡Numbik, señor! –dijo haciendo una gran reverencia el criado.

–Ocúpate de trasladar a estos tres Ancianos al castillo del Lago Merik, y dirás a mi hermana, la Princesa Real, que la hago dueña de los tres, que por el momento les haga vivir diez años más a fin de que vean reconstruido su gran Templo de On. Tu amo y yo esperamos, aquí, tu regreso.

Luego envió dos de su escolta a buscar su mejor arquitecto que lo fue al final de la vida de su padre, el ingeniero constructor Seti-Kef. Otros fueron enviados a recolectar jornaleros, albañiles, ladrilleros, picapedreros, fabricantes de lozas, cerrajeros, herreros, orfebres..., todo un ejército puesto en movimiento.

Moisés, sentado en el basamento de una columna, observaba en silencio toda esta barahúnda de órdenes, disposiciones y mandatos, que en un abrir y cerrar de ojos cambiaban el escenario en que se movía una gran porción de humanidad.

– ¿En qué piensas, Osarsip? Te has quedado como un chico de escuela castigado por veinte días.

–Pensaba, Faraón, en qué gran cosa es el poder cuando es empleado para el bien y la justicia.

–Piensas entonces en que hago obra de bien y de justicia.

–Sí, Faraón. Haces una gran obra. ¿Crees tú que el Eterno Poder tiene establecida leyes, muchas de las cuales desconocemos los hombres en este mundo?

–Lo creo, Osarsip, y creo también que ningún hombre con mediano sentido común, podrá dejar de creerlo así. Si hasta un jefe de humilde vivienda, impone y crea sus ordenanzas y leyes, cómo no las ha de poner el Supremo Señor de todas las cosas creadas, así le llamemos Amón Ra, Atmán, Brama, Gran Hessus, Ahura Mazda, etc.

–Muy bien. Entonces te será fácil comprender que ese Supremo Poder tiene leyes y ordenanzas sobre los seres creados, en tal forma que si ellos aceptan y se someten a esas leyes, adquieren condiciones especiales, poderes especiales, capacidades también especiales.

–Estoy de acuerdo y lo comprendo, aunque no veo por el momento a dónde vas con este discurso.

–Voy a declararte por qué es obra muy grande lo que haces, restaurando este antiguo Templo.

–Veamos. Me interesa mucho saberlo.

–En estos diez años pasados en las soledades del desierto y sus peñascos, he aceptado y me he sometido a las leyes y ordenanzas del Supremo Poder, y así he podido adquirir todas las condiciones y capacidades, correspondientes a lo que yo he hecho para conseguirlas. Debido a esto puedo ver, saber y conocer circunstancias, hechos, verdades, que el común de los seres no puede conocer.

–Esto significa, Osarsip, que estás convertido en un perfecto mago, dicho así en todas las letras.

–Algo así, Faraón, aunque quizá no sea tan perfecto como lo supones.

–Tú no eres de los que se contenta con medianías. Te conozco bien.

–Es obra grande la tuya, Faraón, por varias razones.

"Primero: tú eres una reencarnación del Faraón Senkaré, descendiente en línea recta del fundador de este Templo Escuela de alta Sabiduría Divina. Y Senkaré fue Rey y Pontífice que desde este mismo sagrado recinto dio leyes sabias a su pueblo.

"Segundo: haces la felicidad de los últimos años de estos tres Ancianos Sacerdotes que han quedado fieles guardianes a estas ruinas, y que son reencarnados aquellos tres Escribas Sagrados que tú mismo, Pontífice de este Templo, tuviste a tu lado como Archiveros de las Escrituras que en esta cripta se guardan. Una ley te hizo venir aquí y encontrar esta llave.

"Faraón, has sido el Jefe Supremo de este Templo. Esta llave estuvo siempre en tus manos. Cumples pues con una Ley del Poder Supremo restaurando este sagrado edificio, y volviéndolo al destino que tuvo en su principio: Templo Escuela de Alta Sabiduría Divina.

"Tercero: tu hijo primogénito es la reencarnación del hijo de la segunda esposa de Senkaré, que era viuda de Arnolfo Cleon de Mileto, Primer Príncipe Soberano de esos dominios del Mar Egeo. Ese hijo fue el amor secreto de Athara la hija de Senkaré y que murió muy joven, y el que fundó la VIII Dinastía con el nombre de Didufri, fue también Faraón y Pontífice de este Templo...

"¿Qué pasa, Faraón?... ¡Te vuelves blanco y vas a desmayarte! ¡No pensé que te impresionaras tanto!

– ¡No es nada, Osarsip! Tranquilízate. Es tan inmensamente grande todo lo que me vas diciendo, y que sé que es la verdad; no sé, me he sentido como flotando sobre un abismo, y te veía a ti

tan alto y tan lejos, que me pareció hundirme en ese abismo del que no podías sacarme.

"¡Osarsip!... ¡Tus diez años entre el desierto y sus peñascos te han hecho un sabio de alto vuelo, y yo, pobre de mí, te decía que habías perdido el tiempo!... Sigue Osarsip con tus razones y dime la cuarta.

– ¡Si no va a causarte daño!

–No temas. Ya pasó el mal momento.

–La cuarta razón es, a mi juicio, la más laboriosa para ti y también para mí.

"Senkaré fue el Faraón que hizo entrar en Egipto a la raza de Abraham, personificada en Jacob y sus doce hijos, que formaban una gran familia de setenta personas porque los hijos eran casados y tenían muchos hijos. Senkaré había hecho Superintendente Virrey al hijo penúltimo de Jacob, José, y Senkaré hizo donación con escrituras y sello del valle de Gesen a Jacob y sus descendientes. Les dio además carta de ciudadanos egipcios con todas las prerrogativas de tales. Y hoy, los hijos de Abraham están considerados como una raza extranjera, inferior, al nivel de los esclavos, con medio salario y doble trabajo a realizar. Y es el mismo Senkaré, el Faraón que manda en todo el Egipto desde Idumea hasta más allá del país de Kush. ¿Comprendes Faraón lo que significa esto, ante el Supremo Poder que gobierna este mundo y todos los mundos?

–Y yo, ¿qué soy Osarsip en este momento de mi vida? ¿Qué soy?

– ¿Tú?... ¡Eres el representante de ese Eterno Poder sobre toda la tierra de Egipto!

– ¡Represento al Eterno Poder sobre toda la tierra de Egipto! –exclamó el Faraón como midiendo y pesando la grandeza de tales palabras–. ¿Sabes, Osarsip, lo qué estoy pensando en este instante?

–Espera un momento y te lo diré –y Moisés clavó su mirada en la faz del Faraón como un dardo de luz que lo traspasaba de parte a parte, obligándole a cubrirse el rostro con ambas manos.

– ¡Me fulminas!... ¡Me disgregas, Osarsip! ¡Qué tremendo mago te ha hecho el desierto y sus peñascos!

–No más que lo bastante para decirte que pensabas en dejar el trono y la corona de Egipto por abdicación en beneficio de tu primogénito de nueve años. ¿Es esto verdad, Faraón?

–Sí, Osarsip. Eso mismo he pensado... ¿Qué tendré que hacer, y cómo hacerlo, y por dónde comenzar a hacerlo si he de ser un representante del Supremo Poder? Me valdría más dejar de existir, dejar de ser, disgregarme en la nada.

–No existe la nada, Faraón, y no puedes dejar de ser. Cuando esta Tierra era un globo de gas y aguas hirvientes, salías como chispa de fuego entre millones de chispas del fecundo seno eterno del Supremo Poder. Has corrido edades y siglos en todos los aspectos y formas de vida desde el guijarro que rueda de las canteras; desde el pino que gime y se dobla al paso del huracán; desde el insecto que se oculta en el cáliz de una flor; el pájaro que canta al amanecer; el ciervo gigante que surca veloz por la pradera, hasta llegar al Reino Humano que piensa, razona, siente y ama. Y cuando todo este abismo de edades y siglos has corrido, piensas en abandonarlo todo porque te atemoriza y tiemblas a la sola idea de ser un representante del Eterno Poder sobre la tierra de Egipto.

El Faraón, silencioso, movía arriba y abajo su cabeza como un repetido signo de afirmación.

–Toma esta llave que encontraste al llegar aquí y bajemos a la cripta, donde presiento que te espera la gran iluminación, que hará de ti uno de los Faraones más justos que han reinado sobre el país del Nilo.

Sin quitar la vista del rostro de Moisés, el Faraón tomó la llave con su diestra que temblaba. No quería bajar a la cripta. Hubiera preferido huir..., huir de su destino, de esa tremenda fuerza de eterna vida, de ese algo inconcebible para él, de ser representante del Poder Supremo que tiene en sí mismo la ilimitada magnitud del Universo Infinito.

Más..., no podía resistirse a la voz de Moisés que repitió hasta tres veces: –Bajemos a la cripta, Faraón. –Y por fin hizo girar la enorme llave y bajaron.

El recinto estaba suavemente iluminado por la gran lámpara de aceite, que seguramente los Ancianos sacerdotes guardianes cuidaban de alimentar, quién sabe desde qué larguísimos años.

Las flores estaban frescas en las ánforas de mármol que adornaban los bordes de la pilastra central, en cuyas aguas quietas se reflejaba el gran triángulo de oro de la techumbre con el ojo divino, pupila de negro azabache que brillaba a la luz de la lámpara inextinguible.

El Faraón quedó como clavado en el umbral de la puerta y la clarividencia de Moisés descorrió de inmediato el velo: Un gran Hierofante encapuchado se interponía ante el Faraón, y Moisés comprendió que decía:

–Él no puede entrar.

– ¿Por qué?

–Él mismo te lo dirá.

Y la visión se apagó, se borró como si hubiera sido el reflejo fugaz de un pensamiento.

–Estás impresionado, Faraón, y acaso lleno de pavorosos pensamientos. Si te place, nos sentamos aquí, en el banco de los Aspirantes. Luego entraremos.

–Sí, es mejor –contestó a media voz–. Osarsip..., me voy convenciendo de que todo cuanto me has dicho bajo las naves de este Templo, encierran las más grandes verdades. Temblé al poner la llave en la cerradura, y sentí como piedra mi cuerpo cuando puse los pies en el umbral. No podía moverme, como si una fuerza sobrehumana me cerrara el paso. Yo no estoy purificado como tú por el renunciamiento a todos los goces de la vida. Entre el desierto y sus peñascos, tú te has vuelto piedra.

"Yo soy de carne y sangre..., y mi sangre arde en mis venas como una llama viva. Yo no he renunciado como tú, a nada de cuanto deseo. Lo que quiero lo tengo. Si alguien se atreve a herirme aunque sólo sea con la mirada o la palabra, mi justicia le aniquila sin darle tiempo a respirar.

"A esa cripta entran los justos, los puros de corazón y de vida; los que andan como tú con los pies sobre el polvo de la tierra pero su Psiquis vuela más allá de las estrellas. Tú has querido hacerme entrar, para saber lo que soy, para conocer a fondo si puedo o no ser colaborador tuyo en tu obra de educador de pueblos...

"¡Osarsip!... Eres un Mago perfecto, mucho más grande y potente de lo que yo he pensado y acaso de lo que tú mismo piensas... ¿Qué dices a esto?

–Estoy oyendo y meditando tus palabras, y a través de ellas veo en ti grandes cualidades, Faraón, y no lo tomes, te ruego, como lisonja o adulación.

–Estamos en terreno de franquezas y verdades, Osarsip.

–Allí está tu grandeza, Faraón. Tu sinceridad te ennoblece y te purifica. Si tú has sido pontífice de este Templo habrás entrado a esta Cripta innumerables veces. Aquí habrás consagrado, con el abrazo fraternal, a todos los que debidamente probados llegaron a la Iniciación de los Hierofantes del séptimo grado. Créeme que el pensar y saber esto me movió a invitarte a la Cripta.

–Explícate, Osarsip, que aún estoy a oscuras. Tú pudiste saber mi lejano pasado. ¿Cómo es que ignoras mi presente?

– ¡Oh, Faraón!... Por gran Mago que tú me supongas, el Supremo Poder tiene leyes invulnerables, y una de ellas es que jamás debo introducirme en el mundo interno de un semejante sin que él mismo lo pida o lo permita. La curiosidad malsana es uno de

los primeros renunciamientos que se exigen a los aspirantes a la Iniciación. *"Jamás pretenderás averiguar la vida de tus semejantes"*, está escrito en el libro de los siete sellos que guarda el Arca colocada sobre el altar de la Cripta. Por esta razón yo ignoro en absoluto tu vida actual.

–Yo te la diré, y si para poder entrar en esa Cripta, debo borrar todo lo malo que haya en mi vida, yo lo borraré de un planazo de mi espada..., porque lo que quiero lo tengo. Soy así, Osarsip, y no puedo ser de otra manera.

El Faraón cubrió su rostro con ambas manos y guardó un largo silencio. Moisés respetó ese silencio y concentrado en sí mismo, llamó con el pensamiento a los aliados hermanos de su Escuela del Desierto.

Y pudo ver... De la cabeza inclinada del Faraón salía una llama como una cinta azulada con estrías de oro, y corriendo con vertiginosa rapidez iba quemando hasta reducir a cenizas, macizos de hermosas flores, imágenes bellísimas, altares de oro y de gasas, camarines encortinados de oro y de púrpura, carrozas de nácar con fulgurantes hadas, cofres de seda donde brillaban las joyas. La visión se borraba de pronto, y el gran Vidente del Sinaí interpretaba su oculto significado:

"El Faraón ha dado su gran salto sobre el abismo. Acaba de renunciar a todo lo que él mismo sabe que no debe ser, si le ha de ser permitido penetrar a la Cripta de secretos divinos, sólo merecidos por los que han dominado su yo inferior, ese negro y repugnante murciélago, símbolo de la ruindad y bajeza material.

"El que entra en nuestra intimidad, rompe todos los vínculos del mundo y de la carne. Tal es la ley".

El Faraón descubrió su rostro aún mojado de llanto, y Moisés despertó de su concentración, durante la cual, su mente, como una sonda, había penetrado profundamente.

El Faraón se sentó a la mesa en que vio almorzar a los Ancianos sacerdotes que en esos momentos viajaban al castillo del Lago Merik, conducidos por Numbik. En su libreta de bolsillo fue escribiendo hoja tras hoja que luego sellaba con su anillo.

Cada hoja era una orden que encargó llevar a los jóvenes de su escolta. Para su Administrador, para el mayordomo de la Casa de Placer, para el Distrito de la Escuela de Esgrima, para el Jefe de Guardias de las Fortalezas donde se retenían delincuentes, para el Mayordomo del Mercado de Esclavos, y por fin para la Reina, su esposa, en que la aconsejaba acudir al llamado del Rey, su padre, llevándose los niños y las damas que le fueran necesarias, porque

un importante negocio le retendría en la región del Delta por una luna lo menos. A ninguno le indicaba dónde se encontraba, pero a todos ordenaba suspender en absoluto todas las actividades acostumbradas hasta nueva orden. Y al jefe del gran Taller de Armamentos, le ordenaba pagar los jornales dobles y despachar a todos los operarios. En tal día, todo el país fue un hervidero de comentarios, de suposiciones, de sugerencias, pero nadie podía resolver el problema porque nadie sabía nada. Moisés, por su parte, había aleccionado a Numbik sobre lo que debía decir a su madre y a su esposa tranquilizándolas por su ausencia que, en beneficio de todos, se veía en el caso de acompañar al Faraón por cierto número de días que no podía fijar por el momento.

–Si no te opones, Osarsip, pasaremos aquí algunos días. ¿Estás de acuerdo?

–Siempre que lo creas conveniente, Faraón, estoy conforme.

–He cumplido la luna pasada mis treinta años, y quiero rehacer mi vida que de hoy en adelante será vida de justicia y de verdad. Quiero colaborar contigo en la educación de los pueblos y que todos los actos de mi vida sean un reflejo de la transformación que hago en mi yo íntimo. ¿Piensas que me he vuelto loco, o por el contrario que me he vuelto sabio?

–Pienso, Faraón, que el Supremo Poder te ha tomado en este día como el fiel representante suyo en este gran país que gobiernas.

– ¿No te interesa saber qué órdenes son las que acabo de despachar?

–Me interesa todo lo que se haga en bien de la humanidad, pero creo justo esperar que tú me digas lo que deseas hacerme saber.

Y el Faraón explicó a Moisés, detenidamente, cuánto acababa de disponer para dar nueva orientación a su vida, y deshacer lo que a su juicio no estaba en ley de justicia. Suspendía la compraventa de esclavos, la fabricación de armamentos en gran escala con vistas a una próxima guerra de conquista.

Cerraba la Casa de Placer que sería transformada en Casa de los Desamparados, y ordenaba al Regidor de cárceles el mejor trato a los presidiarios, y él dedicaría su vida a reconstruir los grandes Templos que en las ciudades principales existían casi en ruinas y su sacerdocio descuidado; sólo en el gran Templo de Menfis se conservaba aún alguna organización.

Moisés estaba como deslumbrado.

– ¡Osarsip! He ordenado deshacer todo aquello que en mi vida considero indigno del Supremo Poder. Creo pues que, ahora, no me veré impedido de entrar en esa Cripta que debe estar poblada

de todos los justos, los héroes, los santos que han pasado por esta tierra de Egipto. ¿Me acompañas a entrar?

Moisés no contestó palabra porque la emoción se anudó en su garganta, pero abriendo sus brazos estrechó al joven Faraón que no lo hizo esperar.

Y ambos bajaron a la Cripta cuando el sol casi se hundía en el ocaso.

El gran silencio les envolvió como un suavísimo manto que los aislaba en absoluto del mundo exterior.

Presencias invisibles se hacían sentir tan fuertemente que ninguno de los dos avanzó, sino hasta el banco cercano a la puerta, llamado "Espera", donde se sentaron. La subida penumbra que al entrar les resultaba oscuridad, fue aclarándose lentamente hasta permitirles distinguir cuanto había en aquella vastísima cámara subterránea. No habían bajado escala ninguna sino un suave plano inclinado sobre el cual un grueso tapiz amortiguaba hasta el más leve roce de los pasos. El gran triángulo con el ojo de brillante pupila negra estaba sobre el arco de entrada y allí mismo la pilastra del agua donde purificaban las manos al entrar. Para Moisés nada de esto resultaba nuevo, no así para el Faraón que por primera vez en su vida entraba a la Cripta de un Templo, venerado muchos siglos como el más puro y santo de todos los templos del mundo. Las tradiciones, historias o leyendas que se contaban del gran Templo de On, eran innumerables y algunas tan impresionantes y emotivas que para el vulgo, hablar de él, era como evocar epopeyas sagradas de otro mundo al cual los simples mortales no podían tener acceso sino convertidos en espíritus puros, transparentes, sin piel, sangre ni huesos.

Claro está que en todo esto entraba la fantasía y la superstición tan fácil de anidar en las mentes sin cultivo espiritual ninguno. Jamás entró el público ni un paso más que bajo la gran nave central. Los Camarines laterales y más aún las Criptas estuvieron siempre reservados para los Estudiantes de Divina Sabiduría, para los Aspirantes al sacerdocio o la Iniciación. Los Faraones de las primeras Dinastías, eran todos Hierofantes del séptimo grado que hasta podían llegar al Pontificado, como sucedió muchas veces. El Egipto prehistórico fue en verdad el rastro magnífico de los Kobdas, sus fundadores, que no obstante de haber ellos desaparecido del escenario del mundo, como entidad organizada, su moral, su elevado miraje espiritual, sus normas de vida y sus leyes y enseñanzas perduraron muchos siglos en el vasto país del Nilo, hasta que la marejada avasalladora de las

corrientes adversas llegadas de otros países, o causadas por la misma inferioridad de las nuevas generaciones, obligó al alto Sacerdocio Iniciado a irse relegando a las Criptas de los antiguos Templos, para evitar los golpes y choques de la incomprensión, de la censura injustificada, de la burla mordaz, de la ignorancia. Y los que recogieron estas tristes experiencias pudieron dar gran valor a los lejanos antepasados, constructores de las grandes e incomprendidas Pirámides y la no menos misteriosa Esfinge de Gizeh, en cuyos desconocidos y muy secretos camarines, pasadizos y corredores pudieron salvar tantas vidas amenazadas por la bárbara incomprensión humana. Todos estos pensamientos formaron la meditación del Faraón apenas estuvo sentado en la "Espera", porque las numerosas presencias invisibles que llenaban el recinto, lo preparaban hábilmente para secundar al Enviado Divino en su ardua misión de Legislador de esta Humanidad.

Moisés, por su parte, se sumergió de tal modo en el pasado que perdió la noción del momento que estaba viviendo y las evocaciones de su poderosa mentalidad creaban para él, bocetos, diseños, panoramas realmente vividos en lejanas vidas, acompañadas del cortejo de circunstancias felices o desventuradas, tal como se realizan las vidas humanas en los planos físicos. Su potente pensamiento clamaba sin ruido de palabras: – ¡Un mundo para este ideal!... ¡Una humanidad para este credo! ¡Un pueblo siquiera para la Eterna Verdad: *La Unidad Divina*! ¡El Supremo Poder Creador! ¡La Eterna Energía que todo lo mueve! ¡La ultra poderosa Luz que lo ve todo, lo copia y lo conserva todo! De pronto la Cripta apareció iluminada como si manos invisibles hubieran encendido bujías.

El Faraón se estremeció y estrechó la mano de Moisés sentado junto a él.

Mudos ambos, miraban sin hablar. Un desfile de Hierofantes, blancos desde la toca que les cubría la cabeza hasta las chinelas de lana que calzaban sus pies, penetró desde el interior llevando cada uno un gran libro cerrado. El último fue el Pontífice Rey, joven, alto, hermoso y grave en su continente, y ocupó el sitial del centro del gran oráculo de sitiales que cubría todo el ámbito de la Cripta.

Y cuando todos estuvieron sentados, el Pontífice dijo:

–Que el Supremo Poder Creador sea en esta santa convocación.

Y todos bajaron sobre el rostro la parte de la toca o capucha que

traían echada para atrás, la Cripta se oscurecía hasta la penumbra y una música suave y lejana dejaba oír sus melodías.

Sólo el Pontífice tenía el rostro descubierto, y el Faraón, todo ojos, trataba de reconocerlo pues le parecía un rostro visto por él muchas veces.

Las presencias invisibles le iluminaban más y más, hasta que fue tan clara la iluminación que no pudo sofocar este grito:

– ¡Osarsip!... ¡Ese hombre soy yo mismo!

La magnífica visión fue borrada en el acto. Y el Faraón se abrazó de Moisés y se echó a llorar a sollozos que hacían temblar todo su cuerpo. Moisés, en silencio profundo, lo tuvo estrechado a su pecho largo rato, mientras su pensamiento fuerte y vivo como un dardo de fuego, le decía:

–El Eterno Poder te concede que lo que has visto y comprendido esta tarde, te haga obrar con justicia en todos los actos de tu vida.

Esa noche quedó resuelto entre ambos que la escuela a puertas abiertas, se fundaría en el mismo Templo de On, utilizando las salas de los Escribas que se abrían a cada lado de los pilones de la entrada al Templo, y que fue el sitio de las consultas y en general de asuntos del exterior.

Debido a esto, cuando al amanecer del día siguiente llegó el centenar de operarios, el arquitecto ingeniero Seti-Kef les ordenó la reparación y decoración inmediatas de ambas salas.

En el Faraón se había despertado tan grande veneración hacia el antiguo Templo que no quiso en manera alguna que tuviera otro destino que la meditación y el estudio de los grandes secretos divinos que él había comenzado a conocer.

Ordenó, además, refaccionar debidamente las alcobas de los Sacerdotes y salas de baño, pabellón en el cual mandó a arreglar dos dormitorios iguales, para Moisés y para él mismo, pues decía que vendrían con frecuencia a pernoctar en aquel sagrado lugar donde el Eterno Poder se había dignado hablarle.

Diez días después los tres Ancianos Sacerdotes volvían con sus dos fieles criados, a su amada y querida habitación que dejaron llenas de telas de arañas y polillas, y la encontraban con cortinas y alfombras nuevas, y donde nada faltaba de cuanto les era necesario.

–Yo mismo seré vuestro pontífice y discípulo a la vez –les decía–, y el hijo de mi hermana la Princesa Real, será nuestro Escriba y Archivero Mayor.

– ¡Gracias, Faraón, porque vuestra bondad y sabiduría abre de nuevo este Templo con la Estrella de Cinco Puntas, que es la Luz Eterna que todo lo ve, lo copia y lo conserva eternamente!

Estas palabras las dijo al Faraón el mayor de los tres sacerdotes, o sea Cléber de Sais que era la reencarnación del Fundador prehistórico del viejo Templo Escuela de Divina Sabiduría.

Había realizado veintisiete vidas consecutivas alrededor de su Templo Escuela, y tanto le había vigilado por dentro y por fuera, a fin de que se conservara tal como se fundó, y sirviendo siempre al eterno ideal de Verdad que la Fraternidad Kobda hizo florecer en tres Continentes, que la Eterna Ley le dio esa última compensación.

= 58 =
RAMSÉS II

Los historiadores de su época le consideraron como uno de los mejores Faraones del antiguo Egipto. Y aún le han llamado grande por su inclinación bien marcada a las construcciones ciclópeas, o sea estupendamente grandes y fastuosas.

En mi sentir, su grandeza real y verdadera reside en el marcado sentimiento de justicia y amor a la verdad, que fue proverbial en él desde que ocurrió el magnífico despertar que acabo de relatar, cuando cumplía los treinta años de su vida.

Y mientras los operarios realizaban las grandes reparaciones en el Templo de On, el Faraón y Moisés, acompañados de Numbik, se trasladaron a Ramesés (*A la altura de la ciudad de Jenofonte), que por entonces era la obra cumbre mandada realizar por Ramsés II. Era una ciudad fortaleza, cabecera, según él decía, de la cadena de Fortines que había hecho construir desde el Delta hasta llegar a las montañas del Revenzora, fortaleza natural que daba seguridad al país como una barrera entre el Egipto y sus vecinos del Este.

El viaje lo realizaban a caballo, y cuando atravesaron las últimas antiguas viviendas de lo que fue la ciudad de On, el Faraón inició su conversación informativa, digámoslo así, a fin de orientar a Moisés en los trabajos a realizar.

– ¿Sabes tú –preguntó–, algo de aquel palacio y parque de recreo que mi madre había donado a su hijo bastardo, que quiso hacer Príncipe y que yo me opuse cuando asumí el mando?

–Si te refieres al que ella llamó “Palacio de Ámbar”, ¡sí que estoy enterado! Creo que ella lo había comprado con dinero heredado de su padre, a los antiguos propietarios, los Alazones del otro lado del mar.

–Justamente. Allí reside en calidad de prisionero de Estado, ese hermanastro mío, y le acompaña aquel primo de mi madre que se llama León Bardi, ¿recuerdas?

–Recuerdo vagamente todo aquello.

–Te hago mención de esto para que, si puedes saber por tus capacidades de Mago, me averigües lo siguiente: Si debo temer algún peligro de sublevación por ese lado. En mi gran deseo de obrar con justicia en todos mis actos, quisiera dejar en plena libertad a ese hijo bastardo de mi madre, y si hasta hoy no lo hice, fue porque mis auxiliares en el gobierno han temido siempre que sobreviniera un cambio de situación para mí, por causa de ese hermanastro mío. ¿Qué opinas tú, a ese respecto?

–Faraón, si no tuvieras herederos, pudiera llegar a producirse lo que temen, pero tienes tres hijos, y eres tú muy querido del pueblo.

– ¿Crees entonces que sería obra de justicia concederle plena libertad de entrar o salir del país, y aun reconocerle como hermanastro mío, con los derechos que corresponden a ese vínculo de la sangre?

–Antes de contestar a esta pregunta, tendríamos que averiguar la clase de relación existente entre León Bardi y él. ¿Por qué permanece él a su lado?

– ¡Hombre!... Porque es su hijo. ¿No lo habías comprendido antes?

–Nunca se me dio oportunidad de pensar en eso. Si no tienes prisa, dejemos la contestación para más adelante, porque ahora pienso que vale la pena meditarlo bien.

–El camino a Ramesés nos hace pasar por detrás del muro, de que mi madre hizo rodear su fortaleza donde sé que ella pasaba días y semanas. Tengo vigilancia segura sobre ese sitio que nunca quise visitar. Sé que todo él está habitado por familiares y amigos de León Bardi, pero como de allí jamás recibí molestia alguna, tampoco yo he dado señales de recordarles para nada.

Cuando llegaron a ese lugar, Moisés vio la alta muralla y la frondosa corona verde oscuro de los pinos y robles que circundaban hasta hacerlo invisible al castillo que quedaba al centro. Sus pensamientos revolotearon, sin duda, por aquellos patios, galerías, y el Faraón como si lo hubiera recogido al paso, le preguntó de pronto:

– ¿Recibirás también en tu Escuela a puertas abiertas, si se te presentan algunos de este lugar?

–Esa pregunta casi coincide con mis pensamientos, Faraón. Ahora empiezo a cerrar el círculo.

– ¿Qué quieres decir con eso?

–Que tendré que llamarle: *"Escuela a puertas abiertas para los que merezcan entrar"*.

– ¡Ahora sí! ¡Esta vez he sido yo quien te ha hecho ver que no ando tan equivocado!

–Es verdad, Faraón, y mucho te lo agradezco. La fatal y permanente presencia de ese León Bardi, me ha dado que pensar.

Aunque de On salieron con la primera luz del día, ya anochecía cuando llegaron a la resplandeciente Ramesés.

–Por lo que veo de puertas afuera –dijo Moisés–. Tebas queda oscurecida por Ramesés–. ¡Qué murallas y qué obeliscos!

–Tebas es un jardín de delicias –añadió el Faraón–. Mas, Ramesés es una fortaleza, más hecha para defensa que para deleite. Es además un puerto de mar que permite la vigilancia al exterior. ¡Si vieras nuestra escuadra de barcos de guerra!

– ¡No puede hermanarse una escuadra de guerra con el Templo de On!

–Ya lo he pensado, Osarsip, ¡ya lo he pensado! ¡Todo eso hemos de arreglar tú y yo!

– ¡Numbik! –llamó el Faraón–. Adelántate y di al portero que llegamos tu amo y yo, pero sin escolta y sin ruido ninguno. Que el mayordomo nos prepare buena comida. No te es difícil encontrar el palacio; desde aquí se ve.

– ¡Oh, sí, señor! Yo conozco todo esto. –Y el fiel criado se lanzó a galope tendido mientras el Faraón y Moisés acortaban el paso de sus cabalgaduras.

–Esto no es On, ni Abydos, ni Menfis, Faraón. Esto es el mundo que yo he dejado hace diez años y compadezco de todo corazón a tu primogénito que ha de pasar aquí toda su vida.

–Desde que la Divinidad se ha hecho sentir en mí, en el Templo de On, estoy sabiendo que así me dirías al llegar aquí. Osarsip, ¿no hay medios para transformar un lugar que de la noche a la mañana se nos hace inaguantable, sin que intervenga para nada nuestra voluntad?

–Sí, Faraón, se puede transformar porque nada es imposible al pensamiento del hombre unido a la Eterna Potencia por el conocimiento y por el amor. Pero todo esto es un pequeño fragmento de la vastísima Ciencia Divina que se enseñó durante varios milenios en nuestros antiguos Templos. Y es por eso que aún, ruinosos como están, ofrecen al espíritu humano que los ama, cuanto guardan entre polvo y telas de arañas, de lo grande y bello que resplandeció en ellos y que vive todavía como el perfume de

finísimas esencias en ánforas rotas y abandonadas.

– ¡Osarsip!... Tendrías que acompañarme a visitar esos antiguos Templos que acabas de hacerme entrever, como si fueran gigantes muertos que se levantan de sus tumbas para reclamar atención, cuidado, un recuerdo siquiera que se parezca a una migaja de amor. ¿Por qué las nuevas generaciones olvidamos con tan fiera ingratitud lo que hizo la felicidad, el bien y la fuerza a nuestros antepasados?

–Esa misma pregunta, Faraón, la hacía a las páginas de su diario íntimo, el visionario y soñador Anek-Atón; el fanatismo ignorante y rabioso de las nuevas generaciones, no le dio tiempo a llenar de amor y cuidados, como tú dices, el enorme foso de las ingratitudes, con que la humanidad joven que se levanta, llena de pujanza y de soberbia, imaginando hacer obras mil veces mejores que aquellas.

–A veces, oyéndote, pienso, Osarsip, que contigo a mi lado podré ser un hombre de dos personalidades: Cisne de plumas de seda bogando en tranquilas aguas, y bravo león con garras de pedernal y dientes de fuego, dispuesto siempre a saltar sobre quien le estorbe en el camino. ¿No lo crees tú así?

–Casi..., casi estoy por la afirmativa, Faraón, mas luego me viene a la mente un viejísimo axioma que usó un Rey justo de Atlántida, que es el venerado prototipo de mi Escuela del desierto: *"El amor salva todos los abismos"*.

–Mira..., mira, tu cabeza de escolta viene a nosotros con un cortejo de adulones. Tengo aquí buena gente a mi parecer, y tú me dirás luego si habrá alguno, digno de entrar en tu Escuela de puertas abiertas.

Era la servidumbre del gran palacio destinado al Príncipe heredero del Faraón, cuando llegara a la mayoría de edad.

Traían dos literas encortinadas de púrpura y con grandes almohadones de pieles y seda, como hecho para el descanso. Y en verdad que ambos viajeros lo necesitaban, pues el viaje había sido largo y el cabalgar causa fatiga.

–Esto no es el desierto y los peñascos, Faraón –dijo Moisés al sentarse en la litera.

–Esto es el cisne plumas de seda, Osarsip –le contestó riendo el Faraón–. Veremos cuando aparezca la garra del león.

Sólo unos trescientos pasos y estaban ante el gran palacio que era en verdad una ciudad fortaleza en la que no se sabía que admirar más, si la inexpugnable solidez de su construcción, o las bellezas artísticas que encerraba entre sus fuertes murallas.

–Es copia del Palacio Real de la antigua Nínive, capital de la desaparecida Lemuria –dijo el Faraón al ver el asombro con que Moisés contemplaba la ciclópea construcción–. La forma y modo cómo obtuve los planos, croquis y menudos detalles es historia larga y ya te la contaré luego porque sé que te interesa todo lo pretérito, lo que lleva muchos miles de años encima.

"Llevamos tres días de mal dormir y mal comer, Osarsip. Por hoy déjame ser hombre ruin de carne, huesos y sangre, y pensemos en satisfacernos y descansar en buen lecho. La Eterna Potencia nos ha dado este cuerpo, y ella sabe lo que hizo.

Llegaban al gran comedor donde una espléndida mesa les esperaba, y tres bellos pajes de librea, pulsaban laúdes.

–Tampoco es esto el Templo de On, Faraón –dijo sonriente Moisés.

–Es verdad, Osarsip, pero..., cada cosa a su tiempo.

Excusado es decir que durante la comida se vieron impedidos de hablar con libertad por el entrar y salir de servidores.

Mas, luego se vieron solos en el dormitorio del Faraón y la plática entre ambos comenzó de inmediato.

–Dime toda la verdad, ¿te disgusta todo este esplendor entre tanta fortaleza?

–De ningún modo, Faraón. Todo esto es propio del gran país que gobiernas y del magnífico Soberano que tú eres. Tú mismo lo has dicho: cada cosa a su tiempo; y yo añado: cada cosa en su lugar. Un gran hombre de la prehistoria decía a sus íntimos en íntimas consultas que debió escuchar: "La prueba de las grandezas humanas es la más difícil de pasar con éxito".

"Él llegó a ser Soberano de los países de tres continentes y salió victorioso de la prueba.

–Teniendo todo el poder en las manos, es fácil hacer el bien y realizar grandes obras. ¿No es esto una verdad?

–Sí, Faraón, pero también debemos mirar el reverso de la medalla: teniendo todo el poder en la mano, un egoísta, un déspota, un sensualista, puede cometer grandes desaciertos y hacer de su propia vida una larga cadena de delitos de toda especie.

"Por eso, antiguamente se daba a los candidatos al trono, una enseñanza igual que a los Hierofantes candidatos al Pontificado, y de ahí el hecho muchas veces repetido de que un Soberano, un Faraón de Egipto, fuera también el Pontífice que mandaba sobre todos los Templos y sacerdocio del país. Y según las Escrituras de aquellos tiempos, fue Egipto el espejo purísimo en que se miraban todos los países civilizados del mundo. Reyes y príncipes extranjeros

vinieron a Sais, a On, a Luxor y Karnak en busca del secreto de la prosperidad y paz que reinaba en los pueblos del Nilo.

"El divino ideal de Anek-Atón se difundió por eso en todas las grandes capitales del mundo. Según las viejas Escrituras que conserva el Patriarca Isesi, no todos se sometían a las pruebas exigidas para la Iniciación al grado séptimo, pero pasaban las pruebas menores y sobre todo absorbían la gran doctrina que enseña al hombre a dominar los bajos instintos, los deseos innobles, las ambiciones, el interés. Y aceptaba para su vida la austera moral de los Templos y el alto concepto de la dignidad de toda alma humana, emanada de la Eterna Potencia Creadora y destinada a tornar a ella en estado perfecto, mediante la Ley de la Evolución. Y todo esto ya lo ves, Faraón, se ha perdido en nuestro tiempo.

– ¿Quieres, Osarsip, que lo hagamos renacer, surgir otra vez de la hondonada cenagosa en que cayó?

– ¡Ese es mi norte, Faraón! Has acertado con lo que ando buscando. Este mundo es una inmensa ciénaga y las naciones caen en ella sin darse cuenta, y aún creyendo que suben a la cúspide de la más excelsa grandeza.

"Por eso te he dicho que haces obra grande reconstruyendo el Templo de On y volviéndolo a lo que fue en el lejano pasado: Escuela de moral, de justicia, de fraternidad, en una palabra: "Escuela de Divina Sabiduría", como dice el acta de fundación que he tenido en mis manos y que se realizó diez años después de la última invasión de las aguas sobre el Continente Atlante.

"Reconstruir los antiguos Templos de Egipto, dándoles el destino que les dieron sus fundadores y creando un sacerdocio austero y sabio como fue el de pasados tiempos, es tu obra y tu programa futuro, Faraón, si quieres ponerte a tono con lo que has visto y comprendido en el Templo de On.

"Entonces sí que serás grande como Soser, como Thoth, como Beth-Emis, como Mizraim, y como el Bohindra de los tiempos más cercanos, el que fue Soberano de tres Continentes porque todos los pueblos comprendieron que en él vivía el Eterno Poder con su Divina Ley, maestra educadora de pueblos.

–Todo eso haré, Osarsip, te lo juro por la memoria de mi padre. Los antiguos Templos de Egipto que fueron Escuela de Sabiduría Divina, serán reconstruidos y tú serás el Pontífice de todos ellos.

"Por obra tan colosal, creo que no me negarás el derecho de colocarte al frente de ella porque no sé que haya sobre la tierra otro hombre que pueda llevarla a cabo. ¿Aceptas?"

–Sí, Faraón, lo acepto; porque tu obra significa para mí la cumbre más alta a que puede llegar un ser encarnado: la elevación de esta humanidad a la altura del Pensamiento Divino. Más, antes que a los demás tenemos que ponernos tú y yo a la altura del Pensamiento Divino.

– ¿Cómo?... ¿Cuándo?... ¿Dónde?...

–Ahora mismo y en este mismo lugar, Faraón. Toda esta grandeza, esta fuerza estupenda, esta fastuosidad y belleza que sobrepasa en mucho todo lo imaginable por mentes humanas, puedes encauzarlo hacia ese sublime ideal. Esos grandes navíos de guerra que como una bandada de pájaros marinos están cubriendo tres puertos, éste, el Pelusio y el de Sais, puedes transformarlos en barcos mercantes, de carga y de pasajeros, que lleven las abundantes cosechas de Egipto hacia todos los países del mundo, en algunos de los cuales los seres humanos sufren la miseria y el hambre; para conducir los hombres buenos y sabios de Egipto, relegados hoy a las ruinas de los Templos y a los peñascales del desierto, y que enseñen a todos los pueblos la Verdad y la Justicia, la nobleza del buen vivir.

"Para ordenar guerras de conquistas que sólo producen majadas de esclavos, y llenar el país de seres embrutecidos por el dolor, por el odio y deseos de venganza, más te valdría, Faraón, comer, dormir, y solazarte en cuanta grandeza has creado para tu recreo y molicie.

– ¡Basta, basta, Osarsip!..., que me lastimas demasiado con tus verdades amargas como los áloes de nuestras plazas y avenidas...

–Perdóname, Faraón, esta loca exaltación de adolescente imberbe cuando tengo treinta años cumplidos. Me sacó de quicio apenas llegué a Ramesés esa salva de mástiles, de velas, de palacios flotantes, cargados de armas, de carros de guerra, y de hombres dispuestos a matar, a incendiar, a llevar el pánico, el terror, la desolación y la muerte a porciones de seres que, como tú y como yo, surgieron también del Eterno Poder, que es vida de toda vida. ¡Oh, amado Amenhepat de mis días de adolescente!... Si la humanidad es mala, ignorante y mísera, los dirigentes son responsables. Si ama la mentira, el engaño, la superchería, la infamia, sus dirigentes y maestros son responsables.

–No sigas, por favor, Osarsip, que tú y yo estamos padeciendo con tus verdades. Mañana cuando Amón Ra, el padre sol alumbre a la tierra, estaremos tú y yo trabajando para cambiar en lo posible los desaciertos que me haces ver. Lo he jurado por la memoria de mi padre y por la santa vida de tu madre.

"Descansa en mi palabra de Faraón, empecemos la reforma obedeciendo nosotros mismos el mandato divino: la noche fue hecha para dormir y descansar. ¿No estás de acuerdo conmigo?

–Sí, Faraón, sí. Quiero descansar en tu palabra y soñar con las realidades que tu palabra acaba de prometerme.

El pequeño vasillo de plata cubrió la llama de los cirios que ardían junto a los divanes, y el Faraón y Moisés se sumergieron en el silencio del sueño.

Cuando el Faraón despertó el siguiente día, encontró a Moisés que examinaba una lista de nombres, que él había grabado en una hoja de pergamino.

–Me aventajas en el trabajo, ¿qué has anotado? –preguntó.

–Oye: El Templo de Sais, casi tan antiguo como el de On. El Templo de Tentira (*más tarde Dendera). El Templo de Luxor, el de Karnak, el de Abydos y el de Ipsambul. ¡Siete antiguos Templos Escuelas de Divina Sabiduría, que los dirigentes de Egipto han visto indiferentes convertirse en ruinas!

"¿Podemos medir, Faraón, lo que esto ha significado para la porción de humanidad que ha vivido y vive en nuestro país? ¿Y aun para la humanidad de todos los pueblos de la tierra? Y si tú transformas este formidable error en la hermosa realidad que soñamos, podemos llegar a medir y valorar la obra que realizas, Faraón...

– ¡Siete Templos a reconstruir!... ¡Siete Templos a reconstruir!... –repetía el Faraón pensativo y caviloso. Moisés captó el pensamiento que lo preocupaba y de inmediato le dijo:

–Faraón, si piensas cargar sobre tus pueblos el peso de la reconstrucción, deja todo como está porque no debes traer las privaciones a los humanos con impuestos nuevos y onerosas cargas...

–Acertaste con lo que pensaba. Será necesario tomar en préstamo la herencia materna de mi esposa.

–No, nada de eso. Mi madre me asigna como dote sus posesiones y rentas de Mauritania que no fueron tocadas desde la unión de su madre con el Faraón, tu padre. ¿No aceptarás mi dote como colaboración a tu grandiosa obra?

– ¡Qué grande es el Poder Supremo que así nos toma como instrumento de su voluntad soberana, Osarsip!... ¡Qué grande es!...

– ¡Y qué grande honra para ti y para mí que el Supremo Poder se valga de estas dos hormigas humanas para realizar lo que Él quiere! ¿Lo comprendes, Faraón?

–Lo he comprendido, y me dirás ahora qué nos corresponde hacer y por dónde hemos de empezar.

Moisés pensó unos momentos y luego habló así:

–Son siete Templos a reconstruir. Si hemos de realizar obras en todos a la vez, debemos primeramente visitarlos para hacer cálculos acertados sobre el personal que ha de trabajar y el costo que dichos trabajos significan. Y ante todo designemos un lugar, un sitio que sea nuestra oficina de reunión adonde puedan acudir a consultar los jefes, arquitectos y constructores.

–Todo cuanto sugieres está en lo justo, pero por el momento creo que debemos volver a tu castillo del Lago Merik. Créeme que ansío comentar con la Princesa Real, tu madre, todos nuestros proyectos, porque es ella la única persona en que podemos encontrar inspiraciones superiores y el apoyo moral que significará para ti y para mí, que seguramente tendremos que escuchar juicios contrarios.

A la mañana siguiente recorrieron rápidamente las grandes instalaciones de aquella ciudad fortaleza, dispuesta para que, en un día no lejano, sirviera como una atalaya de un poder dominador del mundo, por la más estupenda fuerza que haya sido creada por los hombres hasta entonces.

Y cuando todo lo hubieron visto, las grandes salas repletas de armamentos de toda especie y venido de lejanos países, los resplandecientes carros de guerra que formaban como una impenetrable selva de ruedas y pértigas, las poderosas catapultas, la selva de lanzas, los caballetes sostenedores de millares de hachas, de sables, de puñales, de arcos y flechas, se detuvo Moisés como si le faltara el aliento y se apoyó en el pedestal que sostenía una de las grandes farolas que iluminaban por las noches, aquel laberinto de instrumentos de devastación y de muerte.

– ¡Faraón!... ¿Cómo harás para anular todo el dolor que habrás causado a tus pueblos con los subidos impuestos que habrás debido cobrar para suministrar todo este enorme amontonamiento de material de guerra?

El Faraón lo miró como el que ve aparecer un fiero fantasma en el cual nunca había pensado.

–Es verdad, Osarsip –dijo por fin a media voz–. Impuse cargas dobles al país por tres años y sólo han pasado dos, perdonaré el tercero que falta, mediante un decreto.

– ¡No basta, Faraón! ¡En muchos hogares se habrá soportado hambre, frío, miseria que trae enfermedades y muerte! Cuando fui tu Superintendente Virrey comprendí y supe todo esto, y extrañado estoy que no hayas tenido grandes sublevaciones en el país.

–Las hubo, Osarsip, pero las sofoqué castigando a los audaces que se atrevieron a levantarse contra mí.

–Les mandaste decapitar, seguramente.

–No, Osarsip, no llegué hasta eso, están encerrados en los calabozos subterráneos que tiene el subsuelo de esta fortaleza.

– ¿Son muchos?

–Doscientos ochenta y nueve.

– ¿Y sus familiares, padres o hijos?

–Los ignoro completamente.

– ¡Faraón!... Siento decirte que no puedo ser un aliado tuyo para reconstrucción de Templos Escuelas de Sabiduría Divina, mientras no deshagas todo este mal obrar que vive detrás de ti. –Y Moisés dio largos pasos hacia la puerta de entrada porque el horror y el espanto pareció llevarle a la huida.

–Por favor, no me abandones así, Osarsip, sin oírme una palabra más. ¿No he dicho ya que mediante un decreto anularé el mal causado en la doble carga que impuse al pueblo? ¿Acaso no se puede remediar en forma ninguna el error cometido por un hombre? ¿Ante el Eterno Poder no hay justicia posible?

–La hay, Faraón, pero antes de comenzar la grande y santa obra que quieres hacer, hay que limpiar el campo de alimañas y malas hierbas, para poder servir de instrumento al Eterno Amor abriendo Escuelas Sagradas de enseñanza de justicia, verdad y práctica del bien, cuando llevamos en nuestro yo íntimo el negro crimen de causar tanto mal a nuestros semejantes.

El Faraón se acercó a Moisés y lo tomó por ambas manos.

– ¡Osarsip! Eres el único hombre íntegro que he conocido en mi vida. El único hombre que no se doblega ante fuerza alguna de la tierra sino al profundo dictado de su Yo interior. ¿Quién eres?

"¿Acaso el hijo único de ese Eterno Poder dueño de cuanto vive sobre la tierra?

–No te lances por caminos irreales, Faraón –dijo Moisés, suavizando su severa actitud–. Y piensa, más bien, que el desierto y los peñascos me han enseñado esa justicia que no permite causar a mis semejantes el daño que no quiero para mí.

– ¿Quieres ayudarme a deshacer todo el mal que he causado y ahora mismo?

–Sí, Faraón, porque no puede descansar mi corazón que te ama, hasta verte liberado de todas las cargas que has echado sobre ti mismo.

El Faraón llamó al Conserje que gobernaba los calabozos y le hizo las averiguaciones correspondientes a los prisioneros.

Ordenó que se les dieran ropas nuevas y el jornal correspondiente a los dos años de prisión, y escribió de su puño y letra esta orden de libertad:

"Ciudadanos egipcios: El que hace diez años fue vuestro Superintendente Virrey, Osarsip de Menfis, hijo de la Princesa Real Av Isis Thimetis, ha conseguido de mi Real voluntad que levante la carga doble impuesta al pueblo hace dos años, y que os conceda a vosotros la libertad que perdisteis por vuestra sublevación.

"Quedáis pues libres y mi administrador de esta fortaleza os entregará el valor de vuestros jornales en los dos años de vuestra reclusión".

Lo firmó y selló con su anillo. El conserje salió como si le hubieran crecido alas porque creyó de verdad que los dioses rondaban sobre Egipto, que el sol dejaría de aparecer en el espacio o que el mundo se iba a desplomar en el vacío.

Y cuando vio Moisés que el último prisionero abandonaba la fortaleza, se acercó al Faraón, que junto a él desde una terraza contemplaba la escena, y estrechando sus manos, le dijo:

–Ahora sí, Faraón, que podemos abrir Templos Escuelas de Divina Sabiduría porque te has vencido heroicamente a ti mismo, y es la más grande victoria que puedes obtener en toda tu vida.

= 59 =
EN MENFIS

Fue elegido para oficina de la reconstrucción el Palacio de la Princesa, situado, como se sabe, cercano al gran Palacio Real de Menfis que hacía diez años era ocupado por las oficinas públicas, puesto que el Faraón había trasladado su casa familiar a Tebas. Quiso, sin duda, poner mucha distancia entre el gran Palacio de Menfis donde pasó su dolorosa niñez y el desastroso tiempo de la regencia de su madre, con su nueva vida, casado con una dulce y suave alondra siria, que tal era la Reina, su esposa. Esta joven mujer tuvo una gran parte en el cambio y transformación de aquel Amenhepat, entre neurasténico y obsesado, en el Ramsés de treinta años que vemos ahora ponerse a tono con Moisés.

El llamado Palacio de la Princesa era propiedad de Thimetis y ella lo tenía ocupado desde años atrás, con la primer Escuela de ese tiempo para la mujer egipcia que quisiera cultivarse en las Ciencias Divinas y Humanas. Se enseñaban también artes y oficios propios para la mujer. Era la Princesa Real la suprema autoridad

en aquella casa, pero tenía una Regente y varias maestras elegidas por ella misma, que conocía a fondo a las grandes mujeres de los pocos y raros países amigos, que conservaban semiocultos y a través de largos siglos, los ideales que hicieron grandes y buenos a los países del pasado remoto.

En Mauritania, en Ascuzay y Hélade, habían quedado refugios secretos y desconocidos de discípulos del Profeta Antulio que, al dispersarse por el mundo, se refugiaron en aquellas regiones. Y la Princesa Thimetis en los diez años de ausencia de su hijo, quiso llenar la soledad de su corazón con algo que se asemejara a lo que era él para ella.

Había conseguido reunir, decía ella, la Estrella de Cinco Puntas del Profeta Antulio, en cinco mujeres que había conseguido acercar a su corazón desde aquellas apartadas regiones. Todas pasaban de los cuarenta años, y la mayor que contaba cuarenta y siete era la Regente, y las otras Auxiliares para la educación y enseñanza de las alumnas que nunca fueron numerosas.

Este fue el sitio elegido como oficina de los reconstructores de los grandes Templos egipcios, que se hallaban ruinosos. Habiendo sido asociada la Princesa Real a los proyectos del Faraón, auxiliado por Moisés, debieron elegir un sitio de cómodo acercamiento a ella, y nada más oportuno y propio que aquel palacio de su propiedad y tan gustosamente cedido por ella a tan grandioso fin.

– ¡Madre Isis! –clamaba ella–. ¡Verá Egipto nuevamente vaciarse el cielo sobre la tierra como en los pasados tiempos, en que los dioses del amor, de la sabiduría y de la paz, ocupaban los tronos y gobernaban a los pueblos como un buen padre gobierna a sus hijos!

En los diez años de ausencia de Moisés, la Princesa Real había conocido por sus Matriarcas Auxiliares, como ella las llamaba, todas las antiguas Escrituras que relataban los heroísmos de amor de los Profetas Blancos de Anfión y de Antulio, de los Kobdas de Abel, de los Flámenes de Krishna, y su alma hecha de grandes amores y de sublimes ensueños, suspiraba por ver reaparecer toda aquella belleza extraterrena que había huido de la tierra, dejándola en oscuridad y silencio de muerte.

–Los dioses no hablan hoy a los hombres –decía ella–, y es nuestro deber formar de nuevo el ambiente que a ellos les es propicio. ¡Madre Isis! Hazlo tú, que eres la Madre Eterna de todas las madres de los enviados divinos. Y yo soy una de ellas, no lo olvides, Madre Isis..., ¡que vivo en el destierro esperando siempre que enciendas de nuevo tu lámpara de amor ante mi vista!

Y la lámpara fue encendida para Thimetis tal como ella lo había pedido.

* * *

Y comenzaron la visita a los Templos de la región del Delta o Bajo Egipto, ya que se encontraban allí el Templo de Sais menos antiguo que el de On y no obstante aparecía más ruinoso y envejecido.

–Esto se debe –dijo Moisés–, a que el Templo de On recibió ligeras reparaciones de mi tío Jetro, del Pontífice Membra, del Patriarca Isesi y también de mi madre, que de tanto en tanto lo visitaba y corregía algunos desperfectos, teniendo en cuenta que bajo sus naves estuvo muchas veces su madre, en su larga permanencia de novia en el Palacio de la Princesa.

En el Templo de Sais encontraron siete Sacerdotes, ancianos y muy pobres, a quienes sustentaban algunos familiares que gozaban de regular posición y los criados antiguos que dos de ellos tenían, y los cuales pescaban diariamente en los arroyos del Delta.

– ¿Por qué no me hacíais llegar vuestras noticias? –preguntó el Faraón–. ¿Tan malo me creéis que sea yo capaz de ver vuestra pobreza sin socorrerla?

– ¡Oh, señor Faraón, que los dioses glorifican!... Debéis saber que la ley del Templo nos prohíbe pedir socorro mientras vemos que no falta el alimento. Vuestra grandeza tiene harto en qué pensar para ocuparse de un menudo grupo de sacerdotes, que tienen ya pocos años de vida sobre la tierra. No servimos ya sino para orar por Egipto y por sus gobernantes, para atraerles de los cielos todo el bien que ellos merecen.

– ¿Y, qué hacéis en estas ruinas que dan pavor y quitan el aliento y ganas de vivir?

–Cumplimos el deber de guardar hasta el fin de la vida, el Arca Sagrada y cuanto guarda la Cripta del Templo.

–Mi acompañante, que veis, es el hijo de la Princesa Real que ha vuelto del lejano Madián, donde ha fundado una Escuela Iniciática con el Hierofante Jetro y el Patriarca Isesi.

– ¡Oh, que gloria más grande! –exclamó uno de los Ancianos; y en todos los viejos rostros resplandeció una luz nueva.

–Jetro e Isesi estudiaron aquí mismo y juntos realizamos las pruebas de la Iniciación, cuando ocupaba el trono de Egipto vuestro glorioso bisabuelo que Osiris llevó a su reino.

–En el Templo de On ya nos han referido lindas hazañas de

toda nuestra progenie. De seguro que hicieron grandes desatinos, pero no tenéis el valor de decirlo ante mí. Os doy la noticia de que vamos a hacer reparaciones en este Templo, en el de On y otros más que están en ruinas. Vendrán aquí muchos operarios y acaso se os haga inaguantable la vida.

– ¡Señor! –dijo uno de los Ancianos–, tenemos un pabelloncito entre el parque, que era destinado a los jardineros y hortelanos. No nos molestaran los operarios, señor, y os bendecimos con toda el alma por la obra que vais a hacer.

– ¿Y vuestra madre, Grandeza, se conserva con vida y salud? –preguntó a Moisés otro de los Ancianos.

–Se conserva muy bien y es colaboradora en la obra que realiza el Faraón. Con tal motivo, quizá venga a haceros una visita.

–Está escogida por los dioses para grandes obras que sólo los justos pueden hacer.

–Si no tenéis inconveniente –díjole Moisés–, desearíamos saber qué Escrituras guarda el Arca Sagrada. Os digo esto porque no solo piensa el Faraón reconstruir la parte material de los Templos, sino volverlo a lo que fueron tiempos atrás: Escuelas de Sabiduría Divina.

–Señor, nuestro último Pontífice, el Hierofante Acofar, murió de repente y no nos vimos desligados de nuestros juramentos. Vuestra Grandeza, ¡oh, Faraón!, os permitirá hacer lo que creáis justo en caso tan excepcional como éste. Yo, como mayor en edad, guardo la llave de la Cripta de los Misterios Divinos.

–Tenéis aquí a un Hierofante de Séptimo grado, y Pontífice de la Escuela Iniciática del desierto y que lo será también de los Templos reconstruidos. No a mí, sino a él podéis confiarle todos los secretos.

"Mientras, yo revisaré el edificio y con mi constructor que espera en el pórtico haremos los cálculos convenientes. –Y el Faraón dio media vuelta para alejarse.

Moisés intervino.

–Faraón, creo que debéis dar a vuestro arquitecto constructor las órdenes del caso, pero vos podéis entrar en los secretos de la Cripta. En mi calidad de Pontífice, os doy la autorización necesaria para que estos Ancianos conserven su paz interior.

–Es lo justo que manda la Ley –dijeron a una voz los Ancianos.

Y bajaron a la Cripta que era hermana gemela de la que hemos visto en el Templo de On.

–Un mismo genio construyó ambos Templos –dijo de inmediato el Faraón–. ¿No lo crees así, Osarsip?

–Sí, Faraón, es así. Sólo, que éste es más pequeño que el de On, y pareciera ser Isis el alma que lo anima aún a pesar de los siglos que cuenta.

– ¿Sabéis quién fue el fundador?

–El Patriarca Hermes, hermano de Asclepios, ambos prófugos de la gran catástrofe atlante, que con Beth-Emis y varios otros fundaron la raza Egipcia que sólo reconoce a Mizraim hijo de Beth-Emis, como origen de nuestra raza.

–Este Templo es igual en muchos detalles al de On –sugirió el Faraón–, lo cual indica que el constructor fue uno mismo.

–Sí, señor, son hermanos gemelos de las Pirámides y la Esfinge. Todo tiene el mismo origen –añadió uno de los sacerdotes.

Moisés tomó la llave de manos del Anciano que la guardaba y abrió el Arca sagrada, cuyos goznes resonaron como cuando algo se rompe.

–Hace catorce años que nuestro Pontífice la abrió por última vez. –Y los siete Ancianos se arrodillaron.

El Arca contenía muchos rollos de papiro amarillentos y de orillas carcomidas; y contenía también varias llaves de plata y pequeños punzones de pedernal como los que se usaban para abrir alacenas en los muros.

En silencio, Moisés, revisó las frases jeroglíficas antiguas que aparecían en las cubiertas de los rollos y los fue leyendo en el idioma usual en ese tiempo:

"Asclepios refiere la lucha final de su Maestro y su muerte por el veneno".

"Un solitario de la montaña Santa de Atlántida, prófugo de las aguas, refiere la Asamblea de los Diez Reyes, en la que estuvo presente en representación del Atlas".

"Un solitario Dakthylo del país de Ethea refiere la destrucción y ruina final de Sumeria por el incendio de su capital Nínive".

–Esto es largo de ver, pues encierra tantos rollos esta Arca Sagrada, cuyo contenido merece otra clase de observación –sugirió el Faraón, y preguntó–. ¿Conserváis relaciones con los demás Templos de Egipto?

–Creo que puedo ser franco en este caso –dijo como temeroso el Anciano.

–Completamente, pues sabiendo vos que el Sacerdote Neferkeré dejó a Osarsip en su lugar...

– ¡Oh, el justo Neferkeré, que Osiris ha glorificado!... Sea su alma con nosotros en esta hora.

–Yo recibí sus postreros legados y mensajes y le acompañé en Luxor hasta su último aliento. Hablad, pues.

–El ilustre Faraón Seti, vuestro bisabuelo, anuló en absoluto la dependencia de todos los Templos a uno solo y la reemplazó por la dependencia de todos al criterio, juicio y voluntad del Faraón. De hecho ya casi no existía porque el reducido sacerdocio que quedó, después de la guerra entre los partidarios de Atón y los de Amón, se escondió en las Criptas de los Templos y vivieron casi por completo en clausura, a causa del terror que dejó en todos, las salvajes carnicerías y matanzas que ensangrentaron todo el país.

"A pesar de todo esto, los sacerdotes de todos los Templos que aún están en pie mantenemos relaciones muy discretas y nos ayudamos unos a otros.

– ¿Y podrías informarme cuáles son los Templos en que viven sacerdotes del antiguo culto?

–Señor, todos somos del antiguo culto, o sea aquel que implantaron en este país sus ilustres y sabios fundadores: los Kobdas, que provienen de un mismo origen, o sea de los Flámenes de Lemuria nacidos del corazón de Juno el marino y de Numú el pastor, de donde surgieron luego los Profetas Blancos de Anfión y de Antulio de Atlántida; los Kobdas de Abel y de Bohindra, y más tarde los Lamas de Krishna, llamados primeramente los *Hermanos del Silencio* por el nombre de las torres en que habitan.

–Veo que estáis muy bien informados y me alegro infinito de todo cuanto nos has manifestado. Y decidme, si sois del antiguo culto, ¿cómo salvasteis la vida en medio de las bárbaras matanzas que hubo, de las que no escapó el Justo Anek, de querida y santa memoria?

–La ciénaga y los cañaverales del Delta nos salvaron la vida a catorce de nosotros. Los más ancianos ya se fueron, señor, y sólo hemos quedado siete.

"Y pensar que en sus esplendores en Sais tuvimos hasta ciento veintisiete sacerdotes Iniciados, aunque solo setenta eran Hierofantes.

– ¿Qué fue de todos ellos? –preguntó Moisés.

– ¡Oh, señor, cuán triste es todo esto! Los que no se atrevieron a esperar lo que sucedería, escaparon disfrazados a las cavernas de los montes, hasta que les creciera el cabello para huir sin peligro. Un bando real anunció el perdón para los que renegaran del viejo culto y se plegaran al nuevo. Pero ninguno de este Templo renegó ni apostató. Prefirieron la vida azarosa del prófugo, del proscrito. Mas, ninguno volvió al viejo nido que fue olvidado hasta encontrarse en el estado ruinoso que veis.

"Cuando cesaron las matanzas, fuimos volviendo de a uno, dos o tres, por las noches, hasta que nos reunimos catorce y elegimos Pontífice al que fue Notario Mayor, Acofar. Antes de comenzar las luchas el Faraón Anek-Atón había enviado a nuestro Pontífice ante el gran Rey de Nínive que pedía alianza con Egipto para defenderse de las hordas de la Escitia. Nunca volvió y nada supimos de él.

– ¿Podrías informarme si en los Templos de Tentira y de Ipsambul hay aún sacerdotes que los guardan?

–Sí, señor; en el Templo de Tentira un sobrino mío es Notario y le acompañan diez sacerdotes, cinco son Hierofantes del séptimo grado. El Pontífice murió hace seis años y no han elegido otro porque se encuentran en ese estado de indecisión de los que esperan acontecimientos. Ese Templo es más viejo que éste, porque fue reparado, según dicen, cuando instalaron allí el Zodíaco, que el Patriarca Thoth había traído desde Atlántida cuando huyó de las aguas.

– ¿Y Karnak y Luxor viven aún?

–Sí, señor, los hemos resucitado, diré así, porque de aquí fueron dos sacerdotes, y de los otros Templos enviaron también su aporte, sobre todo de Menfis. Esos dos Templos pertenecen al Pontificado de Menfis, porque después de la muerte de nuestro amado Neferkeré, el Pontífice Membra con la colaboración de vuestra ilustre madre, acudieron en socorro de esos grandes Templos del Bajo Egipto, cuya fuerza mental ha sido la salvaguardia de las tribus nómades de los desiertos vecinos, que varias veces intentaron robarlos. Mas ahora como el gobierno del Faraón reside en Tebas, esos Templos no tienen el peligro que tenían antes. Allí asesinaron muchos sacerdotes que no quisieron renegar de su fe.

"En el Templo de Ipsambul, hasta la luna pasada última, tenían doce sacerdotes, y el Notario Mayor que lo fue del Pontífice Ounas, es hermano de uno de nosotros y hermano así mismo del médico de vuestra madre y de la Real Casa. Atón Mosis, que está en el reino de Osiris".

El recuerdo de Merik acudió a la mente de Moisés como radiante visión de su pasada juventud, y guardó unos momentos de silencio. La poderosa evocación dio el resultado de Ley: la amada presencia y su voz serena impulsando a escalar la cumbre... "*Adelante amor mío de siglos* –decía la voz sin ruido–. *Una legión de nosotros te acompaña y como hemos sido testigo de tus renunciamientos, humillaciones y dolores, la Ley nos concede serlo así mismo de tus triunfos que están llegando como águilas potentes trayendo en el pico las palmas de tus victorias*".

Moisés exhaló un hondo suspiro y dijo como hablando con alguien que veía:

– ¿Por qué me haces soñar con la gloria que aún no he conquistado?

El Faraón miró al Anciano sacerdote y a los otros, y su mirada interrogaba.

–Señor –le dijo a media voz el sacerdote–. El hijo de vuestra ilustre hermana no siempre anda por la tierra. Es hermano de los dioses y está en misión, desterrado. Es secreto, señor...

Estas últimas palabras fueron un murmullo pero el Faraón lo comprendió.

–Osarsip –dijo emocionado el Faraón–, debes estar agotado de tanta preocupación. Que este Anciano nos diga, si eso es lo que te interesa, cuántos son todos los sacerdotes con que podemos contar para que sea cada Templo una Escuela de Sabiduría Divina, según tu deseo... ¿No es esto lo más conveniente?

–Es verdad –respondió Moisés–. Veamos. Vos me los mencionáis y los anotamos.

–Comencemos por Menfis si os parece.

–Muy bien –afirmó el Faraón; y se sentó ante la mesa de entrada a la Cripta, con su libreto de bolsillo en la mano y Moisés se colocó a su lado.

–En Menfis diecisiete sacerdotes iniciados y seis Pastóforos. En el Templo de On siete sacerdotes iniciados; en Tentira, once; en Luxor, cinco; cinco en Karnak; y cinco en Abydos. Conque haced la suma con nosotros que somos siete.

El Faraón y Moisés hicieron la suma:

– ¡Cincuenta sacerdotes iniciados! –dijeron al mismo tiempo el Faraón y Moisés.

–Lo cual es decir –añadió el Faraón–, que tenemos cincuenta y siete Maestros para los que quieran conocer las leyes divinas y ser hombres de bien, para grandeza y gloria de Egipto.

–Y con los que tenemos en mi Escuela del Desierto llegamos a los setenta que es el número sagrado, porque setenta son los Mesías o dioses, según el lenguaje egipcio, que gobiernan y dirigen este universo de mundos que vemos desde la Tierra.

"Si os parece, Faraón, realizaremos una Asamblea entre estos escogidos por la vida, para esta hora grandiosa que, de seguro, está marcada en los cielos superiores, desde donde la Eterna Potencia vigila los mundos.

–La realizaremos en el Templo de Menfis que hoy es el que está en buenas condiciones y tiene más sacerdotes. La presidirás tú,

Osarsip, y estaremos presentes tu madre y yo.

–Habrá que traer a los que están ausentes en el Bajo Egipto –indicó uno de los Ancianos sacerdotes del Templo de Sais.

–De eso me encargo yo –dijo el Faraón.

Y quedó resuelta la reunión que daría por resultado el renacimiento del viejo culto que pretendieron ahogar con sangre los inconscientes y fanáticos; los que asesinaron a Anek-Atón y a todos sus adeptos, creyendo erróneamente que matando a los hombres, mataban la Suprema Verdad que era el ideal sustentado por ellos.

= 60 =
MOISÉS Y LOS ARCHIVOS

Siendo que el siguiente plenilunio celebrarían la Asamblea fundamental ya resuelta, a fin de que los Sacerdotes del Bajo Egipto pudieran asistir, el Faraón y Moisés se separaron para volver cada cual a su propio hogar. El Faraón a su Palacio de Tebas, y Moisés al castillo del Lago Merik donde le esperaban su madre y su esposa.

Ambos se sentían cargados de grandes compromisos para un futuro cercano. Y así, ambos emplearon sus días en prepararse esmeradamente, para hacer frente a cualquier emergencia que pudiera presentarse.

Las dos potencias, la una espiritual, y material la otra, volvían a levantarse como dos estatuas gigantescas e inmóviles, que frente a frente parecieran interrogarse...

El Pontífice Membra convertido en Patriarca Eleazar de Saptnae, lugar de su nacimiento, se encontraba viviendo en el pabellón anexo al Oratorio del castillo del Lago Merik, donde en los años de la infancia de Moisés vivieron los tres primeros maestros suyos: Amonthep, Ohad y Carmi, como recordará el lector.

Y allí se fueron abriendo todos los viejos archivos, que la Princesa Real, Moisés y Membra habían conseguido reunir.

La Ley de los Templos más antiguos permitía a los archiveros que hubieran cumplido veinte años de servicio, tomar copias y anotaciones de lo que más les conviniera para los estudios o trabajos de escritura que cada uno quisiera hacer, con fines ilustrativos de los mismos discípulos que pedían ser iniciados. Y los que obtenían tal privilegio, debían dejar un documento firmado, comprometiéndose a no dar a conocer las copias sino a personas de las que estuvieran tan seguros como de sí mismos.

Allí aparecían escritos de algunos de los primeros fundadores de las ciudades de Atlántida que huyendo de tierras volcánicas, o de desbordamiento de mares, o de salvajes tribus primitivas, recién salidas del reino animal, se habían establecido en aquellas selvas vírgenes no holladas aún por el pie del hombre.

Se remontaba una escritura a los orígenes de la raza Tolteca, fundadora y civilizadora de Atlántida.

Y la vieja escritura comenzaba así:

"Los Genios divinos del cielo azul iluminaron mis noches de sombras con un misterioso sueño: Huye hacia occidente, porque el que será tu enemigo perdurable, sale de sus cavernas en el sur y en el oriente, y si te encuentra en su camino te engullirá en su boca de dragón triplemente dentada.

"Vivíamos felices en la costa sur de Escandinavia a la orilla del Golfo Grande, en cavernas y corredores subterráneos que nos resguardaban de las grandes nevadas en los meses largos de opaco sol.

"La abundante pesca y los bosques de morerales nos producían buen alimento. Las aves marinas nos dejaban el regalo de sus huevos y los abundantes renos su leche sustanciosa.

"Éramos como una familia de dos decenas y media entre hombres y mujeres, más seis niños de diversas edades. Los antepasados a quienes no conocí porque eran muertos, no conocieron su origen porque se hallaron ambos dormidos en la misma caverna de la costa, donde algún balandro náufrago debió dejarles cuando perdió toda esperanza de salvarlos con vida. Las tempestades eran allí muy bravas y de continuo chocaban las chalupas con los acantilados y se hundían en el mar. Únicamente, sabían que sus padres se perdieron en el mar viajando a Ascuzay a donde ellos iban con sus madres y una criada. El niño mayorcito de diez años, recordaba algo referente a la familia. Era cuanto se sabía del origen de esta reducida tribu, que se había aumentado por enlazamientos y uniones que la Madre Naturaleza bendecía. Nuestro nombre como raza, proviene de los nombres que los dos abandonados decían ser sus nombres: Thoe, era el varón y Theka, la niña. Y así éramos enseñados desde niños a decir: "Padre Thoe, Madre Theka, velad por estos hijos vuestros y dadnos el sustento diario y haced que las bestias de la tierra y las aguas del mar respeten nuestras vidas.

"Y el padre Thoe y la madre Theka estaban sobre un altar de piedra bajo una encina. Un Genio los había labrado en carne

como la nuestra, y él mismo las transformó en piedra para que no pudiesen morir nunca jamás.

"Que el Genio que me dio el sueño anunciador sea con los que dejo detrás de mí en esta hermosa tierra llena de granos buenos y frutos deliciosos, con mar tranquilo y manso, con fuego en los cielos y fuego en la tierra.

"Bendigamos al aire, a la luz, al agua y a la tierra.

"Malkuth – Kheter – Netzha – Trakys – Akyluts"

Moisés y el ex Pontífice Membra pudieron descifrar la extraña y viejísima escritura hecha con signos que algo se asemejaban a la más antigua escritura de los Templos, y pudieron hacerlo ayudados por la intuición y también por los comentarios y sugerencias de los primeros lectores, que en los largos siglos transcurridos habían ido añadiendo, a los fines de darle a la misma arcaica escritura el sentido más o menos razonable y lógico que podía tener.

Lo único indudable y claro que se desprendía de dicha Escritura, era que los fundadores Toltecas de la Atlántida virgen y desierta venían de las regiones heladas del Norte y que al correr de los siglos y las edades, individuos de otras corrientes humanas, se mezclaron con ellos hasta formar una raza blanca rojiza como era la mayoría de la población Atlante, según lo refieren numerosas Escrituras antiguas, encontradas en los archivos de los Templos Egipcios.

Analizando los signos y modo en que estaban dispuestos, nuestros intérpretes sacaron la conclusión de que las dos primeras firmas significaban, el primero: *"Rey Soberano"* y *"Corona de honor"* el segundo.

Las otras tres firmas tenían debajo una vara vertical que en el lenguaje esotérico y simbólico significa, columna fuerte que no se dobla.

Ya comprenderá nuestro amado lector que sólo el genio investigador de Moisés, su amor a la verdad y la firmeza de sus grandes ideas pudo hacer frente a tan lento y delicado trabajo.

Y por este mismo orden de investigación que era meditación profunda y estudio a fondo, fue averiguando todo cuanto necesitaba saber para abrir con serena tranquilidad su "Escuela de Divina Sabiduría", a puertas abiertas.

Llegaba afanosamente cansado pero satisfecho y jubiloso a esta clara e innegable conclusión:

La raza de Abraham tenía su origen en un emigrado náufrago de Atlántida: Sem, lugarteniente de Nohepastro, Rey Atlante; y de Eufemia, hija de un Rey de los Samoyedos, desterrado voluntario para evitar contiendas entre pueblos vecinos.

Y la raza Tolteca de la cual descendían los primitivos pobladores de los valles del Nilo: Thoth, Kermes, Flan, Beth-Emis y sus compañeros Karnain, Pap-Hiros, Elotos, Pitson, Pihabirot, Gion-Zeber, Buthathis, Ben-Nilo y Bipeset; eran también originarios de Atlántida, prófugos y perseguidos por la furia de los elementos, los mares desbordados en incontenible invasión. Y algunos de ellos como Beth-Emis y Elotos descendían también de dinastías reales.

Si los orígenes según la carne y la sangre, tienen algún valor, la raza de Abraham no era en nada inferior a la raza Tolteca, y menos para Moisés que tenía puesto su ideal infinitamente más arriba de la carne y la sangre, polvo y ceniza.

– ¡Oh, Psiquis!... ¡Divina Psiquis! –exclamó con entusiasmo–. ¡Yo te levantaré por sobre todos los barrizales y humaredas humanas! ¡Y no habrá más que Dios y Tú! ¡Dios y Tú, multiplicada hasta lo infinito en millones de millones de chispas, que los siglos convierten en llama viva de luz inextinguible, que vuela a refundirse en la Divina Luz, inextinguible y Eterna!...

El Anciano Membra y Thimetis, testigos de esta escena, se sobrecogieron de pavor ante la exaltación de Moisés, al cual vieron envuelto en un halo resplandeciente y cálido que pareciera querer levantarlo de la tierra.

Y cada uno, sin previo aviso, se tomó de una de sus manos tal como si quisieran retenerlo. El contacto desvaneció la manifestación extra terrestre, una levitación, sin duda, que pudo haberse producido, dada la intensa fuerza espiritual que llevaba en sí la espontánea exclamación, brotada de aquel Espíritu Luz de inconcebibles energías y que olvidado de su envoltura de carne, flotaba a momentos entre el cielo y la tierra.

–Hijo mío –le dijo el Anciano–, tu misión es grande y gloriosa, de largo tiempo para cumplir. Estas aún al comienzo de la enorme cadena de sacrificios y renunciamientos que ella te exigirá. Si por la lectura de una arcaica escritura te exaltas así, tu madre y yo no podremos faltar nunca de tu lado en horas de estudio y meditación. Mis años son ya muchos, y ella, tú la ves, no es fuerte físicamente.

La dulce madre se apretó al pecho de su hijo y entre llorosa y feliz, le decía:

– ¡Él y yo viviremos hasta que las huellas de tus pies se marquen sobre las piedras!...

– ¡Y me seguiréis hasta los confines del mundo porque presiento que esta vida mía será como el vértigo del ave errante arrastrada

por el huracán!... ¿Hasta dónde? No lo sé y aún tengo miedo de saberlo en este momento.

– ¡Hijo!... Isis es nuestra Madre Eterna, y es piedad y ternura, es amor infinito y ella me ha prometido cobijarte bajo su manto desde que viniste a este mundo. Serás lo que el Eterno Poder quiere que seas: el *Portavoz* de la Eterna Voluntad para la humanidad terrestre.

La voz del Faraón se oyó tras la cortina de la puerta:

– ¿Puede entrar un profano a vuestro cónclave santo?

–Pasad, Faraón. –Dijeron los tres a la vez, y los tres lanzaron una exclamación de asombro cuando lo vieron cubierto con la amplia vestidura talar color violeta oscuro, que usaban los sacerdotes sometidos a voluntaria penitencia de expiación, por delitos o faltas de gravedad. Echó el capuchón a la espalda y su arrogante cabeza rapada quedó al descubierto.

–Amenhepat, hermano mío, ¿por qué hiciste esto? Para asociarte a nuestros ideales de fraternidad y redención humanas, no era necesaria la práctica externa de lo que se lleva en lo íntimo del alma –díjole la Princesa Real, pasando su brazo a la espalda del Faraón–. ¿Verdad que no es necesario? –preguntaba ella a sus dos compañeros de cónclave, usando la frase del Faraón.

– ¡Déjale hacer! –dijo bondadosamente el Anciano–. Cuando se comienzan estos caminos, Psiquis padece mucho por el tiempo perdido y su afán de apresurar la carrera, la obliga a ayudarse con formas externas, que le dan la ilusión de acercarse más al dichoso final. ¿No es así, Moisés? ¿No lo sientes así, Faraón?

–Es así... Es así... –contestaron ambos.

–Y ahora comprendo –añadió el Faraón–, porqué en la alcoba dormitorio que fue de mi abuelo Seti, encontré hace algunos años esta vestidura, por lo cual he supuesto que él la usaba encerrado en su alcoba, para pedir a la Divinidad la indulgencia y el perdón de los errores cometidos, cuando hacía temblar al pueblo y a sus servidores con sus decretos a veces injustos como todo soberano.

–Como todo soberano que no ha llegado a la convicción de que es sólo un representante de la Suprema Potencia ante el pueblo que gobierna –afirmó Moisés.

–Hablaste bien, Osarsip, y si algo me toca de lo que has dicho, esta convicción ha llegado hasta mi mundo interno, y tan imperiosamente que me obliga a realizar con apremio las obras que proyectamos.

La Princesa Real no estaba del todo tranquila porque aunque el ex Pontífice Membra no ostentaba ningún rastro de su antiguo

cargo y su cabello aparecía según el uso común, temía que el Faraón lo reconociera, no obstante haber transcurrido más de diez años sin verle.

–Patriarca Eleazar –dijo amablemente–, el Faraón y Osarsip tienen muchos negocios que tratar, y en los cuales vos y yo tomaremos parte en adelante. Dejémosles solos que también yo tengo consultas que haceros.

Membra y Moisés, comprendieron y con discretos hasta luego, la Princesa y el Anciano se retiraron.

–Tu madre es una iluminada de los dioses Osarsip. Siempre el acierto está en toda ella. Es admirable.

– ¿Deseabas que ellos se retirasen, Faraón?

–Sí, Osarsip, porque la confianza que me has inspirado tú, no puedo aún tenerla en este Patriarca Eleazar, aunque creo haberle visto antes en alguna parte. ¿Está él enterado de lo que tú y yo pensamos hacer?

–De la reconstrucción de los Templos, ya está enterado todo Egipto, Faraón, y de que los Templos volverán a ser "Escuelas de Ciencia Divina y Humana", creo que también.

"¿No estás convencido aún de que el soberano de un gran pueblo está siempre vigilado por todos los que son capaces de ver?

–Sí, es verdad, y a veces el que menos sabe es el soberano mismo.

–El Patriarca Eleazar posee el más nutrido Archivo que hay en Egipto y a eso se debe que le has encontrado en íntima conversación con mi madre y conmigo. ¿Qué te figuras que hacíamos, cuando tú llegaste, con este pergamino que parece la piel de una momia milenaria?

–Tú dirás... Y, ¡qué figuras, si parecen hormigas disecadas! –decía el Faraón contemplando la extraña e incomprensible escritura–. ¿Y habéis descubierto lo que dice?

–Venciendo muchas dificultades hemos conseguido interpretarla. Relata los orígenes de la raza Tolteca fundadora de la civilización de Atlántida, que debe hacer como cinco mil años que duerme bajo las aguas del mar.

–Siempre tú el hombre enamorado del pasado. ¿Y, qué tiene que hacer la raza ésa con lo que nosotros queremos hacer?

– ¡Mucho Faraón!... Mucho tiene que hacer para mi Escuela de puertas abiertas. Nuestra humanidad actual anda buscando siempre motivos de división, de separación. Y yo sigo en absoluto un axioma, ley de un iluminado Profeta de la tierra donde nace el sol, el Decán, que se llamaba Krishna, y que decía a sus discípulos:

"No cometáis jamás el delito del separatismo porque todos somos uno en el infinito seno de Atmán". Y así, una de las enseñanzas de nuestra Escuela será la de probar a los alumnos que ninguna raza es de origen inferior y que si hay inferioridad en algunas es debido a la ignorancia, a la inconsciencia y también a la malicia de los dirigentes de los pueblos, interesados en mantenerlos engañados para su propio provecho y conveniencia material.

"Dime, Faraón, ¿no es verdad que todos los soberanos de pueblos se creen ellos y sus pueblos, superiores en mucho a los demás? Tú mismo, ¿no estás convencido que nuestro Egipto es lo más grande que hay?

–Porque lo es, Osarsip, y nadie puede negarlo. ¿Lo puedes negar tú acaso?

–Óyeme, Faraón: el amor a la tierra en que hemos nacido pone a veces una venda en nuestra mente, y esa venda es de ordinario más espesa y resistente en los que gobiernan y son como dueños absolutos de esa tierra. Hoy por hoy nuestro Egipto es grande, es fuerte, es rico, y hubo un tiempo en que fue también el maestro civilizador y educador de la humanidad.

– ¿Y, no lo es hoy, Osarsip? ¿No lo es?

–Dejó de ser educador y civilizador cuando se entregó a degollar, a matar, a envenenar seres humanos porque un Faraón justo creó una Escuela de Ciencia Divina y Humanas, y quiso hacer comprender a los pueblos que el Eterno Poder no reside en las estatuas o imágenes de los dioses mil, adorados por ellos, y que si esas imágenes representan seres vivos, son instrumentos auxiliares, mensajeros del Eterno Poder para con los seres encarnados que caminamos por la tierra. Entonces, Faraón, se puso nuestro Egipto al mismo nivel que esas razas, naciones o pueblos que se entregan a matar, quemar, envenenar, a los que piensan de diferente manera que ellos. ¿Podemos decir que en esa época triste fue nuestro Egipto un educador y civilizador de pueblos?

– ¡Osarsip!...Yo venía contento y feliz a encontrarme contigo y tus amargas verdades me visten de luto el corazón como de luto está vestido mi cuerpo. ¡Tienes toda la razón! ¡Mas, yo te digo que de este luto de mi corazón surgirá la resurrección y la vida para nuestro Egipto como para mí mismo! Egipto y yo resucitaremos, Osarsip. Y serás tú, el excelso mago que nos saca de una tumba y nos dice: ¡Sed vivos con una vida nueva, verdadera y eterna!

– ¡Así sea por toda la eternidad! –contestó Moisés estrechando efusivamente las manos del Faraón.

= 61 =
LA ASAMBLEA

Solitario, sentado en una de las terrazas del castillo del Lago Merik, Moisés, noche a noche contemplaba a la luna serena y radiante que lentamente se acercaba al deseado plenilunio designado para la asamblea de Hierofantes que decidiría sobre su sueño idealista: la Escuela de Divina Sabiduría a puertas abiertas.

Y cada noche anotaba un número más al programa que presentaría, y a veces borraba todo lo escrito la noche anterior, para reemplazarlo por una idea nueva que acaso borraba también la noche sucesiva.

Eran muchas sus incertidumbres, sus interrogantes, esbozados en la penumbra de la meditación y borrados en la claridad de sus lógicos razonamientos.

¡Oh, qué arduo y pesado es para el genio creador de grandes ideales entre un mediocre mundo de mentes escasas de luz divina, y escasas, asimismo, de espíritu de sacrificio y de esa decidida voluntad capaz de realizarlos! Y Moisés se encontraba en una situación semejante.

Y después de varias noches de dolorosas y arduas cavilaciones, cuando ya era pasada la medianoche vio subir la escalera, a un sujeto de alta estatura, con la túnica blanca de los Hierofantes y el capuchón cubriendo su cabeza.

–Será el Patriarca Eleazar –pensó.

El sujeto estaba ya a su lado y contestó a su pensamiento:

–No es el Patriarca Eleazar sino Jetro, tu tío y compañero de ideales. No, no vine en la caravana, que aún está a mitad de camino. ¿Acaso necesita Psiquis de caravana, ni de camellos, ni de mulos, para presentarse en el sitio en que el deber le llama?

–Sí, es verdad tío Jetro, y cuánto te agradezco que hayas venido en espíritu a fortalecer el mío, ya que a veces vuela como un águila y a veces se aplasta a la tierra como una mísera lombriz moribunda.

–Lo sé, lo sé, y por eso la Ley Divina me ha traído hasta ti porque llegada la hora del tiempo, no podemos ni debemos aceptar el fracaso.

"Somos dos los misioneros espirituales de esta noche; yo para ti, y el Pontífice Pthamer para el Faraón que le sentirá en el sueño. Fue su maestro en la infancia y el que le consagró heredero

del trono de Egipto, aun a ocultas de su madre que rebelde a las costumbres de los antepasados, quería suprimir esa ceremonia con fines siniestros que no debo mencionar ahora.

"Y rememorando tal hecho que quedó entre ellos dos, nada más, el Faraón no podrá dudar de donde le viene la lección. Las cavilaciones y dificultades del Faraón te han traído a ti ese cúmulo de dudas, interrogantes e incertidumbres, haciéndote ver montañas y barreras donde todo es llanura; y mares turbulentos donde es fontana de claras aguas donde se reflejan las estrellas.

"Óyeme, procuraréis que la Asamblea se realice al acercarse la medianoche, hora en que tus compañeros del desierto dormiremos en profundo sueño.

"Todos nos prepararemos para un feliz desprendimiento en la forma en que sabemos hacerlo. Trataremos de estar presente el Patriarca Isesi, Ohad, Carmi, Layo, Hur, Caleb y yo. Aún no sé si los siete nos podremos hacer visibles materializados, pero sí, estoy seguro, de que los que tenéis la facultad clarividente nos percibiréis perfectamente. Por lo que pudiera ocurrir dejad libres y desocupados siete sitiales de la Cripta, y ojalá nos permita la Ley Divina anular todas las deficiencias que nuestra grosera indumentaria de carne, nos ofrezca como impedimento. –Aquel Hierofante alto, pareció redoblar su estatura al ponerse nuevamente de pie, acercándose a Moisés hasta tomarle la cabeza con ambas manos–.

"¡Hijo mío! –le dijo con paternal dulzura–. A pesar de la fortaleza de tu espíritu, la negra falange de las tinieblas te hace dudar y vacilar hasta llegar a temer el fracaso, que está tan lejos de ti, como el desierto que acabo de dejar, y que, no obstante, no ha servido de impedimento para que yo esté a tu lado en este instante. Escribe esta noche los puntos salientes de tu programa, y lo que esta noche escribas, no lo borres porque eso será lo que debe ser.

Y la real y materializada aparición se desvaneció en la suave claridad lunar que hacía de la noche día, según era intensa la brillantez de la luna en su marcha serena por el espacio azul.

Moisés cayó de hinojos sobre las blancas lozas del pavimento, y las mudas almenas coronadas de macetas de palmas y de flores, escucharon esta intensa plegaria de acción de gracias:

– ¡Gracias mil, Poder Eterno que sostienes los mundos!... ¡Como un pájaro herido de muerte revoloteaba Psiquis por abismos de dudas y de recelos, y ha bastado tu aliento soberano para aquietar mis terrores y soltar de nuevo mis alas por tu infinita inmensidad!

Y paso a paso, con embelesos de éxtasis ante la inefable belleza de aquella noche de comunión divina con lo infinito, Moisés buscó la quietud de su alcoba y su diván de reposo, donde recobró su materia las energías perdidas en la lucha con la bravía legión de las tinieblas.

Moisés esbozó el programa que debía implantarse en su Escuela de Divina Sabiduría a puertas abiertas:

Punto 1º. Entre todos los Sacerdotes o Hierofantes se elegirían tres que recibieran las solicitudes de ingreso y tomaran las debidas informaciones de los aspirantes. Las condiciones exigidas serían las siguientes: honestidad de vida, amor al trabajo y al estudio, deseo de saber cuanto concierne al Supremo Poder Creador y al alma humana; cosmogonía o estudio del Universo.

Punto 2º. Leyes inmutables que rigen para toda alma o Psiquis emanada del Eterno Poder: Ley de Evolución; Ley de Afinidad; Alianzas; los Mundos y las Almas.

Punto 3º. Historia de la humanidad en este planeta.

Para los que aspirasen a conocimientos más elevados, o sea preparación a la Iniciación, el reglamento debía estudiarse en la asamblea y elegir los Hierofantes que estarían encargados del cultivo mental, espiritual, y educación física, necesarios para que los sujetos postulantes se pusieran en condiciones de "Aspirantes" a la Iniciación o Conocimiento de los misterios divinos y de las secretas leyes emanadas de ellos.

El plenilunio esperado llegó y con él, la noche fijada para la asamblea que podría dar a Moisés la satisfacción de su gran ideal: la formación y educación de una porción de humanidad, para hacerla capaz de aceptar y practicar la forma de vida, en acuerdo con la Ley Divina.

Los cincuenta y siete Hierofantes de los Templos que serían reconstruidos, dos Hierofantes del Templo de Menfis, compañeros íntimos que fueron de Membra, y el Faraón, con Moisés, el Patriarca Eleazar y la Princesa Real estaban sentados en los sitiales de la Cripta del Templo de On; y todos vestían las túnicas moradas de penitencia y tenían el capuchón caído sobre el rostro en tal forma que no podían conocerse las personas. Sólo el Faraón y Moisés eran jóvenes de treinta años, y la Princesa Real de cuarenta y siete años. Los demás formaban una larga escala desde los sesenta y cuatro años hasta los noventa y dos. Sólo viéndolos caminar se podría discernir cuáles eran ancianos y cuáles jóvenes. Pero estaban todos sentados y ninguno podría abandonar su sitial hasta no terminar las deliberaciones. Se veían, en el gran círculo

violeta oscuro, siete lugares vacíos que todos sabían que serían ocupados invisible o visiblemente, según la Ley permitiera o no, lo que todos esperaban.

Estaban de antemano encendidos todos los candelabros de la Cripta, y un silencio de honda meditación preparaba las almas para encontrarse con la Lógica Verdad del Infinito.

En ese momento, el Faraón levantó su capuchón y se puso de pie:

–Que la Eterna Voluntad del Infinito reine absoluta en esta asamblea –dijo con alta y clara voz.

–Así sea –contestaron todas las voces unidas.

Y acto seguido, el mismo Faraón dio lectura al programa básico de la "Escuela de Divina Sabiduría", que debía inaugurarse para la educación del pueblo.

Los siete sitiales vacíos ocupaban un lugar que intencionalmente fue dejado en penumbra muy marcada, a fin de que la luz demasiado viva no impidiera ocuparlos a los que solo en espíritu podrían asistir.

Y los siete sitiales fueron siendo ocupados lentamente, unos después de otros, pero no vestían del oscuro violeta sino de un amarillento paja de trigo y también con el capuchón que les cubría parte del rostro.

Y Moisés al verles pensó: *–Mis siete del desierto son Antulianos*.

Y como si este pensamiento tuviera en sí mismo fuerza de transformación, todos los presentes aparecieron, a su vista interna, vestidos del amarillento paja de trigo.

Y Moisés modificó su pensamiento: *– ¡Todos los que me rodean son Antulianos!*

Entonces, un vértigo de energía, de poder y de luz se apoderó de él y poniéndose de pie, echó hacia la espalda su capuchón y desdoblado en la lejana personalidad de Antulio, hizo una magnífica exposición de lo que era el Divino Ideal de abrir una Escuela de Divina Sabiduría.

Para enseñar a la humanidad el conocimiento de Dios, de los mundos creados por Él y del Alma humana, radiante chispa de luz nacida de su Amor soberano, y destinada a volver a su divino origen después de un largo camino de renunciamientos, de sacrificios, de esfuerzos que serán gloriosas conquistas. Y terminó con estas palabras:

–En la infinita grandeza del Poder Eterno no tiene cabida el egoísmo, y todas las chispas de luz nacidas de él, llegarán por

unificación con Él a ser creadores de mundos con Él.

Unos momentos de silencio bastaron para aquietar el torbellino, la explosión de energías, de luz, y de febriles anhelos en el alma genial de Moisés; y como si fuera otra persona distinta habló de nuevo.

–Nuestro Faraón, aquí presente, nervio ejecutor de la gran obra idealista proyectada, ha querido y su querer es orden para todos nosotros, que sea yo el dirigente de ella y yo he aceptado, por lo menos hasta que la veamos sólidamente instituida, realizando prodigios de educación popular.

"He podido comprobar por permisión de la Ley Divina que todos los que estamos aquí reunidos hemos pertenecido a la Escuela Antuliana, civilizadora de la humanidad atlante de la postrera etapa. Y como Antulianos estamos bien compenetrados que la virtud máxima exigida por el Maestro a los aspirantes a entrar en su místico "Hortus Conclusus", era el *desinterés*. Comenzando por mí que seré el primero en desnudar el alma ante esta asamblea, os invito a que todos hagamos lo mismo. Es la única forma de estar seguros del éxito final.

"La gran pregunta hecha al yo interno de cada uno de nosotros mismos es ésta: *¿Cuál es nuestra posición interna y externa en estos momentos solemnes de la apertura de una Escuela Superior de Divina Sabiduría y qué móvil es el que nos impulsa?*

"Con vuestro permiso Faraón, me desnudo yo primero en calidad de dirigente.

–De Pontífice Máximo –corrigió el Faraón.

–Bien. Como vos queráis. Mi posición interna y externa es ésta:

"Quiero la Escuela de Divina Sabiduría a puertas abiertas, porque estoy convencido de que la Eterna Potencia ha barrido ya varias civilizaciones de la faz de la tierra, y tengo en mis manos las escrituras que prueban tres de esas catástrofes: la Civilización Lemuriana, la Civilización Atlante y la Civilización Sumeriana que alcanzó también a la Hélade prehistórica. Esas tres civilizaciones habían caído al abismo de todas las degeneraciones, hasta el extremo de emplear para el vicio, la depravación y el crimen, las elevadas capacidades mentales, que un metódico desarrollo ofrece al ser humano, que por ellas, puede llegar a ser arcángel de luz, de paz y de amor, para la humanidad en medio de la cual vive.

"La Justicia Divina fue colmada ante ese enloquecido cinismo y las fuerzas negativas rompieron todo equilibrio y las grandes catástrofes fueron inevitables.

"Nuestra humanidad actual camina a ese mismo fin y yo quiero evitarlo, formando una porción de humanidad que sea capaz de sostener el equilibrio, en forma que la Legión Blanca sea más fuerte que la Legión de las Tinieblas.

"Quiero colaborar con el Supremo Poder que es Armonía, Orden y Amor, para que nuestra actual civilización no tenga que ser también barrida de la faz de la tierra. Tal es mi disposición interna.

"Ahora mi posición externa ante el magno proyecto es esta: Para mí nada necesito ni nada quiero, ni deseo, ni busco, ni pido. Tengo la casi infinita satisfacción de poner a disposición de esta grande obra toda la dote acordada por mi madre en calidad de herencia que ella me anticipa a este fin.

"Es cuanto tengo que manifestar a esta Asamblea que decidirá si hay en mi mundo interno el absoluto desinterés exigido por el Maestro Antulio, como único medio de esperar con certeza el éxito.

Y Moisés ocupó de nuevo su sitial entre una tempestad de voces que decían, en un clamor unánime:

– ¡Maestro Antulio!... ¡Solo tú!... ¡Solo tú!... ¡Maestro Antulio! ¡De nuevo nos llevas a la Montaña Santa!... ¡Maestro Antulio eres otra vez nuestro Guía Conductor!

El Faraón se le acercó para preguntarle:

– ¿Puedo perdonarte que no me revelaras antes este formidable secreto?

–Sí, Faraón, puedes perdonarme –le contestó Moisés y su voz temblaba por la emoción–, el divino narciso, flor de la inmortalidad, hubiera perdido todo su perfume si yo mismo hubiera dicho: Soy aquel que fue vuestro Maestro. La Divina Potencia ha querido que vosotros lo descubráis sin que yo nada hiciera en tal sentido.

El Faraón le abrazó emocionado en extremo, y los asambleístas, uno por uno, se fueron acercando a darle el beso fraternal, mientras repetían la frase del saludo Antuliano: *"Pax tibi"*.

Era pues, Antulio, el Pontífice Máximo que inauguraba la Escuela de Divina Sabiduría a puertas abiertas.

Y cuando cada uno descubrió su posición interna y externa ante la Asamblea, pudo verse que aquellos Setenta espíritus estaban en absoluto desnudos de todo interés y solo animados por un mismo noble, puro y santo anhelo: Formar una humanidad capaz de mantener el equilibrio perfecto, indispensable para evitar que otro gran cataclismo barriera de la faz de la tierra la presente civilización.

Y cuando el último de todos ellos hizo las debidas declaraciones, Moisés con la voz temblorosa de emoción y los ojos cristalizados de llanto, repitió aquellas palabras:

– ¡Eterna Potencia Creadora! Que tus legiones angélicas me acompañen a decir: ¡Gracias te doy porque todos los que me rodean son Antulianos!

La Asamblea había terminado y pudieron ver, todos, que de nuevo estaban en la Cripta siete sitiales vacíos.

= 62 =
LOS MISTERIOS DIVINOS

Una semana después reunía de nuevo Moisés a sus compañeros de ideales, y esta vez el *Genio Gigante* que no hablaba de puertas abiertas sino de puertas herméticamente cerradas.

– ¿Qué pasa, Osarsip –preguntó el Faraón–, te arrepentiste de las puertas abiertas y ahora cierras con doble llave?

–No, Faraón, yo no me arrepiento nunca de lo que resuelvo acompañado de la razón y de la lógica; Óyeme: en este momento estamos solos tú y yo. Dentro de una hora o dos, estarán en la Cripta del Templo de On todos nuestros compañeros. Antes quiero tener un diálogo íntimo contigo.

–Aquí me tienes dispuesto a escucharte –le contestó el Faraón.

–En estos días he repasado viejísimas Escrituras en busca de cuantos rayos de luz pueda sernos necesario para nuestros fines. Y me encuentro con una Escritura en dos idiomas, si pueden llamarse así a Escrituras de este género; la vieja lengua de los Toltecas y junto a ésta, la misma Escritura que usaban hace dos siglos los sacerdotes magos de Siracusa.

"En esta Escritura se habla mucho de los métodos que usó el Profeta Médico Antulio de la postrera época Atlante. Me interesó conocerla a fondo y en dos días de estudiarla he conseguido ponerla en claro.

"Dicen que tuvo en su Escuela de elevada Mística "Hortus Conclusus", un grupo de cinco estudiantes, que seguían por afinidad al mayor de ellos en edad, al que nombraban Hardamas. Estos cinco alumnos se resistían a entrar a las clases o lecciones denominadas por el Maestro "Los Misterios Divinos". Y siendo la entrada libre y a voluntad de los alumnos, porque el maestro no los forzaba en ninguna forma, causaba extrañeza en los demás este hecho. Y así,

alguno preguntó la razón y se le contestó: “Hardamas no entra y nosotros no entramos sin él”.

“– ¿Y por qué no entra Hardamas?

“–Porque no puede comprender, y no comprendiendo, hace esfuerzos inútiles y teme volverse loco. Cuando pueda comprender entrará, y nosotros entraremos con él.

“Ese Hardamas, Faraón, eras tú, el alumno que tenía el número cuarenta y dos, y llevaba cuatro años de ingreso.

– ¿Y qué hizo con él el Maestro Antulio?

–Esperó pacientemente a que él pudiera comprender. El Maestro fue envenenado y murió sin que Hardamas hubiera podido escuchar la clase sobre los Misterios Divinos.

“¿Comprendes ahora, Faraón, lo qué significa que ayer yo hablara de Escuelas a puertas abiertas, y hoy hable a puertas cerradas?

–Quieres decir que en el Eterno Poder hay misterios tan oscuros como un abismo para ciertas mentalidades, y que no es posible, ni justo, ni siquiera razonable, pretender introducir a barreno y escoplo lo que algunas mentes no pueden asimilar.

–Justamente, Faraón. Ahora bien. Retrocedamos. ¿Podrá Hardamas en la hora actual escuchar lecciones sobre los Misterios Divinos?

“En realidad no deberían llamarlos Misterios sino Leyes a mi parecer.

–Dime, ¿puedes comprender tú ese algo supremo, infinito y eterno, sin límite alguno, sin medida, sin formas, y dando vida a todo cuanto existe y vive alrededor tuyo?

–Llamándole Energía, Luz, Fuerza, Armonía y Amor, puedo comprenderlo y asimilarlo, Faraón, porque todas esas grandes capacidades o cualidades las encuentro en ese algo, que me hace vivir y pensar y querer o no querer.

“Lo que sí, comprendo muy claramente, es que no a todos los que llamen a nuestra Escuela, les podemos exigir que ahonden las excavaciones en terrenos tan abstractos. Y de ahí mi nueva idea, de que no a todos les podemos hablar de ese Eterno Poder, que hasta hoy, para nuestra humanidad, está en gran parte representado por el sol que nos da calor y vida, y fecunda y anima todo cuanto tiene vida a nuestro alrededor.

– ¡Osarsip!, te digo que acabas de hacer el prodigio máximo de tu magia resucitando al Hardamas aquel que vuelve después de siglos a decirte: Maestro, que tu escuela sea de puertas abiertas para todos, pero con un apartamento clausurado donde solo tú

y unos pocos como tú pueden entrar. ¡Osarsip!, vuelvo a decirte lo que muchas veces tendré que decirte en esta vida: Tú siempre tienes razón. No todos vuelan a tu altura. ¿Has visto ningún pájaro alcanzar al águila cuando vuela dominando las cumbres? ¡Ni por sueños!

–La gran Ley de la Evolución, es la única que puede resolver el problema, Faraón.

–Y la resolverá cuando todos los alumnos hayamos llegado a la altura del Maestro. ¡Mientras tanto!...

–Ya tengo escrito mi *Libro de los Principios*, que tú puedes leer, Faraón, pero que también quedará detrás de la puerta cerrada para muchos, que no llegan a comprender ese algo supremo, divino y eterno que no ha comenzado nunca porque siempre fue.

– ¿Lo comprendes acaso tú, Osarsip?

– ¡Faraón!... Enrollemos el pergamino y doblemos la frente al polvo de que estamos formados. Sólo nos es permitido en nuestra Tierra, amar a lo que es vida de nuestra vida, luz de nuestros inciertos caminos, y descanso en las horas pesadas de viajeros eternos...

Moisés y el Faraón guardaron un largo silencio porque ambos cayeron de hinojos ante la puerta cerrada del "Hortus Conclusus" eterno, a donde ningún espíritu encarnado en la Tierra ha podido penetrar hasta hoy.

Más adelante..., ¡quien sabe!...

Y fueron llegando los Hierofantes que formarían el profesorado a puertas abiertas. Cuando llegó el último, se levantó Moisés y clausuró la entrada de la Cripta. Era el anochecer y a esa hora los albañiles, cerrajeros, carpinteros y decoradores se habían marchado quedando todo en profundo silencio.

–Hermanos que soñáis a mi lado con una humanidad mejor. Dentro de diez días tendremos el aula dispuesta en este antiguo Santuario, donde ha soplado siglos atrás el aliento soberano de la Divina Sabiduría.

"Todo cuanto hagamos debe ser perfectamente bien hecho, bajo el imperio de la razón y de la más austera lógica. Vosotros haréis el bien de hacerme las advertencias que juzguéis necesarias a todo cuanto voy a proponer.

"Primero. Debemos designar los hermanos que formarán la comisión encargada de aceptar a los que soliciten ingreso. Cada comisión estará formada por siete miembros.

"Segundo. Debemos designar los que actuarán como Hierofantes Maestros de Ciencias Humanas y de convivencia justa y pacífica entre los humanos.

"Tercero. Debemos designar los Hierofantes profesores de Cosmogonía o Ciencia del Universo que nos rodea, y de Teología Mística o Ciencia Divina de Dios, Creador de mundos y de almas.

"El Faraón, aquí presente, es por el momento nuestro Notario Mayor.

"¿Estáis de acuerdo con lo que acabo de enunciar?

En profundo silencio todos se pusieron de pie. La comisión encargada de los ingresos, quedó enseguida formada en conformidad de todos. La Princesa Real la presidía.

El profesorado de Ciencias Humanas quedó también constituido por los siete Hierofantes de menos edad y de más vigorosa salud, por la razón de que sería mayor el número de alumnos.

Los Hierofantes profesores de Cosmogonía y Teología Mística serían designados los más Ancianos en evolución, situación fácilmente probada por el más puro y elevado desinterés conque hubieran obrado en toda su vida. Y al llegar a ésta última designación, la Asamblea se prolongó hasta casi la medianoche.

Y Moisés recibió en tal noche, la más grande compensación de su vida, pues resultó de las detenidas y minuciosas declaraciones, que todos aquellos Hierofantes, fieles guardianes de sus respectivos Templos, habían renunciado a todos los halagos y promesas de reyes y príncipes de diferentes países del mundo, por la única satisfacción de ser fieles guardianes de las Sagradas Escrituras en que habían aprendido las Ciencias Divinas de Dios, creador de mundos y de almas.

Y cuando, Moisés, conmovido en extremo hizo la gran pregunta:

– ¿Qué potente fuerza os dio la fuerza de renunciación a las tentadoras promesas de Reyes y Príncipes, que os aseguraban vuestro bienestar permanente en vez de la pobreza, soledad, y abandono de los Templos desiertos y ruinosos?

–Yo contestaré por todos –dijo el más Anciano de los Sacerdotes del Templo de On.

–Es justo –dijeron los demás–, porque él ha oído nuestras confidencias y sus noventa y dos años están llenos hasta desbordar de nuestros secretos dolores.

–Uno de los viejos axiomas, leyes de nuestros heroicos antepasados, dice así: *"La voz del Eterno se hace sentir a la hora de las nupcias con sus elegidos. El que entra en intimidad conmigo, rompe todos los vínculos con el mundo"*. De esa voz hemos recibido la fuerza para todas las renuncias hechas y aun las que deberemos hacer en adelante.

– ¡Maestro!... –le dijo el Faraón acercándose–, ¿aún esperáis hacer más renuncias de las que lleváis hechas?

–Sí, Faraón, porque la amante Psiquis se enamora tan poderosamente del Divino Ideal, que ocupa toda su eterna vida en renunciarlo todo hasta llegar a poseerle en absoluto y para siempre.

– ¡Osarsip! –habló alto el Faraón–, este Anciano debe ser el único que pueda y deba explicar tu *Libro de los Principios,* a los pocos alumnos que haya para las renuncias eternas.

En este solemne momento ocurrió lo que ninguno esperaba: Una luminosa y azulada niebla lo envolvió todo y lo transformó todo.

El Anciano apareció como un humilde jovenzuelo en un calabozo de la ya desaparecida ciudad de Sankara, capital que fue del antiguo Egipto cuando Senkaré estaba en el trono de los Faraones. Uno de los Hierofantes era el guardia que le sacaba y le conducía ante el Faraón, que era el mismo Ramsés II de esa hora. Le interpretaba los misteriosos sueños y él le hacía Virrey de todo el Egipto.

El ancianito aquel de los noventa y dos años era el mismo José, hijo de Jacob, biznieto de Abraham, que había tenido el valor de renunciar a su patria, a su padre, a todo cuanto amaba para acercarse al Infinito, mediante el más absoluto desinterés de todo lo que el mundo amaba. Había roto para siempre los vínculos con el mundo, y el Eterno Poder le daba en compensación cien veces más de todo cuanto había renunciado por Él. Llegado a la existencia de Cléber de Sais, sumido en la pobreza y honda desolación ya mencionada, habíase negado a aceptar propuestas bien ventajosas, de Reyes asiáticos y Pontífices de grandes Templos de los países de la otra ribera del mar Grande. Qué era para él todo eso si sentía dentro de sí mismo el Eterno Poder ilimitado e infinito cuya voz sin ruido le había dicho: *Has entrado a la intimidad conmigo y nunca ya volverás al mundo ni él se acordará de ti.*

Había sido el fundador del Templo de On, con un hermoso plantel de treinta y siete Hierofantes fugitivos de otros Templos, en que se había ya perdido el antiguo esplendor espiritual para transformarse en Templos Palacios de dioses propiciadores de los vicios nefandos en que cayó la humanidad. Estaba llegando al umbral de la centena de sus años y había recibido el aviso espiritual de que su ley le preparaba una materia joven, para que acompañara el camino escabroso del Guía de esta humanidad. Y Cléber de Sais renunciaba también al descanso merecido para

continuar sin descanso una nueva existencia terrestre cuando llegase la hora.

Mientras tanto, fue designado esa noche para Rector Máximo del "Hortus Conclusus" o "Huerto Cerrado" de la nueva Escuela, donde los Hierofantes designados y elegidos por él, actuarían como Maestros de los alumnos que se encontraran capacitados para ingresar en esos claustros, donde resonaría sin duda la voz sin ruido del Infinito.

El Faraón parecía un enamorado del blanco ancianito y repetía la sugerencia hecha antes a Moisés: –Solo él podrá explicar tu *Libro de los Principios*, y yo quiero estar presente a esa explicación. –Y el Faraón sentado en un taburete ante el Anciano, le decía–:

– ¿No es verdad venerable Cléber de Sais, que cuando yo te pregunte en el aula, qué es Dios, cómo es Dios, me darás la mas clara y explícita respuesta que arranque de un tirón esta espina de mi corazón? Porque tú lo conoces como a las palmas de estas blancas manos, tan transparentes como los nenúfares del Nilo. –Y el Faraón, como un indiscreto chiquillo, acariciaba, jugando, las rugosas manos del viejecito que sonreía, mientras le miraba con la ternura de un padre que se goza en el amor mimoso del hijo.

–Faraón, mi niño querido –díjole por fin–. ¿Por qué esperas tan grandes cosas de mí, cuando soy tan pobre que ni aun cabellos tengo para darte? Te contaré un pasaje de los tiempos remotos, y que es conocido por casi todos los que están aquí presentes.

Y los que estaban formaron círculo alrededor de los personajes centrales de esta emotiva escena, nunca vista en la Cripta de un viejo Templo como el Templo de On. ¡Mas era ésa una hora excepcional y única!

–Hubo edades atrás una gran Fraternidad de Iniciados en la Ciencia Divina, y uno de ellos tenía sin duda en su Psiquis la espina que dices tener en tu corazón, Faraón, y como tú, quería a toda costa sacársela pues le atormentaba grandemente. Y en sus horas de insomnio y soledad escribió un salmo, diálogo con la Eterna Luz a la cual quería arrancar el secreto que tú quieres arrancar de mis viejos y largos años. La luz es más vieja que yo pues que es Eterna y Ella le dio la contestación que buscaba.

El Faraón se hizo todo oídos para escuchar la respuesta.

–"¡Dime tu secreto luz de la alborada, luz del medio día, luz del atardecer!, que si solo un aliento de vida palpita en mi ser, oirás como un eco lejano, gemido o clamor que te dice: Maga... Dímelo al oído con tu voz sin ruido. ¿Cómo es Dios?

"–¡Como tú cuando vibres como yo!"

El Faraón miró a todos y sus ojos que interrogaban encontraron finalmente los de Moisés.

– ¿Qué dices tú a esto? –le preguntó.

–Lo único que puedo decir, Faraón, es que cuando seas tú para tu pueblo, lo que es la luz para todos los seres, habrás sacado esa espina que te hiere el alma.

–Quiero comenzar a serlo si todos vosotros estáis conmigo. –Todos se le acercaron emocionados.

–Somos un manojo de junquillos en torno tuyo, Faraón –díjole el Anciano Cléber, que aun permanecía a su lado.

– ¿Cuándo empezamos las clases? –volvió a preguntar el Faraón.

–Cuando tú lo indiques –díjole Moisés.

– ¿Dónde se darán?

–Donde tú lo quieras –le respondió.

–Sólo en esta Cripta puede oírse la Voz Suprema –dijo con una solemne actitud–. Propongo que el "Hortus Conclusus" sea el único dueño de este sagrado recinto. Y os ruego que seáis vos, Maestro Cléber, quien expliquéis el *Libro de los Principios*, que arrancó Osarsip a los peñascos del desierto.

– ¡Faraón! –dijo el Anciano–. El *Libro de los Principios* consta de solo diez capítulos breves, escritos en jeroglíficos clásicos del Templo, pero cada pensamiento exige por lo menos el tiempo de una luna. ¿Cuánto tiempo necesitaré para explicar todo el libro, si ya debo tener los días de mi vida contados a corto plazo? ¿No os parece más seguro y conveniente que el mismo autor del libro sea el que lo explique en tu presencia?

– ¡Es verdad! ¡Tiene razón! ¡Sería lo más justo y conveniente! –se oyeron así muchas voces a la vez.

El Anciano Cléber se acercó al oído del Faraón para decirle:

–Es el Maestro Antulio de nuevo en la vida física, y yo, aunque muy viejo, sólo he sido uno de los alumnos del "Hortus Conclusus" del Maestro Antulio. Es una vibración de la Luz, Faraón, y sabe cómo es Dios.

Diez días después, a la hora del ocaso, se abría la Cripta, con Moisés, la Princesa Real, el Faraón y todos los Hierofantes colaboradores en la grande obra educadora de pueblos que se iniciaba.

Se iniciaba el "Hortus Conclusus" del Templo de On con la explicación del *Libro de los Principios,* dada por Moisés.

= 63 =
LA INAUGURACIÓN

Y como todo llega en la vida, llegó también con esplendores de epopeya la inauguración de la Escuela de Moisés, en la sala central del antiguo Templo de On.

La primera en presentarse a la segunda hora de la mañana fue la Princesa Real con su nuera Estrella y un selecto grupo de veintisiete jovencitas, todas que no pasaban de los veinte años de edad.

Detrás de ellas apareció Numbik, seguido de un pequeño batallón de donceles que ya tenían celebrados esponsales con las doncellas que traía la Princesa Real, y debían unirse en matrimonio tres lunas después, según era la costumbre.

Apenas habían tenido tiempo de ubicarse en los sitios que estaban preparados cuando se sintieron las clarinadas de la guardia y escolta del Faraón, que se presentó vestido a toda gala, igualmente la florida juventud que lo acompañaba y que era lo más selecto y escogido del país. Ramsés II fue inclinado a la grandeza y al fausto en todos los aspectos de la vida social.

Luego apareció el gran Sacerdote Ismael con un cortejo de sacerdotes y levitas, y tras de él un Scheiff de una tribu árabe con un grupo de jóvenes gallardos, morenos por el sol del vecino desierto de Arabia, y con la vistosa indumentaria propia de sus costumbres y de su raza.

A todos éstos se fueron sumando individuos aislados o en grupos de cuatro, cinco, diez. En los puertos egipcios había marineros de todas las razas y regiones del mundo, y parecía que una clarinada de mando hubiera corrido hacia todos los puntos cardinales. Griegos, tracios, fenicios estaban allí representados.

– ¿Qué pasa aquí? –se preguntaba a sí mismo el Faraón.

Y la Princesa Real, que estaba a su lado y que había recuperado su jerarquía maternal cerca de él, captó la pregunta mental y acercándosele al oído, le contestó:

–Todo esto que vemos es el amor de los que estaban destinados a esclavitud diez años atrás, que al saber que tu Superintendente Virrey ha vuelto y abre una escuela para todos, acuden a ocupar un lugar en las aulas. ¿Lo ves mal?

–No; de ninguna manera. Pero me asombra ver que en nuestro Egipto hay entusiasmo por saber, ¿qué significa esto?

–Que nuestro Egipto quiere volver a los gloriosos tiempos pasados.

–Me confirmo cada vez más en la idea de que la presencia de Osarsip en Egipto, es a todas vistas necesaria.

–Él no lo cree así, pero sé que tiene gran voluntad de colaborar contigo en cuanto quieras hacer en beneficio del país. Esta Escuela le retendrá seguramente una temporada larga.

–Pero..., ¿y después?

–Querido mío, tú hace diez años fuiste a vivir a Tebas, y yo estuve años en Mauritania. Ni tú ni yo hemos dejado de amar a Egipto y de hacer por él cuanto podemos. Creo que de igual modo, mi hijo, si se ausenta de aquí, no olvidará todo esto. No es propio de él iniciar una gran obra y abandonarla después.

– ¡Es verdad! Él continuará lo que hoy empezamos.

Este breve diálogo fue interrumpido por la aparición de Moisés con un grupo de diez Hierofantes, que serían profesores de Ciencias Humanas.

El Faraón inició con recias palmadas una tempestad de aplausos y vivas, que dejaron por un momento paralizado a Moisés.

–En presencia de nuestro Faraón, no veo con mucho agrado esta demostración pues quien lo ha hecho todo es él.

–Cada cual con lo suyo –contestó el Faraón, al mismo tiempo que el jefe de la escolta le presentaba sobre un almohadón de púrpura la *Cruz Ansata*, símbolo de la Eternidad, y la capa blanca de brocado con la toca bordada de oro, distintivos usados por los Pontífices máximos de los Templos Egipcios. Y al decir "cada cual con lo suyo", el Faraón cubría a Moisés con la capa y le ponía al cuello la cadena de oro con el gran símbolo sagrado, ceremonia sencilla y breve que ocasionó una nueva ovación como quizá nunca fue oída en el Templo de On.

Moisés aparecía emocionado, y su madre y su esposa trataban de ocultar su llanto silencioso. En la grandiosidad austera del viejo Templo que aquella floreciente juventud visitaba por primera vez, todo aparecía solemne, evocador, casi pavoroso. Hasta entonces lo habían considerado un venerable montón de ruinas, un inmenso escombro, algo así como un gigante insepulto. ¿Qué viento de resurrección y de nueva vida aparecía como una niebla dorada, como perfumada de rosas?

Y la voz de Moisés como una clarinada de triunfo contestó a estos mudos interrogantes:

– ¡Honorables damas y caballeros egipcios! ¡Nobles ciudadanos de los países amigos!, no a mí sino a nuestro Faraón correspondieran

vuestras ovaciones, por cuanto él ha respondido al mandato de la Divinidad, que decreta la vuelta de Egipto al puesto de avanzada que ocupó en pasadas edades como civilizador de pueblos, como educador de humanidades.

"Ninguna acción más grande puede realizar la humana criatura que sea mayor que la de responder voluntariamente al designio divino, manifestado, ora en los acontecimientos que aparecen en nuestro camino, ora en las voces internas que sentimos a veces en lo más hondo de nuestro yo íntimo.

"Designio divino y Eterno que ha manifestado, como lo vemos, en que vosotros y nosotros nos hayamos puesto de acuerdo para abrir esta Escuela de Divina Sabiduría a puertas abiertas. ¿Qué voz de mando ha sentido nuestro Faraón, qué voz de mando he sentido yo y cuál habéis sentido vosotros que así estáis llenando la vasta sala central de este viejo Santuario de los mandatos Divinos para todas las criaturas que han querido escucharlos y obedecerlos? Esta gran pregunta brotada desde el fondo de mi conciencia, es y será contestada eternamente por cada uno de los que hemos intervenido en este hecho grandioso y solemne, de abrir un Templo Escuela a puertas abiertas, en una época de duro egoísmo en que el separatismo avanza a la cabeza de todas las ideologías, separándolo todo, dividiéndolo todo y partiéndolo como si fuera un gran corazón despedazado en hilachas sangrientas, palpitantes y vivas.

"Si todo es uno solo en el infinito seno del Eterno y Único poder indestructible, indefinible e invisible, ¿qué son y por qué son las divisiones y los separatismos?

"Una sola cosa os quiere pedir el que fue por mandato divino vuestro Superintendente Virrey hace diez años, y es que sea despertada vuestra conciencia en estos momentos, para que el Tribunal de Ingresos aquí presente, no se vea en el caso de negar la entrada a ninguno de cuantos estáis bajo esta nave sagrada, y consagrada por millones de pensamientos de todos los seres que fueron purificados en este crisol divino.

"¿Cómo lo conoceréis?, me estáis preguntando y yo os contesto: Hubo un soberano más iluminado que todos los buenos soberanos, que compuso una breve estrofa porque era un bardo del cielo a la par que un Profeta del Eterno, y yo la tomo como una divina señal de aceptación, también divina, de todo el que sea capaz de repetirla sintiendo en su yo íntimo que encierra todo un poema de la más perfecta realidad.

"He aquí la estrofa concebida y repetida por todos los que abrazaron el ideal del Faraón Amenofis IV, de gloriosa memoria:

"¡Gracias, Señor, porque amanece el día
"Y otra vez resplandeces en el sol!
"¡Por todo cuanto es vida en torno mío
"Te doy gracias, Señor!"

"Os será entregado un billetito con esta escritura sagrada, a cada uno de vosotros al salir de este consagrado lugar de estudio y oración, para que desde mañana vengáis a escribir vuestros nombres en los libros que guardarán memoria de vosotros y de vuestra obediencia al designio divino.

"Que toda la luz, la dicha y el bien que esperáis os sea concedido.

La ovación que siguió a estas palabras de Moisés, no es para ser descrito sino para que mentalmente la vea y la sienta el lector, que más o menos concibe y percibe la irradiación de un gran amor y genio creador, el de Moisés, y la mayor o menor sensibilidad de un núcleo de seres de buena voluntad que las recibe.

El Faraón abrazó a Moisés y algunas de sus lágrimas cayeron sobre aquel pecho de diamante, que soportaría el peso de tantas voluntades. Las mujeres se arrodillaron ante la Princesa Real, nada más que por saberle madre de tal hijo...

Y todos, por fin, besaron a ocultas el billetito de la estrofa sagrada que significaba cédula de aceptación en la Escuela, para todo el que pudiera repetirla sintiendo que encerraba toda la verdad y toda la fuerza de una invariable convicción: El Poder Supremo que da vida y amor a todo cuanto existe, o sea la Unidad Divina.

Ideal Supremo y Único de Moisés, el gran clarividente del Sinaí.

= 64 =
MOISÉS TEJÍA SU RED

Mientras el Faraón atendía embajadas especiales llegadas por negocios internacionales, y el Tribunal de Ingresos y demás profesores preparaban y comenzaban sus lecciones, Moisés dedicó algunos días a estudiar a fondo sus responsabilidades y su propia situación ante los acontecimientos producidos.

El ex Pontífice Membra o sea el Patriarca Eleazar, el gran Sacerdote Ismael, jefe espiritual de la Sinagoga Israelita, y Moisés, formaban el triángulo supremo del movimiento idealista que se realizaba y que sólo ellos tres conocían a fondo. Los demás Hierofantes y adherentes en general solo llegaban a este pensamiento:

"El Superintendente Virrey ha obtenido del Faraón el debido beneplácito para intentar nuevamente la conquista de Egipto para el ideal de Anek-Atón, lo cual significa nada menos que hacer de nuestro país el maestro de todos los pueblos civilizados".

Y ya era éste un gran pensamiento que muy cerca andaba de la realidad.

Pero Moisés corría mucho más y llegaba a donde sólo él sabía que podía llegar...

Se sentía ebrio de Divinidad..., dueño de la Divinidad y quería llevarla como una antorcha encendida ante la humanidad de la Tierra y de otras humanidades que comenzaban a poblar globos vecinos de nuestro mismo Sistema Planetario y acaso también de otros mundos..., ¡de todos los mundos!

¿No era el Universo un inmenso Corazón Infinito?... ¿No eran las almas de todos los mundos, fibras, hilos, nudillos, gotas, o chispas de ese grande e infinito Corazón que percibe hasta el más débil latir de cada una de ellas? ¿Quién era él, ni quién era nadie para pretender separar lo que era uno solo, como nadie era dueño de partir en pedazos el corazón de un hombre dueño de sí mismo? ¿No era eso darle la muerte? ¿Y no era loca insensatez pretender herir de muerte al gran Corazón Infinito, dueño absoluto de cuanto es vida en el vasto Universo? ¿Qué es cada gota separada de su manantial? ¿Qué es cada chispa separada de la hoguera central?... ¿Y cada fibra, hilo, nudillo, qué son y de qué sirven sin la Vida que le dio la vida?

"¡Oh, Vida que das la vida, a cuanto es vida, luz y calor! ¿Qué hará la fibra que fue arrancada, que hará la gota sin manantial?..."

Y Moisés, sumido en estas meditaciones, tomaba de nuevo su manuscrito inicial y secreto, su *Libro de los Principios*, escrito vertiginosamente en una noche de Apocalipsis, y vuelto a revisar y vuelto a escribir allá en la Cripta del Templo del Desierto, y ambas escrituras resultan exactamente iguales en su hondo sentido, aun cuando expresado a veces con distintas figuras:

–*"Un vacío infinito, azul y cálido en el que yo era apenas un punto perceptible".*

"Es el abismo sin límite ni medida, sin principio ni fin, infinita esfera girando sobre sí misma y siempre en eterno movimiento y siempre en el mismo lugar: el vacío. Es la Vida, la Eterna Vida que da vida a cuanto es vida en la infinita esfera.

–Y si esto es como es la ineludible verdad, ¿qué locura es mayor que la de arrancar de la eterna esfera viva lo que en ella vive y ges y será por toda la eternidad?

Así pensaba Moisés a la lectura de las frases primeras de su *Libro de los Principios*.

–Luego..., no es sólo a la humanidad que ha nacido junto al Nilo, a quien debo alumbrar con esta antorcha divina que la Suprema Potencia encendió en mi yo íntimo, con tan viva llamarada que se agranda más y más a medida que avanza el tiempo de mi vida en la Tierra.

Y como si una íntima voz contestara a tal pensamiento suyo, le apareció esta idea clara y viva como la luz del candelabro que tenía en su mesa de trabajo.

–*"Cuando el buen sembrador sale a sembrar su campo, no en un día ni en diez lo siembra todo por su gran extensión, mas su perseverancia triunfa de todo cansancio y fatiga, y cada día avanza y avanza sembrando hasta que todo el vasto solar fue colmado de simiente. ¡Moisés, Moisés! Eres el sembrador eterno y lo que tú comienzas hoy, tus hermanos de evolución lo harán en otros mundos, hasta que no quede una arista de la ilimitada esfera Divina sin la simiente que fue sembrada en tu corazón y en tu mente, que para eso llegaste a esta vida carnal".*

Comprendió que estaba en el primer día de la gran siembra y que los que respondieran en la Escuela inaugurada serían los primeros planteles de su plantación universal.

Todo el Universo era el infinito corazón de sus pensamientos primeros. Los seres vivos de todo el Universo no eran sino fibras, nudillos, gotas, chispas. Y ese Gran Todo, vivo y eterno, le mandaba a él, que hiciera comprender y sentir esa suprema realidad a todo cuanto tiene vida en el vasto campo que tenía ante sí para sembrar.

Y Moisés tomó con ambas manos su cabeza, en esa actitud de angustia suprema...

– ¡Señor!... ¡Señor!... Si soy sólo una fibra, una chispa, un nudillo de tu red infinita de vida, ¿cómo pones sobre mis hombros una carga tan estupenda, si sabes de seguro que caeré vencido por ella?

Y se sumergió en la hondura pavorosa de su incertidumbre. Entonces le pareció escuchar una voz recia que venía de muy lejos y prestó atención. Y aquella voz repitió por segunda vez:

"¡Moisés!... ¡Moisés, hijo fuiste de los prodigios de amor de la Suprema Potencia y ahora te acobarda el peso de la carga y temes el fracaso, cuando la Eterna Ley ha marcado ante ti el doce sagrado de los triunfos! Soy el menor de los anacoretas Koptos del Sinaí, que desde que llegaste a este mundo, te llaman y te

esperan. Éramos doce y sólo hemos quedado cinco, porque siete volaron ya a la luz dejándonos sus momias como triste recuerdo. ¿Me preguntas quién soy? Thylo, llama de fuego, como me nombran debido a las fuerzas eléctricas con que la Eterna Ley quiso dotarme, y tantas y tan poderosas hemos acumulado en esta árida montaña que a veces la sentimos estremecerse y temblar como si quisiera derrumbarse. Mas no será, porque escrito está, que aquí será purificada como oro al crisol la fe del pueblo que arrastrarás en pos de ti, para dar a las humanidades la más grande de todas las verdades: ¡la Unidad Divina que acaba para siempre con la nefanda idolatría que ha multiplicado dioses como arenas tienen los desiertos!"

– ¿Cómo? –pensó Moisés–. ¿Anacoretas Koptos en el Sinaí?

– ¡Nadie lo sabe!..., ni aún Jetro a quien ayudamos en todas sus obras de misericordia y de justicia –respondió la voz.

Y como comprendiese que Moisés dudaba, temiendo un engaño de las inteligencias tenebrosas, una ráfaga de huracán le apagó el candelabro dejándole en espesa tiniebla.

Un relámpago la rompió con su claridad de llama viva y Moisés vio la cortante mole negra del Monte Sinaí, y en una caverna abierta hacia el oriente a treinta codos de altura, cinco Ancianos solitarios, que sumidos en profunda meditación semejaban estatuas de piedra gris, pero en cuya frente refulgía una luz.

Y los cinco levantaron del suelo los ojos y lo abrazaron con una mirada interrogante que decía: *¿Lo crees ahora?*

– ¡Ahora sí! –clamó el vidente y cayendo de rodillas se cubrió el rostro con ambas manos porque el vivo resplandor le hacía daño.

Cuando pasada la emoción consiguió serenarse, su mundo interno comenzó de nuevo sus hondas meditaciones.

Comprendió porqué fue llevado hacia Madián atravesando el desierto y porqué su tío Jetro vivía desde años en la vecindad del pavoroso Sinaí. Era el Peñón de Sindi de la Prehistoria, y Moisés recordó las viejísimas Escrituras llamadas del Patriarca Aldis, donde estaban descritos pasajes, emotivos y dolorosos en alto grado, ocurridos cuando Abel pasó por la tierra y visitó aquel peñón presidio de los delincuentes incorregibles, que la Gran Alianza de Naciones Unidas no condenaba a muerte sino a la redención por el arrepentimiento, después de un severo correctivo.

Veía con satisfacción anudarse el hilo de la historia del trágico Peñón de Sindi, que en las arcaicas Escrituras quedara interrumpido, al eclipsarse en sombras de silencio la gran Fraternidad Kobda, civilizadora de tres Continentes.

Un grupo de Kobdas habían quedado ocultos en el Peñón de Sindi y seguramente en todos los siglos transcurridos habrían continuado muriendo, renaciendo y volviendo a morir, tal como los de la Escuela Antuliana lo habían hecho en el Monte de las Abejas, en el Ática prehistórica.

– ¡Ah! ¡Las legiones de la luz no se apagan jamás –pensó Moisés–, porque la Eterna Potencia no se deja vencer por los pigmeos hombres de carne aunque sean Reyes y Faraones! ¿Será acaso Madián, el Desierto, Horeb, el Sinaí, el escenario en que se realice el estupendo drama de la comunión del Eterno Invisible con el pueblo elegido por Él, para reconocerle como Uno Solo ante la faz de todos los mundos?

Todo el plan de su grande obra idealista se esbozó en su mente en esa noche de sus hondas meditaciones. Y como el ingeniero constructor de una ciudad, Moisés construyó también el itinerario que había de seguir, las barreras que tendría que derribar, las batallas con la ignorancia, la inconsciencia, el fanatismo de los pigmeos de la carne que todo lo miden y lo ajustan a su ruindad y pequeñez.

Un discreto llamado a la puerta le sacó de sus meditaciones.

–Adelante –dijo en alta voz.

Y se presentó Fredek de Port Ofir, Príncipe de Mauritania como recordará el lector, seguido del Príncipe Soberano de Bética, el que tanto había amado a la Reina Epuvia, madre de Thimetis.

– ¿Nos perdonáis Príncipe Real el venir a vos sin anuncio previo?, –fue lo primero que dijo el gentil mauritano.

–Me causáis una agradable sorpresa pues, en verdad, ni por sueños me pasó que vendríais a visitarme.

–Estábamos en confidencia y vimos luz en esta habitación, lo cual nos dio motivo a pensar que no dormíais. Y deseando hablar a solas, nos pareció oportuno el momento –añadió el Príncipe de Bética.

–Me dais la oportunidad de ponerme a vuestra disposición.

–Queríamos pediros una explicación de ese versículo que se repartió a la concurrencia en la inauguración de la Escuela –dijo Fredek.

–Queremos comprenderlo y sentirlo, y no habiéndolo conseguido con nuestras luces, acudimos a la fuente de la luz para poder ver... –añadió el de Bética.

A Moisés se le hizo la luz referente a una circunstancia de que tuvo aviso: habían aparecido en la pilastra de agua de la entrada al Templo de On, dos billetitos de aquellos que se repartieron.

Y sonriente y satisfecho les preguntó:

– ¿Acaso eran los vuestros aquellos billetitos que flotaban en el agua de la pilastra lavamanos?

–Justamente, Príncipe Real. No comprendiéndolo ni sintiendo su contenido nos pareció más leal devolverlos. Y como allí es costumbre dejar las devoluciones anónimas...

– ¡Cuánto me alegra que hayáis tenido vosotros dos ese noble gesto de lealtad y sinceridad para conmigo y más aún para con ese algo Grande, Eterno e Invisible, que trataré de haceros comprender!

"A nobleza y sinceridad, corresponden en justicia: sinceridad y nobleza por igual. Y así os hablaré como lo hacéis vosotros conmigo. Tengo entendido por referencias de mi madre que vosotros pertenecéis a Escuelas Secretas de altos conocimientos en vuestros países, lo cual significa para mí que sois Iniciados en Ciencias Ocultas.

Ambos interlocutores se miraron y a la vez contestaron:

–Así es la verdad, Príncipe.

–Entonces tened la bondad de explicarme cómo y por qué la estrofa del Faraón Amenofis IV, os resulta incomprendida y no sentida.

El Príncipe Arfasol de Bética, habló el primero:

–Yo fui iniciado en Ciencias Ocultas bajo las encinas del bosque Sagrado de los Druidas, para quienes todo fuego es el reflejo del Poder Supremo, reconcentrado en el sol su personalidad viva.

"La estrofa de Amenofis IV dice:

"¡Gracias, Señor, porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol!"

"Entiendo que aparecen aquí dos entidades, o sea el Señor a quien se rinden gracias, porque otra vez aparece en el sol. ¿Quién es el Señor y qué es el sol?

– ¡Bien, Príncipe de Bética! Comprendo en qué estriba vuestra duda. Ahora os ruego Príncipe de Port Ofir, explicaros vos y luego os daré a ambos la explicación que juzgo razonable y justa.

–Yo fui iniciado en el Templo de los *Hijos del Sol*, descendientes de los Sacerdotes Toltecas Atlantes que se llamaban Profetas Blancos, y cuyas Escrituras Sagradas llegan hasta las leyes de Anfión el Rey Santo, y de Antulio el filósofo y médico de Manh-Ethel. Mi duda se parece como una gota de agua a otra, a la duda que acaba de anunciar el Príncipe de Bética.

"La Princesa Real, vuestra madre, me ha hecho comprender vuestra oculta ciencia que no atribuye al sol otro privilegio que el de ser centro de energía de un sistema planetario, del que forma parte la Tierra que habitamos. Y la estrofa de Amenofis IV parece darle categoría de representación viva del Supremo Poder.

–Os comprendo a entrambos y bendigo la hora en que os habéis puesto a mi lado, porque hombres que razonan y piensan es lo que ando buscando, para llevar a cabo una obra idealista inmensa en su significado y en sus consecuencias.

"Si yo pudiera contar con un millar como vosotros, sería seguro el éxito. Mas apenas he conseguido setenta y algunos tan ancianos que sus días están contados. A sinceridad y confianza respondo por igual, con plena confianza y sinceridad. Os daré una de las copias que he sacado de mi noche de Apocalipsis, que yo he llamado *Libro de los Principios,* porque es el relato fiel de la más grande y magnífica visión que he tenido en mis treinta años de vida física. Sobre él he tenido varias consultas con Hierofantes de honda visión espiritual y de largo alcance en sus clarividencias internas. Y todos ellos me han hecho ver relatos de sus íntimas soluciones espirituales y concepciones mentales, idénticas a mi *Libro de los Principios*, aunque escritos a veces con diversas figuras jeroglíficas, que tienen idéntico significado.

Y diciendo así, sacó Moisés de un cajón de su mesa escritorio, un pequeño libreto de pergamino, y les dijo:

–Esto es una de mis copias y os la entrego esta noche para que la estudiéis con toda calma y serenidad. Creo que aquí encontraréis la respuesta más clara a vuestras dudas e incomprensiones.

"Como humanos, tanto Amenofis IV como vuestros maestros iniciadores y yo mismo, no podemos pensar ni remotamente en que poseemos la verdad absoluta, y acaso pasaremos muchos siglos aún sin llegar a esa cumbre gloriosa. Mientras tanto es justo, justísimo, que demos un pasito tras otro en la subida a la cuesta, pensando que un día llegaremos a desposarnos con esa gran Diosa, Madre y Padre, que nos engendró en lejanas edades pasadas, y en otras lejanas futuras nos espera para el eterno abrazo sin término ni fin. –Y cambiando de tema, Moisés añadió–:

"Al final de este breve relato escrito como veis en jeroglíficos de los Templos, está la clave que os servirá para comprender la escritura. Tenemos prohibición mayor los Iniciados de hacer esta clase de relatos en lengua vulgar o popular, para evitar, se comprende, que malas interpretaciones hagan degenerar la verdad en una superchería falsa y falta de razón y de lógica.

"Os será fácil la lectura pues con muy pequeñas diferencias las figuras tienen igual significado.

"Mirad: la espada tendida como ésta que veis grabada aquí y con el filo para arriba, ¿qué significa?

"Es una alerta para defensa de un peligro que os amenaza, y con la punta hacia uno u otro de los puntos cardinales indica de qué lado debéis esperarlo.

"Estas piedras que ruedan desde la cumbre y van a caer a un abismo es el descenso de la Psiquis humana, desde su alto origen a los mundos físicos, para obtener su desarrollo, su progreso, su perfección, exigida por la gran Ley de la Evolución. No es una caída sino un descenso de ley.

"Este loto plantado y florecido en una aguada fangosa, se estremece, agosta y casi muere marchito porque un retoño le surge a mitad del tallo, es el significado de que el andrógino se hace doble y los sexos se separan respondiendo a su debida hora al pensamiento del Eterno Invisible.

"Un haz de varillas de mimbre o cañas de bambú tendidas, separadas o unidas nos dan el significado de súbditos rebeldes que se dan por vencidos.

"Una caña rota es una ilusión o esperanza perdida, como un vaso o copa rota nos dice que no beberemos más del licor que antes nos deleitaba. Una mecha o antorcha que aún humea nos dirá que hay esperanza de salvar a un enfermo, a un negocio, o a una empresa cualquiera.

"Una pluma de ave que revolotea en torno nuestro o que cae a nuestros pies, nos avisa el peligro de una mujer libertina que abriga malos deseos respecto de nuestra persona.

"Un ánade en vuelo nos indica un viaje por agua, como un camello un viaje por tierra.

"Y así sucesivamente, y con la ayuda de la fina intuición que se despierta en todo buen intérprete de jeroglíficos sagrados, se puede llegar hasta obtener el contenido completo y perfecto de una extensa Escritura.

"Os advierto en fin, para terminar, que todo cuanto se refiere a las cosas divinas se obtienen con tanta mayor facilidad cuanto sea la amorosa consagración que les dediquemos, y la mayor pureza de vida, de pensamientos y sentimientos de que estamos animados. Conviene, asimismo, al lector de Escrituras jeroglíficas sagradas, tener una breve concentración mental de evocación a los planos espirituales elevados, con el fin de que la unión de nuestra inteligencia encarnada reciba toda la luz y claridad mental, que

seguramente le darán las puras inteligencias que la ley tiene dispuestas, para todo lo que signifique la divulgación y conocimiento de la Verdad en los planos físicos.

"Si conocéis algo como Iniciados, de lo qué son las jerarquías de Inteligencias desencarnadas, conoceréis la capacidad y elevada actuación de la Legión de los Arcángeles. Una porción de esta Legión es la encargada, por la Ley de los mundos purificados, para colaborar con aquellos encarnados que se consagran a estas misiones celestiales, aún en medio de las crudas realidades negativas de los planos físicos en que habitan.

– ¿Y cómo comprendéis, Príncipe Real, la Eterna Grandeza de ese Poder Supremo que siendo inmaterial e invisible, dicta leyes y crea la materia como yo una figurilla cualquiera? –preguntó el Príncipe de Port Ofir.

– ¡Qué honda pregunta es la vuestra! Algo de eso encontraréis en esta copia de mi *Libro de los Principios*, al cual no creáis que le dé yo un valor absoluto, pues ya lo digo allí mismo: ¡Lo que yo vi!

"He leído en escrituras muy antiguas que Krishna en sus Apocalipsis en las Torres del Silencio, y el Maestro Antulio en su "Hortus Conclusus", percibieron algo muy semejante a lo que yo vi. El adquirir este conocimiento después de mi visión, fue en verdad la gran calma y tranquilidad para mí, que a veces llegué a creerme víctima de engañosas alucinaciones.

"También he llegado a pensar que lo que puede ver una Inteligencia encarnada quizá sea muy inferior a la verdad absoluta, sólo percibida por las inteligencias que han hecho el gran recorrido y que ya no pueden descender a vidas carnales.

"La infinita Esfera de mi visión apocalíptica está formada de millares de esferas concéntricas de luz, de energía, calor y vida, algo así como formado vemos el arco iris. ¿Quién de nosotros puede medir la fuerza mental que surge constantemente de tan estupenda potencialidad? Como iniciados sabéis que cuanto más evolucionadas son las mentes, mayor poder y fuerza retienen y emiten.

"Un anacoreta pensador y clarividente que vivió larga vida en el Decán y que se llamó Vyhasa Dumi, ha sostenido que el Eterno Poder, Dios o Gran Atmán es la unión íntima indisoluble de todas las Inteligencias purificadas, lo cual queda convertido en un solo inmenso Pensamiento, en una sola Eterna Idea para todos los mundos y para todo cuanto es vida en ellos. Y ese pensamiento o idea es la Ley que dirige, gobierna y encauza todo cuanto vive.

"Mi *Libro de los Principios,* llama vacío al infinito campo azulado en que la Eterna Esfera vive su eterna vida, pero tal vacío de cuerpos visibles está intensamente poblado de chispas vivas, de energías latentes aunque invisibles por la misma naturaleza imponderable y etérea.

"Y así como la luz y energía solar se irradian y vibran sobre las praderas fecundas y los desiertos estériles, sobre las bestias benéficas y las fieras más feroces, sobre los pajarillos que cantan y las voraces aves de rapiña, de igual manera el Infinito y Eterno Sol de Justicia y de Amor, se derrama y vierte todo y en todo instante, sobre el justo y el malvado, sobre el campo verde y el seco, sobre los jardines en flor y los pantanos fangosos y putrefactos.

– ¿Se puede saber, Príncipe Real, por qué el Eterno Poder se brinda por igual a lo inútil, estéril y malo, que a lo útil, fecundo y bueno?

–Sí, Fredek, y perdonad que os llame por vuestro nombre que aprendí de mi madre, se puede explicar según yo lo comprendo.

"En las especies inferiores al Reino Humano, el mal o el bien no son razonados, ni previstos, ni pensados, porque son tan sólo instinto que obedece a las necesidades ineludibles a todo ser orgánico. Y en este caso no puede llamarse malo.

"Llegados al Reino Humano dotado de inteligencia que piensa y razona, de un libre albedrío que elige lo bueno o lo malo, y que además lleva grabado a fuego en su íntimo yo, por la eterna Ley, que: lo que no quiere para sí no debe hacerlo al semejante.

"El mismo delincuente se encierra duramente, como en un cascarón de granito, en una negación absoluta a toda vibración e influencia Divina y queda así aislado como un pedrusco en la inmensidad, hasta que por una circunstancia especial se infiltra en él un levísimo resplandor de la Eterna y Divina Luz que vierte su claridad sobre cuanto existe, pero que no fuerza nunca a ser recibida o a ser rechazada.

"Tal es la comprensión y claridad que en este hondo problema de las fuerzas Divinas con relación al Reino Humano me ha sido dable percibir. Mas os ruego recordar siempre, que la Verdad Absoluta no puede aún obtenerla la mente humana en el actual estado de Evolución. Sí, juzgo y casi me atrevería a asegurarlo que las Inteligencias que han llegado por conquista a los mundos purificados conocen todo el hondo secreto que guarda el Infinito y Eterno Invisible.

– ¿Y qué os parece que nos corresponde hacer al Príncipe de Port Ofir y a mí, en compensación a la nobleza y confianza que

habéis tenido para nosotros? –preguntó conmovido en extremo, Arfasol de Bética.

–Sois vosotros y no yo quién debe decidir lo justo, amigos míos.

–Por mi parte ya está decidido: si nos aceptáis como alumnos de vuestra Escuela, yo pido para mí un lugar aunque sea el último –dijo Fredek de inmediato.

–Y yo por mi parte repito iguales palabras –añadió Arfasol.

Moisés guardó unos momentos de silencio porque le pareció percibir una voz íntima que le decía: "–No alumnos sino hermanos y compañeros de labor porque son dos Kobdas de la Prehistoria que fueron fieles a los años postreros de esa gloriosa Civilización".

Y como si volviera o despertara de un sueño, Moisés abrió sus brazos y con la voz temblorosa de emoción les dijo, abrazándolos al mismo tiempo a los dos:

–No como alumnos sino como compañeros de mis ideales os quiero tener a mi lado en todos mis trabajos de orden espiritual. Acaso la Ley Divina os envía a mí para reemplazar a los dos más ancianos de los setenta que me acompañan. En la próxima reunión de la Cripta os presentaré a todos ellos.

La maga divina de la intuición, podrá hacer sentir al lector la impresión y la honda emoción que pasó como un ala de seda acariciando las almas de los tres personajes, de aquella escena sólo conocida por ellos mismos.

La red de Moisés estaba pues tendida por el gran Egipto del Nilo; por el vecino Néguev de la Arabia poderosa de aquel tiempo, por la Bética del otro lado del mar y por la Mauritania de los *Hijos del Sol*. Y la historia no siempre fiel y exacta en sus relatos le ha llamado siempre "El profeta de Israel", cuando haciéndole plena justicia debería ser llamado "El Legislador de la Humanidad".

= 65 =
UN PUEBLO PARA UN IDEAL

–Hijo mío –decíale un día a Moisés el ex Pontífice Membra convertido en Patriarca Eleazar–. Me he prestado a ser tu colaborador íntimo sin antes haberte preguntado: ¿qué es lo que quieres hacer? De antemano, te digo que estoy seguro que no pensarás hacer cosa alguna que no sea lo mejor y más grande y justo, que puede hacer hombre alguno.

–Padre bueno, yo quiero formar un pueblo para mi ideal. Amenofis IV o Anek-Atón, no llegó al éxito porque sus ansias divinas lo llevaron a anticipar la hora, y porque antes de formar un pueblo, dio a las masas un divino licor demasiado fuerte para sus capacidades de asimilación.

"Hoy, creo llegado el momento de crear el pueblo que ha de asimilar el ideal que anima mi vida: la Unidad Divina.

"En contraposición a todo el largo catálogo de dioses y diosas que, hasta hoy, no han desempeñado otra misión que la de propiciar todos los bajos sentimientos y ruines pasiones de los humanos, en tal forma que vamos camino del abismo de todas las degeneraciones.

"La Tracia con sus grandes Templos y sus Sacerdotes sabios fue Escuela de la Verdad y del Bien. La Hélade con sus Sacerdotes poetas, y sus vírgenes puras cantando trovas divinas y cultivando el mirto y el olivo, pasaron hace tiempo para dar lugar al empuje de violentas mujeres seductoras y livianas, y a magos cargados de burdas supersticiones.

"¿Dejaremos, padre bueno, que nuestro Egipto se convierta, también, en campo abierto a todas las invenciones de la ignorancia, del fanatismo y del crimen?

"Yo quiero crear un pueblo para mi ideal y ese pueblo será llamado *Pueblo de Dios Único*.

–Bien, hijo, bien. Tu pensamiento es grande y divino, y tú eres digno de él. Si has medido tus fuerzas, si conoces el camino que has de andar, si cuentas con las mentes que te servirán de base y fundamento, adelante, que el éxito será tuyo, pero me atrevo a anticiparte que te costará toda una vida de sacrificios heroicos porque la humana criatura es mudable como el viento, y reniega en un momento lo que aceptó y quiso durante largo tiempo.

"¡Qué de ilusiones despedazadas como pradera en flor pisoteadas

por búfalos enfurecidos contra ti! ¡Qué cambiantes colores tendrá tu horizonte, hijo mío, cuando te lances a la lucha para forjar porciones de almas a la medida de tus grandes anhelos!

"No quiero ni debo desanimarte, y mis palabras sólo tienden a prevenirte, para que bien acorazado de fortaleza divina, puedas ser lo que seguramente quiere de ti la Eterna Ley: El creador de un pueblo para tu Ideal.

"Tengo anunciados veintidós años de vida, y todos ellos los consagraré a colaborar contigo, si tienes en mí la confianza necesaria para esta ardua tarea. No pienses en que fui tu Pontífice iniciador. Ahora no soy más que un compañero entregado en absoluto al ideal que sueñas y por el que todo lo sacrificas.

"Dime, pues, cuál es la tarea inmediata que me designas.

–Cuando veo la grandeza de la humildad tuya, padre bueno, me lleno de fervor y de entusiasmo, pues me recuerdas la frase de los antiguos Profetas: "El Eterno Poder se entrega al que se humilla hasta nada querer para sí mismo". Y si el Eterno Poder se entrega a la humildad tuya, ¿qué fuerza será mayor que Su fuerza? Tú serás el Gran Sacerdote del pueblo que crearé para mi ideal. ¿Aceptas?

–Lo acepto porque eres tú el creador de tal pueblo. Seré, pues, el Gran Sacerdote de tu pueblo.

–La primer tarea, será la de organizar la liturgia, la forma de oración o sea de unión y culto, que el pueblo de Dios debe saber rendir a su Dios. Y eso, lo harás vos en acuerdo con el Anciano Ismael, que ha entrado de lleno en el campo idealista, que es vuestro campo y el mío. Vos me comprendéis lo que quiero decir.

–Completamente, hijo mío...

Este diálogo fue interrumpido por Aarón, el hijo de Jacobed, que fue, años atrás, compañero de la infancia y de la primera escuela de Moisés.

–Perdonadme que os interrumpa –dijo–, pero acaba de ocurrirme algo tan inexplicable y estupendo que no he visto otro camino que el de venir a vosotros. Mi esposa Myrina acaba de endilgarme un discurso como no lo habría hecho mejor una pitonisa del Templo de Delfos o de Minerva. Esto es inaudito en ella. Temo que sea un desequilibrio mental.

– ¿Y de qué trataba en su discurso? –preguntó Moisés casi sonriente, puesto que la alarma de Aarón le parecía injustificada.

–Me hizo, primero: un relato prehistórico en que ella fue elegida por Abel, el hijo de Adamú y Evana, para formar el Consejo femenino de una joven Reina del país de Irán, y con otras mujeres

Kobdas organizaron la educación de la juventud femenina de aquel país, lo cual dio un resultado maravilloso. Y dice que hoy debe hacerlo también entre el elemento israelita del valle de Gesen, a fin de colaborar en la gran misión idealista que realizarás tú, Moisés, que has llegado a este mundo con la consigna de transformar esta humanidad. Y por este orden de ideas, acaba de llenarme la cabeza de conclusiones no malas, sino que me causan espanto porque jamás vi en ella cosa semejante. Mi madre que la escuchó fue quien me indicó venir a vosotros, pues ella me dijo: –Aquí hay algo que ni tú ni yo podemos definir acertadamente. Pongámoslo en conocimiento de Moisés, que él resolverá el problema.

–Veamos, padre Eleazar –dijo Moisés–, si coincidimos en nuestros pensamientos.

–Creo que sí –respondió el Anciano. Y dirigiéndose a Aarón le preguntó–. ¿Ha tenido ella algún leve mal en estos días?

–Justamente –respondió el interpelado–, y eso aumenta mis preocupaciones. Ha pasado dos días sin atender a sus tareas ordinarias, como auxiliar de mi madre en el gobierno de esta casa, decía sentirse muy cansada y con deseos de estar sola y en silencio. Y sus hijos y yo la hemos complacido, creyendo que alguna indisposición la aquejaba.

–Estos casos suceden, no con frecuencia, pero suceden en momentos muy culminantes y graves, ¿verdad, Moisés?

–Es verdad, padre Eleazar, y esto me confirma y fortalece intensamente, pues me permite entrever la protección divina en la obra que iniciamos. –Y tomando Moisés la mano a Aarón, le dijo con la seguridad de un clarividente–: No te acobardes por lo que voy a decirte: Tu esposa Myrina ya no está más en ese cuerpo de mujer. La Psiquis grandemente evolucionada de la Matriarca Balbina de la Prehistoria ha tomado posesión en ella. Juntos hemos revisado las Escrituras de la época de los Kobdas, donde aparece con grandes detalles el reinado de la hija de la Reina Shiva del país de Num-Maki junto al lago Urán. Para esa joven llamada Helia, que fue a ocupar el lugar de su madre, Abel eligió una Kobda de gran prudencia y prestigio, por sus antepasados y por su evolución, para que al lado de la joven reina la ayudase a desempeñar sus tareas, cuando la anciana reina madre dejó la materia. ¿No lo recuerdas?

–Sí, sí, está en uno de los rollos con cintas azules en el antiguo anaquel de los Archivos de tu madre, la Princesa Real. Las Escrituras llamadas del Patriarca Aldis.

–Justamente –afirmó el Anciano que había escuchado en silencio–.

También yo tengo una de las primeras copias de un viejísimo original, que habían encontrado removiendo escombros del primer Templo de Sais.

"La Eterna Ley ha tenido la bondad de hacernos participantes de sus vastos programas, a realizar en esta hora crucial de la humanidad.

"Debes estar tranquilo, hijo mío, y transmitir esa tranquilidad a tus hijos, que si hasta hoy sólo se han preocupado de estudiar las leyes de la navegación, las rutas marítimas y el manejo hábil de grandes barcos para ser expertos capitanes en el mar, ya es hora de que comiencen también a conocer otro aspecto que tiene la vida y que es de seguro el más difícil de recorrer con acierto.

–Ya están afiliados a la Escuela del Templo de On –afirmó Aarón–, y tienen gran entusiasmo y fervor, en lo que tiene mucha parte el gran cariño que profesan a la Princesa Real y a Moisés.

–Por el momento, no creo necesario que les digas nada con respecto a lo que ha sucedido a su madre –dijo Moisés–. Entre mi madre y yo creo que podremos hacerlo con mejores perspectivas de aceptación.

–Bien pensado –respondió Aarón, que aunque aceptaba y conocía la gran verdad oculta de la trasmigración de las almas, en casos determinados y muy especiales, una íntima pena muy honda y muy callada se quejaba en su profundo yo. Ya no tenía a su amada y dulce Myrina, madre de sus hijos y fiel compañera de dieciséis años de su vida.

–Es ésta una forma de morir –dijo con la voz entrecortada por un sollozo y contenido desde largo rato, y no pudiendo por más tiempo hacer callar su corazón, se abrazó de Moisés y sus sollozos encontraron consuelo y descanso en el pecho de diamante de su gran hermano de la infancia y de los pasos primeros en el camino de sus vidas unidas.

Cuando Aarón pudo serenarse, se volvió hacia el ex Pontífice Membra y le dijo:

–Padre santo, creo que será conveniente que la Princesa Real intervenga en este caso, y tenga a su lado a la que fue mi esposa.

–Queda en paz, hijo mío, que una larga experiencia me ha enseñado a obrar con acierto en circunstancias como ésta. También la que fue mi esposa, fue tomada en posesión completa por una Entidad adelantada de la remota Prehistoria, y fue necesario enviarla al otro lado del mar donde debía desempeñar una difícil misión. Agradecida y muy consciente, volvió hacia mí a los veinte años de haberse separado. Había cumplido su mandato y fue

una hermana a mi lado hasta que dejó por fin este mundo hace ya once años.

"Las renuncias heroicas y los grandes saltos sobre abismos, son características muy propias de las almas que de verdad se entregan al Eterno Poder como instrumentos incondicionales de su Voluntad Soberana.

Debido a esto, la que fue esposa de Aarón fue llamada María en adelante, y colaboró con Moisés, Aarón y demás dirigentes del pueblo que fue llamado: "Pueblo escogido de Dios".

= 66 =
DE VUELTA AL PASADO

La aparición inesperada de la Matriarca Balbina de la Prehistoria, trajo como consecuencia un resurgimiento hacia las más bellas cualidades que habían embellecido las vidas de determinados personajes de las civilizaciones desaparecidas.

Pareciera que las almas afines tuvieran prisa de acercarse, a formar filas en el nuevo movimiento buscador de la Verdad, de la Justicia y del Amor, entre aquella porción de humanidad. Las almas esperaban sin duda aquel momento, para volar hacia la fuente de las Aguas Vivas como aves sedientas desde largo tiempo y cansadas de una búsqueda estéril.

Era María por entonces una mujer de treinta años, y pasados tres días del cambio de personalidad, días que pasó en silenciosa meditación, pidió tener una confidencia con Aarón, Moisés y el gran Sacerdote Ismael.

Cuando estuvo reunida con ellos, hizo una breve invocación a la Divinidad a la que se unieron los presentes a ella, y dijo:

–Creo que ninguna sorpresa os debe causar que yo me encuentre entre vosotros, si como creo estáis convencidos plenamente de que las almas voluntariamente entregadas al Divino Servicio, vamos repitiendo las jornadas que se asemejan las unas a las otras, como las páginas de un mismo libro que juntos vamos escribiendo. ¡Y bendita sea, mil veces, la Bondad Divina que nos permite continuar unidos los que unidos comenzamos desde lejanas edades!

"¡Hombre luz de la Prehistoria! –exclamó con honda emoción–. Balbina de Soldán vuelve a ponerse a tus órdenes para colaborar nuevamente en la misión que traes en la hora presente. Kobda Abelio, Kobda Muref, que me disteis vuestro apoyo y fortaleza en el lejano pasado, sed de nuevo conmigo para que

unidos respondamos al mandato Divino que se hace sentir para nosotros con tan poderoso empuje.

Y al pronunciar tales palabras, María fue estrechando las manos de Moisés, de Aarón y del Anciano Ismael.

–Hermana de la Alianza –dijo Moisés–, tu clara visión del pasado despierta imborrables remembranzas en las almas de divino origen y eternos destinos. Debo darte las gracias porque tu clarividencia del pasado viene a reafirmar mis convicciones del presente... Sé muy bien que largas edades se han sucedido en nuestras vidas sucesivas y que nuestras rutas fueron marcadas unidas y unidas deben continuar.

"Pienso que tu misión en la hora presente debe tener preferencias entre el elemento femenino, que tan olvidado y descuidado está en la hora actual. El alma de la mujer no es de diferente esencia que la del hombre, y en nuestra humanidad actual, apenas se la tiene en cuenta para ser esclava o sierva, y traer numerosa prole al amo que quiere elementos varones para guerras de conquistas. Balbina de Soldán de ayer, María de Gesen de la hora actual, toma a tu cargo la elevación moral y social de la mujer, su dignificación como hija, esposa y futuras madres de la humanidad, y habrás realizado la mitad de la obra que la Divina Ley me ha encomendado a mí. Y otra vez los Kobdas Muref y Abelio están a tu lado, para defenderte de las asechanzas de las tinieblas y para secundar tu obra en favor de la mujer olvidada y descuidada en absoluto.

"Os dejo a los tres reunidos en este instante porque otros deberes me exigen atención. Sabed que dejo completamente bajo vuestra dirección y gobierno todo cuanto concierne al rol que debéis desempeñar.

–Yo reclamo la colaboración de la Princesa Real –manifestó María–, y creo que no debemos prescindir de ella en un caso de la trascendencia de éste.

Thimetis acudió al llamado que se le hacía desde el Templo del Castillo en que se realizaba la reunión, y quedó convenido en que se visitarían los hogares, con preferencia los más humildes y peor tratados en aquel país y en aquella hora, lo cual significaba una tarea penosa y delicada en extremo.

Las mujeres de la clase media y de la alta sociedad eran libres y ya estaban afiliadas a la Escuela del Templo de On. La intervención del Faraón atraía a las clases elevadas; pero los hogares humildes donde la mujer no pasaba de ser una despreciable sierva o esclava, presentarían otro aspecto para quienes quisieran arrancarlas de su penosa situación.

Fue necesario un decreto en forma de ruego de la misma Princesa Real, para que ningún marido, amo o señor, pudiera impedir que un día a la semana acudieran las mujeres dependientes de su mando, a las salas de las Casas de la Vida, como eran designados los sanatorios, a fin de recibir las instrucciones y medios necesarios para atenderse ellas mismas y capacitarse para atender a la vez a aquellos que estuvieran encomendados.

Y un grupo numeroso de mujeres de la alta sociedad y de la clase media, se ofrecieron a la Princesa Real para ayudarla en la tarea.

–Vuelve el pasado de los Kobdas civilizadores de los pueblos –decía Moisés cuando su madre le comunicaba los resultados de la siembra maravillosa de bien, de justicia y de verdad, que se realizaba entre el elemento femenino olvidado y descuidado tan lastimosamente en aquella hora.

El optimismo que dio aliento a los que secundaban a Moisés, se eclipsaba a intervalos como ese esquivo sol de invierno, que se esconde a veces tras de nubarrones espesos.

La concurrencia de mujeres a los sitios designados disminuía en vez de aumentar.

Fue, pues, necesario que la abnegación y el esfuerzo de los misioneros del ideal llegara al máximo que puede dar el amor desinteresado de los que comprenden, en beneficio de los que no llegaron a la comprensión.

Y damas de altas posiciones y a veces acompañadas de la Princesa Real se presentaron a los amos o gobernantes de porciones de mujeres, siervas o esclavas, a veces de maridos despóticos, proponiéndoles la remuneración en dinero por las horas que aquellas faltasen de sus tareas.

Esto dio lugar a que se despertase en algunos el deseo y hábito de explotar a las ricas mujeres, que así se esforzaban en levantar de su ínfimo nivel a las infelices víctimas del egoísmo de los hombres.

Llegado el caso hasta el Faraón, se llevó el asunto hasta las reuniones de los Setenta, y Ramsés, dueño absoluto de cuanto se relacionaba con su pueblo, ya quería decretar prisiones y castigos para todos los que así burlaban sus nobles resoluciones.

Comprendieron hasta qué punto llegaba el atraso de la humanidad, pues era evidente que todos comprendían el bien que se buscaba para los menos favorecidos de la vida, pues los que todo lo ven con el cristal de su egoísmo refinado, también de los nobles actos de los pocos capaces de hacerlos, se empeñaban ciegamente

en sacar provecho material. Y entre los Setenta se despertó tal indignación en algunos, que encontraron conveniente y justa la idea del Faraón: el castigo.

Moisés intervino con una idea conciliatoria y correcta a la vez.

–Faraón –le dijo–, más de una vez me has llamado mago, y es verdad que la Ley Divina me ha dotado de ciertas facultades suprafísicas, que ya he probado con éxito algunos años atrás. Mi madre, desde Mauritania, y yo desde el desierto, conseguimos evitar grandes males provocados por el abuso de autoridad en templos y escuelas filosóficas y religiosas de la Tracia y del Ática.

"Mi madre aquí presente puede dar fe de lo que yo digo. Los que obran tan egoístamente son seres llenos de supersticiones, y más temen a las fuerzas invisibles que a las de orden material, a veces fáciles de burlar.

"Propongo, pues, que las damas de esta cruzada heroica de elevación moral de la mujer, tomen nota del nombre y sitio donde vive y pernocta el hombre que tiene autoridad sobre ellas; yo me encargo de todo lo demás.

– ¡Ya, ya!... Comprendido, Osarsip. Ahora sí que te has puesto bien a tono con lo que la Divinidad quiere de ti. –Y el Faraón al decir así demostraba una íntima satisfacción.

Todos habían comprendido la intención de Moisés, pues todos ellos conocían y practicaban trabajos mentales en bien de determinados sujetos o porciones de humanidades. Y todos prometieron su colaboración mental a Moisés, para realizar la intervención de mago, según el sentir y pensar del Faraón.

Y yo digo que si todos los espiritualistas fueran capaces de cultivar debidamente sus facultades mentales y emplearlas en bien de la humanidad, muy otro sería el panorama mundial que contemplaríamos en estos momentos y en todos los años de nuestras vidas sucesivas.

Las mal llamadas y desfiguradas plagas con que se ha dicho que azotó Moisés al país de los faraones, tuvieron este principio y este fin, o sea doblegar las voluntades injustas y prepotentes de la mayoría de los amos y dueños de vidas y haciendas de sus indefensos semejantes. ¡Qué mal parada queda la historia vista a través del plano sutil y límpido de los prismas luminosos de la Eterna Luz, cuyos Archivos invulnerables no falsean jamás la verdad!

Los trabajos mentales de Moisés con la poderosa colaboración de sus Setenta, dieron por fin resultado y las aulas para mujeres de humilde condición comenzaron de nuevo a ser concurridas.

Conocidas en particular la situación íntima de aquella numerosa turba de mujeres, hubo de pensarse en remediarla con gran prudencia y discreción al principio, y después pagando el rescate de las esclavas maltratadas que eran el mayor número. Hasta se llegó a descubrir que muchas de aquellas infelices habían sido robadas y no compradas. Entonces intervino Ramsés con uno de sus decretos como látigo de acero, decretando prisión para todos los que retenían esclavos que no fueran comprados.

Cayeron bajo este decreto cerca de cuatrocientos sujetos de media y alta posición social, y hasta dos de los que formaban el Consejo Administrativo del Erario Público, o sea una categoría igual a lo que hoy se llama Ministro de Hacienda.

Y Ramsés decía en privado a Moisés:

– ¿Ves lo que es la humanidad? Si yo no estuviera a tu lado, ahora caerías como otro Anek-Atón, porque el mal puesto así en descubierto no soporta que siga con vida el descubridor.

Y Moisés le contestaba también en privado, a fin de que todo quedara entre los dos.

–Este grave mal no hubiera sido descubierto sin los trabajos de mago, como tú dices, que hemos debido hacer los Setenta junto conmigo, pero, prométeme, Faraón, que no ejercerás tu poder de quitar la vida a esos cautivos que se retienen en tus presidios de Ramesés.

"Un tiempo de reclusión que debe servirles de correctivo, comprendo que les es necesario, pero nada más.

–Pasadas tres lunas y según sea el comportamiento, se les pondrá en libertad mediante la promesa de no cometer más tan feo delito. No sé, Moisés..., a veces tu presencia me hace olvidar toda idea de castigo. A veces hasta me ha venido la idea de anular la esclavitud en Egipto. ¿No sería eso una aureola colocada sobre el país del Nilo?

–Y una aureola sobre tu cabeza, Faraón. Soser, tu lejano antepasado, lo hizo, pero el egoísmo humano volvió a triunfar a la tercera generación después de Soser. Así lo tengo visto en escrituras de aquel tiempo.

En esta conversación estaban en una salita del Palacio de la Princesa en Menfis, cuando apareció Numbik anunciando que acababan de desembarcar una veintena de viajeros procedentes de Jandak, allá por la cuarta Catarata, y pedían entrevistar al hijo de la Princesa Real.

El Faraón quiso retirarse, pero Moisés le rogó permanecer a su lado.

–Faraón, por favor, nuestros intereses por el gran ideal son comunes. Ni yo puedo separarme, ni tú puedes hacerlo. ¿No hemos quedado en eso?

–Sí, es verdad. ¿Entonces?

–Que pasen al salón despacho de esta misma casa.

–Hasta la cuarta Catarata ha llegado tu obra. Osarsip. Porque estoy seguro que estos viajeros acuden a la novedad.

–Tiempo hay de que lo sepan, pues hoy, ya hace cuatro años que llegué a tus dominios, Faraón, sin pensar ni remotamente en los vientos que habían de correr.

Y pasaron ambos por un corredor interior al salón donde los viajeros esperaban.

No fue pequeña la impresión que recibió el Faraón al encontrarse en aquel salón, una vez que Moisés le presentó a los recién llegados como Ramsés II de Egipto. El más anciano de los visitantes se acercó a él y en el dialecto berberisco, le dijo:

–Señor, a las montañas de Gondar que rodean el mar azul (*el Lago Tana de hoy), ha llegado la noticia de que sois un soberano justo, fuerte y amante de la Verdad, digno hermano de la augusta hija de Ramsés I, que ha hecho una gloriosa regencia en la Mauritania de mis antepasados.

"Traigo conmigo la descendiente de nuestro soberano, asesinado la luna pasada y pedimos a vuestra augusta hermana, la Princesa Real, que la ampare y proteja porque está en peligro su vida.

Y así diciendo, acercó un bulto encapuchado de oscuro azul, y al descubrirlo quedó ante el Faraón y Moisés, una jovencita de no menos de dieciséis años, de oscura cabellera y pálida faz que parecía de cera, donde brillaban lánguidos y azorados unos suaves ojos negros que estaban a punto de llorar.

Moisés se apresuró a acercarle una butaca y hacerla sentar. El Anciano descubrió otro bulto y apareció una mujer de edad madura que fue presentada como aya de la niña. Los demás eran hombres de la confianza del soberano asesinado. Y el Anciano que presidía aquella embajada era el Patriarca de los solitarios Koptos de la montaña de Akasún.

El Faraón dio al Anciano la seguridad de que serían protegidos, no solamente la jovencita sino todos ellos, y que si se creía conveniente, intervendría él para que aquel lejano país volviera a la tranquilidad.

Enseguida aquellos hombres comenzaron a trasladar de su gran barco anclado en el muelle todo un cargamento de cofres de madera y bolsos de piel de foca y de piel de búfalo.

–Faraón –dijo el Anciano cuando los hombres entraban tamaño cargamento–, yo creo que le será permitido a esta niña, resguardar bajo vuestra tutela los tesoros de su familia y las Escrituras de sus Archivos. Abandonarlo todo allá, hubiera sido perderlo para siempre.

Moisés no oía nada sino que pensaba, recordaba y creaba nuevos y nuevos programas que se adherían a su ideal supremo.

Aquel Patriarca de los Koptos de la Montaña de Gondar sería un rastro, una rama perdida de los Kobdas de Abel seguramente, que irían a esconderse en las lejanías del Continente para salvar sus vidas de la crueldad de los invasores, cuando la devastación de Neghadá.

–He aquí –decía él–, que se abre otro ventanal hacia el glorioso pasado que hace tanto vengo buscando y del cual espero hacer surgir un floreciente y hermoso porvenir.

= 67 =
LA MONTAÑA DE GONDAR

Sabemos que a través de las edades y los siglos todo se cambia, todo se muda, se transforma y a veces se torna en cenizas, escombros, arenas, hasta desaparecer por completo de la superficie de la tierra. Es el camino andado por todo cuanto existe. Y así lo que fue llamado país de Artinón en la Prehistoria, en que floreció la civilización Kobda, glorioso comienzo de nuestra Civilización Adámica, más tarde se llamó país de Kush, después Etiopía y actualmente Abisinia.

Las exigencias de historiador o relator de la vida de Moisés, me obliga, amable lector, a llevarte hacia aquel país que tan vinculado estuvo siempre a las corrientes idealistas, en que se desarrollaron tres vidas mesiánicas de nuestro guía conductor: la de Abel, la de Moisés y la de Yhasua. Y la Luz Eterna, esa divina maga de la Verdad Absoluta, nos va a referir con su sencillez acostumbrada, cuanto necesitamos saber para llegar a la perfecta comprensión de la vida de Moisés.

Era la Montaña de Gondar un soberbio laberinto de altísimos cerros de exuberante fertilidad vegetal los unos, y de una variada riqueza mineral otros. Muchos siglos atrás, cuando Lemuria se hundió bajo los derrumbamientos producidos en parte por sus numerosos volcanes, los prófugos del cataclismo que pudieron escapar con vida se dispersaron hacia distintos parajes de la tierra.

En la obra "Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras" aparece el relato referente a los fugitivos lemures, que se establecieron al sudeste del Continente Africano, llamado entonces "Tierra Negra".

En el correr de los siglos, tribus nativas se fueron uniendo a la Tribu de los Gigantes, como les llamaban, y aprendiendo de ellos el arte de extraer y pulir el oro y las piedras preciosas, igualmente que la cacería de las grandes bestias de que estaba poblado el Continente. Por diversas causas, hubo en todos los tiempos emigraciones de pequeñas porciones de humanidad, familias que entonces eran llamadas tribus, que buscando mejores condiciones de vida se apartaban hasta encontrarlas. Y fue así que dos familias, cuyos jefes eran hermanos se internaron hacia el Oeste, hacia el sitio donde veían hundirse el sol en el ocaso. La esposa de uno de ellos había tenido un misterioso sueño con un personaje, todo luz y amor, que le decía: "Si camináis cien días hacia donde se esconde el sol, encontraréis cuanto es necesario para vivir vuestra vida con paz y felicidad".

Y como el sueño se repitiera varias veces, la joven esposa que se llamaba Emira, convenció por fin a su compañero, y éste a su hermano, de caminar hacia ese lugar. Sus padres habían muerto y sólo tenían como familia dos hijos, varón y mujer cada uno. Unos cuantos compañeros y amigos se les unieron y emprendieron la marcha, pernoctando bajo tiendas por las noches, defendiéndose de las fieras con hogueras y antorchas, hasta llegar a la Montaña que ellos llamaron Gondara, que había sido el nombre de la amada madre de ambos, última que había partido de la tierra.

Tal paraje les encantó hasta producirles una especie de fascinación. Aquel mar azul en que se reflejaba el cielo y la montaña, y que aparecía poblado de peces grandes y pequeños, les aseguraba en verdad vida serena y alimentación segura.

Hasta aquí nos hemos conducido por los trazos magníficos de la Luz en sus espejos Eternos.

* * *

Volvamos ahora, querido lector, a los viajeros que llegaron a Menfis y que fueron instalados amablemente en el mismo Palacio de la Princesa, adonde concurrían, varias veces a la semana, el Faraón, Thimetis y Moisés, llevados por las necesidades del trabajo que estaban realizando.

De todo el cargamento que ellos trajeron, a Moisés le interesaron en particular las Escrituras, pues su intuición le hizo comprender

que algo había en el hecho ocurrido en aquel lejano país. Le interesaba conocer la ideología seguida por aquellos fugitivos.

Thimetis por su parte había conquistado la confianza y el cariño de la pobrecita niña que la maldad de los hombres había dejado sola en el mundo. Y por ella y por su aya sabía hasta qué grado llegaban sus conocimientos de orden religioso, que si no eran perfectos, casi aventajaban a la mayoría del vulgo en el propio Egipto considerado como lo mejor.

Por fin se llegó a saber que en Gondar, existía en el cerro más oculto y más montañoso una congregación de solitarios que eran llamados Koptos, y que desempeñaban las funciones de maestros, médicos y salvadores de todas las situaciones difíciles porque pasaban los habitantes de aquel bello paraje de la tierra.

Las Escrituras que la niña entregó a la Princesa, acabaron de contar toda la historia de aquel apartado pueblo que vivía desconocido del resto del mundo, porque para nada habían necesitado del mundo, siendo así que allí tenían cuanto les era necesario para su vida sin mayores exigencias.

Y el Anciano Patriarca de Gondar, Geridano, decía al Faraón y a Moisés:

–Hasta hoy este pueblo ha vivido como viven los pájaros, las abejas y las gacelas, hasta que llegaron dos extranjeros, que con los progresos y adelantos del mundo conquistaron la voluntad y confianza del gran jefe, que se entregó a ellos sin sospechar que le traían la muerte y la desdicha.

"El viejo Santuario de Akasún en sus lejanos orígenes se había formado de prófugos lemures y de prófugos atlantes, que muriendo y renaciendo en el largo correr de los siglos, habían visto de lejos morir y renacer también pueblos y civilizaciones hasta haberle llegado la noticia por un habitante de Madián, que conocía y amaba a Jetro, el tío de Moisés, que en la capital de Egipto, el país de los faraones, podía encontrar apoyo, amparo y justicia aquel pueblo amenazado por viles usurpadores del bien ajeno.

–He aquí el camino –decía Moisés–, que la Eterna Ley abre a ese pueblo y a esta descendiente de un rey asesinado para unirse al Divino ideal de Justicia que nosotros meditamos.

"Los Kobdas prehistóricos viven aún en el Monte Sinaí y en la Montaña de Gondar. La lámpara Eterna sigue iluminando las tinieblas, que nada saben ni quieren saber de esta luz eterna que les alumbra. –Moisés, con los ojos cristalizados de llanto, añadía–:

"¡Gracias, Señor Invisible y Eterno! ¡Gracias por que nunca olvidaste a la humanidad de la Tierra!

Alguna vieja crónica, de la época en que Israel atravesaba el desierto, habla como de paso de una mujer de Etiopía relacionada a la vida de Moisés.

Y yo pienso que en casi todas las antiguas Escrituras fragmentadas, restauradas a medias, bien o mal interpretadas, aparece siempre alguna verdad, como para impulsar al buen investigador a buscar, hasta encontrar el tesoro oculto detrás de aquel resquicio por donde filtra un rayo de luz.

Mientras la huérfana Abidi iba consolándose junto a la Princesa Real y a Estrella, esposa de Moisés, éste se entregaba de lleno con el Faraón y el ex Pontífice Membra, a esclarecer los oscuros relatos que formaban el rollo de Escrituras referentes al pueblo de la Montaña Gondar.

Era aquello una confusa mezcla en que aparecían rastros de lenguaje tolteca, de escritura mauritana y hasta de los viejísimos símbolos figurados por medio de animales, tal como lo hacían los Escribas Lemures.

Viendo que no les era posible formar ni un párrafo debidamente coordinado y que pudiera significar una historia, decidieron llamar al Anciano Patriarca Geridano, conductor de la jovencita, que había resuelto permanecer en Menfis hasta que el Faraón resolviera la forma de protección que prestaría a su pueblo.

Y el Anciano se expresó así:

–Los pobladores de la Montaña de Gondar han formado sus costumbres y su vida a base de antiquísimas tradiciones orales, transmitidas de padres a hijos, durante los siglos que han necesitado para llegar a los tres mil habitantes actuales. El bien ha predominado en ellos debido al aislamiento que la misma conformación del lugar les ha impuesto.

"Ellos saben que descienden de prófugos lemures y atlantes, y conservan tradiciones de sus Genios Divinos que los protegen. Un pastor privilegiado conquistó el amor de una Princesa, hija de un poderoso Rey de Lemuria, cuya muerte trajo la desmembración de su reino, pues la hija, Princesa heredera, se hizo pastora al lado de su pastor amado y fueron creadores de un nuevo pueblo de proscritos, alrededor de una montaña misteriosa que tenía la forma de una enorme cruz de piedra. El Genio que antes fue pastor se llamaba Numú, hijo del Gran Dios Sol, y su pastora, Genio o Divinidad femenina, Madre Reina Vesper. Como protector para los grandes peligros invocaban una Divinidad denominada por ellos "Padre Juno el Fuerte", que según ellos era como un azote para los malvados y desme-

nuzaba en un abrir y cerrar de ojos a los hombres malos y a las bestias feroces.

El Anciano Patriarca les descifraba el significado de todos aquellos signos y figuras, que parecían una tabla de figuras de ajedrez, alrededor de un gran carro o bloque de granito con forma de una rústica cruz.

El robo y la deslealtad eran para ellos los crímenes o delitos mayores. La fidelidad conyugal y la sumisión y amor a los progenitores eran sus virtudes especiales. A esto se reducía su ideología, su culto y su moral.

Para Moisés, conocedor a fondo de la historia del pasado, todo aquello fue de una claridad maravillosa.

Y en el fondo de su conciencia se hizo carne la idea de que aquel pequeño pueblo, era reminiscencia de la obra civilizadora de Numú, el pastor de Mirt-ain-Mari, y de Vesperina, la Princesa que se hizo pastora. Mencionaba también aquella apariencia de Escritura otro Genio Divino, al que llamaban *El Rey de Oro,* y que se aparecía alguna vez en las noches de luna llena, en lo más alto de la Montaña de Gondar para anunciarles un desbordamiento del Mar Azul, a fin de que todos abrieran las compuertas de sus canales y pudieran aprovechar el agua que fertilizaría sus siembras. Y decían que su Montaña de Gondar era la misma Montaña Santa, que, desde Atlántida, el *Rey de Oro* la había trasladado junto al Mar Azul en beneficio de ese pueblo.

Y en este *Rey de Oro* proveniente de Atlántida, Moisés encontraba reflejos del Anfión histórico y real, que había sido el Genio civilizador de la primera jornada atlante, que conocía él por las antiguas Escrituras de aquellas edades lejanas.

–Tu redil se ensancha, Osarsip –le decía el Faraón–. Pues este pueblo ignorado y escondido en las montañas del país de Kush, será sin duda otra porción de humanidad para tu gran ideal.

"¿Qué te parece si mando unos diez mil hombres de los más aguerridos y fuertes para que expulsen a los invasores y se transformen en egipcios las montañas de Gondar?

–La idea es buena siempre que tus diez mil hombres fuertes no hagan desastres tan lejos como eso está de aquí. Yo añadiría a tu idea que esos diez mil fueran bajo las órdenes del Patriarca Geridano, y que sean los solitarios, sus compañeros, quienes impusieran allí el orden, protegidos y amparados por tu poder y soberbia.

"Son ellos, un resto o remembranza de los Kobdas prehistóricos

que hicieron la civilización de los tres Continentes, y no sería un milagro que esos Solitarios, con tu protección, pudieran realizar la evolución del lejano país de Kush".

* * *

Y aquí tenemos, amado lector, una de las grandes obras de Moisés que nuestra humanidad desconoce en absoluto. Éste es el origen de la entrada de Etiopía, en el concierto de la Civilización Egipcia, que durante tantos siglos hizo de Egipto el educador de la humanidad antigua.

Fue como un resurgimiento de los Kobdas de Abel, de Bohindra y Adonai, la llegada de Etiopía con sus solitarios y pueblos de Gondar.

De allí salió aquella dinastía de Faraones justos, de hombres sabios, a que perteneció varios siglos después la Reina de Saba, amada de Salomón. Fue el hijo de ambos el primer Faraón de la dinastía de los Sabacón, fundada e iniciada por él, que siglos después fue ahogada por el feroz egoísmo e incomprensión humana.

Fue la víctima principal, a igual que el justo Anek-Atón, último Faraón de esa dinastía de soberanos grandes y justos. En esta nueva jornada terrestre, fue conocido por Taharkin II, que fugitivo de los invasores asirios a Tebas, y no queriendo la matanza y destrucción de millares de vidas, se refugió en la montaña de Gondar en el viejo Santuario de Akasún y ordenó que el pueblo se entregara sin luchar.

Estos hechos ocurrieron siete siglos después de Moisés, y son mencionados aquí, como un calco de la fuerza que tuvo el "No matarás" que él bajó de las alturas del Sinaí.

Taharkin II de la Dinastía Sabacón, era una reencarnación de Hur el primer compañero desde la infancia del *Genio Gigante*, que tanto le había admirado en su actuación de Amenofis IV, que en el éxodo del desierto ve morir por defender el gran ideal como lo veremos con dolorosos detalles cuando llegue el momento de relatar esa gran Vía Dolorosa que fue para Moisés.

Los grandes Soberanos, Reyes y Conductores y Educadores de pueblos, de porciones de humanidades grandes o pequeñas, debemos buscarlos siempre entre los que fueron discípulos y seguidores del gran Ungido de la Eterna Ley para encaminar la humanidad terrestre. Y seguramente les encontraremos allí.

Los Flámenes Lemures, los hombres de fuego de Juno y de Numú, los Profetas Blancos de Anfión, los Dakthylos de Antulio,

los Kobdas de Abel, los Peregrinos Mendicantes de Buda, los Monjes de las Torres del Silencio de Krishna, y los Esenios de Moisés, son los mismos peregrinos eternos del Ideal Supremo, incansables en soñar con una humanidad mejor, incansables también en morir y renacer mil veces hasta ver cumplida la obra que no es de un siglo ni de diez sino de largas Edades..., tan largas y lejanas unas de otras, que los que viven en la carne en una vida, nada absolutamente saben ni recuerdan de las que les precedieron entre el horror y el espanto de cruelísimas luchas.

Y el Archivero Espiritual que ve revivir en la Eterna Luz el estupendo pasaje de que formó parte él mismo en más de diez o cien oportunidades, siéntese pequeñito como un grano de arena perdido en el inmenso mar de lo infinito, y solo ve grande y fuerte el Divino Conductor de este éxodo gigantesco.

Por esto, amable lector, no debemos asombrarnos y menos escandalizarnos de que la pequeñez humana haya sido y sea tan incomprensiva de lo que fueron las grandes y excelsas vidas que realizó en la Tierra nuestro Moisés, Conductor desde Juno a Yhasua de Nazareth.

Pero sí, debemos rendir plenamente nuestro agradecimiento a la Eterna Ley que ha designado esa misma Legión de sus amadores, para que al finalizar el ciclo aún oscuro para esta humanidad, se vea iluminada por la Verdad Divina, al comenzar un nuevo ciclo de evolución. Si hemos sido capaces de seguirle en sus vidas de martirio, sacrificado en la Tierra, hoy nos da la compensación de descorrer los grandes cortinados que le ocultaron durante millones de siglos, para que la humanidad terrestre le vea y le conozca tal como es, y como será en la infinita Eternidad que aún no alcanzamos a medir ni a comprender.

Que el lector de estos relatos, perdone esta larga disgregación a que me ha llevado el asunto mismo que vengo tratando.

Volvamos pues a Moisés que desde las soledades del desierto de Madián ha vuelto al esplendoroso Egipto de Ramsés II, para realizar la gran obra idealista que la Eterna Ley le había encomendado en esa etapa de su glorioso Mesianismo.

= 68 =
DE MENFIS A GONDAR

De la observación que debe hacer todo historiador en el buen deseo de ser un fiel mensajero de la verdad, llegamos a la conclusión de que hay determinadas épocas, países y costumbres que le dan una característica particular destacándose de los demás.

Y tal ha ocurrido con el país del Nilo no solo en el tiempo de Moisés, sino muchísimo antes y también después.

Si el antiguo Egipto mereció el nombre de ejemplo de países cultos se ha debido siempre a sus colegios sacerdotales de sabios, hombres consagrados exclusivamente al cultivo de las más elevadas facultades de la mente.

Fue como el resplandor vivísimo salido de Neghadá durante mil trescientos años, extendido casi al mismo tiempo a las praderas del Éufrates, a los pueblos del mar Caspio y a los países de los hielos eternos; hizo el prodigio de hacer comprender los grandes beneficios de la paz, o del amor fraterno o ayuda mutua.

Y fue desde aquella hora lejana que las mentes más adelantadas se dieron a realizar trabajos especiales en beneficio de la humanidad.

Nuestro personaje central, o sea Moisés, fue uno de los hombres que más fervorosamente cultivaron la gran potencialidad mental que hay como dormida en casi todos los seres.

Y despertada más vivamente en él a través del Patriarca Geridano, con quién sostenía largas conversaciones durante las veladas en la biblioteca del castillo del Lago Merik; en conjunto con él, hicieron ejercicios mentales que les llevaban noche a noche durante el sueño, desde Menfis a Gondar tal como reza el epígrafe de este capítulo.

Cuando pasadas cinco lunas, el Anciano pensaba ya en regresar, llegó una embajada de Gondar con la noticia de que un grupo de hombres jóvenes habían tomado a los asesinos del gran Jefe, que los retenían cautivos hasta que una autoridad competente resolviera lo que debía hacerse con ellos.

Al oírles referir a los que llegaban con las noticias, los raros fenómenos ocurridos y que pudieron sorprenderles en sus escondrijos de modo inesperado, el Patriarca y Moisés, y con ellos todos los que estaban enterados de los acontecimientos y lugares en que debieron desarrollarse, llegaron a la convicción de que todo fue

el fruto de los trabajos mentales realizados en Menfis, para que aquel lejano país volviera a la normalidad sin sacrificar vidas ni causar destrucciones en ninguna forma.

Enterado el Faraón de todo lo ocurrido, dispuso la partida de un escuadrón de lanceros voluntarios que se establecieran permanentemente en Gondar, con sus esposas y sus hijos, como escolta guardiana de los pacíficos habitantes de aquel apartado pueblo. El escuadrón de lanceros voluntarios iría en buenos caballos, mientras las esposas e hijos se embarcarían en el gran barco, que condujo al Patriarca, la princesa, su aya y demás acompañantes.

La niña y su aya pidieron quedar junto a la Princesa Real hasta nueva disposición. Eran alumnas de la Escuela del Templo de On, y se sentían fuertemente vinculadas a todas las compañeras de las aulas.

El Patriarca Geridano manifestó su deseo de procurar la redención de los que habían causado tanto daño a su pueblo.

Y en una íntima confidencia con Moisés, le habló así:

–Solo a ti, hijo mío, puedo revelarte mi secreto. Yo te doblo la edad, pero sabiendo lo que eres, cierto estoy que me comprenderás. Hubo en la lejana edad gloriosa de los Kobdas como fuerte Institución filantrópica y educadora, hombres como los que mencionan las Escrituras que yo conservo y las que tú me has hecho conocer aquí.

"Hubo un caudillo del país de Arab donde todo es cielo ardiente, arenales resecos y montañas que forman espantables laberintos de piedra. Se llamaba Beni-Abad, el cual quiso descansar retirado a Neghadá entre los Kobdas del Santuario y dejó a su hijo mayor como jefe del país. Éste hizo desastres tan intolerables que el padre dejó su retiro y se constituyó en severo juez de aquel mal hijo, que así abusó de su confianza y de su amor. Lo destituyó y dejó cautivo por largo tiempo en el Peñón de Sindi, que hoy conocemos por Monte Sinaí.

"Yo soy ese mal hijo que causó tan enormes desastres, y siempre que se cruzan en mi camino seres que causan daño a sus pueblos, pido a la Eterna Potencia que me de la capacidad de redimirles como los Kobdas fueron capaces de redimirme también a mí.

Y el valiente Patriarca Geridano demostró en verdad tener el espíritu de sacrificio que ennobleció y dignificó a Diza-Abad, pues no hubo forma de retenerle en Menfis por su edad avanzada y retornó a Gondar con la anuencia del Faraón de que probara la redención de los invasores. Llevaba la escolta de cuatrocientos lanceros voluntarios bajo sus órdenes y con la consigna de ser

fieles defensores de los Solitarios de Akasún y del pacífico pueblo que vivía al pie de su Santuario.

–Un aviso tuyo –dijo a la jovencita Abidi–, de que deseas volver a Gondar, será como una orden del Rey pero te dejo contento y tranquilo bajo la protección de la Princesa Real que será en verdad como si tu madre hubiera vuelto del sepulcro.

–Hijo mío –le dijo al despedirse de Moisés–, te espero en el Monte Sinaí a donde sé que llegarás un día, a recibir de mano de los santos que allí viven y mueren, para tornar a renacer y a morir, la gran Ley que el Altísimo dará a la humanidad por intermedio tuyo. Ésta es la Escritura que grabo, no en pergamino sino en tu mente en el instante en que te digo: *Hasta luego*. –Le estrechó en un fuerte abrazo y subió la planchada del gran barco que ya soltaba las amarras.

Y como siguieron agitándose pañuelos desde el barco y desde el muelle, Moisés y Geridano pensaron en la despedida de Abel y Adonai, en el gran muelle de piedra de Neghadá, hacía ya varios milenios de años.

Los tiempos como los hechos humanos realizados en ellos, se parecen aunque les separe una inmensidad de siglos.

Moisés quedóse pensativo y hasta algo entristecido. Era verdad su clarividencia pasada, que le había hecho sentir la voz de Thylo venida desde Sinaí. Era verdad que había allí Kobdas que vivían ocultos y desconocidos, como los de Gondar en el Santuario de Akasún.

– ¿En cuántos otros sitios habrán quedado ocultos y nadie lo sabe? –se preguntó a sí mismo, mientras volvía paso a paso desde el muelle al Palacio de la Princesa, donde había dejado hacía unos momentos a su madre, con su esposa y Abiné.

La pregunta que se hizo continuaba vibrando en su mente que se entregaba de lleno a aquella interrogación.

Y la sonda de su mente, como un garfio de diamante, extrajo desde el fondo de su propio yo, esta respuesta:

–*"Lo sabe Dios y lo sabes tú en este momento. Recuérdalo. Existen Kobdas en el Monte Hor, en el Monte Nebo, en la Montaña de Gondar, en una caverna de los Atlas Mauritanos y en el Monte Sinaí. Cinco Agrupaciones ocultas que forman los cinco rayos más potentes de la Estrella de Cinco Puntas, que desde los cielos superiores resplandece para todos los Mesías que están actualmente en misión".*

Moisés se apoyó en el basamento del obelisco de mármol azulado, que había en la avenida de palmeras que daba entrada al Palacio de la Princesa.

La voz de aquella respuesta le había sacudido fuertemente hasta hacerle temblar. Era fuerte, mas, a veces, la voz interna es más vibrante de lo que alcanza a resistir el sistema nervioso de los seres altamente sensibilizados, por la frecuencia de meditaciones profundas.

Y desde ese momento resolvió buscar la alianza espiritual de esa Estrella de Cinco Puntas, que existía como una lámpara eterna sobre la faz de la Tierra, a fin de obtener de ella toda la luz y la fortaleza necesaria para su grande y ardua misión a realizar.

Cuando él reveló este secreto a la reunión de los setenta, el príncipe Fredek pidió la palabra y manifestó cuanto sabía de los anacoretas del Monte Negro, llamado así porque es un cerro de basalto que desaparece a primera vista entre el laberinto de la enorme cordillera de los Montes Altos. Uno de los solitarios era hermano del Escriba Mayor del Templo del Sol de Mauritania, y por él conocía el secreto, del que se había servido para enviar continuos socorros en provisiones comestibles y ropas a los solitarios, pues llegó a saber de las extremadas privaciones en que vivían, sobre todo en los crudos inviernos de la región en que las hortalizas y hasta las hierbas silvestres desaparecen.

La Princesa Real se le quejó amargamente de que siendo ella, Regente de aquel país, no la hubiese enterado del secreto para favorecerles cuanto le hubiera sido posible.

–Perdonad, Alteza Real, pero el que me dio el secreto me exigió promesa de guardarlo. Ahora que lo veo ya descubierto, me permito hablar por si los dirigentes de este gran movimiento idealista necesitan comunicarse con aquellos Anacoretas Mauritanos.

–En efecto –dijo Moisés–, vamos a necesitar de ellos como de otros que están en igual situación espiritual que ellos.

–Ellos prefieren no crear vinculaciones con el mundo exterior –añadió Fredek–, y si yo he podido enviarles socorros materiales ha sido completamente anónimo, valiéndome del Escriba mencionado, al cual remitía mis donaciones para los Anacoretas del Monte Negro, sin revelar el autor del envío.

–Debe ser así –afirmó uno de los Ancianos sacerdotes del Templo de On–. Todo vínculo o relación con el mundo exterior lleva vibraciones, fluidos o emanaciones tan pesadas, y a veces cargadas de fuerzas adversas, que los Anacoretas desearán vivamente evitar, pues a veces hasta crisis nerviosas llegan a producir. Cuando se vive en la antesala de los cielos superiores, los sonidos, pensamientos, deseos y hasta palabras del mundo profano, causan dolores que sólo conoce el que los siente en su propio ser.

–Verdaderamente –afirmó otro Anciano, Hierofante del Templo de Dendera–, lo sentimos fuertemente nosotros en nuestro aislamiento, que no es tan absoluto como el de las Montañas, cuanto más deben sufrirlo aquellos que llevan toda una vida en aquellas inmensas soledades.

Allí se eligieron cinco personas entre las de menos edad, para que en nombre del Faraón, de Moisés y de la Princesa Real, fueran a entrevistarse con los solitarios, en forma de quedar unidos a esta Entidad Espiritual que se iniciaba con una Escuela a puertas abiertas, donde se enseñaría a más de las ciencias humanas, el conocimiento de la Suprema Potencia y su relación con las almas encarnadas en la Tierra.

Fredek de Port Ofir debería visitar a los Anacoretas del Monte Negro, ya que tenía un intermediario en el Escriba Mayor del Templo del Sol.

Los otros cuatro enviados elegirían el lugar en que tenían alguna posibilidad o relaciones que pudieran facilitarle la tarea.

Moisés exponía su programa a realizar o sea la creación de un pueblo para su ideal: *la Unidad Divina*. Y el pergamino aparecía firmado por el Faraón, la Princesa Real y todos los que formaban el Congreso Espiritual de los Setenta.

Ese pueblo debería contar con un lugar donde establecerse, puesto que no podían pretender que viejos pueblos educados bajo otros principios se conformasen con las nuevas formas de vida que se implantarían. Las más grandes masas de seres reunidos en sus populosas capitales, vivían de buena o mala gana conformes a las costumbres en que habían nacido y vivido durante toda una vida.

¡Crear un pueblo para un ideal!

Había sólo setenta seres que lo creían posible y soñaban con realizarlo. Buscaban aquella lámpara encendida entre las tinieblas de la humanidad, aquella Estrella de Cinco Puntas que vivía de sacrificio, de amor y de esperanza. ¿No sería ese el camino más seguro para conseguir el éxito?

Los enviados llevarían a más del programa de Moisés con la anuencia del Faraón y de la Princesa Real, el oro necesario para socorrer la precaria situación de los solitarios y todas las Escrituras que significaran anuncios, profecías, vaticinios o clarividencias obtenidas, relacionados con la gran obra a realizar.

Si los solitarios querían plegarse a la legión de seres que abrazara el nuevo ideal, los enviados iban autorizados para conducirles al antiguo Templo de On, ya restaurado y habilitado como sede central de la nueva Ideología.

Unos tardaron cuatro lunas, otros cinco, pero todos volvieron acompañados de algunos de los solitarios, pues otros quisieron quedar en sus ocultos albergues, como los del Monte Hor, donde quedaron tres, del Monte Nebo donde quedaron cuatro, y del Monte Sinaí donde todos quisieron quedar en espera del gran Enviado, que debía subir hasta allí en espera del mandato del Supremo Poder.

En el Monte Akasún, en Gondar, quedó el Patriarca Geridano con dos solitarios más, y los otros llegaron hasta Egipto para formar no sólo setenta firmes afiliados sino ciento cuarenta y siete maestros de vida espiritual, hechos al más duro sacrificio, al amor desinteresado en absoluto y a esa larga esperanza del verdadero espiritualista que dice: "Si es eterna el alma que vive en mí, eterna debe ser mi esperanza de una vida mejor".

= 69 =
LAS MUJERES MOSAÍSTAS

Son en verdad lamentables las equivocaciones en que han incurrido en general los relatores, cronistas o biógrafos del hombre genial que el Egipto conoció más como Osarsip, pero que los pueblos que siguieron su ideal lo conocen más por Moisés, abreviado de Atón Moses, que él quiso adoptar cuando fue consagrado Hierofante del Templo de Menfis.

Una de las muchas deficiencias que se le atribuyen consiste en afirmar que Moisés tuvo aversión a las mujeres, y los dogmáticos lo atribuyen al hecho legendario de que Eva, (*llamada indebidamente primera mujer de este mundo), fue la causante de que Adán, (*también primer hombre según la vieja leyenda), se revelara contra el mandato de Jehová.

Ya está suficientemente probado por la ciencia arqueológica, por la geología, por la historia que van descubriendo las piedras de los Templos de las distintas y numerosas capitales del mundo, y sobre todo por la lógica y el buen sentido, que lo que ha sido tomado como historia real en las primitivas Escrituras Sagradas de remotos tiempos, han sido símbolos figurativos de la verdad oculta por la tremenda severidad de las leyes de los Templos que hasta castigaban con reclusión perpetua una revelación imprudente. Y esto es muy natural y justo que así se hiciera. Si aún ahora, después de transcurridos veinte siglos de la era cristiana, aún no es prudente ni discreto hablar ante el vulgo profano de ciertas

verdades que le resultan difíciles de comprender y asimilar, ¿qué sería en aquel lejano pasado?

Si en la Edad Media y siglos anteriores, funcionaron tan abundantemente las horcas y las hogueras, colgando herejes y quemando vivos hechiceros y magos porque tuvieron la audacia de pretender enseñar en público verdades que debían vivir ocultas en la Cripta de los Templos, o en los pasillos secretos de pirámides, construidas por civilizadores prófugos de otros continentes, invadidos por las aguas desbordadas de los grandes océanos que se han repartido nuestra pequeña esfera terráquea, se comprende claramente que ni Moisés ni ninguno de los más esclarecidos Iniciados de su tiempo, pudieran permitirse hacer revelaciones que se perderían entre las arenas de la ignorancia absoluta de la Cosmogonía real, y dueña verdadera y única de la verdad tal como ella es.

Y en cuanto a que Moisés fuera enemigo de la mujer, es la lógica pura la que nos hace la defensa de él.

¿Podemos suponer ni por un momento que eso fuera real, sabiendo el valor que tenía para un Iniciado de la altura de Moisés, la Psiquis humana..., la Divina Psiquis hija de Dios, salida de Él como una chispa y destinada a volver a Él, engrandecida con su propio esfuerzo, con méritos adquiridos por la gran Ley de la Evolución? Que ella estuviera en un cuerpo de mujer o de varón es secundario, comparado con el valor del alma humana de divino origen y de eterno destino.

Comenzando por su noble madre, la Princesa Real, y por aquella flor del aire de su amor primero que se llamó Merik, que pasó por su vida como un ala de raso que lo acarició un instante y se esfumó como un perfume; por la pobrecita Estrella, o Séfora, como la mencionan las Escrituras, nada absolutamente se encuentra en la vida de Moisés que pueda ser calificado de aversión a la mujer.

Y cuando hemos llegado a los días movidos y variadísimos de disponer familias, tiendas, y organizar de perfecta manera y forma en que debía realizarse la imponente emigración, vemos a las mujeres como abejitas zumbonas y rumorosas de un inmenso enjambre llegarse al que consideran aún como el Superintendente Virrey de Egipto, para exponerle con una sinceridad conmovedora la situación de cada una.

¿En quién sino en él y su excelsa madre podían confiar? La Reina, que siendo buena esposa y buena madre, se había mantenido siempre retirada de las cosas públicas, no les permitía creer ni esperar que en este caso pudiera solucionarles sus problemas íntimos.

Las que habían sido esclavas tenían dos o tres hijitos pero no tenían marido; las jovencitas que vivían al amparo de viejos abuelos que muy poca sombra podían darles; las que habían sido flores de placer, pero ya desechadas como algo que no inspiraba interés ninguno, vegetaban en una vida inútil, y un tardío arrepentimiento de lo que fue un día su dorado ideal y hoy era sólo un doloroso y turbio recuerdo..., en fin todas estas y muchas otras que formarían un largo catálogo, ¿qué harían si el alma de este gran movimiento les tenía aversión?

Muy al contrario, fue Moisés la Piedad Divina encarnada en él, para solucionar estos dolorosos problemas íntimos y solucionarlos en tal forma, que el Faraón, su madre y los Setenta empezaban a meditar y convencerse, de que Moisés estaba en efecto designado por la Suprema Voluntad para ser el sabio y prudente conductor de un pueblo al Superior Ideal que él había forjado.

Era en verdad el único hombre que pudo y quiso llevar tal idea a la realidad.

Necesitaremos largas y profundas meditaciones para llegar a comprender el temple de alma que necesitó ese elegido Conductor de un pueblo, para soportar sobre su materia, provista de un sistema nervioso, de un sistema circulatorio, de un sistema digestivo, de todas, en fin, las diversas y delicadas funciones orgánicas que desempeña todo organismo físico de esta tierra.

Concurría tres veces a la semana a Gesen y otros barrios suburbanos de Menfis, en busca de los problemas, dolores y necesidades de los seres que formarían la gran caravana.

Debía conocerlos íntimamente a todos. Y cuando volvía a su alcoba en el castillo del Lago Merik o en el Palacio de la Princesa, cerraba su puerta, y solo ante la Divinidad, ante el Dios Único Invisible que su alma sentía viviendo en sí misma, caía a veces en tan desesperadas angustias que más de una vez le encontró su madre, única que podía entrar a su alcoba cerrada, tirado como un cuerpo muerto sobre el tapizado del pavimento.

– ¡Señor, Señor!... –clamaba el clarividente Moisés–, ya lo ves, no tengo fuerzas bastantes para llevar sobre mis hombros la enorme montaña de los dolores de un pueblo. Soy un ser de carne y sangre, Señor de los cielos, tú lo sabes porque vienes siguiendo mis pasos desde la niñez. La materia de que me ha formado tu ley, no es tan fuerte como para sobrellevar los dolores de seiscientas mil almas encerradas en cuerpos mil veces más débiles que éste mío.

"¡Señor, Señor Eterno!... Justo y Bueno. Si tú que eres mi Padre no tienes piedad de mí, ¿adónde acudiré para encontrarla?

"Hay criminales que la justicia no ha condenado porque lo ignora, que piden seguir en pos de ti, Señor, porque de ti esperan la piedad que no encontrarán en los hombres. Hay prostitutas desengañadas y aborrecidas de aquellos que con mieles de falsos amores las arrastraron al desorden, y se acogen a tu piedad y a tu perdón porque saben bien que el mundo ni se apiada ni perdona, y que sólo en ti, Señor, encontrarán la paz en una vida mejor. Hay mujeres repudiadas de sus maridos porque son adúlteros incorregibles, y maridos burlados por sus mujeres que se sintieron atraídas a un extranjero resplandeciente de oro.

"Y todos sufren las consecuencias de sus dolorosos extravíos, y todos se vuelven a ti, Señor, único que tienes piedad del que ha delinquido y quiere redimirse. ¡Señor!... Hay odios acervos y egoísmos profundos como cien abismos abiertos a mis pies. ¿Les dejaré precipitarse en ellos a falta de manos piadosas que se tiendan para salvarles?..."

Así eran las meditaciones solitarias de Moisés cuando volvía a su alcoba y recorría con su memoria cuanto había recogido en el vaso purísimo de su mente que todo lo comprendía, porque era él..., el hombre único que podía comprender, perdonar, tolerar, y dar nuevas direcciones a aquellos árboles que los vientos de la vida habían tronchado, que los cataclismos humanos habían torcido su tallo, que los hielos de despiadados inviernos habían secado a medias y mucho costaba volverlos a la vida.

Y su libro blanco de las anotaciones de nombres y familias, de problemas a solucionar, de ordenar nuevamente toda una porción de humanidad desordenada, desecha casi en su mayor parte, se iba llenando cada día y aún había mucho más por anotar. ¡No podía quedar ninguno olvidado! Por propia voluntad cargaba con todos ellos, y jamás sería desleal para el Padre Único que se los confiaba.

* * *

En cinco años que habían transcurrido desde que Moisés pisó de nuevo tierra de Egipto, ocurrieron muchos acontecimientos en parte ignorados en absoluto, en parte callados y sepultados voluntariamente en el olvido.

Él había trabado amistades o relaciones con varios de los capitanes de los grandes barcos de guerra de la Escuadra soberbia que se mecía en los puertos del país del Nilo, que no siendo destinados a la guerra, viajaban en floreciente comercio con todo el

mundo civilizado de entonces. Y cada capitán de aquéllos, era un álbum cerrado con doble llave pero abierto para Moisés, el hijo de la Princesa Real, la regente de Mauritania, la soberana de Bética ya que el Príncipe soberano Arfasol había delegado en ella su título nobiliario de siglos, de todos sus derechos a aquel vasto y rico dominio en la opuesta ribera del Mar Grande.

Un enorme y hermoso barco con pabellón amarillo y blanco, y flamante nombre en el alto estilete de proa, *Princesa Real*, se encontraba anclado en el puerto de Pelusio, el más próximo a Ramesés que era por entonces el centro de todas las grandes actividades internacionales del Egipto de Ramsés II.

Era como un símbolo declaratorio ante todas las naciones, de que en Egipto residía por entonces la Soberanía de Bética en la persona de la ilustre hermana del Faraón, a la cual la ignorancia y la superstición atribuían cualidades y poderes fantásticos. Y el hecho de haber delegado en ella sus poderes y derechos el Soberano de Bética, vino a sumarse a esas erróneas creencias. Gran parte de las grandezas y magnificencias de Ramsés II fueron atribuidas a su influencia, y el mundo civilizado de entonces, todo volcado a los mil cultos idólatras de dioses y diosas, que desde la Tracia y el Ática en decadencia espiritual y moral se derramaban como un virus venenoso por todas partes, hasta quiso colocar a Thimetis en su nutrido catálogo de divinidades.

Podemos pensar que la Divina Ley quiso sacar mayor bien del mal reinante, porque no fue Bética la única soberanía que se brindó a Thimetis que nada buscaba ni quería para sí.

El hecho es que en una noche en que el plenilunio brillaba sobre el Mar Grande como un millar de luminarias encendidas sobre él, Moisés, cansado y fatigado en extremo de sus tareas en Gesen y Ramesés, buscó el silencioso camarote que el *Princesa Real*, anclado en el puerto, le ofrecía siempre que él corría por esos lugares. El capitán era uno de los más hábiles marinos de su tiempo, hombre maduro de cincuenta años que había comenzado por ser grumete, un monito equilibrista de las cuerdas, velas y jarcias, y en esa hora era de suprema autoridad en ese barco.

Lo que el Príncipe Arfasol de Bética le habría dicho de Thimetis y de Moisés, el lector lo puede adivinar si ahonda en el sentir del capitán y encuentra allí dos imágenes como en alto relieve: Moisés y su madre. Tenía adoración por ellos.

– ¡Qué pareja más estupenda! –Pensaba el noble marino–. Merecían ser dueños de todo el mundo. ¿Qué reyes ni qué soberanos

se ocupaban como ellos del dolor y la miseria de los hombres y mujeres que se arrastraban como larvas por los barrizales y los pantanos?

Porque el capitán Asaf de Cades, sentado a veces en su alto puesto, con la lente de larga vista había observado al hijo de la Princesa Real acompañando a su madre que en su góndola pequeñita con pabellón amarillo y blanco, y colgaduras violeta, recorriendo los canales del Delta, para recoger los esclavos prófugos, los niños arrojados al agua, los ancianos ulcerados de lepra, los tuberculosos de los que todos huían.

Y el marino observaba, su poderosa lente le seguía revelando secretos que acaso nadie más que él conocía y su diálogo consigo mismo continuaba sin interrupción:

– ¿No están ellos colmados de poderes y de riquezas? ¿Para qué han de necesitar de esa basura de muladar que se empeñan en recoger? Es ella casi la soberana de Mauritania, con cien barcos que comercian y recorren todos los mares, con caravanas que van desde el país del Sol hasta las bocas del Níger; hermana del Faraón que tiene adoración por ella; y él, su hijo que hoy levanta todo el bajo fondo del Egipto desposeído y los hace capaz de engrandecer, con su esfuerzo libre y voluntario, el país más rico y fuerte del mundo.

"Algo..., algo debe esconderse detrás de lo que hacen estos dos personajes que ahora son mis jefes supremos. Observa Asaf, observa y lo sabrás.

Y el atento y noble marino continuaba sus observaciones. Hasta que en esa noche en que el plenilunio brillaba como un millar de luminarias sobre el mar, se permitió ofrecer una cena como un refrigerio de descanso, cuando vio a Moisés subir a su camarote reservado en el *Princesa Real*.

– ¿Me permitirá vuestra Alteza hacerla servir en su propio camarote para mayor intimidad en su descanso?

–Sí, hombre, sí, donde tú quieras ya que te empeñas en obsequiarme tan gentilmente.

Y fue para el capitán Asaf el abrirse el cielo y vaciarse como flores todas las estrellas a sus pies.

Aquella noche supo lo que tanto le interesaba en su yo íntimo, conoció los vastos proyectos de Moisés: Crear un pueblo para un ideal.

Y ese pueblo estaría formado de tan variados elementos, discordes unos con otros, de educación diferente, de razas que a veces se encontrarían divididas por odios profundos.

¡Y ella era como una mujer como un lirio blanco de las montañas, y él era un Príncipe Real nacido en cuna de oro y casi hermano del Faraón!

– ¡Cielos! –Decía el marino agarrándose la cabeza con ambas manos–, ¿no sois feliz, Alteza, con cuanto tenéis? ¿Qué vais buscando entre el lodazal y la basura, cuando todo es flor de oro y raso en vuestro camino?... Perdonad, Alteza, mi atrevimiento, pero no llego a comprender esto que estáis haciendo. ¿Es que sois ambos, dioses bajados a la tierra para conducir a los hombres a los caminos de luz y de belleza en que vosotros andáis?

"Tened piedad de este rudo marino, que sólo sabe sujetar las tormentas y saltar sobre ellas como un hábil caballo sobre un precipicio porque no puedo dudar que vosotros sufráis una equivocación, entre esa turba de miserables que soñáis en transformar de la noche a la mañana.

Moisés casi sentía complacencia en escucharle, para llegar a comprender el grado de evolución espiritual que el capitán Asaf tenía, pues según eso sería la facilidad de comprensión del Ideal sublime sustentado por él.

–Bien, Asaf, te he oído y te he comprendido. Sé que tú me comprenderás a mí, si tienes la voluntad y la paciencia de esperarme mañana al caer la tarde, en que creo terminar mis tareas por estos lados. Me agradará venir a darte mis respuestas con mi álbum de anotaciones, que explican más claro que yo, las razones que nos impulsan a mi madre y a mí.

–Está bien, Alteza, os esperaré con ansias de escuchar tus respuestas.

Y se separaron.

Al caer la tarde del siguiente día, Moisés subía la planchada del *Princesa Real,* y el capitán Asaf a la terminación de ella.

No estaba solo sino con dos jovencitas tan semejantes la una a la otra, que se comprendía a primera vista su parentesco íntimo. Eran hermanas mellizas.

–No tienen madre y viven aquí en el barco, conmigo. Son mis dos hijas, lo único que poseo en este mundo. El Príncipe Real, hijo de la Princesa, dueña de este barco –añadió, presentando a Moisés.

Ambas jovencitas hicieron una gran reverencia y esperaron que Moisés les mandara levantar la cabeza inclinada.

–Levantaos, os ruego –dijo de inmediato Moisés–. Vuestro padre está aún apegado a las formas del ceremonial palaciego. No me miréis como a un pájaro raro, sino simplemente como a

un hombre que anhela conducir a todos los seres humanos por el camino de la paz y de la dicha verdadera.

Cuando las dos hermanas niñas levantaron la frente parecían iluminadas de una alegría indefinible. Ambas sonreían mirando a Moisés con sus ojazos castaños llenos de luz.

–No sois para nosotras un pájaro raro –dijo una de ellas–, os conocemos desde que el *Princesa Real* ancló en el puerto.

–Es verdad –añadió la otra–, porque con las lentes que nos ha dado nuestro padre para mirar todas las cosas, sin bajar del barco, os hemos visto muchas veces acompañando a vuestra madre y a veces solo.

–Ignoraba, capitán, que tenías a bordo tan excelentes vigías. Tampoco vosotras me resultáis personas extrañas. Creo haberos visto antes en alguna parte.

– ¡Será en el sueño, Alteza! –dijo el capitán sonriente–, porque ya os lo han dicho ellas: no les es permitido bajar del barco por ninguna razón del mundo.

– ¿Y quien se lo prohíbe?

–Yo mismo, Alteza. Aquí tienen todo. No necesitan nada. Ésta es su casa mientras yo tenga el mando del *Princesa Real*. Mi apartamento es grande y alcanza y sobra para los tres.

–Pero dime, Capitán, ¿sabe mi madre que estas dos niñas están enclaustradas aquí? –preguntó de nuevo Moisés.

–No, ¡qué ha de saber ella cosa de tan poca importancia!

"No faltaba sino que se la molestara a la Soberana de Bética con semejante noticia.

–Pues te doy mi palabra de que hoy lo sabrá. Y de paso te advierto que no juzgues a mi madre como una soberana del gran mundo. Ya debías haberlo supuesto al verla visitar hasta los barrizales de nuestro Delta.

– ¿Ellas pueden escuchar lo que dirá, Alteza, vuestro álbum de respuestas?

–No, ¡pobres criaturas! ¿No ves que estoy leyendo en sus ojos que nada saben de los dolores humanos?

Y Moisés las miró con tanta fijeza que ambas bajaron la vista. Y él, que involuntariamente se sintió como iluminado de una extraña luz, les dijo:

– ¡Tú eres Saravasti y tú eres Nichdali! ¡Cuán hermosas os conserva nuestro Padre Divino!

El relámpago se apagó en la mente de Moisés, y alcanzó a escuchar que las niñas decían:

–No, Alteza, yo soy Marina y ella es Clarisa.

El Capitán se había quedado perplejo porque algo extraño observó en Moisés cuando pronunció aquellos nombres.

– ¡Hermosos nombres tenéis, y bien propios de vuestra tierra! –añadió Moisés, convencido de que dijo una inconveniencia a causa del nuevo aspecto que comenzaba a presentarse en él en momentos determinados. Con prodigiosa facilidad volvía al pasado, digámoslo así, presentándole escenas, personajes, pasajes y panoramas de un pasado que a veces él mismo no podía definir.

Sólo contaba treinta y cinco años, y la lucidez de su mente había adquirido tan extraordinaria potencialidad, que a momentos el pasado era para él un gran lienzo pintado en el muro, y en personas jamás vistas en la presente vida, encontraba las que fueron en lejanas edades, compañeras, amigas, aliadas para una obra de justicia y de amor en conjunto.

Y cuando el Capitán ordenó a las jovencitas preparar la cena para el Príncipe Real, según él le llamaba y ambos quedaron solos, Asaf no pudo acallar su pregunta:

–Alteza Real, ¿puedo saber qué os pasó al ver a mis hijas? No erais el mismo, creedme. Vuestros ojos y vuestro rostro estaban como dormidos, y les disteis unos nombres que no son los de ellas. Diríase que las habíais conocido antes. ¿Cómo puedo entender esto? Casi estoy creyendo lo que se dice en mi tierra de vuestra madre y de vos, Alteza, que sois una pareja de dioses venidos a la tierra para llevar a los hombres por caminos de bien y de justicia.

Y el Capitán se quedó plantado, firme ante Moisés, que se dejó caer sonriente en un sillón.

–Ahora sí que he complicado mi situación, Capitán. ¿Cómo podrás entender cuanto te diga sin creerme loco?

–Oh, no, Alteza, ¡loco, jamás! Sabio y bueno como un Dios, eso sí, ahora y siempre.

Y Asaf se arrodilló ante Moisés porque acababa de convencerse de que en aquel gallardo príncipe de treinta y cinco años, se escondía por lo menos un Arcángel del séptimo cielo.

Con inmenso amor puso Moisés sus manos sobre los hombros del marino arrodillado y de cuyos ojos corrían lágrimas de honda emoción:

– ¡Nanda! ¡Patriarca Nanda! Yo estuve así, como tú, arrodillado un día ante ti, rogándote me dijeras dónde estaba oculta mi madre. Y como no podías decírmelo, me acercaste tus dos hijas, Saravasti y Nichdali para que me hicieran olvidar la pena de haberla perdido.

“Ellas me amaron con locura de amor y me siguieron en mis andanzas idealistas, y tú me acompañaste años hasta que fui capaz de cumplir con encargos pesados de mi ley. Yo era entonces Krishna, nieto del Rey de Madura desposeído y cautivo, y tú eras el Patriarca de los anacoretas del Monte Merú. En aquel lejano pasado te sumaste a mis aliados y hoy lo haces también.

“¡Patriarca Nanda! Eres fiel y perseverante como fueron los Flámenes de las Torres del Silencio, y los Dakthylos del Monte de las Abejas, y los Kobdas de Neghadá en las bocas del Nilo. ¡Y es aquí mismo donde ambos hemos sido iluminados!

Las dos muchachitas volvían con mesitas rodantes llenas de manjares, dulces, vinos y frutas y se quedaron absortas.

– ¡Padre!..., ¿por qué os tiene así arrodillado el Príncipe Real? –preguntó la que llegó primero.

– ¿Le ofendiste en algo? –añadió la otra.

–Porque estoy diciéndole mis pecados, que son muchos, hijas mías, y él me los perdona todos de una vez –contestó el Capitán, secando sus ojos que habían llorado.

Tres semanas después el *Princesa Real* soltaba amarras, levantaba anclas y ponía rumbo al Poniente, llevando a bordo a Thimetis con la lucida corte de honor que le formaron las mujeres seguidoras de Moisés. Era soberana de Bética, el país llamado de la alegría del buen amor, que reclamaba su presencia con tan resonante clamor, que no fue posible retardar por más tiempo el ansiado acontecimiento.

Debemos comprender que no era tan solo eso, lo que ponía ansia en los ojos y anhelos en el corazón a los que llevaban las directivas en aquel viaje, o sea Moisés y su madre.

Los acompañaban, como es lógico y natural, Arfasol de Bética, Fredek de Port Ofir y algunos de los Hierofantes más jóvenes y fuertes de los que formaban el gran Colegio Sagrado del Templo de On, recientemente restaurado y reorganizado.

La Bética de aquel tiempo ocupaba la parte sudeste de la hermosa Iberia, como era llamada entonces lo que hoy conocemos como España. Su gran capital Bética se encontraba más o menos donde hoy se denomina Almería, o sea a las faldas mismas de Sierra Nevada, escabrosas montañas ricas en minerales de gran valor.

Los caballeros mauritanos que formando legión escogida y algo secreta se denominaban Iberianos, como recordará el lector cuando acompañamos a la Princesa Real a su regencia en Mauritania, tenían su Santuario Madre, digámoslo así, en uno de los más altos

y escondidos cerros de Sierra Nevada. De allí había salido como águila blanca de un oculto nidal, el audaz peregrino que cruzando atrevidamente en un vuelo el mar azul, se había asentado en el país del Sol, porque un anuncio de los cielos le había dicho en sueño: "Allí encontrarás la punta del hilo que ha de llevarte hasta las bocas del río sagrado, que riega la tierra que fue de nuestros mayores y donde descansan sus materias convertidas en piedra".

Aquel fugitivo peregrino se había llamado Ánade de Askersa, después Osiris, y éste había sido el camino seguido por él.

Fredek de Port Ofir y Arfasol de Bética estaban ligados por una cadena de diamantes, y eran Moisés y su madre el broche de oro que la cerraba.

Desde Mauritania habían cruzado el mar algunos de los más arrojados caballeros Iberianos. Fredek lo recordaba y lo refería a la Princesa Real y a Moisés. Arfasol, originario de aquella tierra, que era el Soberano del viejo dominio, heredado de sus mayores, ignoraba en absoluto aquel secreto, que viejísimas Escrituras lo habían ya revelado a Moisés y a Hierofantes Iniciados en los Templos más antiguos de Egipto.

Tal era el móvil, la causa motriz que hinchaba las velas del *Princesa Real*, y ponía fuego de energía en sus tripulantes, todos de la Escuela a puertas abiertas de Moisés.

Arfasol, por su parte, sabía que era intensamente amado en su tierra y que ese amor atraería a la causa de Moisés, un regular contingente de seres que deseaban una vida mejor.

Las correrías vandálicas de los Normandos del Norte, tenían algo temerosos a los habitantes pacíficos del mediodía. En suma, a él le bastaba y le sobraba con verse honrado por la confianza de la gran mujer, la hija de la Reina Epuvia, que debió ser su hija si se hubiera permitido vivir a aquel gran amor de sus primeros años.

Mas, lamentable es comprobar y ver repetidas veces, que la humanidad terrestre da más aprecio y valor al oro que dejará forzosamente al morir, que a los sublimes y divinos ideales que serán su galardón y su gloria en la eternidad.

Entre las damas que formaban el cortejo de amor, más que de honor de la Princesa Real, se encontraba Estrella, esposa de Moisés, con su pequeño hijo de cinco años, la huérfana Abidi de Etiopía, Marina y Clarisa, hijas del Capitán Asaf, mientras María, ex esposa de Aarón, quedaba en Menfis, con los maestros de almas y profesores de la Escuela de Moisés.

Nuevo Krishna, nuevo Abel, tuvo sin duda Moisés el valioso

aporte que para los grandes ideales trae siempre la mujer, cuya evolución le hizo atravesar la muralla de hierro y dar los saltos sobre el abismo, que la ley exige siempre a los que aspiran a la luz de las cumbres azules...

Y una tarde, entre los tibios resplandores de un crepúsculo vespertino, Moisés sobre la cubierta del *Princesa Real* mientras departía amena conversación con los Hierofantes más jóvenes que quisieron acompañarle, tuvo una hermosa visión mental. Su mente audaz soltó la sonda de los encuentros espirituales divinos, mientras veía a su madre al otro extremo de la cubierta, rodeada de aquel florido vergel de jóvenes mujercitas, enamoradas de ella y del ideal seguido por ella, y él mismo entre un círculo íntimo de verdaderos amigos, que también lo amaban hasta el punto de dejarlo todo para seguirlo.

– ¿Quiénes son –clamaba su mente–, que así nos aman y nos siguen? ¿Quiénes son que dejan cuanto es amable al corazón y placentero a los sentidos, para lanzarse a lo incierto en seguimiento mío y de mi madre?...

Y su mente, águila audaz del Infinito, recogió la respuesta como un jirón de gasa que sus hermanos del cielo extendían ante su espíritu interrogante:

Vio a Zurima, la amada del corazón de Abel, que le acercaba a Abidi la niña de Etiopía y le decía: "Es mi Alvina, que tú llamaste mi niña de las rosas blancas". Vio en Marina y Clarisa a las compañeritas de la infancia de Abel: Helia y Mabi. Vio en las jóvenes damas que rodeaban a su madre, a las Kobdas del Monte Kasson. Y entre los siete Hierofantes que le rodeaban, dos gallardos militares atlantes que platicaban junto a él, sin advertir el descubrimiento que el gran clarividente hacía: Suadín, el jefe militar a quien fue entregada Sadia, y Athaulfo de Theos-Kandia, que dejó un día lanza y espada para vestir el blanco sayal de la Montaña Santa.

= 70 =
NARCISOS Y ROSALES

La Princesa Real, aquella dulce y suave Thimetis que conocemos, estaba encantada de su corte de amor.

Su juventud ya había pasado y la recordaba bien. Muchos abrojales se habían interpuesto entre los blancos rosales de su vida honesta y pura. Amó y fue amada. Todo el Olimpo de dioses inmortales había bajado para ella en la persona de su hijo, de ese gran hijo incomprendido a veces aún por ella misma, que no podía alcanzarlo cuando, águila del pensamiento, tendía el vuelo a la Inmensidad del Infinito. Y entonces ella en recogida meditación se preguntaba a sí misma: ¿Qué busca fuera en el exterior si todo lo tiene en sí mismo? ¡Pobre hijo mío! Le veo sufrir, le veo buscar con ansias supremas y nunca deja de buscar.

En una noche serena de radiante luna brillando como una lámpara sobre la quietud del mar, salió ella de su camarote en el *Princesa Real*, que viento en popa avanzaba en su ruta al Poniente. Situada en el centro de la gran rotonda, a donde se abrían las puertas de todos los camarotes ocupados por su cortejo de jóvenes damas, se sentía dueña de todas ellas, tal como una amante madre que quiere tenerlas todas al alcance de su vista.

–Me falta Merik –pensaba ella–. ¡Oh!, era en verdad mi hija..., ¡y, qué hija! Madre Isis: ¡Me la llevaste a tu cielo de amor porque era ella un Arcángel de amor!

"El amor atrae el amor". Cantaron los bardos de todos los tiempos. "El amor con amor se paga", cantaban también. Y así sucedió aquella noche que engarzo como un zafiro azul en mi relato.

A poco de estar Thimetis sentada, sola en la rotonda con toldos y cortinados descorridos para contemplar la belleza serena del azul estrellado, aparecieron junto a ella las dos hijas del Capitán, Marina y Clarisa.

–Me dais una linda sorpresa, pues creía que dormíais –les dijo al verlas, y como se mantuvieran de pie, las invitó a sentarse.

–Perdonad, Alteza Real, nuestro atrevimiento, pero vuestra bondad es tanta y nosotras nos vemos tan solas en el mundo que desconocemos, que el corazón se nos vuela hacía vos como un pajarito inquieto que aún no ha dejado el nido.

–No hay nada que perdonar, hijitas, sino al contrario, os debo agradecer porque empezaba a entristecerme con un viejo recuerdo

que, de tanto en tanto, estremece mi corazón cuando me veo sola. Os agradezco que hayáis venido.

– ¡Oh, Señora! –Exclamó Clarisa, que demostraba ser más tímida que su hermana–. Si vuestra Alteza, que es tan grande y tan querida, puede ponerse triste, ¿qué será de nosotras que siempre solas con nuestro padre, no siempre alegre, y en medio de esta turba de marineros, todos graves y adustos, que nunca nos dirigen la palabra?...

– ¡Nuestro padre lo tiene prohibido, Clarisa!, y él sabe lo que hace. ¿Qué pueden decirnos que no sea cuerdas, palos, jarcias, toneles y a veces amenaza de tormentas?, –arguyó Marina–. Tal es la vida en un barco.

–Me está pareciendo, niñas mías, que esta vida es demasiado dura para vuestros pocos años.

–Hemos cumplido catorce y andamos en los quince –añadió Marina, con una alegría que se transparentaba en sus ojos como a través de un cristal.

–Y si yo le insinuara a vuestro padre que os dejara permanentemente a mi lado, ¿estaríais contentas?

De un paso que fue como el vuelo de una mariposa, Marina estuvo arrodillada ante la Princesa Real, y con las manos cruzadas sobre el pecho como en actitud de oración.

– ¡Oh, Santa Princesa Real del país del Nilo y de todos los Nilos del mundo! Vos lo adiviináis todo porque todos los querubines del cielo os hablan al oído...

– ¡Marina!... –exclamó azorada su hermana–, creo que te tomas demasiada confianza con su Alteza Real... Recuerda lo que nos tiene recomendado padre.

– ¿Qué os ha dicho si lo puedo saber? –preguntó Thimetis, que se esforzaba en contener la risa ante los espontáneos arranques de la chicuela.

–Que como descubra él que molestamos a vuestra Alteza, nos cierra en el camarote y no salimos más hasta terminar nuestro viaje.

–Bien. Oídme, queridas mías, y guardad discreto silencio hasta mañana a esta misma hora, en que tendremos otra entrevista igual que esta. Yo hablaré con vuestro padre durante el día y a la noche sabréis el resultado.

– ¡Clarisa!..., ¿te parece que podremos dormir esta noche? Yo vuelo y no soy mariposa, yo canto y no soy alondra...

– ¡Marina!... Señora, no la rechacéis, os ruego, es así de la alegría que le causa sólo pensar que viviremos con vuestra Alteza Real. Mi padre no os podrá negar nada.

–No os preocupéis, os ruego. A vuestra edad era yo una chiquilla locuela que hacía mil travesuras aún a las personas mayores.

Y el pensamiento de Thimetis voló al valle de las Tumbas Reales donde el viejo Eleazar, padre de Amram, tenía su cabaña y ella se le presentó como una aldeana y era la hija del Faraón.

–Ni yo deseo dormir, ni vosotras tampoco por lo que veo. Tratemos de conocernos para llegar a amarnos.

– ¡Oh!, yo ya os amo, Señora, hasta mas allá de la otra orilla del mar.

– ¡Gracias, gracias!

–Si sois tan buena, Señora, ¿quién puede escapar de vuestros lazos de amor?

–Gracias..., mil gracias –repetía Thimetis, encantada de aquellas dos criaturas–. Vosotras dos sois las más jóvenes entre las damas de esta corte de amor, que me ha formado el amor de todos los que me rodean.

–Haremos por merecer tanto como las mayores –volvió a decir Marina–. En Bética teníamos profesores que nos daban grandes lecciones. Pero aquí nadie nos enseña nada.

– ¿Me queréis para ser vuestra maestra?

–Desde luego, Señora. Ahora mismo os escuchamos.

–Clarisa, ¿qué me dices a este estupendo prodigio? ¿No te dije que había soñado con un ángel que me decía trovas y me cantaba versos?

–Ésta sueña siempre con estrellas y querubines, pero hasta hoy nuestra vida ha sido bien triste.

–Ya no lo será más porque cuando regresemos a Egipto, yo os llevaré a una Escuela en el Templo de On, donde podéis adquirir los más altos conocimientos que puede adquirir una mente humana.

Y la dulce madre de Moisés que tanto había llorado, deshojó su blanco rosal de experiencias, de amor, de tolerancia y suavidad divina, sobre las almas vírgenes de ambas hijas del Capitán Asaf, que dormía muy tranquilo en su camarote sin imaginar, siquiera, que sus dos mariposillas inquietas se habían ya procurado una abogada que de antemano les tenía ganados todos los pleitos.

* * *

Las magníficas clarividencias que la Ley concedía a Moisés le fueron convenciendo poco a poco de que no estaba solo en la gran jornada. Acabó por saber plenamente que la Eterna Ley con una

sabiduría infinita propia solo de Ella, iba reuniendo en torno de él, a casi todos los que en otras épocas le habían secundado en los caminos del triunfo, y habían también subido con él a las cumbres de sacrificio y de dolor, a donde le había llevado la Ley de todos los redentores, de todos los héroes que saben olvidarse a sí mismo para darse por entero al bien de la humanidad.

¿Qué encontraría en la Bética, el país llamado de la alegría del buen amor?

¿Qué encontraría en la Iberia legendaria, soñada y poseída muchos siglos atrás por aquel joven soberano Iber, que desde las bocas del Nilo había hecho el mismo viaje que él realizaba, unido en nupcias sagradas con la *Niña de las Rosas Blancas*?

El aliento de los Kobdas prehistóricos había soplado como brisa de primavera por aquellos valles y montañas; y por donde ellos pasaban dejaban un rastro de luz como una senda sembrada de estrellas.

La niña de las rosas blancas venía en el *Princesa Real*. Su clarividencia se lo había dicho. ¿Se encontraría acaso con Iber mismo, nuevamente encarnado en aquellas tierras para continuar la obra de redención humana comenzada siglos atrás? En Iber estuvo encarnada Milcha, la heroica, allá en los comienzos brumosos de los orígenes de la Civilización Adámica. Antes... Mucho antes, acompañó al Rey Santo Anfión en su solitario Castillo de Port Ofir... Y Moisés hacía correr los siglos como las perlas de un collar... Niño aún, había luchado con los purpurados sacerdotales que acercaban la copa de veneno a los labios de Antulio el filósofo, cuyas verdades les azotaban el rostro manchado de lascivia, de hipocresía, de engaño.

– ¡Maestro!... ¡Ungido de los dioses! –exclamó de pronto uno de los jóvenes Hierofantes que rodeaban a Moisés–. ¿Qué os pasa? Parecéis próximo a desmayar, pues os habéis tornado pálido y vuestros ojos están brillantes de lágrimas.

– ¡Nada..., no es nada! Son los recuerdos del pasado. Vivo a veces de los recuerdos..., que no siempre son una corona de rosas. Los recuerdos son también abrojos, espinos y a momentos son puñales que entran en el alma, como un estilete agudo en una fruta madura.

"¡Oh, amigos míos!... Sed piadosos con este Moisés que creéis un gigante de piedra. Pensad que tengo también un corazón de carne, un alma que quiere volar a cumbres lejanas y una ley más fuerte que él, le ata a la tierra, a las criaturas, al mundo. Y acaba por convencerse que sólo es un errante peregrino de la vida que

al frente de una gran caravana, deberá atravesar desiertos resecos abrasados de sol, y oírse insultar y maldecir por aquellos mismos que busca y quiere salvar.

El Capitán Asaf había visto con su lente la costa umbría de Bética, los altos cerros cresta blanca de Sierra Nevada, y había hecho desprender una chalupa que se adelantara con el anuncio de que llegaba la Soberana de Bética.

El crepúsculo ya cerraba sus cortinados de amatista y oro, y cien luminarias brillaban en la costa. Y dos horas después el *Princesa Real* anclaba y los viajeros descendían por la planchada de la embarcación entre una lluvia de flores, de aclamaciones, de clarinadas de triunfo y marchas de armoniosos acordes con que el país de la alegría, del buen amor, recibía a la gran mujer que hizo brillar el bien y la justicia en la vecina Mauritania y que lo haría asimismo en el país que la había elegido soberana. ¡Todo un pueblo en busca de una mujer! Thimetis lloraba de emoción y se entregaba sin defensa a los abrazos y besos de toda aquella multitud que la aclamaba. Y junto a ella, dos hombres semiocultos en las penumbras del anochecer y de las multitudes, se secaban también con disimulo el llanto: Arfasol de Bética y Fredek de Port Ofir. El primero veía en ella la que debió ser su hija..., la hija única de aquel amor que ni aún moriría con él. Y el segundo veía en ella, la mujer anhelada en su primera juventud, a la que jamás pudo ponerle sustituta, por la sencilla razón de que no había dos Thimetis en este mundo.

Dos pensamientos fijos le llevaban a Moisés al país de los claveles y de la franca alegría del buen amor: tomar la punta del hilo que condujo a Ánade de Askersa, el Osiris egipcio del país del Nilo, y comprobar si aún existían los Anacoretas Atlantes, fugitivos de la invasión de las aguas y que viejas Escrituras y tradiciones decían haberse refugiado en las grutas y cavernas naturales de Sierra Nevada.

Eran las dos poderosas razones que lo habían hecho abandonar por un tiempo, sus grandes tareas de preparar la jornada que él veía como una próxima realidad.

Arfasol de Bética y Fredek de Port Ofir, serían los instrumentos fieles y voluntarios que a tal fin se le habían brindado. El uno por ser nativo y dueño, digámoslo así, del campo a explorar; y el otro por estar fuertemente vinculado a esa secreta Fraternidad de Caballeros Iberianos, cuyos nobles fines y recta manera de obrar, acusaban grandes principios y un origen que acaso le llevaría hasta los Kobdas de la olvidada Civilización de Bohindra y Abel.

Antiguas Escrituras, de diversos orígenes, hablaban de un joven Kobda Rey a quien su ley le llevó hacia aquella tierra que tomó su nombre: Iberia. Y él se había nombrado Iber. Pero los siglos destructores, tanto y en tal alto grado como la ignorancia y la inconsciencia humana, habían borrado todo rastro, como igualmente sucedía con muchos otros grandes acontecimientos que un silencio de abismo sepultó en sus calladas tinieblas.

Y Moisés tenía la convicción de que una de las fases de su misión en la tierra era la de descubrir la Verdad, así ella estuviera escondida en el fondo del mar. Porque en el más secreto rincón de nuestro yo íntimo, la Ley Divina parece complacerse en dejarnos transparentar aunque sea el más mínimo resplandor de ese algo, poco o mucho, que el hombre tiene de ángel, chispa ardiente de Dios, aun revestido de la pesada carne que le arrastra al barrizal mientras en perezosa inercia se entumecen las alas que le fueron dadas para abarcar la inmensidad.

Y mientras a su madre la cubrían de flores, de homenajes de los cuales participaban alegremente las jóvenes damas de su Corte de Amor, Moisés apenas orientado en el nuevo camino de acción, y acompañado de Fredek y Arfasol, más los dos Hierofantes que su clarividencia le hizo descubrir como muy antiguos seguidores suyos: Godobaldo y Belmundo. Les había descubierto con otros ropajes externos e internos: Suadín y Athaulfo, mas, eran los mismos por dentro. Moisés lo había visto muy bien. El Eterno Ideal les había atado a él en un ayer muy lejano, pero él les sabía atados con ligaduras que jamás llegarían a romper.

Y los cinco se internaron un día, a poco de amanecer, por los vericuetos de la montaña y llevando el mismo pensamiento: encontrar, por lo menos, un rastro de aquel Iber de la prehistoria, que puso el cimiento de una civilización fraternal como la que fundaran los Kobdas en las bocas del Nilo y en las praderas del Éufrates.

Y cuando ya se acercaba el mediodía y nada habían encontrado, sentados los cinco alrededor de una gran piedra plana que les haría de mesa, Moisés se levantó de pronto como si un rayo hubiera caído a sus pies o la tierra se hubiera abierto para tragarlos, y pronunció, con voz de metal que hiere y hace temblar, un terrible juramento:

– ¡Juro por toda la majestad de los cielos que me dejaré morir en este laberinto de rocas, pero no saldré de aquí sin haber descubierto que las Escrituras no mienten, Ánade de Askersa tomó aquí la punta del hilo que le condujo al país del Nilo y algo hay aquí de los mártires del ideal!

Y tal como si este solemne juramento hubiera tenido fuerza de evocación vieron de pronto un Anciano anacoreta con un cantarillo de barro en la mano, que salía a recoger agua de la vertiente cristalina en que todos ellos habían bebido unos momentos antes, cuando llegaron allí, sedientos y cansados en el cuerpo y desesperanzados en el alma porque las montañas adustas y tercas, les mezquinaban el secreto que ellas escondían.

Moisés cayó de hinojos sobre las duras piedras y rompió a llorar como un niño. Era fuerte pero su sistema nervioso había llegado al máximum de tensión y no podía ya más.

La emoción de él se transmitió como por un cable a los cinco, hasta el punto de que el Anciano anacoreta les dijo:

–Yo esperaba desde tres días atrás que algo debía encontrar en esta montaña de mi retiro, pero nunca imaginé ver llorar así a tan gallardos y jóvenes visitantes. ¿Quiénes sois, y por qué habéis venido?

–Somos hombres buscadores de la Verdad, buen Anciano, y nuestras viejas Escrituras nos dicen que en esta montaña está escondida la diosa que buscamos. ¿La tenéis vos, cautiva acaso?

–Sí, amigos míos, porque ella es una diosa que se deja cautivar por aquellos que de verdad la aman.

Como le invitaron a compartir el almuerzo, el Anciano que no representaba más de cincuenta años, dejó tranquilamente su cantarillo sobre la piedra y se sentó como si aquellos cinco hombres fueran conocidos y amigos de muchos años.

–Llegué a esta montaña cuando tenía treinta y cinco años –comenzó a decir– y he conseguido habituarme a esta vida solitaria y sin más lucha que buscarme diariamente el alimento necesario. Transcurrido en soledad no absoluta, pues encontré aquí seis compañeros, de los cuales quedan aún dos muy ancianitos, a los que cuido con esmero por miedo a la soledad absoluta.

"En este tiempo –decía–, se ha destapado en mi interior un vaso que debí guardar muy cerrado, con un extracto de esencias muy particular. Leo sin saber cómo ni porqué en los pensamientos de los que se me acercan. No sé porque siento la necesidad de confiaros este gran secreto mío.

–Me alegra infinito vuestra confidencia –dijo acto seguido Moisés–. Haced el favor, buen amigo, de leer en el pensamiento mío y no tengáis ningún reparo en decir cuanto percibáis en él.

Se hizo un silencio profundo. Allí parecía no existir vestigio alguno de vida. Eran todos Hierofantes que sabían formar bóvedas de silencio con profundidades de abismo.

Y la voz serena del Anciano, como un mar en calma se dejó oír como un suave eco de la montaña misma, llena de gérmenes de imperceptible vida:

– ¡Pensáis en este momento si estará encarnado en mi materia, aquel joven soberano prehistórico que se llamó Iber y que por la Ley Divina fue gobernante de dos grandes países, Ethea y Nairi, nombre que la humanidad actual ha olvidado porque los siglos pasaron sobre ellos como el huracán sobre el desierto!

–Es verdad –dijo Moisés–. Y buscando tener certeza hemos venido estos cinco hombres que aquí veis.

–Mis compañeros y yo conocemos toda esa larga historia que arranca desde los vergeles encantados de Atlántida y termina en las riberas del Nilo. Tenemos nuestro Santuario oculto entre estas montañas, que fue levantado piedra sobre piedra hace siglos. Santuario Kobda Iberiano, es llamado, y conocido aquí y en la vecina Mauritania donde tenemos una Escuela de estudios esotéricos y casi militarizada, para defensa en casos de absoluta necesidad.

–Yo pertenezco a esa Escuela –dijo en alta voz Fredek–. Soy caballero Iberiano, natural de Mauritania, hijo de una esposa secundaria del Gran Sfaz, desaparecido hace pocos años.

–Ya lo sé, y todos vosotros estáis pensando si yo sabré que este caballero, más joven que todos vosotros, es Atón Moses, hijo de la Princesa Real de Egipto, y Ungido en esta hora por la Eterna Potencia, dueña de los Mundos, para dictar la Ley que marque el camino espiritual que Ella quiere, a este y todos los mundos de igual grado de evolución que la Tierra.

– ¡Tan apartado vivís del mundo y conocéis el pasado y el presente del mundo! –exclamó otro de los presentes.

–En efecto, amigos. El apartamento del mundo que todo lo ignora porque no le interesa saber, no significa ignorancia, ni descuido, ni inercia, sino muy al contrario. El apartamento del mundo significa estudio, consagración a ideales mucho más altos que este mundo que los ignora; significa suprema aspiración al conocimiento del Eterno Poder, de la Divina Energía, de la inextinguible Luz; significa, y no me tachéis de soberbio, significa poseer a Dios y ser poseído por Él en esa unión suprema y única, que bien podemos calificar de místico desposorio, de boda eterna con la Divinidad. Tal es el concepto con que aquí miramos el retiro y la soledad en nuestro Santuario Kobda Iberiano de Sierra Nevada.

"Contesto pues a vuestras preguntas mentales. Mi lejano pasado me dice que soy Iber de Urán, pero hoy no soy más que Laurencio de Arakova.

“Tal es toda mi historia.

Moisés y sus compañeros no salían de su asombro, oyendo aquella respuesta que contestaba fielmente a lo que todos ellos pensaban.

–Hemos sido guiados por un Arcángel de Luz –dijo Moisés–. Porque venir desde las bocas del Nilo atravesando el mar de extremo a extremo en busca de aquel Iber prehistórico, y encontrarnos frente a frente a él, entre las rocas mudas de Sierra Nevada..., es casi un milagro, si el milagro pudiera existir entre las insoñadas grandezas de la Majestad Divina del Eterno Invisible.

–La Majestad Divina –dijo el anacoreta–, jamás ha necesitado del milagro para manifestar sus poderes que aparecen latentes y vivos en todo cuanto nos rodea. Más aún, en nuestra propia vida de larvas arrastrándonos por las húmedas rocas, encontramos prodigios del poder y bondad divina, de su soberano amor que todo lo envuelve en sus perfumes de cielo, de su luz que nunca se apaga.

“Pero no debo alterar vuestras costumbres. Estabais por comer que ya es pasado el mediodía. Hacedlo mientras yo recojo los huevos de mis gallinetas, y ordeño la leche de nuestras cabras.

–Comed con nosotros, os ruego –dijo Moisés–, y os acompañaremos a hacer la recolección que decís.

–Gracias, amigos, pero mis dos ancianitos esperan su alimento...

–Vamos junto a ellos –dijeron todos, recogiendo rápidamente lo que se veía extendido sobre la gran piedra plana, dispuesta como una mesa.

Y el lector, ya lo imagino, que recoge también mentalmente su equipo, de curioso interés de saber y sigue al anacoreta por el ignorado vericueto, donde se internó seguido de sus visitantes.

Una vuelta a la derecha de un cerro cortado a pico, otra vuelta a la izquierda costeando el arroyuelo que provenía de la vertiente y estaban ante la fachada gris oscura como la montaña, de lo que Laurencio había llamado Santuario Kobda Iberiano de Sierra Nevada.

Dos blancos ancianos que parecían los personajes de un lienzo pintado al óleo en una muralla, fue lo que percibieron al entrar, a lo que podríamos llamar pórtico de aquel antiquísimo Templo, excavado en gran parte en la montaña misma.

Sin saber por qué, sintieron todos, la necesidad de arrodillarse ante ellos, que por sus muchos años no podían recibirles de pie.

Fredek, Godobaldo y Belmundo no podían contener el llanto, y lágrimas silenciosas corrían por la faz macilenta y pálida.

La mente recordaba. El corazón recordaba también. Desaparecían los siglos ante la fuerza poderosa del recuerdo tan intensamente evocado, y el Kobda Héberi de la hora inolvidable de Abel y de Bohindra, el Archivero Suri, el Pangrave Aldis, surgían como visiones en las tinieblas del pasado, ante la mirada plena de amor y de bienvenida que aparecía en aquellos rostros venerables.

¡Eran ellos mismos!... ¡La mente los reconocía! ¡El corazón los recordaba en ese instante de iluminación Divina!

Cuando el Eterno Poder entreabre su libro de hojas de plata con jeroglíficos de estrellas, las almas fieles se encuentran, se reconocen, se abrazan y vuelven a amarse como si los siglos y las edades fueran borrados por un pincel mago, para quedar solamente el hoy, resplandeciente y vivo como un sol en el cenit.

¡Visión del pasado, vértigo del recuerdo, intensidad de anhelos que no son de la Tierra, claridad de vida espiritual incomprendida por los amigos del oro y del deseo, del interés y el cálculo!

¿Cómo puede comprender la humana criatura enloquecida por todas las formas del placer, de la inconsciencia, de la ignorancia y el pesimismo negativo?... ¿Cómo puede comprender y leer lo que dicen las flores al confundir sus perfumes, y las nubes al enredar sus celajes, y los besos de luz de las estrellas, y la eterna armonía de amor de las esferas?...

Dejo al lector meditar largamente en lo que debió sentir Moisés, clarividente genial, y los que le acompañaban, en aquel encuentro sublime de los que se habían amado ante el altar augusto de la Verdad buscada y soñada, muchos siglos hacía, y la sencilla realidad hecha vida nueva entre el laberinto de rocas de Sierra Nevada, testigo mudo de lo que hizo y fue un día ya perdido en la noche de los tiempos, la gran Civilización Kobda florecida como un rosal milagroso en tres Continentes.

= 71 =
EL SANTUARIO DE SIERRA NEVADA

Era seguramente el más austero, el más desnudo de todo lo innecesario, el más áspero y el que menos hablara a los sentidos de complacencia y de suavidades.

Todo, rocas grises y heladas. Rocas ásperas e hirientes, cuyo roce lastimaba las manos y asustaba a la vista, haciendo pensar de inmediato en lo dura y amarga que debía ser la vida bajo aquellas techumbres, donde ni un musgo verde suavizaba aquellas negruras de sepulcro.

Recorrer con la mirada todo aquello y volver los ojos azorados a los tres personajes vivos que encontraron, fue la primera manifestación externa de los recién llegados.

–Os asusta la aspereza de nuestro Santuario –dijo uno de los Ancianos, mientras el otro daba a su apacible sonrisa la seguridad de encontrar muy razonable y lógico el estupor de los visitantes.

–Naturalmente –agregó–, todos ellos vivirán acaso en palacios suntuosos o por lo menos en habitaciones construidas por hombres, dispuestos a dar satisfacciones justas a sus semejantes, ansiosos de pasar la vida lo mejor posible. Mientras aquí, nadie ha cuidado esos detalles, ajenos por completo a los móviles que trajeron aquí a los primeros que vinieron, hará por lo menos cinco o seis mil años.

–Conoceréis acaso esas viejas historias –dijo Moisés–, que nosotros los hombres de los palacios y los suntuosos templos andamos buscando con tanta ansiedad.

–Aquí es verdad que nadie ha cuidado de las decoraciones externas, y sí sólo de adornar de oro y pedrería fina esa divina novia que todos tenemos en nuestro camarín secreto: el alma, cofre de luz donde la mente trabaja noche y día.

"Si sois los que sois, todo esto lo sabéis como la primer estrella que nos trae la noche y la última que brilla cuando llega el sol.

–Es así, buen Anciano, como lo pinta vuestra hermosa figura –volvió a decir Moisés, único que parecía tener el valor de hablar bajo aquellas bóvedas de piedra, de silencio absoluto, y de plena certeza de que allí no tenía cabida ni el más leve aliento del mundo de donde venían.

Laurencio de Arakova, el más joven de los tres habitantes del

Santuario, indicó a los visitantes un estrado de piedra, adosado al murallón de roca que en forma circular constituía el pórtico.

–Algo de frescura y suavidad tenemos –dijo tomando un jarrón de arcilla, cuyo contenido vació en pequeños recipientes de igual material y ofreció a los viajeros–.

"Nuestro vino de uvas silvestres y miel de las abejas de las rocas. –Y fue dándoles de beber a todos ellos que en efecto lo necesitaban.

–Más que nuestro insípido vino –dijo uno de los dos Ancianos–, estos hermanos desearán conocer lo que hacemos entre estos laberintos de rocas, estos tres hombres que hemos quedado de los cincuenta que hubo un día, cuando yo no tenía nieve en la cabeza.

–Habéis acertado, pues por vuestra sabiduría es que venimos y no por bellezas materiales –volvió a decir Moisés.

–Laurencio es el Archivero –dijo el otro Anciano–. Ya no podemos tener aquí un Consejo de Gobierno por falta de personas que deban ser guiadas o gobernadas. Aquí como veis no hay más que dos viejos que pasamos de los ochenta años y Laurencio que ha pasado ya el medio siglo.

"Lo único de que somos muy ricos es de Escrituras viejísimas, mucho más viejas que nosotros porque las hay de la Lemuria de Juno y de Numú; de la Atlántida de Anfión y de Antulio; de la Sumeria de Jonás; del Nilo y del Éufrates de Abel y de Bohindra; del Decán en que floreció el amor y la paz de Krishna.

– ¡Esa!... ¡Esa es el agua divina que venimos buscando! –exclamó Moisés como en un delirio–. ¿Tenéis algo de comunicación con el mundo exterior? –volvió a preguntar.

–Por medios físicos, ninguna, absolutamente. Por conducto espiritual, sí que los tenemos en abundancia, por lo menos lo necesario para saber que se gestaba allá en las orillas del Nilo y en los desiertos cercanos al Sinaí un gran movimiento espiritual, dirigido y llevado a cabo por el Ungido Divino que tomó nueva materia física para una nueva inmolación redentora.

– ¡Señor!..., –dijo el Anciano con fervor de honda plegaria mirando a Moisés con sus ojos inundados de llanto y de amor–. Si creéis que somos merecedores de formar filas en vuestro gigantesco plan de evolución humana en la hora presente, no tengáis en cuenta nuestros ochenta años y sumadnos a vuestras legiones de hombres dispuestos a morir por un ideal.

Moisés no pudo contenerse y de un paso llegó hasta el Anciano y se abrazó de él.

– ¡Walker de Atropatene! –exclamó–, ¡que abristeis un día el cielo para que Abel de veinte años vislumbrara el esplendor de Dios!... Ninguna gloria será más grande que ésta de tenerte al alcance de mis brazos y al calor de mi corazón.

El otro Anciano, secaba sus lágrimas mientras tendía sus manos y rozaba con ellas la cabeza y los hombros de Moisés:

–Mi Abel..., mi Abelito de doce años. ¿Dónde perdiste la túnica que mis viejas manos te vistieron al despedirme entonces de la vida física en busca de otra mejor?...

– ¡Senio! –exclamaron todos los Hierofantes presentes, pues todos sabían que el Kobda Senio fue quien vistió a Abel, la primera túnica azul de los Kobdas prehistóricos.

¡Oh, los recuerdos más fuertes que los siglos, y más vivos que los rayos del sol!... ¡Mueren cien, mil veces los cuerpos arrastrando al sepulcro bellezas angélicas, esculturales formas que envidiarían las diosas de un pasado efímero y fugaz, pero el recuerdo vive tanto como la Psiquis Divina hija de Dios, que quiso hacerla dueña de toda su eternidad!

Fue para Moisés el austero y áspero Santuario de Sierra Nevada como el marco de hierro y diamante que quiso poner la Divina Ley a la segunda parte, digámoslo así, de su Apocalipsis comenzado en el desierto peñascoso de Madián, en otro Santuario roqueño allá en Pozo Durba junto al Patriarca Jetro.

¿Qué conoció y supo el genial vidente de los esplendores del Sinaí en la noche primera que pasó junto a tres Kobdas prehistóricos, Senio, Iber y Walker de Atropatene, el iluminado Archivero del Mar Caspio que hizo entrever a Abel como un anticipo de lo que Moisés vería y comprendería en Sinaí?

Tratemos de verlo y comprenderlo, amigo lector, en este apagado y opaco relato extraterrestre, que puedo hacer con la colaboración de tu anhelo a mi ya probada voluntad de decir la verdad percibida y sentida.

Los cinco visitantes más los tres moradores del Santuario sentados en el pequeño recinto de oración en cómodos sillones de madera y juncos, iniciaron la meditación como lo hacían los Kobdas de Neghadá, los Dakthylos del Ática, los Flámenes de las Torres del Silencio y los Anacoretas de la Montaña Santa.

Las normas y leyes usadas por los desposados del Divino Ideal, son siempre las mismas, y ni aún los Mesías más excelsos han podido ni pretendido cambiarlas: el amor y la fe tienen atracciones de abismo, y es de amor y de fe que está formada la divina corriente, que pone en comunicación íntima y directa a Dios con su criatura terrestre.

¿Quién desconoce la poderosa atracción del amor, sea humano o divino?

¿Qué idealista verdadero no ha sentido esa misteriosa fuerza llamada Providencia, que vive y palpita con el ritmo de millares de vidas puestas en contacto con el que está convencido de su misteriosa existencia, como una lámpara gigantesca que invisiblemente va llenando la vida con resplandores de cielo?

Es, pues, mi relato, para los que conocen y perciben esa fuerza divina, que nos levanta a momentos de la tierra que hollan nuestros pies para introducirnos sigilosamente en ese otro mundo o plano, donde el alma entra convencida, plenamente, de que allí es esperada para un consorcio divino, más íntimo y real que todo sentimiento humano que haya podido percibir en el transcurso de su vida.

Y eran llegados a estas intensidades, que aquellos ocho hombres esperaban en silencio y quietud absoluta, el anhelado acercamiento, la llegada, la posesión que la Eterna Ley concede al ser humano encarnado si quiere de verdad recibirla.

Dicho ya todo esto, creo que tengo a mi lector en las condiciones necesarias para comprender la segunda parte del Apocalipsis de Moisés. Todos le reconocían como el Ungido Divino para las grandes realizaciones de esa hora solemne. Y si la Ley había propiciado y concedido aquellos sublimes encuentros de almas a través de largas edades, no sería para luego dejarlos desvanecerse como un sueño fugaz, sin prolongaciones ni consecuencias, ni efectos de ninguna especie.

Si hemos de encontrar razonable, y justísima lógica en alguna parte, es seguramente entre las relaciones excelsas del alma humana con el Padre, Amor Supremo.

Y Moisés vio y todos vieron como en un grandioso panorama de luz y de sombras, de tragedias dolorosas y de éxtasis radiantes, que si esa jornada se llenaba debidamente conforme a la Idea Divina, la Apoteosis final no estaba lejana, el glorioso término, la sublime coronación de toda una vida aparecía como el resplandor opalino de un amanecer eterno. El triunfo final del Mesías terrestre luego de un paréntesis de luminosa paz, allá en Benarés a orillas del Ganges, en pleno Decán.

El blanco lirio de Jericó, allá en las praderas del Río Hondo que serpenteaba como una cinta de plata entre su lecho de rocas, aparecía esbozado por un pincel mago en la negra muralla del Santuario roqueño de Sierra Nevada.

En aquel áspero Templo de desnudas rocas tuvo Moisés la visión

sublime de un futuro de gloria y de amor. La Apoteosis triunfal de Yhasua de Nazareth entrando a su Séptimo Cielo de las Arpas Vivas, los Querubes que marcan rumbos y orientaciones a los mundos de todo este Universo visible desde la Tierra.

Y otra vez los ocho clarividentes escucharon extáticos aquel cantar divino de las Legiones Angélicas:

"¡Agnus Dei! ¡Agnus Dei! Cordero de Dios que lavas los pecados del mundo".

¿Cuántos siglos debían transcurrir para que aquella magnífica visión se hiciera realidad?... Ninguno podía precisarlo, pero todos estaban ciertos de que llegaría y acaso de que todos ellos serían de nuevo testigos oculares de aquellos acontecimientos.

¡Cuán generosa es la Eterna Ley con todos los que se colocan bajo su amparo y protección! ¡Se da entera! ¡Se desborda como un suavísimo manantial que no sólo satisface nuestra sed infinita de conocimiento sino que lava también nuestra vestidura, que a veces se mancha de lodo en las andanzas de los caminos inciertos!...

Moisés comprendió que toda la grandeza de la Divina Majestad se iba a desbordar sobre él. La sentía llegar en la sutil sensibilidad que se había despertado en él en los últimos diez años. Y su alma fiel a la amistad y al amor que ardían en él como vívidas llamaradas clamó al Eterno Poder que recogió presuroso su altruista y amoroso clamor:

–"¡Señor! ¡Infinito en tu Poder Soberano y en la excelsa Majestad de tu Amor! ¡Que tu bondad no sea para mí sólo sino compartida con estos fieles amigos que me rodean!"

¡Y fue como él lo pidió! Porque el Poder Eterno, la Divina Claridad, se hace más perceptible, más luminosa la luz, más sublime el consorcio con el Infinito, cuanto es mayor la generosidad del alma, sobre la que se vacía como un frasco de esencias que se esparcen en el ambiente y son percibidas por todos los que están presentes.

Y el grandioso Apocalipsis de Sierra Nevada fue derramado como un perfume divino sobre los ocho seres que se habían entregado a honda meditación.

Todos ellos se vieron a sí mismos en un futuro de luz, siguiendo fieles a quien les había elegido como discípulos y amigos.

Y todos ellos escucharon que el dulce ruiseñor de las praderas del Jordán, les decía desde la proa de un barco de nácar con velas de gasa azul:

–"Vosotros sois míos y no del mundo. ¡Me pertenecéis desde largas edades! Y porque sois míos y no del mundo, recoged, os

ruego, estos narcisos que son estrellas recogidas por mí para vosotros en los jardines eternos de nuestro Padre Amor".

Y lo estupendo y divino que muy pocos ojos humanos en la carne lo han visto, tuvo lugar allí, en aquella oscura caverna de rocas de Sierra Nevada.

El cuerpo carnal de Moisés semitendido en su sillón de madera y junco, semejaba un cuerpo muerto, mientras su doble astral en posesión de su Ego, resplandecía de luz allá en la negra muralla frontal donde vivía el panorama que se esbozó desde el principio de la evocación.

Y en tal estado espiritual sublime hasta llegar a lo divino, habló breves palabras con cada uno en particular y en la determinada situación en que se realizó en el futuro.

A Walker de Atropatene le repitió las frases que Yhasua de Nazareth dijo a Yhosuelín, su hermano, despidiéndole al morir: *"Vete, hermano querido de mi alma, a poseer el amor que has conquistado para siempre".*

A Iber en quien la aparición divina veía a Pedro, la piedra fundamental de su postrera Escuela de Salvación, le repitió el inolvidable interrogante que hacía llorar al viejo compañero: *"¡Pedro!..., ¿me amas tú más que los otros?"* Y el Anacoreta a quien dirigía la aparición tal pregunta se desdobló en trance profundo, para contestarle sollozando: *"¡Sí, señor! ¡Tú sabes que te amo sobre todas las cosas de la Tierra!"*

¡Faltaban aún seis!... Ninguno sentía pasar el tiempo. Ninguno se sentía viviendo en la carne mortal de míseros cuerpos humanos. Seguían cayendo narcisos como estrellas para todos los que rodeaban al Ungido. Él lo había pedido así, y así lo concedía la Ley.

Al Anciano anacoreta que era la reencarnación del Kobda Senio, le tomó ambas manos mientras le decía: *"Ahora seré yo quien te vista la túnica de luz de mis desposados eternos".*

Al Hierofante en que estaba reencarnado el Kobda Archivero Suri le dijo con la misma naturalidad de un amigo a otro: *"Josías, encárgate de avisar a los obreros de Betlehem que el molino está listo para trabajar".* Era alusión al momento aquel en que la Ley concedió al Verbo encarnado, la posibilidad de evitar el hambre y la miseria en una vasta comarca de la Palestina futura.

Al Hierofante que era la reencarnación de Athaulfo de Theos-Kandia, la aparición divina le vio como Lucanus, Archivero Esenio y lector del Santuario del Tabor, hogar espiritual del Ungido y pleno de amor comprensivo, le dijo: *"Otra vez dejas el mundo que es lodo y a la carne que perece, y bebes del agua*

dulce que yo acerco a tus labios y derramo en tu corazón para siempre".

El príncipe Fredek de Port Ofir había adquirido, junto a Thimetis y Moisés, la convicción de ser la reencarnación de un Kobda prehistórico de nombre Héberi, amigo y compañero de los años postreros de Aldis y de Adamú, a quien acompañó en sus investigaciones arqueológicas de los viejos Templos y monumentos en los valles del Nilo.

Le dijo cuando le llegó el turno: *"La ley no te hizo acompañarme en la hora de mi último sacrificio, pero sí en este duro y cruel porque le doblará en los años. Heredero de mis rebeldías contra la mentira y los despotismos, te coronan las glorias del martirio y del amor".*

Faltaba el príncipe Arfasol de Bética, que miraba como en éxtasis la aparición divina, sumergido en una contemplación extraterrestre.

Los radiantes brazos de luz se tendieron hacia él y por fin se cerraron como un anillo radiante alrededor de aquella cabeza de carne sacudida por los sollozos. *"¡Faqui!... ¡Faqui!...* –exclamó–. *¡Mi cadalso de mártir pesa mucho y tú cargas con él!..."*

El coro de llantos que resonaron demasiado alto en la oscura caverna-templo, cortó la visión rápidamente y quedó todo sumido en densas tinieblas.

El sollozante llorar continuó por largo rato, hasta que la ola suave de la paz que sigue a la Divina Presencia, fue apagándolo lentamente.

Pasado este momento, no pensaron más los visitantes de Sierra Nevada que clausurar debidamente el sagrado recinto, donde todos ellos habían sido tan magníficamente compensados de todos sus sacrificios; recoger todas las Escrituras que los anacoretas habían acumulado entre las oquedades de la montaña y cruzar el brazo del mar que les separaba de Mauritania, para que subieran a bordo los compañeros de ideales de Fredek de Port Ofir.

Toda aquella legión de valientes idealistas que habían colaborado con Thimetis Regente de Mauritania, en todas las obras de justicia realizadas por ella, no podían quedar sin parte en el gran festín de gloria, de amor y de sacrificios que preparaba su hijo, arrastrando en pos de sí todo el polvo de dolor y humillación de la calle unido al oro purísimo de las almas iluminadas en las criptas de los Templos de Sabiduría del Egipto educador de pueblos.

Dejaron enclavado un monolito frente al Santuario clausurado con grandes piedras; el oculto Santuario que muchos siglos

después, sirviera de refugio salvador, a Fredek de Port Ofir y sus caballeros Iberianos, cuando en la personalidad del valeroso asturiano llamado Don Pelayo, primer soberano de la Iberia libre, luchaba contra las huestes sarracenas que se habían apoderado de todo el sur de la península Ibérica.

En aquel monolito quedaron grabados en jeroglíficos de los que usaban en los viejos Templos, los nombres de los que fueron sus visitantes en la época de Moisés. El Soberano Pelayo hizo sacar copias de aquellos misteriosos grabados, que aquellos caballeros profundamente religiosos creyeron un deber entregarlos a la custodia eclesiástica del siglo VIII, las que no pudiendo en modo alguno descifrarlos, acaso los relegarían a esos archivos, sepulcros de ideas geniales del pasado, que las mentes de los tiempos modernos, no encuentran merecedores de la más leve atención.

Ya era comenzada entonces la hora de las tinieblas que se iniciaron en el siglo IV de nuestra era, o sea cuando ya se había perdido la resonancia de los amorosos cantos del ruiseñor divino asentado en los cedros de la Palestina, y el rumor de los pasos silenciosos de sus doce Apóstoles y de los discípulos de ellos que no fueron escasos de comprensión y sabiduría divina. Ya no estaba en este mundo ni Agustín de Hipona, ni Jerónimo de Estridon, ni Basilio de Capadocia, ni Blas de Sebaste, ni Clemente de Alejandría, ni Ambrosio de Milán.

El Cristo Divino era uno solo, una sola su doctrina, uno solo el sendero marcado por Él y uno solo y único el Dios Padre Amor de todas las razas, de todas las criaturas humanas, chispas de luz nacidas de su amor soberano; pero las opiniones y modos de ver de doctos de ese tiempo se habían dividido en muchas fracciones, como muchas eran las circunstancias y conveniencias que las formaron.

Hora de tinieblas, de feroces egoísmos, de crueles separaciones, de triunfo sangriento, criminal y sin gloria de lo tuyo y lo mío, causa única de todos los dolores, decadencias y ruinas que ha soportado la humanidad terrestre.

En tan oscuras tinieblas, ¿quién podía entrever el más leve reflejo de las divinas claridades que iluminaron las mentes y las cavernas de roca del humilde Santuario Kobda Iberiano de Sierra Nevada?...

= 72 =
LOS CABALLEROS IBERIANOS

Eran una legión escogida. Eran los últimos descendientes de aquella raza noble de hombres de bien, amantes del deber y la justicia, capaces de comprender, amar y seguir un ideal que estuviera más alto que todas las mezquindades humanas. Eran pues, para decirlo todo, los postreros retoños de los Toltecas atlantes entre los que se hallaban reunidos espíritus escogidos y destacados en cuatro encarnaciones del Cristo, Ungido del Eterno Poder para la evolución de la humanidad terrestre. Había entre ellos discípulos de Anfión, de Antulio, de Abel y de Krishna.

El lector preguntará quizá: ¿Cómo se había realizado tan inteligente y sabia combinación?

Ese era el prodigio estupendo realizado en silencio, sin alardes y sin clarinadas de los ignorados anacoretas, maestros de almas, educadores de pueblos, que se llamaron Anacoretas Koptos Iberianos de Sierra Nevada.

En tiempo de prosperidad habían llegado hasta setenta, pero la ruin y mezquina incomprensión humana les había puesto tantas barreras en su camino de luz, de amor y de sabiduría, que a la llegada de Moisés sólo encontró tres, los tres últimos que la bondad y amor divinos conservaba como preciosas raíces de un árbol secular; los Kobdas de la prehistoria cuyo talento y elevado sentir les hizo capaces de civilizar durante mil trescientos años, a la humanidad de tres continentes.

El lector se podrá dar una leve idea de lo que fue para ellos la presencia del *Princesa Real* en el puerto Fasol de Mauritania, con Thimetis y Moisés a bordo, más los tres últimos maestros que desde la opuesta orilla les habían formado, educado y vigilado con verdadero amor paternal.

Como lo hicieron los Flámenes desde las Torres del Silencio de Bombay, y los Dakthylos en el Ática, y los Kobdas a todo lo largo del Nilo, desde Sais, On y Menfis hasta Akasún y Nadaber, en el país de Kush o Etiopía, lo habían hecho los Kobdas Iberianos desde el oculto Santuario de rocas de Sierra Nevada, manteniendo encendida la lámpara de la Verdad en la península Ibérica y en Mauritania, únicos territorios salvados de la invasión de las aguas que acabaron con el inmenso castillo de egoísmo y de soberbia

de los Aztecas, más destructores en verdad que las olas inmensas que hundieron el Continente.

La Legión de Caballeros Iberianos tenían como base de sus estudios y estrella polar de su carrera idealista, el voluminoso libro de las "Escrituras Mesiánicas" como ellos llamaban a todo lo que se conservaba escrito de las seis encarnaciones del Mesías terrestre, que habían transcurrido entre las rudas asperezas del deber cumplido y las glorias del amor hasta el sacrificio.

"El deber cumplido". "El amor llevado hasta el sacrificio".

Estos dos inmensos pensamientos formaban otro volumen aparte, compuesto con todos los relatos que los discípulos de Krishna habían formado pacientemente, en la soledad sepulcral de sus Torres del Silencio, a donde se vieron relegados los últimos herederos de los sublimes ideales del Príncipe de la Paz, que la hizo florecer treinta años entre los bosques y praderas del vasto Decán.

La última corona de gloria que ostenta con justa satisfacción la Legión de Caballeros Iberianos, era el haber sido los más asiduos colaboradores que tuvo la Princesa Real de Egipto, para ejercer tan noblemente su regencia en Mauritania.

Aquella amada porción de tierra Atlante hubiera caído en la más desastrosa anarquía a la muerte de sus legítimos gobernantes, si no hubiera sido por la oportuna intervención de Thimetis, buscada y conseguida por los Iberianos, inducidos por sus maestros los Anacoretas de Sierra Nevada.

La península Ibérica, había sido ya educada en las justas normas de la verdad y del bien por Iber y los Kobdas de Neghadá que le acompañaron en la jornada, cuando Aldis y Adamú partieron al plano espiritual y Amani fue el último Pharahome, mártir pero no vencido de los que quisieron hacer de la Fraternidad Kobda, una Institución civil de poder y de fuerza para subyugar a los pueblos y ensanchar sus posesiones por la conquista armada.

El Pharahome fiel a la ley y al ideal de fraternidad humana impuesta por ella, con los que quisieron seguirle se refugiaron en Sierra Nevada donde existían Solitarios que siguiendo las obras de justicia y de amor establecidas por su primer civilizador, Iber de Ur Bau, morían y reencarnaban en el mismo lugar tal como lo hacían los Dakthylos, y todos los verdaderos amantes de aquel Ideal Divino.

La hora tremenda de la decadencia que llega ineludiblemente para todo lo que es humano, había llegado también para la gran Fraternidad Kobda de la prehistoria, y tanto en Egipto como en el país de Kush, en la Mesopotamia y en Etiopía, se vio perseguida a muerte por esa ola destructora que de tanto en tanto pasa por

la faz de la tierra, como un huracán de fuego reduciéndolo todo a polvo y ceniza.

Hordas iracundas, crueles y malvadas, verdaderas fieras humanas, tribus salvajes, surgidas de distintos puntos y parajes de la tierra lo habían invadido todo, adueñándose por el robo, el pillaje, el incendio, y la muerte de cuanto existía de bien sobre la tierra. Y entonces, nuestra mente sumergida en pavorosa meditación, ve con aterradora claridad las falanges celestiales, agentes de la Eterna Justicia que dicen en hondos clamores: "Paso a la Justicia Divina; ¡Oh!, vosotros, desventurados seres que no quisisteis escuchar la voz del amor que cantaba salmos de paz y de bondad, de alegría y de vida".

Tal es la Eterna Ley, lector, que me sigues con devota fidelidad en mis relatos extraterrestres.

Tal espantoso estado de decadencia moral, espiritual y aún social, a veces perdura dos a tres siglos; a veces llega al milenio, lo bastante para que desaparezcan de la faz de la tierra todos o casi todos los seres que no quisieron ver la Luz Divina, ni escuchar los cantos del amor inmortal.

Y cuando todo fue reducido a polvo y ceniza, y sobre los escombros y ruinas de grandes civilizaciones crece el musgo y lo cubre la maleza o la hiedra protectora, comienza a aparecer de nuevo algún retoño que quedó olvidado y perdido, y como el Fénix de la leyenda, resurge la vida hasta de las heladas rocas de montañas áridas o de las criptas silenciosas de los Templos abandonados.

Esta es la vieja historia de todos los tiempos. Así lo contemplamos en recogido silencio los Archiveros de la Luz Eterna, y así quiero que lo contempléis vosotros, pequeño núcleo de la Fraternidad de Cristo que aún perdura, escondida entre los riachos y las selvas de un Delta Americano como los Anacoretas de Sierra Nevada, y los de la Montaña de Akasún, y los del Monte Hor, Monte Nebo y Monte Sinaí.

Son los mismos enamorados amigos del Cristo Ungido de Dios, los Misioneros de las decadencias, los mártires de las horas postreras, esas que están tejidas de tinieblas, de tempestades del exterior, y bravas tormentas individuales en el profundo piélago del alma humana que experimenta las crisis duras de todas las decadencias.

La Legión de Caballeros Iberianos estaba formada de siete centenares de individuos, que correspondían cada centena a cada uno de los siete Arcángeles Guardianes y protectores de todo cuanto incumbe a la Fraternidad de Cristo, implantada en esta Tierra.

Tal es el origen de los Setenta Ancianos de Moisés, o sea uno al frente de cada década; igualmente que las setenta columnas de los antiguos Templos de Egipto, cuyo origen llega a los primeros fugitivos que llegaron de Atlántida y que eran prolongación de los Toltecas de aquel Continente.

Al correr de los siglos se fue dejando en olvido este número sagrado, que tan riguroso fue en los pasados siglos, hasta el punto de que fue necesario crear una pequeña Legión de aspirantes que esperaban a veces dos a tres años a que fuera desocupada una plaza en la Legión a la que deseaban pertenecer.

Los Esenios, prolongación y huella luminosa de Moisés, también conservaron el número de setenta, y el Cristo mismo en la época de Yhasua de Nazareth, tuvo a más de los doce íntimos, una pequeña porción de Setenta Discípulos, entre los cuales se encontraban los siete Diáconos auxiliares que eligió Pedro para colaboradores de sus tareas apostólicas.

Creo muy oportuno mencionar aquí los nombres con que en el plano correspondiente son designados los Siete Arcángeles elegidos por el Cristo Ungido Divino, para mensajeros suyos y colaboradores íntimos en unión con sus seguidores encarnados en el plano físico:

I Ariel – (Jerarca–Archivero)
II Gabriel – (Anuncios)
III Rafael – (Orientación Familiar)
IV Daniel – (Orientación Psíquica)
V Samuel – (Guía de la Meditación)
VI Miguel – (Espada de Justicia y Protección)
VII Ezequiel – (Armonías y Clarividencias)

El ya mencionado muchas veces Candelabro de Setenta Cirios en los grandes Templos, y el más modesto de Siete Cirios para los altares hogareños o pequeños recintos de oración, son también un rastro de aquel antiquísimo Legado Espiritual o Psíquico de que me he permitido hacer mención.

"Como es arriba es abajo", dice el antiguo axioma de los Iniciados, y también en los Cielos Superiores se guardan y establecen órdenes que allí no se olvidan, ni se cambian jamás.

* * *

La Legión de Caballeros Iberianos constaba pues de setecientos Caballeros, de los cuales, resolvieron partir en seguimiento de

Moisés quinientos, y quedar los doscientos de más edad en Mauritania para realizar las funciones de gobierno y orden, hasta la mayor edad del heredero del Gran Sfaz desaparecido.

De los quinientos que llevaba Moisés, tomaría de los más adelantados en la Escuela del Templo de On.

Y los doscientos que permanecerían en Mauritania podían conceder entrada a la Legión de Aspirantes que era, a veces, muy numerosa, para llegar a los Setecientos de Ley.

Ordenadas así todas las cosas se pensó en el regreso, y el Gobierno Mauritano cedió uno de sus mejores barcos, *La Regente*, para conducir a tantos pasajeros.

Se habían aumentado en número los que viajarían en el *Princesa Real,* con la fundación que hizo en Iberia y aumentó en Mauritania, la Princesa Thimetis; o sea la creación de una Legión llamada *Damas Iberianas*. Se completaría en Egipto con la admisión en ella de todas las mujeres más adelantadas en la Escuela del Templo de On.

Volvía Moisés a la tierra natal con valiosísimos elementos auxiliares para su magna empresa futura.

= 73 =
LA REINA ESPOSA DE RAMSÉS II

No tenía yo olvidada en mi papel de historiador celestial a la gran mujer que la Ley había puesto al lado de Faraón Ramsés II. Pero todo tiene su hora de aparecer en escena, tal como en un buen drama aparecen los actores a su debido tiempo. Y los seres humanos somos todos actores del gran drama de la vida y evolución de los pueblos todos que formaron en el pasado, en el presente y formarán en el futuro, el estupendo drama del pasaje de la humanidad por este escenario de millones de siglos: el Planeta Tierra.

Y así, aquella gentil Princesita Dami que aún no tenía veinte años cuando la vimos salir de Siria, su país, conducida por Osarsip, Superintendente Virrey de Egipto para desposarse con Ramsés II, se nos presenta ahora de veintinueve años, como la Reina Nefertiti III de Egipto, madre de tres niños, dos varones y una mujer, a los cuales ha consagrado en absoluto los diez años largos que han transcurrido.

Cuando llegó a orillas del Nilo tuvo que llorar lágrimas muy amargas por varias razones: primero debió luchar con su propio

corazón que, como recordará el lector, se había prendado de la belleza varonil de Moisés, y más aún de sus cualidades morales que tan vivas aparecían a su vista.

La segunda razón de su pena era el estado espiritual en que se encontraba Amenhepat, o sea Ramsés II obsesionado por unos celos rabiosos que lo hizo injusto con su esposa, injusto con Moisés, e injusto también con su grande y noble hermana Thimetis, que había tenido siempre amor de madre para él.

El primer hijito nació entre la amarga tristeza de la madre enclaustrada en su palacio de Tebas, y trajo el niño que un día sería Ramsés III, el carácter taciturno y melancólico propio del ambiente que lo recibió al aparecer en la vida. Y su padre quiso llamarlo con el nombre que él dejó al coronarse como Faraón, o sea Amenhepat, para no hacerlo tan largo lo llamaban en familia Amene.

Moisés, que presentía las tristezas de la Princesa Dami, o Reina Nefertiti, desde su retiro de Madián, la evocaba con su poderoso pensamiento, y con él consolaba y fortalecía, prometiéndole la transformación de su esposo el Faraón, en el hombre que debía ser como esposo de tan excelente mujer, madre de sus hijos.

Y ella asustada de sí misma por soñar frecuentemente con aquel gentil y bello Osarsip de su viaje de novia, trataba de pasar las noches en vela, sin querer dormir para no soñar. Hasta que un día el Faraón, que ya habíase libertado de la fatal influencia materna que tantas injusticias le hizo cometer, en íntima confidencia con ella, le dijo así:

– ¿Qué te ocurre, mi Néferi, que no duermes y veo que vas adelgazando y palideciendo a paso doble?

–Si no vas a disgustarte, te lo diré –le contestaba ella, durmiendo en su regazo a la niñita de pocos meses, a quien llamaron Am Isis.

–No me disgusto, Néferi. Habla.

–Me ocurre desde que estoy a tu lado algo que me ha hecho mucho padecer: te veía a ti a momentos como esos monstruos negros y feos que llaman genios del mal, y siempre lleno de odio contra todo y hasta en contra mía que jamás te ofendí en nada. Todo esto en el sueño.

"¿Y sabes cómo terminó esto? Pues una noche, durante el sueño, en vez del horrible monstruo, vi al hijo de nuestra segunda madre la Princesa Real..."

– ¿A Osarsip querrás decir, el que te condujo de novia para unirte a mí?

–Sí, al que fue tu Superintendente Virrey. Y él en el sueño me

dijo: “Reina Nefertiti, no tengas más tristezas ni temores, que el monstruo que te atormentaba fue para siempre apartado del Faraón tu esposo, que será de nuevo el hombre noble, bueno y amante esposo que debe ser para quien le ha sido tan leal y amante compañera. Y créeme, Faraón, cuando te veo alterado o disgustado por asuntos del gobierno del país, seguramente si duermo esa noche veo a Osarsip que me aconseja serenidad y calma, y me dice que recite al amanecer y durante el día un versículo muy bello que trae paz y amor.

– ¿Puedo conocer yo ese versículo tan maravilloso, mi Néferi? –preguntó amable y casi riendo el Faraón.

–Sí que puedes conocerlo. Dice así:

“¡Gracias Ievé porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol!
¡Por todo cuanto es vida en torno mío
Porque en todo está tu amor!”

– ¡Hermoso en verdad! –Y el Faraón, pensando que ese versículo se asemejaba mucho al que Anek-Atón había difundido entre los adeptos de su Escuela de la Verdad, muchos años atrás–. Y dime, ¿quién es para ti *Ievé,* a quien menciona el verso?

– ¡Oh!, ¡ese nombre es muy grande, mi Rey! Así se llama en secreto en los más sagrados Templos o recintos de oración en mi país, y también en el tuyo y en otros varios, se llama a ese oculto poder, energía, fuerza o luz que gobierna, que sostiene y equilibra todas las cosas que vemos y las que no vemos, en este mundo y en todos los mundos. Así me enseñaron mis padres y maestros en mi tierra, y también debe ser así en este Egipto tuyo, mi Rey, por cuanto me lo ha dicho en sueño el hijo de tu hermana la Princesa Real.

– ¿Así es que por eso huyes de dormir?

–Mira mi Rey; eso ya pasó porque cuando esta hijita nuestra tuvo dos meses, Osarsip en mi sueño me dijo: “Reina Nefertiti, el espíritu que toma el cuerpo de esta hijita, corta para siempre la causa de todas tus penas, porque es Epuvia, la madre de mi madre, que viene a tu hogar para hacer de ti y del Faraón tu esposo, dos misioneros de la Eterna Ley. Descansa pues en este anuncio y duerme tranquila de hoy en adelante”. Ya ves pues, mi Rey, como esta hijita es para nosotros la palomita de la rama de olivo.

Al Faraón se le llenaron los ojos de lágrimas y besó con amor a su esposa y a su hija.

Cuando volvió la serenidad a su espíritu tuvo el valor de hacer una noble y franca confesión a su esposa:

–Mi Néferi, esposa fiel y bien amada de mi corazón, yo he sido injusto y cruel con Osarsip y con su madre, que tanto y tanto me han querido y ayudado, cuando yo era una infeliz víctima de la que fue mi madre para mi mal. Aconsejado malamente por esa fuerza infernal que me dominaba y por consejeros interesados y viles, tenía para firmar el decreto de destierro para Osarsip y de clausura en el castillo del Lago Merik, a su madre.

– ¡Cielo!... ¡Mi Rey! ¿Eso ibas a hacer?

– ¡Eso mismo! Tú no sabes mi Reina lo que es un hombre dominado por una fuerza del abismo, que abre heridas en el corazón, y encadena de hierro la mente, la razón, la inteligencia, la Psiquis humana; y en tal forma la obscurece y domina que puede llevar hasta el crimen, haciéndole ver como reales cosas y hechos que no existen sino en su desequilibrada imaginación.

"Créeme, Reina mía, que si yo pudiera dominar mi orgullo, mi amor propio que se subleva, llamaría de nuevo a Osarsip a mi lado, lo haría otra vez mi segundo en el país y en el gobierno..., doblaría las rodillas ante su madre, la augusta mujer a quien debo la vida, porque estuve a punto de quitármela cuando comprobé que mi madre tenía un bastardo, al que había hecho Príncipe de Abbas con dominio sobre todo el Nomo de Ismalia, y le había hecho construir el espléndido Palacio de Abbas a las faldas de la Cordillera Revenzora mientras yo, el heredero del trono de Egipto, vivía relegado a un pabellón del Palacio Real de su padre".

* * *

Esta íntima confesión del Faraón dejó en extremo pensativa a la Reina su esposa. Más ella nada podía hacer. Recordó el verso que había copiado en su álbum de anotaciones íntimas, y comenzó a recitarlo de nuevo. La Princesa Real estaba en Mauritania, en la Regencia que conocemos y que duró algo más de seis años. Osarsip estaba en Madián, más allá del hosco desierto, sumido entre peñascos mudos, en la mísera aldea de Pozo Durba.

– ¿Dónde quedará ese Pozo Durba, más allá del desierto? –empezó a preguntarse ella misma, sin poder confiar a nadie su interrogante. Hasta que en el sueño, una noche vio de nuevo a Osarsip, pero no ya con la lujosa vestidura de Superintendente Virrey, sino con una sencilla túnica blanca, sentado sobre un peñasco a la luz de la luna. Y soñó que se acercaba a ella y le decía:

–Reina Nefertiti, no padezcas por las injusticias cometidas por el Faraón tu esposo mientras estuvo dominado por malignas entidades del abismo. Está en su ley y en la mía que obraremos juntos y de acuerdo, en cumplimiento de algo grande que el Eterno Poder nos encomienda a él y a mí. Esperemos, oh, Reina, que la hora llegue. Ya está cercana.

Pasados unos días de preocupación, ella le comunicó este sueño al Faraón, el cual deseando apresurar la llegada propuso aquel negocio con el Etnarca del Néguev. En esa parte de la Arabia estaba Madián y el Pozo Durba, que tanto preocupaba a la Reina sin atreverse a revelarlo ni preguntar a nadie.

Más, nuestro lector está bien enterado de cómo se desenvolvieron los acontecimientos.

Y queda enterado ahora de cuáles fueron los medios de que se valió el Eterno Poder para acortar las distancias entre Moisés y Ramsés II.

Diez años habían pasado y es en verdad bien poca cosa para obtener los cambios fundamentales de almas y corazones que estuvieron unidos, que las fuerzas tenebrosas separaron, y que la Divina Ley barrió con un soplo de su aliento soberano cuando fue llegada la hora de volver a unir lo que el mal había separado.

Y llegó a Menfis el anuncio de la llegada al puerto de Ramesés de los dos flamantes barcos mauritanos, el *Princesa Real* y *La Regente*. El Faraón con su esposa Reina y sus tres hijitos, más la escolta real a toda gala, los Hierofantes profesores y amigos, todos los alumnos de la Escuela del Templo de On, estaban en los grandes muelles de Ramesés, a cuatro horas pasado el mediodía en que ambas embarcaciones soltaban las anclas y tendían las planchadas en el muelle real de Ramesés.

El abrazo de la Reina Nefertiti III con Thimetis, y el Faraón con Moisés, dejo que el lector lo imagine, igualmente que todas las manifestaciones de júbilo popular, que hicieron época en la gran Metrópoli creada por Ramsés II, para efectuar la coronación de su heredero y como ciudad real del futuro.

Pocos días después y mientras era organizada debidamente aquella gran masa humana que en la mente de Moisés se llamaba "Pueblo Escogido", "Pueblo de Dios", llegaban mensajeros del Etnarca de Néguev, proponiendo al Faraón una campaña en conjunto para poner frenos a los piratas del Mar Rojo, que día a día hacían nuevas víctimas allí donde podía hacer llegar su ferocidad y latrocinio.

Pero Ramsés II había contraído muy serios compromisos de

orden superior que lo inhabilitaban para luchas de sangre, exterminio y muerte. Era un Iniciado. Por su propia y libre voluntad había entrado en contacto con los dioses o genios del bien, de la paz, de la justicia y del amor, y jamás sería infiel a sus sagrados juramentos.

El duro conflicto trabado en lo más profundo de su conciencia fue naturalmente llevado a la Cripta del Templo de On, en la primera reunión realizada luego de encontrarse Moisés en Egipto.

Y como todas aquellas mentes unidas pidieron el concurso de la Luz Divina, no tardó en llegar la respuesta.

Y esa respuesta decía:

"Es justicia impedir que los malvados continúen ejerciendo actividades criminales que causan víctimas diariamente".

"Es hacer el bien protegiendo a los inocentes, indefensos y débiles, y salvándoles de la codicia, furor y lascivia de los victimarios sin Dios y sin Ley".

"Hay amor en la cadena que impide al malvado continuar en el camino que le lleva al abismo".

"Es amor a la paz, poner orden en el desorden, llevar luz a las tinieblas y lavar con aguas limpias al que está hundido en la ciénaga".

Esta respuesta les vino de Aelohin, guía íntimo de Moisés, y les llegó por la hipnosis de uno de los Ancianos Hierofantes del Templo de On. Y al mismo tiempo por la palabra escrita por otros dos Hierofantes que recibían siempre preavisos espirituales.

Y todos estuvieron de acuerdo en que el Faraón mandase un cuerpo de ejército al Mar Rojo, que unido con los soldados del Etnarca, capturasen a los piratas de ambas orillas del mar, y sin hacerles daño en su persona ni en su vida, fueran retenidos en presidio hasta obtener su redención, si era posible, y por tiempo indeterminado si había en ellos resistencia y rebeldía.

Alguien hizo esta justa observación:

– ¿Cómo se les puede capturar sin lucha armada y sangrienta?

Y Moisés hablo por fin:

–Propongo –dijo–, que nos sumemos a la campaña los que tenemos la facultad de producir sueño profundo, aun a los seres más rebeldes al pensamiento. Que no aparezca ejército armado, sino veleros pequeños con excursionistas que reconocen las bellezas del Mar Rojo a la hora de ponerse el sol. Y que el cuerpo de ejército armado quede a la expectativa en un lugar elegido, para observar sin ser apercibido, que los hay y muy buenos en las montañosas rocas de algunas de las costas del mar.

Aceptado que fue después de muchas observaciones, se organizó la campaña y dos semanas después guardaban en los presidios de Ramesés y en los de Ectham, doscientos ochenta piratas, y salvados una numerosa porción de esclavos y esclavas, robados por ellos para venderlos en el extranjero.

No se había disparado una flecha; las lanzas, puñales y jabalinas habían permanecido quietas. Tan solo el pensamiento de veinte hombres justos, de alma sana y vida pura, con la mente como un estilete de luz, había sido bastante para rendir sin sangre y sin muerte a doscientos ochenta criminales, que tenían sobre su vida la marca horrible del crimen por el vil interés del oro.

Nuestro lector, sabe que no fue éste el único triunfo de Moisés sobre multitudes enloquecidas por los más ruines instintos, que pueden caber en seres que se llaman humanos.

Y cuando el Faraón, asociando a su Reina Esposa a todas sus actividades idealistas, le refería asombrado este caso, ella quedaba pensativa y cavilosa un buen rato.

Luego, bajando la voz como para un gran secreto que se teme sea divulgado, le decía a su Rey, juntando las manos como para una oración:

– ¡Mi Rey!..., creo que tenemos muy cerca de nosotros..., a nuestro lado mismo, un hombre que es un Dios encarnado. ¡Y ese hombre es Moisés, el hijo de la Princesa Real!

* * *

Los piratas del Mar Rojo, tan famosos por las crueldades y vandálicos hechos, se despertaron a las cuarenta y ocho horas en que el mandato mental de Moisés y sus Hierofantes les ordenó dormir, y se encontraron en las cuchetas de sus propios barcos pero amarrados los pies con una cadena al maderamen del barco, a los mismos aros de hierro a los que ellos amarraban a sus esclavos. Y entonces vino el vociferar rabioso y maldecir enfurecidos a los magos excursionistas, porque no tardaron en comprender que sólo de ellos podía venir tan severa intervención.

Comprendieron que navegaban Nilo abajo o sea hacia las bocas del gran río y que su destino sería la horca en los presidios de Ramesés, o cortarles la cabeza en los calabozos de Ectham, según que fueran llevados por orden del Faraón o del Etnarca de Néguev. En los barcos piratas viajaban los soldados de ambos ejércitos y ellos eran los que mandaban en las embarcaciones.

En otra eran conducidos todos los esclavos libertados y esta

caravana de barcos seguía a un velero con pabellón del ejército y a otro con pabellón e insignias del Faraón. Moisés y sus Hierofantes viajaban en este último y en silencio profundo, pensaban, meditaban, continuando el trabajo mental anterior con un apéndice no sólo de acción de gracias porque no hubo sacrificio alguno de vidas, sino de súplica y ruego ferviente al Eterno Poder para que les permitiera completar la obra de redención humana que podían obtener de aquella desventurada porción de humanidad.

El jefe del ejército del Etnarca anunció que no tenía orden de conducir allí ningún prisionero porque el Etnarca había supuesto que ninguno de los piratas se dejaría aprisionar con vida.

Y así dispuso Moisés en conducirlos todos a Ramesés; mientras que los esclavos, la mayor parte eran del país de Kush, de Libia y del Néguev, pidieron ser devueltos a su tierra nativa.

Uno de los Hierofantes compañeros de Moisés que más prolongaba su meditación, se acercó a él y le dijo:

–Si me permites quiero hablar con un joven matrimonio esclavo, que va en el camarote común de este mismo barco.

Y concedido, se fue sin vacilar a un joven libio, alto, de buena presencia, pero semidesnudo como todos, que parecía proteger a una jovencita muy extenuada y más aún profundamente entristecida.

Hechas las averiguaciones oportunas, se vino a saber que ambos fueron arrebatados por los piratas de su propia cámara nupcial el día de sus bodas mientras cambiaban los trajes de ceremonia por uno propio para la comida de mediodía. Y ambos pertenecían a respetables familias de Libia, que les lloraban por muertos desde hacía más de setenta días.

Ambos estaban destinados por su belleza física y por la distinción de raza, a ser sacrificados al dios Molok en la primera luna llena de primavera.

Este Hierofante de nombre Adhar y que pertenecía al Templo de Menfis, conocía su propio pasado espiritual, y así sabía que en la prehistoria acompañó al Kobda Iber entre los que le siguieron hasta la península Ibérica. Tuvo la visión mental de que en aquel lejano pasado, esa joven pareja fueron hijos suyos. Supo que sus familiares tenían dominios en las montañas de Libia, que sus padres eran jefes de tribus importantes que darían por ellos cuanto se les pidiera por su rescate.

Mas, enterados de que no se les libertaba por interés sino por amor a la justicia, cobraron tal entusiasmo que fueron ellos el origen de que esas tribus se aliaran a los planes de Moisés.

Y Moisés y sus compañeros, celebrando el acontecimiento, les decían:

–Sois flores de la esclavitud que serviréis de lazos de flores para atraer a vuestros compatriotas al camino de la Verdad Eterna.

Cuando el Faraón se enteró de estos felices acontecimientos se apresuró a referirlos a su Reina Esposa, pues todos los rabiosos celos que tuvo años atrás contra Moisés, porque advirtió el entusiasmo y admiración de su novia hacia él, se habían transformado en sincera satisfacción, al comprobar que esa admiración habíase acrecentado enormemente en su Reina Esposa.

–Mi Reina –le decía–, tu Dios encarnado cobra más brillo y esplendor cada día –y le refirió todo lo acaecido en el Mar Rojo–. ¿Qué te parece que hagamos ahora con él?

Y ella en su pura y sencilla ingenuidad, le contestaba después de pensar un largo rato:

–Debemos obedecer todo cuanto él mande porque es un hijo amado de Ievé, y el Gran Padre Universal bendecirá a Egipto, que si fue un civilizador de pueblos en el pasado, seguirá siéndolo aún por siglos; bendecirá tu tierra y la mía, bendecirá nuestros hijos que formarán en el futuro una generación de justos.

– ¡Cielos mi Reina!... ¿Te volviste profetisa y con una antorcha de sabiduría?

–Sí, desde que la madre de nuestro Dios encarnado, me dio a leer las Escrituras del Patriarca Aldis, y otras más de Atlántida y Lemuria, que me han hecho conocer la ciencia de los grandes Templos.

–Eres casi una Iniciada en los ocultos misterios de nuestros Hierofantes. ¿Te agradaría entrar conmigo y la Princesa Real, a la Cripta del Templo de On donde celebramos nuestras asambleas íntimas con el Dios encarnado?

A la joven Reina se le iluminó el rostro de alegría y tendiéndole ambas manos al Faraón le dijo:

–He rogado tanto a Ievé escuchar de tu boca estas palabras, mi Rey, que al oírlas te veo cerca..., tan cerca de ese Dios desterrado, que hasta me imagino que te vas pareciendo a él...

–De modo, mi Reina, que ahora me amarás con tanta adhesión como la Princesa Dami de Tiro amó un día al Superintendente Virrey.

Ella sonrió ruborizada y poniendo su blanca mano sobre los labios del Faraón le dijo a media voz:

–Esas son palabras prohibidas que no deben pronunciarse nunca jamás.

–Prometido y jurado mi Reina. No lo diré nunca más.

* * *

En la primera asamblea que se realizó después, la Reina Esposa del Faraón Ramsés II daba el examen exigido a todos los Hierofantes, y ella contestaba con admirable serenidad a todas las preguntas que le hicieron.

Sólo le faltaba la prueba de la llamada Muerte de Osiris, pero la Princesa Real dijo en alta voz:

–Yo he sido su instructora, y como ella es una convencida de la existencia eterna del alma humana y que puede vivir independiente de la materia, esa prueba no la creo necesaria en absoluto. Menos aún, si tenemos en cuenta su naturaleza física algo neurótica y no muy fuerte, lo cual podría dar lugar a un trastorno o desequilibrio en su salud.

Moisés habló después que todos aceptaron las palabras de Thimetis.

–La Reina Esposa de nuestro Faraón, fue en la Fraternidad Kobda de la prehistoria una Matriarca que se llamó Nolis, que fue durante su actuación en Neghadá y en La Paz, la instructora de todas las doncellas que decidían tomar esposo y formar hogar, porque ella reunía en grado perfecto las cualidades sublimes de perfecta esposa y perfecta madre.

"Creo pues que no solo es ella necesaria en nuestra Escuela sino que, hasta puede darnos lecciones a los que poco sabemos de lo que es crear el jardín del hogar y cultivar las plantas que han de formarlo.

La Reina Nefertiti Dami de Tiro, quedó desde ese día como Instructora de doncellas en esponsales, en la gran Escuela a puertas abiertas.

= 74 =
EL PUEBLO ESCOGIDO

Tres años pasaron sobre Moisés y su Escuela de educación popular. Años fecundos de intensa labor, en que todo un numeroso conjunto de seres debía ser organizado, tan perfectamente que nada pudiera salirse de la gran órbita diseñada por el conductor.

Hombres y mujeres de varios países formaban ese conjunto, con costumbres y modo de ver todas las cosas de diferente manera; de diversas categorías sociales, y sobre todo de variadísimos grados de evolución, todo lo cual hacía de aquella gran masa de seres humanos un heterogéneo conjunto tan difícil de uniformar, que sólo el temple de acero de Moisés y el altísimo grado de evolución a que su espíritu había llegado, podía conducir sin que la más horrible anarquía lo destruyera todo.

Y ese estupendo prodigio que no se ha repetido en los siglos desde entonces hasta hoy, fue realizado sin que la humanidad, siempre indiferente a toda verdadera grandeza, lo haga objeto de sus meditaciones y estudios, que bien podían traerle hermosas lecciones de noble obrar.

Imitando a los Setenta Hierofantes de Moisés, su madre la Princesa Real, creó un organismo de mujeres entre las más nobles y virtuosas que encontró en la Escuela del Templo de On. Eran también Setenta con la Reina como Hermana Mayor y dos Notarias, que fueron Estrella o Séfora, esposa de Moisés, y la jovencita heredera del Rey de Kush asesinado.

Marina y Clarisa, hijas del capitán Asaf, fueron designadas Diaconisas, encargadas de averiguar las necesidades materiales del numeroso mundo femenino que formaría fila en la gran jornada.

Los que pertenecían a la raza de Israel que por entonces más se les conocía por "Jacobos", estaban medianamente distribuidos en tribus, como entonces se llamaban a toda una familia de parientes, cuya raíz originaria llegaba hasta cada uno de los doce hijos de Jacob, el noble Patriarca que muchos siglos antes fuera aceptado en el país por el Faraón, que le concedió en obsequio a José el primer Superintendente Virrey, todos los privilegios que trae consigo la Carta de Ciudadanía.

El gran Sacerdote Ismael con diez notarios nombrados exprofeso a tal fin, se había encargado de esta organización.

Mientras tanto Moisés con sus Setenta pensaba, oraba y resolvía.

Grandes mapas y cartas geográficas eran minuciosamente estudiados por ellos, lo mismo que las más antiguas Escrituras que se conservaban en los Archivos de la gran Sinagoga de Gesen. En estas últimas aparecían varias que habían sido dictadas por Sem, aquel Lugarteniente de Nohepastro Rey Atlante, que unido a Eufemia, hija de un Rey Samoyedo desposeído y desterrado, eran el origen y raíz de la raza llamada de Abraham. Otras Escrituras provenían de la Princesa Eufemia, otras de Abraham, y algunas más de los espíritus más evolucionados que habían sido jefes o dirigentes de ese pueblo nómada, que desde las montañas heladas del país de Manh, (*la Armenia de siglos después), había ido bajando hasta las tierras que baña el Nilo. En todas estas Escrituras antiquísimas había referencias, promesas y profecías de que el Dios Único, Invisible y Eterno, tenía reservado un galardón al pueblo que le permaneciera fiel. Y tal galardón consistía en otorgarle la posesión de un país de abundancia, de paz, un verdadero paraíso en la tierra. No designaban las Escrituras con claridad dónde estaría ubicado ese país de ensueño, pero los Setenta de Moisés y él mismo, eran hábiles intérpretes de los signos y figuras jeroglíficas en que estaban hechas casi todas esas arcaicas Escrituras.

Y por fin encontraron una que decía así: “El pueblo fiel a Dios Único, Invisible y Eterno, recibirá en premio los grandes bosques que cubren el Monte Cabeza Blanca de cuyas vertientes se forma la hondura profunda de dulces aguas que antes fueron salobres por la invasión traidora del Mar Atlante, pero que el Eterno Ievé ha endulzado con leche y miel para que en las riberas de este Río Hondo, tenga su pueblo todo el sustento necesario para vivir en su servicio y amor los siglos de los siglos”.

Y los intérpretes vieron en el Monte Cabeza Blanca al Monte Hermón de siglos después, cuyas altas cumbres se vieron siempre cubiertas de nieve y cuyos inmensos bosques de maderas finas y muy valiosas, eran conocidos como únicos en el Continente.

Dedujeron pues que las profecías aludían a las tierras que hoy conocemos como Palestina, atravesada de norte a sur por el Jordán, que en la antigüedad fue conocido por Río Hondo. El Mar Grande o Mediterráneo había sido mar de aguas saladas, que al retirarse, dio lugar a que las aguas dulces de las filtraciones del Hermón ocupasen el profundo valle.

Esta interpretación fue la que orientó a Moisés en el gran éxodo del pueblo escogido hacia aquella región, prometida por las

Inteligencias desencarnadas de sus augures y profetas al pueblo que fuera fiel a su Dios Único Invisible y Eterno.

Mas no podía ni debía arriesgarse tan numerosa masa de seres humanos a un determinado lugar por solo la sugerencia de unas Escrituras Arcaicas, que aunque muy dignas de respeto y veneración, no eran una seguridad de que en los largos siglos transcurridos no se hubiera efectuado un cambio en aquellos territorios que seguramente estarían poblados.

La Reina misma era originaria de Siria y aunque ella sabía que existían grandes extensiones de tierra desde el Líbano hasta el desierto de Judea con escasa población, no por eso debía considerárselas como tierras despobladas, donde tan numeroso pueblo pudiera ubicarse.

En vista de esto se tomó la resolución que algunos de los más jóvenes entre los Setenta, viajaran hacia aquellas tierras, en calidad de exploradores discretos y prudentes de todo cuanto les interesaba saber.

La Reina y algunas de sus damas originarias de aquellos países escribieron epístolas a sus familiares y amigos. Casi dos años pasaron para obtener los datos necesarios, y se acercaban los diez años que los avisos espirituales, recibidos en las asambleas de la Cripta del Templo de On, habían indicado como plazo mínimo que tardarían en cumplirse los anhelos que animaban a todos.

El mundo entero era una ciénaga espantosa de miseria y de lodo. Para los seres de una mediana evolución, la vida se hacía imposible día a día. Sin Dios ni Ley, en el mundo se había perdido la noción del bien y de la justicia. No había otro valor que el oro y la fuerza bruta, y los que poseían ambos elementos, los aplicaban sin reparo alguno contra todo el resto de la humana sociedad, hasta el punto de que la familia perdió todo su valor, y ni los padres tenían seguridad de sus hijos, ni ellos de sus padres y familiares. El oro y la hartura de todos los más bajos instintos formaban el ideal de las muchedumbres en todas las comarcas de la tierra.

¡Oh, el Egipto!... El Egipto fundado edades atrás por unos pocos prófugos fugitivos de la invadida y desolada Atlántida, esos restos heroicos de los últimos Toltecas de Anfión y de Antulio, era el oasis en que aún se encontraban aguas claras para beber y donde aún cantaba el ruiseñor del amor puro y santo creador de la familia y luminaria esplendorosa en las tinieblas de la vida humana.

Pero en Egipto mismo fracasó Anek-Atón, porque si contó con numerosos adeptos a sus ideales, el clero vil que vivía del engaño que le producía el oro, no del sacerdocio sabio con la sabiduría

de los justos, explotó los intereses egoístas de las muchedumbres inconscientes siempre más numerosas que las minorías idealistas y soñadoras.

La realización de la empresa de Moisés era urgente en extremo y el Faraón mismo se espantaba de la gran ola de fango que avanzaba de todos los puntos cardinales, como una terrible amenaza que no podía tardar mucho tiempo.

Cuando sólo faltaban siete lunas para que los diez años sonaran como una campanada de terrible anuncio, tuvo Moisés todos los informes necesarios para la realización de su grandiosa obra.

En toda la región que desde entonces dieron de llamarla "La tierra prometida", alusión a las arcaicas profecías, había grandes extensiones de campo despoblados, y los caudillos, reyes o jefes de aquellas poblaciones aceptaban que gentes pacíficas y laboriosas del país del Nilo se hermanasen con ellos, para juntos disfrutar de los bienes que ofrece la tierra a quien la trabaja con amor.

Tuvo Moisés en sus manos la larga lista de reyes, caudillos y jefes de tribus que aceptaban la convivencia con ellos, mientras no hubiera la pretensión de dominio sobre lo ya establecido.

Y la Asamblea de los Setenta pensaba: "Diseminadas en tal forma porciones más o menos numerosas de los educados en nuestra Escuela a puertas abiertas, será desde luego un poderoso antídoto contra el vicio y la degradación actual, y poco a poco el ejemplo de tantas vidas nobles y puras, hará mucho más en las masas que la prédica y enseñanza oral, aunque unidos el ejemplo y la palabra, darán más pronto la vida a todo lo muerto y corrompido que hay en el mundo".

Y fue éste el grande y divino sueño de Moisés y sus Setenta.

Pero ocurrió lo que a todos los grandes y heroicos idealistas de todos los tiempos, porque del sueño elevado y puro hay gran distancia a las realidades en humanidades primitivas y de escasa evolución como la humanidad de la Tierra.

Mas es justo reconocer que Moisés no fracasó, aunque gran parte del pueblo que le siguió se dejó contaminar de todos los vicios reinantes entre los humanos. Lo que él debía hacer lo hizo: recibir la Eterna Ley y darla a esta humanidad, que con toda su decadencia y debilidades aún le guarda respeto y veneración.

* * *

Y así comenzó la preparación definitiva. A todos aquellos que estaban organizados en familias o tribus, se les hizo elegir entre

ellos un "principal", al cual todos debían obedecer en lo relativo al orden y necesidades de la agrupación. Y este "principal" era desde luego un sobresaliente de la Escuela de Moisés.

Y en esta forma se fue organizando todo aquel conjunto de seres que aun siendo de pueblos y razas diferentes, fueron englobados en el honroso nombre de "Pueblo escogido de Dios", que años después el pueblo Israelita lo tomó como nombre suyo en particular y así pasó a las crónicas y relatos que se conocen hasta hoy.

El Generalísimo de los Ejércitos del Egipto no miraba con agrado que se permitiera la salida del país a tan numerosa población, que dejaba casi abandonados algunos Nomos, y aún las capitales de mayor población.

Y así, se permitió hacer al Faraón algunas sugerencias que él dejó desvanecerse en una discreta evasiva.

Acontecimientos no buscados fueron favorables a los planes de Moisés.

Algunos dueños de verdaderos "rebaños" de esclavos, decidieron explotar como un negocio fabuloso el rescate que la Princesa Real había ordenado para determinados casos y personas, y puestos de acuerdo todos ellos elevaron de tal modo el precio de la "mercadería", que la vil y ruin noticia llegó a Moisés y sus Setenta. Y también ellos creyeron justo y lo era en verdad, ponerse de acuerdo para vencer la avaricia de aquellos comerciantes de vidas humanas. Harían con ellos como lo hicieron con los piratas del Mar Rojo.

A todos esos avaros de carne humana viva les sobrevinieron plagas en sus sembrados y plantaciones, en sus animales domésticos, de ranas, moscas, mosquitos y diversas clases de insectos molestos en sus acequias, pozos y fuentes de agua potable. Y como todos ellos eran supersticiosos en grado extremo, lo tomaron como castigo del "Dios de Moisés", por la desmedida avaricia y latrocinio con que procedían. Éste seguramente es el origen de las milagrosas plagas de Egipto como han dado en llamarles, sin que hubiera milagro alguno, sino sólo el mandato mental de Moisés y sus Setenta para llevar a la reflexión a todos aquellos inconscientes de que, el que se pone en contra de un designio divino más tarde o más temprano recoge las consecuencias.

Otros acontecimientos no buscados ocurrieron con gran oportunidad.

Uno de los Reyes de la inmensa Libia, gran amigo del Faraón, solicitó de él su ayuda en una difícil situación. Le rogaba encarecidamente que le enviase por un tiempo uno de sus más hábiles

jefes de guerra porque se veía amenazado de ataques graves del exterior. Y añadía que tal solicitud se debía al fallecimiento reciente de su primer jefe militar.

El jefe de los ejércitos egipcios estaba casado con una mujer libia de alta sociedad, lo cual facilitó la aceptación del Jefe, a la invitación que le hizo el Faraón de acudir a la solicitud.

El tercer acontecimiento fue que por causas astrales y meteorológicas, tuvo lugar un marcado descenso de las aguas de los mares en todos los continentes, en tal forma que los Lagos Salados que eran como un brazo del Mar Grande que lo unía al Mar Rojo, quedaron en seco durante veintidós días.

Y este acontecimiento final fue el que decidió la salida del Pueblo Escogido de Dios, del Egipto de los Faraones.

La gran despedida tuvo lugar en Ramesés. El primero en salir fue el gran Sacerdote Ismael seguido de los Levitas, a los que fueron siguiendo las otras agrupaciones o tribus descendientes de los hijos del Patriarca Jacob.

El último en salir fue Moisés y dos terceras partes de sus Hierofantes, quedando Fredek de Port Ofir y Arfasol de Bética con Estrella y la Princesa de Etiopía, y los más Ancianos al lado de la Princesa Real que no podía ni quería quedar en tan grande desolación.

La despedidas del Faraón, la Reina-Esposa y la Princesa Real del heroico aventurero que se lanzaba al desierto con la Luz Divina del Ideal Eterno, que resplandecía como una estrella ante él, dejo que el lector la imagine con la seguridad de que por muy emocionante y emotiva que la piense, siempre será menos de lo que aquella despedida fue.

– ¡Mi Osarsip de nuestros años juveniles! –Le dijo el Faraón al abrazarle por última vez–. ¿Nos volveremos a ver sobre la tierra?

–Si ambos lo queremos, sí, Faraón –le contestó Moisés con la voz temblorosa y los ojos cristalizados de llanto.

Besó las manos de la Reina que lloraba, a los niños, y por fin a Estrella y a su madre que le prometían acudir a él, así que les mandara aviso de estar en la cabaña del tío Jetro.

Moisés quiso evitar a su madre y a Estrella ese primer torbellino que preveía de la salida de tan numeroso pueblo, llevando además cada familia algunos de los animales domésticos que más necesarios les serían para su alimentación.

La primera crónica o relato del éxodo la escribió el segundo Notario de los tres Hierofantes que fueron designados para tal cargo. El Notario Mayor quedaba en el Templo de On, donde

continuarían las reuniones semanales de la tercera parte de los Setenta que quedaba con el Faraón, la Reina Esposa y la Princesa Real.

Dicho relato fue escrito como todas las Escrituras de los Templos, en el sistema jeroglífico usado siempre por los Iniciados.

Varias letras de ese antiquísimo sistema de escritura estaban figuradas por animales de diversas especies y razas. Bueyes, vacas, cabras, leones, leopardos, ánades, ibis, garzas, cisnes, etc., de todo usaba la escritura jeroglífica para significar o construir las historias, leyendas o poemas, con que quería expresar el pensamiento.

Los inexpertos intérpretes que vinieron tiempos después, creyeron ver en esos signos que el pueblo había conducido con él, todos sus ganados, que algunas tribus los habían tenido numerosos.

Mas, todo eso, los dirigentes del gran éxodo les habían hecho vender la mayor parte, dejando solamente los más indispensables para el sustento, como vacas o cabras que dan su leche, gallinas, gansos, patos, que dan sus huevos.

Las familias que viajaban en carros, llevaban bueyes, caballos o mulas.

Los intérpretes supusieron que el Pueblo Escogido necesitaba rebaños de animales para ofrecer sacrificios a su Dios. No contaron esos intérpretes con que uno de los principios básicos del ideal de Moisés, era el suprimir las costumbres paganas de los sacrificios sangrientos en los altares de los Templos. El alto sacerdocio entre el que se había formado, no usó nunca esa forma de rendir homenaje al Dios Único Invisible y Eterno.

No sólo falta a la lógica quien piense de diferente manera, sino que falta también a la verdad.

Y retrocediendo una buena porción de años anteriores vemos que ésa fue una de las causas porqué se revelaron los potentados egipcios en contra del ideal de Anek-Atón. Tenían ellos sus campos llenos de rebaños que vendían a muy buen precio a los devotos de los centenares de dioses, cuyos favores conseguían ofreciéndoles sacrificios de animales en sus altares que olían a sangre y grasa quemada.

Suprimido el pingüe negocio se les venía la ruina encima. Y ellos, refinados egoístas, dijeron: "Que se hunda el Faraón y su ideal. Salvémonos nosotros de tamaña ruina que nos amenaza".

¿Cómo, pues, los intérpretes de la Escritura que narra el Éxodo, pudieron pensar que Moisés hubiera de complicar su ya difícil empresa arrastrando tras del pueblo, rebaños para los sacrificios,

cuando era ese tamaño error, uno de los que él quería desterrar del Pueblo Escogido?

Un relator del plano de la Luz ni aún debía hacer estas sugerencias, lo comprendo bien; pero las Escrituras que el mundo ha conocido hasta hoy falsean tanto la verdad, se apartan de toda lógica y justo razonamiento que ha creído conveniente y aún necesario, hacer al lector estas reflexiones que le facilitarán la clara comprensión de la verdad que la Luz Eterna nos está revelando.

* * *

Cuando todo el pueblo hubo atravesado los Lagos Salados donde el Faraón había hecho construir un ancho terraplén para evitar que el lodo de algunos sitios dificultara el pasaje, el corazón de carne del genial aventurero suavizó los fuertes latidos.

Los seres grandes y fuertes son también sensitivos y él había dado un gran salto sobre el abismo al salir de su tierra nativa, arrastrando en pos de sí un numeroso pueblo que se movía como un mar humano y que sólo confiaba en él, en su palabra, en sus enseñanzas, en las que les hacía ver y sentir un Dios Único, Fuerte, Poderoso pero Invisible. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era? ¿Qué relación tenía con todos ellos? ¿Por qué les amaba más que a los demás pueblos de la tierra?

–"En amarse los unos a los otros está circunscrita toda la ley y justicia del Dios de Moisés" –comentaban los más entendidos en teología y moral–. Y si sabemos vivir sin hacernos el menor daño unos a otros, este Dios Padre Amor y Poder, verá en nosotros sus hijos y cuidará de nuestra vida y de nuestra paz y felicidad.

Todo el pueblo de Moisés abrió tiendas en el Néguev, y Moisés tuvo la satisfacción de encontrar un escuadrón de doscientos lanceros que el Etnarca había mandado a esperarle, haciéndole más suave y ligera la aspereza del suelo extranjero.

Ordenó un descanso de siete días antes de lanzarse a pleno desierto.

Hasta aquí le había seguido el fiel y amante Numbik. Él quería ser quien levantara para su amo la primera tienda en el desierto y después se volvería a Egipto, según tenían convenido para conducir a la Princesa Real, a Estrella y la niña de Etiopía hasta la cabaña del tío Jetro, que Thimetis se empeñaba en visitar.

= 75 =
DE RAMESÉS AL SINAÍ

Largo y pesado sería el relatar las peripecias de la salida de toda una numerosa y heterogénea muchedumbre del país donde había vivido durante tantas generaciones.

Ya se comprenderá que no sólo las personas deberían salir sino que detrás de ellas seguían toda una larga caravana de carros, camellos y asnos cargados con los víveres que cada familia llevaba para tres meses por lo menos. Y estas provisiones consistían en carnes saladas, cereales, legumbres, harinas, odres de aceite, de vino y cantarillos de miel y manteca, cestos de quesos, frutas y hortalizas secas.

Si largas fueron las horas y días que tardó el pueblo en terminar la salida, más tardó, desde luego, el inmenso cargamento indispensable para todo un pueblo que se lanzaba al desierto sin seguridad de encontrar buena alimentación en las modestas poblaciones y aldeas de la travesía.

En los siete días de descanso que concedió Moisés a los peregrinos, tuvo él en su gran tienda, alojamiento también de alguno de los Setenta, algo que bien podríamos llamar su tercer Apocalipsis.

Su Guía íntimo Aelohin, se le manifestó las siete noches del desierto, y su presencia era percibida y sus palabras eran escuchadas por los compañeros de la tienda, que llegó a convertirse en un pequeño templo que en la oscuridad de las noches resplandecía en tal forma, que desde las tiendas vecinas lo apercibían también.

Moisés había tenido anuncio premonitorio de que esto ocurriría y tuvo la discreta precaución de que cercanas a su tienda, fueran levantadas las de aquellos más íntimos compañeros que sabrían dominar toda manifestación de sorpresa, por extraordinarios que fueran los acontecimientos sucedidos.

Las instrucciones de Aelohin lo apremiaban a llegar cuanto antes al Sinaí donde los Anacoretas del Monte Horeb que le esperaban, no resistían ya más la formidable corriente espiritual que desde siete años venían acumulando.

Los Guías de Moisés debían comprender muy bien que el estado espiritual de la mayoría de aquel pueblo necesitaba de manifestaciones supranormales, muy extraordinarias, para afirmarse a una fe que hasta entonces sólo se había fundamentado en la confianza en el hombre que la inspiraba, y apoyado además por el Faraón

mismo, por la Princesa Real, por la Reina, por el Sacerdocio de Menfis.

Mas, una vez lejos de todo eso, y solo el pueblo entre montañas escabrosas y los resecos arenales del desierto, era justo suponer los desfallecimientos e incertidumbres, las vacilaciones y dudas, y acaso hasta sobrevendrían alarmas y murmuraciones, juzgando una insensatez todo cuanto habían realizado y acaso sacrificado, por un ideal tan intangible, tan inmaterial, tan invisible.

Si nos ponemos, lector que me sigues, en este largo episodio, en igualdad de condiciones, nos será fácilmente comprensible que Aelohin hubiera preparado con el concurso de los Anacoretas Kobdas de Horeb, las tremendas fuerzas y corrientes eléctricas como en una inmensa pila, que produjera en todo un pueblo que tanto había sacrificado, la convicción necesaria para preferir la muerte quizá antes de vacilar en seguir a Moisés.

Y los apremios de Aelohin fueron ampliamente obedecidos, y apenas amanecía el séptimo día, fueron levantadas las tiendas, y cuando el sol comenzaba a declinar, el mar humano se ponía de nuevo en movimiento con un entusiasmo casi delirante.

Desde la tienda-templo de Moisés, se irradiaba por todo el amplio campamento, esa fuerza divina que bien conocemos los que aferrados a un ideal superior, saltamos por encima de todas las barreras sin volver la cabeza atrás.

Desde Ramesés habían llegado hasta Socot, y fue en Socot la *Confidencia de los siete días,* como dieron en llamar a las manifestaciones materializadas de los Guías espirituales del gran Misionero.

Fueron la preparación definitiva de Moisés y sus compañeros de ideal, para la gran jornada espiritual, moral y social que debían realizar. Fue como el entrenamiento, digámoslo así, de esas almas con temple de apóstoles, para poner en el ara de la Eterna Potencia cuanto eran en capacidad de sacrificio y desinterés, cuanta voluntad y esfuerzo habían de necesitar para luchar y vencer, en la formidable contienda con la corrupción, la anarquía, la avaricia, el egoísmo, el desorden en todo sentido en que vivía la humanidad; en medio de la que se lanzaban decidido a imponer el orden, la lógica y el buen sentido en todas las actividades y manifestaciones de la vida humana.

Lógica y discernimiento en la fe; nobleza y altura en los pensamientos; sinceridad en los ocultos sentimientos del alma; verdad en la palabra; lealtad en la amistad; fidelidad y pureza en el amor... ¡Santo cielo!..., ¿cómo recibiría la humanidad tan absoluto cambio y transformación de todo cuanto forma el complejo mundo

interno y externo, en que vive y ha vivido la humana criatura, salvo las poquísimas excepciones de los raros casos diferentes de la mayoría?

Hubo algunos que llegaron a estremecerse y vacilar ante las mil y mil barreras de tropiezos que preveían encontrar. Más..., allí estaba ante ellos el coloso, el hombre montaña, el alma genial, rígido y firme como los obeliscos de granito y de mármol que miró desde niño en la tierra que había nacido.

Y entonces uno de los Ancianos Hierofantes de Menfis que siendo un joven pastóforo, conoció a Osarsip de niño, recordaba desde su infancia un pasaje de su vida. Le acompañaba a tomar la góndola en que se embarcaba su madre de vuelta al castillo del Lago Merik, y el niño se detuvo ante el más alto y fuerte obelisco que adornaba la plazoleta del Templo de Menfis.

– ¿Quién hizo este obelisco? –preguntó.

–Es difícil contestarte, Osarsip; hace una larga serie de años y aún siglos que fue construido.

– ¿De qué está hecho?

–De granito rosado de las canteras Libias.

– ¿Ningún huracán lo puede destruir?

–No, ninguno.

– ¿Ni mil bueyes que tiren de él lo pueden echar abajo?

–Ni dos mil, te lo aseguro yo.

Y luego el pastóforo le oyó decir:

–Como este obelisco quiero ser yo fuerte cuando sea hombre.

Y el Anciano refería una y más veces este lejano episodio, cada vez que una nueva demostración de firmeza y fuerza de voluntad de Moisés, les retemplaba las fibras íntimas del alma a los compañeros, que a veces parecían intimidarse ante la grande y difícil realización de la obra que traían entre manos.

Para comprenderla y aceptarla como posible de ser realizada en la tierra, ha sido necesario, lector amigo, conocer a Moisés desde los primeros pasos de su vida; y los fidelísimos Archivos de la Luz Eterna nos han dado la clave, presentándolo ante nuestra pobre inteligencia, desde su nacimiento, su niñez, su adolescencia, su juventud y sobre todo las excepcionales facultades psíquicas que le acompañaron, conquistadas desde luego por una evolución de millares de siglos.

* * *

Retrocedamos unos días en nuestro relato. Dos pigmeos con soberbia de titanes, se creyeron capaces de medirse con el gran

hombre designado por la Eterna Potencia para esta obra gigantesca. Aquel Príncipe León Bardi, enemigo de Moisés y de su madre, y su hijo el bastardo de la reina Gala de triste memoria.

Aunque aparentemente recluidos en el palacio fortaleza de Abbas que el Faraón evitó el darse por entendido que existían, espiaban como murciélagos en la oscuridad, los movimientos del único ser que les había contenido en sus maquinaciones tenebrosas. Y creyeron llegado el momento cuando Moisés y su pueblo se hallaban fuera del dominio y protección del Faraón.

Era en su sentir un pueblo paria, y un paria también su conductor. Herirlo de muerte a él, era dejar al pueblo sin guía ni sostén, y fácil de inducirlo a una independencia de Egipto y a un reconocimiento de una nueva soberanía: El Príncipe bastardo hijo de la reina Gala, esposa del Faraón Ramsés I. La ciudadela fortificada de Abdas sería su capital y la cordillera del Revenzora su campo de actividades, que con sus ricas minas inexplotadas podían ofrecer al pueblo fácil medio de subsistencia.

León Bardi hábil en toda clase de intrigas y manipulaciones fuera de ley, tenía organizado un cuerpo de ejército de unos dos mil hombres: sicilianos, calabreses y beduinos idumeos contratados como tropa de línea. Vestido el hijo de la Reina Madre con ropaje idéntico al usado por el Faraón, con un carro de guerra igual que el suyo, y los soldados con el dorso desnudo, la faldilla roja y blanca, las lanzas doradas y el penacho blanco de los caballos, imitaban a maravilla un cuerpo de lanceros de los que guardaba el Faraón en sus grandes cuarteles de Ramesés.

Y cuando el Pueblo Escogido terminó de atravesar los Lagos Salados, salieron sus perseguidores en pos de ellos, en una noche oscura en que las espesas tinieblas impedían ser descubiertos.

Mas..., diríase que los mares se pusieron de acuerdo en beneficio del justo que buscaba la salvación de la humanidad elevando el bajo nivel moral y espiritual en que se encontraba; y cuando el ejército perseguidor llegó a la ribera de los Lagos, las aguas habían vuelto a su antiguo cauce y el mar crecía y crecía hasta desbordar.

Pero era cuestión de vida o muerte.

Los lanceros de León Bardi no querían perder las pingües ganancias que les habían prometido, ni la soberbia de los pigmeos dirigentes permitió que les llegara ni un débil rayo de luz, para comprender que Moisés era un instrumento del Eterno Poder para la obra que realizaba, y ellos eran dos infelices egoístas cargados de avaricia, de ambición y de soberbia.

Pocas veces se ha visto con tanta claridad la lucha entre el mal y el bien sobre la faz de la tierra como en este caso que vengo relatando. El empuje de la soberbia animado por el implacable deseo de venganza infiltró fuego vivo en los dirigentes y en la tropa, y al grito de: "Por la reina Gala y por Ramsés I, adelante que este oleaje que sube, no podrá impedirnos el paso".

En la precipitación desesperada, se apartaron del terraplén que las olas cubrían tornándolo en pantano que dificultaba la marcha, lo cual dio tiempo a la marea para subir lo bastante para que caballos, carros y hombres perdieran el equilibrio y cayeran vencidos por el furioso oleaje.

Sólo consiguió salvarse a nado León Bardi y uno de los auxiliares que le acompañaban en su carro, pero estaba tan mal herido a causa de la caída que vivió unas horas más, flotando como un moribundo sobre el piso de su carro que le sostuvo arrastrado por la correntada.

Mientras esto ocurría al norte, el Faraón, su esposa y sus hijos habían tomado el velero Real que les condujo al sur, a la resplandeciente Tebas que habían abandonado temporalmente, para colaborar con Moisés en la gran obra de evolución humana que realizaba y cuya sede central era el Templo de On.

* * *

El gran Sacerdote Ismael, jefe espiritual de las tribus israelitas, conferenció con Moisés y los Hierofantes compañeros, haciéndoles notar que aquellos estaban habituados a ofrecer sacrificios en homenaje al Poder Supremo, y estaban doloridos de no poder hacerlo en forma ninguna.

Esta advertencia fue manifestación clara de que no tan fácilmente se cambia la satisfacción que produce al alma humana el presentar ofrenda material y cruenta, con el íntimo sentir del espíritu evolucionado al rendir un homenaje puramente espiritual, tal como una sentida plegaria, un himno cantado con el alma misma al par que con los labios, una ofrenda floral presentada con amor y devoción, etc.

Fue éste el primer desaliento de Moisés. Pero Aelohin, su Guía íntimo se le hizo sentir en la meditación de la última noche transcurrida en Socot:

–*"La Divina Ley* –le dijo–*, es menos severa que tú, y Ella ordena que las inteligencias adelantadas deben tener la capacidad de ponerse a tono con las de escasa evolución en todo cuanto no*

se hiere la conciencia ni se tuerce el camino. Tenlo en cuenta, Apóstol de la Eterna Voluntad, y busca el medio de ser para tus hermanos menores lo que Ella quiere de ti".

Estas palabras ocuparon la meditación de Moisés y sus compañeros que las escucharon.

Y Moisés habló así:

–Escriba cada uno de nosotros de qué medios hemos de valernos para sustituir en el ánimo y sentir del pueblo, los sacrificios materiales que echa de menos, por los que deben satisfacer al alma humana que ha dado un paso más en su evolución.

Y en el largo silencio que siguió a estas palabras, todos recibieron o tuvieron la idea que salvaría la situación creada. Cuando terminada la meditación procedieron a observar las escrituras de cada uno, pudo verse que todas ellas coincidían aunque expresadas de diferente manera.

Hermosas ideas tendientes a la elevación de las almas al Supremo Poder, mediante plegarias, súplicas, acción de gracias por los beneficios recibidos, himnos de adoración y reconocimiento de las propias deficiencias, y nobles propósitos de dominar las ruindades del yo inferior.

Las ofrendas florales, el quemar hierbas aromáticas, la mirra, el incienso y áloe que al par de purificar los ambientes adormecen las exaltaciones nerviosas y colaboran a establecer la quietud interior.

La música sagrada y los himnos de los antiguos inspirados y profetas, la recordación de pasajes emotivos y conmovedores de las almas nobles y puras del pasado, todo eso podía formar motivo y tema para breves veladas al comienzo de las noches y antes de entregarse al descanso.

De todas estas sugerencias se valió Moisés para establecer el orden de la nueva vida de la humanidad que guiaba. Y esta parte del programa fue encomendada a María, la que fue esposa de Aarón y que el lector sabe ya qué personaje ilustre del pasado vivía en ella: la Matriarca Balbina, hermana de aquel Kobda Senio, que tan grande se nos presenta en la Fraternidad Kobda de la Prehistoria. Y Senio era uno de los Anacoretas sacrificados hasta el heroísmo en Sierra Nevada y luego en el Monte Horeb vecino al Sinaí, esperaba la llegada de Moisés guiando al Pueblo Escogido para primer depositario de la gran verdad: *¡El Alma Universal! ¡EI Gran Todo, el Único Invisible y Eterno: Dios!*

Y María o la Matriarca Balbina, supo rodear de tan exquisita belleza, armonía, arte, dulzura y emotiva devoción el culto que

realizaban al amanecer, que primeramente el mundo femenino, y poco a poco también los hombres se fueron sintiendo atraídos hacia aquella tienda en medio del desierto, donde un coro de doncellas tocaban cítaras y laúdes, y cantaban hermosos himnos pidiendo paz, salud, alegría y esperanza para los que todo habían abandonado por un ideal superior.

Al terminar aquel sencillo culto, los Hierofantes médicos se interesaban en aliviar alguna dolencia que padecieran los niños, y se daba tiempo para que expusieran alguna situación excepcional que ocurriera en el gran campamento.

Y María con sus damas de más edad, acudía a llevar el alivio necesario y las doncellas tenían a su cuidado a los niños, en forma de que compartieran el largo peregrinaje con la mayor comodidad posible.

Así se fue transformando suavemente, pero a costa de grandes esfuerzos de voluntad, la torpe idolatría de los unos, y la grosera materialidad de los más en cuanto a la forma y modo de acercarse el alma humana al gran Todo, que es su origen, al Alma Universal, al Único Invisible y Eterno: Dios.

La Unidad Divina soñada por Moisés, parecía diseñarse ya en las noches del desierto, mientras él contemplaba el cielo estrellado reflejándose en las aguas tranquilas del Mar Bermejo.

Y pasados Pihabiron, Belsefon y Maraba, en fatigosas jornadas de cansancio y largos descansos, llegaron a Elimo, cuyas abundantes y dulces aguas, su gran bosque de palmeras cargadas de dátiles maduros fue en efecto un delicioso oasis en que Moisés hizo descansar al pueblo durante dos semanas y media.

Abundaban allí los junquillos, las campanillas azules, las anémonas y el arrayán. Y María con sus doncellas, hicieron de la tienda oratorio un Templo florecido con grandes guirnaldas de hojas de palmeras y la abundante flora allí encontrada.

Pasado el culto religioso del anochecer, se organizaron danzas de niños y niñas de seis a diez años, se cantaron églogas pastoriles, himnos de honor a los valientes peregrinos del Pueblo Escogido que se acercaba al Sinaí para recibir la Ley Divina y Eterna para toda la humanidad.

Algunos Hierofantes inspirados recitaron odas cargadas de optimismo y esperanza, y por fin se vieron multitud de hornillos portátiles encendidos alrededor de la tienda donde cocían los panecillos dulces y las jaleas de frutas secas, que las doncellas habían preparado para repartir a los niños que en su alocada alegría semejaban una bandada de pajarillos bullangueros.

Era Elimo una aldea de numerosa población y rica en majadas

de ovejas, de cabras y de antílopes. Moisés tenía allí algunos conocidos y agradecidos amigos del Patriarca Jetro, y ellos y luego toda la población, se brindó amablemente a los peregrinos con cuanto tenían. Y así se vio luego un círculo de fogatas alrededor de los hornillos en que se asaban piezas de carne, huevos de ganso y de avestruz, y se tendían mesas y ánforas de vino, y cantarillos de leche y miel. Por mucho tiempo fue recordado el festín de Elimo, en tal forma que fue usado para hacer comparaciones con festines extraordinarios, y resultó clásica la frase de: "Esto es el festín de Elimo", cuando alguien hacía una gran fiesta en celebración de un acontecimiento agradable.

Ya clareaba en el oriente el rosedal de la aurora cuando aquella humanidad feliz se entregó al descanso en un plácido sueño.

El lector adivinará sin necesidad de que el relator lo refiera, que el alma más dichosa de todas en esa noche inolvidable fue el alma de Moisés, que al retirarse a su tienda recitó en alta voz mirando al arrebol que aparecía:

¡Gracias, Señor, porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol,
Por todo esto que veo en torno mío
Te doy gracias, Señor!

Tres días después, las tiendas eran levantadas y el gran éxodo comenzaba de nuevo hacia el Monte Sinaí, cuya negra silueta imponente y soberbia se diseñaba claramente sobre el claro azul del cielo oriental.

= 76 =
EL MONTE DE LOS ESPLENDORES

Hemos llegado por fin al punto culminante de la gloria de Moisés: el *Monte Sinaí*. En la prehistoria se llamó Peñón de Sindi y fue el lugar de correcciones severas que tuvo la Fraternidad Kobda para los delincuentes que más difícil les fue corregir.

Pero como es un axioma de largo alcance: "El amor salva todos los abismos", también en el Peñón de Sindi, hubo prodigiosas transformaciones de almas; gloriosas resurrecciones, pudiéramos decir, que hicieron de algunos cautivos, sembradores del bien en medio de sus semejantes, paladines esforzados de un ideal superior.

El peñón presidio había servido de refugio a los Kobdas fugitivos, expulsados de Neghadá por su valiente negativa a aceptar leyes nuevas en el viejo Santuario Madre de la Fraternidad civilizadora de tres continentes.

Y los Kobdas refugiados entonces, se habían comprometido unos con otros a continuar sus vidas sucesivas futuras en parajes cercanos al presidio, facilitando así el volver a reunirse hasta que alguna oportunidad favorable les permitiera regresar al nido abandonado.

Pero esa oportunidad no se presentó más. Algunos de los Kobdas que se acogieron al Peñón de Sindi lo conocían palmo a palmo, pues habían formado parte de los que de año en año se turnaban en la tarea de maestros y guardianes de los delincuentes allí recluidos.

Las numerosas grutas no habían sido bastantes para albergar a todos los fugitivos, y los prácticos en el lugar buscaron en el vecino Monte Horeb, grutas y cavernas bastante espaciosas que fueron arreglando hasta dejarlas en condiciones de ser habitadas por los que carecían de techo y hogar.

*En la Obra "Orígenes de la Civilización Adámica", hay detallada noticia del Peñón de Sindi.

Y la perseverancia pocas veces igualada de los Kobdas de la prehistoria, colaboradores heroicos en la Vida Mesiánica del Ungido Divino, pudo dar a Moisés la satisfacción inigualable de encontrarles en aquellos fragorosos montes, esperando su llegada.

En sus largas vigilias contemplativas, él les había visto, y no creía haberse engañado. Poco a poco fue convenciéndose de la realidad de sus clarividencias espirituales. Mas, nada hay comparable a la impresión del alma que ve con los ojos del cuerpo, y palpa y se estrecha en abrazo ferviente con aquellos seres que vio en sus gloriosas ensoñaciones de visionario celestial. Y esta intensa y dulcísima impresión la tuvo Moisés, cuando llegado tres días antes que el pueblo, escaló la montaña adusta y encontró lo que buscaba.

Los Anacoretas habitaban en las grutas del Monte Horeb, porque el Sinaí estaba destinado por consejo de los Guías Espirituales a manifestaciones que no todos podrían presenciar sin peligro para la salud física. Necesitarían una preparación especial y ésta se realizaría cuando Moisés hubiera llegado.

Hacía siete años que fueron aconsejados de trasladarse a las grutas del Horeb, porque en el Sinaí, debían crear las Antorchas Eternas por intermedio de los Querubes, tan extraordinarias

corrientes de fluidos magnéticos y fuerzas eléctricas, que no serían soportables para los seres encarnados, durante cierto tiempo.

Se habían unido a ellos los Anacoretas de Sierra Nevada y formaban el número catorce, o sea dos veces siete.

El mismo día de la llegada de Moisés al Sinaí, llegaron los Hierofantes Ohad y Carmi con Layo, Hur, Josué y Caleb, a quienes Moisés había mandado, a Pozo Durba, un mensajero con el aviso.

Tres días y tres noches pasaron en ese retiro de meditación apenas interrumpido para manifestarse recíprocamente las percepciones espirituales que percibían, los avisos, las sugerencias y observaciones que las Inteligencias Superiores, en colaboración con ellos, indicaban como convenientes o necesarias para no malograr los grandes sacrificios hechos por todos en favor de la grande obra que realizaban.

Transformar en justa, bella y buena la depravada y torcida corriente de la humana criatura, no era por cierto fácil de realizar. Imponer la Unidad Divina como verdad absoluta, entre el maremágnum de múltiples dioses, diosas y genios que habían dictado cada cual una ley diferente, era casi sobrehumano, sin exponerse a un fracaso que ocasionara luchas y guerras de una ferocidad espantosa. Pero ninguno se desanimó. Ninguno volvió la cabeza atrás, y sin haberse convenido de antemano, en la primera meditación, realizada en la Gruta oratorio del Monte Horeb, de pronto se encontraron todos de pie y las manos unidas en una fuerte cadena.

Se miraron con una honda mirada de interrogación.

– ¡O vencer o morir! –dijo Moisés con voz solemne de inspirado.

– ¡O vencer o morir! –le respondieron todos a una vez. Y en profundo silencio entraron al augusto Santuario de la soledad del alma con el Infinito.

La Gruta oratorio desapareció como por arte de magia, y en el ancho espacio azulado presenciaron el grandioso desfile de todos los Flámenes, Profetas Blancos, Dakthylos y Kobdas de las edades pretéritas, que seguían en marcha solemne un Arcángel llevando un inmenso pabellón color de oro en que estaba grabada en rojo púrpura esta inscripción:

"El sacrificio por un ideal de redención humana es la suprema consagración del amor".

Una música suavísima adormecía los sentidos, y una lluvia de narcisos, la flor símbolo del alma purificada, caía sobre los contemplativos solitarios, que se creían almas del mundo espiritual despojadas del cuerpo físico.

Cuando la manifestación terminó, ninguno podía moverse ni pronunciar palabra. Habían trascendido el plano físico, y por el lapso que no podían medir, las almas habían flotado ante el rodaje maravilloso de espejos, que guarda la Luz Divina para los buscadores de las Verdades Eternas.

El aspecto físico que hasta el día de hoy presenta el Monte Sinaí, es el mismo que vio Moisés con el pueblo que conducía. Consta de tres elevadas cumbres que fueron llamadas Monte Serbal, Monte Horeb y Monte Sinaí.

El Serbal tenía grandes mesetas o explanadas hacia las que se abrían espaciosas grutas y se encuentra al oriente. Le sigue el Horeb, más elevado, más fragoroso, y al lado suyo el Sinaí, más o menos de parecida altura entre los dos mil cuatrocientos a tres mil metros.

En una de las espaciosas explanadas del primer monte está la ciudadela llamada de Santa Catalina, rememorando el nombre de la ilustre mujer que construyó el Monasterio que habitan los Anacoretas llamados Koptos, regentes de toda la Ciudadela en que hay edificados varios recintos de oración, ejerciendo cada cual con entera libertad su forma y modo de Adoración al Eterno Invisible, al Poder Supremo: Mezquita árabe, musulmana, pagoda budista, templo cristiano, sinagoga israelita.

En la época de Moisés, los Anacoretas que le esperaban habitaban las grutas del Horeb, pero ellos conservaban Escrituras de los Kobdas prehistóricos que habían vivido también en las grutas del Serbal. Debieron ser muchos los fugitivos de Neghadá, que dejaron grabados en las piedras de los muros interiores sus nombres y frases a veces fáciles de comprender y otras indescifrables.

En el Sinaí existían vestigios del áspero presidio que debió ser en la época de los Kobdas: fuertes aros de cobre, trozos de cadenas, aún adheridos a las rocas.

Del villorrio que debió formarse en la prehistoria con los redimidos y sus familias, que el amor redentor de los Kobdas les permitió formar, no había ya vestigio alguno en los días de Moisés.

El tiempo y las arenas del vecino desierto de Shin, lo había borrado todo.

En la segunda noche que Moisés y sus compañeros pasaron en las grutas del Horeb, pudieron percibir llamas azuladas que flotaban sobre el Sinaí, y ruidos fragorosos como estallidos de fuerzas que se chocaran, causando estremecimientos o temblores que sobrecogían el ánimo.

Conocedores todos ellos de las corrientes y fuerzas etéreas,

magnéticas y eléctricas que mentes humanas pueden poner en actividad, comprendían que los Guías Invisibles de la gran jornada de Moisés, estaban muy al tanto del estado mental, espiritual y moral de la humanidad de esa hora, y del grado de evolución del Pueblo Escogido, que ni la Escuela a puertas abiertas pudo levantar el nivel de la mayoría, ni aun a la mitad de lo que Moisés hubiera deseado.

Él mismo comprendió durante los tres meses que duró el viaje de Ramesés al Sinaí, que el bienestar material tenía predominio en el pensar y sentir de aquella muchedumbre.

Los altruistas, los desinteresados, los que sentían en sí mismo palpitar un ideal, eran la minoría.

Y esto que Moisés comprendió, lo sabían desde luego las Inteligencias Superiores que colaboraban con él.

A multitudes de tal naturaleza, sólo se les puede llevar a las claridades de un ideal invisible, mediante manifestaciones extraordinarias de fuerza y de poder.

Les había escaseado el sustento durante la travesía por la modesta esfera comercial de los villorrios que cruzaban, y una oportuna bandada de codornices y aves acuáticas que bajaron al Mar Rojo, salvó la situación.

Había tenido sed la muchedumbre porque el sol demasiado ardiente, calentó y evaporó el agua de las odres, y Moisés encontró una filtración, que en cristalina corriente surgía de los peñascos que flanqueaban a veces la senda por donde marchaba la gran caravana. Jubiloso el pueblo todo lo había celebrado como feliz y grande acontecimiento.

Y Moisés y sus compañeros aprovecharon tales hechos, para llevar a aquella muchedumbre al convencimiento de que hay una gran fuerza providente y amorosa que vela sobre aquellos que buscan el bien, la justicia y la verdad. Y a esa fuerza la humana criatura le llama Ievé, o Atmán, o Amón Ra, o Brama, o Dios, según el lenguaje o país o ideología en que ha nacido y en que vive.

Pero las muchedumbres de poca evolución se sienten más protegidos y cuidados por fuerzas extraordinarias que llaman milagrosas o sobrenaturales, que por hechos o sucesos que siendo innegablemente providenciales, no están revestidos de ese algo mágico y maravilloso tan seductor para cierta clase de personas.

Y María, la sacerdotisa de los peregrinos compuso un himno al Eterno y Único Poder Invisible que escuchó el clamor de su pueblo que tenía hambre y sed:

"Millares de codornices
Oscurecieron la luz
Y las gaviotas y cisnes
Poblaron el mar azul".

Era ésta una de las estrofas del cantar que la gran sacerdotisa auxiliar de Moisés hacía cantar a las doncellas de su coro, y que luego todo el pueblo cantaba entre danza y batir palmas.

Todo esto había ocurrido y el pueblo lo recordaba con frecuencia, pero no hubiera sido bastante para que se hiciera carne en el pueblo la idea de un Poder Soberano y Único, pero eternamente Invisible, que tiene el derecho de imponerle una ley justa y austera, a la cual no deberá transgredir nunca jamás, si quiere contar siempre con el amor y protección de ese mismo y Soberano Poder.

Y teniendo todo esto en cuenta, los Invisibles y los Encarnados que realizaban tan grande transformación humana, hicieron uso de sus facultades para poner en actividad fuerzas etéreas, magnéticas y eléctricas existentes en el espacio infinito.

El estupendo esfuerzo mental de Inteligencias Superiores fue origen y causa de las tremendas magnificencias que precedieron al dictado supremo de la Ley del Sinaí.

* * *

La Gruta oratorio del Monte Horeb tenía su amplia abertura al exterior, frente al Monte Sinaí y desde que comenzó la manifestación de corrientes y fuerzas excepcionales, descorrían los solitarios la espesa cortina de junco que la cubría, a fin de prestar atenta observación a cuanto estaba ocurriendo en el promontorio que ellos empezaron a llamar el Monte de los Esplendores.

Los seis compañeros llegados de Pozo Durba, tenían el alma sobrecogida de pavor y de asombro. Los diez años de la ausencia de Moisés habían sido de serena y plácida quietud en la cabaña y Templo del Patriarca Jetro, que muy anciano ya había delegado toda su autoridad en los Hierofantes Ohad y Carmi, maestros que fueron de Osarsip niño y adolescente, como recordará el lector. Esos largos diez años no fueron perdidos, pues durante ese tiempo tradujeron al griego las más importantes Escrituras que encontraron en el Archivo traído por Moisés y algunas conservadas por el Patriarca Jetro, escritas en los jeroglíficos usados por los Iniciados en los Templos Egipcios.

El griego antiguo era una escritura más fácil de interpretar y

comprender. Los antiguos jeroglíficos eran figuras de animales, figuras geométricas, o de objetos, y cosas de las mil que presenta la misma naturaleza, troncos de árboles cortados de distintas formas, cañas rasgadas, trozos de piedras con determinadas hendiduras, y grietas hechas a cincel, trozos de sogas con nudos, estrellas grandes y chicas, rayas paralelas, a veces verticales y a veces horizontales.

Estos trabajos de Ohad y Carmi fueron grande aprendizaje para Hur y Layo, que llegaron al perfecto dominio de esa antiquísima forma de escritura. Por eso los grandes Archivos de Hur; que sus descendientes conservaron cuidadosamente llegaron a las manos de ese *"Otro Yo",* que anunció Moisés que vendría a la tierra siglos después, y que la humanidad ha conocido con el nombre de Yhasua de Nazareth.

Decíamos que los recién llegados de Pozo Durba, aunque mucho sabían de los planos espirituales y de las actividades protectoras de las Inteligencias Superiores, no habían sido testigos oculares de grandes manifestaciones supranormales.

Y lo que estaban viendo en las noches del Monte Horeb concentrados en meditación, pasaba los límites de lo visto y conocido por ellos.

En la tercera y última noche antes de la llegada de todo el pueblo, los solitarios vieron que el Sinaí desaparecía cubierto por una espesa nube dorada con estrías bien marcadas de todos los colores del iris. Y aquella nube era una revolución de movimientos que a veces semejaban al oleaje turbulento del mar.

Y cuando pasado un cierto tiempo, aquel agitado movimiento se tornó en calma y quietud, surgieron de entre la nube seres radiantes armados de largos dardos de luz color del fuego, que extendieron sus brazos en todas direcciones, y toda la montaña quedó iluminada como si un millar de soles estuvieran en el cenit. Se comprendía bien que era toda una legión de guardianes celestiales del Poder y de la Fuerza, porque la montaña vibraba como si fuera a romperse en mil pedazos, en tal forma perceptible para todo ser vivo en la carne, que los compañeros, todos, de Moisés, necesitaron tomarse fuertemente de las manos, unos con otros, para no perder el equilibrio y caer a tierra como un trapo sin vida.

Y Moisés caído en letargo en su sillón de madera y juncos, parecía dormir en una serenísima calma.

Más de pronto vieron aparecer entre la multitud de seres radiantes que tendían sus dardos luminosos, una figura más alta

que todos ellos y sólo cubierto de una túnica azul brillante como si fuera de metal.

Al instante los dardos de fuego desaparecieron de todas las manos que se plegaron en reverente actitud, mientras las frentes se inclinaban y un millar de voces decían a coro:

"–Todas las fuerzas del espacio te obedecen, Ungido del Poder Divino, en esta hora crucial de tu vida Mesiánica. Enviado del Único Eternamente Vivo; ninguna fuerza del universo anulará jamás, lo que tú haces vivir para siempre en la conciencia de esta humanidad. ¡La vida Eterna, el Gran Todo Universal, Origen y Fin de toda Vida, Eterno Poder Invisible Dios!"

Una estruendosa sinfonía triunfal resonó en la nube que cubría el Sinaí, mientras desaparecían en ella los radiantes seres que la poblaron, y la nube misma se deshacía en retazos como un velo que se lleva el viento, y Moisés despertaba de su letargo y rompía a llorar en sollozos que estremecían todo su cuerpo.

Todos los solitarios cayeron de rodillas al pavimento de piedras, con las almas sobrecogidas de un místico arrobamiento.

En esa noche comprendieron toda la excelsa grandeza y el poder sobrehumano de aquel hombre, que sollozaba humildemente sentado en un silloncito de madera y juncos en una áspera gruta del Monte Horeb. Y en todas aquellas mentes plenas de luz, vibró como un relámpago el mismo pensamiento.

"Moisés es un retazo de Dios bajado a la tierra".

= 77 =
EL DICTADO SUPREMO

Al día siguiente y apenas clareaba la alborada, les despertó el cuerno de los guías de la gran caravana.

Llegaban los cincuenta hachadores y guadañadores contratados para despejar de arbustos y malezas el lugar elegido para el campamento. Suponía Moisés que allí se detendrían por tiempo indeterminado, y bajaron precipitadamente del Monte Horeb obedeciendo al deseo de los Anacoretas que pedían guardar por completo el secreto de su existencia en ese lugar.

"–El mundo debe ignorar en absoluto que nosotros existimos, que ésa es la única seguridad que tenemos de ser respetados en el plano físico".

Tal fue el ruego de los solitarios y el compromiso jurado de los visitantes, y acaso a esto se deben las amenazas de muerte que

hacen las crónicas eclesiásticas que conocen la humanidad, para todo el que subiera al Monte Sinaí, añadiendo que dichas amenazas partían del mismo Dios que por intermedio de Moisés les hacía llegar a todo el pueblo.

Según esas escrituras el privilegio de subir al Monte Sagrado estaba reservado a Moisés y sus Hierofantes, y el pueblo todo debía contemplar desde el llano las maravillas ocurridas en aquellas ásperas cumbres vecinas a las nubes.

Creo, pues, que la sugerencia de que el secreto de la existencia de los Anacoretas era la causa de tales amenazas, es bien lógica y razonable.

Y toda aquella muchedumbre en quien el instinto de conservación de la vida hablaba muy alto, fue dócilmente sumisa a tan sugestivas y amenazadoras advertencias.

Moisés y sus auxiliares íntimos diseñaron por medio de cuerdas, los límites del gran campamento y la forma en que debían ubicarse las tiendas de cada familia.

Delante de todas ellas y frente a frente al Sinaí, hizo abrir tres grandes tiendas. La del centro era destinada a recinto de oración. Era el Templo que en pleno desierto levantaba para que el pueblo rindiera culto a su Dios.

Las dos tiendas laterales, la una era para sí mismo y sus Hierofantes, la otra para el Pontífice de Israel y sus sacerdotes. Alrededor de todas las tiendas se hicieron los grandes cobertizos para los camellos, asnos y caballos en que habían viajado, y los carros y demás enseres propios de tan larga jornada como la que realizaban. Era aquello una muralla viva que servía de resguardo de las fieras, para toda aquella muchedumbre acampada en un desierto alejado de toda población.

Pienso que las mentes de la hora actual no llegaran a comprender y menos a aceptar con agrado el temerario arrojo de toda esa multitud, que se lanzó sin miedo a lo incierto e inesperado que pudiera sobrevenir.

Yo, relator de esta tremenda epopeya, me creo en el deber de sugerir al lector ideas tranquilizadoras.

Sucedió quince siglos antes de la Era Cristiana; y han transcurrido después veinte siglos más. Quiere decir que aquel hecho dista de la actualidad, treinta y cinco siglos, que significan tres mil quinientos años. Y si vemos y comprobamos que en sólo cincuenta años los seres humanos cambiamos de costumbres en el vestir, en la alimentación, en los cuidados personales, en la forma de comprender y de vivir, en todo, en fin, lo que se relaciona con nuestra

existencia física, cabe y es muy lógico suponer que la humanidad de treinta y cinco siglos atrás, debía entender y vivir su vida de un modo diferente que la humanidad actual.

El éxodo o traslado de grandes porciones de humanidad, fue acontecimiento repetido muchas veces, según lo sabemos por antiguas Escrituras y porque esos grandes pasajes han dejado rastros en las rocas de las montañas, en las cavernas y grutas de los largos caminos que siguieron.

Teniendo todo esto en cuenta, el éxodo que realizó Moisés con un numeroso pueblo que le seguía, dejó de parecernos inverosímil, y no es tan difícil aceptar que hubiera en tan lejanas edades organismos físicos y voluntades humanas capaces de realizar, quizá obligados por especiales circunstancias, lo que hoy no haría la criatura terrestre, habituada a la vida fácil, cómoda y placentera que el progreso ha proporcionado a nuestra humanidad moderna.

El Supremo Dictado del Sinaí no fue dado a la inmediata llegada del pueblo, sino dos semanas después.

Es bien comprensible que el levantar tiendas y cobertizos para tan grande muchedumbre de seres humanos, más las bestias que le habían conducido, no es cosa de hacerlo en un día ni en dos. Además Moisés y sus auxiliares eran psicólogos de alto vuelo y sabían bien que para ponerse el ser encarnado en condiciones de entrar en contacto con el mundo espiritual, se necesita el descanso físico para la materia y serena quietud para el espíritu.

Moisés aconsejó al pueblo hacer excursiones al mar que tan cerca le tenían y refrescarse en sus aguas tranquilas, a la vez que se proveían de buena pesca para la cena. Las excursiones se efectuaban al caer la tarde, y la alegría y compañerismo que se despertaba en los paseantes, dábales esa sensación de seguridad y bienestar que abre las puertas al optimismo florecido en esperanzas prometedoras de un futuro feliz.

Se trabajaba de sol a sol, haciendo cada familia las instalaciones que juzgaba más conveniente para su relativa comodidad. Y cuando el sol declinaba en el ocaso, la mayor parte del pueblo se encaminaba hacia el mar, acompañadas las mujeres por la incomparable María, a la cual daban ya el nombre de Matriarca.

Los dos primeros días, Moisés en persona fue el conductor de los excursionistas al mar, y luego continuaron haciéndolo por turno algunos de los Hierofantes más avezados al trato con las muchedumbres.

Los médicos se preocupaban asiduamente de los que sentían alguna dolencia. El maternal corazón de la Princesa Thimetis tuvo

bien en cuenta ese detalle y con esmero de que sólo una grande alma es capaz, había mandado arreglar un gran carro todo cubierto, que era una minúscula Casa de la Vida como era llamado en el país lo que conocemos por un Hospital.

Sólo tenía un sillón, una camilla y la estantería para los frascos, cubiletes, potes, etc., con los medicamentos de primera necesidad.

El clima tibio siempre y a veces cálido, la ausencia permanente de lluvias, que sólo aparecen de milagro, colaboraba con el plan de Moisés, gran conocedor de lo que guardaban todos aquellos parajes. Lo había recorrido por dos veces antes y ésta era la tercera.

Además, los Anacoretas le habían suministrado todos los datos necesarios referentes a las filtraciones de agua potable que existían en varios puntos de la montaña. De esas filtraciones nacían arroyuelos cuyas márgenes estaban cubiertas de verduras y frutas silvestres que eran comestibles. La uva blanca, el camambú, las fresas, las granadillas, el tasis, el pikillín, la vainilla negra, la bellota, todo ese conjunto de frutas silvestres que eran el alimento de los solitarios, podía ser utilizado por aquel pueblo nómada en caso de necesidad si llegara a faltarle la provisión alimenticia.

No habían sido perdidos los diez años vividos por Moisés en la cabaña del Patriarca Jetro, y conocía el desierto y sus misterios y secretos como se conocía a sí mismo.

Algunos autores y críticos atribuyen a Moisés extraordinarios poderes de mago, porque no aciertan a comprender cómo un hombre de su genio y su gran talento pudo lanzarse con un numeroso pueblo al desierto, donde pobres y mezquinas aldeas aparecían de tanto en tanto y con las que poco o nada se podía contar para cubrir las necesidades de tan grande multitud.

En los Archivos luminosos de la Divina Luz, nada encuentro de aquel misterioso "maná" llovido del cielo que alimentó al pueblo peregrino en el desierto y pienso que acaso los Escribas de las Crónicas conocidas, interpretaron literalmente alguna alusión alegórica a la previsión prodigiosa de Moisés, que conocedor de todos los aspectos y detalles de aquellos lugares pudo evitar que el pueblo careciera de alimentos en aquellas soledades.

Las alusiones alegóricas en el oriente han sido siempre algo exageradas, y las figuras jeroglíficas de las Escrituras se prestaban a equivocadas interpretaciones, si los traductores no eran de larga práctica en ese trabajo.

Aún en la vida ordinaria, vemos que una sabia y prudente previsión, da a veces resultados en que pareciera haber intervención de la magia más audaz y elevada.

"Era Moisés un retazo de Dios bajado a la tierra", según lo dijeron los Hierofantes que presenciaron las manifestaciones extraordinarias del Sinaí.

Y su mente estaba dotada de un poder y energía que no ha sido aún sobrepasado ni aún igualada por seres encarnados después de él, mas todo cuanto conserva y revela el Archivo de la Luz está perfectamente encuadrado dentro de los límites inamovibles e invariables marcados por la Ley Divina que rige todos los elementos, fuerzas y corrientes percibidas y comprobadas por la ciencia de la hora actual de tan fantástico y estupendos descubrimientos.

* * *

Era el atardecer.

El sol había desaparecido ya envuelto en sus velos de amatista y oro. Un silencio majestuoso y profundo parecía esperar que algún sonido lo interrumpiera pues se hacía ya demasiado largo.

–Hoy será el gran día –les había anunciado a la mañana, Moisés–, haced un gran esfuerzo si os es necesario, para no alterar en forma ninguna la tranquilidad y la paz de este día.

"El Eterno Invisible que es nuestro Padre y nos ama, os hará saber hoy porqué y para qué habéis abandonado Egipto, y porqué estamos reunidos en este desierto, al pie del Monte Sinaí.

"Esperad pues tranquilos, pensando que el Eterno Invisible es nuestro Padre y nos ama con un amor infinitamente mayor que todos los amores de este mundo".

Y Moisés penetró en su tienda y no le vieron más, hasta que al atardecer le vieron todo vestido de blanco envuelto de la cabeza a los pies en un gran manto de lino y que seguido de sus Setenta auxiliares íntimos, vestidos como él, subía el escabroso monte por un tortuoso desfiladero, que a momentos desaparecían como tragados por quebradas y gargantas, y aparecían de nuevo empequeñecidos por la grande altura alcanzada. El adusto promontorio empezó a cubrirse de un rojizo resplandor de llamas que aparecían como enormes lenguas de fuego que iban elevándose más y más hasta teñir con tintes de oro las nubes que estaban cercanas.

Cuando casi llegaban a la cumbre, los blancos encapuchados que aparecían como pequeños corderillos de una majada, estaban de rodillas y el dorado resplandor empezaba a cubrirlos, en tal forma que apenas se les percibía desde la llanura.

Toda aquella muchedumbre sobrecogida de estupor, oyó una grande y sonora voz que decía:

–El Eterno Invisible que es Amor, Poder y Justicia os dice:

"Yo soy el Señor Dios vuestro que os ama sobre todas las cosas y quiere vuestro amor, ilimitada confianza y constante fidelidad.

"Yo soy el Señor Dios vuestro y no tendréis otros dioses en vuestra vida porque Yo Soy la Verdad, la Luz, el Bien y la Felicidad perdurable y Eterna. Soy vuestro origen y vuestro fin".

"Y ésta es mi Ley única, inmutable, invariable y eterna.

"Ámame sobre todo cuanto existe porque Yo Soy tu Dios y tú eres mi Hijo.

"No tomarás mi nombre para falsedad ninguna porque Yo Soy la Verdad.

"Me consagrarás un día en la semana y será para descanso de tu cuerpo y alegría de tu espíritu.

"Después de Mí, darás a tus padres los dones de tu reverencia y de tu amor en todos los días de tu vida.

"No matarás a ningún semejante tuyo, porque Yo Soy el dueño de toda vida.

"No cometerás adulterio ni acto alguno que ofenda el pudor y dignidad humana.

"No tomarás nada ajeno sin la voluntad de su dueño.

"No levantarás calumnia ni falso testimonio en contra de tus semejantes.

"No desearás los bienes ajenos ni pondrás tu deseo en nada que pertenezca a tu prójimo.

"No harás, nunca jamás, lo que no quieras que se haga contigo.

"Tal es el resumen de toda mi ley".

La voz calló como sumergida en un tremendo remolino de luces errantes y fugitivas, de nubes y nieblas y resplandores que daban claridad hasta larga distancia.

Cuando volvió el silencio y la calma, la muchedumbre vio descender a los Setenta compañeros de Moisés, que cada cual se alumbraba el camino con una antorcha de cáñamo.

Pero Moisés no volvía con ellos.

Para evitar las alarmas que esto pudiera causar al pueblo, uno de los Hierofantes anunció:

–La Eterna Ley que acabamos de recibir será grabada sobre tablas de piedra, y vuestro Guía Conductor ha quedado arriba para recibirlas.

"Esperadle en paz y tranquilidad.

* * *

Los Anacoretas que habitaban desde siete años atrás en las grutas del Monte Horeb vecino inmediato del Sinaí, se habían trasladado por aviso espiritual, a la gruta templo que tuvieron los Kobdas de la prehistoria cuando fueron guardianes de los cautivos y luego, refugiados fugitivos que huyeron de Neghadá, transformado por fuerzas y corrientes contrarias de Santuario de Sabiduría, de Paz y de Amor, en Palacio Fortaleza de una soberanía militar, audaz y autócrata en alto grado.

El Guía Mayor y más íntimo de la Misión de Moisés, era Aelohin, secundado por todos los compañeros de evolución que se encontraban libres de la vida carnal.

Su poderosa influencia unida a los solitarios de aquellos montes, habían producido las estupendas manifestaciones que la Eterna Ley nos ha revelado.

Ellos sabían que el agente o instrumento directo del plano físico era Moisés, y comprendían y sabían que llegado el punto final y culminante, ese instrumento de carne, sangre y nervios habría dado de sí, cuanto puede dar un ser revestido de materia física terrestre. Le sabían pues, agotado, deshecho casi muerto.

Necesitaba un largo descanso en el sopor suavísimo del sueño hipnótico provocado por mandato mental superior. El cuerpo físico de Moisés dormía en profundo silencio y quietud sobre un blando lecho de heno, envuelto en su blanco manto de lino y vigilado de cerca por los Anacoretas, entre los que se hallaba Thylo, Senio y diez antiguos Kobdas que habían sido discípulos y amigos permanentes de Anfión, de Antulio y de Krishna.

Cuando transcurridos catorce días, salió de su estado letárgico, era su aspecto de un muerto vuelto a la vida.

Los Anacoretas habían ya grabado las tablas con la gran Ley recibida, pero Moisés debía reponerse espiritual y físicamente antes de presentarse al pueblo de nuevo.

Tal fue la causa porque él tardó veintitrés días sin bajar del Monte de sus glorias y también de sus martirios, que la humanidad ignoró por completo.

Él llevaba grabado en todo su ser el gran lema de los Hijos de Dios: *"El sacrificio por un ideal de redención humana es la suprema consagración del amor"*. Y él había dicho un día la solemne evocación ante su consejo de Hierofantes unidos: *"O vencer o morir"*.

Cuando ascendía al Monte, cubierto con gran manto blanco en que los antiguos Profetas y Soberanos Atlantes eran envueltos para morir, había preguntado con su mente hundida en lo infinito, como un audaz y atrevido sondaje:

–"¿Bajaré con vida de este Monte tuyo, Señor, a donde subo para encontrarme Contigo y recibir tu Ley Soberana?"

Y el más profundo silencio le había respondido.

¿Qué ley, qué misterio, qué secreto encerraba ese pavoroso silencio del mundo espiritual que tan pródigo había sido antes para con él?

Era sin duda la gran prueba final del Eterno Poder para con su Elegido.

Y no obstante el gran silencio abrumador, Moisés siguió subiendo y pensando:

–El monte del sacrificio, el Monte de la Muerte. ¡Señor!... ¡Eres mi dueño Eterno! ¡De Ti he salido y a Ti he de volver! ¡Tu voluntad Soberana es y será siempre mi única Ley!

Y así había llegado a la cima y caído de rodillas entre sus Hierofantes, había rendido su adoración, su ser y toda su vida a la infinita grandeza de su Padre Dios, que callaba para él en ese instante supremo.

La elevación espiritual de Moisés es inmensamente más grande que la obra material y humana que realizó en beneficio de toda la humanidad.

Mas, debemos comprender que el pueblo no podía comprender el mundo interno de Moisés, si aún ahora, con tres mil quinientos años de evolución, es costoso a la humana criatura el comprender y sentir la firmeza sublime de aquel ser abrazado a un Ideal Invisible, que a momentos parecía huir ante él, como una estrella errante y fugitiva...

Y el pueblo empezó a dudar, a temblar, a temer al desierto que lo rodeaba como un inmenso sudario de peñascos y de arena del cual solo la muerte podía esperar.

Los que eran en verdad descendientes de los Patriarcas hebreos, Abraham, Isaac y Jacob, o sea las Doce Tribus de Israel, estaban sostenidos por la fe en esa gran fuerza llamada Providencia Divina que había velado siempre por sus antepasados. Los Hierofantes compañeros de Moisés eran conocedores de las ocultas verdades propias de Iniciados en la Ciencia de Dios y de las almas. Pero todo el resto del pueblo de diversas razas, de escasa evolución y que sólo habían puesto su confianza en el hijo de la Princesa Real de Egipto, casi hermano del Faraón, la aprobación suya como suprema autoridad del país, y ahora todo esto les faltaba, se había evaporado como el humo que se lleva el viento.

La única realidad era el desierto con sus arenales interminables,

que les rodeaba apartándoles del mundo de los vivos por miles y miles de millas.

El espectro del hambre y de la muerte se levantaba pavoroso y amenazador ante aquella muchedumbre abandonada a sus fuerzas impotentes.

Una caravana de beduinos moabitas a quienes un terremoto volcánico de sus montañas les espantó de improviso y huían buscando tierras de llanura en mejores condiciones, acertó a pasar en esos inciertos días, por el campamento del Pueblo de Moisés.

Esa infeliz caravana de fugitivos tuvo la fuerza de convencer a los vacilantes y cansados seguidores de Moisés, que podían y debían buscar también otro camino.

Una décima parte del pueblo atendió la prédica subversiva, y con gran escándalo y gritería jubilosa hizo coro a los cantares, danzas y adoración de los advenedizos que repartían sus provisiones de carnes y frutas entre los descontentos y mal provistos del pueblo de Moisés. Eran devotos del dios Molok y de Astarté, y de cuanta superchería y malas artes mágicas acompañaban esos cultos idólatras.

–Moisés ha muerto en el Monte consumido por el fuego –empezaron a gritar; y la trágica noticia corría como fuego en un pajar reseco.

La Matriarca María, Aarón y todos los Hierofantes hacían esfuerzos inauditos para tranquilizar a los que causaban tan grandes temores a todo el pueblo.

Los que fueron fieles a Moisés y al Ideal Divino que les había hecho nacer en el alma como un blanco rosal que nunca podría morir, se encerraron en sus tiendas para eludir la prédica subversiva, mientras los hombres y mujeres de la caravana formaron una pira de piedra fuera del campamento y en procesión llevaron allí la figura de Molok, un enano de plata, feo y contrahecho, sin arte ni belleza alguna, pero que al decir de sus devotos, era maravilloso en los dones que les otorgaba.

Las mujeres demasiado insinuantes tomaban del brazo a los hombres que vacilaban y lograron llevar muchos, y también a las esposas, hermanas o hijas, y bebiendo entre danzas y cantares formaban tan atronador laberinto que todo aquello tomó el aspecto de una orgía nauseabunda para los adeptos fieles a Moisés.

Cuando fue evidente la vacilación y caída de una parte de la muchedumbre, Hur salió de su tienda cubierto del manto blanco de lino que era la vestidura de los momentos solemnes de los Sacerdotes consagrados a Dios, dio una gran voz por la bocina usada para los

grandes llamados: –Por aquí no saldrá ninguno de los que salieron de Egipto siguiendo a Moisés, –tomándose fuertemente de los dos postes de cedro que flanqueaban la entrada al campamento.

– ¡Molok puede más que tú, imbécil! –gritó una mujer moabita que tenía tomados un hombre en cada brazo, que eran los dos rebeldes que primero habían aceptado la sugerencia y los que arrastraban a otros y otros en pos de ellos.

La pequeña turba enloquecida se lanzó con ímpetu a la puerta, tiraron a tierra a Hur y pisoteándolo como a una piltrafa despreciable corrieron al altar de Molok, ante el cual sus sacerdotisas danzaban al son de tamboriles y panderetas.

Tan grande era la gritería y laberinto formado, que no se apercibieron de que bajaba Moisés del Monte Sagrado, trayendo afirmadas a su pecho las tablas de fino mármol en que habían sido grabados los mandatos del Señor.

Bajaba entre un nimbo de luz dorada, y de su frente que el manto no cubría salían dos poderosos dardos de fuego que esparcían claridad de sol por todo el contorno que circuía al campamento.

Era el anochecer.

Ver a Moisés en tal forma y huir despavoridos los devotos de Molok fue cosa de un instante, como si los peñascales vecinos les hubieran tragado.

Sólo quedaron estupefactos y asustados los de su pueblo que habían perdido la fe en él y en el ideal que les diseñara un día como una visión celestial.

La indignación del gran hombre llegó a ese límite que sobrepasa toda fuerza de voluntad y de dominio de sí mismo, y arrojó al suelo las tablas que se partieron en dos trozos.

– ¡A mí los fieles al Dios del Sinaí! –exclamó en alta voz.

Huri, hijo de Hur, con su hijo Besed fueron los primeros en acudir a Moisés y allí encontraron a su padre que luchaba entre la vida y la muerte.

Tenía el tórax hundido y todo él se estremecía dolorosamente. Le colocaron en una parihuela ante la tienda oratorio, al mismo tiempo que las tiendas se abrieron y la oscuridad en que todo el campamento estaba envuelto, se iluminó con la claridad que envolvía a Moisés.

La consternación de todos, el llanto lastimero de las mujeres, suavizó, como un fresco rocío el amargo dolor del gran visionario que había querido crear un pueblo para su ideal, y ese pueblo lo había traicionado. Los Hierofantes vestidos de penitentes le rodearon.

Las mujeres llorando se arrodillaron en un gran círculo a su alrededor, la Matriarca María se llegó a él con su coro de doncellas, también vestidas de penitentes.

Toda aquella muchedumbre de rodillas ante él, imploraban perdón para los culpables.

–Han traicionado a su Dios y merecen la muerte –fue el clamor de Moisés que resonó como un trueno en la soledad pavorosa del desierto.

–Todos hemos pecado innúmeras veces y aún vivimos, Moisés, amado hermano mayor de toda esta muchedumbre –imploró la sacerdotisa María.

Hur que aún vivía, luchaba entre la vida y la muerte, y clamó como en grito de agonía:

– ¡No matarás, Moisés, no matarás! Ha dicho la voz del Señor.

Moisés dobló la cabeza y cayó de rodillas ante la camilla improvisada de Hur a la puerta de la tienda oratorio.

Aelohin, su guía íntimo, tomó a Hur que en estado de hipnosis pronunció estas palabras con la voz apagada de un moribundo:

"Agnus Dei quitolis pecata mundi".

Y en un largo suspiro exhaló su espíritu, mientras continuaba oyéndose como el eco mismo de esas palabras, tantas veces cantadas por los ángeles del Señor ante los Mesías encarnados en planetas de expiación:

"Agnus Dei quitolis pecata mundi", que traducido al idioma castellano dice: "Cordero de Dios que lavas los pecados del mundo".

Moisés, atormentado Mesías en medio de tan torpe humanidad, comprendió el significado de las frases repetidas por su hermano moribundo, y con su frente apoyada sobre aquel pecho sin vida, le prometió el perdón para los culpables si había arrepentimiento en ellos.

En caso negativo les expulsaría del campamento, dejándoles libres de ir donde ellos quisieran.

Ordenó que los culpables permanecieran durante siete días enclaustrados en sus tiendas sin hablar con ninguno del pueblo fiel. Si pasado ese tiempo reconocían su mal obrar y prometían corregirse, continuarían formando parte del pueblo de Dios.

Las esposas, las madres y los hijos de muchos de ellos, no habían tomado parte en la rebelión y pidieron a la Matriarca María un amparo para ellos. La abnegada y prudente mujer les cobijó en su propia tienda y en las tiendas de sus compañeras de apostolado, hasta que pasaron los siete días de la penitencia impuesta por Moisés.

Cuando las tiendas clausuradas fueron abiertas se encontraron vacías aquellas de los más culpables, que por una rasgadura hecha a puñal, se habían escapado y huido al desierto.

La numerosa porción de los menos culpables o sea los que por inconsciencia y debilidad a su fe habían cedido a la sugestión, se encontraban profundamente humillados, pues recordaban haber sido generosamente favorecidos por Moisés y su madre, cuando en los días aciagos de la esclavitud en Egipto, les habían salvado de situaciones bien angustiosas.

La Matriarca María y su consejo de mujeres se tomaron la tarea de reconciliarlos con el Dios de Moisés, como ellos decían, asegurándoles un perdón definitivo mediante el firme propósito de ser fieles en adelante.

Todo quedó borrado y olvidado con la pública proclamación de la Ley, nuevamente grabada en tablas de piedra, ante las cuales hizo Moisés desfilar a todo el pueblo, que hizo el voto solemne de fidelidad al Señor en todos los días que vivieran sobre la tierra.

A cada familia o tribu le fue designado un día y una hora de acercarse a la tienda oratorio a presentar el homenaje de su adoración y amor al Dios oculto, invisible tras el blanco velo que cubría el Arca en que fueron encerradas las Tablas de la Ley Suprema.

Más adelante, los devotos, los que no alcanzan a comprender un culto y un amor sin ofrendas materiales, tuvo Moisés la complacencia de permitir que a esa Arca le colocaran decoraciones de oro y de plata, que la rodearan de candelabros con cirios encendidos cuando hacían la oración los más extremistas en sus manifestaciones de amor y de fe. De todo esto se formó con el tiempo un voluminoso ritual tan abundante en objetos, ropas y ceremonias, que difícilmente se encontrará otra ideología religiosa que sobrepase a esta en detalles y usos tan extremados que más parecen escenas teatrales, que demostración de sentimientos del alma.

Desgraciadamente, es y será siempre así entre las humanidades de escasa evolución que habitan los mundos de expiación y de prueba. Tan solo en los mundos de humanidades purificadas podemos encontrar a la Fe, la Esperanza, y el Amor, elevándose como una llama invisible desde el alma extática que la produce hasta la Omnipotente Majestad Divina que la recibe.

= 78 =
EL ROSAL TENÍA ESPINAS...

Subía Moisés con frecuencia desde la austeridad de su tienda a las grutas del Sinaí, y todo el pueblo pensaba:

–Consultará al Señor y pedirá favores para su pueblo.

Tanto él como sus compañeros íntimos que formaban su consejo empezaban a comprender y sentir que si bien la Escuela a puertas abiertas había pulido y cultivado un tanto mentes y corazones, la decadencia empezaba a mostrarse como una amenaza de fracaso de cuanto de grande y bueno se había conseguido hasta entonces.

Y entre la gran muchedumbre existían aptitudes y capacidades de variadísimos órdenes; metalurgistas, tapiceros, carpinteros, arquitectos, tejedores, herreros, pintores, joyeros, etc. Y todos estos empezaban a meditar en que habían perdido su arte, su capacidad. ¿Para quién habían de hacer sus obras ahora?

Sumidos en aquel gran desierto, ¿quién compraría sus obras? De todos estos pensamientos que se transmitían unos a otros, comenzó a surgir el descontento del pueblo en contra de Moisés que les sacó de Egipto y les estacionó al pie del Monte Sinaí.

Llevaban ya casi dos años de permanecer entre arenales y peñascos. Los hombres se aburrían y las tiendas comenzaron a convertirse en antros de discordia y desacuerdo permanente.

Los maridos contra sus mujeres y sus hermanas, y éstas llevaban las quejas a la Matriarca María y su consejo de mujeres.

Y Moisés desahogaba sus cavilaciones y desengaños en los Anacoretas escondidos entre las grutas.

Y ellos, conocedores de todos aquellos parajes, entregaron cuanto tenían y cuanto habían realizado durante toda una vida.

Entre el Monte Serbal y el Horeb se abría un valle hermosísimo y allí los Solitarios tenían oculto a todas las miradas, un extenso y bien cultivado huerto que les proveía de cuanto les era necesario para la vida.

Un arroyo de dulces aguas atravesaba el valle en toda su extensión.

–Es nuestro único tesoro –le dijeron un día a Moisés–. Tómalo para el pueblo que te ha seguido y que vuelva a los corazones la fe, la esperanza y el amor hacia ti, que va perdiéndose por falta de actividad.

Grande fue el asombro de Moisés ante aquel descubrimiento inesperado y mayor su admiración ante el desprendimiento de aquellos hombres, ancianos ya, que al entregar su tesoro como ellos decían, se privaban generosamente de su medio de subsistencia.

–Me dais para el pueblo lo único que tenéis –les dijo él–, y yo seré quien os de a vosotros lo necesario para sostener vuestra vida.

Y desde ese momento Moisés y sus íntimos se repartieron los días y las horas en que a escondidas del pueblo, llevaban a los solitarios el sustento necesario.

El Legislador, el Conductor, el Psicólogo que leía en el pensamiento de los hombres, debió transformarse en cultivador de un campo, para que toda aquella multitud de almas no perdieran la orientación que él había conseguido darles.

Bajó un día del Sinaí con la noticia maravillosa que el Eterno Dios Invisible tenía un huerto escondido para su pueblo, mientras se esperaba la hora de poseer la Tierra Prometida.

Fue aquello un atenuante de los pesimismos y desalientos que empezaba a extenderse entre la muchedumbre inactiva y que añoraba los negocios, ventas y ganancias que obtenían cuando vivían en las capitales egipcias.

–Allí ganábamos dinero y comíamos; es verdad que el sudor nos corría de la frente y teníamos amos que en nada se parecen a Moisés, pero aquí perecemos en ociosidad.

El lector imaginará la algarabía del pueblo ante la gran noticia, mas también el don de Dios, el valle maravilloso que producía el ciento por uno en hortalizas y frutas, fue causa de nuevas y pesadas tareas para el genio creador de un pueblo para un ideal.

Fue necesario repartir el valle entre las tribus o familias porque no hubo forma de que desapareciera entre ellos lo tuyo y lo mío.

–El desinterés, la generosidad, el olvido de sí mismo para pensar en los demás, es cualidad de los grandes, de los fuertes, de los que están cercanos al divino altar de las nupcias eternas con el Eterno Infinito.

Así le habló un día Aelohin a Moisés, cuando él meditaba dolorido de los egoísmos y celos que el don de Dios, el valle de los solitarios, despertaba en aquella porción de humanidad que él había cargado voluntariamente sobre sus hombros.

Tuvo también que hacer otra concesión: que se establecieran muchos en las aldeas vecinas, con talleres de las distintas actividades que poseían. Todos los que no se acomodaban a vivir

del cultivo del campo, de las siembras y cosechas en general, se repartieron en Elimo, Maraba y Raphidín, manteniendo siempre la relación con el pueblo que quedaba estacionado al pie del Sinaí.

El gran clarividente que veía esto y mucho más que vendría después, decía en confidencia con sus íntimos compañeros capaces de comprenderle:

–Mi rosal ha florecido, es verdad, pero más que rosas le veo cargado de espinas.

* * *

Las tiendas del campamento de Moisés disminuían lentamente.

De todos los miles de seres que salieron de Egipto al final del segundo año de la permanencia al pie del Sinaí, sólo quedaban tres cuartas partes.

El deseo de progreso material mediante los negocios, las manufacturas del oficio o arte de cada cual, las compras y ventas, etc., habían llevado a muchos hacia los pueblos vecinos cuyos pobladores recibían con agrado estas gentes venidas de las grandes capitales egipcias, que les traían medios de progreso y engrandecimiento material.

En aquellos pueblos se instalaban fábricas de tejidos, herrerías, carpinterías, tapicerías.

Moisés les veía partir con tristeza, temeroso de que olvidaran la Ley del Sinaí y las enseñanzas todas que habían recibido en aquella Escuela del Templo de On, que duró diez años de intensa labor.

Pero sus grandes hermanos espirituales, que desde los planos de luz de los Mesías veían padecer a su hermano desterrado, acudieron en su auxilio y consolación.

En una meditación le hicieron ver que desde su campamento volaban hacia distintas direcciones bandadas de gaviotas llevando en el pico una hoja de pergamino en que estaba escrita la Ley del Sinaí. Vio que las aves dejaban caer la hoja en los sitios donde las gentes de los pueblos se reunían a divertirse, en las plazoletas y jardines, en las terrazas de palacios, en las torres de fortalezas y de templos.

Comprendió Moisés aquella clarividencia que duró todo el tiempo de su meditación. Y no dejó de verla hasta que tuvo completa lucidez para comprender que no era un mal la dispersión de su pueblo, sino el medio de que se valía la Eterna Potencia para que su Ley se esparciera por todo el mundo.

La Ley del Sinaí no era sólo para el pueblo que él había creado, y el que sólo tenía el rol de receptor depositario de esa Ley que debía transmitirla a toda la humanidad.

Y desde ese día Moisés y su Consejo se dieron a la tarea de sacar copias de la Ley del Sinaí, para que cada hombre o mujer que se apartaba del campamento a trabajar en pueblos vecinos se llevase una de aquellas copias.

De las copias de la Ley se pasó luego a añadirle las enseñanzas básicas de la Escuela a puertas abiertas.

Moisés y sus compañeros, la Matriarca María y sus doncellas y damas auxiliares, se hicieron un deber dedicar el día consagrado al descanso y la oración, a enseñar a los niños de seis a doce años la Ley del Sinaí, explicada en forma que ni los grandes ni los pequeños ignorasen todo lo concerniente a su más perfecto cumplimiento.

Y lo que al principio fue mirado como una cobarde deserción de la grey de Moisés, fue más tarde mirado tal como él lo viera en aquella meditación.

Todas aquellas poblaciones que en la lejana prehistoria fueron grandes y populosas ciudades fundadas por Beni-Abad (*fue el cimiento y raíz de la raza árabe), y sus descendientes, recobraron algo de su antigua grandeza y esplendor: Madián, Maraba, Elimo, Raphidín, Pozo Durba, vieron engrandecerse el comercio, ampliarse sus horizontes, creando talleres de trabajo, fábricas, escuelas, templos que llamaron Mezquitas.

Las caravanas que venían desde Egipto cada tres lunas, llegaban una cada mes porque los comercios, las fábricas, necesitaban de materia prima y debían enviar sus trabajos a capitales de más alcurnia donde mejor les pagaban.

Debido a todo esto hasta se llegó a establecer medio de comunicación semanal de una población a otra, mediante grandes carros cubiertos en que podían viajar con relativa comodidad hasta las mujeres y los niños.

Y el buen Patriarca Jetro pudo darse la satisfacción de visitar a Moisés en su campamento al pie del Sinaí; y Moisés pudo ver de nuevo aquel silencioso templo donde a sus veinte años desahogó sus hondas tristezas de desterrado. En aquella Cripta donde conoció en un fresco mural la imagen pintada al natural del Rey Anfión de Otlana, que tan alto le hablara de renunciamientos heroicos y de abnegaciones redentoras de almas...

Cuando Moisés en su visita a la Aldea de Pozo Durba se vio rodeado con tanto amor de las hijas del Patriarca Jetro y de sus

numerosos nietos y discípulos, sintió profunda sacudida en su corazón porque la voz de su guía Aelohin, le decía con voz sin ruido:

–"Recoge con amor las rosas que te ofrece hoy tu rosal misterioso que tan lleno de espinas te apareció ayer".

= 79 =
EGIPTO SIN MOISÉS

Dejamos buenos amigos en Egipto y a ellos debemos volver, amado lector, si queremos comprender a fondo las realizaciones de Moisés en las que ellos colaboraron intensamente.

Cuando Moisés pasó los Lagos Salados al frente de su pueblo, el Faraón, la Reina esposa y sus hijos se volvieron a su palacio de Tebas, abandonado por el tiempo que consagraron a la obra emprendida por él.

La Princesa Real, Estrella y sus damas de compañía volvieron al castillo del Lago Merik, siempre acompañadas de Numbik que por nada del mundo olvidaba las frases de despedida de su amo: "Para ti, mi madre, Estrella y su hijo, sean como yo mismo".

Tanto el Faraón como la Princesa Real luchaban para no dejarse dominar por una idea, un pensamiento que se escondía detrás del pesimismo y desaliento. Les parecía el tiempo demasiado lento en pasar antes de que les llegara una noticia del amado ausente.

Y cuando habían pasado dos lunas, el Faraón no resistió más.

Solo con su piloto y sus remeros se embarcó un amanecer en la góndola real y a favor de la corriente se hizo llevar como en un sueño hacia el gran canal que desde el Nilo llegaba hasta el castillo del Lago Merik.

–Hermana querida, he tenido la idea de invitarme a pasar unos días contigo. Créeme que no aguanto más a Egipto sin Moisés.

A Thimetis se le llenaron los ojos de lágrimas y descansando su cabeza, donde ya brillaban muchas hebras blancas, sobre el pecho de su hermano, le contestaba:

–Has dicho las mismas palabras que vengo diciéndome a mí misma: No aguanto más a Egipto sin Moisés.

– ¿Qué hacemos? –preguntó el Faraón.

–Ha pasado la segunda luna y empieza la tercera. La caravana aún tardará unos días en llegar. Y entonces tendremos noticias.

Pero la Matriarca María que parecía sentir la vibración de tris-

teza y desolación, no esperó a la caravana y envió un mensajero directo al castillo del Lago Merik, con detallados relatos de cuanto había ocurrido desde que pasaron los Lagos Salados.

Antes de la llegada del mensajero, demos un vistazo al Egipto sin Moisés.

Los grandes seres ocupan un lugar demasiado grande donde quiera que estén, sin que ni ellos mismos se aperciban de ello. Y a Moisés no se le ocurría pensar que Egipto, sin él, se encontraba como desorientado y vacío.

La salida en conjunto de tan numerosa porción de gentes no podía menos que ser percibida y sentida de un modo notable.

Muchas fábricas y talleres de diversos ramos de las artes y trabajos acostumbrados cerraron, unos sus puertas y otros debieron esperar nuevos operarios en reemplazo de los que se fueron en pos de Moisés. Los dueños de grandes comercios y fábricas, iban y venían de un lado a otro en busca de comentarios con los que se veían en igual situación que ellos. Los unos vociferaban contra el hijo de la Princesa Real, tan querido y admirado cuando sólo contaba veinte años por la madurez y prudencia con que ordenaba todas las cosas, que llevó a Egipto a la altura de las primeras naciones del mundo.

–Y ahora –decían–, que es un hombre de cuarenta años comete la incalificable locura de llevarse al desierto la juventud trabajadora, los mejores obreros en todos los ramos de las actividades que engrandecían al país y nos llenaban las arcas de oro. ¿Y para qué? Para la adoración de un solo Dios fuerte, grande y poderoso. Y acaso a ese Señor no le importará ni como un haz de paja, si en Egipto nos hundimos en la miseria los que hemos trabajado toda una vida para tener una buena posición.

Este orden de comentarios formaba en las ciudades egipcias un ambiente desolador, que avivaba el descontento y la desorientación de los dueños de fábricas, comercios y talleres.

–Ya, ya –decía otro–, algo había que me susurraba como un murmullo de murciélagos y búhos en las ruinas, que esa Escuela a puertas abiertas, cosa nunca vista en esta tierra, había de traer este resultado.

"Pero van a volver, claro que volverán, porque si pasan más tiempo en el desierto, los enterrarán vivos las arenas arrastradas por el simún. Blanco de huesos quedará el desierto si se empeñan en quedar allá.

Pero llegó la primer caravana y la segunda y la tercera, cargadas de epístolas para los familiares residentes en Menfis, en Tebas,

en Ramesés, en Tentira, en Sais, y todas ellas eran un himno de amor y admiración al hombre genial que les conducía.

Sobre todo las crónicas que hacían de aquel gran festín que les ofrecieron en Elimo, las excursiones al mar, la vida descansada de las tiendas, el compañerismo entre todos, en fin, las impresiones optimistas de los primeros tiempos, eran frescos murales con tintes de arrebol y noches de luna.

Los comentaristas pesimistas del Egipto tuvieron que rectificar un tanto sus opiniones, cuando les llegaron las noticias de que los seguidores de Moisés se establecían con fábricas, talleres y comercios en las poblaciones que tocaban las caravanas, llevando materia prima para los fabricantes y trayendo de allá lo producido por el trabajo.

Y hasta allí llegó la colaboración de Ramsés II en sus convenios con el Etnarca del Néguev: prestaron decidida colaboración a todos los que perteneciendo al Pueblo Escogido estableciera una fábrica, un taller o comercio en las poblaciones que quedaban bajo la autoridad y protección del Etnarca del Néguev.

La obra de Moisés llevó el progreso y la civilización de los Kobdas, y fue como la continuación de la obra de Beni-Abad en toda la Arabia. Desde entonces quedó allí la simiente del ideal de Moisés, la *Unidad Divina*, que ha continuado como fundamento y base de la religión de la numerosa y fuerte raza árabe, que conserva entre los astros de su cielo a Moisés y Elías, antepasados gloriosos, dicen ellos, del que más tarde avivó la llama de su vieja lámpara votiva que parecía apagarse: Mahoma.

Y aunque éste tuvo rasgos de Profeta de guerra, obligado por las circunstancias a defenderse de enemigos poderosos.

La Eterna Verdad, la Unidad Divina quedó iluminando la raza, como un cirio eterno que ningún vendaval ha podido apagar.

Todas las religiones, filosofías o credos, tuvieron como principio la Verdad, y sus fundadores y apóstoles fueron Inteligencias de grande evolución. Pero en los mundos de prueba y expiación como la Tierra, morada de humanidades que comienzan su eterno camino de ascensión, sucede siempre y muchas veces repetido, el mismo proceso de decadencia pasados unos siglos de esplendor.

¿No ha ocurrido lo mismo con el Cristianismo, ese cirio de amor encendido por Yhasua de Nazareth, última encarnación, último holocausto de un Serafín del Séptimo Cielo de los Amadores, bajado a la Tierra como Verbo de Dios Invisible o sea su Idea Eterna, su Pensamiento Creador y Conservador de toda vida en éste y todos los mundos?

La inconsciencia humana y la fatal ignorancia en que los llamados maestros de almas se han empeñado siempre en tener a la humanidad, es la única causa que trae como consecuencia la indiferencia, el desprecio, el olvido de todo lo que es eterno, y que pertenece a los dominios del alma, para sólo dar importancia a la vida material hasta el punto de creer de que todo termina en el sepulcro.

"Vivamos, gocemos de lo bueno que tiene la vida física, antes que nos llegue la muerte que acaba con todo".

Éste es el concepto más general que se tiene de lo que somos los seres inteligentes que sentimos, pensamos y amamos.

Los dirigentes de almas que han llevado a la humanidad a este espantoso abismo, son los que el Divino Maestro Yhasua de Nazareth, decía con su voz musical entristecida por dura realidad:

"–Son ciegos que guían a otros ciegos, y todos juntos caen al abismo".

Mas, la obra gloriosa de los Mesías jamás fue perdida, porque en medio de tantos ciegos siempre hay humildes lamparillas que el Amor Eterno enciende, para servir de orientación a los pocos que tienen la perseverancia de seguir el sendero de la Luz.

* * *

Cuando hubo llegado el mensajero de la Matriarca María con las detalladas noticias del largo viaje hasta el Sinaí, Thimetis y el Faraón se tranquilizaron. Pero seguían pensando y diciendo ambos: "No aguanto a Egipto sin Moisés".

Circunstancias especiales les obligaron a aguantar a Egipto sin Moisés, durante los dos primeros años de su salida del país al frente de su pueblo. Y al empezar el año tercero una circunstancia, también especial, les vino a servir de oportunidad para ver de nuevo a Moisés.

El Rey de Arabia murió, y el Etnarca del Néguev que era su heredero tuvo que trasladarse a Sela que era, por entonces, la Ciudad Real. Y el gobierno de la vasta región del Néguev quedaba acéfalo hasta que fuese posible organizarlo debidamente.

Recordará el lector que la esposa del Etnarca, la Princesa Therebí, era hermanastra de Thimetis, o sea hija de una esposa secundaria del Faraón Ramsés I. Los hijos del Etnarca no contaban ninguno la edad mayor, pues las dos hijas primeras eran mujeres y el último era varón. En la Arabia las mujeres podían ser Reinas esposas, pero no podían asumir la autoridad suprema, es decir, la ley no les permitía ser Reinas por derecho propio sino por estar casadas

con el soberano. El Néguev era un reino tributario, podemos decir, del gobierno central de la gran Arabia de entonces que ocupaba medio continente del Asia Central.

En tal emergencia, el Etnarca, que por la muerte de su padre pasaba a ser Rey de ese país con residencia en Sela, pidió a su gran aliado, el Faraón Ramsés II, que aceptara la regencia de Néguev hasta que su hijo varón, que sólo tenía quince años, llegara a los diecisiete, que era la mayor edad. El Etnarca no pedía ni suponía que el Faraón se presentara en Ectham, porque tenía tantos grandes jefes militares que podían representarlo muy dignamente. Y Ramsés vio la oportunidad de tener por dos años, lo menos, bajo su protección y control, el dominio árabe en que realizaba Moisés su grandiosa obra.

Y otra vez se presentó a Thimetis en su solitario castillo para darle la gran noticia. Y le dijo así que llegó:

– ¿Te imaginas, hermana mía, de qué se ha valido el Dios Invisible de tu hijo Moisés para acercarnos hasta él?

–No puedo adivinarlo, si no vamos hasta él, ni él viene hasta nosotros.

Y Ramsés sin disimular su satisfacción le informó de las novedades que acababa de traerle un mensajero del Etnarca de Néguev, ya convertido en Rey de Arabia por la muerte de su padre.

–Y aún quiere el Etnarca que sea yo Testigo de Honor de su coronación, que se hará a los cuarenta días del fallecimiento de su padre.

–Y, ¿qué me quieres decir con todo esto? –preguntó Thimetis, continuando el tejido de un fino encaje que tenía entre manos.

– ¿No lo comprendiste, hermana? Pues el Néguev es el país donde está Moisés con su pueblo. Todas las ciudades y aldeas en que han establecido fábricas y comercios están en ese país.

Thimetis dejó su labor y prestó atención a su hermano.

– ¿Me quieres dar a entender que podremos tener motivo para llegar hasta él sin causar alarmas y murmuraciones en nuestro país?

– ¡Justamente, hermana! Todo favorece nuestro deseo. El Dios Invisible de Moisés empieza la serie de los prodigios. ¿Estarías dispuesta al penoso viaje?

– ¡Oh!... –exclamó la Princesa Real como en éxtasis–. Para dar un abrazo a mi hijo ningún viaje será penoso. ¿No fui y volví de Mauritania, diez veces más lejos que el Néguev?

–No se hable más, que ya está todo resuelto. Iremos a la coronación del Rey de Arabia, tu cuñado; reforzaremos la alianza con

él y llegaremos hasta el campamento de Moisés, o él se presentará en el Templo del Patriarca Jetro si para ti es demasiado llegar hasta el Sinaí.

Los dos hermanos, amadores fieles del amado ausente, se estrecharon en un gran abrazo en medio del cual estaría seguramente como un haz de luz el pensamiento de Moisés, cuya mente, dotada de extraordinaria sensibilidad, sentía aún, a larga distancia, los pensamientos intensos relacionados con él.

= 80 =
LA HIJA DEL CIELO

Tal como el Faraón y Thimetis decían: "No aguanto a Egipto sin Moisés", éste si no lo decía, lo sentía a veces profundamente: "Esto no es la Cripta del Templo de Menfis, ni del Templo de On, ni de ninguno de aquellos Santuarios donde aprendió Psiquis a pensar, a sentir y amar lo que merece ser amado". Así se quejaba el alma de Moisés.

Naturalmente. A través de la débil lona de la tienda le llegaban las voces altas y descomedidas de las gentes que martillaban, aserraban, pedían a gritos herramientas y otros objetos que les eran necesarios. El llorar de niños que tropezaban y caían lastimándose, poco o mucho, y dando motivo para las alarmas maternales que pedían auxilio, etc.

"–Esto no es la Cripta de los Templos egipcios, ni el oratorio de mi madre en el castillo de mi niñez –sentía Moisés en su íntimo Yo–. Esto es la prueba dura, la tentación alevosa y audaz que aúlla como un lebrel atado a la cadena. ¡Psiquis presuntuosa y soñadora! ¡Creías tener fibras de Apóstol, heroísmos de misionero entre cardales silvestres, y ahora vas comprendiendo que tus alas son aún pequeñas y se mueven pesadamente si un vigor extraordinario venido de Aquél que te engendró de Sí Mismo, no te impulsa a abarcar en un vuelo la inmensidad que te rodea!..."

Y el hombre genial, que creaba con el pensamiento y realizaba en el plano físico, tomó desde entonces la costumbre de subir todas las tardes, cuando desaparecía el sol en el ocaso, a las grutas del Monte Horeb, donde se albergaban sus hermanos Anacoretas.

Y en sus viejos corazones retemplados al fuego ardiente de muchos renunciamientos y sacrificios, vaciaba todas las desesperaciones de Psiquis, como un cantarillo de lágrimas en un aljibe que estaba para desbordar...

Porque los viejos corazones se habían estremecido muchas veces al fiero golpe de dolores inevitables y también ellos pedían al hombre joven y fuerte, al Mensajero del Eterno Poder Invisible, un soplo de aliento para alcanzar la gloria de terminar sus vidas cantando el hosanna triunfal, de los que se ligaron con alianzas que ninguna tempestad pudo romper:

"¡Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz a todas las almas de buena voluntad!"

–Moisés, hijo querido de este viejo que fue tu maestro –decíale el Anciano Hierofante Ohad que llegado de Pozo Durba, quiso también albergarse en las grutas de Horeb con su fiel compañero y amigo Carmi–, ¿por qué no arrancas de los peñascos y arenas de este desierto elegido por el Eterno para dictar su Ley a los mundos, todo el secreto que esconde Psiquis hija del cielo, bajada a los mundos inferiores en un suspiro de Dios?

"La Ley austera que todos hemos recibido con reverencia y temblor, es como un arado de hierro que abre surcos entre peñascos y barrizales para toda alma llegada a la capacidad de razonamiento. Y todos hemos de andar por ese surco, prendidos hasta morir de ese arado.

"Mas..., con Ley que hace temblar de reverencia y pavor, Psiquis sigue gimiendo cautiva y encadenada porque quiere y no puede abrir sus alas y tender el vuelo. Quiere ver y no puede ver. Quiere conocer y no puede conocer. Quiere saber y no puede saber nada más que aquello que vieron, conocieron y supieron los grandes y justos hermanos que nos precedieron en este camino sin fin. El Eterno Poder es Uno, es Invisible, es Invariable, no cambia ni se muda, ni va, ni viene, ni sube ni baja, porque vive en todo cuanto es vida en éste y todos los mundos.

"Y Psiquis, Moisés hijo mío, ¿qué es Psiquis que esconde tantos secretos y misterios y enigmas indescifrables? ¿Me lo puedes decir tú que eres el Verbo, la Idea, la Palabra, el Pensamiento del Eterno?

"Si es hija del cielo, ¿por qué vive en esta Tierra y busca y quiere y se prende con furia salvaje de las cosas más ruines y bajas, que a poco andar le asquean a ella misma, que las rechaza con igual furia salvaje que puso antes para buscarlas?

"Si es hija del cielo, ¿qué fuerza le hunde en la ciénaga en que llega a gozarse como si estuviera en un lago perfumado con narcisos en flor?

"¿Cómo es que esta Psiquis, hija del cielo, ha obligado, digámoslo así, a su Eterno Padre Amor y Sabiduría Infinita, a imponerle

el yugo de una Ley que le impida hundirse en los fangales de la Tierra?

"Si Dios, Padre Amor, no fuera eternamente feliz en si mismo, y por sí mismo hubiera padecido angustias al poner a sus hijos grilletes en pies y manos para que no caminen por sendas de horror, ni esgriman puñales que hieren, ni envenenen su propia boca con la difamación y la mentira, con el perjurio y el baldón, con la obcecación de la lascivia.

Y el viejo Hierofante hundió su frente entre sus manos, a la espera de que Moisés, su discípulo niño, el Hombre Luz de esa hora, le sacara de sus atormentadoras cavilaciones.

–Patriarca Ohad, mi maestro de la niñez a quien el Eterno Poder le permite acompañarme en mis duros sacrificios de los cuarenta años, pidamos ambos a la Sabiduría del Eterno Padre Invisible, que me sea dado daros como una ofrenda de gratitud, la divina consolación que vuestra hija del cielo necesita en esta hora de su eterna peregrinación.

–Hazlo, hijo mío, porque esta hija del cielo quiere volar a su cielo y se que aún no es llegada la hora...

Y el Anciano Hierofante con sus ojos cristalizados de llanto, miraba al cielo azul con tan ansiosa mirada que parecía que el alma se le escapaba en ese instante, como avecilla cautiva por largo tiempo.

Moisés comenzó su explicación.

–Psiquis es hija del cielo, Maestro Ohad, y hace inmensas edades que salió del Padre, y tú lo sabes como lo sé yo. Pero si aún no puede tornar al seno divino que la engendró, es sin duda porque le faltan siembras que realizar.

"Ha crecido naciendo miles de veces en los tres grandes reinos de la Madre Naturaleza, cuya fecundidad prodigiosa no se agota jamás.

"Ha sido arenilla dorada en el desierto abrasado de sol, guijarro o diamante en el peñasco, grumo de polvo que pisotea el viajante en los caminos polvorientos, gota barrosa de la ciénaga en que florecen junquillos y lotos.

"Un paso más y se ha hecho musgo de las ruinas y de las tumbas, arbolillo enfermizo de sequía y resquebrajado por las bestias, o destrozado por los huracanes; árbol que echó a tierra el hacha del leñador y que fue a cocer el pan en el horno hogareño o destrozó campos y ciudades en un incendio devorador.

"Otro paso en el viaje eterno y se transforma en gusanillo de la tierra o del mar, en pajarillo que gorjea y canta en el buen tiempo,

y gime y grita cuando las tormentas le destrozan el nido o las raposas le devoran los hijuelos. O ya es bestia feroz que mata y bebe sangre..., y si da un salto de allí al Reino de los Humanos... ¡Oh, Maestro Ohad!, buscará el camino de las tinieblas y es entonces que el Divino Padre pondrá en pies y manos el grillete de su Ley, austera matrona que dice a la que dio el salto antes de hora: No matarás, no desearás los bienes ajenos, no enlodarás tu boca con el perjurio y la mentira, ni mancharás tu vestidura con barro de la ciénaga.

"Si vuestra hija del cielo quiere volar a su cielo y no es la hora, debe ser que tiene aún que regar de agua pura los huertos que se están secando, y sembrar trigales que se hagan pan, y limpiar de cardales silvestres los campos en que el Divino Padre quiere que florezcan rosales, o abrir lagos y fuentes en que resplandezcan lotos blancos como estrellas en el cielo azul, o narcisos como pequeñas copas de oro que las noches llenan de rocío, y los mártires del Ideal llenan de lágrimas...

"¿No será así, Maestro Ohad, que vuestra hija del cielo tiene tales impedimentos para volver a su cielo?..."

El Anciano Hierofante dio un paso rápido hacia Moisés y cayendo de rodillas ante él, se abrazó a su cuello y sobre aquel pecho de bronce que resistía a todas las borrascas, se desató en sollozos que pudieran hacer temblar la techumbre... Pero era una dura gruta del Monte Horeb que vecino al pavoroso Sinaí, ni los siglos, ni los volcanes, ni las conmociones sísmicas han podido destruir.

Tal era la corriente formidable de ondas etéreas magnéticas y eléctricas en aquellos parajes visitados por el Eterno Poder, que allí mismo comenzaron a aparecer trozos de papiros galvanizados, donde aparecían grabadas en jeroglíficos sagrados la respuesta de Moisés a las cavilaciones atormentadoras del Hierofante Ohad. Y de allí me los entrega la Luz.

Un año después, aquella hija del Cielo había cumplido todas las obras que le encomendara el Divino Padre, volvía a su cielo, y Moisés y sus compañeros conducían en peregrinación su materia física al Panteón del Genio Grande, que en Elimo habían construido para su padre los descendientes de Beni-Abad, el Kobda heroico, fundador de una raza fuerte que aún subsiste y de una dinastía de soberanos justos, algunos de los cuales caminaron en el Reino Humano en estos días y otros andan aún sembrando la paz, el amor y la verdad entre la humanidad de esta Tierra.

Hay ideologías religiosas dogmáticas que han difundido entre gran parte de la humanidad la idea de que el Patriarca Yhosep,

esposo de Myriam, padre del Cristo en la personalidad de Yhasua de Nazareth, es patrono y benéfico abogado y amparo de los moribundos, como llaman a los que están desprendiéndose de la materia física para dejar libre el espíritu, que los antiguos espiritualistas denominaban Psiquis. Y la razón de tal idea se basa en que el Patriarca Yhosep dio el gran vuelo a la inmensidad acompañado de dos grandes seres: el Cristo y su madre. Y es en verdad un razonamiento plausible. Y yo pienso en este instante: ¿Qué podríamos decir de nuestro gran Moisés que en sus cuarenta años de vida en el desierto acompañó a morir a todos los Hierofantes, compañeros y amigos que junto con él salieron de Egipto? Y acompañó a morir a su hermano Aarón en el Monte Hor y al Patriarca Jetro en su cabaña de Pozo Durba. Y a los anacoretas que le esperaron preparando pacientemente el ambiente, el lugar, el santuario glorioso y solemne en que el Divino Padre quería manifestar su soberana Voluntad de marcar a sus hijos inconscientes, el sendero de luz y el sendero de las tinieblas dejándoles la libertad de elegir el uno o el otro.

Y vio morir a su madre, a Estrella o Séfora, a Numbik el fiel compañero de sus días de proscrito perseguido. Y quedar solo con Essen cuando la Matriarca María dio libertad también a Psiquis que le reclamaba descanso.

Si la partida al plano espiritual de un ser querido nos causa tanto dolor bien podemos comprender el dolor de Moisés viéndoles partir a todos los que le amaron y le comprendieron, y que una inmensa soledad de corazón le envolvía como un sudario.

¿En que pecho vaciaría en adelante las honduras de vértigo de su grande alma solitaria? Había escrito ordenanzas y reglamentaciones de orden higiénico, social, y de buena convivencia entre las familias y los individuos, que dieron por resultado la vida de trabajo y de orden que obtuvo en compensación a su largo sacrificio, pero su alma estaba sola y esa inmensa soledad fue el ardiente crisol en que aquella Psiquis de largo destierro, vivió la vida de una estrella entre el cielo y la Tierra.

* * *

La partida de su Maestro Ohad al plano espiritual hizo prever a Moisés que tal hecho se repetiría con frecuencia, teniendo en cuenta la edad madura y la ancianidad de la mayor parte de sus compañeros.

En el flanco oriental de la montaña sobre una plataforma que se

levantaba a poca altura de la tierra, hizo ensanchar una gruta de ya regulares dimensiones para que sirviera de morada funeraria a la materia de todos sus hermanos que dieran libertad a Psiquis antes que él mismo. Aquella morada debía ser también un recinto de oración. Luego su mente, águila audaz de largo alcance le llevó a pensar en el viejo y amado Templo de On, en la forma en que estaban ubicadas sus criptas triples, y los destinos que los lejanos antepasados les habían asignado.

"Penitenciaría", se llamaba la de la izquierda. "Nupcias Divinas" se llamaba la del centro. "Asambleas humanas" se nombraba la de la derecha. Y los nombres indicaban sus destinos: sitio de corrección y de castigo para quien lo necesitaba. Recinto de unión con el Infinito, la cripta central; y para asambleas comunes la tercera.

Y en tres grandes compartimentos se dividió la gruta abierta en la explanada oriental del Monte Horeb.

"Penitenciaría". Que más de una vez le fue necesaria a Moisés para evitar que un altercado rabioso terminara en un asesinato entre seres que no habían aún aprendido a dominar los arrebatos de la cólera.

"Nupcias Divinas". La cripta central destinada a recinto de meditación y a hospedaje de los sarcófagos de tosca piedra, en que encerraban la materia muerta de los que se iban ausentando.

"Asambleas humanas". La cripta delantera, única que daba entrada libre a todo el que necesitara esclarecer un asunto que concernía a su vida, a su trabajo, a su familia, etc.

Y Moisés vio con dolor que la cripta central, la de las Nupcias Divinas fue llenando sus hornacinas con demasiada frecuencia, y fue también como un inmenso cofre de piedra en que fueron cayendo y sepultándose sus confidencias íntimas, sus dolores más hondos, cuando las repetidas ausencias de los amados lo fueron dejando solo consigo mismo... Y su gran corazón seguía latiendo fuerte, y su ritmo siempre regular, armónico y firme, decía bien claro al avanzado terapeuta de la Medicina Antuliana, que largos años le faltaban vivir.

En aquella cripta de las *"Nupcias Divinas"*, Moisés fue poeta, fue psicólogo, filósofo, taumaturgo, mago, profeta y visionario fidelísimo del futuro, no solo del pueblo que había creado para su ideal sino toda la humanidad que seguiría en pos de él hasta el final de los tiempos. ¿Cuál era ese final? No otro que el fenecer de este ciclo de evolución que comenzaron los Kobdas con su grandiosa civilización, que Abel coronó de estrellas; y que dos

facetas más que de él mismo, darían por terminado en la hora actual.

Grande, heroico y sublime fue Moisés en todos los momentos de su vida, pero en la Cripta de las *Nupcias Divinas* escaló la cumbre. Llegó a verse él mismo descendiendo de un trono milenario para vestir un sayal, y desde un bosque a orillas del Ganges, iluminado el vasto Decán que se hundía en las tinieblas.

Y en la Palestina la Tierra de Promisión soñada por Abraham, se vio sobre el Tabor, el monte de sus gloriosas transfiguraciones donde acabó de llenar la copa de oro de su narciso inmortal, en todo el raudal de lágrimas que Psiquis debe llorar para entrar definitivamente en el Camarín Sagrado de las Nupcias Eternas.

= 81 =
MOISÉS CREADOR DE PUEBLOS

En nuestro afán de hacer conocer a nuestro amado lector la personalidad completa de Moisés, hemos adelantado acontecimientos en el capítulo anterior.

Mas, una vez que el lector ha conocido al personaje a través de su gran Ideal, y en las honduras de abismo de su íntimo yo, volvamos al campo llano y suave de los detalles en que se gastó esa gran vida humana durante tantos años.

¿Qué hizo Moisés en el desierto con el numeroso pueblo que sacó de Egipto? Esto es lo que veremos en esta jornada de nuestro largo relato.

Estaba fijado el día para la coronación del nuevo Rey de Arabia, aquel Etnarca del Néguev que tanto apreció y favoreció a Moisés en el destierro.

La familia Real de Egipto eran invitados de honor, y Ramsés II tenía otro motivo para desear asistir.

Y estos deseos y proyectos fueron más fáciles de realizar por un acontecimiento inesperado que sucedió.

Un movimiento sísmico que se convirtió en terremoto volcánico hizo grandes estragos en Sela que era la ciudad Real de la Arabia de entonces. Hasta el Real palacio que apenas había levantado las tristezas del luto por la muerte del viejo Soberano, fue afectado por la destrucción, y debido a esto se dispuso que la proclamación y coronación del heredero se realizara en la ciudad, puerto y fortaleza de Ezion-Geber, segunda ciudad de Arabia, que reunía además mejores condiciones que Sela, por ser puerto importante

en el extremo norte del Golfo de Agaba, adonde fluía toda la riqueza comercial proveniente del Mar Rojo.

La distancia se acortaba enormemente y Ramsés y su hermana la Princesa Real pudieron darse la inmensa satisfacción de una cita de amor con Moisés.

Habían transcurrido doce años desde su salida de Egipto y fue éste el primer viaje a larga distancia realizado por él.

La Ley Divina se desborda en oportunidades y medios propicios para que sus escogidos realicen las grandes creaciones a que fue destinada su vida terrestre, si encuentra en ellos las disposiciones necesarias. Y así fue en extremo fecunda la reunión de cuatro seres afines en anhelos y esfuerzos: Moisés, Ramsés, Thimetis y Malek Adel I, el nuevo Rey que iba a coronarse.

Mientras preparaban las grandes fiestas de la coronación real, comenzaron las deliberaciones más íntimas entre el soberano y sus visitantes, y de estas deliberaciones nacieron proyectos, ideas, grandes realizaciones en que Moisés diseñó como luces de estrellas nuevas en un ancho vacío sideral, los sueños que en sus meditaciones habían surgido, a los que sólo faltaba la oportunidad para convertirse en obras.

Diríase que esa Psiquis cautiva, pero siempre genial y despierta, dejaba un rastro de luz por donde quiera que pasara aún encadenada por la materia física.

Las crónicas que la humanidad conoce de la vida histórica de Moisés, le presentan consagrado durante muchos años a escribir voluminosos códigos con ordenanzas y prescripciones tan pueriles e impropias de un espíritu superior en quien no cabían pequeñeces ni mezquindades de ninguna clase, que nos resultan por completo imposible de aceptar como verdaderas. Mandatos, prescripciones y ordenanzas que son como un voluminoso álbum de castigos tremendos, de penas de muerte, de horcas, de degüellos en masa, de prescripciones que bajan de nivel hasta lo impúdico y repugnante en tal extremo que no me es posible dar detalle sobre este asunto.

Si algún lector duda de estas afirmaciones, les ruego leer esas crónicas que se llaman “El Deuteronomio”, “El levítico”, “El éxodo”, y que son atribuidas a Moisés y con el añadido blasfemo de que lo ordenó y dejó prescrito por orden de Dios mismo.

¡La Omnipotente Majestad Divina puesta a nivel de los más ruines y desnaturalizados caudillos de razas salvajes!

Moisés consiguió que entre el gobierno egipcio y el gobierno de Arabia dotaran a la población del desierto, Maraba, Elimo, Pozo

Durba y Raphidín, de “Casas de la Vida” o “Casas de Salud”, que con los dos nombres fueron llamados en aquel tiempo lo que hoy llamamos Sanatorios u Hospitales. A más talleres para enseñar oficios, trabajos manuales, metalurgia, tejidos, alfarería y carpintería.

Escuelas o casas de enseñanzas de los conocimientos primordiales y también superiores, si hubieren alumnos que los pidieran. En estas escuelas debía existir un recinto de oración que era también lugar de consultas de orden moral o de orden social de buena convivencia de unos para con otros.

De esto nació en Arabia la costumbre de que al caer la tarde, a la hora del ocaso, un sujeto designado para ello debía llamar con tres toques de silbato a los que quisieran acudir a dicho recinto con los fines ya indicados. Con el correr de los siglos, en Arabia se transformaron esos recintos en las Mezquitas donde el talento árabe vació toda la belleza artística de sus casas de oración, y el llamador llegó a ser como un sacerdote, profeta o pastor consagrado al Eterno, Único, Indivisible e Invisible al que ellos llamaban Supremo Alá.

En las correrías por el desierto, Moisés había descubierto filtraciones de agua potable, aguas sulfurosas y termales, y ambos gobiernos construyeron fuentes, pozos, aljibes, rodeados de cobertizos y de árboles en que pudieran cobijarse los viajeros cuando eran sorprendidos por el simún en pleno desierto.

Y ambos gobiernos delegaron en él su autoridad y facultades para la ejecución de tales obras, que hicieron de las míseras aldeas del desierto, confortables ciudades con buen comercio y regulares medios de vida para todos los que quisieran establecerse en ellas.

Las ciudades que en la prehistoria fueron la gloria de Beni-Abad y su dinastía, se levantaron de nuevo como surgidas de las dunas y de los peñascales, en que abundaban las raposas y merodeaban malhechores y bestias dañinas.

Tal fue la obra material de Moisés en sus largos años de habitar aquellos áridos parajes.

Mas, debemos comprender que todas las actividades, andanzas y sacrificios, no le hicieron olvidar a Psiquis anhelante de agua clara y de cielo azul.

Pero esto, lector amigo, lo veremos en el próximo capítulo si es tu gusto acompañarme a revisar el huerto místico y cerrado, el jardín solitario y silencioso de narcisos en flor en que él reconquistaba las energías gastadas en hacer el bien a todos sus semejantes.

= 82 =
LAS NOCHES DEL DESIERTO

El lector recordará al niño de piel morena que en la cabaña del Patriarca Jetro encontró Moisés a su llegada, y que era llamado Azabache.

Había dejado a Numbik en el castillo del Lago Merik como guardián de su madre, de Estrella y su hijo Essen. Su buen tío Jetro le concedió a Azabache, ya hombre de más de treinta años y fue el compañero fiel de sus andanzas como constructor civilizador del desierto.

Estaban ambos en la ciudad de Mara (*la que fue Maraba en la Prehistoria), en el alojamiento que Moisés tenía en cada una de las poblaciones, que lo consideraban como a un genio benéfico del cual esperaban toda clase de bienes.

Allí debía llegar el gran carro familiar que conducía a la Princesa Real, a Estrella y su hijo, a la joven de Etiopía que se había negado a unir su vida a la de aquel hijo bastardo de la reina Gala, madre de Ramsés II. No quiso quedar en el castillo del Lago Merik sin la protección de Thimetis, su segunda madre como ella la llamaba.

Moisés quiso evitarles a todos ellos llegar hasta el campamento del Sinaí y debiendo permanecer él mucho tiempo en Mara por las obras que allí se realizaban, preparó buen hospedaje para sus familiares en aquella que fue ciudad Real en los lejanos tiempos de Beni-Abad y sus estupendas tareas de creador de un vasto país y de una raza noble y fuerte que lo pobló.

Era una noche de plenilunio y Moisés tenía insomnio. Salió de su habitación a pasear bajo las grandes palmeras que diseñaban en sombra sobre el pavimento de arena, sus abanicos temblorosos. Vio que Azabache estaba en el cobertizo de sus camellos de viaje, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el vientre de su camello que masticaba su ración de la noche.

– ¿No duermes? –le preguntó.

–No tengo sueño, Maestro, y he preferido ocupar este tiempo en ordenar bien mis redes de pescar...

– ¿Cómo tus redes de pescar y estás aquí soñoliento y ocioso dando bostezos que revelan sueño interrumpido? ¿Qué te pasa?

– ¡Oh Maestro Moisés!..., me pasan cosas muy graves que sólo la enseñanza en que me ha criado mi padre Jetro, puede darme la fuerza y el acierto para aguantar.

–Tu padre Jetro nunca me reveló nada de tus intimidades, pero si tú deseas que sea yo tu confidente háblame con toda franqueza. Tu padre está ya muy anciano y no es justo traerle nuevas preocupaciones.

–Así lo creo y debido a eso pensaba defenderme solo.

– ¡Hay del hombre que está solo! Dice una viejísima Escritura que se conserva en el Templo de On, desde los tiempos en que Lemuria era el único Continente conocido. Conque habla Azabache, que esta noche de insomnio no estás solo. Yo estoy contigo.

–Gracias, Maestro Moisés. Me pasa que he comprendido que hay tres individuos que me espían y me vigilan. Sospecho que no tienen intenciones buenas para conmigo. Como ellos me espían a mí, yo les espío a ellos y tengo la ventaja de que camino en terreno conocido, mientras que ellos son extranjeros.

– ¿Y por qué piensas que te espían?

–Porque en Pozo Durba les veía. En Elimo les veía también, y esta misma tarde acabo de verlos aquí. Tengo la intuición de que quieren apoderarse de mí sin hacerme daño. Como hemos recibido la Gran Ley y ella prohíbe hacerle mal al semejante, me veo como atado de pies y manos para defenderme de esta odiosa vigilancia. Oh, ¡si no fuera por ella les mandaba ahora mismo a comer pececillos al fondo del mar!

–Espera..., espera Azabache... Creo que yo puedo ayudarte. ¿Sabes cómo se llaman y dónde están ahora?

–Si sois tan bueno que me acompañáis en un corto paseo hacia la orilla del mar, os enseñaré su escondrijo que he descubierto.

–Bien, vamos.

Y ambos echaron a andar hacia la playa más cercana en la que habían construido recientemente escalinatas, muelles, cobertizos, encortinados, etc. Se sentaron en un banco de piedra que estaba oculto por la sombra de un toldo. Vieron un poco retirado, tres hombres que asaban pescado y bebían vino.

–Son esos mis espías –dijo Azabache–. Ni por casualidad suponen que les estamos mirando.

–Calla como un muerto y déjame obrar –le respondió Moisés. Y se sumió en profunda meditación.

A poco rato vio Azabache que los hombres terminaban su comida y uno primero y otros después, caían allí mismo como dormidos o muertos.

Y pensó:

–Muertos no puede ser porque la gran Ley ha dicho: "No matarás", y el Maestro no va a faltar a esa obediencia suprema. Como

lo sé con tantísimos poderes, debo pensar que les ha mandado dormir, y ellos duermen. ¡Ja, ja! ¡Ahora sí que les tengo en mis manos! –Y por ese orden de ideas, siguió Azabache dialogando consigo mismo mientras Moisés a su lado era una estatua de piedra que parecía no respirar.

Cuando pasado otro largo espacio, se despertó por fin, escuchó a Azabache que le decía poniéndose de pie:

–Vamos, Maestro, que están dormidos y podemos maniatarles para llevarles luego a la "sala enrejada", que no puedan escaparse.

–No te apures, amigo, que tenemos tiempo hasta mañana a la noche. No se despertarán, no tengas cuidado. Ahora vamos al tenducho de ellos y veamos qué clase de instrumentos usan para los trabajos nada limpios que hacen.

Encontraron que guardaban en un arca de cedro, un traje completo de príncipe árabe con el turbante y armadura usual en ese entonces; unas ajorcas de oro y piedras preciosas; uno de los alfanjes del Anciano Rey que murió últimamente, una de sus jabalinas y el cuerno de caza montado en oro y marfil.

Moisés examinaba atentamente todos estos objetos. Azabache estaba como sobre ascuas y no perdía de vista a los tres hombres dormidos en torno a la hoguera que ya se apagaba, con un miedo pánico de verles levantarse lanza en mano, pues había jabalinas y lanzas cerca de ellos.

–No tengas temor alguno y con perfecta quietud ayúdame a descubrir este misterio –le dijo Moisés, y sentándose sobre el arca ya cerrada, se sumió de nuevo en silencio.

Azabache se sentó a la puerta mirando siempre a los tres durmientes.

–Ahora lo tenemos todo, amiguito Azabache, y creo que voy a pagarte como un rey toda tu fidelidad y todos tus servicios.

"Todo está puesto en claro, como una escritura jeroglífica traducida por un viejo Escriba del Templo de Abydos.

"Oye y no protestes ni te rebeles, ni te envanezcas. Tú eres un nieto del viejo Rey Muzkiafá III, que murió tres lunas hace. Eres hijo de su hijo mayor que se unió con una mujer maobita y su padre lo desheredó. De esa unión has nacido tú, al ser asesinado tu padre, tu madre no podía tenerte con ella. Tu padre Jetro te hizo recoger y eres el Azabache de su collar de hijos que le ha dado su grande amor a los desamparados. Esto es tu pasado.

"Ahora veamos tu futuro que la Divina Ley me permite descubrir para orientar tu camino. Juntamente con mi madre llegará

de aquí a tres días una joven de Etiopía, heredera del último Rey del país de Kush, que el Patriarca Kobda de Akasún llevó a pedir refugio a la Princesa Real de Egipto, cuando ese país fue invadido y asesinado su Rey. Esa joven será la compañera de tu vida y de esa unión surgirá años más adelante una dinastía de Reyes Sacerdotes que regirán los destinos de Egipto cuando desaparezca el último Ramsés, y se aquiete la tremenda anarquía que sufrirá el país a la muerte del último descendiente de ellos.

"De esta dinastía de Reyes Sacerdotes, se encenderán en siglos futuros dos estrellas de primera magnitud que iluminaron en el pasado prehistórico el vasto país de los hielos eternos. Volverán a nacer cinco siglos después de hoy, con la antorcha de la sabiduría en la mano, y el volcán del amor en el alma de fuego. Y ésta que será tu compañera en esta vida, será tu madre en ese futuro, porque tú volverás a nacer de esa unión de la sabiduría con el amor y será la paz gloriosa del Egipto regenerado y reconquistado...

Moisés dio un gran suspiro y se recostó como a morir sobre Azabache, que le había escuchado absorto y en profundo silencio.

Moisés, profeta del desierto, había visto hechos que ocurrirían cinco siglos después, o sea cuando Salomón hijo del Rey David de Palestina, en secreta unión con Saba de Etiopía traerían a la vida al Faraón Saba Atón, primer Soberano de los Reyes Sacerdotes, que procedentes de la casa Real de Etiopía gobernaron el Egipto, a la desaparición de la gloriosa dinastía del Ramsés, amigo de Moisés, que hemos conocido en este relato de su larga vida.

–Todo esto es tu sabiduría, Maestro Moisés, que me deja asombrado y absorto, mas no puedo comprender qué relación tiene todo esto con esos hombres que me espían, y que tu maravilloso poder ha convertido en tres troncos de árboles que parecen esperar que se les prenda fuego.

– ¡Ah! ¿No lo has comprendido? Pues bien claro está. Ellos saben que eres un heredero del trono de Arabia y quieren apoderarse de ti, y presentarte vestido con ese lujoso traje que habrán conseguido quién sabe cómo, y con las armas del viejo Rey para exigir un fuerte rescate o entregarte al Soberano en cambio de una buena remuneración. Y si tienen pruebas de que eres el hijo del primogénito del viejo Rey, le darían en verdad un regular disgusto al actual soberano. Pero esto debe tenernos sin cuidado.

"El que fue hasta hace tres lunas, Etnarca del Néguev, está casado con una hermanastra de mi madre a la que considera como madre suya. Como tú nada harás en contra de él, tampoco él hará nada en perjuicio tuyo porque es un nobilísimo corazón

y hasta me ha otorgado amplios poderes para hacer de todo este desierto, campo habitable para los que quieran habitarlo, y camino fácil para atravesar sin peligros para las caravanas y viajantes particulares.

"No temas, pues, que el Eterno Invisible que nos dio la Ley del Sinaí es Padre bondadoso y solícito, para todo aquel que desde las gradas de pórfido de su Ley le dice con el corazón vibrando de amor:

"¡Padre nuestro que estás en los cielos,
Gracias te doy porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol;
Por todo lo que vive, Padre mío,
Te da gracias mi amante corazón!"

A la mañana siguiente los tres hombres, dormidos por mandato mental de Moisés, fueron colocados en las cuchetas de la sala enrejada, como llamaban a la Sala Presidio que existía en todas las poblaciones del desierto.

Cuando terminó la fuerza magnética del mandato, los tres despertaron y grande fue su alarma al encontrarse cautivos. Allí estaba de pie ante ellos el Hierofante egipcio que se apresuró a decirles:

–No tenéis nada que temer si obráis como hombres sensatos. ¿Quién os mandó a cometer el atropello con el hijo del Patriarca Jetro?

Ninguno contestaba.

–De vuestras respuestas depende vuestra libertad.

Los tres se echaron sobre Moisés queriendo estrangularle.

Pero los tres quedaron con las manos endurecidas en forma de garras prontas para clavarlas en el cuello, visto lo cual se dejaron caer impotentes al suelo como bestias enfurecidas.

Moisés se retiró en silencio corriendo los cerrojos tras de sí porque comprendió la culpabilidad de los sujetos, que aún no estaban en condiciones de razonar como humanos. La cólera impotente les cegaba y debería esperar a que la reclusión severa les hiciera comprender cuál era el deber en la situación que se encontraban.

Los tres días pasaron y llegó la gran carroza arrastrada por tres parejas de mulos, que Numbik manejaba con inimitable destreza. El "cabeza de escolta" que decía el Faraón, dejaba traslucir la pericia adquirida por el niño, criado por el viejo Sacerdote de Abydos, Neferkeré, que recordará el lector.

Los muchachos nubios que montaban los mulos delanteros parecían ser de basalto negro cuando saltaron a tierra y quedaron firmes esperando órdenes.

Moisés y cuantos con él esperaban, se acercaron al carro todo entoldado para bajar a los viajeros.

El abrazo de la madre y el hijo es para verlo y sentirlo. Y mi lector tiene ojos brillantes de lágrimas, y corazón que late fuerte como manos que baten palmas. La segunda en bajar fue Estrella o Séfora apoyada en su hijo, un gentil jovenzuelo que se llegó a Moisés para besar sus manos.

La tercera fue Abidi Céferi, la princesita de Etiopía o país de Kush, que llegó a pedir refugio al castillo del Lago Merik cuando sólo tenía dieciséis años y salía llegando casi al cuarto de siglo.

Cuando ella apareció tras del cortinado de la carroza que levantaba Numbik, Moisés miró a Azabache de pie a su lado, y él comprendiendo aquella mirada se acercó a bajarla. En aquel cruce de miradas que por vez primera se encuentran, comprendió el genial visionario del porvenir, que su profecía se cumpliría en días no lejanos.

– ¡Alteza!... –murmuró Azabache emocionado.

–Yo no soy Alteza, sino la hija adoptiva de la Princesa Real –le contestó afable la joven, saltando ágilmente a la arena.

–En efecto –añadió Thimetis–, es mi Abidi, una de las muchas hijas que la Ley Divina me va dando a medida que pasan los años.

Al final descendieron las damas de compañía o ayudas de cámara, como se dice en buen castellano, una de las cuales era la esposa de Numbik.

Moisés les condujo a todos a su alojamiento en Mara, donde él había mandado disponer buenas comodidades.

Pasados unos días de descanso seguirían viaje a Ezion-Geber, donde dos semanas después tendría lugar la coronación del nuevo soberano de Arabia.

Como buen conocedor de la Psiquis "hija del cielo", Moisés se abstuvo en absoluto de hacer a Azabache mención ninguna referente a la profecía que le había hecho. Esperaba acontecimientos.

Pero Azabache le buscaba asiduamente, sobre todo por las noches, cuando Moisés, terminadas sus tareas de director de las construcciones y obras en general que se realizaban en Mara, salía a pasear bajo los árboles a la luz de la luna. Y hablaban de todo, menos de lo que en verdad pensaban ambos.

Pero el pobre Azabache no aguantó más.

–Maestro Moisés –le dijo una de aquellas noches–. ¿Nada me decís de aquello que me anunciasteis antes de llegar vuestra madre?

–Creo que no debo decirte nada, porque pienso ante todo en tu libre albedrío que en ningún caso es más necesario al ser humano, que cuando se trata de una alianza que debe ser para muchos siglos.

– ¿Muchos siglos?... Será para toda una vida y ya es decir, Maestro, ¿no es así?

–En tu caso no es así. ¿Qué puedes decirme de Abidi Céferi de Kush?

–Que es muy bella y muy gentil, pero es impenetrable. ¡Por sus rejillas no pasan ni los mosquitos!

– ¡Cómo! ¿Qué me quieres decir con eso?

–Quiero decir que es esquiva, que parece huir de mi presencia y hasta creo que debo serle repulsivo y no sé si hasta despreciable.

–No creo que haya nada de eso en una almita educada y formada por mi madre desde los dieciséis años que la pusieron a su lado. Yo ni tengo tiempo, ni temperamento para ocuparme a mis años y con mis compromisos, en asuntos sentimentales. Será mi madre, Azabache, quien hará lo que yo no soy capaz de hacer.

"Deja ese asunto a su cuidado y aunque te recomiendo seas muy solícito en atender a las mujeres que acompañan a mi madre, no des un paso imprudente en este caso.

"Mi madre está enterada del aviso espiritual recibido por mí, y asimismo de todo lo ocurrido en tu vida desde que el Patriarca Jetro te cobijó, hasta que los tres detenidos quisieron secuestrarte conociendo que eres un pajarillo de oro que les puedes producir ganancias. Ella ha solucionado problemas mucho más oscuros y enredados que este tuyo, cuando fue Regente en Mauritania, y créeme que yo mismo me asombro de la certera visual que la acompaña y de la prudencia con que obra. Déjala.

"Ella te llamará uno de estos días para hablar en intimidad contigo, y como cuento con la realidad que se te acerca, me permito anticiparte que de Ezion-Geber saldrás unido de esponsales con Abidi Céferi, y en viaje a Kush, antes del primer trimestre que comienza.

– ¡Oh, oh, Maestro Moisés!... ¡Eres en verdad el hombre Luz del desierto de Shur!

Aunque Moisés había dicho a Azabache "no tengo tiempo ni temperamento para ocuparme de asuntos sentimentales", no fue dueño de evitar que el joven se le acercara noche a noche,

cuando le veía salir a beber frescura y luz de luna reflejándose en el mar.

Y en silencio caminaba a su lado o se sentaba en una piedra como esperando una palabra amiga.

Y Moisés no se la negaba.

–Si tu corazón de hijo de Arabia tiene una novedad, suéltala a volar, Azabache, que estoy dispuesto a escuchar tus confidencias.

–Sí, Maestro Moisés, tengo una novedad.

– ¿Y es?...

–Que mi corazón galopa como un potro enloquecido, y me resulta duro el sujetarlo...

– ¡Pues déjalo correr! ¿Qué mal hay en ello?

–Ninguno, Maestro, sino que el correr solo no tiene gracia.

–A ti te parece así, pero puede que sea diferente. Amar por amar lo bueno y bello es también muy bello y muy bueno. Yo tuve un gran amor, el único quizá, allá a mis diecisiete años. La muerte salió a mi camino, pero yo continúo amando porque era extremadamente bello y bueno lo que amaba. ¿No puede ocurrir así en tu caso?

–Algo de eso hay, pero, Maestro..., yo no soy el Moisés genial, grande, fuerte, todo hecho de granito de la cabeza a los pies...

–Poco a poco, amigo..., a veces el granito se vuelve arcilla y tú puedes hundir en ella tu dedo meñique... Las criaturas de carne, sangre y hueso somos mudables.

"¡Sólo el Uno, Eterno e Invisible, no varía ni se cambia jamás!

"¡Vamos a ver!... Esta luna de plata bruñida que besa el mar, nos está poniendo a ti y a mí como una lira que se ve en las manos del trovador. ¿Te has encontrado con tu futura?

–Más de una vez, Maestro, porque busco yo las oportunidades... ¿No dije ya que mi corazón galopa como potro enloquecido?

"Si ella va a la orilla del mar, allá estoy yo como un pececillo en la aguada. Si entra a la sala de oración allá me encuentra como pájaro con frío que busca el tejado...

– ¡Oh, Azabache!, eres algo cargoso... Se creerá perseguida por ti...

–No, Maestro, porque yo llego antes que ella...

–Entonces es a ella a quien le galopa más fuerte el corazón. Es ella quien te sigue a ti.

–Me está pasando algo que no entiendo muy bien, o la magia resplandeciente que os hace dueño de las voluntades, se está pasando de vos a mí.

–Esto empieza a interesarme. Explícate bien.

–Espero que me ayudéis: a veces siento impulso y casi necesidad de caminar hacia el mar, cuando he terminado mis ocupaciones de guardar en orden todo cuanto utilizan los obreros que hacéis trabajar aquí. Luego, creo, nadie me ve cuando voy, y llegado allí me siento en una roca y pienso en ella como puedo pensar en las doradas nubecillas en que va muriendo el sol... Al poco rato se presenta ella con dos o tres chiquillas que la siguen porque les da golosinas y les cuenta bonitas leyendas.

– ¿Y luego las leyendas son escuchadas también por ti?

–Justamente, Maestro, porque ella prescinde de mi presencia y hace como si se encontrara a solas con las niñas. A veces no aguanto más y me hago presente, preguntando si no molesta que yo también escuche.

"–Si te agradan mis historietas –dice ella–, ninguna molestia es para mí.

"¡Oh, es delicioso escucharla! Y si voy al recinto de oración, pienso también en ella, y a poco la veo llegar con las inseparables chiquillas, que se le han prendido como moscas en la miel.

– ¿Sabes lo que es eso? Es la atracción de tu pensamiento. Tienes muy fuerte el pensamiento, Azabache. Eres un buen sujeto hipnotizador...

– ¡Ya decía yo! Es la magia del Maestro Moisés que se me está prendiendo a la mollera...

– ¿Qué magia ni magia, hombre de Dios?... ¡Eres tú mismo que tienes bastante activo y bien cargado de magnetismo el pensamiento, la voluntad y en fin, todo tú!... Bien, bien, Azabache, son muy grandes cualidades y si la ley te las da, prepárate a emplearlas en hacer el bien..., siempre el bien.

"Cuando llegues a lo que yo sé que vas a llegar, serás un buen Soberano, un buen gobernante de pueblos.

– ¿Yo un Soberano?... ¿Un gobernante de pueblos?, ¿es que duermes, Maestro?

–Yo sé lo que digo. ¿Has olvidado lo que te anuncié antes de la llegada de mi madre con sus compañeras?

– ¡No lo he olvidado, Maestro!... ¡Pero me creo tan poca cosa!... ¡Un hijo de nadie, como si dijera un perrillo sin dueño! Yo quiero a esa joven que es una futura Reina... Vos lo habéis dicho, Maestro, amar por amar es bello y bueno, me ayuda a vivir la vida y me impulsa a ser mejor cada día. ¿Para qué? Paréceme que es para ser merecedor de quererla, de amarla...

– ¡Así es, Azabache, el amor grande, verdadero y puro! Vas llegando adonde debes llegar.

"Mi madre se está ocupando de ordenar tu genealogía, y cuando pueda ella decirte el que tú eres en medio de esta humanidad que te rodea, hablará con tu futura, y tu corazón no galopará enloquecido porque habrá llegado al punto final del viaje. ¿Comprendes?

–Sí, Maestro, comprendo que llegará un día en que deberé reconocer que habéis sido vos el creador de mi vida entre los humanos de hoy en adelante.

– ¿Te olvidas del Patriarca Jetro?

– ¡Eso jamás! Él es el padre de mi desamparo cuando la humanidad me arrojó al camino como una piltrafa despreciable.

La noche era clara y hermosa, y la Princesa Real con sus compañeras se llegaban hasta Moisés, porque deseaban, todas, un pequeño concierto de liras, laúdes y voces humanas que llenaran de armonías las noches del desierto.

= 83 =
MAHÓN ABUL DE SELA

En el gran Archivo del Patriarca Jetro que conservaba Moisés, la Princesa Real encontró las genealogías de todos los hijos adoptivos del Anciano apóstol del amor fraterno, que había consagrado la mayor parte de su vida a proteger a los desamparados.

Y tan perfecta y minuciosa fue la adopción que hizo de ellos, que conservaba con detalles el origen, forma y modo, cómo esas pobres vidas habían llegado a la vida en tan deplorables condiciones sociales.

Hijos de nadie, que hasta sus progenitores querían hacer desaparecer de la luz del sol. ¿Qué mayor desamparo podía pedir el gran corazón del Hierofante Jetro, para interesarse por ellos hasta llamarles sus hijos y él sentirse su padre, en todo el significado de tales palabras sagradas?

Pero él para hacerse cargo de esas vidas y hacerles la ofrenda absoluta de su amor paternal, exigía se le dijera bajo juramento de discreta prudencia el origen de todos ellos.

–Puede ser –decía él–, que en un futuro más o menos cercano se presente la oportunidad de que estos seres, hoy despreciados, reconquisten su posición en las sociedades humanas a las que puedan dar sus energías y capacidades, si soy yo apto para educarlos en el Bien, el Amor y la Verdad. De no hacerlo así, pierdo el fruto de mi obra de recogerles y ampararles.

Mis lectores conocen ya la forma y modo como el Patriarca Jetro educaba sus adoptados.

Y ya que el huérfano Azabache sale a nuestro escenario de la Luz Divina, como un diamante en el collar de grandes obras realizadas por Moisés, dediquémosle con amor todo cuanto es necesario para que este diamante resplandezca en las historias de los reyes, pueblos y razas, vinculadas a la obra grandiosa realizada por nuestro personaje central en toda su larga vida mesiánica de aquella época.

Mahón Abul de Sela era el verdadero nombre de este ser, que llegó a la vida física cuando el Rey Muzkiafá III estaba en todo el esplendor de su poderío.

El viejo país de Arab era casi un continente, lo cual provocó la envidia y el recelo del viejo caudillo de Moab, que le promovió luchas de diversas formas y le hizo cuanto daño pudo. Habían sido grandes amigos, pero las amistades humanas fundamentadas en el interés y sólo alimentadas por el egoísmo, nunca pueden ser duraderas. El bien puede ser y es inmortal, invencible y eterno porque emana de Dios, Bien Supremo; pero el mal es y será siempre efímero, pasajero y fugaz porque tal es la Ley; el mal es siempre vencido por el Bien, aunque a veces transcurran años sin obtenerse esta victoria final.

Ambos soberanos, el del país de Arab y el de Moab se hicieron grandes enemigos, mucho más que amigos habían sido. Pero el hijo mayor del Rey Árabe estaba enamorado de una de las muchas hijas del Rey de Moab. El primogénito fue advertido repetidas veces por su padre de que ese fatal amor era irrealizable y que le exigía renunciar a él en absoluto. El Rey se creía obedecido, pero un matrimonio secreto propiciado por adulones del heredero y contando con la tolerancia que al final tendría el padre para el hijo, dio por resultado la llegada a la vida del pobrecito niño que nacía ya condenado a muerte. Sus padres lo llamaron Mahón Abul como su progenitor, y apenas nacido tuvieron el dolor de separarlo de ellos en espera de mejores tiempos.

Siendo ya conocido en todo el país el piadoso corazón del Hierofante egipcio desterrado en Madián, el niño fue llevado por su propio padre a la cabaña de Jetro, con la promesa de retirarle en mejores oportunidades. El heredero de Arabia dejó un bolsillo con oro para ayudar al cuidado de su hijo.

Mas el Rey Árabe supo todo lo ocurrido, y que su real voluntad había sido burlada. Desheredó a su hijo, y le desterró del país, y al poco tiempo fue asesinado y robado por los piratas del Mar Rojo.

Su madre fue enclaustrada en una torre donde murió de tristeza tres años después.

Este relato aparecía con la firma del médico árabe que asistió a la madre del niño en su nacimiento y lo que le daba más valor al documento era la declaración hecha por su padre al entregarle al Patriarca Jetro a los tres meses de edad: "Entrego mi hijo Mahón Abul de tres meses de edad, a la tutela del Hierofante Jetro y le hago donación de él si yo no volviera a recogerle". Y aparecía además copia del recibo que el Hierofante dio al heredero de Arabia: "Recibí de las propias manos del Príncipe Mahón Abul de Sela, la persona de su hijo de tres meses de edad, y por tiempo indeterminado".

Las escrituras estaban en regla y no había nada que observar.

–Hijo mío –decía Thimetis a Moisés–, esto no puede quedar así, según creo, pues es de justicia colocar a Azabache en el lugar que le corresponde. Los documentos están en regla, tal como los poseo yo de ti mismo, y si los esponsales de Abidi Céferi de Kush han de realizarse como tú lo crees, más todavía. Ella va a reconquistar el trono de su padre a mitad de este mismo año...

–Ya lo tengo todo pensado, madre. No deseaba yo intervenir directamente en esta cuestión por parecerme que era de la incumbencia del Patriarca Jetro; pero él me ha pedido que lo hagamos tú y yo porque él se siente demasiado cerca del vuelo final y quiere eludir todo negocio exterior.

De este cambio de ideas entre la madre y el hijo, resultó que cuando acudieron a la coronación del nuevo Rey Árabe, trataron con él este asunto.

Cuando las grandiosas ceremonias y fiestas de la coronación hubieran pasado, Moisés pidió una audiencia privada y muy secreta al nuevo Rey, que la concertó en el acto. En compañía de su madre se presentó al despacho del Soberano, al cual habían obsequiado con un pequeño álbum de marfil con la Ley del Sinaí, estampadas en letras de oro.

–Lo que traemos entre manos, mi madre y yo, ¡oh, Rey!, es algo enojoso para los que no tienen noble y puro el corazón. Mas sé que para ti será cosa suave de llevar. –Y le refirió con detalles toda la cuestión.

El Soberano escuchó sin inmutarse.

– ¿Y él qué dice? –preguntó, cuando Moisés terminó todo el relato.

–No dice ni pide nada, porque hasta hoy ignora que nosotros traemos ante vos este doloroso pasado.

– ¿Y vosotros qué pensáis que debo yo hacer?

–Creo que lo que vos querríais que se hiciera contigo en igualdad de condiciones. Es lo que manda la Ley.

–Y es lo que yo haré –dijo secamente el Soberano–. Yo sabía que hubo un hijo de mi hermano Mahón, pero como pasaron los años y no aparecía, creí que habría muerto. El Soberano Alá me dio dos hijas mujeres, y el tercero que fue varón murió de pocos años. La casa Real de Arabia necesita un heredero y nada será más justo que ese lugar sea ocupado por el hijo de mi hermano mayor. Traedlo a mi presencia con los documentos que de él tenéis, y si todo está en regla, le proclamaremos heredero del Reino de Arabia, con la presencia del Patriarca Jetro y con vuestra presencia.

–Él está enamorado de la hija del Rey de Kush que fue asesinado hace varios años. Su única hija se refugió en mi madre siendo muy niña. Ahora es ya una mujer, y tenemos noticias de que el usurpador fue vencido y arrojado lejos del país, por lo cual los fieles al Rey, piden que la heredera les sea devuelta. Si Mahón Abul es proclamado heredero de Arabia, ¿podrá celebrar esponsales con la joven Reina del país de Kush?

"¡Eso, oh, Rey!, lo deberás resolver según vuestras leyes y costumbres.

Después de unos momentos de meditación, el Rey habló de nuevo, sonriente y afable:

–Creo que el Soberano Alá no me hará morir tan pronto, y que mi heredero podrá muy tranquilo cubrirse con los azahares de la Reina de Kush.

"Lo que no supo hacer mi padre lo sabré hacer yo. ¡Oh, Moisés, Moisés!... Eres mago de verdad y hace ya tiempo que cambiaste mi corazón de estopa en corazón de carne, que siente y late como debe sentir y latir.

"¿Crees que los hombres que tenemos sangre en las venas y algo de luz en la mente no hacemos comparaciones entre tu obrar y el obrar de los demás seres? ¿Qué buscas para ti en las estupendas obras de gran esfuerzo y sacrificio que haces?

– ¡El narciso color de oro, oh, Rey, y nada más! –contestó la Princesa, adelantándose a su hijo que había guardado silencio.

–Bien, bien, ya lo he comprendido así, y por eso creo tener también el derecho de empezar a buscar la flor divina tras de la cual andáis vosotros desde tantos años. Con que arreglad vosotros con mi noble sobrino, todo cuanto se refiere a lo que tenemos hablado, y que él mismo fije la fecha de su proclamación como heredero

de Arabia, que podrá ser también la fecha de sus esponsales con la heredera del país de Kush.

Cuando Azabache se enteró de todo este laberinto de cuestiones, se puso lívido y por fin sólo dijo:

– ¿Y, pensáis, acaso, que yo prefiera ser heredero del trono de Arabia a ser el hijo de mi padre Jetro? ¿Puedo abandonarle para subir las gradas de un trono?

–Y si amas a Abidi Céferi también te sale al paso un trono en que subir. ¿Has pensado eso?

–Ella no quiere ser Reina, ni separarse nunca de la Princesa Real.

– ¡Vaya, vaya! ¡Tenemos aquí dos chiquillos a quienes darles el biberón! –exclamó la Princesa riendo.

–Son ustedes responsables de países y de pueblos, ¿qué es eso de querer y no querer? Esas palabras no debe pronunciarlas el que fue designado para regir humanidades, por el Eterno Dueño de las vidas humanas.

Las confidencias instructivas de la Princesa Real para Abidi Céferi y las no menos sugestivas y hondas de Moisés para Azabache, les llevaron a ambos al terreno del razonamiento y de las convicciones.

El mago soberano del amor hizo lo demás y cinco lunas después se celebraba en Ezion-Geber la proclamación del humilde Azabache transformado en Mahón Abul de Sela como Príncipe Real y heredero del reino de Arabia, y el Rey consagraba sus esponsales con la joven Reina de Etiopía, con residencia en Nadaber, donde el Patriarca Kopto de Akasún bendeciría el matrimonio cuando llegaran a la ciudad Real.

Los caudillos y jefes de ejército de Etiopía acudieron de inmediato a Ezion-Geber, a la proclamación del heredero de Arabia que debía desposarse con la joven Reina de Kush.

La dama etíope que fuera aya y gobernante de la niña, venía con las doncellas para acompañar a la joven soberana, que aún no lograba convencerse de que era inevitable su separación con la Princesa Real.

–Señora, ¡por piedad! –Le decía–, si habéis sido mi madre durante mi adolescencia y primera juventud, ¿cómo es que vuestro corazón se desprende tan fácilmente de la tortolita huérfana que salvó de los buitres de la tempestad?

La Princesa Real vacilaba y sufría, hasta que Moisés apremiado también por Azabache y más aún por el Anciano Patriarca Jetro, decidió la cuestión.

–Moisés, hijo mío –díjole el Anciano un día–. Una voz que no es de la tierra me apremia en el fondo del alma para que establezcamos nuevos lazos con los Koptos de Akasún, que son un hermoso rastro de los Kobdas de la prehistoria.

"Kush fue el país de Artinón del pasado lejano, que entró a formar parte en la Gran Alianza de Naciones Unidas debido al gran esfuerzo de una matriarca Kobda llamada Solania, que transformó en dócil corderillo al bravo Caudillo de ese país, convertido después en mártir sacrificado al bien de su pueblo.

"Yo estoy ya muy debilitado por los años y acaso moriría en el largo viaje...

Moisés interrumpió la frase, pues comprendió el deseo del pobre anciano que ya casi no dejaba el lecho.

–No se habla más, padre Jetro –le dijo estrechando sus enflaquecidas manos–. Iré yo en vuestro lugar, e irá también mi madre acompañando a los jóvenes soberanos, que se sienten cobardes aún ante la grande responsabilidad que les pone la ley sobre los hombros. Mi madre está indecisa y vuestra voluntad acabará por decidirla.

"Quedad pues tranquilo que este negocio está arreglado a vuestro deseo".

Una grande y lucida caravana partió de Ezion-Geber a Maraba, punto de partida que sería una luna después con rumbo al país de Kush.

La ciudad de Maraba había sido convertida en un espléndido puerto del Mar Rojo, vio la partida de un hermoso velero, obsequio del Rey Árabe a los futuros esposos y soberano del país hermano, llevando a Moisés, su madre y la joven pareja con toda su corte.

Tres años permanecieron ambos en el que fue país de Artinón en la prehistoria, y la obra de alianza fraterna que realizaron fue el origen de lo que ocurrió varios siglos después, cuando el glorioso Egipto de los Ramsés se hundía en el más espantoso caos de corrupciones, odios y luchas de toda especie.

Son así de grandes y hermosas las combinaciones que hace la Ley Divina y Eterna, en su vigilante afán de llevar las humanidades por sus caminos de luz y de verdad.

Una madre y un hijo, egipcios, Thimetis y Moisés, llevaban la luz, la paz y la verdad a la azotada y devastada Kush. Y varios siglos después, una madre y un hijo etíopes, la Reina de Saba y su hijo Saba Akón, volvían la paz, la grandeza y el triunfo de la verdad y el bien al Egipto anarquizado, deshecho en jirones por caudillos egoístas y su sacerdocio corrompido y fanático.

Menfis, Tebas, Luxor, Karnak, Dendera y Abydos, eran ruinas y

recuerdos, y de Napata, ciudad Real de la nueva dinastía, surgía de nuevo el Egipto triunfal de los Kobdas prehistóricos, varias veces deshecho y vencido por fieras tempestades, pero vuelto a resurgir como el ave Fénix de la leyenda.

Hay parajes de la tierra que la Eterna Ley parece haber destinado para el triunfo de la Verdad, de la Justicia y del Bien. Y lo que Ella define y quiere, es y será siempre a través de los siglos y de las edades.

Los Archivos de los Solitarios del viejísimo Santuario de Akasún era riquísimo en escrituras antiguas, y Moisés pudo enriquecer el suyo con nuevos relatos Lemures y Atlantes, y sobre todo comprobar cuanto ya sabía y conocía de los mundos y de las humanidades, por las Escrituras llamadas del Patriarca Aldis y las demás que poseía de los más antiguos Santuarios del país del Nilo.

Moisés vio en un éxtasis de amor y de gloria que en tres grandes países y en muchos millares de almas quedaba firmemente grabado el Ideal Divino, al que había consagrado toda su vida.

Egipto, Arabia y Kush, proclamaban a la faz de toda la tierra la Unidad Divina o sea la eterna y real fraternidad de la Suprema Potencia sobre todos los mundos y las humanidades que los habitan.

Y mirando todo el horizonte que lo rodeaba desde el más alto cerro de la montaña de Akasún, pudo repetir, casi llorando, el verso de Anek-Atón:

"¡Gracias, Señor, porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol!
¡Por todo cuanto vive en torno mío
Te doy gracias, Señor!"

= 84 =
EN EL PAÍS DE KUSH

En la época de este relato, era el País de Kush casi desconocido en su mayor parte por los pueblos civilizados.

En la prehistoria fue conocido por País de Artinón y estaba dividido en muchas comarcas habitadas por tribus diversas, pero que rara vez luchaban entre sí. Las altas montañas y los numerosos ríos que surcan aquellos parajes servían de límites a los habitantes humanos, que no se tomaban la molestia de traspasar aquellos límites naturales pues tenían abundantes medios de vida cada tribu en su región.

En la época de los Kobdas eran treinta y nueve regiones que

se gobernaban independientemente unas de otras bajo el mando de un caudillo rey que era elegido en asamblea de toda la tribu, y tenía carácter vitalicio si era su gobierno del gusto y agrado de la mayoría de los hombres capaces de guerra y de defensa.

Pero hubo un tiempo en que llegó un joven extranjero de bella presencia que bajando de las altas cumbres de la montaña Ras Dashan se refrescaba en el Lago Azul, como llamamos al que hoy conocemos por Lago Tana. Vestía hermosos trajes, ceñía espada mango de oro, su arco y su carcaj resplandecían lo mismo que su lanza. Todo en él era brillante como su cabello dorado y era su piel blanca como los nenúfares del Nilo.

La Tribu que habitaba esa región acababa de dar sepultura a su Caudillo Rey y resolvieron los hombres maduros elegir al extranjero que tan misteriosamente llegaba en momento tan oportuno.

–Nuestros dioses lo traen a nosotros acaso desde sus torres en las estrellas que alumbran las cumbres del Ras Dashan.

A sus interrogatorios contestaba el extranjero y ellos le comprendían porque él conocía su lenguaje. Les dijo que su nombre era Marván y que era de los países helados del Norte. Que un "genio" le trajo en una noche durante el sueño, no para hacer ningún mal a nadie sino para vivir en ese país, en paz y buena armonía con sus habitantes.

Como las respuestas les agradaron, le proclamaron Caudillo Rey y sólo le pidieron en pago de tan alta designación que se oscureciera el rostro, las manos y el cabello con un preparado que ellos tenían, para que fuera moreno como todos los habitantes del país.

Este hombre tenía grandes conocimientos de todo orden y poco a poco se fue conquistando la amistad y simpatía de todos los caudillos del vasto País de Kush. Etiopana, Dashan, Kenigara, Nubia, Tanganica y hasta Chiksa sobre el río Zambeze lo quisieron como jefe, cuando comprendieron que aquel hombre era superior a todos ellos. Tenía magia de amor, creían y decían los nativos, y ningún país quería ser inferior a aquel que primeramente lo eligió como Rey. Hubo paz, abundancia y feliz convivencia en toda la extensión de aquel inmenso país.

Esto en la prehistoria.

Ahora en la época de Moisés, el país de Kush era un recuerdo, como el país de Artinón, pues entonces toda aquella hermosa región de altas montañas y torrentosos ríos era llamada Etiopía, transformación sin duda de Etiopana, antiquísima capital que

fuera del prehistórico país de Artinón. No había entonces una dinastía, una ciudad Real en Bainia. La dinastía Kuga, representada entonces por el anciano Rey Irguebain y su heredero Udelga, había sido en parte destrozada, pues el anciano fue asesinado y su heredero desaparecido, se ignoraba si era vivo o muerto. Hija del príncipe Udelga era la joven que conocemos al lado de la Princesa Real donde pasó su adolescencia y primera juventud.

Tal es pintado a grandes rasgos la Etiopía o País de Kush, adonde vemos entrar a Moisés acompañado de su madre, la Princesa Real de Egipto. También acompañaba a Moisés el afecto sincero que le profesaba el Faraón, quien le había provisto de todas las autorizaciones necesarias para establecer una cordial amistad e intercambio comercial entre ambos países. Etiopía tenía montañas con minas de oro y piedras preciosas. Y Moisés tenía en su Archivo, escrituras de fugitivos lemures, de la época en que aquel continente empezaba a hundirse. Debía encontrar el rastro de ellos que habitaron la parte sur del país, allí donde corre caudaloso y rugiente el Río Zambeze.

Para todo esto le serviría de guía e instructor el Patriarca de los Koptos del Santuario de Akasún que estaba ubicado en uno de los más abruptos cerros de la montañosa Bainia.

Era por entonces Patriarca de los Anacoretas Koptos, un hombre que se mantenía en la plenitud de la vida a despecho de sus sesenta y tres años. Su nombre era Armenabo y tenía un largo y profundo cultivo intelectual, espiritual y aun social. Se había formado su personalidad en los antiguos Templos Egipcios. Compañero de Iniciación y de estudios del Pontífice Pthamer, antecesor de Membra, nuestro lector puede comprender lo que fue para Moisés el encuentro con el Patriarca Armenabo. Sus conocimientos históricos no solamente de la vasta Etiopía de entonces sino de todo el Continente Africano, sirvieron a Moisés para hacer hermosas comprobaciones de las Escrituras conocidas y conservadas por él. Era una continuidad armónica y perfecta, que comenzando en Lemuria con Juno el Marino y Numú el Pastor, continuaba su paso glorioso hasta Anfión, Antulio, Abel y Krishna.

Entre las épocas mesiánicas no había lagunas ni vacíos de mayor importancia, porque las decadencias ocurridas en los largos intervalos de milenios de años, sólo servían para poner de manifiesto la acción devastadora del tiempo que torna en ruinas las grandes civilizaciones, y la fuerza también devastadora de las ambiciones y

egoísmos humanos, que entre humanidades nuevas tienen la fatal capacidad de destruir las maravillosas obras del amor encendido por los Mesías, como lámpara eterna que nunca se apaga a pesar de todos los vendavales.

Aunque Moisés y su madre eran huéspedes de honor en el Palacio Real de Nadaber, era él un visitante diario del Santuario de Akasún. (*Hoy se denomina Harar, la ciudad que rodea el Santuario).

Allí supo que en la región llamada Nubia que es la Kenia de hoy, dominaba la raza que hoy llaman de los gigantes, prolongación y descendencia de los lemures fugitivos de aquel continente. Formaba parte de la Etiopía que sería dominio gobernado por los nuevos Soberanos Mahón Abul de Sela y Abidi Céferi de Kush.

Y mientras Moisés se dedicaba a los Archivos y a la vieja historia de continentes y países desaparecidos, su madre se entregaba de lleno a preparar a la joven pareja que reinaría en aquel país, para ser lo que fueron los antiguos soberanos de esos mismos parajes y de aquellos otros que habían desaparecido por la invasión de las aguas.

Y de nuevo aparecían evocadas por Thimetis las figuras radiantes de Anfión y Odina, de Antulio y su madre Walkiria de Cerro de Oro, de Bohindra y Ada, de Adamú y Evana, de Abel y los Kobdas, que prepararon el campo y lo sembraron de Bien, de Verdad y de Amor en muchos siglos que fueron corriendo, cuyo recuerdo se mantenía vivo en la mente y en el corazón de quienes le comprendían en sus nobles anhelos.

Los jóvenes, futuros soberanos, que la escuchaban y sentían lo que tú y yo, lector amigo, sentiríamos viendo desfilar ante nuestra vista ese glorioso pasado que tuvo a veces esta humanidad, que hoy vemos tan absolutamente dominada por todos los egoísmos humanos que se desatan en torbellinos de odios, de ambiciones, de luchas y guerras, por la posesión de cuanto nos rodea y que el Eterno Poder otorga a sus criaturas para su bienestar y su felicidad.

Y desde el fondo del alma se levantan audaces estas preguntas:

¿Por qué los hombres se odian si es tan hermoso el amor? ¿Por qué se matan los hombres por un pedazo de tierra, por un puñado de oro, por un sillón de gobernante, por un mendrugo miserable que tendrá que dejar un día al pasar al otro plano, llevándose solamente el bien o el mal que haya hecho?

El rastro luminoso que dejaron Moisés y su noble madre en

aquella parte del África Oriental, no se borró en absoluto y en determinados parajes del Continente Africano se conserva aún el resplandor lejano de lo que allí vivió y fue grande, bello, bueno, el Ideal Mosaico, la Unidad Divina, la Hermandad Humana que será en el futuro gloria, felicidad y grandeza verdadera para la humanidad terrestre.

* * *

El Patriarca Armenabo informó a Moisés que en Nairobi, capital por entonces de Kenigara, existía desde remotos tiempos un Santuario Kopto en los más altos montes del continente, Los Alcones, a cuyos pies se abría como espejo de plata el inmenso lago de dulces aguas que le llamaban Mar Hondo, a causa de su extraordinaria profundidad que nadie había podido medir. (*Actual Lago Victoria).

Tan fervorosa fue la descripción que de estos parajes, casi desconocidos entonces, hiciera el narrador, que despertó en su oyente el vivo deseo de visitarlo. Y Moisés anunció a su madre y a los futuros soberanos que partiría hacia aquella comarca, especie de soberbios laberintos de lagos, ríos y montañas.

Le acompañaría el Patriarca Armenabo, con uno de los Anacoretas más jóvenes y que era además originario de Nairobi, conocedor de sus habitantes y vinculado a los numerosos prácticos que se ganaban la vida como guías de los viajeros.

En tres noches que pasaron bajo tiendas y con hogueras encendidas en defensa de las fieras, pudo conocer Moisés a fondo el alma de su joven conductor, Rodano de Nairobi, que era el más joven de los solitarios.

Tomó tal amor y confianza a Moisés, que parecía haber vivido a su lado toda una vida. No solo le hizo confidente de todas las tragedias de su breve vida, sino que le refirió con detalles la vida de los Anacoretas que iban a visitar. Allí no había más que doce, y no podía haber ni uno solo más, según ellos lo habían establecido. Debido a eso él se encontraba en Akasún, esperando que hubiera un sitio vacío en Nairobi, donde su padre adoptivo era el Patriarca.

–Yo fui recogido por él de una canoa vieja amarrada al Mar Hondo, desde hacía mucho tiempo. Quien me dejó allí de dos meses de vida debía querer ahogarme porque sería yo un estorbo en su camino.

– ¡O salvar tu vida, quizá!

Y en estas solas palabras dio a entender Moisés que había encontrado la causa de la tristeza habitual en aquel ser. Recordó sus padecimientos de niño mientras le envolvió como un sudario de sombras, la ignorancia absoluta de su origen. Y esto mismo influyó quizá para que en ambos se estableciera de inmediato una fuerte corriente de simpatía.

Cuando llegaron al Santuario en lo más abrupto e imponente de la montaña Los Alcones, a Moisés le llamó la atención el gran parecido físico del Patriarca con su joven conductor y amigo, y más aún, que este parecido le recordaba también a la joven que iba a ser Reina de todo aquel vasto país. Sobre todo los ojos, la mirada, ciertas modalidades al hablar..., en fin, algo que parecía una explicación a ciertas sombras silenciosas que él había encontrado en los relatos de su joven amigo, que desde entonces fue su discípulo podemos decir.

La mente audaz del gran psicólogo echó sondas profundas en sus meditaciones solitarias en la celdilla que le fue destinada. Y no tardó mucho en descubrir el misterio de dolor, de abnegación y renunciamiento que había alrededor de aquellos seres que acababa de conocer.

Como el Patriarca de Akasún nada le había dicho, sus razones tendría y Moisés no pasaría jamás aquel muro de silencio si no le abrían una puerta de entrada.

El Patriarca le dijo un día:

–Maestro Moisés, me creo en el deber de decirte la verdadera causa porque he querido que conocieras este Santuario y estos amigos, que veo os reciben con los brazos abiertos y el corazón palpitando de sincero afecto.

–Os ruego que no tengáis reparo alguno, Patriarca, en revelarme esa causa que parece costar dificultad en revelarme. Casi, casi..., lo he descubierto ya.

– ¿Cómo? ¿Tan viva es la luz de vuestra mente que así traspasa las tinieblas?

–Creo que la Eterna Potencia ha puesto en mi ley esa claridad que me acompaña. No hay misterio para quien ha conocido el misterio desde la cuna. También yo soy parte de todos los hijos de un misterio.

–Sí, Maestro..., ya lo sé. La Ley Divina parece querer que sea rodeado de cierto misterioso encadenamiento de hechos, la vida de los grandes seres.

"Como fuiste el hijo secreto de la Princesa Real de Egipto, Rodano de Nairobi es el hijo secreto de Udelga de Bainia, prín-

cipe heredero del reino, y hoy Patriarca Gudela de este viejo Santuario.

–Y padre a la vez de la que pronto será coronada Reina del vasto País de Kush –añadió Moisés con gran seguridad. El Patriarca Armenabo se quedó mudo de asombro al comprender que Moisés había desentrañado todo el enredado laberinto de aquellas vidas humanas.

– ¡Cuán benévola es la Ley para mí! –Exclamó emocionado el Patriarca–. Debido a vuestra extraordinaria clarividencia, me ha impedido traspasar el juramento hecho al heroico Patriarca de este Santuario.

–He comprendido que una tremenda tragedia envuelve estas vidas humanas. Y también puedo decir como vos que la Ley es benévola para mí, pues algo tendré aún que aprender en lo que acabo de descubrir. Todos los acontecimientos de mi vida fueron una estupenda lección que he tenido la capacidad de aprenderla y aceptarla con la sumisión debida.

"El Pontífice Membra que me recibió entre los Hierofantes de alta Iniciación tiene en su pupitre de trabajo este verso:

"Todo es lección en la vida
Para el que busca el saber.
¡Despierta Psiquis! Si duermes...
¿Cuándo podrás aprender?"

"Y yo me lo aplico a mí mismo a cada paso que doy.

"¿Puedes decirme cómo es que el Patriarca Gudela no ocupó el trono de su padre que fue asesinado? ¿Cómo es que sus dos hijos, Rodano y Abidi, ignoran su filiación tan profundamente?

–Os lo diré en pocas palabras. Hasta hace poco tiempo los piratas del Mar Rojo hicieron con su bárbaro culto de los sacrificios humanos, tal cadena de crímenes, que últimamente el Faraón Ramsés I y ahora su hijo Ramsés II, tomaron en serio el exterminar los piratas que así asolaban todos los países vecinos. Las casas reales perdían sus herederos, años tras años, porque aquellos fatales continuadores de los bárbaros y crueles Aztecas atlantes, escogían los mejores mancebos y las más inocentes doncellas para ofrecerlos en holocausto a sus dioses.

"Los que invadieron nuestra ciudad Real fueron piratas disfrazados de comerciantes persas, y se llevaron su heredero para el sacrificio y le entregaron antes de abrirle el pecho a una doncella árabe, hija de un alto jefe militar. Él pudo comprar a sus

guardianes que para salvar sus vidas le exigieron juramento de que desaparecería del país. Y tuvo el heroísmo de cumplir su palabra. Más también él exigió que la pobre joven que le fue entregada por la fuerza brutal de los sacerdotes aztecas fuera puesta en libertad. Ambos huyeron hasta la pobre cabaña de un viejo matrimonio, que habían sido servidores fieles del Rey Irguebain III, donde nació el hijo de aquella unión.

"Su madre no resistió a la vergüenza y al ultraje. La miserable vida de la choza le pareció más dura que la muerte y un buen día fue con su pequeño a la orilla del Mar Hondo, donde arregló a su hijo en una canoa abandonada y se tiró al mar donde pereció".

–De modo que Rodano de Nairobi y Abidi Céferi son hijos de un mismo padre –dijo Moisés.

–Justamente, y él es medio hermano de la que será Soberana de este país. Pero él lo ignora en absoluto y debe ignorarlo siempre. Identificar su personalidad sería descubrir la tremenda tragedia de su padre. Los piratas aztecas del Mar Rojo suponen que ha muerto. De saberlo asaltarían este Santuario matando a todos los Solitarios. ¡Oh, hermano Moisés!... ¡El mundo es de tal naturaleza, que los seguidores de la luz debemos vivir completamente ignorados si queremos conservar la vida del alma y quizá la del cuerpo también!

–Creo que el actual Faraón, que fue mi compañero de estudio y de andanzas juveniles, exterminó a los piratas del Mar Rojo. Esto podía convenir a que este enredado misterio saliera a la luz y todo se pusiera en su lugar –sugirió caviloso y pensativo Moisés.

–Yo lo he insinuado al Patriarca Gudela y me contestó: "¡Prefiero morir olvidado en este refugio salvador! ¡Qué el mundo siga su camino!"

–Acaso tenga razón –añadió Moisés y guardó un largo silencio.

El Patriarca Armenabo cayó en hipnosis, pues era un gran sensitivo.

Le tomó en posesión momentánea Aelohin, el guía íntimo de Moisés, y le dirigió estas palabras:

"Moisés, misionero desterrado en estos desiertos valles terrestres, escribe en tu libro de notas y más aún en tu Psiquis iluminada por la Eterna Luz, las mismas palabras de nuestro hermano Gudela: "Prefiero morir en los peñascales del desierto, antes de cargar con la montaña de responsabilidad que significará poseer la tierra de promisión a costa del pillaje más bárbaro que han visto los siglos".

"En los que te siguieron al desierto y viven aún, sólo hay

egoísmo, interés y ambición. Estás solo con el ideal sublime que has impuesto a los mundos. Has cumplido todo tu deber. La Eterna Potencia bendice, y Ella descubrirá ante los mundos tu obra y glorificará tu vida cuando las humanidades hayan adquirido la capacidad de comprenderlas".

El sensitivo se despertó llorando a grandes sollozos. Moisés quedó silencioso y pensativo.

Tuvo en esos momentos la clara visión de sus largos años en el desierto y de su muerte solitaria en las alturas de una montaña.

–Estoy avisado que no veré la Tierra Prometida a nuestro padre Abraham, porque moriré olvidado en el desierto. –Dijo con admirable serenidad y salió con su compañero a contemplar el sol que se hundía en el ocaso, dando lugar a que tendiera la noche su amplio manto de tinieblas.

= 85 =
MOISÉS MAESTRO DE ALMAS

Rodano de Nairobi, el joven Kopto que no había terminado aún la prueba de cuatro años impuesta a todo el que pedía vestir la túnica gris, dijo un día a su Patriarca:

–Si me es permitido por vuestra bondad, quisiera tener una confidencia con el Maestro Moisés. Mi inquietud interior aumenta día por día, produciéndome lo que ya sabéis, una infinita tristeza que se parece mucho a una agonía lenta.

–Te lo permito, hijo mío, y con grande satisfacción pues un presentimiento o voz íntima parece estarme diciendo que ese gran Maestro de almas, tendrá el poder de curar tu mal. Anda, hijo, anda. Él está en el Archivo con el Patriarca Gudela que le va traduciendo las figuras jeroglíficas de Escrituras lemures.

"Ambos se entienden bien porque son águilas que vuelan muy alto.

– ¿No se molestarán por la interrupción que pueda causarles mi presencia?

–Te llevaré yo hasta la puerta. Vamos.

Y el buen Patriarca Armenabo llevó a su joven discípulo a la entrevista con Moisés.

–Este hijo espiritual mío –dijo el Anciano presentando al joven–, pide tener una confidencia con vos, Maestro Moisés, y yo creo que será una obra piadosa el curar esta almita enferma.

–Os habéis anticipado a mi deseo, Patriarca, pues desde que hicimos juntos el viaje de Bainia a Nairobi, estoy sabiendo que este joven Kopto sufre una angustia interior que le interrumpe la meditación y el estudio. Sentaos y hablemos.

"¿Cuál es, amigo mío, tu padecimiento? –preguntó con suavísima voz el gran psicólogo mirando fijamente aquellos ojos oscuros y tristes que siempre aparecían próximos a llorar.

–Me atormenta mucho el ignorar en absoluto quién soy. No conocí padres, ni hermanos, ni parientes, ni amigos.

"El Patriarca Armenabo me ha cobijado desde que fui capaz de comprensión. De niño me cuidó su madre. Muerta ella me llevó al Santuario de Akasún donde he aprendido varios lenguajes, soy traductor de escrituras antiguas, soy escriba, soy pintor, soy el músico del Santuario..., sé muchas cosas bellas y buenas, pero no sé quién soy ni de dónde vine ni a dónde voy. Vivo con los Anacoretas Koptos, pero no soy buen Anacoreta, ni buen Kopto. Ésta es toda la verdad y toda la historia. ¡Maestro Moisés!... Sé tantas cosas grandes, estupendas y maravillosas de vos, y he pensado que si mi mal tiene remedio, sólo de vos puede venirme. Os ha seguido un numeroso pueblo al desierto atraído por algo infinitamente grande que hay en vuestra persona. Y he pensado así: Es un Genio benéfico de aquellos que de entre montañas de siglos, surgen a veces en la tierra para encaminar a las descarriadas criaturas de Dios. Y si habéis salvado a tantos, ¿no podréis salvarme también a mí?

El joven calló y la esperanza florecía en sus ojos entristecidos.

Moisés pensaba en silencio.

–Yo también soy un hijo del misterio –dijo por fin–, y si aún siéndolo he podido tener paz en el alma y buscar la paz para otros, ¿por qué no podrás hacerlo también tú?

"Si el Patriarca Armenabo nada te ha dicho de tu origen, o no lo sabe o piensa que será para tu mal saberlo. ¿Qué cosa te haría feliz? ¿El amor de una madre acaso? ¿El amor de una compañera, de una esposa que te dé hijos y puedas tener la gloria de un hogar pleno de amor, de optimismo, de esperanza y de fe?

"Todo lo puedes tener si consigues aquietar esa interna fatiga curiosa que a nada conduce más que a tu perturbación.

"Creo permanecer un tiempo más en estos parajes. ¿Quieres que te pida a tu Patriarca, como Escriba y Traductor por todo el tiempo de mi permanencia aquí?

El rostro del joven pareció iluminarse de esperanza, lo cual no pasó desapercibido a Moisés.

– ¡Oh, sí, Maestro Moisés! Nunca pensé que sería tanta vuestra bondad como para cargar con mi pobre alma enferma y casi muerta.

–Ya empiezas a curar cuando eres capaz de esperar y confiar. Si te sientes un hijo de nuestro Eterno Padre Invisible, tu enfermedad espiritual es curable, yo te lo aseguro. Más, si desgraciadamente ese íntimo sentir no existe en ti, no podría yo prometerte nada.

"Espera pues el Eterno Amor, que es lo único que puede llenar esa alma tuya hambrienta de inmensidad.

El Patriarca Armenabo accedió a que su hijo espiritual dejara por un tiempo la árida soledad del Santuario de Akasún, y permaneciera al lado de Moisés como Traductor y Escriba de su Archivo particular.

–Ya eres mi Escriba y Traductor –dijo Moisés a Rodano, al siguiente día de aquella confidencia–. De aquí a tres días creo que podré ser más explícito contigo. ¿Esperarás tranquilo y sereno estos tres días que me doy yo mismo de plazo, para dar una solución a tus problemas?

– ¡Oh, Maestro Moisés! Si esperé hasta ahora, ¿no esperaré tres días?...

Y el Archivero del Santuario del Monte de Los Alcones, fue testigo de lo que habló Moisés con el Patriarca Gudela. Durante la noche él se había preparado para solucionar el problema que tenía en tormento dos almas sufrientes: el padre y el hijo.

– ¡Padre mío, Invisible y Eterno! –Había exclamado Moisés–. ¡Que sea yo capaz de romper las cadenas que amarran las alas de estas dos Psiquis, hijas de tu amor soberano, porque cierto estoy de que ambas están destinadas por ti, a dar vuelos muy altos en beneficio de todos los que aún no pueden volar! ¡Y las dos me son tiernamente amadas! ¡Padre mío Invisible y Eterno! ¡Padre Sirio que me hiciste ser lo que soy!... ¡Dadme, os ruego, el poder de aquietar para siempre estas dos almas, que forman parte de mi numerosa porción de humanidad y a las cuales me siento ligado por ataduras de amor que nunca se romperán!

Y en ese instante tuvo Moisés la visión del pasado y la visión premonitoria de lo que aquellas almas fueron para él, y lo que deberían ser en un futuro lejano.

Sintió que saldría triunfante. Sintió que el Eterno Padre Invisible, y su padre Sirio le prometían la victoria. Y una voz sin ruido, pero íntima y profunda, estremeció todo su ser: *"Tanto amor se desbordó de vosotros en el pasado y tanto se desbordará en el futuro, que todo abismo se tornará en alborada. Tú lo quieres.*

Y cuando apenas clareaba el día, salió Moisés a contemplar la salida del sol.

De sus labios que temblaban y más aún de su corazón anhelante brotó su plegaria del amanecer:

"¡Gracias, Señor, porque amanece el día
Y otra vez resplandeces en el sol!...
¡Por todo cuanto es vida en torno mío,
Te doy gracias, Señor!"

Y se dirigió al Archivo donde ya le esperaba el Patriarca Gudela.

También él había hecho su meditación profunda del amanecer. Sintió la voz íntima: *"Un Enviado Divino te hablará al amanecer y por él conocerás la voluntad del Eterno Invisible"*.

–No puede ser otro que el Maestro Moisés –pensó de inmediato. Y una gran tranquilidad llenó su alma de serenidad y de paz.

Y cuando vio entrar al Archivo a Moisés, se adelantó a recibirle y estrechándole ambas manos, le dijo:

–Se que pensáis hablarme y supongo que debe ser algo muy importante cuando así me lo anunció la meditación.

–Vuestra meditación os ha dicho la verdad. La soberana bondad de nuestro Padre Invisible y Eterno me ha dotado de esta capacidad, y no puedo prescindir de usarla en cumplimiento de su mandato. ¿Estáis pues dispuesto a escucharme?

–En todo cuanto queráis decirme.

–Muy bien, Patriarca Gudela. Habéis tenido el valor y la voluntad de dar el gran salto sobre el abismo que la Eterna Ley os ha exigido. Habéis renunciado al trono de vuestros mayores y al hijo del dolor que también vino por Divina Voluntad. El mérito debido al heroico renunciamiento ya lo tenéis y nada ni nadie os lo puede quitar. Es llegada la hora de la divina compensación, y tengo la dicha y la gloria de que ella os sea dada por intermedio mío.

"Vuestro hijo Rodano de Nairobi, no debe continuar como está, aunque vos tengáis la decisión de continuar ignorado en este Santuario.

El Patriarca Gudela se tornó lívido y de sus ojos entrecerrados, comenzaron a rodar gruesas gotas de llanto.

Después de un prolongado silencio, el Patriarca habló:

–Sólo vos, Maestro Moisés, podías tocar la honda herida de mi corazón sin hacerme daño. Sólo vos podías remover mis ruinas sin aplastarme debajo de ellas. ¿Qué queréis que yo haga?

"La voz íntima de mi meditación me anunció que por la voz de un Enviado Divino conocería la Suprema Voluntad. Hablad pues que os escucho.

–Puesto que me reconocéis como un Enviado Divino, aceptarás sin vacilar que os desligue del juramento con que comprasteis vuestra vida y la de vuestro hijo. Lo anulo pues con toda mi voluntad. Además, hay en favor de vuestra libertad de espíritu la circunstancia de que los piratas aztecas que causaron la desgracia en la familia Real de este país, invadido salvajemente, están enclaustrados en la cárcel de Ramesés, de donde no saldrán hasta dar pruebas de renunciar a los cultos criminales que les piden sus dioses. El actual Faraón Ramsés II es hermanastro de mi madre y cuento con su voluntad cuando así os hablo.

"Vuestra hija Abidi Céferi será coronada Reina porque se cree que sois muerto.

–Quiero continuar muerto y olvidado del mundo –dijo con serena voz el Patriarca.

–Pero no podéis condenar a vuestro segundo hijo a un ostracismo tal, que hasta le niegue el derecho de saber quiénes le trajeron a la vida.

–Es toda la verdad, y es a la vez la causa de mi duro tormento interior –afirmó el Patriarca Gudela.

– ¿Me dais vuestra autorización para que yo ponga las cosas en su justo lugar? –Y Moisés esperó unos instantes.

El Patriarca le tomó ambas manos y apretándolas a sus labios que temblaban y regándolas de lágrimas, apenas pudo responder entre sollozos:

–Que ese pobre hijo sea compensado por vos, Maestro, de todo cuanto ha debido padecer en los breves años de su vida.

Como si hubiera sido llamado de exprofeso, la voz del jovencito dijo desde la puerta:

– ¿Puedo pasar?

–Sí, Rodano, entra que el Patriarca y yo te esperábamos para hacerte un hermoso regalo aún antes de que pasen los tres días que me tomé de plazo.

El Patriarca cayó de rodillas y su intenso llorar conmovía profundamente al joven que era muy sensitivo.

Moisés levantó al Patriarca y dijo a Rodano:

–Éste es el regalo para ti. Es tu padre y no se llama Patriarca Gudela, sino Príncipe Udelga, hijo primogénito y único del Rey Irguebain del País de Kush. Ya conocerás la historia por el único que la conoce: el Patriarca Armenabo, tu protector desde que

naciste. Todo tiene su hora, amigo mío, y hoy es llegada la que deja en claro todas las sombras que os envolvían.

Y entonces tocó el turno al hijo, de que toda su sangre se concentrara en el corazón que le estallaba en el pecho, mientras una palidez de muerte subía a su rostro.

Por fin su padre le tendió los brazos, y el jovencito hecho todo un raudal de lágrimas se dejó envolver en el primer abrazo que podía darle su progenitor.

El gozo íntimo que aleteaba como un pájaro feliz en el alma de Moisés, no es para describirlo con palabras. Pero sé de cierto que tú, lector amigo, lo sientes en tu corazón como una caricia infinitamente dulce y sincera.

Moisés rompió las cadenas que impedían los vuelos altos de aquellas dos almas que siempre fueron suyas, y que en la epopeya final de su mesianismo ocuparían el lugar de los más amados de su corazón en su Colegio Apostólico: Pedro, su piedra fundamental, y Juan, su discípulo más joven y amado, el fundador de la primera Escuela de Maestros de Almas para la senda del Cristo, donde no existían ritos ni ceremonias, sino solo abnegación y renunciamientos exigidos por su única ley: "Ama a tu semejante como te amas a ti mismo".

Dos semanas antes de la coronación de la Reina Abidi Céferi, fue presentado a ella y al Consejo de Gobierno el joven Príncipe Rodano de Nairobi con los documentos de reconocimiento de su padre y del Patriarca Armenabo, que estaba en el secreto de la dolorosa tragedia.

La joven Reina y su prometido esposo, recibieron con inmenso júbilo la aparición de aquel hermano que llevaba en su fisonomía la verdad de su filiación.

Y el buen joven Rodano de Nairobi no acertaba a comprender bien el maravilloso sueño que le rodeaba y la excelsa grandeza de Moisés que había despedazado las tinieblas de su larga noche con tan claro y radiante plenilunio.

* * *

Moisés comprendía bien que su obra allí no estaba terminada y pidió una audiencia secreta al Patriarca Gudela. El hijo había encontrado a su padre y conocido su origen. Le trajo a la vida una tragedia espantosa, harto común en aquella época y en todas las regiones en que pasaron como un vendaval de horror las dos razas provenientes de las escuelas de magia negra, que tan

gran desarrollo alcanzaron en Lemuria y en los países del Sur de Atlántida: Aztecas y Asirios que sembraron su veneno en varios países de la antigüedad.

La austera celda del Patriarca fue el sitio elegido para la íntima confidencia.

–Eres el enviado del Eterno Padre Invisible y no puedo resistir a tu deseo, Maestro Moisés –decíale el Patriarca–. Más creedme que es éste uno de los mayores vencimientos exigidos por mi ley.

–Os comprendo, Patriarca, pero también yo tengo una Ley, acaso tan severa o más que la vuestra, y no puedo dejar a mitad de camino a las almas que ella pone en mi camino. Bien sabéis que estos acontecimientos no fueron buscados ni por vos ni por mí. Y si todos somos continuadores de Kobdas y Dakthylos del pasado, sabemos bien que los acontecimientos buenos o malos no buscados son señales fijas de un designio divino.

"Os escucho pues y que la eterna Luz sea con nosotros para resolver el problema conforme a la Voluntad del Supremo, dueño de mundos y de almas.

–En pocas palabras lo habré dicho todo: La invasión de los piratas del Mar Rojo no tuvo otro objeto que el robo mío y el secuestro de las arcas reales.

"Uno de los guardias que me pusieron quería escapar del servicio que allí prestaba y accedió a salvarme la vida y la de la infeliz joven que me habían entregado, a cambio de que yo le diera el collar de oro y diamantes que me habían puesto al cuello como homenaje honroso al dios a quien iban a sacrificarme. Vendiendo esa joya, aquel hombre podía vivir varios años y huir lejos del país.

"Era originario de Bética y su seguridad y la mía nos ponía en el caso de poner mar y tierra entre los piratas y nosotros. Ni él ni yo podíamos quedar en estos parajes. Huí con él en un buque mercante que atravesaba el Mar Grande. Yo no me avenía a la vida semisalvaje de mi salvador, y teniendo noticias de los Anacoretas de Sierra Nevada, me presenté a ellos y les referí mi tragedia. No podía volver a estos lugares y ellos comprendiendo mi situación me cobijaron con gran amor. Allí os conocí Maestro Moisés y me creía solo en el mundo. Ignoraba que tenía un hijo. No supe más de la infeliz víctima como yo, de aquellos desalmados criminales. Los piratas del Mar Rojo habían sido barridos por el Faraón, como bestias dañinas para la humanidad. Me fascinó primero la seguridad de la vida, y después el saber que se preparaba en estos países una grande transformación idealista porque estaba

representada en vos, en vuestra madre y en el soberano egipcio, la Voluntad Suprema para este globo que es nuestra morada. Allí me conocisteis como un aprendiz de Escriba y Traductor. Era yo, el hermano Laurencio, el menor y más insignificante de todos. ¿Quién podía suponer lo que después ha llegado hasta nosotros?

"Es cierto que el viejo Patriarca que me recibió tuvo una larga vista, pues un buen día de mi tristeza, me dijo: "No toda tu vida será como hoy. Conoces este día pero no el de mañana". Y antes de morir, como era yo quién le servía en su postración de enfermo, me dijo así: "Aún debes esperar dos años más para ver la luz".

"Y la luz llegó con vos, Maestro Moisés, que la lleváis a todas partes como una antorcha encendida eternamente y que nadie puede apagar. Ya está dicho todo. Lo demás vos lo sabéis. ¿Qué queréis ahora de mí?

–Quiero ser el instrumento de la Suprema Voluntad. Puesto que no queréis salir del ostracismo, sino continuar retirado en este Santuario, creo que no es justo negar a vuestra hija la satisfacción de que vivís. Y para que ella acepte ocupar vuestro lugar en el Reino, tendréis que convencerle de que acepte una renuncia de vuestra parte, una abdicación en su favor. De otra forma no podremos solucionar con nobleza y altura vuestro problema.

–Pongo una condición, Maestro, y perdonad si esto significa una falta de sumisión: Quiero seguir pasando por un muerto. Yo sé que los piratas tienen ritos feroces y juramentos terribles. Si alguno de ellos es vivo, está obligado a quitar la vida al que la negó a su dios. La abdicación deberá ser en absoluto un secreto sólo conocido de mis dos hijos. Y que ellos, sepan que ese secreto es el precio de la vida de su padre.

–En efecto –dijo Moisés–, los piratas están presos, pero ignoramos si algunos escaparon a los pesquisas del Faraón.

"Bien Patriarca, se hará todo conforme a vuestro deseo.

"Fijad vos mismo el día y la hora de vuestra entrevista con la que será coronada Reina del vasto País de Kush dentro de dos semanas.

* * *

La Princesa Real fue quien tomó la misión de preparar a la joven futura Reina de Etiopía o País de Kush, para recibir la noticia de que su padre vivía aún, pero circunstancias muy especiales, duras

y ásperas como un abrojal reseco lo ponían en el caso de continuar pasando por muerto. Debía continuar el Patriarca Gudela y morir para el mundo el Rey Udelga de Etiopía.

La noble y amante hija, lloró, suplicó, abrazó con inmenso amor a su padre que era para ella como un resucitado, pero debió conformarse a visitarlo en el Santuario cuantas veces quisiera y hacer el solemne juramento ante Moisés y su madre que jamás descubriría el secreto.

El Patriarca entregó a su hija, la abdicación de todos sus derechos reales y para siempre, con la paternal recomendación de ser madre para su pueblo como lo habían sido todas las Reinas de su raza y dinastía, que según las más antiguas Escrituras conservadas en el Santuario de Akasún, provenían de un pasado prehistórico muy remoto, de un príncipe atlante fugitivo cuando la invasión de las aguas en aquel continente.

Según las Escrituras descendía de Athaulfo Rey de Theos-Kandia, abuelo materno de Anfión de Orozuma llamado el Rey Santo. Y la nobleza y abnegado heroísmo de Udelga de Etiopía no desmentía esta ilustre prosapia. Nada de estos detalles escapó a la minuciosa observación de Moisés, que tendió su audaz visión de inspirado a un futuro lejano. Y dialogaba consigo mismo:

–Si esta noble dinastía no tuerce el rumbo, el País de Kush o Etiopía será una fortaleza de equidad y de justicia en el futuro, a pesar de todas las tempestades que ha de soportar.

"El Egipto renovado en el norte del Continente Africano, Etiopía en el oriente, Nigeria en el occidente y la Buena Esperanza en el sur forman la Cruz Ansata, símbolo eterno de la Omnipotencia Divina. Y aún me falta descubrir si los indicios que dejan traslucir las Escrituras son reales en el Monte Kilimanjaro, las más altas cumbres de esta África descubierta por los Kobdas prehistóricos que fueron sus primeros civilizadores.

"Para esto deberé trasladarme a la Nubia y llevaré conmigo a Rodano y a mi hijo Essen, tan aficionados ambos a las excursiones difíciles y lejanas...

La Princesa Real con la futura Reina, estaban a la puerta de la habitación de Moisés.

–Ella y yo necesitamos una confidencia contigo, hijo mío. ¿Nos la concedes?

–Madre..., nunca has necesitado suplicarme. ¿Por qué este cambio?

– ¡Te veo cada día más grande!..., ¿hasta cuándo piensas crecer? –Y al decirlo, Thimetis besaba la frente de aquel hijo por el que

tanto había padecido y al lado del cual se sentía pequeñita, como una tortolita de las montañas siguiendo a un águila real.

–La Ley nos tiene en constante crecimiento si somos obedientes a sus designios; y pienso que esta confidencia que deseáis será de seguro para que nuestro crecimiento nos suba otro plano más. Hablad que yo os escucho.

–Esta futura Soberana comienza a tener exigencias que tú dirás si son realizables y están en justicia. Quiere que antes de la coronación, su padre se traslade del Monte de Los Alcones, (*hoy Nakuru), al Santuario de Akasún para tenerle inmediato a ella y que sea en todo momento su consejero en el gobierno de su pueblo. Creemos que tú, hijo mío, lo podrás conseguir de él. Abidi no pretende anular al actual Patriarca Armenabo, sino que su padre resida allí, para ayudarla en sus grandes obligaciones y responsabilidades.

–Creo que así será más fácil conseguir de su padre la aceptación. El nombre de él no será mencionado ante nadie, ni tendrá que entrevistarse con nadie en absoluto, siempre que sea la hija quien visite de incógnito a su padre.

– ¿Qué dices, Abidi? ¿Te conformas?

–Sí, madre..., siempre que vos me dejéis daros este nombre y me acompañéis el primer tiempo de este reinado que no he buscado ni pensado en sueños...

Ya supondrá mi lector que Udelga de Etiopía no negaría a Moisés lo que su hija pedía. Y cuando no quedaba ningún hilo sin anudar según la frase habitual, se realizaron las ceremonias de la coronación de Abidi Céferi de Etiopía como Soberana del país, y en el mismo acto el Patriarca Armenabo bendecía su unión nupcial con Mahón Abul de Sela, que ya había sido proclamado heredero del reino de Arabia.

Aquí cabe recordar la advertencia espiritual que como mensaje de planos superiores recibió el Profeta Isaías:

"Mis pensamientos –dice Jehová–, no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos".

Los gobiernos de los países civilizados del África de entonces, no creían ni pensaban que la Etiopía invadida por poderes extraños, su heredero desaparecido sin que se tuviera noticia alguna de él, su Rey asesinado, pudiera resurgir de nuevo entre los países normalmente constituidos.

Y algunos de esos Reyes Caudillos empezaban a formar alianzas muy secretas, para tratar de reconquistar ese rico y fértil país y repartirlo entre ellos, antes de admitir un elemento extranjero y

dañino entre las pacíficas razas que poblaban entonces la Tierra Negra, como más comúnmente llamaban al continente.

Y, ¿qué diremos del humilde Azabache, hijo adoptivo del Patriarca Jetro, único conocedor del origen de aquel niño, cobijado por él en su cabaña como a un pajarillo arrojado del nido por la tempestad?

Fue necesaria toda la influencia de Moisés, y que el mismo Anciano Patriarca Jetro interviniera, a fin de convencerlo de aceptar su cambio de posición, que de hijo de nadie lo subía hasta las gradas de un trono secular, con un pasado ilustre y noble, y un futuro lleno de grandes promesas.

Abidi Céferi estuvo a punto de postergar por tiempo indeterminado su coronación, hasta conseguir que Mahón aceptara compartir con ella su trono y el gobierno de su pueblo.

–Mahón Abul de Sela –díjole un día Moisés–, ¿reconoces tú que nuestro Eterno Padre Invisible tiene derecho de esperar de sus criaturas colaboración a sus designios?

–Sí, Maestro Moisés, creo que tiene todos los derechos. ¿Por qué me hacéis esta pregunta?

– ¡Hombrecito rebelde! Si lo crees, ¿por qué le niegas tu colaboración a la obra que Él quiere realizar en este país? Tu unión con la Reina de Etiopía, no tiene otro fin ni otro objeto que la evolución de los millares de almas encarnadas en esta tierra, designada por el Eterno Poder para las grandes realizaciones de un futuro muy lejano aún.

"Además, Mahón, la prueba de las grandezas humanas es difícil de pasar con éxito. Y tu aprendizaje mientras fuiste un hijo de nadie, te ha preparado para la victoria final. Como has respondido bien en la humillación, el Eterno Poder sabe que responderás bien en la grandeza.

Mi amable lector sabe que Mahón de Sela obedeció a la sugerencia de Moisés, a quien tomó desde entonces como consejero en todos los actos importantes en que tuvo que actuar en el gobierno del vasto País de Kush.

= 86 =
EL MONTE DE LOS GENIOS

Monte de los Genios, llamaban en pasadas épocas a las más altas montañas del Continente Africano. Más tarde fue llamado Monte de Diana, y hoy se le denomina Monte Kilimanjaro, visitado por estudiosos y turistas que gustan de emociones fuertes y de bellezas no fáciles de encontrar en otros parajes de la tierra.

Montes que pasan de los seis mil metros de altura y que ostentan como adorno de sus altas cumbres, profundos lagos de dulces aguas que se precipitan a la llanura en riachos torrentosos que fertilizan las vastas praderas de Kenia es algo digno de la admiración de las gentes. Pero era otra la belleza que Moisés deseaba encontrar en aquellos montes, mencionados por viejas Escrituras de origen lemuriano que él había encontrado en los archivos del Patriarca Jetro.

Según aquellas Escrituras, los discípulos de Numú, fugitivos de su país que los volcanes reducían a cenizas y lava, crecieron en tanto número que los Ancianos consejeros vieron la conveniencia de subir hacia el norte, buscando encontrarse con esas brillantes civilizaciones que las razas nativas proclamaban como algo fantástico y nunca visto por los humanos.

Y así, los hijos espirituales de aquellos fugitivos hermanos Keril y Kinde, que huyen de la azotada Nukulandia lemur, se ubicaron a orillas del río Zambeze que ellos llamaron Ofir. Uniendo hilos y atando cabo, Moisés llegó a la conclusión de que los gigantescos Nubios que poblaban la Nubia de su tiempo, eran los descendientes de aquellos fugitivos lemures, metalurgistas, mineros, pescadores de perlas, artífices de las piedras preciosas y del hierro amarillo, como ellos llamaron al oro de las minas que explotaban.

Y en su grande alma de incansable buscador de las verdades del pasado, del presente y de las que surgirían en el futuro, se despertó vivo el deseo de ver con sus ojos de carne todas aquellas tierras altas, que sus amigos fieles de épocas remotas habían hollado con sus pies y acaso labrado con grandes esfuerzos y sacrificios. En fin, el Enviado del Eterno buscaba encontrar el rastro de su propio pasaje para esta tierra entregada a su tutela.

Y acompañado de Numbik, de Essen y de Rodano de Nairobi, medio hermano de la joven Reina, partió hacia el Monte de los

Genios. Los flamantes soberanos no pudieron verle partir a tierras desconocidas y sin llevar mayor seguridad de su vida y de aquellos que le acompañaban. Y crearon una caravana oficial, digámoslo así, que realizara viajes semestrales con fines benéficos y lucrativos para el país.

Delegaron toda su autoridad en Moisés, para fundar un fortín al pie de aquellos elevados montes, cuyas ponderadas riquezas en minas de metales y piedras finas, eran casi legendarias entre los viejos andariegos de aquellos tiempos.

Casi un medio año empleó Moisés en realizar sus propósitos y cumplir el encargo de los Soberanos.

El Monte de los Genios no presentaba medio de acceso fácil, y entre los nativos que tenían sus cabañas en el valle cercano corrían rumores y noticias nada halagüeñas para los aspirantes a escalar sus cumbres. Un espeso velo de nubes grises parecían enredarse con sus agudos picos cubiertos de nieve, y por las noches sin luz de luna, aparecían luces fatuas que corrían de un lugar a otro, causando el consiguiente pavor a los aldeanos, pastores de cabras que vivían absorbidos además, en resguardar sus pequeños rebaños de las fieras que se hacían sentir por las noches.

Moisés, que durante diez años practicó, digámoslo así, el oficio de pastor y jefe de la joven cuadrilla de pastorcitos que cuidaban las majadas del Patriarca Jetro, no participó de los temores de los nativos, y su espíritu audaz creador de obras útiles y benéficas para sus semejantes se formó de inmediato un grupo numeroso de adherentes que se confiaron plenamente en el valor y decisión, casi temerarios, de aquel hombre al que sus acompañantes miraban como un ser extraordinariamente grande.

Cuando supieron por Numbik que desde los veintiséis años vivía a su lado y le oyeron referir quién era Moisés, se llenaron de un temor reverente y supersticioso, hasta el punto de que un viejo que hacía los oficios de maestro, de médico y de mago, les dijo:

–Este hombre debe ser el único capaz de escalar el Monte de los Genios y averiguar qué es lo que sucede en aquellas alturas. Dejémosle hacer.

Y como lo dijeron lo hicieron, le dejaron hacer y hasta se le brindaron como auxiliares en cuanto él quisiera disponer. Veamos, lector amigo, lo que hizo nuestro genial personaje en aquella montaña tenida por misteriosa morada de genios buenos o malos, según la mezquina interpretación de los rústicos habitantes de aquellos inexplorados parajes.

–Si contáis con la amistad de los genios, señor príncipe, podréis subir –le decían los más viejos del país–. De lo contrario será todo inútil.

–Yo conozco desde hace cincuenta años estos parajes porque me he ganado la vida como guía de algunos sabios del otro lado del Mar Grande, que quisieron, parece, aclarar el misterio de estas montañas y..., algunos no bajaron más y yo aquí espera que te espera sin saber qué partido tomar.

Y un tercero añadía:

–Algunos bajaron felices y contentos de haber trepado hasta arriba, pero a esos no se les saca palabra y vuelven a los pocos meses y suben de nuevo, pero los amos de arriba parece que no gustan de visitas repetidas y ya no les dejan bajar más. Les matarán y les comerán asados. Vaya uno a saber qué pasa en aquellas soledades. Las luces que en las noches oscuras corren de un lado a otro, dicen bastante claro que son almas en pena, de todos los que subieron y no bajaron.

Moisés los escuchaba en silencio y como sus generosidades y su forma de obrar le atraía la simpatía de todos ellos, fue tomando nota y atando cabo de todo cuanto le decían, movidos por el interés y el amor que les inspiraba aquel hombre que siendo lo que era ante Reyes y Príncipes, casi hermano del Faraón de Egipto, hijo de la Princesa Real, y que así se prestara a convivir con todos ellos, casi llegó a la seguridad de que en el Monte de los Genios debían vivir seres muy superiores que por alguna razón huían de las sociedades humanas. Le convencieron por fin las palabras del viejo que había servido de guía a los que subían:

–Yo oí contar a mi padre que cuando el viento del sur sopla con fuerza, a veces se oye a la madrugada o al caer la tarde, una música divina y alguna vez acompañada de voces humanas. Mi padre no era un embustero, señor Príncipe, pero puede ser que todo eso venga de "más arriba". ¿No dicen que en los cielos los ángeles cantan cuando reciben a un alma santa que va de la tierra?

Y Moisés subió en un claro amanecer con Numbik, Essen y Rodano, porque ninguno de ellos aceptó quedarse en el llano y dejar que él solo subiera.

Llevaron cada uno un bolso de provisiones pues ignoraban cuánto tardarían en ir y volver.

El viejo guía se quedó mirándoles trepar por el senderillo que él les indicó. ¡Había visto subir a tantos! Y él mismo había subido hasta la Gruta del Manantial, donde les dijo que podían descansar pues era un lugar apacible y con agua dulce, que ya era mucho decir.

– ¡Que volváis pronto! –les decían con pena aquellos que les miraban trepar.

–Ya hemos empezado a quererles y les vamos a sentir si no vuelven –añadían todos.

–Este hombre volverá –decía el viejo guía–. Hay algo aquí dentro –y se tocaba la rugosa frente–, que me dice que es uno de los genios que habrá salido en misión en medio del mundo, porque esa gente no es como nosotros que sólo vivimos para comer, dormir y después morir. Esa gente maneja las cosas del mundo como nosotros nuestras cabritas y nuestros gansos. ¡Este hombre volverá, estoy cierto que volverá!

Es indudable que Moisés tuvo la ayuda que les faltó a muchos otros que no pudieron llegar. En su ley estaba escrito que encontraría su propio rastro como compensación a sus sacrificios anteriores y como estímulo para la hora final de su gran jornada Mesiánica, ya cercana a la terminación.

¿Y qué encontró el inspirado Profeta del Sinaí en las inaccesibles alturas del Monte de los Genios en los últimos confines de la Etiopía de entonces?

Encontró Moisés en las grutas del Monte de los Genios, treinta y nueve Anacoretas de diferentes edades físicas, pero todos de una larga evolución y aún de una más larga visual de espíritu y de voluntad para ser, como su Maestro, mártires del Divino Ideal que seguían desde inmensas edades.

–Os esperábamos, Maestro, y nuestro pensamiento y nuestro corazón os llamaba con una tenacidad que a veces os habrá sido molesta, –decía el hermano Mayor, al que llamaban Guardián, cuando Moisés se enfrentó con ellos.

Desde treinta y ocho años hasta ochenta y seis años, los Anacoretas se mantenían vigorosos y optimistas porque habían redimido toda una formación de fuerzas tenebrosas diseminadas en varias montañas de las muchísimas serranías y cordilleras de aquella tierra que era el más nuevo continente aparecido sobre la faz del Planeta.

Los fugitivos discípulos de Juno y de Numú, habían sido misioneros heroicos en la tremenda lucha contra esas fuerzas que se reforzaban ensanchando día por día su campo de acción y sembrando muerte y desolación en los parajes que establecían sus reales.

Tuvieron que realizar el mismo esfuerzo que años atrás en los lejanos países de la Tracia y parte del Ática (parte de Grecia, Bulgaria y Turquía), dominadas en absoluto por fuerzas tenebrosas

hábilmente manejadas por los magos negros lemures, que también habían huido de la invasión de aguas hirvientes y del fuego abrasador de cien volcanes que arrojaban llamas sobre ciudades, hombres y animales.

Habían llegado hasta el Mar Rojo y tenían la pretensión de dominar también el luminoso Egipto de la antigüedad, centro y escuela de la Verdad y de la Luz en aquella gloriosa civilización Kobda que ya conocemos en la obra "Orígenes de la Civilización Adámica".

Juno luchó contra ellas y las venció al precio de su vida. Numú luchó contra ellas y con su vida pagó la victoria y dio paz y tranquilidad a los pueblos.

–La Eterna Ley no ha querido tomar nuestras vidas como precio de nuestra victoria –decía el hermano Mayor.

– ¿Y qué habéis hecho con ellos? –le preguntaba aludiendo a esos desventurados seres que gastan sus vidas en sembrar el mal, el odio, el dolor, la discordia entre los seres humanos.

– ¡Oh, Maestro! ¿No fue siempre nuestro lema triunfal: El amor salva todos los abismos?

"La severidad camina a veces de la mano con el amor, y así, de esa nupcia invencible surgen las glorias de la redención.

"Primeramente nos abre la puerta: la severidad; y algunos de nosotros cuentan con las dotes necesarias para vencer a los más rebeldes. Los encadenan fluídicamente dejándoles inmovilizados, y poco a poco van entrando en razonamiento y luego no quieren apartase de nosotros, que somos para ellos verdaderos guardianes defensores de sus vidas respecto de sus crueles mandatarios. Hay en nuestro globo toda una legión organizada de esas tremendas fuerzas corruptoras de las sociedades humanas. Y vemos con dolor que casi siempre son las clases altas las más combatidas y vencidas. Los Reyes, Caudillos, Pontífices y altos dignatarios caen en sus redes como incautas mariposas en torno a una luz que les fascina con halagüeñas promesas de elevación y prosperidad. Es increíble cómo arrastran pueblos y destruyen civilizaciones.

Moisés escuchaba aquellos trágicos discursos que le pintaban muy a lo claro el estado en que se encontraban en muchos parajes de este Planeta, que era su dominio, la gran porción de almas que le habían sido confiadas por su Eterno Padre Invisible. Se entristecía casi hasta el llanto, cuando sintió la voz sin ruido de su guía íntimo: Aelohin.

"–No temas, Mesías desterrado en este globo de tan duras pruebas. La Ley del Sinaí, con su radiante antorcha de un Dios

Único sobre todas las cosas y el amor fraterno entre todos sus hijos, será la red de plata en que al final de los tiempos verás envueltas todas las almas que él te dio en eterna posesión".

Moisés se postró con su rostro en tierra en un profundo sentimiento de gratitud a su Invisible Padre Creador, mientras su confidente secaba las gotas de llanto que la emoción le arrancaba a su pesar. Veía casi en humillada actitud a aquel ser del que no creía merecer ni una mirada y recordaba también la soberbia audaz y prepotente de aquellos que él mismo había reducido a la impotencia con su fuerza magnética de Legionario Potencial, perteneciente a los Arcángeles de Justicia y Poder.

Aquellos treinta y nueve Anacoretas estaban divididos en tres categorías, digámoslo así, para hacernos comprensibles de los lectores: Guardianes, Potenciales y Amadores.

Habían acompañado al Mesías desde su jornada de Juno y le habían prometido firme alianza hasta el final de su Mesianismo.

– ¿Y después? –les había preguntado Él, conmovido de tanta fidelidad.

–Esperar que nos designéis una nueva misión que cumplir –le contestaron.

"–Me seguiréis en descanso a mi estrella nativa, al amado hogar de nuestro Padre Sirio pidiendo su bendición si juzga nuestro deber cumplido.

"Guardianes, Potenciales, Amadores. ¡Vuestros nombres os designan las tareas a cumplir: Proteger y velar a quienes quieren y piden, dominar a los rebeldes que arrastran multitudes, amar con amor sublime y heroico aún lo que no merece ser amado!"

Todo esto vio y oyó Moisés, mientras postrado con su rostro en tierra el Anacoreta Guardián recordaba la manifestación materializada del Verbo de Dios, poco antes de tomar la personalidad presente. Tan vivo fue el pensamiento de aquel Arcángel Potencial encarnado, que Moisés lo percibió con admirable claridad.

Levantó su rostro hacia el Anacoreta Guardián y su mirada interrogaba...

La afinada sensibilidad del Anciano le permitió contestarle:

–Sí, Maestro, esas fueron vuestras palabras que escritas están en nuestras Crónicas Sagradas, y firmada la Escritura por todos los que os escuchamos.

Moisés aún de rodillas, cerró sus ojos, y su mente y más aún su corazón formularon sin palabras esta sentida plegaria:

"¡Gracias, Padre mío, Eterno, Invisible y Único, porque me permites encontrarte sobre esta tierra de mis afanes y dolores, a

través de las pocas almas que de verdad te sirven, te comprenden y te aman!"

Y Moisés y el Anacoreta se confundieron en un abrazo grande y mudo como un retazo de eternidad...

Cuando salía de la gruta, habitación del Guardián, Moisés veía a Numbik que sentado allí cerca sobre un peñasco preparaba las raciones de pasto o grano para las bestias, o tejía esparto para el piso de las celdas, colaboración que prestaba a los Hermanos Menores como llamaban a los que los Anacoretas tenían como servidumbre, con pago de jornal y que tenían sus familias en la llanura.

Essen y Rodano que habían estrechado amistades, sacaban copias de las Escrituras que interesaban a Moisés, bajo la dirección del Archivero que les traducía y explicaba lo que encontraban borroso o de difícil comprensión.

Cinco semanas permanecieron en aquellas cumbres a las que muy pocos llegaban. Todos los Anacoretas quisieron tener una confidencia con el Mensajero Divino que tanto habían esperado. No obstante la vida retirada que todos hacían, cada uno tenía heridas en su corazón y ansiedades en el alma. "La materia es tiniebla que ensombrece el espíritu", decía la vieja Ley de los seguidores del Cristo, y cuanto más entregados a la vida espiritual, más dudas, más vacilaciones y sorpresas. Más preguntas que hacer y más respuestas que esperar.

–Sólo Él tiene los secretos del Padre –decían los Solitarios–, y es justo que nosotros tengamos también nuestra parte en ellos.

Cuando se pensó en el regreso a Nairobi, Moisés tuvo la agradable sorpresa de que la Ley Divina le daba en compensación, que de las tres jerarquías en que estaban divididos los Anacoretas, le seguirían en número de veintiuno para reemplazar en parte a los antiguos compañeros que él había visto morir en el desierto.

En la cumbre misteriosa solo quedaban los más ancianos.

–Esperadnos que volveremos –les decían los que partían.

–No es justo dejarle sufrir solo en medio de los inconscientes. Id, hijos, que vosotros sois jóvenes y podéis hacer buena guardia al Mensajero de Dios, que la humanidad no sabe aún comprender ni valorar. No os perderemos de vista y nuestro mensajero del exterior os visitará tres veces al año para traernos vuestras noticias.

La Escuela Iniciática del Desierto que años atrás fundara Moisés en la cabaña del Patriarca Jetro, se reforzó hasta el punto que pudo extender su acción moralizadora y espiritual por toda la Arabia

de Piedra, que había sido en la prehistoria campo de siembra de la Verdad y el Bien, de Beni-Abad y su descendencia.

Los siglos demoledores y más aún el fanatismo y la ignorancia, destruyeron mucha parte de aquella siembra fecunda e ignorada de los pueblos.

* * *

Moisés y sus tres acompañantes bajaron del monte por el senderillo que les vio subir y en la llanura se encontraron con los aldeanos que encendían sus fuegos del atardecer.

El viejo guía les salió al encuentro así que les vio aparecer

– ¿Qué encontrasteis, señor Príncipe? –le preguntó de inmediato.

–Nada más que lo que me dijiste, buen Anciano: Genios que viven protegiendo y amando a todos los hombres y en especial a los que estáis cercanos.

La consigna era esa. No se les podía decir nada más según indicación de los solitarios.

– ¿Pero se dejaron ver con vosotros?

–Ellos quieren ser invisibles. Sólo hablan con el pensamiento y si estoy preparado puedo comprender su pensamiento. Eso es todo. No te preocupes y ámalos para que seas protegido y amado por ellos.

–Gracias, señor Príncipe. Nos quitáis un peso de encima. Les teníamos un gran pavor. Solo vos podíais hacernos este bien.

El Anciano transmitió en su dialecto la feliz noticia a los aldeanos que le rodeaban, y obligaron todos a Moisés a recibir sus dones, que se vio obligado a recibirlos para dejarlos contentos. Consistían estos en objetos construidos por ellos.

Una cabeza de ciervo disecada, colmillos de elefantes, utensilios de uso diario como cucharas de cuerno de búfalo o de toro, pieles curtidas de ovejas, de león, de tigre. Todos los dones eran por este estilo. Lo más fino era un aderezo de diamantes engarzados en oro, que estaba destinado a su madre, la Princesa Real.

Moisés les dejó en cambio un pequeño libro de cuero curtido en blanco con los preceptos de la Ley del Sinaí, que tenían una explicación o comentario, todo ello escrito en el dialecto de la tribu de los Kikuyu o Mau-mau que eran lo mejor del África de aquel tiempo.

Cuando consiguió terminar las amorosas despedidas de aquella gente, Moisés dijo a Numbik.

–Ahora te toca el turno, Numbik.

–Sí, señor, ya están los camellos aparejados y todo en regla para partir.

La cita con los veintiuno era el cañaveral que había a un lado del camino y hacia allá se dirigieron nuestros viajeros. De un tupido ramaje vieron salir de uno en uno todos los Anacoretas que debían acompañar al Mensajero Divino, como le llamaban a Moisés en el Monte de los Genios. Ellos explicaron, entre muchas otras cosas, que allí se ocultaba la salida de un túnel o camino subterráneo que bajaba desde el monte y era el medio de comunicación de los solitarios con el mundo exterior.

Moisés fue para ellos como un padre y ellos fueron sus hijos de la edad mayor, de los cuales obtuvo hermosas revelaciones para él de gran importancia.

Entre éstas puede contarse la que sigue: En la primera noche de campamento al pie de un cerro que les brindaba las dulces aguas de una vertiente, los jóvenes Anacoretas le refirieron que los emigrados lemures, considerados como ascendientes de los Anacoretas que habitaban en varios montes del África, tuvieron la indicación de sus guías espirituales de difundirse por el Continente cuanto les fuera posible.

Y así cuando se hizo muy numerosa su Tribu, se dividieron en tres porciones, siempre tendiendo hacia el Norte para acercarse y por fin llegar a "tierra de hermanos".

Esta "tierra de hermanos", por entonces, debían ser Nubia y Egipto, donde ya estaban los fundadores de los Kobdas de Numú. El fundador de los Anacoretas del Monte de Los Alcones donde estuvo Moisés más de un mes, fue el Patriarca Kikuyu que dio nombre a la población, fundada con el tiempo cercana al cerro, habitado por los solitarios.

Otra porción de Anacoretas se estableció en este monte, el más elevado del Continente, desde aquel lejano tiempo no habían cesado de habitarlo, naciendo y renaciendo muchas veces los mismos seres, tal como acostumbraron hacerlo todos los discípulos del Verbo de Dios.

La tercera porción escaló los Montes de la Niebla, (*Montes de la Luna), llamados así porque casi siempre están ocultos por espesas cortinas de nubes grisáceas que los hacen invisibles a los ojos humanos...

–Lástima que no podré llegar hasta allá –dijo Moisés, estudiando el croquis que los jóvenes le enseñaban señalándole los sitios en que había Anacoretas.

– ¿Y por qué no, Maestro? –le preguntó uno de ellos–. Yo soy del país de Bugán, del otro lado del Lago Grande, que está cercano a los Montes de la Niebla. Tengo dos hermanas y un hermano, los tres casados. Y el hermano es el mensajero del exterior que sirve al Santuario.

– ¡Magnífico! –exclamó Moisés, entusiasmado por estas noticias–. ¿Me acompañas el año próximo en el tiempo que tú mismo juzgues mas propicio?

–Sí, Maestro, con mucho gusto. Es un honor para mí vuestra confianza.

–Ahora debo volver a la Península de donde falto desde hace muchos años. Mi Escuela Iniciática del Desierto debe estar quejosa por mi abandono. Y no sé cómo estará aquello.

Numbik, que entraba y salía de las tiendas preparando la rústica mesa para la cena de esa noche, se acercó y le dijo:

–Vuestra ilustre madre, la Princesa Real, se anticipó a vuestros deseos, y hace ya tiempo que se terminaron las construcciones que ella mandó hacer en Pozo Durba, en acuerdo con el Patriarca Jetro. Sólo esperan vuestra presencia para inaugurar el nuevo Santuario y las habitaciones adheridas a él.

– ¿Cómo? ¿Y tú lo sabías y me lo callabas?

–Cuando salisteis de Egipto al frente del pueblo, me dejasteis como guardián de vuestra madre, a la cual yo debía obedecer en todo según vuestra voluntad. Ella me mandó con una escuadrilla de treinta jornaleros elegidos por mí, para hacer las construcciones según un plano ideado por ella que es quien mejor conoce vuestros deseos. ¿Me perdonáis, señor?...

Moisés se levantó de su banquillo y abrazó a su fiel servidor, cuya profunda emoción le hacía correr gruesas lágrimas por su faz que no envejecía porque la bondad y calma permanentes, le tenían a resguardo de las exteriores manifestaciones de la ancianidad.

– ¡Oh Numbik, Numbik!... ¡Estoy creyendo que no encontraré en todo este Continente otro servidor como tú!

Unos días después se encontraban todos reunidos en la ciudad Real de Etiopía, donde los nuevos Soberanos les esperaban con un amoroso recibimiento.

= 87 =
POZO DURBA

Tres mujeres desconocidas de la humanidad y por tanto olvidadas por completo habían preparado a Moisés una hermosa sorpresa. La Princesa Real, Abidi Céferi y Estrella de Sharma, habían obtenido de los astilleros fenicios un velero precioso, pequeño y equipado a todo confort.

Pintado de un azulado grisáceo, las letras en negro azabache se destacaban admirablemente en la proa que era un águila en actitud de volar: *"Sinaí"*.

¡Qué nombre para Moisés! Cuando dos días antes del fijado para embarcar, él quiso visitar el puerto de Etiopía y arreglar por sí mismo el compartimiento en que viajaría con su madre, su esposa y su hijo Essen.

Se quedó inmóvil mirando el velero que en primera fila, entre los grandes barcos anclados en el puerto parecía salirle al encuentro.

La tripulación uniformada de azul parecían figuras esculturales del mismo barco.

Eran veinticinco jóvenes muchachos de Pozo Durba, que él había conocido de chiquillos y cuyos nombres y divertidos incidentes recordaba muy bien.

Nacidos y criados a la orilla del Mar Rojo, allá en las Aldeas de la Península, eran marineros perfectos para conducirle sobre ese mar que les era tan familiar.

Un clamor unánime le recibió:

– ¡Viva el Profeta del Sinaí! –clamaron a coro los veinticinco muchachos así que le vieron acercarse.

A Moisés se le cristalizaron los ojos de llanto y abrió sus brazos en actitud de abrazarles a todos ellos.

– ¿Cómo habéis hecho todo esto? –les preguntaba, mirándoles y reconociéndoles, mientras las tres mujeres, autoras del hecho, se secaban las furtivas lágrimas que la emocionante escena les arrancaba a su pesar.

– ¡Hijo! ¡Tú te lo mereces todo! –díjole su madre–. Es poco cuanto hagamos para dar una compensación a tus enormes sacrificios. ¿Crees acaso que no comprendemos y medimos la extremada grandeza de tus esfuerzos?

–Lo que yo comprendo y mido es la grandeza de vuestro amor

hacia mí –le contestó él tomando sus manitas y estrechándolas a su pecho.

–Observa todos los detalles en el interior de tu "*Sinaí*", y encontrarás allí el homenaje en obras de todos los que te amamos.

– ¡Todo aquí es amor, puro amor! –decía luego Moisés, recorriendo pasillos, camarotes, cubiertas, todo.

Cuando le tocó el turno al camarote que le habían destinado, sintió la honda emoción de todos los amores reunidos como un manojo de flores inmortales, que debían acompañarle durante toda su vida.

Un lienzo sobre el pupitre de trabajo y de meditación, una Isis velada sacando un niño de un río azul y señalándole una cumbre cercana a la que debía subir, y sobre esa cumbre aparecía un sol de oro con mil rayos que le cercaban.

Aquel lienzo tenía un nombre: "*El sueño de Moisés*".

Era así a la verdad. El Dios Único, Padre Universal de cuanto es vida en el vasto Universo, era el sueño de toda esa larga y laboriosa vida de Moisés el Profeta Genial del Sinaí.

* * *

La despedida de los viajeros y los Reyes de Etiopía fue lo que ya adivina el lector: Una emocionante escena de amor y de lágrimas que conmovía a todos.

La joven reinita se abrazó a Thimetis y entre sollozos, le decía:

–No sé por qué me parece que nos vemos y nos abrazamos por última vez, madre.

– ¡Como! ¿Tan viejecita me ves que piensas no verme más? –le contestaba la Princesa tratando de consolarla.

Mahón Abul, su esposo, aquel Azabache flacucho y morochito que servía con tanto respeto a Moisés en Pozo Durba, se abrazaba también de él y llorando le decía:

– ¡Mi gran Maestro de la niñez! Para vos soy siempre Azabache. Esto de Príncipe Real me suena tan mal, que ahora comprendo lo que yo os haría sufrir cuando me empeñaba en llamaros Alteza y Señor Príncipe, allá en la cabaña de mi padre Jetro.

"Y ahora que la Suprema voluntad nos separa quién sabe para cuánto tiempo, dos cosas os voy a pedir.

–Todo cuanto quieras, mi Azabache Rey –le contestó Moisés, riendo–. Habla.

–Que me escribáis aunque sólo sean dos o tres líneas en todas las caravanas. No es mucho, Maestro, porque vienen cada seis

meses. Esta es la primera. La segunda es que me mandéis un mensajero urgente cuando comprendáis que mi padre Jetro termina su vida, pues me sufre el corazón que se vaya sin que yo reciba su bendición y su adiós.

–Bien, mi Azabache Rey. Prometido y cumplido será.

Y por fin los jóvenes Soberanos se conformaron con la promesa de que ambos irían bien a Pozo Durba o a Egipto, a visitar a los ilustres visitantes de la Etiopía que en ese instante abandonaban.

Y el velero "*Sinaí"* levó anclas y avanzó mar adentro, a mitad de una mañana esplendorosa en que el viento del sur hinchaba sus velas y le empujaba con fuerza hacia el norte donde la tierra nativa, el Faraón, el Patriarca Jetro, la Escuela Iniciática, les esperaban ansiosamente.

Las veladas de Moisés con su madre, con su esposa y su hijo, en la cubierta del *Sinaí,* no pueden quedar olvidadas por este relator de cosas perdidas entre millares de siglos..., y también entre escombros y ruinas de civilizaciones desaparecidas y olvidadas de la humanidad.

–Cuéntame, ahora, hijo mío, todo cuanto has visto y oído en tus andanzas por las cumbres. Aludía a las visitas de Moisés a los Santuarios de los Montes de Los Alcones y el Monte de los Genios.

–He vivido entre los santos, madre, entre los responsables, los de conciencia clara y corazones limpios, los leales, los fieles, los que no traicionan nunca, ni pueden olvidar jamás. Y ya puedes suponer sin temor de equivocarte, que me he sentido viviendo en un paraíso.

– ¡Dichoso tú que recibes estas divinas compensaciones! Adivino lo que ha sido tu vida en esos cielos bajados a la tierra. La Ley es justa y perfecta, y si te lo da es porque tú lo has merecido con todos tus sacrificios. Cuéntame como viven esos ángeles encarnados.

–Viven como ángeles encarnados. Has dicho la palabra justa madre. Viven en un renunciamiento absoluto y todo lo material es secundario porque tienen conciencia de que el sacrificio de una vida en la carne es demasiado grande para perderlo en bagatelas, en fascinaciones inútiles, fugaces que pasan como un soplo sin dejar en el alma, a veces ni el rastro de un recuerdo. No les anima otro deseo que hacer el bien a todos y en toda forma. Para sí mismo no quieren nada ni buscan nada. Se saben hijos del Padre Universal y obran como colaboradores suyos, en todo aquello que signifique progreso de las humanidades en el Bien, la Verdad, la Justicia y el Amor.

“Ahora me han cedido veintiuno del núcleo que ellos forman. Ellos no pueden ser más que setenta y se veían privados de recibir aspirantes porque no había lugar vacío.

“Ellos saben que en mi ley está marcado que dejaré tras de mí una Institución igual a ellos y recibieron de sus Guías la indicación de darme la base y fundamento para realizarlo. Ya los has visto a todos, madre, son hombres jóvenes; ninguno ha llegado a los cuarenta años, pero tienen una educación espiritual, moral y social que no dejan resquicio alguno para una advertencia correctora ni para un cambio en el obrar. Son la perfección en la carne. Son la santidad caminando por la tierra. Mi hijo Essen está enloquecido de entusiasmo y recibió la fuerza y la bendición de los siete Jerarcas mayores para formar filas entre los veintiuno y ser el número veintidós. Se manifiestan en ellos todas las formas de percepciones espirituales profundas y de una realidad que asombra.

“La clarividencia, la audición, el recuerdo de las vidas anteriores, la interpretación de los sueños que son anuncios, la penetración en el pensamiento de los seres cuando se relacionan con las obras de bien que realizan, la oratoria sagrada para transmitir lo que del Infinito llega hasta ellos, son el estudio que realizan durante años hasta obtener la perfección en todos esos dones divinos, o capacidades posibles a los encarnados que de verdad quieran tenerlos, y se pongan en las condiciones necesarias para que el Eterno Poder les haga depositarios de ellos.

“¿Comprendes madre lo que es la vida de esos ángeles y arcángeles encarnados?

– ¡Oh, si!, lo comprendo muy bien. ¿Y tú qué harás con el gran tesoro que te han confiado?

–La Escuela Iniciática del desierto esperaba sin duda esta ofrenda del cielo. Y nuestro Patriarca Jetro ya lo preveía. Seguramente él espera nuestra llegada para recién partir a su cielo. Mi Essen ha dado un salto formidable, en el tiempo que hemos permanecido en las cumbres, que los veintiuno lo han elegido como Primer Servidor del primer Santuario que se forme en alguno de nuestros montes más propicios a este fin.

En esta conversación íntima del hijo excelso y de la madre augusta, mi lector verá con claridad meridiana la aparición de la Fraternidad Esenia en el Medio Oriente, que naciendo del corazón de Moisés, fue Templo hogar para Buda, y Huerto Escondido para Yhasua de Nazareth.

“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos –dice Jehová–, ni mis caminos son vuestros caminos”.

Meditemos en nuestras capacidades y posibilidades, amigo lector, y obremos en todo momento como los que han querido escalar cumbres...

* * *

Grande fue la sorpresa de Moisés al pasar en su flamante velero "*Sinaí*", por los muelles de las poblaciones que años atrás eran aldeas: Mara, Elimo, Raphidín y Pozo Durba, y las veía desde las cubierta del velero, convertidas en ciudades bien pobladas y con muchos comercios y fábricas.

Y los muchachos de la tribulación le explicaban que el nuevo Rey Árabe, con el Faraón de Egipto y la Princesa Real, su madre, lo habían transformado todo, ayudando a establecerse con talleres, comercios y fábricas a todos aquellos que se separaron del pueblo nómada para ejercer sus oficios en los lugares poblados. Y el corazón de Moisés se ensanchaba en júbilo silencioso al ver que lo que él había lamentado como deserción, resultó un evidente progreso a base de esfuerzo y de trabajo.

Y pensaba y meditaba en la sabiduría de la Eterna Ley que utiliza todo lo bueno que hay en la humana criatura y lo encamina lentamente al bien de las humanidades. Más su mayor sorpresa fue al desembarcar en la Aldea de Pozo Durba, que de oasis con un pozo de aguas dulces y una decena de grandes palmeras que él encontró al llegar, desterrado con sólo veinte años, y lo encontraba convertido en una población con una escuela, una Casa de Salud, un hogar refugio de ancianos sin familias, una Casa de Oración, comercios, talleres, etc., y un excelente muelle de desembarco desde donde arrancaba un camino pavimentado de grandes bloques de piedra hasta la cabaña del Patriarca Jetro. ¿Cabaña? No, por cierto. Era una enorme edificación toda rodeada de galerías sostenidas por pilares de granito donde había habitaciones para un centenar de personas. Un Templo, imitación del que conoció en Abydos, con su Cripta de meditaciones e iniciaciones, con una sala archivo y otras de audiencias o enseñanzas públicas.

Y su anciano tío Jetro sentado en un sillón de ruedas que salía a recibirle llorando de alegría.

El abrazo mudo en que ambos se estrecharon dijo todo cuanto los labios callaron.

– ¡Hijo! Te vi salir joven y te vuelvo a ver con los cabellos grises.

–No importan los cabellos sino el corazón joven y fuerte, y el alma llena de vigorosa energía para comenzar otra clase de siembra.

Y le presentó sus veintiuno que venían a fundar lo que ya llamaba él, Hermanos del Silencio con Essen, su primer Servidor.

La primera regla en la constitución de los Anacoretas era la soledad, y la segunda el silencio.

En la soledad siente el alma humana la Voz de lo Infinito, y en el silencio aprende a pensar, a meditar, a anularse a sí mismo en tan hondo renunciamiento que hace al alma vivir en un mundo aparte, donde no le llegan los rumores malsanos de las conversaciones frívolas, malévolas u obscenas de las infelices criaturas humanas inconscientes de que pierden una vida en mezquinas ruindades que no le traen una pizca de dicha, ni bienestar, ni paz ni menos aún alegría de vivir.

De estos hermanos del Silencio a cuya prosperidad y elevación espiritual y moral se dedicó Essen con toda su energía y toda su capacidad de amor, nació la que fue Fraternidad Esenia, que con los siglos fue extendiéndose por todos los altos montes del Medio Oriente, del África Oriental, del Asia Occidental, y costas del mar Mediterráneo.

Era la Fraternidad Esenia que preparaba en soledad y silencio a la humanidad terrestre para esperar la jornada final del Cristo, en Buda que descansaba y en Yhasua de Nazareth que realizaba con sublime heroísmo su postrera inmolación.

"La muerte por un ideal de redención humana, es la suprema consagración del amor".

= 88 =
FIDELIDAD AL IDEAL

Al pasar Moisés por las poblaciones del Mar Rojo que años atrás dejó como humildes aldeas y encontraba convertidas en ciudades, meditó profundamente en los cambios y transformaciones que hace el tiempo en todas las cosas. Y de sus meditaciones surgió la comprensión de que también él debía cambiar su itinerario. Las circunstancias le obligaban además. Los reyezuelos de pequeños estados o países que accedían de buen grado que se estableciera el pueblo nómada entre ellos, o darle libre paso por sus tierras, habían desaparecido. Y a sus sucesores o descendientes no les era agradable en ninguna forma, por ese egoísmo natural en razas primitivas o de muy escasa evolución, de conservar para sí mismos lo suyo, sus ganados, sus sembrados, etc., sin que gentes desconocidas y completamente extrañas tuvieran oportunidad de

aprovecharse de todo ello en su pasaje o en su estadía. Moisés vio la fuerza bruta levantar su cabeza salvaje para atropellar cuanto se opusiera a su paso. La gran mayoría del pueblo que era la raza de Abraham, seguía fanatizado con la idea de que Jehová le había prometido la Palestina para hogar definitivo.

Y poniéndose a tono con tal creencia que era para ellos un dogma, querían arremeter a sangre y fuego con todos los pueblos que ocupaban aquellas tierras, sobre las que creían tener un derecho divino.

Moisés, con sus veintiuno, meditaba y oraba en la sosegada Cripta de su Templo de Pozo Durba.

Aquel "No matarás" de la Ley del Sinaí era para él invulnerable. Decretar el avance del pueblo nómada era decretar la violencia y la guerra, que es matanza y salvajismo, pillaje y desolación.

No podía su conciencia lúcida, ser infiel a su Ideal de hermandad universal a la sombra amorosa del Eterno Padre Invisible. Le sabía y comprendía como Padre Único, dueño y señor de todos los pueblos, de todas las razas, porque todas eran almas, chispas, rayos de luz emanadas de Sí Mismo, Creador Soberano de cuanto era vida en el mundo que le rodeaba. No podía ni debía ponerse al nivel de las razas guerreras, conquistadoras y aventureras que existían en el mundo de entonces.

El pueblo escogido por el designio Divino como receptor y depositario de su Ley Eterna, no podía ni debía ser infiel trasgresor a esa Ley, sostenida con palabras y destrozada de hecho. ¡Nunca, jamás! Después de largo cavilar y meditar decretó lo que las crónicas buenas o deficientes de aquel tiempo han llamado cuarenta años en el desierto.

Moisés conocía bien al pueblo que guiaba y aunque gran parte de él respondió a sus anhelos, fueron también numerosos los que no llegaron a percibir ni de lejos la grandeza del Ideal a que él quiso subirles. Y de ahí las continuas luchas, discrepancias, vacilaciones y divergencias en las formas y modos de comprender y relatar los acontecimientos, que para unos tenían un significado y otro muy diferente para los demás.

En un conjunto de seiscientos mil seres humanos de distinta educación, de diferente grado de evolución, de cultura intelectual, moral y social, fácil es comprender que el ideal de Moisés, y aún su misma personalidad fueran percibidos y comprendidos y calificados de tan variados y erróneos conceptos como variados y equivocados eran en la gran mayoría del pueblo que lo siguió.

Sólo un escogido grupo de sus fieles adeptos sabían quién era Moisés. Y sólo ellos supieron que en él estaba viviendo el Pensamiento Divino, vibrando el Amor Eterno, irradiando claridades de la luz inextinguible que todo lo ve. Y Moisés sabía a su vez que sólo de este escogido grupo debía esperar fidelidad, lealtad, comprensión y amor altruista y puro. ¡Lo dijo bien claro en las Escrituras Testamentarias que dejó en poder de sus escogidos y que hasta la época de Yhasua de Nazareth conservaron los Anacoretas de los Santuarios de Moab!

"Os conozco bien, pueblo de dura cerviz y sé que, si viviendo yo, prevaricasteis innumerables veces en contra de la Ley del Señor, cuando yo haya muerto, obraréis perversamente, peor aún que aquellos que no recibieron tantos beneficios ni escucharon tan sabias enseñanzas".

Todas estas manifestaciones que hago después de haber visto en los espejos de la Eterna Luz, cuyos Archivos no mienten ni desfiguran los hechos, ni disfrazan a los seres ya sean perfectos o ya sean ignorantes sino que conservan y presentan hechos, personas y cosas tales como fueron, deben servir a mis amables lectores para comprender que las voluminosas crónicas que se han dado a la humanidad referente a Moisés, tienen un escasísimo valor o casi ninguno. Dichas crónicas escritas en diversas lenguas y dialectos ya muertos hace tiempo, resultan del todo inverosímiles si se las coloca ante los espejos de la razón, de la lógica y hasta del sentido común. Esas crónicas nos pintan un Moisés arbitrario, cruel y sanguinario hasta ordenar devastaciones y degüellos en masa, de ancianos, mujeres y niños en los pueblos que vencieran los israelitas de paso a la "Tierra Prometida" y hasta hay una escritura en que se lee que Moisés de parte del Señor, ordena pasar a degüello a todas las mujeres casadas o unidas a un varón y dejar con vida a las doncellas para ser repartidas entre los hijos de Israel que se hubieran destacado en la lucha.

Las minuciosas crónicas a que me refiero, están llenas de estas espantosas figuras que hacen de Moisés un hombre monstruo en crueldad, en arbitrariedad, en sinrazón e injusticias de todo género.

Luego de ordenar matanzas y devastaciones, le hacen pasar su larga vida sedentaria en el desierto, escribiendo leyes y ordenanzas minuciosas hasta el cansancio de cómo deben hacer las vestiduras sacerdotales con tantas franjas de un color o de otro, y la forma de los utensilios del culto, vasos, fuentes, incensarios, lavamanos, etc., etc., todo debe ser de oro purísimo, y los velos y

cortinados de tal o cual especie, color y forma, y con bordados de hilos de oro o de plata y engarce de piedras preciosas.

¡Pobre Moisés! Y su grandeza genial, y su clarividencia de Hombre Luz, y su bondad y tolerancia de Enviado Divino, Transmisor del Pensamiento Eterno, debe soportar sin inmutarse que la ignorancia humana le ponga al nivel del más brutal caudillo salvaje que haya pasado por este mundo como un azote de la humanidad.

Este relator de acontecimientos ocurridos muchos siglos hace y de vidas humanas sino olvidadas por completo, sí, muy borrosas, o desfiguradas en su faz material y más equivocada o peor comprendida en su aspecto interno o psíquico, este relator decía, debe tratar de probar la veracidad de cuanto dice. Y buscando y deseando vivamente que en lo que acabo de relatar haya absoluta verdad me permito dar los títulos de las Escrituras o Crónicas que la humanidad conoce y se dicen escritas por Moisés mismo, y en las que aparecen sendos capítulos con órdenes o mandatos que he trascrito y que ningún lector de buen sentido y razonamiento puede aceptar que sea Moisés su autor.

Más adelante y antes de cerrar este álbum de recuerdos vivos de Moisés, espero que la Eterna Ley me permitirá dar a mis lectores copia exacta de lo que Moisés escribió en jeroglíficos sagrados.

¡Oh, la ignorancia humana! Moisés la calificó de causa primera de todos los errores, de todos los múltiples tropiezos de las humanidades en general y de los seres en particular. Y fue toda su larga vida una lucha ininterrumpida en contra de la ignorancia humana.

La fidelidad del Divino Ideal que le fascinó casi desde sus primeros años le retuvo mucho tiempo en Pozo Durba, sin perder de vista el cercano campamento del pueblo que había disminuido enormemente en número; pues una gran parte, como quedó dicho, se estableció en las ciudades costaneras del Mar Rojo y otras poblaciones cercanas.

Y aunque su residencia habitual era en su Escuela Templo de Pozo Durba, con sus veintiuno realizó la tarea o mejor dicho apostolado del cultivo intelectual, espiritual, y moral de todas las comarcas cercanas del Sinaí. El "Monte de la Gloria", le nombraba él, con una emoción en la voz y un amor en el alma, que conmovían a cuantos le escuchaban en sus relatos referentes a aquel acontecimiento que fue la cúspide de su vida de sacrificio permanente.

Sólo se permitió una breve tregua de descanso para acompañar a su madre de nuevo a su castillo del Lago Merik, donde permaneció cerca de dos años porque tuvo aviso espiritual de su próxima

partida al Reino de Dios. La vio morir y luego de cumplir sus deberes de hijo dejando su materia en la Cripta de su propio Oratorio, regresó de nuevo a su Templo Escuela Iniciática del Desierto.

Y diariamente se encontraban, bien en el Palacio Real, bien en el castillo del Lago Merik, donde Thimetis como una flor del aire, perdía vigor y energía día por día. Y tanto su hijo como su hermano Rey estaban plenamente convencidos de que aquella lámpara del Ideal Divino se apagaría pronto para este mundo.

Y ambos procuraban, por todos los medios posibles rodearle de impresiones bellas, buenas, plena de grandeza y de nobles fines.

Hizo venir Ramsés los más célebres médicos, que en Grecia y Persia habían adquirido renombre en la ciencia de curar los males físicos humanos. Y todos decían por igual:

–La Princesa Real morirá porque todo muere en este mundo, pero su organismo no adolece de mal ninguno.

Y otro más sentimental y emotivo decía:

–Morirá como mueren las rosas en el otoño o como muere la tarde al llegar la noche.

Y el Pontífice de Menfis decía algo superior:

–Morirá porque está convencida de que ya no puede hacer nada más grande, bello y bueno que lo que ha hecho. Su cofre de alabastro está lleno de merecimientos y ya no cabe nada más.

Y desde todos los países y ciudades a donde ella hizo llegar su influencia benéfica llegaban mensajeros a interesarse por su salud y por su vida. Y fue su castillo del Lago Merik como un museo de todos los dones que le enviaban los agradecidos a los beneficios recibidos, de aquella noble mujer hecha de piedad, de prudencia y de amor.

Cuando transcurridos fueron los días reglamentarios de duelo público y privado, Moisés y Ramsés procedieron a averiguar todo lo referente a las finanzas de la extinta, tuvieron la sorpresa de ver en su testamento ológrafo que todo, absolutamente, dejaba con un alto destino.

Sin tocar lo que tenía dado a su hijo, dejaba repartido sus haberes en obras de beneficencia pública, y hasta su castillo del Lago Merik lo dejaba a dos entidades de poder y de influencia: A los Pontífices del Templo de Menfis, y a las Reinas esposas de los Faraones, para descanso espiritual y Escuela Iniciática de todos los aspirantes de ambos sexos que se presentaran en adelante. Y la primera Reina que gozó de tal donación fue la esposa de Ramsés II, que hizo con su derecho al legado lo que hubiera hecho la misma Princesa Real: Un lugar de retiro espiritual y Escuela Iniciática para mujeres.

Moisés y su augusta madre fueron perfectos prototipos de la más firme y constante fidelidad al Ideal Divino, que habían comprendido y abrazado desde los años primeros de sus vidas en este mundo.

En esos dos años de residencia en Egipto realizó otra forma de apostolado en que su Ley de Enviado Divino tuvo un perfecto cumplimiento. Ramsés II, de igual edad que Moisés, parecía bastante mayor, pues su naturaleza física menos fuerte, y menos fuerte también las corrientes espirituales benéficas en torno suyo, no tuvo lógicamente la protección que hizo de nuestro héroe un hombre en pleno vigor a los sesenta años.

Sufría Ramsés una afección bronquial y también hepática, que entre ambas le hacían un tanto inepto en el cumplimiento de sus grandes deberes de Soberano, del que era entonces el más poderoso y grande país del mundo.

Para estar más en contacto con Moisés, se trasladó de Ramesés donde habitaba últimamente, a Menfis, la ciudad sagrada, que el pueblo de ese tiempo consideraba como habitual morada de los dioses benéficos que protegían a Egipto.

Por entonces ocupaba la Silla Pontificia de Menfis un compañero de Iniciación de Moisés en sus años juveniles, Tutmés de Ipsambul, que tuvo siempre gran admiración hacia aquel joven hierofante que teniendo algunos años menos que él, le aventajaba en varios aspectos de la vida espiritual de alto vuelo a que aspiraban llegar todos los que se encaminaban por esa senda.

Moisés tenía la costumbre de penetrar al gran Templo, sede entonces del alto clero egipcio, cada vez que iba al Palacio Real a confidenciar con el Faraón. El Pontífice lo sabía y una tarde que Moisés abstraído en honda meditación, aparecía como un simple bulto oscuro a la sombra de una columna, se sintió tocado en la espalda por una mano suave y delicada que parecía acariciarle.

–Atón Moses, hijo preferido de los dioses, ¿no me conoces?

Moisés lo miró un momento y poniéndose de pie iba a doblar una rodilla para besar aquella mano consagrada, pues comprendió por la vestidura que era el Pontífice, cuando esclarecida su mente le vino el recuerdo y abriendo sus brazos, exclamó:

– ¡Tutmés de Ipsambul!

El sincero abrazo de viejos amigos rompió el hielo de las etiquetas de práctica, y el Pontífice le condujo a la Cripta de las deliberaciones íntimas y graves.

–Los dioses te subieron a mayor altura que ellos mismos porque llegaste hasta el Único, el Eterno, el Invisible que se oculta

de todos, detrás del estupendo cortinado de sus creaciones universales. Y porque te veo llegado a la cumbre a donde ningún mortal de esta tierra puede llegar, es que me inclino reverente ante ti y te digo: Maestro, enséñame el camino a seguir porque estoy a oscuras en una peligrosa encrucijada.

Moisés escuchó en silencio, y mirándole fijamente le contestó:

–Hermano, veo sinceridad en ti y la Ley responde benévola al que obra como tú. Antes que aparezca ante mí tu Psiquis, la mía sabe y ve la angustia de la tuya.

"Yo he pasado por todas las hogueras en llamas, y nada de lo que te espanta a ti me espanta a mí. Ya estoy curado de espantos. Padeces viendo que Atón se desvanece como la niebla detrás de otra niebla oscura, formada por el fanatismo ignorante de las masas que piensan comprar el favor de los dioses con dones materiales, siempre más fácil de dar que los desprendimientos y renuncias a todo lo que forma costra a la infeliz Psiquis leprosa.

–Lo estás viendo, Maestro, en todo este oro y preciosas gemas que adornan estos cortinados y penden de estas columnas y muros, como los collares y ajorcas en el pecho y brazos de odaliscas placenteras. ¿No es verdad que lo adivinas todo?

–No es adivinar lo que está a la vista, querido Tutmés. Desde que entré aquí por vez primera a mi regreso del desierto, lo estoy viendo y sabiendo.

–Y sabrás también, estoy seguro, cómo he de caminar para impedir que continúe el derrumbamiento. ¡Se me derrumba todo, Moisés, en torno mío! Cuando me subieron a esta silla lo hicieron pensando que yo sabría cómo sostener la techumbre próxima al derrumbe. ¡Oh, Moisés! Si en vez de ir al desierto hubieras permanecido aquí, nada de esto hubiera sucedido.

–Porque comprendí que sólo en los arenales desiertos y resecos podía levantar con éxito el faro de la Verdad Eterna, es que salí de Egipto. Me era necesario a mí el fuego purificador de todos los dolores, de todas las negaciones, de todas las renuncias, de todos los desprendimientos. De Superintendente Virrey de Egipto bajé a pastor de majadas, a escardador de tierra y picapedrero en las montañas, para hacerme capaz de enseñar a las muchedumbres a sacrificar todos los gustos, a pisotear los placeres, a deshilachar vanidosos deseos, a sentirme un grumo de barro entre todo el barro de este mundo...

"¡Oh, Tutmés!... Al *"Monte de la Gloria"* sólo se llega con los pies llagados, las manos chorreando de sangre y el corazón estrujado como un fruto secado al sol. Son muchos, pero muchos

los abrojales que debe pasar Psiquis en mundos como esta Tierra y allí se le prenden millares de espinas; debe pasar pantanos y desiertos de arenales ardientes que queman los pies y enlodan las vestiduras. Desventurada Psiquis, si no lleva su ánfora interna bien llena de agua dulce y fresca, si va por caminos donde no hay oasis de frescura y de sombra, si atraviesa bosques y selvas poblados de fieras y de malhechores que le desgarrarán sus carnes, le llamarán a los caminos de maldad y de crimen que recorren ellos.

"¡Muchos siglos y muchos esfuerzos necesita el alma para vencer todos los obstáculos, las barreras que le oponen del exterior y también de su propio interior, donde viven a veces como larvas dañinas, pequeñas o grandes pasiones, deseos, ilusiones, vanidades! ¡Oh, Tutmés querido!... Este amigo tuyo envejecido en la lucha, ha llegado por fin al oasis de la paz infinita, pero créeme que no hay fibra sana en mi ser interno, pues creo que no hay dolor que no haya conocido en este ya largo existir. ¿Y me buscas para pedirme ayuda y consejo? ¡Y yo, pobre de mí! Sólo sé decirte que para llegar al *"Monte de la Gloria"*, nuestros pies y manos verterán sangre, y nuestro corazón estará estrujado como una fruta secada al sol.

De pronto se dio cuenta que su confidente lloraba silenciosamente y sus gruesas gotas de llanto iban empapando las blancas sedas bordadas de plata que lo cubrían.

– ¿Lloras y eres el Pontífice Máximo del radiante clero egipcio? ¿Te han lastimado acaso mis duras afirmaciones? Pero tú no atravesaste un desierto guiando un numeroso pueblo, ¡Has vivido y vives entre seres de alta evolución, que serán madreselvas y narcisos, vara de nardo y de alelíes para ti, Tutmés!

–Moisés, me duele decirte que estás equivocado en algunos de tus juicios. ¡Evoluciones de alto vuelo no existen más entre el sacerdocio de Menfis, porque las ambiciones y la lascivia lo van envenenando todo! Desde hace veinte años las pruebas de la Iniciación fueron anuladas con oro en varios casos, y los Iniciados de hoy no tienen todos la túnica sin manchas. Es el clero como el agua de una fuente. Si el agua está envenenada, todos los que beben de ella se contaminan, ¿comprendes?

–Purifiquemos el agua de la fuente, hermano Tutmés, y nadie beberá el veneno.

– ¿Cómo hemos de purificarle?... ¡Ese es el abismo que no puedo salvar! –Y Tutmés, todo un brillante Pontífice Máximo, se estrujaba las manos en una desesperación suprema...

–Yo te lo diré si llamas a reunión secreta a tu sacerdocio de Menfis para de aquí a diez días. Cálmate, que una íntima voz me dice que estamos a tiempo de purificar el agua de la fuente...

Vencido el plazo fijado se reunieron en la Cripta del Templo de Menfis los cuarenta y nueve Hierofantes de los siete Templos que dependían del Pontificado de Menfis: Templo de On, de Sais, de Abydos, Dendera, Luxor, Karnak e Ipsambul. El sacerdocio de los Templos egipcios estaba ordenado así. En cada Templo actuaban siete Hierofantes: el Vicario, el Notario, el Administrador de finanzas, el Maestro de Ceremonias , el Organista Director de coros, el Penitenciario y un Guardián del orden.

Los cuarenta y nueve concurrieron a la reunión a que les llamó el Pontífice, sabiendo todos que estaría presente Moisés y los siete consejeros del Pontífice.

Antes de la reunión, en confidencia íntima, Moisés había dicho al Pontífice:

–Yo haré uso de mi fuerza mental para que si hay entre los presentes alguno de aquellos que pagaron con oro la anulación de las pruebas morales, que se nos exigieron a todos los aspirantes a la Iniciación Mayor, sean dormidos en sonambulismo perfecto, y así dormidos se retiren ellos mismos al Pabellón de Clausura de Penitentes. Para esto debes ordenar al Conserje que esté a la puerta del Pabellón, para abrirles y luego cerrar sin decirles palabra.

"Esto tendrá lugar pasada tu alocución y la mía, puesto que deseas que yo hable, y cuando sea hecha la oscuridad completa. Los que se hayan retirado estorbarían las manifestaciones espirituales superiores que de seguro tendremos si estamos limpios en nuestro mundo interior.

El Pontífice estuvo de acuerdo y antes de entrar a la Cripta, dijo a Moisés a media voz:

–Tú debías ser aquí el Pontífice Máximo si no te empeñaras en volver al desierto.

–La Ley te manda a ti estar en Menfis y a mí me manda estar en el desierto –le contestó Moisés. Y entraron al Templo en penumbras.

En la nave central del Templo les esperaban los siete consejeros y los cuarenta y nueve Hierofantes de los demás Templos.

El Pontífice avanzó solo por en medio de la doble fila de los que le esperaban. Y Moisés entró solo y al final de todos.

El Anciano Vicario del Templo de On, le dijo:

–Tú debiste entrar el primero y has querido ser el postrero.

–He creído que debía hacerlo así –fue la breve contestación de Moisés.

El Pontífice abrió la asamblea con la evocación de práctica.

–Que la Eterna Potencia Creadora ilumine nuestra mente para conocer su Voluntad Soberana y obedecerle como corresponde a hijos sumisos y agradecidos. Sea la paz en nuestro espíritu y la quietud serena en nuestro corazón.

–Así sea –contestaban a coro todos los presentes.

Luego, el Pontífice añadió:

–Todos sabéis que en nuestro hermano Moisés está encarnado el Guía Instructor de esta humanidad, para la cual es un secreto porque su escasa evolución no le permite comprenderlo ni asimilarlo.

"Nosotros, que por divina permisión lo conocemos, y le rogamos quiera socorrernos en la dura situación actual. Vemos hundirse todo lo bueno en torno nuestro y que una tremenda correntada de mal invade, día a día, nuestra sociedad. Fueron invertidos los valores espirituales y morales, y hoy es grande el que comete mayores injusticias, el que crea poderío y posición con el esfuerzo y el dolor del prójimo, el que sabe mentir sin sonrojos en su rostro, el que se arrastra por el fango de la lascivia y no oculta su desvergüenza. Nuestro pueblo sigue a pasos largos estos derroteros y nosotros no somos capaces de contener su avance.

"He pintado a grandes rasgos el cuadro de horror que todos contemplamos y ruego a nuestro Guía Instructor, aquí presente, que en el nombre del Supremo Poder Divino, ponga fin a tan desastrosa calamidad.

Siguió un momento de silencio profundo, en el cual todos vieron en la frente de Moisés, que semejaba una estatua de mármol blanco, dos rayos luminosos que se ensanchaban momento a momento hasta llenar de dorada claridad toda la Cripta.

Algunos se emocionaron tanto que no tuvieron la fuerza necesaria para permanecer quietos en sus sitiales, de los cuales se deslizaron sin ruido hasta caer de rodillas sobre el pavimento.

–El Eterno Poder Invisible está en medio de nosotros –murmuró alguno de los más impresionados. Otros lloraban en silencio, y no faltaron quienes doblaron su frente al pavimento, en humilde postración.

Y Moisés habló así:

–Hermanos que me acompañáis en la fe y en la esperanza, os ruego que me acompañéis también en la fiel perseverancia a nuestro Ideal Soberano.

"Es infiel quien pospone el Ideal al oro, a las posiciones sociales, al bienestar material, a los placeres carnales, a la satisfacción de todos sus deseos. Y si en nosotros que nos creemos y estamos designados para maestros de almas y guía de los pueblos, tienen fuerza tamañas infidelidades, ¿cómo tendremos la capacidad de contener el avance de todas las más ruines e indignas bajezas humanas? ¿Cuál será el infiel al Eterno Ideal que se atreva a imponer la fiel observancia a sus hermanos menores? ¡Quien fuera capaz de tal cinismo, sería el más refinado engañador, hipócrita y falsario, merecedor de la muerte si no estuviera a la vista la Eterna Ley que nos dice: *no matarás*!

"Del Sagrado Colegio Sacerdotal de Menfis debe brotar a millares el narciso de la pureza espiritual en la fe y en el amor.

"Uno solo es el Ideal Supremo, una sola es la Causa Suprema, eterno origen de cuanto vive en torno nuestro, y errados caminan quienes ponen su vista interna en creaciones imaginarias, de mentes perturbadas por intereses materiales o cegadas por las más ruines pasiones.

"¡Sagrado Colegio Sacerdotal de Menfis! ¡En vosotros florecerá el narciso, o de vosotros brotará el agua turbia y cenagosa que envenene a vuestro pueblo y a todos los pueblos de la tierra!

"¡Aceptad, os ruego, vuestra responsabilidad ante la Eterna Potencia que encendió vuestra lámpara y no obliguéis al amoroso Padre Invisible a rechazaros de su lado, por infieles a su Voluntad Suprema!"

La voz sonora de Moisés se desvaneció en el silencio, y los rayos luminosos de su frente se fueron disolviendo como polvo de oro en las tinieblas de la Cripta cuya oscuridad era completa.

El órgano dejó sentir el preludio del himno de agradecimiento conque siempre terminaban todas las asambleas de orden espiritual.

Cuando terminó la melodía quejumbrosa del órgano y el Maestro de ceremonias encendió el candelabro central, pudo verse que sólo estaban en el recinto: el Pontífice, sus siete Consejeros, Moisés y nueve Hierofantes ancianos.

Los cuarenta sacerdotes jóvenes se habían retirado. Sólo el Pontífice y Moisés conocían el secreto.

Bajo el poder de la consigna de absoluto silencio de cuanto ocurría en los Templos y en el Sagrado Colegio, el Pontífice explicó cuanto acontecía y sugirió al Consejo Penitenciario que se encargase de los que se hallaban internados en el Pabellón de Penitentes.

Dos de los Ancianos Hierofantes que habían quedado, lloraban

en silencio, y al interrogarles el Pontífice sobre el motivo de aquel desconsuelo, uno de ellos contestó:

–Este ser que llora conmigo es mi hermano que juntos fuimos Iniciados hace ya treinta y nueve años. Y entre los que se saben culpados, van nuestros dos únicos hijos varones... –Y el pobre anciano sollozaba amargamente.

–No desesperes de su redención, buen Anciano –dijo Moisés–, la Ley Divina es justa y piadosa al mismo tiempo, y con nuestro pensamiento de amor podemos colaborar eficazmente con ella, a fin de que los hermanos que entran a penitencia, salgan de allí purificados y limpios. Las corrientes del mal son muy poderosas para quienes no fueron suficientemente probados en el orden moral, durante los años de estudio y preparación. Bendigamos a los que fueron nuestros Maestros que ya no viven en esta tierra, porque a la severidad con que nos probaron a nosotros, debemos gran parte de nuestra fidelidad al Ideal Divino.

Y cuando días después fueron llamados a juicio uno por uno los cuarenta Hierofantes sometidos a penitencia, el Pontífice quiso que estuviera Moisés presente. No todos tenían el mismo grado de culpabilidad. Unos habían conseguido anular la prueba de la vanagloria, otros la de la ambición, y otros la del dominio sobre la sensualidad y la soberbia.

El dictamen de Moisés al verse obligado a hacer de juez, fue de tres años de clausura, pasados los cuales debían pasar las pruebas que eludieron y según el resultado quedaría terminada la penitencia o continuarían dos años más.

El Pontífice se veía en el duro conflicto de quedar vacíos los Templos de su personal directivo, y para subsanar tal situación, Moisés ofreció enviar los Hierofantes de su Escuela Iniciática del Desierto, que forjados en la áspera vida de las grutas, en todas las privaciones y renuncias posibles de soportar los humanos, estarían en condiciones de poner un dique a las liviandades y deseos fuera de Ley, que habían destruido en Egipto la pureza de costumbres y hasta la noción de lo bueno y lo justo, de la verdad y el engaño.

– ¡Moisés! Porque eres el que eres, has llegado hasta forjar ángeles encarnados de la humana miseria que nos rodea, ¡sólo tú podrías hacerlo!

–Es que las montañas del Sinaí tienen grutas encantadas, hermano Tutmés, y casi todas ellas cobijan ángeles encarnados.

"He viajado con mi madre por el lejano País de Kush y nos aparece como el extremo del mundo, y también sus elevados montes tienen grutas encantadas con embrujos de amor y sacrificio por

el Eterno Ideal. Con veintiún anacoretas que me siguieron desde aquellas lejanas montañas se ha fortalecido y ensanchado tanto mi Escuela del Desierto que ya pasan del centenar los Iniciados.

"¡Oh, Tutmés!... El silencio y la soledad de las montañas rodeadas por el desierto hacen volar a Psiquis a alturas desconocidas de las populosas capitales, donde los sentidos físicos sufren hartura de todas las satisfacciones calificadas de inocentes y justas, pero que van poniendo ataduras y grilletes al alma incauta, que no lo advierte sino cuando se ve en el abismo.

"El exceso de regalo, el exceso de comodidades, los deseos satisfechos, la gula exuberante, el acercamiento a mujeres sin pudor, el roce continuado de pensamientos cargados de malevolencia y ruindad, todo lo que es la vida en las suntuosas capitales, es un incentivo que arrastra inevitablemente.

–Es verdad, Moisés, y nuestro Egipto engrandecido materialmente por sobre todas las naciones del mundo, ha decaído de notable manera en el orden moral y espiritual. En nuestra Escuela Iniciática sólo hay dos egipcios y dieciséis extranjeros, y casi todos de la otra orilla del Mar Grande, y de las Islas del Mar Egeo. Egipto va dejando de lado el Supremo Ideal porque las luminarias de los saraos le atraen más que el silencio y la penumbra de las Criptas.

–Lemuria y Atlántida bajaron al silencio y la oscuridad de los abismos oceánicos por entregarse con desmedido exceso a los placeres groseros, que oscurecen la mente y tejen ilusiones que aprisionan a Psiquis –añadió a media voz Moisés, y ambos guardaron silencio.

–Acepto tu ofrecimiento –dijo por fin el Pontífice–. ¿Cuántos de tus ángeles encarnados me mandarás?

–He pensado en ellos durante guardamos silencio, y he visto que puedo mandarte dos para cada Templo, o sea catorce. Con el pensamiento he seleccionado los que sé y me consta que te rendirán el ciento por uno.

– ¿Por cuánto tiempo puedo contar con ellos?

–Creo que mientras dure la clausura de los Penitentes.

–El Ideal Eterno compense lo que hoy haces por amor a Él, por amor a nuestro Egipto y por amor a este viejo amigo, cuya alma dejas curada porque florecen de nuevo en ella las rosas blancas de la esperanza.

= 89 =
LA ESCUELA DE THIMETIS

La residencia habitual de Moisés durante su visita a Egipto fue siempre en el castillo del Lago Merik, en las mismas habitaciones que ocupó en su niñez.

Allí vivía de los más dulces y puros recuerdos. El ventanillo de su alcoba disimulado por una repisa donde se colocaba un jarro con flores, le traía el recuerdo emocionante de su madre que por allí lo miraba dormido o despierto en su camita encortinada de gasas azules y amarillas. En su salita de estudio, el sillón en que su madre se sentaba para ayudarlo a comprender la lección del día siguiente, lo llevaba a imaginarla de nuevo allí, revestida de aquella serena paciencia con que le repetía una y otra vez las explicaciones aclaratorias de lo que él tardaba en comprender.

Y en sus meditaciones mezcla de recuerdos y de esperanzas, sintió como si su madre misma, le sugiriera la idea de valerse de las mujeres de la Escuela Iniciática fundada por ella, para levantar la moral del Egipto en decadencia espiritual. Movido por esta idea, pasó al pabellón adherido al Templo, que fue habitado por aquellos maestros de su niñez y primera juventud, Amonthep, Ohad y Carmi, y en los cuales habitaban las siete maestras de la Escuela Iniciática de su madre. Dependían también del Pontífice de Menfis y estaba organizado de igual manera que los dirigentes de los Templos. Una Vicaria, una Notaria, una Administradora, una Penitenciaria, la Organista directora de coros, una Celadora o Guardiana del orden y la Maestra de Ceremonias.

Las encontró en la sala taller donde todas trabajaban en la confección de ropas destinadas a los ancianos sin familias, niños de hogares humildes y niños huérfanos que ellas atendían en una dependencia del castillo.

Tenían como único reglamento de obras y de vida privada, la vida y las obras de las mujeres Kobdas de la Prehistoria que estudiaban diariamente en las Escrituras del Patriarca Aldis, que su fundadora le había obsequiado a cada una como lo más grande, bello y bueno que les podía dejar como recuerdo suyo.

Ver entrar a Moisés y ponerse todas de pie para recibirle, fue cosa instantánea y a todas luces, espontánea y sincera. La madre le había hablado de ellas apenas llegado, pero en las múltiples ocupaciones que le salieron al paso por diversos motivos, sólo

las había visto en las exequias fúnebres de su madre, y no tuvo oportunidad de tener confidencias espirituales con ellas.

Comprendió que había llegado la hora de reparar ese olvido, y al enfrentarse con ellas les dijo sinceramente:

–Perdonad que os haya tenido olvidadas, hasta que mi madre desde su cielo me ha traído vuestro recuerdo, que como un cirio encendido me trae hasta vosotras.

Vio que todos aquellos ojos se llenaban de lágrimas, y la Vicaria le contestó:

–No os preocupéis, Alteza Real, que nosotras comprendemos que vuestra grande y santa misión os absorbe todo vuestro tiempo. Pero si ella os trae, bienvenido seáis y disponed de nosotras, que con inmensa satisfacción nos ponemos a vuestra disposición.

–Gracias, Matriarca, y desde luego acepto vuestro ofrecimiento porque de verdad os necesita Egipto, el Pontífice y también yo.

– ¿Desde cuándo los grandes necesitan de los pequeños? –Interrogaba la Vicaria–. ¿Comprendéis vosotras este enigma? –preguntaba a sus compañeras que sonreían sin hablar.

–Están desposadas con el silencio –dijo Moisés–, y justamente por eso creo que me podréis ayudar. Necesitamos volver este país al camino del Único Ideal que puede dar al alma la luz y fortaleza necesaria para vivir la vida del pensamiento que razona, de la voluntad que hace obras, de la fe que impulsa a saltar abismos y barreras.

"Nuestro pueblo sufre el vértigo de todo lo fugaz, pasajero y mudable. Ha renegado del Eterno Poder Invisible justamente porque es imperecedero y permanece siempre. Ha renegado del trabajo honesto, metódico, ordenado, porque es invariable en todas sus formas, monótono, sin alternativas resonantes como trombas marinas, como volcanes en ebullición. Ha renegado de las puras patriarcales costumbres porque son siempre las mismas, sin variantes: los padres cuidando y vigilando los pasos de sus hijos, y éstos obedeciendo a sus padres; los esposos fieles y atentos a sus elegidas, y ellas como la vid, dando sombra y dulzura de amor a todo el hogar. Todo esto es de una monotonía fastidiosa, cansadora para la sociedad actual.

"Venga el ruido, los saraos, la algazara inútil, vocinglera y charlatana, que descubre un lunar en el rostro ajeno y no advierte la verruga en el suyo, que no respeta ley ninguna y salta con inaudita audacia pisoteando todo cuanto merece respeto y veneración.

"¿Creéis vosotras que esto se puede remediar? ¿Habéis observado acaso que está en tal estado nuestro Egipto llamado un día educador de los pueblos?

–En efecto, Alteza..., acabáis de expresar toda la verdad. Prueba de ello es también que muchas alumnas de esta Escuela Iniciática fundada por vuestra madre de santa memoria, va quedando reducida a las antiguas iniciadas de hace veinte años.

–Nuestro Faraón, el Pontífice y yo, nos pondremos en recia campaña para remediar todos estos males, y vuestra colaboración nos será necesaria para la buena siembra en vuestro sexo y en la niñez.

–Nos diréis, Alteza, en qué forma hemos de realizar vuestros pensamientos.

–Confeccionamos un vasto programa que os daremos a conocer de aquí a tres días. Vivís aquí retiradas pero no clausuradas, ¿verdad?

–Cuando es necesario salir, salimos Alteza, pero no salimos sin una necesidad imprescindible. No tenemos ninguna orden de clausura y aún podemos asistir a nuestros familiares enfermos y también a algún desamparado aunque no sea familiar.

–Muy bien, sois las mujeres Kobdas de la hora actual, sólo que ellas vestían de azul y vosotras de amarillo y velo blanco.

–Los colores de la Princesa Real, Alteza. De ella nacimos y queremos asemejarnos a ella siquiera en las cosas exteriores, ya que en nuestro mundo interior estamos muy lejos de las cumbres a donde ella subió. Alcanzarla es nuestra más bella esperanza...

–La alcanzaréis, Matriarca, y creo que os daremos la oportunidad de alcanzarla. El levantar a Egipto a la altura del alto Ideal que seguimos, nos hará correr cuesta arriba a todos los que hemos llegado a comprenderlo y vivirlo como debe ser comprendido y vivido, si somos sinceros y fieles para con nuestro Padre Invisible y para con nosotros mismos.

Moisés se despidió de aquellas mujeres, en las que dejó encendido el fuego de su entusiasmo por las grandes obras de evolución de las almas, por los caminos amplios y luminosos de la Verdad. Preparar las masas humanas para comprender la Verdad, era la tarea que él sostenía y conceptuaba absolutamente necesaria en esa hora de la humanidad.

Un solo Poder Creador y una sola Hermandad Universal. ¡Cuán inmensa la idea de Moisés, y cuán lejos está de ella la humana criatura!

Apenas se retiró Moisés, la Vicaria hizo llamar a sus compañeras de ideales y de habitación. Eran veinticuatro las que vivían retiradas en el castillo, pero las que vivían en sus hogares respectivos eran sólo veinte.

Las aspirantes no pasaban de diez, y ésas no del todo seguras de perseverar hasta el fin.

La idea de vincularse al gran hijo de la Princesa Real para trabajos espirituales futuros, entusiasmó a todas. Enteradas como estaban por la madre, de la amplia y divina misión realizada por el hijo en el desierto, no dudaron ni por un momento del éxito que tendrían en Egipto.

En obsequio a la verdad, debo decir a mis lectores que fue tanto el entusiasmo de fuego ardiendo en llamaradas en aquellas veinticuatro mujeres, que casi anulaban la bella figura que pintó Moisés, cuando dijo: "Son desposadas del silencio". En aquel momento no hubo desposorio del silencio porque cada una exponía a la Vicaria, su amplia aceptación a todo cuanto viniera del gran hijo de la Princesa Real.

¿Acaso no era bastante lo sucedido en el desierto y en el Sinaí?

Los villorrios y aldehuelas convertidas en ciudades donde numerosas familias vivían del trabajo y del esfuerzo, la Escuela Iniciática del Desierto, el País de Kush vuelto a la normalidad con sus soberanos legítimos, la dulce Abidi Céferi y el humilde Azabache, cuya historia la conocían del principio al fin, y cada cual refería lo que más emoción le causaba de cuantas obras había hecho el hijo de la Princesa Real.

Por fin la Notaria, bastante joven y de bella presencia, subió al entarimado del órgano para ensayos, y pidió la palabra que le fue concedida:

–He tenido en este momento una idea que creo feliz y quiero exponerla en estos momentos en que el gran amor a nuestra amada fundadora florece como un rosal en primavera.

"Del Templo de Menfis nos vino hace tres días, el ruego de que elijamos un nombre para nuestra agrupación porque seremos oficializadas como Institución Nacional. Hemos pensado: Sacerdotisas, Anacoretas, Protectoras de Desamparados, etc. Yo propongo que nos llamemos Thimetisas, en homenaje a la gran mujer que fue nuestra madre y maestra de todas las grandes verdades, que a ella le hicieron ser lo que fue, una estrella de primera magnitud que alumbró a cuantos se cruzaron en su camino.

–Bien, hermana Notaria –dijo la Vicaria abrazándola. Y todas prorrumpieron en un aplauso unánime, manifestado de tan ruidosa manera que de haber estado presente Moisés, habría dicho tomándose la cabeza con ambas manos:

– ¡Y yo creía que estaban desposadas con el silencio!

El fuego vivo que deslumbró al pueblo escogido al pie del Sinaí, había prendida llamas en las almas de aquellas mujeres, que comprendían bien el Ideal de Moisés a través del dulce corazón de su madre.

Pocos días después salía un edicto del Faraón con avisos y disposiciones importantes para el pueblo, entre los cuales estaban éstos como granillos de oro perdidos entre piedrecillas de colores:

"La Institución de mujeres estudiosas, fundada por la Princesa Real de augusta memoria, ha sido elevado a la categoría de Profesorado Nacional con los siguientes derechos y atribuciones:

"1º– Títulos de Maestras, que ejerzan libremente con justa remuneración del Gobierno Central.

"2º– Las favorecidas con tal designación deberán velar por la buena educación de la niñez y honestidad de sus hogares.

"3º– Este Profesorado Nacional concederá becas a las jóvenes que quieran seguir estudios de Ciencias, Artes y Labores en general, en forma que todos los gastos ocasionados por el estudio y aprendizaje serán por cuenta del Estado. Para conceder dichas becas, será necesaria la comprobación de honorable conducta de las favorecidas.

"4º– En todos los Templos que dependen del Pontificado de Menfis serán abiertas salas de estudios de Ciencias, Artes y Oficios, para varones de ocho a dieciséis años, y se concederán becas a los que tengan aptitudes y voluntad de seguir los estudios hasta obtener un título que acredite su capacidad en el ramo.

"5º– Queda absolutamente prohibido el llevar ofrendas de valor material a los Templos, con fines de conquistar el derecho a la protección del Infinito representado por los Justos, Santos o Ángeles, llamados dioses, porque ellos no necesitan dones materiales y solo quieren el bien y la justicia en las obras, palabras y pensamientos".

Estos artículos del Edicto Real causaron un revuelo inusitado en todo el país. Todos aplaudieron menos los que lucraban con el fanatismo de los devotos de los dioses. Sobre todo los joyeros y los bordadores de oro y plata sobre riquísimas telas de tapicería traídas de Persia, de Cachemira, de Samarcanda y de Bombay.

Y estos comerciantes se levantaron en protesta muy moderada y unidos se presentaron a las distintas Oficinas de Finanzas, pidiendo al Faraón una reconsideración a ese artículo que mucho perjudicaba sus intereses. Esto dio motivo a que Ramsés II en acuerdo con Moisés llamara a todos, uno por uno, a su propio despacho en Ramesés, la populosa ciudad que eclipsó la grandeza de todas las más suntuosas capitales del mundo civilizado de entonces.

De esta minuciosa investigación, resultó la comprobación de que todos los comerciantes que tenían la fabricación de ofrendas apropiadas para los Templos, eran agentes bien pagados por

una vasta organización de origen Sumeriano, que funcionaba en Babilonia y desde allí tendía zarpas como un poderoso pulpo por todos los mejores y más ricos países del mundo, con el fin de encubrir la Verdad, el Bien, la Justicia, la Razón, la Lógica, todo lo que hace de un humano, un ser consciente de lo que es y debe ser la verdadera vida en las sociedades humanas.

Moisés y Ramsés pudieron descubrir un espantoso foco de corrupciones de la juventud femenina, de la niñez a la cual se le inculcaba la errada idea de que con dones materiales se compraba la felicidad después de la muerte, y la fortuna y la buena vida, mientras se caminaba por la tierra.

Detenidos todos estos malos comerciantes y enterados de que no se les devolvería la libertad si no declaraban porqué y para qué realizaban esta clase de negocios, se remedió el mal que venía minando las costumbres y buen vivir de todo el pueblo Egipcio.

Este enojoso asunto tuvo un final muy propio de Ramsés II.

Les compró los comercios, y los expulsó del país, con la fiera amenaza de que si volvían disfrazados bajo nombres supuestos, les borraría de entre los vivos cortándoles la cabeza.

Alguno de mis lectores encontrará extremada la severidad del Faraón, pero a veces encuentra uno cierta lógica en un soberano que vea introducirse en su país una corriente de corrupciones de toda especie, y no deba permanecer de brazos cruzados sin hacer nada por estorbarla. En aquellos lejanos tiempos no existía lo que hoy se llama democracia que abre la puerta a todas las libertades que no son en verdad la hermosa libertad que soñamos los idealistas de una vida superior, sino un desenfrenado libertinaje que autoriza toda clase de desmanes, así en un orden como en otro. Desmoralizar y corromper a los pueblos ha sido y es el ideal de todos los que lucran con la ignorancia y las más bajas y ruines pasiones humanas.

Cuando Moisés a los dos años de su permanencia en Menfis, se decidió a volver a su amado desierto, el famoso edicto del Faraón y su severidad con los malos comerciantes, empezaba a rendir el ciento por uno.

Y al abrazarlo por última vez le decía:

– ¡Hombre genial del Dios Invisible! Si me consagras un pensamiento cada día te dejaré partir, bien seguro de que seré hasta el final de mi vida un soberano justo por sobre todo lo injusto que se oponga en mi camino.

Y Moisés le prometió un pensamiento diario en todos los días de su larga vida.

= 90 =
OTRA VEZ AL DESIERTO

De nuevo tenemos a Moisés, amigo lector, camino del desierto por cuarta vez. Y siendo altamente sensitivo, los desgarramientos del corazón no le perdonaban aún siendo el Enviado del Eterno Padre Invisible. Lo cual quiere decir que él sentía hondamente la vibración dolorosa de un adiós para largo tiempo, y acaso para siempre.

Muchos afectos profundos dejaba en Egipto. El hijo mayor del Faraón le tomó grande cariño y el menor más aún, hasta el punto de querer permiso de su padre para seguirle al desierto. La Reina, su madre, accedía con gusto, y el Faraón le prometió para calmarle que irían juntos, toda la familia Real, en el estío siguiente con el fin de llegar hasta los altos Montes del País de Kush, donde se goza de una deliciosa frescura cuando los rayos del sol abrasan con fuego todo Egipto. Así visitarían la flamante pareja de Soberanos de Etiopía, Abidi Céferi, que tan querida se les hizo en su larga estadía junto a la Princesa Real.

Moisés no iba solo al desierto: le acompañaban cinco jóvenes venidos de Mauritania para seguir viaje con él a encontrarse con Fredek de Port Ofir, que era Archivero Mayor en la Escuela Iniciática de Pozo Durba. Llevaba también una escolta de tres lanceros que el Faraón se empeñó en darle como un resguardo de la piratería humana, a veces más temibles que las garras de las fieras, que tal fueron sus frases textuales.

El viaje no presentó incidentes dignos de ser relatados. Lo que sí vale mucho en mi concepto es el mundo interno de Moisés. Los muchos años que se habían acumulado sobre él y las inmensas actividades de todo orden que había realizado, le produjeron algo así como un hastío o cansancio interior que lo hacían desear el olvido de cuanto pasó en su vida.

Deseaba otro camino, otros horizontes, otra fuente de aguas dulces y suaves que hasta entonces no había conocido.

Árida como los peñascales de Madián y reseca como los desiertos abrasados de sol, de vendavales de arenas ardientes, había sido hasta entonces su vida de abrumadoras actividades. El rosado amanecer del amor puro y santo soñado en su adolescencia, fue tan fugaz como el vuelo de una mariposa de alas doradas en una tarde estival.

Todas las grandes almas que derramaron chispazos de luz en su camino habían emprendido el vuelo a la inmensidad infinita, y acaso por sus muchas actividades materiales en beneficio de sus semejantes, se veía impedido del contacto espiritual con ellos.

En sus noches de viajero meditaba Moisés en todo esto y por fin encontró la clave que buscaba. Necesitaba soledad y unión íntima con el Único Dios Invisible y Eterno, que había conseguido imponer sobre la humanidad como un sol sin ocaso y sin nublados, cuya presencia perdurable fuera sentida por ella en todas las épocas y por sobre todos los vaivenes y transformaciones de su vida planetaria.

Necesitaba soledad, aislamiento.

Había dado a la humanidad todo cuanto puede dar un ser a sus semejantes y comprendía que llegada era la hora de que se concediera algo siquiera a sí mismo.

¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Muriendo a todo lo que no sea Dios y yo!

– *¡Dualismo tremendo!* –le dijo al fondo del alma esa voz sin ruido que escuchan con delicia o con espanto los que buscan retiro y soledad–.

"¡Moisés!... ¿Sabes acaso si el Eterno Uno Invisible se contentará de estar a solas contigo o te pedirá millares de almas que quieran como tú estar a solas con Él? La soledad con Dios es un descanso para el alma, pero quien viene a esta Tierra no es para descanso permanente y absoluto, sino a momentos, como el viajero cansado busca el agua de la fuente en el oasis del desierto elegido para su camino".

La voz sin ruido se apagó, y Moisés dejose llevar a los horizontes ilimitados de la meditación, trató de ver cuál debía ser desde entonces su camino a seguir.

Comprendió que su hastío y su cansancio era el efecto de fuerzas tenebrosas que buscaban vengarse del triunfo obtenido, apartándole del Ideal Divino por el que tanto se había sacrificado. Si conseguían que su vida en los años subsiguientes no estuviere a tono con el ideal sostenido, Moisés sería para la humanidad uno de los innumerables charlatanes que predican elevadas doctrinas y su vida privada e íntima difiere poco o nada de la vulgaridad de las masas inconscientes.

Moisés organizó entonces su vida tal como debía vivirla el Enviado de la Eterna Potencia Creadora, para ser un Guía Instructor de la humanidad terrestre:

Vida contemplativa con actividades en beneficio de sus semejantes. Tal fue la vida de Juno, de Numú, de Anfión, de Antulio, de

Abel, de Krishna, y tal debía ser la presente vida suya, si no quería apartarse de la ruta empezada de hacía largas edades.

Y en la tarde de esa meditación tuvo lugar el cuarto Apocalipsis de Moisés, que fue como el sello de invulnerable diamante que puso la Eterna Ley en esa vida sublime hasta el heroísmo. En un estado extático que duró cinco horas, vio el desfile de aquellas seis existencias anteriores suyas con tan perfecta claridad en todos sus detalles, que creyó estar viviendo de nuevo, pues llegó a percibir en su ser físico las mismas impresiones que debió sentir en cada una de aquellas circunstancias, tan admirablemente grabadas en los intangibles espejos de la Luz Eterna.

En ninguna de aquellas existencias había dicho lo que dijo él, Moisés: "Moriré a todo lo que no sea Dios y yo".

Verdad es que ninguna de aquellas vidas había sido de tan larga duración como la que estaba viviendo entonces. Así y todo su noble Psiquis se prosternó en humillación absoluta ante el Supremo Padre Invisible, cuyo amor infinito sabría perdonarle ese mal pensamiento. Y dolorido en extremo clamaba:

– ¿Quién soy yo, Padre mío, para pretender que ocupes ni un instante de tu gloriosa eternidad en aliviar mis cansancios y tristezas?

De aquella meditación salió Moisés curado para todo el resto de su larga vida. Siguió aceptando alumnos en su Escuela Iniciática del Desierto, ya conocida en todos los países vecinos y hasta de la otra ribera del Mar Grande.

Se especializó la Iniciación Mosaica en las pruebas de orden moral y espiritual, atenuando y aún suprimiendo las pruebas de orden material o físico, acostumbradas en las antiguas Iniciaciones de los Templos Egipcios, la Iniciación Mosaica estaba perfectamente a tono con la Ley del Sinaí, o sea "hacer con nuestros semejantes tal como queremos que se haga con nosotros".

Era pues la cumbre de la vida perfecta.

Y estos fueron después los misioneros de Buda tan perseguidos por los puritanos brahmanes. Y estos fueron siglos más tarde los Esenios que prepararon en sus ignoradas grutas, la humanidad que había de comprender y amar al Lirio de Jericó de Nazareth cuya vida sin extraordinarias asperezas, fue la vida más pura y excelsa vivida por un hombre de carne.

Fue la vida perfecta de la Iniciación Mosaica.

¡Tanto amó las cumbres, que su vida fue también una cumbre! Pero una cumbre a la cual son escasos los seres de esta tierra que pueden mirar ni aún desde el llano. Andar unidas de la mano la

vida activa y la vida contemplativa no es nada fácil de realizar porque no teniendo adquirido un completo dominio de la mente, donde aletea a veces la imaginación como una mariposa inquieta alrededor de una flor, no sosiega nuestro mundo interno lo bastante como para penetrar a ese íntimo Santuario oculto donde nos aguardan las leyes Divinas, las imágenes sacrosantas de renuncias por hacer, los excelsos pensamientos de lo que Psiquis teje y desteje en sus andanzas por planos más superiores que el barroso y agitado de la tierra, de donde ella no puede escapar sino a momentos y a hurtadillas, como un ansioso chicuelo sometido a forzada clausura aprovecha para huir una rendija abierta al descuido. Todo esto debió superarlo Moisés, y lo superó seguramente en los treinta años últimos de su vida en las cumbres de las montañas de la Arabia de Piedra, del País de Kush o Etiopía, de la entonces desconocida Nubia o Kenia de los hombres gigantes de oscura piel, retoños bien marcados de los últimos lemures que pudieron sobrevivir a las transformaciones del tiempo, de las distintas fuerzas que actúan en la formación de razas y subrazas, y de la naturaleza misma que es toda ella una continuada transformación.

Y eligió el Monte Nebo de la Cordillera de Moab para terminar su fecunda vida, no castigado por el Dios Uno Invisible y Eterno que había impuesto como suprema Verdad a la Humanidad de varios mundos, según lo hacen entender las crónicas que conocemos, sino por pura elección de su espíritu que dedicó por temporadas breves a la vida contemplativa, donde encontraba lo que la vida activa entre las criaturas, nunca podría darle.

–*"Tú no necesitas ya de las criaturas, pero ellas necesitan de ti"* –le había dicho en una profunda meditación su alma esposa que en los últimos años de esta excelsa vida humana casi no le dejaba largo tiempo sin su presencia–. *¿Cómo podrás negar la fuerza de tu amor y tus consuelos, la iluminada claridad de tu fe y confianza en el Dios Único, a las mismas criaturas arrancadas por ti de la inconsciencia de un mundo de ciegos? ¿No es eso precipitarlas nuevamente en el mismo oscuro abismo de donde las sacaste con inauditos esfuerzos? ¿No sería eso destruir la misma obra a que te sentiste llamado en tus años de juventud y virilidad?"*

Y Moisés había bajado la frente ante esta sublime verdad y se entregaba día por día con heroico valor a lo que era y debía ser su larga vida: de reflejo vivo del Dios Único, Eterno e Invisible, que había sentido dentro de sí mismo desde sus años primeros, como un divino y suavísimo fuego que nunca se extinguió en él.

–Las arenas del desierto y los peñascos de las montañas me han enseñado grandes cosas –solía decir Moisés en sus confidencias espirituales con los que él sabía que le comprenderían.

Y alguno de ellos le preguntaba entonces:

– ¿No podrías transmitirnos, Maestro, algo de la enseñanza del desierto y las montañas?

–Es tan simple que casi me avergüenzo de llamarle enseñanza, pero como yo mismo me veo ya anciano, paréceme que las palabras de un viejo amigo vuestro, os traerán junto con mi recuerdo, la historia que juntos hemos vivido en esta numerosa grey que la Divinidad ha encomendado a nuestra solicitud.

"¡Cuán buenas son, Señor, tus montañas! –exclamaba de pronto, levantando aquella su cabeza pensadora que ya aparecía envuelta en blancas guedejas–. ¡Qué buenas son tus montañas! ¡Centenares de veces en mis idas y venidas, subidas y bajadas pude resbalar y hacerme pedazos en los precipicios! Pero las montañas nunca me dejaron caer sino que amorosas me sostuvieron hasta que pasó el vértigo o desequilibrio que produjo la caída, y aún me brindaron una raíz que salía entre las piedras, o un saliente mismo como un oportuno estribo que sostuvo mi pie.

"Son bondades éstas que muy rara vez encontramos entre nuestros semejantes, en los cuales hemos gastado a veces toda una larga vida. ¡Cuánto me han amado y me aman estas montañas sin que yo nada haya hecho por ellas! Tal como la naturaleza las formó las veo y las vi siempre, sin que ellas hayan necesitado de mí ni siquiera un grumo de arenisca.

"Muy al contrario, son ellas que me deleitan con el esplendor imponente de su elevación hasta más arriba de las nubes, con sus coloridos que sólo en ellas encuentro, con sus cavernas y grutas acogedoras que me resguardaron muchas veces de las avalanchas de nieve, del ímpetu arrollador de los vientos, de los rayos ardientes del sol, y de las garras de las fieras que en algo se parecen a las criaturas humanas. Pero debemos aceptar que las montañas nos llevan a bendecir al Eterno Poder que las construyó tan altas, tan bellas y tan buenas.

"Pero ellas en su impasible quietud de piedra no pueden ayudarme a pulir a Psiquis, ni a vestirla el blanco ropaje de las bodas divinas. En cambio la convivencia diaria con las criaturas humanas es un crisol tan ardiente, tan llama viva que va quemando y consumiendo todos los excedentes que afean a Psiquis: las verrugas de la soberbia, las pústulas infecciosas de la lujuria, la granizada escarlata de todas las vanidades, los tumores cancerosos del

interés, todo lo va quemando a fuego lento la convivencia entre los humanos, que se apresuran a descubrir todos los pequeños o grandes adefesios que desfiguran esta divina Psiquis hija del cielo, que nació para ser eternamente bella, y que tanto nos cuesta conseguirlo. Porque es así y siempre será así.

"Si a las criaturas humanas les brindamos el resplandor de una luz para evitarles tropiezos en el camino, descubren enseguida de que lo hacemos por nuestro deseo de que todos vean lo que hacemos. Y dicen: "Para eso encienden esta luz". Si partimos con ellas cuanto tenemos, descubren enseguida que las polillas abundantes en nuestra casa iban a destruirlo todo, y antes de perderlo sin provecho, lo compartimos con ellas y aparecemos como generosos benefactores. Si les advertimos sus errores y faltas con el sólo deseo de que corran veloces por la senda de su evolución, nos miran burlonas y nos dicen: "Lo mismo hacéis vosotros en escondidos y ocultos rincones, y aparecéis como perfectos y santos dignos de subir a un altar.

"Todo este áspero y ardiente crisol, embellece a Psiquis hasta convertirlo en una luz, en una visión de gloria, en una desposada blanca y pura coronada de narcisos y de lirios a quien la divinidad espera para coronarla de estrellas...

"¡Y entonces Psiquis tiende los brazos amantes a todas las criaturas humanas que la ayudaron así a embellecerse para llegar a ser una verdadera y eterna hija del cielo!

"¡Cuando la voz sin ruido viene de lo alto y resuena aquí junto a mi corazón, me ha dicho que necesita el alma humana la convivencia entre los humanos; he comprendido todo esto, y he visto vivo como una hoguera ardiendo en rojas llamaradas el ardiente crisol que consumía todo cuanto afea a Psiquis, que destinada fue a tornar un día a aquel del cual salió siendo chispa y debe volver convertida en una estrella!..."

Tal fue la Iniciación Mosaica en las confidencias del desierto, en las grutas de altas montañas, donde sus amigos y discípulos, anacoretas, misioneros, hierofantes y maestros, buscaban la luz del hombre genial que llegado a la austera ancianidad, ensayaba la forma de amar a las criaturas humanas que tanto le habían hecho padecer.

* * *

No podemos cerrar este álbum de grandes recuerdos, sin hacer referencia a un hecho que como la mayor parte de esta vida sin

igual, fue conocido por los humanos muy desfigurado de su realidad. Me refiero a lo que se ha llamado: *La Bendición de Moisés*.

Él presentía la llegada de su hora final de encarnado y aún tuvo algunos anuncios no con fecha determinada, pero sí con proximidad. Amó demasiado su obra para descuidar su futuro después de su desaparición del plano físico. Y por tan importante motivo eligió de entre sus Iniciados más fieles y más capaces, que con decidido amor a su gran obra y a su personalidad augusta y sagrada para ellos, se le brindaron para suavizar la amargura que adivinaban en él que se preparaba a la partida sin dejar firmemente establecida la continuidad.

A estos doce, él les confió durante los últimos cinco años, todo cuanto pudo descubrir del pasado, del presente y del futuro, en su larga vida que fue una red de plata sin un nudillo que no engarzara una perla. Y les daba los más amorosos y significativos nombres.

Les llamaba *"Los Doce retoños del árbol sagrado de su ideal"*. *"Las Doce columnas de su indestructible templo espiritual"*. *"Las Doce estrellas de la constelación radiante emanación del Sinaí"*.

Y les distribuyó de tres en tres hacia los cuatro puntos cardinales, en forma que la lamparilla de la Verdad Divina quedara perpetuamente encendida hasta su nueva venida. Pues él sabía que aún debía volver.

–Otro vendrá igual a mí, al cual tendréis que obedecerle todos si no queréis ser apartados de la luz para largas edades –lo dijo en su despedida del pueblo, momentos antes de subir al Monte Nebo para no bajar más.

A su elección de los doce quería referirme muy particularmente, por las equivocaciones que esto dio motivo.

Como todos sus escritos espirituales de grandes honduras, este fue también escrito en jeroglíficos sagrados según su costumbre.

Para significar sus "doce retoños", diseñó un frondoso árbol de cuyo grueso tronco brotaban doce vigorosos retoños, y por encima de ellos dos grandes alas abiertas tal como una ave madre abre sus alas en protección a sus polluelos y en lo alto la estrella de cinco puntas, símbolo del Eterno Ideal Divino. Esto quería decir: *"Con bendición mayor bendije a mis doce retoños y ella será la protección Divina que dejo sobre ellos para siempre"*.

En otra parte escribe: *"Mi templo queda abierto hacia los cuatro puntos cardinales y está firmemente construido sobre doce*

columnas que ninguna será removida de su base". Y había grabado el jeroglífico del Templo Circular estilo griego, con las doce columnas y ninguna puerta, con una lámpara al centro y bajo ella las Tablas de la Ley. En lo alto, la estrella de cinco puntas.

Pienso que de estos dos hermosos y sugestivos jeroglíficos habrán surgido las equivocaciones que aparecen en antiguas escrituras de procedencia israelita. Los dirigentes de Israel han luchado siempre por hacer de Moisés la más ilustre figura de su raza, y así no es de extrañar que estos dos jeroglíficos sagrados de una Escritura Mosaica sean interpretados como una especial bendición de Moisés a las doce Tribus de Israel, personificada por los doce hijos de Jacob que la Escritura de procedencia israelita menciona uno por uno.

La sana razón y la más estricta lógica nos dice que los Mesías enviados por la Eterna Potencia a los mundos de prueba, no pertenecen a ninguna raza, sino que son, digámoslo así, posesión de las humanidades de esos mundos. Ellos vienen para todos y se salva de la ignorancia, del atraso de las corrientes negativas o adversas el que quiere ser salvado.

De los doce retoños y de las doce columnas, tres fueron a Bombay a las Torres del Silencio, donde los últimos flámenes pedían auxilio al Enviado Divino porque ya se terminaban sus vidas, como cirios consumidos en el altar.

Tres fueron al Monte Himeto, antes Monte de las Abejas.

Tres se instalaron en los Atlas de Mauritania.

Y tres quedaron en las alturas de Moab, y todos con la consigna de formar Escuela Iniciática, para repartirse después de tres en tres hacia todos los altos montes, desde donde pudieran irradiar luz meridiana sobre todos los pueblos de la tierra.

Así terminó Moisés su Obra gigantesca. Hasta sus últimos momentos pensó en todos y se abrazó heroicamente a la soledad elegida como su desposada.

Murió sólo acompañado de su hijo de adopción, Essen, que es quien pudo describir los días postreros del Moisés genial, que la humanidad admiró siempre, a pesar de las desfiguraciones infamantes y groseras de que la ignorancia y fanatismos humanos tuvieron la mala idea de envolver como en la mortaja de un leproso, la personalidad radiante y excelsa del Hijo Luz de la Princesa Thimetis de Egipto Faraónico.

= 91 =
BROCHE DE DIAMANTES

Amable lector, permíteme que cierre con un broche de diamantes este álbum de relatos mosaicos extraídos de los Eternos Archivos de la Luz. Y le llamo broche de diamantes porque la más brillante lógica lo hace invulnerable.

Si has leído comprendiendo y meditando, habrás llegado a la convicción de que Moisés no sólo no ha sido reconocido por sus historiadores como el hombre genial designado por el Eterno Padre Invisible como Legislador, Conductor y Guía de la humanidad. Y tan es verdad que no lo han reconocido, que lo han hecho autor de las más ruines bajezas y horribles crímenes, como son las matanzas en masa que refieren ordenó en diversas oportunidades, y sobre ciudades y países que sus habitantes nativos defendían de la invasión que los israelitas pretendían ejercer.

En una Biblia editada en Buenos Aires, Argentina, en el año mil novecientos cuarenta y seis por respetables eclesiásticos católicos, afirman lo siguiente:

"Durante el transcurso de los siglos, la Biblia ha sido traducida muchas veces. La más famosa de las versiones griegas es la llamada de "Los Setenta", por presumirse que ese fuera el número de los traductores, los cuales comenzaron su trabajo hacia el año doscientos ochenta y seis a.C. y lo terminaron mucho antes del año ciento treinta antes de Jesucristo".

Muy respetables escritores ingleses afirman que esos setenta traductores eran Doctores de Israel y los designan pertenecientes a la Tribu de Judá, que siempre fue a la cabeza de todas las expediciones guerreras de la raza, según su propio historiador Flavio Josefo, en su extensa y minuciosa obra "Las guerras de los Judíos".

La más estricta y razonable lógica nos permite también presumir que esos traductores quisieron justificar las matanzas horribles y salvajes realizadas por el pueblo de Israel en su avance hacia la Palestina, atribuyéndolas a una orden de Moisés, que recibió del cielo la Divina Ley del Amor Fraterno entre cuyos diez mandatos aparece aquel *"No matarás"*, como escrito con fuego ardiente.

Si bien se medita esa sublime y eterna Ley, también la lógica nos permite presumir que el que recibió y vivió esa Ley, cuyos diez números son un vivo reflejo de amor desde el primero al último,

pues tienden todos a evitar todo daño o mal a nuestros semejantes, no podía ni debía, ni lo hizo jamás, mandar exterminar con crueles degollaciones a hombres, mujeres, ancianos y niños de los países y ciudades por donde debían pasar las huestes israelitas, como en efecto lo hicieron, según lo relata la Biblia editada en el año mil novecientos cuarenta y seis en Buenos Aires, Argentina.

Josefa Rosalía Luque Álvarez